AÑO

CRISTIANO.

5

BV30
C7
v. 5

009037



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080015146

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
VALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COMPENDIO

DEL

AÑO CRISTIANO,

SACADO

DE LA OBRA GRANDE DEL P. CROISET

QUE

LLEVA ESTE TITULO,

Y DEL

AÑO CRISTIANO MEXICANO.

OBRA PUBLICADA POR MARIANO GALVAN RIVERA.

TOMO V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MEXICO.

SE EXPENDE EN LA LIBRERIA DEL PORTAL DE MERCADERES NUM. 7.

1843.

45611

BV30
C7
V.5

ALERE FLAMMAM VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.—Impreso por Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes, número 2.-1843.



EL DIVINO SALVADOR.

PADRE..... *Yo te he glorificado sobre la tierra: he acabado la obra, que me diste á hacer.*

HISTORIA DEL DOMINGO.

El Domingo es el primer dia de la semana, al cual los griegos y romanos llamaban *dia del sol*, y los cristianos siempre le han llamado por excelencia *el dia del Señor*, por haber sido el dia en que tuvo su último complemento el gran misterio de nuestra redencion por la triunfante resurreccion del Salvador, por cuya causa viene á ser cada Domingo octava continuada de la Resurreccion del Señor. Como este gran misterio es el fundamento mas sólido de nuestra fé y de nuestra esperanza, y la base, por decirlo así, de toda nuestra religion, ha querido Dios que cada ocho dias se renueve en nosotros su memoria.

San Juan notó que era el dia 8 despues de Pascua, cuando, estando congregados todos los apóstoles, se les apareció el Salvador, y convenció al Apóstol incrédulo de la verdad de su Resurreccion, mostrándole sus llagas. Sin duda que el Hijo de Dios quiso con su ejemplo enseñar á sus apóstoles, que el primer dia de la semana debia ser entre los cristianos un dia solemne dedicado al culto divino; cuya prevencion no se duda que la hizo el Señor de palabra á sus discípulos en el tiempo en que despues de su Resurreccion apareció repetidas veces á sus apóstoles instruyéndolos y formando su Iglesia con sus divinas disposiciones. Era sin duda una de las mas importantes la declaracion de que el Domingo debia suceder á la solemnidad del Sábado, como la ley nueva sucedia á la antigua; y asimismo que estando abolidas las ceremonias legales, iba á renovar todas las cosas en el nuevo sistema de religion; y que como el dia séptimo de la semana habia sido hasta entónces festivo para los judíos, en memoria de haber descansado Dios el dia séptimo de la obra de la creacion, así queria que en adelante el primer dia de la semana fuese religiosamente santificado por los cristianos en memoria de haber descan-

009037

sado, por decirlo así, nuestro Salvador en este dia de la grande obra de la redencion de todos los hombres.

No se puede dejar de convenir en que el nombre de *Domingo*, ó *dia dominical*, ó *dia del Señor*, es casi tan antiguo como la misma Iglesia; pues de él se hace mencion en el Apocalipsis, como de un dia ya muy conocido entre los fieles por este nombre. En Domingo, dice San Juan, me reveló el Señor los misterios mas recónditos. Y San Pablo, pasando por Troas en Frigia, para ir á Jerusalen, asistió el Domingo á la asamblea ó junta de los fieles, en la que predicó, oró, ofreció el divino sacrificio, y dió á todos la comunion; siendo de notar que el juntarse los fieles en el primer dia de la semana en un sitio adornado é iluminado de muchas lámparas, para asistir á los divinos misterios, para comulgar y oir la divina palabra, da á entender bastantemente cuales eran ya entónces los piadosos ejercicios con que los primeros cristianos celebraban el santo dia del Domingo; de cuya solemnidad y de los ejercicios piadosos con que la santificaban los fieles, son testigos San Justino y San Ignacio mártires, San Dionisio de Corinto, San Clemente Alejandrino, Tertuliano, San Cipriano y los demas Santos Padres de la primitiva Iglesia, de cuyos escritos aparece con la mayor claridad y evidencia la legitimidad de esta tradicion apostólica.

La santificacion del Domingo era observada tan religiosamente por los primitivos fieles, que era como el carácter y divisa que los daba á conocer á los paganos, y siempre ha sido mirada en la Iglesia como una de las obligaciones mas esenciales que prescribe la religion, y como una ley sagrada y respetable. Dios, como Supremo Señor, podia mandar que todos los dias de la semana se consagraran únicamente al culto divino; pero no habiéndose reservado mas que uno, quiere que todo este dia se dedique á su servicio. No solamente está prohibido en él, bajo de pecado, toda obra servil, sino que quiere el Señor á mas de esto que todo el dia sea santificado con ejercicios de religion y prácticas de buenas obras. La obligacion de no trabajar el Domingo es tan antigua, como la subrogacion de su fiesta á la del sábado; y por muchos años se observó la santificacion del Domingo desde las vísperas del Sábado: desde ellas se daba de mano á todo juicio forense y cesaban todas las obras serviles, de modo que al último toque de vísperas se veian cerrados todos los talleres y tiendas. Comenzando por las vísperas el oficio del Domingo, continuaba con el de la noche, la que pasaban los fieles casi toda en la Iglesia. De este modo se satisfacia á la santificacion del Domingo, hasta que cesando de velar por la noche, y prohibiendo la Iglesia por justas razones las juntas nocturnas, trasladó la festividad del Domingo á solo el dia civil, que dura de una media noche á otra; conservando siempre el antiguo uso en el oficio divino, que siempre empieza por las primeras vísperas, que son la parte mas solemne del oficio, y acaba en las vísperas y completas del dia siguiente.

Pero la Iglesia no se contenta con que celebremos el Domingo prohibiendo toda obra servil: quiere ademas que santifiquemos este dia con los ejercicios de religion, y con la práctica de todas las virtudes cristianas. La observancia de la ley no se encierra solo en oir misa. Antiguamente pocos fieles habia que no comulgasen en este dia sagrado, y ninguno se dispensaba de oir la palabra de Dios. La oracion, la leccion de libros devotos, la meditacion, las buenas obras, son las ocupaciones que mas convienen al Domingo. Asimismo, para darnos la Iglesia á conocer la solemnidad de este dia, y distinguirlo de todos los demas del año, ha dispuesto que no se ayune en él, y se suspenden los otros ejercicios exteriores de penitencia. En fin, como el Domingo es la memoria y la octava continuada del dia de la Resurreccion, la Iglesia quiere que ninguna cosa turbe la alegría que en él debe causarnos la memoria de aquel misterio. La costumbre de orar en pié todo el tiempo pascual es misteriosa: por esta postura quiere darnos á entender la Iglesia, que habiendo resucitado con Jesucristo, nada tenemos que ver con la tierra. Observase tambien esta costumbre el dia Domingo, particularmente cuando se rezan las Ave Marías del alba, medio dia y anochecer, y la Antífona de la Santísima Vírgen que se dice despues de completas.

¡Qué fondo de reflexiones nos presenta todo lo que hemos dicho de la institucion, solemnidad y santidad del Domingo! ¿Pero se celebra el dia de hoy con el mismo espíritu de religion, con los mismos sentimientos de piedad, con la misma veneracion que en los principios de la Iglesia? ¡Ah, qué pocos dias se profanan mas! Parece que es el dia del hombre y no el del Señor; pues en él la destemplanza, el juego, las diversiones, y aun la disolucion, son el empleo de los que se llaman cristianos. Con razon el Señor nos castiga con tantos y tan acerbos males como nos rodean, pudiéndose decir que la profanacion del santo dia del Domingo es el orígen de todas estas desdichas.

Aunque todos los domingos del año sean solemnes, sin embargo, la Iglesia los distingue en dos clases: á unos llama de primera clase, cuya celebridad y oficio nunca se omiten: tales son el primer Domingo de Adviento, el primero de Cuaresma, el de Pasion, el de Ramos, el de Pascua, el de *Cuasimodo*, el de Pentecostes ó Pascua de Espíritu Santo, y el de la Santísima Trinidad. Otros Domingos se llaman de segunda clase, los cuales no ceden su oficio y solemnidad sino á la fiesta del titular ó del patrono de una iglesia, ó á la de su dedicacion: tales son el segundo, tercero y cuarto Domingos de Adviento, los de Septuagésima, Sexagésima y Quincuagésima, los cuales todos son Domingos privilegiados. Todos los demas Domingos son de una solemnidad regular y ordinaria.

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO.

El primer Adomingo de dviento es el primer dia del año eclesiástico, y el principio de aquel tiempo privilegiado, que precede á la fiesta de la Natividad del Señor; el que, segun la intencion de la Iglesia, no es otra cosa que una preparacion para esta gran festividad. Algunos han creido que el Adviento era de institucion apostólica: lo cierto es, que no es ménos antiguo en la Iglesia que la fiesta de Navidad. Desde que se empezó á celebrar el dia del nacimiento del Salvador, comenzó la observancia del Adviento, exhortando la Iglesia á los fieles á que se preparen con el ayuno, la oracion, y otros ejercicios de devocion y penitencia, para celebrar con fruto el advenimiento ó venida de Jesucristo, que es lo que significa la palabra Adviento.

No hay pues, prácticas de penitencia y de devocion que no convengan á este santo tiempo. San Perpetuo, obispo de Tours, que vivia á mitad del siglo V, mandó que se ayunara á lo ménos tres dias á la semana, durante el Adviento, que era entónces de seis semanas como la cuaresma; y el primer concilio de Mascon del año de 581 ordenó lo mismo, y añadió que se celebrara la misa y el oficio divino, segun el órden y la regla que se observa en cuaresma. Este cánon prueba bastantemente que así como la cuaresma fué instituida en la Iglesia para servir de preparacion á la solemnidad de la pascua, así el adviento se estableció para disponernos á celebrar la fiesta de Navidad. Los ayunos de adviento correspondian tambien á los de cuaresma en las Iglesias en que se ayunaba todos los dias desde el siguiente á la fiesta de S. Martin. En otras comenzaba el adviento en Setiembre; pero como solo se ayunaba tres dias á la semana, no llegaban á cuarenta los dias de ayuno que habia hasta Navidad. De todo esto se infiere, que el adviento no constaba en todas partes de igual número de dias; que era mas largo ó mas corto, mas seguido ó mas interrumpido en unos tiempos y lugares que en otros. La práctica de observar el adviento de cuarenta dias subsistia aun en el siglo XIII: despues la Iglesia lo redujo á cuatro semanas, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

son las precedentes inmediatamente á la Natividad del Señor, y en ellas el ayuno y la abstinencia son de regla en muchos órdenes religiosos. Hoy en nuestra Iglesia mexicana son de ayuno el viérnes y sábado de cada semana de adviento, en lugar de los que se observaban en las vigilias de los santos apóstoles que fueron dispensadas.

En todos tiempos han estado los fieles en que el adviento era un tiempo de penitencia, oracion y retiro, los obispos de Francia representaron al rey Carlos el Calvo en el año de 846 que no era decente á los obispos vivir en la corte en el santo tiempo de adviento, suplicándole les permitiera retirarse á sus obispados para instruir á los pueblos y disponerlos para la fiesta de Natividad. Ni es otro el fin de la Santa Madre Iglesia que el prepararnos debidamente, ya á celebrar la primera venida del Hijo de Dios en calidad de Redentor, ya á esperar en espíritu de penitencia y humillacion su segunda venida en calidad de Juez; persuadiéndose sin duda á que si nosotros sabemos aprovecharnos de lo primero, no podrá dejar de sernos favorable lo segundo.

El Introito de la misa de este primer Domingo es el siguiente: "A ti, Señor, levanté mi alma: Dios mio, en ti confio, no sea yo avergonzado: ni hagan befa de mí mis enemigos; porque todos los que te esperan no serán confundidos." Los que oran y confian en el Señor esperan justamente ser sostenidos en su gracia para no ser el juguete de las pasiones ni la presa del demonio y del mundo, enemigos del hombre, ya que el Señor en su primera venida venció al príncipe de las tinieblas, nos mereció la gracia y nos dió armas y su asistencia soberana para librarnos de la astucia infernal de aquella bestia, á fin de que en inocencia y santificacion podamos esperar á salvo y para nuestra felicidad su segunda venida. La Epístola es de la carta de San Pablo á los romanos, en que los exhorta á que despierten del sueño, porque la salvacion está próxima: que ha pasado la noche de la culpa y llegado el dia de la salud: que desechemos por tanto las obras de tinieblas y vistamos las armas de la luz, andando honestamente y no en embriagueses, torpezas y vanidades; sino vistiéndonos de Jesucristo por el ejercicio de las virtudes. La Iglesia oportunamente usa de esta Epístola al celebrar el tiempo en que, terminadas las sombras y figuras de la antigua ley, llegó la realidad, apareciendo Cristo en la tierra para iluminarla con la luz de la verdad y abrasarla en el fuego de la caridad. El Evangelio es del capítulo XXI de San Lúcas, en que se indican las señales que

precederán al juicio final, y se notarán en el sol, la luna y las estrellas, y la consternacion en que caerán los hombres con los bramidos del mar y de sus olas: finalmente la venida del Juez soberano Jesucristo sobre una nube con grande poder y magestad á juzgar á todos los hombres. El Salvador nos exhorta, con la comparacion de la higuera y de los demas árboles que, cuando ya empiezan á brotar el fruto, nos dan á conocer que ya está cerca el verano, á que vivamos atentos y vigilantes observando las señales indicadas para conocer la cercanía del reino de Dios: concluyendo con advertirnos que el cumplimiento de su prediccion no tardará, y que aunque pasen el cielo y la tierra, su palabra no faltará jamas.

La Epístola es del capítulo XIII del Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: Sabed que el tiempo insta, y que ya es hora de despertarnos de nuestro letargo: pues estamos mas cerca de nuestra salud que cuando recibimos la fé. La noche está ya muy avanzada, y va á llegar el dia. Dejemos pues las obras de las tinieblas, y revistámonos de las armas de la luz. Andemos con decencia, como se suele andar durante el dia: no en comilonas y borracheras, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas y envidias; mas revestíos de nuestro Señor Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XXI de San Lúcas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Veránse fenómenos prodigiosos en el sol, la luna y las estrellas; y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes por el estruendo del mar y de las olas; secándose los hombres de temor y de sobresalto por las cosas que han de sobrevenir á todo el universo: porque las virtudes de los cielos *ó esferas celestiales* estarán bambaleando. Y entónces será cuando verán al Hijo del Hombre venir sobre una nube con grande poder y magestad. Como quiera, vosotros, *fieles discípulos mios*, al ver que comienzan á suceder estas cosas, alzad los ojos y alzad la cabeza, *estad de buen ánimo*, porque vuestra redencion se acerca. Y propúsoles esta comparacion: Reparad en la higuera y en los demas árboles: cuando ya empieza á brotar de sí el fruto, conoceis que está cerca el verano. Así tambien vosotros, en viendo la ejecucion de estas cosas, entended que el reino de Dios está cerca. Os empeño mi palabra, que no se acabará esta generacion hasta que todo lo

dicho se cumpla. El cielo y la tierra se mudarán; pero mis palabras no faltarán.

MEDITACION.

Sobre el juicio final.

Considera que hay un ojo que todo lo ve, que hay un oido que lo oye todo, y una mano que todo lo está escribiendo. El ojo que todo lo ve no se descubre; la oreja que todo lo oye, no es conocida; y la mano que escribe todas las cosas no se deja ver. Yo no veo, y á mí me ven; yo no oigo, y á mí me oyen; yo no conozco, y á mí me conocen. ¡Oh Dios, y qué terror! ¡Ah, qué extravagantes pensamientos veis en mi corazon! ¡Qué perversas palabras ois que salen de mi boca! ¡Qué pecados tan abominables escribis vos en la historia de mi vida! Nada se pierde, nada queda sepultado en el olvido. Todo pasa del tiempo á la eternidad. Volverá lo que ha pasado, y comparecerá de nuevo lo que se creia perdido: lo que ahora se halla envuelto en las tinieblas, se presentará despues á la vista de todo el mundo. Morirá en dia el pecador, pero no morirá jamas su pecado, el cual durará tanto como Dios. Lo que sucede en el tiempo no pasa con el tiempo. Un pecado pronto se comete; mas si no le borra y cancela la penitencia, no podrá destruirle toda una eternidad.

Considera que en la tela del juicio de Dios nada se omitirá, ni habrá dispensa en cosa alguna. Se examinará todo sin excepcion; se juzgará todo sin excepcion de personas; se condenará todo sin misericordia, quedando todo castigado sin remision ni piedad. ¡Miserable de mí, cuando abriéndose el libro de mi conciencia vean todos los hombres la historia detestable de mi vida! Cuando mi Juez me cite á su tribunal y diga á todas las criaturas: Aquí está el hombre y lo que ha hecho. Este es el bien que yo le he dispensado: este es el mal con que él me ha correspondido. Entónces ¡ah! entónces se dará cuenta del bien que se ha recibido de Dios; del bien que se ha hecho mal, ó que se ha dejado de hacer: del mal que se ha cometido; del mal que se ha hecho cometer; del mal que se ha aprobado ó que no se ha denunciado ni impedido; del mal de que uno ha sido cómplice, ó al cual ha dado ocasion y causa con su consejo, consentimiento ó mandato, ó por medio de la seduccion ó la lisonja, ó por el del mal ejemplo y del escándalo. ¡Oh, que serás condenado tantas veces cuantas serán las almas que hubieres inducido á su condenacion.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Escrita está mi sentencia sobre mi lengua; por mis palabras seré juzgado y condenado. Acusaréme pues ahora para que me excusen entónces; condenaréme ahora á mí mismo, para que en el dia de las venganzas logre mi absolucion; perdonaré á mi prójimo para ser perdonado; y seré misericordioso con los otros para que se use conmigo de misericordia. ¡Oh Dios! dale valor á mis propósitos, y ya que entónces has de ejercer un juicio inexorable, despliega ahora conmigo tu benignísima misericordia.

JACULATORIA.

Si nos juzgásemos ahora, no seriamos juzgados.

LECCION.

Sobre el propio conocimiento.

Comparecerémos algun dia ante el tribunal del Altísimo á escuchar de sus labios una sentencia de eterna vida ó de eterna muerte. Para aquellos que hayan vivido mal llegó la hora fatal, el momento terrible en que sin apelacion ni esperanza alguna van á ser infelices por siempre. Los tormentos, el llanto y desesperacion van á acompañarlos por toda la eternidad. ¡O momento digno de que jamas te apartemos de nuestra memoria! ¡O instante que tú solo bien meditado debes hacernos santos! ¿Qué sentencia queremos obtener, la favorable ó la adversa? Ninguno será tan insensato que elija la segunda; pues bien, para conseguir la primera es necesario que nos juzguemos ahora para no ser juzgados entónces, es decir, entrémos en cuenta con nosotros mismos, examinemos con imparcialidad nuestra conducta para ver lo malo que háyamos hecho, y lo bueno que háyamos dejado de hacer, con objeto de procurar por todos los medios posibles no volver á practicar aquello y ejercitarnos en esto. Pero ¿cómo podremos juzgarnos si no nos conocemos?.... ¿Queremos conocernos? Pues registremos en lo interior; pero esta inquisicion la hemos de hacer despojándonos, primeramente, y esto es lo difícil sin la ayuda de la gracia, de los objetos seductores que nos rodean, y abstrayéndonos absolutamente de las pasiones que nos dominan. El mayor interes ó preocupacion que se atraviese debe dejarse á un lado, porque es preciso persuadirse

de que no tenemos mas relacion con las cosas de este mundo que la que tiene el desterrado con las de las ciudades y pueblos por donde pasa. Nosotros podemos decir á ejemplo de Jesucristo que no somos de este mundo, pues siendo aliento del mismo Dios, somos otra cosa de aquel. El universo todo, aunque tan hermoso y dilatado no tiene cosa que pueda igualársenos. Todas las ciencias y las leyes dimanadas de nuestra razon anuncian y declaran nuestros derechos sobre lo presente, lo pasado y lo futuro. En vano esa sucesion de instantes que llamamos tiempo intentará imprimirnos sus vestigios. En medio de la destruccion de todas las criaturas que á cada instante se marchitan, conocemos nuestra inmortalidad. No se han hecho para nosotros ni los meses, ni los años, ni los siglos, hemos de ser superiores á todos ellos. Las generaciones se envejecen, todo corre presuroso á volver á la nada de donde salió; pero lo mas noble de nosotros, nuestra alma formada para Dios, no teme aniquilarse: ella no es Dios, porque tuvo principio y depende de él en el criarse y conservarse; pero es su semejanza porque no tendrá fin. Desplómese en buena hora la naturaleza, redúzcase á ceniza nuestro cuerpo, vaporícese todo, nada le importa á esta inteligencia incapaz de disolverse.

Estas sí que son verdades de una y sublime y santa filosofía. Sí, y á pesar de las pasiones que nos asechan, y de los placeres que nos seducen, no dejamos de conocer de cuando en cuando la excelencia de nuestro ser y de nuestro fin. Por útiles y agradables que sean todos los conocimientos científicos, al fin recaen sobre cosas temporales y afectos meramente terrestres. El conocimiento de sí mismo nos proporciona objetos mucho mas admirables. Colocados entre el Criador y las criaturas, no vemos sobre nosotros sino al Ser Supremo, y debajo de nosotros no vemos sino cosas perecederas; así es que naturalmente debemos volvernos á nuestro Hacedor, y dejar las criaturas. Es hacernos violencia el poner el corazon en otra parte. Y no es de extrañar esto, pues Dios no nos formó sino con el designio de conocerle y amarle; quiere y desea con ansia nos unamos á él, le hablemos y le pidamos; y si alguna vez no otorga ni responde, es en castigo de habernos adherido demasiado á las criaturas.

Observando el órden establecido de la caridad, adquirimos una ciencia que ignoran las pasiones y sentidos. Si procuráramos conocernos, aprenderíamos á cuanto se extienden nuestras obligaciones,

y hallaríamos por fin el medio de fijar una felicidad temporal, noviciado de la eterna que nos está prometida, que no han podido ni podrán jamas determinar los esfuerzos de la filosofía humana. Yo no comprendo por qué las mas personas, aun cristianas, prefieren el estudio de cualquiera ciencia ó arte al de conocerse. ¿Será acaso porque se teme descubrir faltas que no se perciban? Pero qué, ¿no hay medios con que remediarlas? Cuando el hombre se conoce los encuentra bastante eficaces. Es superior sin duda alguna el conocimiento de sí mismo á cualquiera otro conocimiento; pues su preeminencia hizo que tantos hombres venerables se desterrasen de la comun sociedad, y no conociesen otra que la que formaban en su interior. Sabios, mucho mas superiores que los del siglo, se abrieron escuelas enmedio de las rocas, no teniendo otro libro que el firmamento que publica las glorias del Señor, ni otra medida del tiempo que la aparente carrera del sol, imágen de aquel en el mundo criado.

Efectivamente, no se halla por lo comun en los conocimientos humanos sino pensamientos que apocan nuestro espíritu ó lo deshonran. No nos aplican sino á vanidades y á errores. Pero ¿no es verdad que cuando el espíritu se entrega á sus propias reflexiones, propasa y con razon contra semejantes puerilidades? Si alguna vez disculpa á los que se entregan á ellas, no por eso deja de sentir á los hombres que se emplean en su estudio. ¡Cuán en vano lo que el mundo llama sabiduría, va á zumbar al oido del hombre que se emplea en conocerse! Aunque haya aprendido á considerarse como ciudadano del universo y como amigo de los hombres, no cree haya conocimiento mas importante que este: así es que deja á sus vecinos el cuidado de discurrir sobre los acaecimientos triviales que suceden cada dia, y se deja para sí la ventaja y gloria de meditar sobre los puntos fijos de la eternidad y de lo infinito. De este modo adquiere el cristiano un conocimiento mas sublime y mas provechoso. El verdaderamente sabio, que lo es el cristiano, vuela á gozar de estas riquezas: todo lo demas es frívola diversion. Dichoso el que forma de su corazon una lámina, y cincela dentro de sí mismo verdaderas virtudes, en vez de tener pintadas en cuadros y paredes imágenes de ellas.

El que se abandona á los sentidos, desciende de lo mas alto de las estrellas á lo mas bajo de la tierra: el espíritu, disipándose en ellos, siempre pierde algo de su energía. Hemos sido criados para conocernos: "Señor, conózcame á mí, y conózcate á tí," dice

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria "Alfonso Reyes"

San Agustín, tanto, que sin embargo de nuestra disipacion, nos sucede de cuando en cuando envidiar la suerte de los que viven en soledad y se conocen. Los campos dilatados nos inspiran por lo comun el designio de vivir en ellos; una triste choza llama nuestra atencion aun en el mismo punto que advertimos su pobreza. Amamos estos lugares, porque nos parece que en ellos se halla la verdadera felicidad; prueba infalible de que sin querer buscamos desasirnos de nuestras pasiones y sentidos, cuyo imperio es mas fuerte y tirano en medio del mundo.

Hay mas, el conocimiento de nosotros mismos nos anticipa aquel feliz instante, en el que léjos del mundo y de sus frivolidades, contemplarémos al Ser por excelencia, al Dios Trino y Uno. El conocimiento de sí mismo nos da á entender lo vil de nuestro cuerpo y la dignidad de nuestra alma; eleva á la una á su centro, que es la divinidad, y deja al otro en su bajeza, en las tinieblas, y en la corrupcion. *A la podre, dije: tu eres mi padre; y á los gusanos: vosotros sois mi madre y mis hermanos*, dice Job. El descubrimiento mas dichoso es el de nuestro corazon. Este laberinto inexplicable para el mayor número de los hombres, se manifiesta á proporcion de lo que cada uno se conoce: se descubren todas sus salidas, todas sus sinuosidades. El hombre entónces es bastante grande para calcular sus inclinaciones, descubrir sus humores y sondear sus deseos. ¡Oh! ¡serán provechosos serian á la sociedad unos hombres que ante todas cosas tratasen de conocerse á sí mismos! Entónces se encontraria la felicidad en todos los pueblos: entónces veriamos nuestra confusion y vergüenza, pues hemos obrado al reves de como debiamos, ensoberbeciéndonos en lugar de humillarnos; creyendo éramos algo, no siendo sino nada; siguiendo placeres y regalos para un cuerpo que es indigno de ellos, pues que siempre trata de usurparse el dominio que exclusivamente pertenece á la razon: entónces, poniendo los ojos de nuestro conocimiento en los piés de la arrogante estátua de nuestra soberbia, nos humillariamos para fabricar con mas solidez el grande edificio de nuestra justificacion; pues cuanto mas alto ha de ser el edificio, tanto mas hondo ha de ser el cimiento, dice San Agustín: entónces, á pesar de conocer la dignidad de nuestra alma, por ser un vivo retrato del Altísimo, reflexionariamos en la humillacion y abatimiento en que se halla presa en la sucia é inmunda cárcel de nuestro cuerpo: entónces, por último, nos convertiriamos á Dios, quien juez inexorable en el último de

los dias, ó nos ha de llamar á sí, ó nos ha de arrojar de sí. ¡Felices si conseguimos lo primero; desgraciados si nos toca lo segundo!

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

El segundo Domingo de adviento parece consagrado todo á celebrar la primera venida del Salvador, disponiéndonos para la solemnidad de su nacimiento.

El Introito de la misa de este dia es del capítulo XXX de Isaías: "Pueblo de Sion, le dice el profeta, he aquí que el Señor vendrá á salvar á las naciones y hará oida la gloria de su voz en la alegría de vuestro corazon." Como al pueblo de Israel fué á quien se prometió el Mesías, el profeta le anuncia su venida: esta sin embargo fué para salvar todas las naciones, y así lo expresa Isaías, pues la salud que repugnó al pueblo escogido se anunció y se dió á los gentiles. Una nueva de tanto consuelo, digna era de anunciarse á todo el mundo, y debia producir en todos los corazones el gozo mas esquisito; ya porque el Señor que habia callado por tantos siglos con respecto á las naciones, iba á hacerles oir su voz, y ya porque esta era una voz de salvacion para todos los hombres; así es que las últimas expresiones podemos vertirlas de modo que hagan este sentido: "Y hará que vuestros corazones perciban su voz y se regocijen con ella."

La epístola de la misa de este dia se ha tomado de la carta de S. Pablo á los romanos, á los cuales dice que todo lo que está escrito se ha escrito para nuestra instruccion: para que por medio de la paciencia y del consuelo que se halla en leer las Santas Escrituras, conservemos una firme esperanza de que hemos de ver verificado todo lo que se nos ha prometido. Acordaos, dice, de las promesas que hizo Dios á los patriarcas y á los profetas: acordaos que está escrito: el Señor tu Dios levantará en medio de tí un profeta de tu nacion y de entre tus hermanos; á este has de oir con preferencia á cualquiera otro. Moises, inspirado de Dios, habla así al pueblo, y le predice al Mesías, el cual debia ser el autor y el principio de su felicidad, despues de haber sido el objeto de sus deseos y de sus suspiros. No debeis turbaros, añade el profeta, de que no haya entre vosotros personas que os descubran las cosas futuras y desconoci-

das; Dios suplirá con mucha ventaja esta falta de adivinos y agoreros con un profeta que levantará de entre vosotros, el cual os manifestará sus voluntades: no tendreis necesidad de ir á buscar entre las naciones extrangeras quien os instruya; Dios os dará un profeta de vuestra nacion y pais, el cual tendrá mas conocimiento que yo: os enseñará el verdadero camino de la salvacion y las sendas que conducen derechamente á la vida.

Es constante que el profeta de quien habla aquí Moises, no es otro que el Mesías prometido. Los mismos judíos del tiempo de Jesucristo estaban persuadidos á que Moises hablaba del Mesías en este pasage. Los apóstoles suponian este conocimiento como universal y comun en el pueblo: así es que San Pedro, en aquel primer sermon que hizo en el templo despues de la curacion del tullido, no tuvo reparo en afirmar, que por fin se veia en la persona de Jesucristo el cumplimiento de la promesa que les hizo Moises, de que Dios levantaria de entre sus hermanos un profeta como él. San Estéban aplicó el mismo pasage á la persona de Jesucristo. El Apóstol San Felipe dijo á Natanael, que habia hallado al Profeta de que habla Moises en el Libro de la ley: en fin, el mismo pueblo judío, habiendo visto la multiplicacion milagrosa de los cinco panes, no dudó que Jesucristo fuese el gran Profeta prometido por Moises.

"En los últimos tiempos, dice Isaías, el monte de la Casa del Señor estará fundado sobre lo alto de los montes, y se levantará sobre los collados, y vendrán á él todas las naciones. El nos enseñará sus caminos, y nosotros caminarémos por sus sendas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalen la palabra del Señor." En efecto, la ley nueva salió de Sion; el Evangelio, y el cristianismo, tuvieron su nacimiento en la Sinagoga; Jesucristo no predicó sino en la Judea; no vino para destruir la ley, sino para cumplirla y perfeccionarla. Hijos de Sion, exclamaba el profeta Joel, alegraos y regocijaos en el Señor vuestro Dios, porque os dará un maestro que os enseñará la justicia. ¿Para qué es cansarnos? En otros cien pasages de la Escritura se ve el verdadero retrato de Jesucristo en las profecías; y esto es lo que hizo decir á la Vírgen Santísima: "El pueblo de Israel ha visto el cumplimiento de la promesa dicha á nuestros padres, á Abraham y á toda su descendencia, en el Verbo que se ha encarnado en mi seno." Refiriéndose, pues, el Apóstol San Pablo á estos pasages de la Escritura, dice á los romanos, que cuanto está escrito, se ha escrito para nuestra instruccion; y que si el

ministerio de Jesucristo miraba con especialidad al pueblo circundado, esto es, si el Salvador quiso nacer de la rama de David y en medio de los judíos: si se dignó sujetarse á la ley de circuncision para ser de su pueblo: si les predicó él mismo personalmente, como no lo hizo con los gentiles: si obró milagros á su vista, y obró asimismo la salvacion del mundo en medio de su tierra; todo esto se hizo para cumplir las profecías y verificar las promesas que Dios les habia hecho; privilegio que no lograron los gentiles, aunque fueron comprendidos en el beneficio de la redencion, y aunque Dios les anunció su vocacion y conversion en un gran número de pasages de los profetas, á los cuales se refiere San Pablo en la Epístola de la misa de este dia. Así el santo Apóstol, manifestando en esta Epístola las prerogativas de que gozaron los hebreos, no omite las misericordias de que usó Dios con los gentiles, y de las cuales habian hablado tan repetidas veces los profetas. La raiz de Jesé aparecerá, y el que saldrá de ella, dice Isaías, para ser el Maestro de las naciones, es aquel en quien todas las gentes pondrán su esperanza. Fácil es conocer cuán bien conviene esta Epístola á la presente Dominica, consagrada particularmente á celebrar el cumplimiento de las promesas que Dios habia hecho, no solo á los judíos, sino tambien á todas las naciones del mundo, cuando dijo á Abraham que todas las naciones del mundo serian benditas en el descendiente que le prometia.

El Evangelio de este dia corresponde cabalmente al designio que tiene la Iglesia en este santo tiempo, de disponernos para celebrar dignamente la venida del Salvador al mundo, pues en él se ve el testimonio que dió del Mesías su santo precursor. San Juan, lleno del Espíritu Santo, desde el vientre de su madre, y criado en el desierto, se fortificó en él mucho mas en el espíritu que en el cuerpo, y saliendo en fin de su soledad, se presentó ante el pueblo de Israel á los treinta y un años de edad, á los treinta de la de Jesucristo, y á los quince del imperio de Tiberio César. El era aquella voz poderosa, que segun Isaías, debia sonar en el desierto y enseñar á los pueblos cómo se habian de disponer para recibir al Mesías que ya estaba entre ellos. Anuncióles el reino de Dios, y declamó contra los vicios que reinaban en el pueblo y en la corte, sin dejar de corregir á los grandes y al rey mismo. Era este Herodes Antipa, el cual vivia escandalosamente con Herodias, muger de su hermano Filipo. San Juan, á quien Herodes miraba con respeto, no pudiendo verle

con indiferencia en un adulterio tan escandaloso, le echó en cara su delito. Irritada Herodías del zelo del hombre de Dios, obligó á Herodes á que le hiciera poner en la cárcel. Miéntras el santo precursor estaba en la prision, el Salvador llenaba toda la Judea de sus maravillas: acababa de curar en Cafarnaum al criado del centurion, y de resucitar al hijo de la viuda de Naïm. La fama de tantos prodigios, y la reputacion del que los obraba, llegaron á oidos de San Juan, y queriendo que sus discípulos conocieran el mérito y las cualidades del Hombre Dios de quien era precursor, le envió dos de sus discípulos, los mas distinguidos para hacerle en su nombre, y en el de todos esta pregunta: "¿Eres tú el que ha de venir, ó debemos aguardar á alguno otro?"

No ignoraba San Juan que Jesucristo era el Salvador del mundo; pero dió este paso para que sus discípulos le conociesen, y formasen de él, de su doctrina y de sus obras maravillosas, el concepto de que es capaz el hombre. El Salvador, pues, oida la pregunta, no les respondió sino con la voz de los milagros: dió vista á muchos ciegos en su presencia, curó á muchos enfermos, y libró muchos endemoniados: despues de lo cual les dijo: "Id y decid á Juan lo que habeis visto y oido: decidle que á mi voz los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres evangelizan: y es bienaventurado, añadió, el que no se escandalizare en mí, esto es, dichoso aquel que permanezca firme en la fé, aunque me vea perseguido, y que en medio de mis afrentas y tormentos, nada pierda de la estimacion y amor que me tenia."

Habiendo despachado el Salvador á los dos discípulos de San Juan, comenzó á alabar á este, diciendo á los que estaban cerca: "Cuando fuisteis á ver á Juan en el desierto, ¿á quién pensais haber visto? ¿Acaso á un hombre ligero é inconstante, como una caña agitada de los vientos? ¿Acaso á un hombre sensual, delicado, pomposo en su vestido y criado en el regalo? No es el desierto, sino la corte en que reina la vida regalada y la profusion, quien produce esta especie de gentes. ¿Quién es pues este hombre á quien habeis ido á ver? Acaso me diréis, es un profeta; pero yo os digo que es mas que profeta: es aquel ángel, de quien hablando el Señor al Mesías, dice en la Escritura: "He aquí á mi ángel, he aquí á tu precursor: este es aquel que yo envío delante de tí para allanarte los caminos." Estas palabras que el Salvador cita, son del profeta Malaquías al capítulo III, el cual es todo de la venida del Mesías. En cuanto á su sentido, algunos antiguos creyeron que el profeta anunciaba un ángel verdadero, y que San Juan era un ángel encarnado. San Cirilo Alejandrino, refutando este error, dice, que se habia extendido aun desde el tiempo de los apóstoles, y que por eso S. Juan Evangelista dice al principio de su Evangelio: que un hombre llamado Juan, fué enviado por Dios. Pero el verdadero sentido de las palabras del profeta, segun todos los Santos Padres, es que Juan Bautista era un ángel, no por naturaleza, sino por su oficio de precursor, y por la inocencia de su vida y costumbres.

La Epístola es del capítulo XV de la del Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: Todas las cosas que han sido escritas, para nuestra enseñanza se han escrito, á fin de que, mediante la paciencia y el consuelo de las Escrituras, mantengamos la esperanza. Quiera el Dios de la paciencia y de la consolacion haceros la gracia de estar siempre unidos mútuamente en sentimientos y afectos segun Jesucristo: á fin de que no teniendo sino un mismo corazon y una misma boca, glorifiquéis unánimes á Dios, el Padre nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, soportaos recíprocamente, así como Cristo os ha soportado á vosotros para gloria de Dios. Digo, pues, que Jesucristo fué ministro para con los de la circuncision, á fin de que fuese reconocida la veracidad de Dios en el cumplimiento de las promesas que él habia hecho á los padres. Mas los gentiles deben alabar á Dios por su misericordia, segun está escrito. Por eso publicaré, ó Señor, entre las naciones tus alabanzas, y cantaré á la gloria de tu nombre. Y en otro lugar: Alegraos, ó naciones, en compañía de su pueblo. Y en otra parte: Alabad todas las gentes al Señor, y ensalzadle los pueblos todos. Asimismo, dice Isaías, de la estirpe de Jesé nacerá aquel que ha de gobernar las naciones, y las naciones esperarán en él. El Dios de la esperanza os colme de toda suerte de gozo y de paz en vuestra creencia, para que crezca vuestra esperanza siempre mas y mas por la virtud del Espíritu Santo.

El Evangelio es del capítulo X de San Mateo.

En aquel tiempo: Habiendo oido Juan en la prision las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos á preguntarle: ¿Eres tú el que ha de venir, ó debemos esperar á otro? A lo que Jesus les respon-

dió: Id, y contad á Juan lo que habeis visto y oido. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el Evangelio á los pobres; y bienaventurado aquel que no tomará de mí ocasion de escándalo. Luego que se fueron estos, empezó Jesus á hablar de Juan, y dijo al pueblo: ¿Qué es lo que salisteis á ver en el desierto? ¿Alguna caña que á todo viento se mueve? Decidme si no ¿qué salisteis á ver? ¿A un hombre vestido con lujo y afeminacion? ¿Y sabeis que los que visten así, en palacios de reyes están? En fin, ¿qué salisteis á ver? ¿Algun profeta? Eso sí, yo os lo aseguro, y aun mucho mas que profeta. Pues él es de quien está escrito: Mira que yo envio mi ángel ante tu presencia, el cual irá delante de tí disponiéndote el camino.

MEDITACION.

Sobre el acuerdo que deben tener nuestras obras con nuestra fé.

Considera que el desagradar á Dios por dar gusto á los hombres; omitir por temor de los males el bien que se puede y debe hacer; creer en Jesucristo, y avergonzarse de su Evangelio, y disimular la fé cuando se presenta la ocasion de profesarla, es mostrarse apóstata y desertor de la religion, siendo solo fiel en el nombre é infiel en el corazon. No, no se porta así un corazon sincero y una alma noble. San Juan en la prision oye las obras de Cristo, y envia á dos de sus discípulos á preguntar al Señor si era él el que habia de venir, ó si habia de esperar á otro. ¿Y con qué fin hace esta pregunta? ¿Acaso como Herodes que deseaba saber si Cristo habia nacido para darle la muerte, ó como los sacerdotes y los fariseos que querian cerciorarse de su venida para no recibirlo y hacerle resistencia? No, ciertamente: San Juan sabia muy bien que Jesucristo era el Mesías verdadero; la pregunta que le hace no era para salir de alguna duda: ella llevaba todo el carácter de una protestacion pública y solemne de la fé con que lo reconocia por su Dios y Señor, por su Rey soberano, por su Maestro, por su Redentor; y llevaba tambien el fin de que sus discípulos le conociesen, se le adhiriesen y le rindiesen sus homenages. Así se porta un corazon recto, una alma generosa y libre de toda simulacion é hipocresía; pero nosotros queremos mas imitar al despiadado Herodes ó al falso fariseo, que al sincero y recto Juan Bautista.

Considera que no basta para salvarse tener la fé en el corazon: es necesario tambien tenerla en la lengua, y declararse discípulo de Jesucristo; pero tampoco basta ser cristiano de lengua; es necesario serlo de corazon; y es preciso tambien que las acciones ú obras declaren la fé que tiene nuestro corazon. Creer lo que cree un cristiano y vivir como un gentil, es hacerse dos veces culpado, es pecar contra el Espíritu Santo, es proceder contra sus propias luces, es esconder el talento que se ha recibido de Dios, es querer asociar la verdad con la injusticia, formarse cada uno su causa y pronunciar contra sí mismo la sentencia. ¡Oh Jesus Salvador mio! ¡Cuánto me desemeja de vos mi monstruosa conducta! ¡Qué aspecto tan horroroso presento yo en el mundo! No se sabe si soy cristiano ó si soy pagano; os adoro en la prosperidad, y os blasfemo en la adversidad; os confieso secretamente delante de los ángeles, y os niego públicamente delante de los hombres; venero vuestra ley, y me avergüenzo de observarla; el temor del *qué dirán* me hace renunciar todos los deberes de mi profesion, y temo mas el escarnio de los mundanos, que la ira del Dios de las venganzas. ¡Oh Dios, líbrame de mí mismo, y *renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud.*

PETICION Y PROPÓSITOS.

Quien teme al hombre pronto caerá, dice el Espíritu Santo; y quien quiere agradar á los hombres, no es siervo de Cristo. Sean, pues, estas dos reglas la norma de nuestra conducta: no temer á los hombres, no buscar su agrado. El Dios Omnipotente á quien servimos, es el único que puede sostenernos en toda clase de bienes, y librarnos de todo género de males. La salud de los hombres es vana, dice el Profeta. El Dios de bondad á quien servimos es el único acreedor á todo nuestro obsequio y al sacrificio de nuestra misma vida. El agrado de los hombres nada debe interesarnos. Ellos no pueden labrar su propia felicidad; ménos podrán la nuestra. Sea este pues nuestro sentir, y el objeto de nuestras peticiones el agrado divino.

JACULATORIA.

No seria vuestro siervo, ¡oh dulce Jesus! si tratase de agradar á los hombres.

LECCION.

El conocimiento de nosotros mismos nos conduce al conocimiento de Dios.

Aunque es de mucha utilidad para la vida humana el propio conocimiento, no es este su principal resultado: él nos lleva á otro mas alto, el que solo puede ser el objeto último y total de nuestros deseos. Si él nos enseña la inutilidad y la incapacidad de las cosas terrenas para entretener nuestra alma y satisfacer nuestros corazones, igualmente nos manifiesta nuestra miseria y la grandeza del Ser infinito que nos ha criado. Arrojados en un costal de miserias, podredumbres y gusanos por algunos dias; desterrados en un rincon del universo; sujetos al error, á las preocupaciones y vanidades, no podemos ménos de ignorar nuestra dependencia y flaqueza. El hombre mas extenso en conocimientos y mas perspicaz lleva las señales de su imperfeccion que jamas podrá ocultar. Solo uniéndonos al Ser Supremo encontramos títulos de verdadera grandeza, que nos corresponden y que por lo mismo debemos estimar. Podemos vivir sin dependencia del cuerpo y de las criaturas todas, pero no sin relacion con Dios. Esta union que tienen por fantástica los hombres que piensan segun la carne y la sangre, es sin embargo, nos repite nuestra propia conciencia, la sabiduría eterna que se comunica á las criaturas en lo mas secreto de su corazon. Ella es una voz interior que sin necesidad de palabras se da á entender de un modo inteligible en lo mas profundo de nosotros mismos. A esta escuela interior conviene que el cristiano asista todos los dias; mas para percibir su voz es necesario olvidar al universo, á las pasiones, y lo que es mas, á nosotros mismos.

Por admirables y encantadores que sean á la vista de todos, los conocimientos de astronomía, geografía, marina, legislacion y demas, el conocimiento del hombre es para el hombre mismo mucho mas eficaz y persuasivo; pues que él lo conduce mejor al conocimiento de su último fin. Sin duda que nuestra alma, la mejor parte de nosotros, sola ella, criatura inmortal, acá en el mundo, guarda mas proporcion con su Dios, que la que tienen con él las plantas que se marchitan y los astros que se eclipsan; mas nosotros apénas reflexionamos sobre esto, porque somos muy disipados y amantes de los objetos terrenos que nos impiden estar dentro de nosotros, y

fijar un poco la vista sobre el vacío de un mundo absolutamente material. ¡Cuántas veces, aun no queriendo servirnos de él sino como de un medio que nos condujese á Dios, le hemos amado como á nuestro último fin! Todo lo que hay en el universo es bueno; pero nuestras pasiones y nuestros sentidos despojan á las criaturas de su primitiva é inocente hermosura, y las revisten de un falso lucimiento de oropel que nos seduce: solo juzgamos de ellas segun nuestro gusto y fantasía; de aquí proviene aquella multitud de errores, en los que casi vemos inundado el mundo. Esto supuesto, ¿no es verdad que nos es mas fácil hallar á Dios en nosotros mismos que en la disipacion de las cosas exteriores? ¿Quién podrá conducirnos mejor á su conocimiento que el de nuestra miseria?

Fuera de esto, todos tenemos deseos insaciables de unirnos al Soberano bien: todos los buscamos; aun los mas relajados, enmedio de sus placeres delincuentes, se agitan por conseguirlo; su mal está en que no eligen los medios que los aproximan á él, sino los que los apartan. ¿Será posible que un bien tan constantemente deseado, y tan universalmente inquirido, sea de tan pocos logrado? ¿De qué nos servirán nuestra inteligencia, nuestro amor, y nuestras riquezas si no sentimos dentro de nosotros impresiones de un Dios á quien debemos todos nuestros homenages, todos nuestros obsequios? Siempre que dirigimos el corazon á otra parte, encontramos un vacío espantoso dentro de nosotros. Nuestra existencia sería un mal terrible si no conociéramos que hay un bien por excelencia, que ha de valer infinitamente mas que todos los objetos terrestres en el instante en que nos separemos de ellos. Nuestros espíritus, no encontrando en las cosas que los rodean objetos que les satisfagan, se ven precisados á buscar otra cosa que llene su capacidad, y que con placeres sólidos sustituyan los deleites pasageros que en vano buscan en las cosas creadas.

De este modo examinado y sondeado nuestro propio conocimiento, nos conduce al de Dios, y nos hace ver su intimidad con nosotros. ¿Qué bien puede resultar á una sustancia espiritual de los alimentos, sonidos, colores y demas percepciones, si no usa de estos objetos como de una ocasion para merecer otro fin y poner bien en práctica su libertad? Todos los justos que se han dedicado á conocer y tratar íntimamente con la Divinidad, nos han recomendado siempre como principio y fundamento de la vida espiritual el propio conocimiento, ya de la dignidad y prerogativas que disfrutamos; ya de las

miserias y flaquezas que sufrimos: las primeras nos dan á entender las grandezas del Dios á quien debemos amar; las segundas nos humillan ante su soberana presencia. Los hombres dedicados á la contemplacion de las cosas santas saben, y saben muy bien, que el silencio del recogimiento son como dos alas que nos balancean entre las pasiones y los sentidos, y remontándonos como el águila, nos conducen hasta el Ser increado. San Agustin no tuvo otro objeto en sus soliloquios, allá en sus sabias meditaciones, que llamar la alma hácia aquel que la formó.

Si la misma alma considera su cuerpo, al cual se halla unida por órden del Criador, conoce prontamente el poder que tiene sobre él de encoger sus nervios y de dilatar sus músculos. Tanta potencia bien meditado ha llenado siempre de admiracion á los grandes filósofos. Ella no se acuerda de que alguna vez le hayan enseñado las reglas de tal mecanismo; pero sabe muy bien que ella no es su autor, pues que ignora el cuándo, el cómo y el por qué: de aquí infiere precisamente que hay una fuerza superior que nos ha concedido la facultad de movernos solo con querer hacerlo. Todas las veces que nuestro corazon se comprime y se dilata, se deja ver una Sabiduría infinita que nos conserva, esto es, nos saca á cada instante de la nada á la que, como á su orígen tienen propension todas las cosas. Al despertar cada dia debemos vernos con asombro, como que acabamos de nacer de nuevo y entramos en un nuevo mundo. Entónces la impresion del Ser Eterno nos llena de una inefable ternura y de un eterno reconocimiento. El sello de la Divinidad grabado sobre nuestra alma, y palpable en todos nuestros movimientos no puede borrarse jamas. Es preciso despojarnos de nuestro conocimiento, de nuestro amor, y reducirnos á solo carne y sangre para no conocer á Dios. No respiramos sino por su favor: no nos movemos sino por su poder. ¿Quién nos enseñó á amar naturalmente la virtud, á respetar el órden, y á detestar el mal, sino aquella luz indefectible que ilumina á todo hombre que viene á este mundo? Esta luz es la que en el retiro y meditaciones nos abre los ojos de cuando en cuando, nos desembaraza de nuestros propios sentidos y se comunica secretamente con nosotros. ¿Sin este conocimiento se hubieran reducido alguna vez los hombres en la comunion de una religion verdadera, y participacion de unos santos sacramentos? Todos los hombres en este culto exterior no hacen otra cosa sino manifestar lo que Dios obra en ellos interiormente.

El hombre siendo tan soberbio, se habria atrevido á estimarse por el soberano de todo el mundo, si no se hubiera visto precisado á confesar la dependencia que tiene de un Arbitro absoluto á cuyo imperio todo se hace y se disuelve, todo se ordena y desenlaza, la nada misma está pronta á sus órdenes. Despues de todas estas reflexiones es preciso salirse como fuera de sí, y considerar todo lo que nos ordena con relacion á nuestro Criador. Examinando al cielo y á la tierra como si acabasen de ser formados y presentados á nuestra vista, veriamos en ellos las obras de la Omnipotencia: encontraríamos en nosotros mismos respuestas que nos librarian de confundir al Criador con la criatura. Si contemplamos al sol que nos ilumina por el dia, y á esos tantos soles que brillan por la noche, ¡cómo no admiraremos la hermosura de aquel que los ha creado y que derrama sobre nosotros dia y noche tanto esplendor y magnificencia! ¡Sobre nosotros que no somos mas que polvo: unas cañas que no hemos de durar sino algunos dias! Acá en la tierra trasforma su polvo y jugo en flores; en oro, en diamantes, zafiros y esmeraldas: allá en el cielo suspende con su mano invisible multitud innumerable de esferas luminosas. ¡Oh Dios verdaderamente grande! ¡Oh hermosura tan antigua y nueva para mí!

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO, Y FIESTA DE LOS DESAGRAVIOS.

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

No es ménos solemne en la Iglesia el tercer Domingo de Adviento que los dos precedentes. El Introito de su misa es muy á propósito para excitar el zelo por la gloria de Dios y el propio aprovechamiento: alegraos en el Señor, nos dice el sacerdote al llegar al altar; otra vez os lo digo, alegraos, no con aquella alegría vana y tumultuosa que tiene su orígen en los sentidos mas que en el corazon; sino con una alegría verdaderamente cristiana, humilde, modesta, pura, que teniendo á Dios por principio, es sólida, inalterable, llena el corazon y sacia el alma, sin abandonar jamas la modestia. Vean esta todos los hombres en vosotros, y descúbrase asimismo vuestra alegría, porque el Señor está cerca. Vos, Señor, continúa el sacerdote, habeis llenado de bendiciones vuestra heredad, y habeis puesto fin á la cautividad de Jacob, compadeciendoos de vuestro pueblo, y oyendo sus votos.

miserias y flaquezas que sufrimos: las primeras nos dan á entender las grandezas del Dios á quien debemos amar; las segundas nos humillan ante su soberana presencia. Los hombres dedicados á la contemplacion de las cosas santas saben, y saben muy bien, que el silencio del recogimiento son como dos alas que nos balancean entre las pasiones y los sentidos, y remontándonos como el águila, nos conducen hasta el Ser increado. San Agustin no tuvo otro objeto en sus soliloquios, allá en sus sabias meditaciones, que llamar la alma hácia aquel que la formó.

Si la misma alma considera su cuerpo, al cual se halla unida por órden del Criador, conoce prontamente el poder que tiene sobre él de encoger sus nervios y de dilatar sus músculos. Tanta potencia bien meditado ha llenado siempre de admiracion á los grandes filósofos. Ella no se acuerda de que alguna vez le hayan enseñado las reglas de tal mecanismo; pero sabe muy bien que ella no es su autor, pues que ignora el cuándo, el cómo y el por qué: de aquí infiere precisamente que hay una fuerza superior que nos ha concedido la facultad de movernos solo con querer hacerlo. Todas las veces que nuestro corazon se comprime y se dilata, se deja ver una Sabiduría infinita que nos conserva, esto es, nos saca á cada instante de la nada á la que, como á su orígen tienen propension todas las cosas. Al despertar cada dia debemos vernos con asombro, como que acabamos de nacer de nuevo y entramos en un nuevo mundo. Entónces la impresion del Ser Eterno nos llena de una inefable ternura y de un eterno reconocimiento. El sello de la Divinidad grabado sobre nuestra alma, y palpable en todos nuestros movimientos no puede borrarse jamas. Es preciso despojarnos de nuestro conocimiento, de nuestro amor, y reducirnos á solo carne y sangre para no conocer á Dios. No respiramos sino por su favor: no nos movemos sino por su poder. ¿Quién nos enseñó á amar naturalmente la virtud, á respetar el órden, y á detestar el mal, sino aquella luz indefectible que ilumina á todo hombre que viene á este mundo? Esta luz es la que en el retiro y meditaciones nos abre los ojos de cuando en cuando, nos desembaraza de nuestros propios sentidos y se comunica secretamente con nosotros. ¿Sin este conocimiento se hubieran reducido alguna vez los hombres en la comunion de una religion verdadera, y participacion de unos santos sacramentos? Todos los hombres en este culto exterior no hacen otra cosa sino manifestar lo que Dios obra en ellos interiormente.

El hombre siendo tan soberbio, se habria atrevido á estimarse por el soberano de todo el mundo, si no se hubiera visto precisado á confesar la dependencia que tiene de un Arbitro absoluto á cuyo imperio todo se hace y se disuelve, todo se ordena y desenlaza, la nada misma está pronta á sus órdenes. Despues de todas estas reflexiones es preciso salirse como fuera de sí, y considerar todo lo que nos ordena con relacion á nuestro Criador. Examinando al cielo y á la tierra como si acabasen de ser formados y presentados á nuestra vista, veriamos en ellos las obras de la Omnipotencia: encontraríamos en nosotros mismos respuestas que nos librarian de confundir al Criador con la criatura. Si contemplamos al sol que nos ilumina por el dia, y á esos tantos soles que brillan por la noche, ¡cómo no admiraremos la hermosura de aquel que los ha creado y que derrama sobre nosotros dia y noche tanto esplendor y magnificencia! ¡Sobre nosotros que no somos mas que polvo: unas cañas que no hemos de durar sino algunos dias! Acá en la tierra trasforma su polvo y jugo en flores; en oro, en diamantes, zafiros y esmeraldas: allá en el cielo suspende con su mano invisible multitud innumerable de esferas luminosas. ¡Oh Dios verdaderamente grande! ¡Oh hermosura tan antigua y nueva para mí!

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO, Y FIESTA DE LOS DESAGRAVIOS.

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

No es ménos solemne en la Iglesia el tercer Domingo de Adviento que los dos precedentes. El Introito de su misa es muy á propósito para excitar el zelo por la gloria de Dios y el propio aprovechamiento: alegraos en el Señor, nos dice el sacerdote al llegar al altar; otra vez os lo digo, alegraos, no con aquella alegría vana y tumultuosa que tiene su orígen en los sentidos mas que en el corazon; sino con una alegría verdaderamente cristiana, humilde, modesta, pura, que teniendo á Dios por principio, es sólida, inalterable, llena el corazon y sacia el alma, sin abandonar jamas la modestia. Vean esta todos los hombres en vosotros, y descúbrase asimismo vuestra alegría, porque el Señor está cerca. Vos, Señor, continúa el sacerdote, habeis llenado de bendiciones vuestra heredad, y habeis puesto fin á la cautividad de Jacob, compadeciendoos de vuestro pueblo, y oyendo sus votos.

La Epístola está tomada de la que el Apóstol San Pablo escribió á los filipenses. Habiendo sido San Pablo llamado de Dios para que fuese á Macedonia, vino á Filipos, y predicando en ella convirtió á muchas personas, tanto que los magistrados le hicieron prender con su compañero Silas, y mandándolos azotar, los pusieron en la cárcel. Por la noche hubo un temblor de tierra: las puertas de la cárcel se abrieron por sí mismas, y se rompieron las cadenas con que estaban atados. El alcaide creyendo que los presos se habian escapado, quiso atravesarse su espada: pero San Pablo acudió y lo sosegó, y habiéndolo convertido é instruido, lo bautizó á él y á toda su familia. A la mañana siguiente los magistrados fueron á la cárcel, se disculparon de lo hecho y les rogaron que salieran de la ciudad. El Santo Apóstol partió á Tesalónica; pero siempre conservó á los filipenses una especial ternura y benevolencia, y ellos le manifestaron su reconocimiento enviándole con frecuencia socorros á todos los parages donde predicaba. Habiendo sabido que estaba en Roma preso, le enviaron á su obispo con algun dinero, y este á la vuelta les trajo la excelente carta de que hablamos.

Llama en ella el Apóstol á los filipenses *su gozo* y *su corona*, cuyo elogio hace mucho honor á aquellos fervorosos fieles. Despues de exhortarlos á perseverar en la fé, en el temor y amor de Dios, les encarga que se alegren sin cesar en nuestro Señor, dándoles por motivo, que el Salvador está cerca. Esto mismo le obliga á exhortarlos á que tengan una modestia muy edificante y cristiana, entendiendo por modestia la práctica de todas las virtudes, caridad, paciencia, mansedumbre, espíritu de mortificacion, como que son tan á propósito para hacernos favorable el advenimiento del Salvador. En efecto, el retiro y la oracion, acompañada siempre de accion de gracias por los beneficios recibidos, deben sernos familiares, especialmente en este santo tiempo en que la paz y tranquilidad del corazon disponen tanto al alma para las celestiales visitas, como que ninguna cosa es mas opuesta á las comunicaciones íntimas de Dios con el alma, que el ruido y tumulto del mundo y la disipacion del corazon. Por lo mismo se encarga tanto el retiro en este tiempo, y esta era la causa porque antiguamente ningun lego entraba en el coro hasta la vigilia de Navidad; porque se juzgaba que los religiosos estaban como en retiro, y no querian que se distragesen de los divinos oficios. Por lo demas añade el Apóstol en el mismo capítulo: Toda verdad, toda pureza, toda justicia, toda santidad en materia de disciplina y de conducta ocupe á vuestros pensamientos y á vuestros deseos en este tiempo saludable.

El Evangelio de este dia refiere el testimonio auténtico que dió San Juan Bautista á los judíos sobre la venida del Mesías en la persona de Jesucristo. Habiendo querido el Salvador humillarse hasta recibir el bautismo de penitencia que predicaba su precursor, se retiró al desierto para ayunar cuarenta dias ántes de manifestarse al mundo. Entre tanto San Juan predicaba en las orillas del Jordan, y bautizaba á todos los que venian á oirle, y penetrados de un vivo dolor de sus culpas, le pedian el bautismo. La reputacion del Hombre de Dios hacia tanto ruido, que el gran Sanhedrin, que era el supremo consejo de los judíos le envió una célebre diputacion. Sabian demasiado por los oráculos de los profetas, y especialmente por las célebres semanas de Daniel, que no estaba léjos el tiempo en que debia nacer el Mesías; y sabian ademas que Juan Bautista era un hombre de virtud extraordinaria, que se habia criado en el desierto, y que en su cuerpo mortal parecia tener la impasibilidad de un ángel. Todo esto era motivo para que sospechara que fuese acaso el Mesías prometido; y para cerciorarse escogieron de entre los sacerdotes y levitas quienes en nombre del consejo fuesen á preguntarle quién era, y en virtud de qué mision predicaba la penitencia. Vió pues entónces la célebre Jerusalen á los príncipes de los sacerdotes y levitas salir con grande acompañamiento y caminar mas de veinte leguas, para informarse de las calidades del nuevo profeta y del carácter de su mision, no sabiendo que con esto iban á recibir el testimonio mas auténtico de la venida del Mesías; que así lo ordenó la Providencia del Señor á fin de que los judíos no pudiesen dudar jamas que aquel Jesucristo, á quien habian de maltratar un dia, era el verdadero Mesías.

Los diputados encontraron á San Juan en las cercanías de Betania, ciudad situada al otro lado del Jordan, donde predicaba en una campiña á cielo raso. Aquí fué donde los diputados del Sanhedrin le representaron la veneracion y respeto en que le tenia este consejo; que la santidad de su vida y las obras que hacia muy superiores á las fuerzas humanas eran la mejor prueba de que él no era como el resto de los hombres: que en el dictámen del pueblo pasaba ya por el Mesías, y que ellos mismos eran ya de esta opinion; pero que para mayor satisfaccion querian saber de su boca quién era. El Santo Hombre sin detenerse un punto, negó re-

dondamente ser él quien ellos creian: y para que no imaginasen que su respuesta era algun disimulo, les dijo en términos formales, y lo repitió muchas veces, que no era él el Mesías, que no era Cristo. Los diputados, no pudiendo borrar de sí la idea que tenian de su mérito, le dijeron que si no era él el Mesías, seria algun nuevo profeta igual á los antiguos, ó tal vez el mismo Elías, de quien sabian que no habia muerto, y que segun la profecía de Malaquías debia venir enviado de Dios en el dia grande del Señor. Afligíase San Juan al ver que se hacia tanto aprecio de su persona que lo igualaban con los mas grandes profetas: así es que se humillaba y se abatia hasta negar no solo ser Elías, sino aun ser un profeta; queriendo sin duda dar á entender á aquellos doctores y sacerdotes lo que debian saber, esto es, que el tiempo de los profetas se habia acabado, y que él venia, no á prometerles el Mesías anunciándoselos anticipadamente, sino á enseñarles que el Mesías habia venido ya, y estaba enmedio de ellos, mostrándoles con el dedo á aquel que los profetas solo vieron de léjos en espíritu de profecía.

Como los diputados no sacaban de San Juan mas que respuestas negativas por cuanto les decia, no lo que era, sino lo que no era, continuaron sus instancias para que les dijese quién era, á fin de responder á los que los habian enviado. Entónces el Bautista, explicándose con mucha modestia y candor, les dijo que él era aquel de quien habló Isaías cuando viendo en espíritu al Mesías que habia de venir, le parecia oir la voz ya de su precursor en el desierto exhortando á los pueblos á que se preparasen á recibirlo: yo soy, les dijo, esta voz que viene á preparar los caminos al Mesías y á disponer por la penitencia que predico y por el bautismo que doy, los corazones y los espíritus, para que reciban dignamente á aquel que viene á salvarlos. Los fariseos que se hallaban presentes, mas deseosos de mantener su autoridad que de trabajar en su propia salvacion, se alteraron con esta respuesta y le dijeron con altivez: pues si tú no eres Cristo, ni Elías, ni profeta, ¿por qué bautizas? San Juan, que queria abatir el orgullo de estos sabios con su humildad, no les habló ni de la mision que habia recibido inmediatamente de Dios, ni del eminente cargo con que el Señor lo habia honrado, sino que se contentó con responderles que el agua de su bautismo solamente hacia con las llagas del alma lo que el agua comun hace con las del cuerpo: que no las curaba, sino solo servia para lavarlas, á fin de que estando limpias fuesen vistas y reconocidas; que aquel hombre divino á quien ellos buscaban, y que era su verdadero Mesías, les conferiria bien pronto un nuevo bautismo, del cual el suyo no era mas que una sombra: un bautismo que sanaria todas las llagas de sus almas: que á este Mesías, á este verdadero Médico no necesitaban irlo á buscar muy léjos, que estaba en su país y enmedio de ellos; que era de su nacion y de sangre real, conforme á lo que habian anunciado de él los profetas; que á la verdad ellos no le conocian aun; pero que las maravillas que obraria á sus ojos pronto se los descubriria. Por lo que á mí toca lo conozco, y he venido delante para anunciaros su venida; y si él no viene sino despues de mí, es porque él es el Señor que envia á su criado para avisar que vendrá presto. Por cierto que soy yo tan poca cosa en su presencia, que no merezco servirle aun en los ministerios mas humildes, aun en desatar la correa de su calzado. El lo puede todo; yo nada puedo: mi bautismo es por poco tiempo, y no tiene comparacion con el suyo, que durará hasta el fin del mundo, y será un manantial inagotable de gracia y santidad; porque él no os lavará simplemente con el agua, sino que os bautizará con el Espíritu Santo, el cual bajará sobre los que reciban este nuevo bautismo, los santificará, se comunicará á ellos, los animará con su presencia, los fortalecerá con su gracia, y los abrazará con el fuego divino que produce en las almas santas los efectos mas admirables. Tal fué el testimonio que el Bautista dió del Mesías á los diputados del Sanhedrin.

El dia siguiente á esta diputacion, viendo San Juan á Jesucristo que venia hácia él, exclamó: "He ahí el Cordero de Dios; he ahí el que borra los pecados del mundo: ese es de quien yo dije: viene despues de mí un Hombre que es ántes que yo: yo he venido á dar un bautismo de agua solamente, para que él sea conocido en Israel. He visto bajar del cielo, prosiguió el Bautista, al Espíritu Santo en figura de Paloma, y hacer mansion en él; y el que me envió á dar el bautismo de agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres bajar el Espíritu Santo y permanecer en él, ese es quien da en el bautismo el Espíritu Santo. Yo he visto esto, y he dado testimonio de que ese es el Hijo de Dios." Nada mas conforme al designio de la Iglesia que este Evangelio, tan propio para avivar nuestra fé y excitar nuestro fervor en este santo tiempo en que nos disponemos á recibir dignamente á aquel, á quien los obstinados judíos no quisieron reconocer.

Fiesta de los desagravios (*).

La piedad del rey de España, Felipe V, por cédula expedida en Zaragoza á 1º de Junio del año de 1711, mandó que en todas las Iglesias principales de las ciudades, villas y lugares de sus reinos, se celebrara todos los años el Domingo inmediato siguiente al dia de la Concepcion de María Santísima, una fiesta de desagravios al Santísimo Sacramento, estando manifiesto, con misa votiva solemne de este soberano misterio, sermon, conmemoracion de la Dominica y del misterio de la Concepcion inmaculada de la Vírgen. En la santa Iglesia Catedral de esta ciudad, en la colegiata de nuestra Señora de Guadalupe, Santa Teresa la Nueva y la Merced, se manifiesta el Señor Sacramentado desde las siete y media de esa mañana hasta el fin de la misa, y en la Concepcion lo está todo el dia.

Dieron motivo á esta piadosa determinacion los triunfos que obtuvieron sus armas sobre la vanguardia de un ejército combinado en la villa de Brihuega, de la provincia de Alcarcin, mandada por los generales Stanop, Hil y Carpentier, que quedaron prisioneros con cuatro mil ochocientos ingleses el 9 de Diciembre de 1710, y el dia 10 del propio mes y año en los campos de Villaviciosa, derrotó al ejército compuesto de alemanes, portugueses y holandeses, conducido por el general Starembergh, con que le hacian la guerra coligadas varias potencias para sostener las pretensiones de la casa de Austria á la corona de España por la muerte de Cárlos II. La soldadesca enemiga despues de vejar á los pueblos en el curso de la campaña, con el saqueo y el pillage, tuvo el arrojo de atreverse á los templos, haciendo pedazos las imágenes de los santos, de María Santísima, y las formas consagradas que arrojaban á lugares inmundos. El religioso monarca penetrado vivamente de los sacrílegos ultrages hechos en las Iglesias de España, principalmente al Sacramento Augusto, quiso que se celebrara esa festividad con el nombre de desagravios, que es el que se lee en nuestros almanaques.

(*) *A esta festividad, así como á otras muchas que menciona el calendario en los Domingos no se les puede fijar el Domingo que les toca: el lector instruido de esas variaciones por los calendarios, trasladará su lectura al que convenga.*

La Epístola es del capítulo IV de la del Apóstol San Pablo á los filipenses.

Hermanos: Vivid siempre alegres en el Señor: vivid alegres, repito. Sea vuestra modestia patente á todos los hombres. El Señor está cerca. No os inquieteis por la solicitud de cosa alguna; mas en todo presentad á Dios vuestras peticiones por medio de la oracion y de las plegarias, acompañadas de hacimiento de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, sea la guardia de vuestros corazones y de vuestros sentimientos en Jesucristo nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo I de San Juan.

En aquel tiempo: Enviaron los judíos desde Jerusalen sacerdotes y levitas, para que preguntasen á Juan: ¿Tú quién eres? El confesó, y no negó: ántes protestó: Yo no soy el Cristo. ¿Pues quién eres? le dijeron. ¿Eres tú Elías? Y dijo: No lo soy. ¿Eres tú el Profeta? Respondió: No. ¿Pues quién eres tú, le dijeron, para que podamos dar alguna respuesta á los que nos han enviado? ¿Qué dices de tí mismo? Yo soy, dijo, la voz del que clama en el desierto, Enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías. Es de saber que los enviados eran de la secta de los fariseos. Y le preguntaron de nuevo, diciendo: ¿Cómo, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta? Respondióles Juan, diciendo: Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno á quien no conoceis: él es el que ha de venir despues de mí, el cual ha sido preferido á mí, y á quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato. Todo esto sucedió en Betania, á la otra parte del Jordan, donde Juan estaba bautizando.

MEDITACION.

Sobre lo poco conocido y amado que es Jesucristo.

Considera que se podria decir á muchos cristianos lo que decia San Juan á los judíos: Jesucristo nuestro Señor está en medio de vosotros, y no lo conoceis. Porque si lo conocierais, ¿cómo era posible que le profesarais tan poco amor, tan poco afecto, tan poco res-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

peto, tan poco reconocimiento? Verdaderamente fué gran desgracia para los judíos no haber conocido á su legítimo Rey, á su Redentor, á su Mesías, tan ardientemente deseado y esperado por tanto tiempo, estando tan marcado el de su venida, y siendo su doctrina y sus milagros el cumplimiento visible de sus profecías; ¿pero acaso es menor la desgracia de los cristianos que no conocen á Jesucristo, sino con una fé medio apagada, con una fé casi muerta, que alumbra lo que basta para hacernos inexcusables, pero que no obra lo que necesita para hacernos verdaderos cristianos? Jesucristo está realmente en medio de nosotros en el adorable misterio de la Eucaristía; ¿pero conocemos á Jesucristo bajo de estos velos? Grandes del mundo, ¿le conocéis vosotros, que castigais con tanto rigor las mas ligeras faltas que se cometen contra vuestro respeto, al paso que sentís tan poco los ultrages que se le hacen á este soberano Señor, á quien haceis profesion de conocer, y á quien tambien vosotros faltais con tan criminales desacatos? Gentes del pueblo, ¿conoceis vosotros á este Dios y Salvador vuestro que está en medio de vosotros, cuando no hallais un momento en que tributarle vuestros obsequios, al paso que gastais los dias enteros en seguir á los grandes de quienes esperais alguna gracia? Y ¡oh desgracia! que hasta de las personas consagradas á Dios, hasta de los mismos ministros del Señor, podemos decir que muchos no lo reconocen; y en fin, que no le conocen todos aquellos cuya conducta desarreglada ó escandalosa está manifestando el estado de su fé.

Considera que aun de los mismos que conocen á Jesucristo pocos son los que le aman con perfeccion. No nos representemos aquí mas que á esas personas cristianas, que haciendo profesion de conocer á Jesucristo, no ignoran quién es ni lo que ha hecho por nosotros, ni lo que está dispuesto á hacer en nuestro favor; que admiran la humildad de su encarnacion, la pobreza de su nacimiento, las humillaciones y sufrimientos de su pasion y la ignominia de su muerte, con todo lo que puede conocerse de los misterios adorables de la Redencion y de la Eucaristía; ¿estas personas, digo, aman ardientemente á Jesucristo? ¿Corresponde su amor á la idea que deben tener de la excelencia de la magestad del Salvador? ¿Corresponde á sus beneficios? ¿Corresponde al espíritu de nuestra religion? ¿Corresponde siquiera á los beneficios particulares que nos ha hecho, á los que nos hace todos los dias, á los que esperamos recibir de su liberalidad en el tiempo y en la eternidad? ¿A los que recibimos de

él á todo hora? ¡Ah! que no. Conocer á Jesucristo, y no tener aquel ardor que se siente por tributar obsequios á aquel de quien se aguarda todo género de bien; y no tenerle siempre en el pensamiento y en el corazon, que debe estar todo ocupado de él; y no investigar todas las ocasiones que pueden presentarse de agradar al que es árbitro de nuestra suerte eterna, y al que ha comprado á costa de su vida y de su sangre todo derecho á todo nuestro amor, es una especie de monstruosidad, que si no la conociésemos á no poder dudarlo, jamas podriamos creerla.

PETICION Y PROPÓSITOS.

A la verdad, Señor, que no os conocemos los hombres; y que los que os conocen y no os aman cuanto pueden amaros, hacen agravio á vuestra infinita excelencia y á la del amor que os trajo al mundo á llenarnos de beneficios. Yo no os conozco, supuesto que os he amado tan poco; mas no quiero ya ser ingrato á vuestros beneficios, ni negar lo mas mínimo de mi amor á quien es acreedor á todo él. ¡Ah! que yo os ame cuanto pueda amaros; que mi deseo y mi anhelo alcancen aun mas de lo que es dado á mi corazon amaros. ¡Oh! si pudiese amaros cuanto mereceis ser amado; para que si como este amor manifestase la firmeza y viveza de mi fé, así tambien me hiciese conoceros cuanto fuese dable en la patria.

JACULATORIA.

Ámeos yo, Señor, que sois toda mi fortaleza, mi refugio y mi Salvador.

LECCION.

Sobre la excelencia del conocimiento de Dios.

San Bernardo nos refiere que "orando un santo, decia: Dios mio, haz que yo me conozca y te conozca;" y añade, oracion corta, pero enérgica y verdadera. La verdadera filosofía consiste en uno y otro conocimiento absolutamente indispensables para nuestra salud.

"Del primero nace el temor y la humildad, del segundo la caridad y la esperanza," dice el mismo santo. Dediquémonos pues, á conocer á nuestro Dios, y á sacar fruto de este conocimiento. El que lo conoce saca increibles ventajas para progresar en el camino

de la virtud. Nosotros acostumbrados á que los hombres manifiesten su amor y estimacion con beneficios sensibles y su enojo ó desagrado con desprecios, aplicamos esto mismo á Dios. Si lo conociéramos, sabriamos que, como dice San Gregorio, "muchas veces lo que juzgamos por beneficio de Dios es ira, y lo que tenemos por ira es beneficio." Ved no mas en esta sola máxima cuánto provecho podemos sacar del conocimiento de Dios. Cuando nos véamos colmados de bienes temporales, usaremos de ellos con una santa economía, no sea que Dios nos los haya concedido en su ira para nuestra perdicion: cuando nos véamos colmados de tribulaciones, adoraremos su benéfica mano y creeremos que no nos las da sino para nuestro bien: como este podemos sacar otros frutos que procuraremos manifestar en la presente leccion.

Supuesto que dentro de nosotros mismos hallamos medios para conocer á Dios, sin duda que tanto mas nos acercamos á esta excelsa divinidad, cuanto mas procuremos unirnos íntimamente á ella. En esta dichosa union es donde sin cesar celebraremos festivos haber perdido de vista todas las vanidades de la tierra, y habernos desprendido de nuestras pasiones, de nuestros sentidos, en una palabra, de nuestro propio cuerpo: entónces espiritualizados no viviremos sino una vida toda celestial y divina. ¡Qué espectáculo tan hermoso y tan bello es una alma elevada hasta el Ser increado! Ella es á manera de un prisma que reune en sí todos los colores primitivos y mas hermosos: es un cristal que recoge en un solo punto todos los rayos, y que junta todo lo que la puede encender en el amor divino, hermosear con las virtudes é ilustrar con los dones del Espíritu Santo. Entónces, superior aun á sí misma, se eleva sobre los globos luminosos y penetra hasta la morada de las delicias eternas, deja en la tierra todo afecto terreno como despojos mortales que dentro de pocos dias ó instantes ya no le han de pertenecer. No nos cansemos, el hombre que se eleva á contemplar á Dios, se hace ciudadano del cielo: allí está su padre, su madre, su familia, su patria; ya no se ocupa sino en romper cada vez mas y mas la union que tiene con la materia, y solicita con ansia, como otro Pablo, desprenderse de este barro que le abruma, de estas ideas que le confunden, de los defectos que le mortifican. Por donde quiera encuentra rasgos de su Dios: le mira en la variedad de rostros tan desemejantes y tan varios contando de unas mismas partes: le contempla en las fieras que enmedio de los desiertos y las grutas saben proveer á

sus necesidades: le admira en la sucesion de los dias y de las noches, siempre nuevos y jamas interrumpidos: le sorprenden en aquellos inmensos receptáculos fluctuantes en el aire de granizo, lluvia y nieve; y le venera en aquella distribucion admirable de bienes y comodidades propias á cada pais, en la obediencia de los mares que dos veces al dia se retiran y se aproximan á la playa.

Luego solo la densa nube de nuestras pasiones es la que nos impide ver á Dios; ¡pero qué densa y difícil para romperla! Esta dificultad pide esfuerzos que pocos quieren practicar; de aquí nacen otros tantos atrasos en la vida espiritual. En vez de contemplar aquello que nos mueve á ella, corremos tras de objetos caducos y perecederos que nos entretienen y apartan de ella. Si el hombre carnal y terreno consultara lo que mejor le está, ¿se separaria de la divinidad? Si observara su providencia, ¿desconoceria á su Criador? Si comprendiera bien el fin para que fué criado, ¿lo juzgaria indigno de su atencion? La mayor desgracia que comunmente acaece á los hombres y aun los que se precian de católicos y timoratos, es que si no siempre, muchas veces se salen fuera de sí, vagan aventureros por medio de innumerables objetos terrestres que nada les pueden enseñar, y que solo procuran seducirlos como la serpiente del paraiso, diciéndoles: Acercaos á nosotros, tomad de la felicidad que os brindamos; sereis como Dios. No es, pues, de extrañar que con tan halagüeña y segura seduccion se engañen y vivan, lo diremos claramente, como unas bestias. Los filósofos incrédulos que parece que solo han adquirido su ciencia para degradar al hombre confundiéndole con la materia, si hubieran meditado en la naturaleza con la antorcha de la religion, habrian conocido en todo ella la presencia, el poder y la sabiduría de aquel Ser increado, cuya existencia ciegamente combaten! En estas meditaciones se encuentra mas sabiduría que la que pueden enseñarnos las bibliotecas todas del universo: la experiencia de todos los dias lo confirma.

¿Pero podremos dejar de conocer dedicándonos á la meditacion, lo que es nuestra naturaleza corrompida, el desórden que reina en todas sus potencias, la inclinacion que tiene al mal? ¿Y qué de bienes no nos resultan de este conocimiento? La Providencia siempre se justifica á los ojos del que humildemente la medita. El cristiano contemplativo conoce que Dios es paciente, justo y eterno, y que habiendo otra vida lo pondrá todo en su lugar: allá dará recompensas á los virtuosos ahora humillados, decretará castigos á los ini-

cuos aquí ensalzados, pues que los unos parece no tienen derecho á esta tierra sino para ser sepultados, y los otros para ser dioses en ella. No pretendemos con todo lo dicho dar á entender que el hombre dedicado al conocimiento de Dios, llegue á penetrar el santuario de la divinidad y á comprender sus ministerios, pues no le pertenece á una vida mezclada de lo inteligible y de lo sensual poder penetrarlo todo; porque si por una parte se eleva por otra se abate: fuera de que es justo que el espíritu halle despues de la muerte verdades que no pudo conocer, y verdades demasiado sublimes, que no es dado al ojo ver, al oido oir, ni á ninguno de los sentidos percibir. Este mundo que ahora habitamos transitoriamente no es ni una imágen muy imperfecta del que hemos de poseer por toda la eternidad. Si despues de la muerte no lográsemos mas de lo que acá en el mundo, seria mejor no morir; y entónces ¿cuál seria la felicidad digna de nuestro fin y de nuestra esperanza? Basta por ahora conocer que nuestras miras deben someterse á las del Todopoderoso. Si no podemos conciliar contradicciones aparentes, acusemos á nuestra flaqueza, debilidad y ningun poder, pensando que para comprender á Dios es necesario ser Dios.

El espíritu que medita las grandes verdades, y que conoce toda la pena que le cuesta el desprenderse de los sentidos y de las pasiones, y por último, el restituirse á sí mismo, no duda de la necesidad que tiene de la contemplacion. Concibe que como carnal y disipado, debe encontrar en ella la ley que lo instruya. Aquí aprende á conocer que nada hay mas digno de su grandeza, que ver como un grano de arena las cosas criadas, que despreciar el esplendor de las riquezas y de los honores mundanos, y dejarlos á los necios que hallan su gusto y delicia en esas bellas quimeras. Si el filósofo las desprecia, ¿el cristiano qué idea deberá tener de ellas?

Nuestro intento no es otro sino manifestar que en la meditacion se conoce el hombre á sí mismo, que este propio conocimiento lo conduce al de Dios, y que este es el mas sublime, el mas grande de todos los conocimientos. Ha sido necesaria toda la corrupcion de nuestro corazon, para robarnos la presencia del Ser infinito en quien todos y cada uno vivimos, nos vemos y estamos. Mas ¡qué fatalidad! Apénas se deja ver la primera luz del dia, cuando impacientes nuestros sentidos por volverse á juntar con las frivolidades que perdieron de vista durante la noche, se apresuran á arrojarnos al centro del tumulto de los placeres y negocios, y desde entónces un torbellino nos arrastra todo el dia. Vuelve la noche y nos retiramos con la cabeza llena de las locuras y delirios que nos ocuparon. De este modo se pasan los dias y los años en una perpetua distraccion y olvido de nosotros mismos, y por consiguiente de Dios, de quien, como dice San Pablo, nos apartamos incesantemente. ¡Qué útiles conocimientos se sacan de la contemplacion en Dios! Ya hemos visto como el justo de grado en grado se eleva y llega por fin hasta la eterna verdad. El la busca al principio en sí mismo, en donde reside mas que en otras partes; despues pasa á contemplarla al rededor de sí, en las criaturas que la representan. ¡Qué venturoso mortal! Entónces se halla como inmenso, y perdiendo la vista al tiempo, se sumerge en la eternidad. En ella San Agustin, tan superior al resto de los demas hombres, soltó las alas de su vasto ingenio. Preguntó á las ciencias, á los cálculos, á los colores y á los sonidos, como á otras tantas voces de la Divinidad. Formó por este medio aquellos soliloquios, en los que el hombre trayendo al fondo de sí mismo todo lo que le han dicho y representado los sentidos, conversa con Dios, y conversando lo conoce; él le tiene mas presente que al universo que está á sus ojos. ¿Habrá cosa mas hermosa que unirse á la Divinidad, que participar en cierto modo de sus atributos, ser hombre en el cuerpo pero ángel en el espíritu? De cuantos bienes se privan los que solo se ocupan en las cosas perecederas del mundo, el conocimiento de Dios es el mayor de todos.

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

El cuarto Domingo de Adviento, debe excitar tanto mas nuestra devocion y nuestro fervor, cuanto que está mas cerca de la solemnidad del nacimiento de Jesucristo. Con esta intencion ordena la Iglesia los ayunos que preceden á este Domingo, que son las témporas, comprendidas en el Miércoles, Viérnes y Sábado de la semana antecedente á la en que cae la Natividad.

Llámanse las cuatro témporas los ayunos que la Iglesia prescribe de tres en tres meses, el Miércoles, Viérnes y Sábado de la semana que los ajusta, para consagrar las cuatro estaciones del año con la penitencia de algunos dias de ayuno, para pedir á Dios la conservacion de los frutos de la tierra, darle gracias por los que nos

ha dado, y alcanzar dé á la Iglesia en estos tiempos de órdenes dignos ministros del culto. Quizá no hay en la Iglesia observancia mas antigua que la de las cuatro témporas; pues segun San Leon papa, su institucion es del tiempo de los Apóstoles. En el Antiguo Testamento habia ayunos determinados y fijos en ciertos meses del año. Esto dice el profeta Zacarías cuando exclama: "Esto dice el Señor de los Ejércitos: Los ayunos del cuarto, del quinto, del séptimo y del décimo mes, se convertirán para la casa de Judá en dias de gozo y de alegría, en fiestas solemnes." San Leon cree, que así estos ayunos como algunos preceptos morales, son del número de aquellas cosas santas que los apóstoles juzgaron conveniente retener de la antigua ley, para el uso de la Iglesia; pero por motivos mas espirituales y mas santos que los que tenian en el Antiguo Testamento. Y añade que la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, ha distribuido el ayuno en las cuatro estaciones del año; á saber, las témporas de la primavera, en Cuaresma, las del estío, en la octava de Pentecostes, las del otoño en el mes de Setiembre, y las del invierno en Diciembre; de suerte que las cuatro estaciones se hallan santificadas por la penitencia. Los oficios y la misa de estos tres dias de las témporas de adviento son propios y privativos de ellas, y conformes al misterio y á la santidad de este tiempo. En la misa del Miércoles de las témporas, se leen dos Epístolas, para dar á entender, dice Alcuino, á los que han de ser examinados en este dia para ordenarse, que han de tener un conocimiento vasto de la Sagrada Escritura. Las dos Epístolas que se dicen en la misa del Miércoles de la tercera semana de Adviento, son del II y del VII capítulo de Isaías, en donde este Profeta habla con mucha claridad de la venida del Mesías y de las grandes utilidades que de ella resultarán á los hombres; y en donde predice que una Vírgen será la Madre de este Salvador. El Evangelio que se dice despues de estas dos Epístolas, contiene la historia de la Anunciacion del misterio de la Encarnacion, hecha por el arcángel San Gabriel á la Vírgen María, segun la refiere San Lúcas. La Epístola de la misa del Viérnes siguiente, se toma de la misma profecía de Isaías, en la que predice que saldrá un renuevo de Jessé, padre de David, que se levantará una flor de su raiz; y que el espíritu del Señor descansará en ella. El Evangelio del dia es una continuacion de el del Miércoles antecedente, en el cual describe San Lúcas la visita que la Vírgen María fué á hacer á las montañas de Judea á su prima Santa Isabel,

embarazada de S. Juan Bautista, pocos dias despues que el ángel Gabriel se apartó de ella, despues de haber recibido su consentimiento para la Encarnacion del Hijo de Dios en su seno. En la misa del Sábado de las doce lecciones, porque antiguamente habia en Roma la costumbre de leer en griego y en latin las seis lecciones, que todavía leemos hoy en esta misa, las primeras para los griegos que asistian al oficio, de los cuales habia un gran número en Roma, y las segundas para los latinos. El motivo de llamarlas *doce lecciones*, fué porque cada una se leia dos veces. Las cuatro primeras son de Isaías, cuya profecía no es en rigor otra cosa que la historia profética del Salvador; por eso la Iglesia ha tenido por mas conveniente componer los oficios de Adviento del libro de este Profeta. La quinta leccion es como en todos los Sábados de las cuatro témporas, la del Profeta Daniel en que se cuenta el milagro de los tres jóvenes del horno de Babilonia. La sexta es de la carta de San Pablo á los de Tesalónica. *Os rogamos, hermanos*, les dice, *por Jesucristo nuestro Señor que ha de venir, y por la union que se debe hacer de nosotros con él, que no permitais que os hagan mudar fácilmente de creencia.* Aunque el Apóstol habla en este pasage de la segunda venida del Hijo de Dios, la Iglesia lo aplica á la primera para avivar la fé de los fieles. El Evangelio del Sábado de estas témporas es de la predicacion de San Juan, cuando comenzó sus funciones de precursor, y como de ángel ó enviado de Dios, para preparar los caminos y disponer los corazones para recibir al Mesías.

La misa de este cuarto Domingo de Adviento no es otra cosa que una viva expresion del deseo ardiente que tiene la Iglesia de ver nacer á su Salvador, y de conducir todos los fieles á celebrar con dignidad y con fruto el dia de su nacimiento. Exclama con el Profeta en el Introito de la misa: "Cielos, enviad desde arriba vuestro rocío: hagan las nubes descender al justo como una lluvia saludable. Ábrase la tierra, para que veamos comparecer al Salvador, como vemos salir el tallo de su yema ó boton. Estas palabras manifiestan el trasporte y la impaciencia de los profetas y de los justos del Antiguo Testamento, los cuales deseaban con todo el ardor de su alma la venida del Mesías.

La Epístola de la misa es de la carta del Apóstol San Pablo á los de Corinto, donde habla de los ministros de Jesucristo, á quienes llama los dispensadores de los misterios de Dios y los pastores

de las almas. El Apóstol los exhorta á que no hagan consistir su habilidad ni su mérito, en la ciencia y en el arte de hablar bien, sino en ser fieles en su ministerio y en sostener por la regularidad y santidad de su vida, la dignidad de su empleo. La Iglesia, despues de haber exhortado á sus hijos á disponerse por la penitencia y por la piedad para la venida del Salvador, se dirige en particular en este dia á los ministros sagrados, y los exhorta á distinguirse por su virtud de los demas fieles, cuanto se diferencian por su carácter; y que debiendo presentar al Salvador que nace los votos del pueblo, en calidad de ministros de Jesucristo, no omitan cosa alguna de las que puedan hacerlos á ellos mismoo mas agradables á sus ojos en las santas funciones de su ministerio.

El Evangelio es el mismo que el del Sábado antecedente; es decir, la historia de la predicacion de San Juan Bautista, y de la primera funcion de este hombre santo en calidad de precursor del Salvador, como la refiere San Lúcas. El Hijo de Dios es verdadera luz que alumbra á cualquiera que viene al mundo. Habia vivido Jesucristo desconocido en Nazareth y como escondido en la oscuridad de una vida privada, cuando San Juan Bautista salió del desierto, para prepararle los caminos, como la aurora que precede al sol y da principio al dia. No era él mismo la luz, sino que era para dar testimonio de la luz. Este santo hombre habia pasado toda su juventud en el desierto, en el ejercicio de la mas austera penitencia, sin otro alivio que el que gustaba en las dulzuras de la contemplacion. En fin, compareció ante el pueblo de Israel á los treinta años de su edad y á los veinte y nueve de la de Jesucristo, que era décimo quinto del imperio de Tiberio. En este tiempo fué cuando este precursor del Salvador, este hombre nacido por milagro, este admirable anacoreta, retirado en lo interior de su desierto, recibió órden de empezar á ejercer las funciones de su ministerio.

El reino que Heródes Ascalonita habia poseido todo entero, estaba entónces dividido en cuatro principados. El primero y el mas considerable, que era el de Judea, habiéndose sometido al imperio romano despues del destierro de Arquelao, no hacia sino una provincia de la Siria: los otros tres tenian sus príncipes particulares, que se llamaban simplemente tetrarcas, lo que segun su etimología, significa un príncipe que posee la cuarta parte de un estado grande. Este Heródes era hijo del primer Heródes llamado el Grande, y poseia la Galilea. Filipo su hermano, reinaba del mismo modo en al

Iturea y Traconitis. En fin, cierto Lisanias mandaba en Abilinia. Por lo que mira á la religion, como los romanos dominaban allí como en un país conquistado, y tenian la capital donde estaban el templo y la silla del sumo sacerdote, es factible dispusiesen á su arbitrio de las dignidades sagradas. La venida del Mesías era una época tan importante y tan distinguida, que pedia una descripcion tan menuda de todas las circunstancias del tiempo en que se veia cumplido todo lo que los profetas habian predicho tocante á su venida á la y de su Precursor.

En este tiempo de desórdenes y de confusion en el estado y en la religion, se dejó ver el precursor del Mesías, al cual los profetas habian dado el nombre de Angel del Señor; aquel hombre santificado en el vientre de su madre, cuya vida era un prodigio de santidad y de penitencia. Su vestido era un áspero cilicio hecho de pelo de camello, el cual tenia puesto al derredor de los riñones, ceñido con una correa de cuero, para condenar la delicadeza y el fausto. Su alimento se componia de langostas sin sazonar, comida bastante comun entre los pobres de la Palestina, y de miel silvestre de mal gusto que hallaba en los agujeros de las rocas y en las aberturas de los árboles. Su mansion ordinaria era un espantoso desierto entre Jericó y Jerusalen: de aquí salia á allanar las sendas al Señor; esto es, á preparar los espíritus y los corazones para la venida del Salvador, predicándoles la penitencia con sus palabras y con sus ejemplos. El era aquella voz poderosa, que, segun Isaías, debia resonar en el desierto y enseñar á los pueblos á disponerse para la venida de su Rey y de su Redentor. Gritaba el Profeta Isaías, teniendo presente en espíritu al Santo Precursor, el cual se llamó á sí mismo la voz del que clama en el desierto. En efecto, él fué el que preparó los caminos á Jesucristo, preparando los pueblos á que lo recibieran como á su Salvador, y enseñándoles que era su Mesías. Nada mas claro, nada mas expreso que lo que dice el Profeta, tocante á la venida del Salvador en este lugar: *Consuélate, pueblo mio, consuélate, dice tu Dios.* El Profeta en este capítulo y en los siguientes, nos describe la felicidad de los israelitas despues que hayan vuelto de su cautividad de Babilonia. Pero no es este objeto lo que mas lo ocupa; sus principales miras son la venida del Mesías, su reino, el establecimiento de su Iglesia y la vocacion de los gentiles á la fé. San Lúcas fija este verdadero sentido, contrayendo al mismo ministerio del Precursor las palabras del Profeta: *Hablad*

al corazon de Jerusalen, y decidle: que ya se han acabado sus males, que se le han perdonado sus pecados. Dios por último va á enviaros un Salvador: ya oigo la voz de su Precursor, continúa Isaías, que grita en el desierto como su rey de armas que anuncia su venida, y dice: Preparadle los caminos para que entre en vuestros corazones, reformando para ello vuestras costumbres, y rectificando vuestra conducta con la penitencia. Allánense todos los montes y llénense los valles, enderécense los caminos torcidos, suavícese todo lo que es áspero y fragoso. Quiere decir con esto que las almas tímidas tengan confianza; que las almas terrenas y miserables dejen de arrastrarse por el barro y se eleven sobre los sentidos; que todo espíritu vano y orgulloso se humille con la penitencia; en fin, que la inocencia reine en todas partes. Entónces todos los hombres verán la salud enviada por Dios. El texto dice, que todos los valles serán ensalzados, y que los montes serán humillados. Lo cual en el sentido moral significa que el Salvador vendria á humillar el orgullo del mundo y á confundir su falsa sabiduría, escogiendo para fundar su Iglesia unos hombres sencillos, pobres, ignorantes y la muerte misma de cruz para salvar á los hombres. Dios escogió lo que es débil en el mundo para confundir lo mas fuerte, dice San Pablo. La salvacion se ofrece á todos los hombres, puesto que Jesucristo encarnó, nació y murió por la salvacion de todos. Pero ¡oh Dios mio! ¡cuántos rehusan recibir la salvacion que vos les ofreceis! ¡Cuán digno es, Señor, de experimentar vuestra indignacion el que desprecia vuestros favores! Conforme se va acercando la fiesta de Navidad, dobla la Iglesia sus convites y sus exhortaciones, para mover á los fieles á que doblen su fervor y su solicitud para ponerse en estado de recibir con santas disposiciones al Salvador de nuestras almas; sin lo cual se podrá celebrar su nacimiento; pero nunca se recibirán sus dones.

La Epístola es del capítulo IV de la primera del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Considérenos el hombre como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Esto supuesto, entre los dispensadores lo que se requiere es que sean hallados fieles. Por lo que á mí toca, muy poco se me da el ser juzgado por vosotros, ó en cualquiera juicio humano; pues ni aun yo me atrevo á juzgar de mí mismo. Porque si bien no me remuerde la conciencia de cosa alguna, no por eso me tengo por justificado, pues el que me juzga es el Señor. Por tanto no querais sentenciar ántes de tiempo, hasta tanto que venga el Señor; el cual sacará á plena luz lo que está en los escondrijos de las tinieblas, y descubrirá las intenciones de los corazones, y entónces cada cual será de Dios alabado.

El Evangelio es del capítulo III de San Lúcas.

El año décimo quinto del imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Heródes tetrarca de la Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisanias tetrarca de Abilinia; hallándose sumos sacerdotes Anás y Caifás, él hizo entender su palabra á Juan, hijo de Zacarías, en el desierto; el cual vino por toda la ribera del Jordan, predicando un bautismo de penitencia para la remision de los pecados: como está escrito en el libro de las palabras del Profeta Isaías: Voz de uno que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor: enderezad sus sendas: todo valle será terraplenado, todo monte y cerro allanado; y los caminos torcidos serán enderezados, y los escabrosos igualados; y verán todos los hombres al Salvador de Dios.

MEDITACION.

Sobre el deseo ardiente que debemos tener de la venida del Salvador.

Considera el ardor con que en todos tiempos deseaban la venida del Redentor los patriarcas, los profetas y justos del Antiguo Testamento: le pedian, le convidaban que viniese, se lo suplicaban con vivísimas ansias y con tales trasportes, que descubrian bien el ardiente deseo de que estaban poseidos sus corazones por la venida de su Dios Salvador. Enviad, Señor, decian al Padre Eterno, enviad ya al que habeis de enviar, para que nos salve. Venid, decian al Hijo, venid Señor, como nos habeis prometido: daos prisa de venir: no dilateis mas vuestra venida. ¡Oh! romped esos cielos y descended ya á nuestra tierra. ¡Oh cielos! haced bajar de lo alto al Salvador como un rocío, y las nubes llueva nos al Justo: ábrase la tierra y haga salir á luz al Salvador. De este modo manifestaban los santos del Antiguo Testamento los ardientes deseos que tenian de que viniera al mundo el Salvador. La Iglesia no muestra ménos impaciencia; usurpa sus expresiones, y sus deseos son todavía mas fervorosos. ¿Cuáles, pues, deben ser los nuestros? To-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da nuestra felicidad está puesta en Jesucristo; nuestra salvacion depende de su venida.

Considera que nuestros deseos son siempre parte de nuestras ideas. Jamas deseamos mucho lo que estimamos en poco. De esta verdad esperimental sacamos consecuencias bien funestas: ¿con qué frialdad vemos acercarse el dia del nacimiento del Salvador? Señal clara de que lo conocemos poco, de que hace poca impresion en nosotros el exceso de su amor: señal de que solo tenemos una idea imperfecta de las ventajas que nos trae su venida: señal de que el triste estado de error, de cautiverio, de pecado en que estamos, nos agrada: señal de que amamos al mundo, cuyo espíritu, cuyas máximas viene á destruir este divino Salvador: señal de que no deseamos mudar de dueño: señal en fin de que nuestra salvacion se hace poco lugar en nuestro corazon. Esta y no otra es la funesta causa de nuestra indolencia, de nuestra frialdad, de nuestra lastimosa indiferencia; conocemos poco al Salvador; no conocemos lo que es, lo que puede, lo que merece, y aun ménos nos conocemos á nosotros mismos lo que somos, lo que merecemos por nuestros pecados, lo que necesitamos de la misericordia divina, y lo que debemos temer de la divina justicia. Mientras permanezcamos en esta situacion tan lastimosa, ni celebramos dignamente el nacimiento de nuestro Salvador, ni tenemos la disposicion necesaria para esperar tranquilos á nuestro Juez.

PETICION Y PROPÓSITOS.

El estado fatal de nuestras almas demanda prontas y eficaces medidas para su remedio, y estas no deben ser otras que las que pide una verdadera y perfecta conversion. Demos de mano á los devaneos y entretenimientos en que perdemos el tiempo de nuestra salud y los auxilios que se nos dan para conseguirla. Hagamos una buena confesion en que remediemos los defectos de las precedentes: arreglemos los negocios de nuestra casa, y cumplamos con todas las restituciones y reformas que conozcamos deber hacer: espiemos con la penitencia nuestras pasadas culpas, y démonos entónces á los fervores de la devocion que ya será verdadera y nos atraerá la consolacion divina. Vos, Señor, que me alumbrais estas resoluciones, ayudadme con vuestra gracia para que las ponga por obra, y vaya en adelante de virtud en virtud hasta ver vuestro rostro en la celestial Sion.

JACULATORIA.

Daos prisa, Señor; venid á salvarnos.

LECCION.

Del último fin del hombre.

El Verbo eterno se dignó venir al mundo y vestirse de nuestra carne mortal *tomando forma de siervo*, para presentarse entre los hombres como uno de ellos. Y ¿á qué vino? El entendimiento se queda absorto al considerarlo! A enseñarnos á ser virtuosos. Bien pudo aparecer como allá en el Sinaí entre los relámpagos y truenos á dictarnos su ley santa; bien pudo presentarse acompañado de sus ángeles, fieles ejecutores de su voluntad, á hacerse obedecer de los hombres; pero no fué así. Se ofrece á su vista como Maestro, y no como un maestro puramente teórico, sino práctico. No es Jesus de aquellos preceptores que enseñan una doctrina que no está de acuerdo con sus costumbres: las suyas acreditan que practica lo que enseña. Al ver las finezas que Jesucristo ha obrado con nosotros, al escuchar la doctrina que nos ha enseñado, y de cuyo cumplimiento nos ha dado el mejor y mas cabal ejemplo, ¿no nos admiramos de que los católicos saquen tan poca utilidad de todo esto? ¿En qué consiste ese fenómeno? En que somos católicos no mas que de nombre: ni procuramos indagar á qué nos obliga nuestra profesion, ni el fin para que la hemos adoptado. Siempre que tomamos alguna carrera ó estado en la sociedad, nos proponemos algun fin; pero al abrazar la de cristianos nos contentamos con haber asentado nuestros nombres en los registros parroquiales al tiempo de bautizarnos. Qué ¿aquí terminó la profesion del cristiano? ¿Ya nada mas tiene que hacer? Aquel cuidado, aquel empeño, aquellos fervores, aquella instruccion, aquel ejemplo que Jesus nos dió, ¿no tenian otro objeto que el que nos llamaramos cristianos en vez de llamarnos gentiles? No ciertamente: muy grandes, muy sublimes son las miras de la religion que abrazan los que llevan este nombre. Son nada ménos que conducirnos al fin para que fuimos criados. Despues que nuestro soberano Criador se propuso hacernos felices por toda la eternidad, nos dió, enseñó y abrió el camino para que lo consiguiéramos. Meditemos sériamente en nuestro último fin, y seremos buenos católicos; y siéndolo obtendremos sin duda ese fin á

que todos debemos aspirar, y que es el norte que ha de dirigir todas nuestras acciones.

Descendamos hasta nosotros mismos, elevémonos hasta Dios, y veremos entre él y nosotros, aunque de naturalezas tan desemejantes, cuántas alianzas y relaciones hay que nos patentizan ser él nuestro último fin. La razon no es tal, sino en cuanto es una reverberacion de aquella luz increada: la voluntad, una emanacion de aquel querer que con un solo acto lo hizo todo y lo mantiene: la memoria, una derivacion de aquella ciencia que todo lo tiene presente: la imaginacion, imágen de aquella fecundidad inmensa que engendra sin disiparse; y el alma toda espejo mismo de esta divina esencia que no puede dividirse, aumentarse, ni disminuirse. Si pensamos, si hablamos y obramos, la Divinidad resplandece en nuestros pensamientos, en nuestras palabras y en nuestras obras. No se necesitan estudios muy profundos para conocer y confesar que la luz divina ilustra nuestros conocimientos y aclara nuestra inteligencia. Los tesoros y admirables preciosidades de los sublimes talentos, sus profundos descubrimientos que admiran al universo, no son sino particulas de aquel abismo inmenso y orígen de todas las luces y gracias. Todo don viene de Dios, y en este Ser Supremo es donde se hallan todas las verdades que el hombre soberbio cree encontrar en sí mismo. Las virtudes todas que nos adornan, no son sino relaciones con sus divinos atributos, imitaciones aunque muy relajadas de la infinita hermosura de sus perfecciones; y por consiguiente la rectitud humana no es mas que una débil copia de su invariable amor por el órden y por la justicia.

Por poco que la religion ilumine nuestra razon, cuando no la perturban sus domésticos enemigos las pasiones, es capaz el hombre de conocer á su último fin; pues que sabe existe un Ser absoluto, omnipotente, eterno, único é inmenso, en quien vivimos, nos movemos y estamos: no ignora que despues de disueltos nuestros cuerpos hemos de ir á darle cuenta del buen ó mal uso de sus dones, esto es, de aquella impresion que amonesta tanto al salvage como al ilustrado que debe rendir un fiel vasallage al Ser Eterno: de aquel amor recíproco que nos ha infundido: de aquella manifestacion de sus obras derramada en el cielo y en la tierra, que nos obliga á adorarle por un Padre Omnipotente; por último, y lo que es mas, de aquel vínculo sagrado que nos une á él como á nuestro principio y á nuestro fin. Dios influye en nosotros como en sus miembros,

pues que juntos formamos un solo cuerpo, y obramos en aquel que nos mueve y nos conserva. Esta influencia nos obliga á no violar sus derechos, influencia cuyos efectos se sienten interiormente, cuya causa se conoce en lo exterior, y cuyo fin es el mismo Dios. Nosotros somos nada por nosotros mismos: nosotros estuvimos sepultados por toda una eternidad en el abismo tenebroso de la nada, con impotencia absoluta de salir de ella: Dios nos veia allí ántes que nosotros tuviéramos ser ni vida; y su voz que llama á lo que no es como si fuera, nos sacó del centro oscuro de las sombras para que gozáramos de su luz. Este primer efecto de su misericordia se enriqueció con una multitud inmensa de gracias. No solo nos ha hecho Dios de la nada, nos ha escogido tambien entre un gran número de criaturas para comunicarnos sus tesoros, y por último, quiso que fuéramos esta persona particular que somos ahora: y esta eleccion del Criador no comprende solo nuestra existencia, abraza tambien todas las cualidades y circunstancias que hay en la economía de nuestra vida. Su Providencia determinó los padres de quienes somos hijos, el pais que habitamos, y el siglo ó edad en que vivimos; de modo que hacemos una injuria notoria á la Providencia Divina, si estamos descontentos con cualquiera que sea nuestra condicion ó estado. ¿Ya veis cuántos enlaces, cuántos beneficios? Pues hay mas.

Añadid á estos el que incesantemente nos da el mismo ser que nos concedió la primera vez al sacarnos de la nada, continuando nuestra conservacion. Nosotros no vivimos ni por nuestra voluntad ni por nuestras fuerzas, sino por la virtud sola de aquel que nos produjo cómo, cuándo y donde quiso. Si suspendiera su mano volveriamos á ser polvo, y no quedaria rastro de lo que fuimos. A estos se agregan los beneficios que como Redentor ó segundo Criador nos dispensa: él nos une con un vínculo sagrado del modo mas íntimo y fuerte. Nuestro Dios no es un Dios oculto como el del Areópago, ni es Dios que no se da á conocer sino en enigmas y figuras, y que solo ilumina nuestros corazones, no; es un visible Legislador que vino á intimarnos él mismo su voluntad: que despues de habernos hablado por medio de los patriarcas y profetas, se vistió de nuestra frágil naturaleza; se hizo nuestro hermano para ser nuestro Salvador: es un Padre que dió la vida por sus hijos, que nos incorpora consigo mismo, nos colma de sus gracias, nos alimenta con su carne y sangre y nos hace otros tantos Cristos por unciones

absolutamente divinas; él está en nosotros y nosotros en él, y todos recibimos de su plenitud y divinidad la gloria de serle consagrados para siempre; de tal modo, que nuestros cuerpos son miembros suyos, nuestros corazones sus templos, nuestra alma su santuario, y él nuestro fin.

Ahora bien: ¿despues de tantos enlaces y relaciones con Dios, como nuestro Criador, como nuestro medianero, y como nuestro fin, podemos olvidarle y apartarnos de él? ¿No es esto envilecernos y desnaturalizarnos? Sin duda que hemos abandonado todos los sentimientos que el corazon nos inspira, y todas las razones que el entendimiento nos sugiere, para eximirnos de las obligaciones para con Dios, esto es, de lo que él mismo imprimió mas fuertemente en nuestra alma, y de lo que toda la naturaleza nos predica y recomienda. Solo un horroroso prevaricato y una excesiva corrupcion, digámosle mas claramente, un letargo igual á la estolidez de las bestias puede separarnos de Dios, ser obstáculo para conocer que todos nuestros pensamientos, palabras y acciones, deben dirigirse á él como á nuestro último y único fin. Su Providencia en el órden natural y su poder en el órden de la gracia, hacen en nosotros y con nosotros, pero de un modo absolutamente libre, todo lo que nosotros practicamos ya física ya moralmente. Siendo pues, Dios el fin del hombre, á quien franquea despues de esta vida un lugar inmenso de felicidad, no podemos ser verdaderamente cristianos sin dirigirnos constantemente á él. Nadie ignora que el fin es el primer móvil de todo lo que se trata de practicar, pues nadie obra sin algun designio; por lo mismo ninguno debe permanecer indiferente sobre este asunto sin sofocar el grito de la conciencia que le dice: Atiende á tu fin, dirige á él tus acciones, encamina tus pasos: mira que te vas separando del camino recto de tu salvacion, porque te has propuesto por tu fin las criaturas; no fuiste criado por ellas, no te conservas para ellas, ni has de ser eterno con ellas. Cosas temporales no pueden ser fin de una alma eterna. La mezquindad de estos bienes no puede ser la última felicidad de una criatura que tan singularmente ha sido privilegiada en este mundo. Dios nos crió y Jesucristo nos redimió, para que viviendo le sirvamos con obras de virtud, y muriendo le gocemos en el cielo por toda una eternidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Presentacion de Jesus en el Templo y anuncio que Simeon hace de él.



Jesus se halla en el Templo disputando con los Doctores.



Bodas de Cana.



El Sacramento Nuestro de Jesus.

Domínica entre Navidad y Epifanía.

El tiempo que media entre la fiesta de Navidad y Epifanía, se llama entre los griegos *Dodecameron*, porque consta de doce dias. En este espacio no puede haber mas que dos Domingos, que la Iglesia latina llama *vacantes*, porque no tienen oficio propio; mas como el primero sí tiene misa propia, y nunca se omite, como sucede algunas veces con el segundo, parece muy debida la explicacion de su misa.

El Introito es del cap. 18 del libro de la Sabiduría; dice así: "*Cuando todo estaba en un grato y profundo silencio, y la noche "en su curso habia hecho la mitad de su carrera, vuestra omni-"potente palabra, ¡oh Señor! descendió del cielo, donde teneis vues-"tro trono.*" No puede dudarse que esta palabra ómnipotente que desciende del cielo á la tierra, es el Verbo del Padre, que haciéndose hombre para nuestra salud, habitó entre nosotros. La Iglesia aplica estas palabras al nacimiento de Jesucristo, que se verificó á la media noche, y en un tiempo en que todo el mundo estaba en paz bajo el imperio de Augusto.

La Epístola es del capítulo IV de la de S. Pablo á los Gálatas. El Apóstol habia convertido á estos pueblos á la fé de Jesucristo y formado de ellos una Iglesia muy floreciente; mas los judíos que habia entre ellos, convertidos tambien, pero apegados á la observancia de la circuncision y de la ley de Moises, querian persuadir que eran necesarias aun en la Ley de Gracia, para la salvacion. Para destruir este error les escribe el Apóstol esta Epístola, en la que entre otras cosas, les hace ver la diferencia que se da entre la ley escrita, que era propia de siervos ó esclavos, y la de Gracia, que es propia de los hijos: á aquellos convenia una ley dura y un yugo fuerte que los sujetara; mas á estos corresponde una ley suave, que ganando sus corazones, los lleve á Dios por el amor filial.

Para hacérselos mas perceptible, el Apóstol se vale de la comparacion de un hijo pequeño, que aun siendo heredero de su padre, no se diferencia del siervo miéntras es párbulo; sino que está bajo la obediencia de tutores y curadores de su minoridad, hasta el tiempo prefinido por su padre; mas cuando llega este tiempo, sale de aquel estado de servidumbre, y entra en los goces y prerogativas de hijo. El pueblo judío, segun los Santos Padres, era este pequeño heredero de las bendiciones del Padre celestial, prometidas á los

Santos Patriarcas del Testamento Viejo: la época de su minoridad fué la de la Sinagoga. Nada, pues, tenia de extraño que miéntras ésta duraba estuviese bajo de aquellos tutores, que eran la ley y los Profetas; esto es, sirviese bajo la misma ley que los siervos y esclavos.

Llega por fin, dice el Apóstol, la plenitud del tiempo en que aquel hijo debia salir de este estado de servidumbre, y envió Dios á su Hijo, que hecho Hombre en el vientre y de la sustancia de una Muger, viva bajo la ley, para sacar de aquel estado penoso á aquel Hijo que vivia sujeto á la misma ley, y hacerlo entrar en la adopcion de los hijos, esto es, en los goces y privilegios que corresponden á un hijo, aunque adoptivo, como lo somos de Dios nuestro Padre. Por donde viene á suceder que ya no es siervo, sino hijo y heredero por la bondad de Dios, dice el Apóstol; y como que ya es hijo, envia Dios á su corazon el espíritu de su hijo, para que con él pueda clamar á Dios, llamándole *Padre*. Con esto prueba el Apóstol hasta la evidencia que al pueblo cristiano, que es este hijo entrado en sus prerogativas, no conviene la servidumbre de aquella ley que ligaba al judío, y abrogó Jesucristo, sino la suavidad de la de Gracia que estableció en su Iglesia.

El Evangelio es del capítulo II de San Lúcas, y refiere el recibimiento que el santo viejo Simeon y la profetisa Ana hicieron al Niño Jesus en el templo. La Santísima Virgen, á los cuarenta dias de su parto, llevó á su Sacratísimo Hijo á Jerusalen, para ofrecerlo al Señor, como lo disponia la ley; y estando en el templo, el anciano Simeon, venerable por su virtud, los bendijo, y hablando del divino Niño Jesus, dijo á su Madre: "Puesto ha sido este Niño para "ruina y para resurreccion de muchos en Israel, y para ser constituido como un signo á que se contradirá. Su espada, añadió, atravesará tu alma, para que se descubran los pensamientos nacidos "de muchos corazones." El Salvador que venia á buscar lo que se habia perdido, y á reparar lo que habia perecido, no podia causar directamente la ruina aun de una sola persona; pero respecto á que él era el signo de contradiccion, esto es, el maestro de la verdad, la regla indefectible del bien obrar, á que habian de oponerse el error y la inmoralidad, y que con la doctrina y el ejemplo de su vida santísima, habia de hacer que se discernieran y conocieran el bien ó mal obrar de los hombres; debia en este sentido causar la ruina de muchos; no porque la ocasionara directamente, sino porque

era la piedra, contra la cual habian de estrellarse los que lo contradijeran y le hicieran oposicion. Mas ántes de que los enemigos de Jesus hubieran de hacerse pedazos contra esta piedra mística, ellos habian de tener una hora en que contradecirlo, perseguirlo y causarle la muerte, ocasionando con ello los dolores de María, que le anuncia Simeon.

Llegando en aquella misma hora Ana, profetisa, anciana respetable y llena de virtud, glorificaba tambien al Señor, y predicaba las grandezas del Niño Dios á las personas piadosas que la oian. Luego que María y José con el Divino Niño, hubieron concluido todo lo que pedia la ley de la presentacion, se volvieron á Nazareth en Galilea.

La Epístola es del cap. IV de la del Apóstol San Pablo á los Gálatas.

Hermanos: miéntras el heredero es niño, en nada se diferencia del siervo, no obstante que es dueño de todo; sino que está bajo la potestad de los tutores y curadores, hasta el tiempo señalado por su padre. Así nosotros cuando éramos todavia niños estábamos sirviendo bajo los primeros elementos de la ley que Dios dió al mundo. Mas cumplido que fué el tiempo, envió Dios á su Hijo, concebido de una Muger, y sujeto á la ley, para redimir á los que estaban bajo de la ley, á fin de que recibiésemos la adopcion de hijos. Y por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios á vuestros corazones el espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: Abba, esto es, Padre mio. Y así ninguno de vosotros es ya siervo, sino hijo; y siendo hijo, es tambien heredero de Dios *por Cristo*.

El Evangelio es del capítulo II de San Lúcas.

En aquel tiempo: Estaban José y María, Madre de Jesus, admirándose de las cosas que de él se decian. Simeon bendijo á entrambos, y dijo á María, su Madre: He aquí que este Niño está destinado para ruina y para resurreccion de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradiccion (lo que será para tí una espada que atravesará tu alma) á fin de que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones. Vivia entónces una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, que era ya de edad muy avanzada, y habia vivido siete años solamente con su marido, á quien se unió siendo doncella, permaneciendo viuda hasta la edad

de ochenta y cuatro años: no se apartaba del templo, sirviendo á Dios en ayunos y oraciones noche y dia. Esta, pues, sobreviniendo á la misma hora que Simeon, alababa igualmente al Señor, y hablaba del Niño á todos los que esperaban la redencion de Israel. Luego que JOSÉ Y MARIA ejecutaron todas las cosas, conforme á la ley del Señor, se regresaron á Galilea y fueron á la ciudad de Nazareth, su habitacion ordinaria. Crecia el Niño entre tanto y se fortalecia *en espíritu*, estando lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él.

MEDITACION.

Sobre la voluntad que tiene Dios de salvar á todos los hombres.

Considera que aunque Jesucristo nació, padeció y murió por la salvacion de todos los hombres, no por eso se salvarán todos. Uno de los artículos de nuestra fé es que el número de los escogidos es el mas pequeño, y que son muchos mas los que se condenan. Mas no queda por Jesucristo: este Divino Salvador ha hecho todos los gastos sobreabundantemente: él es, dice San Juan, una víctima de propiciacion por nuestros pecados; y no solo por los nuestros, sino tambien por los de todo el mundo. Pero la desgracia es que no todos obedecen al Evangelio, dice San Pablo; y he aquí porque no todos se salvan. La voluntad del Salvador es sincera y universal; pero nuestra malicia impide el que sea eficaz. ¿Cómo remediarémos este mal? ¡Ah! removiendo de nosotros este espíritu de resistencia y contradiccion á su voluntad y ley, para que la redencion obre en nosotros su efecto saludable.

Considera que es de mucho consuelo estar persuadidos á que Dios quiere salvar á todos los hombres; á que es un artículo de fé el que Jesucristo ha muerto por todos los hombres; y que ha derramado su preciosa sangre para que todos tengan vida, y la tengan con mas abundancia; pero que este consuelo debe estar templado con el santo temor de perder por nuestra culpa el beneficio de la redencion. Yo sé que Dios quiere salvarme, y que ha muerto por mí; pero tambien sé que hay en mí un libre albedrío, una corrupcion, una malicia muy capaces de fustrarme aquel bien, y causarme mi ruina ¿Y qué cosa mas digna de temer, que la posibilidad de perderme?

PETICION Y PROPÓSITOS.

Apartad de mí, Señor, tal desventura: haced que corresponda á las miras benéficas que teneis sobre mí: lleno de confianza en vuestra misericordia, espero y os prometo no abusar mas de vuestra bondad. Vos quereis verdaderamente salvarme; yo tambien lo quiero con una voluntad sincera: hacedla eficaz por vuestra gracia, á la cual no quiero resistir ya mas.

JACULATORIA.

Tu voluntad, Dios mio, es mi santificacion.

LECCION.

Sobre la obligacion de huir las ocasiones de pecar.

Antes de que San Juan comenzase su predicacion estuvo treinta años en el desierto, desconocido de los hombres, y conociéndose á sí mismo. El huir del mundo es el verdadero medio de santificarse: esto es lo que nos predica San Juan en su desierto ántes de predicarnos la penitencia. Con su retiro nos enseña á huir del mundo, ó á lo ménos á evitar las ocasiones que se encuentran en él á cada paso, y que constantemente se oponen á nuestra santificacion. Véamos pues, el peligro que hay en las ocasiones, pues que, ó se peca exponiéndose á ellas, ó con causa de pecado. Se entiende por ocasion de pecar todo aquello que nos induce á faltar en algo á la ley divina y nos pone en peligro de quebrantarla: la caridad, que despues del amor de Dios tiene por objeto el nuestro propio, no nos permite exponernos á semejante peligro; pues que eso seria arriesgar nuestra salvacion, el mas importante, esencial y universal de todos los negocios, y querer perderse segun el Eclesiástico: *El que ama el peligro, en él perece.* Este es el principio á que debemos atender: sin embargo, no toda ocasion es de pecado; expliquemos cuando lo es y cuando no. La ocasion de pecar es pecado en sí mismo cuando es voluntaria, cuando es próxima, y sobre todo, cuando lo es respecto de nosotros.

Cuando es voluntaria, porque hay ocasiones que no lo son, como las que se ofrecen por algun accidente, y que no podemos evitar ni apartar ántes de que se presente. Llámanse pues voluntarias, aque-

llas en que nos metemos nosotros mismos, las que buscamos con pleno conocimiento, y en que entramos por nuestro gusto, constándonos por la experiencia, que todas ó las mas veces que nos vemos en ellas, faltamos. Estos son pecados, no aquellos; pues siendo involuntarias no son libres; y no siendo libres no son pecado. Hay mas, que para serlo es necesario que la ocasion sea próxima. Se distinguen comunmente dos clases de ocasiones; unas remotas, otras próximas: las primeras son aquellas que no estando tan estrechamente unidas con el pecado, se puede esperar prudentemente preservarse de él con la ayuda de la gracia: las segundas son las que se hallan tan conexas con él, que rara vez se deja de caer poniéndose en ellas. Exponerse precisamente á la ocasion remota, no es pecado, pues de otra suerte seria forzoso apartarse del mundo y de la vida civil para no pecar, como dice el Apóstol: *Porque si no, debieramos salir de este mundo.* Solo pues, la ocasion próxima es pecado, la que se debe evitar y procurar huir: tanto, que es uno de los motivos que hay para negar la absolucion á los penitentes, porque son aun mas reprensibles en estar en un peligro evidente de pecar, que en que pequen por pasiones violentas y fuertes instigaciones del demonio. Se debe tambien considerar la ocasion de dos maneras: ó en general ó en particular, en sí misma ó respecto de nosotros. Considerada en sí misma y en general, puede no ser pecado; pero sí lo puede ser considerada en particular y con respecto de nosotros. Estos son unos principios generales en que todos convienen. Pero apliquemos estas reglas á nuestra conducta: aquí es donde todos discrepamos, porque nos persuadimos, mejor diré, queremos alucinarnos como el impío que dijo: *No hay Dios*, con que la ocasion en que estamos es necesaria siendo voluntaria; que es remota siéndolo próxima; que es general siendo particular para cada uno de nosotros.

¿Qué cosa mas comun que el escudarse con semejantes necesidades, que en la realidad no lo son sino porque el mundo las hace ver como tales? Yo soy jóven, decis, no puedo prescindir de las tertulias y de las visitas; me es indispensable ver á mis amigos y tener alguna recreacion. Yo estoy en un empleo que me obliga á manejar tales y tales negocios, aun con peligro de mi conciencia. Ven acá, jóven engañado, ¿necesitas alguna recreacion? Pues para eso no es preciso te halles en todos los concursos, juegos y diversiones. Y dime ¿qué recreacion se encuentra en escuchar conversaciones profanas de esos otros jóvenes que precian de libertinos? Si no les

prestaron atencion á sus disparates, ellos no los dirian, y aun serian virtuosos. Por otra parte: ¿qué necesidad hay de que leas todos esos libros corrompidos, sepulcros blanqueados, mas pestilentes por dentro que compuestos por fuera? ¿De que concurras á todo género de bailes y diversiones de igual naturaleza? ¿Tienes un empleo difícil? ¿Qué precision hay de meterte en lo que no te toca? ¿Qué necesidad hay de mantener la profesion de mercader, procurador, cirujano &c., si es para tí ocasion de pecado? Oye lo que te dice San Cárlos Borromeo: "Aunque el cometer alguna falta en un oficio ó empleo no sea suficiente motivo para obligarnos á renunciarlo, con todo no podemos mantenernos en él cuando nos muestra la experiencia que no podemos ejercerlo sin exponernos á evidente peligro de pecar."

Has dicho tambien que la ocasion en que te espones es remota. ¡Te engañas jóven inexperto! Qué, ¿no reputas por ocasiones próximas esas visitas que haces á hurtadillas de tus padres: esas conversaciones á solas en que por lo comun las pasiones dan sus mas fuertes ataques; esas concurrencias libres y familiares? ¿No llamas ocasion próxima ese comercio secreto que teneis con aquella cierta persona: no crees que lo es el vivir en una misma casa con el objeto de tu ardiente pasion, tenerlo á la vista, usar ambos de una íntima comunicacion ó inteligencia? Te engañas miserablemente. Separacion, divorcio, divorcio pronto, separacion entera, dice el Señor. *Por tanto, salid de enmedio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no toqueis lo que es inmundo.... Si el ojo os escandaliza, si es para vosotros ocasion de caer y de pecar, arrancadlo: si la mano, si el pié abusan de la libertad que les dais, y os exponen á pecar, cortadlos y arrojadlos léjos de vosotros.* Si aun cuando esa persona sea para tí tan apreciable, tan estimada y sercana como el ojo derecho, te inclina á pecar, sepárate de ella y rompe todo comercio y comunicacion. Si aun cuando esa profesion, ese oficio, ese empleo te sean necesarios para vivir, son ocasion de que poques, déjalos, porque la salvacion de tu alma es de mas importancia que millares de vidas que perdieses. Pero aun cuando la ocasion no fuese siempre pecaminosa en sí misma, lo es á lo ménos en sus consecuencias. Sin distinguir aquí de ocasion próxima y remota, podemos decir que ella es siempre la causa del pecado, la que nos arrastra á él cuando nos metemos en ella, ó nos mantenemos en la misma sin poner las precauciones necesarias. Nunca estamos mas dis-

000037

puestos á pecar, que cuando nos hallamos en la ocasion, porque entónces los sentidos tocan de cerca el objeto seductor, pues no hay cosa que mas excite la pasion que su presencia, porque de aquí no hay mas que un paso á la ejecucion.

Domínica primera despues de la Epifanía, ó sea la infraoctava de esta. (*)

La Domínica siguiente á la Epifanía es muy célebre en la Iglesia por la memoria que se hace en su oficio y misa del viage del Niño Jesus en Jerusalen. En la Epístola, que es de San Pablo á los

(*) *Para que nuestros lectores no se confundan cuando sigan el calendario con que se rezan Domínicas llegando á la de Septuagésima, ó faltan para llegar á la primera de Adviento, advertimos que entre la Epifanía y la Septuagésima puede haber seis Domínicas ó lo mas, y entre Pentecostes y la primera Domínica de Adviento, veinticuatro á lo ménos, formando ambas treinta, que son las que reza nuestra madre la Iglesia; pero como la Pascua de Resurreccion no cae siempre en una misma fecha, varian tambien la Septuagésima y el Adviento, de suerte que pueden llegar las Domínicas que siguen á la fiesta de Pentecostes á veinte y ocho; mas entónces, como la Septuagésima ha caido necesariamente muy inmediata á la Epifanía, solo habrá dos entre esta y aquella, de consiguiente sobrarán cuatro Domínicas en este primer período, y faltarán las mismas cuatro en el segundo, es decir, entre Pentecostes y Adviento. Lo que deberá el lector hacer en lo siguiente: reservar las Domínicas que sobran llegada que sea la Septuagésima, para acomodarlas en las que falten ántes de que llegue el Adviento. El órden en que se acomodan es el que sigue: la Domínica vigésima cuarta despues de Pentecostes, siempre se reza el domingo anterior al primero de Adviento, y así las Domínicas que sobran despues de la Epifanía, ocupan el lugar de las que hayan entre la vigésima tercia y vigésima cuarta despues de Pentecostes. Si estas fueren veinticinco, quiere decir que sobró la sexta despues de la Epifanía, y entónces vendrá á ser esta la vigésima cuarta despues de Pentecostes, y la que era vigésima cuarta, será vigésima quinta. Si fueren veintiseis, sobraron dos despues de Epifanía, que serán la XXIV y XXV despues de Pentecostes, y la XXIV será la XXVI. Si fueren veintisiete, sobraron allá tres, que serán acá la XXIV, XXV y XXVI, y la XXIV será la XXVII. En fin, si fueren veintiocho aquellas, restaron cuatro, por respecto de estas, serán la XXIV, XXV, XXVI y XXVII, y la XXIV será la XXVIII. Las Domínicas sobrantes en la Epifanía, se acomodan despues de Pentecostes en el mismo órden en que estén puestas en aquel período: de manera que cuando sean las de Pentecostes veinticinco, tendrá lugar la sexta despues de la Epifanía; si fueren veintiseis, la V y VI: si veintisiete, la IV, V y VI: y si veintiocho, la III, IV, V y VI, ocupando los domingos sobrantes en el órden en que van colocados. Alguna vez puede, sin embargo de lo expuesto, sobrar una Domínica, que ni pueda acomodarse ántes de Septuagésima, ni ántes de Adviento, y entónces podrá omitirse ó leerse juntamente con la última de aquel ó de este período; pues aunque la Iglesia no la omite, la traslada para otro dia segun sus rúbricas, que no estando al alcance de la mayor parte de nuestros lectores, mas bien les serviria de confusion que de instruccion aplicarlas al caso de que se trata.*

romanos, se exhorta á los fieles á ofrecerse á Dios en sacrificio mediante el ejercicio de las virtudes, á aborrecer las máximas del mundo, á conformarse con las del Evangelio, á mantenerse unidos con el vínculo de la caridad, y á cumplir con sus respectivas obligaciones.

En el Evangelio se refiere la historia de la separacion de Jesucristo de su familia. María y José iban todos los años á Jerusalen á celebrar las tres solemnidades de la Pascua en memoria de la salida de Egipto, de Pentecostes, aniversario de la publicacion de la ley, y de los Tabernáculos, en que se representaba el viaje de los Israelitas por el desierto. Ignoramos de qué edad los acompañó Jesus por la primera vez en estas peregrinaciones; pero sabemos que lo hizo á los doce años caminando como treinta leguas, distancia que hay entre Nazareth y Jerusalen, y el Evangelista nos dice que acabada la fiesta, el Niño Jesus se quedó en Jerusalen sin que María ni José lo advirtiesen; mas seria temeridad imaginar alguna negligencia ó descuido culpable en personas tan santas. Despues de un dia de camino, en que lo habian creido mezclado con los demas caminantes por algun motivo que respetaban sin conocerlo, entraron en gran cuidado no viéndolo, y mucho mas cuando despues de haber preguntado á los parientes y conocidos ninguno pudo sosegar su inquietud.

Llenos de congoja resuelven hacer mas diligentes pesquisas, y volviendo á Jerusalen, lo hallan á los tres dias en una de las galerías del templo donde solian reunirse los doctores, en medio de ellos, llenándolos de asombro con sus preguntas y doctrina. El repentino tránsito de la tristeza al regocijo de que sus corazones se llenaron volviendo á verlo, dictó á su Santísima Madre la amorosa queja en que prorumpió inmediatamente: *Hijo*, le decia, *¿cómo has hecho esto con nosotros? Tu padre y yo te buscábamos llenos de dolor. ¿Por qué me buscábais?* les contestó: *¿acaso no sabeis que conviene me ocupe yo en cumplir los mandamientos de mi Padre?* Como si dijera: No debísteis afligiros, ni dar lugar á un inquieto cuidado, puesto que sabeis quién soy y el fin de mi venida; desde luego debísteis persuadiros que algun motivo importante para la gloria de Dios, me separaba de vosotros, me desprendia de la carne y de la sangre, y no obstante el amor con que os miro, me sobreponia á él para cumplir la divina voluntad. Instruidos con esta respuesta nada le replicaron; y reunidos con él, volvieron á Nazareth, donde Jesucristo se mantuvo retirado y desconocido, sin que-

rer que supiésemos otra cosa de su vida en el tiempo que medió hasta que comenzó el ejercicio público de su ministerio, sino que en todo él permaneció obediente á sus Padres.

El sagrado historiador nos dice que segun crecia en edad, crecia tambien en gracia y sabiduría. Verdad es que siendo Dios verdadero nada podia adelantar en la perfeccion; pero esto significa acaso que se aumentaba cada dia el número de sus acciones heróicas, en cuanto hombre, y que en todas ellas daba cada dia nuevas pruebas de la sabiduría que arreglaba todas sus obras: y sin duda nos muestra que los que se dedican al servicio de Dios deben procurar siempre adelantar y crecer en la perfeccion; pues virtud que no hace progresos es como el árbol que no crece, el cual da sobrados indicios de que está próximo á secarse.

Hagamos algunas brevísimas reflexiones: Jesucristo, nuestro modelo, luego que puede se encamina al templo: ni el amor á su Santísima Madre ni á San José, ni la consideracion de la pena que iba á causarles le impide cumplir los preceptos de su Padre. Detenido en el templo, se ocupa todo en cosas santas: tiernamente reconvenido por su ausencia, manifiesta en la entereza de su respuesta la firme resolucion en que se halla de no faltar por ningun motivo á su ministerio; y restituido á Nazareth se prepara, á nuestro modo de entender, con un largo retiro para el desempeño de su encargo; porque sin embargo de que no necesitaba prepararse para los mas altos destinos, quiso que su ejemplo nos sirviese de norma: y por último, de todas sus virtudes solo nos pone delante la humildad con que se sujeta al estado de sumision y obediencia. Sea, pues, la piedad nuestro primer cuidado y nuestra principal ocupacion: cedan todos los respetos y razones humanas al cumplimiento de la ley: jamas nos avergoncemos de protestar en presencia de todo el mundo, que estamos decididos á no apartarnos por nada del camino que nos prescribe: busquemos en Dios por la oracion y el retiro los medios de llenar nuestras obligaciones, y sea la humildad la base de nuestra conducta.

La Epístola es del capítulo XII del Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: Yo os ruego encarecidamente por la misericordia de Dios, que le ofrezcais vuestros cuerpos como una hostia viva, santa y agradable á sus ojos, que es el culto racional que debeis ofrecerle. y no querais conformaros con este siglo, ántes bien trasformaos con

la renovacion de vuestro espíritu; á fin de acertar que es lo bueno y mas agradable, y lo perfecto que Dios quiere. Por lo que os exhorto á todos vosotros en virtud del ministerio que por gracia se me ha dado, á que en vuestro saber no os levanteis mas alto de lo que debeis, sino que os contengais dentro de los límites de la moderacion, segun la medida de fé que Dios ha repartido á cada cual. Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, mas no todos los miembros tienen un mismo oficio; así nosotros, aunque séamos muchos, formamos en Cristo un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros.

El Evangelio es del capítulo II de San Lúcas.

Siendo ya Jesus de doce años, habiendo subido á Jerusalen, segun solian en aquella solemnidad; y acabados aquellos dias, así que se volvian, se quedó el Niño Jesus en Jerusalen sin que sus padres lo advirtiesen. Antes bien persuadidos á que venia con alguno de los de su comitiva, anduvieron la jornada entera buscándolo entre los parientes y conocidos. Mas como no le hallasen, retornaron á Jerusalen en busca suya. Y al cabo de tres dias le hallaron en el templo sentado en medio de los doctores, que ora los escuchaba, ora les preguntaba; y cuantos le oian quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle pues, sus padres quedaron maravillados; y su Madre le dijo: Hijo ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo, llenos de aflixion te hemos andado buscando. Y él les respondió: ¿Cómo es que me buscábais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre? Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta. En seguida se fué con ellos, y vino á Nazareth, y les estaba sujeto. Y su Madre conservaba todas estas cosas en su corazon. Jesus entre tanto crecia en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.

MEDITACION.

Sobre la pérdida de Dios.

Considera cuán grande es la pérdida de Dios! Es tan gran mal, cuanto que Dios es el sumo bien; el que posee á Dios, lo posee todo; el que lo pierde, lo pierde todo; quedando el mas desventurado de los hombres. Dios es el bien por esencia: el trono de todas las gran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dezas; el centro de todos los movimientos; el manantial de todas las delicias, y el oceano de todas las consolaciones. ¡Oh qué pérdida, la pérdida de Dios! Es mayor que la de una infinidad de mundos. Dios es el fin del hombre, su felicidad, su paz y su bien eterno: así es, que el que pierde á Dios necesariamente ha de ser miserable: ya no puede hallar ni paz, ni reposo, ni alegría, ni consuelo en su corazon. Incesantemente se siente agitado de perturbaciones é inquietudes en su alma: es la viva imágen de un condenado; pues que el infierno le forma la pérdida de Dios. ¡Oh, y qué cierto es que de todos modos es el sumo mal perder á Dios! Con él se pierden todos los bienes de la naturaleza, de la gracia, y de la gloria. ¡Ah, muera yo mil veces ántes que perderos, Dios mio!

Considera cómo se pierde á Dios. Se pierde por el pecado mortal: dispone á perderle el pecado venial: nos aleja de él la ingratitud: se desestima por el olvido, la tibieza y la negligencia. Dios está en el alma con una gracia de union, de direccion, de proteccion, de consolacion; pero el pecado mortal rompe toda esta union: el pecado venial la debilita, y Dios ya no se halla en el alma como estaba ántes: ya no la dirige; ya no la protege; ya no la consuela; ya no la ama. ¡Oh qué grande mal es el pecado mortal que nos hace perder á Dios; y la culpa venial que nos predispone á perderle.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Ojos mios, llorad sin cesar y deshaceos en lágrimas: habeis perdido la luz y la idea de toda belleza! ¡Corazon mio, rómpete de dolor, que has perdido á tu Dios, á tu Padre, á tu Esposo, á tu Rey, á tu Salvador, tu paz y todos tus bienes! ¡Ay de mí! Lloro de dia y de noche, cual otro David, cuando me dicen ¿á dónde está tu Dios? ¿Qué le has hecho? ¿Dónde le has dejado? ¡Ah miserable! Le has perdido por tu soberbia, por tu avaricia, por tu sensualidad! Le has vendido por un deleite imaginario: le has obligado á que se aparte de tí con tu ingratitud y negligencia. Es verdad: todo esto he hecho, Dios mio; pero ya estoy resuelto á buscaros incesantemente por el camino de la penitencia, por los senderos de la justicia, sin dejar de buscaros hasta que mediante vuestra gracia os encuentre en el templo de mi alma.

JACULATORIA.

Le hallé, y no le dejaré.

LECCION.

Sobre la obcecacion del pecador.

Asientan los teólogos que son muchas y muy graves las penas con que Dios castiga al pecador aun en esta vida; y entre ellas es la principal el endurecimiento del corazon. Esta pena es la que en las Sagradas Escrituras se llama ceguedad, dureza, abandono. Ceguedad, porque de tal suerte se ofusca el entendimiento entre las tinieblas del error, que no conoce el mal de que adolece ni el peligro en que se halla. Dureza, porque de tal modo se aficiona al pecado, que ninguna reflexion lo aparta de él. Abandono, que es la privacion de los auxilios eficaces de Dios con que pudiera romper las cadenas del pecado; pero que no los tiene por su misma obstinacion en pecar. Es verdad que Dios á nadie niega la gracia suficiente; pero el pecador no quiere aprovecharse de ella. El dogma de la gracia solo puede ser perfectamente comprendido por su divino Autor; pero para formar de él sobre este punto alguna idea en nuestro entendimiento se valen los teólogos de una comparacion; y es la de un hombre que tiene toda especie de armas ofensivas y defensivas para triunfar de sus enemigos; pero que no quiere usar de ellas, y se deja vencer y quitar la vida. Es menester que le venga un impulso fuerte que lo anime y esfuerce para usar de sus armas, y con ellas vencer á su enemigo. Esto le pasa al pecador obstinado: la gracia suficiente le basta para ponerse en estado de salvacion; pero no quiere usar de ella para vencer sus pasiones y salir de su pecado; por lo que dominado del vicio se deja en él hasta morir. Necesita pues, de un auxilio eficaz y poderoso de la gracia; y este será el que Dios le retire á este pecador obstinado, de manera que dejándole solo la gracia suficiente podrá triunfar; pero de hecho no triunfará.

Tal estado debe horrorizarnos, y mas cuando reflexionamos que á él nos conducen nuestras culpas. San Gregorio dice: "El pecado que nace del pecado, no es ya solamente pecado, sino pena de él: pues por justo juicio de Dios Omnipotente se oscurece el corazon del pecador, de tal modo, que por la culpa anterior caiga en otras." Y San Agustin nos enseña: "Que es una pena muy justa del pecado, que el hombre pierda aquel bien de que no supo usar.... porque el que advertidamente no ha obrado con rectitud, no sepa lo que es rectitud. En otra parte nos manifiesta la causa de este triste efecto di-

ciéndonos: "No pueden sufrir la luz los ojos acostumbrados á tinieblas; y los que habitan en estas no pueden juzgar de aquella: solo ven tinieblas, aman tinieblas, aprueban las tinieblas, y de unas en otras corren sin saber donde se dirigen. ¡Miserables! que pierden lo que no conocen: mas miserables que lo pierden aun conociéndolo: tropiezan con los ojos abiertos; y bajan vivos al infierno." ¡Ah! ¿qué remedio podrá haber para una cegnedad voluntaria, para un corazon endurecido? Escuchémos cómo lo describe San Bernardo. "Corazon duro es aquel que ni la compuncion lo hiere, ni la piedad lo ablanda, ni los ruegos lo mueven, ni cede á las amenazas: los castigos lo obstinan: es ingrato á los beneficios, indócil al consejo, atrevido á la justicia, descarado para la torpeza, impávido en los peligros, tirano contra la humanidad; temerario respecto de las cosas divinas: se olvida de lo pasado, desprecia lo presente, no prevee lo futuro." ¡Oh, y con cuánta razon podriamos decir con un sabio místico, que entre el pecador endurecido y un condenado, ya apénas hay una pequeña diferencia!

Es ciertamente terrible la suerte de un hombre obcecado en la culpa; pero aun es mas dolorosa la de pueblos enteros caidos en ceguedad. La multitud de pecados de los particulares va engendrando poco á poco la corrupcion de una nacion entera, que al fin llega á verse en el funesto estado que nos describe San Agustin diciendo que en un pueblo tal se ven: "El sabio sin obras, el anciano sin religion, el jóven sin obediencia, el rico sin caridad, la muger sin pudor, el amo sin virtud, el cristiano rijoso, el pobre soberbio, el rey inicuo, el pastor espiritual negligente, la plebe sin freno, el pueblo todo sin ley." ¿En qué parará una nacion semejante? En la reprobacion. Mas me preguntaréis, dice un místico ¿por qué grados se llega á un estado tan deplorable? Breve es la respuesta: "Por la costumbre de pecar, que de tal suerte ciega al alma, que ni las amonestaciones de la Iglesia, ni los beneficios de Dios, ni sus castigos la apartan de la iniquidad." "Ved, dice el Señor por Isaías, qué por "vuestras maldades habeis sido vendidos, y por vuestros pecados he "repudiado á vuestra Madre. Porque vine, y no habia hombre: llamé, y no habia quien oyese." Esto mismo repite el Señor en muchos otros lugares de la Escritura, siendo notabilísimo lo que dijo de la obstinada Jerusalen, como se ve en San Mateo: "¡Jerusalen, Jerusalen, que quitas la vida á los profetas, y apedreas á los que te son "enviados! ¡Cuántas veces quise atraer y unir á mí á tus hijos, como

"la gallina congrega á sus pollos bajo de sus alas; y no quisiste! "Pues he aquí que se os quedará desierta vuestra casa." Tal es el castigo que atraen sobre sí los particulares y los pueblos. Huyamos pues, de todo pecado, especialmente de la torpeza, de la avaricia y de la envidia: temamos el silencio de nuestra conciencia, esto es, la falta de remordimientos en ella: temamos la falta de los azotes de Dios, pues el guardar silencio y no corregirnos es una señal clarísima de nuestra reprobacion.

Segundo Domingo despues de la Epifanía.

Nada notable hay que referir de la historia de este Domingo, pues aunque en él se celebra la festividad del sacrosanto Nombre de Jesus, de ésta hablarémos despues. La misa del presente comienza por las palabras del versículo IV del salmo 65, en que David convida á toda la tierra á alabar y bendecir al Señor diciendo: "Toda la tierra os adore y bendiga ¡oh Dios Altísimo! y cante cánticos de alabanza á vuestro nombre." El Profeta hace hablar en este salmo al pueblo judío, que da gracias á Dios por su libertad, y que convida á toda la tierra á unirse con él para bendecir al Señor. Los judíos libertados de su cautiverio eran figura de los gentiles sacados de la esclavitud del demonio por la gracia del bautismo. Se puede tambien decir que el Profeta habla en nombre de todos los hombres redimidos por Jesucristo.

La Epístola es del capítulo XII de la de San Pablo á los romanos, donde les amonesta y persuade á que se desprendan de la vanidad del siglo para entregarse enteramente á Dios, sin engreirse por los dones que han recibido, y sin traspasar los términos de estos dones; aplicándose cada uno á las funciones de su ministerio y cumpliendo con las obligaciones de su estado, ordenándolo todo á la utilidad del prójimo, con quien deben hacer un todo, como lo hacen los miembros de un mismo cuerpo, sin que el uno se entrometa á hacer las funciones del otro. La comparacion de que se sirve el Apóstol es muy propia: como todos nosotros no hacemos sino un solo cuerpo con Cristo, que es nuestra cabeza, así tambien somos recíprocamente los unos como miembros de los otros, para ayudarnos y aliviarnos por la funcion que es propia de cada miembro en particular. Así como todos nosotros tenemos dones diferentes, segun la

gracia que se nos ha dado, es necesario que cada uno emplee sus talentos en bien de todos; y esto sin envidia de los otros miembros, sino contentándose con la medida de la gracia que se le ha dado; pues la caridad debe hacernos comunes los favores hechos á nuestros hermanos, sin que los envidiemos; así como la mano, que tiene su propio oficio, no envidia al ojo la facultad de ver, ni al pié la facultad de andar. El que ha sido llamado para predicar el Evangelio é interpretar las Escrituras, debe hacerlo, no segun las luces de su propio espíritu, sino segun las de la fé, del espíritu de Dios y de la Iglesia, á cuyas luces debe someterse todo espíritu particular; y los que no han sido escogidos por Dios para este ministerio, deben guardarse de dogmatizar. El que ha recibido el don de enseñar, debe hacerlo con solicitud; y el que está encargado de la conducta de los otros, debe portarse con ellos con mansedumbre y caridad. Despues de haber instruido el Apóstol á los que están en empleos, pasa á dar lecciones generales y particulares á todos los fieles. No seais perezosos, les dice, en hacer con vuestros hermanos todos los buenos oficios que pudiéreis, y no les hagais esperar vuestros servicios ni se los vendais caros; sed fieles en cumplir vuestras obligaciones, y cumplid y creced continuamente en fervor en el servicio de Dios. Preveníos los unos á los otros en la honra y cortesía, y perseverad en la oracion y en el ejercicio de las buenas obras. Las necesidades de vuestros hermanos miradlas como propias y aliviadlas con obras de caridad, practicando siempre la hospitalidad. Haced bien á vuestros enemigos. He aquí hasta donde debe ir el heroísmo y la perfeccion de la caridad cristiana, haciendo que el cristiano sea sensible para con sus hermanos, sea el que fuere el trato que reciba de ellos. No seais porfiados, continúa, ni tengais pleitos; la diversidad de sentimientos agria los corazones. No penseis altamente de vosotros mismos; sed humildes, compasivos, mansos, modestos; no seais sabios á vuestros propios ojos, porque nos engañan siempre en el juicio que nos hacen formar de nosotros mismos. Se puede decir que esta Epístola es un compendio de la moral cristiana.

El Evangelio no es ménos instructivo. Es la historia del primer milagro que hizo Jesucristo en las bodas de Caná. Habia ya comenzado el Salvador su predicacion despues de haber ayunado cuarenta dias en el desierto, y acababa de elegir algunos discípulos, como eran San Pedro, San Andres, San Felipe y Natanael, cuando le rogaron que tuviese á bien asistir á una boda que se celebraba en

Caná de Galilea, lugar distante tres pequeñas jornadas de Betania, donde se hallaba entónces el Salvador, y accediendo gustoso se dirigió al lugar. La Santísima Vírgen se encontró tambien en las bodas, que quizá eran los esposos algunos de sus parientes. Se presume, segun la observacion de San Epifanio, que habia muerto ya San José, pues no se habla de él una palabra en este Evangelio. En cuanto al esposo, algunos han creido que era Simeon el cananeo hijo de Cleofas; y otros que era S. Bartolomé, llamado Natanael; pero el venerable Veda, Santo Tomas y otros muchos son de parecer que el esposo era San Juan Evangelista, creyendo que el Salvador lo llamó del estado del matrimonio al apostolado, y que dejando á su esposa en el mismo dia de las bodas, perseveró siempre vírgen. Sea de esto lo que fuere, el Hijo de Dios quiso hacernos ver que podiamos hallarle, no solo en el retiro, sino tambien entre las gentes, cuando las obligaciones ó la decencia lo piden, y cuando todo respira cristiandad en el trato de ellas. Quiso ademas el Salvador, dicen los Padres, aprobar con su presencia el matrimonio, haciéndonos ver, que léjos de reprobarlo, habia de elevarlo á la clase y dignidad de sacramento. Prosigamos la historia.

Al fin de la comida notó la Santísima Vírgen que faltaba vino, y se compadeció desde luego de los que celebraban las bodas, por el sonrojo que aquella falta debia ocasionarles. Su caridad hizo que pensase en el remedio, que fué volverse hácia su Hijo Divino y decirle: "Les falta vino." El Salvador, que respondiendo á su Madre, queria enseñarnos á todos que solo obraba por motivos sobrenaturales, y de ningun modo por respetos humanos, le contestó de un modo grave y respetuoso, que ya sabia la necesidad que le decia; que no pasase pena por ella; pues á su tiempo haria lo conveniente; pero *aun no ha llegado*, añadió, *mi hora*; esto es, el tiempo de manifestar su poder y su gloria. San Agustin, San Crisóstomo y otros padres, dicen que el Salvador aguardaba á que faltase vino absolutamente, para que no se creyera que no habia hecho mas que aumentar este licor, ó que solo habia hecho una simple mezcla del agua con el vino: queria que su primer milagro fuese incontestable y que tuviese por testigos á todos los concurrentes. Jesucristo quiso asimismo dar á entender con su respuesta, que si hasta entónces no habia hecho ostension de su poder con algunos milagros, no habia sido porque le faltase el poder, sino porque no habia llegado el tiempo destinado para ello por su sabiduría. Tambien parece quiso

dar á conocer cuán eficaz era la intercesion de su Santísima Madre para con él; pues no siendo aun llegada su hora para hacer milagros, como lo declaró, obró uno de los mas señalados luego que su Madre le manifestó su deseo.

Así lo comprendió tambien la Santísima Vírgen; pues sin insistir mas en explicarse, llamó á los que servian y les dijo que hicieran todo lo que les mandara Jesucristo. En efecto, el Salvador les ordenó que llenasen de agua seis grandes tinajas de piedra ofite ó alabastro que habia allí destinadas para la purificacion de los judíos, en cada una de las cuales cabian dos ó tres metretas de agua, es decir, como cincuenta ó sesenta azumbres. Apénas estuvieron llenas de agua hasta arriba, cuando al punto mudó el agua de color, convirtiéndose en un excelente vino por la virtud de aquel que con un solo acto de su voluntad hizo de nada todas las cosas. Entónces dijo Jesucristo á los sirvientes: "Sacad y llevad de beber al presidente del festin para que lo pruebe." Segun las tradiciones judaicas, el que presidia un festin, ordinariamente era uno de los sacerdotes, el cual tenia á su cargo arreglarlo todo y estar á la vista para que no se hiciera cosa que fuese contraria á la honestidad y decencia. Se presentó, pues, el vino al sacerdote, y lo probó; pero como atendia á otras muchas cosas y no sabia lo que habia sucedido, quedó sorprendido de la generosidad y bondad del nuevo vino. Llamó al punto al novio; el que segun costumbre, iba de mesa en mesa dando órdenes para que todo estuviese servido con puntualidad. ¿Cómo, le dijo sonriendo, cómo nos has dado este chasco? Todos acostumbran dar el buen vino al empezar la comida, y el peor cuando ya todos han bebido bastante; mas tú lo has hecho al contrario, guardando el mejor vino para el fin. Todos hicieron alto sobre este dicho del sacerdote, y gustando del vino, se certificaron del milagro. De este modo comenzó el Salvador á hacer manifestacion de su poder en lo público, pues no puede dudarse, dice Maldonado, que habria hecho en lo privado otros muchos milagros, conocidos solo de San José y de su Madre Santísima.

FIESTA

DEL SACROSANTO NOMBRE DE JESUS.

La Iglesia nuestra madre, que como mística Esposa del Cordero inmaculado no cesa ni se cansa jamas de predicar, ensalzar y ben

decir su Santísimo Nombre, le dedica en esta dominica una fiesta particular con oficio y misa propios, con que celebra el poder, la grandeza y al mismo tiempo la dulzura y suavidad de este divino nombre de Jesus, en que se ve cifrada la gloria de Dios, la honra del mismo Salvador nuestro, Dios y Hombre verdadero, y la felicidad de todo el linage humano, pues en él se descubre todo el misterio de nuestra gloriosa redencion.

Para conocer esta verdad, no es menester mas que leer con reflexion lo que de él dice el Apóstol en su Epístola á los filipenses. Para recomendarles la caridad y la humildad, les propone por ejemplar á Jesucristo, y con esta ocasion descubre en el misterio de sus humillaciones y su cruz, el de su santo y admirable nombre: *Humillóse á sí mismo*, dice, *haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual lo exaltó Dios, y le dió un nombre que es sobre todo nombre, para que al Nombre de Jesus doblen la rodilla todas las criaturas del cielo, de la tierra y de los abismos, y toda lengua confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre*, esto es, como notan los intérpretes, en igual gloria con Dios Padre. Véase, pues, en este magnífico elogio toda la grandeza del Sacrosanto Nombre de Jesus, y el misterio todo que en sí mismo encierra.

En efecto, segun todo el contexto de estas divinas cláusulas, hallamos que el nombre de Jesus es un nombre dado, impuesto por Dios mismo desde la eternidad al Redentor: un nombre glorioso dado por premio: un nombre sobre todo nombre, porque expresa y denota su cualidad de Salvador, única, singular y propia de Jesucristo: un nombre soberano y poderoso, de magestad, de grandeza, de triunfo y gloria, que rinde y avasalla á toda potestad y domina sobre toda criatura: un nombre de santidad que inspira la veneracion y el respeto: un nombre que ilumina al entendimiento y rectifica al corazon, para que la lengua confiese la grandeza que en el cielo goza aquel que en la tierra apareció humillado y lo tuvo por título distintivo sobre su cabeza en la cruz: un nombre misterioso, que si denota las glorias y triunfos del Redentor de los siglos, tambien expresa la humillacion, la obediencia, la muerte y muerte de cruz, por la cual fué exaltado.

Un nombre, pues, tan singular y admirable, no podia ser impuesto por los hombres á su arbitrio, ni ser un mero distintivo, cuando se daba á aquel que no podia confundirse con los hombres, ni deno-

tar otra cosa que su mision; es decir, la obra á que habia sido enviado, y el carácter con que aparecia en el mundo. *Vino el Hijo del Hombre*, dice de sí propio el mismo Jesucristo, *á salvar lo que habia perecido*. Conveníale, pues, ó por mejor decir, no podia dejar de tener un nombre que explicara el objeto y fin de su mision, pues el nombre de Jesus significa en el idioma hebraico, lo mismo que *Salvador*. Así es que cuando el ángel enviado por Dios al castísimo patriarca San José, le intima que al Hijo que habia de parir su Virgen esposa, le ponga por nombre Jesus, da luego la razon de ello diciendo: *porque él salvará á su pueblo de los pecados de ellos*. Por lo que con propiedad y verdad podemos decir que este nombre admirable, cuya idea se hallaba en Dios desde la eternidad, y registrado, por explicarnos de este modo, en sus eternos decretos, fué anunciado á los hombres en el tiempo, siempre que les era anunciado el Salvador del humano linage, y el fruto de bendicion en que habian de ser benditas todas sus generaciones, como lo hallamos consignado en las sagradas páginas, así como en muchas de sus figuras bajo diversos aspectos, especialmente en el antiguo patriarca José, á quien llamó Faraon en lengua egipciaca *Salvador del mundo*, por haber librado con la inteligencia y el consejo que Dios le inspiró, á aquellas y otras regiones de la muerte que debia haber ocasionado á sus habitadores la esterilidad de la tierra: disposicion con que Dios quiso ensalzar á José con título tan glorioso por haberlo constituido figura del verdadero Salvador del mundo.

Mas cuando llegó la plenitud de los tiempos, y el Hijo de Dios vino ya á encarnar y nacer para mostrarse á los hombres y salvarlos con su muerte en la cruz, entónces este nombre de salud y salvacion *Jesus*, es revelado por Dios á su arcángel Gabriel: suena en los labios de este celestial Paranimfo, escúchanle los oidos de María, y su corazon se penetra y se llena de dulzura y de *gozo: Concebirás y parirás un Hijo*, le dice el arcángel, *y llamarásle por nombre Jesus:* decreto del Altísimo que se cumplió fielmente por María y José á los ocho dias del nacimiento de Jesus. *Cumplidos los ocho dias*, dice el Sagrado Evangelio, *para que fuese circuncidado el Niño, fué llamado su nombre Jesus, el cual nombre Jesus fué llamado llamado por el ángel ántes de que fuese concebido en el vientre* de María el Divino Verbo; cuya circunstancia nos hace notar el Evangelista, inspirado de Dios, para que reconozcamos el orígen todo divino de este santísimo nombre.

El, sin embargo, debe ser adquirido por el Hombre Dios á costa de trabajos, de humillaciones y padecimientos, tales, que no está demas ni aun la muerte mas ignominiosa, dice el Apóstol: *Porque se humilló á sí mismo, y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, Dios le dió un nombre que es sobre todo nombre.* Si bien, precio tan excesivo no lo dió Jesucristo por una necesidad absoluta, pues bastábale un solo suspiro para salvar á los hombres; pero su generosidad y su amor, que lo obligaron á abrazarse con tantos y tan acerbos tormentos, por hacer mas copiosa y superabundante la redencion del hombre, lo hicieron emplear con prodigalidad inaudita tan inmensos tesoros de merecimientos en la adquisicion de un nombre, en cuya virtud habian de lograr sus redimidos bienes inexplicables. No es menester mas para que Jesucristo se humille y se haga obediente, no solo á su Eterno Padre, sino aun hasta á los verdugos que lo atormentan; para que vierta á torrentes su sangre inestimable; para que muera en una cruz: cualquiera precio le parece corto por tal que el hombre consiga el beneficio que va á traerle su nombre; pero mas que esto, porque el amor de su Padre celestial á los hombres sea aun mas conocido, y por ello mas glorificado, cuando se vea que en su Unigénito Hijo á quien ama con infinito y esencial amor, dió al hombre un Salvador que á tanta costa lo redimiese. ¡Oh Nombre, fuente inagotable de gloria para Dios, y de bien para el hombre pues ganado á costa de un sacrificio infinito en todos sus aspectos!

Así es en realidad, porque la salvacion del hombre requería tanto como pagar el fiador su deuda y padecer su pena, y uno y otro hizo el Salvador con exceso inconcebible. El hombre habia ofendido á Dios, dañádose á sí mismo, esclavizándose con su soberbia, con su desobediencia y con su destemplanza; y el Hombre Dios, Redentor generoso, satisface á Dios, repara al hombre, y lo liberta con *humillarse á sí mismo, y hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.* ¿Y á vista de esto nos admirarémos de que su Padre celestial lo *exalte y le dé un nombre que es sobre todo nombre?* ¿Y podrémos dudar que sea tal el nombre de Jesus cuando á su invocacion *se doble toda rodilla de los que están en el cielo, en la tierra y en los infiernos?* De ninguna manera; pues su virtud soberana la vemos ejercida con eficacia tal, cual prueba el efecto pronto y cumplido que se obra de la manera mas solemne, mas pa-

blica y notoria á la vista de todo el pueblo de Jerusalen y de sus gefes, enemigos capitales del Salvador.

Apenas sube Jesus triunfante á los cielos; apénas desciende de ellos el Divino Espíritu sobre los apóstoles, y los llena de su gracia, de su sabiduría, de su caridad y de todos sus dones; apénas se publica la ley de gracia, y la naciente Iglesia, Vírgen Esposa del Cordero de Dios, abre su seno para recibir en él á todos los quieran ser hechos hijos de la luz y de la vida, haciéndose hijos de Dios por la fé y la caridad, cuando el Sacrosanto Nombre de Jesus, como rayo de divina luz, como principio de vida, como signo de gloria y prenda de salvacion, brilla y resplandece alumbrando los entendimientos, arde inflamando los corazones, y ejerce su virtud soberana sobre todos los seres, haciéndose obedecer de la naturaleza en todos sus reinos. Baste para comprobacion entre innumerables hechos portentosos el que insinuamos ántes. Subian los santos apóstoles Pedro y Juan al templo, á cuya puerta era conducido para que pidiese limosna un hombre cojo de nacimiento, conocido de todo el pueblo: fija Pedro en él los ojos, y le dice: *No tengo oro ni plata con que socorrerte; pero lo que tengo eso te doy. En nombre de Jesus Nazareno, levántate y anda:* y tomándole de la mano derecha, lo alza y se le consolidan al momento las piernas y las plantas de sus piés, de modo que anda, salta y entra al templo alabando á Dios.

Un milagro tan patente conmueve á todo el pueblo, que lleno de admiracion y asombro rodea á los santos apóstoles en el pórtico de Salomon. Pedro aprovecha tan favorable coyuntura, y predica la virtud y excelencia del Sacrosanto Nombre de Jesus: lo mismo que hace al dia siguiente ante el príncipe y consejo pleno de los sacerdotes, ancianos y doctores, declarando para que les sea notorio, así como á todo el pueblo de Israel, que aquel portento lo habia obrado en el nombre de nuestro Señor Jesucristo: *No hay otro nombre bajo del cielo* concluye el Apóstol, *dado á los hombres, en que podamos ser salvos.* ¡Ah! ¡qué bien prueba esta verdad la conversion de cinco mil hombres que se sigue mas que por el milagro por la virtud divina del Sacrosanto Nombre de Jesus! De este nombre sagrado que estremece al infierno y pone en fuga á los demonios: de este nombre saludable de quien reciben, por decirlo así, toda su eficacia los sacramentos de la nueva ley: de este nombre de bendicion y de gracia que convierte los corazones y mueve á toda lengua, como dice el Apóstol, para que confiese el poder, la grandeza, la magestad, la gloria en que está Jesucristo nuestro Salvador á la diestra de Dios su Padre.

La gloriosa confesion y protesta animosa del Príncipe de los apóstoles San Pedro, ante el senado de Jerusalen, acerca del milagro que habia obrado por virtud del santo Nombre de Jesus, forma la Epístola que se lee en la misa de esta festividad, y el Evangelio es el de la Circuncision, en que, como hemos visto arriba, se contiene la imposicion del Nombre de Jesus, ó por hablar con la propiedad debida, el que se empezase á llamar en aquel dia al Divino Infante con el nombre que le habia impuesto su Padre celestial.

Agotan los Santos Padres los tesoros de su elocuencia para celebrar y ensalzar con los conceptos mas sublimes, con las expresiones mas significativas, las glorias y excelencias del Nombre de Jesus. Ya dice de él un Agustin, que es "nombre dulce, nombre deleitable, nombre que alienta al pecador y lo trae á penitencia, nombre de buena esperanza." Ya lo compara un Bernardo al óleo que alumbra, cura y nutre; porque él enciende y fomenta el fuego de la devocion, cura las heridas del corazon, y alimenta espiritualmente las almas. Empero á estos conceptos y á cuanto pueda decirse, supera la dulzura, excede la suavidad, vence la magestad y la grandeza de este nombre admirable, nombre divino, nombre misterioso, cifra inimitable de las humillaciones de Jesus y de sus glorias.

Celebren, pues, este divino nombre los pueblos todos de la tierra, y entre festivas aclamaciones confiesen sus grandezas. El es el nombre de su Libertador; alábenle todos los redimidos de la esclavitud del demonio y del pecado: él es el nombre de su Capitan; invóquenle al entrar á las batallas que les presente el dragon infernal, y el cántico de las victorias que sobre él reporten, sea en loor de este nombre siempre triunfante y glorioso.

La Epístola es del capítulo XII del Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: Tenemos dones diferentes, segun la gracia que nos es concedida; por lo cual el que ha recibido el don de profecía, úselo segun la regla de la fé: el que ha sido llamado al ministerio, dedíquese á su ministerio: el que ha recibido el don de enseñar, aplíquese á enseñar: el que ha recibido el don de exhortar, exhorte: el que reparte limosna, déla con sencillez: el que preside, sea con vigilancia: el que hace obras de misericordia, hágalas con apacibilidad. El

amor sea sin fingimiento. Tened horror al mal, y aplicaos perennemente al bien, amandoos recíprocamente con ternura y caridad fraternal; procurando anticiparos unos á otros en las señales de honor y de deferencia. No seais flojos en cumplir vuestro deber: sed fervorosos de espíritu, acordándoos que el Señor es á quien servis. Alegraos con la esperanza del premio: sed sufridos en la tribulacion: en la oracion continuos: caritativos para aliviar las necesidades de los santos; prontos á ejercer la hospitalidad. Bendecid á los que os persiguen: bendecidlos y no los maldigais. Alegraos con los que se alegran, y llorad con los que lloran. Estad siempre unidos en unos mismos sentimientos y deseos: no blasonando de cosas altas, sino acomodándoos á lo que sea mas humilde.

El Evangelio es del capítulo II de San Juan.

En aquel tiempo: Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, donde se hallaba la Madre de Jesus. Fué tambien convidado á las bodas Jesus con sus discípulos. Y como viniese á faltar el vino, dijo á Jesus su Madre: No tienen vino. Respondióle Jesus: Muger, ¿qué nos va á mí y á tí? Aun no es llegada mi hora. Dijo su Madre á los sirvientes: Haced lo que él os dirá. Estaban allí seis hidrias de piedra, destinadas para las purificaciones de los judíos; en cada una de las cuales cabian dos ó tres cántaras. Díjoles Jesus: Llenad de agua aquellas hidrias; y llenáronlas hasta arriba. Dicedles despues Jesus: Sacad ahora y llevadlo al maestre-sala. Hiciéronlo así. Apénas probó el maestre-sala el agua convertida en vino, como él no sabia de donde era (bien que lo sabian los sirvientes que la habian sacado) llamó al esposo, y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor, y cuando los convidados han bebido ya á satisfaccion, sacan el mas flojo: tú al contrario, has reservado el buen vino para lo último. Así en Caná de Galilea hizo Jesus el primero de sus milagros, con que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él.

MEDITACION.

Sobre las místicas bodas de la comunion y disposiciones para ellas.

Considera que los hombres convidan á Jesus, tambien á sus bodas, y Jesus tambien convida á los hombres á las suyas; Jesus asiste á las bodas de los hombres; mas los hombres no quieren asistir á las nupcias de Jesus, las cuales se celebran en la santísima comunion, en que Dios se desposa con el alma del cristiano. Este desposorio es el mas perfecto que se puede imaginar, porque el hombre no solo se hace un mismo espíritu, sino tambien un mismo cuerpo con nuestro Señor. Por parte de Jesus es indisoluble este desposorio, aunque por la nuestra no lo sea; Jesus da cuanto tiene, se da á sí mismo, y se entrega sin reserva, y si el cristiano se reserva alguna cosa es por efecto de su infidelidad, con que no corresponde al amor de Jesus. Así pues, acercarse á la comunion es asistir á las bodas, y estas se celebran en el corazon del que comulga. ¡Oh alma mia, alégrate, que vas á asistir á las bodas, que estás convidada á la comida del Cordero! ¿Por qué estás triste y llena de temor? Vas á comer el pan de los ángeles: vas á ser esposa de Jesus, ¿y te acercas llorando á la mesa eucarística? ¡Ah! si te falta el vino de la devocion, convida á tus bodas á la Vírgen María y represéntale tu necesidad: ella hará al momento que seas socorrida por el poder divino, y tu tibieza se convertirá en fervor.

Considera que los que van á estas bodas con temor y desconfianza, manifiestan con ello que no conocen la bondad del que los convida, ni el honor que les hace, ni los bienes que les promete; y reflexiona asimismo que los que se acercan con osadía y presuncion dan muestras de no conocer la grandeza, la dignidad, ni la santidad del que van á recibir. Es necesario pues, que haya un medio que, evitando el desórden de uno y otro extremo, dé la disposicion conveniente para acercarse al sacramento, y acercarse de manera que guardándole toda reverencia, ceda en provecho nuestro la participacion de estos divinos misterios, y no sea para nosotros una vianda venenosa la que debe ser de salud y bendicion. ¡Ah! El Salvador nos convida á las místicas nupcias, amenazándonos con su enojo si no asistimos. ¿Qué harémos, pues? Si no comemos en su mesa nos asegura que no tendremos vida; y si lo recibimos indignamente, nos dice su Apóstol, que comerémos nuestro juicio, esto es, el decreto y sentencia de nuestra condenacion. En esta alternativa nos hallamos, mas no por eso tenemos que dudar, pues bien claro es, que debemos acercarnos á la sagrada mesa y acercarnos dignamente.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Haz que así sea ¡oh Divino Salvador mio! haz que así sea, como yo te reciba. Léjos de mí la traicion de un Judas que te introdujo en su emponzoñado pecho para darte la muerte; pues el que así te vilipendia, como que te destruye en su interior, quitándote la razon de último fin y sumo bien, y poniéndolo en la inmunda criatura á que te sacrifica, y se sacrifica á sí mismo. ¡Ah! ¡Jamas me suceda tal desgracia! Y para que lo consiga, ayúdame, Señor, con tu poder soberano á dominar mis pasiones y á arrancar de mi corazon el desordenado amor de las criaturas: que la alma desgraciada que las ama no puede ser digna esposa tuya.

JACULATORIA.

Bienaventurados tus siervos, ¡oh Señor! que están siempre delante de tí.

LECCION.

Sobre los pecados de la vida pasada.

Si queremos de buena fé registrar y saber qué tantos son los pecados que hemos hecho en los tiempos pasados, discurramos brevemente por los mandamientos y pecados capitales, y encontrarémos que no hay precepto á que no háyamos faltado, ni pecado capital que no háyamos cometido. Ya es tiempo de que recojamos el fruto de las lecciones que hemos leido en los dias del Año Cristiano. El primer mandamiento previene honrar á Dios; esto se verifica con las tres virtudes que llamamos teologales, fé, esperanza y caridad. ¿Cuál, pues, ha sido nuestra fé, cuando hemos vivido casi creyendo ser mentira cuanto ella predica? ¿Cuál nuestra esperanza, cuando ni aun hemos hecho memoria de la otra vida, ni ménos hemos cuidado de invocar á Dios? ¿Cuál nuestra caridad, cuando hemos amado mas al ídolo de la honra, á la paja del interes y al cieno del deleite, despreciando ya expresa, ya tácitamente, por cualquiera de estas cosas al mismo Dios? ¿Cuál ha sido nuestra reverencia al nombre terrible de Jehová, cuando hemos tenido costumbre de profanarlo con nuestros falsos, injustos é innecesarios juramentos? ¿Cómo hemos santificado las fiestas del dia Domingo, dia verdaderamente grande, sino ofendiéndole mas en él? Pues en lugar de gastarlos en buenas y

santas obras, ¿no es verdad que los hemos empleado en jugar, pasear, y lo que es mas, en escandalizar á la inocente doncella, en andar de tertulia en tertulia, de calle en calle, en malos tratos y con malas compañías? Hemos desconocido á nuestros padres, hemos desobedecido á nuestros mayores, hemos descuidado de nuestros hijos y de nuestros súbditos, no imponiéndoles en lo bueno que deben practicar, ni apartándolos de lo malo que deben evitar. ¡Qué de odios, qué de venganzas hemos tenido! Y si estas han sido tantas, ¿cuántas serán las torpezas y fealdades de pensamiento, de palabra y de obra? Nuestro corazon no ha sido otra cosa mas que un cenegal: nuestra boca una sepultura abierta por donde salian los malos olores del alma corrompida por los pecados, no de cuatro dias como el cuerpo de Lázaro, ni de cuatro años, sino de cuarenta: nuestros ojos, ventanas de perdicion y de muerte, cuanto se les presentaba tanto deseaban: ¡cuánta avaricia en el corazon, cuántos hurtos en el deseo! Las mentiras, las murmuraciones y juicios temerarios no tienen número: no hay conversacion que no venga á parar en la doncella, en la viuda, en el sacerdote ó en el secular: no se perdona estado, no se perdonr condicion.

Este es el modo con que hemos guardado los mandamientos; véamos cómo hemos cometido los pecados capitales. La soberbia no se ha apartado de nuestro corazon: el deseo de honras y alabanzas ha estado en todo su aumento: la loca presuncion de sí mismo y desprecio de los demás, no han sido ménos: la vana gloria y la liviandad nos han inflado de su humo espeso que nos ha hecho levantar los piés del suelo para ver y ser vistos de todos: ¿qué paso hemos dado, qué obra hemos hecho, y qué palabra hemos hablado que no haya llevado por objeto la vanidad! El vestido, el acompañamiento, la mesa y la cama, el ver y el andar, y en fin, todo ¿qué otra cosa respira sino soberbia y vanidad? La ira es de una serpiente: la gula, miéntras mas come ménos se sacia: la pereza, la de una tortuga que apénas se mueve: en fin, todos los vicios principales, con todos sus agregados, residen en nosotros como en su propia casa.

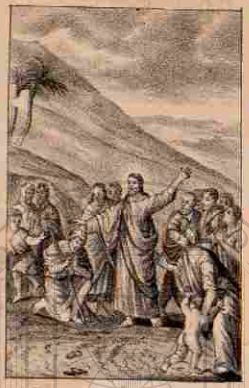
Hay mas: registrémos nuestra niñez, y encontrarémos que el primer uso de nuestra razon se manifestó en ofensas, en injurias al Criador, estando obligados, y gravemente, en sentencia de Santo Tomas, á emplear nuestro primer amor en Dios: crecimos en edad, crecieron tambien nuestros pecados; porque soltando el freno á nuestros apetitos juveniles, no hubo cosa nociva adonde no se dirigiese

nuestro desahogo. Las amistades mas perniciosas, nos eran mas placenteras: las diversiones mas repetidas, nos eran las mas seductoras. ¿Qué año, qué mes, qué dia no hemos quebrantado las divinas leyes? Nos embriagamos en un delincuente placer para encender el apetito de otro peor: en los lugares ocultos desahogamos nuestras pasiones, en los públicos escandalizamos la inocencia: en fin un pecado ha sido consecuencia del anterior y principio del siguiente.

Si disfrutamos de salud no es para agradecer este beneficio, que no se conoce cuando se goza, sino cuando se ha perdido; sino ántes bien para abusar de él, dando entera libertad á las pasiones sensuales. Si tenemos completos nuestros sentidos, no han sido para servir á Dios con ellos, sino para mas ofenderle. En esto hemos consumido la salud, la hacienda y la vida; el entendimiento, la voluntad y la memoria; la vista, la lengua y el tacto. Efectivamente, si Dios nos dió un entendimiento agudo en discurrir, fácil en aprender, y fecundo en inventar, no nos hemos servido de él sino para trazar nuestros artificios, ejecutar nuestras maldades y facilitar nuestros impuros designios: si somos abundantes de riquezas, las desperdiciamos con disolucion, y las mal gastamos con destemplanza. "Convertimos la salud en livandad, y las riquezas en lujuria," dice San Gregorio. Dios se empeña en beneficiarnos, y nosotros en ofenderle: verdaderamente somos hombres de pecado é hijos de la corrupcion. Bien podemos exclamar con el penitente David: *Por cuanto me cercaron males que no tienen número: ciñéronme mis iniquidades, y yo no puede verlas. Se han multiplicado mas que los cabellos de mi cabeza.* ¿Qué de veces para aumentar mas nuestra maldad hemos repetido las ofensas despues de haber solicitado el perdon y prometido la enmienda?

Estos y otros mayores pecados hemos cometido en la vida pasada: con sobrada razon podemos decir: Pecado he, Señor, sobre el número de las arenas del mar, y por todas partes se han extendido mis pecados, haciendo muchas abominaciones y multiplicando las ofensas. Habiendo sobrados motivos que debian poner freno á nuestros excesos, y hacernos patente el temor de un Dios justo, bondadoso y benéfico, nunca le hemos reconocido, poco le hemos amado, y casi nada le hemos temido. Olvidados de todo, aun de nosotros mismos, nos hemos entregado á los vicios, iniquidades y pecados. Y aun cuando pudieran darse motivos graves para pecar, ¿tendria-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Tercer Domingo despues de Epifania.



Itra. Sra. de Belen.



Cuarto Domingo despues de Epifania.



Quinto Domingo despues de Epifania.

mos disculpa en nuestras ofensas? No sin duda. Pues ¿qué diremos cuando por juguetes y fruslerías de niños, y muchas veces sin interes alguno, sino por costumbre y por solo desprecio de la Divinidad hemos pecado? Algunos cuando pecan suelen pecar con algun temor y remordimiento de conciencia, á lo ménos sienten el mal despues que lo han hecho; pero nosotros, ¡qué ceguedad, qué insensibilidad! Hemos hecho millones de pecados sin sentir temor ni remordimiento de conciencia: vivimos como si creyésemos que no hay Dios que juzgue nuestras acciones, que castigue nuestras maldades y que vengue sus injurias. ¡Qué retrato tan cabal hace de nosotros David en su salmo 93! *¡Hasta cuándo los pecadores, Señor: hasta cuándo los pecadores se gloriarán: charlarán, y hablarán iniquidad: hablarán todos los que obran injusticia? A tu pueblo, Señor, abatieron y á tu heredad maltrataron. A la viuda y al extrangero mataron, y á los huérfanos quitaron la vida. Y dijeron: No lo verá el Señor ni lo sabrá el Dios de Jacob.* Este es el mayor mal que hay en el mundo: los piés ligeros para correr al mal, es lo mas aborrecido de Dios. Esa facilidad, esa ligereza en el pecar, es lo que condenó á muchos, y nos condenará tambien á nosotros. Baste ya de pecados: uno solo seria mucho: muchos ¿qué serán?.... Aprovechemos en justicia y santidad como Jesucristo, no en culpas é iniquidad.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Tercer Domingo despues de Epifanía.—Tocando Jesus con su mano á un leproso, le sana. *San Mateo, cap. VIII.*

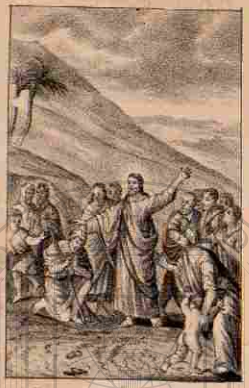
Nuestra Señora de Belen.

Cuarto Domingo despues de Epifanía.—Estando Jesus durmiendo en un barco, sobrevino una fuerte tempestad: sus discípulos lo despertaron pidiéndole los salvase; y levantándose Jesus, amenazó al viento, y dijo á la mar: Calla, enmudece: al instante el viento cesó y sobrevino una gran bonanza. *San Mateo, cap. VIII.*

Quinto Domingo despues de Epifanía.—Parábola de los hombres dormidos, y el enemigo sembrando zizaña en medio de ellos. *San Mateo, cap. XIII.*

Tercer Domingo despues de la Epifanía.

Este Domingo no tiene cosa particular que pueda llamarnos la atencion. Solo hallamos que antiguamente se llamaba indiferente-



Tercer Domingo despues de Epifania.



Itra. Sra. de Belen.



Cuarto Domingo despues de Epifania.



Quinto Domingo despues de Epifania.

mos disculpa en nuestras ofensas? No sin duda. Pues ¿qué diremos cuando por juguetes y fruslerías de niños, y muchas veces sin interes alguno, sino por costumbre y por solo desprecio de la Divinidad hemos pecado? Algunos cuando pecan suelen pecar con algun temor y remordimiento de conciencia, á lo ménos sienten el mal despues que lo han hecho; pero nosotros, ¡qué ceguedad, qué insensibilidad! Hemos hecho millones de pecados sin sentir temor ni remordimiento de conciencia: vivimos como si creyésemos que no hay Dios que juzgue nuestras acciones, que castigue nuestras maldades y que vengue sus injurias. ¡Qué retrato tan cabal hace de nosotros David en su salmo 93! *¡Hasta cuándo los pecadores, Señor: hasta cuándo los pecadores se gloriarán: charlarán, y hablarán iniquidad: hablarán todos los que obran injusticia? A tu pueblo, Señor, abatieron y á tu heredad maltrataron. A la viuda y al extrangero mataron, y á los huérfanos quitaron la vida. Y dijeron: No lo verá el Señor ni lo sabrá el Dios de Jacob.* Este es el mayor mal que hay en el mundo: los piés ligeros para correr al mal, es lo mas aborrecido de Dios. Esa facilidad, esa ligereza en el pecar, es lo que condenó á muchos, y nos condenará tambien á nosotros. Baste ya de pecados: uno solo seria mucho: muchos ¿qué serán?.... Aprovechemos en justicia y santidad como Jesucristo, no en culpas é iniquidad.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Tercer Domingo despues de Epifanía.—Tocando Jesus con su mano á un leproso, le sana. *San Mateo, cap. VIII.*

Nuestra Señora de Belen.

Cuarto Domingo despues de Epifanía.—Estando Jesus durmiendo en un barco, sobrevino una fuerte tempestad: sus discípulos lo despertaron pidiéndole los salvase; y levantándose Jesus, amenazó al viento, y dijo á la mar: Calla, enmudece: al instante el viento cesó y sobrevino una gran bonanza. *San Mateo, cap. VIII.*

Quinto Domingo despues de Epifanía.—Parábola de los hombres dormidos, y el enemigo sembrando zizaña en medio de ellos. *San Mateo, cap. XIII.*

Tercer Domingo despues de la Epifanía.

Este Domingo no tiene cosa particular que pueda llamarnos la atencion. Solo hallamos que antiguamente se llamaba indiferente-

mente Domingo del leproso, Domingo del centurion, ó Domingo despues de la Cátedra de San Pedro. La misa de este dia empieza por estas bellas palabras del salmo 98 v. 89: "Adorad á Dios todos sus ángeles: oyó y celebró Sion; y se alegraron las hijas de Judá." David, restablecido sobre su trono, toma ocasion del castigo que hizo Dios con sus enemigos, para descubrir en este salmo la segunda venida del Hijo de Dios en el dia del juicio universal. El Profeta convida á los ángeles á adorar á este Hombre Dios: explica el gozo que ha sentido Sion al oir cuál ha de ser en aquel dia el poder de su Rey, y que de este gozo han participado todos los hijos de Judá. En fin, exhorta á los hombres á huir del mal, para hacerse dignos por su inocencia de la proteccion y de las recompensas de su Juez Soberano. En Sion está figurada toda la Iglesia, y en las hijas de Judá todas las almas justas y fieles, hijas de esta Santa Madre.

La Epístola es del capítulo XII de la carta de San Pablo á los romanos. En ella el Apóstol prosigue á enseñar á los romanos las principales obligaciones de la vida cristiana. Habíase introducido en los fieles de Roma cierto espíritu en que el amor propio y la envidia tenian mucha parte, y por el cual, los que eran judíos de orígen, se preferian á los gentiles, por pertenecer á la nacion privilegiada, á que habia sido enviado el Mesías; y los que eran gentiles, se preferian á los judíos, por haber estos puesto en la cruz al Salvador. Queriendo, pues, el Apóstol abatir la vanidad de los unos y la de los otros, poniéndoles á la vista sus propias miserias é inspirándoles el conocimiento de que á solo Dios debian la felicidad y la honra de ser cristianos; los exhorta á apagar enteramente el espíritu de paisanage, tan opuesto al espíritu de Dios: el espíritu de partido y division, tan contrario al de la verdadera caridad; y el espíritu de soberbia y exaltacion propia diametralmente opuesto al de la humildad cristiana. Esta les recomienda el Apóstol, haciéndoles ver que no deben contentarse con exterioridades de esta importante virtud, sino con una humildad de corazon, con que se aplica el hombre á conocer su propia vileza, á despreciarse á sí mismo y á desear que otros lo desprecien. Como la humildad de corazon es inseparable de la mansedumbre, procura tambien San Pablo inspirar esta virtud á aquellos fieles, exhortándolos á perdonar las injurias, á no volver mal por mal; mas ántes bien á hacer bien á aquellos que los hubiesen ofendido: por este medio, les dice, amontonareis sobre las cabezas de vuestros enemigos carbones encendidos; expresion, que

segun San Gerónimo y San Agustin, denota ablandar á fuerza de beneficios la dureza de sus corazones, causándoles un vivo dolor de haber ofendido á personas que los colman de bienes, y obligándolas á que las amen á pesar suyo. En fin, concluye el Apóstol, no os dejeis vencer del mal; ántes bien, procurad vencer el mal con el bien. Este vencimiento es sin duda el efecto mas glorioso de la magnanimidad cristiana, y los prueba mas auténtica de una virtud heroica, la cual al mismo tiempo que ennoblece y decora á quien la posee, descubre y hace patente toda la malignidad y los vicios del corazon ulcerado y maligno, que desviándose del sendero de la virtud, no sabe otra cosa que vengar sus ofensas, volviendo mal por mal.

El Evangelio de este dia contiene la historia de la curacion del leproso y la del siervo del centurion, referidas por S. Mateo, capítulo VIII. Habiendo llamado Jesus á S. Pedro, S. Andrés, Santiago y S. Juan para que le siguieran, recorrió con ellos muchas ciudades, villas y lugares, enseñando y haciendo milagros en todas partes. Habiéndose retirado un dia á un monte muy alto, fué luego seguido de una multitud grande de pueblo, á quien traia en pos de sí con sus milagros, y que no se cansaba jamas de oirle. En esta ocasion predicó aquel gran sermon, que se puede considerar como el compendio de toda la doctrina del Salvador, y de toda la moral del Evangelio. Habiendo bajado de este monte, vino un leproso á presentársele; estaba todo cubierto de úlceras á manera de escamas de pescado, estendidas por todo el cuerpo; y todo él no era mas que una sola úlcera. Estaba tan horroroso, que no osaba ponerse delante de nadie; y así se postró á los piés del Salvador con los ojos y el rostro en tierra; lo adoró humildemente, le abrazó las rodillas animado de una fé viva y lleno de una firme confianza: Señor, le dijo, yo sé que nada es imposible para vos; estoy seguro de que si vos quereis, me podreis curar de mi lepra; mi salud está en vuestras manos. Vos sois infinitamente misericordioso; vos veis mi mal, y esto basta. Aun no habia acabado de hablar, cuando Jesucristo alargó la mano, le tocó, y lo dejó mas limpio y mas sano que jamas habia estado, y esto sin decir otra cosa sino: "Yo quiero, queda sano, y límpiate de tu lepra." Mas como este Dueño y Maestro soberano, que igualmente remedia las enfermedades del alma que las del cuerpo, nos queria enseñar la humildad, segun advierte San Ambrosio, prohibe al leproso que publique el milagro de su curacion,

y acompaña la prohibicion con algunas amenazas. Lo despide de sí, y le dice: "Cuidado con decir nada de lo que he obrado contigo: preséntate solo al príncipe de los sacerdotes, y ofrécele lo que la ley de Moises manda que se ofrezca; sin su consentimiento y aprobacion no vuelvas á entrar en el comercio del mundo, para que él y todos los sacerdotes, sean testigos de que cumplo y hago que se cumpla la ley."

Este hombre, que debia á Jesus su salud y su vida, supo distinguir bien las dos cosas que le ordenó su bienhechor. En cuanto á la primera, que era no hablar de su curacion, no la consideró como un precepto, sino solo como una leccion ó ejemplo de humildad, dice San Ambrosio: por eso desde que se pudo presentar en público, y se acabó el tiempo de su separacion conforme á la ley, publicó altamente todo lo que habia pasado. La sola súplica de este leproso, dice San Crisóstomo, da á entender la grandeza de su fé, su firme confianza y su perfecta resignacion: ella es uno de los mas bellos modelos de oracion que hay en todo el Evangelio. Este milagro de la curacion del leproso se habia obrado á la puerta de Cafarnaum, ó muy cerca de la ciudad. Habiendo entrado Jesus en la ciudad, se encontró con los ancianos y con los mas calificados de entre los judíos, que venian á suplicarle de parte del centurion se dignara curarle un criado que estaba enfermo de peligro, y era muy estimado de este oficial. San Mateo, por abreviar la narracion, nada dice de la interposicion ó mediacion de los judíos, y cuenta las cosas como si solo hubieran pasado entre el Salvador y el centurion. San Lúcas, que refiere este hecho mas circunstanciado, no dice que el centurion fuese en persona, sino solo que hizo la súplica á Jesucristo por medio de los principales de los judíos, los que le hablaron en nombre de él y aun sirviéndose de sus propios términos. Es verosímil que la primera súplica se hiciese por los ancianos de los judíos en nombre del centurion; y que sabiendo este oficial que Jesucristo iba á su casa, le saliese él mismo al encuentro. Como en efecto, el Salvador les concedió mas de lo que pedian. "Yo mismo iré, les dijo, y curaré al enfermo." Parte, pues, al punto y se encamina con ellos á la casa del centurion. Advertido éste de que Jesucristo iba á su casa, se anticipa á este Médico omnipotente, y habiéndole hecho una profunda reverencia, le dice: Señor, no os tomeis el trabajo de pasar mas adelante; yo no soy digno de que vos entreis en mi casa. No me he juzgado digno ni aun de ir á hablaros en persona; estoy seguro que sin que paseis mas adelante, podeis con una sola palabra curar á mi criado, puesto que toda la naturaleza os obedece, como á su soberano Dueño; y estoy cierto ademas de que no hay enfermedad alguna que no ahuyenteis con una sola palabra.

Este discurso agradó tanto al Salvador, que no pudo dejar de manifestar la extremada satisfaccion que tuvo de la fé de este oficial romano; lo que le hizo decir á todo el pueblo que le seguia: En verdad que no he hallado fé tan grande en Israel en ninguno de aquellos á quienes he hecho mas beneficios, y que están mas obligados á creer y esperar en mí; no por cierto, no es tan firme vuestra fé como la de este extrangero. El Hijo de Dios hablaba de los que estaban presentes y de todo el pueblo judío; exceptuándose de esta generalidad María Santísima, San Juan Bautista y los apóstoles; y esta excepcion no quita que la fé de este extrangero fuera capaz de confundir la incredulidad de la nacion judaica. La grandeza de esta fé, hizo que el Salvador añadiese que muchos vendrian del Oriente y del Occidente, y se sentarian con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, miéntras que los hijos de la casa serán desheredados por su ingratitud y arrojados al abismo. Lo que el Hijo de Dios les dijo por estas palabras, denota bastante la vocacion de los gentiles, los cuales por su docilidad en recibir el Evangelio, merecerian ser sustituidos en los puestos destinados á los judíos, y sucederles en todos sus derechos. Este terrible oráculo habla igualmente con los malos cristianos, que habiendo sido convidados al festin misterioso, y habiendo entrado en la sala con los demas convidados, no habian llevado á él el vestido de boda; esto es, habrán perdido la inocencia y habrán muerto en pecado.

Hasta aquí no habia hecho el Salvador otra cosa que alabar la fé del centurion; pero no habia respondido todavía á su peticion ni á los que se interesaban por él, los cuales por respeto guardaban silencio y esperaban el efecto de su misericordia. En fin, mirando el Salvador al centurion, le dijo: "Vete; quiero que veas cumplido tu deseo, y que en ello tengas una recompensa de tu fé: hágase como lo has creido." En la misma hora que el Salvador pronunció estas palabras, quedó perfectamente sano el enfermo. Esta maravilla la admiraron todos, y muchos creyeron en el Salvador, movidos de su poder y del atractivo de sus palabras.

FIESTA

DE NUESTRA SEÑORA DE BELEN.

Celebra nuestra Iglesia en esta Dominica la fiesta de nuestra Señora de Belen, cuyo objeto no es otro que celebrar las glorias y gozos de María Santísima en el nacimiento de su Divino Hijo nuestro Redentor Jesucristo. Así como dedica la Iglesia universal un dia á la compasion de los Dolores de la misma Vírgen soberana, porque en los consagrados á la memoria de la pasion de su Hijo Santísimo, aunque no podemos prescindir de la Madre, arrebata el Hijo toda nuestra atencion y se lleva todos nuestros afectos; así parece que en esta solemnidad tratamos de particularizar á la Madre, por habernos ocupado enteramente el dia del nacimiento el asombro, la admiracion y el gozo de tan alto misterio; si bien no podemos olvidar á la Madre, ni negar la parte tan íntima que tiene en uno y otro misterio, como ni tampoco que al glorificar al Hijo ensalzamos á la Madre, ni que en las honras que á ella tributamos es el mismo Jesus glorificado.

La recomendacion que por sí misma tiene una solemnidad tan agradable á Dios, de tanta honra para la Vírgen soberana, y tan propia para fomentar la devocion de los fieles, nos excusa de extendernos demasiado acerca de ella; pues siendo su objeto el indicado ya, se ve á todas luces debida, justa y provechosa.

En efecto, de cuánta honra y gloria sea para la Vírgen Santísima, no lo alcanza el humano discurso, porque por ella le hacemos, llenos de admiracion y de gozo, el magnífico elogio que le dirige el Padre San Bernardo, celebrando aquella excelencia tan singular y propia de María, que no hay, ni ha habido, ni habrá jamas quien en ella se le pueda semejar. "Una cosa encuentro, dice el melífluo Doctor, en que no tiene María semejante, y es el que disfrute los gozos de Madre con el honor de la virginidad." Este privilegio singular de que empezó á gozar en la encarnacion, tiene en el nacimiento su complemento y perfeccion.

A esta grandeza y cúmulo de bienes que recibe la Santísima María por la maternidad divina, pone el colmo el cumplimiento de aquella célebre profecía que anunció al mundo un prodigio nuevo y singular, desconocido en todas sus edades. *Una vírgen*, dijo el Señor por Isaías á la casa de David, *una vírgen concebirá y parirá un Hijo, y llamará su nombre Emmanuel*, que se interpreta *el Señor con nosotros*. No conocida por su esposo José, María Vírgen concibe por virtud del Espíritu Santo al Divino Verbo, que encarnado en su vientre nace de un modo divino, sin lesion del claustro virginal, á la manera que despues de su resurreccion entra en el cenáculo sin abrirse las puertas que tenian cerradas los apóstoles por miedo de los judíos. Este prodigio anunciado por el Profeta Ezequiel, y cumplido en el nacimiento de Jesucristo, deja á su Vírgen Madre sin lesion alguna, y la conserva Vírgen siempre intacta, como la preconiza la Iglesia. He aquí el gran signo del Mesías y Cristo verdadero que profetizó Isaías, y he aquí en ello las glorias y gozos de María.

Tal era la situacion de la Vírgen Madre en el Portal de Belen, en aquel establo que en vez de envilecer al Hijo del Altísimo, que en él nace de una Vírgen, queda al contrario tan ennoblecido por él, que hace á la pobre aldea de Belen una ciudad magnífica y excelsa; no por su poblacion, no por sus edificios, no por su riqueza y comercio, que en todo esto es corta y escasa, sino por su dignidad, pues en ella nace el Libertador de Israel. Gloria tan singular le anuncia el Señor ocho siglos ántes por su Profeta Miqueas, diciéndole: *Y tú, Belen de Judá, de ninguna manera eres pequeña entre las principales ciudades de Judá, porque de ti saldrá el caudillo que dominará en Israel.*

A esta pequeña poblacion llega la purísima María trayendo en su vientre virginal al Divino Infante, y acompañada de su castísimo esposo: en este establo se alberga, y en él espera el cumplimiento de los divinos vaticinios. Absorta en la contemplacion mas profunda y elevada de los divinos misterios que en ella se obran: inundado su corazon en delicias celestiales: abrasada toda del amor de su Dios, *cuando un quieto silencio ocupaba toda la naturaleza, y la noche en su carrera habia vencido la mitad de su camino*, nace la estrella de Jacob; el exquisito nardo da su olor: germina la vara de Jessé: hablemos sin figuras; la Vírgen Soberana, Madre fecunda del Divino Espíritu, da á luz á su verdadero Hijo, Dios humanado por la salud del hombre: la gloria de Dios la circunda, y entre sus resplandores María tiene en sus brazos, María estrecha en su pecho maternal al Divino Infante, fruto bendito de su vientre. ¿Qué tristeza pueden infundirle las tinieblas nocturnas, si tiene á su vista al que es luz sin tinieblas? ¿Qué la puede contristar la humildad de un establo, cuando está en la presencia del Rey de la gloria? ¿Qué

falta pueden hacerle los tesoros de la tierra, cuando tiene en sus brazos al dueño de los cielos? ¿Qué puede echar ménos de las comodidades y de la compañía de los mortales, si reclina en su pecho al que es las delicias del Padre celestial, y á quien asisten miles de miles de ángeles, que festivos aclaman su gloria en las alturas?

Esta aclamacion festiva y el anuncio de la paz á los hombres de buena voluntad, con la noticia cierta de haber nacido en Belen el Salvador del mundo, escuchan absortos de boca de los ángeles los pastores de aquella region que velaban al cuidado de sus ganados, y convidados de los ángeles se dirigen al portal diciendo llenos de gozo: "Vamos hasta Belen, y veamos esto que ha sucedido y el Señor nos ha mostrado." Vinieron pues, con gran priesa, y hallaron á María y á José, y al Niño envuelto en pañales y reclinado en el pesebre, que eran las señas que les habia dado el ángel para que le buscasen: y viéndolo fueron ilustrados de lo alto para conocer lo que se les habia dicho de este Niño, por lo que se volvian glorificando y alabando al Señor por todas las cosas que habian oido y visto, conformes al anuncio que se les habia hecho.

El evangelista San Lúcas, de quien sabemos que fué instruido en muchas cosas por la misma Vírgen Santísima, nos advierte que María conservaba y conferia en su corazon todas aquellas palabras de los pastores; en lo que nos da á entender, que iluminados y poseidos del Espíritu del Señor hablaban cosas misteriosas dignas de admiracion. Pronto descubrirá otros arcanos; pronto se dejará ver una nueva estrella conduciendo á unos hombres sabios y poderosos; pronto notará en los misteriosos dones que ofrezcan al Niño Divino, cómo este Señor se revela á los mortales y se hace reconocer de ellos como Dios verdadero, supremo Rey y Redentor generoso.

Es bien notoria la devocion de los fieles á este divino misterio; pero entre todos se distinguió en nuestra Iglesia americana el órden hospitalario de Convalecientes, fundado por el venerable Pedro de San José en Goatemala, y difundido con el tiempo en ambas Américas y algunas de sus islas. La devocion de su santo fundador al misterio del nacimiento le hizo dar al primer hospital de Convalecencia que fundó el título de Belen, que tomó despues todo el órden. Su prefecto general Fr. Francisco de Santa Teresa obtuvo la concesion de oficio y misa propios para todo el órden Belemítico, asignados á la Dominica tercera despues de la Epifanía, y esta gracia se hizo despues extensiva á todo el clero americano. Bendigamos

el amor y providencia paternal de Dios, que por aquel instituto religioso tan recomendable, al mismo tiempo que proporcionaba á la humanidad doliente tan oportuno alivio, promovia la celebridad de las glorias de su Santísima Madre y Señora nuestra en Belen.

La Epístola es del capítulo XII del Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: No querais teneros dentro de vosotros mismos por sabios. A nadie volvais mal por mal, procurando obrar bien, no solo delante de Dios, sino tambien delante de todos los hombres. Vivid en paz, si ser puede, y cuanto esté de vuestra parte, con todos los hombres. No os vengueis vosotros mismos, queridos mios, sino dad lugar á *que se pase* la cólera; pues está escrito: A mí toca la venganza: yo haré justicia, dice el Señor. Antes bien, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; que con hacer eso amontonarás ascuas encendidas sobre su cabeza. No te dejes vencer del mal; mas procura vencer al mal con el bien.

El Evangelio es del capítulo VIII de San Mateo.

En aquel tiempo: Habiendo bajado Jesus, del monte, le fué siguiendo una gran muchedumbre de gentes. En esto, viniendo á él un leproso, le adoraba diciendo: Señor, si tú quieres, puedes limpiarme. Y Jesus, extendiendo la mano, le tocó, diciendo: Quiero, queda limpio; y al instante quedó curado de su lepra. Y Jesus le dijo: Mira que no lo digas á nadie; pero ve á presentarte al sacerdote, y ofrece el don que Moises ordenó para que les sirva de testimonio. Y al entrar en Cafarnaum, le salió al encuentro un centurion, y le rogaba, diciendo: Señor, un criado mio está postrado en mi casa, paralítico y padece muchísimo. Dícele Jesus: Yo iré y le curaré. Y replicó el centurion: Señor, no soy yo digno de que tú entres en mi casa; pero mándalo con tu palabra y quedará curado mi criado; pues aun yo, que no soy mas que un hombre sujeto á otros, como tengo soldados á mi mando, digo al uno: marcha, y él marcha; y al otro: ven, y viene; y á mi criado: haz esto, y lo hace. Al oir esto Jesus, mostró grande admiracion, y dijo á los que le seguian: En verdad os digo que ni aun en medio de Israel he hallado fé tan grande. Así yo os declaro que vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y estarán á la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; miéntras que los hijos del reino serán

echados fuera á las tinieblas: allí será el llanto y el crujir de dientes. Despues dijo Jesus al centurion: Véte, y sucédate conforme has creido; y en aquella misma hora quedó sano el criado.

MEDITACION.

Sobre la subordinacion á los superiores.

Considera que el deber primero de la justicia, es someter el entendimiento á Dios y á los que están en su lugar; porque como el hombre ha recibido de Dios todas sus facultades, debe rendirle el homenage de todas ellas, principalmente del entendimiento y de la voluntad. Sometemos el entendimiento á Dios, cuando creemos lo que no comprendemos; y la voluntad le rinde obediencia cuando ejecuta lo que no es de su gusto. Si yo me someto solamente en lo que concibo y en lo que quiero, mi subordinacion y mi obediencia no se elevan sobre las inclinaciones de la naturaleza; son humanas y no divinas; pues le niego á Dios el sacrificio de mi razon, que es el primer homenage que me exige para elevarme al órden sobrenatural de la gracia. Jesus, que es la sabiduría del Padre Eterno, dice que juzga como oye, y que hace lo que se le ha mandado. ¿Pues cómo podemos nosotros juzgar por sola nuestra razon y hacer solo lo que nos agrada? A la verdad, que con esto no satisfacemos á lo que debemos á un Dios que se ha dignado revelarnos sus verdades y sus misterios, y guiar nuestros pasos por una moral toda santa, toda divina: á un Dios que nos ha puesto en sus ministros unos maestros que propogasen las luces evangélicas y nos declaren la voluntad divina contenida en los preceptos de la ley y en las reglas de la perfeccion cristiana. Es necesario, pues, que sujetemos nuestro juicio y rindamos nuestra voluntad á un Dios suma verdad y bondad infinita, y á unos ministros fieles que nos exponen el dogma y nos declaran la moral.

Considera que nuestra subordinacion debe ser absoluta y nuestra obediencia de todo punto ciega. Los caminos de Dios son tan admirables como ocultos; nos llevan al cielo, nos guian á la perfeccion por sendas que nos son desconocidas; y esto al paso en que el pecado original ha oscurecido nuestro entendimiento y pervertido nuestra voluntad. ¿Cómo, pues, acercarnos á la senda segura de nuestra salvacion? Necesario nos es que tengamos regla y direccion, pues sin ellas todo será extravío. Entregados á solas nuestras

luces, ¿cómo podrémos conocer si hemos errado el camino; y mas sabiendo que muchos se han engañado y pérdido por adherirse á su propio dictámen? Asunto es este de suma importancia, pues del acierto en el camino depende el logro de nuestra salvacion. Desengañémenos; no hay en la oscuridad de esta noche ni en el arcano de estos caminos, otra antorcha ni otra guia que la santa obediencia. ¡Feliz el hombre que se abandona á ella! El navegante en la embarcacion puede dormir con sosiego, seguro de que llegará á puerto de salvamento, porque su piloto es Jesucristo.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Obedece, alma cristiana, á tus directores; obedécelos en todo lo que no sea manifiestamente contrario á la ley de Dios; obedece prontamente y sin repugnancia; obedece ciegamente sin sujetar á tu juicio el precepto del superior; obedece constante hasta la muerte, pues la perseverancia en la obediencia te dará la final á que está allegada tu salvacion. ¡Oh Dios, autor de la obediencia, que para enseñárnosla con tu ejemplo te hiciste hombre, y la llevaste á tanta perfeccion que obedeciste hasta la muerte, concédeme esta virtud excelentísima, y dale vida y esplendor con las luces soberanas de la fé y de la gracia!

JACULATORIA.

Mejor es la obediencia que las víctimas.

LECCION.

Sobre los pecados que aun se cometan despues de haberse convertido á Dios.

Muchos son, como hemos visto, los pecados que cometimos en la vida pasada, en la vida de disolucion, en el abandono de nosotros mismos: lo dirémos con mas propiedad, en nuestra muerte y mas que muerte, pues no son ménos, si reflexionamos un poco, los que continuamos cometiendo aun despues que nos convertimos á Dios, si es que verdaderamente nos hemos convertido. Si volvemos la vista sobre nosotros mismos, encontrarémos algunas reliquias de la vida pasada: aun no nos hemos acabado de despojar del hombre viejo; aun no hemos exterminado nuestros enemigos. Tratamos de cumplir con los deberes que tenemos que desempeñar para con Dios

para con nosotros mismos y para con nuestros prójimos, y en esto mismo cometemos mil defectos. Despues de haber conocido estas obligaciones, de habernos convertido á Dios, nada ó casi nada nos aprovechamos: aun no arrancamos nuestras pasiones, aun no plantamos las virtudes: hechos árboles anudados y troncos envejecidos, no crecemos, no damos frutos. Este estado es acaso mas lamentable que el anterior: en el camino de la virtud el no andar es retroceder: la falta de fervor y devocion es un estado de tibieza; este es peor que el de frialdad.

A la verdad, ¿cuánta es la penitencia que hacemos por nuestros pecados pasados? ¿Cuál es el amor, temor y esperanza que tenemos en Dios? No le amamos, pues que habiéndole ofendido tanto, le satisfacemos tan poco: no le tememos, pues aun le ofendemos; y abusamos de la esperanza en su bondad, pues ningun cuidado ponemos en evitar el pecado. El Espíritu Santo nos da voces; mas por no contradecir completa y perfectamente á nuestra propia voluntad, por no desacirnos de las criaturas á que tanto tiempo hemos estado unidos, lo despreciamos y somos rebeldes á sus inspiraciones. El nos llama al camino de la salvacion, y nosotros corremos por el de nuestra perdicion; él nos brinda con bienes celestiales, y nosotros apetecemos los carnales. Conocemos cuál es la voluntad de Dios, y para obsequiarla consultamos primero la nuestra: si está conforme, le obedecemos; si se opone, no le servimos. El nos llama á una vida retirada, y nosotros apetecemos la pública: quiere que nos dediquemos á ejercicios espirituales, y nosotros buscamos los temporales: él trata de santificarnos, y nosotros solo pensamos en mancharnos; finalmente, él nos pone en el camino de la virtud, y nosotros suspiramos por la senda del vicio. ¿Y cómo? Del modo siguiente: Si hacemos obras buenas, es con defectos: si nos dedicamos á la oracion, es con enfado, con pereza, y sin la reverencia debida á la magestad del Dios soberano con quien hablamos en ella: apénas comenzamos cuando queremos acabar. Las demas obras buenas, si no son tibias, están llenas de vanidad: unas se hacen por adquirir reputacion, otras por agradar á los hombres: estas por cumplimiento, aquellas por importunidad: unas y otras por gusto, por pura complacencia, ¡y qué pocas por solo servir á Dios!

Y si de este modo hemos cumplido con las obligaciones para con Dios, habrémos desempeñado mejor las que tenemos para con nuestro prójimo? De ninguna suerte. Le amamos; pero no en Dios ni

como Dios manda: no sentimos sus trabajos ni aun los compadecemos: preciamos de justos, y vemos sus hechos con indignacion. Siendo de una misma y propia masa, no juzgamos de los gustos y necesidades de los otros por las nuestras; en lugar de ser humanos, somos envidiosos y vengativos: el rencor ocupa el lugar de la conmiseracion y benignidad. El que duerme en cama de caoba y se alimenta de los mas condimentados manjares, encuentra dificultad para creer que es su hermano el pobre labrador y el miserable artesano que descansan en el suelo y comen un tosco pan, envuelto en el sudor de su rostro y fatiga de sus cuerpos. Si en la Iglesia estamos cerca de personas pobres y de baja cuna, tiene mucho que padecer nuestro orgullo. En tales casos, la religion, justa y vengadora de los derechos del pobre y desvalido, saca la cara, y nos repite que ninguna cosa entre nosotros es grande sino el alma; y que todas las almas en órden á su orígen y destino, son iguales en todos los hombres; al rico y al pobre pone delante el barro de que fué formado; la ceniza y polvo en que se ha de convertir; la flaqueza y debilidad en que todos indistintamente nacemos, y la miseria en que igualmente todos perecemos.

¡Qué de veces el hombre cristiano es de peor condicion que el salvage! A cada paso falta á las obligaciones para con su prójimo. El Autor del mundo y de todo lo criado, quiso que hubiese una multitud de necesidades, las que bien léjos de ser verdaderos males, son unos felices y fecundos bienes: ellas nos proporcionan la dicha de esparcirnos en liberalidades y beneficios. El hombre cristiano está lleno de aquella caridad, que como dice el Apóstol, le hace llorar con el que llora, reir con el que rie; es afable, es condescendiente; presta sin rédito; da sin disgusto; es todo de todos, y está mas contento cuando ha servido á sus hermanos, que si hubiera obtenido todas las riquezas y honores del mundo. Esta nos parece una doctrina austera, porque aun no acabamos de convertirnos á Dios; porque la avaricia y la soberbia nos tienen sordos, y aun nos avasallan á nuestros antiguos y depravados deseos. No hay cosa mas desagradable á los ojos de la caridad, que la dureza que se ostenta contra los desvalidos y necesitados. ¿Desconocerlos, no es ultrajarnos á nosotros mismos? Si estimamos á los hombres por su fausto y sus riquezas, sin duda preferimos un poco de lodo, una poca de arena, á la hechura de las manos del Artífice Divino. ¿De cuándo acá es mas el vestido que el cuerpo, el alma inmortal que el dinero?

Para reflexionar sobre estas verdades, no se necesitan estudios, basta sondearnos dentro de nosotros mismos: sí, aquí dentro de nuestra conciencia hallarémos las mas íntimas relaciones para con los individuos de nuestra especie. ¿Qué seria de nosotros si solo nos encontrásemos rodeados de árboles, peñas y riscos? El rico y el pobre se necesitan uno á otro: toda nuestra vida no es mas que una mútua dependencia, y á veces es mas esclavo aquel que se cree mas libre. Con la ayuda de estas reflexiones, conseguirémos el verdadero honor y grandeza de alma, tratando al hombre mas despreciable como á nuestro hermano; porque efectivamente, por mas que nos portemos con altanería y desprecio respecto de nuestros inferiores, no por eso dejarán de ser nuestros hermanos y semejantes. ¿Quién hay que pueda eximirse de amar al prójimo por defectos que en él suponga? El ladron que nos roba, el cruel asesino que nos ha quitado la fama y las riquezas, este que nos maldice, aquel que nos desprecia, no deben excitar nuestra aversion: amar á todos los hombres, tengan los defectos que tuvieren, es cuidar de nosotros mismos, respetar los mandatos del Señor, y convertirnos verdaderamente á Dios. Aun cuando una persona se hace digna de castigo, compadezcámonos de ella al ménos. Los mas execrables malhechores son dignos de nuestra compasion; tanto mas, cuanto que estamos expuestos, ¡qué digo expuestos! cuanto que cada dia acaso cometemos peores y mas vergonzosos pecados que ellos. *El que estuviere de pié, dice* San Pablo, *tenga cuidado de no caer.* ¡Qué diferencia habria en las casas, en las ciudades, si la caridad nos animara á todos! En tal caso disculpariamos los defectos de los otros; perdonariamos sus faltas; nadie se burlaria de ninguno; en fin, todos seriamos felices siendo dóciles, benignos, amables, pacíficos, y lo que es el fundamento de todo, humildes. Pero ¡qué fatalidad! despues de conocer á Dios, despues de habernos convertido á su Magestad, aun somos inexorables para con el prójimo.—Continuarémos en la siguiente.

Cuarto Domingo despues de la Epifanía.

El Introito de la misa de esta Domínica es el mismo que el de la anterior, así como de la quinta y sexta siguientes, por la movilidad de estas Domínicas, que como ya se ha dicho se dan en mas ó ménos número despues de la Epifanía, si tienen lugar ó despues de la vigesima tercia despues de Pentecostes; mas la Epístola y Evangelio sí son propios. Solo haremos reflexion acerca del Introito por las palabras de que se forma son citadas por San Pablo en su carta á los hebréos, en la cual dice, hablando del Señor: "Cuando otra vez introduce á su primogénito al orbe de la tierra, adórenle todos los ángeles;" y siendo claro que por esta segunda entrada del Hijo de Dios en el mundo entiende el Apóstol la segunda venida de Cristo en calidad de Juez soberano de vivos y de muertos, se colige que el salmo de que han sido tomadas las palabras del Introito se contrae á esta segunda venida del Salvador. Sin embargo, San Juan Crisóstomo, San Cirilo de Alejandría y otros padres entienden por la primera entrada del Hijo de Dios su generacion eterna, y por la segunda su Encarnacion ó su nacimiento temporal. Sea de un modo ó sea de otro, siempre es cierto que todos los ángeles de Dios reconocen y adoran á Jesucristo como su Dios y su Señor, y le tributan eternas alabanzas.

La Epístola es una continuacion de la del Domingo antecedente, tomada del capítulo XIII de la carta de San Pablo á los romanos. En ella exhorta á los súbditos á obedecer á sus superiores por un principio de conciencia; lo que prueba que no se puede desobedecer á las legítimas autoridades, en materia grave, sin pecar mortalmente. Asimismo exhorta á los fieles á dar á cada uno lo que le es debido; y habla tambien del amor del prójimo, al cual se ordena toda la ley. Son notables las palabras con que intima el Apóstol la obediencia: "Estad sujetos, dice, no solo por temor del castigo, sino tambien por no ir contra la conciencia:" como si dijera: obedeciendo exteriormente á los superiores evitareis la pena que os pudiera imponer por la desobediencia; pero si solo obedeceis por este temor, y no por lo que debeis á Dios segun la conciencia, desagradaréis á Dios que ve vuestro corazon y atiende al motivo y á la disposicion con que haceis una obra de obediencia. Terrible es el castigo de los hombres; ¡pero cuánto mas terrible es el de Dios! Dad á cada uno, continúa el Apóstol, lo que le debeis: el tributo, á quien se debe el tributo; los impuestos, á quien se debe los impuestos; el temor, á quien se debe el temor; la honra, á quien se debe la honra. De este modo la ley cristiana fortifica y eleva á un mismo tiempo las obligaciones de la vida civil por los santos fines con que las hace practicar.

Procurad no deber nada á nadie sino la mutua caridad, prosigue San Pablo; siendo el sentido de estas palabras, el que despues de haber salido de todas las deudas temporales que tenemos con el prójimo, resta todavía una con que estamos cargados toda la vida, y es el amor del mismo prójimo: los oficios de caridad que hayamos hecho con él en lo pasado, no nos dispensan la obligacion de hacerle continuamente otros nuevos. Como el amor del prójimo está fundado sobre el amor que debemos tener á Dios; y como el segundo precepto es semejante al primero, la ley es tan indispensable como universal; y la ingratitud del prójimo no nos dispensa de esta obligacion. Poco importa que mi prójimo sea vicioso ó maligno: lo que yo debo hacer en este caso es aborrecer sus defectos, pero no por eso puedo dejar de amar su persona; pues la caridad cubre la multitud de los pecados, como dice San Pedro: esto es, la caridad hace que apartemos la vista de los pecados del prójimo, para solo ver su persona. Quien ama á su prójimo ha cumplido con la ley, añade el Apóstol, y la razon que da es que los preceptos del Decálogo relativos al prójimo, se reducen á prohibir que se le haga algun mal; y como el amor del prójimo impide que se haga cosa de que se le pueda seguir algun daño, se infiere que en este amor consiste toda la plenitud ó cumplimiento de la ley por lo que mira al prójimo; sin que por esto nos contentemos con solo el no dañarle; pues la caridad perfecciona la ley y la complementa con los beneficios positivos que nos dicta hacer al prójimo. El amor que cada uno se tiene á sí mismo, debe ser la medida y el modelo del amor que debemos tener al prójimo: debemos tener el mismo cuidado de desviar, de prevenir todo lo que pueda ofenderle; el mismo ardor y la misma viveza para hacerle bien. De este principio se infiere que hay muy pocas personas que amen verdaderamente á sus prójimos. ¿Por ventura lo amamos nosotros como nos amamos á nosotros mismos? Este, y no otro, es el espíritu del precepto; esta es la prueba y la medida de este amor.

El Evangelio de la misa de este dia es del capítulo VIII de San Mateo, en que el sagrado historiador cuenta la tempestad que se levantó repentinamente en el mar de Galilea, estando durmiendo el Salvador en una barca de pescadores; la que sosegó el Señor al instante que despertó.

Viéndose un dia Jesus rodeado de mucho pueblo á la ribera del mar de Galilea, el segundo año de su predicacion, entró en una barca y mandó á sus discípulos que pasaran al otro lado del lago; lo

que ejecutaron al punto. La mar de Galilea era un gran lago que tenia cerca de ocho leguas de largo y tres ó cuatro de ancho; de suerte que cuando se levantaba viento, el agua era agitada tan furiosamente, que algunas veces llegaba á sumergir los bajeles de que se servian para pescar en el lago ó para pasar de una parte á otra. Algunas barcas, dice San Márcos, se juntaron á la en que iba Jesus para acompañarlo; y estando bien adentro del lago, se levantó una tempestad tan furiosa, que entrando con ímpetu las olas en la barca, la cubrian toda, y parecia que á cada momento se iba á fondo.

Entre tanto Jesucristo dormia tranquilamente en la popa, no obstante el ruido de la tormenta; no olvidado del socorro que preparaba á sus discípulos, pero sí esperando el lance en que se los habia de prestar, para probar entre tanto su fé y su confianza. La barca cubierta de las olas, dicen los Padres, significaba á la Iglesia enmedio de las persecuciones de sus enemigos, y de los vientos de las tentaciones. Jesus está en la barca; no la desampara, pero duerme para probar su constancia: no hay que temer: él sabrá despertar cuando sea tiempo de socorrerla.

Aterrados los discípulos por la vehemencia de los vientos y la fuerza de la tempestad, van á Jesus, y lo despiertan diciéndole: "Señor, salvadnos, que perecemos; si vos no nos salvais somos perdidos." Entónces el Señor, que queria que le rogaran, les respondió con un aire tan dulce y apacible que daba á entender que el sueño natural, pero voluntario, no le habia impedido la vista del riesgo, que habia determinado hacer cesar por medio de un insigne milagro, y les dijo: ¿Qué temeis? ¿Dónde está vuestra fé? Por poca que tengais, ¿qué teneis que temer, estando yo con vosotros? Aquí no condena Jesus los ruegos de los discípulos, sino su poca firmeza y confianza. Las tentaciones, las persecuciones, los diversos accidentes de la vida, bien pueden intimidarnos y agitarnos; pero baste una palabra del Salvador para serenar la tempestad. Parece que el Señor duerme cuando deja á sus escogidos, á sus discípulos mas amados, á su misma Iglesia en la tribulacion y en las adversidades; pero su paciencia, que nosotros tenemos por sueño no es involuntaria. Dios no permite las adversidades y los accidentes tristes de la vida, sino para sacar de ellos su gloria y nuestro provecho. En efecto, apénas hubo hecho el Salvador esta pequeña reconvencion á sus discípulos, cuando se levanta, habla como Señor al viento y á las olas, les manda que se aplaquen; y en el mismo instante calman las

olas y cesa la tempestad. Con este prodigio, el temor del naufragio y de la muerte se trocó en admiraciones. Esta repentina calma de la mar dejó suspensos á todos los que la presenciaron. El respeto y la veneracion sucedieron al espanto; y vueltos de su aturdimiento exclamaron: ¿Quién es este hombre prodigioso que manda á los vientos y á las olas con tanta autoridad, que lo mismo es hablar una palabra que quedar todo en calma?

¡Nos aturdimos, oh Salvador divino, al ver que así mandais á los vientos y á los mares! ¡Pero cuánto mas digno de admiracion es el imperio que ejerceis sobre nuestros corazones por la poderosa virtud de vuestra gracia! El mio, vos lo sabes, es como un mar continuamente agitado por el movimiento de las pasiones que reinan en él; mandadlas, Señor, que se aquieten, para que la calma suceda á la tempestad, y yo no siga sino las dulces y apacibles impresiones de vuestra gracia y de vuestro amor.

La Epístola es del capítulo XIII del Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: No tengais otra deuda con nadie, que la del amor que os debeis unos á otros, puesto que quien ama al prójimo, tiene cumplida la ley. En efecto, estos mandamientos: No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro que haya, están recopilados en esta expresion: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. El amor que se tiene al prójimo, no sufre que se le haga daño alguno; y así el amor es el cumplimiento de la ley.

El Evangelio es del capítulo VIII de San Mateo.

En aquel tiempo: Entró Jesus en una barca acompañado de sus discípulos. Y he aquí que se levantó una tempestad tan recia en el mar, que las olas cubrian la barca; mas Jesus estaba durmiendo. Y acercándose á él sus discípulos, le despertaron diciendo: Señor, sálvanos que perecemos. Diceles Jesus: ¿De qué temeis, ó hombres de poca fé? Entónces puesto en pié mandó á los vientos y al mar *que se apaciguaran;* y siguióse una gran bonanza. De lo cual asombrados todos los que estaban allí, se decian: ¿Quién es este que los vientos y el mar le obedecen?

MEDITACION.

Sobre el Evangelio del dia.

Considera que Jesus conduce á sus discípulos al mar para probar su fé y su confianza con los peligros de una tempestad, y darles á conocer su poder y su amor, haciéndonos al mismo tiempo conocer que á pesar de la fé y la confianza que siempre debemos tener en su socorro, debemos guardarnos de las ocasiones con la debida precaucion; puesto que, aunque él esté con nosotros como estaba con sus discípulos, pueden levantarse y se levantan en efecto recias borrascas de tentaciones y peligros que nos exponen á perecer; sucediendo esto, no por falta de poder, ni de saber ni de amor, sino para enseñarnos á que siempre seamos vigilantes, que no busquemos nuestro reposo en la tierra, que acudamos á su paternal providencia en nuestros trabajos, y que reconozcamos el zelo y solicitud con que cuida de nosotros. Conducta es esta con que el Señor nos prueba el amor que nos tiene, como se advierte bien por lo que dijo el ángel al anciano Tobías: "Que habia sido necesario que la tentacion le probase por cuanto era acepto á Dios." Conforme á lo cual dice el Sabio: "Hijo mio, cuando te llegues al servicio de Dios, está firme en justicia y en temor, y prepara tu alma á la tentacion. ¿Por qué, pues, hemos de pensar que Dios nos abandona, ó que está airado contra nosotros, cuando nos vemos combatidos de los vientos de las tentaciones ó de la rebelion de nuestras pasiones, si vémos que estando Jesus contento con sus discípulos, no por eso les excusa la prueba de la borrasca y de su misterioso sueño? Conozcamos mas bien, que esto lo hace para que busquemos su auxilio y esto se nos haga mas sensible.

Considera que lo que debemos hacer en las tormentas de esta vida es acercarnos á Jesus á imitacion de sus discípulos, despertarle con nuestros ruegos y súplicas, y representarle nuestras necesidades, diciéndole: Señor, sálvanos, que perecemos. ¡Oh, que hay muchos que alucinados con lo que pasa entre los hombres, creen que Jesus duerme un sueño profundo de que no puede ó no quiere despertar para socorrernos, y despechados por esta preocupacion, prescinden de pedirle el socorro, y se abandonan al peligro en que ciertamente perecen. No es esa la conducta que debemos seguir. Jesus no duerme ni deja de saber cuanto nos pasa, y si para probarnos se

ha como quien duerme, este es un sueño que no le priva de la vigilancia: "Yo duermo, nos dice en los Cantares; pero mi corazon vela." Por eso se nos dice en la Escritura que si tarda en respondernos, lo aguardemos aún; porque no ha de dejar de socorrernos, como lo experimentamos á cada paso. ¿Mas qué dirémos de aquellos que no experimentan un auxilio sensible que consuele su espíritu, y que parece que están siempre clamando á unos oidos cerrados y entorpecidos por el sopor de un desentendimiento indoblegable? Diremos, sin temor de errar, que se engañan en su juicio: que el que juzgan dormido está despierto, y prestándoles positivamente su auxilio soberano: que este es, y no sus propias fuerzas, el que los está sosteniendo contra la tentacion, aunque no lo conozcan ni lo sientan: que si aun sigue la borrasca, es porque les conviene sufrir mas larga prueba; y que la falta de consuelo sensible, es una muestra del amor divino, que se los niega, no por falta de misericordia y de ternura paternal, sino por evitarles el gran mal de que socorridos sensiblemente, se ensoberbezcan, pierdan el miedo al peligro, abandonen la precaucion saludable, y se hagan indignos de otros nuevos auxilios que el Señor les prepara para nuevos peligros. Esta es la razon porque los místicos aconsejan á tales almas que, pedido el auxilio divino, se aquieten y descansen á los piés de Jesus y duerman con él, seguros de que no los ha de dejar perecer.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Haz, Señor, que yo sea poseido de una confianza tan firme y segura en vuestro amparo, que no me muevan de este sendero de paz y de seguridad las tentaciones de desesperacion con que el enemigo quiere sacarme de vuestra barca y precipitarme en el mar de la iniquidad y el pecado. ¡Ah! ¿cuándo, Jesus mio, me sacaréis de este mar proceloso en que vivo, fluctuando agitado de los vientos y las tempestades? ¿Cuándo mandaréis á mis pasiones que se sosieguen y que reine en mi corazon una calma y una serenidad que vos solo podeis producir? ¡Ah! yo confio que no estaré muy léjos del puerto de salvacion que me asegure para siempre; y que entre tanto me continuaréis vuestro auxilio, ya sea sensible ó insensiblemente; que yo ilustrado por estos conocimientos, siempre permaneceré firme en la confianza que he colocado en vos.

JACULATORIA.

Asísteme, Señor, tú que dijiste: En la tribulacion me invocaste, y te libré; te oí en lo escondido de la tempestad: hice prueba de tí junto al agua de la contradiccion.

LECCION.

Continúa la materia de la precedente, sobre los pecados que se cometen contra el prójimo despues de haberse convertido á Dios.

Sea cuanta se quiera la bondad que ejercitamos con el prójimo, el Evangelio nos dice que con esto no se satisface sino una leve parte de lo que la religion nos pide, si nuestra solicitud no abraza mas que cosas de esta vida, y si nos limitamos á procurar á nuestros hermanos no mas que bienes terrenos ó prosperidades temporales. El mismo empeño, la misma actividad y solicitud que debemos tener por nosotros mismos para conseguir nuestra felicidad eterna, esa misma debemos tener por todos. De aquí es que estamos obligados á dar consejos útiles, buenos ejemplos, y á no hablar sino de cosas que inspiren amor á la virtud. Este es el provecho que debemos sacar de nuestra verdadera conversion, por mas que parezca extraño á ciertos cristianos que conservan aun los resabios del mundo á quien tanto tiempo sirvieron, por mas que no parezca bien á los que por el qué dirán no se atreven á desnudarse enteramente del hombre viejo y vestirse del nuevo.

¡Ah! que si por algunos se ven olvidadas, ó por mejor decir, aniquiladas las obligaciones para con el prójimo, es ciertamente por los que solamente son un medio entre los verdaderos virtuosos y entre los malos: son intolerantes para con los unos y despreciadores para con los otros; por lo malo que tienen critican á los buenos, y por lo bueno que apénas comienzan á tener hablan de los malos. Cesa por lo mismo la cordialidad y estrechez en las familias, el candor y buena fé: no hay sinceridad, no hay indulgencia, no hay complacencia. A la caridad se sustituye á veces un amor extravagante y ridículo, á veces un estólido y atolondrado.

Todos se recelan de registrarse á sí mismos y oir las quejas y clamores de la conciencia; de ahí es que siempre procuran diciparse y salir fuera de sí. Aun los que piensan dedicarse al servicio de Dios, y que parece tienen bastante ánimo para desprenderse del mundo, no dejan de entregarse á frioleras, ó negocios que disipan los prime-

ros fervores de su conversion. Sea lo que fuere de esto, el hombre siempre debe á sus hermanos los demas hombres, la obligacion de verlos, tratarlos con dulzura y consolarlos: no se nos ha concedido la facultad de reir y de llorar para emplearlo únicamente respecto de nosotros mismos, sino para manifestar el gozo ó el pesar que sentimos en el bien ó en el mal de nuestro prójimo. Si pensáramos frecuentemente que á los recien convertidos no conviene satisfacer siempre y en todos sus gustos, seriamos ménos difíciles para entregarnos á las obras de penitencia y satisfactorias de nuestros pecados; y ménos fáciles para disiparnos en donaires, saínetes, gracias, modales, tonos, y expresiones de moda: la virtud no nos pareceria tan insípida. Si reflexionáramos mas sobre nuestra vida presente y viéramos la pasada, seriamos ménos delículos para las mortificaciones.

Mas pasando á otra cosa, ¿qué diremos de cierto mal humor de las almas que tratan de ser devotas? ¿De esa indisposicion del alma, que sin ser cólera ni melancolía, les asalta repentinamente y les hace verdugos de sus vecinos y azote de sus mejores amigos? No son los maridos indigestos y regañones, las mugeres ásperas é intratables, y los amos feroces é inhumanos, sino porque se abandonan á este miserable humor. Este es aquella levadura que fermenta, corrompe y hace odiosa toda virtud: este es aquel capricho, que pasando repentinamente de la extravagancia á la hipocondría; del amor, al ódio; de las caricias, á las injurias; de la esperanza, á la desesperacion; y de la avaricia, á la prodigalidad, nos roba toda consistencia, y en algun modo nos despoja de nosotros mismos. La religion, que no aprueba sino procedimientos racionales y virtuosos, incesantemente contradice este humor. ¿Cuántas veces nos dice la conciencia que aquel es un loco que se enoja sin motivo? Si nosotros no escuchamos sus reprensiones siempre justas, es porque á pesar de habernos convertido, aun damos oidos á nuestras pasiones. Sabed, nos dice la religion, que el hombre solo es virtuoso porque tiene principios que le gobiernen; porque su vida siempre uniforme, no debe turbarse por alternativas que le molesten; porque su corazon fué formado para obrar de acuerdo con la razon y porque sus pasiones en tanto son tolerables, en cuanto son originarias de virtud y humanidad.

Esta voz interior haria en nosotros trasformaciones maravillosas si fuéramos ménos disipados. Entónces seriamos mas prontos y exactos en pagar lo que debemos, y mas piadosos ofreciendo nuestro favor y nuestro dinero sin recompensa ni réditos: entónces visitariamos las cárceles y hospitales, y dariamos consuelo á los detenidos en ellos, buscariamos á los pobres por cabañas y arrabales y les aliviariamos en sus calamidades; saldriamos al encuentro de la viuda y el huérfano y los asistiriamos: entónces el dinero de nuestros bolsillos no seria mas que medio para obligar; nuestro crédito y reputacion causa para que el mérito ageno luciese y se le recompensase: entónces nos avergonzariamos en algun modo de tener nosotros mas entendimiento ó luces, mas bienes ó estimacion que otros, temerosos de que á nuestra vista no se vieran como humillados: entónces verdaderos cristianos, trabajariamos continuamente en acercar á nosotros aquellas distancias que la desigualdad de las clases y la mala costumbre han introducido entre nosotros y los que nos sirven: entónces no contariamos los dias por los soles que nos alumbran, sino por los que tuvimos la fortuna de hacer bien á alguno de nuestros hermanos: entónces finalmente, reputariamos por frioleras y nonadas los pensamientos, las palabras y las obras que no hubiesen tenido por fin el hacer bien á nuestros hermanos.

Este es, cristiano convertido, el compendio ó resúmen de nuestras obligaciones para con el prójimo. Pero ¡qué fatalidad! Bien distantes de cuplir con ellas, todos á competencia nos robamos, nos ofendemos y destruimos; y porque se desprecian las leyes, y se interpretan torcidamente, los calumniadores componen y venden los libros mas desenfrenados é infames. Ya en tiempos pasados el santo zelo y la virtud estuvieron expuestos á la envidia y el furor: no ha habido hombre ilustre ni personage santo á quien no se haya cruel y odiosamente desacreditado, ¡pero en los tiempos presentes esto es nada! Pues que se ha llegado á creer ser útil y glorioso el calumniar á la misma santa, pura y divina religion. Pero separemos la vista de tamaños excesos, y fijémosla solo en los de los católicos convertidos al parecer: pero que les falta aun mucho para ser buenos. No hay extratagema ó pretexto que no se invente, aunque sea con lástimas y buenos deseos, para descrédito y ruina de otro: cuando no se puede hacer el ataque al entendimiento, se dirije la batería á la cuna, y cuando no es fácil negar la rectitud y buenos procederes, se tira contra las intenciones que suponemos perversas. Todos se lamentan de estas desgracias, y todos á la vez son causa de ellas. Si supiéramos lo que la caridad nos prescribe para con el prójimo, nunca lo condenariamos sin oirlo y sin examinarlo, y sus faltas nos las-

timarian como propias nuestras: creeriamos su mal; pero á mas no poder, y con repugnancia, estando siempre prontos para suponerlo bueno. Pediriamos incesantemente todos los dias á ejemplo de David la gracia de no escuchar la preocupacion, convencidos de que la buena intencion no disculpa, sino solo la ignorancia invencible, muy difícil de darse en las obligaciones que la misma naturaleza nos dicta debemos tener para con el prójimo. ¡Dichosos si llegan á desaparecer de entre nosotros la venganza y la aversion!

Quinto Domingo despues de Epifanía.

La historia de este Domingo no contiene cosa particular. El introito de su misa es el mismo que el de los Domingos antecedentes, tomado del salmo 96, que como ya se ha dicho, lo interpretan los Santos Padres como relativo á la venida de Jesucristo á juzgar al mundo: sus expresiones parece no significan otra cosa. Vendrá un dia sobre la tierra cubierto de espesas nubes, dice el Profeta; el trono del Señor estará sostenido por la justicia y por la sabiduría: el será precedido de un fuego voraz que se extenderá por todas partes y abrasará á sus enemigos: todo el universo se consternará al ver los relámpagos que centellarán por los aires. Los montes y toda la tierra se disolverán en la presencia del Señor, como la cera se derrite á la accion del fuego. Los cielos, por una infinidad de prodigios, anunciaron á los hombres que ya ha llegado el tiempo de su justicia; todos los pueblos verán entónces su gloria. En aquel dia serán confundidos los que adoran á los ídolos y se glorían de la proteccion de las vanas figuras que fabricaron. Aquí el Profeta arrebatado de un repentino entusiasmo, exclama: Angeles del Señor, adorad á este Juez soberano; que son las palabras con que empieza el introito. En fin, David finaliza este salmo, convidando á todas las almas justas á poner su confianza, su alegría y su gloria en el Señor.

La Epístola es del capítulo III de la que escribió San Pablo á los colosenses. Se cree que estos fueron convertidos á la fé por Epafras, y el Evangelio habia producido allí muchos frutos; pero á los falsos apóstoles convertidos del judaismo, el demonio excitaba para introducir la division en la Iglesia; fueron á Colosos y predicaron la necesidad de la circuncision y de las observancias legales, con

otros muchos errores y supersticiones con que procuraban sostener el judaismo, desfigurando la faz de la religion cristiana, que en su pureza y legitimidad predicaron los apóstoles.

Informado San Pablo del estrago que comenzaban á hacer en los incautos aquellos falsos apóstoles, creyó que debia emplear su autoridad y sus luces para sostener la fé de los colosénses como Apóstol que era de las gentes, y les escribió desde Roma, donde á la sazon se hallaba preso, la admirable Epístola de que se lee una parte en esta misa. En ella el Apóstol ensalza la grandeza de Jesucristo, que es la imágen del Padre, el mediador y reconciliador de los hombres con Dios, la cabeza de la Iglesia, que comunica á todos sus miembros la accion, el movimiento, el espíritu y la vida. Les pinta despues de una manera demostrativa á los falsos apóstoles, descubriendo su astucia y sus tortuosas miras, y haciendo ver á los fieles que solo Jesucristo es el autor de la salvacion; que en él subsiste esencialmente la divinidad; que supera infinitamente á todas las potestades y virtudes celestiales; que en él hemos recibido la verdadera circuncision del corazon; que por su sangre hemos sido reengendrados, y resucitados con él por el bautismo; infiriendo de todo esto la ninguna necesidad que habia ya de las ceremonias legales del judaismo, y sí la que tenemos de despojarnos del hombre viejo y vestirnos del nuevo. Vestíos, dice el Apóstol, como escogidos de Dios santos y amados, unas entrañas de misericordia, de mansedumbre, de humildad, de modestia, de paciencia, soportándoos mutuamente y perdonandoos unos á otros, si alguno tiene motivo de quejarse de otro: así como el Señor os ha perdonado, hacedlo vosotros con vuestros ofensores, y sobre todo, tened caridad; porque ella es la primera y mas importante de todas las virtudes y el vínculo de la perfeccion. La paz de Jesucristo, prosigue San Pablo, reine en vuestros corazones, y sea inalterable en medio de las persecuciones, de las adversidades y de todos los accidentes tristes de la vida. La palabra de Dios está en vosotros en toda su plenitud y con toda sabiduría; oyéndola vosotros, meditándola y practicándola eficazmente: animaos los unos á los otros con salmos, himnos y cánticos espirituales; en fin, concluye, todo que lo haceis, ya sea que hableis ó ya que obreis, hacedlo todo en nombre de Jesucristo nuestro Señor, dando gracias á Dios Padre por él. He aquí el compendio de toda la perfeccion cristiana: he aquí la idea cabal de la santidad: no hacer nada; no decir nada de que Dios no sea el fin y el objeto: no

timarian como propias nuestras: creeriamos su mal; pero á mas no poder, y con repugnancia, estando siempre prontos para suponerlo bueno. Pediriamos incesantemente todos los dias á ejemplo de David la gracia de no escuchar la preocupacion, convencidos de que la buena intencion no disculpa, sino solo la ignorancia invencible, muy difícil de darse en las obligaciones que la misma naturaleza nos dicta debemos tener para con el prójimo. ¡Dichosos si llegan á desaparecer de entre nosotros la venganza y la aversion!

Quinto Domingo despues de Epifanía.

La historia de este Domingo no contiene cosa particular. El introito de su misa es el mismo que el de los Domingos antecedentes, tomado del salmo 96, que como ya se ha dicho, lo interpretan los Santos Padres como relativo á la venida de Jesucristo á juzgar al mundo: sus expresiones parece no significan otra cosa. Vendrá un dia sobre la tierra cubierto de espesas nubes, dice el Profeta; el trono del Señor estará sostenido por la justicia y por la sabiduría: el será precedido de un fuego voraz que se extenderá por todas partes y abrasará á sus enemigos: todo el universo se consternará al ver los relámpagos que centellarán por los aires. Los montes y toda la tierra se disolverán en la presencia del Señor, como la cera se derrite á la accion del fuego. Los cielos, por una infinidad de prodigios, anunciaron á los hombres que ya ha llegado el tiempo de su justicia; todos los pueblos verán entónces su gloria. En aquel dia serán confundidos los que adoran á los ídolos y se glorían de la proteccion de las vanas figuras que fabricaron. Aquí el Profeta arrebatado de un repentino entusiasmo, exclama: Angeles del Señor, adorad á este Juez soberano; que son las palabras con que empieza el introito. En fin, David finaliza este salmo, convidando á todas las almas justas á poner su confianza, su alegría y su gloria en el Señor.

La Epístola es del capítulo III de la que escribió San Pablo á los colosenses. Se cree que estos fueron convertidos á la fé por Epafras, y el Evangelio habia producido allí muchos frutos; pero á los falsos apóstoles convertidos del judaismo, el demonio excitaba para introducir la division en la Iglesia; fueron á Colosos y predicaron la necesidad de la circuncision y de las observancias legales, con

otros muchos errores y supersticiones con que procuraban sostener el judaismo, desfigurando la faz de la religion cristiana, que en su pureza y legitimidad predicaron los apóstoles.

Informado San Pablo del estrago que comenzaban á hacer en los incautos aquellos falsos apóstoles, creyó que debia emplear su autoridad y sus luces para sostener la fé de los colosénses como Apóstol que era de las gentes, y les escribió desde Roma, donde á la sazon se hallaba preso, la admirable Epístola de que se lee una parte en esta misa. En ella el Apóstol ensalza la grandeza de Jesucristo, que es la imágen del Padre, el mediador y reconciliador de los hombres con Dios, la cabeza de la Iglesia, que comunica á todos sus miembros la accion, el movimiento, el espíritu y la vida. Les pinta despues de una manera demostrativa á los falsos apóstoles, descubriendo su astucia y sus tortuosas miras, y haciendo ver á los fieles que solo Jesucristo es el autor de la salvacion; que en él subsiste esencialmente la divinidad; que supera infinitamente á todas las potestades y virtudes celestiales; que en él hemos recibido la verdadera circuncision del corazon; que por su sangre hemos sido reengendrados, y resucitados con él por el bautismo; infiriendo de todo esto la ninguna necesidad que habia ya de las ceremonias legales del judaismo, y sí la que tenemos de despojarnos del hombre viejo y vestirnos del nuevo. Vestíos, dice el Apóstol, como escogidos de Dios santos y amados, unas entrañas de misericordia, de mansedumbre, de humildad, de modestia, de paciencia, soportándoos mutuamente y perdonandoos unos á otros, si alguno tiene motivo de quejarse de otro: así como el Señor os ha perdonado, hacedlo vosotros con vuestros ofensores, y sobre todo, tened caridad; porque ella es la primera y mas importante de todas las virtudes y el vínculo de la perfeccion. La paz de Jesucristo, prosigue San Pablo, reine en vuestros corazones, y sea inalterable en medio de las persecuciones, de las adversidades y de todos los accidentes tristes de la vida. La palabra de Dios está en vosotros en toda su plenitud y con toda sabiduría; oyéndola vosotros, meditándola y practicándola eficazmente: animaos los unos á los otros con salmos, himnos y cánticos espirituales; en fin, concluye, todo que lo haceis, ya sea que hableis ó ya que obreis, hacedlo todo en nombre de Jesucristo nuestro Señor, dando gracias á Dios Padre por él. He aquí el compendio de toda la perfeccion cristiana: he aquí la idea cabal de la santidad: no hacer nada; no decir nada de que Dios no sea el fin y el objeto: no

proponerse en todo sino la pura gloria de Dios, ni buscar en todo y por todo sino su beneplácito. Si tu espíritu, dice el evangélico doctor Santo Tomás, no puede tener siempre una intencion actual de agradar á Dios, á lo ménos debes hacer que esa intencion sea habitual, y que persevere constantemente en tu corazon, si quieres obrar de un modo meritorio, y vivir conforme al espíritu de nuestra religion.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Mateo, donde el Salvador propone al pueblo que le seguia, la parábola del que siembra el buen grano y del enemigo que siembra la zizaña. Como el auditorio era numeroso, el Salvador entró en una barca con sus discípulos, y desde ella predicó, diciendo: "El reino de los cielos es semejante á un hombre que sembró buen grano en su campo; mas habiéndose dormido los hombres, vino su enemigo y sembró zizaña en medio del trigo, y hecho esto se retiró. Como la yerba creciese y diese fruto, entónces apareció la zizaña; y acercándose los trabajadores al padre de familias, le dijeron: Señor, ¿por ventura no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde es que tenga zizaña? Y díjoles el padre de familias: Esto ha hecho el hombre enemigo. Mas los siervos le dijeron: ¿Quieres que vayamos y recojamos la zizaña? No, les respondió, no sea que recogiendo la zizaña arranqueis con ella tambien el trigo. Dejad que una y otra crezcan hasta la cosecha, y entónces diré á mis segadores: Recoged primero la zizaña y atadla en manojos para quemarla; mas el trigo recogedlo y metedlo en la troje.

Hablar por parábolas ó comparaciones de cosas abstractas y desconocidas á las visibles y notorias, era muy comun entre los orientales, y el Señor se sirvió de ellas para que los pueblos percibiesen mejor las verdades que les predicaba. Por reino de los cielos se entiende en esta parábola la Iglesia de Dios y la predicacion del Evangelio: pues así como en un campo se siembra el buen grano, y, aunque neciamente puede sembrarse el malo, así en la Iglesia de Cristo se siembra su divina palabra por la predicacion del Evangelio; y el demonio indebida é inicuamente siembra tambien la zizaña del error y la inmoralidad. Uno y otro grano crecen juntamente y se mezclan de modo que los ojos de los hombres no distinguen fácilmente por la caña, que es el exterior de nuestras personas, la buena de la mala semilla. Aquí el zelo indiscreto que no puede dejar de conocer que hay zizaña, quiere acometer la empresa de arrancarla violentamente de la faz de la tierra; pero Dios, que es el prudente padre de familias y sabe bien que muchos de los que hoy son zizaña serán despues buen trigo; y otros que hoy son buen grano, serán despues zizaña: este Dios, repetimos con San Agustin, que por tanto permite la existencia de los malos, ó para que se corrijan, ó para que por ellos sean los justos ejercitados, no permite á este zelo imprudente que ántes de tiempo arranque la zizaña porque no sea que con ella perezca tambien el trigo; esto es, no dispone la extincion de los malos por darles tiempo de penitencia, permitiendo entre tanto el mal que ejercen para que sirva de prueba y ejercicio á la virtud de los buenos, que se acrisola con la resistencia que hace al mal ejemplo y á la seduccion, y brilla tambien y resplandece por la contraposicion que hace al mal obrar de los impíos, así como la luz se opone á las tinieblas. Sin embargo, este estado de cosas no es ni puede ser permanente: hoy la prudencia dicta al padre de familias no obrar activamente contra sus enemigos, por el justo temor de exponer á sus hijos á ser envueltos en la ruina de aquellos; mas al fin llega el dia en que sazonado el buen grano en las almas fieles, y consumada la iniquidad en las protervas, se da el caso terrible de separar las unas de las otras, y entónces la segur de la justicia divina corta de raiz la venenosa yerba del herege, del impío, el pecador escandaloso es obstinado, que arroja á los infiernos; y la mano benéfica de aquel Padre amoroso recoge dulcemente el sazonado trigo de sus constantes y fervorosos hijos, y sin perder una sola de estas apreciables espigas, las coloca en la mansion celestial, donde eternamente se gocen libres de toda seduccion, y absortas en el bien sumo que supieron amar y buscar siempre entre los peligros, tentaciones y persecuciones del mundo.

La Epístola es del capítulo III del Apóstol San Pablo á los colosenses.

Hermanos: Revestíos como escogidos que sois de Dios, santos y amados; *revestíos* de entrañas de compasion, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriéndoos los unos á los otros y perdonandoos mútuamente si alguno tiene queja contra otro: así como el Señor os ha perdonado, así lo habeis de hacer tambien vosotros. Pero sobre todo, mantened la caridad, la cual es el vínculo de la perfeccion, y la paz de Cristo triunfe en vuestros corazones, á la cual fuísteis asimismo llamados para formar un solo cuerpo, y sed agradecidos. La palabra de Cristo en abundancia tenga su mo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rada entre vosotros con toda sabiduría, enseñándoos y animándoos unos á otros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando de corazon con gracia las alabanzas á Dios. Todo cuanto haceis, sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en nombre de vuestro Señor Jesucristo, dando por medio de él gracias á Dios Padre.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas esta parábola: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena simiente en su campo. Pero al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo y sembró zizaña en medio del trigo, y se fué. Estando ya el trigo en yerba y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la zizaña. Entónces los criados del padre de familias acudieron á él, y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? pues ¿cómo tienes zizaña? Respondióles: Algun enemigo mio la habrá sembrado. Replicáronle los criados: ¿Quiéres que vayamos á cogerla? A lo que respondió: No, porque no suceda que arrancando la zizaña, juntamente arranqueis con ella el trigo. Dejad crecer uno y otro hasta la siega, que al tiempo de la siega yo diré á los segadores: Coged primero la zizaña y haced gavillas de ella para el fuego y meted despues el trigo en mi granero.

MEDITACION.

Sobre el Evangelio del dia.

Considera que Dios ha sembrado el buen grano en su Iglesia, y sembrándolo en ella, lo ha sembrado en tu corazon con multitud de gracias que favorezcan su conocimiento y desarrollo, luces, inspiraciones, estímulos interiores, lectura de los libros sagrados, buenos ejemplos, predicacion, comuniones. ¡Oh qué excelente grano es el cuerpo de Cristo! ¿Cuántas veces ha entrado en tu corazon? ¿Mas qué provecho has sacado de él? ¿En dónde están tus buenas obras? ¿Es por ventura un ligero mal que esta divina semilla no nazca ni fructifique? ¿Mas de dónde viene este mal? ¡Ah! de la zizaña que ahoga el buen grano que Dios ha sembrado en tu alma: de los errores y malos pensamientos que ofuscan tu entendimiento: de los deseos y movimientos desordenados que corrompen tu corazon. ¿Y esta perniciosa zizaña de dónde te ha venido? De que te duermes y no estás vigilante sobre tí mismo: de que concedes sobrada libertad

á tus sentimientos, y no tienes cerradas las puertas de tus ojos y de tus oidos: de que no huyes de las conversaciones peligrosas, ni de la lectura de libros perniciosos: del poco caso que haces de los pecados leves, y has abandonado el ejercicio de la oracion y de la mortificacion. Por eso tu adversario ha sembrado la zizaña en tu corazon mismo; y hoy te ves en la indispensable y urgente necesidad de arrancarla de pronto para que no siga sufocando en tí la semilla evangélica que debes á la benignidad de tu Señor.

Considera que en el campo de la Iglesia puede suceder, y sucede en efecto, que el que hoy es buen grano de santificacion, se convierta en zizaña si no huye de la comunicacion de los malos; porque, aunque el mundo se compone de buenos y de malos, y aunque los malos sirven para la santificacion de los buenos; no obstante, los buenos dejan de serlo luego que gustan de la conversacion de los malos. No se puede vivir sin estos; pero no debemos vivir como ellos, y vive como ellos el que gusta de su conversacion. ¡Ah! que si te estrechas en la amistad con los malos, serás atado con ellos al fin del mundo como haces de zizaña, y arrojado al fuego para arder eternamente. Pero me dirás que desde el principio del mundo están los malos mezclados con los buenos, y Dios no los quita; pero yo te responderé que esto no te autoriza para tratarlos de modo que se te pegue su iniquidad; sino que debes atender al fin con que Dios los consiente; que si atiendes á este fin, de los mismos malos sacarás tu provecho, como alumbrado de Dios, dijo Zacarías. Dios consiente á los malos para que por ellos se ejercite la paciencia de los buenos, se pruebe su virtud, se anime su zelo, se aumente su mérito y resplandezca la misericordia y la providencia del Señor, que conserva á los buenos enmedio de los malos sin que reciban daño, y da tiempo á los malos para que se conviertan con el ejemplo de los buenos. Siente, pues, de este modo y procura aprovecharte del buen ejemplo con que te edifican los buenos, y del ejercicio que los malos prestan á tu virtud, por el horror que te deben inspirar sus desórdenes.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Concededme, Dios mio, aquella luz interior con que alumbras á tus escogidos y que me es tan necesaria para distinguir en mí mismo la zizaña que puede corromperme, y conocer tambien la que puede dañarme de parte de los hombres. Por la mia, yo te prometo cui-

dar de tal manera el grano de bendicion que has sembrado en mi alma, que nazca en ella y crezca sin cesar, mediante los auxilios de tu gracia soberana; pues aunque el hombre siembre, tú solo, Espíritu vivificador, das el incremento, sazonas el fruto, y lo haces recoger en abundancia.

JACULATORIA.

Tú, ó Dios, que dijiste á tu Espíritu de santificacion: "Ven, Austro, y sopla en mi huerto," haznme sentir este soplo divino que fecunde en mí la semilla de tu palabra.

LECCION.

Sobre las faltas que se cometen en las obligaciones para con nosotros mismos.

Si son tantos los defectos que cometemos contra Dios y contra el prójimo, no son ménos las faltas en que cada dia incurrimos por lo que respecta á las obligaciones que tenemos que desempeñar por lo que toca á nuestra persona. Si metemos la mano en nuestro seno, ¡qué llagas tan hondas encontrarémos! ¡Qué vivas están aún las raices de la soberbia, del amor de la honra, del sentimiento de la vanagloria y de la hipocresía disimulada con que procuramos encubrir nuestros defectos, y pretendemos parecer muy otros de lo que somos! ¡Cuán amigos del interes y del regalo de nuestra carne, á la cual so color de necesidad no proveemos, sino servimos; no sustentamos, sino regalamos! ¡Si el que estaba en baja esfera se ha hecho nuestra igual, ó el que ya lo era nos ha adelantado, al pronto brotan las raices de la envidia; y si alguno nos toca al honor, cuán aceleradas salen las de la ira!

Mas sobre todo, ¿quién podrá explicar la soltura de nuestra lengua, la liviandad de nuestro corazon, la dureza de la propia voluntad, y la incontancia en los buenos propósitos? ¿Cuántas palabras perdidas no articulan nuestros labios cada dia, cuántas vanas, cuántas en perjuicio del prójimo, y cuántas en alabanza de nosotros mismos? ¿Cuán pocas veces nos negamos á nuestra propia voluntad por cumplir la de Dios ó la del prójimo por Dios? Reflexionemos bien en ello, y hallarémos que á pesar de habernos convertido á Dios, muy raras son las veces que alcanzamos victoria de nosotros mismos, siendo de absoluta necesidad el alcanzarla para ser perfectamente virtuosos. ¿Y qué diremos de la inconstancia en los buenos propósitos? ¿No es verdad que al menor soplo de cualquiera ocasion se quebrantan? ¿Qué es, pues, nuestra vida sino un juego de niños, un proponer á la mañana y quebrantar á la tarde, sino es luego á pocos momentos? ¿No es esto ser aquel lunático del Evangelio que muchas veces caia en el fuego, y muchas en el agua, á quien como refiere San Mateo, no pudieron sanar los discípulos del Salvador? ¿Y podremos numerar las mudanzas, instabilidad y pusilanimidad de nuestro corazon? Es claro que no; pues que muda tantas figuras, tantos semblantes cuantos accidentes se le presentan en cada hora: desconoce la estabilidad, ignora la firmeza: tan presto se distrae con cualquier negocio, tan presto se acongoja: ya se divierte, ya se fatiga.

El alma tiene sus urgencias como el cuerpo, y el mismo derecho para pedir lo que le pertenece, como son atenciones y cuidados, aunque de diverso modo de aquel. Véamos cuáles, son para ver si cumplimos con ellas. Nuestra imaginacion ha de alentarse de esperanzas que hacen llevaderos nuestros males: nuestra memoria ha de llenarse de hechos y ejemplos que constantemente nos acuerden la Providencia bienhechora: nuestra voluntad ha de formar deseos cuyo fin y principio ha de ser la eternidad; nuestro entendimiento ha de ocuparse en la contemplacion de verdades útiles; y á nuestro cuerpo lo hemos de afirmar, aunque con prudencia y moderacion, en servicio de aquel por quien, en quien y para quien somos y vivimos. Los mismos devotos que llevados del fervor aumentan sus penitencias mas allá de lo que pueden sus fuerzas, se engañan: pues que ellos mismos se reducen á un estado en que despues no podrán practicarlas. Las enfermedades nos impiden por lo comun á cumplir con nuestras obligaciones; y aquel se hace culpable en todas las faltas que comete en esta parte, cuando enferma por libertinage ó por indiscrecion. *Sed sabios con sobriedad*, dice San Pablo.

Estas obligaciones no son invenciones de los hombres, tienen su origen en nuestra misma constitucion: de otro modo viviriamos á la ventura, y poco ó ningun aprecio hariamos de la descendencia y de la religion. Dios al formarnos, y Jesucristo al redimirnos, quisieron que nos gobernásemos segun las reglas de la verdad y de la justicia. No existe la religion sino para influir en todo nuestro ser, y para dirigir todas nuestras operaciones como una luz indefectible; ella nos dicta leyes, y en ella nos intima la voluntad del Ser por

esencia; á nosotros, pues, no toca otra cosa sino el cumplirlas, si es que queremos vivir como verdaderos cristianos.

Léjos de ser nuestra humanidad una cosa despreciable, como lo dan á entender los libertinos con la profanacion que hacen de sí mismos, es la dignidad mas augusta que hay en el universo. Todo se ha hecho para el hombre, dice la Sagrada Escritura: el sol, la luna y las estrellas, no fueron hechas sino para nuestro uso. ¿Y cuántas maravillas no hay dentro de nosotros mismos? ¿Que tesoros de inexplicable riqueza en nuestro entendimiento, que multitud de hechos en nuestra memoria, y de un sin número de objetos en nuestra imaginacion! Hechos unos mundos abreviados, convenimos con los ángeles en el raciocinar, con los brutos en el sentir, y con los demas entes en el vegetar. Colocados entre Dios y las criaturas que nos rodean, estamos obligados á procurarnos la gloria de pensar bien, desear lo justo, vivir bien y morir bien. Los que desean prosperidades carnales, desfiguran la mejor obra del Criador. Se nos ha mandado, y es órden expresa del mismo Dios, que sostengamos nuestra dignidad y que levantemos nuestra consideracion al cielo para contemplar en Dios nuestra esperanza y nuestra felicidad. Porque se olvidan las obligaciones que cada uno se debe á sí mismo, vemos por todas partes soberbios, ambiciosos, avaros, libertinos, depravados y escritores impíos y tambien obscenos. Cuando el entendimiento se pervierte y el corazon se corrompe, luego al punto el hombre se degrada y envilece del modo mas vergonzoso, y aun infame.

La religion católica, deseosa de que vivamos una vida absolutamente espiritual, sin cesar nos pone presentes estas grandes verdades. *Por lo cual*, dice S. Pablo á los colosenses, *si resucitásteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba en donde está Cristo sentado á la diestra de Dios: pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque estais ya muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando apareciere Cristo, que es vuestra vida, entónces tambien vosotros apareceréis con él en la gloria. Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: fornicacion, impureza, lascivia, deseos malos y avaricia que es servicio de los ídolos; por las cuales cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la incredulidad: en las cuales vosotros tambien anduvísteis en otro tiempo, cuando vivias en ellas. Mas ahora dejad tambien vosotros todas estas cosas, ira, enojo, mali-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



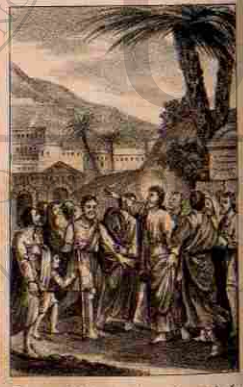
Sexto Domingo despues de Epifanía.



Domingo de Septuagésima.



Domingo de Sexagésima.



Domingo de Quincuagésima ó Carnestolendas.

cia, blasfemia, palabra torpe de vuestra boca. No mintais los unos á los otros, despojándoos del hombre viejo con sus hechos, y vistiéndoos del nuevo, de aquel que se renueva por el conocimiento, conforme á la imágen de aquel que lo crió &c. La misma religion excita el clamor de nuestra conciencia, unas veces produciendo en nuestro propio corazon remordimientos que nos conmueven y aterran, y otras representándonos nuestras obligaciones, como perfecciones de nuestro ser y felicidad de estos dias que comienzan y acaban, y del eterno que no pasa.

Sexto Domingo despues de Epifanía.

Como el dia de pascua, que siempre es el Domingo siguiente al dia catorce de la luna de Marzo, es el que regla el número de los Domingos despues de la Epifanía, sucede de ordinario que este sexto Domingo se trasfiere, y rara es la vez que haya seis Domingos desde la fiesta de Reyes hasta la Septuagésima. Este es sin duda el motivo porque este sexto Domingo ha estado tanto tiempo sin tener oficio particular; pues cuando acontecia rezarse de él, se repetia el oficio entero del quinto Domingo, hasta que el papa S. Pio V le señaló una epístola y un evangelio propio, quedando el mismo introito de que hemos hablado ya en las Dominicas precedentes. Solo añadiré mos que el texto hebreo añade á la significacion de ángeles que se convidan á adorar al Señor, la de todas las potestades de la tierra, principalmente los jueces y los reyes: y segun el caldeo, los ángeles, los grandes de la tierra, y todos los adoradores de los ídolos, esto es, que dejando de adorar á sus falsas divinidades, vengan á adorar al Señor, único y solo verdadero Dios.

La epístola de esta misa es del capítulo primero de la primera carta de San Pablo á los tesalonicenses. En ella el Apóstol, despues de dar gracias á Dios, se congratula con aquella recien nacida Iglesia, porque habiendo recibido una vez la fé de Cristo, la conservaban en toda su pureza, y siguiendo su ejemplo, se hacian un modelo de fervor y observancia para los fieles de otras Iglesias. Damos, les dice, continuas gracias á Dios por todos vosotros, no olvidandoos jamas en nuestras oraciones; acordándonos delante de Dios nuestro Padre, de vuestra fé, de vuetros trabajos, de vuestra caridad, de vuestra fir-

meza en los contratiempos y en las persecuciones: estos son los lances en que la fé se demuestra con toda su fuerza; en que se vé su utilidad; y en que principalmente se debe hacer uso de ella. Tambien sabemos, hermanos amados de Dios, como habeis sido escogidos entre tantos otros que permanecen sepultados en las tinieblas del error, miéntras vosotros habeis sido llamados á la fé y al conocimiento de su nombre: favor que nunca podreis agradecer bastantemente al Padre de las misericordias. A la verdad, añade el Apóstol, que la virtud del Espíritu Santo y los milagros, han acompañado mi predicacion; pero tambien vosotros habeis correspondido á la gracia, y habeis hecho tan grandes progresos en los caminos del Señor, que sois ya un modelo á todos los fieles de Macedonia y de Acaya; y vuestra fé en Jesucristo, vuestra constancia en los peligros, vuestro ánimo en las persecuciones y en todo género de pruebas han causado admiracion en todas las Iglesias; de modo que vuestra virtud ha hecho tantos imitadores vuestros, como admiradores: lo que es de gran consuelo para mí, y debe serlo para vosotros mismos. Vuestra ruidosa conversion autoriza maravillosamente nuestra doctrina; pues en ninguna parte se publica una mudanza de costumbres tan visible y una conversion tan extraordinaria como la vuestra: y así, se infiere de esa inocencia, de esa modestia tan ejemplar, de esa caridad tan universal, de esa piedad, de esa hospitalidad que hace tanto honor al cristianismo, que una religion tan santa y que obra tantos prodigios no puede ser sino la sola verdadera religion. Concluyamos tambien nosotros, que si todos los cristianos viviesen hoy como los fieles de Tesalónica, en breve se verian convertirse los pueblos y naciones enteras que hoy yacen en la infidelidad ó la heregía.

El Evangelio de la misa de este dia es una continuacion de la Domínica precedente, tomado del capítulo 13 de San Mateo. En él prosigue el Salvador en instruir al pueblo, proponiéndole dos parábolas familiares, muy propias para hacer dóciles, y aun espirituales á los espíritus mas groseros.

Acababa el Salvador de comparar á la Iglesia á un campo fértil y cultivado, en que el enemigo de la salvacion habia sembrado por la noche zizaña entre el buen grano. Tambien habia comparado su doctrina con la semilla que arrojada en la tierra, nace y crece sin que el labrador sepa de qué modo se hace esto, y sin que ponga en ello la mano. Mas como los discípulos eran en corto número, y se veian

rodeados de enemigos; para que no desfalleciesen quiso el Señor fortalecerlos, haciéndoles saber que su Iglesia, tan pequeña en su nacimiento, creceria un dia de tal suerte que llenaria toda la tierra. Figuraos, les dijo, un grano de mostaza: este es el mas pequeño entre las diversas especies de semillas; pero si se siembra en un campo produce una planta tan alta y corpulenta, que no solo cubre todas las legumbres, sino que echa grandes ramas y puede pasar por un grande árbol. Estas ramas son tan extensas, tan espesas y fuertes, que las aves del cielo van á buscar en ellas la sombra, á descansar y á hacer sus nidos. Pues he aquí una imágen muy viva y muy propia de mi Iglesia, la cual se dilatará y robustecerá de un modo incomprensible para los sabios del mundo y á todo espíritu humano. Ninguna cosa era mas conocida á las gentes de aquel pais que esta comparacion. En los terrenos fértiles de paises cálidos como aquel, las plantas suben á una altura extraordinaria: se lee en el Talmud de Jerusalen y en el de Babilonia que un judío, llamado Simon, tenia una planta de mostaza tan alta y fuerte, que un hombre hubiera podido subirse á ella sin romperla. Tambien se cuenta, que otro pié de mostaza tenia tres ramas, de las cuales la una hacia sombra á tres alfareros que trabajaban debajo de ella en el estío. Al principio parece nada la primera semilla de la gracia en un corazon; pero séamos fieles á ella y veremos lo que es capaz de producir en nosotros. Así la Iglesia, sobre tan débiles principios ha crecido tanto, que se vé difundida del oriente al ocaso, del norte al mediodía; y esto con tanta rapidez, que en pocos siglos hizo desaparecer todas las sectas del paganismo, tan antiguo y tan radicado en el mundo. Las aves del cielo han venido á descansar sobre sus ramas; esto es, los grandes del siglo, los espíritus mas sublimes y mas distinguidos por su sabiduría no se han avergonzado de la simplicidad del Evangelio y de la humildad de la cruz, y han venido á buscar su consuelo y descanso en el seno de esta Iglesia. Ni debe admirarnos que á una obra tan grandiosa se diesen tan débiles principios: este es el carácter propio de las obras de Dios; para que se conozca que no es la mano del hombre sino la virtud del Altísimo quien les da el incremento.

Representaos tambien, continuó el Salvador, un poco de levadura que una muger echa en tres medidas de harina, y que derramándose por toda ella, tiene la virtud de hacer fermentar toda la masa. La levadura de que habla aquí el Salvador es la doctrina evangéli-

ca, que retirada al principio en un rincon de Judéa, extiende despues y dilata su virtud por toda la tierra; es tambien la gracia en un corazon que la conserva en secreto, y le franquea sus senos para que obre su conversion. Es la misma gracia que debe derramarse y comunicarse á todas nuestras acciones, para hacerlas mérito. Esa levadura es quien hace fermentar la pasta; pues sin la gracia todas nuestras acciones son insípidas y sin gusto para Dios. De este modo nuestro Divino Maestro efectuaba lo que anunció de él un Profeta: "Les hablaré en parábolas, publicaré con ellas lo que ha estado escondido desde el principio del mundo." Dichosos los cristianos en haber aprendido tan sublimes verdades y máximas tan admirables; pero ¡ay de aquellos á quienes este conocimiento no hace mejores!

La Epístola es del capítulo I de la primera del Apóstol San Pablo á los tesalonicenses.

Hermanos: Sin cesar damos gracias á Dios por todos vosotros, haciendo continuamente memoria de vosotros en nuestras oraciones; acordándonos delante del Dios y Padre nuestro de las obras de vuestra fé, de los trabajos de vuestra caridad, y de la firmeza de vuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo. Considerando, amados hermanos, que vuestra eleccion es de Dios: porque nuestro Evangelio no se anunció á vosotros solo con palabras, sino tambien con milagros *y dones* del Espíritu Santo, con eficaz persuasion: porque ya sabeis cuál fué nuestro proceder entre vosotros para procurar vuestro bien. Vosotros de vuestra parte os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, recibiendo su palabra en medio de muchas tribulaciones con gozo del Espíritu Santo: de suerte que habeis servido de modelo á cuantos han creido en la Macedonia y en Acaya. Pues que de vosotros se difundió la palabra del Señor; no solo por la Macedonia y Acaya; sino que por todas partes se ha divulgado en tanto grado la fé que teneis en Dios, que no tenemos necesidad de decir nada sobre esto. Porque los mismos publican el suceso que tuvo nuestra entrada entre vosotros; y como os convertisteis á Dios, abandonando los ídolos, por servir al Dios vivo y verdadero, y para esperar del cielo á su Hijo Jesus, á quien resucitó de entre los muertos, y el cual nos libertó de la ira venidera.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas esta parábola: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que tomó en su mano un hombre, y lo sembró en su campo, el cual es á la vista menudísimo entre todas las semillas; mas en creciendo viene á ser mayor que todas las legumbres, y hácese árbol; de forma que las aves del cielo bajan y posan en sus ramas. Y añadió esta otra parábola: El reino de los cielos es semejante á la levadura que cogió una muger y mezcló la con tres sotos ó selemines de harina, hasta que la masa toda quedó fermentada. Todas estas cosas dijo Jesus al pueblo por parábolas sin las cuales no *solia* predicarles: cumpliéndose lo que habia dicho el Profeta: Abriré mi boca para hablar con parábolas: publicaré cosas que han estado ocultas desde la creacion del mundo.

MEDITACION.

Sobre el Evangelio del dia.

Considera que el grano de mostaza es la menor de todas las semillas, y despues se hace un árbol. Jesus en su Encarnacion, en su nacimiento y en su pasion fué este pequeño grano; pues ocultaba bajo los velos de una humanidad mortal y pasible, el resplandor, la magestad y grandeza de su divinidad; ni hubo á los ojos de los hombres cosa mas despreciable que su cruz; mas despues que fué plantado en el Calvario, se hizo un árbol inmenso cuyas ramas se extienden hasta las extremidades de la tierra. Todas las aves del cielo descansan bajo de su sombra, todas las naciones del mundo comen de su fruto. Así lo habia anunciado el Salvador divino, diciendo: Cuando sea yo exaltado de la tierra, todas las cosas atraeré á mí; pues esta divina planta, que en sí misma siempre es inmensa y no sufre aumento, para nosotros crece, y crece para nuestro bien. El mundo comienza por cosas grandes y estrepitosas, y acaba en nada; el impío parecia elevarse como los cedros del Líbano, y un momento despues ya no aparece sobre la tierra. Al contrario las obras de Dios, parecen nada en su principio, mas en su progreso se presentan maravillosas. ¿Qué cosa era la Iglesia en su orígen? Un pequeño grano que quisieron hacer polvo los tiranos. ¿Y qué progresos no hizo despues? Ella llenó toda la tierra, y se sostiene y sostendrá indestructible hasta la consumacion de los siglos. Así

nosotros, pequeños, pobres, afligidos y despreciados, si tenemos paciencia, y poniéndonos en las manos de Dios, le dejamos obrar segun su beneplácito, en breve nos llenarémos de virtudes, y la gracia se apoderará de nuestras almas, engrandeciéndolas delante de Dios. Mas ¡cuidado! no pongamos la mira en nuestro engrandecimiento, sino en humillarnos y en morir á nosotros mismos; pues es oráculo de la eterna verdad, que no será exaltado sino el que se humillare; ni fructificará el grano si no muriere en la tierra.

Considera que Jesus en la Eucaristía es aquella sagrada levadura que una muger pone en tres medidas de harina, y que hace fermentar la masa. Esta muger es la Iglesia católica; las tres medidas son el entendimiento, la memoria y la voluntad, á que corresponden la sabiduría, la fortaleza y la bondad. ¡Ah, cuán abatido se siente mi espíritu cuando no he comido el pan eucarístico! Mi corazon está frio, mi memoria llena de pensamientos y cuidados de la tierra; mi sabiduría es terrena, mis luces escasas, mis tinieblas muy densas, mis fuerzas desfallecidas, tibia y lánguida mi virtud, y mi alma desabrida y sin gusto como una masa sin levadura, pesada y difícil de tratarse. Mas luego que he comulgado, cambió de situacion todo mi interior; desaparece mi terrenalidad, y me encuentro todo espiritual: se disipan las tinieblas de mi ignorancia; mi entendimiento conoce al Señor en la fraccion del pan; recibe calor mi corazon y se enardece; despréndese mi memoria de todos los pensamientos terrenos, y quedo trasformado de tibio, en fervoroso; de tímido, en alentado; de triste, en alegre; de enfermo, en sano. ¡Ah! Corro, vuelo, subo canto y digo con la esposa en los Cantares: Mi amado me ha dado á comer un panal de miel. ¡Oh Dios, y qué favor! Me ha introducido en la bodega del vino generoso de su amor, y sus delicias llenan mi corazon. Venid, venid, nos dice, acercaos, amigos mios; comed de este pan que os he preparado; bebed de este vino que exprimí de mis venas, y no tendreis jamas hambre ni sed.

PETICION Y PROPÓSITOS.

El pequeño grano de gracia que Dios ha sembrado en mi alma es de un valor infinito; basta á santificarme, y me da derecho á la bienaventuranza; mas si no hago crecer con la debida cooperacion á esta obra saludable del Señor, desaparecerá de mí, privándome de la grandeza á que Dios me destina; y perderé asimismo la excelente calidad que el Señor quiere comunicarme, si no procuro hacer que mi interior fermente con la levadura evangélica que debo á las bondades de mi Dios; así que las disposiciones de mi alma al influjo divino, y la cooperacion á su benéfica empresa, deben ser mis propósitos, y la peticion de estos dones inapreciables el asunto de mi fervorosa y continua oracion.

JACULATORIA.

Dadme, Señor, incremento en tu amor, y mejora la condicion de mi alma.

LECCION.

Concluye la materia de lo anterior, sobre evitar las faltas en las obligaciones respecto de nosotros mismos.

La idea de una futura resurreccion y perpetua vida, nos precisa á respetar nuestros cuerpos por la íntima conexion que tienen con nuestra alma inmortal; y por el modo como cooperan en las acciones buenas, deben sernos preciosos y estimables: por lo mismo no debemos destruirlos ni ménos profanarlos. Todo cuanto tenemos y cuanto somos no es mas que un mero depósito, que hemos de restituir tan luego como se nos pida, al que nos lo confió; pues que todas las cosas fueron hechas por Dios, y á Dios todas han de volver. Detallemos, pues, las obligaciones que esta reflexion nos precisa á cumplir. Debemos primeramente conservar la dichosa sencillez con que nacimos, mérito relevante de la infancia: lo segundo, no manchar nuestro espíritu y nuestro corazon en el comercio peligroso de un mundo tan corrompido: lo tercero, mantener la buena armonía que siempre debe haber en el alma y los sentidos, sujetando estos á aquella: lo cuarto, preservar nuestro cuerpo de todo exceso contrario á la frugalidad y á la prudencia. Los santos siempre estuvieron armados contra sí mismos, temerosos de no ser demasiado indulgentes con los sentidos, que son siempre insaciables y mal contentos. Dice el sabio en su Eclesiastes, que no se cansan de ver todo lo que quieren los ojos, ni de oir los oidos, ni de hablar la lengua. Siempre quiere el hombre gustos y placeres, de modo que su vida toda parece animal y bruta, y cae en enojo y desfallecimiento cuando no disfruta los objetos halagüeños que lo seducen: esta y no otra es la razon porque nos figuramos á los solitarios y moradores de los claus-

tros y del yerro, como los hombres mas infelices del mundo. La privacion de los espectáculos y la separacion de todas esas brillantes locuras que la disipacion ha inventado y que vemos que ellos no gozan, es para nuestro indiscreto modo de pensar, el cúmulo de la desesperacion, de la insensatez y de la desgracia: sin embargo, los venerables solitarios y monges, porque escucharon con atencion y silencio la voz del Evangelio: *Ved ahí, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido*, han desestimado estas, para nosotros importantes fruslerías, que tanto idolatramos, porque no oimos otras voces que las de la afeminacion y de las pasiones.

En verdad, ¿qué nos dice la razon y la religion en cuanto al uso de nuestros sentidos? ¿No nos amonestan que estemos de centinela sobre ellos, no permitiéndoles sino aquello que contribuya á la felicidad de nuestra alma? ¿No nos demuestran claramente que el vagar de objeto en objeto, es cansarnos y fatigar el espíritu, y que no hay ni puede haber quietud sino en el regazo de la verdad? ¡Ah y cuántas veces aun en sueños nos representan amargas las cosas de este mundo! Creemos que es la casualidad la que nos avisa, y es la gracia que nos aconseja. El amor sin límites del Criador, sentido y quejoso de verse despreciado por el tumulto del mundo en que andamos de continuo, se vale de un instante de tranquilidad, y espera callen los sentidos y las pasiones para sugerirnos sus justos deseos, aunque á riesgo tambien de ser desatendido. La razon sola, esa participacion de la luz eterna que nos dió el mismo Dios, es un despertador secreto que nos avisa en cualquier lance, y acaso cuando estamos mas dormidos; mas nosotros, sordos á su voz, nos oponemos constantemente á los designios de la Providencia, y para no obedecer á la razon legítima y natural soberana de nuestra alma, excitamos contra ella el tumulto de nuestras viles pasiones. ¿Y habrá cosa mas horrorosa que un hombre olvidado de lo que es y de lo que se debe á sí mismo? Abandonado á todos sus caprichos, su corazon y su espíritu se encuentran siempre en un torbellino en que se pierden todas las reflexiones.

Los mas de los hombres casi no tienen idea alguna de las obligaciones que se deben á sí mismos. Unos que no conocen mas alma que sus nervios y sus músculos, consideran su vida como una bola arrojada por acaso que rueda y corre por aquí y por allí hasta llegar á su término. Otros, y estos son los libertinos ó voluptuosos, que no creen hay otra felicidad que la satisfaccion de sus sentidos

y pasiones, ignoran absolutamente la grandeza y excelencia de nuestro destino. Otros, y son los hombres frívolos, engañados por la inutilidad de las modas y de un cierto genio sutil que hoy dia se llama bello espíritu ó ingenio, solo piensan en agradar y en hacer vana ostentacion de él aun con perjuicio de la religion y de consiguiente suyo. Los grandes, que estimando sus títulos quiméricos como virtudes, y sus placeres como negocios de la mayor importancia, solo se ocupan en sostener la dignidad de su grado y en gozar todo lo que inventa la desordenada fantasía del lujo. No es, pues, extraño que en esta multitud de personas que parecen las mas ilustradas, haya tan pocas que se conviertan verdaderamente, y que convertidas, no falten á cada paso á las obligaciones que se deben á sí mismas. Todos temen encontrarse á sí propios, y así es que tienen á bien arriesgar la felicidad eterna, que el separarse de la vida animal. Los mismos brutos parece que meditan y reflexionan, y el hombre solo se complace de andar errante en todo aquello donde él mismo no se halla. Si alguna vez parece está recogido, solo es para echar cálculos de interes, ó para distraerse con la meditacion de proyectos criminales.

Con todo esto, siempre será cierto que son muchas las obligaciones que nos debemos á nosotros mismos. Cuanto hay fuera y dentro de nosotros tiene su fin y su uso. La religion santa del Crucificado nos proporciona recursos para conseguirlos, y al mismo tiempo motivos de consolacion en nuestras aflixiones, medios para subsistir en nuestras urgencias, y luces que nos dirijan cuando caminamos á ciegas. Con la relacion íntima que tiene con Dios, con los socorros de su prevision, penetracion y actividad, nos alumbra, nos sostiene y nos ensalza. Segun el Evangelio, no debemos inquietarnos por lo que será de mañana; pero es preciso trabajar para procurar lo necesario, y no tentar á la Providencia. Nuestra vida no es una vida caprichosa ni efecto de la fantasía ó preocupaciones, como quieren algunos de los que se llaman ilustrados; la ley natural lo arregló todo, y la evangélica lo perfeccionó: nuestras urgencias y gustos, nuestros bienes y males, todo, todo entra en el plan de nuestro destino. Si trastornamos la economía de todas estas cosas, nos preparamos la mas formidable eternidad.

Solo en el órden de una vida verdaderamente cristiana se consigue la preservacion de los defectos para perfeccionarnos en la virtud: esta es la nueva solicitud que nos pide la religion y que nos he-

mos propuesto desenvolver é inculcar en estas lecciones dominicales; solicitud tanto mas importante, cuanto es ménos la atencion que comunmente se le tiene. ¿Qué hay en nosotros que no dé entrada á los vicios? ¿Y quién hay que se fatigue en desarraigarlos? Por los oidos y por los ojos nos entra el mal desde niños; tan derramado está este contagio funesto, que casi con el aire lo respiramos. Nuestros primeros pensamientos tal vez fueron pecaminosos. Si recordamos nuestra primera edad, veremos con vergüenza y dolor, que desde entónces comenzamos á pecar, y no cesamos á pesar de conocer que no hay hombre digno de aprecio sino el que es cristiano, ni ciencia mas necesaria sino la que encamina á la perfeccion. A la verdad no son cosas indiferentes y de poco momento una inocencia que debemos conservar, ó recuperar si tuvimos la desgracia de perder: una religion que se ha de practicar: una felicidad eterna porque habemos de aspirar, y un infierno que debemos temer. ¡Ojalá que tanta multitud de costumbres extravagantes totalmente se aboliesen, y ocuparan su lugar los cuidados que exige nuestra salvacion! La religion nos repite que nacimos para ser dichosos, y nosotros somos realmente insensatos y aun dementes si para serlo no empleamos todos los medios posibles. Y bien, ¿cuáles son estos medios sino la exactitud en cumplir todos los preceptos de la ley?

Si comparamos, pues, nuestra conducta con estos; si echamos bien la cuenta y vemos lo que tenemos y lo que nos falta, hallaremos sin duda que aun despues de habernos propuesto seguir á Jesucristo, casi todo lo que hay en nosotros es sombra de virtud é ilusion de falsa justicia. Encontraremos que lo que tenemos no es mas que un gustillo de Dios que quizá puede ser mas de carne que de espíritu. ¿Y con esto estaremos ya seguros? Cuidado con decir como el fariseo: *Yo no soy como los otros hombres;* porque no obran ó piensan como nosotros pensamos, estando por otra parte llenos de amor propio y de todos los defectos y pasiones que hasta aquí hemos expresado: de modo que todo nuestro caudal se reduce á decir: ¡Señor! ¡Señor! y no hacer su voluntad. Esto es imitar la falsa justicia del fariseo, y tener la tibieza de aquel que segun el Apocalipsis arrojó Dios de su boca.

Domingo de Septuagésima.

Se llama Dominica de Septuagésima la primera de las tres que preceden al primer Domingo de Cuaresma. Antiguamente comenzaba en él la Cuaresma, y en él hoy dia comienza la Iglesia á prepararse por la penitencia para celebrar la fiesta de la Resurreccion. El nombre de *Septuagésima* que se ha dado á este Domingo, si se toma literalmente, parece que denota una época de setenta dias: así han intentado explicarlo la mayor parte de los autores litúrgicos. Pero sin ir á buscar misterios donde tal vez no los hay, se puede decir, que como el primer Domingo de Cuaresma se llama Cuadragésima en el lenguaje de la Iglesia, se ha querido guardar el órden de los nombres por decenas, y se han nombrado Quincuagésima el Domingo que precede al primero de Cuaresma; y Sexagésima y Septuagésima los dos Domingos precedentes á la Quincuagésima. Acerca del espíritu con que la Iglesia ha consagrado estas tres semanas que preceden á la cuaresma, es indudable no ser otro que el de prepararnos con el retiro, con los ejercicios de caridad, con el uso de los sacramentos y con la oracion, á entrar fructuosamente á la observancia cuadragesimal ó práctica de la cuaresma, en atencion á que el mérito que se puede lograr en este tiempo de penitencia, seria perdido para aquellos que estuviesen en pecado mortal; y esta es la razon porque el sabio Teodulfo, obispo de Orleans, dice en una carta pastoral, que uno de los principales medios que conviene ponerse en estas tres semanas de preparacion, es el de confesarse sacramentalmente, para que purificados los fieles por la confesion, logren en la cuaresma mas abundante fruto de penitencia.

La epístola que se lee en la misa de este dia es muy á propósito para apartar á los fieles de esas diversiones profanas del Carnaval con que el demonio ha querido frustrar las saludables miras de la Iglesia, atrayendo á los cristianos á la disolucion y á los excesos de la gula. Esta epístola está sacada del capítulo IX de la primera de San Pablo á los corintios: en ella el santo Apóstol exhorta á los fieles á la mortificacion y á la penitencia, y se sirve del ejemplo de los que para correr en el palenque ó habilitarse en la lucha, se dan á una vida austera, y esto para conseguir una corona que se marchita el mismo dia: con este ejemplo anima á los cristianos á mortifi-

mos propuesto desenvolver é inculcar en estas lecciones dominicales; solicitud tanto mas importante, cuanto es ménos la atencion que comunmente se le tiene. ¿Qué hay en nosotros que no dé entrada á los vicios? ¿Y quién hay que se fatigue en desarraigarlos? Por los oidos y por los ojos nos entra el mal desde niños; tan derramado está este contagio funesto, que casi con el aire lo respiramos. Nuestros primeros pensamientos tal vez fueron pecaminosos. Si recordamos nuestra primera edad, veremos con vergüenza y dolor, que desde entónces comenzamos á pecar, y no cesamos á pesar de conocer que no hay hombre digno de aprecio sino el que es cristiano, ni ciencia mas necesaria sino la que encamina á la perfeccion. A la verdad no son cosas indiferentes y de poco momento una inocencia que debemos conservar, ó recuperar si tuvimos la desgracia de perder: una religion que se ha de practicar: una felicidad eterna porque habemos de aspirar, y un infierno que debemos temer. ¡Ojalá que tanta multitud de costumbres extravagantes totalmente se aboliesen, y ocuparan su lugar los cuidados que exige nuestra salvacion! La religion nos repite que nacimos para ser dichosos, y nosotros somos realmente insensatos y aun dementes si para serlo no empleamos todos los medios posibles. Y bien, ¿cuáles son estos medios sino la exactitud en cumplir todos los preceptos de la ley?

Si comparamos, pues, nuestra conducta con estos; si echamos bien la cuenta y vemos lo que tenemos y lo que nos falta, hallaremos sin duda que aun despues de habernos propuesto seguir á Jesucristo, casi todo lo que hay en nosotros es sombra de virtud é ilusion de falsa justicia. Encontraremos que lo que tenemos no es mas que un gustillo de Dios que quizá puede ser mas de carne que de espíritu. ¿Y con esto estaremos ya seguros? Cuidado con decir como el fariseo: *Yo no soy como los otros hombres;* porque no obran ó piensan como nosotros pensamos, estando por otra parte llenos de amor propio y de todos los defectos y pasiones que hasta aquí hemos expresado: de modo que todo nuestro caudal se reduce á decir: ¡Señor! ¡Señor! y no hacer su voluntad. Esto es imitar la falsa justicia del fariseo, y tener la tibieza de aquel que segun el Apocalipsis arrojó Dios de su boca.

Domingo de Septuagésima.

Se llama Dominica de Septuagésima la primera de las tres que preceden al primer Domingo de Cuaresma. Antiguamente comenzaba en él la Cuaresma, y en él hoy dia comienza la Iglesia á prepararse por la penitencia para celebrar la fiesta de la Resurreccion. El nombre de *Septuagésima* que se ha dado á este Domingo, si se toma literalmente, parece que denota una época de setenta dias: así han intentado explicarlo la mayor parte de los autores litúrgicos. Pero sin ir á buscar misterios donde tal vez no los hay, se puede decir, que como el primer Domingo de Cuaresma se llama Cuadragésima en el lenguaje de la Iglesia, se ha querido guardar el órden de los nombres por decenas, y se han nombrado Quincuagésima el Domingo que precede al primero de Cuaresma; y Sexagésima y Septuagésima los dos Domingos precedentes á la Quincuagésima. Acerca del espíritu con que la Iglesia ha consagrado estas tres semanas que preceden á la cuaresma, es indudable no ser otro que el de prepararnos con el retiro, con los ejercicios de caridad, con el uso de los sacramentos y con la oracion, á entrar fructuosamente á la observancia cuadragesimal ó práctica de la cuaresma, en atencion á que el mérito que se puede lograr en este tiempo de penitencia, seria perdido para aquellos que estuviesen en pecado mortal; y esta es la razon porque el sabio Teodulfo, obispo de Orleans, dice en una carta pastoral, que uno de los principales medios que conviene ponerse en estas tres semanas de preparacion, es el de confesarse sacramentalmente, para que purificados los fieles por la confesion, logren en la cuaresma mas abundante fruto de penitencia.

La epístola que se lee en la misa de este dia es muy á propósito para apartar á los fieles de esas diversiones profanas del Carnaval con que el demonio ha querido frustrar las saludables miras de la Iglesia, atrayendo á los cristianos á la disolucion y á los excesos de la gula. Esta epístola está sacada del capítulo IX de la primera de San Pablo á los corintios: en ella el santo Apóstol exhorta á los fieles á la mortificacion y á la penitencia, y se sirve del ejemplo de los que para correr en el palenque ó habilitarse en la lucha, se dan á una vida austera, y esto para conseguir una corona que se marchita el mismo dia: con este ejemplo anima á los cristianos á mortifi-

carse y á domar sus cuerpos con la penitencia para conseguir de este modo la corona inmortal, la recompensa eterna. Los atletas que se ejercitaban para estos combates, se abstenian de todo lo que podia disminuir sus fuerzas y hacerlos ménos ágiles. Vivian á continencia, y guardaban un régimen de vida muy frugal, y propio para endurecer y fortalecer el cuerpo: comian poco, y alimentábanse solo de viandas muy comunes: no bebian vino, dormian excasamente y huian de toda delicadeza. A la verdad, nada abrevia tanto la vida ni gasta la salud, como el regalo y el uso de los placeres. Proponiendo, pues, el Apóstol esta comparacion, y hablando de los atletas, dice: todos corrian juntos y á un tiempo; pero uno solo alcanzaba el premio, el cual no era otra cosa que una corona hecha de ramos de olivo ó de mirto, de encina, de laurel ó de apio. Eran por tanto cosa bien feble y corruptible estas coronas que hacian toda la gloria y premio de tan fatigosos combates. Por lo que á mí toca, dice el Apóstol, yo corro, no como á la ventura, sino como á una victoria cierta, y por una corona que pueden conseguir muchos á un tiempo, sin que por multiplicarse los vencedores pueda disminuirse la recompensa. Yo peleo, no como quien da golpes al aire; sino que castigo mi cuerpo con la penitencia, en la firme confianza de que no me mortifico en vano. Aquí, como parece por el texto griego, hace alusion el Apóstol al combate de los atletas llamados *pugiles*, que se agitaban meneando los brazos con furor y tirando golpes al aire ántes de llegar seriamente á las manos. El verbo griego que corresponde á *castigo*, expresa la accion de los atletas que se maltrataban la cara á puñadas, y á esto parece que alude el Apóstol cuando dice que castiga su cuerpo. ¡Qué excusa, pues, tendrán los cristianos para no mortificar su carne, cuando ven por una parte, que los atletas gentiles vivian en la abstinencia y toda austeridad para alcanzar un premio tan vano y despreciable, y por otra, que aquel grande Apóstol, dado por Dios para maestro y doctor de las naciones, no se contenta con los trabajos verdaderamente grandes del apostolado, sino que vive entregado á los rigores de la penitencia? ¡La condicion augusta y santa de cristianos, la cualidad de nacion santa, de raza escogida, de pueblo favorecido de Dios, bastará acaso para salvarnos, sin la austeridad de la vida? San Pablo asienta que no, y para ocurrir al mal de esta falsa confianza, dice: No ignorais que nuestros padres estuvieron todos bajo de la nube, que todos pasaron el Mar rojo, que todos comieron de una misma vianda, que todos fueron bautizados por Moises en la nube y en el mar: pero todas estas gracias, todas estas maravillas obradas en su favor, no embarazaron el que la mayor parte de ellos pereciesen en el desierto por haber disgustado á Dios despreciando sus órdenes. Hermanos mios, estas cosas eran figuras que se ordenaban en nosotros, para que no nos dejemos arrastrar del mal, y para que nos aprovechemos de aquel ejemplo. El que juzga que está firme, cuide no caiga. ¿Queremos asegurar nuestra salvacion? Sigamos el espíritu y las máximas de la Iglesia. Bien se echa de ver que San Pablo no pretende hablar aquí del bautismo propiamente tal: quiere que se entienda, que lo que pasaba entónces era figura del bautismo de la ley nueva. La nube que hacia sombra y guiaba á los Israelitas por el dia y los alumbraba por la noche, es figura del Espíritu Santo, que con su gracia nos protege, nos dirige y nos alumbra. La salida de Egipto, el fin de la esclavitud, el tránsito del Mar rojo, significan la salida del pecado y de la esclavitud en que nos tenia el demonio: tambien significa nuestra regeneracion por las aguas saludables del bautismo. Moises, libertador de los Israelitas y mediador entre Dios y su pueblo, es figura de Jesucristo, verdadero libertador del género humano y mediador por excelencia entre Dios y los hombres.

El maná que Dios hacia llover cada para todos igualmente; y el Apóstol llama á esta vianda *espiritual*, porque era representacion y figura del cuerpo de Jesucristo, dado á los fieles para su alimento espiritual en la sagrada Eucaristía. Tambien llama espiritual á la bebida de los israelitas, porque igualmente era figura de la sangre de Jesucristo, ofrecida por todos los hombres en la cruz en el sacrificio de la misa. Finalmente, el ejemplar terrible que nos presenta en la muerte de mas de seiscientos mil hombres capaces de llevar las armas, que salieron de Egipto, y de los cuales solo dos, que fueron Josué y Caleb, entraron á la tierra de promision, nos anuncia el corto número de los escogidos, y la ruina de todos los que, desobedientes á la ley de Dios, perecerán por no haber cumplido su voluntad divina.

El Evangelio de la misa de este dia es del capítulo XX de San Mateo, en el que Jesucristo propone la parábola de los obreros tomados á jornal para la viña, dándoles el mismo salario tanto á los últimos como á los primeros. Queriendo el Salvador darnos con esto una justa idea de la economía de la gracia y de la salvacion, se sirve de esta parábola para explicarnos este misterio. Figuraos, di-

ce, á un padre de familias, que queriendo hacer cultivar su viña, sale al amanecer, va á la plaza, apalabra á unos trabajadores, los envia á su viña al romper el dia, y ofrece dar á cada uno de ellos un denario de jornal por cada dia. Cerca de las nueve, queriendo aumentar los trabajadores para acabar ántes la obra, envia otros por el mismo precio, y les dice que vayan á trabajar á su viña. No pareciéndole bastante este número, vuelve á la plaza tres horas despues, y con las mismas condiciones, envia mas gente. En fin, la impaciencia que tiene de ver su viña cultivada del todo, es tan grande, que sale por la tarde, y sin considerar que no quedan mas que dos ó tres horas de dia, habiendo encontrado gentes ociosas, les dice: ¿Cómo estais aquí sin hacer nada en todo el dia? Porque nadie nos ha ocupado, le responden. Bien está, les dice; id, pues, á trabajar á mi viña, que no lo perdereis. El trabajo de estos obreros no fué igual: los unos trabajaron mucho ménos que los otros; y no obstante esto, todos recibieron la misma paga. A la tarde, dice el Evangelio, dijo el amo á su mayordomo: Haz venir á los trabajadores, y págales empezando por los últimos y acabando por los primeros. Creyeron estos que habiendo ido al trabajo primero que los otros, les darian algo mas. Pero viendo frustradas sus esperanzas, empezaron á murmurar y á quejarse: Es bueno, decian, que estas gentes han venido mucho despues que nosotros: no han trabajado mas que una hora: nosotros hemos trabajado todo el dia: ellos han venido por la tarde, con la fresca: nosotros hemos sufrido todo el calor del medio dia: ellos no han hecho mas que presentarse: nosotros hemos trabajado y sudado doce horas; ¿por qué, pues, á todos se nos hace iguales en la paga? Amigos, les respondió el padre de familias, no os hago el menor agravio: el denario que os doy, es todo lo que se os debe por vuestro jornal; en esto nos hemos convenido; si yo quiero dar á estos últimos tanto como á vosotros, ¿es haceros injusticia el ser liberal con ellos? No soy yo dueño de mi dinero? ¿No puedo disponer de él á mi arbitrio? ¿Por qué habeis de mirar con ojos malignos y envidiosos el bien que se hace á vuestros prójimos, como si os robaran á vosotros lo que se da á ellos? ¿Acaso vuestra malicia me ha de impedir el que yo sea bueno? *En verdad os digo*, concluye el Salvador, *que muchos que vendrán los últimos, ocuparán los primeros puestos: porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos.* No hay cosa mas clara que el sentido de esta parábola.

El padre de familias es Dios; el cual desde que empieza á rayar

en nosotros el uso de la razon, nos convida como desde romper el dia á trabajar en su viña, es decir, á cultivar nuestra alma con las virtudes; se conviene con nosotros en el salario; esto es, en darnos su gloria al fin de la vida, la que no es mas que un dia en comparacion de la eternidad. Pocos hombres hay tan felices, que trabajen en su salvacion desde el momento que pueden hacerlo. No hay edad en que no debamos trabajar en nuestra salvacion. El Salvador, que quiere la salvacion de todos los hombres, ha querido excitar la confianza de los mayores pecadores, y aun de aquellos que habiendo pasado toda su vida en los mas horrendos desórdenes, y en el mas profundo olvido de Dios, se encuentran en la última hora. Esta parábola nos enseña que jamas debemos desconfiar de la misericordia de Dios, aunque nos háyamos envejecido en el pecado, con tal que de veras nos volvamos á Dios por tarde que sea. A la verdad, las conversiones hechas al caer el dia, son raras; y aun serian muy dudosas, por no decir falsas. Si perseveramos en el delito en la esperanza presuntuosa de convertirnos en el último dia de nuestra vida, advirtamos que no ha llegado todavía el fin de este dia. Todavía es tiempo de recibir la recompensa, con tal que trabajemos sériamente y con fervor en nuestra vida. Dios no mira tanto el trabajo como el fervor con que se trabaja.

La Epístola es del capítulo IX y X de la primera del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: ¿No sabeis que los que corren, en el estadío, si bien todos corren, uno solo se lleva el premio? Corred, pues, de tal manera que le ganeis. Ello es que todos los que han de luchar en la palestra, guardan en todo una exacta continencia: y no es sino para alcanzar una corona perecedera; al paso que nosotros la esperamos eterna. Así que yo voy corriendo, no como quien corre á la ventura: peleo no como quien tira golpes al aire; sino que castigo mi cuerpo, y le esclavizo: no sea que habiendo predicado á los otros, venga yo á ser reprobado. Porque no debeis ignorar, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos á la sombra de aquella nube; que todos pasaron el mar, y que todos bajo de Moises fueron bautizados en la nube y en el mar; que todos comieron el mismo manjar espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual (porque ellos bebian del agua que salia de la misteriosa piedra, y los iba siguiendo; la

cual piedra era Cristo.) Pero la mayor parte de ellos desagradaron á Dios.

El Evangelio es del capítulo XX de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos se parece á un padre de familias, que al romper el dia salió á alquilar jornaleros para su viña, y ajustándose con ellos en un denario por dia, enviólos á su viña. Saliendo despues cerca de la hora de tercia se encontró con otros que se estaban mano sobre mano en la plaza y díjoles: Andad tambien vosotros á mi viña y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Otras dos veces salió á eso de la hora de sexta y de la hora de nona, é hizo lo mismo. Finalmente, salió cerca de la hora undécima y vió á otros que estaban todavía sin hacer nada, y les dijo: ¿Cómo os estais aquí ociosos todo el dia? Respondiéronle: Es que nadie nos ha alquilado. Díjoles: Pues id tambien vosotros á mi viña. Puesto el sol dijo el dueño de la viña á su mayordomo: Llama á los trabajadores, y págales el jornal, empezando desde los postreros y acabando en los primeros. Venidos pues, los que habian ido cerca de la hora undécima, recibieron un denario cada uno. Cuando al fin llegaron los primeros, se imaginaron que les daria mas. Pero no obstante, estos recibieron igualmente cada uno su denario. Y al recibirlo murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos últimos no han trabajado mas que una hora, y los has igualado con nosotros que hemos soportado el peso del dia y del calor. Mas él por respuesta dijo á uno de ellos: Amigo, yo no te hago agravio. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Toma pues lo que es tuyo, y vete: yo quiero dar á este, bien que sea el último, tanto como á tí. ¿Acaso no puedo hacer yo lo que quiero? ¿O ha de ser tu ojo malo, porque yo soy bueno? De esta suerte los postreros serán primeros, y los primeros postreros. Muchos empero son los llamados, mas pocos los escogidos.

MEDITACION.

Sobre el Evangelio del dia.

Considera que el Padre de familias es Dios, que nos ha puesto en este mundo para trabajar, para obrar en nuestra salvacion, y no para acumular riquezas. Todo el trabajo de esta vida, por

corta ó larga que sea no es sino trabajo de un dia, despues del cual recibirémos nuestra recompensa. ¡Qué bondad la de nuestro Dios en llamarnos y buscarnos desde la mañana hasta la tarde, esto es, desde el principio hasta el fin de nuestra vida! Él nos llama por medio de los ángeles, de los predicadores y confesores; nos llama por medio de los libros santos, de los buenos ejemplos, de las inspiraciones, de los accidentes funestos; y aun tambien por medio de nuestras propias desgracias y prosperidades. ¿Cuánto tiempo ha que reprende tu pereza, y el poco cuidado que pones en el negocio de tu salvacion? ¿Cuánto tiempo ha que te está diciendo: Qué haces ahí ocioso todo el dia: ve á trabajar en mi viña y te daré tu jornal?

Considera que esta viña es tu alma, en la que debes trabajar desde por la mañana hasta la tarde para que dé el correspondiente fruto. ¿Mas cómo podrás ser verdadera viña, si no estás unido á Jesucristo que es la vid eterna, que da vida y vigor á cualquiera otra que quiera ser viña verdadera y fructuosa; porque solo aquel que mora en Cristo, y en quien Cristo mora, es el que da fruto, y fruto ópimo y abundante; pues sin esta vid no podemos dar fruto alguno. Pero ¡oh, y cuánto se trabaja en una viña para hacerla fecunda! Se ata, se poda, se abona. Llora la vid cuando es podada; y si tuviese sentido se lamentaria quejándose de que se le hacia mal; mas el labrador le responderia, que esto era necesario para su bien, y que de otro modo seria arrojada al fuego por inútil. Lloras tú y te lamentas, cuando Dios te quita los bienes, cuando te quita la salud, ó aquello que amas. ¿Pero te asiste la razon? Si Dios no obrase contigo de este modo no darias fruto alguno. ¡Ah! toma tú mismo la podadera y corta aquello que encuentres superfluo, ó en que conozcas que se va inútilmente el jugo que debes á tu Dios; córtalo con valor, porque te ves en la indeclinable alternativa de sufrir, ó aquí el hierro, ó despues el fuego.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Ah Señor, que yo no tengo fuerzas ni el valor necesario para cortar y desprender de mí lo que hace tanto tiempo está impidiéndome acudir con el fruto correspondiente á la gracia que tan liberalmente me habeis dado! Hoy por vuestra bondad me animo ya á pediros que vos mismo corteis y separeis de mí á las criaturas perniciosas que os roban lo que vos solo debeis poseer en mí. Esta es ya

en mí, una saludable disposicion que debo á vuestra inspiracion; pero no corresponderia á la gracia que me dispensais, ni seria yo el operario de la viña de mi alma, si rehusase poner el medio positivo que me ordenais para cortar y apartar de mí la criatura enemiga: yo mismo quiero hacerlo, y sin dilacion alguna, confiando en el esfuerzo que me comunicará vuestra virtud soberana.

JACULATORIA.

¡Oh Dios! ¿Qué pudiste hacer en favor de mi viña, que no hayas hecho? Haz que yo corresponda á tu benigno influjo.

LECCION.

Sobre el propio desprecio.

Del conocimiento de Dios, del de nosotros mismos, y del de la multitud de pecados que cada dia cometemos, se sigue necesariamente que debemos humillarnos y abatirnos cuanto sea posible, y desear ser despreciados de todos, pues que hemos despreciado al Criador de todo. Miremos, dice San Buenaventura, nuestra gran vileza, y la grandeza de la ofensa divina, y humillémonos ante Dios cuanto sea posible. Esforcémonos y tomemos armas contra nuestra misma malicia y juzguémonos nosotros mismos para no ser juzgados el dia terrible de las venganzas del Eterno. Diga cada uno dentro de sí: Si por los pecados que yo hice, mi Dios y Señor fué tan envilecido, atormentado y afligido, ¿cómo dejaré yo de abatirme y despreciarme, siendo yo el mismo que pecó? Efectivamente, somos unos perversos y desconocidos, que á cada paso ofendémos y despreciamos á Dios: mas nos mueven los falsos halagos de la peor de las criaturas, que los beneficios del Santo por esencia, autor y conservador de todas ellas: mas nos agrada la malicia diabólica, que el amor divino: ni este nos atrae al bien, ni los juicios de Dios nos separan del mal. Cuanto está de nuestra parte escarnecemos y conculcamos el poder, la sabiduría, la bondad de aquel que nos crió, y lo que es mas, nos redimió. Mas tememos desagradar á un hombre flaco, que á la Omnipotencia de todo un Dios; mas apreciamos las vanas delicias del mundo, que los infinitos tesoros y riquezas de la gloria.

Las mismas insensibles criaturas dan voces contra nosotros. Estos son, dicen ellas, los que usaron mal de todas nosotras; pues habiendo de ordenarnos al servicio y gloria de nuestro Criador, nos hicieron servir á la voluntad de su enemigo, volviéndole en injuria lo que él habia criado para su servicio. Borraron de sus almas la imágen hermosa de Dios: se hicieron mas terrenos que la tierra, mas viles que la despreciable ola, mas mudables que el viento, mas endurecidos que las piedras, mas crueles contra sí mismos y sus hermanos que las fieras y basiliscos: y no temen á Dios; desprecian á los hombres. No se contentan con injuriar ellos solos á Dios; atraen tambien á los demas para hacerlos compañeros de su delito: es tan grande su soberbia, que si Dios no les cumple sus apetitos, ó les manda la parte de adversidades que les toca llevar en este mundo, al momento se airan contra él, como contra uno de sus criados, y aquí es donde se estrellan los buenos propósitos; hasta aquí dura el servicio de Dios. En lo malo y en lo bueno desean ser alabados, juntémoslos, pues, y distribuyámoslos. La tierra dice: No le sustentaré: el agua, no le refrigeraré: el fuego, no le calentaré: el aire, no le daré aliento. ¿A dónde pues, iremos? ¿A Dios? Le hemos menospreciado. ¿A los ángeles? Los hemos enojado. ¿A los santos? Los hemos deshonrado. ¿A los hombres? Los ofendimos y escandalizamos. ¿A las demas criaturas? Todas están ofendidas; todas son nuestros enemigos: nadie está de nuestra parte: nuestra misma conciencia nos acusa: nuestras mismas entrañas nos despedazan.

Lloremos pues, como unos miserables, sin poner fin á nuestras lágrimas miéntras vivamos en este valle de miserias, esperando nos perdone nuestro Salvador. Humillémonos ante su soberana presencia, y confesemos nuestras iniquidades y pecados, para que estienda su misericordia, pues que su bondad puede mas que nuestra maldad: hagamos se regocije el Padre amoroso con la vuelta de su hijo pródigo: que el buen Pastor célebre el encuentro de la oveja perdida, y la muger piadosa el hallazgo de la dracma extraviada. Mas para alcanzar estos beneficios, es preciso armarnos contra nosotros mismos, confundirnos y humillarnos. Busquemos por todas partes las penas y trabajos; despreciémonos como un cieno hediondo. Alegrémonos pues, en las deshonras, vengan por la parte que vinieren. Gozémonos en nuestra confusion: apetezcamos las penas y desprecios: sírvannos de tormento las consolaciones y honras de esta vida; ellas sean para nosotros unos amigos engañosos y lisongeros. En todas las cosas no busquemos sino la honra de Dios y la confusion y desprecio nuestro.

De todas estas reflexiones resulta que debemos tener dolor de los pecados cometidos, temor á Dios, un odio santo de nosotros mismos, y por lo propio un deseo vivo de ser menospreciados. De lo primero nace la penitencia que lava todos los pecados pasados: de lo segundo la preservacion de los venideros; por lo tercero se alcanza la victoria del amor propio, y por lo cuarto la verdadera humildad, escala segura y el mismo paso indispensable para la gloria. Esta es la fuente de donde se coge agua para criar el propio aborrecimiento: ella es tambien la que sustenta todas las virtudes: por lo mismo debemos procurar alcanzarla; para esto sirve mucho el reflexionar sobre la condicion y miserias de nuestra vida, para que por ellas veamos cuán vana es la gloria de este mundo: pues se funda en tan flaco y deleznable cimiento, y cuán en poco nos debemos estimar; pues que estamos sujetos á tantas miserias. Si descubrimos nuestro orígen y nacimiento, no encontrarémos mas que vileza: la humildad de nuestra concepcion: el pecado original con que somos concebidos; las injurias y dolores con que nacemos: la fragilidad y miseria de nuestro cuerpo, todo, todo nos patentiza nuestra nada. Lo mas apreciable que al parecer tenemos es la vida, y esta ¿cuán breve no es? Pues que su mas largo período es de setenta á ochenta años, porque si á mas se extiende, todo es trabajo y dolor; y si de este período se quitan los primeros años de la niñez, y el tiempo del sueño, encontrarémos que el que mas vive no pasa de veinte y cinco á treinta años. Y si este poco de vida lo comparamos con lo venidero, ¿no somos unos necios en querer gozar mas bien de este sopio de vida tan breve, esponiéndonos á perder el descanso de aquella que ha de ser eterna?

A esto se añade la incertidumbre, y es otra de las miserias de esta vida, pues no basta ser de suyo tan breve como es, sino que eso poco que hay no está seguro, sino dudoso. Porque á la verdad, raros son los que llegan á los setenta años; los mas mueren en la niñez; si no en esta, en la juventud. Y si no, acordémonos de los compañeros de nuestra infancia, y ¿cuán pocos encontrarémos! ¿Qué se han hecho tantos amigos, tantas personas ilustres? ¡Cuán cierto es lo que dice San Pablo! *El tiempo es corto: lo que resta es, que los que tienen mugeres sean como si no las tuviesen, y los que lloran como si no llorasen: y los que se alegran como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen, y los que usan de este mundo, como si no usasen; porque pasa la figura de este mundo.* Efectivamente, no es mas que una sombra, una figura, un relámpago: es un vaso delicado y frágil, que se rompe á cualquiera aire. Un poco de sol ó de agua basta para despojarnos de ella. Si reflexionamos sobre sus mudanzas, no seremos capaces de numerarlas: el cuerpo nunca está en la misma disposicion: el alma siempre anda como la mar, alterada por diversos y contrarios vientos; apénas comienza á separarse del escollo de una pasion, cuando da en el de otra. Toda nuestra vida no es sino un movimiento continuo y desconcertado; una candela que miéntras mas arda mas se gasta; una flor que se abre á la mañana, al medio dia se marchita, y á la tarde se seca. Ella en fin es un valle de lágrimas, un piélago de infinitas miserias, cuyo puerto es la muerte; pues que el cuerpo se despoja de todas las cosas porque tanto anhela, y el alma se previene para una situacion que tal vez sabe ó por lo ménos presume no será la favorable, pues su modo de obrar la condena. Vivamos por tanto de modo que aun podamos evitar tan terrible desgracia: despreciémonos conforme la sentencia del Evangelio: *El que aborrece su alma en este mundo, la guarda para la vida eterna.*

Domingo de Sexagésima.

El Domingo de Sexagésima no tiene otro misterio en su nombre, sino el número de seis semanas hasta el Domingo de pasion; y los cuarenta dias de ayuno para aquellos que antiguamente dejaban de ayunar los Jueves ó los Sábados, y que por consiguiente comenzaban la cuaresma el dia siguiente al Domingo de Sexagésima: así como empezaban los ayunos en la Septuagésima los que habian de dejar de ayunar los Juéves y los Sábados de cuaresma. La Iglesia que destina este tiempo para celebrar el misterio de la redencion, nos presenta en las lecciones de escritura del oficio divino como un compendio de toda la historia del humano linage en lo concerniente á la caida del hombre y su reparacion, describiéndonos en la semana de Septuagésima la creacion del mundo y su historia hasta Noé: en la de Sexagésima el diluvio universal y los sucesos posteriores hasta Abraham; y en la Quincuagésima nos presenta á Abraham escogido por Dios y colocado en la tierra de promision, figura de la pa-

tria celestial, á la que son destinados los verdaderos creyentes, mediante la redencion que habia de obrar el verdadero Padre del siglo futuro, de quien Abraham era solo figura.

Algunos consideran al Domingo de Sexagésima, como consagrado tambien en parte para honra y gloria del Apóstol San Pablo. La oracion de la misa es bajo su advocacion particular; esto es, una súplica hecha á Dios por la intercesion de su Apóstol. La Epístola asimismo contribuye a su honor, pues no es otra cosa que la historia ó descripcion que hace á los corintios el mismo San Pablo, de sus trabajos apostólicos, de los tormentos que habia padecido, de su rapto al tercer cielo, de sus tentaciones, y de todo lo que creyó podia contribuir al adelantamiento de los fieles de Corinto, para vindicar el honor de su apostolado que los enemigos de la Iglesia habian intentado desacreditar entre aquellos fieles.

No bien habia salido el Apóstol de los confines de Corinto, cuando irritado el demonio de las prodigiosas conquistas que habia hecho para Jesucristo en aquella ciudad, envió á ella á sus emisarios. Eran estos unos falsos apóstoles que repugnando la doctrina evangélica, trataron de desacreditar á aquel su integérrimo predicador, diciendo que no habia recibido su mision ni de Jesucristo ni de los primeros apóstoles: que tampoco habia dado pruebas de su apostolado: que no era ménos despreciable por sus talentos que por su personal; y que por lo mismo, su doctrina debia serle sospechosa. Como estos embusteros afectaban en su exterior cierto aire de modestia y de piedad que engañaba á los simples, se iban adquiriendo muchos admiradores y secuaces. Noticioso San Pablo de los progresos que hacian estos seductores contra la religion, bajo el pretesto de que no tiraban contra ella, sino solo contra la persona y la mision de aquel que ellos llamaban intruso en el apostolado, se vió obligado á emplear todos los medios necesarios para impedir un mal tan grande y de tanta trascendencia, á fin de que abriesen los ojos los que ya habian caido en el lazo. Para ello era indispensable quitar la máscara á aquellos falsos profetas, y hacer patente la autoridad de su mision; así como el buen desempeño que le habia prestado, y que, á pesar de su profunda humildad, les presenta en la historia de su vida, para hacer ver por ella que en nada desmerecia su confianza, pues que la doctrina evangélica que les habia predicado se veia secundada por la conducta que correspondia en un Apóstol de Jesucristo. Comienza ingeniosa y humildemente disculpándose de lo que va á decir en su

favor: bien sé, les dice, que no es de cuerdos el alabarse; pero tambien sé que sois bastante caritativos, y que por lo mismo sufriréis con paciencia mi necedad; porque siendo vosotr sabios, sufrís de buena gana á los que no lo son; quiere deciros, que siendo sabios y moderados, no deben tener pena en soportar las flaquezas; mucho mas, cuando habian sufrido la altivez, la altanería y las vejaciones de aquellos que habian dado ocasion para que su paciencia se pusiese á pruebas, mucho mas duras que las á que él los ponia por las alabanzas que haria de sí mismo. Lo digo para mi confusion y quizá tambien para la vuestra: al paso que mostrais tanta deferencia á esos impostores, nos mirais como á gente débil y despreciable, porque no os hemos tratado con la altanería que ellos; pero si vuestros pretendidos apóstoles se glorían de ser judíos, yo tambien lo soy: si ellos se llaman hijos de Abraham, tambien yo: si se apellidan ministros de Jesucristo, yo lo soy, y mas que ellos, pues he sufrido mas prisiones y mas trabajos: he sido azotado cruelmente, y me he visto muchas veces á punto de anegarme en la mar. Cinco veces recibí de los judíos treinta y nueve golpes de azote; tres veces he sido azotado con varas. El Santo Apóstol prosigue refiriendo todos los peligros en que se habia visto, y todo lo que habia tenido que sufrir de parte de los falsos hermanos. Como el ministerio de Jesucristo y de sus apóstoles es un ministerio de penas, de persecuciones y de sufrimientos, S. Pablo prueba por aquí la legitimidad y verdad de su mision y de su apostolado: una vez, les dice, he sido apedreado, tres veces he padecido naufragio, un dia y una noche he estado en lo profundo del mar. San Juan Crisóstomo y Santo Tomas creen que San Pablo estuvo un dia y una noche en alta mar despues de un naufragio, ó nadando, ó manteniéndose sobre una tabla luchando con las olas, con los vientos y con la muerte misma. Añadid á esto, prosigue el Apóstol, el cuidado de todas las Iglesias, y el peso de los negocios de que estoy rodeado: á mas de lo que sufre mi corazon por el ardor de mi caridad universal y de mi zelo. ¿Quién está enfermo, que yo no me enferme con él? ¿Quién da una caida, un tropiezo, que yo no sienta un vivo dolor.

Yo sé, continúa San Pablo, que vuestros falsos profetas se glorian de ser favorecidos de Dios, y quieren engañaros con la relacion pomposa de sus pretendidas revelaciones; pero sabed, hermanos mios, que Dios no se comunica á los que no tienen su espíritu ni se sujetan á su Iglesia. Mas por cuanto ellos procuran sorprenderos con falsos

supuestos, me veo obligado á descubriros yo mismo delante de Dios los singulares favores de que me ha colmado, aunque habia determinado sepultarlos en un silencio eterno. Porque si yo quisiere gloriarme, no me gloriaré sino en cosas que me humillen. Ni me conviene gloriarme; pero ya que me veo precisado á ello por la necesidad de defenderme de mis calumniadores, os diré: que yo sé que un hombre que está en Jesucristo fué arrebatado catorce años ha hasta el tercer cielo; si fué con el cuerpo ó en éxtasis, no lo sé, Dios lo sabe: solo sé que oyó allí cosas llenas de misterios, de las que no es permitido al hombre hablar. San Pablo habla aquí en tercera persona por la modestia y humildad que no le dejaban entera libertad para descubrir en términos formales aquel favor celestial que habia recibido de Dios. El tercer cielo, á que fué arrebatado, es la habitacion de los bienaventurados, y Dios le descubrió allí los mas secretos misterios de la religion cristiana; tales, que segun San Agustin y otros muchos Santos Padres, eran sobre la capacidad del espíritu humano. Precisado el Apóstol á descubrir aquellos favores, ocurre al instante á humillarse, declarando que el Señor, para que no se ensoberbeciese con la grandeza de las revelaciones, habia permitido que le mortificase el aguijon de la carne, de que le habia pedido muchas veces lo librase; pero que el Señor no habia accedido á su peticion, consolándolo con que su gracia bastaba para sostenerle en la virtud, porque esta se perfecciona en la debilidad, esto es, se forma y vigoriza con el hecho mismo de pelear contra la propia flaqueza.

El Evangelio de la misa de este dia es del capítulo VIII de San Lúcas. Habiendo ido el Salvador á la ribera del lago de Genezaret, que se llamaba el mar de Galilea; una multitud de pueblo, que venia de las ciudades vecinas se juntó al punto al derredor de él, de modo que le fué preciso entrar en una barca que estaba á flete, desde donde, habiéndose sentado, comenzó á instruir á aquella tropa de oyentes que estaba á lo largo de la ribera. El modo de enseñarles era poniéndoles, como se dijo ya, parábolas tan agradables como útiles: y con estas comparaciones familiares les expresaba como en una pintura, las diversas disposiciones, y los diferentes estados de las almas, de un modo tan inteligible aun en los espíritus mas groseros, que cada uno comprendia lo que queria enseñarles.

Ved aquí la primera parábola que les propuso: Salió el sembrador á sembrar su semilla sobre la tierra; mas habiendo caido una

parte de la semilla en el camino real, la pisaron los pasageros y la desmenuzaron, ó se la comieron las aves: otra parte arrojada á un parage muy pedregoso, en que el grano tenia poca tierra, nació presto porque la tierra no era profunda; pero apénas salió el sol, cuando el aire solano quemó la yerba, y esta se secó por no tener honda la raiz. Otra parte cayó en un parage lleno de espinas, las que crecieron y la sofocaron. En fin, habiendo caido lo restante en buena tierra, echó raices el grano, creció, y produjo espigas tan hermosas y tan llenas, que unas dieron ciento por uno, otras sesenta, otras treinta.

Despues de esto levantó la voz para llamar la atencion de sus oyentes y hacerles advertir las últimas palabras que formaban la conclusion y contenian el sentido de la parábola: con todos habló, les dijo, y especialmente con aquellos á quienes el Espíritu Santo abre los oidos del corazon para oir lo que digo y penetrar el misterio que en esto se encierra. Esto dió ocasion á los discípulos, para que luego que estuvieron solos con el Señor, le preguntasen por qué cuando hablaba con el pueblo se servia de parábolas. Para hacer comprender mejor, les dijo, á este pueblo grosero, unas verdades y una moral que les son extrañas, y que exceden á la capacidad de su espíritu. Porque el don de inteligencia, añadió, no es dado á todos: yo os lo he dado á vosotros con preferencia á muchos otros, porque os he elegido para que enseñeis á todo el mundo; para que lleveis las luces de la fé y prediqueis el Evangelio á todo el universo. Los conocimientos puros y perfectos son para las almas dóciles que tienen un verdadero deseo de ser instruidas, y que están siempre dispuestas á oir á Dios y aprovecharse de las luces que reciben. A solas las almas así dispuestas, á solas las almas puras como sois vosotros, se concede el penetrar bien las máximas de la fé y las verdades de la ley nueva. Por lo demas, el hablar yo por figuras á este pueblo, añadió el Señor, es por el abuso voluntario que hace de las gracias y de los beneficios de Dios, pues oyendo todos los dias mis instrucciones, no se hacen mejores ni son mas dóciles; se contentan con escucharme, sin cuidar de poner en práctica lo que oyen; y para que sean menos excusables y puedan entender mejor las verdades que les enseño, me sirvo de las comparaciones mas sensibles y fáciles. Pero su poca docilidad verifica bien lo que dijo de ellos el profeta Isaías: Vosotros vereis con vuestros ojos, y no vereis: oireis con vuestros oidos, y no entendereis; pues despues de haberme

oido, nada hacen de lo que les he enseñado. Vosotros dad gracias á Dios porque se os ha dado el conocer el misterio del reino de Dios, es decir, todo el fondo de la religion evangélica: á vosotros digo, que abrís los ojos á la luz, y solicitais ser instruidos. Pero por lo que mira á los que solo muestran indiferencia hácia la verdad; estos la tienen delante de los ojos, y no la conocen; la oyen y no la comprenden.

Aunque esta parábola era fácil de comprender, tuvo á bien el Salvador explicar el sentido moral que encerraba. La semilla, dijo, es la palabra de Dios: este grano es excelente; pero halla poca tierra buena: unos oyen la palabra de Dios con un espíritu disipado, con un corazon abierto, como camino real, á toda suerte de objetos, en los cuales las vanas fantasmas del mundo entran á toda hora, y hallan buen hospedage. El demonio, que está en acecho y que procura valerse de su mala disposicion, roba tan fácilmente de su corazon esta semilla divina, como las aves se llevan el grano que encuentran en los caminos. Otros oyentes hay un poco mas atentos; pero su corazon es como las tierras pedregosas, en las cuales el trigo no puede echar hondas raices. Hay otros que no están de todo punto sordos á la palabra de Dios; les entra por el oido y aun les llega al corazon; pero á poco tiempo la sofocan con los cuidados y solicitudes de los bienes criados, con las puntas del deleite, y con las espinas inseparables del amor del placer y de las riquezas. Finalmente, hay almas puras, fervorosas y bien dispuestas, que, como las tierras fértiles, nunca reciben la palabra de Dios en vano; al punto prende en ellas, nace y produce una mies de las mas abundantes. La semilla divina no es solamente esta palabra de Dios que nos anuncian sus ministros, sino tambien palabra de Dios interior, esto es, la gracia, la cual sola puede dar la eficacia á la palabra exterior. Recibamos esta preciosa semilla con un corazon recto y bien dispuesto, con un deseo ardiente y eficaz de ponerla en práctica, que así producirá un fruto cien doblado. Conservemos esta divina semilla; no permitamos que las aves se la lleven: estemos alerta contra los artificios y esfuerzos del demonio, contra los asaltos impetuosos de las pasiones, contra el tumulto de nuestro propio corazon, contra las violencias de las persecuciones, contra las artes de nuestro amor propio. Seamos fieles en seguir las santas inspiraciones: seamos generosos en poner en práctica lo que Dios nos dice y nos manda; suframos con paciencia las contradicciones, y aguardemos con paciencia el tiempo de la cosecha.

La Epístola es de los capítulos XI y XII de la segunda del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Porque sois prudentes, aguantais sin pena á los imprudentes. Porque vosotros aguantais á quien os reduce á esclavitud, á quien os devora, á quien toma vuestros bienes, á quien os trata con altanería, á quien os hiere en el rostro. Digo esto con confusion mia; pues en este punto pasamos por sobrado débiles. Pero en cualquier otra cosa de que alguno presumiere (hablo sin cordura), no menos presumo yo. ¿Son hebreos? Yo tambien lo soy. ¿Son Israelitas? Tambien yo. ¿Son del linage de Abraham? Tambien lo soy yo. ¿Son ministros de Cristo? Aunque me exponga á pasar por imprudente, diré que yo lo soy mas que ellos; *pues me he visto* en muchísimos mas trabajos, mas en las cárceles, en azotes sin medida, en riesgos de muerte frecuentemente. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes ménos uno. Tres veces fuí azotado con varas: una vez apedreado: tres veces naufragué: estuve una noche y un dia *como* hundido en alta mar; *me he hallado* en *penosos* viages muchas veces: en peligros de rios, peligros de ladrones, peligros de los de mi nacion, peligros de los gentiles, peligros en poblado, peligros en despoblado, peligros en la mar, peligros entre falsos hermanos: en trabajos y miserias, en muchas vigilias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frio y desnudez. Fuera de estas cosas exteriores, cargan sobre mí las ocurrencias de cada dia por la solicitud de todas las iglesias. ¿Quién enferma, que no enferme yo con él? ¿Quién es escandalizado, que yo no me requeme? Que si es preciso gloriarse de alguna cosa, me gloriaré de aquellas que son propias de mi flaqueza. Dios, que es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, y que es para siempre bendito, sabe que no miento. Estando en Damasco, el gobernador de la provincia por el rey Aretas, tenia puestas guardias á la ciudad para prenderme: mas por una ventana fuí descolgado del muro abajo en un seron, y así escapé de sus manos. Si es necesario gloriarse, (aunque nada se gana en hacerlo) yo haré mencion de las visiones y revelaciones del Señor. Yo conozco á un hombre en Cristo, que catorce años ha (si en cuerpo ó fuera de cuerpo, no lo sé, sábelo Dios) fué arrebatado hasta el tercer cielo, y sé que el mismo hombre (si en cuerpo ó fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe) fué arrebatado al paraiso, donde oyó palabras inefables, que no es lícito á un hombre el proferirlas. Sobre seme-

jante sugeto podré gloriarme: mas por mí, de nada me gloriaré, sino de mis flaquezas. Verdad es que si quisiese gloriarme, podria hacerlo sin ser imprudente; porque diria verdad: pero me contengo, á fin de que nadie forme de mi persona un concepto superior á aquello que en mí ve ó de mí oye. Y para que la grandeza de las revelaciones no me desvanezca, se me ha dado el estímulo de mi carne, un ángel de Satanás, para que me abofetée. Sobre lo cual por tres veces pedí al Señor que le apartase de mí; y respondióme: Bástate mi gracia; porque el poder mio brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza. Así que, con gusto me gloriaré de mis flaquezas; para que haga morada en mí el poder de Cristo.

El Evangelio es del capítulo VIII de San Lúcas.

En aquel tiempo: Con ocasion de un grandísimo concurso de gentes que de las ciudades acudian presurosas Jesus, á dijo esta parábola: Salió un sembrador á sembrar su simiente; y al esparcirla, parte cayó á lo largo del camino, donde fué pisoteada, y la comieron las aves del cielo: parte cayó sobre un pedregal, y luego que nació, secóse por falta de humedad: parte cayó entre espinas, y creciendo al mismo tiempo las espinas con ella, sofocáronla. Parte cayó en buena tierra, y habiendo nacido, dió fruto á ciento por uno. Dicho esto, exclamó en alta voz: El que tenga oidos para escuchar, atienda. Preguntábanle sus discípulos cuál era el sentido de esta parábola. A los cuales respondió así: A vosotros se os ha concedido el entender el misterio del reino de Dios, miéntras á los demas en parábolas; de modo que viendo no echen de ver, y oyendo no entiendan. Ahora bien, el sentido de la parábola es esta: La semilla es la palabra de Dios. Los granos sembrados á lo largo del camino, significan aquellos que la escuchan, sí; pero luego viene el diablo y se la saca del corazon, para que no crean y se salven. Los sembrados en un pedregal, son aquellos que oida la palabra, recíbenla, sí, con gozo; pero no hecha raices en ellos, y creen por una temporada, y al tiempo de la tentacion vuelven atras. La semilla caida entre espinas, son los que la escucharon; pero con los cuidados, y las riquezas y delicias de la vida, al cabo la sofocan, y nunca llega á dar fruto. En fin, la que cae en buena tierra, denota aquellos que con un corazon bueno y muy sano oyen la palabra de Dios, la conservan, y mediante la paciencia dan fruto sazonado.

MEDITACION

Sobre el Evangelio del dia.

Considera que Jesucristo es quien siembra buenos pensamientos en nuestro entendimiento y santos deseos en nuestro corazon; los cuales producen la santidad, la paz y la alegría. Mas este corazon se asemeja á una tierra que de sí misma no es capaz de producir mas que abrojos y espinas; pero que en las manos de Dios puede hacerse fructuosa, siempre que aparte de sí las piedras del endurecimiento y las espinas de los afanes, riquezas y deleites de esta vida; y que asimismo se sustraiga del comercio del mundo, que huella en él la semilla; y dé la ocasion peligrosa, en que el diablo viene y le roba este buen grano. Así es nuestro corazon; sin la gracia de Dios no puede hacer, ni pensar, ni desear cosa alguna que conduzca á la salvacion; mas con la divina gracia produce frutos de vida eterna: ni el corazon solo, ni sola la gracia, hacen nacer la virtud y las buenas obras, sino el corazon ayudado y fortificado por la gracia. ¡Ah, mira bien si en tí se dan estas circunstancias! Yo sé que el Sembrador divino no ha dejado de arrojar sobre tí la excelente semilla de su divina palabra; mas no sé si la han ahogado las espinas de las pasiones que alimentas, ó si ha caido entre las piedras de tus pecados, que le impidan echar raices; ó si has sido para ella un camino de disipacion y divertimiento, que haya dado lugar á que el enemigo comun la haya robado. Examínate bien, en la inteligencia de que si te encuentras en alguna situacion de estas, pereció para tí la semilla evangélica.

Considera que una tierra cultivada, regada con las lluvias del cielo y que fructifica, recibe las bendiciones de Dios; mas aquella que á pesar de esto produce abrojos y espinas, reprobada es y maldita del Señor. Aquella le merece que arroje de sus términos al aquilon del mundo y la soberbia que todo lo seca, abrasa y destruye; y que llame y convide al Austro saludable, soplo vivificador del espíritu divino, para que sople en ella y la fecunde. Mas al contrario la tierra resistente á la disposicion é influjo soberano del Señor: á ella es quitado este soplo de vida, que tan ingratamente despreció, y es abandonada á merced del aquilon furioso, que en breve seca y marchita su verdor, y la convierte en un campo estéril, cubierto de arena, ó fecundo solo en plantas venenosas y mortíferas. ¡Oh, y cuánto nos importa corresponder á la divina gracia! ¡Cuánto nos interes

sa conservar la semilla que haya arraigado y fructificado en nosotros; puesto que el que hoy es un campo fecundo, una sementera abundosa y bien lograda, puede mañana contraer algunos vicios que le hagan perder su fertilidad y su riqueza!

PETICION Y PROPÓSITOS.

No permitais, Señor, que en mí suceda semejante desgracia: yo conozco bien que la semilla tan rica y de tan suma excelencia que empleais en mí, merece ser recibida en una tierra vírgen, en un corazon bueno y dispuesto á recibirla dignamente; pero tambien conozco que la misma semilla comunica su bondad al terreno. Dadme por tanto que de tal modo la reciba, que participe de este bien, y que en él me conserve con el auxilio de vuestra misma gracia, sin dar entrada á los vicios que lastimosamente pueden arruinar esta obra.

JACULATORIA.

Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.

LECCION.

Sobre las miserias de la vida.

Terrible pensamiento es para el hombre considerar aquel primer instante en que nace, y aquel último en que muere, ni en uno ni en otro sabe el cómo, ni el cuándo, ni el por qué; hoy existe, y mañana ya no es. Dios solo, cuyos secretos nadie conoce, es quien á su gusto determina el tiempo de nuestra existencia, y la duracion de nuestros dias. A unos da solo diez ó quince años, á otros concede ochenta, y ademas de esto, miserias y dolores, pesares y angustias. Antes de nacer somos unos entes miserables, envueltos en la oscuridad del seno materno, y oculto á todo el mundo; llegamos á nacer, y al momento lloramos nuestras desdichas, y presentamos al universo el retrato mas vivo y cabal de la esclavitud y del pecado. La asistencia, el cuidado y esmero del padre y de la madre manifiestan nuestra debilidad é importancia. Todo resuena, todo se resiente y lastima de nuestras miserias y de nuestros gritos, entre tanto llegamos insensiblemente al uso de la razon, para entrar en un nuevo aprendizage de males y pesadumbres. Una voluntad perpetuamente contrarestada por maestros; una memoria siempre sobre-

cargada de sentencias y palabras, y un cuerpo tierno expuesto incesantemente á los castigos, hacen nuestros primeros años tan tristes como vergonzosos. Esto es tan cierto, tan manifiesto y tan constante, que á pesar del placer que tendriamos en rejuvenecer, no querriamos comprarlos á precio de volver á andar camino tan penoso.

Se sigue la juventud, y cualquiera al verla tan bella la tendrá por una rosa: ¡pero de cuántas espinas no la encuentra rodeada! Tiembla el juicio al pensar en las pasiones de que se vió entónces atacado. Nuestra cabeza aturdida no nos permite escuchar la suave voz de la razon: nuestro corazon que se endurece ó liquida segun las diversas impresiones que recibe, y nuestra alma, hecha una esclava, se sujeta á todas nuestras sensaciones. Las ciencias sirven para darnos á conocer nuestra ignorancia. A la verdad, que solo á fuerza de sudores y fatigas consigue un jóven desenvolver algunas verdades. ¡Cuántas lecciones! ¡Qué de reprehensiones para aprender los principios de algun idioma! El estudio desespera, el trabajo desmaya.

Continuemos registrando nuestras miserias en la adolescencia. En esta los deseos combaten con la prudencia, y las pasiones con la razon. El amor turba el cerebro; la soberbia corrompe el espíritu; el juego arruina la hacienda; la destemplanza destruye la salud; todo conspira á la ruina de la juventud, á manera de una tempestad, en la que las nubes, los relámpagos, la lluvia, los vientos y los truenos parece se conjuran para desarraigar una tierna flor. Si se resiste á la cólera, se rinde á la pereza; si se libra de los vicios, se da en las ridiculeces, ó es un truhan ó un misántropo. Siempre pensando en lo venidero, y nunca en lo presente; siempre en otra parte diversa de donde se existe. De ahí es que los primeros años se pasan en un torbellino que nos quita la vista de nosotros mismos y de nuestros deberes. ¿Qué rareza no es ver en un jóven algunos rasgos de razon y de grandeza de alma? Los hombres en sus primeros años no hacen por lo comun bien alguno, sino por distraccion. La ligereza de sus ideas, la vehemencia de sus deseos, y el hervor de sus humores desordenan todo su interior. La verdad es para ellos un enigma, la ciencia un peso grave, el estudio un cruel tirano, y el trabajo una caso insoportable. Se temen los padres, se aborrecen los maestros, se atormenta á los criados, y cada uno se hace un verdugo, como lo es de los otros. Solo los que gozan de una feliz y cristiana educacion, que son muy pocos, son los que pueden reprimir estos

desgraciados ímpetus; pues por una fatalidad los mas carecen de las instrucciones necesarias para enderezar un jóven y dirigirlo por donde debe andar: comunmente á unos se les abandona á la ignorancia, y á otros á la lisonja: á unos se les incensa, á otros se les abate; á éstos se les halaga, á aquellos se les vitupera; y á unos y á otros se les adormece, cuando se les debia despertar.

Este es el estado de la juventud, en cuyo estío abrasador nos consumimos y nos devoramos, hasta que llega el tiempo en que á los placeres suceden los negocios, y entónces se apodera de nosotros la ambicion y nos tiraniza. Entónces comienzan las inquietudes, siguen los embarazos, y no pensamos ya sino en colocarnos en esta tierra como si fuera nuestra última y eterna morada. Entónces la fortuna es el ídolo que adoramos; el dinero la dicha que solicitamos. Todo, todo se dirige á estos dos objetos: de aquí nacen las astucias, los enredos, las ficciones, las mas veces los delitos. No se solicita mas que intereses y honores: se casa por codicia, se buscan empleos por soberbia, y no se piensa sino en nutrir bien el cuerpo, alojarle con comodidad y vestirle con ostentacion: nuestra memoria y nuestra voluntad solo sirven á una vida absolutamente sensual.

Bastantes desgracias serian estas para no ser felices; pero las injusticias que nos oprimen, las calumnias que nos persiguen, las enfermedades que nos atormentan, y las tentaciones que nos acongojan, aumentan la cadena de nuestros infortunios, y nos reducen al mas duro cautiverio. No encontramos sino peligros, amigos falsos, ladrones y enemigos: parece que todas las criaturas se arman para nuestra ruina y destruccion: la rosa afila sus espinas; el insecto destila su ponzoña: peligros en las ciudades, peligros en las aldeas, peligros en los mares; en una palabra, siempre los unos suceden á los otros: el miedo nos turba, el desasosiego nos desconcierta.

Este el verdadero retrato de la vida presente, á pesar de que á primera vista nos parece todo risueño: mas en la realidad no está llena sino de angustias, dolores y é incomodidades. Y esto es, ¡no circunstanciando las miserias del pobre, ni las enfermedades á que estamos expuestos! Para esto seria preciso ir á las cabañas y asistir á los hospitales, y ver el modo con que se rechaza la muerte, que no es otro sino los medicamentos y operaciones, las mas veces peores que la misma muerte. Con razon llamó Job á nuestra vida una continua batalla. A nadie necesitamos preguntar para saber nuestras desdichas: están en nosotros y al rededor de nosotros. Los mas se

confiesan descontentos en su suerte; prueba nada equívoca de que no hay estado libre de desgracias y pesares. Los ricos están devorados po un gusano interior; y los pobres por el hambre: los grandes consumidos por la ambicion y por el tédio; los pequeños despojados por la injusticia, y pisados por la soberbia. ¡Qué de turbaciones dentro de nosotros mismos y en nuestras casas! ¡Qué de llantos y sentimientos por las personas que amamos! ¡Qué ímpetus de cólera que es preciso reprimir! ¡Cuántos pensamientos que es preciso disipar! Una hora nos trae nuevas inquietudes: un minuto nuevos embarazos. Sin duda que perecerémos al peso de estos males, si la religion no nos instruye, si la caridad no nos conforta; estos son los únicos lenitivos que nos pueden hacer soportables las miserias de esta vida, y la acerbidad de tamaños males.

Domingo de Quincuagésima.

El Domingo de Quincuagésima no es menos privilegiado en la Iglesia que los dos antecedentes, y se llama de Quincuagésima, por ser el primer dia de cincuenta ántes de la pascua. Desde este Domingo, que precede al primero de Cuaresma, debemos preparar nuestro espíritu á la compuncion y penitencia que hemos de observar en la santa cuaresma.

Pedro de Blois, ó Blesense, dice que los eclesiásticos comenzaban el ayuno de Cuaresma, en la Quincuagésima, segun el decreto del papa San Telésforo, que vivia en tiempo del emperador Adriano. Sin duda dió ocasion á este decreto, el que en aquellos primeros tiempos, la mayor parte de los fieles no creian que se debian comprender en los cuarenta dias del ayuno el Viérnes y Sábado Santo, cuyos ayunos, como destinados singularmente á honrar la pasion y muerte de Jesucristo, habian sido observados por los mismos Apóstoles, ántes que la Iglesia hubiese instituido una ley sobre el tiempo del ayuno cuaresmal. Por este motivo se empezaba la cuaresma desde el lúnes, y se ayunaba cuarenta y dos dias en el espacio de siete semanas.

Ya dijimos en la Domínica antecedente que los oficios nocturnos contienen la historia de la primera y segunda edad del mundo, des-

desgraciados ímpetus; pues por una fatalidad los mas carecen de las instrucciones necesarias para enderezar un jóven y dirigirlo por donde debe andar: comunmente á unos se les abandona á la ignorancia, y á otros á la lisonja: á unos se les incensa, á otros se les abate; á éstos se les halaga, á aquellos se les vitupera; y á unos y á otros se les adormece, cuando se les debia despertar.

Este es el estado de la juventud, en cuyo estío abrasador nos consumimos y nos devoramos, hasta que llega el tiempo en que á los placeres suceden los negocios, y entónces se apodera de nosotros la ambicion y nos tiraniza. Entónces comienzan las inquietudes, siguen los embarazos, y no pensamos ya sino en colocarnos en esta tierra como si fuera nuestra última y eterna morada. Entónces la fortuna es el ídolo que adoramos; el dinero la dicha que solicitamos. Todo, todo se dirige á estos dos objetos: de aquí nacen las astucias, los enredos, las ficciones, las mas veces los delitos. No se solicita mas que intereses y honores: se casa por codicia, se buscan empleos por soberbia, y no se piensa sino en nutrir bien el cuerpo, alojarle con comodidad y vestirle con ostentacion: nuestra memoria y nuestra voluntad solo sirven á una vida absolutamente sensual.

Bastantes desgracias serian estas para no ser felices; pero las injusticias que nos oprimen, las calumnias que nos persiguen, las enfermedades que nos atormentan, y las tentaciones que nos acongojan, aumentan la cadena de nuestros infortunios, y nos reducen al mas duro cautiverio. No encontramos sino peligros, amigos falsos, ladrones y enemigos: parece que todas las criaturas se arman para nuestra ruina y destruccion: la rosa afila sus espinas; el insecto destila su ponzoña: peligros en las ciudades, peligros en las aldeas, peligros en los mares; en una palabra, siempre los unos suceden á los otros: el miedo nos turba, el desasosiego nos desconcierta.

Este el verdadero retrato de la vida presente, á pesar de que á primera vista nos parece todo risueño: mas en la realidad no está llena sino de angustias, dolores y é incomodidades. Y esto es, ¡no circunstanciando las miserias del pobre, ni las enfermedades á que estamos expuestos! Para esto seria preciso ir á las cabañas y asistir á los hospitales, y ver el modo con que se rechaza la muerte, que no es otro sino los medicamentos y operaciones, las mas veces peores que la misma muerte. Con razon llamó Job á nuestra vida una continua batalla. A nadie necesitamos preguntar para saber nuestras desdichas: están en nosotros y al rededor de nosotros. Los mas se

confiesan descontentos en su suerte; prueba nada equívoca de que no hay estado libre de desgracias y pesares. Los ricos están devorados po un gusano interior; y los pobres por el hambre: los grandes consumidos por la ambicion y por el tédio; los pequeños despojados por la injusticia, y pisados por la soberbia. ¡Qué de turbaciones dentro de nosotros mismos y en nuestras casas! ¡Qué de llantos y sentimientos por las personas que amamos! ¡Qué ímpetus de cólera que es preciso reprimir! ¡Cuántos pensamientos que es preciso disipar! Una hora nos trae nuevas inquietudes: un minuto nuevos embarazos. Sin duda que perecerémos al peso de estos males, si la religion no nos instruye, si la caridad no nos conforta; estos son los únicos lenitivos que nos pueden hacer soportables las miserias de esta vida, y la acerbidad de tamaños males.

Domingo de Quincuagésima.

El Domingo de Quincuagésima no es menos privilegiado en la Iglesia que los dos antecedentes, y se llama de Quincuagésima, por ser el primer dia de cincuenta ántes de la pascua. Desde este Domingo, que precede al primero de Cuaresma, debemos preparar nuestro espíritu á la compuncion y penitencia que hemos de observar en la santa cuaresma.

Pedro de Blois, ó Blesense, dice que los eclesiásticos comenzaban el ayuno de Cuaresma, en la Quincuagésima, segun el decreto del papa San Telésforo, que vivia en tiempo del emperador Adriano. Sin duda dió ocasion á este decreto, el que en aquellos primeros tiempos, la mayor parte de los fieles no creian que se debian comprender en los cuarenta dias del ayuno el Viérnes y Sábado Santo, cuyos ayunos, como destinados singularmente á honrar la pasion y muerte de Jesucristo, habian sido observados por los mismos Apóstoles, ántes que la Iglesia hubiese instituido una ley sobre el tiempo del ayuno cuaresmal. Por este motivo se empezaba la cuaresma desde el lúnes, y se ayunaba cuarenta y dos dias en el espacio de siete semanas.

Ya dijimos en la Domínica antecedente que los oficios nocturnos contienen la historia de la primera y segunda edad del mundo, des-

de la creacion hasta Noé, y desde Noé hasta Abraham; y el de Quincuagésima comprende desde Abraham hasta Moises, figura de Jesucristo. Al hacernos la Iglesia la pintura de estos primeros tiempos, pretende hacernos el plan de toda la economía de la divina Providencia sobre los escogidos; y por la memoria del cuidado paternal que tiene Dios de sus hijos, escitarnos á recurrir á él en todas nuestras necesidades, á confiar mas y mas en su bondad, y aprovecharnos del beneficio de la redencion por medio de una vida inocente y penitente. La Epístola y Evangelio de este dia se dirige al mismo fin; pero el espíritu del siglo siempre contrario al espíritu de Jesucristo y de la Iglesia, nos enseña máximas enteramente opuestas. Quiere que la tristeza y el retiro, que la Iglesia nos predica en estos dias, se convierta en fiestas y regocijos del todo profanos; y que estos últimos dias del Carnaval, que son como el preludio del santo tiempo de cuaresma, sean dias de destemplanza y de disolucion, dedicados á diversiones enteramente paganas.

La Epístola de la misa de este dia es del capítulo XIII de la primera carta de San Pablo á los corintios; en que el Santo Apóstol hace ver la necesidad de la caridad, y cuáles son sus oficios: como debe ser constante, y cuan superior es á la fé, á la esperanza, y á los otros dones de Dios. Estando el Santo Apóstol en Efeso, supo por Estefanas, Fortunato y Acairo, que habian venido á verlo de Corinto, ó por carta que le entregaron de los principales de la Iglesia de Corinto, que despues que se habia ausentado, se habia introducido entre los fieles el espíritu de division y de cisma. Les hace ver que aunque hubiesen recibido todos los dones de Dios, si les falta la caridad cristiana que une todos los espíritus y todos los corazones, y la cual quiere Jesucristo que sea el carácter que distinga á todos los que le sirven.

Los corintios, acostumbrados á la distincion de las diferentes sectas de filósofos que reinaban en la Grecia, creyeron desde luego que sucedia casi lo mismo en la Iglesia, y que Pedro, Pablo y Apolo, á quienes respetaban como á los doctores de la fé, formaban otras sectas aparte, y que cada uno tenian su partido. Y aunque todos enseñasen la misma doctrina, los corintios se gloriaban de ser particularmente discípulos de aquel ó aquellos que les habian bautizado; cada uno ensalzaba el mérito del que le habia instruido, y esta parcialidad causaba divisiones entre ellos y formaba una especie de

cisma. He sabido, hermanos mios, con un extremo dolor, les dice el Apóstol, que hay disputas y contestaciones entre vosotros: cada uno de vosotros dice por su parte: Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy de Pedro. ¿Por ventura está dividido Jesucristo? ¿Ha sido Pablo crucificado por vosotros, ó habeis sido bautizados en el nombre de Pablo? No ha habido tiempo en que la emulacion y el odio, cubiertos con capa de religion, no hayan formado partidos aun entre las personas que hacen profesion de piedad: ¡mas ay! que el dia de hoy no se dice solamente, yo soy de Pablo, yo de Apolo: ¿por ventura no se añade tambien, yo soy de Apolo contra Pablo: yo soy de Pablo contra Apolo? Este espíritu de contension, y tan contrario á la caridad, intenta San Pablo destruir. Para abolir estas divisiones se extiende mucho en este capítulo XIII de donde se ha tomado la Epístola, sobre la caridad para con Dios y el prójimo. Aunque tuviese yo todas las virtudes, les dice, en un grado el mas eminente, aunque tuviese el don de lenguas, el de profecía, la inteligencia de los misterios mas profundos, y una ciencia universal: si tuviese toda la fé que se puede tener, de suerte que hiciese pasar los montes de un lugar á otro; si no tengo caridad, soy nada, Dios no me apreciará, ni hará cuenta conmigo para nada. Por último, San Pablo despues de haber referido las calidades de la verdadera caridad, y las faltas de que está exenta, acaba con decir, que lo que es absolutamente y siempre necesario en esta vida, lo que debemos desear sobre todas cosas no perder jamas, son la fé, la esperanza y la caridad.

El Evangelio de la misa de este dia es del capítulo XVIII de San Lúcas, donde se cuenta como habiendo tomado el Salvador sus doce Apóstoles para ir á Jerusalen, les predijo claramente todo lo que le habia de suceder en esta infame ciudad. Era esta la última vez que Jesucristo habia de ir á ella. Estaba en Efren, cerca del desierto de Judéa, en donde habitó algun tiempo con sus discípulos despues de la resurreccion de Lázaro, de donde no salió hasta el 22 ó 23 de Marzo, para ir á celebrar la pascua á Jerusalen.

Al ir á Jerusalen, caminaba tan de prisa, dice San Márcos, que por mas que consideraba á esa ciudad como el teatro de sus oprobios, el celo de que estaba abrasado, y el deseo ardiente que tenia de dar su sangre por la salvacion de los hombres, le hacian correr, y anticiparse mucho á todos los que lo acompañaben. Les declaró, pues, como habia llegado ya el tiempo de cumplirse todo lo que ha-

bian dicho los profetas de su pasion y de su muerte. Vosotros veréis como vamos á Jerusalen, á donde el Hijo del Hombre será entregado en manos de los príncipes de los sacerdotes, de los doctores de la ley, y de los magistrados, los que lo entregarán á los gentiles; será expuesto al escarnio del populacho insolente; le escupirán en la cara, le azotarán cruelmente, y por último, le condenarán á morir en una cruz: pero su muerte será seguida de una resurreccion gloriosa. Todo este discurso era para los apóstoles un enigma del que nada comprendian. No podian comprender cómo el Mesías, por tanto tiempo esperado podia ser tratado de una manera tan indigna; y no podian entender cómo se habian de componer tantas ignominias con la dignidad y grandeza de la persona de su Maestro. El misterio de la muerte del Hijo de Dios por la salvacion de los hombres, les era todavía escondido. Jesucristo no dejaba de hablarles de él á menudo, para que cuando viesen cumplirse lo que se les habia predicho tan positivamente, se asegurasen y comprendiesen á lo ménos por entónces, que la pasion del Salvador habia sido voluntaria, y que no habia muerto sino porque habia querido.

Estando Jesus en esta conversacion con los Apóstoles y acercándose á Jericó, un ciego que estaba sentado á un lado del camino pidiendo limosna, oyendo pasar una tropa de gentes, que salian de la ciudad para ver al Salvador, preguntó cuál era el motivo de aquel tropel; y respondiéndole que pasaba por allí Jesus Nazareno, exclamó al punto: Jesus, Hijo de David, compadeceos de mí. ¡Qué dichoso fué este hombre en haber sabido aprovechar tan bien de la presencia del Salvador! Si hubiera dejado pasar esa ocasion, es muy factible que hubiera muerto en su ceguedad. Hay momentos en que Jesucristo se acerca mas al pecador, haciéndole sentir mas vivas las impresiones de su gracia: estos momentos son preciosos, y ordinariamente no vuelven. ¡Ay de nosotros si los despreciamos! Los que iban andando le decian que callara; pero entónces era cuando le gritaba con mas fuerza: Jesus, Hijo de David, compadeceos de mí. Así los judíos como los extrangeros y paganos que tenian trato con los judíos, estaban en la persuasion de que el Mesías habia de ser de la raza de David, y así lo nombran y llamaban bajo de esta calidad. Jesus se detuvo, é hizo acercar al ciego y le preguntó qué queria. ¡Ah, Señor! todo lo que yo os suplico es que vea. Vé, le dijo Jesus; y en el mismo instante vió. Este milagro, hizo gran ruido. El ciego que habia sido curado, no quiso apartarse de su bienhechor, le siguió y fué uno de los mas fieles discípulos. Cualquiera, dice San Gregorio, que conoce las tinieblas de su ceguedad, cualquiera que siente que está privado de la luz eterna, clame del fondo de su corazon, haga resonar la voz de su alma y diga: Jesus, Hijo de David, tened misericordia y compadeceos de mí.

La Epístola es del capítulo XIII de la primera del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Cuando yo hablara todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles mismos, si no tuviere caridad, vengo á ser como un metal que suena ó campana que retiñi. Y cuando tuviera el don de profecía, y penetrase todos los misterios, y poseyese todas las ciencias: cuando tuviera toda la fé, de manera que trasladase de una á otra parte los montes, no teniendo caridad, soy un nada. Cuando yo distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres, y cuando entregara mi cuerpo á las llamas; si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada. La caridad es sufrida, es dulce y bienhechora: la caridad no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia; complácese, sí, en la verdad: á todo se acomoda, cree todo, todo lo espera, y lo soporta todo. La caridad nunca fenece; en lugar de que las profecías se terminarán, y cesarán las lenguas, y se acabará la ciencia. Porque ahora nuestro conocimiento es imperfecto, é imperfecta la profecía. Mas llegado que sea lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto. Así cuando yo era niño, hablaba como niño, juzgaba como niño, discurria como niño. Al presente no vemos *á Dios* sino como en un espejo, y bajo imágenes obscuras; pero entónces le veremos cara á cara. Yo no *le* conozco ahora sino imperfectamente; mas entónces *le* conoceré *con una vision clara*, á la manera que soy yo conocido. Ahora permanecen estas tres virtudes, la fé, la esperanza y la caridad; pero de las tres, la caridad es la mas excelente de todas.

El Evangelio es del capítulo XVIII de San Lúcas.

En aquel tiempo: Tomó Jesus á los doce *Apóstoles*, y les dijo: Ya veis que subimos á Jerusalen, donde se cumplirán todas las cosas que fueron escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre. Por-

que será entregado en manos de los gentiles, y escarnecido y azotado; le darán la muerte, y al tercer dia resucitará. Pero ellos ninguna de estas cosas comprendieron; ántes era este un lenguaje desconocido para ellos, ni entendian la significacion de las palabras dichas. Y al acercarse á Jericó, estaba un ciego sentado á la orilla del camino pidiendo limosna; y sintiendo el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué novedad era aquella. Dijéronle que Jesus Nazareno pasaba por allí de camino. Y *al punto* se puso á gritar: Jesus, hijo de David, ten piedad de mí. Los que iban delante le reprendian para que callase. Pero él levantaba mucho mas el grito: Hijo de David, ten piedad de mí. Paróse entónces Jesus, y mandó traerle á su presencia. Y cuando le tuvo ya cerca, preguntóle, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Señor, respondió, el que yo tenga vista. Díjole Jesus: Ténla; que tu fé te ha salvado. Y al instante vió, y le seguia, celebrando las grandezas de Dios. Y todo el pueblo cuando vió esto, alabó á Dios.

MEDITACION.

Sobre el Evangelio del dia.

Considera que Jesus en esta ocasion solo habló de sus dolores, y el mundo no cesa de hablar de sus deleites; Jesus habla á sus discípulos de su pasion, y el mundo no quiere escucharle. La memoria de su pasion hace la felicidad de los Santos; de la pasion discurria Moises y Elías en el Tabor: los buenos hablan tambien en este mundo de los dolores é ignominias de Jesus; pero los malos cierran los oidos, apartan la vista, y se ocupan en sus diversiones y pasatiempos. Aquellos le siguen hácia Jerusalen, y entran en ella á padecer con él; pero éstos huyen, y se alejan, y éntranse en Babilonia para holgarse y buscar los mentidos placeres de la tierra. ¿En qué clase de estas se darán aquellos ojos abiertos é iluminados de la verdadera sabiduría, que son tan necesarios para discernir los caminos, y emprender y seguir el que conduce á la patria celestial? ¡Ah! ¿Quién puede dudarlo? Los malos son aquel ciego que á esta sazon nos presenta el Evangelio, el cual nada veia, ni podia ver miéntras Jesus no le diese la vista, alumbrándole con su sabiduría celestial.

Considera, pues, que en este ciego se simboliza el mundo envuelto en las tinieblas del error; carecia de la vista necesaria para seguir

los caminos de Dios. El ciego de Jericó clamó una y otra vez á Jesus, diciendo en alta voz: "Jesus, hijo de David, ten piedad de mí." Súplica preciosa en el agrado divino, que obligó á Jesus á que le prestase atencion, y le dijese: "¿Qué quieres que yo te haga?" como si le dijera: No puedo negarte cosa alguna. ¡Ah, Señor, que vea yo, responde el ciego; y Jesus al momento le da vista, diciéndole: Vé, tu fé te ha salvado. Así el mundo clamaba, ya con las voces de los iluminados patriarcas, y ya con la voz muda de la suma necesidad en que se hallaba de salir del error en que yacia. Jesus se compadece, le hace traer á su presencia por medio de sus predicadores, y le abre los ojos, alumbrándole con la luz evangélica. ¡Dichoso el mundo, que una vez dejó de ser ciego y estar envuelto en la densa oscuridad de sus errores! Mas ¡ay! que entre la misma cristiandad se levantó otro mundo, que es enemigo de Jesus, que si bien no ofrece incienso á los ídolos, no por eso deja de idolatrar en las criaturas que la apartan del amor de su Dios: él no niega la fé; pero destruye la caridad; y considerado, no en sus individuos que pueden resucitar por la fé, sino en su espíritu, que nunca resucita, ni puede resucitar, porque siempre es contrario al espíritu de Cristo, el mundo niega tambien la fé, y ha vuelto á hundirse en las tinieblas de una doctrina diametralmente opuesta á la del Salvador. ¡Qué desgracia! Perdió la luz del conocimiento verdadero de Dios, y caminando en tinieblas, jamas encontrará á su Redentor.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Yo soy un mundo pequeño; pero tan desgraciado como el grande, si me he dejado dominar de sus máximas. Miéntras subsista en ellas, ando en tinieblas, y en medio del dia que alumbra á mis hermanos, nada veo: miéntras esté animado del espíritu del mundo, me alimento de un veneno corrosivo que no deja obrar en mí la saludable medicina de la moral evangélica que pudiera volverme á la salud y á la vida. Yo, pues, debo abjurar aquellas máximas perniciosas y erróneas, y negarme á aquel espíritu pestilencial y mortífero. Así os lo prometo, Divino Salvador mio, y espero que useis conmigo de la misma piedad con que alumbrasteis y sanasteis en alma y cuerpo al ciego de Jericó.

JACULATORIA.

Señor, dame que vea.

LECCION.

Concluye la materia de la anterior.

La mayor parte de los hombres, y por desgracia aun de los cristianos, están equívocos sobre esta palabra *vida*. Entienden por esta voz el goce de toda clase de placeres, aun de los criminales, lo cual no es sino una verdadera muerte. Ninguno es racional, sino en cuanto piensa como debe pensar, y obra conforme á la ley que le dicta lo que debe practicar. Los instantes de nuestra vida corren con tanta rapidéz, que si no atesoramos en tiempo oportuno, nos encontrarémos al fin sin nada, y habrémos vivido como unas bestias. No somos mas que un punto en la estension de los siglos, y un punto que por momentos se deshace, cuando nuestro espíritu debe durar eternamente. Es cosa, pues, bien injusta hacer un ídolo de nuestro cuerpo, y tratar con suma delicadeza á aquel que cada instante perece, y que al fin ha de parar en un esqueleto. Basta poner los ojos en la vejez para conocer nuestra fragilidad. Si al nacer viéramos las miserias á que íbamos á estar espuestos, querríamos ántes que vivir, volver á la nada de donde salimos. El ambicioso veria con espanto las penas, las bajezas é indignidades que habian de ser los auxilios de su grandeza: el sabio desfalleceria á vista de las fatigas y poco fruto que le habian de producir sus investigaciones y desvelos: el político temblaria, considerando el camino espinoso en que á cada paso puede ocasionarse su caida, y en el que cada proyecto, aunque muchas veces inútil, cuesta grande aplicacion é innumerables sudores: el conquistador aprenderia que no tiene derecho de esperar mas que una gloria vana y muy incierta, despues de combates y peligros de toda suerte: el lujurioso conoceria que sus placeres, al parecer tan risueños y tan cómodos, habian de consumirle á remordimientos y enfermedades, y despojarle de su reputacion y acaso de sus bienes: el cortesano se avergonzaria de ver sus fastidiosas adulaciones, recompensadas con desaires, ó con una prosperidad abominable para el público: los gobernantes, por último, mucho mas asustados que todos, temerian el formidable peso de sus encargos y deberes, como tambien la terrible cuenta que han de dar en el tribunal del juez único justiciero. Solo el hombre, cuyo estudio y delicias habian de ser la religion cristiana, se determinaria

gustoso á vivir para merecer, y para disponerse con la fé á gozar de una perpetua felicidad.

Pero ¿por qué causa estas verdades que nos aterrarian en esta suposicion, se nos escapan siendo reales? ¡Cuán cierto es, que no se conocen las penas sino cuando se experimentan! Con todo, no lo será ménos, que toda nuestra vida no es mas que una sucesion de males, por mas que el hombre con las diversiones trate de disiparse y no conocer su lamentable estado. ¡Ojalá y los hombres se acostumbrasen cuanto ántes á ponderar dentro de sí mismos estas frivolidades que los ocupan ó divierten, y á valuarlas, no segun el gusto del mundo, sino segun el órden invariable de la razon y severas leyes de la religion! ¡Ojalá que antes de hacer una cosa se previese siempre el fin de ella, su objeto y circunstancias, no omitiéndose el exámen del tiempo y de la especie de estudios y negocios! ¡Ojalá que nos convenciésemos que no hemos nacido sino para decir la verdad y para hacer el bien; que es apostatar de la caridad el despreciar á sus hermanos los otros hombres, y que solo aquel hombre que es cristiano es grande!

El que descansa sobre los honores, se detiene en objetos terrenos, y por consiguiente perecederos; pero el que confia en el Ser que existió antes del mundo, y que existirá despues de él, tiene por apoyo la misma eternidad. Esta idea nos debe empeñar, no solo en olvidar, sino tambien en aborrecer todo lo que hasta aquí hemos apreciado, separándonos de nuestros vínculos y asimientos carnales. Ninguno es esclavo del mundo sino porque quiere serlo. Es verdad que nuestro modo de vivir depende en algun modo de las personas que vemos, de las amistades que formamos, de los países en que vivimos, y por último, de las circunstancias y acaecimientos; pero en cualquiera posicion que nos hallémos, debemos ser siempre cristianos. Ya que no todos podemos vivir retirados, nunca hemos de entregar al público sino una parte de nosotros mismos, tanta cuanta fuere necesaria para cultivar la sociedad.

El mayor número de los hombres, pues, y de los que se precian de cristianos, léjos de observar estos preceptos, profanan su propia vida, ó mas bien, hacen de ella una especie de muerte. No abren los oidos, y mucho menos el corazon á las verdades que la religion les expone. Con tal que ellos jueguen ó disputen, calculen ó rian, engañen ó duerman, critiquen ó coman, están contentos y enamorados de su existencia, y se creen nacidos para las mayores cosas. El

tiempo constituye la vida presente, y no hay cosa de que tanto se abuse y menosprecie. Nosotros verdaderamente no pensamos, cuando disponemos de las horas á nuestro gusto, en que á cada instante se acelera una que dispondrá de nosotros á su vez, y nos apartará para siempre del número de los vivientes. Es necesario traer á la memoria muchas veces este instante, y pensar que entonces será lo mismo haber vivido de un modo oscuro ó lucido, haber sido sabio ó ignorante. Todo lo que se hace por ostentacion, viene á parar en algunos epitafios mas ó menos hermosos que adornan un triste y por dentro pestífero sepulcro; esto es, algunas sílabas que deshace y desmorona el tiempo. Si consideramos todas las miserias de la vida, y principalmente esta última, no erigiriamos sobre tan falsas ruinas, el falso heroismo que nos deslumbra. Solo veriamos como digno de aprecio, lo que jamas ha de finalizar. No hay cosa mejor que el vivir como cristiano: éste despoja al mundo del falso brillo y oropel con que nos deslumbra; conoce sus miserias y sabe aprovecharse de ellas; espera la mayor y última de todas, y no la teme, porque solo Dios es á quien teme.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Miércoles de Ceniza.—Al ponerla el sacerdote en la frente de los fieles, les recuerda que en polvo se han de convertir.

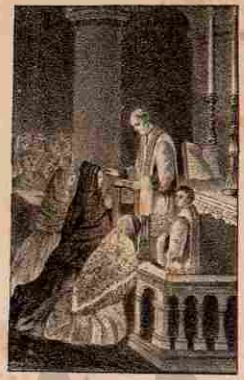
Juéves despues de Ceniza.—Oye Jesus el ruego del centurion, y premia su fé sanando á su siervo.—*San Mateo, cap. VIII.*

Viérnes despues de Ceniza.—Antes de ofrecer los holocaustos, es necesario reconciliarse con el enemigo.—*San Mateo, caps. V y VI.*

Sábado despues de Ceniza.—Andando Jesus sobre las aguas del mar, Pedro le ruega que le mande ir á su encuentro sobre las mismas aguas.—*San Márcos, cap. VI.*

Miércoles de Ceniza.

Hoy, hermanos mios muy amados, nos dice San Bernardo, comenzamos el santo tiempo de Cuaresma; éste tiempo de combates y de victorias para los cristianos; pero victorias, que se han de conseguir con las armas del ayuno y de la penitencia. ¿Con qué ánimo, con qué confianza, con qué fervor no debemos comenzar esta carrera? ¿Pero con qué religion y con qué exactitud no debemos observar este santo ayuno? Es una ley, dice el mismo San Bernar



Miercoles de Ceniza.



Juéves de la semana de Ceniza.



Viérnes de la semana de Ceniza.



las Olaças del Mismo Sabado.

do, comun á todos los fieles. El mismo Jesucristo ayunó cuarenta dias y cuarenta noches, y ¿osaria un cristiano eximirse de él? San Agustin dice, que el ayuno de cuarenta dias establecido en la Iglesia, está autorizado por el Testamento Viejo y por el Nuevo; por el viejo, porque Moisés y Elías ayunaron igual número de dias. Por el nuevo, por el mismo Jesucristo que ayunó otros tantos. Por donde vemos la conformidad del Evangelio con la Ley, figurada en Moisés, y con los profetas, representados por Elías. Este sin duda es el motivo, añade este santo doctor, por que Jesucristo se dejó ver en su Trasfiguracion entre Moisés y Elías, para denotar mas auténticamente lo que el Apóstol dice del Salvador: que la ley y los profetas dan testimonio de él.

Se puede decir con verdad, que el ayuno de la Cuaresma es tan antiguo como el Evangelio; pues el Hijo de Dios no comenzó á predicar su Evangelio, sino hasta despues de haber cumplido su santo ayuno. El Salvador, dice San Gerónimo, santificó con su ayuno de cuarenta dias el ayuno solemne de los cristianos; y su ejemplo fué la primera institucion de la Cuaresma; pero no hizo entonces un mandamiento espreso, porque el mismo Salvador dijo de sus discípulos: "Vendrá un dia en que el Esposo les será quitado, y entónces ayunarán." En efecto, apénas hubo subido el Salvador á los cielos, cuando los ayunos fueron muy frecuentes en los Apóstoles y en los primeros fieles. El ejemplo del Salvador fijó el número de los dias de ayuno; y el tiempo inmediato antes de Pascua les pareció á los Apóstoles el mas propio para servir de preparacion para esta gran festividad.

Como las seis semanas de la Cuaresma solo incluyen treinta y seis dias, la Iglesia, gobernada siempre por el Espíritu Santo, ha añadido los cuatro dias precedentes, y ha fijado el principio de esta Santa Cuaresma al Miércoles de Ceniza. Todos sabemos que esta Santa ceremonia de poner la ceniza sobre la cabeza, es quien ha dado el nombre á este primer dia del ayuno de la Cuaresma. La ceniza, no solo en la nueva ley, sino tambien en la antigua, era símbolo de la penitencia, y señal sensible de afliccion y de dolor. Yo me acuso á mí mismo, decia Job, hablando con el Señor, y hago penitencia en el polvo y en la ceniza.

Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris. Acuérdate hombre, que eres polvo y que te has de convertir en polvo. Estas son las memorables palabras que dijo Dios al primer hombre en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el momento de su desobediencia; y estas son las que la Iglesia dirige á cada uno de nosotros en particular, por la boca de sus ministros en la ceremonia de este dia. Palabras de maldicion, en el sentido en que Dios las pronunció, dice el mas célebre de los oradores cristianos; pero palabras de gracia y de salvacion en el fin que la Iglesia se propone al hacérnoslas oir. Palabras terribles y espantosas para el hombre pecador; pues le significan y le acuerdan el decreto irrevocable de su condenacion á la muerte; pero palabras dulces y de consuelo, dice San Crisóstomo; pues le enseñan el camino de su conversion, que es la penitencia. Tomad en la mano un puñado de ceniza, dijo Dios á Moisés y á Aron, y derramadla sobre el pueblo. Esta ceniza así esparcida, dice la Escritura, fué como la materia de que formó Dios las plagas que afligieron á todo el Egipto y causaron una desolacion tan general. El efecto de la ceremonia de este dia es muy diferente en el cristianismo; pues los sacerdotes de la nueva ley no esparcen hoy la ceniza sobre nuestras cabezas, sino para aplacar la indignacion del Señor por medio de este acto de humillacion, para alcanzar las gracias y los favores de Dios, para hacernos capaces de esperimentar su bondad, y para escitar en nuestros corazones los sentimientos de una verdadera penitencia. Con este espíritu y con esta disposicion debemos practicar en este dia la ceremonia de la ceniza. Esta ceniza es hecha de las palmas ó ramos que se bendijeron el año antecedente, que se llevan en la procesion el Domingo de Ramos; y hoy tambien las bendice el sacerdote antes de ponerla en la cabeza á los fieles.

La Epístola de este dia, es del capítulo XI del profeta Joel. Nada puede convenir mejor al espíritu y á la celebridad de este dia. El Profeta toma ocasion de los azotes con que castigaba Dios los pecados de su pueblo, para mover al pueblo á aplacar la indignacion del Señor por medio del ayuno y de la penitencia; y le anuncia, que inclinado el Señor y enternecido con la humillacion, con las mortificaciones del cuerpo, y con la oracion, derramará sus bendiciones sobre los corazones contritos y humillados, y colmará de bienes á las almas verdaderamente penitentes. El estilo de este profeta es penetrante y al mismo tiempo vivo; sus pinturas son vivas. Pinta las cosas, y como que las pone delante de los ojos. Nos dice: "Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos, y convertios al Señor vuestro Dios, porque es bueno y compasivo, paciente y rico en misericordia. Dios es todavía mas misericordioso, que nosotros malos.

Antiguamente era costumbre muy ordinaria rasgar sus vestidos en el duelo y en el trasporte del dolor. En la Escritura se ven muchos ejemplos de estos. Pero Dios no se contenta con estas señales equívocas de conversion de dolor y de arrepentimiento: quiere una conversion sincera, un dolor interior; quiere la conversion del corazon, la reformacion de las costumbres; pide frutos dignos de penitencia. ¿Quién sabe si se dejará mover de nuestras lágrimas, y si la vista de nuestra humillacion lo inclinará hácia nosotros? El Profeta espresa á un mismo tiempo las tres disposiciones que debemos tener cuando hacemos penitencia. La confianza en la bondad de Dios, la contricion de nuestros pecados, y la desconfianza en nuestros propios méritos. Entre los hebreos se anunciaban las fiestas y las juntas al son de trompeta, como está mandado en el capítulo X de los números. El Profeta exhorta á los gefes de la nacion á juntar al pueblo, y en esta junta general intimar un ayuno solemne y excitar á todo el mundo, y en particular á los ministros del Señor, á aplacar la indignacion de Dios con las lágrimas y la penitencia. *Lloren los sacerdotes postrados entre el vestíbulo y el altar*, dice, *lloren y clamen: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no dejeis que vuestra herencia sea el oprobio de las naciones, cayendo bajo de su dominacion. ¿Consentireis, Señor, que los estrangeros digan de nosotros: Dónde está su Dios?*

En el estado en que se hallaba entónces el país, nada era mas fácil á los enemigos de los judíos, que hacerse dueños de él. El pueblo consternado, abatido de terror, debilitado por una horrible hambre, no estaba en estado de resistir á un ejército de asirios ó de caldeos. Exhorta, pues, el profeta á los ministros del Señor, á que le pidan no permita que su pueblo caiga bajo la dominacion de los extrangeros, para que las naciones infieles no tomen ocasion de acusar al Dios de Israel, ó de flaqueza ó de crueldad, por haber abandonado á su pueblo al arbitrio de sus enemigos. No bien habia exhortado el Profeta á sus hermanos á la penitencia, cuando les anuncia que el Señor se enternecerá al oir sus clamores. En efecto, el Señor se ha compadecido de sus males á la vista de sus lágrimas, y los ha perdonado; y este perdon ha sido seguido de toda suerte de prosperidades, y de una bendicion abundante. Tanta verdad es que la penitencia desarma á Dios por mas irritado que esté, y que trae la prosperidad y la calma.

El Evangelio de la misa es del capítulo VI de San Mateo; en

donde Jesucristo nos enseña la pureza de intencion que hemos de tener en el ayuno. Acababa el Salvador de enseñar á sus Apóstoles cómo debian orar, y cómo debian perdonar las injurias, poniéndose él mismo por modelo el mas perfecto de una tan excelente caridad. Despues de haberles dado estos preceptos sobre la oracion y el perdon de las injurias, les da uno sobre el ayuno, el cual debe acompañar y sostener la oracion. ¿Quereis saber, les dijo, qué ayunos son santos y agradan á Dios? Pues son los que se practican en secreto: y así no os admireis si yo os prohibo el que imiteis á los hipócritas, que ayunan y hacen ostentacion de su austeridad; la virtud de éstos no está en el corazon, sino en la cara: con un semblante penitente, con exterior triste y austero, con largos y rigorosos ayunos, quieren conseguir opinion de gentes mortificadas, y deslumbrar por medio de un exterior engañoso é hipócrita. Tened por cierto lo que ya os he dicho, y os vuelvo á decir, que no hay otra recompensa para ellos que este honor vano con que se alimentan y saborean. Yo pretendo de vosotros otra cosa muy distinta. Quiero que en los dias de ayuno os unjais la cabeza, os laveis la cara, como acostumbrais hacerlo en los dias solemnes y de regocijo, á fin de que bajo de un semblante alegre ocultéis la austeridad de vuestro ayuno. Y si puede ser no haya otro que Dios que sepa que ayunais, y aquellos á quienes debeis este buen ejemplo, si es necesario. Esto es lo que Dios quiere, esto es lo que aprecia; cuanto mas ocultáreis de los hombres vuestras penitencias, tanto mas pública y gloriosa será un dia la recompensa.

En tiempo de duelo y de ayuno no se usaba el baño ni el perfume: y así Jesucristo no manda que se sirvan de esas cosas en el ejercicio de la penitencia: solo quiere que estemos tan diferentes de la afectacion de parecer ayunadores, que parezcamos todo lo contrario; y que en lugar del aire triste y austero de los fariseos, nos mostremos alegres, afables y contentos. Quiere que obremos sin afectacion, sin vanidad, sin fausto ni hipocresía.

Otra flaqueza hay, prosigue el Salvador, bastante comun en el mundo, y es la pasion desmedida de adquirir y amontonar hacienda. Al precepto del ayuno añade tambien el desprendimiento de los bienes terrenos, para prevenir así el vil motivo de aquellos que por una soez avaricia no ayunan, sino por ahorrar. El Señor les dijo á sus discípulos: Yo no os prohibo el que amontoneis grandes tesoros, con tal que no sean tesoros de la naturaleza de aquellos que se

amontonan sobre la tierra, los cuales consume el gusano y la polilla, y os pueden hurtar los ladrones. No cuideis de atesorar en otra parte mas que en el cielo, donde no hay polilla, ni herrumbre que consuma, donde no hay tampoco ladrones que caven y roben: donde los bienes que se han atesorado son inalterables, inamisibles y eternos. Por otra parte, si segun el antiguo proverbio, donde está el tesoro ahí está el corazon, ¿no es mas justo y mas útil levantar sin cesar nuestro corazon al cielo, que tenerlo pegado á la tierra, que es el triste lugar de nuestro destierro?

Explicando San Hilario estas palabras de Jesucristo, dice: "No pongais vuestro tesoro en la opinion y en las alabanzas de los hombres; no espereis de ellos vuestra recompensa; esperadla de Dios solo." Pero ¡ah, que no conocemos estas verdades! Solo mostramos ardor y actividad por los bienes de la tierra, bienes falsos, frívolos y vacíos, bienes aparentes que nada tienen de durable, que necesariamente nos los han de robar tarde ó temprano. ¡Ciegos de nosotros que no volvemos nuestros ojos y nuestros afanes hácia el cielo, hácia aquellas verdaderas riquezas, cuya posesion ha de ser eterna, y las cuales solas pueden llenar para siempre nuestros deseos!

La Epístola es del capítulo II del profeta Joel.

Esto dice el Señor: Convertíos á mí de todo vuestro corazon, con ayunos, con lágrimas y con gemidos. Y rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos; y convertíos al Señor Dios vuestro: puesto que él es benigno, y misericordioso, y paciente, y de mucha clemencia, é inclinado á suspender el castigo. ¿Quién sabe si se inclinará *á piedad*, y os perdonará, y os dejará gozar de la bendicion, y el poder ofrecer sacrificios y libaciones al Señor Dios vuestro? Sonad la trompeta en Sion, intimad un santo ayuno, convocad á junta, congregad el pueblo, purificad toda la gente, reunid los ancianos, haced venir los párbulos, y los niños de pecho: salga del lecho nupcial el esposo, y de su tálamo la esposa. Lloren entre el vestíbulo y el altar los sacerdotes, ministros del Señor, y digan: Perdona, Señor, perdona á tu pueblo, y no abandones al oprobio la herencia tuya, entregándola al dominio de las naciones. Porque tendrán pretexto las gentes para decir: ¿El Dios de ellos dónde está? El Señor mira con ardiente amor á su tierra, y ha perdonado á su pueblo. Y ha hablado el Señor, y ha dicho á su pueblo: Yo os en-

viaré trigo, y vino, y aceite, y seréis abastecidos de ello; y nunca mas permitiré que seais el escarnio de las naciones: dice el Señor Dios omnipotente.

El Evangelio es del capítulo VI de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando ayuneis no os pongais caritristes, como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para mostrar á los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya recibieron su galardon. Tú, al contrario, cuando ayunes perfuma tu cabeza y lava tu cara, para que no conozcan los hombres que ayunas, sino únicamente tu Padre que está presente á todo, *aun* lo que hay de *mas* secreto; y tu Padre que ve en secreto, te dará por ello la recompensa. No querais amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orin y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorad mas bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orin ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierren y roben. Porque donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazon.

MEDITACION.

Sobre la muerte.

Considera con cuanta razon la Iglesia, al comenzar este tiempo de humillacion y penitencia, nos pone delante de los ojos la muerte en que incurrimos por el pecado, y pronuncia de nuevo la terrible sentencia que oyó atónito Adan en el Paraiso: Polvo eres, y en polvo te has de convertir. ¡Sentencia formidable, fulminada por todo un Dios ofendido, y que en su indignacion castiga al hombre de un modo en que conozca lo que atrae sobre sí la frenética osadía del mortal empleada contra su Dios y su Señor! La muerte, en efecto, es el medio mas poderoso para hacernos conocer nuestra nada en el momento mismo en que nuestra soberbia quiere erigirnos sobre nuestra miseria é igualarnos á Dios en las alturas. Semejantes al soberbio Luzbel, que se prometia poder subir á los cielos, poner su trono sobre las nubes, ser semejante al Altísimo, ó como el desventurado Adan, que quiso ser como Dios por la adquisicion de una ciencia que Dios le habia negado, nosotros nos elevamos cada dia en el exceso de nuestra fantasía acalorada, y en la vehemencia de nuestras

atrevidas pasiones, y nos avanzamos á los objetos que la ley santa del Señor nos ha prohibido, contradiciendo con esto la voluntad divina, y rebelándonos contra su soberanía. Empero el Dios de la magestad, á cuyo trono no puede llegar la audacia del hombre, vibra contra éste una arma, que hiriendo en el principio mismo de que hacia partir sus activos proyectos, hace venir abajo su pretendida soberanía, y le convence hasta la evidencia, de que de sí mismo nada es, que por sí nada puede, que su ser es mortal y destructible, que es polvo y en polvo se ha de convertir. En vano el hombre cuenta con que es un sér viviente que existe sobre la tierra: en vano quiere usar de su libre albedrío mas allá de los límites que el Señor le ha fijado; en vano se contempla independiente de su autor soberano, y exento de los efectos de su justa indignacion: la muerte, la terrible muerte, postra y humilla toda su soberbia; á su pesar lo persigue y rodea por todas partes; lo ataca de firme, y todo el poder de la tierra no es capaz de parar ni suspender el golpe de su guadaña destructora.

Considera que el fin con que el Señor ordenó la muerte para castigo del hombre, es la causa de las fatales circunstancias de que se la vé revestida; ella es universal, inevitable, cierta en su evento, incierta en su hora, y en el modo y situacion en que haya de asaltarnos: ella finalmente es una, irremediable y decisiva de nuestra suerte eterna. Su imágen anda siempre delante de nuestros ojos; á cada paso tropezamos con el peligro de caer en sus manos despiadadas; nosotros mismos llevamos sin cesar el principio de corrupcion de que ha de usar para destruir nuestra existencia. Los séres de toda especie que diariamente perecen á nuestros mismos ojos nos la anuncian, y la memoria de lo que fué y no existe, la experiencia de lo que hoy fina, el presagio de lo que pasará por nosotros, está haciendo venir sin cesar sobre nuestro espíritu atribulado el pavor de la muerte, que se hacia sentir aun en el corazon del santo y fuerte Job: mas diremos, en la alma santísima del Dios hombre, humillado en el huerto de las Olivas. Pero esta muerte formidable que la fé nos predica, que la razon nos convence, que la experiencia nos certifica, y que la sentencia de un Dios inexorable está haciendo pesar sobre nosotros, como la espada de la justicia divina que vibra sobre nuestras cabezas, así como es en su amago una voz precursora que nos anuncia nuestro castigo, así es en el corazon del hombre religioso que sabe usar de ella un antídoto poderoso contra el veneno de la

culpa, y un medio de salvacion por el espíritu con que se acepte, se medite y se prevenga, se abrace y se padezca al fin, cuando llegue su evento. Su aguijon no obra sobre la alma verdaderamente justa: no logra sobre ella la victoria; y el justo, al dormirse plácidamente en el Señor, puede decir á la muerte: "¿Dónde está ¡oh muerte! tu victoria? ¿Dónde está tu aguijon? ¡Tú me privas de la existencia temporal; pero es para hacerme vivir eternamente!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Concededme, Señor, que de tal modo viva, que merezca una muerte preciosa á vuestros ojos. Sé bien que la muerte es el castigo del pecado; como tal no la rehuso; pero quiero que sea empleada en solo lo terreno y temporal, sin que obre en mí la destruccion que obra en el impío, el cual perece verdaderamente, pues perece para vos. Para que tal desgracia no me acaezca, yo os prometo vivir en la inocencia y justicia que debo, y que son las únicas que conservan la vida de la gracia. Así sea.

JACULATORIA.

En tí está mi esperanza, Dios mio; en mi seno se guarda y se alimenta.

LECCION.

Sobre la última miseria de la vida, que es la muerte.

Hoy nos recuerda la Santa Iglesia la terrible sentencia, pero infalible, de que somos polvo y en polvo nos hemos de convertir. Una triste experiencia nos manifiesta evidentemente, que despues de tantas miserias como estamos necesitados á padecer en este mundo, se nos espera al fin una que para la mayor parte de los hombres es la mayor, la muerte. ¡Cuántas personas no han desaparecido de nuestros ojos, que podian formar un mundo! Si fuésemos mas racionales, no necesitariamos de pensar en la muerte. Ella se ofrece tan frecuente á nuestra vista, que bien podemos considerarla como incorporada con nuestro ser. Todos cargamos en nuestro pecho un veneno oculto que nos destruye insensiblemente, somos verdaderamente una copia del universo. Este tiene sus eclipses, sus estaciones, sus lluvias, sus relámpagos, sus tempestades, sus nieblas, sus terremotos,

sus noches y sus dias: nosotros tenemos nuestras pasiones, nuestros humores, nuestra ignorancia, nuestras enfermedades, nuestras inquietudes y nuestras alegrías. La infancia es nuestra primavera, la juventud nuestro estío, la edad viril nuestro otoño, la vejez, por último, nuestro invierno; y despues de esto mudamos de configuracion como el mundo la mudará: nos pasamos como los cielos y la tierra pasarán. De este modo se produce incesantemente la muerte á nuestros ojos como un objeto cuya vista no podemos evitar. La muerte se halla tan fuertemente impresa en nosotros mismos, que nuestros pensamientos los mas íntimos, sucediéndose rápidamente unos despues de otros, forman en nuestro corazon una continua destruccion, que nos advierte que somos mortales.

Lo mismo podemos decir de las perdidas que sin cesar experimentamos en nuestro cuerpo, ó por las transpiraciones, ó por la disipacion de los espíritus animales. Estas mutaciones son tan sensibles, que despues de cierto tiempo nuestro cuerpo no es el mismo que ántes era. Ved aquí como en nosotros y fuera de nosotros se nos representa la decadencia y destruccion que nos amenaza, y que prontamente reducirán nuestras personas á unos cuantos granos de polvo, y á algunas exhalaciones; pues que la muerte no se contenta con separar la alma de nuestro cuerpo, sino que continúa haciendo en éste sus estragos hasta en el sepulcro. ¡Ay! ¡Habrá alguno que se pueda olvidar de la muerte! Las generaciones todas que ya existieron, no podrán volver á entrar en la tierra: los siglos se pierden en el abismo de lo pasado, donde todo se sumerge y nada vuelve; los imperios, las costumbres, las ciencias, las leyes, los usos, se aniquilan sucesivamente: nuestros vestidos son despojos de animales que ya no parecen: nuestras casas obra de unos artífices que ya no existen: los astros en sus eclipses nos pintan nuestra fragilidad: las flores al marchitarse nos demuestran nuestra corta duracion, y la tierra abriéndose en bocas y roturas, se hace un volcan que á toda hora devora nuestra pobre humanidad.

Nada hay en el mundo que se ofrezca á nuestros ojos y á nuestro entendimiento con tanta frecuencia como la muerte: no hay instante en toda la série de las horas que componen un siglo, en el que alguno no luche con las ansias de la muerte y al fin no la pague su tributo. No es necesario hacer disecciones para ver esqueletos; cada amigo, cada hombre que encontramos en la calle, es uno que se nos presenta: no es mas que abrir los ojos para ver de un dia á otro

arrugas y progresos de corrupcion sobre cada rostro que miramos: en los hombres mas robustos se descubren síntomas de muerte: la salud mas vigorosa se aja y marchita poco á poco, del propio modo que una rosa con los calores del medio dia. Nuestros viages y despedidas son otros tantos preludios de la muerte: todos los dias morimos para algunas personas y lugares que no hemos de volver á ver. ¡Cuántas respuestas no tenemos cada dia de nuestra mortalidad! El menor dolor de jaqueca que nos incomoda, la mas leve calentura que nos ataca, el mas pequeño golpe que nos damos, la mas leve picadura que nos hacemos, anuncian nuestra muerte: el sueño mismo, figura de la muerte, nos pronostica todas las noches nuestra futura destruccion.

¡Qué mas! los sentidos, ministros de nuestras pasiones, concurren á minarnos, y continuamente nos avisan de nuestro último fin. Nuestros ojos no ven por todas partes sino destrozos y fragmentos de nuestra humanidad, nuestros oidos oyen tocar á cada instante las horas que vuelan para nunca volver: nuestras manos no tocan sino cosas que se quiebran ó que se marchitan; y al tocar nuestro propio cuerpo tocan una carne que pronto se corromperá: nuestra boca se saborea comiendo cadáveres que se aniquilan para darnos vida: nuestro olfato no respira sino perfumes que se evaporan: nuestros piés no se apoyan sino sobre gusanos é insectos que destrozamos, ó sobre sepulcros que pisamos. Todo, todo nos anuncia la terrible catástrofe que nos separará en algun modo de nosotros mismos.

Los objetos á que nos asimos, no son mas sólidos que nuestros cuerpos: los placeres que tanto amamos, se nos escapan aun antes de disfrutarlos: los honores son relámpagos que brillan un instante: las riquezas son una nube que pronto se desvanece: la fama no es mas que nada: la salud se gasta; así es que no hay situacion alguna que no trace la muerte. ¡Ay! Se halla tan presente, que el asiento sobre que estamos sentados, el libro que tenemos en nuestras manos, son desperdicios de cuerpos estraños que ya no existen: el aire mismo que respiramos, en su mayor parte contiene elementos capaces de acabarnos. No es, pues, necesario descender á los subterráneos espantosos, ni llamar las sombras de los muertos, ni amontonar calaveras ni huesos descarnados, para formar el espectáculo de la muerte. Los elementos mismos, criados para contribuir á nuestra vida, son criaturas destructivas que nos sumergen ó nos devoran; y el tiempo, enemigo de todo lo que dura, nos muestra en los mármoles que roe, y bronces que carcome, el retrato de nuestro último fin.

Pero ¿qué necesidad hay de alargarnos mas sobre un asunto cuya verdad es tan palpable? ¿Ignoramos que todas las veces que bostezamos, estornudamos y respiramos, podemos arrojar el último suspiro? Un rayo imprevisto nos reduce en polvo; el mas leve soplo nos disipa y aniquila. La muerte sofoca tambien al niño que se mece en la cuna, como al viejo que apénas se mueve en la cama del dolor: se burla de los grandes y de los pequeños. Las historias todas no son mas que una, la de la muerte; no se hace contrato alguno donde no se inserte la cláusula, *en caso de muerte*. No se hacen promociones en los ejércitos, en los coros y oficinas, sino en consecuencia del fallecimiento de alguno. La mano misma del Eterno graba á cada instante la primera y mas terrible sentencia, *eres polvo*. No hay rincon alguno en el universo donde no se vea en letras ó en símbolos de todas formas y colores; y como si este alfabeto de la muerte no bastara para esplicarnos todo lo que ella es, desde nuestros primeros años aprendemos el arte de matar con destreza: los hombres no salen á la calle sino con armas, que al parecer fijan la muerte á su lado; y han inventado cuantos medios son imaginables para matarse mas cruel y ligeramente. En todo lo que nos rodea nos persigue la muerte sin poder evitarla. *Eres polvo y en polvo te has de convertir.*

Juéves despues de Ceniza.

Como el ayuno de la Cuaresma es un remedio eficaz para curar las enfermedades del alma, la Iglesia nos propone en este dia la historia de dos curaciones corporales, obradas milagrosamente en dos personas: la una de la primera y mas noble calidad entre los hombres, y la otra de la última y mas vil condicion, para hacernos ver que no hay estado alguno en el mundo que esté excluido del beneficio de la redencion y de la salvacion. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. El primer ejemplo de estas curaciones milagrosas es el del rey Ezequías, cuya historia se lee en la Epístola de la misa: el otro es el del criado de un centurion, ó capitan de una compañía de cien hombres; y este milagro es el asunto del Evangelio del dia.

Ezequías, rey de Judá, era hijo de Acáz y de Abías, y nieto de

arrugas y progresos de corrupcion sobre cada rostro que miramos: en los hombres mas robustos se descubren síntomas de muerte: la salud mas vigorosa se aja y marchita poco á poco, del propio modo que una rosa con los calores del medio dia. Nuestros viages y despedidas son otros tantos preludios de la muerte: todos los dias morimos para algunas personas y lugares que no hemos de volver á ver. ¡Cuántas respuestas no tenemos cada dia de nuestra mortalidad! El menor dolor de jaqueca que nos incomoda, la mas leve calentura que nos ataca, el mas pequeño golpe que nos damos, la mas leve picadura que nos hacemos, anuncian nuestra muerte: el sueño mismo, figura de la muerte, nos pronostica todas las noches nuestra futura destruccion.

¡Qué mas! los sentidos, ministros de nuestras pasiones, concurren á minarnos, y continuamente nos avisan de nuestro último fin. Nuestros ojos no ven por todas partes sino destrozos y fragmentos de nuestra humanidad, nuestros oidos oyen tocar á cada instante las horas que vuelan para nunca volver: nuestras manos no tocan sino cosas que se quiebran ó que se marchitan; y al tocar nuestro propio cuerpo tocan una carne que pronto se corromperá: nuestra boca se saborea comiendo cadáveres que se aniquilan para darnos vida: nuestro olfato no respira sino perfumes que se evaporan: nuestros piés no se apoyan sino sobre gusanos é insectos que destrozamos, ó sobre sepulcros que pisamos. Todo, todo nos anuncia la terrible catástrofe que nos separará en algun modo de nosotros mismos.

Los objetos á que nos asimos, no son mas sólidos que nuestros cuerpos: los placeres que tanto amamos, se nos escapan aun antes de disfrutarlos: los honores son relámpagos que brillan un instante: las riquezas son una nube que pronto se desvanece: la fama no es mas que nada: la salud se gasta; así es que no hay situacion alguna que no trace la muerte. ¡Ay! Se halla tan presente, que el asiento sobre que estamos sentados, el libro que tenemos en nuestras manos, son desperdicios de cuerpos estraños que ya no existen: el aire mismo que respiramos, en su mayor parte contiene elementos capaces de acabarnos. No es, pues, necesario descender á los subterráneos espantosos, ni llamar las sombras de los muertos, ni amontonar calaveras ni huesos descarnados, para formar el espectáculo de la muerte. Los elementos mismos, criados para contribuir á nuestra vida, son criaturas destructivas que nos sumergen ó nos devoran; y el tiempo, enemigo de todo lo que dura, nos muestra en los mármoles que roe, y bronces que carcome, el retrato de nuestro último fin.

Pero ¿qué necesidad hay de alargarnos mas sobre un asunto cuya verdad es tan palpable? ¿Ignoramos que todas las veces que bostezamos, estornudamos y respiramos, podemos arrojar el último suspiro? Un rayo imprevisto nos reduce en polvo; el mas leve soplo nos disipa y aniquila. La muerte sofoca tambien al niño que se mece en la cuna, como al viejo que apénas se mueve en la cama del dolor: se burla de los grandes y de los pequeños. Las historias todas no son mas que una, la de la muerte; no se hace contrato alguno donde no se inserte la cláusula, *en caso de muerte*. No se hacen promociones en los ejércitos, en los coros y oficinas, sino en consecuencia del fallecimiento de alguno. La mano misma del Eterno graba á cada instante la primera y mas terrible sentencia, *eres polvo*. No hay rincon alguno en el universo donde no se vea en letras ó en símbolos de todas formas y colores; y como si este alfabeto de la muerte no bastara para esplicarnos todo lo que ella es, desde nuestros primeros años aprendemos el arte de matar con destreza: los hombres no salen á la calle sino con armas, que al parecer fijan la muerte á su lado; y han inventado cuantos medios son imaginables para matarse mas cruel y ligeramente. En todo lo que nos rodea nos persigue la muerte sin poder evitarla. *Eres polvo y en polvo te has de convertir.*

Juéves despues de Ceniza.

Como el ayuno de la Cuaresma es un remedio eficaz para curar las enfermedades del alma, la Iglesia nos propone en este dia la historia de dos curaciones corporales, obradas milagrosamente en dos personas: la una de la primera y mas noble calidad entre los hombres, y la otra de la última y mas vil condicion, para hacernos ver que no hay estado alguno en el mundo que esté excluido del beneficio de la redencion y de la salvacion. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. El primer ejemplo de estas curaciones milagrosas es el del rey Ezequías, cuya historia se lee en la Epístola de la misa: el otro es el del criado de un centurion, ó capitan de una compañía de cien hombres; y este milagro es el asunto del Evangelio del dia.

Ezequías, rey de Judá, era hijo de Acáz y de Abías, y nieto de

Joatan: era un príncipe muy religioso; restableció enteramente el culto del verdadero Dios en el reino de Judá, cuyo gobierno tomó hácia el año 727 ántes de Jesucristo. Los judíos habian caido en la mayor parte de las supersticiones paganas, por el descuido, y tal vez por la irreligion de los que los gobernaban, y por el comercio que habian tenido con los paganos. El piadoso príncipe hizo echar á tierra todos los altares que se habian fabricado en honor de los falsos dioses en las alturas de los montes, quemó los bosques consagrados á estas falsas divinidades, y demolió la serpiente de metal que los judíos conservaban; hizo esto á fin de quitarles toda ocasion de idolatría. Eusebio dice que suprimió muchos libros de Salomon que trataban de cosas naturales, por el abuso que los simples hacian de ellos. Despues de haber restablecido la religion, hizo la guerra á los enemigos del estado. Tan valiente como religioso, venció y sujetó á los filisteos, que se habian rebelado contra su padre.

En el cuarto y sexto año de su reinado, Salmanasar tomó á Samaria, y dió fin al reino de Israel, habiendo cogido prisionero al rey Oseas, que murió en la prision. Por el mismo tiempo, Senaquerib, rey de los asirios, hizo grandes conquistas en la Palestina y en las provincias vecinas: entró en Egipto, y lo conquistó. Irritado contra Ezequías, por haber rehusado pagarle el tributo que le pedia, envió á Rabsaces, uno de sus oficiales, para que le amenazara que lo llevaria todo á sangre y fuego, burlándose de la confianza que este piadoso príncipe tenia en Dios á vista de las fuerzas de un monarca á quien hasta entónces ninguna potencia habia podido resistir. Ezequías, oyendo estas insultantes amenazas, recurrió á Dios, y para implorar su ayuda, se viste de un saco, va al templo, y manda que se lea la carta blasfema de Senaquerib, y pasa un largo rato en oracion. El Profeta Isaías mandó decirle que no temiera aquellas amenazas, prometiéndole que Dios pelearia por él. En efecto, habiendo puesto Senaquerib sitió á Jerusalen con un ejército de doscientos mil hombres, envió Dios por la noche á un ángel que mató ciento ochenta mil. Viendo Senaquerib por la mañana esta grande mortandad, se retira precipitadamente á sus estados, dejando todo su equipage en poder de sus contrarios.

Admiró Ezequías la mano omnipotente del Dios de los ejércitos en esta milagrosa mortandad del ejército del rey de los asirios; pero la Escritura dice, que este príncipe no reconoció como debia el favor que Dios le habia hecho, y que dejándose llevar del orgullo

lo castigó Dios y lo humilló; pero lo castigó como padre, y su castigo fué para él una nueva prueba de la bondad de Dios. Cayó peligrosamente enfermo; y los judíos creen que fué castigado por no haber dado solemnes acciones de gracias, y cantado un cántico de alabanzas al Señor despues de la derrota, á imitacion de Moises. Sea de esto lo que fuere, Ezequías se encontró muy enfermo, y su enfermedad se creyó mortal. Habiendo venido el Profeta Isaías á visitarlo, le dice: Príncipe, oid lo que el Señor me manda que os diga: *No penseis en otra cosa que* en *poner en órden los negocios de vuestra casa, porque moriréis, y no escaparéis de esta enfermedad.* Esta sentencia fatal, salida de la boca de un Profeta, consternó á este príncipe, que solo llevaba hasta entónces catorce años de reinado. Vuelve su cara hácia la pared, para orar con mas recogimiento y respeto, y para derramar con mas libertad lágrimas de amargura y de dolor. San Gerónimo es de dictámen que se volvió hácia el templo: y allí derramando su corazon delante de Dios, exclamó: Señor, tened compasion de vuestro siervo, y dejaos mover de mis lágrimas. Acordaos que he caminado delante de vos con un corazon recto y puro, con una fidelidad constante y continua. Acordaos que aunque soy pecador, jamas he querido desagradaros deliberadamente, ántes bien, siempre he querido hacer lo que era bueno y agradable á vuestros ojos. Abandonándose despues de esta plegaria al dolor, virtió lágrimas en grande abundancia.

Movido el Señor á compasion á vista de su oracion y de sus lágrimas; todavía no habia salido del palacio Isaías, cuando Dios le mandó que volviera á ver al rey y le dijese, que el Dios de David su Padre habia oido su oracion y atendido á sus lágrimas; que no moriria de aquella enfermedad; que viviria todavía quince años, y que no tendria que temer á los asirios. Isaías corre á llevar esta gustosa noticia á Ezequías, y la recibe con tanto gozo, que parece aun duda de su curacion, pues le dice: ¿Qué señal me dais en confirmacion de vuestra palabra? Era entónces despues de medio dia, y el sol caminaba hácia el Poniente. ¿Queréis en prueba de mi anuncio, le responde Isaías, que la sombra del sol se anticipe diez líneas, ó que retroceda otras tantas? Es fácil que la sombra se adelante las diez líneas, dijo Ezequías: haced pues que suba retrocediendo otras tantas. Habiéndose puesto al punto el profeta en oracion, se vió que la sombra que habia pasado diez líneas, volvió hácia atras igual número de grados en el relox de Acaz.

Los intérpretes están bastante divididos sobre el modo y la hechura del relox de Acaz. San Gerónimo es de sentir, que era una muestra dispuesta con arte, sobre la cual señalaba las horas la sombra del sol. San Cirilo Alejandrino lo concibió á manera de una escalera que Acaz, padre de Ezequias, habia hecho fabricar con tal artificio y proporcion, que por la sombra de las gradas señalaba las horas y el curso del sol. Se cree tambien que el rey podia ver desde su cámara, y aun desde su lecho el relox. Por lo que mira á la retrogradacion, el Profeta dice claramente, que no fué solo la sombra quien subió diez líneas retrocediendo, sino que el sol subió los diez grados, por los cuales habia ya bajado; y por consiguiente este dia debió ser diez horas mas largo que los dias ordinarios, pues todo el universo quedó aturdido de un suceso tan estraordinario y tan maravilloso. Se estendió hasta los pueblos vecinos la fama de que el cielo habia obrado este prodigio en favor de Ezequías.

Podria causarnos admiracion el ver que uno de los mas santos reyes, tan celoso en hacer florecer la religion en todos sus estados, y que tuvo una vida tan inocente y llena de buenas obras, se amilanara y abandonara al dolor al acercarse su muerte, al paso que vemos tantos santos en la nueva ley que miran á la muerte con gozo. Pero esta diferencia de los santos del uno y otro Testamento, es una prueba de la excelencia de la ley nueva sobre la antigua. Confesamos, es verdad, que el Antiguo Testamento nos propone grandes ejemplos de virtudes en los santos y en los patriarcas; pero tambien es preciso conocer, que su virtud aunque grande y verdadera, era todavía ruda, y en cierto modo terrena. No así los de la nueva ley; porque la sangre de Jesucristo ha producido en ellos sentimientos mucho mas nobles y elevados, y una virtud mas purificada y mas sublime.

El Evangelio de la misa de este dia, cuenta la historia de la otra curacion milagrosa del criado del centurion. Habiendo bajado el hijo de Dios del monte donde habia predicado, entraba en Cafarnaum seguido de una tropa de gentes que no se cansaban de oirle. Los mismos gentiles, oyendo hablar de las maravillas que obraba, le profesaban una veneracion y una estimacion infinita; tanto, que el centurion que mandaba la guarnicion romana en Cafarnaum, vino á hablarle, y habiéndole saludado con una profunda reverencia, le dijo: Señor, tengo en casa un criado que está en la cama paralítico, y padece grandes dolores. ¡Bella leccion; un verdadero ejemplo es el que nos dá el centurion, sobre la caridad que debemos tener con los domésticos! Debemos compadecernos de sus males, buscar los medios de aliviarlos y no descansar en los otros. Yo iré á tu casa, le responde el Salvador, y curaré al enfermo. Observemos la disposicion y bondad del Salvador en esta respuesta.

¿Vos Señor, quereis venir á mi casa? ¡Ah! no merezco que vos me hagais esta honra, ni que os tomeis ese trabajo; solo con que digais una palabra, estoy seguro que mi criado quedará sano; porque vos no recibis las órdenes de nadie, pues no teneis otro que sea sobre vos. Toda la naturaleza os obedece como á su soberano dueño, y solo con que digais que un enfermo sea curado, lo será al punto: pues yo que no soy mas que un oficial, solo con que diga á mis criados y á mis soldados: Venid aquí; id allí; haced lo que os mando, al instante me obedecen. Este razonamiento agradó sobremanera al Salvador, y no pudo dejar de manifestar su admiracion. No es esto decir que la admiracion que mostró, naciese de ignorancia ó de sorpresa; pues lo sabia todo, lo preveia todo y nada podia hacerle novedad. Esta admiracion aparente era un efecto de la extrema satisfaccion que tuvo de la fe de este oficial romano, la que le hizo decir á todo el pueblo que le seguia: "En verdad que no he hallado tanta fé en todo Israel en ninguno de aquellos á quienes he hecho mas bien y que están mas obligados á creer y esperar en mí. Es menester que vuestra fé sea tan pura, tan firme, tan perfecta, como la del centurion, si me quereis agradar y recibir mis favores. Tened por cierto, y desde ahora os lo anuncio, que muchas gentes vendrán de las estremidades del Oriente y del Occidente, y tendrán lugar con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; y los hijos de la casa que podian pretender ser los primeros en este reino, como en herencia que se les habia destinado con preferencia á los otros, serán arrojados al abismo donde jamas verán la luz, donde no habrá para ellos sino desesperacion, crugir de dientes y lágrimas." Profecía que se verifica aun hoy entre los infieles que reciben la luz del Evangelio, y resucitan en el Oriente y Occidente el fervor de los primeros cristianos, miéntras que nosotros vemos debilitarse la fé y aun apagarse de todo punto. ¿De qué nos sirve haber nacido hijos del reino, si por nuestras infidelidades dejamos pasar á otras manos la herencia de los hijos? La fé se apaga desde que las costumbres se corrompen. Se empieza ordinariamente por la corrupcion del corazon, antes de ver nacer los errores del espíritu. Pocos

hereges hay, pocos cismáticos y sectarios que no tengan las costumbres depravadas. Disfrácese cuanto se quiera el desórden y la pasion; las mas vergonzosas pasiones son siempre, ó el orígen, ó á lo menos el efecto de la heregía y del error.

Cuando el Evangelio dice que Jesus se mostró admirado, este es un modo de hablar que explica la satisfaccion que tuvo el Salvador de encontrar en este extrangero una fé tan viva y tan firme, que no quiso dejar de recompensársela, pues le dijo: Vé y hágase contigo segun has creido: y al mismo instante quedó sano su criado. En efecto, habiendo vuelto á su alojamiento el centurion y los de su séquito, hallaron al enfermo perfectamente curado de su paralísis. Mas advertimos que cuando dijo el Salvador que no habia encontrado una fé tan grande en Israel, es menester exceptuar á la Virgen Santísima y á los Apóstoles; y esta expresion no embaraza en que la fé de este extrangero fuese capaz de confundir la incredulidad de la nacion judaica. Es claro que estas palabras: *Muchos vendrán del Oriente y del Occidente*, esto es, de todas las partes del mundo, denotan visiblemente la vocacion de los gentiles, los cuales por su docilidad en recibir el Evangelio, han merecido ser sustituidos en lugar de los judíos y succederles en todos sus derechos, como se ha verificado. Los judíos eran los vasallos naturales del reino del Mesías: habiéndose excluido ellos mismos por su ingratitud y por su pura malicia de la iglesia de Jesucristo, han merecido ser desterrados para siempre de la sala del convite celestial, y ser precipitados al fuego del infierno.

La epístola es del capítulo XXXVIII del profeta Isaías.

En aquellos dias: Ezequías enfermó de muerte; y entró á visitarle el profeta Isaías, hijo de Amos, y le dijo: Esto dice el Señor: Dispon de las cosas de tu casa, porque vas á morir, y estás al fin de tu vida. Y volvió Ezequías su rostro á la pared y oró al Señor diciendo: Acuérdate, te ruego, ó Señor, de como he caminado en tu presencia con sinceridad y con un corazon perfecto, y que he hecho lo que era agradable á tus ojos. Y prorumpió Ezequías en un deshecho llanto. Y habló el Señor á Isaías, diciendo: Anda y dí á Ezequías: Esto dice el Señor Dios de tu padre David: He oido tu oracion y visto tus lágrimas: He aquí que te daré quince años mas de vida: y te libraré del poder del rey de los asirios á tí y á esa ciudad, y la protegeré: dice el Señor omnipotente.

El Evangelio es del capítulo VIII de San Mateo.

En aquel tiempo: Al entrar Jesus en Cafarnaum le salió al encuentro un centurion, y le rogaba diciendo: Señor, un criado mio está postrado en mi casa, paralítico, y padece muchísimo. Dícele Jesus: "Yo iré y le curaré." Y replicó el centurion: "Señor, no soy yo digno de que tu entres en mi casa; pero mándalo con tú palabra, y quedará curado mi criado. Pues aun yo, que no soy mas que un hombre sujeto á otros, como tengo soldados á mi mando, digo al uno: Marcha, y él marcha; y al otro: Ven, y viene; y á mi criado: Haz esto, y lo hace. Al oir esto Jesus, mostró grande admiracion, y dijo á los que le seguian: En verdad os digo, que ni aun en medio de Israel he hallado fé tan grande. Así yo os declaro que vendrán muchos del Oriente y Occidente, y estarán á la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mientras que los hijos del reino serán echados fuera á las tinieblas: allí será el llanto y el crugir de dientes. Despues dijo Jesus al Centurion: "Véte, y sucédate conforme haz creido;" y en aquella hora misma quedó sano el criado.

MEDITACION.

Sobre el Evangelio del dia.

Considera que si la fé es el principio indispensable para la existencia de la esperanza y de la caridad, no es ménos necesaria la caridad para la perfeccion de la fé y de la esperanza: ella es la que les da la vida, y hace que se lleven á tal perfeccion, que puedan servir de admiracion y asombro á toda inteligencia criada. Aun aquel que propiamente no podia admirarse, por ser la misma increada sabiduría, mostró admiracion al ver un ejemplo de esta naturaleza. El evangelio de este dia, en un solo rasgo nos presenta el fundamento y las pruebas en que estriba y con que se comprueba la verdad que acabamos de asentar. Un centurion, hombre humilde y sencillo, se presenta á Jesus, y le pide la salud para su criado. Yo iré y le curaré, respondio Jesucristo; y entónces aquel hombre, alumbrado con una luz sobrenatural, manifiesta y descubre en su humilde respuesta, una fé verdaderamente viva y perfecta. Él muestra que reconoce en Jesucristo un Dios omnipotente que con solo que-

rer hace cuanto quiere: un Dios de infinita Magestad, de cuya visita no se encuentra digno. ¿Y por qué esto? Ya lo dijimos al principio: porque este hombre viene movido de la caridad para con su doméstico á implorarle la salud, por disposicion de aquel que reconoce y adora por su Dios. Esta obra de caridad, hecha con todo el afecto de un corazon tierno y compasivo, comunicó vida y perfeccion á su fé. ¿Qué fé mas viva que la que se halla acompañada de una esperanza y confianza tan firmes, que no duda recibir el beneficio que implora humildemente? ¿Qué fé mas viva que aquella, que en un caso práctico en que tiene tanto interes, sabe prescindir de aquellas acciones ó muestras exteriores en que funda su seguridad un corazon terreno que desea con ansia alguna cosa? ¿Qué fé mas perfecta, que aquella que reconoce la soberanía y el poder sin límites de un Dios que se halla en todas partes por esencia, presencia y potencia? ¡Ah! Tengamos nosotros una fé semejante; sea esta animada por la caridad, y nuestro buen Dios otorgará benigno nuestras peticiones.

Considera que la caridad no solo anima y perfecciona la fé, sino que es la vida de todas las demas virtudes. Bien se insinúa esta verdad en la humildad de que vemos poseido al centurion: él protesta que no es digno de que el Señor entre en su habitacion: él confiesa francamente que no es mas que un hombre sujeto á las órdenes de otros; y léjos del fausto y de la ostentacion con que las personas distinguidas con algun cargo de superioridad procuran atraerse la estimacion y respeto de los demas, él públicamente confiesa su pequeñez y su indignidad. ¿Y es sola la humildad la virtud moral de que dá muestras este hombre? El Evangelio no marca otra; ¿pero ignoramos que la humildad es la base y cimiento de las demas virtudes, y que tenida esta, ya se encuentran las raices ó principios de las demas? De luego á luego brota *la sinceridad* con que se produce este hombre, la atencion, el respeto, la veneracion con que habla al Salvador. Y bien, ¿de dónde viene este conjunto de virtudes y de nobles afectos, que admiramos nacidos en un terreno ántes inculto, que debe toda su feracidad á la inspiracion de un Dios que obra todas las cosas con sumo órden y concierto? Del mismo principio que notamos arriba: de la caridad, que hace de un vaso de perdicion un vaso de eleccion: de la caridad, que trasforma al hombre de terreno en espiritual: de la caridad, que purifica y acrisola á las almas: de la caridad, que vivifica todas las virtudes, y les da todo el mérito para atraerse la bendicion de Dios y adquirirse su agrado soberano. Bien se ve en el triste anuncio con que Jesucristo nos hace antever la reprobacion de los hijos del reino: la caridad sentó en la mesa á los gentiles con Abraham, Isaac y Jacob: y la falta de caridad en los judíos los dió á la parte de los réprobos en las tinieblas exteriores.

PETICION Y PROPOSITOS.

¿Y qué, Dios mio, será esta la parte que me toque, cuando retribuyas á los hombres segun su merecido? Mis pecados no me han hecho acreedor á otra retribucion; pero si tengo caridad, ella consumirá mi iniquidad, me limpiará de la mancha del pecado, y me dará á la parte de vuestros escogidos. Poderosa es para sacarme del estado de muerte en que me encuentro, y traerme á la vida que vos me mereceis y me donais. Sea así, Dios mio, que sea yo inflamado en tu divino amor, de tal manera que creciendo este fuego en mi alma, acelere su purificacion y abrevie los pasos con que debo marchar en el progreso y perfeccion de la virtud. Mas dadme la humildad de corazon que tanto os agrada, y hace que abunde vuestra gracia en las almas.

JACULATORIA.

Señor, yo no soy digno de que vengas á mí; mas di aquella palabra de vida, con que te dispones tu morada en el hombre.

LECCION.

Sobre la virtud de la fé.

La fé, esa virtud sobrenatural que se nos infundió en el bautismo, es el apoyo del culto y de la piedad: quitese, y al momento todo viene abajo. Ella ilustra los entendimientos y los ensalza hasta conversar con Dios. ¡Quién sin la fé podrá llegar hasta el trono del Eterno! Nuestra imaginacion siempre entrenida con los sentidos; nuestra razon siempre cercada de tinieblas, y nuestra voluntad siempre asida de los bienes terrenos, no tienen mérito ni virtud para espiritualizarnos tanto como es preciso para unirnos al Sér Supremo; mas con el don sobrenatural de la fé, nos hacemos criaturas de un órden privilegiado; nos despojamos de las ideas corporales, menos-

preciamos los halagos del mundo, solo miramos los bienes eternos, y nos introducimos en una santa familiaridad con el mismo Dios: con la fé rompemos los densos nublados que nos usurpan é impiden la presencia y accion del Criador: con la fé entreabrimos los cielos, y vemos todas las grandezas y maravillas del Todopoderoso.

La criatura sin la fé no puede honrar dignamente al Criador. La fé es un vasallage con que nuestra alma reconoce su flaqueza y dependencia, tributando á Dios lo que le pertenece, y sacrificándole todas nuestras luces. Nuestra fé no es una ilusion, pues que tiene fundamentos tan sólidos. Cuanto mas uno se somete á ella, tanto es mas racional. Vuestros testimonios, dice David, hablando con Dios, no pueden dejar de ser evidentes. Todos los siglos, las generaciones todas y todo el universo, concurren á afirmar nuestra fé y la hacen reconocer como sello con todos los caractéres divinos.

Todas las ciencias que no se refieren á la fé, no tienen mas que un objeto finito y un provecho momentáneo; pero la fé, superior á todas las combinaciones y raciocinios, se extiende mas allá del mismo cielo. El universo sin la fé, estaria lo mismo que sin la luz; y los hombres, juguete de los sofismas, de las paradojas y de las conjeturas, no ven sino al través de densas sombras, á un Dios á quien nombran de diverso modo porque no lo conocen. Lo que decimos no es una suposicion ó arrebato del entusiasmo ó de la imaginacion, son desgracias que han visto todos los siglos y que palpamos en el nuestro. ¡Ah, qué pocos hay que tengan la fé del centurion!

¡Cuán grande es el hombre animado con la fé! Saluda desde la tierra á su patria el cielo, morada y descanso del mismo Dios: desprecia los honores, abandona los bienes, y solo suspira por la herencia de los santos: desafia á todas las potencias del universo á que turben é inquieten su corazon: éste, enteramente desprendido de la tierra, y siempre pronto para despojarse del cuerpo de muerte que le agobia; no vé mas que á Dios, y nada entiende sino á Dios: en él solo confia: *Di una sola palabra y mi siervo quedará sano.* Si le dicen como á Job, que sus ganados han perecido con el fuego del cielo; que sus hijos han sido cubiertos con las ruinas de una casa, y que su padre, madre y muger espiran, responde, no con un estoicismo ridículo, sino con una tierna y santa conformidad: "Cúmplase la voluntad de Dios.

Lo dicho se entiende, no de una fé muerta que solo consiste en palabras, sino de aquella fé á la que San Pablo atribuye la paciencia, el valor y la obediencia de los justos del Antiguo Testamento; porque la fé, que verdaderamente es don de Dios y semilla del bien, hace obrar cosas maravillosas: sin ella no tendriamos sacrificios que ofrecer al Eterno; no debiendo consagrarle una víctima menor que nuestro corazon, pues que le debemos toda sumision y vasallage á quien nos formó. Todo lo dicho no es sino un ligero elogio de la fé: el mas excelente que podemos tributarle, es decir, que con ella participamos en cierto modo de la presencia del mismo Dios, y por esto el centurion dijo á Jesucristo vida nuestra: *No soy digno, Señor de que entres en mi casa; mas mándalo con tu palabra, y será sano mi siervo; no es, pues, necesario que vayas;* allí estás ya presente por tu poder. ¡Qué fé la de este centurion! Con razon el sabio por esencia se admiró en cierto modo. *Cuando oyó esto Jesus,* dice San Mateo, *se maravilló y dijo á los que le seguian: "Verdaderamente os digo, que no he hallado fé tan grande en Israel."* Con la fé se vé el regreso de Elías al mundo como si estuviera presente: la resurreccion de los muertos, como si sucediera en este instante: el juicio final, como si se estuviera verificando actualmente, y la vida eterna, como si ya se poseyese: se vé al hombre que espira con mas vida que la que tenia en su cuerpo mortal; y por último, se ven todos los acaecimientos, todos los siglos y toda la naturaleza, subordinados á las órdenes de un Dueño y Señor, que no deja de obrar en cada momento: de este modo la fé multiplica nuestros conocimientos, nos manifiesta lo venidero, llena nuestra alma de ideas sublimes, y nos facilita mil medios de meditar y de edificarnos. Ella regula nuestras pasiones, ella, en fin, nos eleva sobre el universo y sobre nosotros mismos.

Si yo tengo verdadera fé, mis amigos y mis parientes que he visto llevar al sepulcro, no han muerto para mí: yo los veo en aquella inmensa region de los espíritus: donde los unos expian sus culpas, y los otros, embriagados por un torrente de delicias, tienen gustos y consolaciones inefables, y á donde otros mas desgraciados gimen bajo el peso de la justicia eterna, sin esperanza alguna de consuelo. ¡Ay! Una fé como la de Ezequiel, que manifestó á su siervo rasgos de fuego y ejércitos numerosos en los aires, nos descubre una multitud de ángeles que cuidan de nuestra custodia y nos defienden de las tentaciones y de los esfuerzos de los espíritus rebeldes cuya malicia no solicita otra cosa que destruirnos. La incredulidad se burla de todo esto; pero prontamente la misma

será condenada: su juicio se prepara, ó mas bien, hablando en frase de la Escritura, ya está juzgada, y los abismos están abiertos para tragársela: ya el Dios terrible aparece, ejerce sus venganzas, y no deja al alma rebelde por patrimonio sino la rabia y la desesperacion. Ya desapareció el universo, y no queda de todos nuestros bienes, de todos nuestros honores y de todos nuestros proyectos, sino un principio indestructible que subsiste en nosotros, que es emanacion de la inteligencia suprema, y cuya suerte futura consiste en uno de estos dos extremos, padecer el castigo de sus malas obras, ó recibir la recompensa de su buena conducta. El físico con sus instrumentos descubre en el universo multitud de objetos y maravillas que se esconden á los ojos del vulgo; y el cristiano, animado por la fé, descubre milagros y misterios que no conocen los profanos. El incrédulo vive en este mundo como en un pais donde todo es casual y fortuito: pero el hombre que es de Dios, no vé moverse la hoja de un árbol, ni andar el gusano, ni arrastrarse el reptil, sin reconocer en todo la mano benéfica del Omnipotente que no cesa de obrar. El que carece de la fé, está aislado sobre la tierra, no considerándose ciudadano, amigo ni pariente sino por mera casualidad; pero el discípulo de Cristo se halla en compañía con todos los santos, con todos los ángeles y con el mismo Dios: esta idea lo consuela, lo enriquece y lo eleva sobre todo lo criado.

Viérnes despues de Ceniza.

La Iglesia, siempre atenta á las necesidades espirituales de sus hijos, y deseosa de procurarles todas las utilidades que pueden resultarles de los ejercicios de religion que les prescribe, se aplica en estos dias primeros de Cuaresma á amonestarlos sobre todo lo que podria hacerles su ayuno infructuoso, y á enseñarles el secreto y el medio de hacer saludable su penitencia. Toda la misa de este dia se dirige á este fin. El Introito, la Epístola y el Evangelio, son una leccion importante con que el Espíritu Santo nos enseña lo que debemos evitar, y lo que debemos hacer para que nuestro ayuno sea agradable al Señor, y para que hagamos en este santo tiempo dignos frutos de penitencia.

La misa comienza por estas tiernas palabras del salmo 29: El Señor me oyó, se compadeció de mí y me socorrió. Por este motivo

yo os alabaré, Dios mio, porque os habeis encargado de mi cuidadosamente y no habeis permitido que mis enemigos tuviesen el gusto de verme caido. El sentido moral y alegórico en que entiende la Iglesia estas palabras, es dar gracias á Dios por la proteccion especial que emplea el Señor con los que le sirven con fidelidad, y que procuran satisfacer á su justicia con la penitencia.

La epístola es una de las mas importantes lecciones que da Dios á su pueblo por boca de Isaías, para hacerle evitar todo lo que puede hacer inútil y defectuoso el ayuno, y para enseñarle con qué espíritu debe ayunar y mortificarse, para hacer dignos frutos de penitencia. Porque á la verdad es cosa bien triste maltratar su carne y sus sentidos para hacerse mas criminal delante de Dios, y para irritar mas su justicia y su indignacion, en lugar de aplacarlo con los rigores de la penitencia. Esto es lo que hacen todos los que ayunan con malas disposiciones, por motivos poco puros y con pasiones poco mortificadas. Ayunan; ¿pero de qué sirve esta mortificacion del cuerpo, esta abstinencia observada con rigor, si alimentan en el corazon una codicia que quisiera tragárselo todo; unas pasiones que en todo se satisfacen, un deseo de venganza que todo lo consume? ¿De qué les sirve el ayunar cuando hacen ostentacion de su ayuno? Dice Dios á su Profeta: Haz que tu voz resuene como una trompeta, que se oye en todas partes, para anunciar á mi pueblo, que yo miro mas bien al corazon que á ese exterior engañoso que solo puede deslumbrar á los hombres. Vosotros estais cargados de delitos, vuestro corazon está manchado con mil pecados, las pasiones reinan en él con imperio, el amor al mundo ha desterrado de él el amor á Dios; estais llenos de vanidad; un vil interes, una venganza envejecida, os hace objetos de horror á mis ojos; ¿y pretendeis agradarme con un exterior blanqueado, con un apenitencia artificiosa? ¿Quereis honraros y honrarme con esta mascarilla de piedad, como si yo fuera capaz de dejarme engañar? Estos hipócritas se lisonjean de que me buscan todos los dias, al paso que me obligan á apartarme de ellos cada dia mas. ¿Queremos conocer los caminos del Señor? El Evangelio nos los enseña demasiado; pocos los ignoramos, todos los dias nos los predican. Confesemos que el alejarnos de ellos no es por ignorancia, sino por pura malicia y por un espíritu de libertinage. Queremos conocer los caminos de Dios, y por eso buscamos directores sabios; pero si este deseo es sincero, ¿de dónde nace que saquemos tan poco fruto de estas direcciones? ¿Queremos acer

cernos á Dios? Ninguna cosa mas loable, que este ardiente deseo de la perfeccion; ¿pero ignoramos que solo podemos santificarnos con la inocencia, con la pureza de corazon, con la victoria de todas las pasiones, con la regularidad de las costumbres, con el ejercicio de la penitencia? ¿Ignoramos que es indispensable el apartarnos del mundo, si queremos sinceramente acercarnos á Dios?

Esta y no otra será la razon por que el Señor, á la hora de nuestra muerte, nos reprobará nuestras penitencias. Siervos infieles, nos dirá el Señor, es verdad que ayunasteis; ¿pero al ayunar, os abstuvisteis de vuestras iniquidades, de vuestras impurezas, de vuestros vicios? ¿Cuando ayunábais restituísteis aquella hacienda mal habida, apagásteis en vuestro corazon aquel espíritu de concupiscencia; apagásteis aquel espíritu de venganza y malignidad para con vuestros hermanos? ¿Cuando ayunábais, rompísteis aquel trato criminal, aquellos lazos tan funestos á la inocencia? ¿Comenzásteis vuestro ayuno pagando á aquellos jornaleros, á aquellos domésticos, á aquellos mercaderes á quienes vuestra tardanza en pagarles ocasionó un notable perjuicio? En fin, cuando os humillábais bajo la ceniza, ¿os humillásteis delante del Señor y os reconciliásteis con él por medio de una santa conversion, de una perfecta contricion? ¿Esto es lo que llamais ayuno y dias agradables al Señor? Yo no me pago de un esterior mortificado, dice el Señor, ni de una penitencia imperfecta. Esas señales, esas simulaciones y fingimientos de penitencia, solo sirven para hacer al hombre mas hipócrita y mas criminal. El ayuno que yo apruebo, nos dice el Señor, que me es verdaderamente agradable, que miro con complacencia, y que recompenso con liberalidad, es aquel que empieza siempre por la penitencia, rompiendo los lazos de la iniquidad, reformando las costumbres y entregándoos á una vida inocente. Ni aun es bastante, continúa el Salvador, romper estos lazos criminales: no basta sustraer su alimento á la sensualidad para hacer fructuoso vuestro ayuno. Para que me sea agradable, acompañadlo con el ejercicio de las obras de misericordia, principalmente de la caridad: de este modo vuestras oraciones serán infaliblemente oidas, y aun prevendré vuestros deseos y vuestros votos.

El santo tiempo de Cuaresma se representa á muchas personas como un tiempo horrible, oscuro y fecundo en tempestades: tal es para aquellos que no la observan ni la guardan como conviene. Pero es un tiempo de bendiciones, de consuelo y de gracia para aquellos que hacen de él un tiempo de salvacion por las obras de piedad y de caridad que añaden á su penitencia. Oigamos al mismo Profeta: "Si socorriéreis al pobre con una efusion de corazon, y si llenáreis de consuelo á las almas afligidas, vuestra luz nacerá en las tinieblas, vuestra religion y vuestra virtud, brillarán bajo de vuestra modestia y bajo de ese aire de reforma, y vuestras tinieblas, esto es, ese aire de recogimiento, de retiro, será como el medio dia. No hay persona religiosa, casi no hay cristiano que no ayune la Cuaresma: ¿De dónde, pues, nace que este ayuno sea seguido de tan pocos frutos? Nace de que no se ayuna segun el espíritu de Jesucristo y la intencion de la Iglesia. No ayuneis en adelante, dice el Profeta, como habeis ayunado hasta aquí. Ayunad con un espíritu de penitencia, de inocencia y de caridad.

El Evangelio de hoy nos trae á la memoria el mandamiento que nos impone Dios de amar á nuestros enemigos, y perdonar de lo íntimo del corazon todas las injurias; y procurando siempre inspirarnos horror á la hipocresía, nos enseña con qué espíritu y con qué disposiciones debemos cumplir con todas las obligaciones de la caridad.

Vosotros habeis oido, decia Jesucristo á sus discípulos y á todo pueblo, que se dijo: Amarás á aquel con quien tienes alguna relacion ó amistad, y aborrecerás á tu enemigo. (Estas últimas palabras no se encuentran en la Ley antigua, á lo ménos en términos formales: por esa algunos intérpretes creen que fuesen una glosa de los escribas y fariseos: y así el Salvador no refiere esta máxima como un artículo de la Ley, sino como una tradicion popular.) Tal vez me direis, dice el Salvador, lo que habeis oido decir frecuentemente, que la Ley manda amar al prójimo; pero que está permitido aborrecer á su enemigo. La Ley prohibe tener comercio con los pueblos vecinos que son idólatras y enemigos del verdadero Dios, y aun ordena que sean tratados como si se les aborreciera: quiere que sean esterminados; pero no quiere que en el corazon haya enemistad contra ellos; ántes manda lo contrario, pues prohibe expresamente á los hebreos el vengarse y acordarse de las injurias. El mismo Salvador nos dice: El precepto que yo os intimo y la ley que os impongo, es que debeis amar á vuestros enemigos, desear todo bien á los que os quieren mal, hablar bien de los que os infaman, orar por los que os persiguen. Yo soy quien os lo manda. Obrando de esta suerte, seguiréis el ejemplo de vuestro Padre que está en el

cielo, y mereceréis que os reconozca por sus hijos legítimos. Este amable Padre hace todos los dias nacer su sol sobre los buenos y sobre los malos, y la lluvia que envia del cielo, cae igualmente sobre las tierras de los que le sirven, y sobre las de los que le ofenden. No amar sino á los que os aman, no es un afecto digno de gran recompensa, es hacer lo que esos publicanos y usureros, cuya profesion condenais y cuyas injusticias detestais todos los dias. ¿Qué pecador hay, qué bárbaro que no ame á quien lo ama, y que no preste á aquellos que cree le pueden pagar un grueso interes? Si vosotros no haceis mas que esto, ¿cómo os estarán obligados los hombres, y qué mérito esperais tener para con Dios? Finalmente, si no saludais sino á los de vuestra nacion, como la mayor parte de los judíos acostumbraban hacer, esto no es mas que una decencia y hombría de bien puramente civil, no es mas que una virtud pagana. Sed, pues, perfectos como lo es vuestro Padre celestial, dice el Salvador, imitadlo en la práctica de vuestra caridad, y procurad en cuanto lo permita vuestra flaqueza, aspirar á lo mas alto y elevado que hay en la virtud. El ejemplo de los Santos nos espanta, y desesperamos poder llegar á donde ellos llegaron: ved aquí otro modelo que Jesucristo nos propone dándonos la perfeccion del mismo Dios por regla de la nuestra, para enseñarnos con la infinita sublimidad del modelo, que con la ayuda de la gracia debemos aspirar continuamente á una mas alta virtud.

Como la hipocresía mas peligrosa es aquella que se disfraza con la cara de piedad, y como ninguna cosa aparta tanto de la salvacion como una devocion fingida, el Salvador nada recomienda tanto, ni tan á menudo á sus discípulos, como el que se guarden del deseo de la vanagloria, y de la vil pasion de querer parecer mas buenos de lo que son: guardaos de hacer delante de los hombres vuestras buenas obras con el fin de ser vistos de ellos; si así lo hiciereis, no espereis recompensa alguna de vuestro Padre celestial. ¡Buen Dios! ¡Cuántas acciones santas en la apariencia se encontrarán perdidas para el cielo por no haber estado animadas de una intencion pura y recta! ¡Cuántos pasarémos nuestra vida en ejercicios de piedad y de zelo, y á la hora de nuestra muerte oirémos que se nos dice: Ya habeis recibido vuestra recompensa. Aunque hubiésemos tenido el don de profecía y de milagros, si nos faltó la pureza de intencion, se nos dirá: Retiraos, no sé quien sois, no os conozco. Por lo que á vosotros toca, continúa el Salvador, cuando dais limosna, haced que

vuestra caridad sea oculta, de suerte que no sepa vuestra mano siniestra lo que hace vuestra diestra; si solo se hace por Dios la buena obra, no se debe cuidar de que los hombres la vean. Como solo de Dios se espera la recompensa, no se desea tener otros testigos. El justo se oculta á sí mismo sus buenas obras, no reflexionando sobre ellas, olvidándolas; ó si alguna vez piensa en ellas, es solo para reprenderse lo poco que hace por Dios, la tibieza con que le sirve, y el poco amor de Dios con que anima sus acciones. Solo atiende á las imperfecciones de que juzga van acompañadas siempre sus buenas obras. No está mandado, sobre todo á los ricos, el ocultar siempre sus limosnas: sus limosnas pueden ser públicas, si es público que poseen grandes rentas; es un escándalo ver á un cristiano que vive en la opulencia, y no saber si socorre á sus hermanos pobres y necesitados; pero en esta caridad pública, la intencion debe ser pura: como no se espera la recompensa sino de Dios, solo á Dios se debe mirar, y no se debe obrar sino por Dios; porque no hay vicio mas odioso, mas despreciable, ni mas abominable que la vanagloria.

FIESTA

DE LAS CINCO LLAGAS DEL DIVINO REDENTOR.

La Iglesia mexicana y otras celebran el dia de hoy la fiesta de las Cinco Llagas de nuestro Señor Jesucristo, que hace mucho tiempo es la titular en la Iglesia de San Roque de la ciudad de Paris, una de sus parroquias. Habiendo querido el Salvador conservar despues de su triunfante resurreccion y de su ascension gloriosa estas llagas resplandecientes, muestras é insignias de consuelo, prendas preciosas, monumentos eternos de la bondad incomprensible del Redentor para con los hombres, ¿qué cosa mas puesta en razon que honrar con una fiesta particular estas señales permanentes é imborrables de nuestra salvacion? Jesucristo, dice San Bernardo, ha querido conservar eternamente estas divinas cicatrices, para que fuesen como otras tantas bocas que abogasen sin cesar por nosotros cerca del Soberano Juez, é implorasen la divina misericordia en favor de los pecadores. Pero defendiendo tan elocuentemente nuestra causa, echarán en cara eternamente á los condenados su negra ingratitud, su imperdonable malicia y su impiedad. Para la Epístola de la misa de esta fiesta, se ha elegido el pasage del Profeta Zacarías, donde se

dice, que despues que Dios habrá derramado sobre los habitadores de Jerusalen un espíritu de gracias y de súplicas, éstos pondrán los ojos sobre aquel á quien ellos mismos habrán abierto las llagas, y llorarán á aquel á quien habrán herido, como se llora con suspiros la muerte de un hijo único. Estas palabras miran derechamente á nuestro Salvador en el primer sentido que en este pasage es el único, y el literal. El Evangelio cuenta la historia de la crucifixion del Salvador, y en particular el pasage del Evangelio de San Juan, donde se dice: Que un soldado le abrió el costado con una lanza, y que al punto salió de él sangre y agua.

La epistola es del capitulo LVIII del Profeta Isaias.

Esto dice el Señor Dios: Clama, no ceses: haz resonar tu voz como una trompeta, y declara á mi pueblo sus maldades, y á la casa de Jacob sus pecados; ya que cada dia me interrogan y quieren saber mis consejos. Como gente que hubiese vivido justamente, y que no hubiese abandonado la ley de su Dios, así me demandan razon de los juicios de mi justicia y quieren acercarse á Dios. ¿Cómo es que hemos ayunado, y tú no has hecho caso: hemos humillado nuestras almas, y te haces el desentendido? Es porque en el dia mismo de vuestro ayuno haceis todo cuanto se os antoja, y apremiais á todos vuestros deudores: es porque vosotros ayunais para seguir los pleitos y contiendas, y herir con puñadas á otro sin piedad. No ayuneis como hasta hoy dia, si quereis que se oigan en lo alto vuestros clamores. ¿El ayuno que yo aprecio, consiste acaso en que un hombre mortifique por un dia su alma, ó en que traiga su cabeza torcida de modo que casi forme un círculo, ó se tienda sobre el cilicio y la ceniza? ¿Por ventura á esto lo llamarás tú ayuno y dia aceptable al Señor? ¿Acaso el ayuno que yo estimo no es mas bien el que tú deshagas los injustos contratos, que canceles las obligaciones que oprimen, que dejes en libertad á los que han quebrado y quites todo gravámen? ¿Que partas tu pan con el hambriento, y que á los pobres y á los que no tienen hogar los acojas en tu casa, y vistas al que veas desnudo, y no desprecies tu propia carne? Si esto haces, amanecerá tu luz como la aurora, y llegará presto tu curacion; y delante de tí irá tu justicia, y la gloria del Señor te acogerá. Invocarás entónces al Señor, y te oirá benigno: clamarás, y él te dirá: Aquí estoy. Porque soy misericordioso, yo, tu Señor y tu Dios.

El Evangelio es de los capitulos V y VI de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Habeis oido que se dijo: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amar á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace que salga su sol sobre los buenos y malos, y envia la lluvia sobre justos y pecadores. Porque si no amais sino á los que os aman, ¿qué premio habeis de tener? ¿No lo hacen así aun los publicanos? Y si no saludais á otros que á vuestros hermanos, ¿qué tiene eso de particular? Por ventura ¿no hacen tambien esto los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos, así como lo es vuestro Padre celestial. Guardaos bien de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres con el fin de que os vean: de otra manera no recibireis su galardon de vuestro Padre que está en los cielos. Y así, cuando das limosna no quieras publicarla al son de trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas, á fin de ser honrados de los hombres. En verdad os digo, que ya recibieron su recompensa. Mas tú cuando des limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede oculta: y tu Padre que ve lo oculto, te recompensará.

MEDITACION.

Sobre el complemento y perfeccion del ayuno.

Considera que el ayuno que agrada á un Dios de infinita perfeccion, no debe ser un ayuno de tan poca entidad como el que se hace absteniéndose de segunda comida y privándose de tales ó cuales carnes; porque, primeramente, este ayuno es poco sacrificio para protestar con él el amor que debemos á un Dios tan bueno en sí, y tan benéfico para nosotros; y en segundo lugar, que ya vemos que puede ejecutarse sin que obre una total reforma, esto es, observado por personas que absteniéndose de manjares, no se abstienen de pecar ni de dar rienda suelta á sus pasiones y apetitos. ¿Será pues, este ayuno suficiente para llenar aquel objeto? ¿A un Dios que tiene en sí toda bondad, se le protestará dignamente con solo esta abstinencia? ¿A un Dios que emplea en nuestro beneficio esa misma bondad suma y perfecta, se le corresponderá decorosamente con

un medio tan débil y de tan poca entidad? Es verdad que su Magestad misma no exigió al primer hombre mas que la abstinencia de uno de los frutos del paraiso; mas era en el estado de la inocencia y justicia original en que fué criado: empero en el estado deplorable de pecado y corrupcion en que desgraciadamente nos hallamos, ¿bastará solo el ayuno eclesiástico, cuando nuestro corazon abunda en la malicia, y por cuantos medios nos son dados brotamos la iniquidad y la torpeza? Ciertamente que no. Santo y provechoso en sumo grado es el ayuno eclesiástico; pero acompañado del ayuno y abstinencia de todo aquello que alimenta nuestras pasiones, que fomenta nuestros vicios, y produce en nosotros el pecado. Cierto es que la Iglesia por la ley del ayuno cuadragesimal solo nos obliga á él bajo de culpa; pero no por eso nos excusa de toda la demas abstinencia á que por ley natural y divina estamos ya obligados, que demanda la salud de nuestra alma, y que merece en toda plenitud un Dios á quien debemos amar con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todo nuestro corazon y con todas nuestras fuerzas.

Considera que si Dios merece la plenitud de nuestro ayuno, no merece ménos la perfeccion con que debemos hacerlo. Bastaba ser quien es, para que nosotros le sirviéramos hasta los ápices de la perfeccion; pero ¡cuánto mas crece esta obligacion cuando vemos que el Señor nos atiende y socorre, no solo en la mayor y mas interesante de nuestras necesidades, sino en lo mas pequeño y menos importante de nuestro recreo, de nuestro gusto, de nuestro consuelo: cuando vemos que venido á la tierra para manifestarnos mas su amor, nos ama hasta el fin, hasta el extremo de mayor perfeccion, de mas completo sacrificio, de donacion mas generosa: cuando vemos que para desempeñar su obra y darnos ejemplo, llena con su obediencia desde lo mas esencial de su divina empresa hasta la mas pequeña circunstancia. ¿Y en vista de esto, serémos tan poco amantes, tan poco zelosos, tan poco aprovechados, que nos contentemos con hacer algo de lo que nos manda, con sacrificarle una parte de nuestro gusto ó de nuestro interes, con reformarnos en parte ó hasta cierto grado, dejando lo demas para la satisfaccion de nuestros apetitos, para el recreo de nuestros sentidos, para alimento de ciertas pasioncillas, que son puntualmente las que impiden nuestra perfecta conversion, y las que por consiguiente quiere el Señor que le sacrifiquemos? ¡Oh! no debe ser esta nuestra correspondencia á un

Dios que nada nos niega, nada nos reserva de cuanto podemos racionalmente apetecer, y que por el contrario, nos hace abundar en los bienes de naturaleza y de gracia, y fecunda en nuestras almas las virtudes, para que con su fortaleza podamos vencer la resistencia de la carne y desempeñar con facilidad las obras santas y meritorias que exige de nosotros.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Así lo reconozco, Dios de mi corazon; mi conducta ha correspondido muy poco, ó casi nada á lo mucho que habeis hecho por mí, y con que me habeis beneficiado. Si yo no os sirvo en toda plenitud y perfeccion al amor que os debo, mi vida no será digna de vuestra aceptacion, ni hallaréis en ella cosa que premiar, sino al contrario, mucho que reprender y castigar. ¿De qué me servirá haber ayunado, si en todo lo demas que me ha pedido mi insaciable apetito, le he dado gusto con criminal exceso? No, no será así de hoy en adelante: la luz que me habeis dado por medio de estas reflexiones, me ha hecho conocer hasta la evidencia la plenitud y perfeccion del ayuno que necesito y vos quereis de mí. Examinaré mi corazon: observaré sus inclinaciones, y me dedicaré á vencerlas con el auxilio de vuestra gracia, que humildemente imploro.

JACULATORIA.

Humillaré, Señor, mi alma en el ayuno.

LECCION.

Del amor á nuestros enemigos.

El carácter propio y distintivo del cristiano es el amor á sus mismos enemigos: esta virtud es singular y privativa de la religion del Crucificado. Ser cristiano y ser un tierno y generoso amante de los mismos que nos odian, persiguen y calumnian, es todo uno. No hay salvacion para los que no quieren perdonar á sus enemigos. Esta es una ley peculiar del cristianismo que jamas ha tenido dispensa ni admitirá excepcion: ninguna secta, ningun partido, ni aun la religion misma de los judíos, la sola verdadera ántes de la cristiana, llevaron á tanta perfeccion su moral, el perdon sincero de las injurias, el amor verdadero á los enemigos, el volver bien por mal, el

orar por los que nos persiguen y calumnian, es un grado de santidad y perfeccion á donde la naturaleza sin la gracia jamas podrá llegar. Solo la religion del Humanado Hijo del Padre puede tener una moral tan santa, tan justa, y tan perfecta. Efectivamente, este es el mandamiento especial y primitivo del Salvador de los hombres. Hasta aquí habeis oido que se dijo á los antiguos: *Amarás á tu prójimo* y *aborrecerás á tu enemigo;* pues yo que soy vuestro soberano Dueño, vuestro Redentor y vuestro Dios, os digo que no basta para salvaros hacer bien á los que os lo hacen, y amar á los que os aman; es preciso, y esta es mi voluntad, que ameis tambien á los que os aborrecen, que hagais bien á los que os hubieren hecho mal.

A vista de este espreso mandamiento, del que nos libró de la mas ominosa, cruel y eterna servidumbre, ¿dudarémos cumplirlo? Desde que sabemos que nuestra amoroso Padre es quien lo manda, ¿se nos hará duro el obedecerle? ¿Será imposible el mandamiento de un Dios tan sabio y prudente? No hay pretexto, no hay excusa, no hay medio para evadirse de él: ó hemos de amar á nuestros enemigos, ó no nos hemos de salvar; ó hemos de perdonar las injurias; ó no se nos han de perdonar las nuestras. Es tan importante, es tan esencial, es tan indispensable este mandamiento, como lo es el de amar al mismo Dios. El primer mandamiento de la ley es el amar á Dios; el segundo, semejante á este, es el amar al prójimo; nuestro enemigo, por mas que nos odie, no deja de ser hombre; por lo mismo no deja de ser prójimo. ¿Será posible que no queramos imitar el ejemplo que el mismo Hijo de Dios nos da en medio de los mas atroces tormentos de la cruz, cuando pide á su Padre celestial por los que le crucifican? Sin duda que solo un mal entendido honor, una refinada delicadeza son los obstáculos que ponemos; pero ¡ay desgraciados! que si tal hacemos, no serémos contados en el número de los bienaventurados.

Esta obligacion se hace mas patente, observando, que no solo es un mandamiento de la ley, sino tambien una cláusula de la oracion que el mismo Salvador compuso, y que quiso repitiésemos cada dia. Sí, en ella pedimos el perdon de nuestras culpas y pecados, que son innumerables; pero con esta precisa obligacion: "así como nosotros perdonamos á nuestros deudores." ¡Habrá insolencia mayor, impiedad mas detestable que la de aquel que teniendo un corazon indispuesto para con su hermano, lleno de aversion y de odio contra

su enemigo, se atreve á hacer esta oracion! No pedimos á Dios que nos mire con indiferencia como nosotros vemos á nuestros hermanos, sino que nos trate con benignidad, que use para con nosotros de su misericordia; luego del mismo modo debemos tratar á nuestros prójimos. Si el mismo Dios que hace salir el sol sobre los buenos y sobre los malos; que fecunda la tierra tambien para el que lo ama como para el que lo desconoce; que hace subir los húmedos vapores, y los hace descender mañana y noche en gotas cristalinas para beneficio tanto del justo que lo alaba como del impío que lo blasfema, nos manda amar á nuestros enemigos: él mismo, vengador eterno de la maldad, nos amenaza con su desgracia y con el fuego eterno, si no perdonamos de todo corazon los agravios que nos han hecho é injurias que nos han inferido. Imitemos, pues, el ejemplo que nos ha dado, y obedezcamos el precepto que nos ha impuesto.

Acordémonos de que este no solo es un precepto de religion, sino tambien un mandamiento lleno de caridad y de sabiduría; es un precepto universal, que cede, no solo en favor de nuestros enemigos, sino tambien de nosotros mismos. Si hay hombres que nos hacen mal, que no nos quieran bien, nosotros no somos mas indulgentes con los otros. Si aquel es mi enemigo, yo lo soy de él ó de otro; luego tengo parte en el beneficio del precepto. Si yo por razon de ser cristiano estoy obligado á perdonarle y amarle, él no lo está menos á hacer lo mismo conmigo. Me es penoso el amarle; él tiene igual sacrificio que hacer. Por último, nosotros queremos que Dios nos perdone tantas ofensas, tantos pecados que hemos cometido contra su Magestad, ante su misma soberana presencia, ¿por qué, pues, nos hemos de negar á perdonar por su amor las que á nosotros nos han hecho? ¿Habrá medio mas fácil, mas á nuestra disposicion para alcanzar misericordia, que ese pequeño sacrificio que Dios nos pide? El mismo ha asegurado que nos tratará como nosotros tratémos á nuestros hermanos. ¿Y será creible haya tanta impiedad, que sémos capaces de repetir la oracion del Padre nuestro cada dia, y en ella pidamos ser tratados como nosotros tratamos á nuestros enemigos? ¿Será posible que haya quien diga: Sí, Dios mio, yo quiero que me aborrezcais, como yo aborrezco á mi prójimo: que no os digneis poner en mí los ojos, como yo evito su presencia; que me querais mal, como yo lo quiero mal: que no me asistais en mis necesidades, como yo lo no asisto en las suyas? ¡No es posible tanta im-

piedad, tanta malignidad y tanta rabia! Sin embargo, esto es lo que practicamos, esto es lo que tristemente observamos aun en aquellos que se precian de católicos; pero ¡cuánto les falta para ser verdaderamente cristianos! Se quieren disculpar á veces con un santo celo; pero el celo no es odio, el celo está acompañado de la caridad, y el celo, en fin, nunca impide amar á sus enemigos, segun el precepto de nuestro Divino Maestro.

Sábado despues de Ceniza.

Este dia es el último de los cuatro de la Quincuagésima que se agregaron para completar los cuatro ayunos quadragesimales, y es, como los que le preceden, dia de penitencia. Por haber estado mucho tiempo sin oficio propio, el introito de la misa es el mismo del Viérnes anterior, y la Epístola es una continuacion tomada del capítulo 58 de Isaías.

El Sábado en la ley antigua fué el dia consagrado al Señor en memoria de la creacion, por ser en el que cesó esta grande obra. El mismo Señor le dió el nombre de Sábado, que significa dia de descanso del Señor. Y luego que prescribió las leyes de su culto al pueblo que escogió para sí, quiso que se llamase dia santo. Tambien podemos considerar á este dia, que fué en el que descansó nuestro divino Salvador, despues de haber acabado la grande obra de la redencion, infinitamente mas gloriosa para Dios que la de la creacion del mundo. Mas en la nueva Ley, el dia de su resurreccion fué propiamente su dia por excelencia; trasladada la santidad y festividad del Sábado al Domingo; honrando el mismo Señor con esta traslacion la resurreccion de su divino Hijo.

En las iglesias de Oriente, la solemnidad del Sábado se guardó por mas tiempo que en las de Occidente, en que se toleró esta observancia miéntras los primeros fieles fueron los judíos recien convertidos, adictísimos á la guarda del Sábado; y con el trascurso de los tiempos se abolió enteramente. En Oriente era aun mas estricto el mandato de no ayunar en los Sábados, segun lo prescrito en los cánones antiguos, que contenian fuertes conminaciones contra los que ayunaran en ese dia, para prevenir los esfuerzos de algunos hereges, que por irrision á las obras de Dios, afectaban ayunar en los Sábados.



Sábado de la semana de Ceniza.



Domingo 1.º de Cuaresma.



Lunes de la 1.ª Semana de Cuaresma.



Martes de la 1.ª semana de Cuaresma.

piedad, tanta malignidad y tanta rabia! Sin embargo, esto es lo que practicamos, esto es lo que tristemente observamos aun en aquellos que se precian de católicos; pero ¡cuánto les falta para ser verdaderamente cristianos! Se quieren disculpar á veces con un santo celo; pero el celo no es odio, el celo está acompañado de la caridad, y el celo, en fin, nunca impide amar á sus enemigos, segun el precepto de nuestro Divino Maestro.

Sábado despues de Ceniza.

Este dia es el último de los cuatro de la Quincuagésima que se agregaron para completar los cuatro ayunos quadragesimales, y es, como los que le preceden, dia de penitencia. Por haber estado mucho tiempo sin oficio propio, el introito de la misa es el mismo del Viérnes anterior, y la Epístola es una continuacion tomada del capítulo 58 de Isaías.

El Sábado en la ley antigua fué el dia consagrado al Señor en memoria de la creacion, por ser en el que cesó esta grande obra. El mismo Señor le dió el nombre de Sábado, que significa dia de descanso del Señor. Y luego que prescribió las leyes de su culto al pueblo que escogió para sí, quiso que se llamase dia santo. Tambien podemos considerar á este dia, que fué en el que descansó nuestro divino Salvador, despues de haber acabado la grande obra de la redencion, infinitamente mas gloriosa para Dios que la de la creacion del mundo. Mas en la nueva Ley, el dia de su resurreccion fué propiamente su dia por excelencia; trasladada la santidad y festividad del Sábado al Domingo; honrando el mismo Señor con esta traslacion la resurreccion de su divino Hijo.

En las iglesias de Oriente, la solemnidad del Sábado se guardó por mas tiempo que en las de Occidente, en que se toleró esta observancia miéntras los primeros fieles fueron los judíos recien convertidos, adictísimos á la guarda del Sábado; y con el trascurso de los tiempos se abolió enteramente. En Oriente era aun mas estricto el mandato de no ayunar en los Sábados, segun lo prescrito en los cánones antiguos, que contenian fuertes conminaciones contra los que ayunaran en ese dia, para prevenir los esfuerzos de algunos hereges, que por irrision á las obras de Dios, afectaban ayunar en los Sábados.



Sábado de la semana de Ceniza.



Domingo 1.º de Cuaresma.



Lunes de la 1.ª Semana de Cuaresma.



Martes de la 1.ª semana de Cuaresma.

En la Epístola prosigue el Profeta Isaías haciéndonos ver que es necesario renunciar á la impiedad, á la hipocresía y á la propia voluntad, para hacer que á Dios le sean agradables nuestras obras de justicia y misericordia.

Si quitais de enmedio de vosotros la cadena, ó segun el hebreo, el yugo con que oprimís á vuestros acreedores, á los pobres y á todos los que dependen de vosotros; si dejais de extender el dedo, y decir palabras vanas, esto es, de menospreciarlos, censurarlos malignamente, y desacreditarlos por una secreta envidia; si asistiéreis al pobre con efusion de corazon, y llenáreis de consuelo el alma afligida, entónces vuestra luz nacerá en medio de las tinieblas, y vuestras tinieblas se convertirán en un medio dia. Esta vida está llena de contradicciones, son pocos los dias serenos; las adversidades son de todas las edades, todo el mundo está sembrado de espinas; por último, vosotros estaréis en la tribulacion; pero en fin, vuestra luz nacerá en medio de las tinieblas, esos dias de tristeza se convertirán en dias de prosperidad y de gozo, y vuestras humillaciones serán un manantial inagotable de gloria. Continúa el Señor por boca de su Profeta, prometiéndonos toda suerte de bienes y de prosperidades, si con exacto cumplimiento observamos sus mandamientos, y si le servimos con fidelidad. Ya dijimos que el séptimo dia de la semana, que es el Sábado, era un dia consagrado al Señor, como lo es entre los cristianos el Domingo. El Domingo es el dia del Señor, Dios se lo reservó, y quiere que le sea enteramente consagrado. Si no hiciéreis vuestra voluntad en el dia que me está particularmente consagrado, dice el Señor, si no satisfaciéreis vuestras pasiones, si no siguiéreis vuestras perversas inclinaciones, si no os abandonáreis á vuestros deseos, si no profanáreis este dia santo con diversiones irreligiosas y con otros excesos y desórdenes; finalmente, si lo miráreis como un dia de descanso delicado y delicioso, y como el dia santo y glorioso del Señor, recibiréis una eterna recompensa. Llama Dios al dia del Señor, dia delicado, dia sagrado, porque debe ser santificado con cuidado, con fervor, con una pureza de conciencia; dia santo que no permite la menor profanacion, la menor indecencia; dia que Dios se ha reservado y que quiere se emplee todo en su servicio; dia respetable, que jamas se quebranta sin castigo. ¿Qué no deben temer aquellos fieles que emplean tan mal el dia del Señor? El Domingo y las fiestas son dias de descanso, esto es, no se puede hacer en ellos obra alguna servil. Pero este descan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

so no se nos ha concedido para pasar el dia en diversiones profanas. Los que creen haber satisfecho el precepto de este dia con solo haber oido misa, ¿tendrán la misma opinion, estarán tranquilos sobre este punto á la hora de la muerte? ¡Grandes del mundo, dichosos del siglo, almas hambrientas de deleites, desengañaos, en ninguna cosa hallaréis verdadero gozo sino en el Señor: fuera de su servicio no hay sino pesares, disgustos, amarguras, y sinsabores. Sea enhorabuena rico, poderoso, hombre de espíritu, de mérito, de pensamientos sublimes; solo Dios puede hacer al hombre dichoso, solo en su servicio se puede hacer fortuna. Os daré para vuestro sustento la herencia de vuestro Padre Jacob. Como el pueblo carnal y grosero á quien Dios habla, solo sentia vivamente los males temporales, no le promete Dios sino recompensas temporales. Pero ¿quién no ve que estas recompensas temporales eran figura de los bienes eternos que nos están preparados en el cielo, así como los azotes con que Dios castigaba á los judíos, solo eran imágenes de las penas eternas que los pecadores padecerán en el infierno? Para libertarse de esta infelicidad eterna, debe un cristiano ayunar la cuaresma, y acompañar su ayuno con la inocencia, con la práctica de las buenas obras, y con una ardiente caridad.

El Evangelio de la misa de este dia es del capítulo VI de San Márcos, donde se dice, que despues de haber hecho el Salvador el insigne milagro de haber saciado cinco mil personas con solo cinco panes y dos pequeños peces, viendo que todo este pueblo trasportado de admiracion, no dudaba ya que fuese el Mesías prometido y que lo proclamaban Rey, entónces mandó á sus Apóstoles que se volvieran á embarcar. Nada dijo el Señor en órden á su designio, solo se dió prisa de despedir al pueblo: y de este modo, habiendo quedado solo, se retiró á lo alto de aquel mismo monte, de donde habia venido á presentarse delante del pueblo, y perseveró allí en oracion hasta la tarde. Ya se acercaba la noche, cuando los discípulos, separados de su Maestro, bajaron hácia el mar, y habiendo vuelto á entrar en su barca, tomaron la ruta de Cafarnaum. Les sobrevino una furiosa tempestad en que creyeron perecer. El horror de la noche, y la ausencia de su Maestro aumentaban mas su temor; pero el socorro estaba mas cerca de lo que pensaban: Jesucristo no nunca pierde de vista á los que le aman y le sirven con fidelidad. El veia desde la orilla del mar su inquietud y la pena que les costaba el remar contra el viento: no ignoraba el peligro, ni era su ánimo abandonarlos; pero para socorrerlos aguardaba que estuviesen mas adentro del mar y que su borrasca fuera mas agitada, para que así conociesen mejor el cuidado que tenia de ellos, y la necesidad que ellos tenian de él. Vino, pues, adonde ellos estaban, á eso de la cuarta vigilia, esto es, al amanecer, y tan aprisa, que parecia querer no solo alcanzarlos, sino aun pasar mas adelante. Cuanto mas se acercaba, tanto mas temblaban, no juzgando que fuese el Señor; y su espanto fué tan grande, que teniéndolo por un fantasma, se pusieron todos á gritar; pero los sosegó al instante, diciéndoles: Buen ánimo, yo soy, no teneis que temer. Entró luego en la barca, y cesó el viento; lo que los admiró todavia mas. Este nuevo milagro los pasmó de modo que se arrojaron á sus piés, segun San Mateo, diciendo todos á una voz: Verdaderamente que vos sois el Hijo de Dios. El paso á la otra parte se hizo bien presto; en pocos momentos llegaron á la costa de Genezareth. Apénas desembarcaron, cuando se extendió por todo el pais la noticia de la llegada de Jesus. No fué menester mas para traerle una multitud de enfermos, algunos aun en sus camas. En cualquier lugar donde iba los encontraba en gran número, poniéndolos delante de él en medio de las calles, no se le pedia otro favor, sino que se les permitiese tocar la orla de su vestido; porque esto bastaba para quedar todos sanos. ¡Qué fondo de reflexiones, todas de gran consuelo, nos suministra este Evangelio! Jesucristo oraba en lo alto del monte, y la distancia no le impedia ver el embarazo y fatiga de sus discípulos que luchaban con las olas. No temamos que Jesucristo ignore jamas nuestros peligros y nuestras necesidades, ni ménos temamos que nos abandone. Cuenta tambien con nosotros el tiempo que pasamos en las pruebas, en la tentacion y en el trabajo; pero sabe mejor que nosotros el tiempo que ha de durar la tempestad, y el momento en que ha de socorrernos. Algunas veces parece que no piensa en nosotros, mil falsas ideas nos agitan; la flojedad de nuestra confianza hace crecer nuestra turbacion; nos juzgamos perdidos: no perdamos el ánimo, no dejemos de bogar contra el viento contrario y las olas agitadas; avancemos siempre á fuerza de remos si no podemos ir á vela tendida; contemos sobre la gracia, que nunca nos falta; y cuando nos juzgáremos perdidos, entónces será justamente el momento de nuestra libertad. Yo soy, nos dice entónces este amable Salvador, yo soy, que vengo á sacaros del riesgo, y á dar fin á vuestras penas. Advirtamos que miéntras que los discípulos no lo conocieron sino que

lo tuvieron por un fantasma, su presencia no calmó las olas; fué necesario para ello que les hablara, que lo conocieran, y que entrara con ellos en la barca. Dios está siempre con nosotros en nuestras penas; pero para recobrar la calma es necesario conocerle, pensar en él, y creer que está con nosotros; es necesario oirle hablar, escucharle y conservar su presencia.

La Epístola es del capítulo LVIII del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor: Si arrojares léjos de tí la cadena, y cesares de extender el dedo, y de charlar neciamente: cuando abrieres tus entrañas para *socorrer* al hambriento, y consolares al alma angustiada, nacerá para tí la luz en las tinieblas, y tus tinieblas se convertirán en claridad de medio dia. Y el Señor te dará un perpetuo reposo; y llenará tu alma de resplandores, y reforzará tus huesos; y serás como huerto bien regado, y como manantial perenne, cuyas aguas jamas faltarán. Los lugares desiertos desde muchísimos tiempos, serán por tí poblados: alzarás los cimientos que han de durar de generacion en generacion; y te llamarán el restaurador de los muros, y el que hace seguros los caminos. Si te abstuvieres de caminar en Sábado, y de hacer tu voluntad en mi santo dia, y llamares al Sábado dia de reposo, y santo á la gloria del Señor, y le solemnizares con no volver á tus andadas, ni hacer tu gusto, ni contentarte solo con palabras; entónces tendrás tus delicias en el Señor, y yo te elevaré sobre toda terrena altura; y para alimentarte te daré la herencia de Jacob tu padre: que todo esto está anunciado por la boca del Señor.

El Evangelio es del capítulo VI de San Márcos.

En aquel tiempo: Venida la noche, la barca estaba en medio del mar, y Jesus solo en tierra: desde donde viéndolos remar con gran fatiga (por cuanto el viento les era contrario), á eso de la cuarta vela de la noche vino hácia ellos caminando sobre el mar, é hizo ademan de pasar adelante. Mas ellos como le vieron caminar sobre el mar, pensaron que era algun fantasma, y levantaron el grito; por que todos le vieron y se asustaron. Pero Jesus les habló luego, y dijo: Buen ánimo, yo soy: no teneis que temer. Y se metió con ellos en la barca y echóse el viento. Con lo cual quedaron mucho mas asombrados. Y es que no habian hecho reflexion sobre el milagro

de los panes; porque su corazon estaba ofuscado. Atravesado, pues, el lago, arribaron á tierra de Genezareth, y abordaron allí. Apénas desembarcaron, que luego fué conocido. Y recorriendo toda la comarca entera, empezaron á sacar en andas á todos los enfermos, llevándolos adonde oian que paraba. Y do quiera que llegaba, fuesen aldeas, ó alquerías ó ciudades, ponian los enfermos en las calles, suplicándole que los dejase tocar siquiera el ruedo de su vestido; y todos cuantos le tocaban quedaban sanos.

MEDITACION.

Sobre la recompensa de la misericordia.

Considera que al corazon piadoso y á las entrañas de misericordia, que tratan con eficacia de socorrer al hambriento y consolar á la alma angustiada, promete el Señor por Isaías, que en las tinieblas les rayará la luz, y que sus tinieblas se convertirán en claridad de medio dia. Tanto así alcanza del Dios de las misericordias una alma compasiva, un corazon tierno, que léjos de huir el rostro al necesitado y apartarse del alma contristada, los hace objeto de su caridad, y se emplea positivamente en procurar el alivio de sus males. ¿Mas por qué á esta clase de personas no se promete la mayor abundancia de los bienes con que socorren al menesteroso, ó mayor plenitud de consolacion por la que emplearon en la alma atribulada? ¡Oh, no se les niegan estos bienes; pero se les conceden otros mas importantes y que mas llenan en los ojos de Dios, la recompensa de que los halla dignos! La luz, la luz de conocimiento es un bien ciertamente de tan suma importancia, que sin él nada puede lograrse de cuanto Dios ha criado en el órden de la naturaleza y en el de la gracia. Esta luz importa tanto como el bien vivir en la tierra y el vivir eternamente en el cielo. Prométese al hombre una recompensa que vale tanto como el ganar á Dios; pues no es ótra luz que la misma sabiduría divina, empleada en desterrar del hombre las tinieblas de error y de pecado, únicas que pueden impedirle la fruicion de su Dios. ¡Oh Dios, y qué bueno eres! ¡Cómo sabes premiar el bosquejo con que el hombre procura imitar tu piedad, con una luz que le enseñe á copiar en su pequeñez aquel piélago inmenso de tu bondad y suma perfeccion!

Considera que no solo promete el Señor por Isaías que nacerá la luz en las tinieblas para el hombre misericordioso, sino que sus mis-

mas tinieblas se convertirán en claridad de medio dia. Poco era para un Dios tan providente y al mismo tiempo tan liberal y magnífico, alumbrarle al hombre en premio de su buena obra, los caminos en que anda: convenia tambien para la perfeccion del don inestimable con que el Señor le premia, que disipase tambien las tinieblas interiores que lleva el hombre en sí mismo, y sin cuya iluminacion no podria aprovecharse del primer beneficio; porque ¿qué podrémos entender por esta luz que nace en las tinieblas, sino la luz de la fé que disipa las sombras del error y la densa niebla de la ignorancia? ¿Y qué podremos entender por la claridad de medio dia en que se convierten las tinieblas del mismo hombre, sino la luz de la gracia y los rayos luminosos de la caridad, que como sol de medio dia alumbran ya en una alma que detestó la tiniebla del pecado de que ántes se viera funestamente poseida? ¿Y no será cierto que sin la gracia y caridad no podrá aprovecharse el beneficio de la fé? ¡Ah! Que los demonios creen, pero se estremecen; porque saben que hay un Dios, mas no para su gozo sino para su tormento. No así para el alma benéfica y compasiva: la caridad y la misericordia la hacen semejarse á su Dios, y Dios no se le niega, mas ántes se le da como un bien á que tiene ya derecho por la cualidad divina que ya resplandece en ella. ¡Oh Dios, y quién podrá á vista de esto endurecer su corazon y negarse á la ternura que inspira la humanidad afligida, y que se hace al mismo tiempo objeto de vuestra compasion, de vuestro amor y liberalidad! Con razon reprobásteis á aquel pueblo que os habitais escogido, y que desmereció vuestras piedades porque no tuvo entrañas de piedad.

PETICION Y PROPÓSITOS.

No sea así conmigo, ó Dios y Padre de las misericordias; mas ántes séame dada tal ternura y piedad, que atraiga sobre mí vuestro amor paternal, y aquella larga y copiosa bendicion con que regalais á los buenos hijos que se os semejan en la misericordia. Vos los reconoceis por hijos vuestros, como el padre que vé retratadas sus facciones en el semblante de su pequeño hijo. ¡Oh Dios; quitad de mí el corazon de piedra que tanto detestais, y dadme un corazon de carne, un corazon digno de vos, un corazon á la medida de vuestro corazon! Así lo deseo, así lo quiero, así trabajaré en adquirirlo, así lo espero de vuestra bondad infinita.

JACULATORIA.

Dijisteis, Dios mio: "Misericordia quiero y no sacrificio." Dadme que la tenga y os glorifique con ella.

LECCION.

Sobre la eleccion de estado.

San Gregorio compara los vivientes á los navegantes, pues así como estos, despiertos, dormidos, parados, sentados, y en cualquiera situacion caminan, así los hombres vamos siempre marchando á la muerte en cualquiera posicion en que nos hallemos: el tiempo vuela, y nosotros siempre avanzamos en nuestro camino. Exacta es la comparacion del santo Doctor, y todavía lo es mas si atendemos á las borrascas que continuamente nos suscitan nuestras pasiones. Los navegantes tienen algunos dias de calma, ó por mejor decir, no siempre padecen tormentas; pero nosotros las tenemos de continuo, y es imposible que en el discurso de la vida no nos véamos en medio de ellas: las pasiones, el demonio, el mundo, enemigos nuestros irreconciliables, no pierden un momento en que levantar una fuerte borrasca contra nosotros. El piloto alguna vez salva la nave dejándola conducir á merced de los vientos y de las olas; pero nosotros indefectiblemente naufragarémos si hacemos lo propio respecto de nuestras pasiones. No tenemos otro arbitrio para salvarnos, que remar con esfuerzo y constancia en contra de ellas. ¡Ah! ¿Cómo hemos de contrastar su ímpetu, si nuestras fuerzas desfallecen y algunas ocasiones desmayamos del todo? Pero ¿acaso solo contamos con nuestras propias fuerzas? ¿No tenemos un hábil y poderoso piloto que con su palabra, y nada mas, serena los vientos y las olas? Si desfallecemos, si desmayamos, si nos undimos, la culpa es nuestra. No aguarda Jesus sino á que lo invoquemos de corazon para salvarnos. Si hubiera entre los hombres un piloto tan poderoso, que con solo invocar su nombre se salvaran los naufragantes del mayor naufragio temporal, ¿hubiera uno siquiera que no lo invocara con todas veras? Pues ¿por qué no lo hacémos nosotros? No solamente en medio de la borrasca, sino en la calma debemos llamarlo con fé. El santo Doctor citado, nos dice: "En aquello en que se espera encontrar descanso, suele obrar con mas fuerza la tentacion, per-

mitiendo Dios con su sabiduría que se turbe así nuestra vida, para que no vengamos á amar el camino como la patria." Esas tentaciones aun en lo que se piensa no hallarlas, nos advierten que estamos en un desierto lleno de peligros, y que no debemos fijar nuestra atencion en él, sino en nuestro término que es la bienaventuranza. Perfectamente puede aplicarse esta doctrina á los que tratan de tomar estado. Cada uno en aquel á que su inclinacion lo dirige, cree hallar un descanso imperturbable; pero la experiencia le acredita lo contrario. Conviene, pues, para conseguir esa calma que queremos gozar, que tomemos de corazon á Jesus por nuestro director. Si entramos al estado que elegimos bajo su direccion y auspicios, vencerémos con facilidad las tormentas que se nos presentan; pero si nos conducimos por nuestro capricho, naufragarémos en el primer escollo. ¡Cuanto nos importa no errar en la eleccion de estado!

Ciertamente es un punto de suma importancia, repetimos; no está el mal ni el bien en el estado que se toma ó se tiene, sino en que sea el que Dios quiere y al que nos llama. Porque á la verdad, si abrazamos un estado, no el que mas nos conviene, sino el que mas nos halaga, que por lo comun es el que se opone á la Providencia, ¿podrémos vivir sin fatigas, sin tormentas y contratiempos? Sin duda que no, porque ¿quién mas expuesto á perderse que nosotros? Dígalo Jonas por haberse embarcado contra la voluntad de Dios: y digan los Apóstoles lo que les pasó cuando estuvieron en la nave sin su divino Maestro. Es preciso pensar bien el estado que se ha de abrazar, porque en nuestra mano está el elegirle; pero no siempre el dejarle: es fácil el pasar de la tierra al mar, mas no el salir del mar á la tierra: las cosas que una vez hechas no se pueden deshacer, es preciso pensarlas mucho, para que despues no nos molesten demasiado. Si quien se embarca con órden de Jesucristo, como los Apóstoles: *"y dió luego prisa á sus discípulos á que entrasen en el barco,"* si quien toma estado con vocacion verdadera, aun tiene peligros y tempestades que sufrir; quien se embarca contra la inspiracion divina, que lo quiere llevar en otra nave, por otros rumbos, en otro estado, ¿llegará al puerto? ¿arribará á salvamento? Oigamos la terrible respuesta de San Agustin: *No digo que no podrás; lo que digo es que no lo harás.* Si la vocacion es de Dios, nos burlarémos de las corrientes del Nilo, aun en un cestillo de juncos como Moises; pero si la vocacion es nuestra, ¡cuánto hay que temer por grande

que sea la nave, como la en que iba Jonas! Unas leves telas de araña fueron muro de seguridad á un San Félix; y los elevados muros de Babilonia sirvieron de fácil ruina á la vida de un Baltasar: tanta diferencia hay de encontrarse en un riesgo con la voluntad de Dios, á hallarse en él sin ella.

¡Cuántos infelices estarán llorando por haber tomado el estado del matrimonio y no el del sacerdocio en que podian haber llegado al puerto seguro de su salvacion! ¡Desgraciados de nosotros si nos dejamos arrastrar del impulso de nuestras pasiones, abrazando un estado á que el Señor no nos ha destinado! David, porque perdona á Saul, gana la corona de la tierra y la del cielo; Saul, porque perdona á Agag, pierde la corona del cielo y de la tierra. ¿Y por qué tanta ventura en uno y tanta desdicha en otro, habiendo perdonado ambos dos á un rey enemigo? Porque David lo hizo obedeciendo á Dios, y Saul contra su mandato. Ozá se mete á detener el arca, Josías á sacrificar, y Datan á tomar incienso; todos perecerán. José y Azarías, príncipes de gran valor, intentan pelear contra los enemigos de la ley, y se pierden: ¿por qué? Porque no eran destinados por Dios para salvar á Israel, dice el primer sagrado libro de los Macabeos. Por eso San Pablo nunca quiso decir en qué nave se queria embarcar: así es que no dijo: "Yo quiero ser ermitaño y hacer penitencia en algun desierto: yo quiero predicar á todo el mundo: yo quiero ser apóstol: quiero ser casado, sino ¿Señor qué quereis que haga? Mandádmelo vos, que yo solo quiero ser y hacer lo que vos querais; porque sé, y sé muy bien que si vos me lo mandais, todo lo podré; mas al contrario, si vos no lo disponeis, nada haré. San Pablo, pues, si se hubiera hecho ermitaño como el otro, quizá no se hubiera salvado; y San Pablo Ermitaño, si se hubiera metido á predicar, acaso se hubiera perdido. No todas las medicinas son buenas para todos los enfermos. Nosotros no sabemos lo que es bueno, solo Dios lo sabe: dejémos, pues, á él nuestra direccion, y caminémos por donde nos guie; porque no es del hombre el encaminar y dirigir sus pasos, sino del señor. ¡Cuántos habrémos á la fecha dado en este comun estadío, sin saber si su término ha de ser el de nuestra salvacion ó el de nuestra condenacion! Digámosle, pues, con David: "Erré, Señor, como oveja descarriada, caminando no como debia, sino por donde comunmente se vá, y constantemente se yerra."

Con razon encarga San Pablo: Mirad bien á lo que Dios os lla-

ma, mirad en qué nave os quiere para salvaros." ¿Y hemos pensado alguna vez en esto? ¿Hemos examinado con diligencia si Dios nos quiere para el matrimonio, si para la religion, si para el sacerdocio? ¡Ay, cuánto temo que no! ¡Qué talento, pues, qué virtud, qué austeridad para vivir en el peligro y no perderse! Mirémos bien como se vive en el mundo, y cómo en la religion; cómo en el estado del matrimonio y como en el de la continencia: examinémos donde hay mas trabajos, dónde hay mas culpas, dónde mas peligros, y dónde navegarémos con mas alegres esperanzas al puerto de la salud; y entónces, bien consultado esto con Dios, determinémonos á tomar el estado, seguros de que el Señor nos ayudará con su gracia, si nuestra eleccion es arreglada y prudente.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Sábado despues de Ceniza.—Andando Jesus sobre las aguas del mar, Pedro le ruega que le mande ir á su encuentro sobre las mismas aguas.—*San Márcos, cap. VI.*

Domingo primero de Cuaresma.—Tentado Jesus por el diablo en el monte, Jesus le dijo: Vete de aquí Satanas, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y á él solo servirás.—*San Márcos cap. IV.*

Lúnes de la primera semana de Cuaresma.—Representa el juicio final.

Mártes de la primera semana de Cuaresma.—Echa Jesus del templo á los mercaderes.—*San Márcos, cap. II.*

Primer Domingo de Cuaresma.

El primer Domingo de Cuaresma es de una celebridad y de una veneracion particular en la Iglesia: está en la clase de los mas privilegiados y de los mas solemnes; su oficio no cede al de fiesta alguna; en él todo es instructivo y misterioso, todo predica penitencia, de la cual es como la fiesta solemne: se llama simplemente en la Iglesia latina Domingo de Cuadragésima, y entre los griegos Domingo de los santos ayunos, ó de la Ortodoxia.

Antes del siglo décimo de la Iglesia, habia ya en Occidente la costumbre de llamar á este dia el Domingo de los blandones, por el motivo de que en este dia los que se habian divertido desmedidamente en el Carnaval, venian á presentarse á la Iglesia con una hacha ó vela en la mano, como para dar una satisfaccion pública de los malos ejemplos que habian dado, y para purificarse con la penitencia que les era impuesta por los pastores para toda la cuaresma, hasta el Juéves Santo en que recibian la absolucion ordinaria. Aunque esta ceremonia se anticipó despues al Miércoles de Ceniza en que comienza el ayuno de la santa Cuaresma, en el nombre de los blandones, no ha dejado de quedar ligada á este primer Domingo de Cuaresma, en el cual se ha supuesto siempre, que los verdaderos fieles no dejaban de purificarse de sus culpas por medio de una santa confesion.

Aunque la penitencia es de todos los dias de la vida, pues no hay dia en esta en que no seamos pecadores; pero la Cuaresma puede llamarse la estacion de la penitencia; porque es el tiempo en que lleva mas y mayores frutos, por razon de la multitud de oraciones y socorros espirituales, y por la obligacion que la Iglesia ha ligado á ella de la abstinencia y de los cuarenta dias de ayuno; pues no hay uno que no esté sujeto á esta ley; y la relajacion jamas dará un derecho para dispensarse de ella. El fervor puede entibiarse, la fé puede debilitarse por la corrupcion de las costumbres; pero la doctrina y la moral de Jesucristo no se alterarán jamas. Por mas relajados que estén los fieles, la ley del ayuno y de la penitencia jamas podrá perder nada de su vigor ni de la estrecha obligacion de ayunar la Cuaresma.

San Epifanio dice, que el heresiarca Atrio fué condenado, porque queria que los ayunos de Cuaresma fuesen arbitrarios. El concilio de Langres dice anatema á los que sin necesidad se dispensan de él. San Ambrosio dice: Que el quebrantar el ayuno un solo dia es pecado mortal; pero que el no ayunar la cuaresma es un sacrilegio; por lo que dice San Agustin: Yo creo que lo que le obligó al Señor á intimarnos una ley tan expresa sobre el ayuno es, porque como Adan en el paraiso perdió la gloria de la inmortalidad por la destemplanza, el segundo Adan quiso que esta pérdida fuese reparada por la abstinencia y por el ayuno.

Tal es el sentir de los Padres de la Iglesia; pero desgraciadamente es tal la delicadeza y tanta la relajacion de los cristianos de estos ultimos tiempos, que se pasmarian si les refiriésemos la exactitud y severidad con que los fieles en los primeros siglos ayunaban la Cuaresma. No solo las personas religiosas, sino tambien las gentes del mundo de toda edad, de todo sexo y de toda condicion, se pro-

nian frecuentemente hasta del uso del pescado: muchos ayunaban toda la Cuaresma á pan y agua, y en los seis dias de la semana santa no tomaban otra cosa, dice S. Epifanio, que pan seco con sal y agua, lo que se llamaba Xerophagia y algunos pasaban dos dias sin comer. ¡Qué diferencia, gran Dios, de ayuno á ayuno, si se compara el ayuno de aquellos primeros fieles con el ayuno de los cristianos de nuestro tiempo! Los mas regulares no son siempre los mas austeros. ¡Qué diversidad en las viandas, que suntuosidad en la misma abstinencia, qué delicadeza en los guisos! ¿Bastará para el ayuno el variar de alimento, si el gusto y el deleite llevan la delicadeza hasta el extremo?

Solo á los principios del siglo XIII permitió la Iglesia que se anticipase hasta el medio dia la comida, la que no se hacia todavía en los dias de ayuno de Cuaresma, sino por la tarde despues de vísperas. San Bernardo y Pedro de Blois, que vivian en el siglo XII, aseguran, que durante la Cuaresma todos los fieles se abstenian de comer como ellos hasta la tarde, sin que persona alguna de cualquiera condicion que fuese, osase hacer su comida mas temprano. Para conservar siempre la idea de esta antigua disciplina, ordena la Iglesia que durante la Cuaresma se digan las vísperas ántes de comer en los dias de ayuno. Esta indulgente anticipacion de la hora de comer, ha dado ocasion á lo que se llama colacion los dias del ayuno: al principio no fué mas que una permision de beber un poco á la caida de la tarde; no ignorando que el espíritu del ayuno eclesiástico pide que se ayune veinticuatro horas. El temor que se tuvo de que el beber sin comer dañase á la salud, hizo que se añadiese un pedazo de pan. Esta pequeña refaccion se llamó colacion, por haberla fijado los religiosos al tiempo de la tarde que precedia á la lectura de las colaciones ó conferencias de los antiguos monges, las que se leian todas las tardes ántes de Completas. En los mas santos monasterios, y sobre todo en el de Cluní, se estableció por un espíritu de una mas exacta regularidad, que en lugar de tener esta lectura los dias de ayuno en el claustro, ó en la sala capitular, como los otros dias, se tuviese en el refectorio; y desde entónces la palabra colacion se comunicó insensiblemente de la lectura de las conferencias ó colaciones á la pequeña comida que precedia inmediatamente á la lectura. La tolerancia de la Iglesia autoriza suficiente el uso universalmente recibido de la colacion; pero de ninguna manera pretende que esta colacion sea una segunda comida; y es bien cierto, que la

colacion que una gran parte de las gentes hacen el dia de hoy, quebranta el ayuno. San Cárlos en las reglas que hizo para sus domésticos, solo les permitia onza y media de pan y un poco de vino para hacer colacion en Cuaresma.

La abstinencia y el ayuno no son las solas obligaciones de la religion que pide Dios á los cristianos durante la Cuaresma. La oracion, el uso frecuente de los sacramentos y la limosna, deben acompañar al ayuno, y singularmente la inocencia y la pureza: abstengámonos particularmente de pecar, dice San Agustin; no sea que nuestros ayunos sean infructuosos como los de los judíos, y los reprueba Dios. ¿Quieres santificar el ayuno? dice en otra parte; cumple con los oficios de misericordia y de caridad. Lo que cercenas á tu sensualidad, dice San Gregorio Niceno, dalo al pobre que tiene hambre. El ayuno, dice San Crisóstomo, no debe ser mirado como un sucio tráfico: no debeis abstenerós de comer por ahorrar: es menester que el pobre se alimente de lo que vosotros ahorrais: de este modo sacaréis dos ventajas de vuestro ayuno; la una, la de haber ayunado; la otra, la de haber alimentado al pobre. En fin, el ayuno, dice San Agustin, no consiste solo en abstenernos de los manjares que apetecemos, sino de todos los placeres y diversiones, los que deben estar prohibidos para nosotros en este santo tiempo de penitencia. Hay personas, añade el mismo Santo, que son mas sensuales que observantes en la cuaresma. ¡Qué error mas lastimoso! Esto no es guardar la abstinencia, sino trocar unos gustos por otros.

La misa de este dia encierra todo el misterio del santo tiempo de Cuaresma. Comienza por el versículo del salmo 90: "El justo me llamará en su socorro, y yo lo oiré; estaré con él en el tiempo de la tribulacion, y lo haré salir glorioso." Ninguna cosa mas propia que todo este salmo, para inspirar á los fieles aliento en la penosa carrera de la Cuaresma, en el ejercicio de la penitencia y en la prueba de la tentacion.

La Epístola es una viva y patética exhortacion á que no nos hagamos inútiles unos dias consagrados á la penitencia, y un tiempo que se puede llamar por excelencia el reino de la misericordia del Señor. Está tomada del capítulo VI de la segunda carta de San Pablo á los corintios. *He aquí*, les dice, *un tiempo de gracia, he aquí unos dias de salvacion: os exhorto de todo mi corazon á que no recibais en vano la gracia de Dios.* Aunque Dios sea misericordioso

en todo tiempo; pero la Cuaresma es un tiempo privilegiado, en que todo concurre á hacer que nos sea mas favorable. Las oraciones multiplicadas de toda la Iglesia, la abstinencia y el ayuno de que la oracion va siempre acompañada, todo concurre á hacer mas fácil y mas eficaz nuestra conversion.

El Evangelio de este dia contiene la historia de la Cuaresma de Jesucristo en el desierto, como que es el orígen, y debe ser el modelo de la nuestra. Acababa de recibir Jesus el bautismo de las manos de San Juan, cuando el Espíritu Santo, de quien era templo vivo, lo trasportó al desierto para disponerse con el retiro, y con un ayuno continuo de cuarenta dias y cuarenta noches, y por una insigne victoria de todas las artes del tentador, para salir al público. Este desierto se extendia desde la orilla del Jordan en la tribu de Benjamin, hasta el territorio de Jericó de un lado, y del otro, hasta el Mar Muerto. Se llamaba Ruban; y mas adelante los occidentales le dieron el nombre de Cuarentena, para denotar el tiempo que moró en él el Salvador. Bella leccion para enseñar á todos los varones apostólicos, que el retiro, el ayuno y la oracion deben ser como el preludio de sus funciones, y como los primeros ensayos de la vida apostólica. El Hijo de Dios fué al desierto para pelear con el demonio y comenzar su mision con aterrarlo: quiso ser tentado, dice San Agustin, para enseñarnos á vencerle. El Salvador pasó allí cuarenta dias y cuarenta noches sin comer ni beber. Este ayuno de cuarenta dias antes de la predicacion del Evangelio, habia sido figurado por el ayuno de Moisés sobre el monte Sinaí, durante los cuarenta dias que precedieron á la promulgacion de la ley antigua. Para honrar é imitar de algun modo esta abstinencia del Salvador, ha sido instituida la Cuaresma, y observada en todo tiempo en la Iglesia. Al fin de este largo ayuno, Jesus tuvo hambre, esto es, hizo cesar el milagro que le habia impedido sentir el hambre hasta entónces. Este momento fué como la señal del permiso que el Salvador dió al demonio para que lo tentara, á fin de saber si era el Mesías; porque lo dudaba y queria tener pruebas mas ciertas de su divinidad, como siente San Gerónimo. San Agustin cree que era el príncipe de los demonios el que osó tentar á Jesucristo para saber quién era, y que el Salvador no se descubrió á este príncipe de las tinieblas, sino en cuanto lo juzgó conveniente. El demonio no conoció perfectamente que Jesucristo era Dios, é Hijo de Dios, sino despues de su Resurreccion. Este maligno espíritu se presentó al

Salvador bajo una forma humana, y le dijo: ¿Por qué te dejas consumir del hambre? Si eres el Hijo de Dios, ¿por qué no conviertes estas piedras en pan? Los mas grandes milagros no te costarán mas que una palabra. El Salvador se contentó con responderle, que estaba escrito que el hombre no solo vivia con el pan, sino tambien con cualquiera palabra que sale de la boca de Dios: esto es, con una perfecta obediencia á todo lo que Dios manda. Por esta respuesta, sin negar Jesucristo que fuese Dios, prueba muy bien que era hombre, y deja al tentador tan incierto sobre su divinidad, como lo estaba antes. Despues de esto lo llevó el demonio á la santa ciudad, lo puso sobre lo alto del templo, y le dijo: que si era el Hijo de Dios, se arrojase abajo sin que tuviese nada que temer; porque estaba escrito, que Dios habia encargado á sus ángeles el cuidado de su persona, y que ellos no dejarian que se hiciese algun mal. Pero Jesus respondió á este pasage de la Escritura con otro, y le dijo, que la misma Escritura prohibia tentar á Dios. Es digno de admiracion y pasma el que el Hijo de Dios permitiese al demonio llevarlo en el aire hasta lo mas alto del templo. Pero el poder que el Salvador dió despues á los ministros de Satanas sobre su persona, no nos debe admirar ménos que el que da aquí al demonio. Por lo demas, hay apariencia que en las dos últimas tentaciones, Jesucristo se hizo invisible á aquellos judíos que lo habrian podido ver. El demonio, aunque confuso, no se retiró; tomó otra vez á Jesucristo, y lo llevó á la cima de un monte muy alto, y mostrándole desde allí todos los imperios y reinos del mundo, le dijo: Yo soy dueño de todos estos estados, como príncipe que soy del mundo, y dispongo de ellos á mi arbitrio; desde ahora serán tuyos, si te postras delante de mí y me adoras con un culto de latría. La facilidad que el Salvador habia tenido de dejarse llevar y traer del demonio, dió á este tentador el descaro y la insolencia de hacer esta impía proposicion al que tenia entónces por un puro hombre; pero Jesucristo indignado de una osadía tan abominable, le dijo en voz alta: "Retírate, Satanas; porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y le servirás á él solo." Entónces el demonio desapareció, avergonzado de verse vencido, y tan poco instruido de lo que deseaba saber, como antes de la tentacion. Pero por esto no dejó de perseguir al Salvador, hasta hacer que los judíos le quitasen la vida. Los ángeles vinieron al punto, y le sirvieron. Así nos llena Dios de consuelo y de gozo despues de haber combatido por él con alien-

to. Advirtamos, que el cielo toma parte en nuestros combates, y que ha de coronar nuestras victorias. El maligno espíritu puede ladrar, aullar, amenazar, dice San Agustin; pero no puede morder, si nosotros no queremos.

La epístola es del capítulo VI de la segunda del apóstol San Pablo á los Corintios.

Hermanos: Os exhortamos á no recibir en vano la gracia de Dios. Pues él mismo dice: Al tiempo oportuno te oí, y en el dia de la salvacion te dí auxilio. Llegado es ahora el tiempo favorable: llegado es ahora el dia de la salvacion. Nosotros no demos á nadie motivo de escándalo, para que no sea vituperado nuestro ministerio; ántes bien portémonos en todas las cosas, como deben portarse los ministros de Dios, con mucha paciencia en medio de tribulaciones, de necesidades, de angustias, de azotes, de cárceles, de sediciones, de trabajos, de vigilias, de ayunos; con pureza, con doctrina, con longanimidad, con mansedumbre, con *uncion del* Espíritu Santo, con caridad sincera, con palabras de verdad, con fortaleza de Dios, con las armas de la justicia á la diestra y á la siniestra: en medio de honras y deshonras, de infamia y de buena fama; tenidos por embaidores, siendo verídicos: por desconocidos, aunque muy conocidos: casi moribundos, siendo así que vivimos: como castigados; mas no muertos: como melancólicos, estando siempre alegres: como menesterosos siendo así que enriquecemos á muchos: como que nada tenemos, y todo lo poseemos.

El evangelio es del capítulo IV de San Mateo.

En aquel tiempo: Jesus fué conducido del Espíritu al desierto para que fuese tentado por el diablo. Y despues de haber ayunado cuarenta dias con cuarenta noches, tuvo hambre. Entónces acercándose el tentador, le dijo: Si eres el Hijo de Dios, di que esas piedras se conviertan en panes. Mas Jesus le respondió: "Escrito está: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios." Despues de esto lo trasportó el diablo á la santa ciudad, y le puso sobre lo alto del templo, y le dijo: "Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo: pues está escrito: Que te ha encomendado á sus ángeles, los cuales te tomarán en sus manos para que tu pié no tropiece contra alguna piedra." Replicóle Jesus: "Tambien está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. Todavía le subió el

diablo á un monte muy encumbrado, y mostróle todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, le dijo: Todas estas cosas te daré si postrándote delante de mí me adorares. Respondióle entónces Jesus: Apártate de ahí, Satanas; porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo y á él solo servirás. Con eso le dejó el diablo; y hé aquí que se acercaron los ángeles y le servian.

MEDITACION.

Sobre el aprovechamiento de la gracia.

Considera que el Apóstol nos exhorta á no recibir en vano la gracia de Dios; pues que el mismo Dios dice, que en el tiempo oportuno nos oyó, y que en el dia de la salvacion nos dió auxilio. He aquí un asunto del mayor interes, y en que á un tiempo hallamos motivos de consuelo y de dolor, de confianza y de sobresalto. Por una parte vemos á un Dios que nos socorre y auxilia con todo su poder; pero vemos tambien que desgraciadamente podemos recibir en vano este socorro. Por otra parte vemos una gracia capaz de hacernos vencer los mayores obstáculos, como son el pecado y la corrupcion que nos aqueja; pero al mismo tiempo vemos que esta gracia se nos da en cierto tiempo oportuno, en cierto dia de salud, pasado el cual se nos quita por justísima sentencia. ¡Qué motivos, pues, mas poderosos para llenarnos sucesivamente, ya de gozo y aliento, ya de temor y sobresalto! Mas en la misma exhortacion apostólica hallamos el remedio del mal que nos aflige: contamos con la gracia: lo que nos importa es no recibirla en vano: este aprovechamiento de la gracia de Dios es el que constituye toda nuestra felicidad. La gracia es un medio de santificacion que borra el pecado en nuestras almas, y nos concilia la amistad de Dios; pero es al mismo tiempo un tesoro, un talento, un capital con que debemos negociar, aumentándolo con obras de virtud, aprovechándonos de la facultad que nos da para hacer obras satisfactorias y meritorias, que nos atraigan la bendicion de Dios y nos establezcan en su amistad. En la gracia está el principio radical de todas las virtudes: ejercitemos en estado de gracia estas virtudes, y ya encontramos el medio mas excelente de sacar mas y mas fruto de la gracia y aumentar nuestro tesoro. ¡Oh Dios, y con cuánta razon quitais este tesoro á los que teniendo tanta facilidad de aprovecharse de él, lo reciben en vano!

Considera que este tiempo oportuno, este dia de salvacion no es-

tá á nuestro albedrío, para que podamos hacer que venga cuando nos plazca. Dios es el que abre este período y da principio á esta época importantísima, de cuyo aprovechamiento depende nuestra salvacion eterna: es menester por tanto sujetarnos á él, sin querer que él se avenga á nuestra voluntad. El Apóstol nos dice que el tiempo de nuestra vida es este tiempo aceptable, este dia de salud: dice la verdad, porque miéntras no damos el último suspiro, podemos alcanzar misericordia; pero tambien es cierto que dentro de este período hay un tiempo mas oportuno, una hora feliz, en que la gracia nos convida á una obra del momento; en que los auxilios de toda especie abundan en nosotros, y nos alientan y fortalecen de presente; en que nuestro corazon blando y sensible á la mocion del Espíritu Santo, siente la eficacia de su gracia divina. ¡Infeliz de aquel que en esta hora de bendicion deja pasar las gracias eficaces que se le dan para fijar su suerte! ¡Infeliz de aquel que en este dia de salud recibe en vano la gracia del Señor! Esta es un manantial inagotable; pero no para el alma que no hace de ella el aprecio debido, ni la aprovecha segun la intencion de Dios: medida tiene; reconoce término: y pasado su tiempo, se pierde la eficacia en que consistia todo el logro de la empresa. Los auxilios comunes nunca faltan; pues nuestro buen Dios jamas nos priva de lo que es suficiente para que nos convirtamos y recobremos su amistad; pero ¡cuán difícil es que quien resistió á la gracia eficaz se aproveche de estos auxilios! ¡Cuán difícil es que á aquella primera resistencia, á aquel malogro de la gracia no sobrevenga la impenitencia, la obstinacion, el endurecimiento! ¡Ah! seamos cuerdos, prestémonos con docilidad á la voz apostólica: aun es tiempo, aun sentimos los remordimientos de la conciencia, aun se abre para nosotros este período, este tiempo sagrado.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Sí, Dios mio; estas reflexiones que debo á tu bondad son una gracia con que mueves á apartarme del mal y enderezarme al bien; un convite misericordioso con que me llamas á trabajar en el negocio de mi salvacion, saliendo del estado de inaccion y desaprovechamiento, en que he malogrado tantos auxilios como me habeis dado. La experiencia misma de la negligencia con que me he portado en este asunto de tan sumo interes, es hoy un estímulo poderoso para que de aquí en adelante ponga la mayor diligencia en aprovecharme de esta misma gracia con que me socorreis. ¡Ah! que miéntras mas liberalidad usais conmigo, mayor y mas eficaz debe ser mi correspondencia. Así lo quiero, Señor, así lo propongo, y así espero cumplirlo, mediante la continuacion de vuestros socorros, que humildemente imploro.

JACULATORIA.

Señor, en tí confio; no padezca la vergüenza de que se frustre para mí tu socorro.

LECCION.

Sobre el modo de vencer las tentaciones.

Jesucristo, verdadero Maestro de los hombres, nos da lecciones para todos los estados y circunstancias de la vida. Nos instruye del modo mas interesante, tanto desde lo alto del monte cuando habla al pueblo, como desde el retiro mas profundo á donde nos dice el Evangelio de hoy, le condujo el espíritu de Dios. Ha dicho á sus discípulos que es necesario prevenirse y tomar alguna precaucion contra la astucia del enemigo comun: vedlo enseñando esa doctrina con su ejemplo, pues sin perder nada de la dignidad de Hijo de Dios, nos presenta en sus tentaciones todos los medios de que se puede valer nuestra fragilidad para triunfar de nuestro enemigo. Jesucristo el dia de hoy nos enseña á resistir toda tentacion, sea la que fuere; así es que no lo vemos, ni presuntuoso buscando el peligro, ni orgulloso manteniéndole; ni en fin, vencido como frágil. Los pecadores conocerán en ésto que las tentaciones no son tan peligrosas, como dicen, sino porque se ponen de acuerdo con sus enemigos para ser seducidos: y los justos encontrarán que es tan difícil caer en las tentaciones delicadas, cuando se buscan, como nada difícil triunfar de ellas cuando se temen.

La primera instruccion que nos da el Evangelio de hoy, es que Jesucristo fué llevado al desierto por el espíritu para ser tentado del diablo. El espíritu de Dios es quien lo lleva; así es que puede ir con seguridad sin temer tentacion alguna. A pesar de ser conducido por el espíritu de Dios al lugar de oracion y de ayuno, él es tentado para enseñarnos que la santidad de un cargo ó de un empleo no nos defiende de los peligros y escollos que le son inseparables.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si pues el espíritu de Dios es quien nos ha llamado á un estado, y en virtud de este espíritu le hemos abrazado; si este espíritu es el que dirige todas nuestras acciones; si el mismo espíritu es quien nos ha introducido en algun estado peligroso donde cada obligacion presenta un escollo; y por último, si este mismo espíritu es quien nos acompaña en las circunstancias delicadas del empleo, estado y rango que tenemos, no hay que temer: Jesucristo no permitirá seamos tentados mas allá de lo que pueden nuestras fuerzas. Pero ¡qué pocos consultan este espíritu, y solicitan su proteccion! Por lo mismo los peligros son mas frecuentes y las caidas repetidas. El demonio ejercita su poder y su malignidad en los temerarios que buscan y aman las tentaciones; no en los sabios y prudentes que las detestan y las huyen. La vida del cristiano es una milicia y combate continuo en el que los triunfos y las victorias ceden en gloria de Dios, que es el principio de ellas; hacen el mérito del hombre que es su instrumento, y causan la afrenta del enemigo que se atrevió á tentar: por manera, que Dios es tan honrado, por una tentacion rechazada y vencida, como lo es por los actos mas edificantes de religion. Nosotros mismos adquirimos mas fuerza y mas mérito que en los ejercicios mas útiles de la devocion. La confusion que el demonio padece en la victoria de un justo, es infinitamente superior á las ventajas que le proporcionan multitud de pecadores; por eso Jesucristo no quiere que busquemos el no padecer la tentacion, sino que solicitemos las armas necesarias para defendernos.

La tentacion de Jesucristo es mas admirable por las circunstancia en que se verifica. El Evangelio dice que habia ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, y que despues tuvo hambre: este momento de flaqueza y abatimiento es el que escoge Satanas para tentarlo, sin conocer que el hombre nunca es mas fuerte que cuando contradice los apetitos de la carne, pues que la alma adquiere la fuerza que pierde el cuerpo por la penitencia. El demonio en tono compasivo dice á Jesucristo: *Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se hagan panes.* Jesucristo podia sin duda haber hecho este milagro; mas no lo hace, para enseñarnos que debemos desconfiar de cuanto viene por parte del demonio. Es cierto que algunas veces habla el lenguaje de la verdad, y de la justicia; pero sus miras son siempre conducirnos al error: por lo mismo debemos huirle. *No con solo pan vive el hombre, sino con la palabra que es de Dios.*

El desierto parece al demonio un lugar poco conveniente para

tentar á Jesucristo, y por tanto lo trasporta á Jerusalen, y lo conduce sobre el pináculo del templo, y le dice: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí á abajo: si eres Hijo de Dios, esta es tu ocasion; porque escrito está, que mandará á sus ángeles cerca de tí, y te tomarán en palmas porque no tropieces en piedra con tu pié. Efectivamente así estaba escrito; pero no para aquella ocasion, ni ésta profecia tenia por objeto el milagro que Satanas propone. Reflexionemos cómo el demonio se trasforma algunas veces en ángel de luz, y se introduce hasta en las devociones mas irreprensibles. ¿Es preciso hablar el lenguaje de la piedad y conformar con él las obras? Pues ambas cosas le son enteramente familiares y conocidas; y así para lograr sus triunfos, se apoya con la autoridad de la misma palabra de Dios. ¿Cuál pues será la regla para evitar la seduccion y el error en materia de piedad? El no hacerse singulares, el desconfiar de todo aquello que no lleva el carácter de simplicidad y rectitud; pues si ha habido santos que han caminado por vias extrañas, ha sido guiándolos el mismo Señor. Esta ansia y solicitud con que algunas personas, por otra parte edificantes, se entregan á cuanto puede contribuir para elevarse sobre las demas, da motivo de desconfiar de su permanencia en la virtud. A estas podemos decirles: No tentarás al Señor tu Dios.

El demonio, á quien nunca acobardan las frecuentes derrotas, á pesar de haber quedado vencido en estas dos tentaciones, emplea todavia un nuevo artificio para seducir á Jesucristo: lo sube á un monte muy alto, le muestra todos los reinos y riquezas del mundo, y le dice: "Todo esto te daré si postrado me adoras." Satanas ignora que aquel con quien habla es el mismo Señor del universo; y Jesucristo podia haberlo confundido con manifestarle sus derechos; mas no quiso sino responderle; y así es que le dijo: "Vete: solo al Señor tu Dios adorarás, y á él solo servirás." ¡Qué vergüenza y confusion debe causar á muchos cristianos, que para seducirlos no necesita Satanas presentarles reinos ni riquezas; basta un vil interes, una satisfaccion momentánea, una cualquier fortuna! ¿Necesitamos usar de disfraces, inventar calumnias, violar las leyes de la justicia, sacrificar el tiempo, malgastar los bienes y perder la salud? Nada de esto importa, con tal de que una utilidad pasagera lo recompense. ¿No es esto postrarse delante de Satanas y adorarlo?

Jesucristo á cada tentacion dió una respuesta proporcionada al peligro; y como en la última fué mas terrible, por eso le opuso el pri-

mero y mas grande precepto de la ley. En efecto, la mayor tentacion es la que muy raros conocen, la de la soberbia; para vencerla se necesita echar mano de todo lo que tiene de mas poderoso y mas fuerte la religion, esto es, el amor y la esperanza de poseer un Dios. Satanas deja ya á Jesucristo, y hé aquí que los ángeles llegaron y le servian; estos son los efectos que producen las tentaciones que se saben rechazar. El momento del combate es penoso; pero la victoria es deliciosa. No olvidemos, pues, que hay tres cosas con que podemos asegurarla: fortificarse contra las tentaciones cuando nos amenazan: apoyarse en los socorros de Dios para que no nos venzan; y referir á Dios la victoria cuando se disipan. Entónces la tentacion es una prueba de nuestra fidelidad, un medio de nuestra salud, y un principio sólido de nuestra buena venturanza.

Lúnes de la primera semana de Cuaresma.

Ninguna cosa es mas á propósito para animarnos á la penitencia, á la práctica de las buenas obras, y á la reforma de las costumbres, como el temor que nos inspiran los terribles juicios de Dios; la Iglesia, siempre atenta al bien de sus hijos, nos hace en el Evangelio de este dia una viva y espantosa pintura del último juicio que Dios ha de hacer al fin del mundo; pero al mismo tiempo templa este temor con el retrato que nos presenta en la Epístola del buen Pastor, que se toma un cuidado extraordinario de sus ovejas, y que nada perdona por impedir el que perezcan. Y así, si el Evangelio inspira un santo terror; la Epístola excita una verdadera confianza, haciendo que de este modo comencemos con aliento y con gozo el santo tiempo de penitencia. Porque á la verdad, el temor sin la confianza, arrastra á la desesperacion, y la confianza sin el temor inspira la presuncion.

La misa comienza por estas bellas palabras del salmo 122. Como los ojos de los siervos están fijos en las manos de su señor para ver lo que les manda ó lo que les dá, así nuestros ojos están fijos en el Señor nuestro Dios, hasta que tenga á bien tener misericordia de nosotros.

La Epístola es del capítulo XXXIV de Ezequiel, donde, habiendo declamado vivamente el Profeta contra los malos pastores de Israel, les promete de parte del Señor, un Pastor único, que congregará sus ovejas y las conducirá á los pastos mas saludables: describe aquí los cuidados y las solicitudes con que viene él mismo en persona á tomar el gobierno del rebaño; no fiándose mas de los siervos que habia enviado para apacentarlas. Yo mismo vendré, dice el divino Pastor, á buscar mis ovejas, y las visitaré por mí mismo; las congregaré de todos los lugares en donde habian estado dispersas en los dias de borrasca y de oscuridad, en los tiempos de persecuciones y de pruebas. Durante estos dias de oscuridad y de nublado, es fácil que las ovejas se extravíen y se pierdan. Los lobos se aprovechan siempre de las tinieblas de la noche para arrebatarlas y devorarlas. Yo apacentaré mis ovejas por mí mismo, continúa el Profeta. Yo mismo las haré descansar, dice el Señor nuestro Dios: iré á buscar las que estaban perdidas, vendaré las llagas de las que estaban heridas, fortaleceré á las débiles, conservaré á las gruesas y las conduciré á la rectitud y á la justicia. ¿Quién no vé que quien habla aquí es el mismo Salvador, soberano Pastor de nuestras almas? ¿Pero hay cosa en toda la Escritura mas á propósito para excitar el amor y la confianza en este divino Pastor, que ha hecho su retrato en esta Epístola, como tambien lo hizo él mismo en el Evangelio del buen Pastor?

Ya dijimos que en el Evangelio de este dia se nos manifiesta el temor que debemos tener á los juicios de Dios; pero en particular del final, que es del que nos habla hoy el Evangelio. Habiendo venido el Salvador al templo, despues de haber confundido á los escribas y fariseos dos dias antes de la última pascua que celebró con sus discípulos, instruyó al pueblo sobre las mas importantes verdades de la religion, y sobre diversos puntos de la moral. En aquel gran dia, les dijo, aquel que ahora no parece sino el hijo del hombre, será reconocido por el Hijo de Dios, porque vendrá con todo el resplandor de su gloria, acompañado de sus ángeles, se sentará en el trono de su magestad, y todos los pueblos de la tierra comparecerán delante de él como delante de su rey y su juez. ¡Qué diferencia, gran Dios, entre Jesucristo nacido en un establo y muriendo en una cruz, y Jesucristo revestido de gloria, acompañado de todos los ángeles, sentado sobre una nube que le sirve de trono, viendo todos los hombres á sus piés, que aguardan de él la decision de su eterno destino! Nosotros reconocemos y veneramos dos venidas de Cristo, las que la Iglesia nos propone como dos grandes objetos de nuestra fé, y sobre las cuales estriba, por decirlo así, toda la re-

mero y mas grande precepto de la ley. En efecto, la mayor tentacion es la que muy raros conocen, la de la soberbia; para vencerla se necesita echar mano de todo lo que tiene de mas poderoso y mas fuerte la religion, esto es, el amor y la esperanza de poseer un Dios. Satanas deja ya á Jesucristo, y hé aquí que los ángeles llegaron y le servian; estos son los efectos que producen las tentaciones que se saben rechazar. El momento del combate es penoso; pero la victoria es deliciosa. No olvidemos, pues, que hay tres cosas con que podemos asegurarla: fortificarse contra las tentaciones cuando nos amenazan: apoyarse en los socorros de Dios para que no nos venzan; y referir á Dios la victoria cuando se disipan. Entónces la tentacion es una prueba de nuestra fidelidad, un medio de nuestra salud, y un principio sólido de nuestra buena venturanza.

Lúnes de la primera semana de Cuaresma.

Ninguna cosa es mas á propósito para animarnos á la penitencia, á la práctica de las buenas obras, y á la reforma de las costumbres, como el temor que nos inspiran los terribles juicios de Dios; la Iglesia, siempre atenta al bien de sus hijos, nos hace en el Evangelio de este dia una viva y espantosa pintura del último juicio que Dios ha de hacer al fin del mundo; pero al mismo tiempo templa este temor con el retrato que nos presenta en la Epístola del buen Pastor, que se toma un cuidado extraordinario de sus ovejas, y que nada perdona por impedir el que perezcan. Y así, si el Evangelio inspira un santo terror; la Epístola excita una verdadera confianza, haciendo que de este modo comencemos con aliento y con gozo el santo tiempo de penitencia. Porque á la verdad, el temor sin la confianza, arrastra á la desesperacion, y la confianza sin el temor inspira la presuncion.

La misa comienza por estas bellas palabras del salmo 122. Como los ojos de los siervos están fijos en las manos de su señor para ver lo que les manda ó lo que les dá, así nuestros ojos están fijos en el Señor nuestro Dios, hasta que tenga á bien tener misericordia de nosotros.

La Epístola es del capítulo XXXIV de Ezequiel, donde, habiendo declamado vivamente el Profeta contra los malos pastores de Israel, les promete de parte del Señor, un Pastor único, que congregará sus ovejas y las conducirá á los pastos mas saludables: describe aquí los cuidados y las solicitudes con que viene él mismo en persona á tomar el gobierno del rebaño; no fiándose mas de los siervos que habia enviado para apacentarlas. Yo mismo vendré, dice el divino Pastor, á buscar mis ovejas, y las visitaré por mí mismo; las congregaré de todos los lugares en donde habian estado dispersas en los dias de borrasca y de oscuridad, en los tiempos de persecuciones y de pruebas. Durante estos dias de oscuridad y de nublado, es fácil que las ovejas se extravíen y se pierdan. Los lobos se aprovechan siempre de las tinieblas de la noche para arrebatarlas y devorarlas. Yo apacentaré mis ovejas por mí mismo, continúa el Profeta. Yo mismo las haré descansar, dice el Señor nuestro Dios: iré á buscar las que estaban perdidas, vendaré las llagas de las que estaban heridas, fortaleceré á las débiles, conservaré á las gruesas y las conduciré á la rectitud y á la justicia. ¿Quién no vé que quien habla aquí es el mismo Salvador, soberano Pastor de nuestras almas? ¿Pero hay cosa en toda la Escritura mas á propósito para excitar el amor y la confianza en este divino Pastor, que ha hecho su retrato en esta Epístola, como tambien lo hizo él mismo en el Evangelio del buen Pastor?

Ya dijimos que en el Evangelio de este dia se nos manifiesta el temor que debemos tener á los juicios de Dios; pero en particular del final, que es del que nos habla hoy el Evangelio. Habiendo venido el Salvador al templo, despues de haber confundido á los escribas y fariseos dos dias antes de la última pascua que celebró con sus discípulos, instruyó al pueblo sobre las mas importantes verdades de la religion, y sobre diversos puntos de la moral. En aquel gran dia, les dijo, aquel que ahora no parece sino el hijo del hombre, será reconocido por el Hijo de Dios, porque vendrá con todo el resplandor de su gloria, acompañado de sus ángeles, se sentará en el trono de su magestad, y todos los pueblos de la tierra comparecerán delante de él como delante de su rey y su juez. ¡Qué diferencia, gran Dios, entre Jesucristo nacido en un establo y muriendo en una cruz, y Jesucristo revestido de gloria, acompañado de todos los ángeles, sentado sobre una nube que le sirve de trono, viendo todos los hombres á sus piés, que aguardan de él la decision de su eterno destino! Nosotros reconocemos y veneramos dos venidas de Cristo, las que la Iglesia nos propone como dos grandes objetos de nuestra fé, y sobre las cuales estriba, por decirlo así, toda la re-

ligion cristiana. Vino este Dios hombre en el misterio adorable de su Encarnacion, y tambien ha de venir en el dia terrible de su Juicio universal. En la primera venida tomó la calidad de Salvador; mas en la segunda tomará la calidad de Juez. Si la justicia humana inspira tanto temor, ¿qué no se debe temer de la justicia divina? Entónces, en aquel momento los hombres, desengañados de las ilusiones de la materia, abriendo en fin, los ojos á la verdad, libres de las preocupaciones que tienen como esclavos á la fé y á la razon, verán resplandecer sobre las nubes la magestad de su soberano juez: entónces estará sentado sobre la silla de su magestad. Los grandes del mundo confundidos entónces con sus mas viles súbditos; los dichosos del siglo, mezclados con el pueblo mas bajo, descubrirán el vacío y la nada de todas las grandezas de la tierra. *Entónces* el herege, vuelto de sus errores; el mundano, desengañudo de sus falsos placeres; el libertino, desimpresionado de su quimérica felicidad, todos cubiertos de una amarga confusion, todos despavoridos á la memoria terrible de sus delitos, entónces desearán no haber sido jamás, ó haber sido aniquilados antes de este dia terrible de ira y de furor. Pero ántes de pronunciar la sentencia decisiva de su felicidad ó de su infelicidad eterna, continúa el Salvador, el soberano Juez los separará á todos, á los unos de los otros, al modo que el pastor, habiendo juntado su rebaño, pone las ovejas á un lado y los machos de cabrío á otro. Colocará á los buenos á su derecha; estos son á quienes llamará sus ovejas, á causa de su inocencia. A su izquierda pondrá á los malos, los que compara á los machos de cabrío, animales sucios y lascivos, á causa de la corrupcion de sus costumbres y de la suciedad de sus almas. *Cuenta, pesa, separa*, decia aquella sentencia muda que el impío Baltasar vió grabada en la pared de su palacio, al tiempo mismo de sus mas suntuosas disoluciones. Hé aquí la reforma, y como el compendio del Juicio final: miéntras dura esta vida, ignoramos el número de nuestros pecados, confundimos nuestras maldades con nuestras virtudes aparentes. Pero entónces, en el terrible tribunal de Dios, á los piés de aquel soberano y terrible juez, nuestros pecados serán puestos á la luz del medio dia y se verán con toda claridad. Al presente ignoramos su número: *entónces*, repetimos, entonces no habrá uno que se escape de aquel severo exámen, que será como la primera parte del Juicio final: *Cuenta*. Ahora disminuimos el peso y la gravedad de nuestros pecados; *entónces*, dirá el juez: *Pesa* y advierte toda su enormidad y malicia. *Separa* lo que has tenido mezclado hasta aquí ya es tiempo que se quite la máscara á los pecados, y que se despoje de aquellas exterioridades artificiosas, de aquellas apariencias hipócritas. Job nos representa á Dios como un acreedor severo que nada perdona. Tú tienes contados todos mis pasos, y nosotros, deudores descuidados, insensatos y de mala fé, de dia en dia aumentamos nuestras deudas, sin que nos cueste la menor inquietud el haberlas de satisfacer, midiendo la extension infinita del espíritu de Dios, por la cortedad del nuestro.

Se cree que el valle de Josafat ha de ser, segun un pasage de Joel, el teatro de esta terrible escena: *Congregaré todas las gentes y las llevaré al valle de Josafat, y allí disputaré con ellas.* Los Setenta leen, *al valle del Juicio.* El venerable Beda pone este valle entre Jerusalen y el monte Olivete. Allí, en el silencio profundo y en la consternacion de todos los hombres, el Rey de los reyes, el soberano Juez dirá á los que estarán á su derecha: *Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino de mi Padre que ha sido preparado para vosotros desde la creacion del mundo.* ¡Qué gozo, dice San Crisóstomo, qué consuelo, qué honra la de estas palabras para aquellos con quienes hablarán! Jesucristo no les dice: Recibid el reino, sino poseedlo como vuestra herencia, como un bien que es vuestro, que habeis recibido de vuestro Padre, y que os es debido de todo tiempo; porque yo lo preparé para vosotros aun ántes de que estuvieseis en el mundo; porque yo sabia desde la eternidad que vosotros seriais los que sois, y porque siendo fieles á la gracia, habeis tenido la caridad. Porque tuve hambre y me disteis de comer. Como si Jesucristo dijera, dice San Agustin: Vosotros sois deudores á la Justicia divina, porque habeis pecado; sin embargo, entrad en mi reino; yo uso con vosotros de misericordia, porque tuve hambre y me disteis de comer. No os abro el cielo por no haber pecado, sino porque habeis rescatado vuestros pecados con vuestras limosnas. En vano es acusado por sus pecados, dice San Pedro Crisólogo, el que es escusado por el pobre; porque dando al pobre, hace de su juez su deudor. Despues, dirigiéndose á los que estarán á su izquierda, les dirá: *Apartaos, malditos, apartaos de mí, id al fuego eterno, que habia sido preparado para el demonio y sus ángeles.* Como si Jesucristo dijera, dice San Crisóstomo: No soy quien os ha preparado esos fuegos. Yo habia dispuesto para vosotros un reino; esas llamas no se habian preparado sino para los demonios. Echaos á vosotros solos la

culpa de vuestra infelicidad; vosotros os habeis precipitado voluntariamente en esos abismos.

A vista de esto ¿quién tendrá por muy largo el ayuno de la Cuaresma, y por muy duro el rigor de la penitencia? *Id al fuego eterno que se preparó para el demonio y sus ángeles.* Notad que no dice del suplicio eterno, como dice de la recompensa eterna, *que ha sido* preparada para vosotros desde la creacion del mundo; porque el fuego eterno y la condenacion jamas fueron su primer objeto, ni su primer designio; ántes bien, dice San Crisóstomo, Dios condena á los pecadores á este último suplicio, contra su voluntad, y á mas no poder. La muerte, dice el Sabio, entró en el mundo por solo la malicia del demonio; Dios no se complace en la perdicion de los malos. Los pecadores atraen sobre sí la muerte y los suplicios eternos por su pura malicia, pues solo perece aquel que quiere perecer. Ya se dijo en otra parte que los santos deben á la misericordia de Dios, y á los méritos de Jesucristo su salvacion y la gloria que gozan en el cielo; pero no hay uno de los condenados que no sea él mismo el artífice de su condenacion eterna. La reprobacion es toda obra del hombre pecador; y esta verdad no será por toda la eternidad la menor de las rabias y pesares de aquellas almas que serán reprobadas. Jesucristo castiga á los malos con fuego, y fuego eterno. Este no es un fuego quimérico, ni un fuego alegórico y pasagero, sino un fuego real, corporal, que nunca se apagará. El castigo de los malos no tendrá fin ni diminucion: obrará eternamente tanto sobre la alma como sobre el cuerpo; y como los condenados serán eternamente pecadores, tambien serán eternamente castigados. ¡Buen Dios! ¡Quién no se estremece á la sola idea de esta eternidad infeliz! ¡Quién puede sostener y sufrir largo tiempo el pensar en ella! Sin embargo, ¡cuántas gentes se exponen á padecerla por el mas vil interes, por un falso deleite, por la mas ligera satisfaccion!

La Epístola es del capítulo XXXIV del Profeta Ezequiel.

Esto dice el Señor: He aquí que yo mismo iré en busca de mis ovejas, y las reconoceré. Al modo que el pastor va revistando su rebaño, en el dia en que se halla en medio de sus ovejas, despues que estuvieron descarriadas; así revistaré yo las ovejas mias, y las recogeré de todos los lugares por donde fueron dispersadas en el dia

del nublado y de las tinieblas. Y yo las sacaré de los pueblos, y las recogeré d varias naciones, y las conduciré á su propio pais, y las apacentaré en las montañas de Israel, junto á los arroyos, y en todos los lugares de esta tierra. En pastos muy fértiles las apacentaré y estarán sus pastos en los altos montes de Israel: allí sestearán entre la verde yerba, y con los abundantes pastos de los montes de Israel, quedarán saciadas. Yo, dice el Señor Dios, apacentaré mis ovejas, y las haré sestear. Andaré en busca de aquellas que se habian perdido, y recogeré las que habian sido abandonadas; vendaré las heridas de aquellas que han padecido alguna fractura, y daré vigor á las débiles, y conservaré las que son gordas y gruesas, y á todas las apacentaré con juicio: dice el Señor omnipotente.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Cuando venga el Hijo del Hombre con toda su magestad, y acompañado de todos sus ángeles, sentarse ha entónces en el trono de su gloria. Y hará comparecer delante de él todas las naciones; y separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, poniendo las ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda. Entónces el Rey dirá á los que estarán á su derecha: Venid, benditos de mi Padre, á tomar posesion del reino que os está preparado desde el principio del mundo: porque yo tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedásteis; estando desnudo me cubristeis; enfermo me visitásteis; encarcelado, y venísteis á verme. A lo cual los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento y te dimos de comer, sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te hallamos de peregrino y te hospedamos, desnudo y te vestimos? O ¿cuándo te vimos enfermo ó en la cárcel y fuimos á visitarte? Y el Rey en respuesta les dirá: En verdad os digo: Siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis mas pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis. Al mismo tiempo dirá á los que estarán á la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que fué destinado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; sed, y no me disteis de beber: era peregrino, y no me recogisteis; desnudo, y no me vestisteis; enfermo y encarcelado, y no me visitásteis. A lo que replicarán tambien los malos: ¡Señor! ¿cuándo te vimos hambriento, ó

sediento, peregrino, ó desnudo, enfermo, ó encarcelado, y dejamos de asistirte? Entónces les responderá: Os digo en verdad: Siempre que dejásteis de hacerlo con alguno de estos mas pequeños, dejásteis de hacerlo conmigo. E irán estos al eterno suplicio, y los justos á la vida eterna.

MEDITACION.

Sobre el juicio universal.

Considera que no sin misterio nos presenta la Santa Iglesia en la Epístola y en el Evangelio de la misa de hoy, de una parte al Divino Pastor congregando á las ovejas de su rebaño para conducirlas á los pastos saludables; y de la otra á este mismo Pastor convertido ya en juez soberano de sus ovejas y viniendo en las nubes del cielo con gran gloria y magestad, á juzgarlas para dar á cada una el premio ó el castigo conforme á sus obras: no es ciertamente sin misterio, pues por ello nos hace ver nuestra sabia y Santa Madre la Iglesia, la justificacion con que procede nuestro Dios y Señor, en no decretar un castigo, sin haber antes socorrido á la oveja con todos los medios convenientes para evitar su perdicion. Tal es en efecto la conducta de Dios con sus almas. El ha tomado sobre sí el cuidado mas exacto y diligente para proveerlas de todos los elementos con que puedan lograr su felicidad eterna: el precio inestimable de su sangre aplicado á nuestro beneficio en los santos sacramentos: la gracia, las virtudes, los dones, la mocion del Espíritu Santo, el pan de la divina palabra, el sacrificio del altar, la sagrada Eucaristía, y tantos, tantos auxilios de toda especie con que promueve y obra nuestra justificacion, son aquellos pastos saludables á que conduce á sus ovejas, para que curadas y alimentadas espiritualmente, progresen y se perfeccionen en la virtud que ha de merecerles el reino de los cielos. Para el logro de esta empresa no duda su Divina Magestad hacerse hombre, trabajar sin descanso, padecer y morir en un madero, vertiendo por nosotros hasta la última gota de su sangre. Pero ¡oh dolor! Que la oveja ingrata y desconocida frustra las miras de su amante Pastor: ella se hace insensible á los desvelos y fatigas; y á los padecimientos y á la muerte misma del hombre Dios, sufrida por su amor; y, ó desoye su voz y no viene á los pastos, ó viniendo los mancha y pierde, todo lo destroza, lo arruina, cual lobo carnicero. ¡Ah! Que este desacato viene sobre

ella: ella es la que se mancha, se destroza, se pierde, echando sobre sí un cargo á que no puede responder y por el que se busca su condenacion eterna. ¡Oh dolor!

Considera que al presentarnos la iglesia á nuestro Dios y Señor Jesucristo, ya como Pastor, ya como Juez, nos hace ver que esta segunda calidad la ejerce sin detrimento de la primera; pues si bien en aquel dia juzgará en justicia sin hacer uso de la misericordia para perdonar y reparar; pero, por una parte, ejerce justicia con los mismos que antes han sentido los efectos de su misericordia, como se ve en la causa de cada uno que se publica en la revelacion de las conciencias. Por otra parte vemos que si muestra su enojo con los malos, haciéndoles sentir todo el peso de su justicia, muestra tambien su dulzura y afabilidad con los buenos, haciéndoles lograr el fruto de las misericordias que ántes usó con ellos, en la justicia misma con que en aquel dia les da el reino de los cielos, á virtud del derecho que á él les dió la gracia: gracia que debieron á la misericordia de su Dios, de donde resulta que corona en ellos los mismos dones con que los regaló. ¡Oh bondad infinita de un Dios, que aun en el caso de volver por su honor y magestad, y vengar sus ultrages, no puede esconderse ó dejarse de manifestar en la tela misma de tan exacto juicio; mas diremos, en las mismas buenas obras que premia en los justos, pues que á él se las debieron como Autor soberano de su justificacion; aun mas todavía, en los pecados mismos muchos y grandes de los malos; pues que en aquel dia se conocerá la paciencia infinita con que los toleró en la vida, dándoles tiempo de penitencia para que alcanzasen su misericordia, y usándola con ellos de mil y mil maneras. ¡Ah! Que en este dia se justificará el mismo Dios, haciendo ver á todo el mundo, que la perdicion de los malos fué obra de ellos solos, y que todos tuvieron los medios suficientes para lograr la suerte de los justos; y de estos por el contrario, que su salvacion fué obra de la misericordia de su Dios, si bien con la cooperacion indispensable para hacer de una mísera criatura una alma bienaventurada, un príncipe en el reino de los cielos, que reina con el Cordero de Dios, y el Cordero de Dios con él.

PETICION Y PROPOSITOS.

¡Oh Dios de Magestad, ó Rey supremo y soberano Juez de los hombres! Yo veo, yo reconozco, yo confieso la necesidad de este juicio universal y último: no por vos, que en vos mismo teneis una

sabiduría que todo lo vé: una justicia que todo lo arregla: una bondad que todo lo concilia, sino por los mismos hombres injustos y soberbios que se atreven á justificar su iniquidad y culpar vuestra justificacion. Por el mundo, vuestro enemigo, que debe caer públicamente y con gran ruina ante el Dios de la magestad, á quien en todos los siglos ha hecho tan obstinada resistencia. Por la exaltacion de los justos, que en esta vida fueron tan perseguidos y humillados. Por el castigo de los malos, que van á sufrir una pena eterna, cuya justicia debe pesar sobre ellos. Y porque en fin, resplandezca la misericordia que habeis usado conmigo, mísero pecador, y quiero aprovechar desde hoy en adelante de tal modo, que merezca ser colocado á vuestra diestra y oir dichas á mí las dulcísimas palabras con que llamareis á vuestras fieles almas, diciendo: Venid, benditos de mi Padre.

JACULATORIA.

Líbrame, Señor, en aquel dia tremendo, cuando los cielos y la tierra se conmoverán.

LECCION.

Sobre el Juicio final.

En este terrible dia no nos asombrará la caida de las estrellas; no los eclipses del sol y de la luna; no el incendio general que abrasará toda la tierra; no la confusion de todos los elementos que envolverá al mundo en un nuevo caos; no en fin, todos los fenómenos prodigiosos, todas las señales ruidosas que sorprenderán á la naturaleza: nada, nada de esto nos inspirará tanto espanto y pavor, como el mismo juicio: este es el que hará temblar á los corazones mas intrépidos, el que llenará de terror á los mas valientes, el que confundirá á los soberbios y avergonzará á los hipócritas. Un exámen rigoroso de todos los pecados de la vida, una manifestacion de todas las conciencias, sin que la menor falta, la mas leve circunstancia, la mas sutil intencion y la menor imperfeccion puedan escaparse del conocimiento y de los ojos de todo el universo, ¿no es verdaderamente una gran confusion, una terrible vergüenza? Si los delitos secretos que con tanto cuidado se ocultan durante esta vida, se manifestasen á una ciudad, á una provincia, ¡cuánta no seria nuestra confusion, cuánta nuestra vergüenza! Pues el dia del juicio se ha de patentizar toda nuestra conciencia, desde los primeros años de

nuestra niñez, hasta los últimos momentos de la vida: todos los misterios de iniquidad serán revelados, todas las envidias secretas, todas las venganzas disimuladas, todas las pasiones vergonzosas cubiertas con las máscaras de reforma, de modestia, de celo, de piedad, serán manifiestas con toda su malignidad á los ojos de todos los hombres, desde el primero que comenzó á tener vida hasta el último que dejó de tenerla. Se manifestarán, no solo los pecados que cometimos en nuestra última edad, sino todos los de toda la vida: los olvidados, los excusados, los callados, los casi imperceptibles. Ni serán solo objeto de este exámen rigoroso, nuestros grandes defectos, nuestros pecados propios, nuestros pecados efectivos y de comision; sino tambien aquellos que ni conocemos ni confesamos: los pecados leves, los pecados de omision, los pecados ocultos, los pecados agenos. ¡Santo Dios, quién tendrá valor para sufrir tan horrible y rigoroso exámen! Manifestacion evidente de toda la conciencia, conocimiento claro de la malicia, de la gravedad y enormidad de cada pecado, ve aquí el estado de cada hombre delante de todos los demas.

Miéntras vivimos encenegados en nuestros vicios; miéntras nuestras pasiones no nos permiten ver claramente la verdad; y miéntras durante esta vida no reflexionamos sobre nosotros mismos, solo tenemos una idea confusa, imperfecta de nosotros mismos, débil, superficial y pasagera, y como ensueños de la naturaleza y malignidad del pecado; mas en el juicio final, el ingenio mas limitado, el talento mas corto, el espíritu mas apocado, será suficientemente vivo, bastantemente penetrante para conocer sin nieblas ni borrones y formar una idea clara y perfecta de toda la iniquidad de cada pecado. Esta sola vista será sin duda uno de los objetos mas terribles que se presentará. A este conocimiento claro y evidente de la malicia y fealdad del pecado, se añadirá la comparacion de la bondad y misericordia infinita de un Dios, y de sus innumerables beneficios, con nuestra negra y detestable ingratitud: la comparacion de la grandeza y magestad inefable del Sér soberano, con el menosprecio que hemos hecho de él: la comparacion de su grandeza infinita con nuestra nada, la de su alteza infinita y omnipotencia, con nuestra bajeza: la de su cuerpo y sangre preciosa con nosotros, sacrílegos; en fin, la de su caridad, la de su amor sin semejante, con nuestra frialdad é indiferencia. ¡Qué confusion, qué indignacion [illegible]tra cirá en nosotros este conocimiento! La rabia, la [illegible]uo produ- [illegible]esesperacion, el

dolor, el suplicio y la vergüenza se acumularán en el alma al verse precisada á conocer estas cosas, y obligada á confesarlas, no delante de un hombre, sino delante de todos; no en lo secreto de un confesonario, sino en lo público de un valle, delante de Dios y de los hombres.

Síguese á este exámen y conocimiento, el horror, la rabia, el tormento de separarse los malos de los buenos, los réprobos de los escogidos. Cuando los ángeles entresaquen de la multitud confusa de todos los mortales á los dichosos predestinados, para ponerlos á la derecha del soberano Juez; miéntras que sean puestas á la izquierda las infelices víctimas de la justicia vengadora del Eterno; para ser condenadas al lugar del tormento, de las tinieblas y de la guerra; ¡con qué ojos, con qué corazon aquel padre, aquella madre, se verán separados para siempre y con una suerte tan diferente, de sus queridos hijos é hijas! ¡Aquellos hijos, de su amado padre; aquel esposo, de su querida esposa; aquella persona religiosa, aquel sacerdote, aquel prelado, de sus compañeros y súbditos! Si es para ser contados entre los corderitos y buen trigo, para ser puestos á la derecha, ¡qué consuelo, qué gozo, qué triunfo! Mas si es para entrar en el número de los cabritos, entre la paja y la zizaña, y ser colocados á la izquierda, ¡qué confusion, qué desesperacion, qué suplicio! Entónces las ideas de grandeza mundana, de nacimiento ilustre, de grandes empleos, se representan como las sombras; entónces la memoria de lo que cada uno fué, de lo que es y de lo que pudo ser, fatiga y desespera, y con tanta mayor amargura, cuanta fué la facilidad con que se pudo poseer la mejor suerte.

Mas si tanta sorpresa, si tanto horror ha de causar este espantoso suplicio, ¿qué efectos producirá la tremenda sentencia de aquel juicio, del que no hay apelacion? Concluido el exámen, hecha la separacion, y haciéndose cada uno justicia sobre el número y gravedad de sus pecados, sin esperanza la mas remota de misericordia, por haber pasado su tiempo; el soberano Juez, lleno de gloria y magestad, pronunciará esta tan terrible como interminable sentencia, pues que durará tanto como el mismo Dios: *Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno.* Un Dios, y un Dios cuya justicia es eterna, cuyos decretos son irrevocables, es quien arroja á los réprobos de su presencia. ¿Y adónde podrán ir que no encuentren al Señor? Si no hay lugar en donde no esté: habita en lo alto de los cielos, como en lo profundo de los infiernos; pero en esta parte no se le encuentra como Padre ni como Salvador, sino como juez, y juez severo, dispuesto á castigar eternamente á los condenados, sin que ni la gravedad de los tormentos, ni la angustia y aficcion de los atormentados puedan alguna vez ablandarlo. Un Apartaos de mí, será el momento decisivo en que todos los réprobos serán arrojados á los profundos abismos. ¡Dios mio! ¿Y será posible creer en estas verdades y ofenderos? ¿Serán cristianos los que tal hacen? ¿Sabrán tu religion, y meditarán tu ley? Sin duda que no; pues los santos no necesitaron mas para vivir bien, que no perder de vista el dia terrible, el dia de tus venganzas, el dia de tu justicia. San Gerónimo afirma que siempre le parecia oir aquellas trompetas que con su sonido harán salir de sus sepulcros á todos los muertos, para presentarse á recibir el premio ó castigo, segun sus obras. Pensemos bien y frecuentemente en este terrible dia, y no seremos confundidos: *Acuérdate de tus novísimos, y jamas pecarás.*

Mártes de la primera semana de Cuaresma.

La misa de este dia empieza por el primer verso del salmo 89: *Señor, vos habeis sido nuestro refugio en todos los tiempos: vos que sois ante todos los siglos, y que seréis eternamente.* En este salmo habla Moisés, segun siente San Gerónimo, haciendo presente la brevedad y las miserias de la vida humana, y suplica al Señor que se reconcilie con su pueblo. El implora la misericordia de Dios, fundando principalmente su confianza en las verdaderas pruebas que tiene de esta misericordia para con los pecadores, lo primero; y lo segundo en la flaqueza del hombre, en la brevedad de la vida. Señor, le dice, vos habeis sido nuestro refugio en todos los tiempos; nosotros hemos probado tantas veces los efectos de vuestra proteccion, desde que escogísteis la descendencia de Abraham por vuestro pueblo, que á pesar de nuestros pecados todavía nos atrevemos á encaminarnos á vos en el lastimoso estado en que nos hallamos. Ninguna cosa conviene mejor á los cristianos en este tiempo de penitencia, que esta oracion.

La Epístola es del capítulo LV de la profecía de Isaías. En esta el profeta convida á todos los pueblos y á todas las naciones del mundo á la fé y á la penitencia; declara que Dios es infinitamente misericordioso, que no desecha pecador alguno, á ménos que el peca-

dor no quiera recibir su gracia; que nada desea tanto como nuestra conversion; que aunque todos los tiempos de la vida son dias de misericordia, sin embargo hay tiempos en que el Señor está mas dispuesto á escuchar nuestros votos, á compadecerse de nuestros extravíos y de nuestras desgracias, á enternecerse mas fácilmente de nuestras lágrimas, y á perdonar nuestros desórdenes. ¿Y quién no ve que este tiempo de indulgencia es la Cuaresma? Buscad al Señor, dice el Profeta, miéntras que se puede encontrar; invocadle, miéntras está cerca. Estas palabras se dirigian principalmente á los judíos; pero el Espíritu Santo, que hablaba por boca de Isaías, las dirigia generalmente á todos los pecadores. "Pueblo judío, date prisa á recurrir al Señor; invócalo miéntras está cerca de tí. Tiempo vendrá, y este tiempo no está muy léjos, en que se retirará de tí para darse á los gentiles y para llamarlos á la fe, dejándote á tí en una ceguedad y en un endurecimiento deplorable. Prevén esa desventura. Deje el impío su camino y el inicuo sus malos deseos y sus pensamientos culpables, y conviértase sin dilacion al Señor, y usará de misericordia con él; porque nuestro Dios gusta de perdonar cuando ve un corazon contrito y humillado. No os imagineis, prosigue, que piensa Dios como nosotros, y que toma y tiene un proyecto simple y estéril de conversion, por una conversion eficaz y sincera. Cuando habeis dicho que os queriais convertir, habeis creido que todo estaba hecho; pero Dios juzga muy de otro modo que nosotros, de la sinceridad de nuestros deseos y de nuestros propósitos, frecuentemente ineficaces. Si quereis convertiros de veras, dice el Señor nuestro Dios, muda de conducta; informaos cuál es la mia, y conformad con ella la vuestra. Dejad vuestros caminos para entrar en los mios: vosotros sois vengativos, violentos, celéricos; y yo soy manso, compasivo y misericordioso. Volveos, pues, á mí con una entera confianza, y no temais que el número y enormidad de vuestras culpas sean un obstáculo insuperable para conseguir el perdon. No temais que las promesas que os hago de una entera reconciliacion, sean en vano. La lluvia y la nieve volverán á subir hácia el cielo, ántes que mi palabra deje de tener su efecto. Yo seré tan fiel en mis promesas como generoso; de vosotros solo depende el ver su perfecto cumplimiento. No pongais embarazo: mi palabra es como la lluvia y la nieve que fecundan la tierra, y hacen brotar el grano que se ha sembrado, con tal que esté bien preparada. A este modo mi palabra se volverá á mí sin su fruto;

mas producirá el efecto por el cual se ha enviado. ¡Qué cosa de mas consuelo para el pecador, y qué cosa mas propia para inspirarnos la confianza, que este pasage de la Escritura!

El Evangelio no nos presenta menores instrucciones. Viendo Jesucristo que se acercaba el tiempo que habia destinado para acabar la grande obra de la Redencion de los hombres, hizo su entrada triunfante en la ciudad de Jerusalen seis dias ántes de su muerte. En el camino habia recibido las aclamaciones de los pueblos que habian ido delante de él con palmas en las manos, gritando: *Dios le salve, Hijo de David; viva el Hijo de David: Toda suerte de bendiciones y de prosperidades al que viene en el nombre del Señor.* Luego que entró en Jerusalen, toda la ciudad se conmovió, y cada uno decia: ¿Quién es éste? Pero la multitud que estaba al derredor de él, respondia: "Es Jesus, el Profeta de Nazaret en Galilea." Jesus entró en el templo, esto es, en el atrio ó pórtico de Salomon. Encontró allí una especie de mercado donde se compraba y se vendia sin escrúpulo. En las grandes fiestas, y especialmente en la de la Pascua, se tenia en esta parte interior del templo una especie de feria, en que se vendian animales para los sacrificios. San Gerónimo dice que tambien se prestaba dinero bajo de cancion á los que no lo tenian, para comprar las cosas necesarias, durante la feria. Esto era una especie de cambio ó de banco en favor del público. Los sacerdotes que habian dejado que se introdujera esta mala costumbre, podian sacar una grande utilidad de ella. Viendo el Hijo de Dios este indigno tráfico, se armó de zelo y arrojó á todos estos mercaderes de iniquidad que profanaban el santo templo, diciéndoles: *Está escrito: mi casa se llamará casa de oracion.* Por consiguiente, casa de liberalidad y gracia, donde se pide, donde se consigue, donde los dones del cielo se derraman abundantemente sobre los hombres; *pero vosotros la habeis hecho cueva de ladrones*, donde robais á Dios los homenages que espera de vuestro reconocimiento; al prójimo le habeis robado la edificacion que esperaba de vuestra piedad, y á vosotros mismos el socorro que debeis á vuestra alma. Habeis hecho de esta casa de Dios una cueva de ladrones donde cometeis por vuestras usúras toda suerte de latrocinios. Una reprehension tan severa, un castigo tan público, reiterado por dos veces en tiempos escogidos, expresamente ejecutado por la mano del Hijo de Dios, no puede dejarnos dudar de la enormidad del delito. ¿Pero de qué se trataba? Se trataba del respeto debido

por los hombres á la casa del Señor, y violado por la insolencia de estos mismos. Se puede decir que el zelo de la casa del Señor hizo en cierto modo que el Salvador saliera de su carácter de mansedumbre de paciencia, de benignidad. En efecto, ver á Jesucristo, de quien habia dicho el Profeta, que no sabria enojarse, y á quien nos habia figurado como un hombre incapaz de hablar alto, de contradecir y aun de acabar de quebrar una caña quebrantada; verlo, vuelvo á decir, con el azote en la mano para desplegar su zelo sobre aquellos que traficaban en el templo, trastornar las mesas de los cambiantes, y arrojar por tierra el dinero, infundir el terror y la confusion entre el pueblo: ¿qué cosa mas propia y mas eficaz para hacernos comprender cuán grande delito es no estar con respeto en las iglesias? Esta muestra de autoridad tiene alguna cosa de admirable, y S. Gerónimo mira como uno de los mayores milagros del Salvador, la pronta obediencia de los mercaderes y banqueros, y el silencio no esperado de los fariseos y sacerdotes; este padre cree que en esta ocasion imprimió Jesucristo, por la magestad de su rostro y por el aire todo divino que pareció en su persona, un terror y unos sentimientos de respeto en el espíritu de los unos y de los otros, que no les permitieron resistirle. Esta es la sola vez que el Salvador habló con alguna suerte de alteracion, para enseñar á los fieles hasta donde debe llegar su respeto para con los lugares sagrados, y á los ministros del santuario, cuál debe ser su vivacidad, cuando se trata de procurar á los lugares sagrados el respeto que les es debido. ¿Qué desgracia seria la nuestra, si unos ministros cobardes é interesados convirtiesen hoy nuestras iglesias en refugio de ladrones, por el tráfico indigno que hiciesen de las cosas santas? ¡Pero cuántos libertinos, cuántas personas mundanas los profanan todavía quizá mas indignamente! ¿Qué castigo será el suyo? Pasma, decia el sabio Pico de la Mirandola, que entre tantas religiones como se han extendido por el mundo y han dominado por tanto tiempo, no haya habido otra que la religion de Jesucristo, esto es, no haya habido otra que la sola verdadera religion, que haya visto profanar sus templos por sus propios súbditos. Se vió á los romanos violar el templo de los judíos: se vió á los cristianos hacer pedazos los ídolos del paganismo; ¿pero se vió jamás que los paganos hiciesen la guerra á sus dioses, y manchasen los sacrificios que les ofrecian, por mas falsos y supersticiosos que fuesen? Se vió á los hereges profanar nuestros santos templos; pero los hemos visto acaso no tener respeto á los

suyos? ¿Por qué, pues, esta diferencia? Es que el enemigo de nuestra salvacion no va á tentar á los paganos ni á inquietarlos enmedio de sus sacrificios; porque son sacrificios falsos, y porque recibe él mismo el incienso que en ellos se quema. Estos templos están ya bastante profanados, sin que sea necesario inspirar á sus adoradores el que los profanen; pero emplea todas sus fuerzas y artificios para destruir el culto que se da al verdadero Dios, para apartarnos del sacrificio adorable de nuestros altares, para hacernos perder el fruto que podiamos sacar, para impedir que recibamos las gracias y los favores singulares que derrama abundantemente sobre todos los que vienen á adorarlo en su templo, donde oye sus plegarias y sus votos: este es el motivo que tiene el demonio para hacernos cometer tantas irreverencias en el lugar santo. Los milagros que hizo el Salvador despues de esto en el templo mismo, le atrajeron nuevas aclamaciones. Los niños no dejaban de gritar: *Viva el Hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor;* miéntras que los príncipes de los sacerdotes y los escribas ó intérpretes de la ley no cabian de despecho contra él. ¡Cosa extraña! Los príncipes de los saderdotes y los doctores de la ley ven que Jesucristo hace milagros, y en lugar de imitar á los niños que lo glorifican, no pueden disimular el pesar que tienen de verle honrado. Jesucristo los deja; sale de la ciudad para ir á Betania, donde se hospedó. Ved aquí el triste efecto del endurecimiento de los judíos y la causa funesta de su reprobacion. Las exhortaciones del Salvador no les hacen la menor impresion, sus milagros los hacen mas obstinados, resisten con protervia á las continuas solicitudes de la gracia. El Salvador, por último, los deja y los abandona, y va á hospedarse en casa de unas personas mas dóciles y mas religiosas. ¡Ejemplo terrible del mas espantoso castigo, que puede Dios descargar sobre una alma!

La Epístola es del capítulo LV del Profeta Isaías.

En aquellos dias: Habló el Profeta Isaías diciendo: Buscad al Señor, miéntras puede ser hallado: invocadle, miéntras está cercano: Abandone el impío su camino, y el inicuo sus designios, y conviértase al Señor, el cual se apiadará de él, y á nuestro Dios que es generosísimo en perdonar: que los pensamientos mios no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son los mios, dice el Señor,

sino que cuanto se eleva el cielo sobre la tierra, así se elevan mis caminos sobre los caminos vuestros, y mis pensamientos sobre los pensamientos vuestros. Y al modo que la lluvia y la nieve descienden del cielo, y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, y la penetran, á fin de que dé simiente que sembrar y pan que comer; así será de mi palabra salida de mi boca: no volverá á mí vacía, sino que obrará todo aquello que yo quiero, y ejecutará felizmente aquellas cosas á que yo la envié; dice el Señor omnipotente.

El Evangelio es del capítulo XXI de San Mateo.

En aquel tiempo: Habiendo entrado Jesus en Jerusalen, se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es este? A lo que respondian las gentes: Este es Jesus, el Profeta de Nazareth de Galilea. Habiendo entrado Jesus en el templo de Dios, echó fuera de él á todos los que vendian allí y compraban, y derribó las mesas de los banqueros, y las sillas de los que vendian las palomas; y les dijo: Escrito está: Mi casa será llamada casa de oracion; mas vosotros la teneis hecha una cueva de ladrones. Al mismo tiempo se llegaron á él en el templo varios ciegos y cojos, y los curó. Pero los príncipes de los sacerdotes y los escribas, al ver las maravillas que hacia, y á los niños que le aclamaban en el templo, diciendo: Hosanna al Hijo de David, se indignaron; y le dijeron: ¿Tú oyes lo que dicen estos? Jesus les respondió: Sí por cierto: ¿pues qué no habeis leido jamas *la profecía:* De la boca de los infantes y niños de pecho es de donde sacaste la *mas* perfecta alabanza? Y dejándolos, se salió fuera de la ciudad á Betania, y se quedó allí.

MEDITACION.

Sobre el verdadero y el falso zelo.

Considera que el verdadero zelo está lleno de caridad, y que por lo mismo no yerra en las operaciones que promueve y dirige, porque la caridad, como dice el Apóstol, no padece engaños ni comete desaciertos. El Hijo de Dios entra en el templo: encuentra en él las mesas de los banqueros, las sillas de los que vendian las palomas, y á todos los que allí vendian y compraban cosas que ciertamente se empleaban en los sacrificios; pero que no debian tratarse en la casa de Dios, y mucho ménos con la mira del sórdido interes. Un

falso zelo, preocupado con la idea mal concebida del culto de Dios, hubiera pasado por todo, como pasaba el de los fariseos, justificando aquel exceso con el especioso pretexto del servicio de Dios mal entendido; pero el verdadero zelo del Hijo de Dios, como que era fundado sobre una plena y perfecta caridad, no se alucina. Él sabe bien lo que requiere el culto puro y santo del verdadero Dios, y por lo mismo no puede permitir que se deforme con un tráfico sacrílego por el lugar santo en que se verifica. El zelo de la casa de Dios lo consume, como estaba escrito por el Profeta, y de aquí es que arroja del templo con santa indignacion á los que compraban y vendian; derrumba las mesas y las sillas, y dice lleno de magestad: "Escrito está: Mi casa será llamada casa de oracion; mas vosotros la teneis hecha una cueva de ladrones." Con tan santo ejemplo y tan terminante doctrina, ¿cómo podrá errar ya sobre este punto el zelo de los cristianos? La casa de Dios es casa de oracion, y nada profano puede ejecutarse en ella. Esta es una verdad en que todos convienen, y que no puede contradecirse en manera alguna. ¿Pero esta confesion la secundan las obras? ¿Proceden los cristianos consecuentes á lo que creen y confiesan? ¿Y el zelo de Dios se cumple acaso con una estéril confesion? ¿Cómo podrá llamarse zelo el que carece de obras, y no solo carece de las que debe tener, sino que se encuentra con obras diametralmente opuestas á las que pide el verdadero zelo? ¡Oh cegnedad de los hombres! ¡Oh embrutecimiento, cuando admiten un zelo tan monstruoso y deforme, y se dispensan de tener y ejercitar el zelo de Dios, sin el cual no pueden estar en caridad; pues si esta es la base de aquel, aquel es el complemento de esta!

Considera que aunque en puntos tan claros y visibles de religion como la reverencia y acatamiento en el templo de Dios, no yerren, ni falten muchos de los cristianos, en otros muchos puntos de la caridad, del órden y de la justicia, que son tambien propio objeto del zelo de Dios, yerran torpemente y se corrompen innumerables almas, que careciendo de la caridad, que es la que anima y da legitimidad á las virtudes, se dejan poseer del falso zelo. Dominadas de vehementes pasiones que el amor propio les disfraza, el zelo no es en ellas otra cosa que una pasion violenta, cuyo primer principio es el orgullo. Con una predisposicion tan fatal, ¿qué podrá resultar del falso zelo; ó qué yerro y desconcierto no será capaz de producir? De aquí la persecucion de las almas verdaderamente justas y

piadosas, rectas en su juicio, sencillas en su obrar, que no pueden ni deben avenirse á los desórdenes de un zelo tan errado y tan contrario á los verdaderos intereses de Dios, y al verdadero bien de las almas: de aquí el desconcierto, no solo en las familias, mas aun en los grandes estados y en las mismas casas religiosas, donde debia reinar el órden y resplandecer la piedad. ¿Pero qué mas? La escision misma que en muchas partes y en diversas épocas ha padecido la Iglesia, reconoce al falso zelo por orígen y por el agente mas poderoso para hacer gran número de prosélitos y mover á su albedrío las grandes masas de pueblos y naciones enteras. A su sombra se introducen los errores mas perniciosos en materia de religion y de moral, hasta hacer pasar la causa de la iniquidad por causa de Dios, y obrar contra ésta sosteniendo á aquella. Así es que son incalculables los daños que produce el falso zelo, haciéndose sentir su ominoso influjo desde lo privado de las familias por la tiranía domésticas, hasta la magestad del santuario por la criminal opresion con que hacen gemir á la Iglesia los genios díscolos, los monstruos de iniquidad que por altos juicios de Dios logran entronizarse. ¡Ah huyamos el báratro funesto en que nos puede precipitar el falso zelo: desprendámonos de las preocupaciones: desconfiemos de nuestro propio juicio: atengámonos á la autoridad de la Iglesia: temamos toda novedad en la doctrina: establezcámonos bien en los santos y puros principios de la moral y de la religion; y sobre todo, démonos á un espíritu de docilidad y de obediencia que nos ponga á cubierto de la adhesion al propio dictámen, de todo tema y capricho; en suma, de toda especie de soberbia.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Estas son, ó Dios mio, las resoluciones que formo para no caer en el falso zelo, y sí tener aquel verdadero y legítimo que se funda en la caridad. Vos, que corregisteis aun el demasiado ardor en el zelo de vuestros discípulos: vos, que me enseñásteis en toda vuestra conducta el esfuerzo de un zelo que se hermana con la prudencia, la mansedumbre y la paciencia misma: vos, que me disteis tambien una leccion luminosa de un zelo ardiente contra los escándalos: pero zelo sabio, que no yerra; zelo discreto, que discierne al culpado del inocente; zelo lleno de caridad, que mira por el verdadero bien de las almas; zelo, en fin, justo y santo que restablece el órden

y vuelve por el honor de Dios contra la audacia del público y escandaloso pecador; vos, repito, sereis el ejemplar divino que siempre contemplaré para copiarle con mis obras, mediante el auxilio de vuestra gracia y vuestra santa inspiracion, que propongo seguir constantemente y que espero alcanzar de vuestra bondad.

JACULATORIA.

Haz, Señor, que el zelo de tu casa me devore, y que sienta en mi corazon las ofensas que te hacen tus enemigos.

LECCION.

Sobre la profanacion de los templos.

Jesucristo entra el dia de hoy en Jerusalen, nos dice el Evangelio, como rey manso, y al ver profanada su casa, se reviste de su suprema autoridad, y se opone á la codicia de los que comercian en su templo. Habia dicho, y verdaderamente, que no venia á juzgar al mundo sino á salvarlo; con todo, en viendo profanado su templo, obra como juez, y castiga como ministro. Se prostituye Sodoma, y envia Dios unos ángeles que la visiten y castiguen á vivo fuego. Peca David, y es enviado un ángel para castigarle con tres dias de peste. Murmura el pueblo de Israel, idolatra, y se le escarmienta una vez por medio de los levitas, y otra por serpientes de fuego. El mismo Jesucristo ve en Jerusalen enormes pecados, y los reprende con palabras vivas pero amorosas: sufre que unos lo desprecien y que otros lo burlen; pero al ver profanada su casa, se irrita, y en el mismo lugar y con su propia mano toma el azote, y se hace juez y ejecutor de la justicia. Jeroboan, rey ingrato, sacrifica sacrílegamente á sus ídolos, y no le castiga el Señor: osa alargar la mano contra el Profeta, junto al altar, y al punto le seca el brazo. Conforme á esto, formemos una alta idea de la gravedad de este pecado, y jamas nos hagamos acreedores al castigo del Hijo de Dios, que con verdadero zelo cuida la casa de su Padre. Con otros pecados parece que Dios quiere dar treguas y usar de paciencia; pero no así con los pecados cometidos en su Iglesia, ó contra su Iglesia; pues toda su benignidad y mansedumbre, que son infinitas, se convierten en zelo de la honra y respeto de su casa.

Toma ahí, le dice el ángel á San Juan en el Apocalipsis; toma esa vara de medir, levántate y mide, y juzga el templo de Dios, su

casa, su altar y á los que adoran. Mira, expone un intérprete, cómo van estos ministros sagrados: con qué decencia, con qué pureza, con qué severidad se administran esos sacramentos; con que veneracion y atencion se hace ese incruento y divino sacrificio: mídelo bien, que hay mucho que medir y que juzgar. Sí, juzga tambien á los que adoran. ¿Conque los que adoran, los que están en la iglesia con devocion han de ser juzgados? ¿Pues qué diremos de los que hablan y están en la iglesia como en un corrillo, como en su casa? ¿Qué será de los que por hacer la cortesía á una débil criatura del mundo, vuelven al Omnipotente y soberano Dios las espaldas? ¿Qué será de los que solo van á ver y ser vistos, á hacer señas como si estuvieran en un teatro? ¿Qué de los que allí conciertan y trazan el medio, el lugar, el tiempo donde ofender á Dios y perderse? Todos serán juzgados, así eclesiásticos como seculares. Se reconocerán hasta las intenciones: se examinarán los pensamientos, se escudriñarán los afectos: se registrará la exterior compostura, la modestia de los ojos, el silencio de los labios: se verá si el interior corresponde al exterior; si se ha ido á oir misa ó á platicarla; si á hablar con Dios ó con los hombres; en fin, si se ha hecho el templo del Señor casa de devocion ó cueva de ladrones.

Si á los que compran y venden en la iglesia lo que es menester para el servicio de ella, como pondera el venerable Beda, no puede sufrirlos Jesucristo, sino que los echa y los trata de ladrones, ¿cómo ha de sufrir que en la Iglesia se venda la misma Iglesia, sus sacramentos y sus misterios? ¿Cómo es posible que no haga Jesucristo que se publiquen estos sacrílegos latrocinios? ¿Cómo ha de permitir la osadía de ir á la iglesia á vender el alma, á poner en almoneda la honestidad, la misma gracia de Jesucristo, su sangre preciosa, su vida divina para entregarlo todo á Satanás por un vil precio, por un despreciable deleite? ¡Si á los que vendian y compraban en el templo de la antigua ley las simples palomas para los sacrificios, los reprehende ásperamente y les arroja toda por el suelo, ¿qué no hará con los que tienen el maligno atrevimiento de ir á los templos santos de la nueva ley á vender las castas palomas, no para dedicarlas á Dios, sino para sacrificarlas á sus apetitos y consagrarlas al demonio? ¿Cómo el Señor no ha de tomar el azote en su mano y juzgar tan graves iniquidades?

Advierte San Cirilo Jeroso Limitano, que al principio los gentiles tenian por dioses al sol y á la luna; pero que despues se dividieron entre sí, y unos adoraban al sol y no á la luna, y otros á la luna y no al sol. ¿Y por qué esta division? El mismo santo dice, que los unos solo tenian al sol por dios para no tener dios de noche, y los otros solo á la luna, para no tenerlo de dia. Querian tener dios y querian pecar; y pareciéndoles y con razon, que era suma vergüenza pecar delante de su dios, los unos buscaban á un dios que solo se viera de dia, para solo pecar de noche, y los otros un dios que solo se presenciara de noche para pecar de dia. Por eso acaso tambien sus dioses son de los que, como dice David, tienen ojos y no ven; porque pecar á la presencia de un Dios que todo lo ve y todo lo oye, no parece puede caber en una mediana modestia, aun en opinion de los gentiles. ¿Qué pues, dirémos de los cristianos que se atreven á ofender á Dios en su casa, á su presencia, á su vista? ¡Atrevimiento enorme! ¡Descaro sin medida!

¿Y serán pocos los pecados que se cometen en el templo? ¡Ah! Ojalá que no fueran tantos. Introdujo Dios al Profeta Ezequiel al templo por la puerta del Aquilon, y vió unas mugeres que lloraban amargamente. Cualquiera diria que lloraban por sus pecados; pues no: la ménos que eso, le dijo Dios al Profeta: lloran por una desgracia que ha tenido un galan, un ídolo de sus amores, por un Adónis que se les murió. ¿Será posible que se vaya á la iglesia con esos pensamientos, con esos cuidados, con esas locuras? Yo lo veo, yo lo sé, dice Dios: y dice mas á su Profeta: Aguarda, que aun no lo has visto todo; muy malo es lo que ya viste; pero peor es lo que verás. Tomóle de la mano, y le introdujo en el átrio mas interior muy cerca del altar, y le mostró como veinticinco varones que adoraban. Sí; ¿pero como adoraban? Con las espaldas vueltas al altar del Señor. ¡Qué buen modo de adorar á Dios, de estar en su presencia! ¿Y á dónde dirigirán su adoracion? Al sol que nace, á la fortuna que rie, y á la dicha que amanece. Pues yo les juro, dice Dios, que experimentarán mi enojo; no les han de perdonar mis ojos, pues que ellos en mis ojos me ofendieron; y cuando me hayan menester, cuando acudan á mis altares y pidan misericordia, por mas que clamen, por mas que rueguen, no les oiré, les dejaré perecer. Estos son, lector mio, los pecados que por antonomasia se dicen contra la justicia divina. No hay pecado que no disguste á Dios; pero los que se cometen en su casa, en su templo, irritan y apuran su justicia, y le hacen poner la mano en el azote. Tal es el pronto y severo juicio que les amenaza: tal la indignacion que les

sobreviene, y tal el escarmiento que se les espera. ¡Dichoso aquel que solo va á la iglesia á santificarse, á orar á Dios y glorificarle! La oracion de éste será oida: el Señor tendrá fijos sobre él sus ojos.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Miércoles de la primera semana de Cuaresma.—Algunos escribas y fariseos piden á Jesus ver un milagro; lo que les es negado.—Estando Jesus hablando con las turbas, le avisan que su madre y sus hermanos le buscaban; mas Jesus responde ¿quién es mi madre, y quiénes mis hermanos?—*San Mateo cap. XII.*

Jueves de la primera semana de Cuaresma.—Premia Jesus la fé de la cananea sirofenicia, librando á su hija del espíritu inmundo.—*San Mateo cap. XV.*

Viérnes de la primera semana de cuaresma.—Sana Jesus milagrosamente junto á la piscina Probática á un hombre de treinta y ocho años de enfermedad.—*San Juan cap. V.*

Sábado de la primera semana de Cuaresma.—Los tesalonicenses, son exhortados por una carta de San Pablo á la práctica de las virtudes cristianas.

Miércoles de la primera semana de Cuaresma.

Preguntado San Agustin, ¿por qué la Iglesia ha elegido particularmente el Miércoles y el Viérnes por dias de ayuno en las cuatro témporas del año, responde: Porque fué Miércoles el dia en que los judíos formaron el execrable designio de dar la muerte al Autor de la vida, y porque lo ejecutaron en Viérnes. Se ayuna, pues, el Miércoles, porque en este dia se decretó la muerte del Salvador, así como se ayuna el Viérnes que fué el dia de su muerte. San Fulgencio, obispo de Ruspa en la Africa, en el quinto siglo, ordenó que los eclesiásticos, las viudas, y aquellos legos que pudiesen, ayunaran regularmente todos los Miércoles y Viérnes. En las témporas de esta primera semana de Cuaresma, así como en las otras tres del año, el ayuno obliga el Miércoles, Viérnes y Sábado; y obliga á todos los que han cumplido veintiun años, sean de la clase que fueren.

La misa de este dia comienza por estas afectuosas palabras del salmo XXIV: *Acordaos, Señor, de vuestras antiguas misericordias, las que ejerceis tantos siglos ha. No permitais que los enemigos de nuestra salvacion nos dominen jamas. Libradnos, Dios de Israel, de todas las angustias en que nos hallamos.* Este salmo es una oracion devota hecha por un hombre que se encuentra



Miercoles de la 1ª semana de cuaresma



Jueves de la 1ª semana de cuaresma



Viernes de la 1ª semana de cuaresma



Sabado de la 1ª semana de cuaresma

sobreviene, y tal el escarmiento que se les espera. ¡Dichoso aquel que solo va á la iglesia á santificarse, á orar á Dios y glorificarle! La oracion de éste será oida: el Señor tendrá fijos sobre él sus ojos.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Miércoles de la primera semana de Cuaresma.—Algunos escribas y fariseos piden á Jesus ver un milagro; lo que les es negado.—Estando Jesus hablando con las turbas, le avisan que su madre y sus hermanos le buscaban; mas Jesus responde ¿quién es mi madre, y quiénes mis hermanos?—*San Mateo cap. XII.*

Jueves de la primera semana de Cuaresma.—Premia Jesus la fé de la cananea sirofenicia, librando á su hija del espíritu inmundo.—*San Mateo cap. XV.*

Viérnes de la primera semana de cuaresma.—Sana Jesus milagrosamente junto á la piscina Probática á un hombre de treinta y ocho años de enfermedad.—*San Juan cap. V.*

Sábado de la primera semana de Cuaresma.—Los tesalonicenses, son exhortados por una carta de San Pablo á la práctica de las virtudes cristianas.

Miércoles de la primera semana de Cuaresma.

Preguntado San Agustin, ¿por qué la Iglesia ha elegido particularmente el Miércoles y el Viérnes por dias de ayuno en las cuatro témporas del año, responde: Porque fué Miércoles el dia en que los judíos formaron el execrable designio de dar la muerte al Autor de la vida, y porque lo ejecutaron en Viérnes. Se ayuna, pues, el Miércoles, porque en este dia se decretó la muerte del Salvador, así como se ayuna el Viérnes que fué el dia de su muerte. San Fulgencio, obispo de Ruspa en la Africa, en el quinto siglo, ordenó que los eclesiásticos, las viudas, y aquellos legos que pudiesen, ayunaran regularmente todos los Miércoles y Viérnes. En las témporas de esta primera semana de Cuaresma, así como en las otras tres del año, el ayuno obliga el Miércoles, Viérnes y Sábado; y obliga á todos los que han cumplido veintiun años, sean de la clase que fueren.

La misa de este dia comienza por estas afectuosas palabras del salmo XXIV: *Acordaos, Señor, de vuestras antiguas misericordias, las que ejerceis tantos siglos ha. No permitais que los enemigos de nuestra salvacion nos dominen jamas. Libradnos, Dios de Israel, de todas las angustias en que nos hallamos.* Este salmo es una oracion devota hecha por un hombre que se encuentra



Miercoles de la 1ª semana de cuaresma



Jueves de la 1ª semana de cuaresma



Viernes de la 1ª semana de cuaresma



Sabado de la 1ª semana de cuaresma

afligido. Es verosímil que fuese compuesto por David miéntras la rebelion de Absalon. David implora la ayuda de Dios en su aflicion, y considerando sus males como justas penas de sus pecados, entra en grandes sentimientos de penitencia. Nosotros podemos aplicarnos este salmo en todas nuestras aflicciones, pero particularmente, cuando nos veamos combatidos; entónces debemos decir con David: "Yo, Señor, levanto hácia vos mi corazon; pongo en vos, Dios mio, mi confianza. Haced que no experimente la vergüenza de verme abandonado de vos."

En los Miércoles de las cuatro témporas se leen en la misa dos Epístolas. Las dos de este dia nos presentan dos figuras del ayuno que Jesucristo practicó cuando se retiró al desierto despues de su bautismo; nos hacen ver que el haber instituido la Iglesia la Cuaresma, para honrar y representar de algun modo aquella cuarentena misteriosa del divino Salvador, puede estar autorizado por la ley y los Profetas, como lo está por el Evangelio.

La primera Epístola la ha tomado la Iglesia del Exodo. Habiendo Moises leido al pueblo las leyes y las condiciones con que se habia dignado Dios hacer alianza con su pueblo, tuvo órden de subir solo segunda vez á lo alto del monte Sinai para recibir la Ley y los mandamientos que Dios habia grabado en dos tablas de piedra. Apénas hubo llegado á la cumbre, cuando quedó por espacio de seis dias envuelto en una nube resplandeciente que lo cubria y formaba un golpe de luz donde residia la gloria del Señor. Lo que se advertia de esta gloria del Señor era como un fuego encendido en lo mas alto del monte que se levantaba hácia el cielo y se dejaba ver de todos los israelitas. Era menester alguna cosa sensible, que moviese é hiciese impresion en un pueblo tan grosero. Moises atravesó la nube para ir adonde Dios lo llamaba. Permaneció allí cuarenta dias y cuarenta noches, sin comer ni beber, pasando todo este tiempo en aquellas íntimas comunicaciones con Dios, que de un simple pastor lo hicieron un tan santo y tan esclarecido legislador: tanta fuerza tienen el ayuno y la oracion para hacer que Dios se comunique á las almas.

En la segunda Epístola de la misa de este dia se vé que el Profeta Elías precisado por las amenazas que Jezabel, reina de Israel habia hecho, de tratarlo como el habia tratado á los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, los que él habia hecho morir junto al torrente Cison, huyó á las extremidades del reino de Judá. Ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

biendo llegado á Bersabec, despidió á su criado, y se retiró al desierto de la Arabia Petrea, á una legua de la ciudad. Sintiéndose fatigado, se sentó bajo de un enebro, en donde abandonándose á la tristeza, hubiera deseado morir por no ver mas tiempo los pecados que se cometian: y anegado el corazon en la amargura, exclamó: *Señor, sacad mi alma de mi cuerpo, pues yo no soy mejor que mis padres.* En este conflicto se tendió en tierra y se durmió. Entónces, dándole un ángel una palmada, lo despertó y le dijo: "Levántate y come." Habiendo despertado Elías, vió junto á sí un pan ó torta cocida debajo de la ceniza y un vaso de agua. Comió, pues, y bebió y se volvió á quedar dormido. Vino el ángel segunda vez, lo llamó, y habiendo despertado le dijo: "Levántate y come; porque tienes que hacer un viage largo." Entonces, sintiéndose con mas fuerza y vigor que nunca, caminó cuarenta dias y cuarenta noches sin tomar alimento alguno, y el dia cuadragésimo llegó al monte Sinaí ó Oreb, sostenido durante este largo ayuno, por la virtud milagrosa del pan que el ángel le había llevado. Todos los santos padres y los intérpretes reconocen en este pan milagroso una figura de la Eucaristía.

El Evangelio de este dia no está ménos lleno de instruccion y de prodigios. Acababa el Salvador de libertar al endemoniado, ciego y mudo, y de confundir la malignidad de sus enemigos, que consumidos de la envidia decian que no expelia á los demonios sino con la ayuda de Belcebú; cuando algunos escribas y fariseos, dando á entender que ignoraban los milagros estupendos que había hecho y de que todo el mundo era testigo, le pidieron uno que fuese nuevo y sin ejemplo, y que diese golpe. Mas entonces el Hijo de Dios les respondió: "El pedirme que haga un milagro que dé golpe en el cielo ó en el aire, les dijo, no solo es una vana curiosidad de estas gentes, sino tambien una insigne malicia. La peticion que me hace esta depravada nacion, no le será concedida del modo que la desea. No le faltarán milagros; pero el mayor y el que ella ménos espera, será aquel de que el Profeta Jonas fué figura, quiero decir, mi muerte y mi resurreccion. Nadie ignora que Jonas fué arrojado al mar, para aplacar la tempestad que se había levantado por su culpa. Este Profeta estuvo tres dias en el vientre de la ballena, la cual al tercer dia lo arrojó sano y salvo en la playa, de donde fué á predicar la penitencia á los ninivitas, los que todos se convirtieron. La entrada del Profeta y su salida del vientre de la

ballena, despues de haber estado tres dias en él, denotan visiblemente la muerte de Jesucristo, el tiempo que su cuerpo habia de estar en el sepulcro, y su gloriosa resurreccion. Este modo de responder por figuras, ha estado siempre en uso entre los orientales y singularmente entre los judíos; así comprendieron fácilmente lo que el Salvador queria decirles. Si el milagro sucedido en la persona de Jonas pudo obligar á los ninivitas á recibirlo como enviado de Dios y creerle sobre su palabra, ¿qué no debe obrar el prodigio tan nuevo de la resurreccion gloriosa del Hijo del hombre? ¿No será una prueba manifiesta de que Dios es quien lo ha enviado al mundo para salvar á su pueblo? En efecto, este prodigio de la Resurreccion es la prueba incontestable de que los apóstoles se sirvieron para la conversion del universo. Continuando el Salvador añadió: "Los ninivitas se levantarán en el juicio contra esa nacion y la condenarán, porque luego que oyeron la predicacion de Jonas, hicieron penitencia; y éstos no se convierten por mas que yo, que soy el Hijo de Dios vivo, les predico y les convenzo con razones y con milagros." ¡Terrible comparacion la que se hará el dia del juicio entre un bárbaro convertido y un cristiano nacido en el seno de la Iglesia, entre muchas personas seglares y otras consagradas á Dios. Ménos socorros y mas fidelidad en unas, mas socorros y ménos fidelidad en otras.

La reina Sabá, que vino desde tan léjos, prosigue el Salvador, para ver y admirar la grandeza y sabiduría de Salomon, de quien había oido decir tantas maravillas, se levantará en juicio con esta nacion: ¿Y qué podrá responderle? En efecto, el ejemplo de esta reina, á quien el deseo de ver á un rey tan nombrado por su sabiduría, aleja de sus Estados y la hace emprender un tan penoso viage, es bien capaz de confundir al pueblo judío que desecha la doctrina que le anuncia el Hijo de Dios en persona, y que autoriza con los mas estupendos milagros. ¿Pero el ejemplo de la misma reina no debe confundirnos igualmente á nosotros?

El Hijo de Dios, contristado y gimiendo sobre el endurecimiento de los judíos, continúa su invectiva, prediciéndoles la reprobacion que iban á merecer por su pura malicia, envolviendo su prediccion en la parábola siguiente: "Cuando el espíritu inmundo se ve precisado á salir de un cuerpo de que se había apoderado, está con la misma pena que un hombre arrojado de su casa. Este hombre, casi desesperado, va errante de una parte á otra, buscando al-

gun parage donde retirarse; pero enfadado de su destierro, toma la resolucion de volver á su antigua morada; y hallándola vacia, barrida y adornada, pero mal guardada, porque no juzga que el demonio piense en volver á ocuparla, cree que le será fácil volver á entrar en ella; y con el fin de evitar el volver á ser arrojado, va á tomar otros siete espíritus peores que él; (la palabra siete en la Escritura significa un gran número) y aprovechándose del descuido y de la ausencia de los que debian guardarla, entra en ella con este formidable refuerzo, se establece allí, y habita fuera de todo insulto y miedo. ¿Quién no vé que la última condicion de esta alma, figurada en esta casa, de que los espíritus inmundos se han apoderado es peor que la primera? El fin de esta parábola es mostrar que los fariseos, confiando demasiado en su pretendida justicia, y creyéndose santos porque tenian un esterior engañoso, eran mas dignos de lástima por su odio contra Jesucristo, que los que vivian visiblemente en los mayores desórdenes. El Salvador queria tambien hacerles comprender, que habiendo la divina bondad libertado á esta perversa nacion del yugo de Satanas con preferencia á los demas pueblos del mundo; si ellos se sujetaban otra vez á este soberbio y cruel tirano, no queriendo reconocer al Mesías, su rey legítimo y solo capaz de defenderlos de un enemigo poderoso, serian por último condenados á una eterna esclavitud.

Miéntras el Salvador instruia de este modo al pueblo, le vinieron á decir que su madre y sus hermanos estaban fuera y querian hablarle. Mas queriendo enseñarnos con su ejemplo á reprimir el demasiado amor á los parientes, respondió al que lo hablaba: "¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos?" y señalando con la mano á sus amados discípulos, les dijo: "Estos son mi madre y mis hermanos; porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, añadió, este es mi hermano, mi hermana y mi madre. Queriendo decir en esto, que los que le siguen y guardan sus mandamientos, tienen mas crédito para con él, que un hermano ó una hermana para con su hermano, y aun, que una madre para con su hijo. Como los judíos no miraban al Salvador sino como un puro hombre, el Salvador les dió esta respuesta, que en otras circunstancias podria parecer un poco dura; pero entónces era precisa: por ella quiso Jesucristo enseñar á los judíos, que no debian mirarlo simplemente como á hijo de María, sino que debian reconocer en su persona alguna cosa mas que humana. María Santísima que comprendia perfectamente el sentido de estas palabras, y que sabia el misterio de la Encarnacion, no corria peligro de que se ofendiera de ellas. Se sabe tambien que los hebreos daban el nombre de hermanos á los que nosotros llamamos primos. Estos de que aquí se trata, eran los sobrinos de San José, ó mas bien de la Santísima Vírgen, Santiago el menor, Judas, Simon y José. ¿Podia el Salvador manifestar mas sensiblemente á los ministros del Evangelio lo desprendidos que deben estar de la carne y de la sangre, y que los afectos humanos no deben jamas tener parte en las funciones de su ministerio, ni desviarlos de ellas un solo momento?

La primera Epístola es del capítulo XXIV del Exodo.

En aquellos dias: Dijo el Señor á Moises: Sube al monte en donde estoy, y detente allí, y te daré unas tablas de piedra con la ley y los mandamientos que tengo escritos, á fin de que los enseñes al pueblo. Partieron, pues, Moises y Josué su ministro; y Moises al subir al monte de Dios, dijo á los ancianos: Aguardad aquí hasta que volvamos á vosotros: Ahí quedan con vosotros Aaron y Hur: si hubiere alguna disputa, recurriréis á ellos. Subió, pues, Moises al monte, al cual cubrió luego una nube. Y la gloria del Señor se manifestó en Sinai, cubriéndolo con la nube por seis dias; y al séptimo le llamó Dios de en medio de la nube oscura. La gloria del Señor aparecia como un fuego ardiente que abrasaba la cumbre del monte, á los ojos de los hijos de Israel. Y habiendo entrado Moises en medio de aquella niebla, subió al monte, en donde estuvo cuarenta dias y cuarenta noches.

La segunda Epístola es del capítulo XIX del libro III de los Reyes.

En aquellos dias: Vino Elías á Bersabée de Judá, y dejó allí á su criado, y prosiguió su camino una jornada por el desierto; y habiendo llegado allá, y sentádose debajo de un enebro, pidió para su alma la separacion del cuerpo, diciendo: Bástame ya, Señor: llévate mi alma; pues no soy yo mejor que mis padres. Y tendiéndose en el suelo, quedóse dormido á la sombra del enebro: cuando he aquí que el ángel del Señor le tocó y dijo: Levántate, y come. Miró atras, y vió á su cabecera un pan cocido al rescoldo, y un vaso de agua; comió, pues, y bebió, y se volvió á dormir. Mas el ángel del Señor volvió segunda v e á tocarle, y le dijo: Levántate, y come; porque te queda que andar un largo camino. Levantándose Elías comió y

bebió; y confortado con aquella comida, caminó cuarenta dias y cuarenta noches hasta llegar á Horeb, monte de Dios.

El evangelio es del capítulo XII de San Mateo.

En aquel tiempo: Hablaron á Jesus algunos de los escribas y fariseos, diciendo: Maestro, quisiéramos verte hacer algun milagro. Mas él les respondió: Esta raza mala y adúltera pide un prodigio; pero no se le dará, sino el prodigio de Jonas profeta. Porque así como Jonas estuvo en el vientre de la ballena tres dias y tres noches, así el Hijo del Hombre estará tres dias y tres noches en el seno de la tierra. Los naturales de Nínive se levantarán en el dia del juicio contra esta raza de hombres, y la condenarán: por cuanto ellos hicieron penitencia á la predicacion de Jonas. Y con todo, el que está aquí es mas que Jonas. La reina del Mediodía hará de acusadora en el dia del juicio contra esta raza de hombres, y la condenará: por cuanto vino de los extremos de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomon. Y con todo, aquí teneis quien es mas que Salomon. Cuando el espíritu inmundo ha salido de algun hombre, anda por lugares áridos buscando donde hacer asiento, sin que lo consiga. Entónces dice: Tornaréme á mi casa, de donde he salido. Y volviendo á ella, la encuentra desocupada, bien barrida y alhajada. Con eso va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí. Con que viene á ser el postrer estado de aquel hombre mas lastimoso que el primero. Así ha de acontecer á esta raza de hombres perversísima. Todavía estaba él platicando al pueblo, y he aquí su madre y sus hermanos estaban fuera que le querian hablar. Por lo que uno le dijo: Mira que tu madre y tus hermanos están allí fuera preguntando por tí. Pero él respondiendo al que se lo decia, replicó: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y mostrando con la mano á sus discípulos, estos, dijo, son mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

MEDITACION.

Sobre la fé que debemos dar á la palabra de Cristo.

Considera que la palabra de Cristo debe ser creida, venerada y obedecida, aun cuando no la confirme con milagros. La fé que emrece su divino Autor, favorece tambien á su palabra. No es un puro hombre el que nos habla, es el hombre Dios; aquel mismo Dios que habló por boca de Moises y de los profetas: empleó á éstos y á sus mismos ángeles para hacer saber á los hombres lo que le plugó revelarles, y para intimarles su voluntad divina. Mas hoy es tanta su bondad, que se digna hacerse hombre para conversar con los hombres, para abrir su boca sacratísima y producir aquellas palabras de vida que llenaban de luz al entendimiento y encendian en los corazones el fuego del divino amor: ellas le atraian tanto la voluntad de los hombres que en tropas le seguian para oir su doctrina saludable. ¡Ah! que bien se mostró cuando al decir el Salvador á sus discípulos por la desercion de otros que le seguian, *¿Y vosotros no os vais tambien?* Responde San Pedro á nombre de todos: Señor, ¿á quién hemos de ir, si tú solo tienes palabras de vida eterna? Nosotros hemos creido y hemos conocido que tú eres Cristo Hijo de Dios. Empero los soberbios fariseos, rebeldes y obstinados, no quieren ablandar sus corazones para recibir con el aprecio y docilidad debida la palabra de Cristo y le piden un milagro, que el Salvador les niega justamente. Tal repulsa merecen, y con la misma justicia, los que, como los fariseos, piden nuevas pruebas de una religion tan acreditada como la católica, y tal la merecen asimismo, los que para convertirse de su estragada vida, esperan un milagro de la gracia, despreciando la virtud de la palabra de Dios que los llama á penitencia.

Considera que el Salvador, al excusarse con justa indignacion de obrar el milagro que de presente le pedian los protervos fariseos, anuncia que verán un gran signo, un milagro, un portento mayor que cuantos habia obrado entre ellos, y era el de resucitarse á sí mismo á los tres dias de muerto. Este prodigio, que por una parte era el que habia de confirmar todos los que habia obrado, y la verdad de su doctrina, la divinidad de su persona, la legitimidad, pureza y santidad de la religion que establecia, y segun lo cual era en efecto el gran signo á que debia rendirse todo el mundo; por otra parte insinúa el medio con que debia vencerse la obstinacion con que resistian á su palabra, y proporcionarse la docilidad indispensable para que ella produzca su efecto saludable. La resurreccion espiritual es solamente la que puede hacer que el hombre perciba aquella vida que contiene la palabra de Cristo. Miéntras se permanece en estado de muerte por la culpa, la palabra

de Cristo solo se oye y entiende en lo especulativo: nuestro entendimiento aprende mas ó ménos su sentido; mas no pasa de aquí, porque el muro de iniquidad que cubre al corazon endurecido, impide que penetre de modo que lo sensibilice y se enseñoree de él para obrar en lo práctico la salud de su alma. ¿Qué medio, pues, habrémos de poner para sentir en toda su intensidad la fuerza de la palabra divina y percibir la vida que en ella se contiene? La resurreccion, hemos dicho, la detestacion del pecado, la verdadera penitencia, que obre y perfeccione nuestra conversion á Dios. Es verdad que aun para ella se necesita de esta palabra eficaz que penetra hasta la division del alma y del espíritu; pero tambien es cierto que miéntras no se quite la lápida funesta de nuestra obstinada resistencia, la palabra de Dios se habrá empleado en nosotros; mas no obrará nuestra conversion.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Bien conozco, Señor, que hay mucha diferencia de vuestra resurreccion á la del hombre: vos pudísteis salir resucitado del sepulcro sin necesidad de que se reconociese la lápida, que despues quitó vuestro ángel de la boca del sepulcro; mas era porque esta lápida no estaba en vos, ni érais vos mismo el sepulcro en que os depositárais. ¿Mas en el pecador endurecido que dentro de sí mismo yace sin vida y sin accion, y cuya lápida funeraria se forma del pecado á que está adherida y como identificada su alma miserable, ¿cómo podrá obrarse la resurreccion espiritual sin que sacuda de sí este grande obstáculo que está impidiendo la operacion divina en que le viene su resurreccion? Convencido de esta verdad, yo me resuelvo á quitar de mí por la penitencia la culpa que ha tanto tiempo que me oprime, y os pido aquella gracia eficaz á que cede y se allana cuanto se opone á vos en el hombre pecador.

JACULATORIA.

Cierto estoy, ó Señor, que solo el que hace la voluntad de vuestro Padre es el que os agrada y merece vuestras distinciones.

LECCION.

Sobre lo necesario que es para salvarse, hacer en todo la voluntad de Dios.

Jesucristo, verdadero ejemplo de virtud, nos enseñó á combatir todas las tentaciones, oponiéndoles á cada una y á todas, las virtudes que le son contrarias: á los vilipendios y oprobios, les opone la paciencia, y corresponde á ellos con benignidad y dulzura: á las lisonjas, la entereza, respondiendo con acrimonia; así es que en el evangelio del dia de hoy, trata de generacion mala y adulterina á los que le tratan de lisonjear con el título de Maestro, para que les haga un prodigio extraordinario. A los agravios se ha de oponer el sufrimiento; á las lisonjas el desprecio; y á todo ha de presidir la magnanimidad y la entereza. Queremos, le dicen, ver un milagro de vuestras manos. ¿Y no habia hecho bastantes Jesucristo? ¿No acababa de curar á un ciego, mudo y endemoniado? ¿Y no los sufria, lo que era un milagro de paciencia infinita? Sí; pero esos son unos milagros comunes, unos milagros para todos; y nosotros somos escribas y fariseos, somos la flor de la Sinagoga y los doctores de la ley, y no hemos de ir por esos caminos comunes y ordinarios; no hemos de creer con la facilidad que los demas: así es que queremos ver un milagro á nuestra satisfaccion, una cosa del cielo. Pues no se les concederá lo que piden, porque al cielo no se va por milagros, sino por virtudes: piden señales extraordinarias para salvarse, y no se les darán, porque el camino del cielo es de los humildes; y es muy mala señal buscar en la virtud extravagancias, sublimidades y cosas raras: el querer esto es mas bien señal de soberbia que de virtud; el verdadero cristiano solo debe querer la penitencia, la mortificacion y la cruz. Nadie se salva cómo y por donde quiere: sino cómo y por donde á Dios place.

Nadie hay en los profundos abismos de cuantos gimen y se abrasan en ellos, que no esté arrepentido de haber andado por el camino que él mismo se propuso, y que Dios no le señaló. Creyendo encontrar su felicidad, deslumbrado con los falsos brillos del mundo, no encontró sino su suma desgracia. ¡Cuántos hay en el lugar de la desdicha, que se hubieran salvado y fueran unos santos, si hubieran andado por el camino que Dios los llamó! El mas gran santo no lo seria si se hubiera guiado por solo su capricho, y no por la inspiracion de Dios. Esto es lo que tiene eternamente agradecidos á los bienaventurados, y esto mismo es lo que tiene en eterno despecho á los condenados. ¡Ah! ¡si hubiera yo creido á Dios que me llamada, si hubiera seguido yo su inspiracion! ¡Ah! ¡pude ser santo, pude salvarme, y no quise! Si Dios nos llama por un camino, por el ejercicio de una virtud, por ahí debemos ir; porque de lo contrario caminarémos con muchos riesgos y precipicios, y al fin tal

vez no llegarémos á la posada de la felicidad. Por esta razon se pierden los mas; no porque quieran perderse, no porque no quieran salvarse, no porque no quieran servir á Dios; sino porque quieren ir por otro camino del que Dios quiere. Dios quiere que vayan al cielo por el camino de la humildad, y ellos quieren ir por el de la gloria; los llama por el de la pobreza, y ellos van por el de la riqueza; los convida con el trabajo, y ellos apetecen el ocio. ¿Cómo, pues, se han de salvar? Esto no es servir á Dios, sino mandarlo. Quiere Dios que sirvas, que trabajes, que sufras á la madre, á la madrastra, á la nuera, á la suegra, al marido, á la muger, ó á los hijos, queriendo salvarte por este camino de paciencia y sufrimiento; mas tú no quieres, y de ahí es que haces mil esfuerzos para salir de tan mal estado, que es como le llamas. Y bien, ya saliste, ya estas fuera de estas personas, ya tienes las comodidades que tanto apetecias: ¿sirves mejor á Dios? ¡Ah! ¡cuánto temo que le sirvas ménos y que le ofendas mas! Te escusarás un poco de estas incomodidades temporales; pero sufrirás siempre las eternas.

Cosa buena y santa es estar en la iglesia; pero si sois casada, si teneis obligaciones de familia y Dios quiere que cuideis de ella, que trabajeis en casa, haceis del bien un mal, dejando estas obligaciones por aquella devocion. No es malo el puesto que buscas; no es malo el estado que tomas; no es malo el cargo que emprendes; pero si Dios quiere que le sirvas de otra manera, te perderás si no lo haces. No es servir, por mas que se sirva, si no se sirve en lo que quiere quien manda y del modo que manda. Es preciso no ser como los escribas soberbios, y fariseos altivos, que querian creer y salvarse por milagros hechos á su antojo. El querer esto, es no querer salvarse.

Los príncipes de los sacerdotes crucifican á Jesucristo, que les decia era el Mesías prometido en la ley, anunciado por los profetas y deseado por los patriarcas. ¿Y por qué? ¡Porque no quieren al Mesías? No Señor, sino porque lo quieren á su modo. Ellos lo querian rey temporal á su modo, y Jesucristo era Santo: ellos le querian con ostentacion y fausto de magestad, y Jesucristo no tenia sino pobreza y humildad: ellos querian un Mesías que los llenara de victorias, de riquezas, de deleites, y Jesucristo les predicaba desprecios, penitencias y cruz. ¿Pues qué remedio? dijeron: Darle muerte, porque no queremos Mesías que no sea de nuestro gusto. Mirad que no os podeis salvar sin Mesías. Pues ni queremos salvarnos, si no es á nuestro gusto: haga el milagro que nosotros pedimos, y entonces le creerémos y nos convertirémos. *Baje de la cruz y creerémos en él.*

Es de fé que podia Jesucristo haber descendido de la cruz; mas no lo hizo, porque el que no se convierte con los medios ordinarios de la gracia, aunque viera milagros no se convertiria. A las esperanzas de convertirse con cosas extraordinarias, se puede llamar esperanzas de condenado. Estaba hablando, dice el Evangelio, aunque muy de lejos con Abraham, el rico condenado; y viendo que no podia conseguir para alivio de sus llamas ni una sola gota de agua, le dice: "Por lo ménos, padre, os ruego envies á Lázaro á que predique á mis hermanos, no sea que vengan ellos tambien á este lugar de tormentos." No; le responde Abraham, no hay para qué: allí tienen á Moises y á los profetas; tienen predicadores; que los oigan, que lean la Escritura Santa, y los libros buenos. Insta el rico, y le dice: No, Padre Abraham, no: yo conozco á mis hermanos, y sé que son de aquellos que no se quieren convertir si no ven milagros: si se levanta un difunto y les predica, ellos se convertirán; ellos harán penitencia. Veis ahí, lector mio, quien aviva esas esperanzas de los milagros: un condenado. Pues no, no lo creas, que quien no cree á los predicadores que Dios envia, aunque viera resucitar un difunto, aunque le hablara un condenado, aunque bajara del cielo un santo, no le creeria ni se convertiria. Esta es la verdad; y lo demás es engaño, dice San Crisóstomo, y lo comprueba con el hecho de Lázaro. Este resucitó: lo vieron los judíos, le oyeron, y con todo no creyeron. No son, pues, necesarios los milagros para salvarse; no lo son las prácticas extraordinarias de virtud, mucho ménos las penitencias que buscamos á nuestro placer y capricho; debe por lo tanto evitarse el exceso, pues no puede haber virtud donde no hay prudencia. Es verdad que ha habido santos que se han salvado por medios extraordinarios, que ellos mismos se presentaron al martirio; mas esto ha sido por una gracia especialísima, por un impulso del Espíritu Santo; mas lo comun es salvarse por los medios ordinarios, pues la Providencia casi siempre obra de este modo.

Juéves de la primera semana de Cuaresma.

El introito de la misa de este dia es del verso VI del salmo LXXXXV. *La gloria y la magestad están siempre al rededor de él; la santidad y la grandeza se dan á conocer en su Tabernáculo.* El Profeta habla aquí del verdadero Dios: en el versículo antecedente ha dicho, que todos los dioses que adoran los gentiles, no son otra cosa que unos demonios; pero que el Dios que nosotros adoramos es el soberano Criador, Señor absoluto, Todopoderoso, principio y fin de todos los bienes, de todas las gracias; pero las divinidades paganas solo subsisten en la imaginacion de los que las adoran; no tienen otro resplandor, otra gloria, ni otro poder, que el que les quieren atribuir los pueblos que las adoran. Este salmo es una parte del que David compuso para cantarse en la traslacion del Arca al monte Sion. El santo rey exhorta en él á los judíos á alabar á Dios; y á los gentiles que lo vengan á adorar en el nuevo Tabernáculo. Este nuevo Tabernáculo era figura de la Iglesia, cuyo establecimiento se anuncia aquí, como tambien el reino de Jesucristo.

La Epístola de este dia es una profecía de las de mayor consuelo, y cuyo cumplimiento estamos viendo despues de la muerte de Jesucristo. Habia entre los judíos un antiguo proverbio, que decia: Los padres comieron los agraces, y los hijos padecieron dentera. Este proverbio se fundaba sobre lo que dice Moises en el Exodo y en el Deuteronomio, que Dios venga la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion. Aquellos á quienes hablaba el Profeta Ezequiel, experimentaban la verdad de este proverbio. Estaban cautivos en castigo de los pecados y abominaciones de sus predecesores; de un Acab, de un Manasés, y de tantos otros malos judíos que habian vivido bajo de estos príncipes impíos. Queriendo Dios consolar á aquel afligido pueblo, manda á su Profeta les diga, que este proverbio no tendrá siempre lugar, y que en lo venidero no tendrán motivo de servirse de él; que cada uno llevará la pena de su pecado, y que á la vuelta de la cautividad se borrarán las antiguas iniquidades; que el pecado del padre no recaerá mas sobre el hijo, y que el hijo no será castigado por la iniquidad del padre. Lo que el Profeta anunciaba á los judíos, se entendia literalmente de la cautividad en que gemian; mas no debia cumplirse perfectamente sino en la nueva alianza y bajo el reinado del Salvador. Jesucristo vino á salvar á todos los hombres, así judíos como gentiles, sin aceptacion de personas, sin respeto á las culpas pasadas: dió su vida y su sangre generalmente por todos los hombres; y declaró que la inocencia de noventa y nueve justos no le causa tanto gozo, como la conversion de un solo pecador. Abre su Iglesia á todas las naciones, y admite á su mesa á los pobres, á los cojos, á los perlíticos y á los ciegos. El bautismo ha hecho cesar aquel proverbio; pues en él recibimos todos el perdon del antiguo pecado, de aquella culpa original, que era propiamente el racimo verde, cuyos agraces acedaban los dientes de todos los descendientes de Adan, segun el lenguaje del Profeta. Dios declara que todas las almas son suyas, que todas le son muy amables, pues todas han costado la sangre de un Dios; y que así solo morirá en adelante la que hubiere pecado y la que hubiere querido perseverar en el pecado. Yo castigaré, dice el Señor, y yo recompensaré, segun el mal ó el bien que cada uno hiciere: la iniquidad del padre no dañará á la justicia del hijo, y la justicia del hijo no justificará al padre. Si un hombre fuere justo y guardare mis mandamientos, si no hace daño á su prójimo; si anda por el camino de mis preceptos y guarda inviolablemente mi ley, este es justo y vivirá eternamente, dice el Señor Dios. El cumplimiento de esta profecía se está verificando en la nueva ley: cada uno es castigado ó premiado, segun su mérito. Los que hubieren hecho buenas obras, dice el Salvador, resucitarán para la vida, y los que las hubieren hecho malas, resucitarán para la condenacion. *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor*, dijo el ángel que hablaba á San Juan en el Apocalípsis, *porque sus obras le seguirán*. Es preciso que comparezcamos todos ante el tribunal de Jesucristo, dice San Pablo, para que cada uno reciba segun lo malo ó bueno que hubiere hecho, viviendo en carne.

El Evangelio de este dia es del capítulo XV de San Mateo: contiene la historia de la cananea, en cuya historia nos propone la Iglesia el modelo de la mas perfecta oracion. Como el ayuno debe ir acompañado y sostenido de la oracion, la Iglesia al principio de Cuaresma nos enseña á orar, proponiéndonos este Evangelio. Indignado Jesucristo de la envidia y del odio de los fariseos, fatigado de oir sus malignas interpretaciones, y cansado de sus preguntas capciosas, los abandona arrebatadamente, y se retira hácia los confines de

Tiro y de Sidon, donde parece queria vivir desconocido. En efecto, se retiró con sus discípulos, sin ser advertido, á una casa donde parecia que habian de ignorar su venida; pero fué bien presto publicada en toda aquella comarca. Una muger cananea (los judíos daban este nombre á los de Tiro, de Sidon y de los alderredores, porque descendian de los antiguos cananeos, habiendo fundado Sidon, capital del pais). Esta muger, pues, que era gentil, como lo eran todos los de aquel pais, habiendo oido decir que el Salvador se hallaba allí, vino de la frontera donde residia, y le llevó una hija poseida del demonio, no dudando que, si Jesus queria, infaliblemente quedaria libre. Los judíos, dicen los padres, arrojan á Jesucristo de su tierra, despues de haberle visto obrar una infinidad de maravillas; y una muger extrangera, á la sola relacion de sus milagros, sale de un pais infiel para venir á adorarlo, y le da todas las pruebas de la mas viva fé. Esta muger, que habia oido á los judíos que su Mesías debia ser Hijo de David, habiendo oido hablar de las maravillas que obraba el Salvador, no dudó que fuese el Mesías. Entra, pues, en la casa donde estaba retirado, y quedándose al principio detras de los discípulos que estaban al derredor del Salvador, decia sin cesar en voz bastante alta: "Señor, Hijo de David, tened misericordia de mí: mi hija se halla muy atormentada del demonio." Mas el Salvador, haciendo que no la oia, continuaba hablando con sus discípulos. Ella no se enfadó por esto, ni se dió por ofendida, y viendo que el Señor no la queria oir, no dejó de importunar á los discípulos, los que enfadados de su peticion y de sus lágrimas, rogaron al Salvador que la despachase por verse libres de sus importunaciones. Jesus les respondió que no habia sido enviado para predicar á los gentiles, sino solo á las ovejas de la casa de Israel, y que solo en favor de ellas hacia sus milagros. En efecto, el Evangelio no se ha predicado á los extrangeros, sino por no haberlo querido oir los judíos. Viendo esta muger que el Salvador no la oia, se adelanta, y se va á arrojar á sus piés, suplicándole con clamores y lágrimas que no le niegue la gracia que le pide. Aunque parece que la respuesta de Jesucristo fué demasiado áspera, no dejaba de complacerse al ver una tan generosa perseverancia. Aguarda, la dice el Salvador, á que los hijos de casa estén plenamente saciados; los extrangeros no han de ser preferidos á los domésticos. No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros; los judíos se servian ordinariamente de este término cuando hablaban de

los gentiles. Tomando esta muger la comparacion y valiéndose de ella, responde: "Está muy bien, Señor, no hay cosa mas justa que lo que vos decís, vengo bien en que me pongais en el número de los perros; pero en esta calidad tengo derecho por lo menos de vivir de las migajas que caen de la mesa de sus dueños. No pudo el Salvador disimular por mas tiempo la satisfaccion que le causaba una fé tan viva, y así esclamó: "¡Oh muger, grande es tu fé; tus palabras y tu perseverancia lo prueban abundantemente. Vé, y cúmplase lo que deseas." Las palabras del Salvador fueron tan eficaces, que el maligno espíritu salió en aquel mismo instante del cuerpo de su hija; y San Márcos añade, que habiendo vuelto la madre á su casa, la encontró en la cama tan tranquila, como si jamas hubiera estado poseida del demonio.

La Epístola es del capítulo XVIII del Profeta Ezequiel.

En aquellos dias: Hablóme el Señor diciendo: ¿Cómo es que entre vosotros, en tierra de Israel, habeis convertido en proverbio este dicho: Los padres comieron el agraz, y los hijos sufren la dentera? Juro yo, dice el Señor Dios, que esta parábola no será ya mas para vosotros un proverbio en Israel. Porque todas las almas son mias; como es mia el alma del padre lo es tambien la del hijo: el alma que pecare, esa morirá. Y si un hombre fuere justo, y viviere segun derecho y justicia; si no celebrare banquetes en los montes, ni levantare sus ojos hácia los ídolos de la casa de Israel; si no violare la muger de su prójimo, ni se acercase á su propia muger en el tiempo de su mestruacion, y no ofendiere á nadie: si volviere la prenda al deudor, si no tomare nada ageno á la fuerza, si partiese su pan con el hambriento, y vistiere al desnudo: si no prestare á usura, ni recibiere mas de lo prestado; si no obrare la maldad y sentenciare justamente sin acepcion de personas: si arreglare su proceder á mis mandamientos, y observare mis leyes para obrar rectamente; este tal es varon justo, y tendrá vida verdadera, dice el Señor Dios.

El Evangelio es del capítulo XV de San Mateo.

En aquellos dias: Partiendo Jesus, retiróse hácia el pais de Tiro y de Sidon. Cuando hé aquí que una muger cananea, venida de aquel territorio, empezó á dar voces, diciendo: "Señor, Hijo de David, ten

lástima de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio." Jesus no le respondió palabra; y sus discípulos acercándose, intercedian diciéndole: "Concédele lo que pide, á fin de que se vaya, porque viene gritando tras nosotros." A lo que Jesus respondiendo dijo: "Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel." No obstante, ella se llegó y le adoró diciendo: "Señor, socórreme." El cual le dió por respuesta: "No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros." Mas ella le dijo: "Es verdad, Señor; pero los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos." Entonces Jesus respondiendo le dice: "¡O muger, grande es tu fé; hágase conforme tú lo deseas." Y en la hora misma su hija quedó curada.

MEDITACION.

Sobre la humildad y la fé de la cananea.

Considera que las obras de Dios siempre son tales, que pueda conocerse por ellas su divino Autor. Las perfecciones que encierran, los misterios en que abundan, nos anuncian su gloria, nos descubren su divinidad. En el Evangelio de esta feria tenemos una prueba evidente de esta asercion. La conducta de Jesucristo con la cananea, es un compendio de los misterios de nuestra religion: su Magestad se muestra con ella al principio en la situacion y disposiciones en que realmente estaba la causa del pueblo infiel con el Señor: así es que aunque ella clama, Jesus calla como si no lo oyera; porque en efecto, la alma infiel no merece ser oida de Dios, miéntras permanece en su infidelidad. Los discípulos interceden por ella; mas el Señor declara que su mision ha sido dirigida solo á las ovejas de la casa de Israel que era el pueblo fiel, y en consecuencia de ello, declara á la misma muger, que no es justo dar á un estraño los bienes destinados á los hijos. Tal declaracion hace que la cananea se coloque en el lugar que solo podia tener, esto es, de confesar su indignidad y atenerse á un socorro de pura gracia y misericordia que, solo tendria lugar, satisfecha la parte de los hijos. Entónces el Salvador que interiormente alumbraba á esta muger y movia sus afectos, da la última mano á este magnífico cuadro con un rasgo de misericordia, que descubre toda la economía de este gran misterio. El recomienda la fé de esta muger, celebrándola como grande y digna de aplauso, y otorga en la hora misma su peti-

cion, libertando á su hija de la tiranía del demonio que la atormentaba. ¿Qué vemos, pues, en este pasage, sino el misterio de la vocacion de los gentiles á la Iglesia de Cristo; mas hecha de modo, que en nada se defraudó al pueblo judío de las promesas que el Señor le habia hecho, y cuyo logro no le falta por parte del Mesías, sino solo por su infidelidad y obstinacion.

Considera que así como la humildad de la cananea hizo que se le diera por gracia lo que no se le debia de justicia; así su fé venció los mayores obstáculos que habia para darle entrada á la parte que, segun el Salvador declaró, solo se debia á los hijos de Israel; de donde se percibe con toda claridad que la fé es la llave maestra que abre todas las puertas, y el agente mas poderoso para superar las mas grandes dificultades. Porque ¿cuál mayor podia presentarse que pertenecer esta muger al pueblo de las naciones enemigas de Dios por su infidelidad? ¿Cuál mas grande que la de ser la mision del Hijo de Dios, solo ordenada á las ovejas de la casa de Israel? ¿Cuál de mas entidad que la injusticia que resultaba de *tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros*? No obstante, la cananea concibe y protesta la fé de Cristo: cree en él, espera en él, ora y pide humildemente y perseverando en su oracion, alcanza lo que desea, y es, que su infidelidad dejó de ser tal desde que creyó en el Hijo de Dios, y puso en él su confianza. Bastó esto para que el Hijo de Dios estendiese á ella los privilegios de su pueblo, para que ella fuese una de las primicias de los gentiles en su vocacion á la Iglesia, y para que el Hombre Dios fundase con un hecho la gran regla que iba á seguirse ya, esto es, que ante Dios no habia de haber distincion entre los hijos de una nacion respecto de los de otra, porque todos iban á formar una sola nacion, un pueblo universal congregado por la predicacion apostólica, unido por el vínculo de la fé, regido por una cabeza, animado por un espíritu, fundado en fin, y establecido sobre una piedra fundamental, para que permanezca hasta el fin de los siglos en la unidad de una santa y única Iglesia, católica, apostólica, romana.

PETICION Y PROPÓSITOS.

No es de extrañar que la fé sea tan poderosa que allane y venza obstáculos de tanto tamaño, pues si bien lo reflexionamos, solo la falta de fé es el obstáculo verdaderamente insuperable: haya fé, y

se tendrá por nuestra toda la omnipotencia, misericordia, bondad y liberalidad de un Dios que se emplea personalmente en allanarnos el camino y hacer que desaparezca cuanto sale al paso para oponerse á nuestra felicidad; mas si falta la fé, faltó la condicion indispensable para que Dios obre en nuestro beneficio y podamos aprovecharnos de los medios de salvacion que nos ha prodigado; ni Dios mismo puede vencer este obstáculo, miéntras subsista tal; porque siendo la bondad por esencia, es de todo punto imposible que se avenga con la iniquidad y una á sí al que yace en la infidelidad y está por consiguiente adherido y como identificado con su gravísima culpa. Esta demostracion basta para que conozcamos el fruto que debemos sacar de esta meditacion: pedir al Señor el don inestimable de la fé; tenerla y permanecer en ella hasta morir.

JACULATORIA.

Señor, danos la fé, y dánosla de manera que creamos en ella con un continuo aumento.

LECCION.

Sobre la oracion.

Si consideramos la dignidad, el mérito, las ventajas y los socorros de la oracion, no hay duda que podemos asegurar que ella es el recurso mas seguro que tenemos en todas nuestras necesidades. Para orar con mérito y alcanzar con seguridad, no es ya preciso que caminemos á Jerusalen ó subamos á la cumbre de un monte: de nuestra sola disposicion se puede decir, depende el remedio de nuestros males: por todas partes se encuentra un Dios siempre pronto á socorrernos, siempre propicio á favorecernos: solo pide que le expongamos nuestras necesidades, con una fé firme de ser oidos. Todas las cosas que pidiéreis orando, nos dice, creed que las recibiréis, y os vendrán. ¿Puede haber palabras de mayor consuelo? ¿Faltará una sola vez esta promesa hecha por el mismo Jesucristo? Jamas. Si no fuera menester mas que esta confianza para obtener de los grandes de la tierra los socorros que se le piden, no habria quien no suplicase y tuviese confianza; pero por los bienes eternos nadie se mueve, y respecto de Dios no hay quien quiera ejercitar la confianza debida.

Ni los negocios, ni el estado, ni las circunstancias, nos pueden servir de obstáculo para acercarnos á Jesucristo. Por grande que sea el número de los suplicantes, cada uno tiene cuando quiere, una audiencia particular que durará todo el tiempo que él mismo quiere. No estamos precisados á guardar ocasion y estar horas enteras en las antesalas; el tiempo del Señor es siempre el nuestro. Podemos estar á sus piés, ¡que digo! en sus mismos brazos, cuanto queramos, sin que haya una Marta que tenga derecho de quejarse. No hay discípulo que reprenda nuestra importunidad; no hay fariseo que censure nuestra conducta: todo está á favor de nuestra piedad. ¿Qué hay que admirar que Dios vea tan benignamente nuestra oracion, cuando la hacemos como conviene, esto es, con una expresion de un corazon humilde y fiel? Efectivamente, ¿qué cosa es la oracion, sino un conocimiento de la omnipotencia de Dios y de nuestra necesidad; de su virtud, y de nuestra flaqueza? Ella es el alma toda de la misma religion. Sin la oracion somos criaturas muertas; y con ella revivimos: sin la oracion no podemos esperar gracia alguna, y con ella podemos esperarlo todo: sin la oracion vegetamos como los troncos, y con ella obramos como criaturas racionales: sin la oracion los cielos son de bronce, y con ella se deshacen mañana y noche en tiernas gotas. El hombre que ora con fé, es un verdadero cristiano. El es, cuando pide para sus hermanos, el diputado de toda la Iglesia, que envia votos y humillaciones hasta el trono del Altísimo: entra en sociedad con los mismos ángeles y participa de los méritos de todos los santos.

La continua oracion está recomendada por Jesucristo, porque la oracion ha de hallarse en todo, y todo lo ha de animar y santificar. Su oracion principalmente en comunidad, es un ejército bien ordenado en acto de dar la batalla, formidable para las potestades de las tinieblas; y sus clamores son señales de la victoria que consigue del mundo y de sus pasiones. Dios, que todo lo hizo con solo su palabra, no hay duda que no necesita de las nuestras; pero quiere ser importunado para que reconozcamos nosotros su dominio, y sepamos que por nosotros mismos no tenemos mérito ni poder alguno. Los grandes y soberbios de la tierra hacen estudio de ser invisibles, y temen comunicarse, recelosos de verse precisados á conceder lo que se les pide; pero Dios que nada puede perder de lo que es, convida á todas sus criaturas á que se lleguen á él, y á que recurran á él como á fuente y orígen de todos los bienes, y como verdadero reposo del alma.

Dejemos en buena hora que nuestros enemigos invisibles se reconcentren en su misma altanería; para vencerlos no es menester mas que orar: ocurramos á Dios que se deja hallar á todas horas y en todo lugar, y que escucha al mas pequeño como al mas grande: tanto atiende al idiota como al sabio é ilustrado; y le oye y asiste si su oracion es sincera, fervorosa y humilde. Para desecharla era preciso que tuviera menos bondad ó menos poder del que tiene. En esta confianza nos dirigimos á él en nuestras necesidades; porque estamos persuadidos de que su poder no tiene límites, y que su liberalidad es infinita; esta fé, esta confianza son las que hacen que nos oiga. Orar á Dios es darle la mas grande honra que puede recibir de nuestra parte, es dar á la grandeza y á la bondad de su ser el testimonio mas ventajoso de que somos capaces. Hé aquí el verdadero orígen y causa de la eficacia de la oracion. Por este motivo se compara al sacrificio por el cual se reconoce la soberana magestad, la bondad infinita, la grandeza sin límites y la omnipotencia de Dios.

¿De dónde, pues, nace, ó cuál es la causa de que no sean oidas todas nuestras oraciones? De que oramos mal, y ni aun pensamos que oramos: así lo manifiestan el poco respeto, la ninguna atencion, y tal vez el modo indecente con que estamos en la oracion, como si no fuera Dios con quien hablamos en ella. No acusemos al Señor de que estrecha sus promesas y encarece sus favores: nuestros motivos, nuestras disposiciones, nuestra poca religion cuando oramos, lo obligan, por decirlo así, á que no nos oiga. La oracion pide un espíritu humilde y respetuoso como el de la cananea: *Señor, Hijo de David, ten de mí misericordia.... Señor, socórreme.... tambien los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus dueños.* No hay quien no sea cortés, humilde cuando suplica á los hombres; solo cuando se ora á Dios parece hay derecho para dispensarse de estas obligaciones esenciales. Esas posturas acomodadas é indecentes; ese tono vano, inmodesto y tan poco cristiano; esa disipacion, esa distraccion, ese disgusto y esos tédios de que van acompañadas nuestras oraciones, ¿serán indicios de un corazon humilde, religioso, lleno de Dios? ¡Queremos que Dios nos oiga, cuando ni nosotros mismos nos oimos: que atienda á nuestras oraciones, cuando ni nosotros atendemos á ellas: que otorgue lo que ni sabemos pedirle? Honramos á Dios con los labios; pero nuestro corazon está de él muy distante. Decimos las oraciones; pero no

oramos: esa precipitacion con que se reza, esas distracciones no impedidas, antes bien procuradas, ¿denotan por ventura un gran respeto, un gran fondo de religion, una fé viva? ¡Cómo queremos, pues, que Dios nos conceda lo que le pedimos? A esto se agrega que nuestra oracion solo es de cuando en cuando: Dios quiere que oremos con perseverancia, que le instemos, que le importunemos. ¡Pero qué alientos hemos de tener cuando somos demasiado flojos y tibios en su servicio! Sean nuestras oraciones cristianas, y sin duda serémos oidos.

Viérnes de la primera semana de Cuaresma.

Todos los oficios de Cuaresma se dirigen á inspirarnos una gran compuncion de corazon, una viva confianza en la misericordia de Dios, y á enseñarnos á orar con humildad, con fervor y con perseverancia. El introito de la misa de este dia es una breve oracion que encierra mucho espíritu y que deberia sernos frecuente. Está tomado del salmo XXIV, el cual es una oracion de las mas devotas y mas propias que se pueden hacer á Dios para alcanzar el perdon de los pecados: *Señor*, dice el Profeta, *no aguardeis mas tiempo á librarme de mis penas: considerad mi abatimiento, y los males que padezco: haced que á lo menos pueda yo con ellos satisfaceros por los pecados que he cometido.* Este salmo tambien fué compuesto en el tiempo de la rebelion de Absalon. El es una afectuosa oracion de un hombre afligido y oprimido de la tristeza, con el corazon quebrantado de dolor, y que recurre á Dios lleno de confianza en su misericordia.

La Epístola de la misa es una continuacion de la del dia antecedente. El Profeta Ezequiel nos repite la misma verdad, es á saber, que cada uno pagará la pena de su pecado, y que ninguno será castigado por otro. El hijo no llevará la iniquidad del padre, ni el padre la del hijo. En efecto, Dios á nadie ha imputado jamas los pecados agenos; es demasiado justo, demasiado misericordioso para reprobar á una alma inocente. Si nosotros pagamos la pena del pecado original, es porque este pecado es verdaderamente nuestro. Y si algunas veces permite que el inocente padezca en este mundo con el culpable, y sea envuelto en el mismo castigo, este azote es en los de-

Dejemos en buena hora que nuestros enemigos invisibles se reconcentren en su misma altanería; para vencerlos no es menester mas que orar: ocurramos á Dios que se deja hallar á todas horas y en todo lugar, y que escucha al mas pequeño como al mas grande: tanto atiende al idiota como al sabio é ilustrado; y le oye y asiste si su oracion es sincera, fervorosa y humilde. Para desecharla era preciso que tuviera menos bondad ó menos poder del que tiene. En esta confianza nos dirigimos á él en nuestras necesidades; porque estamos persuadidos de que su poder no tiene límites, y que su liberalidad es infinita; esta fé, esta confianza son las que hacen que nos oiga. Orar á Dios es darle la mas grande honra que puede recibir de nuestra parte, es dar á la grandeza y á la bondad de su ser el testimonio mas ventajoso de que somos capaces. Hé aquí el verdadero orígen y causa de la eficacia de la oracion. Por este motivo se compara al sacrificio por el cual se reconoce la soberana magestad, la bondad infinita, la grandeza sin límites y la omnipotencia de Dios.

¿De dónde, pues, nace, ó cuál es la causa de que no sean oidas todas nuestras oraciones? De que oramos mal, y ni aun pensamos que oramos: así lo manifiestan el poco respeto, la ninguna atencion, y tal vez el modo indecente con que estamos en la oracion, como si no fuera Dios con quien hablamos en ella. No acusemos al Señor de que estrecha sus promesas y encarece sus favores: nuestros motivos, nuestras disposiciones, nuestra poca religion cuando oramos, lo obligan, por decirlo así, á que no nos oiga. La oracion pide un espíritu humilde y respetuoso como el de la cananea: *Señor, Hijo de David, ten de mí misericordia.... Señor, socórreme.... tambien los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus dueños.* No hay quien no sea cortés, humilde cuando suplica á los hombres; solo cuando se ora á Dios parece hay derecho para dispensarse de estas obligaciones esenciales. Esas posturas acomodadas é indecentes; ese tono vano, inmodesto y tan poco cristiano; esa disipacion, esa distraccion, ese disgusto y esos tédios de que van acompañadas nuestras oraciones, ¿serán indicios de un corazon humilde, religioso, lleno de Dios? ¡Queremos que Dios nos oiga, cuando ni nosotros mismos nos oimos: que atienda á nuestras oraciones, cuando ni nosotros atendemos á ellas: que otorgue lo que ni sabemos pedirle? Honramos á Dios con los labios; pero nuestro corazon está de él muy distante. Decimos las oraciones; pero no

oramos: esa precipitacion con que se reza, esas distracciones no impedidas, antes bien procuradas, ¿denotan por ventura un gran respeto, un gran fondo de religion, una fé viva? ¡Cómo queremos, pues, que Dios nos conceda lo que le pedimos? A esto se agrega que nuestra oracion solo es de cuando en cuando: Dios quiere que oremos con perseverancia, que le instemos, que le importunemos. ¡Pero qué alientos hemos de tener cuando somos demasiado flojos y tibios en su servicio! Sean nuestras oraciones cristianas, y sin duda serémos oidos.

Viérnes de la primera semana de Cuaresma.

Todos los oficios de Cuaresma se dirigen á inspirarnos una gran compuncion de corazon, una viva confianza en la misericordia de Dios, y á enseñarnos á orar con humildad, con fervor y con perseverancia. El introito de la misa de este dia es una breve oracion que encierra mucho espíritu y que deberia sernos frecuente. Está tomado del salmo XXIV, el cual es una oracion de las mas devotas y mas propias que se pueden hacer á Dios para alcanzar el perdon de los pecados: *Señor*, dice el Profeta, *no aguardeis mas tiempo á librarme de mis penas: considerad mi abatimiento, y los males que padezco: haced que á lo menos pueda yo con ellos satisfaceros por los pecados que he cometido.* Este salmo tambien fué compuesto en el tiempo de la rebelion de Absalon. El es una afectuosa oracion de un hombre afligido y oprimido de la tristeza, con el corazon quebrantado de dolor, y que recurre á Dios lleno de confianza en su misericordia.

La Epístola de la misa es una continuacion de la del dia antecedente. El Profeta Ezequiel nos repite la misma verdad, es á saber, que cada uno pagará la pena de su pecado, y que ninguno será castigado por otro. El hijo no llevará la iniquidad del padre, ni el padre la del hijo. En efecto, Dios á nadie ha imputado jamas los pecados agenos; es demasiado justo, demasiado misericordioso para reprobar á una alma inocente. Si nosotros pagamos la pena del pecado original, es porque este pecado es verdaderamente nuestro. Y si algunas veces permite que el inocente padezca en este mundo con el culpable, y sea envuelto en el mismo castigo, este azote es en los de-

signios de Dios una prueba, que puede ser un manantial de bienes para el hombre inocente, y no una pena para castigar á un culpable. Los azotes con que Dios aflige á los justos juntamente con los malos, mas bien son favores, que efectos de su venganza. Las cruces y las adversidades en el cristianismo, son beneficios, no castigos. No sucedia lo mismo en la antigua ley, á lo ménos segun la idea y el juicio del pueblo. Los judíos no podian mirar las penas de esta vida, sino como verdaderos males; y como todo mal es una pena del pecado, inferian de aquí, que si ellos no habian merecido las penas que padecian, las padecian en castigo de los pecados de sus padres, de donde nacia, que en sus oraciones pedian á Dios perdon, no solo de los pecados propios sino tambien de los de sus padres. Yo os suplico, Señor, decia Daniel, que desvieis vuestro enojo, vuestra indignacion, de vuestra ciudad. ¿Por qué Jerusalen y vuestro pueblo son el dia de hoy el oprobio de todas las naciones que nos rodean? Por motivo de nuestros pecados y de los de nuestros padres. *¿Por ventura me complazco yo*, dice el Señor, *con la muerte del impío?* Dios quiere sinceramente la conversion del pecador y no su muerte: Dios quiere que nos salvemos, y no que nos condenemos. ¡De cuánto consuelo es este artículo de nuestra fé! ¡Pero qué afliccion no causará esta verdad á los que se condenen! No hay un condenado que no se haya él mismo labrado su reprobacion. Ved aquí la conducta que yo observo, dice el Señor, en la economía de la salvacion de los hombres: Deseo que todos se salven, y así doy mi gracia á todos. Si el justo sin embargo de todos mis auxilios, pierde su justicia y muere en su pecado, me olvidaré para siempre de todas las buenas obras que hizo, y será condenado; y si el pecador se convierte de buena fé, hace penitencia y muere en estado de gracia, no le perjudicarán sus iniquidades pasadas, y se salvará. Despues de eso, dice el Señor, decid que mis caminos no son justos y que los vuestros no son perversos.

El Evangelio de este dia no está ménos lleno de instrucciones y de consuelo. Despues de haber predicado Jesucristo y hecho muchos milagros en las ciudades y en las aldeas, se fué á Jerusalen, á tiempo que se celebraba la fiesta de los judíos. Se cree que esta fiesta era la de las Suertes, que se celebraba á catorce del mes Adar, que era el último mes del año de los judíos. Habia en Jerusalen una piscina, llamada en griego *Probática*, esto es, piscina para las reses; y en hebreo Bethsaida, que quiere decir, casa de misericordia.

Esta piscina era un estanque grande, junto á una puerta de Jerusalen por donde entraban los ganados, y en el cual, segun San Gerónimo, se lavaban los intestinos de los animales que se sacrificaban en el templo. Al derredor de esta piscina habia cinco pórticos ó galerías donde en todo tiempo habia un gran número de enfermos, muchos ciegos, cojos, paralíticos, tendidos en sus camillas ó carretones, los cuales todos estaban aguardando que el agua fuese movida por un ángel, el que no dejaba de bajar á esta piscina á cierto tiempo á menear el agua; y entonces aquel enfermo que se arrojaba el primero á ella, infaliblemente sanaba de cualquier enfermedad que tuviese: habia mucho tiempo que todo el mundo era testigo de este prodigio. El Salvador fué á visitar este hospital; y entre un gran número de enfermos, advirtió á un paralítico, que habia treinta y ocho años que estaba en una camilla sin poderse mover. El Hijo de Dios se le acercó, y le preguntó si queria sanar. Esta pregunta parecia inútil; mas el Salvador queria enseñarnos que quiere ser rogado, y que la curacion del pecador siempre es voluntaria, aunque sea siempre efecto de su pura bondad. El enfermo que conocia la omnipotencia del que hablaba, respondió que deseaba con ansia su salud mucho tiempo habia; pero que no habia hallado quien lo arrojase á la piscina al tiempo que se movia el agua, y que por mas que él se esforzase, siempre era prevenido por algun otro. "Levántate, le dijo Jesus, toma tu lecho y vete." Entónces el paralítico, viéndose curado se levantó, cargó su camilla sobre sus espaldas y se fué, con gran pasmo de los circunstantes.

Este milagro que era una prueba sensible de la bondad del Salvador y de su poder, fué al punto censurado por los judíos como una profanacion y un quebrantamiento de la ley, porque habia sido obrado en dia de Sábado. Bajo esta falsa apariencia de piedad con que coloreaban ordinariamente su odio y su envidia, inquietaron al paralítico con el motivo de su curacion, y le hicieron un delito de su obediencia: verdadero carácter del falso zelo, escrupuloso hasta el exceso sobre las observancias exteriores de la ley, al paso que fomenta en el corazon las mas criminales pasiones y alimenta un odio mortal. El Hijo de Dios, dice San Mateo, es Señor del Sábado, y tocaba á la sabiduría del Salvador, dice el abad Ruperto, hacer que sus milagros, que eran una prueba de su divinidad, fuesen conocidos en Jerusalen de un gran número de personas: y este sin duda es el motivo porque el Salvador los hacia por lo comun en Sábado.

Aunque los judíos querian saber quién era el autor del milagro, no era porque quisiesen convertirse. Del mismo modo los hereges no han querido reconocer la verdadera Iglesia, aunque no hayan ignorado los grandes milagros que muchos de sus hijos han hecho. Viendo el Salvador el abuso que hacian los judíos de una maravilla tan capaz de convertirlos, se retiró de la muchedumbre. Así lo hace Dios frecuentemente cuando se abusa de sus mas grandes gracias. ¡Qué castigo, Señor, es este funesto abandono! Jesucristo, que no curó el cuerpo sino para curar el alma, habiendo encontrado despues á este hombre en el templo, le dijo: Adviérte que ya estás curado; cuidado con pecar en adelante, no sea que te suceda alguna cosa peor. Este hombre reconoció entónces á su bienhechor, y queriendo que fuese conocido y honrado de todo el pueblo, fué á decir á los judíos que Jesucristo era quien lo habia sanado. ¿Mas qué honra podia esperar Jesucristo de los que ya formaban un poderoso partido para perderlo?

La Epístola es del capítulo XVIII del Profeta Ezequiel.

Esto dice el Señor Dios: El alma que pecare, esa morirá: no pagará el hijo la maldad de su padre, ni el padre la maldad de su hijo: la justicia del justo sobre él recaerá, y la impiedad del impío sobre el impío caerá. Pero si el impío hiciere penitencia de todos sus pecados que ha cometido, y observare todos mis preceptos, y obrare segun derecho y justicia, tendrá vida verdadera y no morirá. De todas cuantas maldades haya él cometido, yo no me acordaré mas, él hallará vida en la virtud que ha practicado. ¿Acaso quiero yo la muerte del impío, dice el Señor Dios, y no ántes bien que se convierta de su mal proceder, y viva? Pero si el justo se desviare de su justicia y cometiere la maldad segun las abominaciones que suele hacer el impío, ¿por ventura tendrá él vida? Todas cuantas obras buenas habia él hecho se echarán en olvido: por la prevaricacion en que ha caido, y por el pecado que ha cometido, por eso morirá. Y vosotros habeis dicho: La conducta que observa el Señor no es justa. Escuchad, pues, ¡oh hijos de Israel! ¿Acaso es el proceder mio el que no es justo, y no son mas bien perversos vuestros procederes? Porque cuando el justo se desviare de su justicia y pecare, por ello morirá: morirá por la injusticia que obró. Y si el impío se apartare de la impiedad que obró, y procediere con rectitud y justicia, dará él mismo la vida á su alma: porque si él entra otra vez en sí mismo, y se aparta de todas las iniquidades que ha cometido tendrá verdadera vida, y no morirá, dice el Señor omnipotente.

El Evangelio es del capítulo V de San Juan.

En aquel tiempo: Siendo la fiesta de los judíos, partió Jesus á Jerusalen. Hay en Jerusalen una piscina, dicha de las Ovejas, llamada en hebreo Betsaida, la cual tiene cinco pórticos. En ellos, pues, yacia una gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, aguardando el movimiento de las aguas. Pues un ángel del Señor descendia de tiempo en tiempo á la piscina, se agitaba el agua. Y el primero que despues de movida el agua entraba en la piscina, quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese. Allí estaba un hombre, que treinta y ocho años hacia que se hallaba enfermo. Como Jesus le viese tendido, y conociese ser de edad avanzada, díjole: ¿Quieres ser curado? Señor, respondió el doliente, no tengo una persona que me meta en la piscina así que la agua está agitada: por lo cual miéntras yo voy, ya otro ha bajado ántes. Dícele Jesus: Levántate: coge tu camilla, y anda. De repente se halló sano este hombre, y cogió su camilla, é iba caminando. Era aquel un dia de sábado. Por lo que decian los judíos al que habia sido curado. Hoy es sábado: no te es lícito llevar la camilla. Respondiéles: El que me ha curado, ese mismo me ha dicho: Toma tu camilla, y anda. Preguntáronle entónces: ¿Quién es ese hombre que te ha dicho: Toma tu camilla y anda? Mas el que habia sido curado no sabia quién era: porque Jesus lo habia retirado del tropel de gentes que allí habia. Hallóle despues Jesus en el templo, y le dijo: Bien ves como has quedado curado: no peques pues en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor. Aquel hombre fué y declaró á los judíos, que Jesus era quien lo habia curado.

MEDITACION.

Sobre la misericordia de Dios para con los hombres.

Considera que cuanto mayor es la indigencia del hombre, mas resplandece la liberalidad de Dios que lo socorre, empleando su providencia en aliviar su miseria. Buena prueba es de esto el paralítico de la piscina, cuya milagrosa curacion se lee en el Evangelio de esta feria. Treinta y ocho años llevaba de estar en la Probática

piscina esperando el movimiento de las aguas, que en efecto se verificaba por el ángel á los tiempos señalados; pero de que él no podia aprovecharse por falta de un hombre que lo metiese en la piscina ántes que otro descendiese y le arrebatase la gracia de la curacion milagrosa, como le habia acaecido en el largo espacio que contaba de estar en aquel sitio. No podia, pues, ser mas lastimosa su situacion: falto de accion para moverse por sí solo, y destituido de socorro humano, él pisaba sus tristes dias á la vista de aquella piscina de salud, como el navegante que detenido por los vientos de tierra, no logra fondear en el puerto de salvamento que tiene á la vista, y teme perecer de un momento á otro sin lograr poner el pié en la playa apetecida. Tal era la situacion del desgraciado paralítico, cuando el Hijo de Dios se le presenta, y compadecido de él lo cura en un instante con la omnipotencia y soberanía de su palabra. ¿Habrá rasgo que nos descubra mejor la misericordia de un Dios tierno y compasivo, que visita á un mísero doliente para sacarlo del profundo de la desgracia al colmo de la felicidad? Pues tal es la que ejerce con nosotros todos los dias y en todas nuestras necesidades, aunque no lo conozcamos. Pero ¡oh dolor! que siendo semejante la gracia que nos concede en uno ú otro género de males de que nos liberta, no obtiene de nosotros la gratitud que le debemos. El paralítico fué agradecido á su divino bienhechor, le atribuyó la gloria de su curacion y publicó el beneficio recibido, con bendiciones y alabanzas. Pero nosotros, ingratos al bien que Dios nos hace, le recibimos como debido á nuestro mérito, y desconociendo á su Autor beneficentísimo, lo atribuimos á los medios humanos, á nuestra industria, ó á lo que el mundo llama casualidad ó fortuna.

Considera que si en la curacion de un enfermo que es libertado de un mal puramente corporal, resplandece tanto la divina clemencia, mucho mas brilla y se deja conocer en el remedio espiritual de las almas. El pasage que se nos refiere en este Evangelio es un anuncio y una figura al mismo tiempo, de la justificacion de las almas por el sacramento de la penitencia: en la parálisis se denota el pecado: en la necesidad del hombre que condujese al enfermo á la piscina y del ángel que moviese las aguas, la de la inspiracion divina, y la del ministro que dispensa el sacramento: en el descenso á la piscina y verificativo de la curacion, la justificacion misma del hombre por el medio ordinario de la confesion: en esto mismo y en el imperio de la voz de Cristo, la potestad divina que desata las ligaduras del pecado. Mas este hombre fué curado por un medio extraordinario y milagroso, á sola la omnipotencia de la voz de Cristo, y en esto mismo se descubre otro misterio, á saber, que de tal modo ejerce el Señor su misericordia con nosotros, que cuando por una imposibilidad absoluta nos vemos privados del sacramento de la penitencia, nos puede perdonar y nos perdona en efecto por medio de la contricion verdadera que justifica al hombre, aun sin el sacramento. Lo que sí no nos dispensa el Señor, ni nos puede dispensar, es, de aquella condicion que exigió al paralítico cuando le preguntó si queria sanar: la voluntad de sanar es indispensable para que sea verdadera la conversion y legítima la penitencia. Tambien lo fué la de la accion de levantarse el paralítico, cargar su lecho y andar; pues en ello se nos denota el esfuerzo que debemos hacer para salir de nuestro entorpecimiento, quitar de delante el lecho funesto de la culpa, sin dejar por esto de llevarlo en la memoria para excitarnos á la humildad y á la penitencia; y finalmente, andar en los caminos del Señor por la mudanza de la vida, que si ántes era de iniquidad y de pecado, ya debe ser de gracia y de virtud.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Las reflexiones que acabo de hacer sobre este pasage importantísimo, deben inducirme al propósito de evitar cuidadosamente todo lo que puede hacerme caer en la parálisis del alma, mucho mas funesta y tormentosa que la del cuerpo miserable; mas si por desgracia me encuentro en esta situacion fatal, las mismas reflexiones me hacen conocer los medios ordinarios y extraordinarios por donde puedo alcanzar la salud de mi alma; debiendo tener bien presentes las condiciones que se me exigen para lograr aquel bien inestimable, así como el conocimiento de la misericordia de un Dios que no se desdeña de visitarnos en nuestra penosa enfermedad, para librarnos de ella. Sea así, Dios mio, que siempre me visites con tu gracia, para hacerme feliz eternamente.

JACULATORIA.

Decid á mi alma que vos sois su salud, ¡oh Señor!

LECCION.

Sobre la esperanza: la cual debe ser en Dios y no en los hombres.

Poco ó nada hay que contar con el valimiento de los hombres; caduco apoyo, fundamento débil, prenda frívola y vana. Ninguna cosa es capaz de fijar la ligereza de su corazon, su versatilidad, su ridiculez, su inconstancia, las protestas mas sinceras de amistad, las ofertas ménos fingidas de servicios, las obligaciones mas seguras; todo, todo se disipa al menor viento, todo se desvanece á la primera apariencia: ¡desgraciado el que cuenta con estos fundamentos! No hay cosa que mas á menudo, ni mas prontamente se mude, que el corazon humano: de aquí nace la inconstancia de nuestros sentimientos, de nuestras acciones y aun de nuestros juicios y de nuestra estimacion. Como el amor propio y las pasiones son su principal resorte, no debe admirarnos que nuestra conducta siga sus caprichos. No hay que fiarse, ni en las alabanzas ni en la estimacion, ni en la proteccion, ni en el amor, aun cuando se funden en nuestra virtud, en nuestras bellas cualidades, y en nuestro mérito. Muy exacto es todo esto, pues basta un espíritu de partido, un mal suceso, un nuevo interes, para debilitar todos estos apoyos, para romper todos estos nudos, para hacer que desaparezcan todas esas muestras de benevolencia. ¿Pero cómo es eso, si nuestra virtud persevera, si nuestras bellas cualidades subsisten, si nuestro mérito no se ha extinguido? Es verdad; pero los resortes se han mudado, los pesos se han alterado; ya no es la misma mano la que tiene la balanza; un nuevo sistema de cosas ha hecho mudar las ideas, nuevos motivos han hecho mudar los sentimientos: basta una ligera envidia, un terror infundado, una nueva pasion, para hacer que aparezca una nueva faz de cosas. Desconfian de nuestra virtud porque es demasiado austera; la estiman, pero la temen: nos creen opuestos á sus intereses particulares, y nos tienen por unos censores demasiado perspicaces de sus defectos: nuestra demasiada religiosidad, si es que en esto puede haber demasía, les sirve de embarazo: no es menester mas para desacreditarnos, para infamarnos, y para exonerarnos del empleo y destino que ocupamos. Si nos creen inútiles á sus intereses ó á sus designios, nos olvidan: esa amistad que parecia tan bien fomentada, se desmiente; ya no hay para con nosotros sino indiferencia y frialdad; ni aun se quiere que tengamos esa virtud, ese mérito, esas prendas que merecian su estimacion; porque ven que no es fácil justificar una mudanza que condenan la justicia y la razon. Si nos ven desgraciados, bien presto nos olvidan, nos desconocen, y aun nos desprecian; otros objetos ocupan su corazon, otras relaciones emplean su tiempo, y un nuevo favorito reemplaza nuestro puesto. ¡Santo Dios, cuán digno de lástima es el que pone su esperanza en los hombres!

No así el verdadero cristiano que la pone en el mismo Dios. ¡Qué esperanza tan feliz la del justo! Léjos de codiciar los tronos, los menosprecia por desear una eternidad afortunada: se abre paso atravesando las nubes; se eleva sobre el universo, y va á buscar al Dios en quien espera, en el seno del mismo Dios: su confianza es tan extensa como las misericordias del Eterno. No tiene por prenda de su esperanza ni el oro, ni el crédito, ni la palabra de los hombres, sino la sangre misma de Jesucristo que corre todos los dias en nuestros altares. ¡Hombres impíos que teneis la desgracia de no ser cristianos, ó la pertinacia de dejar de serlo! hablad con sinceridad y decidnos, si todas las pretensiones que os ocupan, si todos los deseos que formais son tan extensos como la esperanza del justo. El tiembla, es verdad, al acordarse del juez inexorable que le ha de juzgar con la memoria de sus faltas pequeñas y pecados pasados, de los que aun no puede tolerar la vista; pero sabe, y con certidumbre, que aun cuando sus pecados fuesen en mayor número que los granos de arena, el amor penitente los desharia; sabe, y sabe muy bien, que el que viene á la hora de nona recibe tanto galardon y salario como el que ha sufrido el calor del dia; sabe y le consta por la fé, que Dios no vino al mundo sino á salvar pecadores, y que hay mas alegría en el cielo por la penitencia de uno solo, que por la inocencia de noventa y nueve justos: sabe por último que cualquiera que espere en Dios, nunca perecerá, porque él es la salvacion de todos los que le invocan: que cuida hasta del buey que pace y del reptil que se arrastra, y que siempre está pronto para recibirnos y favorecernos.

Aunque el justo se halle entre el furor y rabia de la plebe amotinada; aunque esté á la presencia de un injusto tirano; aunque se vea combatido de borrascas y de vientos; en fin, aunque se abra á sus piés el abismo, no por eso dejará de esperar. ¡Ah! su esperanza es un gran tesoro, porque su esperanza no es quimérica: tiene por fiador la palabra de Dios, y por objeto al mismo Dios. Por

eso la religion no cesa de avivar nuestra esperanza, ya poniéndonos á la vista las llagas de nuestro Redentor como remedio infalible de todos nuestros males, como fuente de las mas puras aguas que saltan hasta la vida eterna, y ya franqueándonos el tribunal de la penitencia, donde excita toda nuestra confianza y amor.

Espera, alma mia, espera, dice incesantemente el justo, animado del espíritu de la fé, que no serás confundida: el Dios á quien sirves es un Dios que consuela, que bendice, que perdona, que libra de las puertas de la muerte, y que abre el santuario de la inmortalidad: es un Dios que se proporciona con tu flaqueza, que se hizo hombre para reconciliarnos con su Padre, y hacer las paces entre el cielo y la tierra; es un Dios que conoce todos sus escogidos, que los ama con ternura, y escucha sus clamores con benignidad: es un Dios que se hace víctima de propiciacion, y se da en alimento cada dia á los que quieren recibirle: es un Dios que aun ántes de conocer nosotros y sentir nuestra miseria original, nos sacó de ella purificándonos desde nuestro nacimiento; que nos amonesta y cuida en toda nuestra vida, y que viene á visitarnos él mismo cuando estamos cercanos á la muerte: es un Dios, en fin que se nos ha de comunicar sin reserva, y de un modo inefable, embriagándonos en el torrente de sus delicias. ¡Qué consuelo tan grande es esperar con certidumbre, y saber que no se camina en vano! En todo tiempo encontramos en él un fondo inagotable de bondad y de poder que jamas está sujeto ni al capricho ni al mal humor: no podemos dejar de ser dichosos, de estar contentos, miéntras estamos en su gracia. Los hombres se mudan; Dios no es capaz de mutacion: los hombres dejan de ser; Dios siempre subsiste: él es nuestro protector siempre poderoso, nuestro amigo constantemente tierno, nuestro bienhechor liberal, y nuestro Padre compasivo. El conoce nuestras necesidades, y previene nuestras súplicas. Basta solo amarle para que nos ame. ¡Qué mas! él mismo nos da ese amor: basta pues pedírselo.

Sábado de la primera semana de Cuaresma.

La misa de este dia empieza con estas singulares palabras del salmo LXXXVII: *Señor, haced que mi oracion llegue hasta vos: inclinad vuestros oidos á mis ruegos. Señor, mi Dios, mi salvador, yo no ceso de llamaros noche y dia en mi socorro por medio*

de mis clamores. David perseguido de Absalon, representando al Señor sus males en la oracion, es una sensible figura de Jesucristo, orando á su Padre al tiempo de su pasion; todo este salmo es una imágen profética, y al mismo tiempo una viva espresion de los sentimientos del corazon del Salvador, tan ignominiosamente tratado, y tan cruelmente perseguido por un pueblo del cual era Rey y Padre.

En la misa de este dia se leen seis lecciones, como se acostumbra hacer todos los sábados de las cuatro témporas.

La primera de las seis lecciones, destinada para la misa de este dia, está tomada del Deuteronomio, donde Dios ordena á su pueblo un diezmo particular, tricnal, esto es, de tres en tres años, para el mantenimiento de los levitas ó ministros del templo, y para asistir á los estrangeros, á las viudas y á los huérfanos. Cumplida esta obligacion les prescribe Dios una especie de fórmula, por la que se obligan solemnemente delante de él á no tener jamas otro Dios ni otro Señor, y Dios tambien les dice, que los ha escogido para ser su pueblo particular, y la nacion privilegiada.

La segunda es del mismo libro, donde Dios promete á su pueblo, que si es fiel en observar el mandamiento que se ha puesto de amar al Señor su Dios, de andar por todos sus caminos, y de no apartarse jamas de sus servicios, exterminar de su presencia todas las naciones que lo sobrepujan en poder y en fuerzas; que los pondrá en posesion de sus tierras, y que despues de haberlos hecho ricos y poderosos, los hará formidables á toda la tierra. Todas estas recompensas temporales, solo eran una figura de las espirituales prometidas al pueblo de la nueva alianza, á esta nacion santa que son los cristianos.

La tercera leccion es del segundo libro de los Macabeos: contiene la oracion, que despues de la vuelta de la cautividad de Babilonia hicieron los sacerdotes á Dios con Nehemías, miéntras el sacrificio se consumia por el fuego sagrado que se habia escondido en lo hondo de un pozo ántes de la cautividad, y que se habia convertido en una agua cenagosa y crasa, la cual, habiendo sido derramada sobre la leña, y sobre la víctima que se habia puesto sobre el altar, se convirtió milagrosamente en fuego, luego que el sol se descubrió y la hirió con sus rayos: miéntras este fuego milagroso consumia el sacrificio, Nehemías, Jonatás y los otros sacerdotes hacian la oracion contenida en esta tercera leccion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La cuarta es del libro del Eclesiástico, donde el autor de este libro hace una fervorosa oracion á Dios, para suplicarle que se compadezca de su pueblo afligido, esparcido, y en todas partes maltratado. Cuando el autor del libro del Eclesiástico escribia, la nacion judía estaba dispersa en el Egipto, en la Siria y en todas las provincias de Oriente; y los que estaban en la Judea y en Jerusalen, estaban oprimidos por los príncipes vecinos, que los trataban con bastante dureza. Como todas las adversidades eran figura de las que un dia debian afligir á los fieles, la Iglesia renueva á Dios las mismas súplicas por todos sus hijos.

La quinta, que es la última de las que se toman del Antiguo Testamento, está sacada del Profeta Daniel: y cuenta el prodigio de los tres jóvenes hebreos, que arrojados á un horno encendido, por haber sido fieles á Dios, encontraron frescura en medio del fuego y cantaron las alabanzas de Dios, que la Iglesia repite en esta leccion.

En fin, la sexta, que es propiamente la Epístola de la misa de este dia, es una instruccion que el apóstol San Pablo da á los cristianos de Tesalónica, en la primera carta que les escribe; y con esta ocasion á todos los fieles. Se puede decir que es un resúmen de toda la moral de Jesucristo, y el compendio y la médula de la doctrina del Evangelio. *Reprended á los que os inquietan*, les dice. Habla el Apóstol de aquellos espíritus inquietos, orgullosos, turbulentos, que no saben vivir quietos, ni dejan vivir á los otros; que introducen la turbacion en las mas santas sociedades de que son el azote, gentes de partido, susceptibles de todos los errores, y que solo parecen nacidos para sembrar en todas partes la zizaña, la division y el cisma: *Soportad á los flacos y á los imperfectos. Animad á los que se abaten á la vista de las menores dificultades.* La caridad que debe distinguir á todos los cristianos, es paciente, compasiva, todo lo soporta, no es aceptadora de personas, no es vengativa ni rencillosa. No os dejeis vencer del mal, mas procurad vencer el mal que os hicieren, por el bien que hagais á los otros. No persigais las injurias, sino con beneficios. El gozo espiritual es fruto del Espíritu Santo; y Dios no quiere que los que le sirven sean adustos y melancólicos. En cualquier estado que os encontreis, ya sea en la pobreza, ya en la adversidad, ya en la miseria, recibidlo todo como venido de su mano; dadle las gracias por todo. Levantad sin cesar vuestro corazon á Dios; hacedlo todo por su gloria; adorad su Providencia en todo lo que os sucede; agradecedle, así las adversidades como

las prosperidades; pues todas las cosas se dirigen al bien de los que le aman. Un gran motivo para alegrarnos y dar gracias á Dios, es, que todo lo que sucede, sucede por voluntad de Dios en Jesucristo, con cuya imágen debemos conformarnos. No apagueis la luz del Espíritu Santo en vosotros por el pecado; no sofoqueis sus inspiraciones resistiendo á la gracia; y cuidado con arrojar las instrucciones de los que os hablan de parte de Dios, bajo el pretexto que hay entre vosotros falsos profetas. Examinad todas las cosas, y tomad lo que hay en ellas de bueno: no os dejeis prevenir de falsas preocupaciones. San Cirilo, explicando este pasage, dice: Sed como los buenos caminantes: no os dejeis engañar de un falso brillo, de un exterior engañoso: arrojad todo lo que hay de falso sello, y no retengais sino lo que es bueno y de peso. No basta ser inocentes á los ojos de Dios; es menester evitar hasta la apariencia, hasta la sombra del mal, para no escandalizar á nadie: á todos debemos dar buen ejemplo; esta obligacion no es la menor de nuestras obligaciones.

El Evangelio es del capítulo XVII de San Mateo, donde nos demuestra la Trasfiguracion de Jesucristo en el monte Tabor. Habia poco tiempo que instruyendo el Salvador á sus discípulos sobre los principales misterios de la religion, les habia hecho una pintura bastante viva de las humillaciones, y de las ignominias de su pasion, y de los trabajos y humillaciones que ellos mismos tendrian que sufrir. Estas imágenes tristes eran muy á propósito para aterrar á unos hombres, todavía materiales é imperfectos. Sin duda para sostener su fé todavía débil, y para avivar su aliento todavía tímido, les dijo el Salvador, que algunos de los que se hallaban allí, no moririan, hasta que hubiesen visto al Hijo de Dios en su gloria. En efecto, despues de seis dias, escogió Jesus tres de sus Apóstoles, Pedro, Jacobo y Juan, y los llevó consigo á la cima de un alto monte. Como no queria que este misterio fuese conocido y hecho público ántes de su resurreccion, no llevó consigo sino un corto número de personas. Toma tres de sus discípulos: este era el número mas completo que pedia la ley para hacer un testimonio digno de toda fé. Escogió para testigos de su gloria á aquellos que bien presto lo habian de ser de su agonía, para enseñarnos que si queremos tener parte en su gloria, hemos de tenerla en sus trabajos y humillaciones. Habiendo llegado á la cima del monte, se retiró un poco á solas, y se puso en oracion. Entónces se transfiguró, esto es, se dejó ver en el resplandor de su gloria, no ya bajo el aspecto de un sim-

ple hombre, sino como un Hombre Dios. El resplandor de su divinidad y la gloria de su alma bienaventurada parecieron visiblemente en su cuerpo por algunos rayos de aquella luz admirable, que hasta entónces habia tenido escondido en su orígen. Su rostro apareció luminoso como el sol; sus vestidos, blancos como la nieve, no se convirtieron esencialmente, ni se mudaron, dice San Gerónimo, solo recibieron un brillo resplandeciente de aquella viva luz que resaltaba de todo su cuerpo. Se puede decir en cierto sentido, que la vida comun de nuestro Salvador y su bajeza exterior eran propiamente una verdadera transfiguracion; pues parecia en un estado ageno de su naturaleza, al paso que la gloria de su transfiguracion era su estado natural, y era menester un milagro continuado, para hacer que su gloria y su magestad no resaltasen, y se dejasen ver en su rostro; mas no era menester sino suspender el milagro, para mostrarse tal como se dejó ver entónces. Su cuerpo estaba como una nube al derredor del sol. Naturalmente debia estar todo brillante por la luz que tenia encerrada y como envuelta. En este estado de magestad no quiso Jesus parecer solo. Moises y Elías parecieron á sus lados hablando con él. Quiso Jesucristo que el legislador mismo y uno de los mas ilustres Profetas diesen á los Apóstoles testimonios de que era él á quien convenia todo lo que la ley y los profetas habian figurado ó predicho del Mesías. Ved aquí una señal del cielo, dice S. Gerónimo, cual los fariseos le habian pedido algunos dias ántes; mas de que no merecian ser testigos. Elías, dicen los padres, estaba todavía en vida, y pareció con su cuerpo natural. Moises resucitó para este caso, y despues se volvió á dormir en el Señor. La materia de la conversacion de Jesusristo con Moises y Elías era de los suplicios y de la muerte que Jesucristo habia de padecer en Jerusalen. Los apóstoles fueron asaltados de un dulce espanto, causado por la admiracion y el gozo que les inspiraba la vista de este prodigio. Entónces San Pedro, arrebatado todo de amor, y abandonándose al gozo de que saltaba, en una especie de éxtasis exclamó: ¡Ah Señor, qué bueno es esto! ¿Quereis que fijemos aquí nuestra morada? En ninguna parte podremos estar mejor: permitid que no salgamos de aquí; levantarémos tres tabernáculos ó tiendas, una para vos, otra para Moises y otra para Elías. San Pedro no consulta aquí sino á su buen corazon, y se deja arrebatar de su vivacidad ordinaria, y del ardor de su devocion. Aun no habia acabado de hablar, cuando una nube resplandeciente los envolvió y al mismo tiempo salió de la nube una voz, que decia: *Este es mi amado Hijo, en quien yo encuentro y tengo todas mis complacencias: oidle como á vuestro maestro, obedecedle como á vuestro rey.* Esta voz no se oyó sino despues que Moises y Elías hubieron desaparecido: para que estando solo Jesucristo, dice S. Crisóstomo, no se pudiera dudar que se dirigia á él. El resplandor de esta nube y el sonido de esta voz, hicieron tal impresion en los apóstoles, que llenos de temor cayeron en tierra boca abajo, y al mismo instante toda esta gloria se desvaneció. Acercándose entónces Jesucristo, les dijo: *Levantaos, no tengais miedo.* Comenzaron al punto á levantar los ojos, y viéndolo solo, se aseguraron y se serenaron. Querian ir á contar á los otros apóstoles lo que acababa de suceder; pero Jesus les mandó al bajar del monte, que no lo dijesen á nadie hasta despues de su resurreccion.

La Epístola es del capítulo V de la primera del apóstol S. Pablo á los tesalonicenses.

Hermanos: Os rogamos que corrijais á los inquietos, que consoleis á los pusilánimes, que soporteis á los flacos, que séais sufridos con todos. Mirad que ninguno vuelva á otro mal por mal; sino tratad de hacer siempre bien unos á otros, y á todo el mundo. Vivid siempre alegres: orad sin intermision. Dad gracias por todo *al Señor*, porque esto es lo que quiere Dios que hagais todos en Jesucristo. No apagueis el Espíritu *de Dios*. No desprecieis las profecías. Examinad, sí, todas las cosas; y atenos á lo bueno. Apartaos de toda apariencia de mal. Y el Dios de la paz os haga santos en todo, á fin de que vuestro espíritu entero, con alma y cuerpo, se conserven sin culpa para cuando venga nuestro Señor Jesucristo.

El Evangelio es del capítulo XVII de S. Mateo.

En aquel tiempo: Tomó Jesus á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano; y subiendo con ellos solos á un alto monte, se transfiguró en su presencia; de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Y al mismo tiempo les aparecieron Moises y Elías conversando con él. Entonces Pedro tomando la palabra, dijo á Jesus: Señor, bueno es estarnos aquí: si te parece, formemos aquí tres pabellones, uno para tí, otro para Moises, y otro para Elías. Todavía estaba Pedro hablando, cuando una nube resplandeciente vino á cubrirlos; y al mismo instante resonó desde la nube una voz que decia: Este es mi querido

Hijo, en quien tengo todas mis complacencias. A él habeis de escuchar. A cuya voz los discípulos cayeron sobre su rostro en tierra, y quedaron poseidos de un grande espanto. Mas Jesus se llegó á ellos, los tocó, y les dijo: Levantaos, y no tengais miedo; y alzando los ojos, no vieron á nadie sino á solo Jesus. Y al bajar del monte les puso Jesus precepto, diciendo: No digais á nadie lo que habeis visto, hasta tanto que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos.

MEDITACION.

Sobre la imitacion de Cristo.

Considera que la Transfiguracion de Nuestro Señor Jesucristo es como una norma ó regla de la que debe verificarse en nosotros, pasando del estado de la culpa en que hemos sido concebidos, y tal vez de nuestros pecados personales, á un estado de gracia y santificacion mediante nuestra conversion á Dios y el aprovechamiento en la virtud. Aquel estado glorioso en que vemos á Jesucristo en lo alto del monte Tabor, nos denota bastante la santidad á que debemos aspirar, subiendo al monte de la perfeccion; pues así como el Señor resplandeció ante sus apóstoles haciendo que brillara su rostro como el sol, y que sus vestidos apareciesen blancos como la nieve, así nuestras almas deben aparecer ante Dios con la blancura de la inocencia y de la pureza, y con el resplandor de la gracia y de las virtudes, que debemos á la bondad del mismo Dios y Señor Nuestro. Mas este estado de gracia y santidad, que podemos bien llamar un estado de gloria en la tierra, no es incompatible con la humillacion y los rigores de la penitencia. Tal se nos denota en el mismo pasage; pues vemos que al mismo tiempo que el Salvador da á sus discípulos esta muestra de su gloria, habla de su pasion amarguísima con Moises y Elías; haciéndonos conocer que un estado de tanta felicidad no puede sostenerse en la tierra sino entre los rigores de la penitencia.

Considera que así como vemos en este paso que Moises y Elías dan testimonio de la divinidad de Jesucristo, así tambien debemos conocer que deben darla de la calidad de nuestra virtud, no precisamente las personas del legislador y del profeta, sino lo que en ellas se connotaba y figuraba, esto es, la ley y los profetas. Segun esta inteligencia, la ley y los profetas aparecieron en el Tabor dando testimonio al evangelio, quiere decir, certificando á los apóstoles de que el evangelio que les anunciaba el Salvador era muy conforme con la ley dada por el mismo Dios, y con los anuncios de los profetas que lo predijeron de parte de Dios á los hombres. Así, pues, podemos considerar que nuestra virtud debe ser tal que merezca este testimonio favorable de la ley y de los profetas: de la ley, en cuanto se halle radicada y fundada sobre la exacta observancia de los mandamientos de Dios; y de los profetas, en cuanto á que sea tal que corresponda bien al retrato del justo que nos formaron, ya con las correcciones de los vicios y defectos, y ya con el anuncio de las sublimes virtudes que predijeron habian de poseer los verdaderos discípulos de Cristo, como imágenes fieles que debian ser del Santo de los santos que con ojo profético vieron humanado en la tierra y conversando entre los hombres, y que nosotros tenemos la felicidad de mirar como gran tipo y ejemplar divino de las virtudes que deben adornarnos.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Y cómo podemos, ó Salvador divino, dejar de contemplar vuestras virtudes, para copiarlas, en cuanto nos sea dado, con el auxilio de vuestra gracia? ¿Cómo podremos desentendernos de imitar vuestra inocencia, vuestra pureza, vuestra caridad y el amor ardiente con que os abrazásteis con la cruz y los trabajos? ¿Por ventura pudieron vuestros apóstoles dejar de predicar lo que vieron y oyeron de vos mismo? Pues tampoco nosotros podemos prescindir de imitar las virtudes de que nos disteis ejemplo: ellas serán mi estudio y el objeto á que viva consagrado, pidiéndoos que vos mismo rijais la mano que debe formar vuestra copia.

JACULATORIA.

Yo obraré segun el ejemplar que se me ha mostrado en el Tabor.

LECCION.

Sobre el modo de ser dichosos.

¡Cuántos hay en este mundo que creyéndose en él verdaderamente dichosos, dicen: *Bueno es estarnos aquí!* Aunque estas palabras parece deberian tener un solo y simple objeto, con todo, al modo de un cristal de muchas caras se multiplican en otras tantas felicidades terrenas, como gustos hay en los hombres. El avaro no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conoce otro modo de estar ó ser dichoso, sino el de amontonar mas y mas dinero: el pródigo solo estima por feliz al que disipa su caudal: el ambicioso solo considera afortunado al que logra uno y otro empleo; y el amante solo tiene por venturoso al que se aprisiona y esclaviza de una muger. Segun esto, podria decirse que la felicidad no es mas que una cosa puramente arbitraria, y que solo existe en nuestra imaginacion ó fantasía.

Es verdad que nuestro modo de ver las cosas contribuye mucho para hacernos dichosos; pero sin depender de nuestro conocimiento hay una dicha real, que trayendo su origen del bien eterno, inmutable é infinito, no depende de las inclinaciones de los hombres. Por mas que nos estraviemos, todo nos llama á este bien; y á pesar de nuestras diversiones, fiestas y espectáculos, riquezas y honores, todos conocemos, ó al ménos sentimos interiormente que hay otra felicidad ademas de estas complacencias frívolas, supuesto que ellas nunca satisfacen nuestros deseos. Esto nos confirma en el conocimiento de la Divinidad, esto es, de un solo Ser que tiene en sí mismo bienes con que contentar á una alma inmortal, como lo experimentó San Pedro, aunque de paso, allá en el Tabor, al ver á Jesucristo transfigurado.

A pesar de nuestra disipacion y desórdenes, no deja Jesucristo cada dia de ofrecer á nuestros ojos un rayo de su hermosura eterna, que veriamos mas clara que el sol, si nos paráramos á reflexionar. El enojo que nos consume, los disgustos que nos agobian, las contradicciones que nos impacientan, y los deseos que continuamente se atropellan, no son ni efecto de un hado fatal, ni de la inconstancia, sino pendientes disposiciones de la justa y sábia Providencia. Esta es la que con su mano bondadosa nos mueve entónces para desasirnos de todos nuestros placeres; esta es la que nos habla para despertarnos de nuestras falsas alegrías y llevarnos á Dios. Ella sabe nuestro genio, nuestro temperamento, y nuestras inclinaciones; y cuando halla ocasion de derramar una amargura saludable, nos hace dura é insufrible esta vida, y nos dá á conocer que debemos desear otra: ella en fin, es la que dá á nuestra razon aquella gracia particular sin la cual no llega á resistir á nuestras pasiones y locuras.

Todos nuestros dias é instantes serian una sucesion ó cadena de reflexiones, si ménos disipados meditáramos las verdades santas del Evangelio. Cualquiera acaecimiento nos abriria una dilatada carrera, donde veria nuestra alma la luz indefectible, y aprenderiamos

á despojar á las riquezas y á los honores del falso esplendor con que se visten. Es necesario entender, aunque no queramos, que nosotros estamos en un mundo, donde nuestras pasiones y sentidos han puesto un baño ó sobredorado que nos le hace desconocido: lo que no es mas que un espantajo, se nos presenta con el aspecto mas engañoso y lisonjero: lo que nos punza, parece que nos acaricia; y lo que nos abate, parece que nos exalta. De aquí nace aquella frenética impetuosidad con que nos avanzamos á los objetos mas peligrosos: de aquí resulta aquella infeliz sordera y ceguedad, que nos impide oir á nuestra conciencia y conocernos.

Al formar Dios al hombre le inspiró el deseo de ser dichoso, y lo proveyó, como tambien á todos nosotros, de los medios convenientes para llegar á serlo. Estos medios que la mayor parte de las gentes creen muy difíciles y alejados, se hallan cerca de nosotros y dentro de nosotros mismos; de modo que podemos calcular y valuar todos los bienes que conocemos. ¿Mas qué nos dá por resultado el análisis de las fortunas y grandezas, que cada uno codicia como verdadero bien? Despues de haber puesto á un lado los peligros, las flaquezas, las preocupaciones é ilusiones fantásticas que van en su comitiva, y por último, su vanidad, su esclavitud, su fragilidad, no se hallará, separado todo esto, sino un vapor que se disipa conforme se levanta. El nacimiento, la reputacion y aun la sabiduría terrena, puestos en el crisol de la verdad, se derriten al instante, y no dejan ni aun señal de su esplendor. Si todos nos aplicáramos á este análisis, sin duda percibiriamos que el universo no contiene en sí mismo caudal bastante para contentar una alma mas grande que todo lo terreno.

¡Cuántos recursos no nos ha dado la santa y divina Providencia dentro de nosotros mismos, contra las pesadumbres y adversidades, cuando sabemos fondearnos y advertir nuestras ventajas! Entónces el que goza de una perfecta salud, contempla al que está oprimido de males; y hélo aquí dichoso: entónces el que vive en libertad, dá una mirada á los que están en cárceles y calabozos; y vele aquí feliz en su estado, y contento con su suerte. Hay horas de gozo y consolacion para todos los hombres, y tambien horas de pena y pesar; unas y otras casi se equilibran. Es verdad que al pobre falta todo; pero muchas veces piensa mejor que el rico que todo lo tiene: el enfermo padece en su cuerpo; pero al traves de su aflixion su alma vé otra vida que espera, y en ella la cercana consolacion que no

tiene el hombre en sana salud. Se miran el humilde artesano é industrioso labrador poco atendidos; pero ellos se conocen superiores á muchos grandes por la elevacion de sus pensamientos. Todos, en suma, tenemos un manantial de esperanzas, que forman acá en la tierra una parte de nuestra dicha.

Si dedujéramos las ideas de felicidad de las reflexiones que la Religion nos sugiere, nos hallaríamos infaliblemente felices: diríamos á todo lo que nos sucediera: Esto es una nube que pasa y un sueño que finaliza. Pero somos realmente desgraciados porque queremos serlo. Para ser felices era preciso evitar pleitos, negocios, caprichos; y no los evitamos: era preciso privarse de todos los placeres sensuales que no causan sino remordimientos; y no nos privamos de ellos: era preciso huir del mundo; y nosotros no queremos estar sino en medio de él: era preciso practicar la virtud y amar á Dios; y nosotros no hacemos ni lo uno ni lo otro: era preciso vivir ordenadamente léjos de las diversiones, espectáculos y concurrencias; y nosotros vivimos entregados al tumulto estrepitoso del mundo: era preciso escuchar el Evangelio y seguir sus consejos; y nosotros apénas sabemos que los hay: era preciso no estimar las modas, las vanidades y las mentiras; y nosotros las acariciamos: era preciso poner los ojos en los infelices que padecen hambre y desnudez, y se consumen en la miseria, para tener el placer de remediar sus necesidades; y nosotros no atendemos sino á los ricos, á sus placeres y sensualidades: era preciso, por último, ser pacientes y armarnos de valor; mas nosotros al menor mal que nos combate, desfallecemos. La paciencia es un don del cielo, y con ella bien podemos ser dichosos cuanto es dable en esta vida. Poseyendo esta virtud sí podrémos decir: *Señor, bueno es estarnos aquí.*

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Domingo segundo de Cuaresma.—La Transfiguracion del Señor en el monte Tabor.—*San Mateo, cap. XVII.*

Lúnes de la segunda semana de Cuaresma.—Daniel pide al Señor aparte su ira de Jerusalen y de su monte santo.—*Daniel, cap. IX.*

Mártes de la segunda semana de Cuaresma.—Sinagoga de los judíos.

Miércoles de la segunda semana de Cuaresma.—La madre de los hijos del Zebedeo pide á Jesus que uno de ellos sea sentado á su derecha y el otro á su izquierda, en su reino.—*San Mateo, cap. XX.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



Domingo 2º de cuaresma.



Lunes de la 2ª semana de cuaresma.



Martes de la 2ª semana de cuaresma.



Miercoles de la 2ª semana de cuaresma.

Segundo Domingo de Cuaresma.

En el segundo Domingo de Cuaresma fué vacante por muchos siglos, es decir, no tuvo oficio particular, porque el del Sábado antecedente, que era extraordinariamente largo por razon de la colacion de las Ordenes, ocupaba á los fieles toda la noche; de modo, que por lo comun no se acababa la misa hasta despues de salido el sol. Esto hizo decir á muchos, que las oraciones y las ceremonias de la colacion de las Ordenes, la que no empezaba hasta despues de la misa de las Témporas, esto es, el Sábado por la tarde, y á la que asistian todos los fieles, era el verdadero oficio del segundo Domingo por la mañana; y se pasaban las gentes sin tomar nada desde la comida del Viérnes hasta el Domingo por la mañana. La fatiga de este doble ayuno, junta á la de estar en vela toda la noche, y la de la funcion de las Ordenes, vino á ser nociva á la salud de muchos; por lo cual la Iglesia, como una buena madre siempre atenta á proveer á las necesidades aun corporales de sus hijos, limitó y restringió la colacion de las Ordenes á los Sábados de las cuatro Témporas, dejando de este modo libre todo el oficio del Domingo. Esta nueva disposicion dejó al segundo Domingo de Cuaresma un vacío, digámoslo así, que fué preciso llenar con un oficio particular. Al principio se contentaron los eclesiásticos con repetir el oficio y la misa del Sábado antecedente, omitiendo las lecciones del Antiguo Testamento; lo cual se practicó por algun tiempo, hasta que se estableció un oficio uniforme. En algunas Iglesias todavía se guardó la costumbre que habia en Francia, de decir en la misa de este dia el Evangelio de la parábola del Hijo pródigo: en otras partes se tomó del oficio del Juéves antecedente el Evangelio de la Cananéa; y esto es lo que significa la costumbre que todavía hay en algunas antiguas Iglesias de predicar hoy el Evangelio de la Cananéa con preferencia al del dia. Pero al fin todas las Iglesias se han unido en la leccion del Evangelio del Sábado antecedente, el cual contiene la historia de la Transfiguracion. Solo la Iglesia de Milan conserva todavía su antigua costumbre de decir en la Misa de este dia el Evangelio de la Samaritana. Este segundo Domingo se llamó comunmente, *Reminiscere*, del nombre de la primera palabra del Introito de la Misa.

El Introito se tomó del Salmo XXIV que dijimos haber sido com-

puesto por el Santo Rey David, cuando la rebelion de su hijo Absalon le obligó á salir de Jerusalen, y salvarse á pié, abandonado casi de todo su pueblo. El Espíritu Santo se sirvió de esta afliccion y humillacion para inspirarle los mas devotos y mas tiernos sentimientos de penitencia, y la mas viva confianza en la misericordia de Dios; así es que en todo este Salmo se advirte la oracion mas perfecta que puede hacer un pecador, especialmente cuando se halla combatido de los enemigos de su salvacion.

Acordaos, Señor, de vuestras antiguas misericordias, dice David, de aquellas misericordias que ejercitais tantos siglos ha. No permitais que caigamos en las manos de los enemigos de nuestra salvacion. Libradme, ó Dios de Israel, de todos los motivos de afliccion que tengo. En todo este salmo pondera y ensalza David la misericordia del Señor, como el motivo principal de su confianza, sin embargo de la muchedumbre y gravedad de sus pecados; y aun toma la gravedad de sus pecados por un motivo particular para tener una gran confianza: *Tendrás*, dice, *piedad de mi pecado, porque es muy grande*. Como si dijera: vuestra misericordia, Señor, es infinita; pero me atrevo á decir, que no hay cosa que os honre mas, y que dé una idea mas alta de nuestra infinita grandeza y de vuestro poder sin límites, que vuestra excesiva clemencia; como tampoco hay cosa mas á propósito para hacer resplandecer esta clemencia, que el perdon que espero me concedais, por mas graves é innumerables que sean mis pecados. Es cosa bien clara, que lo que obligó á todos los profetas, y particularmente á David en sus salmos á admirar y ensalzar á toda hora la misericordia de Dios sobre todos los demas atributos, es el dignarse Dios hacerse hombre para redimir al hombre con su muerte de cruz. En efecto, la Encarnacion y la Redencion son unos misterios incomprensibles y muy propios para hacernos concebir grande confianza en Dios y arrepentimiento de nuestras culpas.

Por lo que mira á la Epístola de que se compuso el nuevo oficio de este domingo, no se tuvo por necesario repetir la del oficio del sábado antecedente; pero se tomó un asunto muy semejante de las instrucciones que da San Pablo á los de Tesalónica en la misma carta, enseñando á los fieles á vivir santamente en el mundo, y adelantarse en los caminos de la perfeccion. *Os rogamos*, dice el apóstol, *y os conjuramos en el nombre de Jesucristo, á que andeis sin cesar y sin desmayar un punto por los caminos de Dios, observando sus mandamientos y agradándole continuamente, como os lo hemos enseñado*. No os basta haber empezado tambien, es necesario que persevereis y os adelanteis cada dia mas y mas. No ignorais los preceptos que os he dado de parte de Dios, y lo que Dios espera de vuestra fidelidad. *La voluntad de Dios es que seais santos*. ¡Qué verdad de mayor consuelo y mas propia para animar vuestro celo y el deseo de vuestra perfeccion! Nada desea Dios mas sinceramente que vuestra salvacion: no hay uno entre vosotros á quien no llame el Salvador á la santidad. *Absteneos de toda impureza*. La menor falta contra esta delicada virtud mancha el alma y la hace horrible á los ojos de Dios. Acordaos continuamente que vuestros cuerpos son templo del Espíritu-Santo; no los profaneis con la mas ligera mancha. Un cristiano debe tener una especie de respeto y veneracion á su cuerpo por ser miembro de Jesucristo. ¿No sabeis, dice el mismo apóstol á los corintios, que vuestros cuerpos son miembros de Jesucristo? ¿Ignorais acaso que vosotros sois templo de Dios, y que el Espíritu del Señor habita en vosotros? ¿Qué delito no será arrojar al Señor de él con una profanacion sacrílega? No sigais el ejemplo de los paganos, los cuales no siguen otra regla que sus pasiones, de las que son esclavos. *Nadie use de violencia ni de fraude con su prógimo en ningun negocio*: y la razon que da es, porque el Señor es vengador de todas estas cosas. La ingenuidad y la buena fé deben hacer en parte el carácter del cristiano. ¿Qué se gana con el disimulo y los artificios? Las apariencias pueden engañar á los hombres que no ven el corazon; pero Dios penetra hasta el fondo del corazon y descubre todos nuestros artificios. Dios no nos ha llamado para que seamos impuros, sino para que seamos santos.

Por ser el Evangelio de este dia el mismo del antecedente, no repetimos la historia de la Transfiguracion del Salvador: contentándonos con añadir algunas reflecsiones sobre este misterio.

Por Transfiguracion del Señor se entiende aquella mutacion gloriosa que hizo Jesucristo en su cuerpo, en presencia de San Pedro, de Santiago y de San Juan en el monte Tabor, dejándose ver en el resplandor mas brillante de su gloria en medio de Moises y Elías, con quienes estuvo hablando acerca de las ignominias de su pasion. La gloria que el alma de Jesucristo gozaba desde el primer instante de su Encarnacion, naturalmente debia comunicarse á su cuerpo; y era un milagro continuado el que esta gloria estuviera suspendida

y encerrada en su alma sin que se descubriera el menor rayo de ella sobre su cuerpo en todo el discurso de su vida mortal. El fin que se propuso el Señor en su Encarnacion, y la eleccion que hizo desde la eternidad de las humillaciones de su pasion, y de las ignominias de la cruz, para redimir á los hombres, pedian este milagro. Porque si esta gloria hubiera resaltado durante su vida sobre su cuerpo, ¿quién hubiera pensado jamas en maltratarlo? Por esto dice San Pablo: *Si hubieran conocido al Señor de la gloria, jamas lo hubieran crucificado.* El dia de su Transfiguracion dejó Jesucristo de hacer este milagro por algunos momentos; permitió que se asomaran ó resaltaran sobre su cuerpo algunos rayos de la gloria que gozaba su alma. Su rostro y todo su cuerpo aparecieron entonces mas resplandecientes que el sol; y sus vestidos mas hermosos y mas blancos que la nieve.

Santo Tomas prueba que era conveniente que Jesucristo se transfigurase, para afirmar la fé y la esperanza de los apóstoles. Una y otra virtud debian ser puestas á pruebas estrañas á vista de los oprobios, de los tormentos y de la misma muerte ignominiosa del Salvador. Los apóstoles ántes de la venida del Espíritu-Santo solo tenian una idea confusa y grosera de la religion. Su fé era bastante imperfecta, y no menos débil su esperanza. Los milagros que hacia el Hijo de Dios, es verdad que eran un poderoso motivo de credibilidad; pero en fin, un Moises, un Elías, y tantos otros profetas habian hecho sin ser Dios, casi iguales milagros por virtud divina: por lo que era menester, pues, alguna cosa mas estraordinaria, que fuese una prueba visible de la Divinidad del Salvador, y que les diese una idea mas cabal de la eterna bienaventuranza, que debia ser la recompensa de su fidelidad, y esto es lo que se encuentra y se ve sensiblemente en la Transfiguracion del Señor.

Jesucristo, dice San Juan Damasceno, tomó á San Pedro consigo, cuando iba á transfigurarse, porque debia ser el pastor de la Iglesia universal, y habia ya confesado la divinidad del Salvador, siguiendo las luces que habia ya recibido del Padre Eterno. Tomó á Santiago, porque debia ser el primero de los apóstoles que sellase con su sangre la divinidad de su maestro. Finalmente, tomó á S. Juan, como el que entre los evangelistas debia publicar de un modo mas claro y mas eminente su divinidad. Pero si Jesucristo hace á los tres discípulos testigos de su gloria en el Tabor, quiere que lo sean asimismo de su agonía en el huerto, dándonos á entender con esto

el Salvador, que no da parte en sus dulzuras á los que no la toman en las amarguras de su pasion.

Asimismo para hacer testigos de su Transfiguracion á los discípulos, los desvia de la muchedumbre y los lleva á la cima de un monte muy alto; lo que todavía practica el dia de hoy con las almas fieles, á las que se manifiesta, llevándolas al retiro y elevándolas sobre los objetos criados. Ese cuerpo que hoy se ve desfigurado, abatido, consumido con los rigores de la penitencia, resplandecerá como un sol por toda la eternidad. Las dulzuras espirituales son aun en esta vida los frutos de la cruz. En medio de aquella gloria que resalta de todas partes: en medio de aquel dia resplandeciente que se puede llamar dia del triunfo de la sagrada humanidad de Jesucristo, este divino Salvador no habla sino de las humillaciones de su muerte y de sus tormentos. De donde se infiere, que un cristiano debe poner toda su gloria en la mortificacion y en la cruz. *No quiera Dios*, decia el Apóstol, *que yo me glorie en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.* El Salvador no permite á los testigos de su gloriosa Transfiguracion hablar de ella sino despues de su Resurreccion, para que la publicacion de este prodigio no impidiese su pasion. ¡Cosa estraña! Para hacer patente su gloria, escoge Jesucristo un monte desviado de todo comercio; solo lleva consigo unos pocos testigos á quienes encarga el silencio y el secreto de lo que han visto. Mas cuando trata de padecer una muerte afrentosa, escoge un monte espuesto á los ojos de toda Jesusalen. Así confundís ¡ó divino Salvador! nuestro orgullo con vuestra humildad.

La Epístola es del capítulo IV de la primera del apóstol S. Pablo á los tesalonicenses.

Hermanos: Os rogamos y conjuramos por el Señor Jesus, que segun aprendísteis de nosotros el modo como debeis portaros y agradar á Dios, así procedais, para adelantar mas y mas. Porque ya sabeis qué preceptos os he dado en nombre del Señor Jesus. Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificacion: que os abstengais de la fornicacion: que sepa cada uno de vosotros usar del propio cuerpo santa y honestamente; no con pasion libidinosa, como lo hacen los gentiles que no conocen á Dios: que nadie oprima á su hermano, ni le engañe en ningun asunto; puesto que Dios es vengador

de todas estas cosas, como ya ántes os he dicho y protestado. Porque no nos ha llamado Dios á inmundicia, sino á santidad: en Cristo Jesus nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo XVII de S. Mateo [*Pág.* 263.]

En aquel tiempo: Llevó Jesus consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, &c.

MEDITACION.

Sobre el misterio de la Transfiguracion del Señor.

Considera la suma sabiduría con que el Hijo de Dios hizo todas sus obras y se condujo en todas sus empresas. En el pasage que se nos refiere en el Evangelio de esta Dominica vemos la prevision que le obligó á transfigurarse ante sus discípulos; pues que sabiendo el Señor que habian de ser testigos de sus humillaciones, de sus padecimientos y de su muerte misma, trató de prevenirlos de antemano con una muestra de su gloria que daba á conocer su divinidad, para que su pasion y muerte no sirviese de motivo á la infidelidad en que tal vez hubieran caido, si no estuvieran satisfechos de la divinidad de su Maestro; y para que así mismo creyesen el misterio de su Resurreccion que les habia predicho, y conociesen que si padecia y moria era por una obra de misericordia toda gratuita y voluntaria, y no por una necesidad indispensable, como la que tiene cualquier hombre á pagar el tributo de la muerte y sufrir los males que el Señor le envia. Brilla tambien esta sabiduría en el testimonio que hizo el Señor diesen de la legitimidad y santidad de su Evangelio la Ley y los Profetas, mediante la aparicion de Moises y Elías que en el Tabor conversaban con Jesucristo. El Hijo de Dios ciertamente no necesitaba de este testimonio; pero quiso que se le diera en consideracion á nosotros, acomodándose á nuestra debilidad, y dándonos en ello otra prueba de su sabiduría y de su prudencia.

Considera que si en este misterio resplandece tanto la sabiduría del Señor, no brilla ménos su bondad. Por ella se digna asegurar á su Iglesia para todos los siglos, de la verdad de su palabra, dando de su persona un testimonio irrefragable toda la adorable Trinidad; pues á tiempo que el Hijo de Dios se dejaba ver con muestras visibles de su divinidad, una nube resplandeciente descendió al monte

Tabor, y en el mismo instante resonó desde la nube una voz que decia: *Este es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias: á él habeis de escuchar.* De suerte que manifestándose el Padre en esta voz divina, que expresamente declara ser Jesucristo su Hijo unigénito; manifestándose este Hijo en el resplandor de su gloria; y finalmente, el Espíritu Santo en la nube resplandeciente que bajó, y de la cual salió aquella voz divina, se ve que toda la adorable Trinidad dió este gran testimonio, y que lo dió en beneficio de la Iglesia; ya porque los testigos ante quienes se dió, eran los fundadores de la Iglesia, y particularmente el que era constituido piedra fundamental de ella y su cabeza visible; y ya porque se daba para que con toda plenitud de satisfaccion y confianza oyésemos lo que Jesucristo nos predicaba revelándonos el dogma y estableciendo la moral. ¡Ah, que con razon el amoroso Pedro deseaba que durase permanentemente aquel estado de felicidad y de gloria! Empero no le es dado en la tierra á la Iglesia militante el descanso y el gozo de la bienaventuranza: aquí debe trabajar, aquí debe padecer, aquí debe pelear, para gozar despues en la patria celestial el premio eterno que se haya adquirido con sus méritos.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Sea ¡oh Dios de magestad! este el premio que des á tu siervo, y estos méritos el empleo de mi vida; pues nada quiero hacer ni grangear en la tierra, que no sea servirte con fervor, y merecer para la vida eterna. ¡Oh Jesus, resplandor de la gloria del Padre! ¡Quién me dará que te contemple, y entre en el gozo de tu rostro divino; no de un modo transitorio en la vida presente; no en enigma como ahora te contemplo, ó como en un espejo; sino de rostro á rostro, mirando eternamente aquella tu faz hermosa y resplandecientísima en que verse desean los Angeles de tu gloria! ¿Mas quién soy yo para tanta felicidad? ¿Cómo ver á su Dios quien lo ha ofendido tanto? ¡Ah! si no fueses mi Salvador, mi esperanza pereceria, y me veria privado aun del consuelo de tenerla. Pero me redimiste; y ya puedo prometerme contemplarte en tu gloria.

JACULATORIA.

¡Oh Dios! ¡Qué bueno es servirte en la tierra, para contemplarte en el cielo!

LECCION.

Continúa la materia de la precedente.

Los hijos de Adan, deseando resarcirse de aquella su antigua y primera felicidad, ha mucho tiempo que la solicitan en la tierra; pero ¡cuán en vano! pues que la misma felicidad de esta vida no es fruto de la tierra que habitamos. Despues de la primera y mas antigua desobediencia del comun padre, no se encuentran en este mundo sino espinas, no produce sino abrojos. La amargura del ajenjo se derrama en todos sus frutos: de ahí es que el mundo, tan magnífico en sus promesas, no ha podido hasta aquí hacer sino infelices, y, con duplicada infelicidad, pues que las mas ocasiones, despues de haberlos hecho desgraciados en esta vida, los hace tambien en la otra. Los que han tenido mas parte en los bienes de este mundo, son puntualmente los que mas han sentido su vacío y futilidad. Salomon, el mas rico, el mas feliz, el mas poderoso de los monarcas, el mas sabio de todos los hombres, confiesa con toda verdad su miseria y pobreza. En el centro de la abundancia, en medio de la mas floreciente y mas continuada prosperidad, no duda asegurar que todo lo que el mundo ofrece, que todo lo que hay en él, no es mas que ilusion y vanidad: y aun menos que esto, pues se expresa diciendo: Que todo es vanidad de vanidades: con todo, nosotros siempre corremos presurosos tras de esas sombras vanas y efímeras.

Para ser feliz es preciso que el corazon esté tranquilo, que esté contento, que todo esté en calma, y esto no es dado en este mundo. En medio de los bienes, en el colmo de las honras, en el centro de los placeres es donde se encuentra ménos serenidad: solo Jesucristo puede mandar á las olas y á los vientos, solo él puede constituir nuestra única y verdadera felicidad. Las pasiones son los tiranos del corazon humano: la prosperidad las irrita y las hace mas feroces: ellas se fortifican con la edad, y nunca son mas violentas, que cuando ésta nos debilita y consume nuestras fuerzas. La abundancia de los bienes criados, es un manantial fecundo de inquietudes y cuidados; al paso que se aumentan los placeres, se multiplican los tedios y se acumulan los disgustos: no hay placer que no sea amargo. Las honras son lisonjeras; pero para los que las ven en los otros. En una palabra, la cruz es la dote de los hombres al nacer; no hay estado, no hay condicion, no hay familia, no hay particular que no

deba cargar su cruz; con la diferencia, que para el que la lleva de buena voluntad y por Jesucristo, es suave y ligera, conforme al testimonio de este mismo Señor, y para el que la rehusa es pesada. ¿Quiéres ser dichoso? Es preciso que te apartes de este mundo, es preciso subas al Tabor.

Ni el oro, ni el empleo, ni la fama son los artífices de nuestra dicha; ántes bien, al contrario, son obstáculos para que seamos dichosos. Los que gozan de todos estos beneficios, no dejan de ser devorados por el fastidio y el enojo: cuantas mas riquezas y mas bienes exteriores se poseen, ménos dedicacion se tiene á los ejercicios religiosos; los que á la verdad nos conducen á una felicidad eterna. Es cosa cruel y horrorosa solo el pensar que uno pudiera ser dichoso viviendo separado de Dios; porque ¿qué vida puede ser la de una alma entregada á la impetuosidad de las pasiones? La única felicidad es la que no se puede perder, y las pasiones se apagan de instante en instante. Los hombres que se inclinan á la tierra para coger el oro, de ninguna manera son dichosos. Si no nos elevamos y hacemos superiores á cualquiera gran fortuna, nuestra imaginacion desbarra, nuestras ideas se turban, nuestros pensamientos se confunden, nuestros deseos se suceden sin satisfacerse, y por último, la inquietud nos domina, y el disgusto nos agobia. Esto es lo que dice la religion y comprueba la experiencia. Entrad en aquellos palacios donde brilla el oro y el jaspe: considerad aquellos hombres de fortuna á quienes diviniza la adulacion, y que ven á sus piés á los que se tienen por los mayores personages: aquellos hombres que al parecer no viven sino para desear y ver prontamente cumplidos sus deseos y satisfechas sus pasiones: retiraos; y despues de haberlos detenidamente considerado, decid con toda seguridad que estos hombres son los mas infelices del mundo si no tienen á la religion por guia, al cielo por esperanza y á Jesucristo por apoyo: esta es la verdad. Un viagero que por muchos años habia andado dando vueltas al derredor del mundo, preguntado una vez ¿qué personage quería ser de cuantos habia visto para ser dichoso? Respondió: *Buen cristiano.* Respuesta verdaderamente sabia, que no es ni de un idiota, ni de un alucinado, sino de uno que conoce la naturaleza de nuestra alma, y que sabe, y muy bien, que el cristiano, y solo él tiene socorros contra todos los acaecimientos, asaltos é infortunios!

En efecto, poned á un hombre enmedio de las desdichas, cualesquiera que sean, y faltará á la verdad el que diga que no se halla

para su dolor remedio alguno en el Evangelio; porque Dios que está en todas partes y que todo lo puede, nos vale por todo. ¡Desgraciados los que se afianzan de un brazo de carne! No pongais, nos dice la Escritura, vuestra confianza en los príncipes de la tierra, porque ¿cómo os han de hacer dichosos los que no lo son por sí mismos? ¡Qué felicidad para una alma que cree con firmeza y medita con frecuencia las verdades santas de la religion; y que entregada á la contemplacion de los salmos, lee y relee que el justo jamas se verá abandonado: que perecerá el deseo de los pecadores: que el calumniado será ensalzado, y el calumniador humillado: que Dios se manifestará pronto para juzgar la causa de la viuda y del huérfano: que mas vale ser el último en la casa de Dios, que el primero en los palacios de los reyes: que el Dios de los cristianos es un Dios que todo lo oye, todo lo ve, como que él mismo hizo los ojos y los oidos: que tiene colocado en el sol su tabernáculo: que sabe el número de las estrellas, y que las llama á todas por sus nombres: que hizo la noche y la mañana, el invierno y estío, la primavera y el otoño, y que con solo su querer sostiene el mundo! Confesemos que solo estas ideas son sublimes y magníficas, y que es preciso no conocer la verdadera felicidad y grandeza, para no gustar de ellas; pero nadie las gusta sino el que de ellas se alimenta y las prefiere á todos los placeres y vanidades del siglo.

Lúnes de la segunda semana de Cuaresma.

La misa de este dia empieza por estas palabras del salmo XXV: "Libradme, Señor, de mis enemigos, y compadeceos de mí; porque siempre he seguido el camino de vuestros mandamientos, y espero alabar sin cesar vuestras misericordias en las congregaciones de los justos." David, perseguido por Saúl, se habia refugiado entre los filisteos ó entre los moabitas. Sus enemigos se aprovecharon de este retiro, para publicar mil calumnias contra él. Decian á gritos que era rebelde á su rey é infiel á su Dios: que habiéndose retirado entre los infieles, participaba de sus supersticiones, de sus impiedades y de sus idolatrías; que debia ser proscrito para siempre. Vivamente herido David por tan injusta calumnia, no tiene otro recurso que invocar al Señor, le toma por testigo de su inocencia, y le pide justicia contra sus enemigos. Los verdaderos cristianos en sus adversidades pueden aplicarse este salmo, cuando se ven perseguidos, y servirse de él como de una santa oracion muy apropósito para conseguir la paciencia y nuevo aliento.

La Epístola de la misa de este dia contiene una parte de la fervorosa oracion que hizo á Dios el Profeta Daniel, ántes que el arcángel San Gabriel le descubriese el tiempo preciso de la venida del Mesías y de la total ruina de Jerusalen dentro del término de las setenta semanas de años. Este Profeta, compadecido de las desdichas de su nacion, se sirve de todos los motivos que juzga apropósito para aplacar el enojo de Dios, y hacer que tenga fin la larga cautividad en que gemian setenta años habia. En esta Epístola tenemos un perfecto modelo de la oracion mas viva, mas enérgica, tierna y patética: de la que nos podemos servir para invocar al Señor en una calamidad pública, y tambien en el tiempo de los mas grandes azotes del cielo. *Oidnos, Señor*, dice, *aplacad vuestro enojo: poned los ojos sobre nosotros, y obrad. No lo dilateis, Dios mio, por vuestro amor; porque esta ciudad y este pueblo son vuestros y tienen la honra y la dicha de perteneceros de un modo mas particular que las demas naciones de la tierra. Haced que no lleven en vano el nombre de pueblo vuestro. Apártese vuestra indignacion, Dios de misericordia, de vuestra santa ciudad de Jerusalen y de vuestro monte santo.* Es verdad, Señor, y yo lo confieso, que Jerusalen y vuestro santo pueblo son el dia de hoy el oprobio de las naciones que nos rodean, por razon de nuestros pecados y de las iniquidades de nuestros padres; pero me atrevo á decir que va vuestra honra y vuestra gloria en que los enemigos de vuestro santo nombre no tengan la maligna satisfaccion, ni se glorien de haber arruinado para siempre vuestro santo templo. Dignaos, Señor, inclinar vuestros oidos á nuestros ruegos y compadeceos de nuestras lágrimas, de nuestros gemidos y de nuestros suspiros.

El Evangelio pedia una oracion semejante en los judíos endurecidos, para que Dios usase con ellos de misericordia. En él se nos refieren las terribles reconvenciones que Jesucristo hizo á los judíos sobre su impenitencia; y la espantosa amenaza que les hizo de abandonarlos y dejarlos morir en su pecado, si se obstinaban en no querer reconocerle despues de todas las señales que les habia dado de su mision y de su divinidad.

Acababa el Salvador de representar á los judíos el daño que se hacian á sí mismos por su porfiada obstinacion y su endurecimien-

to en el pecado; y el terrible castigo que iban á atraer sobre sí por su impenitencia. Ya van tres años, les dice, que procuro convenceros de la verdad de mi mision con mis milagros, repetidos tantas veces á vuestra vista; los mismos años ha que me esfuerzo á moveros y excitaros con mis palabras, y á convertiros por medio de mis inspiraciones, auxiliándoos con mi gracia: y nada es capaz de ablandar la dureza de vuestros corazones, y haceros dóciles á mi voz. *Yo me voy:* estoy á punto de dejaros: el constante abuso que habeis hecho de mi gracia, me obliga á abandonaros á vuestra triste suerte y á no desplegar mas mis labios. Ya no me veréis mas entre vosotros, ya no os solicitaré con fuertes inspiraciones, con amorosos convites, con las dulces impresiones de mi gracia. *Yo me voy:* vuestra resistencia á todas mis instrucciones y á todos mis llamamientos interiores, ha cansado finalmente mi paciencia. *Yo soy la luz que ha venido á alumbraros,* y vosotros os obstinais en cerrar los ojos á esta luz: *yo soy el camino* que lleva á la vida; y vosotros rehusais porfiadamente entrar en él: *yo soy la verdad;* y vosotros no quereis escucharme ni creerme. *Yo me voy:* esta luz se os va á quitar: vosotros no encontrareis mas este camino; y esta verdad que no cesa de hablaros y de instruiros, va á sellar para siempre sus labios. Conocereis un dia, aunque demasiado tarde, el tesoro que poseiais y de que no os habeis querido aprovechar. Dentro de poco caereis en la desesperacion por no haber querido obedecerme y seguirme. Entónces me buscareis y morireis en vuestro pecado, en ese pecado en que habeis vivido. Los judíos esperimentaron demasiado la verdad de este oráculo; ¡pero cuántos cristianos lo experimentan tambien todos los dias! Dios habla interiormente al pecador; no cesa de echarle en cara sus desórdenes, su impiedad, su libertinage. Dios habla por los remordimientos de la conciencia, por el temor del juicio final, por los terrores de la muerte, por los accidentes funestos y terribles que sobresaltan y humillan. Dios habla por los oradores sagrados, por los libros devotos, y por aquellos piadosos movimientos, por aquellos deseos pasageros de conversion, por aquellas inspiraciones secretas que son el lenguaje de la gracia. Finalmente, Dios habla, así por las aflicciones y por las enfermedades, como por la prosperidad; y nosotros estamos duros, somos insensibles á todos estos llamamientos: *Yo me voy:* Dios se retira. Dios calla, todas estas voces enmudecen despues de una determinada continuacion de resistencias, despues de un cierto multiplica-

do abuso de inspiraciones y de gracias: y si habla este Dios despues de esta última ameneza, es para anunciar á estos pecadores obstinados *que morirán en su pecado;* y nadie hay sobre la tierra, añadió el Salvador hablando con los judíos, que sea capaz de sacaros de este infeliz estado, y de llevaros á donde yo voy. Esta palabra los sorprendió, dice San Juan, de modo que se preguntaban unos á otros, ¿qué quiere decir este, cuando dice que no podremos ir adonde él va? Mas el Hijo de Dios, penetrando sus pensamientos, les dió á entender que hablaba de la mansion de los bienaventurados en el cielo: que es propiamente su reino, y que hubiera sido el de ellos, si no se hubieran desterrado voluntariamente de él rehusando reconocerle por el Mesías. ¿Y quién eres tú? le dijeron los judíos. Yo soy, les respondió Jesus, el que es ante todas las cosas, y por quien han sido hechas todas. Tengo muchas cosas que deciros, añadió, y sobre que condenaros; pero cuando hubiéreis levantado al Hijo del Hombre, entónces conoceréis quién es el que os habla ahora, y al que vosotros no quereis conocer: vosotros conoceréis despues de mi muerte de cruz que soy Dios; que en todo cuanto hago obro de acuerdo con mi Padre, y conforme á su voluntad.

La Epístola es del capítulo IX del profeta Daniel.

En aquellos dias: Oró Daniel al Señor, diciendo: Señor Dios nuestro, tú que con mano fuerte sacaste de tierra de Egipto á tu pueblo, y te adquiriste un renombre, cual el que ahora gozas; *confesamos que* hemos pecado, que hemos cometido la maldad, Señor, por toda tu justicia: ruégote que aplaques la ira y el furor tuyo contra tu ciudad de Jerusalen, y contra tu santo monte: pues por causa de nuestros pecados, y por las maldades de nuestros padres Jerusalen y el pueblo tuyo son el escarnio de todos los que están al rededor nuestro. Ea pues, atiende, ó Dios nuestro, á la oracion de tu siervo y á sus súplicas; y por amor de tí mismo mira benigno á tu santuario, que está desierto. Dígnate escuchar, ó Dios mio, y atiende: abre tus ojos, y mira nuestra desolacion y la ciudad, en la que se invocaba tu nombre: pues postrados en tu presencia te presentamos nuestros ruegos; confiando, no en nuestra justicia, sino en tu grandísima misericordia. Escucha benigno, ó Señor; Señor aplácate, atiende, y ponte á obrar *nuestra salvacion:* no lo difieras, ó Dios, por amor de tí mismo; pues que la ciudad y tu pueblo llevan el nombre tuyo.

El Evangelio es del capítulo VIII de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judíos: Yo me voy, y vosotros me buscareis; vendreis á morir en vuestro pecado. Donde yo voy, no podeis venir vosotros. A esto decian los judíos: ¿Si querrá matarse á sí mismo, y por eso dice: Adonde yo voy, no podeis vosotros? Y Jesus proseguia diciéndoles: Vosotros sois de acá abajo; yo soy de arriba: vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo. Con razon os he dicho que morireis en vuestros pecados; porque si no creyéreis ser yo lo que soy, morirêis en vuestro pecado. Replicábanle: ¿Pues quién eres tú? Respondióles Jesus: Yo soy el principio, el mismo que os estoy hablando. Muchas cosas tengo que decir y condenar en cuanto á vosotros. Como quiera, el que me ha enviado es veraz; y yo solo hablo en el mundo las cosas que oí á él. Ellos no echaron de ver que decia que Dios era su Padre. Por tanto Jesus les dijo: Cuando habláreis levantando en alto al Hijo del Hombre, entónces conoceréis quién soy yo, y que nada hago de mí mismo, sino que hablo lo que mi Padre me ha enseñado. Y el que me ha enviado está conmigo, y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que es de su agrado.

MEDITACION.

Sobre la justicia con que Dios abandona al pecador impenitente.

Considera que al bien obrar está ligada la asistencia de Dios: así nos lo demuestra el Salvador en el Evangelio de hoy, donde dice: "El que me ha enviado está conmigo y no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que es de su agrado." El Hijo de Dios nunca pudo obrar mal, ni dejar de hacer lo que era del agrado de Dios, su Padre: sin embargo, hace valer la razon de su bien obrar para enseñarnos que á este se promete la asistencia de Dios; de modo que si el hombre observa los mandamientos y obra en virtud, viene á ser hecho morada y mansion de Dios mismo: A él vendrémos, dice el Salvador, y en él harémos mansion. Ni podia ser de otro modo; porque sin la conformidad de nuestra voluntad con la divina, ¿cómo podrémos estar en union con Dios? ¿Ni cómo puede estar conforme nuestra voluntad con la de Dios, si no obramos aquello que su Magestad quiere que obremos? Aun entre los hombres vemos que no se reputa por verdadero amor el que no inclina á hacer la voluntad

del amado; y vemos tambien que las frecuentes resistencias á obedecer y cumplir la voluntad del padre, del superior, de la persona amada llegan á hostigar tanto á estas personas, que en fin abandonan al mal hijo, al súbdito insolente, al falso amante. ¡Pues cuánto mas debe verificarse esto entre Dios y los hombres; ya porque la voluntad de Dios siempre es santa y benéfica, y ya porque estamos en estrecha obligacion de obedecerle siempre!

Considera que conforme á esta verdad que hemos venido reflexionando, fué muy justa la amenaza que hizo el Salvador á los judíos de separarse de ellos y dejarlos morir en su pecado. La obstinada resistencia que de continuo hacian á su predicacion, contradiciéndola y negándose á creer los misterios que les revelaba y la moral en que queria formarlos, merecian bien que se les quitase una luz á que cerraban los ojos, y una palabra á que no prestaban un acento dócil y humilde; tanto mas cuanto que la veian confirmada con estupendos milagros, con la santidad de vida del Salvador, y con la conveniencia de los anuncios proféticos en su persona. ¡Qué pues podia esperarse ya de un pueblo endurecido que no cedia al peso inmenso de tantos testimonios? El Salvador le habia prodigado sus beneficios, habia multiplicado las pruebas de su divinidad, le habia sufrido las mas atroces injurias y la contradiccion mas decidida, y todo por el largo espacio de tres años que habia gastado en predicarles su Evangelio sin lograr fruto, y ántes bien haciéndose ellos peores cada dia: ¿pues qué habia que hacer ya mas que abandonarlos á la suerte desgraciada que ellos solos con su obstinacion se labraron? ¡Ah, que esta es la que se labran tantos, tantos pecadores impenitentes que á ojos abiertos buscan su perdicion, desoyendo las tiernas voces de su amante pastor, y atrayendo sobre sí la sentencia formidable con que los arrojará para siempre al fuego eterno, donde jamas verán la cara de su Dios!

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh, no venga sobre mí, divino Salvador mio, tan terrible sentencia, ni sea yo un ejemplar de tu justa indignacion, como lo es aquel pueblo desgraciado! ántes experimente en esta vida todo el rigor de las penas correccionales con que procuras apartarme del mal y traerme al bien obrar: hazlo así, ó Padre mio, ya que tu dulzura no ha movido mi ingrato corazon; mas sea de modo que tu correccion

obre en mí una conversion verdadera y constante, para que sea enteramente tuyo, en el tiempo y en la eternidad.

JACULATORIA.

Por las calles y las plazas buscaré al que ama mi corazon.

LECCION.

Sobre la impenitencia final.

Sea, pues, la última y mayor de las miserias humanas el morir; sea igualmente la mas funesta desgracia la de vivir en pecado; pero el colmo de las mayores miserias y funestas desgracias es la de morir en él. Este monstruo horrible sin la muerte es un gran mal, y el único mal que se debe temer: con todo, miéntras el hombre está de viador, este mal no le quita la esperanza de todo bien; ántes le puede servir de materia y ocasion para ejercitar las mas excelentes virtudes. Puede ser, como lo ha sido en muchos santos, motivo para la mas extraordinaria penitencia; pero cuando se une con la muerte es el sumo de los males. El pecado imprime en la muerte el carácter de su malicia, y la muerte pone al pecador el último sello de su impenitencia. El pecado hace funesta para siempre la muerte; y la muerte hace irremisible para siempre el pecado. ¡Consecuencia extraña, suerte tristísima, destino espantoso! La muerte solo separa al alma del cuerpo por algun tiempo: el pecado y la muerte separan á estos de Dios para siempre. ¡Situacion verdaderamente temible!

Al que muere en pecado se le extingue todo rayo de esperanza; no le queda gracia que pedir, no tiene cielo que esperar, Salvador á quien aguardar, ni misericordia que implorar. María depone la ternura de que siempre usa para con los pecadores: la Iglesia le borra del número de sus hijos, y Jesucristo no usa del precio infinito de su sangre, sino para mas confundirlo y atormentarlo. Todo se acaba para este miserable: se le destierra para siempre de la congregacion del pueblo de Dios, se le borra del libro de la vida y solo queda escrito en el de la muerte: la justicia divina le imprime al instante el carácter indeleble de reprobacion eterna: los demonios al punto se le unen por compañeros, lo conducen al infierno, su eterna morada, lo ponen en posesion de los fuegos y tormentos que es su herencia, lo colocan en la rabia y desesperacion que es su pasion dominante, y en la condenacion que es su destino y su suerte. Impenitencia final, muerte espantosa en pecado, ¡qué terrible eres! Sin embargo, este es el fin de casi todos los que viven en delicias, de los libertinos estúpidos, de los grandes poco cristianos, de las mugeres sin religion; por último, de los pecadores que dilatan para la muerte su penitencia y su conversion.

A estos es á quienes Jesucristo dice en el Evangelio del dia de hoy: "Yo me voy: me buscareis despues, y será sin fruto, y será tarde; porque en fin, pereccreis en vuestro pecado." Nada mas seria necesario para convertirnos. Se sabe, ó á lo ménos debe saberse, qué es estar sin Dios, qué es morir en pecado, qué es ir al infierno: ¿por qué pues no nos convertimos? Porque lo diferimos para mañana. Llega mañana, ¿y mañana qué decimos? Lo mismo que hoy. Llegará pues la muerte, y no oirémos aquellas consoladoras palabras de: *Hoy serás conmigo en el paraiso de la gloria;* y cuando estemos en el infierno y preguntemos á los demonios con rabia y despecho, ¿cuándo se acabarán estas penas? ellos tambien nos dirán cada dia: Mañana; y como el mañana de nuestra conversion nunca llegó, así nunca llegará el mañana de salir del infierno.

Quien no se quiere convertir cuando puede, despues ó no quiere aunque pueda, ó no puede aunque quiera. Podemos pues convertirnos ahora, y no queremos; llegará la hora de la muerte, y entónces ó no querremos ó no podremos; y no hay que admirarse, pues todo viene de Dios, no solo el poder, sino tambien el querer. El que no quiere hoy, con dificultad quiere mañana, porque el no querer hoy nace del apego al vicio, del gusto del pecado; este pues crece con su repeticion, y con esta la dificultad de dejarle. *Moriréis en vuestro pecado.* ¿Y por qué? Porque cada dia os alejais de Jesucristo. *Vosotros sois de acá abajo,* dice este divino Maestro; *yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo.* Distamos mucho, estamos muy apartados, vamos muy encontrados: yo voy hácia el cielo, vosotros hácia el infierno: cuanto mas pecais, mas os separais de mí, y yo en castigo apartaré mi misericordia: *moriréis en vuestro pecado.*

La justicia de estas tan terribles como ciertas palabras, consiste en que á cada uno de nosotros ha determinado Dios sufrirnos tanto número de ofensas, y nada mas; á este dos pecados, al otro cuatro, á aquel veinte, á quien ciento, á quien mil, y así mas ó ménos, segun sus altos y soberanos decretos; y primero dejarán los cielos de

existir, que se pase de ese número, pues llenándose la medida, al punto viene la muerte, y con la muerte el infierno. Ahora bien, ¿y cómo sabemos si el pecado que se sigue es el último, si será el primero ó el postrero; si quedarán muchos, si solo faltará uno? Temámos al primer pecado, no sea que tras él nos veamos condenados: entónces ¡qué será de nosotros, miserables, sino arder para siempre en el infierno! ¿Y apesar de esto queremos diferir la conversion? ¿Y si nos coge la muerte miéntras pecamos? No hay que decir: no será; pues que todo puede ser: lo seguro solo es no pecar. Si un solo pecado mortal merece todo un infierno, ¿qué merecerán tantos como hemos cometido?

Lo cierto es, que en llegando el pecado que Dios sabe, vendrá la muerte con él, y morirás en él, y con él te irás al fuego eterno. Señor, ¿qué es eso? dice Zacarías. Y el Angel le respondió: Esta es una medida con que se ha de medir la impiedad de una alma. Y luego vió que la llenaban de plomo que significaba la multitud y gravedad de sus culpas, como explica un célebre expositor, ó como quiere otro, la obstinacion; y luego que estuvo llena la cogieron dos mugeres y muchos espíritus como milanos, que son los espíritus infernales, llevan á la ánfora, á la alma y á las mugeres con ella en medio del cielo, y en medio de la tierra, que es el infierno: *Y dije al ángel que hablaba conmigo: ¿Adónde llevan estos la ánfora? Y me dijo: Para que les sea labrada casa en tierra de Semnar*, esto es, en la tierra de la destruccion, donde estará para siempre. *Yo, dice el Señor á Gaza*, escribe el Profeta Amos, *ya le sufriré tres pecados; pero al cuarto todo me lo pagará.* Callaré al primero, callaré al segundo, callaré al tercero; pero al cuarto le abrasaré y consumiré. Así sucedió á Baltasar. Contóle Dios los pecados, *Mane:* pesó su malicia, *Tecel;* y luego *Phares*, dividió su reino; y estándose entreteniendo en un convite régio, le quitaron la vida aquella misma noche. No hay que fiarse en la salud, en la juventud, en que no se tienen enemigos, en que es uno poderoso; nada de esto vale completo el número, llegado el punto.

Esta es la razon porque hay mucho que temer de los pecados perdonados. ¡Cómo! ¿pues no están borrados, no están perdonados segun la promesa de Jesucristo que no puede faltar? Sí, están perdonados; mas oye al Eclesiástico lo que dice: *Del pecado perdonado no quieras estar sin miedo, ni añadas pecado sobre pecado. Y no digas la misericordia del Señor es muy grande; de la muche-*

dumbre de mis pecados tendrá piedad; porque su ira está tan pronta como sú misericordia; y su ira mira á los pecadores. No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de dia en dia, porque su ira vendrá de improviso, y en el tiempo de la venganza te perderá. Efectivamente, hay mucho que temer aun de los pecados perdonados; lo primero, porque sabemos de cierto que hemos pecado, y no nos consta que se nos haya perdonado, porque no sabemos si nuestras confesiones han sido bien hechas; ántes bien ¡cuánto hay que temer de ellas! Lo segundo, en sentencia del cardenal Hugo, aun hay que temer del pecado verdaderamente perdonado. ¿Y por qué? Porque no hay duda que fué pecado, y fué uno, y este uno con otro hace dos, y puede ser que quien nos sufrió el primero no quiera sufrirnos el segundo. Temamos pues dilatar la conversion: salgamos del pecado cuanto ántes, y librémonos de él ántes de la muerte.

Mártes de la segunda semana de Cuaresma.

La Iglesia empieza la misa de este dia por este versículo del salmo XXVI: "Mi corazon os ha espuesto muchas veces sus penas, y por mas mudo que parezca, vos Señor, no dejais de oirlo y de conocer cuáles son sus intentos y sus deseos. Yo, Señor, suspiro por una sola mirada vuestra; dignaos mirarme con ojos benignos: el mayor mal que puede sucederme, seria el que vos apartáseis de mí vuestro rostro. El texto hebreo dice: *No escondas de mí tu cara.* Este salmo XXVI es una oracion que hace á Dios David, perseguido de Saul; pero intrépido en medio de los peligros por la confianza en el Señor que lo defiende y lo protege. Fugitivo para evitar el furor de aquel rey colérico, suspira por la vista del Tabernáculo. De este modo suspira por la patria celestial una alma acosada continuamente por los enemigos de su salvacion. Como el tiempo que padeció David de persecucion fué bastante largo, no se sabe á qué circunstancia en particular se debe referir esta súplica. Teodoreto y Nicéforo creen que David haya compuesto este salmo cuando fué á Nobe á encontrar al sumo sacerdote Abimelec, de quien recibió los panes de la preposicion que se habian quitado de la mesa del santuario: piensa que el Profeta hace alusion á este suceso cuando en los versos V, VI y IX dice: que si viese á todos sus enemigos juntos y

prontos á arrojarse sobre él, no temería, porque el Señor lo ha escondido en su Tabernáculo y lo ha tomado bajo su proteccion.

La Epístola de este dia contiene la historia del retiro y mansion que el Profeta Elías hizo de órden del Señor, en casa de una viuda de la ciudad de Sarepta, en Fenicia en el territorio de los sidonios, miéntras duró la sequedad, que ocasionó una hambre general en todo el pais de los israelitas, en tiempo del rey Acab, cuya impiedad atrajo estos azotes. Mas Elías, que vivia entónces bajo el reinado de Acab, no pudo sufrir las impiedades de éste y de su muger Jezabel. Abrasado de aquel fuego ardiente de que estaba animado, pronosticó al rey una sequedad que debia durar tres años y medio, la cual causó una hambre que desoló todo el pais. El Profeta, conforme á la órden que habia recibido de Dios, tuvo cerrado el cielo por decirlo así, todo aquel tiempo; y esto de un modo tan absoluto, y con un poder tan pleno, que le dijo al rey que no caeria una gota de agua ni de rocío sin su órden: *Con la palabra del Señor contuvo al cielo*, y el suceso verificó la prediccion. Miéntras duraba la sequedad, ordenó Dios al Profeta que se retirase á un desierto, cerca del torrente de Garit, á un lado del Jordan, donde Dios lo mantuvo por algun tiempo, enviándole de comer por medio de unos cuervos. Habiendo cesado de correr el torrente con la sequedad, le faltó el agua para beber, y Dios le mandó que fuese á Sarepta que es una ciudad entre Tiro y Sidon, donde reinaba el padre de la reina Jezabel. Estando cerca de la puerta de Sarepta, vió á una muger que juntaba unos palos de leña, y acercándose á ella, le pidió agua para apagar la sed. Ella se puso luego en ademan de iselo á traer. Una caridad tan pronta con un extrangero, hizo juzgar á Elías que aquella muger podria muy bien ser la viuda que debia alimentarlo conforme Dios se lo habia advertido. La suplicó, pues, que le trege a tambien un pedazo de pan. Ella le protestó que no tenia sino un puñado de harina en una olla, y unas gotas de aceite en una vasija: que á esto se reducian todas sus provisiones. Que habia salido á buscar dos palos de leña para hacer de comer para ella y un hijo pequeño que tenia, esperando morir de hambre despues de haber consumido aquel poco de harina y aceite. No dejes de hacerme una pequeña torta cocida bajo el rescoldo, la dijo el Profeta, y no pases pena por lo que sucederá despues. Con esto ponia el Profeta la fé y la caridad de la viuda á una estraña prueba: sin embargo, le obedeció. Mas Dios recompensó muy abundantemente

esta gran caridad con el milagro que hizo el Profeta, multiplicando aquella poca de harina y aquel poco de aceite, en términos que fué bastante para mantenerse ella y su hijo miéntras duró el hambre, porque nunca faltaba harina en la olla ni aceite en la alcuza.

En el Evangelio de este dia nos encarga Jesucristo, que creamos lo que nos dicen los ministros del Señor, y que practiquemos lo que nos enseñan en asunto de salvacion, sin atender á los malos ejemplos que por otra parte puedan darnos. Acababa el Salvador de confundir la envidia y malicia de los Escribas y Fariseos, demostrándoles que no solamente era hijo de David, sino tambien Hijo de Dios; y les habia hecho patente esto de un modo tan convincente, que no hallaron que responderle; no volviéndose á atrever desde aquel dia á hacerle ninguna otra pregunta, ni á proponerle cuestion alguna. Como lo que acababa de decirles podia inspirar al pueblo y á sus discípulos ódio é indignacion contra estos Doctores de la Ley, quiso enseñar á todo el mundo una verdad muy importante; y era, que debiamos practicar lo que los ministros del Señor nos predican, sin atender á lo que ellos son; no confundiendo jamas sus costumbres con su doctrina. Los Escribas y Fariseos, les decia, están encargados de enseñar y explicar al pueblo la Ley de Dios. No atendais sino á lo que os enseñan. Por el lugar en que están, y por el empleo que tienen, debeis recibir sus instrucciones con sumision, y poner en práctica los preceptos que os explican, aunque ellos no los observen. Su conducta desmiente su moral, nada ménos hacen que lo que intiman á los otros que hagan; pero la Ley de Dios no obliga ménos porque la expliquen unas personas que no la guardan. El mundo, buen Dios, se convertiria bien pronto, si los ministros del Señor predicasen tanto con sus ejemplos como con sus palabras. Inútilmente aconseja la virtud á sus hijos y á sus domésticos un padre de familias, si sus costumbres no corresponden á su moral. Ninguna cosa es mas elocuente, ni persuade mas que el ejemplo. Las palabras sin el ejemplo, hieren los oidos; pero el ejemplo aun sin las palabras habla al corazon, y le mueve. La palabra de Dios no es ménos palabra de Dios en la boca de un Apóstol infiel, que en la de un discípulo fervoroso. ¡Pero qué no puede esta misma palabra de Dios en la boca de un ministro poderoso en palabras y en ejemplos! Si el pastor quiere perderse, que se pierda él solo; por lo que á nosotros toca, aprovechémonos de las instrucciones que nos da para salvarnos. La corrupcion de sus costumbres en nada disminu-

ye la santidad de la Ley que predica; así como la santidad de la ley que predica en nada autoriza la corrupcion de sus costumbres. Ellos imponen cargas pesadas, y que no se pueden llevar, añade el Salvador; las ponen sobre las espaldas de los otros y ellos no quieren ni aun moverlas con el dedo. Los mas extraviados en sus costumbres son por lo regular los mas severos en su moral. Cuesta poco aumentar la carga que no se quiere llevar. Jesucristo refiere muchos hechos que muestran el orgullo desmedido de los Escribas y Fariseos: ellos afectan un exterior religioso, un aire devoto, una apariencia de austeridad, y ocultan bajo este sepulcro blanqueado un corazon corrompido y una alma la mas negra; no buscan sino como engañar al público con unas singularidades estúpidas; quieren ocupar los primeros puestos y ser tratados como maestros, y su orgullo afecta sobresalir en todas partes. Por lo que á vosotros toca, tomad siempre el último lugar, poned toda vuestra gloria en pasar por los últimos de mis criados. Despreciad todos estos títulos de honor, que no dan jamas mérito á nadie, no tengais otra ambicion que la de ser hijos de Dios, y sostened esta cualidad con la pureza de vuestras costumbres. *Vosotros no teneis mas que un Padre que está en los cielos.*

Finalmente, el Salvador termina su instruccion con este oráculo que encierra una verdad práctica, que sirve de base á todas las virtudes cristianas, y es, que el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. El polvo no se levanta sino para caer; y solo se levanta cuando se pisa, y se lleva entre piés. El orgullo es el mayor enemigo de nuestro sosiego, el mayor tirano del corazon humano: no nos solicita á subir muy arriba, sino para que demos mayores caidas. No hay verdadero mérito, y por consiguiente verdadera gloria, sino en la humildad.

La Epístola es del capítulo XVII del libro III de los Reyes.

En aquellos dias: Habló el Señor á Elías Tesbites, diciendo: Levántate y ve á Sarepta, ciudad de los sidonios, y fija en ella tu morada; porque ya tengo allí dispuesto que una muger viuda te sustente. Partió, pues, y se fué á Sarepta, y al llegar á la puerta de la ciudad, encontróse con una muger viuda que andaba recogiendo leña; y llamándole, la dijo: Dame en un vaso un poco de agua para beber. Yendo ella á traérsela, gritó tras de la muger, diciéndola: Traeme tambien, te ruego, un bocado de pan en tu mano. Vive el

Señor Dios tuyo, respondió ella, que pan yo no le tengo; no tengo mas que un puñado de harina en la orza, y un poco de aceite en la alcuza: he aquí que estoy cogiendo dos palitos para ir á cocerla para mí y para mi hijo, y comérnosla y despues morirnos. Díjole Elías: No temas, anda, ve y haz lo que has dicho: mas primero haz para mí de ese poquito de harina un panecillo, cocido debajo del rescoldo, y traémele, que despues le harás para tí y para tu hijo. Porque esto dice el Señor Dios de Israel. No vendrá á menos la harina de la orza, ni menguará el aceite de la alcuza, hasta el dia en que el Señor enviará lluvia sobre la tierra. Fuése, pues, la muger, é hizo lo que Elías le habia dicho: y comió Elías, ella y toda su casa. Desde aquel dia no faltó nunca harina en la orza, ni se disminuyó el aceite de la alcuza, segun lo que habia prometido el Señor por boca de Elías.

El Evangelio es del capítulo XXIII de San Mateo.

En aquel tiempo: Habló Jesus á las turbas y á sus discípulos, diciendo: Los escribas y los fariseos están sentados en la cátedra de Moises: practicad, pues, y haced todo lo que os dijeren; pero no arregleis vuestra conducta por la suya, porque ellos dicen *lo que se debe hacer*, y no *lo* hacen. El hecho es que van liando cargas pesadas é insoportables, y las ponen sobre los hombros de los demas, cuando ellos no quieren ni aplicar el dedo para moverlas. Todas sus obras las hacen con el fin de ser vistos de los hombres; por lo mismo llevan las filacterías mas anchas, y mas largas las franjas. Aman tambien los primeros asientos en los banquetes, y las primeras sillas en las sinagogas; y el ser saludados en la plaza, y que los hombres les den el título de maestros. Vosotros por el contrario no habeis de querer ser saludados maestros; porque uno solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos. Tampoco habeis de llamar á nadie sobre la tierra, padre; pues uno solo es vuestro Padre, el cual está en los cielos. Ni debeis de ser llamados maestros; porque el Cristo es vuestro único Maestro. El mayor entre vosotros ha de ser ministro vuestro. Que quien se ensalzare será humillado; y quien se humillare será ensalzado.

MEDITACION.

Sobre la regla que nos dió Jesucristo para evitar el mal ejemplo de los superiores, sin dejar de recibir su doctrina.

Considera la necesidad que tenemos de conducirnos con prudencia y reflexion para no dejarnos llevar de la fuerza del mal ejemplo, cuando desgraciadamente lo vemos en personas superiores, ó de autoridad, ó que se hallen investidas del cargo de enseñar las reglas de la moralidad, ó de dirigir la conducta de sus súbditos. Puede asegurarse que no hay conflicto semejante, ni escollo de mayor peligro que el mal ejemplo y escándalo en los superiores. Cuando estos á cara descubierta obran el mal y se producen del mismo modo, esto es, en consonancia de su mal obrar, es ménos el peligro; porque ellos mismos se desautorizan y pierden el prestigio que con una doctrina sana pudieran tener entre sus súbditos; mas cuando su conducta es semejante á la de los fariseos, que como se nos refiere en el Evangelio de esta feria, con su acostumbrada hipocresía inculcaban al pueblo los preceptos de la ley, distando mucho de ella su conducta, entónces sí es de mucho peligro el influjo que puedan tener sobre los súbditos; porque la santidad de la doctrina que enseñan, y el exterior aparente con que fingen observarla, les da sobre el pueblo tal autoridad y tal prestigio, que es muy fácil que personas incautas se fascinen y santifiquen muchas de las acciones inmorales que en tales personas se traslucen con bastante frecuencia á pesar del empeño que ponen en disimularlas.

Considera que el remedio ó preservativo de este mal que acabamos de observar, es el que nos da el mismo Jesucristo, Sabiduría increada que no puede padecer engaño, y suma bondad que no puede engañarnos, y es á saber, que hagamos lo que nos dicen y enseñan los superiores y ministros, sin atender á su conducta; y que si esta es mala, no la imitemos. El Señor quiere que solo atendamos á su divina palabra, que nada debe perder para con nosotros aunque nos la anuncie un superior que por sí no la cumpla: quiere que imitemos los buenos ejemplos de los superiores y ministros del santuario; que si nos dan mal ejemplo no lo imitemos; pero que sí hagamos lo que nos dicen, esto es, la sana moral que nos enseñan. En observando esta regla, ya caminarémos seguros; y sacarémos el fruto que podemos de los ministros y superiores. Jesucristo quiere que aunque el ministro sea de mala conducta, lo respetemos por su sagrado carácter, y lo obedezcamos en lo que nos ordena como ministro del Señor; y que respecto de su conducta, cerremos los ojos, porque no nos toca juzgarla ni calificarla: lo mismo debe entenderse respecto de otros superiores; y la razon es, que el Señor quiere que se conserve la autoridad que tienen sobre nosotros para que haya órden, y se conserven estos canales por donde nos viene su santa doctrina y muchas veces su inspiracion divina. Muchas veces estos canales son de plomo; pero corre por ellos la agua saludable de la doctrina; y el Señor quiere que recibamos el agua, sin hacer caso del canal.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Jesus, Padre mio y sacerdote eterno! ¿cómo se ha debilitado tanto mi fé que no atiendo á que tú eres el que te representas en las personas de tus ministros y mis superiores, para alimentar mi alma por medio de ellos, reconciliarme con tu Padre celestial, y recibir el sacrificio de mi obediencia? Yo, Padre mio, me he olvidado del aspecto bajo que debo ver á mis superiores, no considerando lo que sean de por sí; sino contemplándote á tí en ellos, y recibiendo por su medio tus saludables amonestaciones y celestial doctrina; mas ya voy á verlo todo con los ojos de la fé; pidiéndote que siempre corra para mí pura y sin detrimento la agua de tu doctrina.

JACULATORIA.

Segun tu palabra, dame entendimiento, ¡oh Señor!

LECCION.

Sobre la verdadera y falsa piedad.

No hay á la verdad cosa mas grande y magestuosa que la devocion: ella no solo es digna de toda criatura racional, sino que es nuestro principio y nuestra vida. En vano los corazones pervertidos se esfuerzan en ridiculizar la devocion mas sólida: los mayores ingenios de todos los siglos hicieron siempre pública profesion de una piedad sencilla, del todo conforme con el Evangelio. Sabian, y muy bien, que solo se ama á Dios honrándole, y solo se le honra orando y ayunando segun las leyes de la Iglesia, única depositaria é intérprete del verdadero culto. El alma no puede dejar de buscar su alimento y felicidad. La verdadera piedad no teme sino las tinieblas.

La religion hace que el alma se conozca; y ésta, luego que se conoce, se humilla bajo la mano del Todopoderoso. Solo los espíritus débiles se atreven á impugnar la devocion. Todo hombre de juicio sólido conoce su precio y hermosura. El que reflexiona como debe, no deja de conocer que el Ser Supremo nos exige, y con justicia, un sacrificio perpetuo de alma y cuerpo: que pudo mandar y mandó á nuestros sentidos, intérpretes de nuestra voluntad, explicasen el amor á su Magestad; en fin, que debió guiar por la fé á todos los hombres sin distincion, para humillar á los soberbios, ensalzar á los humildes, confundir á los sabios y consolar á los ignorantes.

¿Qué complacencia no causa ver á los grandes talentos humanarse con todos, verlos comunicar con las personas mas simples, é igualarse con la misma plebe? A esto se le llama heroismo, verdadero filosofismo, despreocupacion; pero cuando se trata de dar culto á Dios, esto es, de cautivar nuestro entendimiento bajo el yugo de la fé y sujetarnos á unas ceremonias enteramente santas y practicadas en todo tiempo, damos á esta conducta el nombre de estravagancia, ridículez y bajeza. ¡Inconsecuencia verdaderamente criminal! Una religion verdaderamente oculta, que no manifestase señal alguna de reverencia y amor, seria sin duda una religion ilusoria. ¡Ah! ¿Cómo se ha de creer que un corazon corrompido profese una piedad totalmente interior? Pregúntase: ¿La piedad puede habitar en el centro del orgullo é impureza?

Las pasiones que siempre solicitan el perdernos, cuando no pueden corromper nuestro temperamento ni deslumbrarnos con los falsos halagos del mundo, disfrazan nuestra religion; de modo que la devocion que debia ser la elevacion de nuestra alma y el tesoro de nuestro corazon, degenera en escrúpulos y supersticiones. El espíritu del hombre padece sus enfermedades como el cuerpo, y muchas veces, si no es incrédulo, se vuelve idiota y fanático. Este gran desórden y suma desgracia, ha llegado á hacer ridícula la devocion hasta tal punto, que ya es preciso distinguir las personas verdadera ó falsamente devotas. Por estas solo se entienden gentes ridículas, que siempre indulgentes consigo mismas y severas con los demas: siempre inquietas, y por consiguiente inquietando siempre á los demas, hacen de la religion un simulacro sin alma y sin vida.

Es muy fácil conocerlas, conforme á la doctrina del Evangelio del dia de hoy. *Pues dicen y no hacen. Atan cargas pesadas é insoportables y las imponen sobre los hombros de los hombres:*

mas ellos no quieren moverlas con su dedo. Hacen todas sus obras para que sean vistas por los hombres; ensanchan las cintas con que ciñen su cabeza, y agrandan las orlas de sus capas. Aman los primeros puestos en las cenas, las primeras sillas en las sinagogas, las salutaciones en la plaza, y que los hombres los llamen maestros. Así se explica el Salvador hablando de los fariseos: y nosotros decimos que entre los cristianos, por desgracia, no son pocos los que al mismo tiempo que profesan altamente la doctrina del Evangelio, practican todo lo contrario de lo que nos aconsejan. El Evangelio, por ejemplo, nos manda guardemos nuestros ayunos de devocion en secreto, que lavemos nuestra cabeza y manos para no dar al público señales de que ayunamos: el falso devoto se intima dias de abstinencia mas por capricho que por piedad; y los publica de tal modo delante de todo el mundo, que solicita hallarse en espléndidos convites, y comer en ellos con diferencia de los demas. El Evangelio nos manda orar en secreto, y que no hagamos muchas súplicas como los paganos y fariseos, que solo honraban á Dios con los labios; el falso devoto levanta su voz en los templos, y quiere que todos oigan sus llantos y suspiros. El Evangelio aplaude al publicano que estaba postrado y humilde á la entrada del templo; y el devoto aparente se ofrece con ostentacion, y hace á todos los circunstantes testigos de sus ademanes y genuflexiones.

Esta devocion superficial pasa de las personas á las familias, y aun á pueblos enteros. El exterior de los hombres nos manifestará su interior, y el de las naciones el suyo. Jesucristo nos dice que conozcamos el árbol por el fruto. Ahora bien: si examinamos su fruto, ¿no es verdad que no encontramos mas que un esqueleto de religion, cubierto de los caprichos y estravagancias mas extraordinarias y ridículas? Vemos algunos hombres que se preparan para una solemnidad con ayunos de supererogacion, y despues luego que llega ésta, se contentan con oir una simple misa rezada como los dias de trabajo, y pasan lo restante del tiempo en banquetes y diversiones: vemos algunos hombres azotarse y besar la tierra en medio de nuestras iglesias, y vivir con grandísimo desenfreno: vemos algunos hombres estar siempre invocando á todos los Santos, postrarse delante de las imágenes, y apénas hacen oracion y reverencian á Jesucristo sacramentado: vemos algunos hombres afectar singularidades adornando sus casas á manera de santuarios, escandalizarse si uno se rie inocentemente, y no instruir á sus domésti-

cos en la religion, y mirarlos con desprecio, contra el anatema de San Pablo, que llama á semejantes almas peores que infieles: vemos por último á muchos solemnizar fiestas particulares con gran devocion, y no santificar los domingos ni atender á su justificacion personal.

¿Quién en vista de esto no asegurará que tales devociones no son mas que hipocresías? Una religion tan poco ilustrada, tan inconsecuente y tan quimérica, no puede ménos de ser un fantasma y una burla del verdadero cristianismo. Tienen escrúpulo de tragarse un mosquito, y se tragan voluntariamente un camello. Parece que están llenos de piedad, y no son mas que sepulcros blanqueados. Son devotos como los comediantes, que hoy hacen un papel y mañana otro, y no son lo que representan.

Hablamos contra los hipócritas con esta energía, porque vemos que Jesucristo, cuyas máximas tratamos de grabar en el corazon de nuestros lectores, lleno de dulzura con los pecadores, se muestra siempre airado con los fariseos. Los llama raza de víboras, y lo que es mas, descubre su hipocresía delante del pueblo, sin que les favorezca su sacerdocio y autoridad que nos mandó respetar. El Apóstol nos advierte que estemos vigilantes contra la seduccion de algunos, que bajo la apariencia de piedad, arruinarán al espíritu y abandonarán la verdadera doctrina de la Iglesia por recurrir á fábulas. Jesucristo, la caridad misma, sin faltar á ella, nos representa á los fariseos como simulacros de religion, y condena con vehemencia su excesiva adhesion á unas tradiciones del todo humanas y pueriles. Es increible el mal que causan los hipócritas. "Nadie, dice San Gregorio el Grande, daña mas á la religion, que aquel que teniendo fama de santidad obra mal."

Esta pintura que hemos hecho es tan verdadera, que no habrá devoto falso que no se irrite de ella, y que quizá no tome motivo para despreciar esta leccion como errónea, porque esta es la conducta de nuestros hipócritas. Jamas dejan de acusar de heregía á cualquiera que los descubre y no se deja engañar de su supercheria. El hombre verdaderamente cristiano es el intérprete de la misma verdad, la imágen del órden; pero el falso devoto viene á ser un fárrago de caprichos y supersticiones; de modo que en lugar de gozar de las delicias de la religion, solo goza de un humor melancólico que tiene por piedad, y de mil ilusiones que canoniza. La

obstinacion es su ley; la ignorancia su consejo, y la hipocresía su culto.

El verdadero cristiano, cuanto mas respeta la piedad, tanto mas se aparta de los que solamente tienen apariencia de ella. Quiere y con razon, que lo interior de la copa esté limpio ántes de lavarla por de fuera, y que el alma, trono del candor y la verdad, esté enteramente poseida de la pureza de la religion. Pero los falsos devotos confunden ordinariamente los abusos con la religion. Ciertas supersticiones provienen de maliciosa ignorancia, porque ordinariamente no hay gente mas ignorante que los hipócritas. En efecto, un ignorante toma un mosquito por un camello: no distingue las opiniones piadosas, de los artículos de la fé; la disciplina, del dogma; y ve ahí que se escandalizan aun del lenguaje mismo de la verdad.

Miércoles de la segunda semana de Cuaresma.

El introito de la misa de este dia se tomó de los dos últimos versos del Salmo XXXVII, el que es una breve oracion, que cada cual puede hacer á Dios muchas veces al dia. Se debe advertir, que los versículos del introito de todas las misas de cuaresma pueden servir de oraciones jaculatorias muy devotas durante el dia. La misa de este dia empieza por estas palabras: Señor Dios mio, de vos solo debo esperar mi salvacion: no os retireis de mí; no me abandoneis al arbitrio de mis enemigos. Este Salmo, que empieza con estas palabras: *Señor, no me juzgueis en vuestro enojo*, puede mirarse como un modelo de súplicas, en la penitencia, en el tiempo de la enfermedad, y en todo género de aflicciones: es uno de los que llaman Salmos penitenciales; y era uno de los que se cantaban todos los Sábados en la Sinagoga. Se cree que David lo compuso, durante la rebelion de Absalon, reconociendo que sus pecados habian atraido sobre sí aquella desgracia. Este religioso rey, perseguido por su propio hijo, procura aplacar la indignacion de Dios, exponiéndole las penas y trabajos que ha padecido hasta allí por sus pecados, y la sumision con que los ha llevado. Implora y espera la ayuda del cielo contra sus enemigos; siempre pronto, no obstante, á aceptar nuevos castigos. Como todos los pecados son una rebelion contra

cos en la religion, y mirarlos con desprecio, contra el anatema de San Pablo, que llama á semejantes almas peores que infieles: vemos por último á muchos solemnizar fiestas particulares con gran devocion, y no santificar los domingos ni atender á su justificacion personal.

¿Quién en vista de esto no asegurará que tales devociones no son mas que hipocresías? Una religion tan poco ilustrada, tan inconsecuente y tan quimérica, no puede ménos de ser un fantasma y una burla del verdadero cristianismo. Tienen escrúpulo de tragarse un mosquito, y se tragan voluntariamente un camello. Parece que están llenos de piedad, y no son mas que sepulcros blanqueados. Son devotos como los comediantes, que hoy hacen un papel y mañana otro, y no son lo que representan.

Hablamos contra los hipócritas con esta energía, porque vemos que Jesucristo, cuyas máximas tratamos de grabar en el corazon de nuestros lectores, lleno de dulzura con los pecadores, se muestra siempre airado con los fariseos. Los llama raza de víboras, y lo que es mas, descubre su hipocresía delante del pueblo, sin que les favorezca su sacerdocio y autoridad que nos mandó respetar. El Apóstol nos advierte que estemos vigilantes contra la seduccion de algunos, que bajo la apariencia de piedad, arruinarán al espíritu y abandonarán la verdadera doctrina de la Iglesia por recurrir á fábulas. Jesucristo, la caridad misma, sin faltar á ella, nos representa á los fariseos como simulacros de religion, y condena con vehemencia su excesiva adhesion á unas tradiciones del todo humanas y pueriles. Es increible el mal que causan los hipócritas. "Nadie, dice San Gregorio el Grande, daña mas á la religion, que aquel que teniendo fama de santidad obra mal."

Esta pintura que hemos hecho es tan verdadera, que no habrá devoto falso que no se irrite de ella, y que quizá no tome motivo para despreciar esta leccion como errónea, porque esta es la conducta de nuestros hipócritas. Jamas dejan de acusar de heregía á cualquiera que los descubre y no se deja engañar de su supercheria. El hombre verdaderamente cristiano es el intérprete de la misma verdad, la imágen del órden; pero el falso devoto viene á ser un fárrago de caprichos y supersticiones; de modo que en lugar de gozar de las delicias de la religion, solo goza de un humor melancólico que tiene por piedad, y de mil ilusiones que canoniza. La

obstinacion es su ley; la ignorancia su consejo, y la hipocresía su culto.

El verdadero cristiano, cuanto mas respeta la piedad, tanto mas se aparta de los que solamente tienen apariencia de ella. Quiere y con razon, que lo interior de la copa esté limpio ántes de lavarla por de fuera, y que el alma, trono del candor y la verdad, esté enteramente poseida de la pureza de la religion. Pero los falsos devotos confunden ordinariamente los abusos con la religion. Ciertas supersticiones provienen de maliciosa ignorancia, porque ordinariamente no hay gente mas ignorante que los hipócritas. En efecto, un ignorante toma un mosquito por un camello: no distingue las opiniones piadosas, de los artículos de la fé; la disciplina, del dogma; y ve ahí que se escandalizan aun del lenguaje mismo de la verdad.

Miércoles de la segunda semana de Cuaresma.

El introito de la misa de este dia se tomó de los dos últimos versos del Salmo XXXVII, el que es una breve oracion, que cada cual puede hacer á Dios muchas veces al dia. Se debe advertir, que los versículos del introito de todas las misas de cuaresma pueden servir de oraciones jaculatorias muy devotas durante el dia. La misa de este dia empieza por estas palabras: Señor Dios mio, de vos solo debo esperar mi salvacion: no os retireis de mí; no me abandoneis al arbitrio de mis enemigos. Este Salmo, que empieza con estas palabras: *Señor, no me juzgueis en vuestro enojo*, puede mirarse como un modelo de súplicas, en la penitencia, en el tiempo de la enfermedad, y en todo género de aflicciones: es uno de los que llaman Salmos penitenciales; y era uno de los que se cantaban todos los Sábados en la Sinagoga. Se cree que David lo compuso, durante la rebelion de Absalon, reconociendo que sus pecados habian atraido sobre sí aquella desgracia. Este religioso rey, perseguido por su propio hijo, procura aplacar la indignacion de Dios, exponiéndole las penas y trabajos que ha padecido hasta allí por sus pecados, y la sumision con que los ha llevado. Implora y espera la ayuda del cielo contra sus enemigos; siempre pronto, no obstante, á aceptar nuevos castigos. Como todos los pecados son una rebelion contra

Dios, y como el pecador es un hijo rebelde contra su padre, parece que esto es lo que se propone la Iglesia, no tomando para la misa de estos dias de penitencia, sino las palabras de los Salmos que compuso David miéntras la persecucion que padecia de su hijo Absalon.

La Epístola de este dia es la oracion que hizo á Dios el judío Mardoqueo, tio de Ester, reina de los Persas, por la libertad de su nacion, que estaba condenada á perecer por una órden del rey Asuero, que Aman su privado y su primer ministro habia obtenido para hacer morir á todos los judíos esparcidos por sus estados. Esta oracion fué oida; y ninguna cosa es mas propia para este tiempo de Cuaresma, que es tiempo de penitencia, y en que la Iglesia no cesa de pedir á Dios misericordia para todos los hombres, condenados á la muerte eterna por el pecado.

Mardoqueo, hijo de Fair, de la tribu de Benjamin, de la raza de Saúl, fué llevado de su país, siendo todavia niño, y trasportado á Babilonia por el rey Nabucodonosor, con el jóven rey Jeconias, y con toda la nacion judaica. En la distribucion que se hizo de todos los cautivos, fué enviado Mardoqueo á la ciudad de Susa, capital de la Persia, en donde se domicilió con toda su familia. Tenia un hermano llamado Abihaïl, que tenia una hija llamada Ester, la cual quedó sin padres desde muy niña, y Mardoqueo viéndola huérfana se la llevó á su casa adoptándola por hija. Encargado de su educacion, la crió en el temor de Dios, en el amor á la religion, y en la exacta observancia de los mandamientos del Señor. Reinando Asuero entónces sobre los Persas y Médos, repudió á la reina su esposa, llamada Vasti, y determinó con el dictámen de sus cortesanos casar con otra, que no le cediese en hermosura, ni en las demas prendas y perfecciones. Se dió órden que se buscaran en todas las provincias del imperio las doncellas mas hermosas que se pudiesen hallar. Una de las muchas que llevaron al rey fué Ester; la que le agradó mas que todas; y por su órden se la dió todo lo que se juzgó necesario para su adorno, destinándole siete damas para su servicio. Mardoqueo, atendiendo ménos á la fortuna de su sobrina, que á los riesgos á que estaba expuesta en la corte, aumentó su solicitud y sus desvelos: entre los muchos saludables consejos que le habia dado, la habia encargado que no dijese era judía; pero que no por eso dejase de obrar siempre como tal. Este buen hombre pasaba casi todo el dia en el zahuan del palacio en que estaba su sobrina, para estar á la mira de lo que le sucedia. Habiéndose

presentado Ester al rey, aunque sin haber puesto cuidado en componerse, le agradó tanto que la puso la diadema en la cabeza, y la hizo proclamar reina en lugar de Vasti. Esta ceremonia se hizo en todo el imperio con gran solemnidad. El rey rebajó los impuestos, é hizo grandes mercedes al pueblo, y á los grandes de la corte el dia del casamiento; y en todas partes no se oia otra cosa, que las voces que publicaban las raras prendas y el mérito extraordinario de la reina Ester.

Su elevacion no mudó sus sentimientos por su religion, ni para con su tio Mardoqueo, el cual determinó asistir mas frecuentemente al átrio de palacio, para estar mas en disposicion de ayudarla con sus consejos. En aquel tiempo sucedió la conspiracion de los dos capitanes de guardias que resolvieron asesinar al rey, la que fué descubierta por Mardoqueo, y puesta en noticia de la reina; y habiendo sido presos los dos oficiales en el mismo dia fueron ahorcados. Por el mismo tiempo empezó el favor de Aman, á quien el rey hizo primer ministro, y lo elevó sobre los grandes y sátrapas del imperio, mandando le hiciesen á este privado las primeras honras en la corte despues del rey. En efecto, jamas se dejaba ver Aman en público, sin que todos hincasen la rodilla ante él. Solo Mardoqueo se escusaba de hacerle este obsequio, pareciéndole que la Ley de Dios, de la cual era muy observante, no se lo permitia. Aman lo reparó con admiracion: le dijeron que no le rehusaba este honor sino porque era judío; lo cual lo irritó de suerte, que á mas de la resolucion que tomó de hacer perecer á Mardoqueo, determinó vengar tambien este menosprecio en toda la nacion judaica, que estaba esparcida en todo el reino: para lo cual formó el designio de hacer degollar en un mismo dia á todos los judíos que habia en él. No le costó mucho trabajo sacar una órden cruel del rey. Le representó que habia un pueblo aborrecido de todos los otros, esparcido por todo el reino, y poco obediente: que convenia á los intereses del estado exterminar á una nacion enemiga de las leyes y de la religion del país: que le suplicaba mandase por un edicto les quitasen la vida en un mismo dia á todos los judíos que se encontrasen en el reino. El rey sacó de su dedo el anillo de que se servia para sellar los edictos, y se lo dió á Aman, haciéndole árbitro absoluto de todo este negocio. El cruel ministro aprovechándose de su valimiento, hizo expedir un edicto en nombre del rey para exterminar toda la nacion judaica esparcida por todo el reino: en él se mandaba á todos los

sátrapas ó gobernadores de las provincias, que hiciesen pasar á cuchillo á todos los judíos que se encontrasen en su distrito, el dia 13 del mes de Adar, sin excepcion de personas, ni distincion de sexo, ni de edad.

Habiendo sabido Mardoqueo lo que contenia este cruel edicto, rasgó sus vestidos, se cubrió de un saco y puso ceniza sobre su cabeza, no cesando de llorar noche y dia, y de pedir al Señor que se compadeciese de su pueblo. Noticiosa la reina del desconsuelo en que estaba su tio, quiso saber el motivo. Mardoqueo se lo escribió; la envió una copia del edicto, y la dijo que sin perder tiempo hablase al rey y se valiese de cuantos medios la inspirase su prudencia para salvar á su pueblo. Ester le representó que estaba prohibido so pena de muerte á toda suerte de personas entrar á donde estaba el rey, sin ser llamadas por una órden expresa; que sin embargo, poniendo en Dios toda su confianza, estaba resuelta á exponer su dignidad y su vida por la salud de su pueblo; y le suplica haga juntar todos los judíos que habia en Susa, y les intime un ayuno de tres dias, pidiendo á Dios por ella. Mardoqueo ejecutó la órden de su sobrina, y en estos dias de penitencia y de devocion compuso la oracion que la Iglesia ha escogido para la Epístola de este dia. *Señor Dios, rey omnipotente, todas las cosas estan sujetas á tu poder, y nadie puede resistir á tu voluntad; si has resuelto salvar á Israel, á pesar del poder de nuestros enemigos y de las medidas que han podido tomar para perdernos, nos burlarémos de todos sus proyectos, y les saldrán inútiles todos sus designios.* La reina Ester por su parte se encerró, se vistió de luto, se cubrió de ceniza, pasó los tres dias en un ayuno continuado, y maceró sus carnes con un silicio. Despues de lo cual, adornándose con cuidado, se fué á presentar delante del rey que estaba sentado en su trono; pero debilitada por el ayuno y deslumbrada con el resplandor que despedia de sí un príncipe lleno de oro y de piedras preciosas, asustada con el pensamiento de la libertad que se habia tomado de presentarse ante el rey sin ser llamada, aun no bien lo habia visto, cuando sobrecogida de la magestad de un príncipe, cuya sola vista causaba temor, cayó desmayada. El rey asustado y enternecido, bajó de su trono, la sostuvo en sus brazos, hasta que se hubo recobrado un poco, la dió mil seguridades, y haciéndola tocar la extremidad de su cetro, la dijo: "¿Qué temes, querida Ester? La ley que prohibe á todos comparecer delante de mí sin ser llamados, no habla contigo."

Vuelta Ester en sí, suplicó al rey admitiese un convite que le tenia dispuesto, pidiéndole que Aman fuese tambien á comer con ellos; despues de cuyo obsequio le diria la gracia que habia de pedirle. Aceptó el rey el convite de su esposa, y llegado el dia de él, en la misma mesa descubrió Ester al rey la traicion de Aman, y la malicia con que habia sorprendido al rey mismo para arrancarle una órden tan cruel como el exterminio de toda una nacion inocente, á la cual pertenecia ella misma. Indignado el rey mandó ahorcar á Aman en la misma horca que habia él preparado en su casa para quitar la vida á Mardoqueo, y revocó el fatal edicto de la extincion de los judíos; librando de este modo Dios á su pueblo por la virtud y heroismo de Ester y Mardoqueo.

El Evangelio de este dia contiene la prediccion que el Salvador hizo á sus Apóstoles de su pasion y muerte, y de todas las circunstancias aun las mas humillantes de que debia ser acompañada.

Habiéndose puesto en camino Jesucristo para ir á Jerusalen á celebrar su última Pascua, tomó á sus Apóstoles y les habló individualmente de todas las ignominias y tormentos que habia de padecer dentro de pocos dias en aquella capital. Ya veis, les dice, que vamos á Jerusalen: allí el Hijo del hombre será entregado y puesto en manos de los Príncipes, de los Sacerdotes, de los Doctores y de los Magistrados; los que contra toda justicia lo tratarán con la mayor infamia, y lo condenarán á muerte como á reo de delitos; y porque los romanos lo han privado del derecho de vida y de muerte, lo entregarán al árbitro de estos gentiles, para que lo traten con irrision, para que lo azoten y crucifiquen, y esto á vista de todo el pueblo; pero no os asusteis ni temais, porque este Hijo del hombre tan maltratado, resucitará al tercer dia con todo el resplandor de su gloria.

Esta era la tercera vez que les predecia su muerte; pero nunca lo habia hecho de un modo tan circunstanciado. Esta prediccion los habia de afligir sumamente; pero era necesaria para fortificarlos contra el escándalo de su pasion: mas los Apóstoles estaban tan llenos de las ideas de gloria, de poder y de felicidad bajo que se representaban los judíos al Mesías, que todo lo que les dijo el Salvador de su pasion y de su muerte, fué para ellos un enigma del cual nada comprendieron; lo que se vió claramente por la peticion que le hicieron de las primeras sillas de su reino Jacobo y Juan, hijos del Zebedeo, por medio de su madre. Esta muger instigada de sus hijos se presentó delante de Jesucristo, lo adoró con respeto, y le su-

plicó tuviese á bien que le pidiese un favor. Habiéndoselo permitido el Señor, le dijo con mucha confianza: Maestro, á lo que parece, se acerca el tiempo en que debeis entrar en posesion de vuestra gloria: cuando esteis en ella, acordaos de dar los dos primeros puestos de vuestro reino á mis dos hijos, y haced que se sienten á vuestros lados, dándoles la preferencia sobre todos vuestros discípulos. El Salvador disimuló la ternura materna, y esta pequeña ambicion que lo era en efecto, y dirigiendo la palabra á los hermanos, les hizo entender que los puestos en el cielo no se dan por el favor, ni por pura recomendacion, sino por mérito: aunque es verdad que no hay mérito alguno sin la gracia. Vosotros, añadió el Salvador, tendreis lo uno y lo otro; peleareis, vencereis, y recibireis la corona que mi Padre y yo os hemos preparado desde la eternidad. La súplica que acababa de hacer la madre de los discípulos, causó algunos celos, y aun alguna indignacion en los demas que se hallaban presentes; lo que obligó al Salvador á darles esta bella leccion de humildad, tan opuesta al espíritu del mundo, en que les declara que el medio para llegar á ocupar el primer puesto en el cielo, es tomar el último lugar en la tierra: y si se quiere ser mas grande que los otros, es preciso hacerse servidor de ellos, y mas pequeño que ellos. En esto debeis poner vuestros puntos, esta debe ser vuestra ansia y vuestra pasion. Tomad ejemplo de mí, añadió; yo debo ser vuestro modelo: yo no he venido para ser servido, sino para servir á los otros, y para dar vida á aquellos mismos que me darán la muerte.

La Epístola es del capítulo XIII del libro de Ester.

En aquellos dias: Oró Mardoqueo al Señor, diciendo: Señor, ó Señor, rey omnipotente, de tu potestad dependen todas las cosas; ni hay quien pueda resistir á tu voluntad, si has resuelto salvar á Israel. Tú hiciste el cielo y la tierra, y todo cuanto el ámbito de los cielos abraza. Tú eres el Señor de todas las cosas, ni hay quien resista á tu Magestad. Por tanto, ahora, ó Señor, Rey, ó Dios de Abraham, apiádate de tu pueblo; pues nuestros enemigos quieren perdernos y acabar con tu heredad. No menosprecies tu posesion, rescatada por tí de Egipto. Escucha mis súplicas, y muéstrate propicio á una nacion que has escogido por herencia tuya, y convierte nuestro llanto en gozo, para que viviendo alabemos, ó Señor, tu nombre; y no cierres la boca de los que cantan tus alabanzas.

El Evangelio es del capítulo XX de San Mateo.

En aquel tiempo: Yendo Jesus á Jerusalen, tomó aparte á sus doce discípulos, y les dijo: Mirad que vamos á Jerusalen, donde el Hijo del hombre ha de ser entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, y le condenarán á muerte; y le entregarán á los gentiles para que sea escarnecido, y azotado y crucificado; mas él resucitará al tercer dia. Entónces la madre de los hijos del Zebedeo se le acerca con sus hijos, y le adora, manifestando querer pedirle alguna gracia. Jesus le dijo: ¿Qué quereis? Y ella le respondió: Dispon que estos dos hijos mios tengan asiento en tu reino, uno á tu derecha y otro á tu izquierda. Mas Jesus le dió por respuesta: No sabeis lo que pedis. ¿Podeis beber el cáliz que yo tengo de beber? Dícenle: Bien podemos. Replicóles: Mi cáliz sí que le bebereis; pero el asiento á mi diestra ó siniestra no me toca concederle á vosotros, sino que será para aquellos á quienes ha destinado mi Padre. Entendiendo esto los otros diez *Apóstoles*, se indignaron contra los dos hermanos. Mas Jesus los convocó á sí, y les dijo: No ignorais que los príncipes de las naciones avasallan á sus pueblos, y que sus magnates los dominan con imperio. No ha de ser así entre vosotros; sino que quien aspira á ser mayor entre vosotros, debe ser vuestro criado; y el que quiera ser entre vosotros el primero, ha de ser vuestro siervo. Al modo que el Hijo del hombre no ha venido á ser servido, sino á servir, y á dar su vida para redencion de muchos.

MEDITACION.

Sobre la verdadera grandeza, que es servir á Dios, y á los hombres por Dios.

Considera que, como dijo el Salvador en el Evangelio de hoy, el que quiera ser el primero y mayor entre todos, no debe aspirar á engrandecerse por sí mismo, sino que debe hacerse siervo de los demas. No sucede así en el mundo, donde no puede darse grandeza en el abatimiento ni en un estado de servidumbre; y la razon es, porque toda la grandeza del mundo consiste en mandar y no servir; pero en la religion no es así, porque la elevacion del hombre cristiano consiste en su mérito, y no en su condicion; y tanto, que en el mismo hecho de servir á sus hermanos crece y se eleva, por-

que crece su mérito, y con el mérito crece en el agrado de Dios. De aquí es que el mismo Hijo de Dios hecho hombre no se desdeñó de venir á servir y sacrificarse por nosotros, como lo dice él mismo en este Evangelio: "El Hijo del hombre no ha venido á ser servido, sino á servir, y á dar su vida para redencion de muchos." ¡Y cuál es el motivo porque el Hijo de Dios no se desdeña en servir á los hombres? Es, que sirviendo á los hombres, sirve á Dios su Padre; porque no sirve al hombre por hombre, sino al hombre por Dios. ¿Pues cómo el hombre vil y despreciable puede llevar á mal que se le ponga al servicio de otro hombre, cuando del mismo modo que Cristo, debe dirigir su intencion á Dios; de modo que á él sea á quien sirva en la persona de su hermano? El que no juzgue de este modo, puede asegurar que no tiene idea de la religion.

Considera que no hay envilecimiento alguno en el servicio de Dios, y semejantemente en el servicio de los hombres por Dios; porque siendo Dios el Ser Supremo, infinitamente superior á todo ser criado, no puede envilecerse éste en servir á su Dios. Lo mismo debe decirse del servicio que preste á sus hermanos, porque así como al prójimo no se le ama por sí mismo, sino en Dios y por Dios; así tampoco se le sirve por sí, sino por Dios. Aun en Jesucristo en cuanto hombre tiene lugar esta verdad; porque siendo en cuanto hombre menor que el Padre, reconoce su supremo dominio, sirviéndole y sacrificándose por la restauracion de su honor ofendido; y sirviéndole tambien en servir á los hombres; porque el último fin de este servicio que les presta no son los hombres mismos, sino Dios, que es á quien dirige todas sus operaciones como á último fin. Se da la diferencia entre Cristo y los hombres, en que estos pueden ser coactados á prestar este servicio; pero Cristo no puede ser coactado porque no es puro hombre sino hombre Dios, y en cuanto Dios es igual á su Padre. Así es que su servicio, en cuanto á no poder ser coactado, es libre y gratuito; aunque, por otra parte, no pudo dejar de prestarlo; porque por lo mismo que era un hombre Dios, su amor era de suma perfeccion; y esta perfeccion no podia darse sin llenar todos los deberes de un hombre con su Dios. Así es que lo obedece, le ora, le sirve y se sacrifica por su amor; sin que todo este servicio pueda envilecerlo, sino ántes al contrario engrandecerlo mas; ya porque la humanidad de Cristo no puede envilecerse en servir á Dios, y ya porque en servirle adquiere un mérito infinito, que lo engrandece y exalta infinitamente. ¡Pues si el mismo Hijo de Dios

hecho hombre se engrandece con sus merecimientos, podemos dudar que se engrandecerán los hombres con el mérito que adquieran en servir á Dios por sí mismo, y á sus prójimos por Dios? Es verdad que en los hombres se da una obligacion estricta bajo de pecado, y pena de condenacion eterna, á prestar este servicio; pero es tanta la bondad de Dios, que aun el cumplimiento de la mas estrecha obligacion hace que nos sirva de mérito, para recompensárnoslo con su gloria.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Quién podrá, ¡ó dulcísimo Jesus! excusarse de servir á sus hermanos, cuando tú, siendo el Dios de la magestad y el rey de la gloria, te humillaste á servir á los hombres, para darnos ejemplo y hacernos entrar en el camino de la humildad, que es el único por donde podemos subir á la exaltacion y grandeza de hijos de Dios, hermanos tuyos, herederos de Dios, y coherederos tuyos en tu reino celestial? Yo que debo á tu bondad este conocimiento que me has dado, desde luego no quiero otra grandeza mas que el servirte á tí, no solo en tí mismo, sino aun en el mas pequeño de los hombres. Este es el ejemplo que me diste, para que como tú lo hiciste, así lo haga yo: dame, Señor, la gracia necesaria para imitar tu ejemplo.

JACULATORIA.

¡Oh Señor, que yo soy tu siervo, yo tu siervo é hijo de tu esclava!

LECCION.

Sobre la utilidad de las adversidades de la vida.

Son tantas las ventajas que nos traen las adversidades de esta vida, que debiamos desearlas, y temer mucho por la salvacion de nuestras almas cuando no las padecemos; y por el contrario, llevamos una vida libre de toda tribulacion y llena de prosperidades. Procuremos formar idea de estas verdades, que no son paradojas ni acaloramientos de una imaginacion exaltada. No solamente los católicos, sino aun los filósofos gentiles, han preferido como mas favorable á la práctica de las virtudes la desgracia. Aun hay otra consideracion que añadir, y es que las virtudes mas sublimes se ejercen en el estado de abatimienro mas bien que en el de prosperidad. Figurémonos á un rico desprendiéndose de una alhaja preciosa ó de una

parte considerable de sus riquezas en favor de un menesteroso, y consideremos á este mismo luchando con las miserias y prefiriendo perecer de hambre ántes que cometer una accion infame, y veremos la grande diferencia que hay entre un hecho respecto del otro. En fin, el ejercicio de las virtudes en el fuego de la adversidad, brilla sin comparacion mucho mas que en un estado feliz. ¡Qué encantos no presenta aun á la vista de los hombres del siglo la jóven que ha sabido conservarse casta á pesar de los repetidos ataques de la opulencia, favorecidos por la miseria y por el hambre! Formemos, pues, el debido concepto de las adversidades de esta vida, para que no las temamos, sino que si es posible, las deseemos y prefiramos á la opulencia.

¿Podeis beber el cáliz que yo he de beber? Ve aquí, lector católico, corrido el velo de la grandeza que pretendia para sus dos hijos la muger del Zebedeo. La verdadera elevacion y el verdadero heroismo, consiste en sacar valor del seno mismo de las desgracias, y recibir con cada golpe que pretende darnos, la muerte. Mas esto solo corresponde al verdadero cristiano: su virtud es la sola que disipa las fantasmas del heroismo. Las adversidades son muchas; los que saben tolerarlas muy pocos. Acostumbrados á no apreciar sino lo que alucina, no advertimos mas que miseria y afrenta en medio de los acaecimientos mas oportunos para purificar el alma y exaltarla. En vano nos dice la religion que la verdadera dicha está entre los que lloran y son calumniados; entre los que cargan su cruz y beben su cáliz: nosotros desechamos estas imágenes como demasiado odiosas, y nos fijamos en el lujo y vanidad, donde todo parece que cautiva los ojos.

No es mérito acrisolado el que no se ha esperimentado en los reveses de las adversidades. Es necesario la piedra de toque para conocer el oro, el crisol para purificarle y el martillo para trabajarlo. Las aflicciones son indispensables para purificar los defectos. Nos complacemos en el centro de los placeres; pero no nos conocemos sino en medio de las tribulaciones: los bienes nos aficionan, los honores nos enagenan, los amigos nos interesan; tarde ó temprano, al fin se llegan á romper estos vínculos, y entónces el hombre no tiene mas que él solo con quien puede ocuparse: despues de haberlo perdido todo se encuentra; y al encontrarse, sondea su corazon, conversa con su alma y se eleva hasta Dios. Entónces sí que los sentidos ya no le son traidores favoreciendo á las pasiones; su imaginacion ya no es manantial de ilusiones, que lo engañan, y su cuerpo no le da ya respuestas de sensualidad: todo lo que le rodea le persuade la nada de esta vida y la realidad de la otra. Esta es la razon porque la adversidad ha sido siempre la escuela de la sabiduría y de la religion. Todos los Santos se han formado en ella; de modo que cuando el cielo parece los exceptuaba de las austeridades, ellos se las imponian. Las lágrimas que se derraman en las calamidades, son el espejo donde el alma se conoce y conoce sus obligaciones.

Jesucristo, que sabe lo que es el hombre, no nos enseñó á reir, ni á juzgar, ni á enriquecernos; pero sí á que nos renunciemos á nosotros mismos y llevemos continuamente nuestra cruz. Basta reflexionar un poco para saber el motivo. Nadie ignora que las risas disipan, los teatros engañan, los juegos esclavizan, las riquezas endurecen, y la afliccion nos acerca á la humanidad.

Es mas compasivo de los males de sus hermanos el que mas los ha sufrido: se pone en su lugar, le procura los alivios que el querria haber tenido, y se cree revivir en ellos cuando les hace bien. El cielo nunca está mas sereno que despues de las tempestades, y nosotros nunca somos mas afables y benignos que despues de haber padecido infortunios. Estos son una escuela excelente; y aquel que sin lamentarse ni ponerse pálido sabe triunfar de él, es verdaderamente cristiano.

¡Qué grandeza la de un Job en el muladar! ¡Qué flaqueza la de un Salomon en el trono! En este enorme contraste vemos de un golpe la diferencia de los honores y de las humillaciones. Si no consideramos mas que el barniz del mundo y la superficie brillante de las cosas, se apodera el encanto de nuestros espíritus, y al instante nos alucinamos; pero si levantamos la primera corteza, temblaremos al ver los vicios y miserias que se abrigan en su seno. El mundo no es mas que un túmulo erigido por nuestras pasiones, magníficamente decorado por defuera; pero por dentro no encierra mas que un miserable esqueleto. De aquí es que la adversidad nos enseña á juzgar de este modo de todo lo que nos adula y engaña; y arrancándonos de los brazos del placer y del deleite, nos hace entrar dentro de nosotros mismos, donde estamos obligados á vivir y á conversar. La prosperidad nos une en cierto modo con todo lo que debe sernos extraño; pero la adversidad nos separa de ello, y nos une con Dios, á quien encontramos en el seno de nuestras almas.

El hombre, siempre amigo de lo maravilloso y consiguientemen-

te de la ilusion, obra como si el mundo fuera eterno, y como si él mismo no tuviera fin; hasta que algun reves ó infortunio le persuade de la nada de las cosas terrenas. Se piensa cuando se ha perdido un empleo, que se puede perder igualmente la hacienda, los amigos y la salud; y este pensamiento nos precisa á inferir que acá abajo nada hay estable, y que las riquezas y dignidades no son la dicha que precisamente hemos menester. Nuestra alma, cuya situacion natural es la elevacion, nunca se halla mejor que en el duro regazo de la adversidad; entónces usa de todo su imperio, y mira alegremente á los sentidos, á quienes menosprecia en la desnudez y abatimiento. Somos mas pobres en el interior cuanto somos mas ricos. La razon se evapora, la religion se desprecia cuanto las pasiones se fortalecen, y se pierde de profundidad cuanto se gana de superficie.

Parece que la verdad no tiene cara para dejarse ver cuando se padece. Tomando entónces un tono de autoridad, nos reprende nuestro amor á la delicadeza y á los placeres, y nos enseña que no se debe confiar ni en el dinero, ni en la fama, ni sobre la gran reputacion, ni en los auxilios del talento, ni sobre las fuerzas de la complexion: nos manifiesta que todos los estados siempre son deleznables y quebradizos, y que solo en Dios, que se halla en todas partes, debemos poner nuestra esperanza y apoyo.

Muchos creen que el valor consiste en una especie de estoicismo ó insensibilidad, y es un error. Cuanto mas se siente la gravedad y extension de los males, tanta mayor magnanimidad es el triunfar de ellos. La grandeza del alma consiste en sentir las aflicciones, haciendo de ellas un mérito para con el Remunerador eterno. ¡Qué grande obra es unir uno sus tribulaciones á las de los justos, y á las del mismo Jesucristo! ¡Sufrir los mas agudos dolores y estar como impasible! ¡Morir á los placeres y honores del mundo, y revivir con mas explendor! ¡Tener su cuerpo en medio de tantos objetos, y olvidarle! ¡Cerrar los ojos á la vanidad del siglo, y no ver mas que la felicidad eterna, toda espiritual y divina!

El alma se disipa siguiendo el torrente del mundo. Se halla tan distraida en medio del torbellino que la agita, que unas veces no hace mas que medio pensar y otras solo medio querer; y al contrario, se recoge y usa de todas sus facultades cuando la persigue y aflige la suerte. Las adversidades dan lustre á las virtudes: la piedad se deja ver mas eminente; la humildad mas sincera, la sabiduría mas modesta, y la constancia mas sólida. El cielo no es sino pa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Juéves de la 2ª semana de cuaresma.



Viérnes de la 2ª semana de cuaresma.



Sábado de la 2ª semana de cuaresma.



Domingo 3º de cuaresma.

ra los que lloran y se hacen violencia. Fuera de esto, cuando uno se deja vencer de las adversidades, no hace mas que recrecer sus penas. El desfallecimiento y la desesperacion son los mayores males, y es imposible en este valle de lágrimas no padecer reveses y desdichas. Esta es nuestra herencia: buenos y malos participan de ella; con la diferencia de que los últimos sufren toda su amargura, y los primeros no, porque para estos es el cáliz de Jesucristo.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Juéves de la segunda semana de Cuaresma.—Parábola del rico avariento y el mendigo Lázaro.

Viérnes de la segunda semana de cuaresma.—Parábola de los labradores que matan al hijo del dueño de la viña.

Sábado de la segunda semana de Cuaresma.—Parábola del hijo pródigo.

Domingo tercero de Adviento.—Lanza Jesus al demonio del cuerpo de un mudo, y cuando le hubo lanzado, habló el mudo y se maravillaron las gentes.—*San Lúcas, cap. II.*

Juéves de la segunda semana de Cuaresma.

Para el introito de la misa de este dia ha escogido la Iglesia el principio del Salmo LXIX, el cual es una súplica interesante que la Iglesia pone a la cabeza de todos sus oficios, con la cual pide á Dios su asistencia y ayuda: dándonos á entender con esto la extrema necesidad que tenemos de la gracia, sin la cual ninguna accion, por loable que sea, puede ser meritoria al Señor. *Mirad, Señor, la necesidad que tengo de vuestra ayuda; daos prisa de venir á ayudarme. Cubrid de confusion y de vergüenza á los que buscan mi alma para robármela.* David dirige á Dios esta oracion en el tiempo que se ve perseguido por su hijo Absalon. El fin de la Iglesia al mostrarnos estos Salmos no es otro, que el de inspirarnos un nuevo pesar y un mayor arrepentimiento, recordándonos que no ha habido vez que no hayamos pecado, que no nos hayamos rebelado contra un Dios, que es nuestro Criador, Redentor y amable Padre.

La Epístola se ha tomado de la profesía de Jeremías al capítulo

XVII, donde amenaza á los judíos con la pérdida de sus bienes, y con la ruina de su país, porque se olvidaban del Señor, abandonándolo y recurriendo á los hombres. Maldice al hombre que pone su confianza en otro hombre: dándonos á entender en lo que pasaba con los judíos, la demasiada confianza que tambien nosotros ponemos en la ayuda y socorro de los hombres, no recurriendo al Señor.

Jeremías acababa de echar en cara á los judíos su impiedad y su irreligion, las que llegaban hasta el extremo de hacer ostentacion de sus mayores delitos. El pecado de Judá, les decia, está escrito en vuestro corazon, y en los cuernos de vuestros altares, teniéndolo como trofeo de vuestros desórdenes para que nadie pudiese ignorarlos. Ni aun disimulaban su idolatría, ni se avergonzaban de ella, ni temian el castigo; ántes por el contrario, se gloriaban de ella, y en cierto modo buscaban como hacer pasar su memoria á la posteridad por medio de inscripciones. Sus hijos, dice el Profeta, han grabado en su memoria sus altares y sus grandes bosques, consagrados á las divinidades paganas. Esto es lo que irritó tanto el enojo de Dios contra ellos. *Esto dice el Señor*, exclama el Profeta: *maldito el hombre que pone su confianza en el hombre.* Porque á la verdad, esas medidas tan bien tomadas, esos resortes, esos apoyos buscados y conservados con tantos artificios, son fundamentos sobre arena. En vano, dice el Profeta, tomais unas precauciones que la prudencia de la carne os sugiere; á quien debeis únicamente recurrir es á Dios; en su socorro debeis únicamente poner vuestra confianza; porque el hombre que pone su confianza en un brazo de carne, y que aparta de Dios su corazon, será semejante al Tamariz del desierto, se verá abandonado y solo, se secará como un arbusto plantado en un terreno salitroso é inhabitable. El Tamariz silvestre de que habla aquí Jeremías, tiene siempre un verde pálido, y por mas que llueva, siempre está seco: árbol inútil, fruto que para nada es bueno. Por este conozcamos el auxilio que la humanidad nos puede dar siendo semejante á este árbol. No así el que pone en Dios toda su confianza, porque este sí es verdaderamente dichoso: es semejante á un árbol fructífero, plantado en un terreno excelente y regado continuamente con agua de pié, que no teme ni á la sequedad ni á la escarcha; cuyas hojas no pierden jamas el verdor de la primavera; cuyos frutos son de un sabor exquisito.

Pocos corazones hay que no se parezcan al Tamariz silvestre, corrompidos, aunque el disimulo oculte su corrupcion; pero yo, dice

Dios, soy un Señor que sonda los corazones, que desenvuelve todos los pliegues y que revela todos sus misterios. No me dejo deslumbrar por esas exterioridades y apariencias engañosas; y así no recompensaré sino la verdadera virtud y el verdadero mérito.

El Evangélio de este dia es la historia del rico avariento y del pobre Lázaro. Habia un hombre rico, decia el Salvador á sus discípulos, que se vestia de púrpura y de lino muy delicado, no negando nada á sus sentidos, teniendo todos los dias suntuosos banquetes, gozando de sus placeres, y pasando todos los dias entre delicias; al mismo tiempo un pobre llamado Lázaro, cubierto todo de llagas, estaba tendido á la puerta del rico; pidiendo de limosna las migajas que caian de su mesa; dichoso si hubiera podido tener este bello socorro para saciar el hambre, y mas bien para retardar su muerte, que para conservar su vida; pero no habiendo quien se compadeciese de él, el único alivio que recibia en su extremada miseria, era el venir algunas veces los perros á lamerle las llagas. El contraste y paralelo de estas dos condiciones tan diferentes está bien á la vista: ¡qué diferencia entre estas dos vidas! Pero en fin, la muerte viene pronto á terminar las delicias del uno y las miserias del otro; ¡pero qué diferentes las suertes que caben á entrambos! Lázaro muere en su pobreza; pero su muerte es preciosa á los ojos de Dios, y los Angeles llevan su alma á aquel lugar de paz y de gozo, exento ya de las miserias de la vida. El rico no le sobrevivió mucho tiempo: vino la muerte en medio de sus mas bellos dias, y dió fin á su deliciosa vida. Muere este rico, y su cuerpo tan acostumbrado al regalo y á la delicadeza, ahora viene á ser presa de la podre y de los gusanos; el alma que hasta entónces era esclava de los sentidos y del cuerpo, ahora es arrojada al infierno, para ser eternamente presa de las llamas. Entónces de lo mas profundo del infierno vió ese desventurado al patriarca Abraham, y á Lázaro tan resplandeciente como el sol al lado de este patriarca. Este espectáculo aumentó sus penas y su desesperacion. En lo mas fuerte de sus tormentos se encaró con Abraham, y con gritos lamentables, efectos del mas vivo dolor y de la mas cruel desolacion, le hizo esta súplica: Abraham, tú que me ves en este lastimoso estado, ten compasion de mí, y envíame á Lázaro, para que mojando la punta de su dedo en el agua, deje caer una sola gota en mi lengua, que está hecha un fuego. Mas Abraham respondiéndole, le dice: Acuérdate que toda tu vida has vivido entre delicias, y que al contrario Lázaro ha estado continua-

mente padeciendo. Ahora todo se ha trocado; una felicidad llena, un gozo inalterable es la herencia de este pobre á quien trataste con tanta dureza, y la tuya es un agregado de todos los tormentos del abismo; no esperes que él te dé jamas el menor alivio. Los escogidos no tienen comercio alguno de caridad con los réprobos; toda comunicacion está prohibida entre ellos. Tú arderás y arderás para siempre, sin recibir el menor refrigerio. A lo ménos, replicó este rico desventurado, envíalo siquiera á la casa de mi padre, para que advierta á mis cinco hermanos el estado en que me hallo, para impedirles el que vengan á arder conmigo en este lugar de tormentos, donde sus suplicios aumentarian los mios; pues su triste suerte seria el fruto de mis malos ejemplos. Les basta, dijo Abraham, tener los libros de Moises y de los Profetas; no tienen que hacer otra cosa sino poner en ejecucion lo que estos maestros les dicen: oiganlos y se salvarán. No, replicó el desventurado, con esta sola ayuda no se harán mas cuerdos; pero si algun muerto se les aparece, y les representa este lugar de tormentos, se horrorizarán y se convertirán. Te engañas miserablemente, le respondió Abraham, si no quieren oir la voz de Dios, ¿darán mas crédito á la voz de una fantasma? Y si los hombres han llegado al extremo de no hacer caso de las divinas Escrituras, ¿les hará mas fuerza el testimonio de los muertos?

La Epístola es del capítulo XVII del profeta Jeremías.

Esto dice el Señor Dios: Maldito sea el hombre que confia en *otro* hombre, *y no en Dios*, y se apoya en un brazo de carne, y aparta del Señor su corazon. Porque será semejante á los tamariscos del desierto: y no se aprovechará del bien cuando venga, sino que permanecerá en la sequedad del desierto, en un terreno salobre é inhabitable. Bienaventurado el varon que tiene puesta en el Señor su confianza, y cuya esperanza es el Señor. Porque será como el árbol trasplantado junto á las corrientes de las aguas, el cual extiende hácia la humedad sus raices, y no temerá cuando venga el estío. Y estarán verdes sus hojas, ni le causará mella la sequedad, ni jamas dejará de producir fruto. Perverso es el corazon de todos, é impenetrable: ¿quién podrá conocerle? Yo soy el Señor que escudriño los corazones, y el que examino los afectos, y doy á cada uno la paga segun su proceder, y conforme al mérito de sus obras, dice el Señor omnipotente.

El Evangelio es del capítulo XVI de San Lúcas.

En aquel tiempo dijo Jesus á los Fariseos: Hubo cierto hombre rico que se vestia de púrpura y de lino finísimo, y tenia cada dia expléndidos banquetes. Al mismo tiempo vivia un mendigo llamado Lázaro, el cual cubierto de llagas yacia á la puerta de este, deseando saciarse con las migajas que caian de la mesa del rico; mas nadie se las daba; pero los perros venian y lamíanle las llagas. Sucedió pues que murió dicho mendigo, y fué llevado por los Angeles al seno de Abraham. Murió tambien el rico, y fué sepultado en el infierno. Y cuando estaba en los tormentos, levantando los ojos vió á lo léjos á Abraham, y á Lázaro en su seno; y exclamó diciendo: Padre Abraham, compadécete de mí, y envíame á Lázaro, para que mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas. Respondióle Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro al contrario, males; y así este ahora es consolado, y tú atormentado. Fuera de que, entre nosotros y vosotros está de por medio un abismo insondable: de suerte que los que de aquí quisieren pasar á vosotros no podrian, ni tampoco de allí pasar acá. Ruégote pues, ó Padre, replicó el rico, que lo envies á casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos, á fin de que los aperciba, y no les suceda á ellos el venir tambien á este lugar de tormentos. Replicóle Abraham: Tienen á Moises y á los Profetas; escuchenlos. No, dijo él, ó Padre Abraham; pero si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia. Respondióle Abraham: Si á Moises y á los Profetas no los escuchan, aun cuando uno de los muertos resucite, tampoco le darán crédito.

MEDITACION.

Sobre la deferencia y docilidad á la palabra de Dios.

Considera que de tal modo debemos recibir las amonestaciones que se nos hacen en los libros sagrados para la reforma de nuestra vida, que, dándoles toda la estimacion que se merecen, á ninguna otra cosa debemos atenernos, ni juzgarla como de mayor influjo que la palabra de Dios. No son los hombres los que nos hablan en las Santas Escrituras; es el mismo Dios el que nos dirige la palabra, aunque sea por medio de los hombres; porque estos hombres no hablan de sí mismos, sino que nos dicen lo que Dios les inspira, y no

hablan en nombre propio, sino en nombre de Dios. ¿Y qué otra cosa nos dicen sino lo que queria el rico avariento que dijera á sus hermanos un muerto que se les apareciese? Solo podia decirles que por experiencia sabia que todo lo del mundo es vano: que los males de la vida son tolerables: que no hay verdadero mal mas que el pecado y su castigo eterno: que el que vive mal por lo comun muere en pecado: que el que así muere se condena: que las penas del infierno son terribilísimas: que el fuego es eterno: que la pena de daño nos hace perder á Dios para siempre, y que esta pérdida es la más horrenda desgracia que puede suceder al hombre. Y bien; ¿qué, todo esto no se nos dice en las Santas Escrituras? ¿Qué desengaños de la vanidad del siglo no hallamos en los libros sapienciales? ¿Qué reglas de moralidad no hallamos en los mismos libros y en todo lo que forma la ley, ya en el Antiguo Testamento, y ya con mucha mas abundancia y perfeccion en el Nuevo? ¿Qué conminaciones, qué funestos anuncios, qué amenazas no encontramos en los Profetas y en el Evangelio? ¿Qué nos deja de decir la revelacion acerca de nuestras postrimerías, de la muerte en pecado, de la condenacion, de las penas eternas? ¿Pues para qué queremos que nos lo diga un muerto aparecido? ¿Será acaso porque lo haya visto? Y bien, ¿quién verá mas, un infeliz condenado, ó un Dios que todo lo sabe y tiene la bondad de hacérnoslo saber á nosotros para que evitemos nuestra desgracia? Oigamos á este Dios, temamos sus castigos, y ya habremos conseguido evitar nuestra ruina, si oyéndolo reformamos nuestra vida y costumbres.

Considera que es asimismo vano y engañoso el persuadirnos que el espanto de la aparicion de un muerto sea bastante á hacernos mudar de conducta, cuando las amenazas de Dios y los terribles castigos que sabemos ha ejecutado en los ángeles y en los hombres no nos mueven á penitencia. ¿Por ventura puede haber cosa de mayor pavor que ver arrojados á las llamas eternas á millones de ángeles por el brazo poderoso de un Dios enojado? ¿Ver por igual causa sumergidos á los hombres todos en un abismo de males; y á la muerte desoladora reduciendo á cenizas á los míseros descendientes de Adan, y enviando á las almas á su eterno destino? ¿Ver anegado al mundo en las aguas del diluvio; abrasadas con un fuego del cielo cinco ciudades; privados de existencia todos los primogénitos de una nacion entera por un ángel exterminador; y por otro muertos en el campo ciento ochenta mil combatientes? Pero ¿para qué es

cansarnos en referir mas y mas ejemplares de los efectos de la ira de Dios, cuando se está viniendo á los ojos la reflexion que buscamos, y es que sobran objetos del mayor terror para convertir á los hombres, que es el fin con que Dios nos pone á la vista estos ejemplares terribles; pero que no obran en nosotros el efecto que deben, porque el endurecimiento de nuestros corazones hace que esté nuestra fé casi extinguida, y que opongamos una resistencia tan funesta á la gracia, que ni con la misma presencia de la muerte que ya va á hacernos exhalar el último suspiro, cede ni se doblega. ¡Oh fatal obstinacion! ¡Oh ceguedad irremediable! El hombre sabe todo esto, sin poderlo dudar: en la serie de su vida se ha visto muchas veces amagado del rayo abrasador, ó á punto de ser sorbido por las olas del mar embravecido, ó sepultado bajo las ruinas del terremoto, ó cubierto de la lava volcánica, ó postrado en el lecho del dolor y la muerte, ó librada su mísera existencia al golpe de una bala ó de un acero; pero nada le mueve: se aterra, se sobresalta, tiembla en los momentos del peligro: clama, pide misericordia, implora el perdon de sus culpas; y apénas pasa el trance, cuando vuelve á sus vicios y desórdenes. ¡Ah, que miéntras no docilite su corazon, miéntras no se convierta seriamente, miéntras no sea constante en su propósito, el amor y el terror, el beneficio y el castigo serán para él inútiles, y solo servirán para reagravar su impenitencia y hacer mayor su pena en el infierno!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Ten gran cuidado en ver con suma veneracion y aprecio las santas Escrituras, y en no dejar que se debilite ni se ofusque tu fé. Para esto importa mucho que tus costumbres sean puras é inocentes; pues tal será tu fé cual sea tu conducta. Incúlcate el temor santo de Dios, teniendo bien presente que es el principio de la sabiduría, y que esta sabiduría no es otra que el arte de salvarse obedeciendo á Dios, imitando á los Santos, corrigiendo tus faltas y procurando adquirir las virtudes propias de tu estado. Jamas resistas á las correcciones de tus padres y superiores: sé dócil á la voz del ministro de Dios y de la persona caritativa que ejerza contigo la correccion fraterna. Esto es oir á Moises y á los Profetas, quiere decir, hacerse obediente á la voz de Dios que nos ordena lo que

conduce á nuestra salvacion. Sea, pues, esta tu peticion á aquel Señor de quien nos viene todo santo deseo y buena disposicion.

JACULATORIA.

Haced, Señor, que tenga yo en mi corazon aquellas orejas de oir que exiges, para que sea atendida tu palabra.

LECCION.

Sobre el infierno.

El verdadero cristiano, sin meterse en la disputa sobre la naturaleza del fuego que atormenta á los demonios y á los condenados, sabe y no duda, que Dios, Ser Supremo y omnipotente, puede unir nuestra alma á la sustancia del fuego, como está ahora unida á nuestro cuerpo, ó que puede hacerla sentir toda la actividad de la llama mas viva, y mas ardiente aun sin la presencia del fuego. Hay mas: le basta para creerlo estas solas palabras: *Id, malditos, al fuego eterno.* Ve aquí decidida la cuestion por el mismo Jesucristo. Él pronunció estas terribles palabras, y él tambien en el Evangelio de hoy nos dice: "*Habiendo muerto el rico, fué sepultado en el infierno;*" y nos lo representa como un hombre cruelmente atormentado por las llamas. La sentencia está pronunciada; ella es irrevocable. ¿Y contra quienes se ha dado? Contra los que no han querido socorrer á los pobres en sus necesidades, y contra todos los que no hayan obedecido su ley. ¡Qué imágen tan formidable se ofrece á nuestro espíritu! El réprobo sin consuelo, sin esperanza y sin remedio, no tendrá sino remordimientos, los mas atroces arrepentimientos y dolores enteramente perdidos é inútiles: sus ideas, la de la justicia eterna de un juez inflexible, y su compañía la de los condenados y demonios. Querrá incesantemente salir de este estado horroroso, y sin cesar se verá arrojado en él: un gusano interior lo confundirá y devorará. Trastornadas y suspensas todas las facultades de su alma, le hará morir á cada instante, dejándole siempre vivir. Solo verá horrores que lo cercarán: horrores en su memoria que le acordarán toda la abominable individualidad de sus pecados: horrores en su imaginacion, que le pintarán toda la indignacion del Omnipotente, y todo lo que pierde en no verle: horrores en la voluntad, que ya no le inspira sino sentimientos de rabia y desesperacion. Ultimamente, el hombre réprobo será un ente armado contra sí mismo, y que hallará en su propio corazon un infierno igual al que le rodea.

Seria necesario poder comprender lo que es Dios para concebir qué tormento es el perderlo, sin esperanza de recobrarlo. Esta pérdida nos mueve poco miéntras vivimos; pero se juzga muy de otro modo cuando efectivamente se palpa y se experimenta. Pensar eternamente que hubo un Redentor, y que no quisimos aprovecharnos del precio infinito de su sangre, pensar en el extremo con que nos amó el divino Hijo de María, y ver que ni le correspondimos ni podemos ya corresponderle, y que ni él mismo nos ha de amar jamas: ¡cruel memoria! ¡suerte fatal! ¡desventura incomprensible!

Me he condenado, dice un réprobo, yo que tenia tantas razones y tantos medios para ser del número de los escogidos. Me he condenado, yo que he sido tan distinguido en la tierra por mi nacimiento, por mis empleos, por mis riquezas, por mis talentos; y he aquí que estoy confundido con todos los facinerosos, con la mas vil y mas infame canalla del universo: yo que fuí creado entre delicias, y que no gustaba sino del deleite, estoy condenado para siempre á un fuego eterno; los tormentos son mi herencia; el infierno mi morada; los demonios mi compañía, y mi alimento la rabia. ¡Santo Dios, y pensamos tan poco en lo porvenir!

Tener siempre delante de los ojos el bien infinito que se ha perdido: los males innumerables en que se ha caido, los medios fáciles y frecuentes que se tuvieron para evitarlos: la vanidad y la poca duracion de todo lo que nos apartó de Dios: las dulzuras inefables que hubiéramos hallado en su servicio; las penas y trabajos que sufrimos para condenarnos: la diferencia entre la duracion momentanea de ciertos insípidos placeres, y la duracion eterna de las penas que les siguen: ¡suplicio eterno! ¡Rabia sin fin! desesperacion sin término!

¡Ah! una triste experiencia nos hará conocer estos males, que aquí nosotros no hacemos mas que debilitarlos al quererlos describir. Aprovechemos ahora los momentos, y con un temor santo y saludable esforcémonos en evitar este abismo, en el que se hace sentir toda la justicia de un Dios. Si pensáramos con frecuencia que muchísimas personas que hemos conocido, que han vivido con nosotros, y que han habitado en nuestras mismas casas, se desesperan ahora en el infierno; en tal caso, poseidos de un santo horror y miedo, no nos ocuparíamos sino en considerar los tormentos eternos.

Este terrible negocio será decidido prontamente, ó nosotros seremos eminentemente felices ó eternamente desgraciados; ó embriagados en el torrente de las delicias incomparables, ó sumergidos en el seno de los mayores infortunios: no habrá ya apelacion, no se conocerá la misericordia, no habrá lugar al rescate, ni tiempo para el regreso. ¡Cuánto nos importaria descender á menudo con la consideracion á aquellas cavernas y calabozos formidables y devoradores, y figurarnos el estado infelicísimo de una alma que ya no tiene comunicacion con los santos: de una alma degradada de todos los títulos, privilegios y prerogativas del cristiano: de una alma que ha inutilizado y conculcado el precio de la redencion: de una alma que por sus negligencias, descuidos y profanaciones, ha cambiado la misericordia en justicia, los beneficios en castigos, el amor en odio, la clemencia en indignacion, la hermosa libertad en una penosa servidumbre, en fin, la morada del empíreo en las cavernas del abismo; de una alma, finalmente, que bajo la maldicion y anatema eterno, no tienen ya que esperar sino pesares, aflicciones, desesperacion, tinieblas y suplicios inesplicables.

La religion nos repite y presenta á cada instante estas verdades que deberiamos no olvidar jamas; pero acostumbrados á formar una falsa idea de Dios, á quien confundimos con nuestra flaqueza, pensamos faltará á su justicia por dar solo oidos á su clemencia. Esta ilusion, que degrada á Dios y le atribuye nuestras pasiones, es sin duda la mas peligrosa. Dios no puede dejar de ser justísimo y verdadero; y como no nos ha dado la vida presente sino para merecer, nosotros seremos eternamente enemigos suyos, si tenemos la desgracia de morir en pecado mortal. Todas nuestras reflexiones y discursos no pueden alterar este decreto. ¿Cómo, pues, siendo la existencia del infierno uno de los artículos de nuestra fé, vivimos en la indolencia? ¿Creerán que le hay esas personas que viven tranquilamente en el regalo y en el pecado? ¿Esas mugeres para quienes el mundo es un ídolo? ¿Esos libertinos cuya vida es una cadena de pecados, que se burlan de las mas santas prácticas de devocion, del mismo infierno y de los que le temen? Esas gentes de delicias que pasan su vida en un olvido constante de Dios, que solo tienen una ligera superficie de religion, ¿creerán que hay infierno y que sus penas son eternas? Grabemos nosotros fuertemente en nuestra alma la idea de tan terrible verdad, para no experimentar despues de la muerte lo que no quisimos meditar en la vida.

Viérnes de la segunda semana de Cuaresma.

El introito de la misa de este dia es del verso último del Salmo XVI, y dice: "Por lo que á mí toca, compareceré siempre puro á vuestros ojos, y no estaré plenamente contento, sino cuando os veré perfectamente glorificado; ó segun otra version, cuando me introduzcireis en vuestra gloria. Así acaba David este Salmo, que compuso durante la persecucion de Saúl, y tiene por título: *Oracion de David*, porque este profeta ora en él á Dios con una confianza y un fervor particular; y es un modelo de una perfecta oracion. David se queja vivamente en él de la injusticia de sus perseguidores, y de las calumnias que se le imputan; y como está seguro de su inocencia, apela al soberano Juez, y lo pone por testigo de la rectitud de su corazon y de sus intenciones. Esta oracion conviene perfectamente á Jesucristo, calumniado y perseguido cruelmente por los judíos, sin embargo de los muchos beneficios que les habia hecho, y de la evidencia de su inocencia. Conviene sobre todo al oficio de este dia, que nos representa tambien bajo dos figuras al Hijo de Dios, maltratado y desechado por los hombres, á quienes habia sido enviado por el Padre Eterno. La una de estas figuras se ha tomado del Génesis, de la persona de José, hijo predilecto del patriarca Jacob, enviado á sus hermanos y vendido por ellos á los Gitanos; la otra es del Evangelio, donde se cuenta la parábola de un padre de familias, que habiendo enviado su propio hijo y heredero de su reino á unos vasallos rebeldes, lo vió todavia mas maltrado por ellos que lo habian sido los criados y ministros, que les habia enviado de antemano para ponerlos en órden y reducirlos á su obediencia. La historia de José, figura de Jesucristo, es la materia de la Epístola de este dia.

José, hijo de Jacob y de Raquel, el mas jóven de sus hijos, fué entre todos sus hermanos el mas amado de su padre; no solo porque lo habia tenido en su vejez, sino por su modestia, por su afabilidad, y porque era el mas hermoso de todos. Esta predileccion excitó contra él los celos y el odio de sus hermanos, el que se aumentó mas y mas con ciertos sueños que José les contó delante de su padre; y con el motivo de una túnica que el santo viejo le habia hecho de lino fino de varios colores, lo que jamas habia hecho con nin-

Este terrible negocio será decidido prontamente, ó nosotros seremos eminentemente felices ó eternamente desgraciados; ó embriagados en el torrente de las delicias incomparables, ó sumergidos en el seno de los mayores infortunios: no habrá ya apelacion, no se conocerá la misericordia, no habrá lugar al rescate, ni tiempo para el regreso. ¡Cuánto nos importaria descender á menudo con la consideracion á aquellas cavernas y calabozos formidables y devoradores, y figurarnos el estado infelicísimo de una alma que ya no tiene comunicacion con los santos: de una alma degradada de todos los títulos, privilegios y prerogativas del cristiano: de una alma que ha inutilizado y conculcado el precio de la redencion: de una alma que por sus negligencias, descuidos y profanaciones, ha cambiado la misericordia en justicia, los beneficios en castigos, el amor en odio, la clemencia en indignacion, la hermosa libertad en una penosa servidumbre, en fin, la morada del empíreo en las cavernas del abismo; de una alma, finalmente, que bajo la maldicion y anatema eterno, no tienen ya que esperar sino pesares, aflicciones, desesperacion, tinieblas y suplicios inesplicables.

La religion nos repite y presenta á cada instante estas verdades que deberiamos no olvidar jamas; pero acostumbrados á formar una falsa idea de Dios, á quien confundimos con nuestra flaqueza, pensamos faltará á su justicia por dar solo oidos á su clemencia. Esta ilusion, que degrada á Dios y le atribuye nuestras pasiones, es sin duda la mas peligrosa. Dios no puede dejar de ser justísimo y verdadero; y como no nos ha dado la vida presente sino para merecer, nosotros seremos eternamente enemigos suyos, si tenemos la desgracia de morir en pecado mortal. Todas nuestras reflexiones y discursos no pueden alterar este decreto. ¿Cómo, pues, siendo la existencia del infierno uno de los artículos de nuestra fé, vivimos en la indolencia? ¿Creerán que le hay esas personas que viven tranquilamente en el regalo y en el pecado? ¿Esas mugeres para quienes el mundo es un ídolo? ¿Esos libertinos cuya vida es una cadena de pecados, que se burlan de las mas santas prácticas de devocion, del mismo infierno y de los que le temen? Esas gentes de delicias que pasan su vida en un olvido constante de Dios, que solo tienen una ligera superficie de religion, ¿creerán que hay infierno y que sus penas son eternas? Grabemos nosotros fuertemente en nuestra alma la idea de tan terrible verdad, para no experimentar despues de la muerte lo que no quisimos meditar en la vida.

Viérnes de la segunda semana de Cuaresma.

El introito de la misa de este dia es del verso último del Salmo XVI, y dice: "Por lo que á mí toca, compareceré siempre puro á vuestros ojos, y no estaré plenamente contento, sino cuando os veré perfectamente glorificado; ó segun otra version, cuando me introduzcireis en vuestra gloria. Así acaba David este Salmo, que compuso durante la persecucion de Saúl, y tiene por título: *Oracion de David*, porque este profeta ora en él á Dios con una confianza y un fervor particular; y es un modelo de una perfecta oracion. David se queja vivamente en él de la injusticia de sus perseguidores, y de las calumnias que se le imputan; y como está seguro de su inocencia, apela al soberano Juez, y lo pone por testigo de la rectitud de su corazon y de sus intenciones. Esta oracion conviene perfectamente á Jesucristo, calumniado y perseguido cruelmente por los judíos, sin embargo de los muchos beneficios que les habia hecho, y de la evidencia de su inocencia. Conviene sobre todo al oficio de este dia, que nos representa tambien bajo dos figuras al Hijo de Dios, maltratado y desechado por los hombres, á quienes habia sido enviado por el Padre Eterno. La una de estas figuras se ha tomado del Génesis, de la persona de José, hijo predilecto del patriarca Jacob, enviado á sus hermanos y vendido por ellos á los Gitanos; la otra es del Evangelio, donde se cuenta la parábola de un padre de familias, que habiendo enviado su propio hijo y heredero de su reino á unos vasallos rebeldes, lo vió todavia mas maltrado por ellos que lo habian sido los criados y ministros, que les habia enviado de antemano para ponerlos en órden y reducirlos á su obediencia. La historia de José, figura de Jesucristo, es la materia de la Epístola de este dia.

José, hijo de Jacob y de Raquel, el mas jóven de sus hijos, fué entre todos sus hermanos el mas amado de su padre; no solo porque lo habia tenido en su vejez, sino por su modestia, por su afabilidad, y porque era el mas hermoso de todos. Esta predileccion excitó contra él los celos y el odio de sus hermanos, el que se aumentó mas y mas con ciertos sueños que José les contó delante de su padre; y con el motivo de una túnica que el santo viejo le habia hecho de lino fino de varios colores, lo que jamas habia hecho con nin-

guno de sus hermanos. Habia soñado José que atando con ellos unas haces en el tiempo de la siega, su haz se mantenia derecha, y los de sus hermanos se inclinaban delante de él en ademan de adorarlo: otra vez creyó ver en sueños al sol, luna y estrellas, bajar del cielo á la tierra, y postrarse delante de él como para prestarle homenage. En toda la relacion que hizo de estas visiones, se descubre el candor y la inocente sencillez de José, que sin recelar de la mala voluntad de sus hermanos, les cuenta ingenuamente unos sueños, cuyo sentido comprendieron demasiado.

Aunque Jacob reconoció que estos sueños no podian dejar de tener algo de misterioso, sin embargo, previendo el mal efecto que esta relacion podia producir en unos corazones envidiosos y resentidos, de los cuales solo salian palabras duras contra José; lo reprendió, diciéndole que era demasiada su presuncion, si creia que él, su madre y sus hermanos habian de honrarlo y respetarlo como á su señor y su superior. San Agustin nos hace ver que estos sueños tomados al rigor de la letra, no se cumplieron perfectamente en José, sino solo en la persona de Jesucristo, de quien José era figura. Sus hermanos llevaron su odio hasta el extremo, pues resolvieron deshacerse de él, para librarse de un censor molesto que parecia haberlos desacreditado, contándole á su padre sus desórdenes. No tardaron mucho en poner en ejecucion sus perniciosos designios; pues habiéndole enviado Jacob un dia á saber cómo les iba á sus hermanos, aun no bien lo descubrieron, cuando se resolvieron á quitarle la vida. Hubieran ejecutado su depravado designio, si Ruben, uno de ellos, no lo hubiera embarazado con sus ruegos y representaciones. Mas no pudiendo sacar á José de entre sus manos, les aconsejó que lo arrojaran en una cisterna vieja, que era una especie de pozo cavado en medio del campo, á donde las aguas de las lluvias y de las nieves se juntaban, y servian en los grandes calores para abrevar el ganado y beber los pastores. Como esta cisterna entónces estaba seca, el designio de Ruben era dejar pasar el primer fuego del enojo de sus hermanos, condescendiendo en algo con su rebato, y sacar despues á José de la cisterna y volverlo á enviar á su padre; mas su dictámen y esperanza fueron frustrados, porque habiendo sido arrojado José á la cisterna, sin que sus gemidos y lágrimas excitasen la menor compasion, viendo á unos mercaderes Ismaelitas ó Arabes, segun el texto hebreo, que venian de Galaad con sus camellos cargados de resina, mirra, bálsamo y de toda especie de aromas,

las que llevaban á Egipto, sacaron á José para vendérselos, recibiendo en precio veinte siclos, que hacen cerca de treinta pesetas de nuestra moneda antigua; ó segun algunos ejemplares antiguos, treinta piezas de plata; precio á que habia de ser vendido Jesucristo. Estos mercaderes lo vendieron en Egipto á Putifar, príncipe de la milicia, ó capitan de las guardias de Faraon; el que viendo que su esclavo nada tenia de servil en sus costumbres, y descubriendo un aire de nobleza, y un fondo de prudencia y de probidad, nada comun en sus palabras, descargó sobre él el cuidado de su casa, de la que le dió la intendencia ó mayordomía. Nadie ignora las aventuras de José, la calumnia con que lo infamó la muger de Putifar por no haber querido condescender á los torpes deseos de esta, recibiendo injustamente el castigo de una prision, de la que no salió sino para recibir en prémio de su inocencia el cargo de gobernador de todo Egipto. ¿Qué figura mas propia de los malos tratamientos que el Salvador recibió de los judios, que los que recibió José de sus hermanos? ¿Y qué figura representa mas al vivo el triunfo de Jesucristo, que el de José? La inhumanidad y la barbarie de los hermanos de José son los caminos de que se sirvió el Señor para hacerle subir hasta el trono, así como el horrible deicidio de los judios fué el camino de que se sirvió Jesucristo para manifestar su divinidad á toda la tierra.

El Evangelio de este dia tiene una perfecta relacion con la Epístola. Acababa el Hijo de Dios de echar en cara á los judíos los malos tratamientos que habian recibido de ellos todos aquellos que les habia enviado Dios para convertirlos ó instruirlos, cuando por fin les contó una parábola, que era la verdadera imágen de los indignos modos con que lo habian de tratar á él mismo, y con que iban á poner el sello á su reprobacion.

Un padre de familias, les dijo, plantó una viña, la puso su cerca, hizo en ella un lagar y edificó una torre: arrendóla á ciertos labradores, y él se partió á léjas tierras, donde hizo una mansion bastante larga. Esta viña que el padre de familias habia puesto en estado de ver cultivada y de dar mucho fruto, es la sinagoga, ó la nacion hebrea, la que Dios habia escogido por su pueblo favorecido, á quien habia dado su ley y provisto de todas las cosas necesarias para llevar copiosos frutos de santidad y de justicia. Los judíos eran los labradores que debian cultivarla, ó por mejor decir, que debian cultivarse á sí mismos por la obser-

vancia de la ley y la práctica de las virtudes que esta ley les prescribia. El padre de familias se habia ausentado despues de haber arrendado su viña; como si dijera, que Dios habia dado á su pueblo todo el tiempo necesario para que este fondo redituara, y para recoger los frutos que debian exigirse de su cultivo. La cerca que debia defenderla de las bestias y de los pasageros, eran sus mandamientos, los que siendo bien observados, la defendian del contagio del mal ejemplo de las naciones idólatras. Edificó en ella un lagar y una torre, es á saber, su templo y altar, los que debian ponerla al abrigo de todo insulto. Nada tenia esta viña que desear para ser fértil y llevar copioso fruto. ¿Qué he debido hacer con mi viña que no haya hecho, dice el Señor, y esto despues de tantos siglos? Llegado el tiempo de los frutos, envió el padre de familias sus criados á los renteros para cobrar los frutos de su viña. Pero los renteros, en lugar de recibirlos con la honra que correspondia á los que eran unos enviados de su señor, los prendieron y los trataron indignamente, dando de golpes á uno, matando á otro, y apedreando á todos. El padre de familias envió todavía á otros criados en mayor número que los primeros, y fueron tratados del mismo modo. Estos criados del propietario que fueron á cobrar la renta, son los profetas que envió Dios en diferentes tiempos á los judíos. Finalmente, el padre de familias, continúa el Salvador, visto el desprecio y crueldad con que los renteros habian tratado á sus criados, se resolvió á enviarles la persona que mas amaba, esto es, su Hijo único, esperando que á lo ménos tendrian respeto al heredero, que por lo mismo era tambien su Señor; pero se engañó en su esperanza; porque aquellos desventurados, viendo acercarse á ellos el Hijo único de su Señor, y conociéndole bien, determinaron matarlo, esperando apoderarse de sus bienes y mantenerse en posesion de su viña. En efecto, lo prendieron, lo sacaron fuera de la viña, y allí le quitaron la vida. Cuando venga el Señor de la viña á castigar á estos rebeldes y homicidas, les dijo el Salvador, ¿con qué pena os parece los castigará? Todos á un tiempo le respondieron que no habia suplicios bastantes para castigar tan horribles atentados; que no dejaria de hacer en ellos un castigo ejemplar, y que arrendaria su viña á otros renteros que tuviesen una conducta muy diversa, y que le pagasen sus frutos á sus tiempos.

Se cree que fueron los sacerdotes los que dieron la respuesta, la que confirmada por Jesucristo, les hizo comprender bastantemente

que ellos mismos eran aquellos contra quienes habian pronunciado esta sentencia. Era difícil no conocerse á sí mismos en este retrato; porque ¿quién no ve que los judíos eran visiblemente señalados en estos renteros, y Jesucristo en la persona de este Hijo único? Bien pronto se manifestó y probó el sentido de esta parábola; pues á pesar de las pruebas que los pontífices y fariseos tenian de la divinidad del Hijo de Dios, y de su calidad de Mesías, no tardaron mucho en condenarlo á muerte con el fin de quedarse solos por maestros del pueblo, y conservar su reputacion y fama en la sinagoga. Fué echado de su viña Jesucristo cuando lo sacaron fuera de Jerusalen para crucificarlo; la analogía en esta parte no puede ser mas perfecta. Finalmente, la sentencia dada por los mismos judíos ha sido ejecutada en la reprobacion de los judíos y en la vocacion de los gentiles. ¡Qué equitativo es Dios en sus juicios, pues fuerza á sus enemigos á hacerse justicia, y á pronunciar ellos mismos la sentencia de su condenacion! Su conciencia les hacia conocer con demasiada evidencia que toda esta parábola hablaba con ellos, y así añadieron, dice San Lúcas, esta plegaria: "No quiera Dios que esto nos suceda á nosotros: Dios nos guarde de semejante desgracia." Sin embargo, el Salvador, que aunque les echaba en cara su delito no dejaba de desear sinceramente su conversion, les hizo acordar de un pasage de la Escritura que venia admirablemente á su asunto, y es aquel en que el Profeta, representándonos la Iglesia bajo la figura de un gran palacio que edificó Dios con sus propias manos, dice que la piedra que desecharon los que edificaban, es la que ha servido para formar la punta del ángulo que une todo el edificio; como si dijera el Salvador: Vosotros me habeis desechado por inútil: habeis menospreciado mi persona y mi doctrina; pero el Señor se burlará de vuestra mala eleccion: sabrá ponerme en el ángulo del edificio, donde seré la piedra de union que juntará una con otra las dos paredes, esto es, el judaismo y el gentilismo en una misma ley, como dice San Pablo, la Sinágoga y la Iglesia. Esta piedra angulares Jesucristo, fundamento incontrastable de la Iglesia. Los arquitectos que la desecharon son los escribas y fariseos que impidieron á los judíos el que establecieran su fé y su confianza sobre el Mesías.

La aplicacion de todo este discurso era fácil; pero aquellos doctores de la ley eran demasiado soberbios para condenarse á sí mismos. Y así Jesucristo se vió obligado á decirles en términos for-

males: Vosotros sois con quienes habló todo este discurso, y yo os digo que en castigo del desprecio que haceis de los favores del cielo, os será quitado el reino de Dios, que hasta aquí ha estado entre vosotros; vuestra ley y vuestro sacerdocio serán abolidos y vosotros no tendreis parte alguna en los bienes de la ley de gracia: sereis privados de la luz del Evangelio, la que será llevada á los gentiles, quedando la Sinagoga enteramente destruida. Finalmente, al acabar el Salvador este importante razonamiento, les dijo con un tono de Maestro: Sabed que el que cayere sobre esta piedra, se estrellará; quiere decir, los que continuaren en menospreciarme, y rehusaren reconocerme por lo que soy; esos espíritus incrédulos y orgullosos, para quienes mi cruz será un escándalo, y mi doctrina una necedad; esos hombres que no tendrán otro espíritu mas que el del mundo, y que gritarán contra mí en su ceguedad, se estrellarán, se perderán, serán reprobados: y de esta misma piedra molerán á aquellos sobre quienes caerá; es á saber, en el juicio final, cuando mi brazo omnipotente descargará sus golpes sobre todos los pecadores, y les hará sentir todo el peso de mi indignacion y de mi enojo.

La Epístola es del capítulo XXXVII del libro del Génesis.

En aquellos dias dijo José á sus hermanos: Oid lo que he soñado: Pareciame estábamos atando gavillas en el campo, y como mi gavilla se alzaba y se tenia derecha, y que vuestras gavillas puestas al rededor adoraban mi gavilla. Respondieron sus hermanos: ¿Pues qué, has de ser tú nuestro rey? ¿O hemos de estar sujetos nosotros á tu dominio? Así pues, la materia de estos sueños y coloquios fué fomento de la envidia y del odio. Vió tambien otro sueño, que refirió á sus hermanos, diciendo: He visto entre sueños como que el sol, y la luna, y once estrellas me adoraban. Y habiéndolo contado á su padre, y á los hermanos, su padre le respondió diciendo: ¿Qué quiere decir ese sueño que has visto? ¿Por ventura yo, y tu madre, y tus hermanos postrados por tierra te habrémos de adorar? De aquí es, que sus hermanos le miraban con envidia. Mas el padre consideraba en silencio estas cosas. Y como sus hermanos apacentando los rebaños de su padre estuviesen en Siquem, díjole Israel: Tus hermanos guardan las ovejas en los pastos de Siquem: ven, que quiero enviarte á ellos. Y respondiendo él: Pronto estoy: Jacob le añadió: Anda, ve, y averigua si tus hermanos lo pasan bien, y están en buen estado los ganados; y traeme razon de lo que pasa. Despachado, del valle de Hebron, llegó á Siquem; y habiéndole encontrado errante por los campos un hombre, le preguntó qué buscaba. A lo que respondió José: Ando en busca de mis hermanos: muéstrame dónde pastan los ganados. Díjole aquel hombre: Apartáronse de este lugar, y les oí decir: Pasemos á Dotaín. Con esto marchó José en busca de sus hermanos, y hallólos en Dotaín. Los cuales luego que le vieron á lo léjos ántes que se acercase á ellos, trataron de matarle; y decianse unos á otros: Aquí viene el soñador: ea, pues, matémosle, y echémosle en una cisterna vieja: diremos que una bestia feroz le devoró; y entónces se verá, qué le aprovechan sus sueños. Oyendo esto Rubeu, se esforzaba en librarle de sus manos, y decia: No le quiteis la vida, ni derrameis su sangre, sino echadle en aquella cisterna *seca* que está en el desierto, y no mancheis vuestras manos. Lo que decia con el fin de librarle de ellos, y restituirle á su padre.

El Evangelio es del capítulo XXI de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judíos, y á los príncipes de los sacerdotes esta parábola: Habia un padre de familias que plantó una viña y la cercó de vallado; y cavando hizo en ella un lagar, y edificó una torre: arrendóla despues á ciertos labradores, y se ausentó á un pais lejano. Venida ya la sazon de los frutos, envió á sus criados á los renteros para que percibiesen el fruto de ella. Mas los renteros acometiendo á los criados, apalearon al uno, mataron al otro, y al otro lo apedrearon. Segunda vez envió nuevos criados en mayor número que los primeros, y los trataron de la misma manera. Por último, les envió su hijo, diciendo para consigo: A mi hijo por lo ménos le respetarán. Pero los renteros al ver al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y nos alzarémos con su herencia. Y agarrándole le echaron fuera de la viña, y le mataron. Ahora bien, en volviendo el dueño de la viña, ¿qué hará á aquellos labradores? Hará, dijeron ellos, que esta gente tan mala perezca miserablemente, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen los frutos á sus tiempos. ¿Pues no habeis jamas leido en las Escrituras, les añadió Jesus, la piedra que desecharon los fabricantes, esa misma vino á ser la clave del ángulo? El Señor es el que ha hecho esto, y es una cosa admira-

ble á nuestros ojos. Por lo cual os digo que os será quitado á vosotros el reino de Dios, y dado á gentes que rindan frutos. Ello es, que quien cayere sobre esta piedra, se hará á pedazos; y ella hará añicos á aquel sobre quien cayere. Oidas estas parábolas de Jesus, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos entendieron que hablaba por ellos. Y queriendo prenderle, tuvieron miedo al pueblo; porque era mirado como un profeta.

MEDITACION.

Considera que así como en la parábola de la viña que propuso el Señor á los judíos describia todo lo que habia hecho en beneficio de la sinagoga y la ingratitud con que ésta le habia correspondido, hasta vejar á sus enviados los profetas, perseguir y quitar la vida á muchos de ellos, y lo que es mas incomparablemente, hasta meditar y tramar el deicidio con que iban á poner el colmo á su maldad y sellar su reprobacion, así tambien anunciaba el plantío y ereccion de otra viña mucho mas excelente que iba á establecer en su Iglesia y que habia de permanecer en la tierra hasta la consumacion de los siglos: viña tan superior á la reprobada sinagoga, cuanto va de la realidad á la figura: viña cuyas vides habian de ser regadas y fecundadas con la sangre del Cordero, y cuyos pámpanos abundosos habian de presentarse para eterna bendicion de su Autor soberano en la patria celestial; pero viña al mismo tiempo que podia perderse por los hombres, dejando de existir en aquellas regiones en que por la infidelidad, la corrupcion y el cisma se rompiese el vínculo que une á toda la Iglesia bajo de una cabeza. Así es que aunque esta nueva viña en sí misma no pueda faltar en lo absoluto de la tierra puede quitarse á los arrendatarios á quienes se habia dado para su cultivo y aprovechamiento. Triste ejemplo son de esto tantos y tantos paises que en la cristiandad fueron un tiempo viña del Señor, y hoy son campos eriasos, áridos y lóbregos desiertos, habitados solo de las fieras del error y la heregía; y acerca de estos nuevos colonos, se ha verificado tambien la prediccion del Salvador contenida en la misma parábola: ellos se corrompieron, y claudicando en la fé y en la razon, juzgaron que podian hacer propia heredad la viña del Señor. Los predicadores evangélicos contradijeron tan errada empresa; mas el patíbulo fué la recompensa de su acendrada caridad.

Niegan los colonos la fé de Jesucristo, y con ella pierden la viña, dejando de ser ellos heredad de Dios. ¡Desgracia suma, digna de llorarse con lágrimas de sangre! ¡Crimen horrendo, merecedor de un fuego mas poderoso y destructor que el que consumió á Sodoma y Gomorra! Pero desgracia y crimen al mismo tiempo de que los hombres no se duelen ni arrepienten, y que hoy amaga á muchas provincias de la Iglesia y hace su estrago en otras.

Considera que, así como la viña se compone de muchas vides, que pudieran llamarse otras tantas viñas, así la viña de la Iglesia se forma de las vides de sus fieles hijos, en cada una de las cuales puede decirse que ha plantado el Señor una viña. La cerca de sus mandamientos divinos, tanto defiende á la totalidad de la Iglesia, como á cada uno de sus hijos en particular: el lagar y la torre, que son el templo y el altar, aprovechan al todo aprovechando á cada parte: Jesucristo, que es este templo y altar místicos, así como se ha dado á toda la Iglesia, así se ha dado á cada uno de sus hijos: su gracia se da al cuerpo, dándose á cada miembro: de manera que del socorro, aprovechamiento y perfeccion de cada uno de sus individuos, resulta el aprovechamiento y perfeccion del todo. Y bien, ¿qué consecuencia sacamos de estas premisas? La de conocer que para que se mantenga en pié esta viña, dé los frutos debidos á su Dueño soberano, y sea reconocida por éste como su legítima y verdadera viña, es necesario que cada uno de nosotros trabaje en el cultivo de las virtudes con que se forma la viña en su propia alma. ¡Ah! Si así se hiciera por todos los individuos de un pueblo cristiano, ¿cómo podria dejar de ser viña del Señor? Los pastores del pueblo, los sacerdotes, los ministros mantendrian su mision, conservarian su autoridad, y harian resplandecer su dignidad con un arreglo de costumbres, una santidad de vida correspondiente á aquella dignidad. Los gefes de la nacion podrian estar satisfechos de que Dios decia de ellos: "Por mí reinan los reyes, por mí mandan los príncipes, por mí dan leyes justas los legisladores, por mí los jueces decretan la justicia; pues todos estos llenarian en sus cargos los deberes que les impone la religion y que exige de ellos la salud del pueblo. Los padres de familias, los superiores de toda asociacion se encontrarian secundando con el ejemplar de sus virtudes la doctrina que dan á sus hijos y súbditos, y la correccion saludable con que deben apartarlos del mal y encaminarlos al bien; y estos mismos hijos y súbditos, obedientes á la ley, sujetos á la autoridad, pu-

ros en sus costumbres, humildes y dóciles á la voz de sus conductores, representarian la inocencia y sumision de las cándidas ovejas, que conducidas por el solícito pastor, caminan sin extraviarse, se nutren y alimentan de pastos saludables, y se albergan en lugares oportunos, siempre al abrigo de los vientos dañosos y de la invasion de las fieras. La paz, el órden, la caridad recíproca, el mútuo socorro, la union de todos bajo de una fé, de una ley, de un espíritu, perfeccionarian esta viña, que fiel á su Señor, productiva y fecunda, no prestaria á su amoroso dueño motivo alguno para que la negase ni apartase de sí. ¡Ah! Si tenemos interes en la conservacion y aumento de esta viña, cultive cada uno de nosotros su propia viña, sea fiel á su Señor, y habrémos conseguido nuestro intento.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Esto es, dulce Jesus mio, lo que yo por mi parte te ofrezco ejecutar: lloraré amargamente la desgracia del pueblo en que me has hecho nacer, si este se pierde y deja de ser tu verdadera viña; pero me cabrá el consuelo de que no sea por mí, ni tenga yo parte en su escision fatal; y al mismo tiempo me cabrá la confianza de que no por su pérdida me encontraré sin el local y abrigo de tu santa viña: donde quiera que anime mi débil existencia, yo perteneceré á tu Iglesia católica; yo seré un vástago en tu santa viña, yo percibiré tu espíritu y el jugo de tu virtud, el rocío de tu gracia, el calor de tu caridad; yo, en fin, seré reconocido por tí, como parte legítima de tu viña católica.

JACULATORIA.

Tuyo soy, Señor; sálvame.

LECCION.

Sobre la necesidad y obligacion en que estamos de sostener la viña del Señor.

¡Cuán viva y eficaz es la palabra de Dios! dice San Pablo; mas penetrante que la espada de dos filos; y llega su finura y sutileza hasta descubrir los pensamientos mas ocultos del corazon. Esta admirable cualidad, que puede considerarse en todas las palabras que Dios dirige á sus criaturas, conviene muy particularmente á la terrible sentencia que hoy se pronuncia contra los malos colonos de la viña: A *los malos perderá malamente*. Nadie, considerándola con cuidado, dejará de experimentar los mas saludables efectos. Ella basta para reformarnos y hacernos mas vigilantes, pues que pronunciada contra los malos colonos, no comprende á los buenos: atemoriza al impío, al paso que consuela al justo: ella, en fin, confunde al operario perezoso, y por lo mismo debe producir en nosotros una exquisita y cristiana vigilancia. *A los malos perderá malamente*. No hay apelacion; está escrito y se cumplirá: el colono que no trabaja bien en la hacienda, se expone á ser despojado de ella. *Y arrendará su viña á otros que le den el fruto á su tiempo*. ¡Terrible anatema! Es preciso temerla para que no se verifique en nosotros.

Por no hacerlo así perdió Baltazar el reino, la vida y el alma; y en vano hubo un Daniel que le previniera con tiempo la ruina de su trono. Saúl perdió el cetro, la vida y el alma por su mala administracion, sin que le valieran las oraciones del profeta Samuel. Roboan vió hacerse pedazos su reino y pasar á diversas manos en castigo de su capricho, y del desprecio con que miró el consejo de los ancianos. Acab experimentó mas infeliz suerte por su perversa conducta. ¿Pero para qué cansarse en demostrar una verdad tan manifiesta? No creamos que en los ejemplos propuestos se trata solo de la pérdida de reinos temporales, sino del de Dios, que es del que habla el Evangelio en la parábola de la viña dirigida principalmente á los escribas y fariseos, anunciándoles la traslacion de la Iglesia á los gentiles; porque aunque en efecto aquí se habla del reino de Dios, y no de los temporales, es cierto que la mala administracion en éstos perjudica mucho á aquellos. Los príncipes seculares no están colocados al frente de las naciones, sino para dirigirlas por la razon y la justicia, observando la ley de Dios con preferencia á todos los códigos inventados por los hombres. Allá entre los gentiles que no conocen otra felicidad que la temporal, pueden contentarse los que presiden los destinos públicos con aspirar á ella, y proporcionársela á los pueblos que gobiernan; mas los católicos deben tener otras miras mas elevadas, y su felicidad sola no debe contraerse únicamente á proporcionar la de esta vida. El entendimiento del hombre es muy limitado, y muchas veces se extravia creyendo que acierta; necesita pues de una guía segura que lo dirija en todo aquello para lo que no es suficiente la razon. Los legisladores y gobernantes que se conducen únicamente por ésta, se encuentran á ocasiones muy embarazados entre lo que dicta la moral

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y lo que á su parecer conviene á las circunstancias actuales de las naciones. En tal conflicto prefieren muchas veces atropellar la moral en obsequio de lo que llaman razon de estado, entendiendo muy equívocamente aquel axioma tan repetido, de que *La salud del pueblo es la suprema ley.*

Los intereses del pueblo nunca pueden pugnar con los de la religion, y si pugnan es porque se le quiere hacer progresar mas de lo que permiten sus circunstancias. Así como á un particular no le es lícito exaltarse ni enriquecerse por la calumnia, por la usura, por el robo, &c.; así tampoco á un cuerpo moral, cual es un reino ó república le es lícito usar de medidas opuestas á la justicia ó la religion para preponderar y engrandecerse. El divino legislador Jesucristo supo muy bien conciliar los intereses de la religion con los del estado, y siempre que este se conduzca de modo que no perjudique á aquella, ni quitándole su libertad, ni invadiendo sus bienes, ni hollando su autoridad y su decoro, tendrá la bendicion de Dios, y con ella la prosperidad y exaltacion que le convenga en el órden de la Providencia, que rige los destinos de los pueblos. Bienaventurado llamaron á un pueblo que abunda en los bienes de la tierra, nos dice el profeta; á un pueblo en cuyas plazas se frecuentan la usura y el dolo; cuyas mugeres brillan con ricos vestidos, adornadas á la manera de un templo; cuyas vacas están gordas y abundan en crias; feliz llamaron á este pueblo; mas no es así, pues solo es bienaventurado el pueblo que sirviere al Señor su Dios. Así que, si el bien temporal y verdadero interes del pueblo en lo político son objetos de los desvelos y acertadas providencias de un buen gobierno, mucho mas debe serlo el bien espiritual que conduce al eterno. Jamas un gobierno sabio ha visto, ni puede ver con indiferencia, la religion del estado; y si esto se ha verificado aun en paises en que la creencia ha sido vana, y la religion un atentado, ¡cuánto mas debe cuidarse de su conservacion y aumento en un pais católico que tiene la verdadera religion y profesa la fé de Cristo! Si la conservacion del sistema político es un objeto que debe sostenerse aun á costa de los mayores gastos y del sostenimiento de guerras reñidas, cuánto mas la del sistema religioso que prepondera tanto al civil; pues si una forma de gobierno se pierde, si una dinastía cae del trono, otro sistema habrá bajo que se constituya aquella nacion, otra casa la que regirá, y aquel pueblo no carecerá de constitucion ni de gobierno; pero si pierde la verdadera religion, lo perdió todo; por-

que no hay otra que pueda sustituirla: toda otra religion es falsa y sacrílega; invencion de hombres que no puede ser acepta á Dios, porque solo de Dios puede venirnos la religion, y solo es verdadera la que de Dios nos viene. En hora buena, no son los príncipes seculares, ni otro algun gobierno político ó militar, los obreros de la viña del Señor: ni la nacion en cuanto á su legislacion ó sistema político es viña del Señor; pero sí lo es en el religioso, porque los mismos individuos que forman el reino para lo político, forman la Iglesia para lo religioso; y de aquí es que los que gobiernan el estado deben conducirse de tal modo que no desvien á sus individuos de los deberes que les impone la religion, ni los saquen del seno de la Iglesia; ántes bien deben amparar á esta en todo lo que tenga necesidad de su auxilio, y conformar sus leyes y providencias en cuanto es dable con el espíritu de la religion; sin que valga decir que el reino de Cristo no es de este mundo; porque esto lo que quiere decir es, que no se instaura para lo temporal, sino para lo eterno, ni se funda sobre el sistema civil ó político de las naciones; pero no que este pueda ser opuesto á la religion y á la Iglesia, ni mucho ménos que separe á los pueblos del seno de ésta, ó los haga exentos de la observancia religiosa. Los pueblos, pues, y los que los gobiernan están dentro del seno de la Iglesia, y forman por consiguiente la viña y reino de Cristo en lo espiritual y religioso. El reino temporal se compone de una nacion ó de una asociacion de hombres que ocupan cierta region ó parte del globo que habitamos; pero la viña del Señor, esto es, la Iglesia católica, debe ocupar todo el globo y dominar en toda la tierra, no en lo político y civil, pero sí en lo espiritual y religioso. Es pues libre un estado para sistemarse como le convenga en lo civil, y variar su forma de gobierno en cuanto le sea adaptable; pero no lo es ni puede serlo para separarse de la Iglesia universal, ni mucho ménos ingerirse en su gobierno ó invadir sus derechos. Todo lo que tienda á esto, tiende al crímen de los que quisieron hacerse dueños de la viña, quitando la vida al heredero.

Nos hemos extendido sobre este particular, porque de la malignidad con que los enemigos de la Iglesia procuran confundir y tergiversar estos principios, proviene que muchos ignorantes é incautos vean sin sobresalto tomarse las medidas con que se separa á algun estado de la Iglesia, y se le hace perder su religion; viéndose con dolor que muchos de estos alucinados cooperan á la excision, y que aunque la mayoría ó la gran masa de una nacion no esté de ese sen-

tir, sucumbe por ignorar la suma importancia del asunto, ó por la confusion que en ella exparcen los que le presentan como de menor importancia los intereses de la religion que los del estado, y como de poca ó ninguna estimacion los derechos de la Iglesia.

Coopera á esta fatal desgracia, el silencio y falta de energía que se advierte en los ministros del santuario, cuando una nacion camina al cisma, ó lo que es lo mismo, á dejar de ser viña del Señor. En muchos casos este silencio y ciertas permisiones son efecto de la prudencia con que se permite un mal menor en obvio de otro mayor, que se conoce puede resultar de la negativa ó resistencia; principalmente cuando ya es mucho el número de hereges y hombres viciosos que llegan á formar un partido, capaz de atentar á cara descubierta contra la Iglesia santa. Pero otras veces, y en lo general hablando, la cobardía de los ministros, la falta de energía en los pastores, el poco interes por el aprovechamiento de las almas, por la extirpacion de los errores, por el sostenimiento de la Iglesia obran tanto en la masa del pueblo, que podemos decir que esta apatía, este silencio, esta omision culpable en la mas grave de las obligaciones que impone la religion á sus pastores y ministros, tienen la mayor parte en la predisposicion funesta que se advierte en un pueblo para la rebelion y el cisma. ¡Ah, si los obreros de la viña no abandonasen su cultivo, si anduviesen á caza de las zorras que la destruyen, si reparasen su vallado, si sostuviesen el decoro y santidad de su lugar y su torre, si vigilasen para su custodia impidiendo el progreso del error en los escritos y discursos, la viña se veria sostenida, el pueblo sano cobraria aliento, y la Iglesia se presentaria como un castillo inexpugnable, no sostenida con la fuerza física, sino con la asistencia de Dios; pero asistencia que solo puede prometerse miéntras se dé este espíritu en los pastores y en el pueblo.

Sábado de la segunda semana de Cuaresma.

La parábola del Evangelio de este dia tiene demasiada correspondencia con la historia que se cuenta en la Epístola, para no ver que la intencion de la Iglesia en esta leccion, es hacernos celebrar en este dia, no solo la vocacion de los gentiles á la fé, sino tambien su preferencia sobre los judíos, desde que este pueblo, colmado de bienes, se hizo indigno, por decirlo así, del derecho de la primogenitura. Este es el sentido alegórico, así de la parábola del hijo pródigo, como de la historia de Jacob y de Esaú. En la una y en la otra se ve la misericordia de Dios bien manifiesta en la predileccion del menor sobre el primogénito. Y como la salvacion se debe obrar observando la divina ley, la Iglesia hace en el introito de la misa de este dia el elogio y el carácter de esta divina ley.

La ley del Señor es pura, hermosa, irreprensible; convierte las almas, reformando las costumbres, y embelesa á todos los que la contemplan. Es fiel en sus promesas, muda el corazon, y hace sabios á los mas simples. El salmo XVIII, de donde se ha tomado este introito, es una excelente pieza de moral. David confiesa al principio de él que los cielos y todos los cuerpos celestes publican altamente la grandeza y la omnipotencia del Dios que los ha criado; luego da una idea de la santidad de su ley, muy á propósito para hacer santos é irreprensibles á los siervos de Dios. Los apóstoles y los santos padres han aplicado este salmo, parte á Jesucristo y parte á los predicadores del Evangelio. Teodoreto reconoce en este salmo tres suertes de leyes, ó de declaraciones de la voluntad de Dios á los hombres, las cuales son, dice, como tres voces, que nos enseñan cada una en su lengua particular, á conocer, á amar y servir á Dios. La primera es la de la naturaleza, que nos habla en las obras del Criador, la segunda es la de la ley escrita, que nos explica mas por menor sus voluntades y nuestras obligaciones; y la tercera es la de la ley de gracia dada por Jesucristo, y grabada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, mucho mas perfecta y mas eficaz que las otras dos.

En la Epístola de este dia se nos representa la historia de Jacob. Este era hijo de Isaac y de Rebeca, la que en un mismo parto tuvo tambien á Esaú. Este tenia el derecho á la primogenitura por haber nacido primero; pero vendió ó cedió esta prerogativa á Jacob por un plato de lentejas. Este derecho de prerogativa tan apreciable en el Antiguo Testamento, en el sentir de los santos padres, era el sacerdocio, y ademas una noble herencia y la supremacía respecto de los otros hermanos. Mas Esaú, habiéndose casado con una muger cananea, llamada Judit, contra la voluntad de sus padres, desmereció en mucho su amor. No obstante, viendo Isaac que se acercaba el fin de sus dias, le hizo venir para echarle su bendicion, mirándole siempre como á primogénito, y que entrara con este acto en el goce de todas las prerogativas. Mas ántes le pide que le

traiga un animal de la caza, en la cual era bastante diestro, y se lo guisase á su gusto. Rebeca, habiendo oido la peticion, deja que se vaya Esaú; y habiendo llamado á Jacob, le dice la intencion que tenia de procurarle la bendicion de su padre; para esto le manda que vaya prontamente á escoger en el ganado dos cabritos, y que ella los guisaria de modo que gustarian á Isaac. Mas Jacob, temeroso de que se descubra el artificio, le advierte á su madre, diciéndole: "Mi hermano tiene su cuerpo cubierto de vello y yo no: si mi padre me llega á tocar, y lo advierte, creerá que lo he querido engañar, y tal vez atraeré sobre mí su maldicion en vez de su bendicion." No tienes que temer, hijo mio, le dice Rebeca; esta maldicion caiga sobre mí: haz solo lo que te digo, pues tú ignoras el misterio que hay en esto. Es evidente que ella no lo ignoraba, y que lo que la hacia hablar y obrar de esta suerte, era la confianza que tenia de ver cumplido lo que el Señor le habia dicho al tiempo de su preñado: Que el primogénito seria súbdito del menor.

Jacob obedece á Rebeca, y habiendo traido los dos cabritos, se los da á su madre; la que los guisa segun sabia ser del gusto de Isaac. Hizo que Jacob tomara los mas ricos vestidos de Esaú, y le puso al rededor del cuello unas tiras de la piel de los cabritos y unos guantes de lo mismo, para con esto disipar los temores de Jacob de ser descubierto de su padre, que aunque ciego, lo reconoceria por el tacto, hallándole sin el vello que Esaú tenia. Disfrazado de este modo, entra en el cuarto de Isaac, llevando la comida que Rebeca le dispuso; y preguntándole Isaac quién era, le respondió que Esaú, su hijo primogénito; que habia hecho cuanto le habia mandado, que comiera de su caza lo que gustara y le echara despues su bendicion. (Podia sin mentira decir que era el primogénito, despues que Esaú le habia vendido ó dado su derecho de primogenitura; pero con respecto á su respuesta de que él es Esaú siendo Jacob, sí tuvo algo de defectuoso. Pero como el Antiguo Testamento era un estado de servidumbre, un estado imperfecto, no debemos admirarnos de que lo que no era sino la simple figura de la ley pura, inmaculada é irreprensible de Jesucristo, se encontrase algunas veces acompañado de circunstancias defectuosas: sola la ley de gracia excluye todo pecado en sus sagrados misterios).

Mas Isaac dudaba por el metal de la voz de Jacob, diferente de la de su hermano; y despues de satisfacerle Jacob acerca de la brevedad con que habia encontrado la caza, atribuyendo á Dios aquella oportunidad, Isaac le hizo acercarse para reconocerlo tocándolo, y saber si era su hijo Esaú, y lo bendijo al fin, asegurado de que las manos velludas eran de Esaú aunque la voz parecia de Jacob.

Aun no habia salido Jacob del cuarto de su padre, cuando entró Esaú, presentándole lo que habia cazado y pidiéndole su bendicion; pero oyendo que se la habia dado á Jacob, prorumpió en gritos de desesperacion. Isaac, que ilustrado interiormente entendió que la alta Providencia habia dispuesto ese trueque para sus fines, se conservó tranquilo; pero mirando los excesos de dolor á que se trasportaba Esaú, procuró calmarlo con decirle que la grosura y riqueza de la tierra y el rocío del cielo, serian su bendicion, quedando Jacob con la primogenitura de que no se le podia ya despojar.

En esta historia se nos representa á los pecadores que venden los derechos de la gloria por cosas las mas viles y despreciables. La desesperacion de Esaú cuando supo que habia sido privado de la primogenitura, es tambien la triste imágen del despecho en que caen los pecadores á la hora de la muerte, mirando lo despreciable de los gustos de la tierra en que se encenegaron, y diciendo solo á esa terrible hora: "todo lo hemos perdido."

La parábola del hijo pródigo, que hace el asunto del Evangelio de este dia, tiene mucha relacion con la historia contenida en la Epístola. El Salvador, que habia venido particularmente por los pecadores, acaba de animarlos y convidarlos á que se convirtieran, manifestando á cuantos le escuchaban, el gozo que causa en el cielo la conversion de una alma pecadora; y para moverlos mas, añadió la parábola siguiente.

"Habia un hombre, les dijo, que tenia dos hijos. (La mayor parte de los antiguos padres son de parecer que estos dos hijos representan á los judíos y gentiles; esto no quita que esta parábola pueda aplicarse tambien á los justos y á los pecadores.) El mas jóven de estos dos hijos dijo á su padre que se sirviera darle su parte ó su legítima para vivir en una entera libertad. (La libertad porque suspiran los jóvenes, es el libertinage.) Aunque el padre se condolió al ver el mal partido que tomaba su hijo, no obstante tuvo la condescendencia de concederle lo que le pedia. Este jóven deja á su padre; y apénas ha salido de su casa, cuando se trasporta á tierras extrañas. No bien se ha mezclado con los libertinos, cuando soltando la rienda á sus pasiones, no tarda mucho en disipar todo el caudal que le queda: pierde todos los frutos de la mejor educacion, todas las loables in-

clinaciones del mas bello natural, y lo que es mas, destierra de su corazon hasta los deberes mas ordinarios de la religion, y se abandona á los mayores excesos y á la mas espantosa relajacion, acabando de este modo con todo su caudal. Se ve por fin en la mayor miseria; la que no hubiera padecido, si no hubiera abandonado á su padre, pues se ve reducido á la mas horrible necesidad por una fuerte hambre que sobrevino en el pais donde se hallaba."

El pecador deja á Dios para ser feliz, imitando al hijo pródigo; pero ¡cuán engañado está, porque no hay estado, no hay condicion mas infeliz! El hijo pródigo, engañado por el mundo, abandonado de todos los compañeros de sus desórdenes, y no sabiendo ya qué hacer, se ofrece á servir á uno de los habitantes del pais, que lo envió á su quinta á cuidar cerdos. Se le hacia demasiado duro al hijo pródigo vivir bajo las leyes del mejor de los padres; y por haberle abandonado, se ve reducido á la mas vergonzosa servidumbre: semejante á esta es la rigurosa esclavitud en que gime el pecador por haber sacudido el yugo de la divina ley; pues tiene tantos amos cuantas son las pasiones que le dominan. El pródigo se hubiera tenido por dichoso en hartarse de lo que comian los cerdos; pero ni aun esto se le daba. La extrema miseria á que se ve reducido, le hace en fin entrar en sí mismo, ó por mejor decir, la misericordia del Señor, que ampara á los libertinos en todos sus desbarros, derramando sobre ellos tanta amargura en sus placeres, para de este modo obligarlos á entrar en sí mismos, no dejando que sufoquen la luz de la gracia, para que no se endurezcan contra las piadosas inspiraciones que les envia. Pero ¡oh, y qué pocos se saben aprovechar de esta gracia! No así el hijo pródigo; iluminado su espíritu con esta luz de gracia, compara entónces lo que perdió con lo que ha encontrado; coteja la paz, la suavidad y todas las ventajas que gustaba en la casa de su padre, con la vil servidumbre á que estaba reducido: trae á la memoria aquella vida arreglada, uniforme y devota que ha perdido: reconoce que por entónces la suerte del mas ínfimo criado de la casa de su padre es infinitamente mejor que la suya; y lleno de aquella confianza que inspira la gracia, se determina, en fin, á irse arrojar á los brazos de su padre. Este es el primer paso del pecador que piensa en convertirse: un rayo de luz que viene á lucir entre las tinieblas de sus desbarros, acaba, por decirlo así, la obra de su conversion. Pintando en su espíritu los rasgos de bondad que ha visto en su padre, anima su confianza, y aunque su padre es el único á quien ha ofendido, es asimismo el único en quien espera. No piensa en buscar asilo en casa de los amigos, porque conoce que todos son falsos é infieles. "Quiero ir á mi padre, dice, conozco su corazon: lo mismo será ver que he vuelto á someterme á sus órdenes, que olvidarse de todo lo pasado." Ved aquí cuáles son los verdaderos sentimientos de una alma penitente. Si los desbarros del hijo pródigo son los verdaderos extravíos del pecador, su vuelta y todos los pasos que da, son la mas viva imágen de una alma verdaderamente penitente.

La vuelta del hijo pródigo no tarda un momento en seguirse á su determinacion. *Me levantaré*, y al punto se levanta: *Iré á buscar á mi padre*, y ya está á los piés de su padre. Toda dilacion en materia de conversion es perniciosa: la conversion que se difiere, raras veces llega á tener efecto. Estando todavía léjos, lo vé su padre, y movido de compasion, corre hácia él, lo abraza y lo besa. El le dice: Padre, pequé contra el cielo y delante de vos; no merezco llamarme, ni que me llameis hijo vuestro; tratadme como á uno de vuestros criados. Mas el padre desagraviado con esta sincera confesion; manda á sus criados le vistan con el mejor vestido y le pongan un anillo al dedo, le calcen las mejores medias y mas ricos zapatos. La liberalidad sucede á la ternura: el pródigo se vé restablecido en todos sus derechos, desde el mismo instante que se porta como debe, se le viste tan ostentosamente como si no hubiera disipado su legítima. Si el hijo sale aprisa de sus desórdenes, todavía es mas diligente el padre en admitirlo á su amistad. No se contenta con admitirlo en su casa, sino que quiere manifestar su gozo con un festin. Traed, dice á sus criados, el becerro mas grueso, matadle y comamos y alegrémonos, porque este hijo que habia muerto, ha resucitado; porque este hijo que se habia perdido ha sido hallado. ¡Qué ventajosas, Señor, y de cuánto consuelo me son estas figuras! Vos habeis querido pintaros á vos mismo y daros á conocer por estos rasgos de bondad que os son tan propios y que hacen vuestro carácter.

Mas estando todos á la mesa en que se servia una comida espléndida acompañada de una gran música, el hijo mayor, que venia del campo, oyó el alborozo que habia en su casa, é informándose del motivo de esta fiesta, se entristeció y se mostró quejoso con su padre. Pero este, igualmente padre del uno que del otro, le dice: ¿Podia ménos de regalar á tu hermano en las circunstancias pre-

sentes? ¿No debo mostrarle el gozo que me ha causado su vuelta? Entónces el hijo le dice: ¿A qué fin hacer una fiesta por un sugeto tan indigno? Mas el padre le responde: Se conoce que hablas como extraño, y que no piensas que yo soy su padre y que él es mi hijo. Estaba perdido para mí; ya no le contaba en el número de los mios, y vuelvo á ver á este hijo, por quien habia derramado tantas lágrimas, cuya pérdida tenia por cierta, y lo veo resucitar contra toda mi esperanza. ¿Podia el Salvador alentar, solicitar, empeñar de un modo mas amoroso y mas eficaz al pecador para convertirse? ¿Podia descubrirnos de un modo mas obligatorio los sentimientos de su corazon para con los pecadores? ¡Oh, y cómo esto prueba bien lo que este amable Salvador nos habia dicho en otra ocasion! Que es mayor la alegría que hay en el cielo por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de hacerla. Pero al ver cómo el hijo pródigo es recibido de su padre, y con qué prontitud ordena este padre le vistan la mejor vestidura; ¿habrá ministro de Jesucristo que se atreva á echar de sí al pecador, que le suspenda por algun tiempo la reconciliacion con Dios? Sin embargo, no se debe censurar las sabias dilaciones que usan algunas veces los ministros de la Iglesia en la reconciliacion del pecador; porque no ven como el Señor, el fondo del corazon; y hay circunstancias en que no deben asegurarse, hasta que las obras dan testimonio de la mudanza del corazon.

La Epístola es del capítulo XXVII del Génesis.

En aquellos dias: Dijo Rebeca á su hijo Jacob: Acabo de oir á tu padre, que hablando con tu hermano Esaú, le decia: Traeme de tu caza, y guísame un plato, que lo comeré, y te echaré mi bendicion en presencia del Señor ántes que me muera. Ahora bien, hijo mio, toma mi consejo; y yendo al ganado, traeme dos de los mejores cabritos para que yo guise de ellos á tu padre aquellos platos de que come con gusto; y sirviéndoselos tú, despues que hubiere comido, te dé la bendicion ántes de morir. A lo cual respondió Jacob: Tú sabes que mi hermano Esaú es hombre velloso, y yo lampiño. Si mi padre me palpa y llega á conocerme, temo no piense que yo he querido burlarle, y acarrearé sobre mí una maldicion en lugar de la bendicion. Al cual la madre: Sobre mí, dijo, caiga esa maldicion, hijo mio: tú haz solamente lo que yo te aconsejo, y date prisa en

traer lo que te tengo dicho. Fué Jacob y lo trajo, y dióle á la madre. Guisó ella los manjares, segun que sabia ser del gusto de su padre. Y vistió á Jacob con los mas ricos vestidos de Esaú que tenia guardados en casa, y envolvióle las manos con las pieles de los cabritos, con que cubrió tambien la parte desnuda del cuello. Dióle despues el guisado y los panes que habia cocido. Todo lo cual llevándolo él adentro, dijo: Padre mio. A lo que respondió él: Oigo. ¿Quién eres tú, hijo mio? Dijo Jacob: Yo soy tu primogénito Esaú: he hecho lo que me mandaste: levántate, incorpórate, y come de mi caza, para que me des la bendicion. Replicó Isaac á su hijo: ¿Cómo, dijo, has podido encontrarla tan presto, hijo mio? El cual respondió: Dios dispuso que luego se me pusiese delante lo que deseaba. Dijo todavía Isaac: Arrímate acá, hijo mio, para que yo te toque, y reconozca si tú eres ó no el hijo mio Esaú. Arrimóse él al padre; y habiéndole palpado, dijo Isaac: Cierto que la voz es voz de Jacob; pero las manos son manos de Esaú. Y no le conoció; porque las manos vellosas representaban al vivo la semejanza del mayor. Queriendo pues bendecirle, dijo: ¿Eres tú el hijo mio Esaú? Respondió: Yo soy. Pues traeme acá, dijo, hijo mio, el plato de tu caza, para que te bendiga mi alma; y habiéndoselo presentado, despues que comió de él, sirvióle tambien vino; bebido el cual, dijo: Llégate á mí, y dame un beso, hijo mio. Llegóse y besóle. Y al instante que sintió la fragancia de sus vestidos, bendiciéndole, le dijo: Bien se ve que el olor que sale de mi hijo es como el olor de un campo florido, á quien el Señor bendijo. Déte Dios el rocío del lo y de la fertilidad de la tierra abundancia de trigo y vino. Sírvante los pueblos, y adórente las tribus: sé señor de tus hermanos: é inclínense delante de tí los hijos de tu madre. Quien te maldijere, sea él maldito; y el que te bendijere, de bendiciones sea colmado. Apénas Isaac habia acabado de decir estas palabras, y salido Jacob á fuera, cuando llegó Esaú.» Y presentando á su padre las viandas de la caza que habia guisado, le dijo: Levántate, padre mio, y come de la caza de tu hijo, para que me bendiga tu alma. Díjole Isaac: ¿Pues quién eres tú? El cual respondió: Yo soy tu hijo primogénito Esaú. Quedó atónito Isaac, y como estático, y sobre toda ponderacion pasmado, dijo: ¿Quién es pues aquel que poco ha me ha traido de la caza que cogió, y he comido de todo ántes que tú vinieses? El caso es que yo le bendije, y bendito será. Oidas las palabras del padre, arrojó Esaú un grito furioso, y consternado

dijo: Dame tambien á mí tu bendicion, ó padre mio. El cual le respondió: Vino tu hermano astutamente, y se ha llevado tu bendicion. A lo que replicó Esaú: Con razon se le puso el nombre de Jacob; porque ya es esta la segunda vez que me ha suplantado: ántes ya se alzó con mi primogenitura, y ahora de nuevo me ha robado la bendicion mia. Y vuelto á su padre: ¿Pues qué, le dijo, no has reservado bendicion para mí? Respondióle Isaac: Yo le he constituido señor tuyo, y he sometido todos sus hermanos á su servicio: le aseguré las cosechas de granos y de vino. Despues de esto, ¿qué puedo yo ahora hacer por tí, hijo mio? Al cual replicó Esaú: ¿Por ventura no tienes, padre mio, sino una sola bendicion? Ruégote que tambien me bendigas á mí. Y como llorase con grandes alaridos, Isaac conmovido, le dijo estas palabras: En la grosura de la tierra, y en el rocío de arriba, el cielo será tu bendicion.

El Evangelio es del capítulo XV de San Lúcas.

En aquel tiempo dijo Jesus á los Escribas y á los Fariseos esta parábola: Un hombre tenía dos hijos, de los cuales el mas mozo dijo á su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me toca; y el padre repartió entre los dos la hacienda. No se pasaron muchos dias que aquel hijo mas mozo, recogidas todas sus cosas, se marchó á país muy remoto, y allí malbarató todo su caudal, viviendo disolutamente. Despues que lo gastó todo, sobrevino una grande hambre en aquel país, y comenzó á padecer necesidad. De resultas púsose á servir á un morador de aquella tierra, el cual le envió á su granja á guardar cerdos. Allí deseaba con ansia henchir su vientre de las algarrobas que comian los cerdos, y nadie se las daba. Y volviendo en sí, dijo: ¡Ay! cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, miéntras yo estoy aquí pereciendo de hambre! No: yo iré á mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra tí: yo no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como á uno de tus jornaleros. Con esta resolucion se puso en camino para la casa de su padre. Estando todavía léjos, avistóle su padre, y enterneciéronsele las entrañas, y corriendo á su encuentro, le echó los brazos al cuello y le dió mil besos. Díjole el hijo: Padre, yo he pecado contra el cielo y contra tí: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Mas el padre dijo á sus criados: Presto, traed aquí luego el vestido mas precioso, y ponédselo: ponedle un anillo en el dedo, y calzadle las sandalias: y traed un ternero cebado, matadle y comamos, y celebremos un banquete, pues que este hijo mio estaba muerto, y ha resucitado: habíase perdido, y ha sido hallado; y con eso dieron principio al banquete. Hallábase á la sazon el hijo mayor en el campo. A la vuelta estando ya cerca de su casa, oyó el concierto de música y el baile. Y llamó á uno de los criados, y preguntóle qué venia á ser aquello: el cual le respondió: Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar un becerro cebado por haberle recobrado en buena salud. Al oir esto, indignóse y no quería entrar. Salió pues su padre á fuera, y empezó á instarle con ruegos. Pero él replicó diciendo: Es bueno que tantos años ha que te sirvo, sin haberte jamas desobedecido en cosa alguna que me hayas mandado, y nunca me has dado un cabrito para merendar con mis amigos; y ahora que ha venido este hijo tuyo, el cual ha consumido su hacienda con meretrices, luego has hecho matar para él un becerro cebado. Hijo mio, respondió el padre, tú siempre estas conmigo, y todos los bienes mios son tuyos; mas era muy justo tener un banquete, y regocijarnos, por cuanto este tu hermano habia muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y se ha hallado.

MEDITACION.

Sobre el Evangelio del dia.

Considera que el gran gozo que nos hace saber Jesucristo tiene su Magestad por la conversion de un pecador, y el festin con que la solemniza, por decirlo así, nos está manifestando de un modo muy significativo cuán gran mal sea el pecado, y cuán incalculable sea la pérdida que hace el hombre pecando. Basta saber que es una muerte, que es una perdicion, como se explica el padre en la parábola. Y en efecto, estando en Dios todo el principio de nuestra vida sobrenatural, toda la nobleza de nuestro ser espiritual, toda la riqueza, y riqueza de infinito valor, de nuestras almas, ¿qué nos puede quedar despues de haber perdido á esta fuente inagotable, y única, de toda felicidad? Nuestra herencia toda se pierde para nosotros en el momento mismo y por el mismo acto con que pecamos: sin Dios, sin luz, sin guia vagamos por el mundo buscando en las criaturas algo que nos indemnice de la gran pérdida que acabamos de hacer. ¡Diligencia vana! ¡Pasos inútiles! ¡Tiempo perdido! Ni en los hombres, ni en los elementos, ni en los astros, ni en otra alguna criatu-

ra se halla ni puede hallarse la vida que perdimos: la felicidad de que gozábamos bajo el abrigo del amor paterno, la saciedad de nuestras almas, la abundancia y excelencia de bienes que tranquilos y gozosos disfrutábamos, no son fruto ó producto de la naturaleza ni del arte. No se hallan en los senos de la tierra, no en las costas del mar, no en los fértiles campos ni en otra parte alguna: solo se encuentran en la divinidad, cuya gracia y amor hemos perdido. ¡Ah, qué bien se conoce á qué extremo de miseria y pobreza hemos llegado, cuando no disfrutamos ni aun de los placeres sucios, ni aun de los bienes terrenos, cuyo apetito nos hizo abandonar á nuestro Padre!

Considera que no es de extrañar que el hijo pródigo, viéndose en tanto desamparo, y reducido á tanta miseria, pensase en volver á los brazos de su padre, al abrigo de su casa, al seno de su familia, aunque fuese á costa de la mayor humillacion: lo que sí debe asombrarnos y maravillarnos, es que tantos pecadores que con mayor desgracia se hallan en el caso del pródigo, no deseen ni procuren volver á la gracia de su Dios. ¡Oh! tú que ha tantos años que abandonaste los brazos y la casa de tu padre; y despues de haber seguido el sendero que te abrieron tus locas pasiones, te hallas sin bien alguno, seguido de los remordimientos mas atroces, consumido de tristeza y arrastrando la cadena de tus enormes reatos, ¿qué haces sentado bajo la sombra de la muerte? ¿Por qué no te levantas y corres á la casa de tu Padre? ¿Qué temes? No es adusto, no huye de tí su rostro, no se niega á tus súplicas y ruegos; desea tu vuelta, la solicita, te abre el camino y te espera con los brazos abiertos: un regocijo grande habrá en los cielos al momento de tu retorno; y tu amoroso Padre te prepara el vestido y el calzado, y dispone el festejo mas grandioso para celebrar tu vuelta. Tus pecados son muchos, muy enormes, muy graves; pero es mayor su misericordia: te manchaste en extremo con una mancha pésima; pero él tiene en su sangre con que lavar tu alma y ponerla mas blanca que la nieve: disipaste tu herencia; mas sus tesoros son inagotables: fuiste ingrato en extremo y perdiste el derecho á su cariño; pero es Padre, y sus entrañas de misericordia no pueden ser insensibles al tierno llanto y á las humildes plegarias con que demandes su perdon y su gracia. Ea, nada te detenga: sal de ese estado miserable: busca tu verdadero bien, vuelve á la vida y al noble ser de hijo de Dios, que solo puedes recobrar en la gracia de tu divino Padre.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Qué insensible seria á mi propia desgracia, si cuando encuentro en tu misericordia, ó Dios y Padre mio, el remedio de todos mis males, me cerrara esta puerta de salvacion y me diera á un espíritu de desesperacion ó de indolencia! Yo veo, dulce Jesus, que la imágen interesante del padre compasivo del hijo pródigo, es tu propio retrato: te copiaste en ella para que yo supiese que puedo contar con toda la clemencia y generosidad de mi Padre. Pero, ¡ah que tantas veces he abusado de tu misericordia, volviendo á mis desórdenes y haciéndome indigno de otra nueva gracia! Sin embargo, tú eres el mismo que dijiste á tu Apóstol me concediese tu perdon siempre que volviese verdaderamente arrepentido; y esta tu bondad me abre hoy la puerta para venir, como lo hago, á ejemplo de aquel hijo arrepentido, á arrojarme á tus piés, y decirte humillado: Padre, yo he pecado contra tí: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; mas no puedo hallarme sin tu sombra: hazme como uno de tus jornaleros.

JACULATORIA.

Vuélveme, ó Dios, á la alegría de tu gracia salvadora.

LECCION.

Sobre la parábola del hijo pródigo.

Son increibles los desbarros y precipicios en que cae una alma al instante en que disgustada del servicio de Dios, sacude su yugo suave y ligero, y se impone la insoportable carga de servir al demonio; luego que abandona al mejor de todos los padres y sigue sus caprichos, los deseos de su corazon y la inclinacion viciosa de su libertad degeneran en prostituciones y libertinage. Tal conducta nos la detalló Jesucristo en el Evangelio del dia de hoy en la persona del hijo pródigo. El mas jóven de los hijos de un buen padre, dijo á este: *Dame la parte de caudal que me corresponde*, y el padre se la dió. La juventud es la edad mas expuesta á la perversion y al engaño: su inocencia se deslumbra fácilmente con los falsos brillos del mundo, tan astuto como falaz. La falta de madurez y de experiencia, la vivacidad y el ardor de las pasiones, la ligereza y el mal ejemplo, todo, todo concurre en los jóvenes para precipitarlos á sacudir el yugo de la dependencia de la ley, y extraviarse. ¿Cuáles

eran los motivos que tenia el jóven del Evangelio del dia de hoy para dejar á su padre? Ningunos, á la verdad: él comia deliciosamente, estaba servido de un gran número de criados, era querido y respetado de toda la casa, y vivia en la abundancia y sin cuidados. Sus necesidades, apenas aparecian, cuando eran satisfechas: todo concurria á hacerlo feliz. Ademas, la esperanza sola de poseer alguna vez una rica herencia, era bastante para halagar su gusto, y entretener sus deseos; pero un capricho, una ligereza le hacen renunciar y hacer cesion de todas estas ventajas, y mal contento con una dependencia que hacia toda su felicidad, deja la casa de su padre, y trata de labrarse por sí solo su fortuna.

No de otra suerte obra el pecador. Se cansa en el servicio dichoso de Dios, se enfada en cargar su yugo suave y ligero, se fastidia de llevar una vida arreglada. Una tranquilidad demasiado larga le disgusta, y cree hallar en sus extravios placeres de nuevo y mas exquisito gusto: deja las aguas de la fuente viva que resalta hasta la vida eterna, y va á sacar el agua muerta de las cisternas llenas de cieno. No bien el hijo pródigo pierde de vista á su padre, cuando olvida todos sus beneficios, apresura el paso, y á poco tiempo se encuentra en una tierra extraña, donde sin religion, sin honor y sin vergüenza se abandona á sus pasiones y queda hecho su víctima infeliz.

El primer paso fuera de la ley es siempre una funesta y segura caida. El alma que no está siempre asida fuertemente á la piedra inmovil de la fé, bien pronto es arrastrada del torrente de sus pasiones. La inclinacion es violenta, el declive casi perpendicular; la caida por lo mismo es segura y rápida: lo mismo es dar el primer paso que caer y precipitarse en el abismo. Es bien sabido que las personas que han sido devotas, si llegan á pervertirse, dan en los mas enormes excesos, se olvidan de Dios y de sí mismas. La fé se apaga, la caridad se extingue, la razon se esclaviza, y únicamente reinan las pasiones. ¡Cuántos desórdenes no se originan de este trastorno! Cuando una persona religiosa se disgusta de su estado, cuando un casado se enfada de su suerte, cuando el uno desmiente su vocacion y el otro la contradice, ¡qué de pecados en pocos dias! A los desórdenes sigue la ceguedad, á esta la insensibilidad, y á la insensibilidad el total abandono de Dios. Bien pronto se ven reducidos á la última miseria. Las necesidades y escaseces que ignoraba el hijo pródigo en la casa de su padre, se le amontonan y le

obligan á ponerse á servir para no morir de hambre. Tal es la suerte de los que abandonan á Dios; tal es el estado miserable á que se sujetan: no hay hombre ménos libre que el libertino. ¡Ojalá y la vista de su miseria le inspirase su conversion! Entónces veria la bondad de Dios que le espera; entónces conoceria su sabiduría, y experimentaria su amor.

El hijo pródigo molestado de la necesidad (¡dichosas miserias, trabajos felices!) piensa en sí mismo: ved aquí el primer paso que debe dar el pecador para convertirse. Los mundanos, los libertinos temen tanto entrar dentro de sí mismos, por no ver sus desórdenes, por no oir sus remordimientos, que por eso andan siempre entre el tumulto de diversiones, visitas, tertulias, paseos, espectáculos y juegos; aun no se concluye una diversion, cuando ya proyectan otra. ¡Con qué malos ojos no ven los dias de retiro y penitencia! Pero ¡ó clemencia sin límites del Eterno! Cuanto mas se alejan de vos, Dios mio, tanto os acercais á ellos, y los convidais á la participacion de vuestra felicidad.

Las tristes, pero saludables reflexiones que hace el hijo pródigo sobre su lastimoso estado, la comparacion de lo que fué en la casa de su padre y de lo que ahora es fuera de ella, le hacen conocer su locura y lamentable extravio. La razon sola cuando no la perturban sus domésticos enemigos las pasiones, condena siempre los desórdenes de una vida desarreglada. ¿Podrá tener gusto cualquiera que tenga juicio en lo que lo ha de hacer gemir por toda la eternidad? Si pensásemos un poco sobre las incalculables desgracias que aun en esta vida acompañan al pecador, sin duda que volveriamos sobre nosotros mismos, y nos apartariamos de tantos precipicios á que voluntariamente nos arrojamos. Hagamos, pues, en tiempo estas reflexiones, para que nos sean provechosas; no aguardemos á hacerlas á la hora de la muerte, ni ménos cuando ya estemos en el infierno, pues entónces serán inútiles, y nos servirán de tormento, de rabia y desesperacion.

Es preciso decidirse al instante, dejar los proyectos de reforma, las conversiones indeterminadas para lo porvenir; pues no son mas que flores sin fruto, y un cebo gustoso que adormece al pecador. La verdadera contricion obra con prontitud, é inspira siempre una gran confianza. Ella hace al pecador pedir el perdon de sus faltas, implorando la misericordia del Altísimo, pues conoce que á pesar de todos sus desórdenes, no ha dejado Dios de ser su Padre, por mas

criminal que él haya sido. Así lo manifiesta el mismo Jesucristo en la parábola de que vamos hablando; pues despues de haber hecho el retrato del pecador en la persona del hijo pródigo, hace el suyo en la del padre de este hijo convertido: *Y vióle este cuando estaba todavía léjos; movido á compasion, corriendo á él, se echó sobre su cuello y le besó.* ¿Conque apénas lo divisa cuando al momento corre á abrazarle, léjos de echarle en cara su ingratitud y desbarros? ¡Qué amor tan inefable! El gozo que le ocasiona su vuelta es tan grande, que no puede contenerse. Banquete, regocijo, es á lo que se reduce el enojo de un padre tan injustamente abandonado. La liberalidad sigue á su ternura; manda se le restituyan todos sus derechos puesto que ha vuelto á su deber. ¡Habrá pecador que viendo esto, aun rehuse volverse á Dios? ¿No le moverá tanta terneza y tanto amor? Es necesario tener un corazon de diamante para no sentir en la contemplacion de esta parábola los mas tiernos afectos. Si hemos imitado al hijo pródigo en separarnos de Dios, imitémosle tambien en volver á él.

Tercer Domingo de Cuaresma.

Este tercer Domingo se llama comunmente el Domingo del demonio mudo, por contenerse su historia en el Evangelio de la misa de este dia. Tambien suele llamarse el Domingo *Oculi*, de la primera palabra del introito, como por la misma razon se suele dar el nombre de *Reminiscere* al Domingo precedente, y el de *Lætare* al cuarto. Antiguamente se llamaba este Domingo, el Domingo *de los Escrutinios*, que quiere decir, del exámen de los catecumenos, á quienes disponian para recibir el Bautismo al fin de la Cuaresma, y el primer exámen se hacia en este dia. Los griegos le llaman el Domingo *del Leño precioso y vivificante*, es á saber, *de la Cruz*, la que nombran con una sola expresion: *Stauroproscinese*. Como la semana de este Domingo es la semana de la mitad de la Cuaresma, los fieles han aumentado siempre su devocion y fervor, á proporcion que se han ido acercando á aquellos sagrados dias en que celebra la Iglesia los grandes misterios de nuestra redencion.

El introito de la misa es del verso décimo sexto del Salmo XXIV. Este Salmo, como ya se dijo, es una afectuosa oracion de un hombre extremadamente afligido, que perseguido por aquellos mismos

á quienes ha llenado de beneficios, no halla consuelo en la amargura de su corazon, sino en solo Dios, en quien pone toda su confianza: de cuya oracion nos podemos servir siempre que nos veamos perseguidos por los enemigos de nuestra salvacion, diciendo con David: *Mis ojos estarán siempre puestos en el Señor, en la firme confianza de que me librará de los lazos de mis enemigos*, y que con tal de que yo no pierda jamas de vista este punto fijo del cielo, este astro benéfico que gobierna todo el universo, no tengo que temer ningun naufragio. Pero en vano, Dios mio, tendria yo fijos en vos los ojos y el corazon, si vos no los pusiérais en mí; no atendais, ó Dios de misericordia, á la muchedumbre y enormidad de mis pecados; dignaos mirarme con ojos propicios; por lo mismo que me hallo destituido de todo socorro, espero ser el objeto de vuestra compasion. Vos solo, Dios mio, sois todo mi consuelo, mi apoyo y mi fortaleza: en ninguna cosa hallo alivio sino en vuestra bondad y misericordia; y así no ceso de levantar mi corazon hácia vos, en quien únicamente tengo toda mi confianza. No padezca yo, Dios mio, la confusion de verme abandonado de vos.

La Epístola de este dia es una exhortacion que hace San Pablo á los de Éfeso, para que sean imitadores de Dios y de Jesucristo. *Sed imitadores de Dios*, les dice, *como hijos muy amados*. El modelo es muy perfecto, es muy excelente; Jesucristo no nos propone otro ménos elevado, ni ménos noble: Sed perfectos, dice este Señor, como vuestro Padre celestial es perfecto. ¿Cuál debe ser la inocencia, la santidad, la perfeccion de un cristiano, con un modelo tan grande? Vosotros habeis recibido la gracia de hijos adoptivos de Dios, les dice San Pablo, Dios gusta que le llameis vuestro Padre; tened pues la ternura, la confianza, el reconocimiento que deben tener unos hijos bien nacidos, con un padre tan bueno; imitad su dulzura y su clemencia; perdonad á vuestros hermanos, añade San Gerónimo, como él os ha perdonado á vosotros, y tratadlos del mismo modo que el Señor os ha tratado. El Apóstol les dice, imitad al Señor, en su dulzura, benignidad y paciencia en sufrir á los que le ofenden: imitadle en su misericordia sin límites, y en su inclinacion á perdonar y á hacer bien á los que mas le han ofendido. Caminad con espíritu de amor, así como Jesucristo nos amó, y se entregó á sí mismo por nosotros, en calidad de ofrenda y de víctima de un olor agradable á Dios. Vuestras costumbres, vuestras obras y toda vuestra conducta, deben ser una prueba efectiva de que amais á Jesu-

criminal que él haya sido. Así lo manifiesta el mismo Jesucristo en la parábola de que vamos hablando; pues despues de haber hecho el retrato del pecador en la persona del hijo pródigo, hace el suyo en la del padre de este hijo convertido: *Y vióle este cuando estaba todavía léjos; movido á compasion, corriendo á él, se echó sobre su cuello y le besó.* ¿Conque apénas lo divisa cuando al momento corre á abrazarle, léjos de echarle en cara su ingratitud y desbarros? ¡Qué amor tan inefable! El gozo que le ocasiona su vuelta es tan grande, que no puede contenerse. Banquete, regocijo, es á lo que se reduce el enojo de un padre tan injustamente abandonado. La liberalidad sigue á su ternura; manda se le restituyan todos sus derechos puesto que ha vuelto á su deber. ¡Habrá pecador que viendo esto, aun rehuse volverse á Dios? ¿No le moverá tanta terneza y tanto amor? Es necesario tener un corazon de diamante para no sentir en la contemplacion de esta parábola los mas tiernos afectos. Si hemos imitado al hijo pródigo en separarnos de Dios, imitémosle tambien en volver á él.

Tercer Domingo de Cuaresma.

Este tercer Domingo se llama comunmente el Domingo del demonio mudo, por contenerse su historia en el Evangelio de la misa de este dia. Tambien suele llamarse el Domingo *Oculi*, de la primera palabra del introito, como por la misma razon se suele dar el nombre de *Reminiscere* al Domingo precedente, y el de *Lætare* al cuarto. Antiguamente se llamaba este Domingo, el Domingo *de los Escrutinios*, que quiere decir, del exámen de los catecumenos, á quienes disponian para recibir el Bautismo al fin de la Cuaresma, y el primer exámen se hacia en este dia. Los griegos le llaman el Domingo *del Leño precioso y vivificante*, es á saber, *de la Cruz*, la que nombran con una sola expresion: *Stauroproscinese*. Como la semana de este Domingo es la semana de la mitad de la Cuaresma, los fieles han aumentado siempre su devocion y fervor, á proporcion que se han ido acercando á aquellos sagrados dias en que celebra la Iglesia los grandes misterios de nuestra redencion.

El introito de la misa es del verso décimo sexto del Salmo XXIV. Este Salmo, como ya se dijo, es una afectuosa oracion de un hombre extremadamente afligido, que perseguido por aquellos mismos

á quienes ha llenado de beneficios, no halla consuelo en la amargura de su corazon, sino en solo Dios, en quien pone toda su confianza: de cuya oracion nos podemos servir siempre que nos veamos perseguidos por los enemigos de nuestra salvacion, diciendo con David: *Mis ojos estarán siempre puestos en el Señor, en la firme confianza de que me librará de los lazos de mis enemigos*, y que con tal de que yo no pierda jamas de vista este punto fijo del cielo, este astro benéfico que gobierna todo el universo, no tengo que temer ningun naufragio. Pero en vano, Dios mio, tendria yo fijos en vos los ojos y el corazon, si vos no los pusiérais en mí; no atendais, ó Dios de misericordia, á la muchedumbre y enormidad de mis pecados; dignaos mirarme con ojos propicios; por lo mismo que me hallo destituido de todo socorro, espero ser el objeto de vuestra compasion. Vos solo, Dios mio, sois todo mi consuelo, mi apoyo y mi fortaleza: en ninguna cosa hallo alivio sino en vuestra bondad y misericordia; y así no ceso de levantar mi corazon hácia vos, en quien únicamente tengo toda mi confianza. No padezca yo, Dios mio, la confusion de verme abandonado de vos.

La Epístola de este dia es una exhortacion que hace San Pablo á los de Éfeso, para que sean imitadores de Dios y de Jesucristo. *Sed imitadores de Dios*, les dice, *como hijos muy amados*. El modelo es muy perfecto, es muy excelente; Jesucristo no nos propone otro ménos elevado, ni ménos noble: Sed perfectos, dice este Señor, como vuestro Padre celestial es perfecto. ¿Cuál debe ser la inocencia, la santidad, la perfeccion de un cristiano, con un modelo tan grande? Vosotros habeis recibido la gracia de hijos adoptivos de Dios, les dice San Pablo, Dios gusta que le llameis vuestro Padre; tened pues la ternura, la confianza, el reconocimiento que deben tener unos hijos bien nacidos, con un padre tan bueno; imitad su dulzura y su clemencia; perdonad á vuestros hermanos, añade San Gerónimo, como él os ha perdonado á vosotros, y tratadlos del mismo modo que el Señor os ha tratado. El Apóstol les dice, imitad al Señor, en su dulzura, benignidad y paciencia en sufrir á los que le ofenden: imitadle en su misericordia sin límites, y en su inclinacion á perdonar y á hacer bien á los que mas le han ofendido. Caminad con espíritu de amor, así como Jesucristo nos amó, y se entregó á sí mismo por nosotros, en calidad de ofrenda y de víctima de un olor agradable á Dios. Vuestras costumbres, vuestras obras y toda vuestra conducta, deben ser una prueba efectiva de que amais á Jesu-

cristo, así como toda su vida y su muerte es un testimonio indudable de lo mucho que el Señor nos ama. Jamas se oiga entre vosotros ni aun el nombre de cualquiera *impureza*, ni el de avaricia; porque lo contrario es muy impropio de los que se llaman cristianos. Quiere el Apóstol que los fieles vivan tan apartados de estos vicios, que ignoren hasta el nombre. San Gerónimo pretende que la palabra inmundicia en este pasage, significa todo género de pasiones vergonzosas. Por mas que el corazon del hombre esté corrompido, por mas general que sea la corrupcion, la pureza será siempre la virtud que se llevará las atenciones de los Santos, y la divisa mas hermosa de los verdaderos fieles; será una insignia que distinguirá á los hijos de la luz de los hijos de las tinieblas. ¿Son muchos el dia de hoy los cristianos marcados con esta señal? *No se oiga entre vosotros cosa que ofenda el pudor, ni expresion alguna impertinente ó chocarrera.* ¿Qué diria el Apóstol si se hallara en las juntas y concurrencias mundanas de nuestro siglo? No es la bagatela y la inutilidad lo mas reprensible que hay el dia de hoy en las conversaciones de las gentes del mundo: ¡qué licencia, qué escándalo en la materia de la conversacion! ¡Qué especies tan indecentes en esas alocuciones! ¡Qué deshonestidad en los términos! Ya no se avergüenzan de lo que en otro tiempo causaba empacho aun á los mismos paganos. Ahora sin esta sal, es insípida y sosa la conversacion. ¡Oh, y cuántas almas se pierden por esas palabras obscenas, por esas conversaciones demasiado libres, por esos equívocos llenos de veneno, por esos gracejos, por esos chistes lascivos, por esos libros escritos con tanta habilidad, donde no se encuentra sino demasiada sal y demasiada agudeza! Estad bien persuadidos, continua el Apóstol, que ni el deshonesto ni el avaro, cuyo vicio es una especie de idolatría, tendrán parte alguna en el reino de Jesucristo y de Dios. ¡Ah Señor, y cuántas personas renuncian el dia de hoy esta herencia! La avaricia se llama idolatría, como tambien la impureza, porque por estos vicios rehusa el hombre dar su corazon á Dios.

No tengais comunicacion alguna con ellos. No hay devocion que no se corrompa conversando con los libertinos; ninguna cosa es mas contagiosa que su compañía. Pues el Apóstol llama á los deshonestos hijos de tinieblas. En efecto, ninguna cosa engrasa y oscurece tanto el espíritu y la razon, ninguna cosa apaga tanto la fé como este desventurado vicio: espíritu, natural, educacion, hasta el

sentido comun, todo se vicia, todo se oscurece: toda luz se apaga en un hombre impuro. *Andad como hijos de la luz.* La fé es una luz; nuestras costumbres, nuestros sentimientos, nuestras acciones, toda nuestra conducta es la prueba mas sensible y ménos equívoca de nuestra fé.

El Evangelio de este dia encierra grandes lecciones y grandes misterios. Acababa Jesucristo de convertir á la famosa y pública pecadora en casa de Simeon el fariseo. La milagrosa conversion de esta alma encenegada en el vicio, fué causa que muchos se aficionaran al Señor, y se empeñaran en seguirle. Le presentan un pobre hombre que tenia tres grandes enfermades, de que todos los remedios naturales no podian sanarle. Este estaba poseido del demonio, era mudo, y ciego, mas no por naturaleza: el demonio era quien le quitaba el uso de la habla y de los ojos: el demonio conoce demasiado la ventaja y el alivio que encuentra una alma en descubrir sus penas y sus miserios á los piés de un confesor; y así se aplica á fomentar una falsa vergüenza que le cierre la boca. Se puede decir que todo pecador es ciego. Porque ¿qué ceguedad mas lastimosa que la de preferir un deleite breve y amargo, á la posesion del mismo Dios, fuente inagotable de todos los bienes?; Y por un placer de un momento precipitarse en una eternidad de tormentos! Echó Jesus al demonio, y al mismo instante habló el mudo y recobró la vista. Este milagro aun lo vemos todos los dias en la conversion del pecador. No bien se ha perdonado el pecado, cuando se vé, se piensa y se habla muy de otro modo, que cuando se vivia en el desórden. Todas las personas que se hallaban presentes se admiraron al ver el milagro; pero la envidia convierte en mal hasta los mayores milagros. El espíritu siempre sigue los sentimientos del corazon. Un corazon corrompido nunca deja de comunicar su corrupcion al espíritu. Entre las muchas gentes que habian sido testigos del milagro que el Salvador acababa de hacer, hubo quienes dijeran que aquel demonio habia sido lanzado por Belzebú, príncipe de los demonios. Y otros pedian á Jesus hiciese algun prodigio celestial. Porque el incrédulo para abrazar la religion, busca nuevas pruebas á las cuales tampoco se rendiria; así como el pecador para convertirse quiere otras gracias que le dé el Señor á mas de las que le suministra, á las cuales no resistiria ménos, ni las haria ménos inútiles. Viendo Jesus lo que pensaban, sufrió sin quejarse una tan negra y grosera calumnia. Se contentó solamente con decirles con su

ordinaria mansedumbre: "Yo trabajo en destruir el reino de Satanas, echándole de los cuerpos y quitándole de entre las manos las almas por la santidad del moral que predico, y hago profesion de observar: ¿cómo, pues, puede él hacer que su poder sirva á mis designios, y oponerse tan manifiestamente á sí mismo? El reino de los demonios es el imperio que ejercen sobre los hombres. Si los unos contribuyen á hacer echar á los otros de los cuerpos humanos, se destruyen los unos á los otros, y su imperio no puede subsistir entre vosotros. Hay exorcistas que expelen algunas veces á los demonios invocando al Dios de Abraham, muchos de vuestros hijos los expelen en mi nombre, y vosotros mismos sois testigos que mis discípulos han recibido de mí la misma virtud: ¿direis que todos estos los expelen en nombre de Belzebú? Pero si yo expelo los demonios por la virtud del Todopoderoso, reconoced á esta sola señal á vuestro Mesías." Este razonamiento no tenia réplica; pero cuando la ceguedad es voluntaria, todas las luces juntas de la razon alumbran poco. Mas el Salvador todavia prosiguió en confundir la obstinacion de los judios con una comparacion bien persuasiva. Cuando un hombre valeroso, les dijo, y bien armado guarda la entrada de su casa, solo otro mas poderoso que él puede echarlo, y hacerse dueño de ella. Reconoced en esto mismo mi soberano poder sobre todas las potestades de las tinieblas, y confesad que no hay otro que Dios, que pueda echar al demonio. No teniendo que responder á esto los enemigos del Salvador, añadió: Estoy tan distante de tener la menor alianza con el demonio, que miro como mi enemigo á cualquiera que no lo es suyo. Por último, indignado el Hijo de Dios, y tambien cansado de ver la obstinacion y la indocilidad de aquella nacion ingrata, le predice de un modo bien claro su fatal reprobacion, proponiéndole la parábola siguiente: Cuando el espíritu inmundo ha salido del cuerpo de un hombre, va por lugares áridos buscando y no lo encuentra; entónces dice, volveré á la casa de donde salí, y viniendo á ella, la halla barrida y adornada. Entónces toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando en ella se fortifican y habitan allí; y la última condicion de aquel hombre viene á ser peor que la primera. Así le sucederá á esta perversa nacion. Queria Jesucristo hacerles comprender que habia muchos siglos que el demonio hacia todos sus esfuerzos para hacerse dueño de un pueblo que era el único que profesaba la verdadera religion, el único que no estaba sujeto á sus leyes, el único que no estaba sepultado en las tinieblas de la idolatría; que lo encontró bastante adornado; pero que en castigo del desprecio que hacian de su Salvador, iban á ser abandonados á las potestades del infierno, las que apoderándose de ellos, y empleando nuevas fuerzas para conservar su conquista, iban á hacer á aquel pueblo tanto mas infeliz, cuanto hasta entónces habia sido mas amado y mas favorecido de Dios.

Los fariseos y los doctores de la ley oian á Jesucristo, sin decir palabra, porque no sabian qué responder; pero no rebajaban nada de su orgullo ni de su obstinacion; cuando una simple muger mas ilustrada que ellos, levantó su voz en medio del concurso embelesada de la doctrina del Salvador, y exclamó: Dichoso el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron. *Antes bien*, replicó Jesucristo, *lo son los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica.* El Salvador dió esta respuesta para instruccion de todos los que le oian, y que sin embargo de oirle no se hacian ménos malos, ni mas dóciles. Esta expresion *ántes bien*, léjos de servir aquí de correctivo es mas bien una confirmacion de lo que esta piadosa muger acababa de decir. Con este motivo el Salvador, sin insistir mas en la dicha particular de su santa Madre, toma ocasion de dar á conocer á sus oyentes qué felicidad les es propia, y á qué felicidades pueden todos aspirar. Como si les hubiera dicho: Es verdad que el privilegio y la dicha de mi Madre son grandes, y mas grandes de lo que los hombres y los Angeles pueden comprender. Su eminente santidad, lo mucho que puede con mi Padre y conmigo, su augusta y sublime dignidad de verdadera Madre de Dios, deben llenar de admiracion todos los entendimientos, ganarle todos los corazones, merecerle todos los homenages; pero sabed, que si la eleccion que Dios hizo de ella para una tan alta dignidad, no hubiera estado acompañada por su parte de una perfecta docilidad, de una profunda humildad, de una fé y una pureza sin límites, de una santidad sin ejemplo; toda la predileccion de mi Padre y mia para con ella no le hubiera servido de nada. Queria el Salvador dar á conocer á los judíos que el amor de preferencia con que habia distinguido á la nacion hebrea, escogiéndola por su pueblo peculiar, solo serviria para hacerla mas infeliz si no practicaban lo que les enseñaba, y si no creian lo que les decia; porque con esta indocilidad se harian mas criminales á sus ojos.

La Epístola es del capítulo V de la del Apóstol S. Pablo á los Efesios.

Hermanos: Sed imitadores de Dios, como que sois sus hijos muy queridos; y proceded con amor, á ejemplo de lo que Cristo nos amó, y se ofreció á sí mismo á Dios en oblacion y hostia de olor suavísimo. Pero la fornicacion, y toda especie de impureza, ó avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como corresponde á santos: ni tampoco palabras torpes, ni truhanerías, ni bufonadas, lo cual desdice; sino ántes bien acciones de gracias. Porque tened esto bien entendido, que ningun fornicador, ó impúdico, ó avariento, lo cual viene á ser una idolatría, será heredero del reino de Cristo ni de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas; pues por tales cosas descargó la ira de Dios sobre los incrédulos. No queraís por tanto tener parte con ellos. Porque verdad es que en otro tiempo no éraís tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor; y así proceded como hijos de la luz: el fruto empero de la luz consiste en proceder con toda bondad, y justicia y verdad.

El Evangelio es del capítulo XI de San Lúcas.

En aquel tiempo: Estaba Jesus lanzando un demonio, el cual era mudo; y así que hubo echado el demonio, habló el mudo, y todas las gentes quedaron muy admiradas. Mas no faltaron allí algunos que dijeron: Por parte de Belzebú, príncipe de los demonios, echa él los demonios. Y otros por tentarle le pedian que les hiciese ver algun prodigio en el cielo. Pero Jesus, penetrando sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido en partidos contrarios, quedará destruido: y una casa dividida en facciones, camina á su ruina. Si pues Satanas está tambien dividido contra sí mismo, ¿cómo ha de subsistir su reino, ya que decis vosotros que yo lanzo los demonios por arte de Belzebú? Y si yo lanzo los demonios por virtud de Belzebú, ¿por virtud de quién los lanzan vuestros hijos? Por tanto, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si yo lanzo los demonios con el dedo de Dios, es evidente que ha llegado ya el reino de Dios á vosotros. Cuando un hombre valiente, armado, guarda la entrada de su casa, todas las cosas están seguras. Pero si otro mas valiente que él asaltándole le vence, le desarmará de todos sus arneses en que tanto confiaba, y repartirá sus despojos. Quien no está por mí,

está contra mí; y quien no recoge conmigo, desparrama. Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre, se va por lugares áridos buscando lugar donde reposar; y no hallándole, dice: Me volveré á mi casa de donde salí. Y viniendo á ella, la halla barrida y bien adornada. Entónces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando en esta casa, fijan en ella su morada. Con lo que el último estado de aquel hombre viene á ser peor que el primero. Estando diciendo estas cosas, he aquí que una muger levantando la voz de enmedio del pueblo, exclamó: Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron. Pero Jesus respondió: Bienaventurados mas bien los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica.

MEDITACION.

Sobre la indiferencia en materia de religion.

Considera que no hay peor estado en el hombre que el de la indiferencia en materia de religion. Quien mira sin interes un asunto en que va toda la gloria de Dios y todo el bien espiritual y eterno de su propia alma, manifiesta carecer absolutamente de la caridad con que debe amar á Dios y amarse á sí mismo; y si en el Evangelio de este dia nos declara el Señor, que quien no está por él está contra él, ¿quién puede dudar que es un verdadero enemigo de Dios quien ve con indiferencia su causa? Porque ¿qué otra cosa es en este particular la religion, sino la causa de Dios contra la impiedad que la combate atacando su religion? ¿Y qué otra cosa es la indiferencia en este asunto, sino hacerse al partido del mundo contra la causa de Dios? En asuntos é intereses terrenos cabe indiferencia, cabe neutralidad, porque no se interesa la gloria de Dios ni el bien nuestro; pero en el sostenimiento de la religion no puede darse tal neutralidad, y es preciso que quien desgraciadamente se mantenga sin ponerse á la parte de Dios, esté contra él. De otro modo ¿cómo pudiera acreditar que ve los intereses de Dios como suyos propios, y que se ve á sí mismo como todo de Dios? ¿Podemos amar á Dios sin honrarle? ¿Podemos honrarle sin religion? Ciertamente que no. ¿Podemos ser felices sin la gracia? ¿Podemos tener gracia sin religion? Absolutamente no. Luego es preciso que tomemos interes por la causa de Dios; es preciso que estemos por él, si no queremos ser reputados por enemigos suyos.

Considera que á este interes con que debemos ver á nuestra religion, no se satisface con cualquiera servicio ó diligencia. Es menester trabajar, y tanto, cuanto lo requiera de nosotros un negocio de tan suma importancia. Así parece que se nos da á entender en aquella palabra del Salvador que se contiene en el Evangelio de hoy y expresa este concepto: "Quien no recoge conmigo, desparrama." Para su inteligencia debemos hacernos cargo de que el Hijo de Dios defiende y sostiene su propia causa. De otro modo ¿cómo hubiera podido subsistir su religion en la tierra? Combatida en todos los siglos, ya por el gentilismo que á sangre y fuego le hizo tan cruel y decidida guerra, ya por la heregía, que de mil y mil maneras, en todos los paises y en todo tiempo han procurado derribarla; ya en fin por el filosofismo que ha cundido por toda la tierra tratando de arrancar de raiz la santa religion, ¿hubiera bastado el esfuerzo de los hombres para sostenerla sin el brazo poderoso de Dios? A la verdad que no. Mas este brazo ¿qué resortes ha movido para sostener su templo? ¿Qué diques ha opuesto al torrente impetuoso de la impiedad y la heregía? Los hombres, los mismos hombres; pero hombres llenos de su espíritu, hombres asistidos de su virtud divina, hombres valientes, hombres fervorosos, hombres laboriosos y llenos de generosidad que no omiten trabajo ni excusan sacrificio. Estos son los que están por Dios: estos son los que recogen con Cristo; porque como la Iglesia se nos presenta como una sementera en que los hombres de Dios son sus colaboradores para sembrarla, cuidar de su progreso y recoger su fruto, no recoge con Cristo quien no trabaja en esta sementera; ni trabaja verdaderamente quien no coge los frutos de su trabajo; llegando á tanto su desgracia, que en vez de recoger, dispersa, disipa, desparrama. ¿Y qué quiere decir esto? Que pierde su trabajo, que no tiene mérito, que no hace la obra de Dios, que no aprovecha á sus hermanos, que no edifica el templo, que no tiene lugar en él, que no alcanza recompensa.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Libradme, Dios mio, de tan fatal desgracia. Mi conducta es verdad que no merece vuestra asistencia, pues que no ha sido mas que la de un dilapidador de vuestros bienes; bienes que me habiais concedido para mi aprovechamiento; mas en los que yo no he sabido utilizar empleándolos en servicio vuestro por el sostenimiento de

vuestra religion; mas de hoy en adelante será otra, no contentándome con sentir bien y afectarme de lo que tanto interesa vuestra gloria; pues así solo seria un soldado de deseos, y un operario de intenciones. ¿Y de qué sirve para vuestras huestes un militar que no pelee en sus filas; ni para vuestro campo un operario que no cave, ni siembre, ni coseche? No, Dios mio, no me atendré yo mas á deseos ineficaces: con la reforma de toda mi conducta, con el zelo por vuestra religion, con el trabajo y obra positiva, quiero acreditaros *que estoy por vos*, y que procuro *recoger con vos siempre*.

JACULATORIA.

¡Ocuparáme siempre, ¡oh Señor! el zelo de vuestra religion.

LECCION.

Sobre el endemoniado mudo.

Uno es el mudo que se nos refiere en el Evangelio del dia de hoy, que padecia esta enfermedad corporal de la que le curó Jesucristo; mas son muchos los que la padecen espiritualmente, á quienes es preciso enseñar el remedio conveniente. Unos son mudos del todo, que nunca hablan, porque nunca se confiesan; otros son mudos á medias, porque se confiesan á medias; dicen los pecados ordinarios, y callan el principal, y á veces son personas que se confiesan muy á menudo para irse mas aprisa al infierno y con mas sacrilegios: otros hay que no son mudos; pero hablan mudos porque quieren se les entienda por señas, y estos son los que se van á confesar sin exámen: finalmente, hay otros, que mas que mudos, son tartamudos; porque lo que confiesan lo confunden, mudando especies, poniendo ó quitando circunstancias tan diversas, que lo que ménos dicen es el pecado que han de decir. Todos estos tienen diablo mudo y así es preciso curarlos. Vamos con los primeros.

Estos son los mudos del todo, porque no se confiesan: sepan, pues, que sin confesion no hay salvacion, de suerte que el no querer confesarse, es lo mismo que el no querer salvarse. La razon es, porque para perdonar los pecados á los adultos ya bautizados, y aplicarles la sangre de Jesucristo, el medio necesario que hay en la Iglesia es el tribunal santo de la penitencia: lo que allí no se absuelve, no quedará absuelto en el cielo. Malo es, ceguedad, necedad y locura el entregarse al demonio por alguna gloria aunque vana, por

algun provecho ó utilidad aunque aparente, por el gusto ó deleite, aunque sensual, vil, momentáneo y de bestias; pero quererse estar con los demonios condenado para siempre en el infierno; querer estarse en desgracia y aborrecimiento de Dios, mirándole como á enemigo; tener cerradas las puertas del cielo, y mantener firme la renuncia á los méritos, á la sangre y á los sacramentos del Salvador, que debiéndole servir para su remedio, ántes bien le sirven para su condenacion y mayor pena; y esto sin provecho, sin deleite, sin apariencia de honra, ¿no es mas qué locura? ¿no es la mayor ceguera y necedad de necedades? ¿Qué gusto, qué provecho puede sacarse de estar en pecado? Pecar es de los hombres; del cristiano el apartarse del pecado, y de los demonios el perseverar en él. Pecar y no confesarse, es pecar sin fin; es pecar por pecar; es estarse en pecado; por estarse en pecado es estarse en servicio de Lucifer por servir á Lucifer; en fin, es quererse ir al infierno. Esto, pues, no es flaqueza de hombres, mucho ménos deslices de cristianos, sino malicia, rabia y obstinacion de demonios. El alma, dicen los filósofos, no puede querer el mal como mal, sino bajo la apariencia de bien; luego el que obra del modo que hemos dicho, no obra como hombre racional, sino como bruto; y ni aun como bruto, pues que á estos basta su instinto para separarse de lo que les puede hacer daño: obra, pues, como demonio; hay mas, obra peor que demonio.

El demonio, si no quiere servir á Dios, huye de servir á quien hace siglos lo castiga y atormenta, y le castiga por siempre; pero el hombre que peca, no quiere servir á su Dios que le sufre, que le llama y que le espera. ¡Voluntad verdaderamente maligna; entendimiento sin duda alguna pertinaz! Hombre cristiano, si mereces este nombre, abre ya la boca, habla, que aun es tiempo; no sea que cuando quieras hablar no puedas.

Los segundos mudos son los mudos de media boca, quienes todo hablan menos el error de su niñez ó otro que les avergüenza: estos son atormentados cruelmente por el demonio, pues tener á uno mudo es la mayor crueldad. Flecha que cierra la herida que ha hecho, es mortalmente nociva; la llaga que no se manifiesta, no se cura. En la pregunta que hace Jesucristo, de que desde cuando padecia este mal, nos da á entender el modo de la curacion de esta enfermedad: ha de comenzar la curacion desde la primera vez que se calló con advertencia el pecado. Se ha de hacer confesion general, pues no basta decir el pecado que se ocultó, es preciso decir todos

los demas, todas las confesiones y comuniones, pues cada una de ellas ha sido un sacrilegio. ¡Cuánto mejor hubiera sido haber confesado solo aquel pecado la vez primera, y no tener ahora que confesarlo junto con todos los demas! ¡Tantos años de estar en pecado y sin provecho, y sí con demasiado daño! En vano se hacen buenas obras; si no se confiesa ese pecado callado, todo es inútil, todo carece de vida y de merecimiento, todo es sin fruto. Temed, almas que así vivís, pues ha de venir Dios armado de su espada, como dice Isaías: no con espada prestada ó de hombres, sino con la suya, con la que ha miles de años que castiga á los demonios y primeros condenados: con el poder de su brazo. ¿Y contra quién tanto furor? Contra el pecador mudo que añade pecado al pecado, malicia á la malicia; porque el pecado que solo era pecado, callándole en la confesion, le hace sacrilegio: y si comulga con él, es otro sacrilegio: entónces ya es una viga ó tranca que asegura la puerta cerrada: es estar confirmado en la malicia, obstinado en la culpa y endurecido en el vicio. Hablad, pues, pecadores, y dareis gozo al cielo, vida á vuestras almas, y gloria á Jesucristo.

La tercera especie de mudos es, de los que no se examinan como deben. Siendo un exámen de prisa, es preciso que muchas cosas se queden por decir, y aunque no haya en estos una voluntad expresa é inmediata de callar los pecados, sí la hay tácita y en su causa; pues es claro que no tiene voluntad de encontrar la cosa perdida quien no la busca, ó si la busca, no la busca como debe. A estos se les debe decir que están en obligacion de examinarse con mas espacio y rectificar sus confesiones, y no sobrecargar á la prudencia y sabiduría del confesor con que supla su falta de exámen: de esta clase, aunque no deja de haber algunos, pero no son tantos como los de la última.

De estos, dice David, que mas quisiera que fueran mudos, que no tartamudos y falsos. ¡Oh Señor! esos lábios engañosos que pintan y disfrazan sus pecados con tanto artificio, que no dejan entender el pecado que han hecho, sino otra cosa muy diferente, no les dejeis hablar; mas vale que sean mudos y que no puedan confesarse, porque así se irán al infierno con ménos sacrilegios. Las confesiones que hacen son como la de Judas: Judas confesó que habia pecado, restituyó el dinero que habia recibido por entregar á Jesucristo, restituyó tambien la fama, pues confesó que habia entregado la sangre del justo: en fin, tuvo dolor; mas con todo esto, su confesion fué in-

útil, porque no fué como debia. Son confesiones como las de Eva: *La serpiente me engañó;* no confiesan el pecado propio, sino el ageno. No dicen, pequé, y me pesa del mal que hice; sino la serpiente me ha dejado burlada, y eso es lo que les pesa. Padre, fuí solicitada, me prometió casamiento, y me ha dejado engañada: por eso le echo mil maldiciones, derramo tantas lágrimas. ¿Es esto confesar pecados ó cometerlos? ¿No seria mejor ser mudos que tartamudear? Cuidemos pues de hablar en el tribunal misericordioso de la penitencia con la debida disposicion, con la integridad correspondiente, con el dolor verdadero, para que desatando allí Jesucristo nuestros lábios, le entonemos cánticos de accion de gracias por un beneficio que celebrarán los bienaventurados.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Lúnes de la tercera semana de Cuaresma.—Los judíos echaron fuera de la ciudad á Jesus, y lo llevaron á una cima para precipitarle; pero él pasando por medio de ellos, se marchó.—*San Lúcas, cap. IV.*

Mártes de la tercera semana de Cuaresma.—Jesus ordena á sus discípulos corrijan al pecador en secreto; y si este permaneciere en el error, lo corrijan entónces delante de testigos.—*San Mateo, cap. XVIII.*

Miércoles de la tercera semana de Cuaresma.—Los Escribas y Fariseos increpan á Jesus que sus discípulos no se lavaban las manos cuando comian.—*San Mateo, cap. XV.*

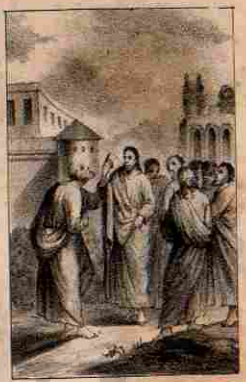
Juéves de la tercera semana de Cuaresma.—Jesus sana milagrosamente á la suegra de San Pedro.—*San Lúcas, cap. IV.*

Lúnes de la tercera semana de Cuaresma.

Como la pasion y la muerte del Salvador son el principal objeto que se propone la Iglesia en todos sus oficios de Cuaresma, no hay dia alguno en esta, cuyo oficio divino no contenga algunas circunstancias de la vida trabajosa y mortificada del Salvador, ó algun pasage particular que designe la malignidad de los judíos, su persecucion y su negra ingratitud. El oficio de este dia es una prueba de lo que dice San Juan del Hijo de Dios: Que vino á su propia heredad, y que los suyos no lo recibieron. Esto es lo que nos refiere el Evangelio de hoy; y la Epístola nos enseña cómo los extraños se aprovechan de los socorros que los hijos del reino desprecian y desechan.



Lúnes de la 3ª semana de cuaresma.



Mártes de la 3ª semana de cuaresma.



Miercoles de la 3ª semana de cuaresma.



Juéves de la 3ª semana de cuaresma.

El introito de la misa es una continuacion de la oracion que hace á Dios David, escapado de las manos de sus enemigos, y perseguido hasta de sus mas allegados. David tiene noticia por su amigo Jonatas, que Saúl estaba resuelto á perderlo á cualquier costa; se retiró al pais de Achis, rey de Get; pero á poco tiempo de estar en la corte de este monarca, fué conocido. Resolvieron prenderlo, pero habiendo hallado David modo de salvarse, se retiró á la cueva de Odollam, donde se dice compuso este salmo, que empeiza con estas palabras: *Compadeceos de mí, Dios mio; ya veis con que indignidad me tratan los hombres y que no cesan de hacerme la guerra y perseguirme.* Mis enemigos, prosigue el Profeta, me hacen sentir á todas horas los efectos de su odio, y todos los dias veo aumentarse el número de estos enemigos. El verso con que empieza la misa es este: *Alabaré un dia al Señor, porque es fiel en cumplir la palabra que me ha dado, de librarme de mis enemigos: espero en él y no temo me puedan hacer mal alguno los hombres.*

La Epístola contiene la historia de Naaman, general de las tropas del rey de Siria. Este oficial pasaba por uno de los hombres mas valientes de su tiempo: habia conseguido muchas victorias, y habia dado pruebas de mucho valor en bastantes combates; por tanto estaba en grande estimacion para con el rey; y lo miraban como la segunda persona del reino. Pero enmedio de toda esta gloria y de todas estas prosperidades, estaba afligido de una lepra, que lo habia puesto horroroso, y no le dejaba gustar de los frutos de su alta reputacion y de sus grandes riquezas. Esta lepra no le impedia presentarse en la corte ni servir al rey; en lo que se ve que los demas pueblos del Oriente no miraban á los leprosos con el horror que los Israelitas: entre ellos pasaba la lepra mas bien por una deformidad que por una enfermedad verdadera; el mismo Evangelio se sirve mas comunmente de la palabra limpiar respecto de los leprosos, que de la de curar.

Habiendo salido de Siria unos salteadores, se llevaron cautiva del pais de Israel á una jóven de pocos años, la que entró á servir á la muger de Naaman: sabiendo esta un dia el motivo de la afliccion y de los suspiros de su amo, dijo á su ama, que si su señor hubiese ido á visitar al Profeta que habia en Samaria, infaliblemente hubiera sanado de su lepra. Naaman hizo llamar á la muchacha, la hizo varias preguntas, é informado de la virtud que Dios habia dado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á Eliseo, y de todos los prodigios que este habia obrado, le notició al rey lo que le habia dicho su criada. El rey que amaba tiernamente á su ministro, le ordenó que partiera al instante, y le dió una carta de recomendacion para el rey de Israel, concebida en estos términos: *Luego que recibieres esta carta, sabe que te envio á Naaman mi servidor, para que lo cures de su lepra.* Naaman partió á Samaria con el tren y aparato correspondiente á su fortuna. Lo mismo fué llegar que presentar la carta á Joran, rey de Israel; el cual habiéndola leido se imaginó que el rey de Siria solo buscaba algun pretesto para declararle la guerra, y que para eso le escribia que curase á su privado. Penetrado de dolor rasga sus vestiduras á los ojos de toda su corte, diciendo: *¿Por ventura soy yo algun Dios para que pueda quitar la vida y volverla? ¿A qué fin enviarme á este leproso para que yo lo cure de su lepra? Se ve que este príncipe no busca sino una ocasion para romper conmigo.*

Noticioso el Profeta Eliseo de la desolacion en que se hallaba el rey, le envió á preguntar qué motivo habia tenido para rasgar sus vestiduras. Que le enviara al extrangero, que él le haria ver bien pronto que todavía habia Profetas en Israel. Serenado Joran con este mensage, le dice á Naaman que vaya á verse con Eliseo. Este oficial se va al instante á casa del Profeta; pero queda sorprendido cuando Eliseo le envia á decir que se lave siete veces en el Jordan; se muestra como resentido de ver el modo que tenia el Profeta para con él; y quiere retirarse, diciendo con un tono enfadado: Yo creia que este Profeta vendria á lo ménos á visitarme; me parece que no perderia nada en tomarse esta pena; yo creia que hubiera invocado sobre mí el nombre de su Dios, y que tocándome con su mano, me curaria la lepra. ¿Acaso no tenemos en Damasco aguas mejores que todas las del reino de Israel? ¿Qué necesidad habia de hacerme hacer un tan largo viaje para decirme que me fuera á bañar en el Jordan y quedaria libre de mi lepra? Mostrando así su indignacion, ordena volverse á Siria. Entónces sus criados, que no se hallaban alterados como él, le dijeron: Señor, si el Profeta os hubiera mandado alguna cosa dificultosa, debiais sin embargo hacerla, y ciertamente la hubiérais hecho; ¿pues por qué no obedecerle cuando para curaros de vuestra lepra no os manda sino este baño? Naaman se rindió á esta representacion. Baja al Jordan, se lava en él siete veces, y al instante queda tan limpio, que no quedó sobre su carne señal alguna de lepra. La Escritura dice que su curacion

fué tan perfecta, que su carne se puso blanca, limpia, roja como la de un niño, de modo que todos conocieron que no podia ser sino por milagro. Los sentimientos de gozo, de admiracion y de agradecimiento sucedieron bien pronto á los sentimientos de indignacion. Vuelve Naaman á la casa del Profeta, y no bien lo habia visto, cuando exclamó. Sé ciertamente que no hay otro Dios en toda la tierra, que el que hay en Israel. La Epístola de este dia concluye con la confesion y conversion sincera de este personage pagano. Naaman ruega con instancias al Profeta que acepte los ricos presentes que le da; pero como el desinteres fué siempre la virtud comun de todos los verdaderos siervos de Dios, y con especialidad de los hombres apostólicos, Eliseo rehusó porfiadamente todo lo que Naaman le instaba que aceptase; y así fué preciso ceder al perfecto desinteres del Profeta. Pero ántes de retirarse le dijo este ministro convertido: Os conjuro me permitais llevar dos cargas de tierra de este pais; pues de hoy en mas no ofrecerá ya vuestro siervo holocaustos ni víctimas á los dioses extrangeros; ni sacrificará á otro que al Señor. Naaman se imaginaba que el culto del verdadero Dios estaba de tal modo aligado al pais de los hebreos, que no se le podian ofrecer sacrificios agradables en otra parte. Y como no se sentia con bastante valor y resolucion para dejar su patria, sus bienes y sus empleos, se figura que igualmente podrá servir á Dios en Siria, con tal que haga llevarse una porcion de tierra de Israel. Eliseo, animado y conducido por el espíritu de Dios, admira y alaba su fé y su zelo, y le da á conocer que el culto del verdadero Dios no está aligado á un pais ni á una tierra particular; que en todas partes se puede amar y servir á Dios. La Escritura añade que el criado del Profeta, no siendo tan desinteresado como su amo, corrió tras de Naaman para pedirle un talento de plata y dos vestidos, suponiendo que era de órden del Profeta. Naaman quiso que tomara dos talentos, y lo despachó con ellos. Por la tarde, habiéndose presentado Giezi delante de Eliseo, le preguntó el Profeta de dónde venia. Vuestro criado no ha estado en ninguna parte, respondió Giezi; pero Eliseo le dijo: ¿No estaba yo presente en espíritu cuando aquel hombre bajó de su coche para salirte al encuentro? Tú has recibido dinero y vestidos para comprar olivares, viñas, bueyes, ovejas, esclavos y esclavas; pero yo te protesto que la lepra de Naaman pasará á tí y á toda tu casta para siempre. Y al mismo instante se retira Giezi ya cubierto todo de lepra.

Los santos padres reconocen en la curacion de Naaman la figura del sacramento del bautismo que limpia el alma de la lepra del pecado; Naaman, gentil, extrangero, enviado á Eliseo por su criada cautiva, es tambien figura de la gentilidad llamada al Evangelio y á Jesucristo por la sinagoga, que es esclava con sus hijos como habla el Apóstol. Naaman se baña siete veces y queda enteramente sano, como para denotar los siete pecados capitales, dice Tertuliano, que se nos perdonan en el bautismo. Finalmente, Naaman, recobrando la pureza de un niño sin ninguna apariencia de lepra, representa el efecto del sacramento, por el cual quedan perdonados todos los pecados sin que quede mancha alguna en el alma, dice S. Ambrosio. Tambien se encuentra en la resolucion de Naaman el modelo de una conversion perfecta por una entera mudanza de costumbres y de conducta.

Se ha elegido para este dia la Epístola que acabamos de referir, porque el Evangelio de este dia habla de la curacion milagrosa de Naaman, valido del rey de Siria.

El Salvador acababa de hacer muchos milagros en el territorio de Cafarnaum, cuando vino á Nazareth donde habia pasado la mayor parte de su niñez y de su juventud. Habiendo entrado en la sinagoga segun tenia de costumbre, un Sábado se levantó para leer. Los judíos se juntaban todos los Sábados á orar y á oir leer y explicar la Sagrada Escritura. El que debia leer estaba en pié, y leia en el libro en que abria, algunos versículos del texto sagrado que comentaba y explicaba despues. Jesucristo se levantó para leer, ya sea que él mismo se hubiese ofrecido á ello, ó que hubiese sido convidado por los ancianos, y como nada le sucedia casualmente, habiendo abierto el libro cayó sobre un pasage de la profecía de Isaías que le tocaba personalmente, cuyo sentido es este: "El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió con él, me ha enviado á predicar el Evangelio á los pobres, á curar á los que tienen el corazon oprimido de tristeza, á anunciar á los cautivos la libertad, y la restauracion de la vista á los ciegos; á librar á los que padecen opresiones, á publicar la feliz llegada del Señor y el dia en que se hará justicia." Todos los que lo oian lo miraban y lo escuchaban con admiracion, y como viese que todos tenian puestos los ojos en él, tomó la palabra, y habiendo vuelto el libro, les hizo ver claramente que habia llegado el tiempo de cumplirse esta profecía, y que se cumplia en su propia persona. Les habló con tanta gracia, dulzura y

que todos estaban como fuera de sí, y confesando que nadie habia hablado jamas como él; se decian los unos á los otros: ¿No es este el hijo de José? Pero todavía se pasmaron mucho mas cuando tomando ocasion de lo que acababa de decirles, comenzó á descender á una enumeracion de cosas que les desagradaban, comenzó á reprenderles sus vicios y á exhortarlos á la práctica de ciertas virtudes que les eran como desconocidas. Sin duda me direis, añadió, lo de aquel proverbio: *Médico, cúrate á tí mismo.* No te dejes morir, tú que das la salud á los otros. Hemos oido hablar de las grandes maravillas que has hecho en Cafarnaum, ¿por qué no haces aquí otras semejantes? ¿Por ventura, pesan mas en tu estimacion los extrangeros que los de tu país? Nadie se habia atrevido á hacer estas reconvenciones al Salvador; pero el Señor, que penetraba hasta el fondo de los corazones, los previno haciéndoles ver que conocia perfectamente sus mas profundos y secretos pensamientos. Hubiera hecho en Nazareth tan grandes milagros como los que habia hecho en Cafarnaum, si hubiera encontrado en sus moradores las mismas disposiciones y la misma docilidad que en esta ciudad extrangera. Hizo allí pocos milagros por motivo de su incredulidad. Como los moradores de Nazareth lo habian visto entre ellos desde su niñez, no lo miraban sino como á hijo de un pobre artesano y no daban crédito á sus palabras ni tenian fé en sus milagros.

A este proverbio *Médico, cúrate á tí mismo*, en el cual pensaban todos los circunstantes, respondió Jesus con otro que era mas comun en el pueblo. Un Profeta, les dijo, solo está sin estimacion en su país y en su casa. Vuestras historias, añadió, os suministran bastantes pruebas: porque decidme: ¿cuántas viudas habia en Israel en tiempo de Elías? Y sin embargo, cuando el cielo estuvo cerrado tres años y medio, sin que cayese sobre la tierra ni lluvia ni rocío, desolando la mas horrible hambre todo el país, ¿á quién envió Dios su Profeta? ¿Por ventura no fué á una viuda extrangera, de Sarepta en el país de Sidon? ¿Cuántos leprosos habia en Israel en tiempo de Eliseo? Y sin embargo, este hombre de Dios no curó de una enfermedad tan incurable mas que á Naaman, gentil, valido del rey de Siria. Todo este razonamiento del Salvador, que debia ser escuchado como una advertencia saludable, fué muy mal recibido en una sinagoga llena de gentes apasionadas; comprendian demasiado que Jesucristo queria abandonarlos y dar parte á otros

de los beneficios de que los juzgaba indignos; y que por el ejemplo de Naaman les daba á entender que tenia intencion de ir á predicar á los gentiles con gran desprecio de la sinagoga; lo cual les irritó tan fuertemente contra él, que habiéndose levantado tumultuariamente, se echan sobre él con violencia, lo sacan fuera de la ciudad, y lo llevan hasta lo alto de una roca, resueltos á deshacerse de él precipitándole desde allí. Este género de ejecuciones populares estaba tolerado; y con pretexto de zelo por la ley, se hacia morir á un hombre sin formalidad de justicia; pero Jesucristo, que queria dejarse llevar hasta lo alto del monte, no les permitió ejecutar su depravado designio: se soltó sin trabajo de sus manos; y sea que los hiciese como ciegos respecto de su persona, ó que les quitase de una vez las fuerzas y el movimiento, pasó tranquilamente por medio de ellos y se retiró con libertad. Estos discípulos del demonio, dice San Ambrosio, son peores que su maestro, porque este solamente quiso llevar al Salvador á que se precipitara él mismo, y estos intentan precipitarlo. Unos hombres que aplaudian no ha un momento los discursos del Salvador, quieren darle la muerte luego que les descubre la corrupcion de su corazon. Jesucristo recorrió casi toda la Judea, predicó en bastantes ciudades; en todas partes reprendió la corrupcion del corazon, y en ninguna parte durante el tiempo de su predicacion, se cometió el atentado de intentar quitarle la vida, sino en Nazareth, que era como su patria. Jesucristo por ningunos es mas maltrado que por aquellos á quienes mas ha favorecido si una vez llegan á pervertirse. Los vecinos de Nazareth quieren ver al Salvador obrar entre ellos los mismos milagros que habia obrado en Cafarnaum; ¿pero estos milagros hechos en Cafarnaum les eran desconocidos, ó dudaban de ellos? ¿Pues qué necesidad tenian de verlos para creer en Jesucristo? Ninguna ciertamente. Aprovechémonos de las gracias que hasta aquí se nos han dado, si queremos conseguir otras mas poderosas, pues no nos servirá de disculpa en el juicio de Dios el decir que otros tuvieron mas poderosos socorros que nosotros para obrar bien.

La Epístola es del capítulo V del libro IV de los Reyes.

En aquellos dias: Naaman, general de los ejércitos del rey de Siria, era un hombre de gran consideracion y estima para con su amo; pues por su medio habia el Señor salvado á la Siria: y era un varon

esforzado y rico, pero leproso. Habian salido de Siria guerrillas, y cautivado en tierra de Israel á una doncellita que entró despues á servir á la muger de Naaman, la cual dijo á su señora: ¡Ah, si mi amo fuera á verse con el Profeta que está en Samaria, sin duda curaria de la lepra! Oido que hubo esto Naaman, entró á ver á su señor, y dióle parte diciendo: Esto y esto ha dicho una doncella de tierra de Israel. El rey de Siria le respondió: Anda en hora buena, que yo escribiré al rey de Israel. Partió pues llevando consigo diez talentos de plata, con seis mil monedas de oro y diez mudas de vestidos; y entregó la carta al rey de Israel, escrita en estos términos: Por esta carta que recibirás, sabrás que te he enviado á Naaman, mi criado, para que le cures de su lepra. Leido que hubo la carta el rey de Israel, rasgó sus vestidos y dijo: ¿Soy yo por ventura Dios, que pueda quitar y dar la vida, para que este me envie á decir que yo cure á un hombre de la lepra? Reparad, reparad y vereis como anda buscando pretestos contra mí. Lo que habiendo llegado á noticia de Eliseo, varon de Dios, esto es, que habia el rey de Israel rasgado sus vestidos, envió á decirle: ¿Por qué has rasgado tus vestidos? Que venga ese hombre á mí, y sabrá que hay Profeta en Israel. Llegó pues Naaman con sus caballos y carrozas, y paróse á la puerta de la casa de Eliseo. Y envióle á decir Eliseo por tercera persona: anda, y lávate siete veces en el Jordan, y tu carne recobrará la sanidad, y quedarás limpio. Indignado Naaman, se retiraba diciendo: Yo pensaba que él hubiera salido á recibirme, y que, puesto en pié invocaria el nombre del Señor Dios suyo, y tocaria con su mano el lugar de la lepra, y me curaria. ¿Pues qué, no son mejores el Abana y el Farfar, rios de Damasco, que todas las aguas de Israel para lavarme en ellos y limpiarme? Como volviese pues las espaldas y se retirase enojado, se llegaron á él sus criados, y le dijeron: Padre, aun cuando el Profeta te hubiese ordenado una cosa dificultosa, claro está que debieras hacerla; ¡pues cuánto mas ahora que te ha dicho: Lávate, y quedarás limpio? Fué, pues, y lavóse siete veces en el Jordan, conforme á la órden del varon de Dios, y volviósu carne como la carne de un niño tierno, y quedó limpio. Volviendo en seguida con toda su comitiva al varon de Dios, se presentó delante de él, diciendo: Verdaderamente conozco que no hay otro Dios en todo el universo, sino solo el de Israel.

El Evangelio es del capítulo IV de San Lúcas.

En aquel tiempo dijo Jesus á los Fariseos: Sin duda que me aplicais aquel refran: Médico, cúrate á tí mismo: todas las grandes cosas que hemos oido que has hecho en Cafarnaum, hazlas tambien aquí en tu patria. Mas añadió luego: En verdad os digo que ningun Profeta es bien recibido en su patria. Por cierto os digo, que muchas viudas habia en Israel en tiempo de Elías, cuando el cielo estuvo sin llover tres años y seis meses, siendo la hambre grande por toda la tierra; y á ninguna de ellas fué enviado Elías, sino que lo fué á una muger viuda en Sarepta, del territorio de Sidon. Habia asimismo muchos leprosos en Israel en tiempo del Profeta Eliseo; y ninguno de ellos fué curado, sino que lo fué Naaman, natural de Siria. Al oir estas cosas, todos en la Sinagoga montaron en cólera. Y levantándose le arrojaron fuera de la ciudad, y condujéronle hasta la cima del monte sobre el cual estaba su ciudad edificada, con ánimo de despeñarle. Pero Jesus, pasando por medio de ellos, iba su camino.

MEDITACION.

Sobre la independencia y soberanía de Dios.

Considera la loca presuncion de los hombres que creen poder algo contra Dios, siendo así que sin Dios no pueden ni favorecerse á sí mismos. Bien se demuestra en el pasage contenido en el Evangelio de hoy, en que se nos refiere que queriendo los Fariseos y el pueblo protervo de Nazareth quitar la vida á Jesucristo, despeñándolo de la cima del monte, á donde le condujeron con este criminal intento, él, pasando por medio de ellos, iba su camino, sin que aquellos frenéticos tuviesen tino, modo ó posibilidad de asirse de él y derrocarlo. Tal vemos que sucede en el mundo cuando se alzan los impíos y atentan contra el Señor y contra su Cristo; los proyectos mas inicuos, las tramas mas malignas, las empresas mas irreligiosas, todo, todo ponen por obra para dar por el pié al altar del Señor, y extinguir su culto. Hagamos, dicen, que cesen y terminen todas sus solemnidades: sus dias festivos desaparezcan de la tierra. En efecto, la opresion de la Iglesia, la persecucion de sus ministros, el asalto al redil para dispersar ó poner en fuga á las ovejas, son el resultado de sus maquinaciones. ¿Mas qué logran con esto? Estalle

en buena hora la persecucion en uno y otro pais; corra toda la tierra; renuévese en un siglo y otro siglo, y no cese su esfuerzo hasta la consumacion de los tiempos; que no por eso el Hijo de Dios tranquilo, libre, independiente, dejará de seguir su camino, ni detendrá su magestuosa marcha. En medio del esfuerzo de los hombres que persiguen su empresa, él funda y hace crecer su Iglesia, la exalta, la hermosea, la enriquece, le da posesion de todo el orbe, la hace abundar en coros magestuosos de mártires, de vírgenes, de pontífices, confesores, monges, anacoretas, y tantas, tantas tropas de almas santas y puras, que forma de ellas nada ménos que la corte celestial; miéntras sus enemigos por un triunfo efímero de un puñado de dias, se hunden en el abismo. ¿Qué es esto, sino caminar el Hijo de Dios seguro y sin lesion, en medio de su enemigos?

Considera que en vez de poder algo el hombre miserable contra su Dios soberano, atrae contra sí mismo un mal inmenso, un horrendo castigo por su loco atentado. La paciencia, el silencio, el sufrimiento con que Dios le tolera por un efecto de su misericordia, hace en él el efecto que hiciera en un hombre atrevido la debilidad de su contrario; esto es, hace que el hombre por su malicia cobre mas brio para multiplicar sus atentados. ¿Pero qué es esto ante Dios sino atesorar el hombre ira sobre ira para que de un golpe venga sobre él todo el torrente de la indignacion divina? ¿Por ventura los tiros de su impiedad podrán llegar al trono de Dios y hacer alguna herida en el Dios inmortal, soberano, sereno, incorruptible? ¡Ah, que estos tiros revuelven con violencia y hacen su estrago en el mismo pecador que los habia lanzado! ¿Por ventura la mancha pésima de su pecado, y el reato que le sigue, y su iniquidad y corrupcion podrán descargarse sobre su Dios impecable y santo por esencia, ó sobre las criaturas inocentes que no tienen parte en su pecado? ¡Ah, que todo este peso, todo este cúmulo de iniquidad y de pecado gravita sobre el mismo que lo cometió para su mal! ¿Por ventura el castigo y pena eterna en toda la grandeza y acerbidad que haya merecido por sus culpas dejará de venir sobre el impío, ó tendrá éste poder para evadirse de tan horrendo mal? ¡Ah, que tarde ó temprano se le hará beber hasta las heces la copa fatal de su misma iniquidad y pecado que él mismo confeccionó! Pues esta es la pena eterna, que se identifique con su culpa para arder con ella y por ella en los infiernos, sin ver jamas la cara de su Dios.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Y qué, Dios mio, será posible que el hombre sepa y conozca la suerte que se labra con sus manos para ser desgraciado eternamente, por las ofensas que contra tí comete, y que á pesar de este conocimiento siga en su iniquidad y supecado? ¿Será posible que conozca y advierta que nada puede contra tí, y todavía prosigue maquinando contra el Dios soberano que lo sacó de la nada, y en cuya mano poderosa está el rayo que lo ha de confundir? Posible es, y esta posibilidad es mi mayor amargura, pues si no soy un impío puedo serlo; y si lo soy ya por mi desgracia, puedo continuar en mi impiedad. ¡Ah, que esto me obliga á tomar medidas eficacísimas para cortar de un golpe la cadena de mis atroces culpas, y poner tales diques á mis pasiones y perversas inclinaciones, que no vuelvan á precipitarme en la culpa, ni una vez sola; pues con un pecado basta para perderme eternamente. ¡Oh Dios, dame valor y resolucion para llevar al cabo la reforma á que pongo la mano en este mismo instante!

JACULATORIA.

Ahora empiezo, Dios mio; esta es una mudanza de tu diestra.

LECCION.

La santidad es requisito necesario para la correccion fraterna.

Para poder ser médicos de los demas, es necesario que primero lo seamos de nosotros mismos. Notamos en nuestro prójimo sus enfermedades, y no sentimos las nuestras. Parece que sucede en el órden moral lo contrario de lo que acontece en el físico, pues en este nadie siente, y apénas conoce el mal que otro padece. Al que sin mision alguna se constituye médico de los otros, se le debe decir el proverbio de que Jesucristo habla el dia de hoy. *Médico, cúrate á tí mismo.* Cúrese cada uno á sí mismo, y despues cure á los demas. La santidad de nuestras acciones ha de reglar la correccion de nuestros hermanos, para que esta sea útil y fructuosa.

Esta es una de las reglas de la correccion fraterna, y de la que nos dieron el ejemplo los primeros cristianos. Ellos, no hay duda, se oponian á los vicios de su siglo, su piedad fervorosa no podia sufrir los desórdenes; pero esto lo hacian con virtudes contrarias al libertinage que ellos querian corregir; con su santa vida reprendian la mala de los otros; con buenos ejemplos y discurso edificante, solicitaban reformarlos. El mundo en nuestros dias ve muy al contrario, que se levantan en la Iglesia unos cristianos que afectan un exterior de reforma, creyendo que con falsas apariencias de virtud pueden censurar todas las acciones del género humano. Espíritus sombríos por temperamento, cuyo celo se cambia por lo comun en pasion; censores rigurosos de todo lo que no va conforme con su idea: jamas contentos de los otros ni de sí mismos, que semejantes á las olas del mar, arrojan sin cesar su espuma, vierten continuamente su amargura sobre aquellos cuya conducta condenan, cuando la suya no merece ménos la censura. Bien léjos de aplicarse cada uno á sí mismo el importante aviso que dice San Pablo á su discípulo Timoteo, de tener cuidado de sí y de su doctrina, de no intentar reprender á otros sin reformarse él primero: esos mismos curiosos en poner la vista sobre todo lo que pasa afuera, sin reflexionar jamas lo que pasa en su interior, fijando los ojos como la mugar de Lot en Sodoma, gimen mirando su triste ruina, y cierran los oidos á la voz del ángel, que les da gritos para que eviten la suya.

Inquietos y afligidos al ver reinar en el mundo una infinidad de abusos, se preparan á condenarlos, sin pensar que ellos mismos contribuyen á la depravacion general con sus desórdenes particulares. ¡Oh, qué linces! Notan á lo léjos una paja en los ojos de sus hermanos. ¡Oh, qué ciegos! No ven una viga que quebranta los suyos. Tienen siempre levantada la mano contra los otros, y no ven el dedo de su conciencia que escribe en secreto la multitud de sus pecados: siempre ocupados en los negocios agenos, y siempre fugitivos de su propio corazon, semejantes á un torrente que derrama sus aguas en la campaña, y deja la aridez y sequedad en su propio lecho: decidme, ¿es este el modo de corregir al hermano y de curarlo? Si la caridad es la que os mueve á reprender á los otros, usadla ántes con vosotros mismos, y condenad vuestros propios pecados, que son mayores y mas visibles que los que condenais en vuestros hermanos. Aplicaos de tal modo á conoceros á vosotros mismos, que no os quede tiempo para examinar los defectos agenos. Acordaos por último, que para tener derecho para corregir, y hacerlo con santidad, es necesario que el corrector sea primero irreprensible.

El Profeta Samuel, queriendo reprender á los judíos su perfidia y su ingratitud respecto á Dios que los habia colmado de tantos be-

neficios, pidió ántes el testimonio del mismo pueblo, y le hizo convenir en favor de su equidad é inocencia, para tener razon de reprenderle su crimen. "Mucho tiempo hace, dijo el Profeta, que vivo con vosotros: sabeis la educacion que he dado á mis hijos, y habeis sido testigos de todas las acciones de mi vida; ahora que me hallo en los últimos periodos de mi edad, y pronto á dar cuenta á Dios de los talentos que me ha confiado, decidme os ruego, ¿qué pensais de mí? ¿Hay alguno que pueda culparme de algun crímen, de alguna violencia, ó de alguna injusticia?" "No, respondió el pueblo: eres irreprensible, lo confesamos, y jamas nos has maltratado." "Muy bien, dijo Samuel: despues de haberme llamado á vuestro juicio, venid ahora para que yo os juzgue y reprenda. *Ahora, pues, compareced para que en juicio os ponga demanda delante del Señor, acerca de todas las misericordias del Señor que hizo con vosotros y con vuestros padres.* Acordaos de las gracias que Dios os ha hecho. ¿Pues cómo, cobardes é ingratos, habeis olvidado los prodigios que hizo para sacar á vuestros padres de la esclavitud y servidumbre de Egipto? ¿Con cuántos favores no os ha prevenido á vosotros mismos, y sin embargo habeis olvidado, menospreciado y abandonado á tal Señor....? *No permita el Señor que yo cometa contra él este pecado, que cese de rogar por vosotros, y os enseñaré un camino bueno y derecho.*" Así pues, debeis, á imitacion de este santo hombre, reprender á vuestro hermano despues de haberos ofrecido á su juicio; de este modo debeis consultaros á vosotros mismos y examinar vuestra conducta, ántes de censurar la agena. Apagad el fuego de vuestra casa, ántes de verter agua sobre la de vuestro vecino que se quema; asistid á vuestros hermanos que pecan, con vuestras oraciones y con vuestros buenos ejemplos. Pedid á Dios su conversion; suplicadle que les dé un corazon puro, sencillo y generoso; un espíritu nuevo, para que todos á la par le glorifiquemos.

En Jesucristo, cuya vida es el ejemplar de cualquier estado, tenemos apoyada esta doctrina. De toda su juventud hasta la edad de treinta años, solo sabemos lo de los primeros de su infancia: que era dócil, sujeto á sus padres, y que se hizo amable á todos. De lo demas no sabemos otra cosa sino que vivió en la pequeña ciudad de Nazareth, reputado por un hijo de un oficial carpintero. Este silencio de la historia explica mejor que cualquiera otro discurso el estado del retiro y desconocimiento en que quiso Jesucristo pasar

la mayor parte de su vida, siendo así que no habia venido sino para ser la luz del mundo que habia de iluminar á todo hombre. Empleó treinta años en la vida de particular, y solo tres en la predicacion y ministerio público, para mostrar que la obligacion general de todos los hombres es el trabajar en silencio, el cuidarse á sí mismo, y que solo hay un corto número de los que se han de emplear en las cosas públicas, y en el cuidado de los otros, y esto solo por el tiempo que el órden y disposicion de la Providencia y la caridad del prójimo les obligue á ello. Apartémonos, pues, primero del vicio, si queremos apartar á los demas; santifiquémonos para santificar á otros.

Mártes de la tercera semana de Cuaresma.

El introito de la misa de este dia es una continuacion de la oracion que hace David, perseguido por Saul. "Yo, Dios mio, os llamo para que me socorrais, porque siempre me habeis oido. Escuchadme, Señor, y oid mi oracion: guardadme como á la niña de los ojos; ponedme bajo las sombras de vuestras alas, y defendedme de estos impíos que me persiguen incesantemente. Si Dios lo ha oido, ¿por qué le clama nuevamente? El motivo de dirigirse á Dios con mayor fervor y confianza, no es otro sino el haberle oido Dios las veces que lo ha llamado á su socorro; como si dijera: Señor, yo dirijo de nuevo á vos mis votos y mis plegarias con tanta mayor confianza, cuanto que hasta aquí en toda ocasion he experimentado los efectos de vuestra misericordia. Vuestros favores y ternuras precedentes son para mí como una prenda segura, de que me haréis los mismos favores en lo porvenir. A medida que Dios nos oye, dice S. Agustin, aumenta en nosotros el deseo de la oracion; jamas se pide con mas confianza, que cuando acabamos de ser oidos. Ponedme á cubierto de la malicia y de los tiros agudos de mis enemigos, como la gallina pone á cubierto bajo de sus alas á sus pollucos cuando se deja ver el ave de rapiña en el aire; y defendedme de su persecucion, como habeis defendido de mil accidentes la niña del ojo que habeis cubierto con tantas defensas, y cercado de párpados y pestañas como de unas murallas. *Compadeceos, Señor, á la vista de mi inocencia, y atended á la súplica que os hago.* No niega David que sea pecador; solo representa á Dios, que sabe todas las cosas, cuán inc-

neficios, pidió ántes el testimonio del mismo pueblo, y le hizo convenir en favor de su equidad é inocencia, para tener razon de reprenderle su crimen. "Mucho tiempo hace, dijo el Profeta, que vivo con vosotros: sabeis la educacion que he dado á mis hijos, y habeis sido testigos de todas las acciones de mi vida; ahora que me hallo en los últimos periodos de mi edad, y pronto á dar cuenta á Dios de los talentos que me ha confiado, decidme os ruego, ¿qué pensais de mí? ¿Hay alguno que pueda culparme de algun crímen, de alguna violencia, ó de alguna injusticia?" "No, respondió el pueblo: eres irreprensible, lo confesamos, y jamas nos has maltratado." "Muy bien, dijo Samuel: despues de haberme llamado á vuestro juicio, venid ahora para que yo os juzgue y reprenda. *Ahora, pues, compareced para que en juicio os ponga demanda delante del Señor, acerca de todas las misericordias del Señor que hizo con vosotros y con vuestros padres.* Acordaos de las gracias que Dios os ha hecho. ¿Pues cómo, cobardes é ingratos, habeis olvidado los prodigios que hizo para sacar á vuestros padres de la esclavitud y servidumbre de Egipto? ¿Con cuántos favores no os ha prevenido á vosotros mismos, y sin embargo habeis olvidado, menospreciado y abandonado á tal Señor....? *No permita el Señor que yo cometa contra él este pecado, que cese de rogar por vosotros, y os enseñaré un camino bueno y derecho.*" Así pues, debeis, á imitacion de este santo hombre, reprender á vuestro hermano despues de haberos ofrecido á su juicio; de este modo debeis consultaros á vosotros mismos y examinar vuestra conducta, ántes de censurar la agena. Apagad el fuego de vuestra casa, ántes de verter agua sobre la de vuestro vecino que se quema; asistid á vuestros hermanos que pecan, con vuestras oraciones y con vuestros buenos ejemplos. Pedid á Dios su conversion; suplicadle que les dé un corazon puro, sencillo y generoso; un espíritu nuevo, para que todos á la par le glorifiquemos.

En Jesucristo, cuya vida es el ejemplar de cualquier estado, tenemos apoyada esta doctrina. De toda su juventud hasta la edad de treinta años, solo sabemos lo de los primeros de su infancia: que era dócil, sujeto á sus padres, y que se hizo amable á todos. De lo demas no sabemos otra cosa sino que vivió en la pequeña ciudad de Nazareth, reputado por un hijo de un oficial carpintero. Este silencio de la historia explica mejor que cualquiera otro discurso el estado del retiro y desconocimiento en que quiso Jesucristo pasar

la mayor parte de su vida, siendo así que no habia venido sino para ser la luz del mundo que habia de iluminar á todo hombre. Empleó treinta años en la vida de particular, y solo tres en la predicacion y ministerio público, para mostrar que la obligacion general de todos los hombres es el trabajar en silencio, el cuidarse á sí mismo, y que solo hay un corto número de los que se han de emplear en las cosas públicas, y en el cuidado de los otros, y esto solo por el tiempo que el órden y disposicion de la Providencia y la caridad del prójimo les obligue á ello. Apartémonos, pues, primero del vicio, si queremos apartar á los demas; santifiquémonos para santificar á otros.

Mártes de la tercera semana de Cuaresma.

El introito de la misa de este dia es una continuacion de la oracion que hace David, perseguido por Saul. "Yo, Dios mio, os llamo para que me socorrais, porque siempre me habeis oido. Escuchadme, Señor, y oid mi oracion: guardadme como á la niña de los ojos; ponedme bajo las sombras de vuestras alas, y defendedme de estos impíos que me persiguen incesantemente. Si Dios lo ha oido, ¿por qué le clama nuevamente? El motivo de dirigirse á Dios con mayor fervor y confianza, no es otro sino el haberle oido Dios las veces que lo ha llamado á su socorro; como si dijera: Señor, yo dirijo de nuevo á vos mis votos y mis plegarias con tanta mayor confianza, cuanto que hasta aquí en toda ocasion he experimentado los efectos de vuestra misericordia. Vuestros favores y ternuras precedentes son para mí como una prenda segura, de que me haréis los mismos favores en lo porvenir. A medida que Dios nos oye, dice S. Agustin, aumenta en nosotros el deseo de la oracion; jamas se pide con mas confianza, que cuando acabamos de ser oidos. Ponedme á cubierto de la malicia y de los tiros agudos de mis enemigos, como la gallina pone á cubierto bajo de sus alas á sus pollucos cuando se deja ver el ave de rapiña en el aire; y defendedme de su persecucion, como habeis defendido de mil accidentes la niña del ojo que habeis cubierto con tantas defensas, y cercado de párpados y pestañas como de unas murallas. *Compadeceos, Señor, á la vista de mi inocencia, y atended á la súplica que os hago.* No niega David que sea pecador; solo representa á Dios, que sabe todas las cosas, cuán inc-

cente se halla de los delitos que se le imputan, y por los cuales se ve perseguido. "Yo vengo á vos, ó Dios mio, en la inocencia y rectitud de mi corazon, á representaros la justicia de mi proceder y la calumnia con que se me acusa: Yo no he hecho mal á nadie: Lejos de ser rebelde á mi rey, vos, Señor, sabeis lo que he hecho, y lo que estoy pronto á hacer contra los enemigos del estado; sin embargo, se me trata como á un facineroso, como á un pérfido: hacedme justicia, Soberano juez, y no me abandoneis."

La epistola de la misa de este dia contiene un pasage de la historia del profeta Eliseo: en ella se refiere el milagro de la multiplicacion prodigiosa que hizo el profeta de un poco de aceite en favor de una viuda cargada de deudas, el cual bastó para pagar á todos sus acreedores, y para que ella se mantuviera tambien con sus hijos. Estando Eliseo en Samaria vino un dia una viuda que habia sido muger de uno de los profetas, á exponerle la infelicidad á que se hallaba reducida despues de la muerte de su marido, quien le habia dejado pocos bienes y muchas deudas. Esta pobre muger le dijo, que no teniendo con qué satisfacerse á los acreedores de su marido, debian venir éstos á tomarle sus hijos y hacerlos esclavos. Este era un derecho que competia al acreedor entre los hebreos, como tambien entre la mayor parte de los otros pueblos: cuando un padre no tenia con qué pagar, podia el acreedor tomarle sus hijos y hacerlos esclavos, como parece por Isaías al cap. L. y por S. Mateo al cap. XVIII. Eliseo, movido á compasion, la preguntó ¿qué era lo que tenia en su casa? Ella le respondió, que no le habia quedado otra cosa que un poco de aceite. Anda sin detenerte, le dijo el profeta, pide á tus vecinos las mas vasijas vacías que puedas, y encerrándote en tu casa con tus hijos, vierte en ellas el aceite que tienes, hasta que las vasijas se llenen, y de este modo tendrás con qué pagar tus deudas. La muger, llena de confianza, hizo todo lo que el profeta le habia dicho. Pidió prestadas las mas vasijas que pudo, y habiéndose encerrado en su casa con sus dos hijos sin dar parte á la vecindad, hizo que le trajeran todas las vasijas. Sus hijos se las presentaban, y ella echaba en ellas el aceite, el cual no dejó de multiplicarse sino cuando las vasijas se hubieron llenado todas. Despues que habia hecho todo conforme el profeta se lo habia mandado, se fué á buscarlo para darle cuenta de lo que habia hecho, y contarle el prodigio. Anda á vender el aceite, le dijo el profeta; paga á todos tus

acreedores con lo que saques de él, y con lo que quedare mantenéos tú y tus hijos.

El evangelio de la misa de este dia contiene una instruccion muy importante, tocante á la correccion fraterna y al modo de hacerla útilmente. Habiendo vuelto Jesucristo á Cafarnaum poco tiempo despues de su transfiguracion, casi todo el tiempo que se detuvo allí lo pasó en dar diversas instrucciones á sus apóstoles, para arreglar su conducta y para señalarles lo que debian hacer con sus prójimos. Les enseñó con especialidad cómo podian reprender á los que habian caido en alguna falta, y cómo debian perdonar siempre las ofensas, y tener un fondo inagotable de caridad para con ellos. Les habia referido la parábola del buen pastor y del padre del hijo pródigo; y ahora les dice, que si el ejemplo de un tan buen padre y de un tan buen pastor les inspiraba el zelo de la salvacion de las almas, queria él que este zelo fuese prudente, benéfico y lleno de suavidad y mansedumbre. Debeis portaros con los pecadores como médicos caritativos, les decia: debeis curar las llagas que ellos se han hecho, y no hacerles otras nuevas. Mirad, pues, las faltas agenas, no con enfado, sino con compasion, sin exceptuar en esto aun las que se cometieren contra vosotros; al contrario, quiero, por lo tocante á éstas, acostumbraros á desterrar de vuestro corazon toda acrimonia, todo resentimiento y toda amargura. Si vuestro hermano, pues, os ha ofendido, si os escandaliza, id á advertirle á solas su culpa; pero como no debeis tener otra mira sino el ganarlo, habladle con afabilidad y con blandura, buscad tiempo oportuno para ello, haced que parezca que no intentais ni darle que sentir, ni vengaros, ni avergonzarlo, sino solamente curarlo, y que vosotros sentis mas el mal que se ha hecho á sí mismo, que el que os ha hecho á vosotros. No es posible inspirar los sentimientos de caridad, si no estamos llenos de ella nosotros mismos. Una correccion dulce, caritativa, hecha á tiempo, siempre es saludable, al paso que la que se hace con acrimonia, con enfado, ó fuera de tiempo, altera el espíritu y exaspera el corazon; reconoce el pecador su culpa, condena su falta; pero el modo altanero y duro con que se le reprende, hace que la defienda, la disculpe y la justifique. Pocas personas dejarian de aprovecharse de la correccion y de darnos las gracias, si las hubiéramos amonestado con dulzura y con amor. Jesucristo nos dió grandes ejemplos de esta suerte de correccion. Quiere sobre todo que se haga en secreto: *entre tí y él solo.* Toda correccion hecha en público

exaspera: esta publicidad hace otras tantas llagas en el corazon del que ha delinquido, cuantos son los testigos que se hallan presentes. Parece que entonces mas bien se pretende avergonzarlo que enmendarlo. El descubrir la llaga no es el medio mas acertado para curarla. Si el delincuente recibe bien tu amonestacion, añade el Salvador, no has ganado poco, *pues has contribuido á salvar á la alma de tu hermano.* No solo lo habrás reconciliado contigo; mas tambien lo habrás ganado para Dios. *Pero si no te oye, toma contigo una ó dos personas mas,* prudentes, discretas, y que tengan alguna autoridad sobre él. La caridad es paciente, y la inutilidad de tus primeros esfuerzos para convertir á tu hermano, no te dá derecho ni para injuriarlo, ni para abandonarlo: considera que es un enfermo, que tú solo no has podido curar, válete de la ayuda del vecino para acabar la curacion; pero cuidado al cerrar la llaga de su corazon, no le hagas otra nueva, haciendo pública su tenacidad y obstinacion. Lo que el Hijo de Dios ha dicho hasta aquí de la correccion fraterna, puede entenderse tambien de las injurias particulares que se nos hacen, y del escándalo que se nos dá. Lo que se sigue parece no debe entenderse sino de los pecados graves, de los sentimientos erróneos, y de lo que escandaliza á los fieles. La caridad que debemos tener á nuestros hermanos, nos debe inspirar este zelo por su salvacion.

Si todo lo que has hecho en particular para convertir á tu hermano, continúa el Salvador, es inútil, dá cuenta á la iglesia, delátalo á los prelados; y si con todo eso no se corrige, si persevera en su estravío, si no escucha á esta buena madre, míralo como á un pagano, como á un publicano. ¿Cuántos pasos está obligado á dar un cristiano, ántes de estar autorizado para romper enteramente con su hermano, ó abandonarlo? Dice un sabio intérprete. Debe primero buscarlo á solas, despues debe cogerlo ante algunas personas prudentes que le ayuden á ganarlo, y sean testigos de que nada ha dejado de hacer por su parte. Finalmente, debe interesar á la iglesia en la reconciliacion y conversion que desea. ¡Cuán olvidadas están el dia de hoy estas sábias y santas máximas entre los cristianos! En verdad os digo, continúa el Salvador, todo lo que ligáreis sobre la tierra será ligado en el cielo, y todo lo que desatáreis sobre la tierra será desatado en el cielo. Sobre este oráculo consideremos ¿qué estado mas temible que el de un cristiano que por su indocilidad dá motivo á los pastores de la iglesia para que lo liguen, especialmente si fuese

tan ciego que no conociese su mal, y se lisonjease que el cielo, contra la palabra expresa de Jesucristo, no habia de ratificar el juicio de los pastores legítimos? ¿Nuestras pasiones, nuestras frívolas preocupaciones, nuestras opiniones y nuestras insensatas ideas, prevalecerán sobre los divinos oráculos en el terrible y formidable tribunal del Supremo Juez? ¡Ah! ¡Y qué distintamente se pensará sobre este punto á la hora de la muerte, de lo que se piensa durante la vida! ¡Qué cosa mas espantosa, cuando los encantos desaparecen, que echar de ver que se ha vivido y que se muere en el error! Amo tanto al espíritu de paz y de caridad, dice el mismo Salvador, que en cualquiera parte que vea dos ó tres personas unidas y congregadas en mi nombre, no dejo de encontrarme en medio de ellas, para instruirlas, para consolarlas, y para oir sus súplicas. Habia escuchado S. Pedro todo este razonamiento del Salvador con la atencion y fervor que acostumbraba: y como queria guardar exactamente los preceptos de su Maestro, sobre todo el del perdon de las injurias, que le parecia el mas difícil, interrumpió al Salvador para preguntarle cuántas veces estaria obligado á perdonar á sus hermanos, cuando hubiese recibido de ellos alguna ofensa. ¿No será bastante, dijo, perdonarle siete veces, esto es, muchas veces? Pues esto es lo que significa ordinariamente la espresion *siete veces* en la Escritura. S. Lúcas nos dice lo que dió ocasion á esta pregunta de S. Pedro. Habia dicho Jesucristo: Si tu hermano te ofende siete veces al dia, perdónalo tú otras tantas; pero la espresion *siete veces* no denota un número determinado. S. Pedro pregunta, si acaso un hombre á quien se ha perdonado muchas veces, se hace indigno de que se le perdone, y Jesucristo le responde: *No te digo que le perdones hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.* Quiere decir, perdona tantas veces y por tanto tiempo como te ofendieren: aunque te ofendiesen un millon de veces, y aun mas, perdona siempre, y no dejes jamas de perdonar. Bien se conoce que la caridad infinita de Dios para con nosotros es la regla de la que debemos tener unos con otros. La caridad de Dios para con nosotros es una caridad sin límites, y tal debe ser la nuestra. Dios nos enseña con su ejemplo á sufrir á nuestros hermanos, y á perdonarles sin restriccion alguna. ¿Pero nos acordamos que le pedimos todos los dias, que nos trate del mismo modo que tratamos nosotros á nuestros hermanos, cuando le decimos: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores?*

La Epístola es del capítulo IV del libro IV de los Reyes.

En aquellos dias: Una cierta muger clamaba á Eliséo diciendo: Mi marido, siervo tuyo ha muerto; y bien sabes que tu siervo era temeroso de Dios. Pero ahora viene su acreedor para llevarse mis dos hijos, y hacerlos esclavos suyos. Díjola Eliséo: ¿Qué quieres que yo haga por tí? Dime: ¿Qué tienes en tu casa? Ella respondió: No tiene tu esclava otra cosa en su casa, sino un poco de aceite para ungirme: A la cual dijo: Anda y pide prestadas á todos tus vecinos vasijas vacías en abundancia: entra despues en tu casa, y cierra la puerta, en estando dentro tú y tus hijos; y echa de aquel aceite en todas estas vasijas, y cuando estuvieren llenas las pondrás aparte. Fuése pues la muger, y cerróse en casa con sus hijos: presentábanle éstos las vasijas, y ella las llenaba. Llenas ya las vasijas, dijo á uno de los hijos: Tráeme todavía otra vasija; y respondió él: No tengo más. Entonces cesó el aceite. Fué luego ella y se lo contó todo al varon de Dios, el cual dijo: Anda, vende el aceite, y paga á tu acreedor; y de lo restante sustentaos tú y tus hijos.

El Evangelio es del capítulo XVIII de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si tu hermano pecare contra tí, vé y corrígele estando á solas con él. Si te escucha, habrás ganado á tu hermano. Si no hiciere caso de tí, todavía válete de una ó dos personas, á fin de que todo sea confirmado con la autoridad de dos ó tres testigos. Y si no los escuchare, díceselo á la Iglesia; pero si ni á la Iglesia oyere, ténlo como por gentil ó publicano. Os empeño mi palabra, que todo lo que atareis sobre la tierra, será eso mismo atado en el cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, será eso mismo desatado en el cielo. Os digo mas: que si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos ó tres se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos. En esta sazon, arrimándosele Pedro le dijo: Señor, ¿cuántas veces deberé perdonar á mi hermano cuando pecare contra mí? ¿Hasta siete veces? Respondióle Jesus: no te digo yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

MEDITACION.

Sobre las circunstancias acerca de la correccion fraterna.

Considera que en nada se yerra mas, ni se peca mas á menudo que en el modo mal entendido con que se ejerce la correccion fraterna. Yérrase en sus motivos, en la manera con que se hace, y en el efecto que se pretende; siendo tal la desgracia, que lo que habia de ser un medio saludable para escusar una culpa ó repararla se convierte en un nuevo pecado, y causa de otros muchos. Bien visto es que la caridad debe ser el móvil de esta su obra eminente; pero ¡qué pocos son los que por caridad emprenden la correccion de sus hermanos! Por lo comun pierden de vista ó no buscan este noble principio, y solo se dejan mover de su delicadeza, de su resentimiento, de su ira, de su soberbia y otras viles pasiones para intentar la correccion de sus hermanos; siendo tan visible este torpe yerro, cuanto que la persona que corrige un defecto, adolece del mismo sin tratar de enmendarlo; y claro es que si le moviese el verdadero celo de Dios, trataria de corregir su falta al mismo tiempo que reprende la agena. ¿Y qué dirémos cuando en el modo escandaloso, injurioso y provocativo con que pone por obra esta llamada correccion comete igual ó mayor culpa que la que trata de corregir? ¿Será el amor de Dios el que lo mueve? ¿Será el bien de su hermano? Si tal fuera, no lo escandalizaria, ni irritaria sus pasiones, ni ultrajaria su persona, ni lo difamaria, ni le quitaria el honor diciendo á voz en cuello la falta, tal vez secreta que intenta corregir.

Considera que nunca es lícito usar de medios malos para conseguir un buen fin. Por lo que, aunque el fin que se pretenda sea el que debe ser, esto es, la enmienda del prójimo para su verdadero bien espiritual, no seria con todo eso lícito echar mano del ultrage, la injuria ú otro medio violento para su correccion; pues esta debe ser tal, cual corresponde á una obra toda de caridad: la suavidad, la prudencia, el comedimiento no están peleados con la correccion, antes dan á esta la mejor entrada, pues sirve para ganar el corazon de nuestro hermano, á fin de que reciba bien la correccion, la estime y aproveche. Con los hijos, con los súbditos, con los domésticos viene bien la severidad; pero una cosa es severidad, y otra ira y violencia; la injuria en ningun caso tiene entrada, pues esta en

vez de corregir ó edificar al prójimo lo escandalizaria con un pésimo ejemplo, le indispondria su ánimo de modo, que era como imposible recibiese bien la fraternal advertencia. El raciocinio de esta no debe fundarse sino en los principios de la ley y de la moral cristiana; pues toda otra razon de interes humano la deformaria en términos de no ser ya la correccion de Cristo; ni el estímulo que viene favoreciendo á la razon debe ser alguna ventaja terrena; sino lo que ofrece el mismo Dios por premio de la virtud, ó el temor del castigo que se conmina por su falta. Solo esto puede hacer á la correccion eficaz y decorosa, y solo esto conduce á su propio fin, que es como nos lo dice Jesucristo, ganar á nuestro hermano; pero ganarlo para nuestra amistad, no ganarlo para nuestro interés; no ganarlo para tener sobre él la dominacion que apetecemos; no ganarlo para que nos dé gusto en nuestros caprichos y sigue nuestra idea; no ganarlo, en fin, para algun intento que no sea el bien de su alma; pues el fin debe ser ganarlo para Dios, ganarlo para que observe la ley y edifique á la Iglesia, ganarlo para que logre el bien inestimable que Dios promete á los que viven en una vida santa y ejemplar.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Cierto es que todas las deformidades que hemos observado tienen por lo comun la correccion; entre las personas poco cristianas la demeritan de manera que muchas veces pierde su efecto saludable. Por lo mismo la reforma en este particular debe ser el primer fruto que saquemos de estas reflexiones. Pero respecto á que muchas veces somos nosotros los corregidos, nos conviene procurar tal docilidad que aprovechemos la sustancia de la correccion, aunque venga acompañada de aquellos defectos. La humildad debe hacer que la recibamos bien si la hemos merecido, y propongamos en nuestro corazon aprovecharnos de ella. Si no la hemos merecido, podemos hacer de ella un asunto de vencimiento en obsequio de la virtud. Nuestra peticion puede ser implorar del Señor la imitacion de aquella paciencia con que toleró las injurias de sus enemigos.

JACULATORIA.

Llevaré á bien, Señor, la correccion del justo; pero jamas me ungirá con el aceite del pecador.

LECCION.

Sobre la correccion fraterna.

Dos cosas previene la ley de la caridad se observen en la correccion fraterna: la una, corregir el pecado para enmendarle, y esto ha de ser con aquella prudencia y tino correspondiente para que la correccion sea provechosa y no sirva de daño: la otra, que se corrija ocultamente y no se publique sin necesidad. Jesucristo dice: si pecare contra tí tu hermano, usarás con él de templanza, le corregirás en secreto y le perdonarás. San Agustin dice exponiendo este lugar: que no hemos de ser tan negligentes y descuidados de la salud de nuestros hermanos, que no nos cuidemos unos á otros de nuestro bien; pero que tampoco hemos de ser tan curiosos, que nos hagamos inquisidores de sus faltas buscando qué corregir, si no procuran enmendar lo que se ve, ó lo que se sabe como si se viera, mirando muy bien de lo que se hace cargo.

Es increible cuanto desea Dios nuestra caridad fraterna. Nos quiere buenos amigos, pues por tantos medios solicita nuestra amistad. "Notad, dice San Crisóstomo, que unas veces manda Jesucristo que el que ofendió deje el altar, y vaya primero á reconciliarse con el ofendido, queriendo que se deje el sacrificio del altar á medio hacer, por cumplir con el de la caridad, posponiendo Dios su culto público á la union con nuestro hermano. Otras veces quiere que el que fué injustamente ofendido, perdone con generosidad; prometiéndole que le perdonará su agravio, ni mas ni menos que como él perdone los suyos; elevando al hombre casi á una esfera divina; pues da á entender que en su aprecio tanto vale el perdonar un hombre á otro, como el perdonar Dios al hombre, no queriendo ser Dios indulgente con el hombre, sino cuando éste lo es con su hermano."

En el Evangelio de hoy, dice el mismo Santo, se vale Dios de otro arbitrio. Tú que eres el herido ve como médico á curar al enfermo que te hirió, porque no ha de ser tan necio que no reciba la misericordia de quien debia esperar la venganza. Y advertid que no dice Jesucristo: Si te ha ofendido acúsalo: todo lo contrario. Gánale el corazon con amor, con caridad y blandura: tómale aparte, y sin mas testigos que tu amor, acuérdale el mal que ha hecho, no para darle pena, sino para hacerle bien: no para satisfacerte á tí

mismo sino para conservarle en tu amistad, y ganarle á él para sí y para Dios; no con ánimo de curar el mal que á tí te hizo, sino para curarle á él el mal que á sí mismo se hizo. De este modo dice Jesucristo, habrás ganado á tu hermano; le ganarás para tí, pues haces amigo al que se hizo tu enemigo, y le ganarás igualmente para Dios, pues que tambien le habia ofendido. Hasta aquí hemos manifestado cómo debe ser la correccion para las personas que no están á nuestro cargo: mas con respecto á las que sí lo están, nos debemos portar como dice David. Yo andaba en la inocencia de mi corazon por toda la casa: hecho todo ojos y oidos, mirando y escuchando qué se hacia y qué se decia, notando alerta qué se trataba, quién entraba y quién salia en mi casa; y esto lo hacia mientras tuve puro y limpio mi corazon. Como quien dice, que no puede haber pureza de alma, ni santidad, ni virtud, si no hay ojos que miren y oidos que oigan, si no hay cuidado para saber quién entra y quién sale, y á qué. David halló al que se portaba con soberbia y le echó de casa: al que hablaba mal y era mala lengua, y le despidió; y solo se quedó con el bueno y santo. ¿Pues qué no bastará hacer oracion como David, entonar salmos y tratar con Dios? No: la oracion es buena para aprender su obligacion y ser santo; mas no se puede ser santo sin cuidar de su casa. Si no cumple con su obligacion, si no cuida de sus hijos y de sus súbditos, nada hace, no tiene pureza de corazon.

Terribles palabras las de Dios por Jeremías. *¿En dónde está el rebaño que te fué dado, tu ganado esclarecido? ¿Qué dirás cuando te visitare?* Padre y madre de familia cristianos; tantos que teneis cargo de otros, ¿dónde está la grey que se os encargó? ¿dónde los hijos é hijas? ¿dónde están los criados? ¿qué hacen? ¿en qué se ocupan? ¿Qué direis á Dios cuando os pida cuenta? ¿Direis que nada sabeis de ellos? ¿Pues cómo no velais, cómo no cuidais de ellos? ¿No sabeis que el Señor os lo ha encargado, y que habeis de dar cuenta del mal que no les impedisteis? ¡Oh qué sobresalto os causa esta pregunta! ¡Tener que dar cuenta no solo del mal que uno mismo hizo, sino tambien del que hicieron otros, por no habérselos impedido, debiendo y pudiendo, es cosa verdaderamente temible!

San Agustin nos dice, que la causa mas comun porque no se corrigen las faltas contra la obligacion que tenemos es, porque amamos con demasía, ó tememos al que hemos de corregir. Si le corrijo, le haré mi enemigo y no me servirá, pues se disgustará conmigo, y entonces pierdo lo que espero de él: nadie quiere enturbiar el agua que desea beber. Jesucristo quiere que por amor á nuestro prójimo le corrijamos; y nosotros lo dejamos de hacer por nuestro gusto é interes. Esto, pues, es hacer nuestro el pecado, y como nuestro responderémos de él.

Para manifestar mejor el cargo que tenemos con nuestros súbditos, exponemos la conversacion que tuvo el Señor con el Patriarca Abraham, de la sucesion de su casa, de que nada menos dependia que la venida del Mesías, Redentor del mundo; y en esto se rió Sara ocultamente: y dijo Dios á Abraham: ¿De qué se rie Sara? Si es Sara la que se rie, ¿por qué Dios reconviene á Abraham? Porque Abraham es marido, es cabeza de la casa, es superior de ella. De los excesos del súbdito toca dar cuenta al superior: de las faltas de la familia, al dueño; y aun de la risa de la muger al marido. Ellos son, dice San Pablo, el alma de sus mugeres, pues deben amarlas como á sus cuerpos. Ahora bien: todos saben que los pecados que comete el cuerpo los paga el alma; porque si el alma no quiere, no peca el cuerpo; así es que acaso la muger no pecaria ó pecaria menos, si el marido no lo permitiera, ó con el disimulo, ó con la negligencia ó descuido. ¿Pues qué remedio? Estar alerta; corregirles en secreto, con dulzura, con amor y con prudencia, no divulgando sus faltas; no murmurando sus defectos; pues de este modo nada se consigue, antes bien las mas veces se multiplican los delitos; pues una vez perdido el pundonor, nada contiene: todo se acaba y se pospone por proseguir su capricho. Padres y madres, maridos y superiores, no es consejo, es obligacion la que teneis de cuidar á vuestros súbditos, y es una de las mas estrechas, y de que se os tomará rigorosa cuenta. Cristianos todos, tambien á vosotros os comprende el cuidar de vuestros hermanos; sed pues solícitos en su desempeño.

Miércoles de la tercera semana de Cuaresma.

Este Miércoles se llamaba antiguamente el Miércoles de las tradiciones, á causa de las tradiciones recibidas entre los judíos, de que hace mencion el Evangelio; así como el dia antecedente se llamaba el Mártes de la correccion fraterna.

El introito de la misa es del Salmo XXX, en que David arrojado de Jerusalen por Absalon, ó precisado á retirarse de la corte y de su propia casa, durante la cruel é injusta persecucion de Saúl, implora en su fuga la ayuda del cielo. Habiéndose aplicado Jesucristo el versículo VI de este salmo, cuando al expirar sobre la cruz exclamó: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, dió á entender con esto que las persecuciones de David eran figura de las suyas. La misa comienza por el versículo VIII: Yo, Señor, no espero sino en vos, y tendré el gozo de sentir los efectos de vuestra misericordia, porque en efecto vos habeis puesto siempre los ojos sobre mis aflixiones, y la humillacion en que me veis, excita todavía mas vuestra compasion y mi confianza. Siempre esperé en vos, Señor; no permitais que padezca jamas la confusion de haber esperado en vano; armaos de vuestra justicia, y venid á librarme de mis enemigos.

La Epístola, tomada del libro del Exodo, contiene la segunda tabla del Decálogo, á saber, los mandamientos que pertenecen al prójimo. El sexto dia del tercer mes del año santo, que era el dia cincuenta despues de la pascua ó salida de Egipto, habiendo subido Moises por órden de Dios sobre el monte Sinai, que parecia todo un fuego, de donde salian continuamente relámpagos y truenos que aterraban á todo el pueblo; queriendo Dios con este espantoso espectáculo inspirar su temor á un pueblo grosero y terrestre, que jamas se elevaba sobre los sentidos: le declaró el Señor sus mandamientos reducidos á diez puntos, que por este motivo llamamos la ley del Decálogo. Los tres primeros pertenecen al honor de Dios, y los otros siete al provecho del prójimo; toda la ley, como dice el Salvador, está encerrada en estos dos preceptos: amarás á tu Dios de todo tu corazon, y á tu prójimo como á tí mismo.

El amor y respeto que se debe á los padres es lo primero de esta segunda parte del Decálogo. Despues de los preceptos que miran á Dios, la Escritura propone inmediatamente el que mira á los padres, porque despues de Dios son los que merecen con mas justicia nuestro amor, nuestros respetos y nuestra obediencia. *Honra á tu padre y á tu madre.* El término *honra* en la Escritura, se toma ordinariamente no solo por respeto, sino tambien por hacer bien, por servir, por suministrar las cosas necesarias á la vida, y por cumplir con todas las obligaciones que se tienen á algun superior. Honra al Señor con tus haberes, dale las primicias de todos tus frutos,

y reconoce por este medio su soberano dominio. Dios manda que se castigue con pena de muerte al que pusiere las manos en su padre ó madre, y al que los maldijere. Es tan atroz este delito, que no solo queria Dios que se castigase con la muerte del alma, sino tambien con la del cuerpo, para darnos el Señor una idea mas sensible del mérito de esta accion de honrar á los padres, y de la excelencia de este precepto; liga á él el mayor de todos los bienes temporales, que es una larga vida, la que promete á los hijos que tuvieren á sus padres el respeto que les es debido. *No matarás.* En este mandamiento no solo se nos prohibe el homicidio efectivo, sino toda causa ó efecto que sea en contra de nuestro prójimo; el odio la envidia, las enemistades, la venganza, el prestar ayuda ó dar consejo al homicida: en estos y otros muchos casos se quebranta este precepto. Con la misma extension, y en el mismo sentido se debe tomar la prohibicion del adulterio. *No fornicarás.* Todo pecado de impureza se prohibe en este precepto, dice San Agustin: abraza todo lo que en materia tan delicada empaña la pureza con obras, con palabras ó pensamientos. *No hurtarás.* En este precepto se prohibe toda suerte de robos, la usurpacion, la retencion de bienes agenos, sea por violencia ó por engaño, y así el robo, la rapiña, la usura, el fraude, las trampas, el malversar la hacienda agena, la mala fé en el comercio, en la paga de los súbditos y acreedores, prestando ayuda ó dando consejo; y tambien no impidiendo el hurto cuando fácilmente podia evitarse: todas estas injusticias están prohibidas expresamente por este precepto. *No levantarás falso testimonio contra tu prójimo.* No se debe restringir este precepto al solo falso testimonio dado en justicia. Esta ley mira á todos los delitos de falsedad, á todas las mentiras, murmuraciones, calumnias, al soborno de los jueces, de los abogados, de los testigos, de los delatores, á la falsificacion de las letras, en una palabra, á todo lo que ofende la buena fé y la justicia. *No codiciarás la casa de tu prójimo: ni desearás su muger, ni esclavo, ni esclava, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen.* Es claro que por este precepto prohibe Dios todos los injustos deseos del bien ageno. Mas este último mandamiento encierra una especie de suplemento á algunos de los preceptos precedentes, en que se nos prohibe el hacer el mal. Si hubiera podido juzgar que con tal que nos abstuviéramos de las acciones malas, no éramos culpables de los malos deseos; y por eso el Señor nos declara que tambien los deseos nos hacen criminales:

El que mirare una muger con ojos de concupiscencia y de deseo, dice el Salvador, *ya ha cometido adulterio en su corazon.*

Miéntras que Dios dictaba su ley á Moises sobre la cima del monte Sinaí, en medio de aquella nube que cubria lo alto del monte, todo el pueblo que estaba á la falda, estaba en una silenciosa consternacion, espantado á vista de los relámpagos y con el estruendo de los truenos; oia las voces y el sonido de la vocina: lo cual les causó tanto terror y espanto, que se apartaron de la falda del monte; y apénas vieron á Moises que bajaba hácia ellos, cuando exclamaron: Moises, háblanos tú, y te oiremos; no nos hable el Señor, no sea que muramos todos al oirle. Moises viéndolos tan atónitos y medrosos los aquietó, diciéndoles: No temais: el Señor ha venido á llenaros de su temor para que no pequeis. Sosegado el pueblo con las palabras de Moises, vuelve este á subir á lo alto del monte, hasta la nube espesa é inflamada en que Dios le hablaba. Entónces el Señor le dijo: Esto dirás á mi pueblo: ya habeis visto la magestad con que el Señor os ha hecho oir su voz; ved aquí lo que os manda so pena de caer en desgracia suya: no hareis ídolos de oro, ni de plata; solo sí me erigireis un altar de tierra, esto es, hecho de céspedes, sobre el cual me ofrecereis vuestros holocaustos, vuestras hóstias pacíficas, vuestras ovejas y vuestros bueyes, en todos los lugares consagrados á la memoria de mi nombre; quiere decir, que estarán destinados y consagrados á mi gloria. Antes de la fábrica, así del Tabernáculo como del Templo, queria Dios que se le ofreciesen sacrificios; pero siempre en lugares y sobre altares consagrados á este solo uso de religion, y de ningun modo en lugares profanos.

El Evangelio que se lee en la misa de este dia, y que ha dado motivo á la eleccion que la Iglesia ha hecho de esta Epístola, es del capítulo XV de San Mateo.

Habiendo resuelto los Escribas y Fariseos quitar la vida al Salvador, lo observan malignamente, para ver si podian descubrir en él ó en sus discípulos alguna cosa de que acusarle; habia casi tres años que le seguian á todas partes, y no habian podido descubrir, ni en su doctrina, ni en sus costumbres cosa digna de reprension. Habiéndosele juntado algunos en Galilea, á donde se habia retirado al salir de Jerusalen, tuvieron el atrevimiento de preguntarle por qué sus discípulos no se lavaban las manos ántes de ponerse á la mesa. Se habian introducido entre los judíos ciertas observancias supersticiosas, de las cuales eran mas religiosos observantes que de

la verdadera ley: como entre las muchas que observaban era la de no sentarse á la mesa sin haberse primero lavado muy bien las manos. Los fariseos hacian consistir la pureza y la santidad en estos lavatorios exteriores, al paso que su alma estaba manchada con los mas negros delitos y abominaciones. Distinguian dos suertes de leyes; la ley escrita, que se les daba poco violar; y la tradicion que llamaban la ley de boca, porque no les habia sido dada por escrito, y era un conjunto de supersticiones que los fariseos hacian ostentacion de observar, las cuales consistian en las glosas ó interpretaciones que los doctores daban al testo de la ley escrita, que eran puras invenciones de su espíritu y de la corrupcion de su corazon. Dios dijo que se debia honrar y socorrer al padre y á la madre: la glosa ó terpretacion decia: Ofrece á Dios lo que tu padre necesitado podia esperar de tí, y estarás dispensado de asistirle. Entretanto los fariseos interesados y avaros se aplicaban á sí mismos estas ofrendas hechas á Dios. El Hijo de Dios queriendo hacer patente la hipocresía y malignidad de una censura tan mal fundada en unas gentes que violaban sin escrúpulo las mas santas leyes, les respondió: ¿Y por qué vosotros quebrantais los mandamientos de Dios por una tradicion tan mal concebida? La ley dice expresamente: honra á tu padre y á tu madre, esto es, asísteles en sus necesidades con tus bienes; y añade: el que ultraje á su padre ó á su madre, sea castigado con pena de muerte. Vosotros al contrario, cuando vuestro padre ó vuestra madre viene á pediros socorro en sus necesidades, os contentais con decirles, he consagrado al Señor todos mis bienes, ya no son mios; lo que yo puedo hacer, es admitiros á la participacion del mérito de mi ofrenda; lo que yo he consagrado y ofrecido, os aprovechará igualmente que á mí: y por este desprendimiento especioso introducido por una cruel avaricia, y autorizado con una reciente tradicion, los dejais morir de hambre y de pura miseria. Ninguna cosa mas positiva, les decia el Salvador, ninguna mas clara, que el mandamiento de Dios que os obliga indispensablemente á asistir con vuestros bienes á vuestros pobres padres; y sin embargo, vosotros no pensais sino en hacer llenar el cepo de las limosnas, de que sabeis tambien aprovecharos contra todas las leyes de la justicia y de la caridad. Vosotros ponderais de tal suerte el mérito de las ofrendas que se echan en el cepo, que el dia de hoy, si se os cree, es para un hijo no solo una excusa legítima, sino un acto de virtud el decir á su padre ó á su madre: Todo lo que podeis esperar de mí

para vuestro alivio y subsistencia, está ya consagrado á Dios, es una cosa de que ya yo no puedo disponer; he prometido ofrecerla al templo: y sería un sacrificio en mí el dároslo, y lo mismo en vosotros el recibirlo.

Hipócritas, continuó el Salvador, ¿cómo teneis valor para exagerar una falta, que cuando mas solo se opone á la civilidad y política, cuando vosotros quebrantais uno de los principales mandamientos de Dios? Vosotros sois propiamente de quienes dijo Isaías con espíritu profético: Este pueblo me honra con los lábios; pero su corazon está bien léjos de mí. Vosotros hablais continuamente de la ley con énfasis, y la violais con impiedad. Sois exactos observadores, y aun escrupulosos, de no sé qué costumbres que nada quieren decir, y que ha introducido la relajacion; miéntras tanto violais sin vergüenza alguna los mas esenciales preceptos y los mandamientos de Dios, á los cuales substituis vuestras vanas tradiciones. ¿Pensais que Dios se muda, ó es capaz de mudar de sentimientos? Luego, encarándose el Salvador con el pueblo que le escuchaba, les dijo: No es lo que entra en la boca lo que mancha al hombre, sino lo que sale de un corazon corrompido: lo que mancha al hombre es lo que se dice y se desea, no lo que se come. Las viandas no son malas sino en cuanto están prohibidas; son indiferentes en sí mismas, y no manchan al alma sino por el mal uso que se hace de ellas. Entónces acercándosele sus discípulos, le dijeron: ¿Sabeis, Señor, que lo que acabais de decir ha alterado furiosamente á los fariseos, y ha sido para ellos un motivo de escándalo? Toda falsa doctrina, como que no viene de Dios, les respondió Jesus, debe ser combatida y exterminada. No todas las plantas dicen bien en la tierra que yo he venido á cultivar, que es mi Iglesia; solo prenden y crecen las que mi Padre celestial ha plantado: las otras que nacen por sí mismas y se pasan sin mi cultivo y mis cuidados, mueren en ella y se deben arrancar. Dejad á esas almas ingratas que no pueden echar raices en mi campo; son ciegos que guian á otros ciegos, y van á arrojarse con ellos al precipicio.

Habiendo el Salvador despedido al pueblo, San Pedro con su ingenuidad ordinaria se tomó la libertad de pedirle en nombre de todos los discípulos una explicacion todavía mas clara de lo que había dicho, que la comida no manchaba al hombre. Jesus le respondió: Estais tan atrasados como los otros, despues que os estoy instruyendo tanto tiempo ha. ¿No sabeis que el alimento que se toma

no sirve sino para sustentar al cuerpo, sin pasar hasta el alma, y que á esta solo puede mancharla lo que sale de un carazon corrompido? ¿No es el corazon de donde nacen los malos pensamientos, los malos deseos, los adulterios, las blasfemias? Ved aquí lo que produce un corazon vicioso, y ved aquí lo que mancha al alma; pero el comer sin haberse lavado las manos, es cuando mas un desaseo exterior, pero no un pecado. En el hombre no hay otra verdadera mancha que la del pecado, y no obstante á ninguna se le tiene ménos horror. ¡Qué extraña contradiccion tener un cuidado excesivo y escrupuloso de la limpieza del cuerpo, al mismo tiempo que se tiene el corazon corrompido! ¡Se huye de un hombre porque su desaseo exterior nos remueve, y no nos dan en cara ni nos remueven unas manos sacrílegas, una lengua impura y unas costumbres corrompidas!

La Epístola es del capítulo XX del Exodo.

Esto dice el Señor: Honra á tu padre y á tu madre, para que vivas largos años sobre la tierra que te ha de dar el Señor Dios tuyo. No matarás. No fornicarás. No hurtarás. No levantarás falso testimonio contra tu prójimo. No codiciarás la casa de tu prójimo ni desearás á su muger, ni esclavo, ni esclava, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que le pertenecen. Entre tanto todo el pueblo oia las voces y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y *veia* el monte humeando; de lo cual aterrados y despavoridos, se mantuvieron á lo léjos, diciendo á Moises: Háblanos tú, y oirémos: no nos hable el Señor, no sea que muramos. Respondió Moises al pueblo: No temais; pues el Señor ha venido á fin de probaros, y para que su temor se imprima en vosotros, y no pequeis. Así el pueblo se estuvo á lo léjos, y Moises se acercó á la oscuridad en donde estaba Dios. Dijo ademas el Señor á Moises: Esto dirás á los hijos de Israel: Ya habeis visto como yo os he hablado desde el cielo. No os hareis dioses de plata ni de oro. A mí me hareis un altar de tierra, y sobre él ofrecereis vuestros holocaustos y hostias pacíficas, vuestras ovejas y vacas, en todo lugar consagrado á la memoria de mi nombre.

El Evangelio es del capítulo XV de San Mateo.

En aquel tiempo: Vinieron á Jesus desde Jerusalen los escribas y fariseos, diciéndole: ¿Por qué motivo tus discípulos traspasan la

tradicion de los antiguos, no lavándose las manos cuando comen? Y él les respondió: ¿Y por qué vosotros mismos traspasais el mandamiento de Dios por seguir vuestra tradicion? Pues que Dios tiene dicho: Honra al padre y á la madre; y tambien: Quien mal dijere á padre ó á madre, sea condenado á muerte. Mas vosotros decis: Cualquiera que dijere al padre ó á la madre: La ofrenda que yo por mi parte ofreciere, redundará en bien tuyo; ya no tiene obligacion de honrar á su padre ó á su madre. Con lo que habeis echado por tierra el mandamiento de Dios por vuestra tradicion. ¡Hipócritas! Con razon profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo me honra con los labios; pero su corazon léjos está de mí. En vano me honran enseñando doctrinas y mandamientos de hombres. Y habiendo llamado á sí el pueblo les dijo: Escuchadme, y atended: No lo que entra por la boca es lo que mancha al hombre; sino lo que sale de la boca, eso es lo que le mancha. Entonces arrimándose sus discípulos le dijeron: ¿No sabes que los fariseos se han escandalizado de esto que acaban de oir? Mas Jesus respondió: Toda planta que mi Padre celestial no ha plantado, arrancada será de raiz. Dejadlos: ellos son unos ciegos que guian á otros ciegos; y si un ciego se mete á guiar á otro ciego, entrambos caen en la hoya. Aquí Pedro, tomando la palabra, le dijo: Explícanos esa parábola. A que Jesus respondió: ¿Cómo? ¿Tambien vosotros estais aun con tan poco conocimiento? ¿Pues no conoceis que todo áunto entra en la boca pasa de allí al vientre, y se echa en lugares secretos? Mas lo que sale de la boca, del corazon sale; y eso es lo que mancha al hombre. Porque del corazon es de donde salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias. Estas cosas sí que manchan al hombre; mas el comer sin lavarse las manos, eso no le mancha.

MEDITACION.

Sobre el escándalo farisaico.

Considera cuán grande es el yerro y cuánta la injusticia de los que se escandalizan por acciones sencillas é inocentes, que aunque no sean positivamente buenas, por lo ménos no son malas ó no tienen un grande influjo en la moral de nuestras costumbres; tanto que mas son miseria que malicia del hombre: muchas veces son solo efecto del natural ó genio, ó alguna falta de mayor prudencia ó

delicadeza; y aun cuando tengan algo de pecaminoso, es solo en lo material y no en lo formal, esto es, que se ha obrado acaso con poca reflexion ó advertencia, ó sin la libertad que se da en otras acciones en que obra solo la malicia del hombre, su corrupcion, su vicio. Pero he aquí que para estos genios tétricos ó espantadizos, ó acaso malignos y fáciles á juzgar maliciosamente, nada hay disculpable en sus prójimos, ni ven en ellos cosa que no sea grave, llegando en ellos á tal extremo el rigorismo, que condenan aun las acciones mas inocentes, acriminándolas, dando por inmorales aun las faltas que solo afectan la política y buena crianza. Tales personas yerran torpemente, así por lo calumnioso é injurioso del juicio que forman y propalan y con que llegan á desopinar al prójimo; como por la soberbia que con este vicio alimentan en sí mismos, desconociendo su propia flaqueza; pues quien así condena las miserias de su hermano, se juzga excento de ellas; y esto, ó se da con una manifiesta deformidad por condenar en otro faltas de que él adolece y de que no se enmienda, ó supone una ceguedad tal que no conoce sus propios defectos, creyéndose impecable, contra el oráculo del Espíritu Santo. ¡Oh, y cuántas deformidades traen esta ligereza de juicio, esta malignidad, este rigorismo!

Considera que por lo comun esta clase de personas propensas á escandalizarse de este modo, es la que ménos practica la virtud y que mas adolece de flaquezas y defectos. La razon es clara, pues si estuviera en el ejercicio de la virtud y en la correccion de los propios defectos, pulsaria su miseria de un modo que conociera el trabajo y esfuerzo que demanda el ejercicio de la virtud; mas como no la conoce, piensa que es muy fácil obrar siempre de un modo perfecto é irreprensible. Conoceria ademas como sucede muchas veces, que sin reflexion ó sin una malicia positiva, se incurre en algunas faltas; y este conocimiento lo haria ménos rigoroso con sus hermanos. Finalmente, si fuera humilde y no se justificara en sus propias faltas, las conoceria, y conoceria ademas la necesidad en que todos estamos de que así Dios como nuestros prójimos nos perdonen; porque no hay, como dijo el santo Job, quien puede justificarse en la presencia de Dios: este conocimiento le haria apetecer y buscar el perdon, y viéndose humillado con la confusion de sus culpas, no se atreveria á juzgar á quien quizá tiene ménos faltas que él. ¡Oh, teman, teman todos los que se dejan llevar de este espíritu tan contrario al de un verdadero discípulo de Jesucristo, que su Magestad

no use con ellos de la misericordia y compasion que ellos niegan á sus hermanos!

PETICION Y PROPÓSITOS.

No es prueba de amor á la virtud el escandalizarse de las faltas del prójimo. Quien así lo hace, y no obra de malicia, regularmente padece engaño en este particular; porque confunde el aprecio que debemos hacer de la perfeccion y el conato con que debemos procurarla, con su mismo ejercicio, ó por mejor decir, con su efecto. No hay duda que nuestro propósito debe ser siempre de aspirar á la perfeccion de la virtud; que debemos procurarlo con el mayor anhelo: pero respecto á que somos viadores y que en este estado no podemos carecer de todo defecto, se verifica conforme al oráculo del Espíritu Santo, que el justo mismo cae muchas veces en defectos é imperfecciones, las que no son graves ni habituales, ni deja de corregirlas cuanto puede; y por lo mismo no le privan de ser reputado por justo, como lo declaró el Tridentino. Sea pues nuestro propósito compadecernos de las miserias de nuestros prójimos, considerándonos á nosotros mismos muy capaces de cometer aquellas faltas y otras mucho mayores; y procurar hacernos de un modo de juzgar tal, que sin dejar de reprobar los que son verdaderos defectos, disculpemos á los que los cometen; y en vez de ocuparnos en criticar tales faltas en otros, nos empleemos en corregirlas en nosotros mismos. Pidámosle al Señor nos haga prudentes, humildes y modestos.

JACULATORIA.

Comunicadme, ó Señor, aquella sabiduría que asiste á tus consejos y que alumbra á tus santos.

LECCION.

Sobre la necesidad de la penitencia para borrar los pecados. El yugo del Señor es suave: el del mundo es pesado.

Si alguna vez estamos expuestos á engañarnos con exterioridades de penitencia, es en el tiempo presente. Nos parece que con practicar lo que llamamos cumplimiento de iglesia estamos ya bastante purificados. Si á esto añadimos algunas otras devociones en el tiempo de la cuaresma, creemos que tocamos lo sublime de la perfeccion. Pero si entramos dentro de nosotros mismos y nos examinamos con imparcialidad, nuestra virtud se desvanecerá como el humo, y nos encontrarémos adornados de puras esterioridades. ¡Quizá en ese cumplimiento de iglesia no hay mas que lo que aparece á la vista de los hombres, es decir, que llegamos al confesor, le decimos nuestras culpas y nos damos fuertes golpes de pecho! Mas ¿esa confesion vá acompañada de un sincero arrepentimiento de nuestras culpas? ¿Hemos resuelto firmemente tomar todas las precauciones necesarias para no volver á cometerlas? A la verdad, no es esta la penitencia que justifica. Están muy léjos esas apariencias engañosas de satisfacer á la justicia divina por nuestras culpas. Llorémoslas de corazon, pues es una lástima que con los mismos ejercicios con que podiamos caminar al cielo, por no ser perfectos marchémos al infierno, y que en este lugar de horror no nos sirvan nuestras devociones de otra cosa que de atormentarnos, por no haber sido hijos del verdadero espíritu de penitencia. Aprendamos por tanto á conocer lo que nos es necesario para salvarnos.

Los escribas y fariseos viendo que no hallaban de qué acusar á Jesucristo sobre la ley, le notan de que sus discípulos no se lavaban las manos para comer el pan conforme á la tradicion de los mayores. ¡Qué escrúpulo! Carácter propio de la malicia, que no perdona un ápice en los buenos, cuando ella se traga las mas enormes maldades. Llega Jesucristo sediento y fatigado del camino y calor del medio dia, y viendo á la Samaritana sacar agua del pozo, le pide una poca para satisfacer su sed, y mas bien para tener ocasion de darle otra agua de mejor calidad, que estingue los ardores de las pasiones, y resalta hasta la vida eterna. Mas ella le responde: ¿No sabes tú que no te es lícito, siendo judío, tomar cosa de una samaritana? S. Juan Crisóstomo dice que no era lícito, sino indiferente en los judíos, el valerse de los samaritanos, si querian. ¿Pues cómo anda tan escrupulosa esta muger pecadora, que hace cargo á Jesucristo de una cosa del todo indiferente? Así sucede con frecuencia: los que en sí mismos no reparan en culpas graves, suelen notar en otros de mejor conducta los mas delicados ápices de imperfeccion.

De una sola cosa, y bastante indiferente y frívola, acusaban á los discípulos de Jesucristo los fariseos; pero Jesucristo convence á éstos de dos especies de pecados de gran malicia: lo primero, porque querian darle á entender que con lavarse las manos ya se limpiaban el alma: lo segundo, porque admitian gravísimos abusos, no que-

riendo faltar á éstos por ser uso, mas que si fueran preceptos de Dios. Necedad grande, pensar que con lavarse las manos con un poco de agua se lavaban las culpas. Esta fué la cegueda afectada de Pilato: venga agua, y lavémonos las manos de la sangre inocente que por mi sentencia derramarán; y queda tan satisfecho, que dice: *Estoy inocente de la sangre de este justo.*

Quieren los fariseos que se observen al pié de la letra las tradiciones y usos de los mayores: así quieren los mas de los cristianos; pero qué responderán el dia de su juicio particular, cuando el Señor les diga: Ven acá hombre; ven acá muger: ¿quién te puso en el mundo? ¿Quién te dió el sér que tienes? ¿Quién te esperó hasta hoy, para que no te fueses al infierno? Señor, vos. Bien está. Pues si yo soy tu criador y tu padre, ¿dónde está la honra que me has hecho? Si yo soy tu Dios y tu Señor, ¿dónde está el temor que me has tenido? Di, ¿por qué por seguir usos y costumbres que no eran preceptos mios, dejásteis de servirme en la sencillez de tu corazon? Mal hice, Señor, ya lo confieso; pero mi miseria, mi flaqueza con la dificultad de la ley, me hacian tropezar y caer. ¿Pero cuando, alma cristiana, te ha mandado Dios cosas tan recias y duras como el mundo, á quien tanto obedeces? El yugo de su ley es suave, y ligera su carga: al mundo sí que es difícil obedecer.

Preguntémos á los mundanos si les cuesta trabajo servir al mundo; pues sus acciones, su desabrimiento y mal humor, nos manifiestan lo que sufren en sus pretensiones. El hombre que se entrega á sus pasiones, ¿qué es lo que no sufre por satisfacer sus deseos torpes? Desvelos, cansancios, incomodidades, compromisos, peligros tal vez de la vida, y descrédito, son por lo comun los resultados de su pasion; casi no hay uno que tarde ó temprano no las llore. ¿A qué no espone á los mortales la soberbia y el deseo de brillar en el mundo? Si ponemos la vista en los ambiciosos, no pueden presentársenos sino como objetos de lástima. ¡Qué humillaciones, qué abatimiento, qué adulacion, qué sufrimiento para pasar los dias y las noches en las antesalas de los poderosos! ¡Qué degradacion en servirnos aun de recursos viles é infames, por conseguir nuestros deseos! ¡Cuántas veces tenemos que sufrir repulsas y malos tratamientos, acaso de personas que interiormente odiamos, porque así conviene á nuestras miras! ¿Ha mandado Dios por ventura cosa semejante? Dios manda amar y servir; amar y favorecer; pues toda su ley está contenida en el precepto de amarle y amar al próximo; de este modo nada puede haber difícil, nada pesado, pues todo lo facilita y suaviza el amor; pero aborrecer y adorar, aborrecer y servir, aborrecer y exaltar, eso sí que es cosa muy pesada, que solo puede inventar el demonio y mandar el mundo.

Dice Dios por Isaías: *Dale al pobre un pedazo de pan.* ¿Y el mundo qué dice? Dígalo el pródigo que refiere S. Lúcas, y díganlo tantos que le imitan. Dame todos tus haberes, toda tu sustancia, toda tu hacienda, todo tu cuerpo y toda tu alma. Jesucristo se contenta con poco que se le dé al pobre, con un mendrugo de pan, con una taza de agua. Mas qué responderémos á Dios, cuando nos diga: Al mundo que te mandaba cosas difíciles, le servias y obedecias; y á mí que soy tu Dios, que te he mandado cosas muy fáciles, y que yo mismo te aligeraba la carga, no me quisiste servir ni obedecer. ¡Injusticia grande, ingratitud sin medida! Séamos, pues, en lo sucesivo mas prudentes: reflexionemos que para ser felices en esta y en la otra vida, no hay cosa mas segura que la exacta observancia de los mandamientos del Señor, fuente de toda felicidad: que los placeres del mundo mas tienen de amargura que de gusto. Así es que nadie puede ser dichoso en medio de ellos; ántes bien será infeliz temporal, y eternamente.

Juéves de la tercera semana de Cuaresma.

Este dia se ha mirado siempre entre los griegos y latinos como el centro ó el medio de la Cuaresma, por cuyo motivo lo llamamos Mitad de Cuaresma, como que es el vigésimo de los cuarenta ayunos despues del Miércoles de Ceniza, y el último de la primera mitad. Los griegos le dan el nombre de *Mesonestima*, que quiere decir el medio de los ayunos, por ser entre ellos este dia el primero de la segunda mitad. Ellos erigieron su Mesonestima en fiesta solemne; se ignora el misterio y el motivo para ello. Los latinos no han pensado en hacer un dia festivo del Juéves de la media Cuaresma; pero no ha faltado quien haya intentado hacer de él á lo menos un dia privilegiado y dispensable del ayuno; mas la Iglesia ha condenado siempre esta licencia, y reformado este abuso.

La misa comienza por estas palabras tan dignas de consuelo: **Yo *soy la salud del pueblo*,** dice el Señor, ***en cualquiera afliccion***

riendo faltar á éstos por ser uso, mas que si fueran preceptos de Dios. Necedad grande, pensar que con lavarse las manos con un poco de agua se lavaban las culpas. Esta fué la cegueda afectada de Pilato: venga agua, y lavémonos las manos de la sangre inocente que por mi sentencia derramarán; y queda tan satisfecho, que dice: *Estoy inocente de la sangre de este justo.*

Quieren los fariseos que se observen al pié de la letra las tradiciones y usos de los mayores: así quieren los mas de los cristianos; pero qué responderán el dia de su juicio particular, cuando el Señor les diga: Ven acá hombre; ven acá muger: ¿quién te puso en el mundo? ¿Quién te dió el sér que tienes? ¿Quién te esperó hasta hoy, para que no te fueses al infierno? Señor, vos. Bien está. Pues si yo soy tu criador y tu padre, ¿dónde está la honra que me has hecho? Si yo soy tu Dios y tu Señor, ¿dónde está el temor que me has tenido? Di, ¿por qué por seguir usos y costumbres que no eran preceptos mios, dejásteis de servirme en la sencillez de tu corazon? Mal hice, Señor, ya lo confieso; pero mi miseria, mi flaqueza con la dificultad de la ley, me hacian tropezar y caer. ¿Pero cuando, alma cristiana, te ha mandado Dios cosas tan recias y duras como el mundo, á quien tanto obedeces? El yugo de su ley es suave, y ligera su carga: al mundo sí que es difícil obedecer.

Preguntémos á los mundanos si les cuesta trabajo servir al mundo; pues sus acciones, su desabrimiento y mal humor, nos manifiestan lo que sufren en sus pretensiones. El hombre que se entrega á sus pasiones, ¿qué es lo que no sufre por satisfacer sus deseos torpes? Desvelos, cansancios, incomodidades, compromisos, peligros tal vez de la vida, y descrédito, son por lo comun los resultados de su pasion; casi no hay uno que tarde ó temprano no las llore. ¿A qué no espone á los mortales la soberbia y el deseo de brillar en el mundo? Si ponemos la vista en los ambiciosos, no pueden presentársenos sino como objetos de lástima. ¡Qué humillaciones, qué abatimiento, qué adulacion, qué sufrimiento para pasar los dias y las noches en las antesalas de los poderosos! ¡Qué degradacion en servirnos aun de recursos viles é infames, por conseguir nuestros deseos! ¡Cuántas veces tenemos que sufrir repulsas y malos tratamientos, acaso de personas que interiormente odiamos, porque así conviene á nuestras miras! ¿Ha mandado Dios por ventura cosa semejante? Dios manda amar y servir; amar y favorecer; pues toda su ley está contenida en el precepto de amarle y amar al próximo; de este modo nada puede haber difícil, nada pesado, pues todo lo facilita y suaviza el amor; pero aborrecer y adorar, aborrecer y servir, aborrecer y exaltar, eso sí que es cosa muy pesada, que solo puede inventar el demonio y mandar el mundo.

Dice Dios por Isaías: *Dale al pobre un pedazo de pan.* ¿Y el mundo qué dice? Dígalo el pródigo que refiere S. Lúcas, y díganlo tantos que le imitan. Dame todos tus haberes, toda tu sustancia, toda tu hacienda, todo tu cuerpo y toda tu alma. Jesucristo se contenta con poco que se le dé al pobre, con un mendrugo de pan, con una taza de agua. Mas qué responderémos á Dios, cuando nos diga: Al mundo que te mandaba cosas difíciles, le servias y obedecias; y á mí que soy tu Dios, que te he mandado cosas muy fáciles, y que yo mismo te aligeraba la carga, no me quisiste servir ni obedecer. ¡Injusticia grande, ingratitud sin medida! Séamos, pues, en lo sucesivo mas prudentes: reflexionemos que para ser felices en esta y en la otra vida, no hay cosa mas segura que la exacta observancia de los mandamientos del Señor, fuente de toda felicidad: que los placeres del mundo mas tienen de amargura que de gusto. Así es que nadie puede ser dichoso en medio de ellos; ántes bien será infeliz temporal, y eternamente.

Juéves de la tercera semana de Cuaresma.

Este dia se ha mirado siempre entre los griegos y latinos como el centro ó el medio de la Cuaresma, por cuyo motivo lo llamamos Mitad de Cuaresma, como que es el vigésimo de los cuarenta ayunos despues del Miércoles de Ceniza, y el último de la primera mitad. Los griegos le dan el nombre de *Mesonestima*, que quiere decir el medio de los ayunos, por ser entre ellos este dia el primero de la segunda mitad. Ellos erigieron su Mesonestima en fiesta solemne; se ignora el misterio y el motivo para ello. Los latinos no han pensado en hacer un dia festivo del Juéves de la media Cuaresma; pero no ha faltado quien haya intentado hacer de él á lo menos un dia privilegiado y dispensable del ayuno; mas la Iglesia ha condenado siempre esta licencia, y reformado este abuso.

La misa comienza por estas palabras tan dignas de consuelo: **Yo *soy la salud del pueblo*,** dice el Señor, ***en cualquiera afliccion***

que se halle, lo oiré luego que me invoque, y seré eternamente su Señor. Dios es nuestra salud, en vano la buscaríamos en otra parte; la vida, la salud y todos los bienes que podemos desear, se encuentran en solo Dios; él es la fuente de todo bien: no tenemos que hacer otra cosa sino recurrir á él con confianza; en cualquiera afliccion que nos hallemos, nos promete su asistencia. Dios es fiel en sus promesas: ¿á quién se debe echar la culpa si nos falta el socorro en nuestras necesidades? No recurrimos á Dios sino despues de haber tentado todo otro remedio. Nuestra falta de fé hace ineficaces nuestras oraciones, nuestra confianza vacilante es efecto de nuestras infidelidades. ¿Querémos ser oidos en las aflicciones? Guardemos su ley, oigamos con docilidad sus palabras: *Oye, nos dice, pueblo mio, mi ley; inclina tu oido á las palabras de mi boca.*

La Epístola de este dia contiene una reprension que Dios da á su pueblo por boca de Jeremías, por la vana confianza que tenia en el culto exterior que le daba sin cuidarse de agradarle con la pureza de sus costumbres, y la exacta observancia de sus divinos preceptos. Los judíos contaban tanto sobre la singular ventaja que tenian, de tener en medio de ellos con preferencia á las otras naciones, el solo verdadero templo, consagrado al culto del verdadero Dios, que creian que esta preferencia les respondia de la proteccion de su Dios, y que podia suplir por la inobservancia de la ley, de que bien conocian eran culpables. El Señor les declara por su Profeta la iniquidad de esta vana presuncion, y el error de su necia confianza.

Manda Dios á Jeremías vaya á ponerse á la puerta del templo de Jerusalen, y que anuncie al pueblo estas verdades eternas. "Oid la palabra del Señor, habitadores de Judá, les dice, todos los que entrais por estas puertas á adorar al Señor. ¿Quereis que yo habite con vosotros en este lugar santo? ¿Quereis que escuche vuestras súplicas y oiga vuestros votos? ¿Quereis que derrame en él mis bendiciones con abundancia? Pues enderezad vuestros caminos, reformad vuestras costumbres, corregid vuestra conducta; no vengais á él sino con un corazon puro, no comparezcais sino es con disposiciones religiosas; vuestro respeto y vuestra modestia sean una prueba de vuestra fé. No pongais vuestra confianza en palabras de mentira, diciendo: Este es el templo del Señor, esta es la casa de Dios, aquí está su solo templo." No era mentira ni tampoco error el creer y decir que el templo de Jerusalen era el templo del Señor; pero en la boca de los judíos y segun los sentimientos que tenian, cuando se gloriaban de que tenian este templo, era este un error, una ilusion, una mentira. Creian que por horrendas que fuesen las abominaciones que se cometian en el lugar santo, que por mas irritado que pudiera estar el Señor por los delitos del pueblo, era demasiado zeloso de su gloria, para que permitiese jamas que su templo fuese profanado por los extraños, y aun ménos que su pueblo favorecido fuese arrojado del pais que Dios le habia dado, y que los judíos estuviesen un dia sin templo, sin altar, sin sacrificios. Soseguémonos, decian; no hagamos caso de las amenazas de Jeremías: tenemos el templo del Señor; este solo templo es para nosotros un escudo contra toda suerte de desdichas, y aun contra los tiros de su indignacion; pero estos ciegos no veian que deshonraban mas el templo sagrado del Señor por su idolatría y sus impiedades, que los infieles hubieran podido hacerlo quemándolo y destruyéndolo de arriba á abajo. ¿Quereis que este templo sea mi casa? No hagais de él una cueva de ladrones y de impíos: yo habitaré con vosotros como os lo he prometido, yo habitaré en este templo de un modo particular, oiré en él vuestras súplicas, aceptaré vuestras ofrendas, veré con complacencia vuestros sacrificios y me mostraré favorable á vuestros votos, si teneis cuidado de andar por los caminos de mis mandamientos, si no derramais en este lugar la sangre inocente, si no seguís á los dioses de los gentiles, si no profanais este templo con vuestros malos deseos, con vuestras impiedades y con unas costumbres enteramente paganas. Lo que me ahuyenta de este sagrado templo, lo que me obliga á convertir este trono de misericordia en tribunal de mi mas severa justicia, son los delitos que cometeis en él, las usuras, los latrocinios que ejerceis: lo que me obliga á salirme de él, es el incienso sacrílego que ofreceis en él á los ídolos. Vivid como mi pueblo, y yo reinaré entre vosotros como vuestro Dios; sean puras vuestras costumbres, y mi presencia os será benéfica. No os fieis en las falsas seguridades que los falsos profetas os dan de mi proteccion. ¿Quereis que yo habite en medio de vosotros, y que esté con vosotros en este lugar de siglo en siglo? Sed religiosos, guardad mi ley, no hagais mal á nadie, y entónces mi templo será para vosotros una prenda eterna de mi bondad y de mi benevolencia.

El Evangelio de la misa de este dia contiene la historia de muchas curaciones y en particular la del milagro que hizo el Salvador con la suegra de San Pedro.

Antes de la tercera vocacion de los Apóstoles, y ántes que hubiesen renunciado enteramente cuanto poseian, y cuando el Salvador no tenia todavía mas que cinco discípulos, habiendo salido de la Sinagoga de Cafarnaum un Sábado, entró en casa de Simon Pedro. Luego que entró le dijeron que la suegra de su discípulo que estaba alojado en aquella casa, estaba peligrosamente enferma. No fué necesario hacerle muchas instancias, pues tenia mas ganas de concederles lo que pedian, que ellos de conseguirlo. Este divino médico va sin detenerse á ver á la enferma, se arrima á la cama, y con un tono que no puede convenir sino al que es Señor de la vida y de la muerte, manda á la calentura que la deje, y al punto queda sana y robusta, se levanta, hace servir la comida, y segun la costumbre del pais sirve ella misma á la mesa al Maestro y á los discípulos. El gozo fué tan grande como la admiracion; se conoció bien en esta ocasion, que el Salvador no era capaz de ver padecer á los que lo aman, sin ser sensible á sus males y sin aliviárselos. Este Señor ve todas nuestras necesidades, y quiere que nosotros se las descubramos. El seno de la divina misericordia está siempre pronto á abrirse; pero la oracion es como la llave con que se abre. No bien ha recobrado esta muger la salud por la omnipotencia de Jesucristo, cuando el primer uso que hace de ella, es servir al mismo Salvador. ¿Despues de la enfermedad hacemos nosotros el mismo uso de nuestra salud?

Este milagro hizo gran ruido, tanto que no bien hubo pasado la fiesta del Sábado, que se acababa al ponerse el sol, cuando toda la ciudad acudió de nuevo al alojamiento en que se hallaba Jesucristo. Todos los que tenian enfermos se daban prisa por llevarlos delante del Señor, persuadidos á que solo con que los tocase, era cierta su curacion. La fé de estos hombres no fué vana. Sin embargo de ser prodigioso el número de enfermos que le presentaron, los tocó á todos, y al instante sanaron. Nosotros no tenemos otros verdaderos males miéntras vivimos, que las enfermedades del alma. ¿Cómo, pues, el mismo cuerpo y sangre de Jesucristo, que recibimos en la Eucaristía, como un tan soberano remedio, cómo, vuelvo á decir, no obra estas maravillosas curaciones? Asunto fecundo en reflexiones sobre la disposicion de los que comulgan sin fruto, y que reciben tantas veces á Jesucristo, se quedan siempre tan enfermos como ántes.

Tambien le llevaron á Jesucristo un gran número de endemoniados, y á la primera palabra que pronunció con un tono de superioridad, se vieron salir los demonios de los cuerpos con mucha rabia, no dejando por eso de publicar altamente la gloria del que los expelia. No era esto porque ellos intentasen procurarle honra alguna, sino porque temiendo estos espíritus soberbios parecer vencidos por un hombre comun, creian soldar la infamia de ser echados, gritando al salir de los cuerpos: *Tú eres el Hijo de Dios;* aunque entónces solo tenian un conocimiento imperfecto, y fundado en conjeturas, de que Jesucristo era Hijo de Dios. Sin embargo, Jesus que no queria tener semejantes pregoneros, ni que la verdad fuese anunciada por ellos á los hombres, los amenazaba y les imponia silencio. Entre las muchas razones que se alegaban para la prohibicion que hace aquí el Salvador, la mas natural al parecer es, que aquellos pueblos no estaban todavía dispuestos á oir hablar de su divinidad.

El Salvador pasó casi toda la noche en librar energúmenos, y en curar todo género de enfermos. Luego que amaneció, salió secretamente y se fué á un desierto; enseñándonos en esto, que por santas que sean las funciones de los operarios evangélicos, siempre necesitan procurarse algunas horas de retiro para volver á entrar en sí mismos, para tomar nuevas fuerzas en la oracion, para purificarse de las imperfecciones que han podido contraer en el comercio con los hombres, y para tratar con Dios y aprender de él en la oracion lo que deben de enseñar á los otros. Jesucristo no estuvo mucho tiempo solo en el desierto; vino el pueblo á encontrarlo, y lo detenian de miedo no los dejase. Cuando se ha conocido á Jesucristo, y se le ama, no es tan fácil separarse de él. Lo mismo fué llegar todo aquel pueblo, que rodearlo por todas partes, y pedirle con instancias que no dejara su ciudad: nada omitieron para obligarle á que se quedara con ellos. Pero su zelo, para el cual todo el mundo era demasiado pequeño, no se limitaba á una provincia ó á una ciudad. Este es el motivo porque les respondió: Hay al rededor una infinidad de aldeas y de ciudades que tienen necesidad de mis instrucciones, no ménos que Cafarnaum, y no es justo que deje perecer tantos pueblos, por no distribuirles el alimento espiritual que vosotros habeis recibido los primeros. Si el Evangelio que os he anunciado os da una cierta seguridad del reino de Dios que he ve-

nido á establecer; este reino no os debe ser de tal manera propio, que no se haga comun á todas las naciones del mundo, las cuales se unirán en adelante para no hacer sino una sola Iglesia. El designio de reunirlas movió á mi Padre á que me enviara, y á mí á que bajara del cielo. Lleno de ardor el Señor por la conversion de todo el mundo, iba de un lugar á otro, predicando en todas las Sinagogas de Galilea, y haciendo una infinidad de milagros por cuantas partes pasaba, y curando á los energúmenos y á los enfermos.

La Epístola es del capítulo VII del profeta Jeremías.

En aquellos dias me habló el Señor, diciendo: Ponte á la puerta del templo del Señor, y predica allí este sermon, hablando en los términos siguientes: Oid la palabra del Señor todos vosotros, ó hijos de Judá, que entrais por estas puertas para adorar al Señor. Esto dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Enmendad vuestra conducta y vuestras aficiones; y yo habitaré con vosotros en este lugar. No pongais vuestra confianza en aquellas falaces expresiones, diciendo: Este es el templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor. Porque si enderezáreis al bien vuestras acciones y vuestros deseos; si administráreis justicia entre hombre y hombre; si no hiciéreis agravio al forastero, y al huérfano, y á la viuda, ni derramáreis la sangre inocente en este lugar, y no anduviéreis en pos de dioses agenos para vuestra misma ruina; yo habitaré con vosotros en este lugar, en esta tierra que dí á vuestros padres, por siglos y siglos, dice el Señor omnipotente.

El Evangelio es del capítulo IV de San Lúcas.

En aquel tiempo: Saliendo Jesus de la Sinagoga, entró en casa de Simon. Hallábase la suegra de Simon con una fuerte calentura, y suplicáronle por su alivio. Y él arrimándose á la enferma, mandó á la calentura *que la dejase*, y la dejó libre. Y levantándose entónces mismo de la cama, se puso á servirlos. Puesto el sol, todos los que tenian enfermos de varias dolencias se los traian, y él los curaba con poner sobre cada uno las manos. De muchos salian los demonios gritando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Y con amenazas les prohibia decir que sabian que él era el Cristo. Y partiendo luego que fué de dia, se iba á un lugar desierto, y las gentes le anduvieron buscando, y no pararon hasta encontrarle, y hacian por detenerle, no queriendo que se apartase de ellos. Mas él les dijo:

Es necesario que yo predique tambien á otras ciudades el Evangelio del reino de Dios, pues para eso he sido enviado. Y así andaba predicando en la Sinagoga de Galilea.

MEDITACION.

Sobre el desprendimiento de las criaturas, necesario para servir á Dios.

Considera que si en el ejercicio mismo de la predicacion del Evangelio puso el Señor en accion el desprendimiento de las criaturas, en términos de separarse con resolucion de los que lo detenian por aprecio de su soberana presencia y de su predicacion, y partir á otras ciudades á continuar el ejercicio de su ministerio, como se nos refiere en el Evangelio de hoy, ¿con cuánta mas razon debemos nosotros desprendernos de las aficiones y compromisos humanos, para atender á las cosas que son del servicio de Dios? Ya el mismo Jesucristo nos habia dado ejemplo de la preferencia que debemos dar al servicio de Dios, sobre toda consideracion humana, cuando se sustrajo de la compañía de su Santísima Madre y de su Padre estimativo, para cumplir con la disposicion divina de hallarse en el templo entre los doctores de la ley, oyéndolos y preguntándoles, para darles muestra de su sabiduría; y nos lo enseñó asimismo, cuando corrigió el afecto del Apóstol San Pedro para con su coapóstol San Juan, en atencion á que no ejerciesen juntos su apostolado cuando convenia que se separasen para llevar cada uno la luz del Evangelio á diversas regiones. ¿Y despues de esto dejarémos de conocer la necesidad de vivir en un total y absoluto desprendimiento, para estar expeditos y en disposicion de acudir á donde nos llame la obligacion de nuestro ministerio ó la inspiracion divina? ¿Dejarémos de conocer el grave perjuicio que ya la Iglesia, ya alguna otra atencion religiosa ó de justicia, resienten por nuestra falta, provenida tal vez de lo que nos detienen las aficiones terrenas? Pues si lo conocemos, tratemos de llenar nuestras obligaciones, y no echemos sobre nosotros una responsabilidad de una magnitud acaso incalculable.

Considera que es tanto mas necesario este desprendimiento, cuanto por lo comun es obra del demonio el armar y multiplicar los lazos que nos detienen en la aficion de las criaturas, con el maligno intento de impedir la obra de Dios. No ignoramos que este enemigo de nuestra salvacion trabaja sin cesar en una operacion seme-

jante á la que hacen los sitiados en una plaza, contraminando para frustrar y echar á perder los trabajos de los sitiadores, que minando bajo de tierra, tratan de volar las defensas para apoderarse de la plaza. El Hijo de Dios con sus obreros evangélicos adelanta siempre sus trabajos para enseñorearse de nuestras almas; pero á cada instante le sale al encuentro el enemigo comun á embarazar sus operaciones, desviando á aquellos obreros del objeto á que deben estar consagrados, y valiéndose para ello del encanto de las criaturas, que los detienen en objetos extraños de su mision. Si pues damos oido á las voces de la carne y la sangre; si nos dejamos prender de las aficiones terrenas, aunque no sea nuestro intento contrariar directamente la obra de Dios, de hecho la embarazamos; porque con solo dejar de obrar en nuestro ministerio, ayudamos á las miras del demonio, y en mucha parte hacemos que logre su empresa contra los intereses de Dios y de las almas. ¡Oh! no hagamos tal cosa: desempeñemos la obra de Dios con un zelo, eficacia y actividad, semejantes á las de Nehemías, que dedicado á la reposicion de los muros de Jerusalen, no cesó en ella hasta su conclusion. "Yo hago, decia, una obra grande: no puedo bajar, porque no sea que se demore ó abandone."

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Y cómo, divino Salvador mio, podré yo ver con ménos empeño la reparacion del templo de mi alma, y la cooperacion á la fábrica de vuestro templo eterno, que el que puso Nehemías en la reposicion de los muros de Jerusalen? ¡Ah! si ellos demandaron justamente tanta solicitud, ¡cuánta demandará este santuario eterno que os fabricais en las almas de vuestros escogidos! A la verdad, que cuantos son vuestros colaboradores en esta obra, deben consumir en ella todas sus fuerzas físicas, intelectuales y morales. Yo por mi parte, ayudado de la gracia que os pido humildemente, prometo trabajar en ella con tanta dedicacion, que pueda decir con verdad que hice como se debe, la obra de Dios.

JACULATORIA.

¡Oh Señor, que yo trabajo en una obra muy grande! no debo suspender ni abandonar la empresa.

LECCION.

Sobre el modo de santificar las enfermedades.

Uno de los principales medios de que podemos aprovecharnos para ejercitarnos mas en la virtud y conseguir nuestra salvacion, es la enfermedad, ya la consideremos en nuestras personas, ya en la de nuestros prójimos. Respecto de estos, acordémonos que una de las causas de que el mismo Jesucristo nos hace un mérito para introducirnos al reino de su Padre celestial, es haberlo visitado estando enfermo. Una de las obras de misericordia recomendadas en la Escritura Santa es la referida, y Jesucristo nos dió ejemplo ejercitando su poder en arrojar las enfermedades de los que las padecian. Nosotros no podemos hacer otro tanto por nuestra propia virtud; pero sí podemos rogar á Dios por los que las sufren, y ademas prestar á estos nuestros servicios personales, que á la vez que les servirán de consuelo, nos servirán á nosotros de mérito. Tambien podemos lograr éste sufriendo con paciencia las enfermedades que Dios nos manda, viéndolas no solamente como un medio para ejercitar nuestra paciencia, sino tambien como una precaucion, por decirlo así, de que Dios se vale para evitar que le ofendamos. Por esto San Pablo decia: *La virtud se perfecciona en la enfermedad.... Por tanto, de buena gana me gloriaré en mis enfermedades, para que more en mí la virtud de Cristo. Por lo cual me complazco en mis enfermedades.... porque cuando estoy enfermo, entónces soy fuerte.* Un sabio intérprete explana el texto de esta manera: "Estoy con ánimo tranquilo y alegre en mis enfermedades, porque la virtud de Cristo resplandece en ellas, ministrándome fortaleza y victoria... Cuando estoy enfermo segun la naturaleza, entónces me hallo fuerte y poderoso por la gracia de Cristo, y Dios obra en mí mayores cosas; porque lo que parece enfermedad, viene á ser en mí una verdadera salud." Grandes son las ventajas que podemos sacar de nuestros padecimientos; y por eso una de las pruebas que los maestros de espíritu nos enseñan para conocer si nuestra virtud es sólida, consiste en la paciencia con que sufrimos nuestras enfermedades.

Nosotros tenemos á la salud por el mas precioso tesoro, y no conocemos su valor sino cuando le hemos perdido. Nosotros tenemos la enfermedad como la mas cruel situacion, y hacemos todos nues-

tros esfuerzos para no estar enfermos: pero algunas veces con nuestras diversiones nada moderadas, otras por nuestros largos viajes por adquirir tal ó cual cosa que á nuestra vista es demasiado ventajosa, y finalmente, por nuestros placeres desordenados nos las buscamos. Las enfermedades que por estos adquirimos son de tanta gravedad, que enfermando á nuestro cuerpo igualmente dañan á nuestro espíritu; pues le hacen que enteramente olvide todos los sentimientos de religion; porque ó excitan á desesperacion, ó dejan vivas hasta el fin las centellas del pecado.

Sin embargo, el Señor, que siempre vela por los pecadores, los auxilia podemos decir, aun con los mismos castigos que les envia; pues no hay un cristiano que no conozca, cuando se ve molestado por algun mal, que es un castigo que ha merecido, ó que el Señor de este modo le acuerda que es mortal, y que su cuerpo es como una flor que se marchita y se seca con el tiempo; que nosotros debemos expiar nuestro amor desordenado á las cosas sensibles, y pagar con dolores los placeres criminales que hemos gozado; que por último, es dichoso aquel que puede ofrecer sacrificios á Dios, y que no hay tiempo mas propio para cumplir con esta obligacion, que el de la enfermedad, pues David dice: *Encontré la tribulacion y el dolor, é invoqué el nombre del Señor.*

No hay duda que las enfermedades algunas veces son una grande tentacion: verdad es que estamos precisados á cuidar de la conservacion de nuestro cuerpo; pero nada de esto obsta para que una vez asaltados de la enfermedad, nos esforcemos á aprovecharnos de ella, en la satisfaccion de que si nos sabemos aprovechar, seremos felices; puesto que las enfermedades en muchos han sido la causa de su perfecta conversion: pues cuando el hombre se siente morir poco á poco, y ve que cada dia se acerca mas al sepulcro, entónces comienza á entrar dentro de sí mismo, conoce el tiempo que ha perdido, y medita cuál será su suerte en la eternidad: entónces ya no desea los placeres de que disfrutaba; entónces ya no suspira ni se entristece por el caudal que perdió ó por las cuantiosas ganancias que dejó de adquirir trabajando sin cesar con desvelos y afanes: entónces su tristeza y dolor es ver que todos sus afanes y cuidados que debian haber sido en favor del alma, los empleó en el del cuerpo: entónces conoce que solo la virtud es la que no debe faltarnos, ni dejar de ser nuestra fiel compañera: entónces se apodera de ella, resuelto firmemente á que si el Señor no corta los dias de su vida, en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Viernes de la 3ª semana de cuaresma.



Sábado de la 3ª semana de cuaresma.



Domingo 4º de cuaresma.



Lunes de la 4ª semana de cuaresma.

los demas que goce restaurará y le compensará al espíritu lo que el cuerpo le ha defraudado.

En un verdadero cristiano, la esperanza de la muerte que la enfermedad le acarrea, le sostiene y consuela: se acerca á Dios alegrándose de verse humillado y abandonado de los hombres: se persuade que esta vida es el tiempo de los trabajos, y confia en la Providencia, clamando á ella en toda ocasion. Entónces la enfermedad, unida á las esperanzas que la religion nos ofrece, es ya un bien, y no un mal; pero tambien diremos con Santiago, que nos es necesaria la paciencia para alcanzar estas promesas, no perdiendo de vista este objeto. ¿Querémos ser enfermos sin impaciencia y sin desesperacion? Pues prevengamos este accidente pensando cada dia que nuestro cuerpo debe arruinarse y perecer tarde ó temprano. Por esto, miremos todos los instantes de nuestra vida como unos nuevos beneficios del Criador: consideremos que son tantos los accidentes que nos rodean, que es casi imposible conservarnos sin golpe y sin herida. Ninguno es capaz de comprender, cuando el Señor le prolonga la vida hallándose molestado por una grave enfermedad, los provechos que le redundan si quiere sacar fruto de ella: la acerbidad y gravedad de sus males suele ser un purgatorio donde purga y satisface los pecados ya perdonados. Por último, son tan excelentes los beneficios que nos ofrecen las enfermedades, recibiéndolas como enviadas por mano del Señor, que muchas veces santifican al pecador, consuelan al justo, y nos abren la puerta del merecimiento y de la gloria.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Viérnes de la tercera semana de Cuaresma.—La conversion de la Samaritana.—*San Juan, cap. IV.*

Sábado de la tercera semana de Cuaresma.—La muger adúltera.—*San Juan, cap. VIII.*

Domingo de la cuarta semana de Cuaresma.—Milagro de los cinco panes y dos peces.—*San Juan, cap. VI.*

Lúnes de la cuarta semana de Cuaresma.—Echa Jesus del templo á los que comerciaban en él.—*San Juan, cap. II.*

Viérnes de la tercera semana de Cuaresma.

Se puede decir que la misa de este dia está llena de misterios, y que contiene un compendio de toda la economía de la salvacion. El deseo sincero que tiene el pecador de convertirse, y que es como la primera disposicion para su conversion, aparece en la oracion con que comienza la misa. La Epístola es una figura de lo que pasa en la conversion del pecador, y el Evangelio hace la pintura de esta conversion.

En el introito de la misa de hoy decimos con David: Dad, Señor, una prueba visible de lo que me amais, para que mis enemigos, viendo que me socorreis y me consolais, queden cubiertos de confusion. *Inclinad vuestro oido á mi oracion, y oidme, porque soy pobre y necesitado.* Esta esta es la oracion que hace á Dios David en el salmo LXXXV, perseguido por Saúl ó por Absalon, errante por los desiertos, y expuesto á las últimas desdichas. Si el lastimoso estado en que se encontraba entónces el rey Profeta, es figura del pecador, la oracion que hace á Dios puede servir de modelo de la que debe hacer al Señor el que está en desgracia suya. San Agustin aplica todo este salmo á Jesucristo, cargado de nuestras iniquidades, que pide á Dios Padre su asistencia al ir á la pasion, y que predice su resurreccion y la vocacion de los gentiles á la fé y á la Iglesia.

La Epístola contiene la historia del milagro que obró Moises, haciendo salir de una roca una fuente de agua viva en favor de los Israelitas, que pasando por el desierto de Sina, cerca de dos años despues de su salida de Egipto, fueron á acampar en Cadesbarne. La falta de agua hizo que el pueblo murmurase contra Moises y Aaron. ¿Por qué, les decian, no nos habeis dejado morir en Egipto? No faltaban allí sepulcros para enterrarnos. ¿Era menester obligarnos á hacer un tan largo viage para hacernos venir á este miserable pais, donde no se puede sembrar, y que no produce ni higueras, ni viñas, ni ganados, y donde ni aun se encuentra agua para beber? ¿Por qué habeis traido el pueblo del Señor á este desierto, para que muramos en él de sed nosotros y nuestras bestias? Habiendo llegado á ser general la murmuracion y la sedicion de todo el pueblo iba á estallar contra Moises, cuando el hombre de Dios y su hermano Aaron entraron en el tabernáculo que habian fijado en

medio del campo, y allí postrados con los rostros en tierra, exclamaron: Señor, oid los clamores de este pueblo, y abridles el tesoro de vuestra misericordia, teniendo lástima de ellos; haga vuestra omnipotencia que salga una fuente de agua viva, para que apagando su sed cesen de murmurar contra mí y contra vos. Fué oida su oracion, y la gloria del Señor se manifestó sobre ellos; esta manifestacion quizá fué una nube luminosa, del medio de la cual se hizo oir la voz de Dios, que decia á Moises: Toma en la mano la vara, congrega al pueblo, y junta al ganado y á todas las bestias. Esta vara era el baston ó cayado milagroso de que Dios se habia servido tantas veces, para hacer tantos prodigios por el ministerio de Moises. El legislador no la llevaba siempre consigo, sino que la dejaba en el tabernáculo como una cosa sagrada. Tomó Moises esta vara, y habiendo juntado al pueblo delante de la roca, levanta la voz para hacerse oir de toda aquella multitud, diciéndole: Oid, pueblo ingrato y de poca fé, ¿creis que nosotros podemos sacar agua de esta roca, y hacer salir una fuente de agua de esta piedra? Entónces Moises levantó la mano, hirió dos veces la piedra con su vara, y al segundo golpe salió una fuente de agua que proveyó abundantemente á todo el pueblo y á sus ganados. San Agustin y muchos otros padres encuentran en estas palabras de Moises, no sé qué perplegidad que les hace creer que Moises temia que la promesa del Señor no tuviese efecto, y creen que su confianza vacilaba, y estaba titubeante, no porque dudase del poder absoluto de Dios; pero parece dudaba si acaso en aquellas circunstancias de murmuracion del pueblo y de sedicion, querria Dios darle señales de su bondad y de su poder, y aun por esto parece los previno, echándoles en cara su incredulidad y su rebelion. El espíritu del legislador exacerbado é irritado á vista de la ingratitud del pueblo, dice el Salmista, desconfió de la promesa del Señor, y dudó si cumpliria su palabra. Este es el motivo, dicen los padres, porque Dios, irritado de su desconfianza no hizo el milagro al primer golpe, sino que fué preciso herir dos veces la roca, y esta suspension del efecto fué el castigo de su duda.

Moises y Aaron todavia cometieron otra falta en esta ocasion. Dios les habia ordenado que hablaran solamente á la piedra; mas Moises siguiendo ántes su espíritu que la órden de Dios, no habla, sino hiere; y el Señor irritado de esta desobediencia, los castiga severamente. Yo os habia escogido, les dice, para introducir á mi

pueblo en la tierra de promision; pero porque habeis faltado á la confianza, porque vuestra fé ha parecido vacilar delante de todo el pueblo, al que con este motivo habeis dado una baja idea de mi poder, lo habeis confirmado por vuestro ejemplo en su incredulidad, y hecho mas ingrato á la memoria de mis beneficios y de mis maravillas, no sereis vosotros los que introduzcais este pueblo en la tierra que yo les daré, ni entrareis tampoco vosotros. ¡Ejemplo formidable que enseña á todos los fieles, pero particularmente á los ministros de Jesucristo, y á todos aquellos á quienes Dios ha encargado el cuidado de la salvacion de los otros, cuánto importa ser obedientes á sus órdenes! ¡Cuán de temer es que muchos despues de haber conducido á otros por los caminos del cielo, no entren en él, y sean excluidos para siempre! Esta es el agua llamada de la contradiccion, donde los hijos de Israel se amotinaron contra el Señor, y la que les fué concedida para apaciguar su sedicion y sus murmuraciones. Pero el Señor no dejó de sacar su gloria, haciendo resplandecer su poder.

El Evangelio contiene la historia de la conversion de la Samaritana. Despues de haber celebrado Jesucristo en Jerusalen la primera pascua despues de su predicacion, viendo que los fariseos empezaban á tenerle envidia por las maravillas que obraba, y por el gran número de discípulos que hacia; dejó la Judea por algun tiempo, y tomó el camino de Galilea. Como le era preciso pasar por la provincia de Samaria, llegó á una de las ciudades del pais llamada Sicar, antiguamente Siquem, como á dos leguas de la ciudad de Samaria, muy cerca de la tierra que Jacob habia dado en herencia á su hijo José. A unos doscientos pasos de la ciudad está el pozo de Jacob, que servia de fuente á toda la ciudad; cerca de este pozo fué donde el Salvador fatigado del camino y del calor, se sentó para descansar, miéntras venian sus discípulos que habian ido á la ciudad á comprar que comer. Era cerca de la hora sexta del dia, esto es, al medio dia; cuando una muger Samaritana de nacimiento y de religion, fué á sacar agua del pozo. La aversion que tenian los judíos á los samaritanos, y estos á los judíos, era recíproca: divididos en religion, no ménos que en las costumbres, no podian sufrirse, ni tenian entre sí comercio alguno. Los judíos bien podian comprar víveres á los samaritanos, pero no recibirlos gratuitamente; porque el don es una señal de amistad que les estaba prohibida. El Salvador, que tenia el designio de convertir á esta muger, la dijo si gustaba darle

de beber. Pidióle á la Samaritana un poco de agua, para hacer nacer en ella el deseo de una agua mucho mas excelente, que él solo podia darle.

A este modo el Señor nos suele pedir pocas cosas para tener motivo de colmarnos de sus mas grandes dones: y otorgándole este poco, nos ponemos en estado de recibir la plenitud de los dones celestiales que nos tiene preparados. Esta muger reconoció en el vestido y en el lenguaje que el Salvador era judío, y se mostró admirada de su peticion. ¿Cómo, le respondió, tú que eres judío me pides de beber? ¿No sabes que no hay comunicacion alguna entre las dos naciones? Bien lo sé, replicó el Hijo de Dios; pero tú ignoras quién es el que te habla. Si supieras quién es el que te pide agua de este pozo, quizá ya tú le hubieras rogado que te diera otra agua viva, de la que él mismo es la fuente. Esta respuesta la sorprendió. Señor, replicó ella, ¿qué quieres decir con esto? ¿Cuál es esa agua viva que me prometes, y donde está la fuente? ¿Por ventura eres tú mas poderoso que nuestro padre Jacob, de quien nosotros somos los herederos? El fué quien hizo cavar este pozo para sus hijos y para sus ganados; sabemos cuánto estimaba esta agua, y que no bebia de otras. Los samaritanos eran extrangeros á la raza de Israel, siendo un pueblo agregado de diversos países, que Salmanasar trasportó á la Samaria. Se lisonjeaban no obstante de descender de Jacob; pero los judíos los miraban como á gentiles que habian juntado las supersticiones paganas con las ceremonias judaicas. Viendo Jesus que esta muger estaba ya dispuesta á escucharle, empezó con su dulzura ordinaria á instruirla. El que bebiere de la agua de este pozo, respondió, solo apagará su sed por algun tiempo; pero los que bebieren de la agua que yo les daré, no tendrán jamas sed, y esta agua se hará en ellos una fuente de agua viva que saltará hasta la vida eterna. Señor, respondió la Samaritana, confieso que el agua de que me hablas, vale mas sin comparacion que todas las nuestras; dame pues de ella para que no tenga necesidad de venir en adelante á sacar agua de este pozo con tanta incomodidad, y para que no tenga sed en toda mi vida. El Salvador queria que deseara la gracia que le queria conceder, y que se la pidiera; Dios no nos convierte jamas, no queriendo nosotros. La verdadera voluntad de convertirse es siempre una disposicion necesaria para una conversion eficaz. Deseaba Jesus dar á la Samaritana la fuente de agua viva que le ofrecia; pero queria disponerla á hacerse digna de ella por la

confusion y el dolor de sus pecados, y por el conocimiento del Mesías. Estoy pronto á darte lo que me pides, le dijo el Salvador; pero ve, llama á tu marido, para que participe de la gracia que quiero hacer. No tengo marido, respondió la muger. Has dicho bien, replicó el Salvador, porque el hombre con quien actualmente vives no es mas tu marido que los otros cinco con quienes has vivido como si hubieran sido tus maridos legítimos. (Así explica este pasage S. Juan Crisóstomo.) A estas palabras quedó absorta la Samaritana, y no tuvo que responder; pero la vergüenza de ver descubiertos sus desórdenes, y el ver que la reconvenian con ellos, la hizo desviar con habilidad la conversacion. Señor, dijo, conozco que eres profeta; y nadie es mas capaz que tú de resolverme una cuestion que ha infinito tiempo divide á los judíos y samaritanos en punto de creencia. Es cierto que nuestros padres siempre han adorado á Dios en el templo que está edificado aquí sobre el monte Garicin, sobre el cual se dice que Abraham quiso sacrificar á su hijo, y que Jacob erigió un altar á la vuelta de su viage de Mesopotamia: y vosotros los judíos decís que no se le debe adorar sino en el templo de Jerusalen. ¿Por parte de quiénes está el engaño? El Salvador que conocia muy bien que esta muger por sus cuestiones fuera de propósito solo buscaba cómo entretenerlo, y no dar lugar á la cuestion principal (pintura fiel de una alma pecadora á quien la gracia persigue, y que pretende evadirse de ella) no la abandona ni se enfada con ella; ántes bien con una dulzura y una amable condescendencia responde á sus preguntas artificiosas; pero responde instruyéndola, y sin perder de vista su fin, que es la conversion y la salvacion de esta pecadora. Creeme, la dice: ha llegado el tiempo en que las prácticas supersticiosas de vuestra falsa religion, y las ceremonias judáicas, aunque santas, deben cesar para dar lugar al solo verdadero culto. La verdad va á sustituir al error, y la luz á las tinieblas. Las observancias exteriores del judaismo van á convertirse en un culto interior y espiritual, que no estará ligado ni al lugar ni á los templos: se podrá adorar á Dios en todas partes, con tal que se le adore en espíritu y en verdad, quiero decir, con tal que no se haga consistir todo el culto que se dé á Dios, y todo el espíritu de la religion, en puras ceremonias exteriores; pues aunque son santas y aun necesarias, pero el mérito del culto se toma del espíritu y del corazon con que se tributa, y este culto no está ni aligado á un lugar, ni envuelto en figuras; debe ser puro, afectuoso, desinteresado, religioso, sincero; y como Dios es espíritu, pide un culto verdadero y espiritual.

Miéntras que el Salvador revelaba tan grandes misterios á la Samaritana, su gracia adelantaba mucho en su corazon el milagro de su conversion; estaba embelesada y tambien movida del razonamiento del Salvador, pero todavía rehusaba rendirse á los convites y solicitaciones de la gracia; y no sabiendo qué responder, apela al Mesías, para que le enseñara por cuál de las dos naciones está la verdad, y le dijera lo que se debia hacer. Entónces el Salvador, viéndola en una tan santa disposicion, la dijo: He aquí al Mesías que esperais; yo soy el Mesías que hablo contigo. Apénas hubo dicho esto, cuando llegaron sus discípulos, los que se sorprendieron al verlo conversar con una muger; pero no se atrevieron á preguntarle el asunto de la conversacion. No bien hubo el Hijo de Dios declarádole á la Samaritana quién era, cuando infundiendo la fé su luz en su espíritu, y triunfando la gracia de su corazon, deja allí su cántaro, corre á la ciudad, y se pone á gritar en todas las calles: Venid á ver á un hombre que me ha dicho cuanto he hecho: no puede ménos de ser Cristo; no hay duda que es el Mesías que esperamos, él es el mismo; lo que me ha dicho me hace conocer lo que es: en fin, dijo esta muger tantas cosas del Mesías, que muchos se determinaron á ir á ver á este hombre extraordinario. Entre tanto los discípulos que sabian que su Maestro estaba fatigado y desfallecido, le rogaron que comiera; pero les respondió que tenia una comida de mas harto gusto, que la que ellos le presentaban, y que le daba mas vigor; lo que hizo decir á los discípulos: ¿Por ventura le ha traido alguno de comer? ¿Quereis saber, les añadió entonces, cuál es esta comida de que yo me alimento? Es hacer la voluntad del que me ha enviado, y perfeccionar su grande obra, que es la salvacion de los hombres; quiero que vosotros trabajeis en ella conmigo; es muy abundante la mies en que he resuelto ocuparos, y hay mucho que trabajar. Quizá me direis que todavía faltan cuatro meses hasta la siega; y yo os digo que la siega está ya muy cerca. Tended la vista por todos los pueblos de la tierra; este es el campo que os está destinado; los veréis tan prontos y tan en sazon para la siega espiritual de que os hablo, como lo están los campos para la siega ordinaria, cuando los panes amarillean y están dorados. Todos los que trabajan en esta especie de siega son recompensados; así el que siembra como el que siega, cada uno tiene por que alegrarse. Yo os envío á segar, y á hacer la cosecha en las tierras que no habeis labrado ni tampoco sembrado. Los que

os precedieron, quiero decir, los patriarcas, los profetas, los doctores que Dios dió á su pueblo para instruirlo, lo cultivaron y lo dispusieron para que recibiera bien vuestras instrucciones, y se aprovechara de vuestros cuidados.

Miéntras que el Salvador instruia de este modo á sus discípulos, los habitantes de Sicar á quienes la Samaritana lo habia anunciado, contándoles de él tantas maravillas, corrieron en tropas hácia él. Su aire, su modestia, su afabilidad, sus palabras, todo les confirmó lo que la Samaritana les habia dicho. Habiéndole suplicado y obtenido de él que se detuviese dos dias en la ciudad, no bien lo hubieron oido, cuando casi toda la ciudad creyó en él. Ya no por lo que nos has dicho creemos que este hombre es el Mesías, decian á la Samaritana; lo que hemos oido nosotros mismos de su propia boca, no nos permite dudar ya que sea el Salvador del mundo, que así los judíos como nosotros estamos esperando.

No debe admirarnos, dice San Agustin, el que la Samaritana no hubiese comprendido cuál era la agua de que Jesucristo le hablaba, pues los mismos discípulos tampoco comprendieron cuál era la comida que les decia; ¿pero no es todavia mas de admirar que el Salvador mire el cuidado de trabajar en nuestra salvacion, como la mas estrecha y apretada necesidad de su vida, y que nosotros miremos el cuidado de nuestra salvacion como una cosa que nada importa? Si la Samaritana no hubiese creido, no hubiera anunciado á sus conciudadanos las maravillas que Jesucristo habia obrado con ella; y estos no hubieran hecho que el Salvador entrara en su ciudad. Así por un secreto impenetrable de los juicios de Dios, la conversion de una ciudad, de un reino entero está algunas veces aligada á la conversion de una sola persona. Si esa muger profana, si ese libertino se convirtieran á Dios, tal vez con su ejemplo moverian á hacer lo mismo á una infinidad de otros. ¡Pero qué docilidad en un pueblo medio infiel, miéntras que el verdadero pueblo de Dios tiene tan poca! El samaritano cree en Jesucristo, sin mas que oir sus razones, y el judío no cree en él, aun cuando lo vé obrar los mas estupendos milagros. Solo predica dos dias el Señor en Sicar, y los samaritanos se convierten; predica y hace las mas ruidosas maravillas en la Judea por espacio de tres años, y los judíos le quitan la vida. Así se ven algunas veces muchos cristianos vacilar en la fé en medio de los mas poderosos socorros espirituales y de las mas vivas luces, miéntras que el bárbaro, dócil á la voz de un varon apostólico, cree y vive conforme á su fé.

La Epístola es del capítulo XX del libro de los Números.

En aquellos dias: Hicieron los hijos de Israel un conciliábulo contra Moises y Aaron; y amotinados dijeron: Danos agua para que bebamos. Y habiendo despedido á la multitud Moises y Aaron, entrando en el Tabernáculo de la alianza, se postraron contra el suelo y clamaron al Señor, y le dijeron: O Señor Dios, escucha los clamores de este pueblo y ábreles tus tesoros, una fuente de agua viva, á fin de que apagada su sed, cesen de murmurar. En esto apareció la gloria del Señor sobre ellos. Y habló el Señor á Moises, diciendo: Toma la vara, y congregad al pueblo tú y tu hermano Aaraon, y hablaréis á la peña en presencia de toda la gente, y la peña brotará aguas. Y sacado que hubiéreis agua de la peña, beberá todo el pueblo con sus ganados. Tomó pues Moises su vara, que se guardaba en la presencia del Señor, segun se lo mandó, y congregada la multitud delante de la peña, les dijo: Oid, rebeldes y descreidos: ¿Por ventura podremos nosotros sacaros agua de esta peña? Y habiendo alzado Moises la mano, y herido dos veces con la vara aquella peña, salieron aguas copiosísimas; por manera que pudo beber el pueblo y los ganados. Dijo entonces el Señor á Moises y á Aaron: Ya que no me habeis creido en órden á hacer conocer mi gloria á los hijos de Israel, no introduciréis vosotros este pueblo en la tierra que yo le daré. Esta es la agua de contradiccion en donde los hijos de Israel se querellaron contra el Señor, el cual manifestó en ellos su gloria.

El Evangelio es del capítulo IV de San Juan.

En aquel tiempo: Vino Jesus á una ciudad de Samaria llamada Sicar, vecina á la heredad que Jacob dió á su hijo José. Aquí estaba la fuente de Jacob. Jesus, pues, cansado del camino, sentóse así sobre el brocal de este pozo. Era ya cerca la hora de sexta. Vino una muger samaritana á sacar agua. Díjole Jesus: Dame de beber. (Es de advertir que sus discípulos habian ido á la ciudad á comprar de comer.) Pero la muger samaritana le respondió: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber á mí que soy samaritana? Porque los judíos no comunican con los samaritanos. Díjole Jesus en respuesta: Si tú conocieras el don de Dios, y quien

es el que te dice: Dame de beber; puede ser que tú le hubieras pedido á él, y él te hubiera dado agua viva. Dícele la muger: Señor, tú no tienes con que sacarla, y el pozo es profundo: ¿Dónde tienes, pues, esa agua viva? ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro padre Jacob que nos dió este pozo, del cual bebió él mismo y sus hijos y sus ganados? Respondióla Jesus: Cualquiera que bebe de esta agua, tendrá otra vez sed; pero quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamas volverá á tener sed: ántes el agua que yo le daré, vendrá á ser dentro de él un manantial de agua que manará hasta la vida eterna. La muger le dijo: Señor dame de esa agua, para que no tenga yo mas sed ni haya de venir aquí á sacarla. Pero Jesus le dijo: Anda, y llama á tu marido, y vuelve acá. Respondió la muger: Yo no tengo marido. Dícele Jesus: Tienes razon en decir que no tienes marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es marido tuyo. En eso verdad has dicho. Díjole la muger: Señor, yo veo que tú eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decis que en Jerusalen está el lugar donde se debe adorar. Respóndele Jesus: Muger, créeme á mí: ya llega el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalen adorareis al Padre. Vosotros adorais lo que no conoceis. Pero nosotros adoramos lo que conocemos: porque la salud procede de los judíos. Pero ya llega tiempo, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu; y por lo mismo los que le adoran en espíritu y verdad deben adorarle. Dícele la muger: Sé que está para venir el Mesías (esto es, el Cristo.) Cuando venga, pues, él nos lo declarará todo. Y Jesus le responde: Ese soy yo que hablo contigo. En esto llegaron sus discípulos y extrañaban que hablase con aquella muger. No obstante, nadie le dijo: ¿Qué le preguntas ó por qué hablas con ella? Entre tanto la muger, dejando allí su cántaro, se fué á la ciudad, y dijo á las gentes: Venid y veréis á un hombre que me ha dicho todo cuanto yo he hecho. ¿Será quizá este el Cristo? Con eso salieron de la ciudad y vinieron á encontrarle. Entre tanto instábanle los discípulos diciendo: Maestro, come. Díceles él: Yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros no sabeis. Decíanse pues los discípulos unos á otros: ¿Si le habrá traido alguno de comer? Jesus les dijo: Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento á su obra. ¿No decis vosotros:

Dentro de cuatro meses estaremos en la siega? Pues ahora os digo yo: Alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos, y ved ya las mieses blancas y á punto de segarse. Aquel que siega, recibe su jornal y recoge frutos para la vida eterna; á fin de que igualmente se gocen así el que siembra como el que siega. Y en esta ocasion se verifica aquel refran: Uno es el que siembra y otro el que siega. Yo os he enviado á vosotros á segar lo que no labrásteis: otros hicieron la labranza, y vosotros habeis entrado en sus labores. El hecho fué que muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la muger que aseguraba: Me ha dicho todo cuanto yo hice. Y venidos á él los samaritanos, le rogaron que se quedase allí. En efecto, se detuvo dos dias en aquella ciudad: con lo que fueron muchos mas los que creyeron por haber oido sus discursos. Y decian á la muger: Ya no creemos por lo que tú has dicho, pues nosotros mismos le hemos oido y hemos conocido que este es verdaderamente el Salvador del mundo.

MEDITACION.

Sobre la conversion de la Samaritana.

Considera con cuánta razon debemos exclamar con el mártir Bonifacio. ¡Cuán bueno es el Dios de los cristianos! Sediento y fatigado camina en busca de una muger tan satisfecha en sus delitos, como envilecida por ellos. ¡Oh y cuánto estima las almas! Para buscar á esta no se escusa de sudar hilo á hilo: despues correrán arroyos de sangre de sus llagas para redimirlas á todas. ¡Qué olvidada llega la Samaritana de Dios: y cuán en el corazon la tiene el Señor! Ignorante ella de los eternos bienes, hidrópica de los gustos perecederos, solicita algives rotos y deja la fuente de aguas vivas! ¡Qué poco se pensaba hallar la verdadera dicha que se dispuso para ella! Viene en busca del agua, símbolo de los fugitivos contentos de la vida, y halla la vena perdurable de la gracia! Comienza á disponerla Cristo para hacerla capaz de sus infinitas misericordias: entra pidiendo para dar, pide un poco de agua, el que ha de verter toda su sangre, empéñase en pedir poco, para dar mucho: ¡Oh, qué deseo tiene de dar! ¡Qué sed de comunicar sus celestiales dones! Con deseo he deseado, dice el mismo Señor. Sediento de nuestra artura: agua pide, mas de lágrimas que limpien el alma, que blanqueen la conciencia. Así te dice; dame de beber, lágrimas te pido:

compadécete de mi sed; no me des la hiel de tu ingratitud ni el vinagre de tu tibieza: venga una lágrima siquiera derramada por tantas culpas: ábranse esas fuentes de tus ojos, y te comunicaré en dilubios las de mi gracia. ¿Qué dices, no le brindarás con lágrimas de amargura, para que él te anegue á tí en abismos de dulzura? ¿No harás un gran desprecio de los mundanos deleites para tener una gran sed de los divinos contentos? ¿No quieres gozar eternamente la perenne fuente de la gracia?

Considera como niega la vil criatura á su Criador un poco de agua que le pide; pero el Señor, lejos de abandonarla, toma de esta ocasion para favorecerla: juzga la Samaritana que tiene bastante fundamento para negarla, así como todos los que se escusan de servirle; pero Jesus olvidado de sus desservicios, instándole con el bien: ¡Oh muger, la dice, si conocieses el don de Dios! Si supieses con quién hablas! Como tú me pedirias á mí que soy fuente perenne de todos los bienes, mina de los tesoros, manantial de consuelos; y yo te franquearia á millares los tesoros de mi gracia; yo te daria mi gracia que exalta hasta la vida eterna. Oye, alma mia, é inclina tu oido, que el Señor te dice á tí lo mismo. ¡Oh si supieras ó si conocieras el don de dones y merced de mercedes que es mi gracia! ¡Si supieseis quién es el Señor que te llama! Tu único bien, todo tu remedio, tu consuelo, tu felicidad, tu vida, tu centro; el que solo puede llenar tu corazon y satisfacer tus deseos. ¿Cómo vendrias desalada á pedir esta agua de la gracia: cómo querrias anegarte en esta fuente? Aviva tu fé, alienta tu amor y bebe de esta gracia en que se te aplica el precio infinito de la sangre de Jesus; aplícate á sus llagas, y llénate, alma mia, de Dios.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Misericordiosísimo Dios y Señor mio, conozco y confieso con harta confusion y vergüenza, que á mí me habeis sufrido mucho mas que á la Samaritana; pero veis aquí que ha llegado ya el instante dichoso en que yo corresponda á vuestros amorosos llamamientos. ¿Qué quereis de mí, oh Jesus dulcísimo? ¿El agua de mis ojos? Pues ya os la doy en un copioso llanto nacido de mi corazon contrito y humillado. Dadme vos á mí el agua viva de la gracia para lograr mi verdadera conversion.

JACULATORIA.

Conviérteme, Señor, y me convertiré.

LECCION.

Sobre la suavidad de la gracia.

Si atendemos y reflexionamos cuánta es la gravedad del pecado, y que mucho mayor es la misericordia del Señor é igualmente su gracia, para apartarnos de él, conoceriamos sin duda el valor infinito de esta gracia y misericordia, y entónces jamas despreciariamos sus inspiraciones y llamamientos. San Pablo nos dice: *Cuando abundó el pecado, sobrepujó la gracia:* y un sabio expositor añade: "Mucho mas eficaz fué la gracia de Cristo, que el pecado de Adan. Cuanto mas grave era la enfermedad, mas poderoso debia ser el remedio; y cuanto mayor era la iniquidad del pecador, mas grande era la misericordia del que perdonaba el pecado. ¿Qué culpas podrán ser aquellas que sin un agravio notorio de la bondad del Altísimo, nos hagan desconfiar del perdon? Ningunas; y esto mismo nos debe servir de estímulo para aprovecharnos con mas prontitud de la gracia. El enfermo que se ve acometido de una enfermedad grave y molesta, desea con ansia al médico y á la medicina, por lo mismo que la enfermedad es grave. Del mismo modo el pecador que tiene su alma enferma por la culpa, debe ocurrir inmediatamente á Jesucristo á pedirle el remedio. Habiendo sanado nuestras almas, no volvamos á enfermarlas quebrantando la ley, que en vez de servirnos de guia para la bienaventuranza, nos sirve de escándalo, como nos lo dice el mismo San Pablo: *Sobrevino la ley, para que abundase el pecado.* Nunca puede ser la ley causa inmediata del pecado; pero nuestra concupiscencia y nuestras pasiones hacen que nos sea ocasion de ruina espiritual lo que está instituido para nuestra utilidad solamente. Por tres motivos, dicen los teólogos explicando este pasage de San Pablo, que la ley sobrevino para que abundase el pecado, atendiendo, no á la misma ley, sino á la disposicion de los hombres para observarla. El primero, porque deseamos con mas ansia aquello que no está á nuestro alcance, que lo que fácilmente podemos conseguir; el pecado por razon de la prohibicion de la ley no está á nuestro alcance; por lo mismo lo deseamos con ansia. Segundo, porque las pasiones refrenadas se irritan demasiado, como lo vemos prácticamente en el que sufoca en su corazon alguna pesadumbre ó enojo; pues cuando llega á manifestar-

lo es con mayor fuerza de la que hubiera tenido al principio. Tercero, porque lo que nos es lícito, lo juzgamos como posible en cualquier tiempo y circunstancia; pero lo prohibido no; y de aquí es que cuando nos desenfrenamos respecto de alguna pasion, lo hacemos con una especie de ansia, como para aprovechar una oportunidad, sabiendo muy bien que debemos prescindir y arrepentirnos de aquel hecho. Si nosotros sirviéramos á Dios solamente por amor á su Magestad, y no como forzados por el temor del castigo, entónces la ley seria para nosotros suave y ligera. Con razon exclama el mismo intérprete: "¡Ojalá que la ley evangélica no fuera para la mayor parte de los cristianos ocasion de pecado y de ruina, por la mala disposicion de ellos, y la concupiscencia que reina en sus corazones! Enseñados por el Evangelio, sabemos que la avaricia, la ambicion, la venganza y los demas vicios nos están prohibidos; pero faltos del espíritu del mismo Evangelio, nos encendemos en deseos vehementes acerca de aquellos, y abunda en nosotros el pecado." Este espíritu del Evangelio es puntualmente el que hemos de pedir á Dios, este el que hemos de adquirir mediante su gracia, y el que ciertamente conseguiremos si sabemos aprovecharnos de ella. No temamos que entre en nuestros corazones causándonos algun tormento por hacernos prescindir de nuestras malas inclinaciones: la gracia al mismo tiempo que es fuerte y poderosa, es dulce y suave, y donde el hombre por instigacion del demonio cree encontrar los mas grandes tormentos, solo halla las mayores delicias.

Con tal prevencion de dulzura y humildad nos busca y nos llama el Señor á su gracia, como nos lo demuestra con la Samaritana: se sienta el Salvador en el brocal del pozo de Jacob para aguardar á esta pecadora. Otro tanto ha hecho muchas veces con nosotros: ¡infelices si no lo hemos percibido! ¿Cuántas ocasiones yendo á los pozos de Jacob hemos hallado luces que no esperábamos? ¡Luces que nos descubrian el error de nuestro estado y los hechizos de la virtud! Esto es, ¿cuántas veces se ha servido Dios de las cosas mas comunes y mas ordinarias para movernos y obligarnos? Un sermon por ejemplo, á que asistimos mas por curiosidad ó etiqueta que por devocion; una lectura devota tomada por pasatiempo; una conversacion, una visita ó un paseo por casualidad: ¿cuántas veces se nos ha presentado el pozo de Jacob, esto es, el manantial de las reflexiones, instrucciones y amonestaciones, en las que jamas habiamos puesto la atencion? Llega, en fin, esta pecadora esperada con tanta

caridad á sacar agua: entónces le dice el Señor: Dame de beber. Nada le pide que no esté en su mano, nada le pide que no esté en sus fuerzas: de este mismo modo procede con nosotros; nos pide poco en comparacion de la recompensa que nos promete: nada mas nos pide que agua, esto es, algunas lágrimas considerando nuestros desórdenes, algun pesar de haberle disgustado, alguna caridad con nuestros hermanos. Ved aquí á lo que se reduce lo que pide el Salvador. ¿Será pedir mucho pedirnos cosas fáciles que están en nuestras manos? La gracia aunque todopoderosa, no fuerza la libertad: ella no dispone de nosotros sino con reserva: nos llama, nos solicita, y no nos oprime ni estrecha. La Samaritana resiste á la gracia. ¿Y por qué resiste? Porque cree es un crímen que los judíos comuniquen con los samaritanos. ¡Qué escrúpulo en una muger que vivia sin temor y libremente en el pecado y en el vicio! ¡Pero qué comun entre nosotros! Efectivamente, hay muchos que se lamentan de las imperfecciones de otros, y no les hace fuerza cometer las mayores injusticias. Sin embargo, la gracia no se cansa de esta resistencia: gana á esta muger con sus interiores solicitaciones á tiempo que le dice el Salvador: "Si tú supieras quién te habla, y que es lo que intenta, serias la primera en buscarlo. Así es como procede Dios para conducirnos á la penitencia. Si supieras, cristiano extraviado, lo que es la virtud, los hechizos que tiene, cuánta es la gloria que te procura, y cuáles las consolaciones que lleva consigo: si supieras lo que vale tu alma, lo que ha costado el librarla del infierno: si supieras lo que es el mundo en el que te embarcas tan ciegamente; cuán molestos y vacíos son sus honores, cuán tumultuosos y amargos sus placeres, cuán frívola y costosa su amistad, cuán frecuentes sus peligros, cuán funestas sus ocasiones; si lo supieras, implorarias los auxilios de la gracia, con la que se tiene aliento para abandonarlo todo y fuerza para vencerlo todo. Pero ¿qué sucede? Vosotros respondeis como la Samaritana. "El pozo es muy profundo; la inclinacion demasiado viva; el hábito muy fuerte; los nudos demasiado estrechos y el objeto muy seductor. ¡Cómo he de renunciar á una persona tan tiernamente amada! ¡Cómo he de dejar estos adornos brillantes, y vestirme con modestia y simplicidad! ¡Cómo he de satisfacer á aquella persona que he ofendido! Esto es imposible; yo no puedo resolverme." Pues sabed que jamas tendreis paz en afectos que no tengan por fundamento la virtud; y

que todo placer que viene de la iniquidad y del desórden, es un placer que irrita, deshonra y no contenta.

"En fin, dijo la Samaritana, cuando haya venido el Mesías será tiempo de pensar en eso. Y Jesus sin dilacion alguna le respondió: Pues yo soy, aquí le tienes presente." Lo mismo sucede con nosotros. La gracia siempre está delante de nosotros, la desventura ó contratiempo que os ha disminuido esa fortuna que os hacia soberbios, os dice: Yo soy una gracia. Esa calumnia que os ha apartado de las concurrencias adonde asistiais con tanta frecuencia, con tanto peligro vuestro y con tanto escándalo para otros, aunque os parezca cosa cruel, ella es una gracia. Esa infidelidad del amigo y del objeto de vuestra aficion, esa inconstancia que os desconsuela y que os muestra para lo venidero un enojo doloroso, todo eso es una gracia que os trae á la memoria á Dios. Estas contradicciones que os rodean, esos remordimientos que os perturban, esos disgustos que os mortifican, esos buenos ejemplos que os conmueven, todo, todo es una gracia que se insinúa suavemente. La dulzura de la gracia fué la que léjos de molestar á la Samaritana, la obligó á determinar su conversion. ¡Ojalá obre otro tanto en el corazon de nuestros lectores!

Sábado de la tercera semana de Cuaresma.

El introito de la misa de este dia es del Salmo V., que compuso David en tiempo que era perseguido tan vivamente por Saul y por sus cortesanos. En él pide el Profeta á Dios justicia contra sus enemigos, que lo calumnian: *Señor, prestad vuestros oidos á mis palabras, atended á los clamores que envio hácia vos, inclinaos á mi oracion, vos que sois mi Rey y mi Dios.* A vos, Señor, recurriré siempre en mis necesidades, y tambien vos estareis siempre pronto á oirme. Este salmo tiene por título, Salmo de David; para el fin en favor de la que obtiene la herencia. Es á saber, dicen los Santos Padres, en favor de la heredera de las promesas de Jesucristo, que es la Iglesia. Se puede tambien mirar este salmo como una oracion excelente de la mañana, y como un modelo de los sentimientos piadosos que debe tener una alma en medio de un mundo corrompido, contra cuyos lazos y calumnias se debe pedir á Dios ayuda sin cesar, particularmente al comenzar el dia.

La Epístola, tomada del capítulo XIII del Profeta Daniel, contiene la calumnia de dos infames viejos:, que no habiendo podido pervertir á una muger jóven, de una rara belleza y de una virtud todavía mas excelente, se resolvieron á acusarla y perderla. Habiéndose apoderado Nabucodonosor de Jerusalen, fueron llevados cautivos entre otros muchos judíos, Joaquin y Susana su muger; ésta habia sido educada por sus padres en el santo temor de Dios, é instruida perfectamente en la ley de Moises. Nabucodonosor no los despojó de sus bienes, ántes bien les permitió hacer compras y adquisiciones en Babilonia, dejándolos vivir segun sus leyes y costumbres. Joaquin, que era uno de los mas visibles entre los judíos, se estableció desde luego en la ciudad, comprando una casa con un hermoso y delicioso jardin que tenia contiguo. Los judíos iban frecuentemente á su casa, y aun les habia permitido el que tuviesen en ella su consejo público, y sus juntas.

Mas despues que los judíos arreglaron su policía en Babilonia, permitió Dios que la castidad de Susana fuese puesta á la prueba mas terrible. Se habian puesto aquel año por jueces á dos viejos, de quienes el Señor quiso hablar cuando dijo: *Que la iniquidad salió de Babilonia por unos viejos que eran jueces, y que parecia conducian y gobernaban al pueblo.* Estos iban de ordinario á la casa de Joaquin: Susana tenia la costumbre de irse á pasear al jardin; ellos, viéndola entrar en él todos los dias, se prendaron de su estraordinaria belleza, y concibieron una ardiente pasion por ella, desterrando de su corazon todo temor de Dios, y entregándose á los deseos mas criminales: ambos estaban igualmente heridos del amor de Susana, sin atreverse á comunicar uno al otro su pasion, observando y aguardando el medio y el tiempo de encontrarla sola. Un dia, habiéndose pasado algun tiempo de que se habian retirado todos los que iban á que les hicieran justicia, se dijo uno al otro, con el fin de que se fueran: Vámonos á casa, que ya es hora de comer; pero no bien se habian separado para irse cada uno á su casa, cuando retrocedieron entrambos, y quedaron muy sorprendidos al verse uno al otro á la puerta. Entonces se confesaron uno á otro su criminal pasion, y tomaron entre sí las medidas que les parecieron mas convenientes para satisfacer sus brutales deseos. La ocasion se presentó bien pronto tal como la deseaban. Susana no tardó en entrar en su jardin, segun lo tenia de costumbre, acompañada solamente de dos doncellas que la servian. Esta, creyéndose estar so-

que todo placer que viene de la iniquidad y del desórden, es un placer que irrita, deshonra y no contenta.

"En fin, dijo la Samaritana, cuando haya venido el Mesías será tiempo de pensar en eso. Y Jesus sin dilacion alguna le respondió: Pues yo soy, aquí le tienes presente." Lo mismo sucede con nosotros. La gracia siempre está delante de nosotros, la desventura ó contratiempo que os ha disminuido esa fortuna que os hacia soberbios, os dice: Yo soy una gracia. Esa calumnia que os ha apartado de las concurrencias adonde asistiais con tanta frecuencia, con tanto peligro vuestro y con tanto escándalo para otros, aunque os parezca cosa cruel, ella es una gracia. Esa infidelidad del amigo y del objeto de vuestra aficion, esa inconstancia que os desconsuela y que os muestra para lo venidero un enojo doloroso, todo eso es una gracia que os trae á la memoria á Dios. Estas contradicciones que os rodean, esos remordimientos que os perturban, esos disgustos que os mortifican, esos buenos ejemplos que os conmueven, todo, todo es una gracia que se insinúa suavemente. La dulzura de la gracia fué la que léjos de molestar á la Samaritana, la obligó á determinar su conversion. ¡Ojalá obre otro tanto en el corazon de nuestros lectores!

Sábado de la tercera semana de Cuaresma.

El introito de la misa de este dia es del Salmo V., que compuso David en tiempo que era perseguido tan vivamente por Saul y por sus cortesanos. En él pide el Profeta á Dios justicia contra sus enemigos, que lo calumnian: *Señor, prestad vuestros oidos á mis palabras, atended á los clamores que envio hácia vos, inclinaos á mi oracion, vos que sois mi Rey y mi Dios.* A vos, Señor, recurriré siempre en mis necesidades, y tambien vos estareis siempre pronto á oirme. Este salmo tiene por título, Salmo de David; para el fin en favor de la que obtiene la herencia. Es á saber, dicen los Santos Padres, en favor de la heredera de las promesas de Jesucristo, que es la Iglesia. Se puede tambien mirar este salmo como una oracion excelente de la mañana, y como un modelo de los sentimientos piadosos que debe tener una alma en medio de un mundo corrompido, contra cuyos lazos y calumnias se debe pedir á Dios ayuda sin cesar, particularmente al comenzar el dia.

La Epístola, tomada del capítulo XIII del Profeta Daniel, contiene la calumnia de dos infames viejos:, que no habiendo podido pervertir á una muger jóven, de una rara belleza y de una virtud todavía mas excelente, se resolvieron á acusarla y perderla. Habiéndose apoderado Nabucodonosor de Jerusalen, fueron llevados cautivos entre otros muchos judíos, Joaquin y Susana su muger; ésta habia sido educada por sus padres en el santo temor de Dios, é instruida perfectamente en la ley de Moises. Nabucodonosor no los despojó de sus bienes, ántes bien les permitió hacer compras y adquisiciones en Babilonia, dejándolos vivir segun sus leyes y costumbres. Joaquin, que era uno de los mas visibles entre los judíos, se estableció desde luego en la ciudad, comprando una casa con un hermoso y delicioso jardin que tenia contiguo. Los judíos iban frecuentemente á su casa, y aun les habia permitido el que tuviesen en ella su consejo público, y sus juntas.

Mas despues que los judíos arreglaron su policía en Babilonia, permitió Dios que la castidad de Susana fuese puesta á la prueba mas terrible. Se habian puesto aquel año por jueces á dos viejos, de quienes el Señor quiso hablar cuando dijo: *Que la iniquidad salió de Babilonia por unos viejos que eran jueces, y que parecia conducian y gobernaban al pueblo.* Estos iban de ordinario á la casa de Joaquin: Susana tenia la costumbre de irse á pasear al jardin; ellos, viéndola entrar en él todos los dias, se prendaron de su estraordinaria belleza, y concibieron una ardiente pasion por ella, desterrando de su corazon todo temor de Dios, y entregándose á los deseos mas criminales: ambos estaban igualmente heridos del amor de Susana, sin atreverse á comunicar uno al otro su pasion, observando y aguardando el medio y el tiempo de encontrarla sola. Un dia, habiéndose pasado algun tiempo de que se habian retirado todos los que iban á que les hicieran justicia, se dijo uno al otro, con el fin de que se fueran: Vámonos á casa, que ya es hora de comer; pero no bien se habian separado para irse cada uno á su casa, cuando retrocedieron entrambos, y quedaron muy sorprendidos al verse uno al otro á la puerta. Entonces se confesaron uno á otro su criminal pasion, y tomaron entre sí las medidas que les parecieron mas convenientes para satisfacer sus brutales deseos. La ocasion se presentó bien pronto tal como la deseaban. Susana no tardó en entrar en su jardin, segun lo tenia de costumbre, acompañada solamente de dos doncellas que la servian. Esta, creyéndose estar so-

la, quiso bañarse, y mandó á las criadas que fueson á traerle aceite y perfumes, y que cerraran la puerta. No bien habian salido del jardin, cuando los dos infames viejos, que estaban escondidos, corren hácia Susana, la que quedó estrañamente sorprendida. La descubren su pasion, y la solicitan fuertemente á que se rinda á sus infames deseos. No habiendo podido hacerla consentir, la amenazan que la perderán. Susana arroja un profundo suspiro, y entre sus quejas y sus gemidos les dice: Por todas partes no veo sino peligros y precipicios; porque si hago lo que vosotros deseais, doy muerte á mi alma por el pecado; y si no lo hago, no puedo escapar de vuestras manos, y estoy segura que he de ser apedreada como adúltera. Pero en fin, mas vale morir inocente que vivir criminal; mas quiero caer en vuestras manos sin haber pecado, que pecar á vista de un Dios á quien amo y quiero servir. Habiendo dicho esto dá un grito, y los viejos llenos de despecho gritaron mas fuertemente que ella. El uno de ellos vá corriendo á la puerta del jardin, y abriéndola, llama gente para que sirvan de testigos. Los criados de la casa oyendo voces en el jardin acuden á ver lo que es; pero quedan atónitos al oir decir á los dos viejos, que acababan de sorprender á su señora en adulterio con un jóven, el que habiéndolos visto habia echado á correr. Toda la familia fué informada bien pronto de lo que acababa de suceder, y aun todos los parientes, quedando pasmados y atónitos; y Susana no se justificaba sino con las lágrimas. El adulterio entre los judíos era un delito capital, castigado siempre con pena de muerte, sin que fuese permitido interceder por el culpable. Como los dos jueces hacian de denunciadores y de testigos, el proceso se concluyó bien pronto, y se pronunció sentencia de muerte contra Susana. La mañana siguiente, habiéndose juntado el pueblo en casa de Joaquin, comparecieron los dos viejos, quienes declararon desde luego ante el congreso, en la forma ordinaria de justicia y segun las disposiciones de la ley, que tenian que hacer una delacion en justicia contra Susana. El modo de proceder en justicia que se usaba entónces, era este: Se citaba al reo; se oia á los testigos; se daba la sentencia, la que se ejecutaba sin dilacion, y todo esto en una mañana. La casta Susana venia acompañada de su padre y de su madre, de sus hijos y de toda su parentela, excepto el marido, por ser esta causa de adulterio. Tenia el rostro cubierto con un velo, como culpable, y cubierta de confusion á causa del delito de que era acusada. Los dos malvados, que eran

á un mismo tiempo sus acusadores y sus jueces, mandaron que se le quitase el velo, á fin de satisfacer así su infame pasion, dice la Escritura, mirando despacio á una muger tan hermosa. Como Susana mostraba en su semblante toda la pureza de su modestia, no menos que de su belleza, echáronse todos á llorar de sentimiento. A este tiempo, los dos infames viejos, dejando la calidad de jueces y tomando la de acusadores y testigos, la ponen sus manos sobre la cabeza. Esta era una fórmula usada entre los judíos cuando se acusaba á alguno, especialmente en caso de muerte: los testigos, puestas sus manos sobre la cabeza del reo, decian: Tu malicia es quien ha traido sobre tí este castigo, y no nosotros; denotando con esto que se descargaban sobre su cabeza de toda la pena de su muerte, del mismo modo que ántes del sacrificio se ponia la mano sobre la cabeza de la víctima, trasportando en cierto modo sobre ella la iniquidad y la pena, que se confesaba haber merecido por su pecado; en este mismo sentido, y con el mismo espíritu en la ley nueva, el sacerdote estiende sus manos sobre el pan y el vino, bajo cuyas apariencias Jesucristo se ofrece por nosotros á su Padre en el divino sacrificio, como víctima cargada de nuestras iniquidades.

Teniendo, pues, los dos viejos las manos sobre la cabeza de Susana, y poniendo á Dios por testigo de la verdad de lo que decian, declararon públicamente lo que aseguraban haber pasado en el jardin ó huerto, á su presencia. Todo el congreso creyó en su palabra, y sobre esta deposicion fué condenada la inocente á ser apedreada inmediatamente. Luego que oyó la sentencia levantó los ojos al cielo, y exclamó: "Dios eterno, que penetras hasta lo mas "oculto de los corazones, y á quien nada se esconde, tú sabes que "se ha dado un falso testimonio contra mí, y que muero inocente." No se la permitió hablar mas, fué preciso marchar hácia el lugar de la ejecucion; pero el Señor oyó su oracion, y al tiempo que la conducian al suplicio suscitó el espíritu de un jóven llamado Daniel, quien no tenia á la sazon sino doce años, que habia sido juntamente cautivo con ellos en Jerusalen; mas queriendo Dios confundir con la sentencia de un niño la malicia y la envejecida maldad de aquellos falsos jueces, inspiró á este mancebo, que se hallaba en medio del concurso, exclamase en alta voz: "Por lo que á mí toca, soy inocente en la muerte de esta muger." Todo el pueblo se volvió hácia él en ademan de querer saber lo que queria decir hablando de aquella suerte. Él se adelantó, y habiendo callado todos, les

dijo: Sois unos insensatos, hijos de Israel: ¿cómo habeis condenado tan precipitadamente, y sin averiguar la verdad, á esta muger inocente? Volved á juzgarla de nuevo, porque es falso el testimonio que se ha dado contra ella. El pueblo atónito al ver una resolucion como ésta en un niño, retrocede al punto, y vuelve á Susana á la audiencia. Los ancianos, que eran siempre del consejo y que hacian la funcion de jueces, admirados de oir al jóven Daniel, cuya prudencia tenian ya conocida, y del que no ignoraban lo ilustre de su nacimiento, pues era de la sangre de sus reyes, le mandaron ir con ellos, y lo hicieron sentar en medio de los jueces. Habiéndose juntado todo el pueblo, le dijeron: que pues el espíritu de Dios le alumbraba, se sirviese hacerlos participantes de sus luces sobre la causa de Susana. Entónces el jóven, sentado en medio de los dos jueces, manda que separen uno de otro á los acusadores, y haciendo entrar á uno de ellos, le dice como hombre inspirado: Viejo malvado, acabas de poner el colmo á tus delitos; juez inicuo, que hasta aquí has oprimido á tantos inocentes, y corrompido con el oro has declarado inocente al culpable, si es verdad que habeis sorprendido á esta muger en culpa, dime: ¿bajo qué árbol la habeis encontrado con su galan? Bajo un lentisco, respondió el viejo. Con gran desvergüenza has mentido, replicó Daniel; pero tu descaro vá á caer sobre tu cabeza. Habiendo hecho retirar á éste, manda que le traigan al otro. Luego que éste se presentó, le dijo Daniel lleno de indignacion: Raza de Canaan, y no de Judá, la hermosura de esta muger te ha deslumbrado, y tu brutal pasion te ha pervertido el corazon, y te ha hecho olvidar que eres juez. No es éste tu primer delito; pero sí será el postrero. Ni tú ni tu compañero habeis hallado en esta verdadera hija de Judá, la misma facilidad que encontrábais en las hijas de Israel, que de miedo se dejaban pervertir por vosotros; y pues aseguras tan confiadamente que la has encontrado con un jóven, dinos: ¿bajo qué árbol los has sorprendido? Bajo una coscoja, respondió éste. Mentiroso, replicó Daniel, ¿cómo tienes valor para calumniar así á una inocente? Pero no tardarás mucho en pagar la pena de tu mentira. Viendo todo el pueblo á los dos viejos tan claramente confundidos por su contradiccion, levantó el grito bendiciendo mil veces al Señor, por haberse servido de un niño para confundir la iniquidad de los dos dos viejos, y hacer triunfar la inocencia de Susana. No hubo necesidad de otras formalidades: los dos viejos malvados fueron

llevados en el mismo instante al suplicio, y apedreados segun la ley de Moises, que mandaba que los calumniadores y testigos falsos fuesen condenados á la misma pena que merecia el delito de que acusaban falsamente á los otros. Helcias y su muger, padres de Susana, con Joaquin su marido y sus parientes, fueron á dar gracias á Dios, porque en fin, habia hecho patente al mundo la inocencia de Susana.

Susana y el Patriarca José son los dos mas insignes ejemplos de la castidad del uno y del otro sexo, de que hace mencion la Escritura del Antiguo Testamento. Susana es ademas el modelo de la fé conyugal, que las casadas deben á sus maridos. Esto es sin duda lo que la iglesia nos ha querido proponer en el culto que ha permitido se la dé. Su fiesta es á 26 de Enero: en Tolosa la celebran con mucha devocion y solemnidad, con el título de Santa Susana de Babilonia.

El Evangelio de este dia nos pone delante en la conversion de la muger adúltera, la infinita bondad con que el Salvador ha mirado siempre á los pecadores. Habiendo ido el Salvador á Jerusalen como unos seis meses ántes de su muerte, para hallarse á la fiesta de los Tabernáculos, los milagros que obró, y las instrucciones que daba hicieron gran ruido, con cuyo motivo se suscitó entre los judíos una gran division tocante á su persona: unos decian que no solo era profeta, sino el mismo Cristo y el Mesías prometido; otros prevenidos por los fariseos lo miraban como á un seductor, y aun quisieron echarle la mano. Nicodemus que se hallaba presente á todo esto, desvió el golpe, y el Salvador queriendo hacer cesar esta especie de motin popular, excitado con ocasion de su venida, salió de Jerusalen y se retiró segun tenia de costumbre, al Monte Olivete, distante un cuarto de legua de la ciudad. La mañana siguiente al amanecer volvió al templo, y al punto concurrió á él todo el pueblo. Los escribas y fariseos que no miraban sino como disminuir la veneracion en que el pueblo lo tenia, creyeron que no podian hallar mejor ocasion para desacreditarlo, y hacerlo aborrecible al pueblo, que la que se presentaba; le trageron una muger que habia sido cogida en adulterio, y habiéndola puesto ante él en medio del congreso, dijeron estos hipócritas al Salvador: Maestro, esta muger ha sido cogida ahora en adulterio: Moises nos manda apedrear á todas las mugeres convencidas de este delito: tú que todo lo sabes, y que ademas de esto corriges y explicas las leyes, dinos por tu vida: ¿cuál es sobre esto tu parecer, y qué es lo que debemos hacer? Ved aquí una

pintura la mas viva de la hipocresía; gritar contra los desórdenes de los otros, clamar porque se castiguen, querer reformarlo todo, sin trabajar jamas en la reforma propia. Mas el Salvador se mostraba como que no oia la acusacion, estando escribiendo en la tierra con el dedo; pero como ellos persistieron en pedirle la respuesta, se levantó y volviéndose hácia ellos, confundió con su respuesta sus depravados intentos, diciéndoles: Aquel de vosotros que esté sin pecado, sea el primero que le tire la piedra. No quiso decir Jesucristo que debe estar exento de pecado el que ha de castigar el delito ageno: solo pretende con esta respuesta reducir á los fariseos á la necesidad, ó de declararse inocentes y fuera de toca reprension contra el testimonio de su conciencia, ó de usar con esta muger de la misma clemencia de que solicitaban hacer un delito al Salvador. Quizá eran ellos reos del mismo delito cuyo castigo solicitaban, y que el Hijo de Dios á quien era patente el fondo de sus conciencias, se los echaba en cara tácitamente con lo que escribia en la tierra. En efecto se bajó otra vez el Señor para continuar en escribir lo que abia comenzado; pero aquellos capciosos acusadores, no pudiendo sufrir mas tiempo su presencia, se fueron uno despues de otro sin decir palabra, empezando por los mas ancianos, como que eran los mas culpables, y en un instante desaparecieron todos, temiendo sin duda que Jesucristo revelaria sus torpezas, y les haria ver que eran mas culpables ellos, que la muger á quien acusaban: levantándose entónces el Salvador dijo á la muger con aquella mansedumbre que le era tan natural: ¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, respondió ella. Ni yo te condenaré, replicó el Salvador: vete, y no vuelvas mas á pecar. ¡Cuán admirable es esta conducta del Salvador! ¡Qué llena de consuelos y de instrucciones! Habia dicho el Señor que no habia venido á condenar, sino á convertir y á salvar. Conociendo la disposicion del corazon de esta pecadora, su arrepentimiento y su contricion, se contenta con mandarle que no vuelva á pecar. Si esta muger no hubiera detestado su pecado, si no se hubiera convertido perfectamente, es claro que viendo que sus acusadores se habian retirado, no se hubiera quedado ella delante de su juez, pues nadie la detenia; y la confusion en que se hallaba la hubiera obligado á echar á correr; pero el que se ha convertido verdaderamente, no tiene ganas de dejar á Jesucristo. En esto mismo debemos nosotros conocer cuando es perfecta nuestra conversion.

La Epístola es del capítulo XIII del profeta Daniel.

En aquellos dias: Habia un varon que habitaba en Babilonia, llamado Joaquin, el cual casó con una muger llamada Susana, hija de Helcias, hermosa en estremo, y temerosa de Dios, porque sus padres que eran virtuosos, instruyeron á su hija segun la ley de Moises. Era Joaquin un hombre muy rico, y tenia un jardin junto á su casa, al cual concurrian muchos judíos, por ser el mas respetable de todos ellos. Y en aquel año fueron elegidos jueces del pueblo los ancianos de aquellos de quienes dijo el Señor que la iniquidad habia salido en Babilonia de los ancianos que eran jueces, los cuales parecia que gobernaban al pueblo. Frecuentaban estos la casa de Joaquin, donde acudian á ellos todos cuantos tenian algun pleito. Y cuando al medio dia se iba la gente, entraba Susana á pasearse en el jardin de su marido. Veianl a los viejos cada dia como entraba á pasearse, é inflamáronse en malos deseos hácia ella; y perdieron el juicio, y desviaron sus ojos para no mirar al cielo y para no acordarse de sus justos juicios. Quedaron, pues, ambos ciegos por ella; pero no se comunicaron el uno al otro su pasion; pues se avergonzaban de descubrir su cuncupiscencia y deseos de pecar con ella: y buscaban cada dia con mayor solicitud el poderla ver. Y dijo el uno al otro: Vámonos á casa que ya es hora de comer; y salieron y se separaron el uno del otro. Mas volviendo cada cual otra vez, se encontraron en un mismo puesto; y preguntándose mútuamente el motivo, confesaron su pasion, y entónces acordaron el tiempo en que podian hallarla sola. Y mientras estaban aguardando una ocasion oportuna, entró ella en el jardin, como solia todos los dias, acompañada solamente de dos doncellas, y quiso bañarse en el jardin, pues hacia calor. Y no habia en él nadie sino los dos viejos que se habian escondido y la estaban acechando. Dijo pues ella á sus doncellas: Traedme la confeccion aromática y los perfumes, y cerrad las puertas del jardin, pues quiero bañarme. Hiciéronlo como lo mandaba, y cerraron las puertas del jardin; y salieron por una puerta escusada para traer lo que habia pedido, sin saber ellas que los viejos estaban dentro escondidos. Así que se hubieron ido las criadas, salieron los dos viejos, y corriendo hácia ella, le dijeron: Mira, las puertas del jardin están cerradas, nadie nos ve, y nosotros estamos enamorados de tí:

condesciende, pues, con nosotros y cede á nuestros deseos. Porque si te resistes á ello, testificaremos contra tí, diciendo que estaba contigo un jóven, y que por eso despachaste tus doncellas. Prorumpió Susana en gemidos, y dijo: Estrechada me hallo por todos lados; porque si yo hiciere eso que quereis, seria una muerte para mí; y si no lo hago, no me libraré de vuestras manos. Pero mejor es para mí el caer en vuestras manos sin haber hecho tal cosa, que el pecar en la presencia del Señor. Y dió Susana un fuerte grito; y gritaron entónces los viejos contra ella. Y corrió uno de ellos á las puertas del jardin, y abriólas. Y así que los criados de la casa oyeron ruido en el jardin, corrieron allá por la puerta escusada para ver lo que era. Y despues de haber oido los criados lo que decian los jueces, quedaron sumamente avergonzados; porque nunca tal cosa se habia dicho de Susana. Llegó, pues, el dia siguiente, y habiendo acudido el pueblo á casa de Joaquin su marido, vinieron tambien los dos viejos, armados de falsedades contra Susana para condenarla á muerte. Dijeron, pues, en presencia del pueblo: Envíese á llamar á Susana, hija de Helcías, muger de Joaquin. Y enviaron luego por ella. La cual vino acompañada de sus padres é hijos, y de todos sus parientes. Era Susana sumamente fina y de estraordinaria belleza. Y aquellos malvados la mandaron descubrir (pues estaba ella con su velo puesto) para saciarse por lo ménos viendo su hermosura. Entre tanto lloraban los suyos y cuantos la conocian. Y levantándose los dos viejos en medio del pueblo, pusieron sus manos sobre la cabeza de Susana. Ella empero, deshaciéndose en lágrimas, levantó sus ojos al cielo, porque su corazon tenia puesta la confianza en el Señor. Y dijeron los viejos: Estándonos paseando solos en el jardin, entró esta con dos criadas; y cerró las puertas del jardin, y envió fuera las criadas. Entónces se le acercó un jóven que estaba escondido, y pecó con ella. Y nosotros que estábamos en un lado del jardin, viendo el atentado, fuimos corriendo á donde estaban y los hallamos en el mismo acto. Más al jóven no pudimos prenderle porque era mas robusto que nosotros, y abriendo la puerta se escapó corriendo. Pero habiendo cogido á esta, le preguntamos quién era el jóven, y no nos lo quiso declarar: de este suceso somos nosotros testigos. Dióles crédito la asamblea, como ancianos que eran y jueces del pueblo; y la condenaron á muerte. Susana, empero, exclamó en alta voz y dijo: ¡O Dios eterno, que conoces las cosas ocultas, que sabes todas las cosas aun ántes que sucedan, tú sabes que estos han levantado contra mí un falso testimonio; y hé aquí que yo muero sin haber hecho nada de lo que han inventado maliciosamente contra mí. Y oyó el Señor su oracion. Y cuando la conducian al suplicio, el Señor manifestó el santo espíritu en un tierno jovencito llamado Daniel, el cual á grandes voces comenzó á gritar: Inocente seré yo de la sangre de esta. Y volviéndose hácia él toda la gente, le dijeron: ¿Qué es eso que tú dices? Mas él puesto en pié en medio de todos, dijo: ¿Tan insensatos sois, ó hijos de Israel, que sin forma de juicio y sin conocer la verdad del hecho habeis condenado á una hija de Israel? Volved al tribunal, porque estos han dicho falso testimonio contra ella. Retrocedió, pues, á toda prisa el pueblo; y los ancianos le dijeron á Daniel: Ven y siéntate en medio de nosotros é instrúyenos, ya que te ha concedido Dios la honra de anciano. Y dijo Daniel al pueblo: Separad á estos léjos el uno del otro, y yo los examinaré. Y así que estuvieron separados el uno del otro, llamando á uno de ellos, le dijo: Envejecido en la mala vida, ahora llevarán su merecido los pecados que has cometido hasta aquí, pronunciando injustas sentencias, oprimiendo los inocentes y librando á los malvados, á pesar que el Señor tiene dicho: No harás morir al inocente ni al justo. Ahora bien, si la viste *pecar*, dí: ¿Bajo que árbol los viste confabular entre sí? Respondió él: Debajo de un lentisco. A lo que replicó Daniel: Ciertamente que á costa de tu cabeza has mentido; pues hé aquí que el ángel del Señor, por sentencia que ha recibido de él, te partirá por medio. Y habiendo hecho retirar á éste, hizo venir al otro, y le dijo: Raza de Canan y no de Judá, la hermosura te fascinó y la pasion pervirtió tu corazon: Así os portábais con las hijas de Israel, las cuales de miedo condescendian con vuestros deseos; pero esta hija de Judá no ha sufrido vuestra maldad. Ahora bien, dime: ¿Bajo de qué árbol los sorprendiste tratando entre sí? El respondió: Debajo de una encina. A lo que repuso Daniel: Ciertamente que tambien tú mientes en daño tuyo; pues el ángel del Señor te está esperando con la espada en la mano para partirte por medio y matarte. Entónces toda la asamblea exclamó en alta voz, bendiciendo á Dios que salva á los que ponen en él su esperanza. Y se levantaron contra los dos viejos, á los cuales convenció Daniel por la misma boca de ellos, de haber proferido un falso testimonio, é hiciéronles el mal que ellos habian intentado contra su prójimo; y

poniendo en ejecucion la ley de Moises, los mataron: con lo que fué salvada en aquel dia la sangre inocente.

El Evangelio es del capítulo VIII de S. Juan.

En aquel tiempo: Fué Jesus al monte de los Olivos, y al romper el dia volvió al templo; y como todo el pueblo concurrió á él, sentándose, se puso á enseñarlos. Cuando los escribas y fariseos traen una muger cogida en adulterio; y poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta muger acaba de ser sorprendida en adulterio. Moises en la ley nos tiene mandado apedrear á las tales. ¿Tú á esto qué dices? Lo cual preguntaban para tentarle y poder acusarle. Pero Jesus, inclinóse hácia el suelo, y con el dedo escribia en la tierra. Mas como porfiasen ellos en preguntarle, se enderezó, y les dijo: El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra ella el primero la piedra. Y volviendo á inclinarse otra vez, continuaba escribiendo en el suelo. Mas oida tal respuesta, se iban escabullendo uno tras otro, comenzando por los mas viejos, hasta que dejaron solo á Jesus y á la muger que estaba en medio. Entónces Jesus enderezándose, le dijo: Muger, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado? Ella respondió: Ninguno, Señor. Y Jesus le dijo: Pues tampoco yo te condenaré. Anda, y no peques mas en adelante.

MEDITACION.

Sobre la misericordia de Dios.

Considera como presentaron al Señor los judíos una muger adúltera preguntándole con dañada intencion qué se debia hacer de ella. El Señor escribiendo sobre el polvo, dijo: El que de vosotros no tuviere pecado, sea el primero que la comience á apedrear. ¡Oh benignidad infinita! ¿Pero ignoramos acaso que esta misma benignidad usada mil veces con nosotros, como dice San Pablo á los romanos, nos excita que hagamos penitencia? Mira cuán perniciosa ignorancia sea esta, no saber por qué te tolera Dios en tu pecado, miéntras durare en tí esta ignorancia, no hay esperanza de que te enmiendes; porque una cosa es no corresponder á este beneficio, otra no apreciarlo, y otra no conocerlo. Quien no corresponde al beneficio es un ingrato; quien no lo estima, es un perverso; quien no

lo conoce, es un incorregible. Atiende á que si Dios te sufre y tolera, no es porque no pueda echarte en un instante en el infierno, sino porque no quiere, esperando á que tú entre tanto te conviertas. ¿Pues quién no ve como la benignidad de Dios no solo nos convida, mas nos induce, nos impele y en cierto modo nos violenta y nos fuerza á que hagamos penitencia, y nos arrepintamos? Porque ¿cómo es posible resistir mas al ver que un Dios de tanta magestad está sufriendo tantas injurias como le hacemos, solo porque nosotros, viles criaturas, no perezcamos? ¿Benignidad tan grande no habia de ser bastante para ablandar tu corazon? Pues así es, no te espera Dios ni te sufre por otro fin; y

Considera como medrosos los fariseos de que Jesus descubriese sus iniquidades, se ausentaron uno á uno. Entónces viéndose el Señor solo con la muger, le pregunta si la habia condenado alguno: responde que no; y el Señor la dice: ni tampoco yo te condenaré; vete, y no vuelvas á pecar. Penetra si puedes cuán horrenda sea la maldad que se comete, cuando del mismo mostrarse Dios tan benigno en tolerar al pecador, toma mayor osadía para ofenderle. ¿Qué es esto sino querer ofenderle, porque le hace bien; preciso será segun eso, que tambien le ofenda porque se lo hizo, porque se vistió de carne humana, porque sudó y afanó por su bien, porque derramó su sangre y padeció inmensamente hasta morir en una cruz por nosotros. ¡Ah! ¡Qué consecuencias se sacan de tan exótico principio! Pues ello es que nosotros las llamos ó damos lugar á ello cuando la bondad del Señor en lugar de movernos á penitencia no sirve de motivo para que no la hagamos. Esta gran bondad en nuestro caso, se llama benignidad, esto es, una bondad del todo graciosa y liberal; y así nos puede abandonar si la desmerecemos, y entregarnos en manos de la divina justicia. ¡Pues cómo puede ser, ¡ó pecador! que no te estremézcas de terror considerando lo que seria de tí si te abandonase? ¿Qué, acaso no tiene ella sus límites, fuera de los cuales no dará un paso mas? La omnipotencia de Dios aunque es infinita, sin embargo no produce infinitas cosas, ni la Providencia provee de infinitos medios: pues de la misma suerte aunque la bondad divina sea infinita, no por eso sufre ni tolera infinitas veces: tiene su número señalado y determinado por su altísima é inescrutable Providencia. ¿Y quién te asegura que este número no se haya ya cumplido? Una cosa es la misericordia en sí misma, otra en sus efectos; estos son finitos y limitados. Que las misericordias

sean muchas, ya nos lo dice la Escritura; pero nunca dice que sean infinitas.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Qué haré ahora, Dios poderosísimo, ya que por vuestros santos auxilios conozco el abuso que he hecho de vuestra misericordia, entregándome libremente á toda clase de excesos? ¡Oh virtud admirable de la penitencia! ¡Qué poderosos son tus esfuerzos! Ya encontré, Dios misericordioso, el medio de salvarme, libertando mi alma de tan ominoso poder. Lloraré dia y noche mis errores: me postraré en vuestra presencia contrito y humillado: no cesaré de deciros: Pequé, Dios mio, pequé contra tu bondad: abrazaré la penitencia mas austera, y con eso estoy seguro que repararé mis pérdidas, os agradaré á vos, y os restituiré mi alma como á su primer principio y último fin, para que repita sin cesar.

JACULATORIA.

Eternamente cantaré las misericordias que el Señor ha usado conmigo.

LECCION.

Sobre la misericordia divina.

La misericordia divina se dá á conocer de diferentes modos y formas. Ya con el nombre de Providencia, ya con el de Gracia, une los beneficios espirituales con los temporales, y de ambos resulta el órden del universo. A cada instante sale Dios de su secreto para manifestar sus dones. La historia del mundo no es mas que una serie continua de sus milagros; los que no nos hieren, porque el hábito nos ha hecho insensibles; pero léase el Antiguo Testamento, y cada página nos llenará de admiracion y de asombro. Sin embargo, cuanto hay de grande en esos libros, no es mas que sombra de la Suprema Bondad, respecto de lo que ésta obró en el instante en que el Hijo del Padre se hizo Hijo de María. El cielo se liquidó en rocío, y la tierra se lavó con la sangre del Hombre Dios: las piedras se despedazaron; los sepulcros se abrieron; el Evangelio fué anunciado; el mundo se renovó; los ídolos cayeron; la cruz fué ensalzada, y los hombres se hicieron cristianos; esto es, herederos de la vi-

da eterna, capaces de recibir continuamente gracias para llegar á ella, y de recobrarlas cuando tuvieran la desdicha de perderlas.

¿Cuántas han sido aquellas con que á cada uno de nosotros se ha enriquecido? ¿Cuántas las que nos han preservado de innumerables peligros, las que nos han socorrido cuando nos parecia hallarnos en el caso mas desesperado, cuando nos acusaban como á la adúltera del Evangelio? La gracia de Dios es el testimonio de su amor, que ha hablado en lo íntimo de nuestra alma, todas las veces que tuvimos inspiraciones ó remordimientos. Pero la mayor prueba de esta gracia y de la misericordia de Dios, es la paciencia con que tolera las irreverencias y blasfemias: la paciencia con que deja circular por todas partes los abominables escritos del libertinage y de la incredulidad: la paciencia con que prolonga los dias de sus desgraciados autores: la paciencia con que tanto los espera para que se corrijan y enmienden. Desdichados los que se burlen ahora de ella, porque llegará un tiempo en que se llene la medida; un tiempo en que conozca el impío que es una cosa terrible tener por enemigo al mismo Jesucristo: *No hay cosa mas horrenda*, dice San Pablo, *que caer en las manos de Dios vivo*. Estas palabras no son espantos quiméricos ni vanas esclamaciones. La misericordia misma de Dios es la que nos dá á entender con un trueno, que debemos despertar de nuestro adormecimiento. Estas palabras son ahora lo mismo que serán á la hora de nuestra muerte; porque la palabra de Dios siempre es la misma, y porque Dios no puede ser engañado ni engañar. Por mas que el hombre intente oponer, fuera del arrepentimiento, un dique á la venganza del Eterno; por mas que se esfuerce en aumentar prosélitos, nunca tendrá fuerza, ni crédito, ni muralla que lo pueda poner al abrigo de la justicia divina. Todas las objeciones, todas las burlas, todas las agudezas son ortos tantos carbones de cólera que amontona sobre su cabeza, segun la expresion de la Escritura; y todo el ingenio de los incrédulos, solo servirá para aumentar sus suplicios y excitar mas y mas sus aflicciones.

Cuanto mas misericordioso es el Señor, tanto mas culpable es el pecador. La misma misericordia, tantas veces menospreciada, tantas veces desatendida y ultrajada, será la que solicite la venganza del Eterno. La sangre misma de Jesucristo, tantas veces profanada, será la que grite por la venganza, y la que pida justicia: todos los santos juntos pedirán á Dios que castigue á los malos y á los

impíos, y á la peticion de éstos luego se accederá; pues á ellos no se les puede decir lo que á los escribas y fariseos: *Aquel de vosotros que está sin culpa, sea el primero en tirarle la piedra;* pues efectivamente no la conocen, ó la han borrado por la penitencia. Mas ahora que prosternados delante del trono del Cordero no cesan de pedir por la salvacion de todos los que han abandonado el camino de la verdad, ocurramos con tiempo á esa bondad y misericordia infinita que ellos imploran, confiando que el Señor está pronto á perdonarnos: no pidiendo de nuestra parte ninguna cosa difícil, solo quiero que lloremos nuestras faltas pasadas, y formémos el propósito de no volverlas á cometer, para decirnos lo que á la adúltera: *Vete, y no quieras ya pecar en adelante.*

En efecto, son muchas las circunstancias y modos en que el Señor nos manifiesta su gracia y misericordia; pero si atendemos á las veces y reflexionamos en el arte, por decirlo así, con que él mismo nos busca y nos brinda con el perdon de nuestras culpas, verémos que la Escritura nos lo representa de mil y mil maneras: ya como un padre amoroso, que apenas divisa á lo léjos á su hijo descarriado, que se dirige hácia él, cuando le sale al encuentro y lo recibe en sus brazos: ya en la persona de un pastor que corre en pos de la oveja descarriada, que la toma y la pone sobre sus hombros; ya, en fin, lo vemos dándonos aquella prueba de amor, que segun el mismo Jesus, es la mas grande que puede darse, como es dar la vida por sus amigos. ¡Ah! ¿De qué modo podrá corresponder el pecador á tantos beneficios? ¿No será un criminal, un monstruo de ingratitud, el que retarde su conversion un solo momento? Si desgraciadamente nos hemos separado de nuestro Dios por el pecado, escuchemos su voz; y la primera señal de que nuestro arrepentimiento es firme y verdadero, sea el corresponder inmediatamente á sus llamamientos divinos. ¿Será posible que cuando Dios, que es el ofendido, nos busca con tanta ansia y amor, nosotros nos hagamos de rogar? ¿Quién es capaz de aprobar semejante conducta? Si la observáramos en el mundo respecto de aquellas personas á quienes hemos agraviado injustamente, mereceríamos el desprecio y abominacion de todos los hombres. ¿Pues qué merecerémos cuando se trata de haber ofendido con la mayor y mas notoria injusticia á todo un Dios, y añadir á nuestros crímenes la mas negra ingratitud? ¡Oh Dios mio, mereceríamos que cerrárais para siempre, no solo vuestros divinos labios para no llamarnos, sino aun vuestros oidos para

no escucharnos cuando os llamáramos! Pero ¡oh misericordia infinita del Altísimo! No se cansa, no se menoscaba, siempre es la misma. Comprendamos bien este amor infinito del Salvador, y sin que nos sirva de rémora la gravedad de nuestras culpas, no perdamos un solo instante en corresponder de todo corazon á su gracia y misericordia.

Domingo de la cuarta semana de Cuaresma.

El cuarto Domingo de Cuaresma ha tenido siempre en la Iglesia una solemnidad mayor que los tres antecedentes; era uno de los cinco Domingos del año que llamaban principales, porque tenian oficio fijo, el que nunca cedia al de ninguna otra fiesta. La razon de esta particular solemnidad es porque en este dia hace la Iglesia la fiesta del milagro de la multiplicacion de los cinco panes, que ha sido siempre mirado como uno de los efectos mas insignes del poder de Jesucristo, como se vió en que el pueblo despues de este prodigio pensó en hacerlo rey y sentarlo en el trono. Antes que se hubiese fijado á este Domingo la fiesta de este milagro, la juntaban con la del primer milagro que hizo Jesucristo en las bodas de Caná, y se celebraba su memoria el mismo dia de la Epifanía, porque se creia sobre una antigua tradicion, que la multiplicacion milagrosa de los cinco panes en el desierto, habia sucedido en aquel mismo dia.

Ademas del nombre de Domingo de los cinco panes, se le da tambien en algunas partes el de Domingo *Letare*, de la primera palabra del introito de la misa, tomado del capítulo LXVI del Profeta Isaías: "Alégrate, Jerusalen, y congregaos todos los que la amais, para juntar vuestra alegría con la suya: saltad de gozo los que habeis estado de asiento en la tristeza y en el dolor; y sereis colmados de delicias y os saciareis de los consuelos que manan y brotan de su seno." El Profeta, despues de haber predicho de un modo claro y preciso la conversion de los gentiles á la fé de Jesucristo, bajo la figura de los judíos, libres de su cautividad, y vueltos á su pais, convida á todo el pueblo escogido á hacer demostraciones de alegría, por la conversion de los gentiles para no hacer sino una Iglesia. ¿Quién oyó jamas cosa igual? dice el Profeta, y ¿quién jamas vió cosa semejante? ¿Quién hubiera pensado jamas, añade,

que Sion hubiera podido producir en tan poco tiempo un pueblo tan numeroso? En efecto, ¿qué cosa mas admirable y mas pasmosa que la prodigiosa conversion de los gentiles á la fé de Jesucristo! Esto es lo que anunciaba el Profeta á la hija de Sion, y le hacia decir, que se alegrarán todos los que amaban á Jerusalen, y que enjugaran sus lágrimas, porque vendria un tiempo en que esta ciudad se veria llena de gloria y en que toda la tierra participaria de las delicias que correrian de su seno.

Parece que la Iglesia en lo demas del oficio ha querido elegir de la Escritura, los pasages que hay mas propios para excitar en sus hijos un gozo todo espiritual. *Me he llenado de gozo, cuando me han dicho que iremos á la casa del Señor;* por estas palabras empieza el salmo CXXI, que contiene los sentimientos de alegría del pueblo judaico, cuando se vió en vísperas de salir de la cautividad de Babilonia, enseñándonos el Espíritu Santo con estas figuras, cuáles deben ser nuestros sentimientos por el cielo que es nuestra verdadera patria; y disponiéndonos la Iglesia por afectos de gozo espiritual, para la tristeza que debe producir en nosotros la pasion del Salvador que se empieza á celebrar el Domingo siguiente, y para la alegría de la resurreccion, figurada en el fin de la cautividad de Babilonia, como tambien en la salida de Egipto. Con el mismo fin de inspirar estos sentimientos de alegría á sus hijos, esparce la Iglesia el dia de hoy flores sobre sus altares, y se sirve del órgano para la celebridad de la fiesta; lo cual es una especie de alivio que la Iglesia parece procura á los que han pasado felizmente la mitad de la carrera de los ayunos de Cuaresma. Asimismo se ha elegido algunas veces en Roma este Domingo para la coronacion de algun príncipe; tambien una de las mas visibles señales que se hacen en dicha ciudad, es la de la rosa de oro que conduce procesionalmente el papa acompañadode los cardenales; y concluidas las ceremonias de la Iglesia, la lleva á su palacio, y hace de ella un presente á algun monarca ó á otro potentado.

La Epístola de la misa de este dia contiene las instrucciones que da San Pablo á los gálatas, donde contrapone la ley nueva á la servidumbre de la antigua, bajo la figura de los hijos de Abraham, Ismael é Isaac: nacido el primero de una muger esclava llamada Agar, la cual fué con el tiempo echada de la casa con su hijo, siendo despues éste padre de doce hijos, de los cuales descienden los ismaelitas, los árabes, los sarracenos y los demas pueblos que no tuvieron

parte en las promesas del Señor. Pero Isaac habia sido prometido á Abraham, y Dios le habia dicho que seria su verdadero heredero, en favor del cual se ejecutarian las promesas que le habia hecho. Se ve con bastante claridad que en la historia de estos dos hijos hay una alegoría misteriosa y un sentido místico y figurado: los mismos judíos han reconocido no solo en Ismael y en Isaac, sino tambien en Agar y Sara, la figura de los dos Testamentos ó Alianzas. Agar, esclava, no pudo ser madre del heredero ni tener hijos libres, siendo figura de la Sinagoga, cuyos hijos estuvieron sujetos servilmente á la ley y á todas las ceremonias legales, y así esta ley fué dada y como aparecida entre fuegos, truenos y relámpagos, símbolos naturales del temor. El Apóstol, queriendo persuadir á los gálatas, continúa diciéndoles que la nueva alianza, esto es, la Iglesia de Jesucristo representada por Sara, madre de Isaac, no tiene sino hijos libres de la servidumbre de la ley.

El Apóstol entiende aquí tambien la Jerusalen terrestre por aquella en que vivian los judíos de su tiempo, es á saber, una ciudad material, terrestre, perecedera, representada la esclava por Agar; y la Jerusalen celestial, esto es, la Iglesia de Jesucristo su esposa, representada por Sara. Esta Jerusalen venida de lo alto, es la esposa de Jesucristo y madre de todos los fieles. La Iglesia no tiene sino hijos libres, herederos de las promesas hechas por Dios á Abraham en favor de su hijo Isaac. En solo este hijo, figura de Jesucristo, que es su hijo segun la carne, debian ser benditas todas las naciones. Agar, figura de la Sinagoga, no tuvo sino hijos esclavos. Tales eran los judíos servilmente sujetos á las observancias de la ley; se puede decir que sus fines, su culto, su religion misma, todo era material, todo natural, todo servil; solo los hijos de la Iglesia son verdaderamente libres; el privilegio de un culto espiritual y sobrenatural, la adoracion en espíritu y en verdad, eran propios de la Nueva Alianza.

Está escrito, continúa el Apóstol: "Alégrate, estéril, que no pares." Estas palabras las tomó San Pablo del Profeta Isaías, á quien le fueron revelados todos los misterios del Mesías y de la redencion, y que tenia presente el retrato de la Iglesia, la felicidad de su dichosa fecundidad, cuya posteridad ha sido mas numerosa, está mas extendida, es cien veces mas permanente que la de la Sinagoga, su primogénita, que se gloriaba de lo numeroso de sus hijos, y que á los principios parecia echar en cara á la Iglesia su oscuridad

y esterilidad. Por lo que toca á nosotros, hermanos mios, continúa el Apóstol, somos los hijos de la promesa, figurados por Isaac; no seais tan cobardes, tan insensatos, que renuncieis esta gloriosa prerogativa y os hagais voluntariamente hijos de Ismael, metiendoos otra vez en la esclavitud de que Jesucristo os libró, y sujetandoos por un error imperdonable á las ceremonias de la ley.

Pero así como el que habia nacido segun la carne, perseguia al que habia nacido segun el espíritu, lo mismo sucede ahora. Así como Ismael perseguia al jóven Isaac, así tambien hoy los judíos carnales é incrédulos persiguen á los cristianos. Habiendo sido tratado tan mal el Salvador, no se debia esperar que los discípulos tuviesen un tratamiento mas favorable. ¿Pero qué dice la Escritura, añade San Pablo? Echa de casa á la esclava y á su hijo, pues no debe tener parte en la herencia. Segun el sentido literal, el Apóstol da á entender bastantemente á los gálatas, que deben echar de sí á los verdaderos ismaelitas que los persiguen, y á los falsos Apóstoles que los pervierten. Segun el sentido moral, debemos echar de nosotros todo lo que es contrario á nuestra salvacion, como son las ocasiones próximas de pecado, y todo lo que puede sernos motivo de caida, sin que en esto haya la menor reserva. Debemos asimismo negarnos á las sugestiones del amor propio, y domar nuestras pasiones.

El Evangelio de la misa de este dia contiene la historia de la multiplicacion de los cinco panes en el desierto, con que el Salvador dió de comer á mas de cinco mil personas.

Acababa Jesucristo de curar al paralítico que yacia junto á la piscina, y este milagro que habia hecho gran ruido en Jerusalen y á los alrededores, habia dado motivo al Salvador de probar muy por estenso la autenticidad de su mision, la divinidad de su persona y la santidad de su doctrina; pero los fariseos, léjos de rendirse á una verdad tan clara, solo buscaban como apoderarse de él, resueltos á quitarle la vida; mas como todavía no llegaba el tiempo determinado para este gran sacrificio, el Salvador, que sabia todo lo que se tramaba contra él, tuvo por conveniente retirarse. Comenzaba entónces el tercer año de su predicacion. Sus Apóstoles, que habian sido llamados á predicar, vueltos entónces de su mision, fueron en seguimiento del Salvador hasta la ribera del mar de Tiberiades, donde se embarcó con ellos y se retiró al desierto llamado de Betsaida. Habiendo subido á lo alto de una colina donde habia

hecho sentar á sus discípulos al redédor de él, y viendo desde allí la gran multitud de personas que venian á él de todas partes, para ahorrarles la pena de subir, se bajó al llano, donde los recibió con un rostro que mostraba bien la tierna aficion que les profesaba. La primera cosa que hizo fué suministrarles el alimento espiritual, enseñándoles las máximas de la mas alta perfeccion, y arrojando en sus corazones las primeras semillas del cristianismo, disponiéndolos así para la gran fiesta de la Pascua que estaba ya próxima.

Habiendo acabado de curar á todos los enfermos que se le habian presentado, y siendo ya hora en que el pueblo se retirase, le rogaron sus Apóstoles que los despachara para que buscaran alojamiento en las poblaciones vecinas y tomasen algun alimento, pues algunos se hallaban aun en ayunas. Mas el Salvador pensaba todavía mas en sus necesidades que ellos mismos; y volviéndose á Felipe, le dice: ¿De dónde comprarémos pan para que coman estos? Esto le dijo para probarlo, dice el Evangelista, porque sabia muy bien el Salvador lo que habia de hacer. Felipe le respondió que aunque tuvieran doscientos denarios para comprarlo, no les tocaria ni á un bocado á cada uno. Entónces otro de sus discípulos llamado Andres, hermano de Simon, le dijo: Señor: aquí está un muchacho que trae cinco panes de cebada y dos peces, ¿pero qué es esto, añadió, para tanta gente? Pues habia en efecto mas de cinco mil hombres sin contar las mugeres y niños. ¿Pero falta jamas nada cuando se está al cuidado de la Divina Providencia? Haced sentar al pueblo sobre el heno, dijo Jesus, y no os dé pena por nada. Luego tomando aquel poco de pan y los dos peces, levantando los ojos al cielo y dando gracias á su Padre celestial, los bendijo; y habiendo partido los panes y los peces, se multiplicaron de tal suerte entre sus manos, que los discípulos á quienes los distribuia, tuvieron para repartir abundantemente á todo el pueblo, quedando todos satisfechos, y sobrando aun mas para llenar doce canastas. Los discípulos juntaron estas preciosas sobras por órden del mismo Salvador, que no queria se desperdiciase nada, y que deseaba se conservara entre ellos la memoria de un tan prodigioso milagro; enseñándonos con esto que todo lo que viene de Dios es precioso, y que la memoria de los favores del cielo es de la mayor consecuencia. Absorto y admirado el pueblo de ver un prodigio tan asombroso, dice á voces: Este es el Profeta que se nos ha prometido y por el que suspiramos tantos siglos ha: é inflamándose

su espíritu de gozo por lo sensible y portentoso del milagro, forman entre sí la resolucion de cojer al Salvador y colocarlo en el trono de Judá; pero conociendo el Señor su designio, mandó á sus Apóstoles que se embarcaran cuanto ántes: hecho esto, despidió al pueblo, y se retiró solo á lo mas interior del desierto de Betsaida.

La Epístola es del capítulo IV de la del Apóstol S. Pablo á los Gálatas.

Hermanos: Escrito está que Abrahan tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre. Mas el de la esclava nació segun la carne; al contrario el hijo de la libre, nació en virtud de la promesa. Todo lo cual fué dicho por alegoría. Porque estas dos son los dos Testamentos. La una dada en el monte Sina que engendra esclavos, la cual es Agar; porque el Sina es un monte de la Arabia, que corresponde á la Jerusalen de aquí abajo, la cual es esclava con sus hijos. Mas aquella Jerusalen de arriba es libre; la cual es madre de todos nosotros. Porque escrito está: Alégrate, estéril, que no pares: prorumpe en voces de algazara la que no eres fecunda; porque son muchos mas los hijos de las que ya estaba abandonada, que no los de la que tiene marido. Nosotros pues, hermanos, somos los hijos de la promesa, figurados en Isaac. Mas así como entónces el que habia nacido segun la carne perseguia al nacido segun el espíritu; así sucede tambien ahora. ¿Porque qué dice la Escritura? Echó fuera á la esclava y á su hijo: que no ha de ser heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre. Segun esto, hermanos, nosotros no somos hijos de la esclava, sino de la libre; y Cristo es el que nos ha adquirido esta libertad.

El Evangelio es del capítulo VI de S. Juan.

En aquel tiempo: Fué Jesus al otro lado del mar de Galilea, que es de Tiberiades. Y como le siguiesen una gran muchedumbre de gentes, porque veian los milagros que hacia con los enfermos; subióse á un monte, y sentóse allí con sus discípulos. Acercábase ya la pascua, que es la fiesta de los judíos. Habiendo pues Jesus levantado los ojos, y viendo venir hácia sí un grandísimo gentío, dijo á Felipe: ¿Dónde compraremos panes para dar de comer á toda esa gente? Mas esto lo decia para probarle; pues que bien sabia él mismo lo que habia de hacer. Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no les alcanzan para tomar un bocado cada uno. Dícele uno de sus discípulos, Andres, hermano de Simon Pedro: Aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada, y dos peces; mas ¿de qué sirve esto para tanta gente? Pero Jesus dijo: Haced sentar á esas gentes. El sitio estaba cubierto de yerba. Sentáronse pues al pié de cinco mil hombres. Jesus entónces tomó los panes; y despues de haber dado gracias, repartióles entre los que estaban sentados; y lo mismo hizo con los peces, dando á todos cuanto querian. Despues que quedaron saciados, dijo á sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan. Hiciéronlo así, y llenaron doce cestos de los pedazos que habian sobrado de los cinco panes de cebada, despues que todos hubieron comido. Visto el milagro que Jesus habia hecho, decian aquellos hombres: Este sin duda es el Profeta que ha de venir al mundo. Por lo cual, conociendo Jesus que habia de venir para llevársele por fuerza, y levantarle por rey, huyóse él solo esta vez al monte.

MEDITACION.

Sobre lo conveniente que es meditar en las obras maravillosas de Dios.

Considera que, como dice San Agustin, los milagros de Jesucristo son como una escritura formada con rasgos valientes y primorosos por la mano de un hábil escribiente. Esta escritura, pues, se muestra á los que saben leer, y á los que no saben ni conocen las letras: estos últimos solo encuentran en ella un objeto hermoso que deleita su vista y excita su admiracion, por el primor y belleza con que están formados aquellos caracteres, elevándose á celebrar tambien la habilidad y destreza de la mano que los formó; mas los que saben leer, á mas de la belleza de lo escrito, tienen la ventaja de saber su contenido, entendiendo los conceptos que espresa aquella escritura. Así pues, en la multiplicacion milagrosa de los cinco panes y dos peces que hizo el Señor en el desierto, los que no se instruyen ni meditan, solo ven un hecho milagroso, y forman alguna idea de la omnipotencia de Dios; mas los que profundizan en el misterio, á mas de lo que ven los otros, reconocen que una obra de esta clase solo puede ser hecha por el poder divino; y sacan por consecuencia, que el hombre admirable que la obró no es un puro hombre, sino un Hombre Dios: reconocen que si los santos obran milagros, no los hacen como Cristo; pues Cristo los hizo por propia virtud, como que es el mismo Dios hecho Hombre; y los santos solo

los hacen por la virtud de Dios y no por propio poder: reconocen en esta obra, no solo la omnipotencia de su Dios humanado, sino tambien la bondad y el amor con que los hace: ven que esta bondad es empleada en nosotros por pura misericordia, pues que la mueve nuestra indigencia y miseria, sin que haya en nosotros mérito para obtenerla; y que este amor es enteramente gratuito, pues no tenemos de nosotros mismos excelencia alguna por donde ser amados, y sí suma maldad por donde ser aborrecidos; en fin, por abreviar, ven en la multiplicacion de los panes un anuncio del misterio de la Eucaristía, en el que, aunque el cuerpo de Cristo no es mas que uno, por una obra prodigiosa é infinitamente admirable de la omnipotencia de Dios, se le dá una especie de inmensidad y de multiplicidad, por la que, sin dejar de ser un solo cuerpo, está en todo el mundo, y se recibe por todos los hombres, y está en tantos millones de partes, cuantas son las formas consagradas, y en estas formas está á modo de sustancia todo en el todo, y todo en cada parte, de manera que si se divide en infinitos fragmentos, en cada uno de ellos está todo el cuerpo de Cristo Sacramentado, tan entero, vivo y glorioso como está en el cielo. ¡Oh, y cuánta es la omnipotencia de Dios! ¡Cuánta su bondad! ¡Cuánta la ventaja del hombre que medita estas obras con piadoso y amante corazon, pues conociendo á Dios se inflama en su amor y se une á él por gracia, para gozarle por gloria en las alturas.

Considera que, como dice el mismo Padre San Agustin, los milagros de Cristo llaman mas nuestra atencion y nuestro pasmo, por desusados; pero que si bien lo consideramos, notarémos que no son solos y únicos, ni mayores que otros que obra cada dia el Señor, en los que por usados no paramos nuestra atencion; pero que no son ménos prodigiosos que aquellos. Mayor milagro es, añade este Padre, el gobierno y sostenimiento de todo el universo por todos los siglos y en todos los instantes, y la providencia con que el Señor alimenta y nutre á todos los hombres de todos los paises y de todas las edades, que la multiplicacion de cinco panes, con que dió de comer á cinco mil hombres en el desierto; y sin embargo, éste nos asombra, y en aquel no paramos la atencion. ¿De qué proviene esto, sino de la falta de consideracion? Vemos las obras de Dios; pero no las meditamos, no de otra suerte que el ignorante que ve y admira los hermosos rasgos; pero no entiende sus conceptos. ¡Ah, que muchas veces envidiamos la suerte de aquellos hombres que

comieron el pan multiplicado en las manos divinas de Jesus, y no apreciamos la dicha que logramos en comer cada dia, no un pan de cebada, sino el pan vivo que descendió del cielo, el mismo Jesucristo obrador de aquella maravilla, que no contento con darnos el pan que sustenta nuestro cuerpo en la tierra, se nos dá á sí mismo bajo las especies de pan, para alimentar nuestras almas y darnos por ella una vida de gracia que nos merezca la vida eterna! ¡Oh! Meditémos, meditémos; pero meditémos con corazon humilde, devoto y agradecido á las finezas de nuestro amabilísimo Jesus.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Así lo quiero, Dios de mi corazon; así lo propongo, y con vuestra divina gracia lo llevaré á efecto en todos los dias de mi vida. Meditaré en tus obras; conoceré tu bondad; apreciaré tu amor; me inflamaré en él; lo buscaré sin cesar á toda costa, y con cualquier sacrificio. ¡Oh dulce Jesus mio! Bien conozco que soy indigno de acercarme á vos, por la iniquidad y el pecado con que he manchado mi pobre alma; pero añadid á vuestros milagros esta otra maravilla: hacedme de un vaso inmundo un vaso de eleccion. ¡Ah! Yo oigo en el centro de mi alma vuestra voz de salud que otorga mi peticion; pero haciéndome saber que para alcanzar el milagro de la purificacion de mi alma y el adelantamiento en la virtud, me es necesario ir á vos por el camino de la meditacion y la oracion.

JACULATORIA.

¡Oh Dios! Sea yo hecho como un prodigio para muchos, viéndome en la virtud los que me vieron en el vicio.

LECCION.

Sobre la limosna.

Cuando se ve al pobre con los ojos de la fé, su vista hace sobre nosotros impresiones muy vivas y eficaces: la misma luz que nos hace ver sus necesidades, nos instruye sobre la obligacion en que estamos de aliviarlos, y sentimos siempre en nuestro interior un fondo de misericordia proporcionado á su miseria; porque ¿qué nos dice la religion con respecto á estos hombres desgraciados? Nos dice, que aunque parecen vasos de ignominia, no por eso son ménos amados del Dios de magestad y de gloria: que la sangre que se

derramó en el Calvario, se ofreció tambien por ellos, y que toda la ternura ó menosprecio que les manifestamos resalta hasta la persona del Verbo encarnado. Dios es igualmente padre de los pobres que de los ricos. La religion, pues, manda á estos sean caritativos en reconocimiento del bien que han recibido; y esto es justicia: les manda sean caritativos en reconocimiento de los beneficios recibidos del Redentor; y esto es gratitud; y les manda ser caritativos para desarmar la cólera del juez en el dia de su venganza, y esto es prudencia.

La limosna es un tributo que debemos pagar á las personas cuya miseria nos es conocida. Dios, Padre comun de todos los hombres y dueño absoluto de todos los bienes, no ha desheredado á los pobres y dado su legítima á los ricos; solamente ha confiado á estos su administracion y cuidado, para probar su fidelidad; así es que deben dar á aquellos el alimento suficiente á su necesidad. Si los ha establecido con autoridad en Egipto, no es para que perciban solo los frutos de la abundancia, sino para que á ejemplo de José, den parte de ellos al pobre en tiempo de sequedad y penuria. Si ha puesto las riquezas en sus manos, solo ha sido con el designo de que puedan contribuir para su santificacion con el uso caritativo de ellas, y no para su condenacion empleándolos en sus gustos. Todo lo que os dais á vosotros mismos, ó que reservais mas allá de vuestra subsistencia y de vuestra conservacion, de ningun modo os pertenece, dice San Agustin; eso es una usurpacion notoria de los derechos de la indigencia.

Es preciso dar lo superfluo y lo que excede á nuestras necesidades; pero entendamos bien esto, no necesidades arbitrarias, regladas por la ambicion, por la vanidad y por el capricho del corazon humano, al que nunca satisfacen las mas cuantiosas rentas, sino necesidades reguladas por la razon, por la religion y por las leyes de la modestia: así es que debe tenerse por superfluidad y no por necesidad todo aquello que empleamos en halagar y regalar á nuestros sentidos. Cercenemos estas superfluidades y habrá lo necesario para los pobres. Supla, dice San Pablo, vuestra suntuosidad á la indigencia, para que la indigencia de nuestra alma sea algun dia reemplazada con la abundancia de sus méritos, y para que por este medio establezcais entre vosotros y los pobres una justa igualdad. ¿Con qué título, con qué privilegio se pretende poder gozar de todas las dulzuras de la vida presente no haciendo á los pobres participes de alguna de ellas? Es necesario temer no seamos responsables de sus llantos y gemidos, haciendo pasar á Dios por un Dios injusto, por un Padre insensible respecto de ellos: los pobres son unas lámparas preciosas confiadas á nuestro cuidado; es necesario no dejarlas apagar por falta de él.

Pero ¡qué desgracia! se creen los hombres desempeñados enteramente de lo que se debe á los pobres. No se avergüenzan de decirles que no tienen que darles, al mismo tiempo que dan á entender que tienen, fomentando sus pasiones. Somos poco atentos á consultar nuestras rentas cuando tratamos de gastar para sostener nuestro lujo y vanidad, y si pensamos en ser caritativos, entonces sí somos muy económicos y contenidos; como si la limosna no fuera de justicia para la viuda y el huérfano á necesitado. Jesucristo se hizo pobre, dice el Apóstol, se despojó del esplendor de su magestad y gloria; se redujo al estado mas pobre y mas humilde para enriquecernos con su indigencia. ¿No será muy justo y puesto en razon, que en recompensa hagamos nosotros por sus miembros afligidos á lo ménos algo de lo mucho que él hizo por nosotros? ¿Y mas cuando él mismo nos asegura que él es el que pide por boca de los pobres, y que todos los socorros que nosotros les procuremos, los considera como un regalo hecho á él mismo? ¿Quién si viese al Salvador en carne mortal y con necesidad, seria capaz de negarle una poca de agua? El que no es sensible á los dolores presentes, ménos lo es á los pasados. Es preciso no ver á la humanidad en un vil estado, sino ver en ella, como dice San Agustin, á un Dios paciente, ó á lo ménos á un siervo, á un amigo de Dios. El pobre que acaso se sentará en la gloria, despues de su muerte, y gozará las delicias celestiales, ¿no podrá sentarse á nuestra mesa y que guste de los toscos manjares que le podemos ofrecer para saciar su necesidad! Los pobres son la tierra fértil que da ciento por uno. Nadie ha empobrecido por dar limosna: David encuentra el botin que los Amalecitas le habian arrebatado luego que dió refrigerio á un pasagero. La viuda de Sarepta vió renacer en su casa la fertilidad y la abundancia, porque repartió la única esperanza de su subsistencia. Los discípulos, en fin, reparten el dia de hoy cinco panes, y recogen de solo sobras doce espuertas.

Mas no estos motivos únicamente nos deben impeler á dar limosna; hay otro y mucho mas poderoso, y es que con ella alcanzamos misericordia. Haced limosna, dijo el divino Jesus, y con ella bor-

rareis todas vuestras iniquidades: la voz del pobre suplirá la flaqueza y esterilidad de vuestras lágrimas. El que quiera aparecer ante el Juez Supremo como acreedor y no como deudor, dé limosna: ella cubre para los ojos del Señor la multitud de nuestros crímenes pasados y nos preserva de otros. Dichoso el que se compadece del huérfano y de la viuda, Dios le librará de las venganzas divinas: la limosna abre las puertas eternas. No séamos insensibles en vida á las súplicas de los pobres, ni dejemos el ser liberales para la hora de la muerte. ¿Qué? ¿Esperamos á amar á los pobres cuando ya los vamos á dejar? ¿Esperamos repartir nuestros tesoros cuando apénas podemos poseerlos por unos breves instantes? ¿Queremos ser cristianos cuando acaso ya seremos condenados? ¿Iremos á pedir á Dios recompensa de unas limosnas que aun no se reparten? ¡Para el que se condenó servirán de acerbo dolor al repartirse! ¡Qué contraste! En vida teniéndose por cristiano, no hizo limosnas; ahora que ya es condenado las hace, pues, las hacen á su nombre. ¿No es una cosa verdaderamente admirable, que cuando le podian servir no las hizo, y ahora que de nada le sirven, sino de aumentar su rabia las ejecuta? Hagámoslas, lector mio, en tiempo oportuno, no queramos sembrar cuando no sea tiempo de recoger.

Lúnes de la cuarta semana de Cuaresma.

Cuanto mas se acerca el santo tiempo de la pasion, tanto son mas tiernas y exquisitas las oraciones de la Iglesia. La misa de este dia comienza por el salmo LIII. "Dios mio, por la gloria de vuestro nombre, salvadme del peligro en que estoy; y desplegando vuestro poder en mi favor, haced conocer el juicio que haceis de mi inocencia. Escuchad, Señor, la oracion que os envio, y dad oidos á mis representaciones. Porque aquellos de quienes creí poder fiarme, me han sido contrarios, y se han declarado contra mí, por todas partes me veo rodeado de enemigos fuertes, que solo buscan como quitarme la vida." Nunca se habia visto David en mas evidente peligro de caer en manos de Saúl; y así jamas se dirigió á Dios con mayor fervor y confianza. Perseguido furiosamente por Saúl, se habia refugiado en los montes y bosques de los alrededores de Zif. Mas allí fué descubierto á Saúl por sus hermanos los Zifeos, que le hicieron traicion para ganar la gracia del rey. Al instante

lo cercó Saúl con todo su ejército, y David no esperaba ya salvarse de las manos de su enemigo; pero recurrió á Dios, en quien únicamente ponia toda su confianza. Ya estaba al punto de ser sorprendido David, cuando fueron á avisarle á Saúl que los filisteos habian hecho una irrupcion en el país, y que iban á hacerse dueños de la capital. Saúl abandona al punto su empresa y se vuelve para rechazar á los filisteos. De este modo libertó el Señor á David, premiando su confianza y compadeciéndose de sus desgracias. De este mismo modo debemos poner nosotros toda nuestra confianza en Dios, que él sabrá ponernos al abrigo de la malignidad de los hombres.

La Epístola de la misa de este dia cuenta la historia del juicio de Salomon entre aquellas dos mugeres que litigaban sobre un niño, de quien una y otra decia ser madre.

Dos mugeres que vivian en una misma casa vinieron á echarse á los pies del rey pidiéndole justicia. La una acusaba á la otra de que habia ahogado á su hijo durmiendo, y que lo habia puesto secretamente á deshora de la noche en lugar del suyo que estaba vivo. La otra defendia que el hijo que vivia era de ella, y que cuanto decia su compañera era una falsedad. Los niños no tenian sino algunos meses, y eran casi de una misma edad y muy parecidos. El rey todavía jóven, pero que acababa de recibir de Dios el don de la sabiduría que le habia pedido, comprendió desde luego lo que debia hacer. Habiendo oido los clamores y las razones de una y otra parte, hace que le traigan una espada, y llama á uno de sus oficiales y le manda que divida en dos partes al niño que estaba vivo, y que dé la mitad á cada una de las mugeres. A esta sola propuesta la que era verdaderamente madre del niño, se horrorizó, y extremeciéndose sus entrañas de ternura por su hijo, exclamó: ¡Ah, Señor! Os suplico no matéis á mi hijo: consiento mas bien en que se le dé vivo á mi rival, que no muerto á las dos. La otra por el contrario, llena de un maligno despecho y de una secreta envidia, quiere ver que su compañera pierda á su hijo, como ella habia perdido al suyo, y dice: No hay cosa mas justa que la sentencia del rey, pues no sabe á quien de las dos pertenece el niño. Entónces Salomon conoció por esta diferencia de sentimientos cuál era la verdadera madre; y pronunciando sin detenerse la sentencia en favor de la primera, mandó que le entregaran al niño. Todo Israel admiró el discernimiento del rey, y la equidad de la sentencia: todos concibie-

rareis todas vuestras iniquidades: la voz del pobre suplirá la flaqueza y esterilidad de vuestras lágrimas. El que quiera aparecer ante el Juez Supremo como acreedor y no como deudor, dé limosna: ella cubre para los ojos del Señor la multitud de nuestros crímenes pasados y nos preserva de otros. Dichoso el que se compadece del huérfano y de la viuda, Dios le librará de las venganzas divinas: la limosna abre las puertas eternas. No séamos insensibles en vida á las súplicas de los pobres, ni dejemos el ser liberales para la hora de la muerte. ¿Qué? ¿Esperamos á amar á los pobres cuando ya los vamos á dejar? ¿Esperamos repartir nuestros tesoros cuando apénas podemos poseerlos por unos breves instantes? ¿Queremos ser cristianos cuando acaso ya seremos condenados? ¿Iremos á pedir á Dios recompensa de unas limosnas que aun no se reparten? ¡Para el que se condenó servirán de acerbo dolor al repartirse! ¡Qué contraste! En vida teniéndose por cristiano, no hizo limosnas; ahora que ya es condenado las hace, pues, las hacen á su nombre. ¿No es una cosa verdaderamente admirable, que cuando le podian servir no las hizo, y ahora que de nada le sirven, sino de aumentar su rabia las ejecuta? Hagámoslas, lector mio, en tiempo oportuno, no queramos sembrar cuando no sea tiempo de recoger.

Lúnes de la cuarta semana de Cuaresma.

Cuanto mas se acerca el santo tiempo de la pasion, tanto son mas tiernas y exquisitas las oraciones de la Iglesia. La misa de este dia comienza por el salmo LIII. "Dios mio, por la gloria de vuestro nombre, salvadme del peligro en que estoy; y desplegando vuestro poder en mi favor, haced conocer el juicio que haceis de mi inocencia. Escuchad, Señor, la oracion que os envio, y dad oidos á mis representaciones. Porque aquellos de quienes creí poder fiarme, me han sido contrarios, y se han declarado contra mí, por todas partes me veo rodeado de enemigos fuertes, que solo buscan como quitarme la vida." Nunca se habia visto David en mas evidente peligro de caer en manos de Saúl; y así jamas se dirigió á Dios con mayor fervor y confianza. Perseguido furiosamente por Saúl, se habia refugiado en los montes y bosques de los alrededores de Zif. Mas allí fué descubierto á Saúl por sus hermanos los Zifeos, que le hicieron traicion para ganar la gracia del rey. Al instante

lo cercó Saúl con todo su ejército, y David no esperaba ya salvarse de las manos de su enemigo; pero recurrió á Dios, en quien únicamente ponia toda su confianza. Ya estaba al punto de ser sorprendido David, cuando fueron á avisarle á Saúl que los filisteos habian hecho una irrupcion en el país, y que iban á hacerse dueños de la capital. Saúl abandona al punto su empresa y se vuelve para rechazar á los filisteos. De este modo libertó el Señor á David, premiando su confianza y compadeciéndose de sus desgracias. De este mismo modo debemos poner nosotros toda nuestra confianza en Dios, que él sabrá ponernos al abrigo de la malignidad de los hombres.

La Epístola de la misa de este dia cuenta la historia del juicio de Salomon entre aquellas dos mugeres que litigaban sobre un niño, de quien una y otra decia ser madre.

Dos mugeres que vivian en una misma casa vinieron á echarse á los pies del rey pidiéndole justicia. La una acusaba á la otra de que habia ahogado á su hijo durmiendo, y que lo habia puesto secretamente á deshora de la noche en lugar del suyo que estaba vivo. La otra defendia que el hijo que vivia era de ella, y que cuanto decia su compañera era una falsedad. Los niños no tenian sino algunos meses, y eran casi de una misma edad y muy parecidos. El rey todavía jóven, pero que acababa de recibir de Dios el don de la sabiduría que le habia pedido, comprendió desde luego lo que debia hacer. Habiendo oido los clamores y las razones de una y otra parte, hace que le traigan una espada, y llama á uno de sus oficiales y le manda que divida en dos partes al niño que estaba vivo, y que dé la mitad á cada una de las mugeres. A esta sola propuesta la que era verdaderamente madre del niño, se horrorizó, y extremeciéndose sus entrañas de ternura por su hijo, exclamó: ¡Ah, Señor! Os suplico no matéis á mi hijo: consiento mas bien en que se le dé vivo á mi rival, que no muerto á las dos. La otra por el contrario, llena de un maligno despecho y de una secreta envidia, quiere ver que su compañera pierda á su hijo, como ella habia perdido al suyo, y dice: No hay cosa mas justa que la sentencia del rey, pues no sabe á quien de las dos pertenece el niño. Entónces Salomon conoció por esta diferencia de sentimientos cuál era la verdadera madre; y pronunciando sin detenerse la sentencia en favor de la primera, mandó que le entregaran al niño. Todo Israel admiró el discernimiento del rey, y la equidad de la sentencia: todos concibie-

ron una gran estimacion y respeto hácia él, y bendecian al Señor por haberles dado un rey en quien habia puesto tanta sabiduría para hacer justicia.

Por artificioso que sea el disimulo, por mas que se disfrace la falsa piedad, no es capaz de imitar largo tiempo á la verdadera virtud; es preciso que se descubran bien pronto el artificio y el disfraz. La verdadera piedad, así como la naturaleza, tiene un carácter y unas facciones que no se copian sino muy imperfectamente. La falsa virtud ama la division, no sirve á Dios sino con temperamentos, y reservándose siempre alguna cosa. Se quiere servir á Dios; pero no se quiere desagradar al mundo. Dios y el mundo son dos señores muy contrarios: no importa; el falso devoto quiere servir á entrambos. La verdadera virtud aborrece toda division; sabe que es imposible servir á un mismo tiempo á estos dos señores, y nunca pierde de vista este oráculo de Jesucristo.

El Evangelio de la misa de este dia cuenta el celo con que el Hijo de Dios reprendió á los que profanaban el templo con su tráfico, y arrojó á los que hacian de él un mercado y un lugar de cambio.

No hacia mas que tres semanas que el Salvador habia comenzado á darse á conocer al pueblo por sus predicaciones y sus milagros, cuando acercándose la fiesta de la pascua, que era la mas solemne del año, dejó la ciudad de Cafarnaum donde moraba algun tiempo habia, para ir á Jerusalen á celebrar esta fiesta. Bien podia Jesus como legislador dispensarse de esta ley; pero queria enseñarnos aun mas con su ejemplo que con sus palabras cómo debemos cumplir nosotros y hacer cuanto fuere de su gloria y alabanza en todas sus festividades. Como el templo era siempre su primera estacion, se fué á él; y habiendo entrado, halló varias mesas puestas para los cambiantes y mercaderes que vendian bueyes, carneros y palomas, que servian de víctimas para los sacrificios. Los sacerdotes tenian su lucro en este tráfico y por un vil y sórdido interes toleraban que se tuviese esta feria en un lugar tan santo, cual era el átrio exterior del templo, donde el pueblo oraba ordinariamente. Al ver el Salvador una profanacion tan escandalosa de la casa de Dios, se inflamó en un santo celo; y olvidándose, si es permitido hablar así, de su mansedumbre y de su paciencia, en esta ocasion mostró su indignacion contra aquella tropa sacrílega, que deshonraba el mas respetable y santo templo. Juntó algunos cordeles que encontró tirados, hizo de ellos una especie de azote, y arrojó de aquel lugar sagrado,

primeramente á los mercaderes de bueyes y de carneros, y despues á los cambiantes, cuyo dinero arrojó por tierra, como tambien sus mesas y bancos. Con mas blandura trató á los que vendian palomas; no los echó á latigazos, solo se valió de su voz para hacerlos retirar, contentándose con decirles: Quitad de aquí estas cosas, y no hagais la casa de mi Padre casa de negociacion. El profeta Zacarías habia dicho mucho tiempo ántes, que cuando viniese el Mesías, *no habria traficantes en la casa del Señor.* Sus discípulos que conocian su extremada mansedumbre, se sorprendieron al ver en su Maestro una tan gran severidad; pero lo atribuyeron al fervor de su celo, y se acordaron de aquellas palabras que habia dicho David en persona del Mesías: *El celo que tengo por la honra de tu casa es como un fuego voraz que me consume.*

Sin embargo del poder y autoridad que el Señor ejercia con tanto imperio, los judíos que aun no le habian visto hacer milagro alguno, le preguntaron, ¿en virtud de quién obraba con tanta autoridad en la casa de Dios, y con qué milagro les probaba que Dios lo habia enviado en calidad de profeta? El Salvador que no hacia milagros para satisfacer la curiosidad de los que dudaban de su poder y de su mision, no quiso hacer otro delante de aquellos espíritus curiosos y malignos, sino el que acababan de ver. Porque ¿qué mayor milagro, dice San Gerónimo, que el que un solo hombre que no parecia estar revestido de autoridad alguna, hubiese hecho sin la menor resistencia lo que Jesucristo acababa de hacer? Era preciso, añade este padre, que un fuego celestial hubiese entónces centellado en sus ojos, y que la Magestad divina se hubiese dejado ver en su rostro. Sin embargo, tuvo á bien responder á su pregunta demasiado atrevida, por medio de una predicacion que debia demostrar su divinidad, y la cual sola valia por todos los mas grandes prodigios. Destruid este templo, les dijo, hablando de su cuerpo; esto es, vosotros lo destruireis y yo lo reedificaré en tres dias. Era el templo de su cuerpo del que Jesucristo hablaba; de aquel templo tan sagrado que los judíos habian de echar á tierra haciendo morir al Mesías, y que el Mesías resucitando tres dias despues por su propia virtud, lo habia de levantar. El milagro de su resurreccion, el cual solo demostraba mas el soberano poder, y la divinidad de Jesucristo, qué todos los otros, era la respuesta que daba ordinariamente á los que le preguntaban sobre su persona. Ninguno de los asistentes comprendió entónces este misterio; los mismos discípulos no

lo entendieron sino hasta despues que lo vieron cumplido. Los judíos creyeron que hablaba del templo de Jerusalen, reedificado por Zorobabel, y que no se acabó de perfeccionar sino despues de cuarenta y seis años: esto es lo que hizo decir á los judíos: Cuarenta y seis años se ha tardado en edificar este templo, ¿y tú dices que en tres dias lo reedificarás?

Habiendo el Salvador permanecido en Jerusalen toda la octava de la pascua, hizo muchos milagros; los que fueron causa de que muchas personas creyeran en él. Sus instrucciones y sus milagros lo hicieron muy célebre en Jerusalen. No se hablaba de él sino con admiracion: todos lo miraban como á un gran profeta; pero el Salvador que conocia á fondo el corazon de los hombres y su inconstancia, contaba poco sobre todas estas demostraciones de aprecio y de veneracion, sabiendo bien que la mayor parte de los que lo admiraban y ensalzaban entónces, pedirian su muerte dentro de pocos dias. Tal es aun hoy el carácter de aquellos cristianos, que despues de haber sido devotos, vienen á hacerse impíos y libertinos. ¡Pero cuál será la suerte de estos infelices!

La Epístola es del capítulo III del libro III de los Reyes.

En aquellos dias: Acudieron á Salomon dos mugeres públicas, y presentándose á su tribunal, dijo una de ellas: Dígnate escucharme, ó señor mio: yo y esta muger vivíamos en una misma casa, y yo parí en el mismo aposento en que ella estaba. Tres dias despues de mi parto parió tambien ella: nos hallabamos las dos juntas, y no habia en la casa nadie sino nosotras dos. Mas el hijo de esta muger murió una noche, porque estando ella durmiendo le sofocó. Y levantándose en silencio á una hora intempestiva de la noche, cogió á mi niño del lado de esta sierva tuya, que estaba dormida, y se le puso en su seno, y á su hijo muerto le puso en el mio. Cuando me incorporé por la mañana para dar de mamar á mi hijo, le hallé muerto; pero mirándole con mayor atencion así que fué de dia claro, reconocí no ser el mio que yo habia parido. A esto respondió la otra muger: Es falso: tu hijo es el que murió, y el que vive es el mio. La otra por el contrario decia: Mientes; pues mi hijo es el vivo, y el tuyo es el muerto; y de esta manera altercaban en presencia del rey. Dijo entónces el rey: La una dice: Mi hijo está vivo, y el tuyo es muerto. La otra responde: No, que tu hijo es el

muerto, y el vivo es el mio. Ahora bien, dijo el rey, traedme una espada. Y así que se la habian traido, partid, dijo, por medio al niño vivo, y dad la una mitad á la una, y la otra mitad á la otra. Mas entónces la muger que era madre del hijo vivo, clamó al rey porque se le conmovieron sus entrañas por amor á su hijo: Dale te ruego, ó señor, á ella vivo el niño, y no le mates. Al contrario decia la otra: Ni sea mio ni tuyo, sino divídase. Entónces el rey pronunció esta *sentencia:* Dad á la primera el niño vivo, y ya no hay que matarle, pues ella es su madre. Divulgóse por todo Israel la sentencia dada por el rey, y se llenaron todos de un respetuoso temor hácia él, viendo que le asistia la sabiduría de Dios para administrar justicia.

El Evangelio es del capítulo II de San Juan.

En aquel tiempo: Estaba ya cerca la pascua de los judíos, y Jesus subió á Jerusalen. Y encontrando en el templo gentes que vendian bueyes, y ovejas, y palomas, y cambistas sentados en sus mesas: habiendo formado en cuerdas como un azote, los echó á todos del templo, juntamente con las ovejas y bueyes, y derramó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas. Y á los que vendian palomas, les dijo: Quitad eso de aquí, y no querais hacer de la casa de mi Padre una casa de tráfico. Entónces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me tiene consumido. Pero los judíos se dirigieron á él, y le preguntaron: ¿Qué señal nos das de tu autoridad para hacer estas cosas? Respondióles Jesus: Destruid este templo, y yo en tres dias le reedificaré. Los judíos le dijeron: Cuarenta y seis años se han gastado en la edificacion de este templo, ¿y tú lo has de levantar en tres dias? Mas él les hablaba del templo de su cuerpo. Así, cuando hubo resucitado de entre los muertos, sus discípulos hicieron memoria de que lo dijo por esto, y creyeron á la Escritura y á las palabras de Jesus. En el tiempo pues que estuvo en Jerusalen, con motivo de la fiesta de pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los milagros que hacia. Verdad es que Jesus no se fiaba de ellos, porque los conocia á todos; y no necesitaba que nadie le diera testimonio acerca de hombre alguno: porque sabia él mismo lo que hay dentro de cada hombre.

MEDITACION.

Sobre las calidades de la fé.

Consideremos que no cualquiera especie de fé basta para que el Señor acepte su obsequio, pues vemos en el Evangelio de hoy, que muchos creian en Jesucristo al ver los milagros que obraba, y á pesar de eso el Señor no se fiaba de ellos, porque sabia lo que eran, dice el mismo Evangelio; es decir, que conocia á fondo sus corazones y veia que el convencimiento en que quedaban á virtud de los milagros era muy superficial, que no pasaba del entendimiento, ni ganaba sus corazones, los cuales se quedaban con su indocilidad ordinaria, unos mas y otros ménos; pero todos fáciles á faltar á la fidelidad y convertirse contra el mismo á quien habian prestado el asenso de su fé. Así es que vemos que la fé propia de un cristiano y correspondiente á la dignidad y grandeza del Dios de la verdad, debe ser muy otra de la que tenian en aquel tiempo muchos de los judíos. Poco es creer en Dios por un convencimiento de su existencia, de su poder y magestad, si no le rendimos el homenage que le debemos con todo nuestro ser que de él hubimos. Poco es conocerlo por el convencimiento de nuestra razon ó por nuestro discurso, si no le prestamos la fé que demanda su sabiduría y su verdad, para creer todo aquello que es sobre nuestra razon y nuestro alcance. Poco es conocer que es suma bondad, si no le prestamos el amor que demanda el Ser infinitamente bueno en sí mismo; y si no conocemos que no solo es infinitamente bueno en sí mismo, sino bueno tambien para nosotros, esto es, que nos ha hecho capaces de participar de su bondad y gozarla: y poco es conocer esto si no procuramos prácticamente hacernos imágenes de esta su bondad, mediante la gracia, la caridad, y el ejercicio de todas las virtudes propias de nuestro estado; convencidos de que todo este lleno demanda nuestra fé para asegurarnos en el servicio de Dios, y ser acépta en sus divinos ojos.

Considera que no es circunstancia de poco momento el que nuestra fé sea aceptable á los ojos de Dios; porque esta aceptacion divina quiere decir tanto como ser nuestra fé verdadera, legítima, sólida, viva, meritoria, en una palabra, perfecta; puesto que, como dice el Evangelio de hoy, Dios sabe lo que hay en el interior de cada hombre, y sabe lo que requiere una virtud para ser perfecta; y de

aquí la enorme diferencia que advertimos en unos hombres respecto de otros: los discípulos creian, creian las santas mugeres, creia Nicodemus, y creian otros muchos que de corazon seguian á Jesucristo, y el Salvador se fiaba de todos estos: creian tambien las turbas de que habla el Evangelio de hoy, y Jesucristo no confia en su fé. ¿De dónde pues viene esta diferencia? De que el Señor miraba los corazones de unos y de otros, y sabia qué calidades habia en la fé de los unos y en la de los otros. En aquellos miraba una fé viva, sólida, constante, animada del amor santo que le profesaban: en estos veia una fé imperfecta, superficial, deleznable, que no era sostenida por una caridad verdadera y permanente. Por eso pues, contaba con aquellos, y no con estos. ¡Oh Dios, y cuánto va á decir esta diferencia! Jesucristo se confia á aquellos, esto es, se les da á sí mismo dándoles su gracia, su caridad, sus virtudes, sus sacramentos, su espíritu, su cuerpo y sangre, sus méritos, y el derecho á la bienaventuranza. Para estos otros cierto es que prepara todos estos bienes inestimables; pero no se los da por una recepcion real y efectiva, miéntras no tengan la fé que en él deben tener: en faltando esta fé viva y verdadera, como faltaba en los judíos de que habla este Evangelio, de hecho se pierden todos aquellos bienes, porque el Hijo de Dios no se les confia, no se les da, no se entrega á ellos por gracia y caridad. ¡Suma desgracia! ¡Pérdida inculculable!

PETICION Y PROPÓSITOS.

No acaso, sino por providencia del Señor, se han escrito y conservado los pasages y sentencias del Evangelio santo; y no es otra la mira del Señor que la de que en aquellos ejemplares leamos la diferencia de suertes que tocan á los que llevan tan diversos caminos que unos siguen á Dios y otros le huyen, ó intentando seguirle toman otro sendero que aquel en que anda Dios. Providencia tan benéfica debe llamar toda nuestra atencion, para que pensando con cordura proveamos á nuestro bien; y una vez advertidos de lo que basta y no basta para nuestra salud espiritual, tratemos de asegurarla con el lleno y perfeccion de la virtud. Tal debe ser nuestro propósito, y su seguridad la que nos préste el auxilio divino que humildes imploramos, poniendo de nuestra parte la docilidad de corazon á la voz de Dios: docilidad cuya falta hizo frustrarse la fé de aquellos

judíos, y malograría la nuestra si no pusiéramos el remedio insinuado.

JACULATORIA.

Dad, Señor, á vuestro siervo un corazon dócil.

LECCION.

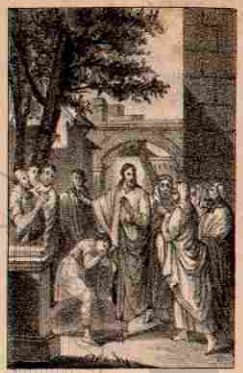
Sobre las irreverencias en la iglesia.

Nada irrita mas al Señor, nada excita mas su justa indignacion, y nada hace sentir infaliblemente y mas pronto los tristes y terribles efectos de su enojo, que las irreverencias que se cometen todos los dias en sus santos templos: cada una de ellas es un manifiesto atentado contra nuestro Dios; todas una impiedad, todas un escándalo. ¿Será posible que los paganos en sus religiones supersticiosas sean mas respetuosos, que guarden mas silencio y compostura en sus mezquitas los turcos, que los cristianos en sus templos? ¡Qué vergüenza, tener que valerse del ejemplo de los infieles para enseñar á los cristianos á ser ménos irreligiosos! Sí, los paganos, los turcos, los hereges de todos los siglos se levantarán el dia del juicio contra tantos fieles irreligiosos, y los condenarán. Ellos son modestos y circunspectos en unos templos profanos, donde solo ofrecen sus votos y queman su incienso al demonio; y esto solamente porque estos templos son unos lugares que su supersticion dedica á sus ídolos. La sola nocion de templo, la sola idea de religion ha inspirado á las naciones aun mas bárbaras, una religiosa modestia. Y ¿será posible que solo los cristianos, que solo los fieles que creen y confiesan que está Jesucristo real y verdaderamente presente en nuestros altares, que adoran no á un Dios desconocido, sino al Dios verdadero, todo sabiduría é inteligencia; ¿será posible, repito, falten á una tan justa como necesaria obligacion? La sangre de Jesucristo que se derrama diariamente sobre nuestros altares, y toda la magestad del Dios vivo que vamos á adorar á nuestros templos, ¿jamas han de ser bastantes para inspirarnos un culto respetuoso? ¿Qué no nos instruye la fé cristiana en todo lo bastante sobre este punto capital de nuestra religion? Es imposible concordar nuestra conducta con nuestra creencia, cuando se trata de este artículo: ninguna cosa admira tanto, ninguna conmueve y alborota mas el espíritu de los verdaderos fieles, como el oir lo que los cristianos creen de nuestros di-

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Martes de la 4.ª semana de cuaresma.



Miercoles de la 4.ª semana de cuaresma.



Juéves de la 4.ª semana de cuaresma.



Viernes de la 4.ª semana de cuaresma.

vinos misterios, y ver la indevocion, la indecencia y la inmodestia con qué estos mismos cristianos asisten á tan sagrados misterios.

¿Es posible que á nuestras iglesias, que son la casa del Señor, tan augusta por la magestad del Dios que se adora en ella, tan santa por la víctima adorable que cada dia se sacrifica, tan venerable por los votos que se hacen á Dios vivo; en fin, tan respetable, que los mismos ángeles no se presentan sino con un profundísimo respeto, donde los mismos demonios tiemblan de acercarse, los cristianos tengan el descaro de llevar su impiedad, y de no presentarse las mas veces en ellas sino para profanarlas, y para insultar, por decirlo así, al Dios Trino y Uno que adoramos en esos lugares santos? ¿Qué, no les habrá quedado ya la mas leve tintura de religion, que les haga perdonar al ménos al lugar santo, y respetarlo siquiera al tiempo de un sacrificio, mayor que cuantos pueden presentarse en todos los siglos? ¡Ah! Por poca fé que uno tenga, no puede menos que estremecerse al ver la irréligion con que se está en los templos. Porque efectivamente, ¿habrá quien crea que es dar un culto religioso al Dios de los ejércitos que reside en nuestros altares, no presentarse delante de él, sino para cometer horribles irreverencias? ¿Tendrán por ventura á Jesucristo por el Redentor y Soberano Juez de vivos y muertos, los que tan mal obran? ¿No será mas cierto que no lo miran en los templos sino como un fantasma de divinidad, ó como un rey de teatro! ¡Qué escándalo! ¡Qué impiedad! Mas ciertamente no se puede pensar otra cosa de los que no se dejan ver á los piés de los altares, sino con un aire que mas indica que vienen á hacer burla de él, y á insultarlo, que á venerarlo y darle culto: de los que se presentan con tan poca circunspeccion, tan sin ningun respeto, que no se atreverian á presentarse delante de un magistrado con aquella indecencia, con aquella disipacion de espíritu, con aquella libertad con que asisten á los oficios divinos, y al santo y tremendo sacrificio de la misa.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Mártes de la cuarta semana de Cuaresma.—Predicando Jesus en el templo de Jerusalen, los escribas y fariseos intentaron prenderlo; mas no habiendo llegado su hora, no lograron su prision.—*San Mateo, cap. VII.*

Miércoles de la cuarta semana de Cuaresma.—Jesus cura á un ciego de nacimiento.—*San Juan, cap. IX.*

Juéves de la cuarta semana de Cuaresma.—Jesus resucita al hijo de la viuda de Naïn.—*San Juan, cap. VII.*

Viérnes de la cuarta semana de Cuaresma.—Jesus resucita á Lázaro, hermano de María y Marta.—*San Juan, cap. XI.*

Mártes de la cuarta semana de Cuaresma.

David exclama en su estremada aflicion: *Oid, Dios mio, mi oracion, y no desecheis mi deprecacion; dignaos mirar el estado en que estoy, y no me negueis la asistencia que os pido.* Luego continúa: *Mi espíritu no me trae á la imaginacion sino objetos tristes y melancólicos: los gritos de mis enemigos, la vista de los pecadores que se han unido para perseguirme, me tienen conturbado en estremo.* Este salmo en el sentido figurado conviene perfectamente á Jesucristo. David destronado y echado de Jerusalen, representa al Salvador desechado y condenado á muerte por los judíos. Absalon á la cabeza de los rebeldes, es figura de los sacerdotes sublevando al pueblo contra el Salvador; finalmente, la traicion de Aquitofel, que hace el asunto de todo este salmo, representa la de Judas.

Como en el Evangelio de la misa de este dia Jesucristo echa en cara á los judíos el menosprecio que hacian de la ley que se gloriaban haber recibido de Moises; la Iglesia ha elegido para la Epístola el pasage del Exodo en que Dios hace saber á Moises que el pueblo que habia llenado de beneficios, y en favor del cual acababa de hacer tantos prodigios, se habia olvidado de él y lo habia menospreciado, hasta sustituir en su lugar un becerro de oro; y esto al tiempo mismo en que le daba su ley en el monte.

Habiendo vuelto á subir Moises á lo mas alto del monte, de donde le habia sido preciso bajar para intimar al pueblo la voluntad de Dios, y asegurarle de su proteccion, le declaró el Señor sus mandamientos, y le dió diversas fórmulas de justicia, para castigar los delitos y arreglar las costumbres. Pero viendo el pueblo que Moises se tardaba en bajar del monte, se imaginó que habia perecido entre los relámpagos y truenos; y como estaba acostumbrado á las supersticiones paganas que habia aprendido de los egipcios y con el corazon todavía corrompido por el largo comercio que habia tenido con esta nacion idólatra, precisó á Aaron á que les hiciese unos dioses. Mas viendo Aaron que el pueblo estaba amotinado y pronto á una rebelion, tuvo la flaqueza de ceder á sus sacrílegos deseos. Les dijo que tomaran las joyas de oro de sus mugeres y de sus hijos, y se las trageseu; creyendo quizá que por no verse privados de estos adornos, mudarian bien pronto de pensamiento. ¡Pero qué no puede la corrupcion del corazon cuando ha llegado á comunicarse al

entendimiento! El irreligioso pueblo le llevó sin pena aquellos ricos despojos. Se fundió de todo este oro, y se erigió un becerro que se colocó en el altar, á imitacion y semejanza del dios Apís ú Ostris, que los egipcios adoraban bajo la forma de un buey; y habiéndole sacrificado el insensato pueblo víctimas y holocaustos como á una divinidad, celebraron una grande fiesta á honra del becerro de oro, con canciones, banquetes y danzas. Entre la destemplanza de una tan vergonzosa idolatría, se decian unos á otros: *Estos son tus dioses, Israel: estos son los que te han sacado de Egipto.* Tanta verdad es, que se pierde hasta la razon, cuando se pierde á Dios de vista y cuando nos entregamos á la disolucion y á los deleites de los sentidos.

Viendo el Señor esta abominacion, le dijo á Moises, baja, porque el pueblo que has sacado de Egipto ha pecado enormemente: se han apartado muy pronto del camino que tú les habias mostrado; se han fundido un becerro de oro, lo han adorado como á su dios y le han sacrificado víctimas, diciendo: *Estos son tus dioses, Israel, que te han sacado de Egipto.* Ves, añadió el Señor, que este es un pueblo intratable é indócil. Déjame seguir los movimientos de mi indignacion; voy á esterminarlos, y á tí te haré cabeza de otro pueblo mas crecido y ménos difícil de gobernar. Al oir esto Moises, se postró delante del Señor, y lo conjuró con el mayor anhelo, que tuviese á bien perdonar á un pueblo que habia librado tan poderosamente del cautiverio de Egipto; y le muestra que entónces dirian los egipcios que no les habia sacado de su cautiverio sino para hacerlos perecer entre los montes; asimismo le suplicó que se acordara de las promesas que habia hecho á Abraham, á Isaac y á Israel en favor de su posteridad; y en fin, que se dignase suspender los funestos efectos de su justo enojo.

Dijo Dios á Moises: Déjame que los castigue: es, dice Teodoreto, como si tácitamente le dijera en otro sentido: Deten mi enojo con tus oraciones. No diria, déjame castigarlos, sino que los castigaria si no quisiera perdonarles. Diciendo Dios á Moises, déjame que los estermine, le da ocasion y le inspira el deseo de suplicarle, y le hace comprender el poder que tendrian las súplicas que hiciese por ellos. Reconozcamos en esto la misericordia de Dios en favor de los pecadores. Quiere el Señor perdonarles, pero quiere que se lo supliquen. Enternecido el Señor y movido de las fervientes oraciones de su siervo, se aplacó y dejó de castigarlos. Pero Moises bajando con

las dos tablas de la ley en las manos, y viendo el becerro de oro y las danzas que se hacian al rededor de él, se irritó tanto, que las tiró y las hizo pedazos á la falda del monte, como queriendo dar á entender que quedaba rota la alianza que los hebreos habian hecho con Dios. Esta accion de Moises, dice San Agustin, era símbolo y una especie de profecía de la supresion ó anulacion de la antigua alianza, para dar lugar á la nueva que el Mesías habia de dar un dia. Destruyó Moises el altar, arrojó al fuego el becerro de oro, cuyo polvo mezclado con agua, hizo beber á los hijos de Israel como para hacerles conocer la vanidad de su pretendida divinidad, la que no habia podido embarazar el ser reducida á polvo; y para que la menospreciasen como al polvo.

El Evangelio es del capítulo VII de San Juan. Hácia la mitad de la fiesta de los Tabernáculos, instituida en memoria de las tiendas bajo las cuales habian acampado los judíos en el desierto por espacio de cuarenta años, y que se celebraba ocho dias en el séptimo mes del año judáico, que correspondia á nuestro Setiembre; á mitad de la fiesta, esto es, un dia festivo de la octava que segun parece era sábado, subió el Salvador al templo, seis meses ántes de su muerte, y se puso á enseñar; lo que hizo con tanta elocuencia y erudicion, que se atrajo la admiracion de todo el pueblo, que unos á otros se decian: ¿Cómo sabe tanto sin haber tenido jamas maestro que le enseñe? Mas Jesucristo les contestó: La doctrina que os predico no deja de ser mia, aunque es la doctrina de mi Padre que me ha enviado para que os la enseñe. No creais que os hablo solamente como hombre, soy el Hijo de Dios, y os hablo en calidad de tal. Los que se niegan á su propia voluntad para hacer la de Dios, conocerán bien pronto si lo que yo hablo es de mí, ó si es Dios el que me hace hablar, y si mi doctrina es de hombres ó doctrina dada por el mismo Dios. No habrá entre vosotros quien no confiese que un enviado que habla por sí, y no segun las instrucciones que se le han dado, busca su propia gloria; y que al contrario, el que solo busca la gloria del Señor, cuyo lugar ocupa, nada dice que no sea verdad, y nada quiere que no sea justo.

Los judíos acusaban al Salvador de haber violado la ley, y aun querian quitarle la vida por haber curado en sábado al paralítico Pero Jesus les hizo ver que conocia sus mas secretos pensamientos y su mala voluntad, diciéndoles, que si él hubiera quebrantado la ley curando en sábado á un paralítico, ellos la quebrantarian mas

circuncidando en sábado á un niño cuando cae en este dia el octavo de su nacimiento. ¿Por qué, pues, me quereis quitar la vida? El simple pueblo creyó que esta reconvencion se dirigia contra él y se ofendió vivamente, porque amaba al Salvador, y no tenia parte en nada de cuanto los pontífices y fariseos tramaban contra el Señor; y por esto algunas gentes arrebatadas de cólera le dijeron: Estás poseido del demonio, y no puede ser otro que este espíritu de mentira, quien te hace hablar de esa suerte. ¿A quién le pasa por la imaginacion el hacerte morir? El Salvador que no habia dirigido al pueblo su reconvencion, no se detuvo en rechazar su calumnia y su falta de respeto, sino que continuó en confundir á sus enemigos, diciéndoles: Me imputais á delito un milagro que os ha sorprendido. Yo he curado á un paralítico, le he mandado que tome su lecho y se vaya; y, como la envidia todo lo corrompe, vosotros me acusais de haber violado la ley, porque hoy sábado he curado á este enfermo. No juzgueis por las apariencias y segun el exterior de las cosas; entrad en el espíritu de la ley: no blasfemeis en mí lo que juzgais no se puede condenar en vosotros. Si no se viola la ley del sábado circuncidando al hombre en este dia, ¿por qué se ha de violar haciendo andar á un paralítico?

Entre los que escuchaban al Salvador habia muchos de Jerusalen, que mejor informados que el simple pueblo, sabian ciertamente lo que se tramaba contra él. Estos, pues, se decian, unos á otros: ¿No es este aquel hombre estraordinario á quien por todas partes se le busca para quitarle la vida? Vedlo aquí como habla con tanta intrepidez en presencia de los que lo buscan, sin que se atrevan á decirle una sola palabra: ¿habrán conocido que es el verdadero Mesías? Pero sabemos todos que este es un hombre nacido y criado entre nosotros; y cuando haya venido Cristo, nadie sabrá de donde es. El populacho era quien hablaba así; porque los judíos que sabian la Escritura, no ignoraban que Cristo debia ser de la raza de David y de la aldea de Belen, de donde David era natural. Mas el Salvador conociendo lo que el pueblo pensaba de él, levantó la voz y les habló con todo su celo diciendo: Vosotros sabeis quien soy y de donde soy, segun el hombre que solo aparece á vuestros ojos. Pero no sabeis quien soy ni de donde soy segun la naturaleza divina. Ignorais igualmente que soy el Mesías que Dios os ha enviado como lo habia prometido. Mas yo soy enviado, y el que me envió es veraz y no le conoceis.

Estas palabras del Salvador que debian satisfacer enteramente á sus enemigos, y hacerles ver cuán dichosos eran en tenerlo por Maestro, solo sirvieron para irritarlos. No buscaban ya sino tener ocasion de prenderle para perderlo. Pero como no habia llegado todavía el tiempo determinado por él para sacrificarse por la salud de los hombres, ninguno se atrevió á echarle la mano. El odio y la rabia de los principales de entre los judíos, no impidió el que muchos del pueblo creyesen en él y le reconociesen por el Mesías. Dios halla siempre almas dóciles que lo indemnicen, por decirlo así, de la pérdida de las almas orgullosas, de esos espíritus incrédulos que se rebelan contra el moral y la doctrina de Jesucristo. ¡Espíritus inquietos y fluctuantes en materia de religion: aquí teneis con que fijaros. Sujetad vuestro corazon á las verdades prácticas que os enseña el Evangelio; hacedlo triunfar en vuestro corazon, y la verdadera religion cautivará bien pronto vuestro espíritu y os convencerá que no puede ser sino Dios quien lo ha fundado.

La Epístola es del capítulo XXXII del libro del Exodo.

En aquellos dias: Habló el Señor á Moises, diciendo: Baja del monte: pecado ha tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto. Pronto se han desviado del camino que les enseñaste: se han formado un becerro de fundicion y adorádole; y sacrificándole víctimas, han dicho: Estos son tus dioses, ó Israel, que te han sacado de la tierra de Egipto. Y añadió el Señor á Moises: Veo que ese pueblo es de dura cerviz; déjame desfogar mi cólera contra ellos, y acabarlos; que yo te haré á tí caudillo de una nacion grande. Moises empero rogaba al Señor Dios suyo, diciendo: ¿Por qué, ó Señor, se enardece *así* tu furor contra el pueblo tuyo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con fortaleza grande y mano poderosa? ¡Ah! que no digan, te ruego, jamas los egipcios: Sacóles maliciosamente fuera para matarlos en los montes; y exterminarlos de la tierra. Aplaquese tu ira, y perdona la maldad de tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel, tus siervos, á los cuales por tí mismo juraste, diciendo: Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que os tengo hablado se la daré á vuestra posteridad, y la poseereis para siempre. Con esto se aplacó el Señor, y dejó de ejecutar contra su pueblo el castigo que habia dicho.

El Evangelio es del capítulo VII de San Juan.

En aquel tiempo: Hácia la mitad de la fiesta, subió Jesus al templo, y púsose á enseñar. Y maravillábanse los judíos, y decian: ¿Cómo sabe este las letras sin haber estudiado? Respondióles Jesus: Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado. Quien quisiere hacer la voluntad de este, conocerá si mi doctrina es de Dios, ó si yo hablo de mí mismo. Quien habla de su propio movimiento, busca su propia gloria: mas el que busca la gloria del que le envió, ese es veraz, y no hay en él injusticia. ¿Por ventura no os dió Moises la ley? y con todo eso ninguno de vosotros observa la ley. ¿Pues por qué intentais matarme? Respondió la gente, y dijo: Estás endemoniado. ¿Quién es el que trata de matarte? Jesus prosiguió diciéndoles: Yo hice una sola obra, y todos lo habeis extrañado. Miéntras que habiéndoos dado Moises la circuncision (no porque traiga de él su orígen, sino de los patriarcas) no dejais de circuncidar al hombre aun en dia de Sábado. Pues si un hombre es circuncidado en Sábado para no quebrantar la ley de Moises, ¿os habeis de indignar contra mí por que he curado á un hombre en todo su cuerpo en dia de Sábado? No querais juzgar por las apariencias, sino juzgad por un juicio recto. Comenzaron entónces á decir algunos de Jerusalen: ¿No es este á quien buscan para darle la muerte? Y con todo vedle que habla públicamente, y no le dicen nada. ¿Si será que nuestros príncipes han conocido de cierto ser este el Cristo? Pero de este sabemos de donde es; mas cuando venga el Cristo nadie sabrá su orígen. Entretanto prosiguiendo Jesus en instruirlos, decia en alta voz en el templo: Vosotros me conoceis y sabeis de donde soy; pero yo no he venido de mí mismo, sino que quien me ha enviado es veraz, al cual vosotros no conoceis. Yo sí que le conozco, porque de él tengo el ser, y él es el que me ha enviado. Al oir esto buscaban como prenderle; mas nadie puso en él las manos, porque aun no era llegada su hora. Entretanto muchos del pueblo creyeron en él.

MEDITACION.

Sobre la enormidad del pecado mortal.

Considera que el pecado mortal es el mayor de todos los males, y hablando propiamente, el solo mal que se debe temer. Pérdida de bienes, de honra, de salud, desgracias, accidentes diversos, voso-

tros costais hartos suspiros y lágrimas, muchos malos ratos, bastantes pesadumbres; sin embargo, si con todas estas infelicidades eres hombre virtuoso y arreglado, y estás en estado de gracia, eres digno del respeto de los mismos ángeles, eres feliz. Y al contrario cuando todo te sucediera á medida de tu deseo, cuando fueras el hombre mas dichoso del mundo, si estás en pecado mortal, ¿qué eres á los ojos de Dios que solo conoce perfectamente el mérito de todas las cosas? Un objeto de horror, el objeto de su indignacion y de su furor. Infiere de aquí cuál es la malicia del pecado. Todas las desdichas que han sucedido desde el principio del mundo, y la condenacion eterna de tantas almas sepultadas en los abismos del infierno, aquel centro donde se hallan juntos todos los males, todo esto no es efecto sino de la culpa mortal. No habia criaturas mas nobles ni mas perfectas que los ángeles; y sin embargo un solo pecado mortal que solo fué un consentimiento dado á un pensamiento de orgullo, y que no duró sino un momento, precipitó á los infiernos y condenó á suplicios eternos un tan gran número de criaturas tan excelentes, que podian dar á Dios tanta gloria por toda la eternidad, y que Dios habia hecho singularmente para su gloria. Concibamos despues de esto, si es posible, lo que es un pecado mortal; este pecado que se comete tan fácilmente y casi sin escrúpulo; este pecado que es tan universal en todas las edades de la vida; este pecado que se comete muchas veces riendo y sin el menor pesar.

Considera que por terrible que sea la pena con que Dios castiga el pecado, no iguala jamas á toda su malicia. Un solo pecado de desobediencia privó al primer hombre de la justicia original, lo privó de todos los dones sobrenaturales, y atrajo sobre él y sobre toda su posteridad esta multitud casi infinita de toda especie de males, que nos harán gemir hasta el fin de los siglos. ¡Cuántas personas de una virtud distinguida, ricas en merecimientos, que llegaron á un grado sublime de santidad, por un solo pecado mortal se habrán condenado infelizmente! Por mas que se haya vivido los sesenta, los ochenta años en el ejercicio de la penitencia; por mas que se hayan practicado los actos de las mas heróicas virtudes; cuando una persona hubiese convertido todo el universo, y obrado para ello los mas estupendos milagros; un solo pecado mortal destruye, aniquila, por decirlo así, en un momento todo esto; en el mismo instante que le comete se hace enemigo del Señor, horrible á sus ojos, y si muere con este pecado, es por toda la eternidad el objeto fatal de su furor y de sus venganzas. Luego es verdad que el pecado no solamente es el solo mal, hablando en rigor, sino que no puede haber otro mal que él. ¿Y se mira como tal? ¡Ah! que el pecado agrada, tiene atractivos, y se puede decir que infinitas personas no hallan gusto en los placeres, sino en cuanto están sazonados con algun pecado. ¿Y no soy yo de este número? Porque ¿qué horror he tenido hasta aquí al pecado? ¡Ah Señor! si consulto la facilidad que he tenido en cometerlo, y el poco dolor que he concebido de haber lo cometido, ¿qué debo pensar? ¿qué puedo decir?

PETICION Y PROPÓSITOS.

Pero, Dios mio, ya desde este instante detesto mi ceguedad: admiro y adoro vuestra bondad y vuestra paciencia; perdonadme mis desórdenes pasados: mi penitencia será la prueba mas eficaz de mi dolor. El pecado es el solo mal que debo temer, y será el solo que temeré. Huiré de éste como de un dragon maligno que me persigue. A las enfermedades, á la pérdida de los bienes terrestres, á las adversidades, y todas las demas molestias de la vida, los miraré como unos males que todos me pueden ser útiles. Nada desearé, nada emprenderé que no sea con el objeto de agradaros y no de ofenderos. Confiando en vuestro auxilio haré muchas al dia, ó á lo ménos todas las mañanas, esta bella oracion de la Iglesia.

JACULATORIA.

Señor Dios omnipotente, sálvame hoy por tu gracia para que no cometa ningun pecado, sino que todos mis pensamientos, palabras y obras se dirijan á cumplir tus preceptos y tu voluntad.

LECCION.

Sobre el estudio profundo que debemos hacer de nuestra religion.

Por desgracia nuestra, el dia de hoy el mayor número de los cristianos no conoce su religion, ni juzga de ella sino por la superficie: á todos, pues, debemos decir, lo que Jesucristo dijo á los judíos: *No querais juzgar segun la superficie; juzgad, pues, con justo juicio.* Si fuéramos ménos superficiales, la incredulidad y fanatismo no hubieran adelantado ni un ápice de terreno; pero desgraciadamente acostumbrados los mas á no conocer la religion sino por las ideas superficiales que se nos dan de ella, creemos que no consiste mas que en meras costumbres y simples ceremonias. Subamos

á su orígen, busquemos á Dios en el mismo Dios, y véamos nosotros lo que somos, y al instante se disipará el engaño, se desvanecerá la ilusion, la verdad se descubrirá: y lo que nos parecia un objeto despreciable, ó á lo ménos indiferente, se hará un asunto de asombro y de adoracion.

Entónces reconocerémos, que la Divinidad no ha podido criar una alma tan sublime como la nuestra, sin comunicarle algunos rayos de su luz: una luz que le dá un entendimiento para conocer que ella es la mas elevada entre todas las criaturas. Registrémos ligeramente las verdades que nos ha hecho conocer este entendimiento, y conocerémos la grandeza de nuestra alma. En la escuela de Jesucristo aprendemos á hacer bien á nuestros enemigos, á renunciarnos á nosotros mismos, y á referirlo todo á Dios; aprendemos que cuanto somos mas humildes, somos mas grandes; que cuanto mas pobres, somos mas ricos; que cuanto mas padecemos, somos mas dichosos; que cuanto mas abatidos, somos mas ensalzados; cuando todo ésto se practica, mirando á la eternidad con la luz sublime que ilumina á nuestro espíritu, entónces conocemos mucho mas, que nuestra alma es el mas precioso tesoro, y que era mucho mejor perder el universo, que profanarla; que nada es grande ni digno de nuestra atencion, sino lo que se hace por el cielo: aprendemos por último, á respetar nuestros cuerpos como vasos consagrados para el augusto misterio de la Eucaristía, y santificar nuestras obras, y acrisolar nuestros deseos. Esta moral, verdaderamente grande y sublime, es la que forma la esencia de la religion, y que hallándose comprendida toda en el Evangelio, cuyo libro es y será nuestra regla y nuestra ley; y con ella podemos desafiar á todos los pueblos del mundo á que produzcan otra cosa tan admirable y tan divina. ¿Se dirá en vista de la enumeracion de obligaciones tan conformes, tan relativas á nuestra razon, y tan convenientes para la conservacion de la sociedad, que la religion es un objeto indiferente, y que sin ella cualquiera puede ser hombre de bien? ¿Quién no ve, recorriendo todas las obligaciones que nos impone esta religion, que ella sola es el alma de la probidad y rectitud? ¿Quién no conoce que solo esta divina religion es la que influye en nuestros buenos deseos, la que debe reglar nuestros mas íntimos pensamientos, y que no tendrémos mas que la superficie y nombre de buenos, si no somos interiormente tan honrados y tan justos como lo parecemos? "La sabiduría, dice San Cirilo, es el catecismo de la fé; de modo que solo insultan los dogmas del cristianismo los que no son sabios." Cuando se hubieren dejado las locuras del mundo para meditar las verdades eternas del Evangelio, entónces se verá que forman un maravilloso encadenamiento, que perfeccionan nuestra razon, y en cierto modo nos divinizan. Nuestra religion no es como la de Mahoma: todos pueden estudiarla, porque nada mas teme que ser ignorada; no es como todas las sectas, que no existieron ántes de que las hubiera inventado algun hombre: nuestra santa religion es nacida el mismo dia que se crió la luz y que nacieron los dias; asciende hasta el primer hombre, porque el Antiguo Testamento fué figura del Nuevo, y la ley natural la base primordial de toda justicia y religion. Nuestra religion no nos envilece como esos cultos groseros y carnales, cuyas imaginarias recompensas consisten en los placeres sensuales; la nuestra no, porque es toda pura y toda celestial; de modo que, segun la bella expresion de un poeta, nosotros somos gusanos destinados á ser angélicas mariposas.

Elevémonos tanto como el cristianismo nos ensalza, y resplandecerá el Evangelio en nuestros ojos como una ley que no se ha promulgado en el universo sino para los mayores prodigios; como una ley que trastornó á la Jerusalen deicida, que destruyó á Roma idólatra, y que levantó su templo suntuoso sobre las ruinas del paganismo; como una ley que ha resplandecido, rompiendo facciones, y que ha forzado á las potencias mas formidables y opuestas á sus máximas, á que la recibieran y la reverenciaran.

Mientras no se miren sino pasageramente las verdades del cristianismo, se perpetrarán la incredulidad y las malas costumbres. Si en el misterio de la Encarnacion no se considera mas que un Dios que se hace hombre, en atencion no mas á una simple manzana que comió Adan, cualquiera se verá tentado á dudarlo, y aun á negarlo; pero si se sabe que todo fué criado con respecto á Jesucristo, que todo subsiste en él como su principio y su fin, y que solo él podia satisfacer condignamente al Eterno, y hacer dignos nuestros obsequios; entónces es muy otra la pintura, y lo que parecia inútil y casi fabuloso, se anuncia con todas las notas y señales de justicia y de verdad. Si no se considera en la pasion de Jesucristo sino una crucifixion, ultrages é ignominias, es cierto que cualquiera se hallará tentado á creer que nada hay en este acontecimiento que no sea natural; pero si se sabe que no hay una sola circunstancia que

no haya sido profetizada mas de mil años ántes, entónces se verá con otros ojos, y se reconocerán rasgos verdaderamente divinos. Si se considera en los usos y ceremonias que observa la Iglesia, no mas que la simple exterioridad, es cierto que cualquiera lo tendrá todo por poco ó nada esencial; pero si se reflexiona que todas estas prácticas que parecen superfluas son simbólicas y sábiamente establecidas para contener á nuestros sentidos en el respeto, y para elevar nuestra alma á Dios, entónces ya vemos otra imágen; y lo que se tenia por inútil se estimará ya como justo, racional y sublime. No abandonemos, pues, su estudio, porque él nos dará ideas mas preciosas de nuestro Criador, de la magestad de su Sér, de la magnificencia de sus obras, de la sabiduría y profundidad de sus consejos: él nos enseñará mejor lo que somos, lo que es el vicio y la virtud, lo que es la gracia y la eternidad; y entónces no solo no blasfemarémos de una religion tan santa y divina, sino que la respetarémos, la amarémos y reverenciarémos, juzgando de ella *no por la superficie, sino con justo juicio.*

Miércoles de la cuarta semana de Cuaresma.

Este dia ha sido conocido comunmente con dos nombres; de los cuales uno es el *del ciego de nacimiento*, y el otro el dia *del exercutinio mayor*; porque en este dia se hacia solemnemente el exámen de los catecúmenos, que debian admitirse al Bautismo diez y ocho dias despues. Se llamaba este exámen el grande escrutinio, porque de siete que se hacian en la Cuaresma para disponerlos al Bautismo, el que se tenia este Miércoles era el mas principal y mas solemne. Toda la misa dá una exacta relacion del Bautismo. El introito se ha tomado de la profesía de Ezequiel, donde dice: *Cuando fuere santificado en medio de vosotros, os juntaré de todas las partes de la tierra, y derramaré sobre vosotros una agua pura, y sereis purificados de todas vuestras manchas, y os daré un espíritu nuevo.*

La primera Epístola que tambien se leia en este dia ántes del Bautismo de los adultos, es un símbolo perfecto del Bautismo. La tomó la Iglesia del capítulo XXXVI del profeta Ezequiel, donde promete Dios á su pueblo sacarlo de la triste cautividad en que gemia, derramar sobre él una agua pura, y purificarlo de todo lo que

lo manchaba y afeaba. ¿Quién no vé que todo esto es una prediccion muy clara del Bautismo de Jesucristo, cuya sangre comunica al agua la virtud de borrar el pecado á los que creen en él. Tambien dice Dios por boca del mismo profeta, que les dará un corazon nuevo, y un nuevo espíritu, quitándoles al mismo tiempo aquel corazon duro y terreno de que estaban animados y aquel espíritu grosero y reacio que los hacia indóciles. Pondré mi espíritu en medio de vosotros, el cual os ilustrará, os descubrirá el vacío y la nada de los bienes criados, y el falso resplandor de todo lo que deslumbra á los sentidos, de todo lo que agrada á la sensualidad. Este espíritu, haciéndoos conocer el precio de los bienes espirituales, os dará el gusto de ellos, dandoos la inteligencia de los mas altos misterios: la gracia que derramaré en vosotros con mi espíritu, hará que guardeis mis mandamientos con alegría, os hará caminar con fervor por mis caminos; añade el Señor, vosotros sereis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios que pondré en vosotros mis mas tiernas complacencias.

A la verdad, despues que los judíos volvieron de la cautividad, dieron ménos motivo de queja y de reprension, tocante á la idolatría y otros desórdenes que los profetas les habian echado en cara tantas veces ántes de la cautividad: mas sin embargo no llegaron jamas á aquel grado de perfeccion que se les anuncia en este y otros pasages de la Escritura; porque esta profecía no debia cumplirse sino en la Iglesia; solo Jesucristo ha sido propiamente quien ha obrado en sus fieles las maravillosas transformaciones que señala aquí la Escritura; este Señor es quien con su gracia quita el corazon de piedra, este corazon duro y terreno, este corazon todo sensual y material que hacia el carácter de los judíos: él es quien da el corazon de carne, esto es, un corazon tierno, dócil, reconocido; él es en fin, quien derrama un espíritu nuevo, él nos purifica de nuestras manchas, y por medio de su gracia nos hace perseverar libremente en el bien.

Siguiendo este mismo espíritu y en el mismo sentido ha destinado la Iglesia para la segunda Epístola de este dia, (que igualmente se leia á los adultos como la primera para que recibieran el Bautismo) el pasage del profeta Isaías, donde descubriéndonos Dios los infinitos tesoros de su misericordia, y las riquezas de su bondad, nos manda que nos purifiquemos de nuestras iniquidades, y que nos lavemos de todas nuestras manchas: *Lavaos, purificaos.* No pide un lavatorio ni una purificacion exterior, como parece lo entendian

no haya sido profetizada mas de mil años ántes, entónces se verá con otros ojos, y se reconocerán rasgos verdaderamente divinos. Si se considera en los usos y ceremonias que observa la Iglesia, no mas que la simple exterioridad, es cierto que cualquiera lo tendrá todo por poco ó nada esencial; pero si se reflexiona que todas estas prácticas que parecen superfluas son simbólicas y sábiamente establecidas para contener á nuestros sentidos en el respeto, y para elevar nuestra alma á Dios, entónces ya vemos otra imágen; y lo que se tenia por inútil se estimará ya como justo, racional y sublime. No abandonemos, pues, su estudio, porque él nos dará ideas mas preciosas de nuestro Criador, de la magestad de su Sér, de la magnificencia de sus obras, de la sabiduría y profundidad de sus consejos: él nos enseñará mejor lo que somos, lo que es el vicio y la virtud, lo que es la gracia y la eternidad; y entónces no solo no blasfemarémos de una religion tan santa y divina, sino que la respetarémos, la amarémos y reverenciarémos, juzgando de ella *no por la superficie, sino con justo juicio.*

Miércoles de la cuarta semana de Cuaresma.

Este dia ha sido conocido comunmente con dos nombres; de los cuales uno es el *del ciego de nacimiento*, y el otro el dia *del exercutinio mayor*; porque en este dia se hacia solemnemente el exámen de los catecúmenos, que debian admitirse al Bautismo diez y ocho dias despues. Se llamaba este exámen el grande escrutinio, porque de siete que se hacian en la Cuaresma para disponerlos al Bautismo, el que se tenia este Miércoles era el mas principal y mas solemne. Toda la misa dá una exacta relacion del Bautismo. El introito se ha tomado de la profesía de Ezequiel, donde dice: *Cuando fuere santificado en medio de vosotros, os juntaré de todas las partes de la tierra, y derramaré sobre vosotros una agua pura, y sereis purificados de todas vuestras manchas, y os daré un espíritu nuevo.*

La primera Epístola que tambien se leia en este dia ántes del Bautismo de los adultos, es un símbolo perfecto del Bautismo. La tomó la Iglesia del capítulo XXXVI del profeta Ezequiel, donde promete Dios á su pueblo sacarlo de la triste cautividad en que gemia, derramar sobre él una agua pura, y purificarlo de todo lo que

lo manchaba y afeaba. ¿Quién no vé que todo esto es una prediccion muy clara del Bautismo de Jesucristo, cuya sangre comunica al agua la virtud de borrar el pecado á los que creen en él. Tambien dice Dios por boca del mismo profeta, que les dará un corazon nuevo, y un nuevo espíritu, quitándoles al mismo tiempo aquel corazon duro y terreno de que estaban animados y aquel espíritu grosero y reacio que los hacia indóciles. Pondré mi espíritu en medio de vosotros, el cual os ilustrará, os descubrirá el vacío y la nada de los bienes criados, y el falso resplandor de todo lo que deslumbra á los sentidos, de todo lo que agrada á la sensualidad. Este espíritu, haciéndoos conocer el precio de los bienes espirituales, os dará el gusto de ellos, dandoos la inteligencia de los mas altos misterios: la gracia que derramaré en vosotros con mi espíritu, hará que guardeis mis mandamientos con alegría, os hará caminar con fervor por mis caminos; añade el Señor, vosotros sereis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios que pondré en vosotros mis mas tiernas complacencias.

A la verdad, despues que los judíos volvieron de la cautividad, dieron ménos motivo de queja y de reprension, tocante á la idolatría y otros desórdenes que los profetas les habian echado en cara tantas veces ántes de la cautividad: mas sin embargo no llegaron jamas á aquel grado de perfeccion que se les anuncia en este y otros pasages de la Escritura; porque esta profecía no debia cumplirse sino en la Iglesia; solo Jesucristo ha sido propiamente quien ha obrado en sus fieles las maravillosas transformaciones que señala aquí la Escritura; este Señor es quien con su gracia quita el corazon de piedra, este corazon duro y terreno, este corazon todo sensual y material que hacia el carácter de los judíos: él es quien da el corazon de carne, esto es, un corazon tierno, dócil, reconocido; él es en fin, quien derrama un espíritu nuevo, él nos purifica de nuestras manchas, y por medio de su gracia nos hace perseverar libremente en el bien.

Siguiendo este mismo espíritu y en el mismo sentido ha destinado la Iglesia para la segunda Epístola de este dia, (que igualmente se leia á los adultos como la primera para que recibieran el Bautismo) el pasage del profeta Isaías, donde descubriéndonos Dios los infinitos tesoros de su misericordia, y las riquezas de su bondad, nos manda que nos purifiquemos de nuestras iniquidades, y que nos lavemos de todas nuestras manchas: *Lavaos, purificaos.* No pide un lavatorio ni una purificacion exterior, como parece lo entendian

los judíos; quiere una pureza interior, una purificacion de alma, la cual no se hace sino por la conversion del corazon, por la penitencia, por la caridad. Lo que sigue nos hace ver claramente que Dios no habla sino de la inocencia: *Quitad de delante de mis ojos la malignidad de vuestros deseos y pensamientos, y cesad de hacer el mal.* Pero no basta cesar de hacer el mal, continúa el Señor, es menester que aprendais á obrar el bien. Porque la justicia consiste en huir del mal y juntamente obrar el bien. Amad la rectitud y la buena fé, y no hagais mal á nadie. Socorred al pobre, haced justicia al huérfano, defended á la viuda, ejercitaos en obras de misericordia, haced bien á todos, y despues de esto os doy licencia para que os quejeis de mi severidad, y me acuseis de ser un Señor duro y austero, si os miro con malos ojos, si os desecho cuando viniéreis á mí, si cierro mis oidos á vuestros deseos y á vuestras peticiones. En verdad os digo, que aunque vuestros pecados fuesen tan rojos como la escarlata, y vuestra alma teñida como el paño teñido del encarnado mas vivo, se emblanquecerá como la misma nieve. Y cuando vuestros pecados fuesen tan rojos como el bermellon, quedarán tan blancos como la lana mas blanca. No es esto decir que el pecado deje jamas de ser pecado; sino que Dios quiere que entendamos que por enormes que sean nuestros pecados, por grande que sea su número, desde el instante en que el pecador se convierte de buena fé, le perdona Dios todos sus pecados, y por este perdon recobra el alma la inocencia. Ninguna cosa explica mejor los maravillosos efectos del Sacramento del Bautismo y de la Penitencia como estas comparaciones.

El Evangelio de la misa del dia no dice ménos relacion al efecto de estos dos sacramentos: contiene la historia de la curacion del ciego de nacimiento. Ninguna cosa inquietó mas á los pontífices y fariseos que la publicidad de un milagro tan estupendo. Pasando el Salvador un sábado por una de las calles de Jerusalen, vió á un hombre ciego de nacimiento; se compadeció de él, y determinó curarlo; pero ántes de obrar este milagro quiso responder á una cuestion que le propusieron sus discípulos: Maestro, le dijeron: ¿Cuál ha podido ser la causa de que este hombre haya nacido ciego? ¿Es esto por culpa suya ó por culpa de sus padres? Los Apóstoles creian todavía como los demas del pueblo, que no habia adversidades ni enfermedades que no fuesen penas de algun pecado. Queriendo, pues, Jesus desengañarlos é instruirlos, les dijo: Que

no era por culpa de él ni de sus padres, sino para que las obras de Dios resplandecieran en él. En esto quiso mostrarles el Salvador que aunque las aflicciones sean muchas veces la pena de nuestras culpas ó de las de nuestros padres, otras veces no las envia Dios sino para probar y purificar á sus escogidos ó por otros motivos que sirven á los designios de su Providencia. De esta especie era la incomodidad que padecia este hombre desde su nacimiento: permitiendo el Señor que este naciese ciego para tomar de aquí ocasion de manifestar su poder y su mision. Es necesario, añadió el Señor, que mientras es de dia haga yo las obras del que me envió. Tómase aquí el dia por el tiempo que el Salvador habia de vivir sobre la tierra. Este tiempo debia ser para los judíos un tiempo de luz, si hubiesen sabido aprovecharse de él. Vendrá la noche cuando ninguno podrá trabajar, prosiguió el Señor: Por la noche denotaba Jesucristo su muerte, despues de la cual serian abandonados los judíos á las tinieblas de su ignorancia y de su ceguedad voluntaria, conforme á la amenaza que se les hizo en otra parte. Andad mientras teneis luz; *yo soy la luz del mundo. Infeliz de aquel que no trabaja miéntras es de dia.* Dicho todo esto, escupió el Salvador en la tierra é hizo lodo con la saliva, con el cual frotó los ojos del ciego: mandándole despues á los baños de Siloe á que se lavara allí. Estos baños eran de las aguas de una fuente que corria por la falda del monte Sion, al pié de los muros de Jerusalen. Como el nombre de Siloe significa enviado, que es uno de los nombres que da la Escritura al Mesías, no fué sin misterio el enviar el Salvador al ciego á esta fuente. Queria enseñarnos que él es el que nos reengendra en las aguas saludables del bautismo, y el que con su gracia cura nuestra ceguedad espiritual. El Salvador no tenia necesidad ni de aquel lodo, ni de las aguas de la fuente de Siloe para dar vista al ciego; porque el barro, dicen los Padres, era remedio naturalmente mas propio para hacer ciegos que para curarlos. Solo el que pudo formar al hombre de un poco de barro, puede hacer servir este para su curacion. Así tambien S. Irenco y S. Juan Crisóstomo entienden en la fuente de Siloe como un símbolo del bautismo, demostrándonos con esto lo misterioso de este hecho. Habiendo obedecido el ciego al Salvador, fué y se lavó en la fuente de Siloe, y ya volvió con vista. Un milagro tan estupendo dió gran golpe al pueblo, el cual, no obstante, no penetró el misterio. Por mas que tenian á la vista el suceso, se les hacia increible, y decian: ¿No es

este el que se mantenia sentado pidiendo limosna? Unos decian que era el mismo, otros que se parecia á aquel; mas él les decia: Yo soy el mismo. La admiracion de un suceso tan raro les obligaba á preguntarle: ¿cómo es que ya tienes vista? El les respondia: Aquel hombre que se llama Jesus me ha dado con lodo en los ojos y me ha dicho que fuese á lavarme á la Piscina de Siloe: he hecho lo que me ha mandado, he ido, me he lavado, y ya veo.

Un milagro tan grande, tan incontestable y tan público, léjos de convertir á los enemigos del Salvador, los irritó tan furiosamente, que casi estuvieron resueltos á desbaratarse del que era una prueba tan patente de su maligna incredulidad. Pregúntanle donde estaba Jesus: nada sé de él, les responde. Llévanlo á los fariseos, quienes le preguntan cómo habia visto, y él les repite lo mismo que habia dicho á los otros: Aquel hombre que se llama Jesus me ha dado con lodo en los ojos, me he lavado y veo. ¿No te ha curado en sábado? le dicen. No tiene duda, responde el ciego. Este hombre no puede ser cosa de Dios, gritaron algunos del congreso, pues no guarda el sábado. ¿Y cómo un hombre pecador, decian otros, puede hacer un milagro tan grande? Habiéndose dividido los espíritus y encendídose una gran disputa, determinaron se preguntase al qué habia sido curado, qué era lo que pensaba del que le habia dado la vista. Yo, respondió, no dudo que sea un hombre enviado de Dios y un gran Profeta. Esta respuesta les irritó, y le trataron de embustero y de impostor, no queriendo creer que hubiese nacido ciego. Cuando por envidia y por rencor no se quiere reconocer el mérito de una accion, se niega el hecho. Acababan los fariseos de imputar á delito á Jesucristo el que en sábado habia curado á un ciego; y hé aquí que contestan la verdad de esta curacion milagrosa. ¡Oh y cómo estas variaciones descubren claramente el espíritu de error y la malignidad de la pasion que domina! Pocos hechos mas notorios, ni que tuviesen mas testigos que este; sin embargo, fué menester aclararlo para acabar de convencerse los fariseos. Hacen venir al padre y á la madre del ciego, y les preguntan: Si aquel es su hijo, si es verdad que nació ciego, ¿y quién puede haberle abierto los ojos?

A los dos primeros artículos responden sin detenerse, que aquel jóven era su hijo, que nada mas cierto que el que habia nacido ciego; en cuanto al tercero, como el decir que era Jesus quien lo habia curado, era decir que era el Mesías, callaron este hecho, temiendo

ser maltratados si lo afirmaban. ¡Qué pocas veces se ama tanto la verdad, que no se la haga ceder al temor! Quien haya abierto sus ojos, no lo sabemos nosotros. Preguntádselo á él, pues ya tiene edad para poder dar razon de su persona. Admiremos aquí la conducta de la Providencia de Dios que hace servir á su gloria la mas negra malicia de sus enemigos. Habiendo llamado al hijo por segunda vez, le dijeron con un tono afable y halagüeño: No puedes honrar á Dios de otro modo que confesando la verdad: dinos ingenuamente todo cuanto ha hecho contigo ese que dices ser el autor de tu curacion. Tú no lo conoces, nosotros sí, y sabemos que es un mal hombre. Si es bueno ó es malo, respondió él, yo no lo examino ahora. Vosotros juzgareis de él como quisiéreis: sois sabios y yo no lo soy. Pero lo que yo sé y no puedo ocultar, es, que yo era ciego y que ahora veo. ¿Y qué ha hecho contigo, prosiguieron? ¿Cómo te ha abierto los ojos? Confesemos que le cuesta bastantemente al incrédulo querer justificar su incredulidad, no solo á los ojos del mundo, sino aun á los suyos propios. No se busca, cuando se llega á este estado, el ser alumbrados de la verdad, sino el tranquilizarse en el error. Este pobre hombre fatigado de tantas preguntas les respondió con un tono intrépido y animado: "Ya os he dicho una y otra vez como me ha dado vista: os lo he dicho y lo habeis oido. ¿A qué fin volvéroslo á repetir? ¿Por ventura quereis ser discípulos suyos?" Esta espresion dicha de un modo natural é ingénuo, sin intencion de ofenderlos, les chocó y los irritó de suerte, que no le respondieron sino descargando sobre él mil injurias: sé tú discípulo suyo si gustas; nosotros no queremos otro maestro que á Moises, á quien sabemos habló el Señor. En cuanto á este, ni sabemos quién es, ni de donde viene. ¿No es un gran prodigio, replicó el hombre que habia sido curado, que no sepais de donde es, ni quién es este hombre y que me haya abierto los ojos á mí que nací ciego? Vosotros nos enseñais que Dios no oye á los pecadores, que tampoco hace milagros para autorizar la falsa piedad de los hipócritas; pero que sí oye propicio á los que le sirven con fidelidad. ¿Se ha oido decir jamas que persona viviente haya abierto los ojos á un ciego de nacimiento? Este lo ha hecho, ¿y vosotros pretendeis que sea un mal hombre?

Una reflexion tan juiciosa y tan cuerda no pareció soportable á aquellos pretendidos doctores. ¿Qué? le dijeron, ¿tú cargado de pecados, tú indigno de ver la luz, quieres hacer de doctor en este con-

greso? ¡Qué bien parece que tú, hombre miserable, quieras darnos lecciones á nosotros, cansados de leer los libros de la ley! Ea, fuera de aquí, jamas vuelvas á comparecer en nuestra presencia. El Salvador que no tarda en consolar á los que padecen por él, sabiendo que lo habian espelido, fué á encontrarlo; y habiéndole preguntado si creia en el Hijo de Dios: ¿Quién es el Hijo de Dios, respondió él, dámelo á conocer para que yo crea en él. Tú lo has visto, le dijo Jesus, y es el mismo que habla contigo. A estas palabras, trasportado de gozo aquel hombre, exclamó: Creo, Señor, creo en vos; y postrándose á sus piés, lo adoró como á su Dios, su bienhechor y su Soberano maestro. La fé nueva de este nuevo discípulo consoló al Salvador del endurecimiento de los fariseos. El milagro de la curacion del ciego los hizo á ellos mas ciegos de lo que estaban; donde se vé cómo la ceguedad voluntaria es incurable. Dios nos previene, nos solicita, nos mueve; pero no nos convierte jamas, si nosotros no queremos.

La primera Epístola es del capítulo XXXVI del Profeta Ezequiel.

Esto dice el Señor: Yo glorificaré mi grande nombre que se halla deshonrado entre las naciones, por haberle vosotros deshonrado á los ojos de ellas: para que las naciones sepan que yo soy el Señor, cuando á su vista habré hecho patente en vosotros la santidad mia. Porque yo os sacaré de entre las naciones, y os recogeré de todos los paises y os conduciré á vuestra tierra. Y derramaré sobre vosotros agua pura, y quedareis purificados de todas las inmundicias, y os limpiaré de todos vuestros ídolos. Y os daré un nuevo corazon, y pondré en medio de vosotros un nuevo espíritu, y quitaré de vuestro cuerpo el corazon de piedra y os daré un corazon de carne. Y pondré el espíritu mio en medio de vosotros, y haré que guardeis mis preceptos y observeis mis leyes y las practiqueis. Y habitareis en la tierra que yo dí á vuestros padres; y vosotros sereis el pueblo mio, y yo seré vuestro Dios, dice el Señor omnipotente.

La segunda Epístola es del capítulo I del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor: Lavaos, purificaos, apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos, cesad de obrad mal, aprended á hacer bien; buscad lo que es justo, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, amparad á la viuda. Y entónces venid y argüidme, dice el Señor: aunque vuestros pecados *os hayan*

teñido como la grana, quedarán *vuestras almas* blancas como la nieve; y aunque fuesen *teñidas* de encarnado como el vermellon, se volverán del color de la lana mas blanca. Como querais y me escucheis, sereis alimentados de los frutos de tierra, dice el Señor omnipotente.

El Evangelio es del capítulo IX de San Juan.

En aquel tiempo: Al pasar vió Jesus un hombre ciego de nacimiento; y sus discípulos le preguntaron: maestro, ¿qué pecados son la causa de que este haya nacido ciego; los suyos ó los de sus padres? Respondió Jesus: No es por culpa de este ni de sus padres, sino para que las obras de Dios resplandezcan en él. Conviene que yo haga las obras de aquel que me ha enviado, miéntras dura el dia: viene la noche, cuando nadie puede trabajar. Miéntras estoy en el mundo, yo soy la luz del mundo. Así que hubo dicho esto, escupió en tierra, y formó lodo con la saliva, y aplicóle sobre los ojos del ciego, y díjole: Anda, ve y lávate en la piscina de Siloe (palabra que significa *el enviado*). Fuése, pues, y lavóse allí, y volvió con vista. Por lo cual los vecinos, y los que ántes le habian visto pedir limosna, decian: ¿No es este aquel que sentado allá pedia limosna? Este es, decian algunos. Y otros decian: No es él, sino alguno que se le parece. Pero él decia: Sí que soy yo. Le preguntaban, pues: ¿Cómo se te han abierto los ojos? Respondió: Aquel hombre que se llama Jesus, hizo lodo y le aplicó á mis ojos y me dijo: Vé á la piscina de Siloe y lávate allí. Yo fuí, lavéme, y veo. Preguntáronle: ¿Dónde está ese? Respondió: No lo sé. Llevaron pues á los fariseos al que ántes estaba ciego. Es de advertir que cuando Jesus formó el lodo y abrió sus ojos, era dia de sábado. Nuevamente, pues, los fariseos le preguntaban tambien, cómo habia logrado la vista. El les respondió: Puso lodo sobre mis ojos, me lavé, y veo. Sobre lo que decian algunos de los fariseos: No es de Dios este hombre, pues no guarda el sábado. Otros empero decian: ¿Cómo un hombre pecador puede hacer tales milagros? Y habia disension entre ellos. Dicen, pues, otra vez al ciego: ¿Y tú que dices del que te ha abierto los ojos? Respondió: Que es un Profeta. Pero por lo mismo no creyeron los judíos que hubiese sido ciego y recibido la vista, hasta que llamaron á sus padres y les preguntaron: ¿Es este vuestro hijo, de quien vosotros decis que na-

ció ciego? ¿Pues cómo vé ahora? Sus padres les respondieron, diciendo: Sabemos que este es hijo nuestro y que nació ciego; pero como ahora vé, no lo sabemos: ni tampoco sabemos quien le ha abierto los ojos: preguntádselo á él, edad tiene, el dará razon de sí. Esto dijeron sus padres, por temor de los judíos; porque ya estos habian decretado echar de la sinagoga á cualquiera que reconociese á Jesus por el Cristo. Por eso sus padres dijeron: Edad tiene, preguntádselo á él. Llamaron, pues, otra vez al hombre que habia sido ciego, y dijéronle: Da gloria á Dios: nosotros sabémos que ese hombre es un pecador. Mas él les respondió: Si es pecador, yo no lo sé: solo sé que yo ántes era ciego y ahora veo. Replicáronle: ¿Qué hizo él contigo? ¿Cómo te abrió los ojos? Respondióles: Os lo he dicho ya y lo habeis oido, ¿á qué fin quereis oirlo de nuevo? ¿Si será que vosotros quereis haceros discípulos suyos? Entónces le llenaron de maldiciones y le dijeron: Tú seas su discípulo: que nosotros somos discípulos de Moises. Nosotros sabemos que á Moises le habló Dios; mas este no sabemos de donde es. Respondió aquel hombre, y les dijo: Aquí está la maravilla, que vosotros no sabeis de donde es este, y con todo ha abierto mis ojos. Lo que sabemos es que Dios no oye á los pecadores, sino que aquel que honra á Dios y hace su voluntad, este es á quien Dios oye. Desde que el mundo es mundo, no se ha oido jamas que alguno haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si este hombre no fuese de Dios, no podria hacer nada. Dijéronle en respuesta: Saliste del vientre de tu madre envuelto en pecados, y ¿tú nos das lecciones? Y le arrojaron fuera. Oyó Jesus que le habian echado fuera, y haciéndose encontradizo con él, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? Respondió él, y dijo: ¿Quién es, Señor, para que yo crea en él? Díjole Jesus: Le viste ya, y es el mismo que está hablando contigo. Entónces dijo él: Creo, Señor. Y postrándose á sus piés, le adoró.

MEDITACION.

Sobre la ceguedad espiritual.

Considera que entre todas las enfermedades del alma, no hay otra mas mortal ni de que se cure ménos, que de la ceguedad. Como el alma no advierte el peligro, tampoco busca el remedio. Pero ¿á cuántas caidas no está expuesto un ciego, y mas caminando en esta vida por un camino pedregoso y lleno de precipicios? ¿Cuántos tropezones no es preciso que dé? Es imposible andar mucho tiempo por él sin caer en el precipicio. La ceguedad espiritual no es ménos ceguedad del corazon que del entendimiento. El desarreglo del corazon es el principio de esta enfermedad, la cual se comunica muy presto al entendimiento. En la ceguedad del alma pasa lo mismo que en la del cuerpo; son muy semejantes sus causas y sus síntomas, como tambien sus efectos. Una abundancia de humores malignos debilita primero el órgano de la vista, y despues la extingue. Los dolores cesan con la pérdida de la vista. Un ciego no tiene dolor; pero no vé. La corrupcion del corazon causa bien presto aquellos vapores espesos y malignos que debilitan y oscurecen los ojos del alma. Al principio los remordimientos de una conciencia justamente sobresaltada punzan y duelen; pero en fin, sus puntas se embotan con la continuacion del desórden. La razon se oscurece y se anubla, el alma no siente ya dolores, la fé no obra como ántes, y faltándole estas luces al alma, pierde la vista y queda ciega. Aun cuando no llegue á tanto, los vapores espesos que las pasiones levantan, la impiden el que vea la luz; y en medio de estas espesas tinieblas, el alma se adormece, y por último viene á quedarse del todo dormida. Por mas que se la llame, por mas que se grite y se haga ruido al rededor de ella, nada oye, porque está en una especie de letargo espiritual.

Considera que hay dos suertes de ceguedad espiritual; la una que es el pecado, y la otra que es efecto y castigo del pecado. La primera, es una rebelion, una resistencia actual á las saludables ilustraciones y piadosos movimientos de la gracia, cuando el pecador cierra voluntariamente los ojos á esta luz viva, y endurece su corazon contra sus mas fuertes impresiones. La segunda es el hábito contraido por esta frecuente resistencia, y este es propiamente un estado de ceguedad á que el pecador se ha reducido por su criminal obstinacion. A fuerza de cerrar los ojos á las luces de la gracia, hace que Dios permita queden cerrados, por decirlo así. ¡Qué estado, Señor, mas infeliz y mas espantoso! Se desespera de un enfermo, cuando se le ve en un letargo que le embarga el uso de los sentidos; ¿y habrá mucha esperanza de que se salve un pecador sepultado en una ceguedad que lo hace insensible? Todo pecador es ciego, porque en fin, si se viese la justicia y santidad del mandamiento que se quebranta, la magestad y la bondad de Dios á quien se ofende, el rigor del castigo que se merece, el colmo de las desdichas en que se

precipita el que peca, y la enormidad del delito que se comete, ciertamente no habria quien cometiese uno solo; pero la pasion ciega, y se sacrifican á la pasion las obligaciones, el reposo, los intereses y hasta la misma salvacion. Pero á lo ménos esta ceguedad comun á todos los pecadores es solo accidental, y así pasa y así se acaba. Pero cuando uno es ciego por eleccion, y de propósito deliberado, cuando se cierran los ojos á la luz de la gracia; y cuando por último en castigo de una malicia tan insigne, deja Dios al alma en aquella horrenda ceguedad que ella se ha atraido por su culpa, ¿quién la estorbará que caiga en el precipicio? Despues de esto ¿debemos extrañar el que aquellas terribles verdades que han hecho tantos ilustres penitentes en todos los estados, que en todos tiempos han convertido á los mas insignes pecadores y á las naciones mas bárbaras; el que aquellas verdades tan poderosas, que hicieron tantos millones de mártires, no muevan ni dén golpe al pecador que yace en una profunda ceguedad? ¡Cuántos de estos desventurados ciegos se han visto morir en una insensibilidad espantosa!

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Ah, Señor, vengan sobre mí todas las desdichas de la vida, ántes que esta espantosa ceguedad. Castigadme de todos modos, con tal que no tenga yo la desgracia de vivir y morir ciego. Bien conozco, Dios mio, que no hay mayor desgracia durante esta vida, que la ceguedad espiritual; de hoy en adelante, nada temeré tanto como esta desgracia. Aunque en sí misma es incurable esta ceguedad, confio que no lo es respecto de vos, médico de nuestra alma; y cada instante os pediré que me cureis como os gritaba el ciego en el camino de Jericó: *Señor, quiero ver.*

JACULATORIA.

¡Señor, quiero ver: abridme los ojos!

LECCION.

Sobre la murmuracion.

La murmuracion seria un mal ménos peligroso, si no hallara tanta facilidad para ser creida; y si se opusiera á su maligno lenguaje el silencio que la desprecia, ó la caridad que la combate, entónces se volveria contra su autor, y denigraria al que trataba de denigrar.

Pero nos dice el murmurador: Confesad la verdad, y convenid con nosotros en que ese hombre es un perverso; y al punto todos convienen con él. No sé qué maligna satisfaccion y gusto se haya en saber los defectos de nuestros hermanos: toda censura pica nuestra curiosidad y despierta nuestra atencion. Escuchamos la murmuracion con demasiada complacencia, y la creemos con suma ligereza; defectos frecuentes en que incurren aun los que se precian de cristianos, pues que los encubren con los especiosos nombres de zelo y amor de la justicia.

En efecto, cualquiera que esté bien persuadido de que no es permitido hablar contra los intereses del prójimo, lo estará tambien de que no es lícito el escuchar á los que faltan á este precepto: si es malo publicar la murmuracion, no lo es ménos el escucharla, porque uno y otro se oponen á la caridad, vínculo de la sociedad cristiana. Porque ó se conoce á la persona cuyas faltas se refieren, ó no; si no se conoce, ¿qué fruto se espera sacar de semejantes discursos? ¿No es un escándalo saber que Dios ha sido ofendido, que un cristiano ha olvidado las leyes de su obligacion, que su inocencia ha sido seducida por la fuerza de sus vicios, ó por el fuego de sus pasiones? ¿No seria mejor gemir ante la presencia de Dios estas faltas, y no complacerse refiriéndolas, y acaso verse tentado para imitarlas? Mas supongamos al contrario, que se conoce la persona de quien se habla; ¿por qué permitimos que se destruyan las ideas favorables que teniamos de ella, y que se disminuya la estimacion con que la veiamos? ¿Qué motivo nos ha dado para despreciarla, cuando siempre se ha manifestado prudente y respetuosa en nuestra presencia, y muchas veces ha disculpado y justificado nuestros defectos? Pero supongamos que no sea mas que simple complacencia el escuchar la murmuracion: esto mismo, ¿no es autorizarla? Si no amontonamos las piedras que se tiran á nuestros prójimos, por lo ménos hacemos lo que el jóven Saulo en la muerte de San Estevan; animar con nuestra presencia á los que apedrean. Con esta criminal condescendencia aumentamos el número de las lenguas perversas, y todos en lo sucesivo vendrán á relatarnos los vicios dominantes de toda una familia; no resonará ya en nuestra casa, sino el rumor de la reputacion destrozada, sin reflexionar, segun la expresion del Sabio, que encendiendo el fuego de los pecados las llamas se volverán contra nosotros para devorarnos. Nosotros, sin pensarlo, queremos que ese hombre de quien es-

cuchamos discursos criminales haga lo mismo con nosotros, y que al referirnos los defectos del prójimo, estudie y examine los nuestros para que sirvan de asunto á sus sátiras delante de otros.

¡Ah, lector mio! Qué curiosidad tan lastimosa, cuando ignoramos lo que es esencial para la reforma de nuestras costumbres, y para la salvacion eterna de nuestra alma; cuando ignoramos nuestros propios defectos, y queremos saber é investigar los del prójimo. Ya que tanto anhelamos por saber lo que pasa en el mundo, informémonos de tantos méritos ocultos que carecen de apoyo y recompensa; de tantas personas oprimidas que necesitan de nuestros socorros, de nuestra asistencia y proteccion; de tantas personas honradas que serán capaces por su experiencia y sabiduría de ilustrarnos con sus consejos; de tantos ejemplos de moderacion, rectitud, fidelidad, desinteres, que despertarán en nosotros las semillas é impresiones de todas las virtudes. Estos son los conocimientos y noticias que deberiamos solicitar, y no tener emisarios secretos que vayan, como dice el Profeta, á recoger las iniquidades mas ocultas, para envenenarlas en nuestra presencia con una relacion nada fiel, y sí exagerada: no ir nosotros mismos de concurrencia en concurrencia á aglomerar murmuraciones, pagar una confianza con otra, usar de estratagemas, de ardides artificiosos y de rodeos astutos, que son como otros tantos lazos y trampas que tendemos y armamos á la simplicidad de los que todavía ignoran nuestra malicia: no leer, en fin, sin escrúpulo, sino con ánsia y presuncion, escritos escandalosos y ociosos.

Ya otra vez hemos manifestado, que la pasion no mas presta su voz al vicio, y que todo el mal que aprendemos del prójimo, no viene á nosotros sino por el interes, ó por el odio de los que lo publican. ¿Qué aprecio deberémos hacer de semejante descubrimiento? ¿No vemos todos los dias cuánto aumenta la pasion los objetos, y cómo desfigura lo mismo que refiere? La misma agua, que en su manantial quizá es una fuente clara y tranquila, recibe al apartarse de su orígen las impresiones de las tierras por donde pasa, y prontamente se trasmuta en cieno y en lodo contagioso y pestífero. Ademas de esto, aun cuando las personas que nos hablan no tuvieran designio de engañarnos, ¿no podrán ellas haberlo sido? Ellas creyeron ver, pero no vieron; pensaron entender, y no entendieron. ¿Qué seguridad, pues, podemos tener, de que hemos visto mejor y entendido mas bien que otros? San Pablo es llevado á la presencia de Félix, gobernador de la Judea, como un hombre inquieto y revoltoso, como cabeza de partido, como profanador del lugar santo; y no es un particular el que le acusa, sino toda una nacion, los ancianos del senado y el gran sacerdote: todos unánimemente dicen que han sido testigos, y que salen garantes de los hechos que deponen contra el Apóstol. ¿Habrá delacion mas decisiva, pruebas mas convincentes? Con todo ésto, profundizando la materia no se encuentra en el acusado sino un Apóstol, un hombre animado del espíritu de Dios; y en los acusadores solo se descubre odio, envidia, malignidad, impostura; así es que Felix no se dejó sorprender de todo ese aparato de verdad, sino que lo envió libre, y suspendió la acusacion tan séria é imponente, para que despues se examinara con mas tiempo y madurez. ¿Hubiéramos nosotros procedido de este modo? ¿Nosotros, cuya incliuacion perversa cree siempre al mal con preferencia al bien? ¿Sobre quienes una simple sospecha, un rumor vano contra nuestro hermano, hace mas impresion que los testimonios mas auténticos en su favor, y que fáciles en escandalizarnos á la menor apariencia de flaqueza que entrevemos en nuestro prójimo, no somos incrédulos sino para resistir á la aseveracion que se nos dá en su inocencia ó arrepentimiento? Faltos de sinceridad, ó limitados de entendimiento, nos dejamos fácilmente prevenir por falsas relaciones, y despues nuestro orgullo no nos deja conocer y confesar que hemos sido sorprendidos y engañados. Seducidos una vez, no volvemos ya sobre nosotros, y es necesario hacer prodigios para desengañarnos. Hay personas que se escandalizan de una murmuracion notoria y hecha abiertamente en una concurrencia; pero si se cubre esta misma murmuracion, ú otra peor, con el misterio de la confianza, y se llega á ellas con el aire de buscar consuelo, y de secreto, entónces, como su amor propio se siente adulado con esta distincion, se suscriben y lo creen todo con obstinacion. Este es un aviso que me han dado, dicen, y yo debo aprovecharme de él. Justamente, responde San Bernardo, por lo mismo que es un aviso secreto debeis despreciarlo, pues el ocultarse solo pertenece al artificio: la verdad no teme la luz; habla francamente, y nada recela. Seriamos ménos dignos de lástima, si al ménos desconfiásemos de la murmuracion; pero ¡qué fatalidad! no solo la escuchamos con gusto y la creemos con facilidad, sino que tambien obramos precipitadamente, segun ella. Nos indisponemos con un amigo, al punto suspendemos el respeto á su persona, el

curso de nuestros beneficios; le negamos una súplica racional, le prohibimos nos vea en adelante; y todo esto sin que sepa por qué ha incurrido en tal desgracia, sin que tenga el consuelo de poder justificarse. La sinceridad de nuestro zelo, la rectitud de nuestra intencion, nos justificarán, puede ser, á nuestros propios ojos; pero ¿nos justificarán en el tribunal de Dios? Reprimamos, pues, la indiscreta curiosidad de saber los defectos de nuestros hermanos: apartémonos de los que hablan mal de ellos; no séamos fáciles en asistir á sus relaciones; y finalmente, séamos circunspectos y prudentes, dando lugar á su arrepentimiento.

Juéves de la cuarta semana de Cuaresma.

La intencion de la Iglesia en todos estos dias es el que nos ocupemos en la consideracion de una nueva vida, que Jesucristo puede y quiere procurarnos con su muerte. A este fin ha elegido para las Epístolas y Evangelios de la misa de estos dias, asuntos los mas á propósito para hacernos ver, que él solo es el que vivifica y el que resucita nuestras almas á la vida de la gracia.

El introito de la misa de este dia es del salmo CIV, el cual es un cántico de acciones de gracias por todos los beneficios de que llenó el Señor á la nacion judaica, y de los cuales hace aquí el profeta un resúmen. Fué compuesto este salmo por David con motivo de la traslacion de la arca de la casa de Obededom al tabernáculo ú oratorio que se le habia preparado en Sion. Este salmo tiene por título la palabra *Aleluya*, que significa *alabad al Señor*. La misa empieza por estas palabras. Alégrese el corazon de los que buscan al Señor. Buscad al Señor, y teneos firmes contra todos los accidentes de la vida; aplicaos constantemente á merecer que os mire con ojos propicios. Cantad sin cesar las alabanzas del Señor; invocad su nombre, dad á conocer á todos los pueblos de la tierra la grandeza y excelencia de sus obras, y decidles que su misericordia resplandece en todas ellas.

La Epístola refiere el milagro que hizo el profeta Eliseo, resucitando al hijo de una muger, habitante de Sunam, en cuya casa acostumbraba hospedarse.

Pasando un dia Eliseo por la ciudad de Sunam, que no distaba mucho del monte Carmelo, fué convidado á comer por una muger

de las principales del pueblo, la que con el buen hospedage que le hizo y con sus bellos modos le obligó á alojarse en su casa cuantas veces pasaba por allí. Un dia dijo á su marido: Me parece que este hombre que pasa tan á menudo por aquí, es un varon de Dios y un santo; alojémosle y aderecémosle un cuarto para que esté con comodidad cuando nos venga á ver, y se hospede aquí. Mas estando un dia Eliseo hospedado allí, dijo á Giezi su criado que preguntase á su huéspeda, qué podria hacer por ella en reconocimiento de todos los servicios que le habia hecho. Habiéndola hecho llamar Eliseo, la predijo que tendria un hijo ántes de un año. El suceso verificó la prediccion. Creció el hijo hasta la edad de tres años; y habiendo ido un dia á ver á su padre que estaba en los trabajos del campo, murió de una insolacion. Su madre, llena de confianza en los méritos de Eliseo, llevó el cadáver al cuarto del profeta, lo puso sobre su cama, y sabiendo que Eliseo estaba en el Carmelo, se fué allá disimulando su afliccion. Habiéndola visto el profeta á lo léjos, envió á Giezi su criado, para que le preguntase si habia alguna novedad. Ella, que no queria descubrir la muerte de su hijo á otro que al profeta, respondió que todo iba bien; mas habiendo llegado á donde estaba Eliseo, se arrojó á sus piés hecha un mar de lágrimas. Giezi la quiso retirar; pero el profeta se lo estorbó, diciendo: Que aquella muger se hallaba afligida, aunque el Señor no le habia descubierto el motivo. Luego que ella le dijo como su hijo habia muerto, mandó á Giezi que tomara su báculo y se fuera allá, con la expresa prohibicion de saludar á nadie en el camino. Este es un modo de hablar figurado é hiperbólico, que denota la diligencia con que debia hacer el viage. Cuando el Salvador del mundo envió sus Apóstoles á predicar el Evangelio, les intimó la misma prohibicion, en el mismo sentido. Púsose en camino Giezi; pero la afligida madre no estuvo contenta hasta que vió partir tambien á Eliseo. Llegado Giezi á donde estaba el cadáver del niño, le puso el báculo sobre la boca, como se le habia ordenado; pero el muerto no dió la menor señal de vida. Le avisa á Eliseo, quien entra, cierra la puerta y se pone á orar: acabada la oracion se sube sobre la cama, y se acuesta sobre el niño: poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre los ojos, y sus manos sobre las manos, y encorvado así sobre el niño lo calienta, dice la Escritura, con su propio calor. Baja despues de la cama y da dos vueltas por el cuarto; súbese otra vez á la cama y se encoge otra vez sobre el niño, el cual

bostezó siete veces y abrió los ojos. No deja de conocerse que todo esto es misterioso. La figura y el misterio se palpan en todas las circunstancias del milagro. Habiendo el niño resucitado, lo entregó el profeta sano y bueno á su madre, la que trasportada de gozo y admiracion, se arrojó á sus piés, y postrada le dió humildísimas gracias.

La Divina Providencia, dicen los Santos Padres, quiso darnos en la relacion tan circunstanciada de este milagro, una figura del gran misterio de la ley y de la necesidad de la Encarnacion del Verbo. El báculo de Eliseo, puesto por su criado sobre el rostro del niño, dice San Agustin, significaba la ley de Moises, que no podia por sí misma dar á nadie la vida, ni la justicia; era preciso que el mismo Eliseo, figura de Jesucristo, que es el Maestro de todos los que habian sido enviados á predicar esta ley, viniese en persona y se encogiese, por decirlo así, en su Encarnacion, para acomodarse y proporcionarse al cuerpo del niño, esto es, de todo el género humano, que San Pablo dice haber sido niño bajo la ley. "Cuando éramos niños, vivíamos como esclavos bajo los primeros elementos que se enseñaron al mundo: pero cuando se cumplió el tiempo, envió Dios á su Hijo, el que encontró al género humano sin vida, sin fuerzas y sin luz." Algunos intérpretes traducen el hebreo, diciendo: *estornudó siete veces*, en lugar de bostezó siete veces. No falta quien hace de estas siete señales de vida una figura de los sacramentos de la nueva ley, ó de los siete dones del Espíritu Santo en la ley de gracia.

El Evangelio de hoy nos refiere: Que el dia despues que Jesucristo curó al criado del centurion, se fué á la pequeña ciudad de Naim, hácia los confines de Galilea. Iban en su seguimiento sus discípulos y otras muchas personas atraidas de sus milagros é instrucciones. A algunos pasos de la ciudad encontró un acompañamiento de gentes que llevaban á enterrar el cadáver de un hijo único de una viuda, que habia muerto el dia ántes. Los lloros de una madre excesivamente afligida por la pérdida de un hijo único que era todo su consuelo y toda su esperanza, enternecieron el corazon del Salvador, y acercándose á aquella desconsolada madre, la dice que no llore: se llega despues al ataúd, pone sobre él su mano, y los que lo llevan se detienen. Entónces el Salvador, como árbitro de la muerte y de la vida, dice al muerto: "Mancebo, levántate; yo te lo mando." ¡Cosa admirable! Oye el muerto esta voz omnipotente, y

obedece: resucita, se incorpora, se sienta en el féretro, recobra el habla, sale del ataúd, y despues de haber dado gracias á su bienhechor, corre á abrazar á su madre. Las lágrimas que el dolor hacia correr de los ojos de la madre, se convierten al punto en lágrimas de gozo por un milagro no esperado, obrado por una sola palabra del Salvador, que le entrega á su hijo vivo y sano. Cuantos fueron testigos de este prodigio, quedaron atónitos y penetrados de un santo terror que les hacia decir con profundos sentimientos de admiracion y del mas vivo reconocimiento: Verdaderamente tenemos entre nosotros el mayor Profeta que jamas ha habido. El Señor se ha dignado visitar á su pueblo, enviándonos á aquel gran Profeta que nos tenia prometido, y ha querido hacer ostentacion de su poder á nuestros ojos.

Tales son los pasos que da el Señor para excitar y convertir al pecador. Se acerca á él aunque está muerto, lo excita, le hace oir su voz, ya sea por medio de remordimientos de conciencia, ya sea por medio de otras inspiraciones secretas. Pasos no obstante inútiles, si el pecador no responde á estos primeros llamamientos; si los que lo llevan, los que le lisonjean, los que le engañan no se paran; es decir, si las pasiones no callan para dejarle oir al Salvador, ¡infeliz! jamas lo resucitará.

Los judíos enterraban sus difuntos fuera de las ciudades, los ponian en tierra en cavernas ó sepulcros hechos de una sola piedra. Eran mirados entre ellos los sepulcros como lugares inmundos, y como una tierra profana. Al contrario los cristianos; ciertos de la resurreccion, y presumiendo que muchos cuyos cuerpos están enterrados en los cementerios, gozan de la bienaventuranza en el cielo, miran estos lugares con respeto y veneracion. Por este motivo están los cementerios junto á las iglesias. Tambien se entierran los muertos en los templos, lo que parece venir de que antiguamente se edificaban las iglesias sobre los sepulcros de los mártires.

La Epístola es del capítulo IV del libro cuarto de los Reyes.

En aquellos dias: Vino la muger Sunamitis al varon de Dios en el monte Carmelo; quien al verla venir hácia él, dijo á Giezi su criado: Mira, aquella es la Sunamitis: sal á su encuentro, y dile: ¿Lo pasais bien tú, tu marido y tu hijo? Bien, respondió ella. Mas así que llegó al monte y á la presencia del varon de Dios, se echó

á sus piés; y acercándose Giezí para apartarla, díjole el varon de Dios: Déjala; porque su alma está llena de amargura, y el Señor me lo ha ocultado y no me ha revelado nada de eso. Dijo entónces ella: ¿Por ventura, ó Señor mio, te pedí yo un hijo? ¿No te dije que no me engañaras? Y él dijo á Giezi: Pon haldas en cinta, y toma en tu mano mi báculo, y marcha. Si te encontrases con alguno, no *te pares* á saludarle: si alguno te saludare, no *te detengas* á responderle; y pondrás mi báculo sobre el rostro del niño. Sin embargo, la madre del niño dijo: Júrote por el Señor y por tu vida que no me iré sin ti. Con esto se puso Eliseo en camino y la fué siguiendo. Entretanto Giezi habia ido delante de ellos, y puesto el báculo sobre la cara del niño, el cual ni hablaba ni sentia. Y así volvió en busca de Eliseo, y díole parte, diciendo: El niño no ha resucitado. Entró, pues, Eliseo en la casa, y halló al niño muerto y tendido sobre su cama. Entrado que hubo, cerróse dentro con el niño, é hizo oracion al Señor. Subió despues, y echóse sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre los ojos, y sus manos sobre las manos; y encorvado así sobre el niño, la carne del niño entró en calor. Tras esto, levantándose, dió dos vueltas por la habitacion, y subió otra vez y recostóse sobre el niño. Entónces el niño bostezó siete veces, y abrió los ojos. Y llamó á Giezi, y díjole: Avisa á esa Sunamitis. Vino ella y se presentó á Eliseo, el cual la dijo: Toma á tu hijo. Acercóse ella, y arrojóse á sus piés, y le veneró postrándose hasta el suelo; y tomando á su hijo, se salió. Y Eliseo se volvió á Gálgala.

El Evangelio es del capítulo VII de San Lúcas.

En aquel tiempo: Iba Jesus á una ciudad llamada Naim, y con él iban sus discípulos y mucha gente. Y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban á enterrar á un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; é iba con ella grande acompañamiento de personas de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido á compasion, la dijo: No llores. Y arrimóse y tocó el féretro, y los que lo llevaban se pararon. Dijo entónces: Mancebo; yo te lo mando, levántate. Y luego se incorporó el difunto, y comenzó á hablar; y Jesus le entregó á su madre. Con esto quedaron todos penetrados de un temor, y glorificaban á Dios, diciendo: Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros; y Dios ha visitado á su pueblo.

MEDITACION.

Sobre la resurreccion espiritual de las almas.

Considera con cuanta razon decian los que habian presenciado la resurreccion del hijo de la viuda de Naim, que un gran Profeta habia aparecido entre ellos, y que Dios habia visitado su pueblo. Aun cuando no se contemplase mas que la resurreccion de los muertos con muerte natural, á quienes el Hijo de Dios habia restituido á la vida, cierto es que no se habia visto cosa semejante en la tierra; pues aunque Elías y Eliseo habian resucitado á dos niños por la virtud de Dios, ¿qué eran estos ejemplares en la multitud de los siglos que habian corrido sobre la tierra? ¡Y Jesucristo resucita á tantos por su propia virtud y al imperio de su voz soberana! El Evangelio solo nos mienta á tres; pero fueron muchos los que resucitó el Salvador. ¿Pues cuánto mas acreedor es el Señor á la gloria que le daba aquel pueblo, si en la resurreccion de tantos muertos contemplamos la figura de millones y millones de almas resucitadas por el Divino Redentor á la vida de la gracia? ¡Ah, que él las extrajo del abismo profundísimo del pecado en que yacian; y esto con mayor milagro que sacarlas de los senos de la tierra para que vuelvan á reanimar sus cuerpos! Los senos de la tierra son un lugar de suplicio, donde están las almas aprisionadas por el poder de Dios, y de donde pueden salir por la misma omnipotencia sin mas mutacion que la de caminar de un lugar á otro. Mas el pecado es un abismo inmenso, que dista infinitamente de la suma bondad que es Dios, el cual lo repugna infinitamente, y á quien el mismo Dios omnipotente no le puede arrancar una sola alma sin destruirlo primero, sin que baste sola su voluntad ó su omnipotencia, si esta misma alma encerrada en este abismo del pecado, no coopera con Dios á destruir su prision, á romper sus cadenas; y esto con una inmutacion tan real y verdadera en ella, cuanta se da en salir del no ser al ser, esto es, en adquirir un nuevo ser divino, sobrenatural, de gracia, que no puede existir en aquella alma sin que destruya el pecado, que se habia hecho en ella como una segunda naturaleza. ¡Oh milagro, oh portento sin igual, el de la resurreccion de un alma á la vida de la gracia! Verdaderamente que solo puede ser obrado por aquel Dios que visitó á su pueblo con una misericordia sin medida.

Considera que es tanto mas admirable el Salvador en esta resurreccion de las almas, cuanto que el enemigo de nuestra salvacion, que es aquel fuerte armado que custodia su atrio, como dijo el Señor, habia en efecto puesto tales barreras para impedir la libertad de las almas hundidas en el abismo del pecado, que eran realmente insuperables á toda virtud y fuerza que no fuera la de Dios. Era por tanto necesario que otro mas fuerte que él viniera y lo venciera, y derrocara con supremo poder aquel muro inexpugnable: muro de iniquidad y de pecado, muro de ignorancia y de error, muro de obstinacion y de endurecimiento, muro de reato y deuda insoluble, que solo pudo pagar condignamente el Hombre Dios, y que en efecto pagó con el infinito precio de su sangre: con la misma borró el pecado del hombre y lo lavó de su iniquidad: con la misma ablandó su endurecido corazon; con la misma en fin le abrió los ojos para que conociera su error, y saliera de las tinieblas de la ignorancia y de la muerte en que estaba de asiento. ¡Empresa divina! ¡Maravilla estupenda! ¡Obra de un Dios de infinita sabiduría y soberano poder; tanto mas asombrosa, cuanto que la obró, no en la grandeza de su magestad, sí en la humildad de nuestra naturaleza; no en los resplandores de su gloria, sí en la ignominia de su pasion; no en el uso de omnipotencia absoluta, sí en la efusion de su sangre y en su muerte en la cruz! ¡Oh! ¡Bendigamos al Señor, que se dignó visitar á su pueblo para obrar su salud en medio de la tierra!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Yo os bendigo, Señor, y cantaré vuestras alabanzas como vuestro siervo Moises al salir del mar Rojo; porque á este infernal Faraon, que nos tenia esclavizados, lo sepultásteis bajo las aguas venenosas de su insondable malicia, al mismo tiempo que abrísteis estas aguas para sacar á pié enjuto vuestro pueblo escogido, y conducirlo á la tierra de promision que es vuestra gloria. Haced, Señor, que no malogre yo tan grande beneficio; sino que conservandoos la fidelidad que os he jurado, merezca contemplar en la patria cara á cara á mi Libertador soberano.

JACULATORIA.

Libertásteis, Señor, á vuestras almas aprisionadas del lago de la miseria: salvad así la mia.

LECCION.

Sobre los resultados de la muerte.

San Ambrosio y San Agustin aplican al alma en un sentido místico el milagro que hoy nos refiere el Evangelio, de este modo: "La madre del hijo difunto es la Santa Iglesia, que llora la muerte de las almas que perdieron por el pecado la vida de la gracia: estas son el difunto que es conocido por sus pasiones y vicios en el féretro del cuerpo; lo toca Dios, y al momento se levanta." ¡Ojalá y así lo efectuáramos todos los cristianos! ¡Pero cuántas veces por mas que Dios nos toque, yace nuestra alma muerta! ¿Qué otra cosa son las desgracias ó las dichas imprevistas que nos suceden, sino toques del Señor? Una enfermedad, una quiebra, la muerte de un hijo, son golpes que debian resucitar nuestras almas. Pero apartamos nuestros ojos de la Providencia Divina, y solo los fijamos en lo que llaman los filósofos causas naturales. Nos hallamos en un apuro: parece que ya no hay remedio en lo humano para nosotros; cuando ménos lo esperamos se nos abre una puerta por donde nos viene el consuelo. Pero ¡ay de nosotros! ¡que á veces ese mismo beneficio que nos sirve para socorrer nuestra necesidad, sirve á nuestra malicia para ofender al mismo Dios que nos lo ha hecho! ¿No es esto tener mas que muerta nuestra alma? ¿Necesitamos que venga Jesucristo en persona á tocarnos? ¿Acaso no es bastante poderosa su palabra? Acordémonos de aquella vision de Ezequiel, en que en un gran campo lleno de huesos descarnados y frios, con solo anunciarles la palabra de Dios se convirtieron en hombres. ¿Es posible que siendo nosotros hombres, á pesar de oir tantas ocasiones la palabra de Dios, estémos convertidos en cadáveres? ¿Hasta cuando se ha de levantar nuestra alma? ¡Oh, tan muerta la tienen los falsos discursos de los incrédulos ó el encanto de las pasiones, que por mas que le hablen los ministros del Altísimo, no oye, no se mueve, no da la menor señal de vida! Basta ya de letargo; basta ya de letargo: hoy que nos toca Jesucristo por medio de esta leccion ábrase á la luz nuestro entendimiento, muévase nuestra voluntad, é imitando al hijo de la viuda de Naim, comencemos á hablar. Pero ¿qué dirémos? Darémos alabanzas á Dios, referirémos las misericordias que ha usado con nosotros; confesarémos al sacerdote la enfermedad gravísima de la culpa que nos habia muerto, y sobre

todo, pedirémos perdon á nuestro Dios de nuestros pecados contritos y humillados, y le protestarémos hacer todos nuestros esfuerzos para no volver á caer en la enfermedad que nos habia privado de la vida. Sí, católicos, resucitémos á la gracia para no volver á morir; y si aun no quieren dar señales de vida nuestro entendimiento y nuestra voluntad, curémos una muerte con otra: presentémosle, pues, los funestos resultados que tendrá aquel á quien le coja la muerte temporal estando ya muerto espiritualmente. Aquella sí que será verdadera muerte, pues á la temporal seguirá la eterna. Mas al justo, al que reciba resucitado por la gracia la muerte del cuerpo, ella será la puerta de una vida feliz é interminable. Sin duda que uno de los estímulos mas fuertes que puede tener el pecador para resucitar de la culpa, es la consideracion de la muerte. No apartémos de ella nuestros ojos: consideremos sus terribles consecuencias. Sin duda que á la vista del sepulcro lóbrego que se nos presenta, como un conducto por donde hemos de bajar al infierno, se extremecerá nuestra alma: nuestro entendimiento asustado, se levantará buscando las verdades que deben servirle de medicina.

Pero nuestra desgracia es que este espectáculo que se reproduce incesantemente á nuestros ojos, y que debia servirnos de saludable medicina, lo miramos con la mayor indiferencia y frialdad; porque nosotros, realmente mas insensatos que los cadáveres que vemos, pasamos los dias en muestras continuas alegrías y falsas felicidades del mundo. ¡Ah! si pensásemos que nos hemos de confundir con la misma tierra, que nos hemos de convertir en polvo semejante al que el viento lleva por los aires, que últimamente hemos de ser olvidados, y que inmediatamente toda la serie de los siglos ha de ser nada para nosotros, todos nos abandonaríamos al susto y al espanto, y diríamos como el santo Job: "Me siento casi enojado de haber nacido." Mas no sucede así: todos nos echamos á dormir por la noche sin saber si despertaremos, y nos entregamos al sueño con la mayor seguridad. Descendamos mentalmente á aquellas moradas tenebrosas, donde no se encuentra otra cosa que cadáveres y huesos. Allí exhalándose continuamente, desaparece nuestra figura y se consume, nuestra carne de tal manera se evapora, que no deja el menor vestigio de nuestra existencia: es imposible descubrir los diferentes átomos á que se reduce el cuerpo en sus continuas transmutaciones: hoy se corrompe y mañana es polvo. Somos el juguete del tiempo, de la corrupcion y de los gusanos.

Olvidemos la transitoria morada de la tierra, y pasemos á contemplar la region inmensa de los espíritus. No hay duda que la eternidad es un abismo que no podemos nosotros sondear; pero tampoco la hay de que realmente hay lugares, ó mas bien, situaciones, que despues de la muerte separa por clases nuestras almas de un modo asombroso. ¿Cuál es pues aquella situacion, de la que á nuestro arbitrio podamos retroceder? Ninguna. ¡Oh, y cuán otras las hallaremos de lo que las imaginábamos! Si somos bienaventurados, nuestras almas separadas de nuestros cuerpos, á quienes dejarán en la corrupcion, penetrarán la morada de una luz incorruptible: las ideas terrestres se aniquilarán, y nuestro espíritu, siempre activo y perspicaz, no se ocupará ya sino en la contemplacion del Ser de los seres. Se rasgará el velo de la carne, y nos verémos en la presencia de la luz increada; *verémos á Dios como es*. La resurreccion vendrá despues á animar nuestros cuerpos, y nos presentará de nuevo en la tierra para sujetarnos á un juicio universal, en que se confirmarán nuestras sentencias. ¡Qué consecuencias las de la muerte! ¡qué exquisitas mudanzas obrará en nosotros! ¡qué espectáculo ofrecerá á nuestra consideracion! Un Ser inmenso, justiciero, omnipotente y eterno, hará á nuestras almas eminentemente felices, ó sumamente desventuradas; pues su castigo ó recompensa corresponderán á tan sublimes atributos. Miéntras que Dios sea Dios, padecerá el condenado, porque el hombre quedará eternamente en el estado en que la muerte lo halle. ¡Qué espanto y qué terror no produce este conocimiento!

Nuestros juicios son siempre inconsecuentes y frenéticos cuando nos atrevemos á sondear los abismos de un Dios, cuya justicia no se mide con la nuestra. ¿Con que es dable que podemos merecer una dicha infinita con algunas obras que ninguna proporcion tienen, con una recompensa tan sublime? ¿Es dable que podemos perder esta felicidad prefiriendo la criatura al Criador? En verdad que nosotros querriamos que Dios nos franquease el cielo que él habita á nosotros que jamas pensamos en él, que contradecimos perpetuamente su ley, que amamos mas el estiercol de la tierra que todos los tesoros de la gracia, que blasfemamos, puede ser, hasta su santo nombre, y que querriamos mas bien vivir acá en la tierra para siempre, que ir á gozar sus eternas recompensas. Si despues de nuestros desórdenes, Dios nos recibiera en su seno, entónces sí que seria un Dios injusto. Dios no nos trata al condenarnos sino como hemos queri-

do ser tratados, supuesto que tenemos miedo de entrar en compañía con él, y que aceptaríamos voluntariamente el partido de nunca verle, si pudiéramos vivir siempre con las criaturas que idolatramos. Por mas que digamos que la eternidad de las penas no parece compatible con la bondad de un Dios infinitamente bueno, la enormidad de nuestro pecado nos persuadirá de lo contrario, y conoceremos que por lo mismo que Dios es bueno debemos padecer eternamente, porque estamos unidos y como convertidos en pecado, que es enemigo irreconciliable de la bondad de Dios. Por eso nos dirá: *Id, malditos, al fuego eterno.* Los caminos de Dios son incomprensibles, y mucho mas diferentes de nuestros pensamientos, que lo es el cielo de la tierra; de suerte que el hombre es absolutamente insensato cuando se atreve á sondear la justicia de Dios y á determinarla. Nosotros no tenemos sino miras sumamente limitadas, y seria preciso ser infinitos para comprender al que lo es. Las consecuencias de la muerte curan bien nuestras preocupaciones. Ellas nos harán conocer que todos los males de esta vida entran en los designios de Dios como medios de purificar á sus escogidos, y que ni las enfermedades, ni las desventuras, ni las guerras, ni los incendios, tienen nada de incompatible con la bondad de Dios.

Viérnes de la cuarta semana de Cuaresma.

Así este dia como el antecedente, quiere la Iglesia pintarnos una imágen de la vida nueva, ó resurreccion de nuestra alma, muerta por el pecado, y resucitada por la gracia de Jesucristo. Y así ha elegido para la Epístola de este dia la historia de la resurreccion corporal del hijo de la viuda de Sarepta; y para el Evangelio, el milagro que hizo el Salvador resucitando á Lázaro. El introito tiene alguna relacion y conformidad con ambos asuntos: *Señor, mi corazon medita sin cesar vuestra ley en vuestra presencia. Vos sereis siempre mi ayuda y mi apoyo, así como sois mi Redentor. Los cielos publican la gloria de Dios, y exponiendo á nuestros ojos las maravillas que contienen, nos enseñan quién es el que los ha formado.* Este se tomó del Salmo XVIII. Aquí la expresion del Profeta es singular; pero no es ménos instructiva, porque no es el corazon quien reflexiona y medita, sino el espíritu; sin embargo, el Profeta dice que su corazon medita la ley del Señor, para darnos á

entender que su meditacion no es puramente especulativa, sino tambien práctica, sin lo cual nada mas inútil ni mas estéril que la meditacion. Se debe meditar la ley de Dios para amarla, para observarla con puntualidad, despues de haber reconocido en la meditacion su santidad, su utilidad y su excelencia. Esta exacta observancia es la que nos hace perfectamente dichosos.

La Epístola es del capítulo XVII del tercer libro de los Reyes. Habiendo ido Elías á Sarepta de órden de Dios, á tiempo que una horrible hambre desolaba todo el pais, multiplicó milagrosamente un puñado de harina y un poco de aceite; de suerte que una buena muger que lo hospedaba en su casa, tuvo con ello bastante para mantenerse á sí, á sus hijos y tambien al Profeta, todo el tiempo que duró la sequedad. Mas un hijo tierno de la viuda enfermó tan gravemente, que murió del mal. La madre desconsolada vino á arrojarse á los piés del Profeta, que por dicha suya se hallaba en su casa; y penetrada del mas vivo dolor, le dijo: ¿No me has conservado la vida, varon de Dios, sino para darme el desconsuelo de ver morir á mi hijo, que era todo mi consuelo? ¿No has venido á mi casa, sino para acordarme mis iniquidades y castigármelas? Elías se movió á compasion de su desgracia, y le dijo que le diera el cadáver de su hijo. Habiéndoselo entregado, lo tomó el Profeta y lo llevó al cuarto donde se hospedaba: lo puso sobre su cama, y levantando su voz al Señor, le hizo esta corta, pero fervorosa deprecacion: Señor Dios mio, ¿por qué esta buena viuda que me hace la caridad de mantenerme lo mas bien que puede, por qué ha de tener el disgusto de ver muerto á su hijo? Dicho esto, se puso sobre el niño tres veces, acomodando su cuerpo al cuerpo del niño, no dejando de suplicar al Señor que le volviera la vida, volviendo á hacer entrar su alma en su cuerpo.

El Señor oyó al punto la oracion del Profeta, y le volvió al niño la vida. Tomóle Elías en sus brazos, y se lo entregó á la madre, la cual transportada de gozo le dijo: Ahora conozco á vista de esta accion, que eres verdaderamente un varon de Dios, y que el Espíritu del Señor habla por tu boca. La proteccion de las gentes de bien es siempre de un gran socorro en los accidentes mas adversos de la vida. Pero si Dios hace tanto caso de las oraciones de los santos cuando están todavía sobre la tierra, que por sus ruegos hace los mayores milagros, dicen los Padres, ¿qué poder no tendrán con Dios cuando están en el cielo, donde su caridad los hace mas

do ser tratados, supuesto que tenemos miedo de entrar en compañía con él, y que aceptaríamos voluntariamente el partido de nunca verle, si pudiéramos vivir siempre con las criaturas que idolatramos. Por mas que digamos que la eternidad de las penas no parece compatible con la bondad de un Dios infinitamente bueno, la enormidad de nuestro pecado nos persuadirá de lo contrario, y conoceremos que por lo mismo que Dios es bueno debemos padecer eternamente, porque estamos unidos y como convertidos en pecado, que es enemigo irreconciliable de la bondad de Dios. Por eso nos dirá: *Id, malditos, al fuego eterno.* Los caminos de Dios son incomprensibles, y mucho mas diferentes de nuestros pensamientos, que lo es el cielo de la tierra; de suerte que el hombre es absolutamente insensato cuando se atreve á sondear la justicia de Dios y á determinarla. Nosotros no tenemos sino miras sumamente limitadas, y seria preciso ser infinitos para comprender al que lo es. Las consecuencias de la muerte curan bien nuestras preocupaciones. Ellas nos harán conocer que todos los males de esta vida entran en los designios de Dios como medios de purificar á sus escogidos, y que ni las enfermedades, ni las desventuras, ni las guerras, ni los incendios, tienen nada de incompatible con la bondad de Dios.

Viérnes de la cuarta semana de Cuaresma.

Así este dia como el antecedente, quiere la Iglesia pintarnos una imágen de la vida nueva, ó resurreccion de nuestra alma, muerta por el pecado, y resucitada por la gracia de Jesucristo. Y así ha elegido para la Epístola de este dia la historia de la resurreccion corporal del hijo de la viuda de Sarepta; y para el Evangelio, el milagro que hizo el Salvador resucitando á Lázaro. El introito tiene alguna relacion y conformidad con ambos asuntos: *Señor, mi corazon medita sin cesar vuestra ley en vuestra presencia. Vos sereis siempre mi ayuda y mi apoyo, así como sois mi Redentor. Los cielos publican la gloria de Dios, y exponiendo á nuestros ojos las maravillas que contienen, nos enseñan quién es el que los ha formado.* Este se tomó del Salmo XVIII. Aquí la expresion del Profeta es singular; pero no es ménos instructiva, porque no es el corazon quien reflexiona y medita, sino el espíritu; sin embargo, el Profeta dice que su corazon medita la ley del Señor, para darnos á

entender que su meditacion no es puramente especulativa, sino tambien práctica, sin lo cual nada mas inútil ni mas estéril que la meditacion. Se debe meditar la ley de Dios para amarla, para observarla con puntualidad, despues de haber reconocido en la meditacion su santidad, su utilidad y su excelencia. Esta exacta observancia es la que nos hace perfectamente dichosos.

La Epístola es del capítulo XVII del tercer libro de los Reyes. Habiendo ido Elías á Sarepta de órden de Dios, á tiempo que una horrible hambre desolaba todo el pais, multiplicó milagrosamente un puñado de harina y un poco de aceite; de suerte que una buena muger que lo hospedaba en su casa, tuvo con ello bastante para mantenerse á sí, á sus hijos y tambien al Profeta, todo el tiempo que duró la sequedad. Mas un hijo tierno de la viuda enfermó tan gravemente, que murió del mal. La madre desconsolada vino á arrojarse á los piés del Profeta, que por dicha suya se hallaba en su casa; y penetrada del mas vivo dolor, le dijo: ¿No me has conservado la vida, varon de Dios, sino para darme el desconsuelo de ver morir á mi hijo, que era todo mi consuelo? ¿No has venido á mi casa, sino para acordarme mis iniquidades y castigármelas? Elías se movió á compasion de su desgracia, y le dijo que le diera el cadáver de su hijo. Habiéndoselo entregado, lo tomó el Profeta y lo llevó al cuarto donde se hospedaba: lo puso sobre su cama, y levantando su voz al Señor, le hizo esta corta, pero fervorosa deprecacion: Señor Dios mio, ¿por qué esta buena viuda que me hace la caridad de mantenerme lo mas bien que puede, por qué ha de tener el disgusto de ver muerto á su hijo? Dicho esto, se puso sobre el niño tres veces, acomodando su cuerpo al cuerpo del niño, no dejando de suplicar al Señor que le volviera la vida, volviendo á hacer entrar su alma en su cuerpo.

El Señor oyó al punto la oracion del Profeta, y le volvió al niño la vida. Tomóle Elías en sus brazos, y se lo entregó á la madre, la cual transportada de gozo le dijo: Ahora conozco á vista de esta accion, que eres verdaderamente un varon de Dios, y que el Espíritu del Señor habla por tu boca. La proteccion de las gentes de bien es siempre de un gran socorro en los accidentes mas adversos de la vida. Pero si Dios hace tanto caso de las oraciones de los santos cuando están todavía sobre la tierra, que por sus ruegos hace los mayores milagros, dicen los Padres, ¿qué poder no tendrán con Dios cuando están en el cielo, donde su caridad los hace mas

sensibles á nuestras necesidades? ¿Y qué socorros, que ventajas no se conseguirán por su intercesion y sus ruegos? El motivo de favorecer Dios á sus siervos con el don de milagros, es para hacerlos mas respetables, para que su zelo sea mas eficaz, y para que se les oiga con mas docilidad.

El misterio de esta accion de Elías es igual á la de Eliseo, representándose en ambos dos la Encarnacion del Verbo, que pareció encogerse, dicen los Padres, bajarse y acomodarse en algun modo á nuestra naturaleza, revistiéndose de nuestra carne, y tomando sobre sí nuestras enfermedades para darnos la vida. Hay pocas figuras y símbolos en el Antiguo Testamento, que signifiquen de un modo mas expreso la union del Verbo á la naturaleza humana en el misterio de la Encarnacion.

El Evangelio nos refiere la historia de la maravillosa resurreccion de Lázaro. Aun no habia salido el Salvador de Galilea, cuando le llegó la nueva de la enfermedad de un hombre á quien amaba mucho, llamado Lázaro, hermano de Marta y María, el cual vivia con ellas en la aldea de Betania, en donde el Salvador se habia hospedado muchas veces en su casa. Luego que se advirtió ser de riesgo la enfermedad, las dos hermanas enviaron un propio á Jesus, con estas dos palabras: Señor, mira que el que amas está enfermo. Ninguna cosa mas sencilla ni mas modesta que esta oracion. Dios no pide ni sutilezas ni elocuencia, ni cumplimientos: una humilde esposicion de nuestras necesidades, un sentimiento de amor vivo, una entera confianza bastan para su Magestad. Habiendo recibido la noticia, respondió al enviado, que de aquella enfermedad no moriria Lázaro, sino para servir á la gloria de Dios, pues daria ocasion á su Magestad misma para probar su divinidad con un estupendo milagro. Jesus sabe la extremidad en que está Lázaro, lo ama, y difiere no obstante dos dias enteros el ir á socorrerlo. Algunas veces parece estar sordo Dios á nuestros votos, y que se olvida de los males que padecemos. No desconfiemos por esto de su amor, sabe el tiempo en que conviene socorrernos, y si difiere el hacerlo, es para darnos pruebas mas sensibles de su bondad. Deja morir á Lázaro, dice San Crisóstomo, y no llega á Betania hasta cuatro dias despues de estar enterrado, para que de este modo fuese mas incontestable el milagro.

Pasados dos dias, dijo el Señor á sus discípulos: Volvamos otra vez á Judea. Esta resolucion los sorprendió; y diciéndole ellos:

Maestro, no ha mas que un mes que los de Judea te querian apedrear en el templo, ¿y quieres volver allá? ¿Por ventura el dia, les respondió el Salvador, no tiene doce horas? ¿Qué hay que temer cuando se camina de dia? ¿Se ha de aguardar á la noche para trabajar ó caminar? El Salvador compara aquí la vida al dia y la muerte á la noche, mostrándoles en esto, que mientras él viviera en este mundo, no le faltaria la luz, y que así no temia á la malicia de sus enemigos, los cuales bien podrian armarle lazos para sorprenderlo; pero no podrian quitarle la vida hasta que hubiese llegado el tiempo determinado por Dios; y que entónces él mismo se les entregaria y se pondria en sus manos. Despues de esto añadió: Lázaro nuestro amigo duerme, y voy á despertarlo de su sueño. Era claro que el Salvador hablaba de un modo figurado llamando sueño á la muerte; porque qué apariencia hay que Jesus hubiese querido emprender un viage de dos ó tres jornadas, para ir á despertar á un hombre que dormia? Sin embargo, los Apóstoles fueron tan simples, que creyeron que su Divino Maestro solo hablaba del sueño ordinario, lo que obligó al Salvador á decirles claramente: Lázaro es muerto, y gózome de no haberme encontrado allí, porque el milagro que voy á hacer resucitándolo, vá á hacer mas pura y mas firme la fé que teneis en mí. A estas palabras fueron asaltados los Apóstoles de un gran temor, y quedaron como mudos; solo Tomás, viendo que el Salvador estaba determinado á partir y llevar consigo á los que tuviesen aliento para seguirle, dijo á sus compañeros: Vamos tambien nosotros, y si es menester muramos con él.

Llegando el Hijo de Dios á Betania, halló que Lázaro estaba muerto, y enterrado cuatro dias habia. Muchas personas de los alrededores habian venido á ver á Marta y María para consolarlas. Pero solo Jesucristo puede enjugar las lágrimas, solo él puede consolar á los afligidos; y así Marta deja bien presto á aquellos con quienes estaba, luego que tiene noticia de su llegada. Señor, le dice llegándose á él, si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano. Parece dice San Crisóstomo, que su fé era todavía un poco flaca; pues creia era necesaria la presencia del Salvador para impedir el que su hermano muriera. Sin embargo, no dejaba de tener una gran confianza en su bondad y en su poder, diciéndole: Yo sé que Dios te dará cuanto le pidas, aunque sea la resurreccion de mi hermano. Está cierta, la respondió Jesus, que tu hermano resucitará. No dudo, replicó Marta, que resucitará con todos los

otros en la resurreccion general que se hará el último dia. ¿Pero quién lo resucitará, la dijo Jesus, sino yo que soy resurreccion y vida? ¿Y por qué no podré resucitarlo hoy, como lo resucitaré entónces? Este es el sentido que dá San Agustin á la respuesta que dió el Salvador á Marta. De este modo instruye Jesucristo y afirma la fé de Marta, y la lleva como por grados á confesar, como lo hizo: *Que era Cristo Hijo de Dios vivo, que habia venido á este mundo.*

Viendo Marta que no parecia su hermana, creyó que ignoraba la llegada del Salvador; y así corrió á su casa, y la dijo en voz baja: El Maestro está aquí, y te llama. Lo mismo fue oir María que habia llegado su Maestro, que venir á arrojarse á sus piés, regárselos con sus lágrimas, y decirle: ¡Ah Señor, si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano! Los lloros de María y los de todo el concurso enternecieron el corazon compasivo del Salvador, en el que se advirtió una emocion y una mudanza extraña, haciéndonos ver en esto la parte que toma en las aflicciones de los que ama. Pregunta el Señor dónde lo enterraron. Ven, Señor, le dijeron, y le verás. Entónces á Jesus se le arrasaron los ojos en lágrimas. Lo que hizo decir á los judíos: Mirad como lo amaba. ¿Pero si lo amaba tan tiernamente, decian otros, por qué como dió vista al ciego de nacimiento, no preservó á su amigo de la muerte? Por último, llegando el Salvador al sepulcro no pudo ménos de prorumpir en nuevos sollozos y suspiros, no por la muerte de Lázaro, sino mas bien, segun parece, por la muerte eterna de tantos pecadores, de quienes Lázaro era figura. Manda el Salvador que quiten la piedra que cerraba el sepulcro, y Marta le dice: Señor, ya hiede mal el cuerpo, por haber cuatro dias que está enterrado. Entónces Jesus le replicó, diciendo: No temas, no te he dicho ya que si crees, verás glorificado á Dios por el mas estupendo milagro? Despues de quitada la piedra levanta el Señor los ojos al cielo, y dirigiéndose á su Eterno Padre le habla, dice San Crisóstomo, no como quien le suplica, sino dándole gracias, para mostrar que no es como los otros santos y Profetas, que tienen necesidad de emplear sus ruegos para obrar cosas prodigiosas, sino que las hace por su propio poder. No lo hace así, añade el Santo, sino para que sepa el mundo que obra en el nombre y por la virtud de su Padre, y que por consiguiente es el Mesías enviado de Dios. En esto prueba su unidad de voluntad y de poder con Dios Padre; y si habla como hombre y como inferior á su Padre en esta calidad, mezcla siempre algunos rasgos que manifiestan su igualdad. Despues, levantando Jesucristo la voz, y con gran imperio dice: *Lázaro, sal afuera.* A estas palabras resucita el muerto, se levanta vivo y sano, y atado como estaba sale de su sepulcro; lo que no pudo ser, dice San Crisóstomo, sino un nuevo milagro. Mandó Jesus que desatasen al resucitado y lo dejasen ir. A estas señales, no pudieron los judíos que se hallaban presentes dejar de reconocer el poder del Señor, y convertirse muchos. Pero entre los pontífices, escribas y fariseos, no hubo uno que no se enfureciese mas contra el Salvador: porque cuando el espíritu y el corazon están corrompidos; cuando el error es voluntario, los milagros dan golpe, y tal vez llegan á convencer; mas no convierten.

Si Lázaro muerto y enterrado es figura del pecador muerto por el pecado, la resurreccion de Lázaro y su salida del sepulcro son figura de la conversion que obra la gracia en el pecador. Un cristiano convertido y resucitado á la gracia, debe dar pruebas públicas de que lo está, á Dios y al mundo, al justo y al libertino. El pecador penitente debe glorificar á Dios, que es el Autor de su nueva vida, edificar al mundo que fué testigo de sus escándalos, consolar al justo que gimió al ver sus desórdenes, y confundir con una vida ejemplar al libertino que queria hacer sospechosa su conversion.

La Epístola es del capítulo XVII del Libro III de los Reyes.

En aquellos dias: Cayó enfermo el hijo de una muger, madre de familia, y la enfermedad era mortal; de suerte que quedó sin respiracion ninguna. Por lo cual dijo á Elías: ¿Qué te he hecho yo, ó varon de Dios? ¿Has entrado en mi casa para renovar la memoria de mis pecados, y hacer morir á mi hijo? Respondióle Elías: Dame tu hijo; y tomándole en su regazo, llevóle al aposento donde estaba hospedado, y púsole sobre su cama; y clamó al Señor, diciendo: ¡O Señor Dios mio! ¿Aun á esta viuda que me sustenta del modo que puede la has afligido quitando la vida á su hijo? Despues de esto se tendió, y encogiéndose sobre el niño por tres veces, clamó al Señor, diciendo: ¡Señor Dios mio! Ruégote que vuelva el alma de este niño á sus entrañas. Oyó el Señor la súplica de Elías, y volvió el alma del niño á entrar en él, y resucitó. Entónces Elías tomó el niño, y bajóle de su aposento al cuarto bajo

de la casa, y entregóselo á su madre, diciendole: Aquí tienes vivo á tu hijo. Y dijo la muger á Elías: Ahora acabo de reconocer en esto que tú eres un varon de Dios, y que verdaderamente la palabra de Dios está en tu boca.

El Evangelio es del capítulo XI de S. Juan.

En aquel tiempo: Estaba enfermo un hombre llamado Lázaro, vecino de Betania, patria de María y de Marta sus hermanas. (Esta María es aquella misma que ungió con bálsamo al Señor, y le enjugó los piés con sus cabellos, de la cual era hermano el Lázaro que estaba enfermo.) Las hermanas, pues, enviaron á decirle: Señor, mira que aquel que tú amas está enfermo. Oyendo Jesus el recado, los respondió: Esta enfermedad no es mortal, sino que está ordenada para gloria de Dios, con la mira que por ella el Hijo de Dios sea glorificado. Jesus amaba á Marta, á su hermana María y á Lázaro. Y como oyó que este estaba enfermo, se detuvo aun dos dias *mas* en el mismo lugar. Despues de pasados estos, dijo á sus discípulos: Vamos otra vez á la Judea. Dícenle sus discípulos: Maestro, hace poco que los judíos querian apedrearte, y ¿quieres volver allá otra vez? Jesus les respondió: ¿Pues no son doce las horas del dia? El que anda de dia no tropieza, porque ve la luz de este mundo. Al contrario, quien anda de noche tropieza, porque no tiene luz. Así dijo; y añadióles despues: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas yo voy á despertarle del sueño. A lo que dijeron sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Mas Jesus habia hablado *del sueño* de la muerte, y ellos pensaban que hablaba del sueño natural. Entónces les dijo Jesus claramente: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, á fin de que creais. Pero vamos á él. Entónces Tomas, por otro nombre, Didimo, dijo á sus condiscípulos: Vamos tambien nosotros y muramos con él. Llegó, pues, Jesus, y halló que hacia ya cuatro dias que Lázaro estaba sepultado. Distaba Betania de Jerusalen como unos quince estadios. Y habiendo ido muchos de los judíos á consolar á Marta y á María de la muerte de su hermano. Marta, luego que oyó que Jesus venia, le salió á recibir, y María se quedó en casa. Dijo, pues, Marta á Jesus: Señor, si hubieses estado aquí, no hubiera muerto mi hermano: bien que estoy persuadida que ahora mismo te concederá Dios cualquiera cosa que le pidiéreis: Dícele Jesus:

Tu hermano resucitará. Respondióle Marta: Bien sé que resucitará en la resurreccion en el último dia. Díjole Jesus: Yo soy la resurreccion y la vida. Quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto? Respondióle: O Señor, sí que lo creo, y que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo que has venido á este mundo. Dicho esto, fuése, y llamó secretamente á María su hermana, diciéndole: Está quí el Maestro, y te llama. Apénas ella oyó esto, se levantó apresuradamente y fué á encontrarle. Porque Jesus no habia entrado todavía en la aldea; sino que aun estaba en aquel mismo sitio en que Marta le habia salido á recibir. Por eso los judíos que estaban con María en la casa, y la consolaban, viéndola levantarse de repente y salir á fuera, la siguieron, diciendo: Esta va al sepulcro para llorar allí. María, pues, habiendo llegado adonde estaba Jesus, viéndole, postróse á sus piés, y díjole: Señor, si hubiéseis estado aquí, no habria muerto mi hermano. Jesus al verla llorar, y llorar tambien los judíos que habian venido con ella, estremecióse en su alma y conturbóse á sí mismo, y dijo: ¿Dónde le pusisteis? Ven, Señor, le dijeron, y lo verás. Entónces á Jesus se le arrasaron los ojos en lágrimas. En vista de lo cual dijeron los judíos: Mirad como le amaba. Mas algunos de ellos dijeron: Pues este que abrió los de un ciego de nacimiento, ¿no podia hacer que Lázaro no muriese? Finalmente, prorumpiendo Jesus en nuevos sollozos que le salian del corazon, vino al sepulcro, que era una gruta cerrada con una *gran* piedra. Quitad la piedra, dijo Jesus. Marta, hermana del difunto, le respondió: Señor, ya hiede, pues hace cuatro dias que está allí. Díjola Jesus: ¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios? Quitaron, pues, la piedra; y Jesus levantando los ojos al cielo, dijo: ¡O Padre! gracias te doy porque me has oido. Bien es verdad que yo ya sabia que siempre me oyes; mas lo he dicho por razon de este pueblo que está al rededor de mí, con el fin de que crean que tú eres el que me has enviado. Dicho esto, gritó con voz muy alta: Lázaro, sal áfuera. Y al instante el que habia muerto salió fuera, ligado de piés y manos con fajas, y cubierto el rostro con un sudario. Entónces Jesus los dijo: Desatadle y dejadle ir. Con eso muchos de los judíos que habian venido *á visitar* á María y á Marta, y vieron lo que Jesus hizo, creyeron en él.

MEDITACION.

Sobre las dificultades de la conversion en un pecador inveterado.

Considera que es tanto mas difícil (no imposible) la conversion del pecador, cuanto mas se ha avanzado en el camino de la iniquidad. El mismo Salvador y Maestro nuestro nos hace ver esta diferencia entre uno y otro grado con el ejemplo de los tres muertos resucitados por su Magestad, de que habla el Evangelio santo. El primer caso es de una niña acabada de morir: el segundo es de un mancebo que ya llevaba de muerto aquel espacio que era suficiente para disponer su sepultura, á la cual en efecto se le iba conduciendo en el féretro: el tercero es el de Lázaro, hombre ya hecho, muerto de cuatro dias, amortajado y sepultado ya bajo la losa fúnebre. De la primera, que realmente acababa de morir, dijo Jesucristo: no ha muerto, solo duerme; y cuando se llegó á resucitarla no mudó su suavidad ordinaria: hizo salir á los que lloraban y lamentaban esta muerte: se acercó á la cama de la difunta, y tomándole la mano, le dijo con dulzura: Niña, levántate; y al momento resucitó. Para la resurreccion del segundo hubo ya otras circunstancias: la madre desconsolada llora; síguela gran número de gente: Jesus se enternece; llégase al féretro, lo toca con la mano; los que lo conducen se paran; y el Señor, elevando la voz, le dice con imperio: Mancebo, yo te lo mando; levántate. Finalmente, en la resurreccion de Lázaro, hay circunstancias espantosas: Jesucristo viene de léjos y encuentra á su amigo muerto y sepultado: las hermanas le salen al camino, lloran y se lamentan de su ausencia: los dolientes, conmovidos y sobresaltados, están en espectacion del suceso, y notan la conmocion del Salvador; Jesucristo llora, se estremece en su espíritu, esto es, se conturba y gime profundamente: pregunta dónde le han puesto, y se dirige al sitio funesto; manda quitar la lápida del sepulcro, el cual era una gruta; se dirige á su Padre celestial, le da gracias porque lo ha oido, y dando una gran voz, llama á Lázaro, diciendo con imperio: Lázaro, sal afuera. Sale al momento Lázaro resucitado, ligado de piés y manos con las fajas, y cubierto el rostro con el sudario. Ahora bien, la diversidad de circunstancias, y el mayor grado de unas respecto de otras, nosestán haciendo ver con la mayor evidencia las dificultades de mas y mas tamaño que hay en la resurreccion espiritual de unos y de otros pecadores á la vida de la gracia, por el estado mas y mas avanzado en la culpa y costumbre de pecar: la hija de Jairo acaba de morir: al hijo de la viuda se le conduce ya al sepulcro: Lázaro está enterrado y comienza á podrirse. ¿Qué mucho, á vista de estas diferencias, que Jesucristo muestra diversas afecciones en su espíritu; y que aunque para su Magestad sea tan fácil resucitar al uno como al otro, nos haga ver con aquellas demostraciones la mayor dificultad que presenta la resurreccion espiritual en el pecador reincidente ó inveterado en la culpa. ¡Ah! ¡Temblemos á vista de una verdad que nos enseña la fé y nos convence la razon!

Considera que como se ha insinuado, á mas de la autoridad, persuade la razon la dificultad de convertirse que hay en el pecador inveterado. Una alma que felizmente se ha habituado á vivir en gracia de Dios, en su amor, en su virtud, cuando por desgracia cae en un pecado grave, tiene muchos auxilios para levantarse de su culpa, y levantarse con verdad y con presteza: el arrepentimiento de su caida succede á esta casi en el instante sigmiente de haberla cometido, y su remordimiento no deja de agitarlo hasta que logra usar del sacramento de su salud para justificarse: el amor que ha tenido á la virtud hace que suspire por ella y le estimule á reparar su caida con mayor fervor y doblada precaucion; á que se agrega que los hábitos virtuosos y santas costumbres en que ha vivido, le facilitan la perseverancia en el bien. Pero todo esto falta, ó casi todo en el pecador reincidente ó inveterado en la culpa: recae en el pecado, y en vez de arrepentirse se complace de haberlo cometido: los remordimientos de su conciencia, ó no los siente ya, ó lo agitan poco. La virtud ha perdido para él todo su atractivo: habituado á vivir en el pecado, el vicio se ha hecho en él como una segunda naturaleza. ¿Qué pues podrá arrancarle de tan funesto estado? Llórale su madre la Iglesia, lóranlo sus hermanas las almas justas, que quisieran á costa de todo lo visible volverlo á la vida de la gracia; pero él, yerto, insensible, sin accion, sin movimiento, no sabe mas que caminar en hombros de sus pasiones á la tumba de la impenitencia, ó hundirse en el sepulcro para no aparecer á la luz del dia, ni ser calentado con los rayos del sol. ¡Ah, que es menester que todo un Dios se compadezca de él, que le salga al encuentro, ó le busque bajo la losa fria, y al imperio de una gracia eficacísima lo restituya á una vida, á que habia dicho un *adios* para siempre! ¿Mas cómo cuenta el hombre insensato con unn uxilio de estos, que apénas lo-

gra entre millares uno? ¿Y cómo cree que corresponderá á este auxilio, cuando la experiencia lo enseña que ha resistido ó malogrado todos los que ha tenido ántes de llegar á tan fatal estado?

PETICION Y PROPÓSITOS.

Verdaderamente me confundo, Señor, en vuestra soberana presencia cuando contemplo que yo soy uno de los que mas han abusado de vuestros auxilios, de los que mas han malogrado vuestra gracia; de los que mas, en fin, se han dado al vicio y costumbre perversa de pecar. No soy ya aquella niña que aunque verdaderamente muerta, dijisteis que dormia, por la facilidad que tenia de resucitar, como quien despierta del sueño á la vigilia: soy un Lázaro sepultado y podrido en el sepulcro; pero vos sois Jesus, sois mi Jesus, sois mi Salvador; y mi confianza se alienta á esperar de vos un milagro como el que obrasteis con aquel vuestro amigo: Aun es tiempo, Señor; yo me arrepiento de todo corazon y os protesto la enmienda de mi vida, que espero santifiqueis con vuestra gracia.

JACULATORIA.

Doleos de mí, Señor, segun la grandeza de vuestra misericordia.

LECCION.

Sobre el terror que debe causarnos la muerte.

Todos seremos prontamente enterrados y podridos, y nuestas almas juzgadas: terribles reflexiones que excitan en todo hombre cristiano una espantosa revolucion. De cualquier modo que pensemos, el morir será siempre una cosa verdaderamente terrible; porque ó impíamente se cree que todo se acaba con nosotros, y entónces esta sola idea de nuestra aniquilacion repugna absolutamente á nuestro ser; ó si cristiana y sábiamente admitimos otra vida, ¡qué espanto no ha de causarnos nuestra conducta! Santos que se han familiarizado con la muerte, pues que nunca la apartaban de su memoria, la llaman el terror de los hijos de Adan. Jesucristo mismo tembló y se turbó al llegar al sepulcro de su amigo Lázaro: no hay hombre que pueda mirar á sangre fria la muerte y sus consecuencias, sin sentir en sí alguna revolucion.

La extravagancia de las personas que se matan, no anuncia sino

gentes frenéticas ó desesperadas, cuyo ejemplo por consiguiente no es cordura ni prudencia imitar. En efecto, no es creible que ninguno consienta voluntariamente en darse muerte: esto es insultar á la eternidad estando en todo su juicio y razon. Supongamos que no hubiera sino incertidumbres sobre la eternidad: seto solo seria bastante para estremecernos, supuesto que toda incertidumbre jamas puede ser demostracion; la que es necesario tener para tranquilizarse. Es preciso ser verdaderamente fatuos para atreverse á elogiar la falta ó pretendida fuerza de espíritu de esas personas temerarias que se crean han muerto como filósofos y como héroes, porque han desafiado al mismo Dios y han perdido su eterna felicidad. ¡Qué lamentable desgracia ver morir á algunos sin esperanza, sin temor y sin Dios! ¡Qué afrentosa extravagancia despojarse de todos los sentimientos de la religion en aquellos instantes en que es mas necesaria que nunca! Toda la humanidad se resiente con tal error.

El mas pequeño gusanillo defendiendo su existencia contra una multitud de enemigos, nos enseña lo temible que es morir. No hay espectáculo mas formidable que un hombre agonizando: sus cabellos se erizan, sus miembros se estremecen, los ojos se estravian, las fauces se desencajan, todo su cuerpo se comprime, la respiracion se agita y el alma se derrama en sollozos y suspiros: parece que toda la naturaleza se deshace. Solo con angustias, sudores, gritos y convulsiones se separa de nosotros la materia que nos rodea y que tan estrechamente nos está unida. Se hace una dislocacion de todos nuestros miembros, y cada gota de sangre dispuesta para suspender su curso para siempre, no se hiela y condensa, sino causando sacudimientos terribles en todas nuestras fibras y músculos.

Pero pasemos á considerar el dolor que naturalmente hemos de sentir al perder nuestro cuerpo: este cuerpo que ahora es todas nuestras delicias. La vista de un sepulcro que está abierto para recibirnos, de unos gusanos para devorarnos, y de la corrupcion que ha de consumirnos, todo forma un espectáculo que falta valor para mirarlo. ¿No es una cosa verdaderamente espantosa pensar que estos brazos que sostienen este libro, que estos dedos que voltean sus hojas serán osamentas áridas, y esparcidas aquí y allí, y el objeto del susto y pasmo de los hombres? Cuando se piensa que ha de llegar el dia en que hemos de ser motivo de horror para nuestros mas íntimos amigos: que nos han de encerrar en un triste cajon: que nos han de arrojar de nuestra propia casa, y que nos han de llevar

públicamente por las calles como un monton de asco y putrefaccion, que hemos de ir á confundirnos con aquella multitud de muertos que se consumen en las entrañas de la tierra y cuya idea excita nuestro espanto, se estremece el mas fuerte, tiembla y arroja de sí estos pensamientos verdaderamente abrumadores. Esta es la razon porque involuntariamente nunca dejamos de arrojar un grande grito al menor accidente que de improviso nos amenaza; parece que prevemos entónces todos los horrores que han de cercarnos á la hora de la muerte.

La muerte es consecuencia del pecado: luego necesariamente ha de ser espantosa: ella es un castigo terrible de nuestra soberbia. Los reyes mismos, arrancados de todas las delicias de su corte, de todas las pompas de su vanidad, despojados de todas sus guardias y cortesanos por la muerte, no ocupan ya mas lugar que siete ú ocho piés de tierra, y allí se trasforman en un monton de hediondez y osamenta que pisamos, y cuyo aspecto no podemos sufrir. Figurémonos que se abren repentinamente los sepulcros de los grandes que figuraban de cincuenta años á esta parte: ¡qué sobresalto y desmayo no debe causarnos la vista de aquellos cráneos ó calaveras descarnadas, donde se aglomeraron tantos proyectos de fortuna y ambicion; sin duda, diriamos, que este ha de ser nuestro destino. Hombres soberbios, ved aquí vuestra imágen, y avergonzaos del necio orgullo que os envanece. *El hombre*, al fin, *pierde hasta el nombre de cadáver, se disipa en polvo y en humo.*

Si nos dedicásemos á olvidar al hombre fingido, adornado de piedras preciosas y diamantes, galoneado de todas las vanidades del mundo para ver al hombre tal cual es, susceptible de todas las miserias, como el polvo y la putrefaccion, nosotros tendriamos asco y horror de nosotros mismos, y una verdadera repugnancia á estar en compañía con una carne tan frágil y expuesta á tantos accidentes: no veriamos en la muger mas hermosa sino un saco de polvo pronto á desvanecerse con el menor viento, y miraríamos un ataúd como un límite dispuesto por el mismo Omnipotente para detener las impetuosas olas de nuestras pasiones y confundir el inmenso mar de nuestra soberbia. Esta es la razon porque aquella sentencia de: *Eres polvo, y has de volver á ser polvo*, es terrible para todos los hombres; y porque la ceniza era un objeto de terror para los antiguos, capaz de humillarlos y confundirlos.

Pasemos ahora á contemplar el alma y véamosla como se lamenta de la separacion universal que se experimenta ordinariamente á la hora de la muerte. Separacion de bienes: el alma se queda con su simple pensamiento, y el cuerpo desciende despojado de todo su esplendor á una triste fosa. Separacion de honores: el alma no tiene sino nombre de cristiana ó inmortal. Separacion de amigos: el alma no tiene mas que á ella y á sus obras. Separacion del mundo: ya la perspectiva de la tierra y de los cielos ha desaparecido. ¿Quién será capaz de ver una separacion ó privacion tan absoluta, sin asustarse? Qué terrible imágen la de una alma absolutamente sola en el tribunal de Dios vivo, cuya vista infinitamente mas sentellante que los relámpagos, verá hasta la mas imperceptible mancha! Allá nos encontraremos con la Eterna verdad que todo lo sabe, que nada disculpa y que ejercerá sus justicias juzgando á las nuestras: la causa que se ha de ventilar es la de la criatura delante del Criador.

Ademas, la sola idea de que una mala muerte es un mal absolutamente irremediable, debe aterrarnos. No pudiendo ya merecer y muriendo enemigos de Dios, quedaremos para siempre en esta desgraciadísima situacion. *El árbol se queda allí donde cae.* Dios cuya palabra no puede faltar: Dios, verdad infalible, no nos juzgará sino segun su ley. Entónces nuestra alma temblará, se asombrará, se aterrará. El pecador se revolverá en sus propios horrores y renacerá continuamente para padecer. Todos los conocimientos se adquieren con las luces agenas; pero el de la muerte solo muriendo uno mismo. Se dice comunmente que para todo hay remedio, ménos para la muerte, y así es. Ni las lágrimas, ni los sollozos, ni los ruegos, ni el crédito, ni las riquezas, ni la ciencia, ni todos los esfuerzos del espíritu humano pueden restituirnos la vida. La Magestad solo del Eterno se anuncia á juzgar al flaco y débil mortal: ¡catástrofe espantosa! ¡Terrores formidables!

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Sábado de la cuarta semana de Cuaresma.—Predicando Jesus en el templo, decia: Yo he venido para que mis ovejas tengan vida.—*San Juan, cap. X.*

Domingo de Pasion.—Predicando Jesus en el templo, decia á las turbas: Si alguno guardare mi doctrina, no morirá jamas.—*San Juan, cap. VIII.*

Lúnes de Pasion.—El Profeta Jonas predica á los habitantes de la ciudad de Nínive, que si no hacian penitencia, despues de cuarenta dias serian destruidos.—*Jonas, cap. III.*

Mártes de Pasion.—El Profeta Daniel, echado en el lago de los leones por los babilonios, es alimentado con comida llevada por el Profeta Habacuc, trasportado á aquel parage por un ángel.—*Daniel, cap. XIV.*

Sábado de la cuarta semana de Cuaresma.

Como los quince dias que faltan hasta la pascua los mira la Iglesia como una fiesta continua de la pasion del Salvador, á este Sábado lo mira como á la vigilia de esta fiesta. El introito, la Epístola, el Evangelio, todo el oficio de la misa de este dia es una continua alegoría de este misterio, y una especie de preparacion, que encierra los motivos de mayor consuelo de esta augusta solemnidad. La misa empieza por estas tiernas palabras del profeta Isaías: Todos los que teneis sed, venid á la fuente de aquella agua viva que salta hasta la vida eterna, dice el Señor. El profeta convida á todos los pueblos de la tierra á la fé de Jesucristo, que es solo la fuente de agua viva. Solo este divino manantial puede apagar nuestra sed; todo lo demas solo puede aumentarla. En la pasion de Jesucristo fué propiamente donde esta fuente corrió, por decirlo así, por otras tantas canales como llagas tuvo su divino cuerpo; y esta abundante fuente no cesará jamas de correr. Aunque esta agua es sumamente preciosa, sin embargo se os da de balde. Los que no teneis dinero no desmayeis, bástaos tener sed: venid, bebed con alegría, y quedareis satisfechos. Todo esto alude á la pasion del Salvador que derramó su sangre por la salvacion de todos los hombres, sin que por un tan insigne beneficio nos pida otra cosa que nuestro amor.

La Epístola es del pasaje de la profecía de Isaías, donde Dios dice á su Hijo, á quien envió á la tierra para salvar al linage humano, que lo ha oido, y le ha concedido la salvacion de los hombres, y que le ha asistido en el tiempo destinado por él mismo para esta grande obra; que lo ha establecido por reconciliador del pueblo, por reparador de la tierra, para que rompa las cadenas de los encarcelados, para que alumbre á los que están en tinieblas. Te he enviado para que hagas una alianza con mi pueblo, de la cual la primera no era sino una débil figura; y por medio de esta alianza harás mudar de semblante á toda la tierra, y formarás un pueblo del todo nuevo. Estas herencias disipadas no solo son el pueblo judaico, sino tambien todas las naciones del mundo que Jesucristo redimió con su sangre, y que componen toda su herencia. Esta herencia le ha sido quitada por el demonio, y habia sido disipada por la corrupcion de las costumbres y por la idolatría. El Salvador vino á recogerla congregando en su Iglesia al judío y al gentil. Te he enviado para que dijeras á los que estaban atados con las cadenas del pecado: *Salid ya de esa esclavitud.* Se puede entender esto del pueblo judaico, que vivia en el desórden y bajo la esclavitud de la ley. Salid de esa dura esclavitud, y entrad en la dulce libertad de los hijos de Dios. Para que dijeras á los que estaban poseidos de una profunda ignorancia del verdadero Dios, y en las negras tinieblas de la idolatría: Abrid los ojos y ved la luz. Solo el Salvador es la verdadera luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. Pastarán en los caminos, y todas las llanuras les servirán de pastos. Ninguna cosa representa mejor la dichosa condicion de la nueva alianza de este pueblo nuevo, del pueblo cristiano, de la Iglesia, que la pintura que de él hace aquí Dios por su profeta. Libres de la cautividad del demonio por la muerte del Salvador, ilustrados con las luces de la fé, no temais morir de hambre en el desierto y en el penoso viage de esta vida; así en el plano como entre las rocas y sobre el monte, hallaréis siempre un pasto abundante. La doctrina de Jesucristo, sus Sacramentos, su Evangelio, su ayuda y su gracia harán que no os falte nada. Esta vida es una peregrinacion, la tierra es un desierto, el cielo es nuestra amada patria: es necesario caminar por un horroroso desierto ántes de llegar á la tierra de promision: hay bastante camino que andar desde Babilonia hasta la celestial Jerusalen; pero no temais; el Salvador conoce vuestras necesidades, no ignora los peligros, sabe lo que es necesario para conservar la vida, él os proveerá de todo. No tendrán hambre ni sed, ni el calor del sol los incomodará, porque el que se compadece de ellos los guiará y llevará á beber á las fuentes de las aguas. ¿Quién no ve en esta alegórica y profética pintura la imágen del cristianismo? ¡Qué multitud de socorros espirituales! ¡Qué abundancia de bienes en la Iglesia! Por mas sedientos y abrasados que os sintais por la fatiga del camino, por el ardor de las pasiones, por los combates que es preciso sostener durante esta vida, á toda hora hallareis esta fuente de agua viva que no cesa de correr, y que se bebe sin trabajo. Dice en otra parte el mismo profeta: Sacareis y bebereis con alegría las aguas de las fuentes del Salvador. En lugar de aquellas aguas que vuestros padres bebieron en el desierto, cuando Moises hirió la piedra de que hizo salir una fuente, vosotros bebereis las aguas del Salvador. El mismo Jesucristo nos dice que si alguno tiene sed, vaya á él y beba, y que el que bebiere de la agua que este Señor le diere, no tendrá jamas sed. Mis montes, prosigue el Se-

ñor por su profeta, se convertirán en caminos llanos, y llenaré los valles para hacer un camino seguido y uniforme. No os aterren las máximas de la mas alta perfeccion, ni los consejos del Evangelio, tan conformes á la razon como contrarios á los sentidos y al amor propio: todo lo hallareis llano desde el punto que os pongais en camino; todo lo hallareis suave, todo fácil desde el punto que vengais á la ejecucion. No temais extraviaros, porque yo mismo seré vuestra guia, y enderezaré todos vuestros caminos; los que dan en desbarros son los que están fuera de la Iglesia: los senderos que siguen estos, los llevan á la perdicion. Se verán venir, añade el profeta, á la Iglesia del Salvador los pueblos mas apartados, vendrán del Septentrion, del Poniente y del Mediodía. ¿Quién no vé que todas estas espresiones hablan de la conversion de los gentiles á la fé de Jesucristo? Cielos, alabad al Señor, exclama aquí el profeta; dé saltos de alegría la tierra, y los montes hagan resonar sus alabanzas, porque el Señor se ha compadecido de tantos pobres pueblos como se perdian, de los cuales quiere ser él mismo su consuelo, su salud, su salvador y su padre. Sin embargo, dijo Sion: El Señor se ha olvidado de mí. Estas eran las amorosas quejas que daban los judíos en su cautividad, y estas son tambien las que aun hoy dan algunos cristianos en sus aflicciones y en sus penas. Pero ninguna cosa es de mayor consuelo que la respuesta que Dios les da: ¿Por ventura una madre puede olvidarse de su hijo? ¿Puede no tener compasion del que llevó en sus entrañas? Pero aun cuando se hallase una madre tan cruel y tan bárbara que se olvidase de su propio hijo, ¿podria yo olvidarme jamas de vosotros? El Señor es el que habla de esta suerte. ¡Buen Dios! ¡Qué impresion no deben hacer estas palabras en el corazon! ¡Qué amor no deben inspirar para con un Dios tan bueno! ¡Qué confianza para que nos volvamos á él y nos convirtamos!

El Evangelio de este dia es una instruccion dogmática que el Salvador hace al pueblo y á los fariseos sobre su divinidad, y una prueba la mas sensible del endurecimiento del pueblo y de los fariseos. El mal corazon de los judíos no impidió el que el Señor usase con ellos de mas benignidad, que ellos le habian mostrado de ódio y envidia. Les descubre los grandes bienes que estaban en él y que venia á traer al mundo: Yo soy la luz del mundo, les dice; el que me sigue no anda en las tinieblas de la ignorancia, del error, de la infidelidad, del pecado. No hay otro que yo que alumbre y

sirva de guia en el camino del cielo. ¿Sereis tan insensatos que cerreis siempre los ojos á esta luz, la cual os conduce á la vida bienaventurada? Los fariseos escuchaban atentamente lo que el Salvador les decia; pero por mas que sus palabras salian de su boca llenas de uncion y de gracia, no tomaban gusto á las verdades eternas, porque lo que buscaban no era aprovecharse de su doctrina, sino criticarla.

¿Tú das testimonio de tí mismo? le dijeron: ¿se te debe creer sobre tu palabra? Aunque yo doy testimonio de mí mismo, respondió Jesus, mi testimonio es legítimo, y debe ser recibido: yo me conozco y no puedo dejar de conocerme; sé de donde he venido y á donde voy. Y así no puedo yo esperar un testimonio legítimo de quien soy, de vosotros que ni me conoceis, ni tampoco quereis conocerme. Solamente yo y mi Padre que me ha enviado, podemos dar este testimonio seguro é infalible. Yo os pruebo mi mision con mis acciones, con mi doctrina, con mis milagros, y vosotros no quereis creerme; mi Padre lo prueba con las profecías y con las santas Escrituras, y vosotros no quereis hacer la debida aplicacion de estos irrefragables testimonios. No juzgais de mí sino segun el hombre exterior, y así no podeis imaginaros que yo sea de una condicion superior á la que parezco. Como si dijera, dicen los Padres, la falsa idea que os habeis formado del Mesías que debe ser vuestro Salvador, hace que la oscuridad de mi nacimiento y la humildad de mi vida sean para vosotros un motivo de escándalo. Si os digo que soy Dios ó Hijo de Dios, recibís esta verdad como una blasfemia; si confirmo la verdad de mis palabras con milagros, decis que los hago en nombre de Belzebú; en lo que se vé que vuestra pasion os ciega, y que vuestras preocupaciones os impiden el ver la luz y rendiros á la verdad. Ya sea que yo juzgue de los otros ó que dé testimonio de mí mismo, mis juicios no pueden ménos de ser justos, como que vienen de una sabiduría y de un conocimiento que no puede engañarse; fuera de que, yo no juzgo jamas solo, sino siempre con mi Padre, que me envió para que viva entre vosotros, para que os instruya y os salve. Ciertamente que mi palabra apoyada de su autoridad, merece bien ser creida; pues segun vuestra ley el testimonio de dos personas debe reputarse por verdadero y ser creido.

En ninguna otra ocasion hicieron los fariseos parecer mas visiblemente que en esta, su espíritu falaz y disimulado. Sabian muy bien que el Padre de que hablaba Jesucristo era su Padre Eterno,

Señor y Criador de todas las cosas: Jesucristo se los habia dicho con bastante claridad muchas veces, y no hacia misterio de ello. Fingen no obstante ignorarlo, y le dicen que les enseñase donde estaba su Padre. Querian sacar de su boca, dice San Juan Crisóstomo, alguna cosa con que pudiesen hacerlo pasar en la estimacion del pueblo por un blasfemo, á fin de desacreditarlo y perderlo. Pero como el Salvador conocia el fondo de su corazon y toda su malignidad, les respondió: Estais ciegos porque quereis estarlo, y así no me conoceis ni á mí ni á mi Padre. Si hubierais sido dóciles á mis instrucciones, hubierais conocido quién soy yo, y hubierais sabido al mismo tiempo quién es mi Padre; si hubierais querido rendiros á las pruebas que os he dado de mi divinidad, no buscariais á mi Padre sobre la tierra, hubierais conocido que está en el cielo. De esta suerte habló el Salvador en el átrio del tesoro, estando rodeado de una multitud de oyentes cuya mayor parte eran sus enemigos; los reprende con una libertad propia de su persona; les habla como Señor, sin reparar en que hablala con unos hombres fieros y vengativos, de cuya malignidad habia que temerlo todo. Pero como no era llegada su hora, nadie osó poner en él las manos. No teniendo autoridad sobre él ninguna criatura, y debiendo entregarse él mismo voluntariamente á la muerte por la salvacion de los hombres, no podia ser preso sino cuando quisiese. No siendo llegada la hora que Dios tenia señalada para los sufrimientos de su Hijo, sus enemigos no forman contra él sino vanos proyectos. Prosigamos la obra de Dios sin inquietarnos sobre lo que puede sucedernos de parte de los hombres; en la inteligencia de que estos no tendrán para dañarnos, sino el tiempo y el poder que Dios querrá darles; y si gustare su Magestad exponernos por último á sus violencias, no es posible que se olvide entónces, ni de su bondad, ni de nuestra flaqueza. Este tiempo de prueba es la hora del justo; pero esta hora es muy corta. Este tiempo es muy breve, comparado con el tiempo de la recompensa, que no es otra que la eternidad.

La Epístola es del capítulo XLIX del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor: En el tiempo de mi beneplácito otorgué tu peticion, y en el dia de la salvacion te auxilié, y te conservé, y te constituí reconciliador de *mi* pueblo, á fin de que tú restaurases la tierra y entrases en posesion de las heredades devastadas: para que dijeses á los que están encarcelados: Salid fuera; y á los que están

entre tinieblas: Venid á ver la luz. En los caminos hallarán con qué alimentarse, y en todas las llanuras habrá que comer para ellos. No padecerán hambre ni sed, ni el ardor del sol los ofenderá; porque aquel que usa de tanta misericordia para con ellos, los conducirá, y los llevará á beber en los manantiales de las aguas. Y haré caminos para transitar por todos mis montes, y mis sendas se convertirán en calzadas. Mira como vienen unos de remotos paises, y otros desde el Septentrion y desde el mar, y estos otros desde las regiones del Mediodia. ¡O cielos! entonad himnos, y tú, ó ¡tierra! regocíjate; resonad vosotros, ¡ó montes! en alabanzas; porque el Señor ha consolado á su pueblo, y se apiadará de sus pobres. Y dijo Sion: El Señor me ha abandonado, y se ha olvidado de mí el Señor. ¿Pues qué, puede la muger olvidarse de su niño, sin que tenga compasion del hijo de sus entrañas? Pero aun cuando ella pudiese olvidarle, yo nunca podré olvidarme de tí, dice el Señor Dios omnipotente.

El Evangelio es del capítulo VIII de San Juan.

En aquel tiempo: Habló Jesus á las turbas de los judíos, diciendo: Yo soy la luz del mundo: el que me sigue no camina á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida. Replicáronle los fariseos: Tú das testimonio de tí mismo, y tu testimonio no es idóneo. Respondióles Jesus: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es digno de fé: porque yo sé de donde soy venido, y adonde voy; pero vosotros no sabeis de donde vengo ni adonde voy. Vosotros juzgais segun la carne; pero yo no juzgo de nadie. Y cuando yo juzgo, mi juicio es idóneo: porque no soy yo solo, sino yo y el Padre que me ha enviado. En vuestra ley está escrito, que el testimonio de dos personas es idoneo. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me ha enviado, da tambien testimonio de mí. Decíanle á esto: ¿En dónde está tu Padre? Respondió Jesus: Ni me conoceis á mí, ni á mi Padre. Si me conociérais á mí, no dejarais de conocer á mi Padre. Estas cosas las dijo Jesus enseñando en el templo, en el atrio del tesoro; y nadie le prendió, porque aun no era llegada su hora.

MEDITACION.

Sobre que Jesucristo es la luz del mundo.

Considera que Jesucristo es la luz del mundo, como dijo su Magestad en el Evangelio de hoy, porque es la increada sabiduría, infinita y eterna, de donde nos viene toda luz de conocimiento en lo natural y en lo sobrenatural. Esta increada Sabiduría, que es el Verbo Divino, Hijo natural de Dios vivo, se dignó hacerse Hombre, para aparecer entre los hombres, y conversando con ellos, revelarles los misterios, enseñarles las verdades eternas, é instruirlos en todas las reglas de la moral mas pura y mas perfecta. De todos estos conocimientos habia entre los hombres algunos principios ó elementos, como los llama San Pablo; pero carecian de ellos en toda aquella plenitud, estension y perfeccion en que nosotros los tenemos por la revelacion que de ellos nos ha hecho el Hijo de Dios. De aquí es que en toda propiedad y verdad es Jesucristo la luz del mundo, porque no solo llenó y perfeccionó el conocimiento de que tenia principios el pueblo judío, como depositario de las sagradas Escrituras, sino que disipó completamente todas las tinieblas de la idolatría y del error en que estaban sumergidas todas las naciones del mundo, y hoy combate y disipa todos los errores de la heregía, del mahometismo, del judaismo y de todas las sectas; error con que el demonio quiere ofuscar á los hombres para que no les alumbre esta luz divina de verdad y de conocimiento. Mas no solo nos hace conocer esta luz el dogma divino, sino que nos alumbra en la moral, para que siguiendo las reglas invariables de la virtud, no haya en nuestra conducta accion, palabra ó pensamiento que por la iniquidad ó la torpeza se haga tenebroso; sinó que todo brille y resplandezca en nosotros, por la conformidad que diga nuestra conducta con aquellas leyes y reglas luminosas.

Considera que esta luz es incorruptible é indefectible, porque lo es el principio de que procede. Si la contemplamos en su orígen, hallarémos que es incapaz de corromperse ó de faltar, porque esta Sabiduría es increada, es una persona divina de la adorable Trinidad, igual al Padre Eterno, consustancial á él, uno con él en la esencia, y de quien no se separa ni puede separarse en manera alguna. Si la contemplamos en la union hipostática del Verbo Divino con la naturaleza humana, hallarémos que no pudo ni puede

corromperse ni faltar, porque la sacrosanta humanidad de Cristo es incorruptible é indefectible, pues por la union hipostática fué traida al ser de Dios, y lo que el Verbo Divino una vez tomó, jamas lo deja ni lo dejará en toda la eternidad. Si la contemplamos en las palabras y en las obras de Cristo, hallarémos que es igualmente incorruptible é indefectible, porque Cristo en cuanto Dios es la misma sadiduría divina, y en cuanto hombre fué lleno en toda plenitud de cuanta ciencia y sabiduría puede darse, sin mezcla alguna de error ó de ignorancia. Así tambien hallarémos que lo es en la moral, porque Cristo en cuanto Dios es santo por esencia, y en en cuanto hombre fué santificado con la gracia sustancial de la union hipostática; gracia que le fluyó inmediatamente de la divinidad, y que lo hace impecable y santo por naturaleza. Finalmente, si la contemplamos en las mismas palabras y obras de Cristo trasmitidas á nosotros, hallarémos que es asimismo incorruptible é indefectible esta luz soberana, porque se nos conserva en las Sagradas Escrituras dictadas por el Espíritu Santo, como es de fé, y porque la depositaria é intérprete de estas Sagradas Escrituras, es la santa Iglesia católica, apostólica, romana, de que es cabeza invisible el mismo Jesucristo, que está asistida del Espíritu Santo, y á quien se ha prometido por el mismo Hijo de Dios, que las puertas del infierno, esto es, del error y del pecado, no prevalecerán contra ella. Así es que esta luz divina es una luz incorruptible, y es la regla indefectible del bien obrar. ¡Oh, quiera el mismo Dios que nos alumbra, que esta su luz divina no sea ofuscada en nuestros corazones por las tinieblas del error, ni por las sombras de la corrupcion!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Para que tal desgracia no nos suceda, debemos proponer conservarnos ó reponernos en los principios puros é incorruptibles de nuestra fé y de nuestra moral, de tal modo, que no se dé en nosotros la mas mínima desconformidad, ni en lo que debemos creer, ni en lo que debemos obrar. Para conseguirlo, debemos instruirnos cuanto mas podamos en nuestra religion y en nuestra ley, haciendo de este estudio, no un asunto de curiosidad ó de mera instruccion especulativa, sino una materia de observancia y de práctica, que nos forme en la virtud haciéndonos poseer la ciencia de los Santos.

En asunto de tan suma importancia nos conviene no perdonar á precaucion alguna, contra el error y la corrupcion de costumbres. Y por tanto, deben estar muy léjos de nosotros los perniciosos libros, los folletos y toda clase de escritos en que se vierte el error de la heregía ó el veneno de la inmoralidad. Huyamos igualmente del trato y comunicacion con las personas contaminadas de uno ú otro mal, y pidamos al Señor nos establezca y sostenga en este santo propósito.

JACULATORIA.

Conózcate á ti Señor, y conózcame á mí, para que resplandezca en mí la luz de tu rostro.

LECCION.

Sobre el poco conocimiento que tenemos de Jesucristo.

La mayor y sola dicha que puede tener el hombre sobre la tierra es conocer á Jesucristo y amarle; pues este es el primer objeto para que fué criado el hombre, esto es, su único fin: pues aun en la otra vida no tiene otro sino el de perfeccionar este conocimiento con la vista intuitiva del mismo Dios y su amor intenso por toda la eternidad. Todo se acabará: los cielos pasarán, este firmamento desaparecerá, esperanza no habrá, la fé se apagará; pero la caridad permanecerá. Todo otro conocimiento sin el de Jesucristo es vano é inútil. La vida eterna, dijo el Salvador, hablando con su Padre, es conocerte á ti por el solo Dios verdadero, y á Jesucristo que enviaste al mundo. El Hijo de Dios, el consustancial al Padre, el primogénito de toda criatura, es el único principio, la sola fuente de toda nuestra felicidad. El apartarse de él es envolverse en la miseria, anegarse en el mar de todas las desgracias. Jesucristo es el solo camino que conduce á las moradas del empíreo: es la verdad fuera de la cual todo es error, todo ilusion, todo mentira: es la vida, por último, que jamas ha de tener fin.

Es preciso conocer bien este camino para no dar en desbarros y precipicios; es necesario vivir con la vida de Jesucristo, pues quien no tiene este principio de vida, quien no lo conoce, ya está muerto, ya está juzgado: no es mas que un fantasma que no tiene mas que una vida aparente, una vida que le conduce á una eterna y perpetua muerte. ¡Qué estado tan infeliz el de un cristiano que no conoce esta verdad suprema, verdad infalible, verdad permanente, verdad eterna! ¡Qué triste y espantosa ceguedad el estar privado de este conocimiento! ¡Qué fatal destino no se les espera á todos esos fieles, que aunque criados en medio de los resplandores de la fé, teniendo ojos no ven, y teniendo oidos no oyen! ¿Será compatible conocer á Jesucristo y quebrantar tan frecuentemente y con tan poco temor sus mandamientos? ¿Menospreciar tan atrevidamente sus consejos y aun burlarse de sus máximas las mas santas? Las gentes del mundo, abandonadas á sus deseos criminales por lo comun, esclavas de sus pasiones las mas viles, animadas siempre del espíritu del siglo; esas personas tan poco ó nada cristianas, cuyas costumbres corrompidas son el oprobio de su religion, cuya conducta y cuyos perniciosos ejemplos son el escándalo de la Iglesia: esas personas que parece se avergüenzan del Evangelio, ¿conocerán á Jesucristo? ¿Esos que hacen profesion de devotos por sus intereses temporales, ¿harán honor á la religion que piensan profesar? Por último, esos mismos que están mas particularmente dedicados al servicio de Dios, que tratan de obsequiar sus mandamientos, ¿conocerán verdaderamente á Jesucristo, y todos serán conocidos por sus verdaderos discípulos? Los mas conocen á Jesucristo como lo conocieron los judíos, se admiraban de sus milagros, alababan su doctrina; pero no la seguian ni practicaban. El conocimiento que se debe tener de este divino Salvador, ha de ser un conocimiento práctico: la fé no ha de ser muerta, sino viva; y la fé sin obras no es viva: juzguemos, pues, por nuestras obras, y veamos si conocemos á Jesucristo ó no. ¿Qué dice nuestra conciencia? Ese juez que aunque sentencia sobre propia causa, nunca falta á la integridad: ese testigo que aunque doméstico no engaña, ¡ah! ¡cómo tememos su vista, cómo huimos de su presencia! No nos cansemos; por mas que digamos de memoria nuestro catecismo; por mas que expliquemos con las mejores y mas propias palabras los misterios de nuestra religion, si no practicamos sus máximas, si no conformamos nuestra vida con la de Jesucristo, nada somos, nada conocemos y nada gozarémos.

Si el humanado Hijo del Padre es tan poco conocido con aquel conocimiento práctico que es tan necesario para la salvacion, podemos decir con dolor, que este divino Hijo de María, no es mas amado de aquellos mismos que hacen profesion de conocerle. ¿Por dónde nos informarémos de esta verdad? Por la poca devocion sólida, fervorosa y ejemplar de la mayor parte de los cristianos. Es

verdad que hay almas santas que le sirven en espíritu y en verdad, y que perpetuarán en la Iglesia hasta la consumacion de los siglos los mas grandes efectos de virtudes que hacen uno de sus mas bellos ornamentos; pero hablemos con claridad, ¿es muy grande el número de estos discípulos fieles? ¿Se encuentran muchas de estas almas puras que unidas á este Divino Legislador con los lazos mas sagrados, se abrasan sin cesar en aquel divino fuego que vino él mismo á encender sobre la tierra? Conocer á Jesucristo, entender hasta qué punto nos ha amado, saber lo que ha hecho y padecido por nosotros para darnos pruebas sensibles y nada equívocas de su amor, como lo manifiesta á cada hora para ganar nuestro corazon en el adorable sacramento de la Eucaristía: conocer, digo, todas estas grandes verdades y no amar á Jesucristo, sino con un amor mediano, con un amor remiso, no tener sino indiferencia y aun frialdad por él, ¿no es una cosa incomprensible? ¿No deberemos concluir á la vista evidente de la carencia de amor, que tambien la hay de conocimiento? No hay duda: somos de aquellos necios que dicen que ven, y nada ven; que oyen, y nada entienden. Si el mérito, si la dignidad de las personas son motivos y títulos para amarlas; si los beneficios recibidos son derechos evidentes é incontestables para que nuestro corazon pague el tributo de su reconocimiento á aquellos de quienes los hemos recibido: si la esperanza de nuevos beneficios empeña á todo hombre racional para que ame aquellos de quienes depende su fortuna y su felicidad, ¡ha habido jamas, se podrá encontrar alguna vez objeto mas digno de nuestro amor, y que sea acreedor á él por todos estos títulos como lo es Jesucristo? Este hombre, verdadero Hijo de María; este Dios en todo perfectamente igual á su Padre, es nuestro Criador, nuestro Redentor, nuestro Conservador y nuestro Glorificador. ¿Qué mas debia haber hecho para manifestarnos su amor? El nos amó ántes que nosotros fuésemos capaces de amarlo; él nos ha concedido lo que nosotros jamas hubiéramos sido capaces de pensar: ha hecho mas de lo que podiamos pedirle, mas de lo que podiamos imaginar. ¿Habrá razon para amarle tan poco? ¿Habrá justicia para no corresponderle? No hay duda: no se le conoce.

Mas no solo es acreedor á nuestro amor, respeto y veneracion por estos títulos; lo es tambien por el de Juez Soberano, de quien depende nuestra suerte eterna, todos los bienes que tenemos, todos los que podemos esperar y conseguir. ¿Por qué, pues, es Jesucris-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Sabado de la 4ª semana de cuaresma.



Domingo de Pasion.



Lunes de Pasion.



Martes de Pasion.

to tan poco amado? Sin duda porque no es conocido. El menor beneficio, la mas corta expresion de cariño, la mas pequeña oferta, un poco de afabilidad y de buen modo, excitan y arrebatan nuestro reconocimiento: solo el divino objeto, complacencia de los ángeles y bienaventurados, no puede ganar nuestro corazon. ¡Qué ingratitud! Todos los dias entregamos nuestro corazon á objetos indignos de él, y nunca pensamos consagrarlo al que solo es capaz de satisfacerlo. Somos duros, somos insensibles á sus amorosas solicitaciones; por mas que nos lo pide, se lo rehusamos; por mas que nos ama, le despreciamos. ¡O injusticia! ¡O impiedad! Convengamos, pues, en que el conocer á Jesucristo sin amarlo, es no conocerlo; el verdadero conocimiento es inseparable del amor: siendo, pues, pocos los que lo aman, son sin duda pocos los que lo conocen; los que no lo conocen, no conocen á su Padre; los que no conocen á su Padre, morirán dos veces, conforme á la sentencia pronunciada en el paraiso. ¡Qué resultado tan funesto! ¡Qué muerte tan terrible la que sigue á la del cuerpo!

Domingo de Pasion.

El domingo de Pasion ha sido siempre en la Iglesia uno de los mas solemnes y mas clásicos, por lo tocante al oficio, el que no cede jamas al de ninguna otra solemnidad. Como no hay en nuestra religion misterio que dé mas golpe, y donde el amor de Jesucristo para con nosotros se manifieste mas al vivo, tampoco hay otro que mas nos interese y que pida de nosotros un mas vivo reconocimiento, y un mas justo tributo de compasion, de imitacion, de ternura y amor.

Desde hoy empieza la Iglesia á ocuparnos, y á llenar nuestro espíritu de los preparativos de la muerte de Jesucristo, por la consideracion particular del misterio de su pasion, objeto que se propone en cuanto hace durante toda la cuaresma, pero singularmente en estos últimos quince dias; de suerte que puede decirse, que las cuatro primeras semanas de cuaresma están destinadas particularmente para llevar al pecador á hacer penitencia de sus pecados, y las dos últimas á hacerle honrar y venerar el misterio de la pasion del Salvador, por la participacion, por decirlo así, de sus penas y tormentos. Como este fué, con poca diferencia, el tiempo en que los ponti-



Sabado de la 4ª semana de cuaresma.



Domingo de Pasion.



Lunes de Pasion.



Martes de Pasion.

to tan poco amado? Sin duda porque no es conocido. El menor beneficio, la mas corta expresion de cariño, la mas pequeña oferta, un poco de afabilidad y de buen modo, excitan y arrebatan nuestro reconocimiento: solo el divino objeto, complacencia de los ángeles y bienaventurados, no puede ganar nuestro corazon. ¡Qué ingratitud! Todos los dias entregamos nuestro corazon á objetos indignos de él, y nunca pensamos consagrarlo al que solo es capaz de satisfacerlo. Somos duros, somos insensibles á sus amorosas solicitaciones; por mas que nos lo pide, se lo rehusamos; por mas que nos ama, le despreciamos. ¡O injusticia! ¡O impiedad! Convengamos, pues, en que el conocer á Jesucristo sin amarlo, es no conocerlo; el verdadero conocimiento es inseparable del amor: siendo, pues, pocos los que lo aman, son sin duda pocos los que lo conocen; los que no lo conocen, no conocen á su Padre; los que no conocen á su Padre, morirán dos veces, conforme á la sentencia pronunciada en el paraiso. ¡Qué resultado tan funesto! ¡Qué muerte tan terrible la que sigue á la del cuerpo!

Domingo de Pasion.

El domingo de Pasion ha sido siempre en la Iglesia uno de los mas solemnes y mas clásicos, por lo tocante al oficio, el que no cede jamas al de ninguna otra solemnidad. Como no hay en nuestra religion misterio que dé mas golpe, y donde el amor de Jesucristo para con nosotros se manifieste mas al vivo, tampoco hay otro que mas nos interese y que pida de nosotros un mas vivo reconocimiento, y un mas justo tributo de compasion, de imitacion, de ternura y amor.

Desde hoy empieza la Iglesia á ocuparnos, y á llenar nuestro espíritu de los preparativos de la muerte de Jesucristo, por la consideracion particular del misterio de su pasion, objeto que se propone en cuanto hace durante toda la cuaresma, pero singularmente en estos últimos quince dias; de suerte que puede decirse, que las cuatro primeras semanas de cuaresma están destinadas particularmente para llevar al pecador á hacer penitencia de sus pecados, y las dos últimas á hacerle honrar y venerar el misterio de la pasion del Salvador, por la participacion, por decirlo así, de sus penas y tormentos. Como este fué, con poca diferencia, el tiempo en que los ponti-

ficos, los doctores de la ley y los fariseos, confundidos y desconcertados por la resurreccion de Lázaro, que habia atraido un gran número de nuevos discípulos á Jesucristo, quien en todas partes ya no se conocia sino bajo el nombre del Mesías, empezaron á maquinar su muerte; y como se cree que fué decretada en este dia, la Iglesia toma hoy el luto, quita de sus oficios todo cántico de alegría, cubre sus altares para manifestar su tristeza, y todas sus oraciones indican el dolor y afliccion de que está penetrada. Por el mismo motivo y con el mismo fin, se emplea en los maitines la profecía de Jeremías, figura al parecer la mas propia, tanto de los dolores de Jesucristo en su pasion, como de las desdichas causadas por los pecados de aquellos á quienes el divino Salvador habia venido á redimir con su muerte. En algunos pasages usa la iglesia de ornamentos negros, para hacer todavía mas sensible su duelo á los ojos de los pueblos, é inspirarles por medio de este lúgubre aparato los sentimientos de compuncion y de tristeza que convienen á los misterios que celebra en este santo tiempo. Pero si la Iglesia, dicen los Padres, está poseida de tristeza y de llanto en estos dias, ¿deberán sus hijos correr tras las alegrías y gozos del siglo? ¡Qué estravagancia mas escandalosa, qué impiedad no seria presentarse en público los hijos con un equipage brillante y magnífico, divertirse y holgarse sin miramiento alguno, mientras que su madre gime en la afliccion, y tiene el corazon anegado en la amargura! Antiguamente se hubiera mirado como un apóstata á un cristiano que en el tiempo de pasion se hubiera dejado ver en público en hábitos ricos y ostentosos, ó que hubiera osado asistir á las diversiones y fiestas mundanas. En estas dos últimas semanas se prohibia á los fieles, no solo los lacticinios, sino aun el pescado; de suerte que su alimento se reducia á solo viandas secas. Este domingo siempre se ha llamado de Pasion, así como el siguiente, de Ramos, á distincion de los precedentes, que se han llamado de Cuaresma. Igualmente se han distinguido siempre por los Santos Padres estas dos últimas semanas de las cuatro primeras de cuaresma, y se les ha llamado de Pasion, por estar la Iglesia en ellas con mayor duelo y en mas austera penitencia que en las anteriores, que se han llamado simplemente de cuaresma, y en las que la penitencia y el ayuno han sido con ménos rigor.

El introito de la misa de este dia es del Salmo XLII, en el que David desterrado y perseguido por Saúl, suspira por su vuelta y

por la vista del tabernáculo. Pide al Señor le conceda esta gracia, y se consuela con la esperanza de alcanzarla; pero al mismo tiempo pide al Señor haga patente su inocencia. Este salmo fué compuesto por David en el tiempo que Jonatás le declaró que Saúl habia tomado la última resolucion de quitarle la vida. Esto sin duda fué lo que obligó á la Iglesia á escogerlo para el tiempo en que la muerte del Salvador fué decretada por los pontífices, escribas y fariseos.

La misa comienza por el primer versículo del salmo: Júzgame, Dios mio; y contra lo que una liga criminal publica para infamarme, haz patente á todo el mundo mi inocencia: líbrame del odio de un perseguidor igualmente injusto que artificioso; porque tú eres todo mi apoyo y mi fortaleza. No deja de conocerse la relacion y semejanza que hay entre lo que le pasaba á David, y el misterio de este dia. Haz que yo vea y experimente que sois fiel en vuestras promesas, y de este modo caminaré sin temor por entre los mas evidentes riesgos hasta llegar á vuestro santo monte, donde está vuestro tabernáculo. Por la luz y la verdad entienden los Padres á Jesucristo. San Cirilo entiende por *la luz* al Hijo, y por *la verdad* al Espíritu Santo; lo que no tiene duda es, que el monte santo en el sentido místico es la Iglesia de Jesucristo.

La Epístola de la misa de este dia es del capítulo XI de la admirable carta de San Pablo á los hebreos. Despues de haber mostrado San Pablo, por un razonamiento sin réplica, la impotencia, la debilidad, el vacío de todo lo que la ley antigua tenia de mas respetable, de mas religioso y de mas sagrado; despues de haber demostrado que nada en ella era santo, sino con una santidad puramente legal, pues nada era capaz de santificar al alma, de destruir el pecado, ni de abrir el cielo cerrado á todo el linage humano despues del pecado del primer hombre, hace ver cuán inferior era el sacerdocio levítico al de Jesucristo. Toda la virtud del ministerio de aquel se reducia á ciertas purificaciones legales, á procurar algunos bienes temporales; y el sumo sacerdote no entraba mas de una vez al año en el Sancta Sanctorum, que era la parte mas sagrada de un tabernáculo material, hecho por mano de hombres, cuya entrada estaba cerrada á todos los demas. Estas eran en sustancia, y por mayor, la virtud y las prerogativas del antiguo sacerdocio, dice el Apóstol. Mas Jesucristo haciendo de pontífice de los bienes futuros, esto es, de los bienes eternos, de los bienes espirituales y

celestiales, entró una vez en el santuario, es decir, en el cielo; y por la triunfante Ascension de su humanidad nos abrió á todos la puerta. Por eso el velo que cerraba é impedia la entrada del santuario del templo, se rasgó en la muerte del Salvador. El tabernáculo, por el cual, ó con el cual entró Jesus, segun el Apóstol, en el santuario del cielo, es la naturaleza humana de que se vistió, y con la cual subió al cielo para prepararnos un puesto y para tomar posesion de él, dice San Crisóstomo, en nombre de todos. Por un tabernáculo, prosigue el Apóstol, mucho mas excelente, mas perfecto y mas santo. En efecto, la carne, la humanidad del Salvador es el verdadero tabernáculo del Verbo Encarnado: esta humanidad, este verdadero hombre es en quien reside corporalmente toda la plenitud de la Divinidad, el cual no nació, ni fué concebido del modo ordinario. El Espíritu Santo lo formó de un modo sobrenatural en el vientre de la Santísima Virgen. El sumo sacerdote no entraba en el santuario sino el dia de la expiacion, en que llevaba la sangre de las víctimas, que habia sacrificado por sus pecados y por los del pueblo. Pero Jesus, único Pontífice Eterno, no entró en la mansion de los bienaventurados con la sangre de los animales sacrificados, sino con su propia sangre, voluntariamente derramada, no por él, que era la misma inocencia, sino por los pecados de todos los hombres generalmente. Y por este divino sacrificio, por esta sangre adorable vertida sobre el altar de la cruz: por esta sangre de la nueva Alianza, entró en el santuario eterno, no una vez cada año, como el sumo sacerdote de los judíos, sino una sola vez para siempre. El efecto de este sacrificio no se limita á purificarnos de algunas inmundicias legales y pasageras, como sucedia con los sacrificios de la ley antigua, sino que se extiende á expiar nuestros pecados, y á abrirnos las puertas del cielo; á purificarnos de todas nuestras manchas interiores, á darnos la gracia, la justicia, la inocencia; á librarnos de la muerte eterna, y á hacernos hijos de Dios. El santuario del tabernáculo se llamaba el Sancta Sanctorum, esto es, el lugar santo, la santa habitacion de los santos; lo que no conviene propiamente sino al cielo, que es la estancia de los bienaventurados, el solo verdadero lugar santo de los santos, cuya entrada nos abrió Jesucristo, entrando primero en él, y del que el santuario del tabernáculo y del templo de Jerusalen, era solamente figura y representacion.

Si la sangre de los cabritos, y de los toros, prosigue el Apóstol,

si la aspersion hecha con la ceniza de una becerrilla santifica á los que están manchados, purificándolos segun la carne, ¿cuánto mas purificará nuestra conciencia de la impureza de las obras muertas, la sangre de Jesucristo, el cual se ofreció él mismo á Dios por el Espíritu Santo, siendo inocente, y estando sin mancha alguna propia que purificar?

Se lee en el libro de los Números, que una de las ceremonias legales era sacrificar solemnemente una vaquita, ó becerra roja. Despues de haberla degollado en presencia del pueblo, la quemaban; el sacerdote tomaba sus cenizas, y las distribuia al pueblo, para que hiciese con ellas una agua de aspersion, quiere decir, que esta ceniza echada en agua servia para purificar de las manchas contraidas en los funerales, ó por haber tocado algun cadáver: todo esto era misterioso. Los israelitas, nacidos y criados en medio de las supersticiones paganas de los egipcios, necesitaban de esta especie de ceremonias materiales y sensibles, que pudiesen hacerles perder las ideas de las supersticiones á que estaban acostumbrados. Una de las mas religiosas entre los egipcios, era no matar jamas vacas. Este animal era sagrado entre ellos, por motivo de adorar á la diosa Isis en este vil animal. Sin duda quiso el Señor inspirar á los israelitas un grande horror á las ceremonias y supersticiones de los gitanos, ordenándoles que ofreciesen en sacrificio la vaca, diosa de los egipcios, y que sus cenizas echadas en agua sirviesen para la expiacion de las inmundicias legales. Pues si la aspersion de la sangre de los toros y machos de cabrío; si la aspersion hecha con la ceniza de una vaca santifica á los que están manchados, purificándolos segun la carne, es decir, los hace capaces de acercarse y de llegarse á las cosas santas, y de participar del culto del Señor, ¿cuánto mas la sangre de Jesucristo, Dios y Hombre, derramada voluntariamente para redimirnos, nos purificará de nuestras manchas y de nuestros pecados, que es lo que el Apóstol llama obras muertas? La fuerza de esta consecuencia se saca, de que los animales no se ofrecian ellos mismos. El Espíritu Santo tampoco era el motor interior de esta oblacion, ni ellos servian sino para un culto figurado. Pero Jesucristo se ofreció él mismo por inspiracion del Espíritu Santo, como una víctima sin mancha, y nos hace dar á Dios vivo un verdadero culto. Como si dijera: la oblacion de Jesucristo era voluntaria, santa, espiritual y de un valor infinito; cualidades que faltaban todas á los sacrificios de los animales, y á todas las cere-

monias legales, y por este motivo es el Mediador del Nuevo Testamento. Moises fué como el mediador y ministro de la antigua alianza entre el Señor y los israelitas, la cual se confirmó con la sangre de las víctimas sacrificadas á la falda del monte Sinai; pero Jesucristo es el Mediador de la nueva Alianza por su propia sangre, la que derramó para expiar nuestros pecados, reconciliarnos con su Padre y merecernos la cualidad de hijos de Dios.

Leidas todas las ordenanzas de la ley, y las promesas hechas á los que las observasen, mojó Moises en la sangre de las víctimas sacrificadas un ramo de hisopo, y roció con ella el libro, el pueblo, el tabernáculo y todos los vasos que servian al culto de Dios, pronunciando estas palabras: Esta es la sangre del Testamento y de la alianza que Dios ha hecho hoy con vosotros. Y como la verdad debe corresponder á la figura, era menester que el pueblo cristiano, figurado por el pueblo judaico, fuese rociado interiormente con la sangre de Jesucristo, de la cual era figura la sangre de los animales, y que por consiguiente, Jesucristo derramase su propia sangre. Ningun heredero entra en posesion de la herencia hasta haber muerto el testador. Era, pues, necesario, que Jesucristo muriese, para que nosotros pudiésemos entrar á poseer la herencia que nos habia prometido.

El Evangelio de hoy no conviene ménos que la Epístola al gran misterio de la pasion, cuya solemnidad empieza este domingo y continúa hasta la Pascua.

Estando el Salvador en el templo cinco ó seis meses ántes de su muerte, hizo un largo y admirable discurso á una multitud de gentes que lo estaban escuchando, en el cual les esplicó su union con su Padre, el carácter y el poder que habia recibido de él, la autoridad y autenticidad de su divina mision, la deplorable ceguedad de los que rehusaban el conocerlo y recibirlo; y finalmente, la excelencia y la verdad de su doctrina. Las vivas reconvenciones que habia hecho á los judíos sobre que no querian creer en él, habiéndole visto obrar tantos milagros; porque, en fin, les decia, solo podrian tener dos pretextos para paliar vuestra obstinada incredulidad: ó los defectos que advirtiérais en mi conducta, ó los errores que descubriérais en mi doctrina. Pero yo os desafio á que no hallais nada que reprenderme, aunque ha tanto tiempo que me observais con tanta malignidad. Porque ¿quién de vosotros me podrá convencer del menor defecto? ¿Y si no sois capaces de acusarme de nada; si

mis obras y mis leyes son igualmente irreprensibles; si no os predico sino la pura verdad; si ademas de esto autorizo cuanto digo con la pureza de mis costumbres y con lo estupendo de los mayores milagros, ¿por qué no creis lo que os digo? Considerad aquí, exclama San Gregorio, la extrema mansedumbre de un Dios, que se baja hasta mostrar que no es pecador, siendo así que, por su divino poder puede justificar á todos los pecadores.

El que es de Dios, oye las palabras de Dios, añadió el Salvador: Yo no os diré ahora cuál es la causa de vuestra incredulidad; solo os diré que todo hombre que está animado del espíritu de Dios oye gustoso su palabra: la razon porque vosotros no ois con gusto la palabra de Dios, es porque no sois hijos de él. Esta reconvencion tan bien fundada y tan caritativa exasperó á los judíos, los que no respondieron sino con injurias y blasfemias, tratando al Señor de samaritano y de endemoniado. Tal es y ha sido siempre el agradecimiento de los libertinos: mostradles sus desbarros y no os responderán sino con un torbellino de injurias. Dan el nombre de Samaritano al Salvador porque no se negaba al trato de este pueblo con tanta escrupulosidad como los judíos; se habia detenido algunos dias en Siquen, les habia predicado la palabra de Dios, no los escluia de la salvacion, y tenia tan en el corazon su conversion, como la de los otros. Por eso el Salvador no responde á la primera injuria; se contenta con decirles con su acostumbrada mansedumbre, que no estaba poseido del demonio; que si les decia las verdades con mas viveza de la que ellos deseaban, no por eso debian tener por furor lo que no era sino un zelo lleno de caridad; que no se proponia otro fin en todo, que la gloria de su Padre y la salvacion de los hombres; que bien podian cargarlo de injurias; pero que no por eso dejaria de proseguir su obra, sin mostrar contra ellos el menor resentimiento; que en cuanto hombre no buscaba su propia gloria; que dejaba todo el cuidado de ella á aquel sobre quien recairian los ultrages que le hacian, el cual, siendo el soberano Juez, no dejaria de vengarlo de sus calumniadores. Mas queriendo el Salvador templar, por decirlo así, esta terrible amenaza con una agradable promesa, añadió: Os aseguro que cualquiera que observare mis preceptos, no morirá jamas.

Los judíos que despreciaban no ménos sus promesas que sus amenazas, le respondieron con indignacion: Ahora conocemos mas bien que nunca, que es el demonio quien te hace hablar de esta

suerte. Abraham murió, los Profetas tambien murieron, y tú te atreves á decir que los que guardaren tus preceptos no morirán. ¿Por ventura eres mayor que nuestro padre Abraham? ¿Eres mayor que los Profetas, á quienes no perdonó la muerte? ¿Quién piensas ser tú? Todo este razonamiento estriba sobre un falso principio: suponen que Jesucristo habla de una vida temporal, y no es sino de la vida del alma, de la vida eterna de la que habla el Salvador.

Vosotros pensais, continúa el Salvador, que lo que digo es una vanagloria que me atribuyo. Yo no tengo cuidado de glorificarme: mi Padre me glorifica bastante delante de vosotros con tantos prodigios como habeis visto; él es quien hace que su poder resplandezca en mí, por las maravillas que he obrado á vuestros ojos, y por la verdad que os anuncio. Y no digais que este Padre os es desconocido, y que lo que yo os hablo es un enigma. Este Padre es el Dios que vosotros adorais y cuyo testimonio no quereis recibir: se puede decir asimismo, que es para vosotros un Dios desconocido, pues no conoceis las obras que obra por mí. Si vosotros lo conociérais, descubririais en mí todas las señales que caracterizan al Mesías, y me reconoceriais por Hijo de Dios. Yo lo conozco perfectamente, y haria traicion á la verdad si fuera capaz de decir lo contrario. Pueblo ingrato: no conoces á tu Dios, ni á aquel que te ha enviado para hacértelo conocer: en cuanto á mí, conozco á Dios que es mi Padre, y si os dijera que no lo conozco, seria tan mentiroso como lo sois vosotros, diciendo que lo conoceis. Si lo conociérais, guardariais fielmente sus preceptos; yo los guardo con una fidelidad suma, porque le conozco. Es evidente que Jesucristo habla aquí como hombre. ¿Qué honor os haceis por tener á Abraham por padre? añadió el Señor. ¿No sabeis que este gran Patriarca, ilustrado por Dios, conoció el dia feliz en que yo habia de venir al mundo? Vió este dia como lo habia deseado, y se alegró con esta vista. Los judíos que no habian entendido el concepto del Salvador, le dijeron sonriéndose y como despreciándolo: Todavía no tienes cincuenta años, y quieres hacernos creer que eres del tiempo de Abraham. Al oir esto el Hijo de Dios, tomando un tono de maestro, y queriendo darles á conocer sin alegoría y sin figuras, que él existia desde la eternidad en cuanto Dios, les respondió: En verdad os digo, y os lo vuelvo á repetir, que yo soy y existo ántes que Abraham estuviese en el mundo. Los judíos comprendieron

muy bien que el Salvador decia que era tan eterno como su Padre; y teniendo la proposicion del Salvador por una blasfemia, cogieron piedras para apedrearlo como á blasfemo; pero Jesus se les desapareció y se salió del templo, reservando el sacrificio de su vida para el tiempo que su Padre le habia señalo.

La Epístola es del capítulo IX de la del Apóstol S. Pablo á los hebreos.

Hermanos: Habiendo venido Cristo, pontífice de los bienes futuros, por medio de un tabernáculo mas excelente y mas perfecto, no hecho á mano, esto es, no de fábrica semejante, y no con sangre de machos de cabrío, ni de becerros, sino con la sangre propia, entró una sola vez en el santuario, habiendo obtenido una eterna redencion. Porque si la sangre de los machos de cabrío y de los toros, y la ceniza de la de la ternera, esparcida sobre los inmundos, los santifica en órden á la purificacion de la carne, ¿cuánto mas la sangre de Cristo, el cual por el Espíritu Santo se ofreció á sí mismo inmaculado á Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas para que tributemos un culto á Dios vivo? Y por eso es mediador de un nuevo testamento, á fin de que mediante su muerte para expiacion de las prevaricaciones cometidas en tiempo del primer testamento, reciban la herencia eterna prometida los que han sido llamados en Jesucristo nuestro Señor.

El Evangelio es del capítulo VIII de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judíos: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado alguno? Pues si os digo la verdad ¿por qué no me creis? Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no las escuchais, porque no sois de Dios. A esto respondieron los judíos, diciendo: ¿No decimos bien nosotros que tú eres un samaritano, y que estás endemoniado. Jesus les respondió: Yo no estoy poseido del demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado á mí. Pero yo no busco mi gloria: otro hay que la promueve, y él me bendecirá. En verdad os digo que quien observare mi doctrina no morirá para siempre. Dijeron los judíos: Ahora acabamos de conocer que estás poseido de algun demonio. Abraham murió, y murieron tambien los Profetas, y tú dices: Quien observare mi doctrina, no morirá eternamente. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abra-

ham, el cual murió, y que los profetas, que asimismo murieron? ¿Tú por quién te tienes? Respondió Jesus: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria no vale nada: es mi Padre el que me glorifica, aquel que decis vosotros que es vuestro Dios. Vosotros empero no le habeis conocido. Yo sé que le conozco; y si dijere que no le conozco, seria como vosotros un mentiroso. Pero le conozco, y observo sus palabras. Abraham, vuestro padre, ardió en deseo de ver este dia mio: vióle y se llenó de gozo. Los judíos le dijeron: ¿Aun no tienes cincuenta años y viste á Abraham? Respondióles Jesus: En verdad, en verdad os digo, que ántes que Abraham fuera criado, yo existo. Al oir esto, cogieron piedras para tirarlas; mas Jesus se escondió y salió del templo.

MEDITACION.

Sobre la pasion del Señor.

Considera que la pasion del Señor es un hecho tan asombroso, que con razon se usa para inculcárnosla de aquellas expresiones tan vivas y animadas del Profeta Isaías: "Asombraos, ó cielos, y vosotras, puertas eternales, desolaos con vehemencia." Porque en efecto, es de pasmo y estupor para toda la naturaleza, para todo el orbe, para los cielos mismos, para cuanto existe en lo natural y sobrenatural, ver á Dios omnipotente y de infinita magestad hecho hombre mortal y pasible; ó bien sudando sangre por la afliccion de su espíritu; ó bien atado á una columna y azotado como un vil esclavo; ó bien coronado de espinas y tratado como un rey de burlas el que es Rey de reyes y Señor de señores; ó bien cayendo al peso de la cruz que lleva sobre sus hombros; ó bien clavado en ella, elevado en los aires, derramando su sangre preciosísima y muriendo entre escarnios y baldones, entre dolores y tormentos, entre amarguras y desolacion en un afrentoso patíbulo. ¿Qué es esto, Dios Eterno? ¿Cómo se han eclipsado las luces de tus ojos? ¿Cómo se ha oscurecido el oro esplendidísimo de tu hermoso semblante? ¿Qué son estas llagas en medio de tus manos y de tus piés divinos? ¿Cómo corre por ellas la sangre preciosísima que circulaba en tus venas, sangre de Dios, sangre de infinito valor, sangre esmaltada por la divinidad, sangre divina? ¡Ah, que la causa de este suceso lo hace mucho mas asombroso! Él mismo se ha ofrecido, porque ha querido padecer y morir por la salud de los hombres: su amor lo ha conducido á tanta humillacion y tanta pena: él ha sido herido en la casa de los que decian que lo amaban: manos sacrílegas, manos atrevidas, manos de hombres criados y conservados por él, le han vuelto mal por bien, han correspondido con odio á su amor, se han avanzado á su cuerpo sacrosanto, han roto sus carnes, lo han bañado de sangre, lo han fijado en un leño, lo han reducido á un estado tan lastimero, que le vemos y no tiene figura, se le pueden contar todos los huesos, su rostro está como escondido y despreciado, él no es ya un hombre segun la situacion en que se encuentra, sino como un gusano, el oprobio de los hombres, la abyeccion de la plebe. Su Padre no le atiende y no vuelve por él; él muere al fin: su cadáver queda pendiente de la cruz, y luego es sepultado: su alma desciende á los senos de la tierra. ¡Oh Dios, y quién puede contemplar todo esto sin llenarse de asombro, sin estremecerse, sin morir de dolor!

Considera que esta catástrofe divina es tanto mas dolorosa, cuanto que el Dios Hombre que la padece, la padece y la sufre por pecados agenos de que la caridad ha hecho que se cargue para pagar la pena que nosotros debiamos. Siendo él inocente, siendo impecable y santo por naturaleza, puso Dios sobre él las iniquidades de todos nosotros para que satisfaciera por todos, sufriendo él solo el castigo que nosotros mereciamos. Verdaderamente cargó él nuestras enfermedades, portó nuestros dolores: él ha sido herido por nuestras iniquidades, ha sido quebrantado por nuestras maldades. ¿Y quién, Dios santo? ¿Quién es el que aparece ante tu justicia divina como pecador, como carne de pecado, como reo de los delitos de todo un mundo, que lleva sobre sí como una piel de que se ha vestido, como la lana que porta el manso corderillo? ¡Ah! aquel que repugna infinitamente el pecado, aquel que en traerlo sobre sí sufre un nuevo tormento, un tormento mayor que cuantos padece en su cuerpo sensibilísimo, aquel que da su sangre y muere en un madero por destruir este mismo pecado. ¡Oh Jesus amabilísimo! ¿Cómo puedes sufrir tan detestable carga? ¡Ah! que tu alma santísima no la puede soportar: este es el cáliz amarguísimo que pides á tu divino Padre pase de tí: pero el amor que me tienes hace que apures este tormento hasta las heces, por tal que yo, esclavo de la culpa, me mire libre de ella! ¡Oh caridad inmensa, digna de un Dios de infinita bondad!

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Y cómo, Redentor piadosísimo de mi alma, cómo podré yo abrigar en mi seno un objeto de tanto horror, que puso en agonía al que es la vida del mundo: un monstruo tan asombroso, que solo tú, Dios de infinita fortaleza, pudiste luchar con él, debilitarlo y vencerlo? Mas aun cuando no considerara mas que la fineza que te debo, bastaba esta para no volver á cometer la mas mínima culpa; porque ¿cómo hacerte padecer tanto por mis iniquidades, y luego perder lo que tanto te ha costado? ¿No rehusar tú el morir por mí, y frustrar yo el efecto saludable de tu muerte? ¿Morir tú porque yo tenga vida, y darte yo la muerte en mi corazon por el pecado tu enemigo? No, no, Dios mio, no mas pecar; aborrezco y detesto todas mis iniquidades, y huiré eficazmente hasta de la causa mas remota que pueda hacérmelas cometer. Lávame, Señor, con la sangre preciosísima que derramaste por mí, y válgame el mérito de tu pasion santísima, para que logre yo todo el fruto de la redencion.

JACULATORIA.

Lávame mas y mas de mi iniquidad y borra mi pecado, ¡oh Redentor divino!

LECCION.

Cuán falsa es la fé de muchos cristianos.

Si os predico la verdad, ¿por qué no me creeis? Dijo Jesucristo á las turbas de los judíos. No puede negarse que es locura y necedad la del gentil, la del judío y la del hereje en no creer el Evangelio confirmado con tantos milagros, y con la misma autoridad divina y testimonio de la Iglesia por disposicion de su autor; pero mucha mas enorme locura es el creer como verdad eterna que no puede faltar el Evangelio y vivir contra el Evangelio, no solo como si se dudara de su verdad, sino como si se tuviera certeza de su falsedad. O se cree que hay otra vida y que es eterna, ó no: si no se cree, no hay que admirarse se sigan los deleites de la carne, sus antojos y apetitos; porque un hombre que piensa que todo se acaba con la vida, ¿qué ha de hacer sino vivir como un bruto? Mas si se cree que hay otra vida eterna en penas ó en glorias, en luces resplandecientes ó en llamas abrasadoras, en compañía de Dios

ó en consorcio del demonio; si se cree que hay muerte, que de improviso nos puede arrebatar, que hay juicio que nos ha de condenar ó premiar segun nuestras buenas ó malas obras; si esto se cree, repito, y se vive como si fuese mentira, ¿no es una evidente contradiccion? ¿Cómo puede caber en un entendimiento racional el irse á echar con los ojos abiertos en un horno de fuego? ¡No hay duda: si el demonio no nos tiene sordos, nos tiene ciegos!

Oigamos á San Bernardo. Contemplando este santo la doctrina y sermon de Jesucrito en el monte, sobre las bienaventuranzas, dice: "Que verdaderamente allí habló por sí mismo la sabiduría de Dios. Y abriendo su boca les enseñaba." Efectivamente reveló y descubrió las verdades que estuvieron escondidas desde el pecado de Adan. Porque ¿qué cosa mas oculta é ignorada que ser los pobres dichosos y los ricos desdichados: felices los que padecen y lloran, é infelices los que se gozan y rien? Pues esto es lo que enseña el mismo Jesucristo, verdad infalible, que no puede engañarse ni engañarnos. Ahora bien: ¿será posible que los hijos de Adan sean tan locos que creyendo que está la verdadera bienaventuranza en la pobreza y en la cruz, y que las riquezas y gustos de esta vida los hacen desdichados, busquen estos y abandonen aquellos? Búsquelas el gentil que vive sin Dios, el mahometano que cree en su Alcorán, el ateo que no espera lo eterno; pero un cristiano que cree en Jesucristo que le enseña que todo lo de este mundo es perecedero, incapaz de hacerle feliz, ¡esto sí que es necedad de necedades! Si creemos ¿cómo no obramos? O ¿cómo creemos?

Se dirá acaso que aunque el entendimiento se convence, la voluntad se resiste, considerando lo árduo y espinoso que es el camino de la virtud, y el temor de pisar esas espinas nos detiene, y en llegando la tentacion, desfallecemos. Por una parte nos parece que no podemos vivir sin las delicias del mundo; por otra la conciencia nos remuerde, el temor del infierno nos aterra. Dejar el mundo, sus usos y costumbres, es cosa árdua: dejar de creer que hay otra vida, no nos lo permite el convencimiento cristiano que por favor de Dios hemos adquirido, y nos recuerda incesantemente nuestra conciencia. ¿Pues qué se hace? Alucinarnos, procurando partir y cumplir con todo, con Dios y con el mundo, con la virtud y con el vicio, con Jesucristo y con el demonio, con el altar y con la carne. Todos los fieles, dice Jesucristo en su Evangelio, corresponden á Dios de una de cuatro maneras: ó como el trigo que se le cae al sem-

brador en el camino y estos son los que leen las verdades de paso, sin cuidado y sin propósito de aprovecharse de ellas; pues ántes de ponerse á leer, lo primero que hacen es registrar si es grande ó chica la leccion, sermon ó lo que tratan de leer: despues no les ocupa otro pensamiento, sino el de *cuándo se acabará;* y al concluir se quedaron como estaban ántes. Otros son como el grano que se siembra sobre piedra, que nace, pero no crece. Estos tienen un corazon duro y empedernecido que impide echen raices los buenos pensamientos: creen un rato, miéntras están devotos y no tienen tentaciones; pero en viniendo la ocasion, allí se acabó todo, se apartan de Dios y abandonan la virtud. Otros son como el grano que cae entre espinas que son los cuidados, las riquezas y delicias de esta vida que ahogan la semilla, la marchitan y no la dejan dar fruto. En fin, otros son como el trigo que cae en buen terreno y da frutos abundantes; y estos solo son los que tienen el corazon puro y bueno, y corresponden con una fé viva y buenas obras. Los tres primeros paran en paja para el fuego del infierno. Entre los del segundo lugar, dice San Bernardo, entran los que tienen una fé frágil en la ocasion de lograr, que aquí hacen propósitos y allí los quebrantan. ¿Y cuál es esa fé frágil? La que San Pablo llama fingida; y se llama así, porque es quebradiza, de poca subsistencia, como los vasos de barro que al primer descuido se hacen tiestos. De este modo es la fé de algunos: al menor golpe de una mirada, de un trabajo, de un qué dirán, luego faltan al propósito y á lo que creian, y siguen el deleite, y tras esto el infierno.

Estos miserables reconocen á Dios por su Padre, porque los formó y les dió el espíritu; y tambien reconocen á la tierra por su madre, porque de ella se formó el cuerpo; así es que quieren tener las delicias de la tierra en la carne, y las delicias del cielo en el espíritu: ser terrestres y ser celestiales, cumplir con las leyes del nuevo y justo Adan sin dejar de practicar las del hombre viejo y prevaricador. Tratan de dar gusto á Jesucristo creyendo en él, y darlo al mundo obrando como él. ¡Prodigio raro! ¡Pensamiento verdaderamente fátuo! *Nadie puede servir á dos señores juntamente,* dice el Salvador por San Mateo: no se puede servir á Dios y al mundo, á Dios y á la carne, á Dios y al demonio: Jerusalen y Babilonia están encontradas: no se puede subir al cielo bajando al infierno. O se ama á Dios y se aborrece al mundo, al demonio y la carne, ó se sigue á estos y se desprecia á aquel. Es preciso dejar el tebonio, como un Mateo, y seguir á Jesucristo, ó venderlo como un Júdas para percibir las ganancias y gustos de este mundo. El querer unir las dos cosas, es la necedad de los filisteos, que pareciéndoles no debian despreciar á su ídolo Dagon, ni á la arca sagrada de la alianza, los juntaron en un mismo templo y en un mismo altar. No de otra suerte muchos cristianos juntan .... ¡Qué horror! ¡Qué atrevimiento ....! Juntan al divino Hijo de María con el hijo de la Vénus lasciva, esto es, sus devociones comunnioes y obras de piedad con un amor torpe, con sus delicias y encantos. Esto no es servir á Dios, sino servirse de Dios para mantener el crédito de cristianos; servirse de lo divino para manter lo profano. ¡Cuidado con tan terribles verdades! Si se os repiten, ¿por qué no las creeis?

Lúnes de la semana de Pasion.

Como esta es la semana que la Iglesia llama de Pasion, todo concurre á excitar tambien en nosotros reflexiones sobre este doloroso misterio, y todo el oficio de la misa dice relacion á él. El introito de ella en este dia es del salmo LV que es una fervorosa oracion de un hombre afligido que se halla rodeado de enemigos crueles, que buscan todos los medios de perderlo. Noticioso David de que Saúl con sus cortesanos habia jurado su pérdida, se retiró á los dominios de Aquis, rey de Get, pero fué conocido, como que era el mayor enemigo de los filisteos; y su asilo vino á ser para él el mayor peligro en que se vió en su vida. Se retiró á la cueva de Odolam, donde compuso este salmo: Señor, tened misericordia de mí; ya veis con que indignidad me tratan los hombres, y que no cesan ni descansan de hacerme la guerra y perseguirme. Mis enemigos me hacen sentir sin cesar los efectos de su desprecio y de su ódio, y su número se aumenta todos los dias. Es fácil de advertir la relacion que tienen estas palabras con que empieza la misa, á los dias en que los escribas y fariseos encarnizados contra Jesucristo, no buscaban en sus juntas sino pretestos y medios para quitarle la vida.

La Iglesia ha elegido para la Epístola de este dia la historia de la predicacion de Jonas á los habitantes de Nínive, y la de su conversion. Era Nínive una de las mas antiguas y populosas ciudades. A esta populosa ciudad fué enviado Jonas por órden de Dios

para anunciar á sus habitantes que su pronta conversion y su penitencia confundirian en algun dia á los judíos, y á un gran número de cristianos. Sorprendido y asustado Jonas de un mandato como el que Dios le imponia, ya sea que no llevase á bien el ver que Dios quisiese trasportar su misericordia de su pueblo á los extrangeros y gentiles, ya sea que considerase las dificultades y peligros que habian de ocurrir en la ejecucion de una comision tan nueva, resolvió no hacer nada de cuanto se le mandaba, y se embarcó en Joppe, sin otro designio que el de alejarse de su pais. Pero el Señor de quien huia supo muy bien seguirle, enviando derrepente un viento impetuoso que excitó una terrible tempestad: la nave corria riesgo á todo momento de estrellarse ó sumergirse, y todo anunciaba un triste naufragio. La vista del peligro hizo que cada cual invocase á su Dios, pues habia allí gentes de varias naciones, así como de diferentes religiones. Jonas, cuando todos los demas trabajaban por libertar la vida, se bajó á lo mas profundo de la nave, donde se durmió con un sueño muy pesado: habiéndolo advertido el piloto, lo despertó y le dijo que suplicase como los demas á su Dios que tuviese misericordia de ellos. Los marineros viendo que la tempestad se aumentaba, creyeron que habia alguna causa extraordinaria que la excitaba, y que podria haber alguno de los de la comitiva que la hubiese atraido por algun delito secreto; y así determinaron aclararlo echando suertes: cayó esta sobre Jonas, y le preguntaron de donde era, á donde iba, y qué habia hecho para haber atraido sobre todos una tempestad tan furiosa. Jonas les dijo que era hebreo, que servia al Señor, y les declaró ingenuamente el motivo de su embarco: asegurándoles que no dudaba que aquella tempestad fuese efecto del enojo de su Dios, que queria con ella castigar su desobediencia y su fuga. Toda la comitiva se extremeció al oir á Jonas, y le preguntaron qué podrian hacer para aplacar á un Dios tan poderoso y tan irritado. Pues solo yo, respondió Jonas, soy la causa de esta tempestad, arrojadme al mar y al punto cesará. Los marineros movidos á compasion no se atrevieron á condescender; pero aumentándose el peligro por momentos, protestaron que estaban inocentes en su muerte, y habiéndolo arrojado al mar, aunque con dolor y contra su voluntad, al mismo instante se echó el viento y la mar quedó en calma. El Señor que queria sacar su gloria del castigo de Jonas, y hacer que fuese la mas parecida figura de la muerte del Salvador y de su resurreccion, dispuso que al mismo

instante que Jonas fué arrojado al mar se hallase un pez de una grandeza enorme, que se lo tragara. Tres dias y tres noches estuvo en el vientre de este monstruoso animal sin ahogarse. Al cabo de tres dias mandó el Señor al pez que vomitase á Jonas sobre la tierra: en lo cual fué Jonas figura de la sepultura y de la resurreccion del Salvador.

Despues de esta maravilla mandó el Señor segunda vez á Jonas que fuese á Nínive, y predicase lo que le inspiraria que dijera á los habitantes del pueblo, y Jonas no se atrevió ya á resistir á la órden de Dios. Partió pues al punto á la ciudad á que el Señor lo enviaba, y habiendo llegado á ésta anduvo un dia entero gritando por todas las calles: *Dentro de cuarenta dias será destruida Nínive.* Una prediccion tan extraordinaria, hecha en un tono de profeta por un extrangero que se decia enviado de Dios, causó una conmocion general en el espíritu y en el corazon de los habitantes. No hubo uno que no se extremeciese al oir las amenazas de aquel predicador extrangero: avisaron al rey de lo que pasaba, y le representaron que las desdichas que aquel hombre anunciaba á la ciudad podrian muy bien ser castigo de la corrupcion general que reinaba tanto en la corte como entre el pueblo. El rey, aterrado de una prediccion que amenazaba tan terrible castigo, bajó del trono, se despojó de la púrpura y de la diadema, se cubrió de un saco y se tendió en la ceniza pidiendo á gritos misericordia al Señor. Como los delitos eran universales, quiso el rey que así fuese la penitencia. Mandó publicar por toda la ciudad una órden que intimaba un ayuno universal sin excepcion de personas. El edicto mandaba que se hiciese ayunar á los hombres, á los caballos, á los bueyes y á las ovejas, sin que comiesen ni bebiesen en el espacio de tres dias seguidos, y que todos los hombres clamasen al Señor implorando su misericordia: que todos se convirtiesen renunciando la iniquidad que hasta entónces habia inundado á la ciudad. Los Santos Padres aseguran que hizo tambien ayunar á los niños de pecho, y que aun á los animales chicos los separaron de sus madres en aquellos tres dias. ¡Oh, y como este ejemplo confundirá á los judíos, y á muchos cristianos que criados en el conocimiento del verdadero Dios, los unos advertidos por tantos profetas, y los otros por tantos celosos predicadores, y todos amenazados tantas veces con el enojo de un Dios irritado por tantos delitos como han cometido, se han hecho sordos á la voz del Señor, han perseverado en el pecado y han muerto en la impe-

nitencia. Los ninivitas, decia el Salvador, se presentarán en el juicio con esta nacion y la condenarán; porque al punto que oyeron predicar á Jonas, hicieron penitencia, y ved aquí á uno que es mas que Jonas.

Una penitencia tan pronta, tan general, tan rigurosa, de que el rey y los de su corte dieron ejemplo, aplacó la indignacion del Señor y detuvo los golpes de su justicia. Vió Dios sus obras y que se habian convertido y dejado su mala vida, y tuvo misericordia de ellos y los perdonó. Mas algunos años despues volvieron á sus primeros desórdenes, en el reinado de Sardanápalo, hijo de Tul el rey convertido. Entónces ya el Señor no les envió á otro profeta, sino que descargó sobre ellos su indignacion de un modo bien terrible. Toda la ciudad fué destruida; su infame rey fué abrasado dentro de su palacio con toda su familia y todas sus riquezas. Las recaidas son siempre funestas; rara vez se abusa de la misericordia de Dios, que no se experimenten bien presto los terribles efectos de su justicia. Una conversion sin perseverancia es siempre seguida de la última infelicidad.

El Evangelio es del capítulo VII de San Juan, donde se ve que cuanto mas se empeñaba el Salvador en probar á los judíos con sus palabras y sus milagros que era el Mesías, tanto mas se aumentaba el ódio y la malicia de los principales del pueblo contra el Salvador. Recelosos y sobresaltados los fariseos de haber oido decir públicamente á muchas gentes, que les parecia que el Mesías no seria capaz de hacer mas milagros que los que hacia Jesus, corrieron á decírselo á los príncipes de los sacerdotes, y añadieron que si no se deshacian cuanto ántes de aquel milagrero, toda la nacion creeria muy pronto en él. Si se hubiera acusado al Salvador de que era un hombre de malas costumbres; ¿pero de qué acusaban á Jesucristo? De que hace tan grandes milagros, y en tan gran número, que no se cree que el Mesías pueda hacerlos mayores, y sobre esta deposicion se envian guardias para cogerlo y traerlo preso. No bien hubieron recibido los comisionados una órden tan violenta y tan injusta, cuando creyeron debian ejecutarla sin dilacion; pero lo mismo fué ver á aquel hombre Dios, que quedar atónitos y penetrados de veneracion y de respeto. Su aire magestuoso, su mansedumbre, su modestia, en una palabra, su sola presencia los paró y los desarmó. Encantados al oir las palabras divinas que salian de su boca, se olvidaron del fin á que habian sido enviados.

El Salvador, á quien nada se le ocultaba y que conocia todo cuanto pasaba en el corazon de sus enemigos, encarándose á ellos, les dijo: Ya es poco el tiempo que he de vivir con vosotros; mi vida temporal de hoy en mas no debe ser muy larga; el tiempo de mi mision va á acabarse, y yo me vuelvo á aquel que me envió. Todos los perniciosos designios que formais contra mí ántes del tiempo destinado por mi Padre para que yo cumpla su obra son inútiles; no teneis que cansaros, porque ántes de este tiempo nada podreis ejecutar contra mí. Me perseguis sin razon y sin motivo; no me podeis sufrir, aunque no os hago sino bien: mi presencia inflama vuestro ódio contra mí, é irrita vuestra envidia; pero tiempo vendrá en que me echareis ménos, en que me buscareis, pero no me hallareis. No sois capaces de venir adonde yo estaré. Esta palabra los sorprendió y fué para ellos un enigma. ¿A dónde irá, se decian unos á otros, que nosotros no podamos ir? ¿Por ventura piensa ir á predicar á los judíos que están dispersos entre los gentiles, ó á los gentiles mismos? ¿Qué quiere decir cuando nos amenaza con que por mas que lo buscaremos, no lo hallaremos, porque estará en un lugar inaccesible para nosotros? ¿Qué lugar puede ser este? Ved aquí, cristianos, lo que produce la ceguedad espiritual, y cómo impide el que una verdad terrible por su naturaleza no haga impresion. La amenaza del Salvador deja atónitos á los judíos; pero en lugar de entenderla á la letra, buscan en ella un sentido que no tiene; en lugar de aplicársela á sí mismos como debian, encuentran hasta en sus dudas con que aquietarse.

En las grandes fiestas de los judíos que tenian octava, el primero y último dia, eran los mas solemnes; y por lo regular habia en estos dias ciertas ceremonias particulares y extraordinarias. En la fiesta de los tabernáculos, en la cual sucedió todo esto, se acostumbraba llevar al templo con gran solemnidad, al son de intrumentos músicos, dos vasos ó urnas de plata, la una llena de agua y la otra de vino. El agua era de la fuente de Siloe, la que se derramaba sobre el altar, pidiendo á Dios la fecundidad de los frutos de la tierra. Sin duda que el Salvador hacia alusion á esta ceremonia, cuando decia en alta voz el último dia de la octava: "Si alguno tiene sed, venga á mí y beba: yo os aseguro que cualquiera que crea en mí, tendrá dentro de sí, segun dice la Escritura, una fuente de agua viva que saldrá de su seno, y no se secará jamas." El Espíritu Santo, fuente inagotable de gracia, de luz y de bienes espirituales, era

de quien hablaba Jesucristo. Compara aquí Jesus una alma llena de dones del Espíritu Santo, al depósito de una fuente, cuya capacidad explicada por la palabra seno, ó vientre, derrama el agua en abundancia por todas partes, sin vaciarse jamas. Esto es, dicen los intérpretes, lo que significa esta expresion: Del vientre del que cree en mí, manarán rios de agua viva, segun dice la Escritura. Las palabras del Salvador no se encuentran término por término en la Escritura, pero se encuentra el sentido de ellas en muchos pasages, especialmente en los profetas: dice Dios por Isaías: Derramaré las aguas sobre la tierra seca, y haré que corran rios sobre la que está árida: derramaré mi espíritu sobre vuestra posteridad.

La Epístola es del capítulo III del profeta Jonas.

En aquellos dias habló el Señor por segunda vez á Jonas, diciéndole: Anda y ve á Nínive, ciudad grande, y predica en ella aquello que yo te digo. Marchó pues Jonas, y se dirigió á Nínive, segun la órden del Señor. Era Nínive una ciudad grandísima, que tenia tres dias de camino. Y comenzó Jonas á recorrer la ciudad, y anduvo por ella un dia clamando y diciendo: De aquí á cuarenta dias Nínive será destruida. Y creyeron los ninivitas en Dios, y publicaron el ayuno, y vistiéronse todos, chicos y grandes, de sacos. Y llegó la noticia al rey de Nínive, y se levantó del trono, y despojándose de sus vestiduras, vistióse de saco, y sentóse sobre la ceniza. En seguida se publicó en Nínive una órden del rey y de sus principales magnates, que decia: Ni hombres ni béstias nada coman; no salgan á pacer ni á beber los bueyes y ganados: hombres y béstias cúbranse con sacos, y clamen aquellos con todo ahinco al Señor, convirtiéndose cada uno de su mala vida é inícuo proceder. ¿Quién sabe si así mudará el Señor su designio, y nos perdonará, y si se aplacará el furor de su ira, de suerte que no perezcamos? Viendo pues Dios las obras que hacian, y como se habian convertido de su mala vida, se apiadó de su pueblo el Señor Dios nuestro.

El Evangelio es del capítulo VII de San Juan.

En aquel tiempo: Despacharon los ministros de los sacerdotes y los fariseos, ministros para que prendiesen á Jesus. Pero Jesus les dijo: Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo, y me voy á

aquel que me ha enviado. Vosotros me buscareis, y no me encontrareis; y donde yo voy á estar, vosotros no podeis venir. Sobre lo cual dijeron los judíos entre sí: ¿A dónde irá este que no le hayamos de hallar? ¿Irâse quizá por entre las naciones esparcidas por el mundo á predicar á los gentiles? ¿Qué es lo que ha querido decir con estas palabras: Me buscareis, y no me encontrareis; y adonde yo voy á estar, no podeis venir vosotros? En el último dia de la fiesta, que es el mas solemne, Jesus se puso en pié, y en alta voz decia: Si alguno tiene sed, venga á mí, y beba. Del seno de aquel que cree en mí, como dice la Escritura, manarán rios de agua viva. Esto lo dijo por el espíritu que habian de recibir los que creyesen en él.

MEDITACION.

Sobre la oracion del huerto.

Considera que si la ingrata Jerusalen y el Calvario fueron testigos de la dolorosa pasion de Jesucristo, de la efusion de su sangre, de su muerte; el huerto de las Olivas lo fué igualmente de su pasion interior, de su sudor de sangre, de su agonía. En este sitio de dolor y amargura, en las primeras horas de la noche mas triste y tormentosa para el que es la alegría de los santos, solo y oculto entre los árboles el Hombre Dios se postra en tierra para orar á su Padre celestial: su corazon poseido de una tristeza mortal, asaltado del pavor y el espanto, no mira en todo lo que le rodea sino motivos de afliccion y congoja. Sus discípulos, gravados del sueño, duermen á distancia, y no ven la triste situacion de su buen Maestro: en Jerusalen se ha tramado su prision, y la vil tropa encargada de hacer la se apresta ya, capitaneada por el traidor Júdas. Este ingrato discípulo lo ha vendido, acaba de cometer un sacrilegio horrendo, y pronto llegará á consumar su traicion, entregándolo á la señal de un ósculo. En aquella misma noche será cargado de prisiones, conducido ante jueces inícuos, befado é insultado; y el dia siguiente despedazado con crueles azotes y coronado de espinas, será clavado en una cruz, y en ella morirá entre las afrentas, los escarnios é insultos de un pueblo inmenso, que se burlará de él como de un falso profeta y un supuesto Mesías. ¡Oh Dios, y qué cuadro tan funesto para el dulcísimo Jesus, que por lo mismo que es Dios y está lleno de todo conocimiento y sabiduría, penetra todo el fondo de los

inmensos males que le esperan, les toma todo el peso y apura hasta las heces toda la margura de su pasion! ¡Ah, y con cuánta razon exclama San Leon Papa que toda la gloria de Cristo milita para su pena!

Considera que si estas causas eran bastantes para afligir el corazon de Jesus, suben de punto por las cualidades mismas de este su corazon nobilísimo. ¿Qué vemos en él sino una mansedumbre cual no conocia la tierra, y que para describírnosla los Profetas que lo anunciaron se valen de figuras y símbolos los mas significativos; pero que en realidad no eran sino leves rasgos de esta apacibilidad toda divina? ¿Qué vemos en él sino un espíritu de paz, que anunciaron los mismos ángeles en su nacimiento, y que empleada realmente en beneficio de los hombres iba á pacificar el cielo con la tierra? ¿Qué vemos en él sino una ternura, que le hace condolerse de los padecimientos de los hombres, una benignidad que le hace emplearse en su consuelo, una beneficencia que le obliga á socorrer sus miserias, un zelo eficacísimo por su verdadero bien, un amor ardiente á sus almas, una caridad sin medida que le hace tomar sobre sí nuestras iniquidades, para comparecer cargado de ellas ante la justicia de su Padre como reo de los delitos de todo el mundo, y expiarlos todos con su sangre y su muerte en un madero? Tan nobles cualidades, tan tiernos afectos, tan sublimes virtudes, hacen que sienta mas el dulcísimo Jesus, la hiel amarguísima de la ingratitud de los hombres y del odio positivo con que pagan su amor y corresponden á sus beneficios. Entre los gemidos de este amantísimo corazon, no podemos dejar de oir las sentidas quejas que da á su pueblo y que nos da á nosotros: "¿Qué te he hecho, pueblo mio? ¿En qué te he molestado? ¿Cuándo ó de qué modo te he contristado para que así aflijas y atormentes mi amante corazon? ¿Qué he podido hacer en beneficio tuyo que no haya hecho? Yo he venido á sacarte del Egipto de la culpa que te ha tenido esclavizado, para conducirte á la verdadera tierra de promision, la patria celestial. Yo te planté, viña mia, hermosísima, mas tú eres para mí extremadamente amarga: me brindas con la hiel y el vinagre, y enristra la lanza para herir á tu Salvador." ¡Oh dulce Jesus mio! ¿Quién podrá contemplar lo que siente tu corazon en esta hora tristísima sin conmoverse todo y tributar á tu pasion interior el tierno llanto de la compasion? ¡Ah, que aun esta no logras de tus desentendidos discípulos! Corres á ellos todo poseido de pavor y tristeza: los despiertas: les haces ver tus penas; reclamas su compañía y su consuelo; mas ellos duermen, desoyen tu voz, miran tus penas con indiferencia, y tienes que volverte á orar de nuevo, y padecer en tu soledad toda la agudeza del dolor.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Y cómo, Jesus mio, cómo podré yo hacerme insensible á tan amargo padecer? Yo que penetro ya todo el misterio; yo que contemplo y miro tu dolor; yo que reconozco su causa en mis pecados; yo que no duermo, yo que estoy despierto, ¿me adormeceré en la embriaguez de mis pasiones? ¿Me hundiré en el sopor del vicio y del pecado, para no ver ni oir las penas y aflicciones de mi amoroso Maestro? ¡Ah! No, dulce Jesus, no seré insensible á tus padecimientos; borraré con mi sangre y con mi llanto el pecado con que atraje sobre tí la maldicion y el castigo; enmendaré mi vida; velaré en el trabajo de mi aprovechamiento, y seguiré tus pasos haciéndote compañía en tus trabajos y en tus penas, en tus dolores y padecimientos, en tu desolacion, en tu cruz, en tu muerte.

JACULATORIA.

¡Oh padre mio! ¡Oh mi dulce Jesus! Haz que pase de mí el cáliz envenenado de mi ingratitud é indiferencia, y que apure hasta las heces el de tu pasion, con que me brindas.

LECCION.

Sobre el juicio particular.

Es de fé que todos los hombres tienen que morir, y que despues de la muerte han de ser juzgados. Este juicio particular es verdaderamente temible, porque en él hemos de recibir la sentencia definitiva é irrevocable de gozo ó pena eterna; sentencia que sin alteracion alguna se ha de confirmar en el juicio universal, publicándose para mayor solemnidad. La muerte, pues, no es tan dolorosa por las ansias y fatigas que la preceden y acompañan, como por este juicio que le sigue luego. En el mismo instante en que el alma sale del cuerpo, se concluye toda su causa, con tanta exactitud, como si en muchos años se hubiese sustanciado su proceso, pues que Dios es infinitamente sabio, y en un instante lo hace todo con la mayor perfeccion. Apénas muere el hombre, cuando allí en el

mismo lugar es juzgado; porque siendo Dios inmenso, en todas partes tiene jurisdiccion, en todas está su tribunal invisible. Acaso el mismo aposento y la misma cama donde por lo comun habitamos y dormimos, serán el lugar de nuestro juicio. Un moribundo es el retrato mas vivo de un reo que va á comparecer ante el soberano Juez, para dar cuenta del mal ó buen uso que ha hecho de todos los momentos de su vida. Pensamientos libres, palabras inconsideradas, sentimientos apasionados, deseos desarreglados, acciones poco cristianas, respetos humanos, motivos ménos puros, todo, todo será examinado por un Dios que todo lo examina y juzga con el último rigor de su justicia.

Terrores terribles los de una alma que siente acabársele la vida, y que conoce que dentro de dos ó tres instantes va á comparecer en el tremendo tribunal de Dios. Su conciencia es su peor enemigo, pues le representa todo lo que ha hecho, y previene en cierto modo el juicio y la sentencia. ¡Santo Dios! ¡Qué espanto y qué terror ver renacer multitud innumerable de culpas que hasta entónces habian estado sepultadas en el olvido! ¡Qué de pecados de la juventud que no se habian examinado, confesado ni llorado! ¡Cuántos pecados graves que se habian tenido por acciones indiferentes! ¡Cuántos que aunque confesados, no están perdonados por falta de contricion! ¡Oh últimos momentos, y cuán terribles sois! ¡Cómo manifestais aun las omisiones en el cumplimiento de todos nuestros deberes! ¡Qué de acciones de devocion que necesitan de penitencia! ¡Qué de confesiones y comuniones sacrílegas! ¡Qué de talentos enterrados, qué de gracias, precio de la sangre de Jesucristo, desperdiciadas ó perdidas! ¡Conciencia irrecusable! ¡Qué de remordimientos, qué de pesares, qué de espantos no causan en aquella hora! Si al ménos hubiese alguna esperanza de tener un año, una semana, un dia para arreglar estas cuentas, para reparar estas faltas con penitencias y satisfacciones de todo género; pero no hay remedio, el tiempo expira, y no habrá ya mas para quien lo despreció tantas veces. ¡Oh insensatos! y ¿cómo no prevenimos estos pesares! ¡Cómo no pensamos continuamente en este terrible juicio!

Al salir el alma del cuerpo, queda sola, sin parientes, sin amigos, sin que nadie del mundo le pueda valer; sus obras solas, buenas ó malas, la consolarán ó atormentarán: el ángel de su guarda por una parte, y el demonio su contrario por otra, la presentarán al Juez que juzga las mismas justicias. *No me reprende mi conciencia de*

cosa mala, dice San Pablo; *mas no por eso me tengo por santificado, porque es Dios el que me ha de juzgar.* Dios infinitamente puro y perfecto, juzgará por culpas muy graves muchas que á nosotros por nuestra rudeza nos parecian muy ligeras, y de las cuales hacíamos poco caso. Los justos y santos, cuanto mas recatados y cuidadosos, viven con tanto mas temor porque saben que Dios es el que juzga. Job, siendo tan inocente, recelaba y temia de todas sus obras, porque Dios las habia de juzgar. El santo David pide á Dios que no entre en cuentas con él, porque ningun viviente será justificado delante de sus ojos. Y el Apóstol San Pablo dice: "Que en el juicio de Dios, apénas y con gran dificultad se salvará el justo." Si los cielos no son limpios en presencia del que los formó, ¿cuánto ménos lo será el pecador abominable, carnal y terreno, manchado con la horrible lepra de sus pecados? Verdaderamente es cosa digna de temerse que se haya de poner Dios en juicio riguroso con nosotros, escudriñar con su luz indefectible toda nuestra vida, contar y examinar muy por menor todos los pasos de ella, y acrisolar todas nuestras obras.

Es cosa sin duda difícil, no rendirse al pesar, al dolor y al temor, en aquella extrema hora. Se ve que el tiempo se acaba, y que la eternidad comienza; pero ¿qué eternidad? ¿Será infeliz, ó venturosa? Esta incertidumbre de la muerte que se nos espera, el temor de una infelicidad sin fin, los muchos y graves motivos que hay para recelarla, ponen al alma en un estado que si se considera bien, podemos asegurar que es mas espantoso que el mismo infierno. Se le pone presente toda la ley de Dios: conoce su justicia, ve su importancia, y ve tambien la facilidad y dulzura que habia para cumplirla. Libre de todas sus preocupaciones, y de los movimientos impetuosos de las pasiones, reconoce lo mal que ha hecho en no vivir segun las máximas del Evangelio. Costumbres perniciosas, miramientos indebidos, ideas frívolas, leyes imaginarias del mundo, ignorancias voluntarias, abusos autorizados, placeres y diversiones vanas y engañosas, alegrías superficiales, ya no se dejan ver sino entre los amargos arrepentimientos. ¡Qué suplicio! ¡Qué pesar para el alma que se halla á la vista de todo esto!

Entónces se siente todo el peso de las obligaciones y ocupaciones del empleo y del estado: las compara el hombre con los vanos, con los indignos entretenimientos en que malgastó el tiempo; con aquellos pretendidos derechos de la ambicion; con aquellas especio-

sas inutilidades y fruslerías que le han absorvido la mayor parte de su vida. ¡Desesperadas y tristes comparaciones, que no sirven sino para hacernos sentir con anticipacion el rigor fatal del juicio de nuestra conducta!

Lo oculto de los juicios de Dios es otra de las cosas que hay para temer; pues como dice el Profeta, *son un abismo sin fondo;* no se pueden comprender ni alcanzar. *Nadie,* dice el Sabio, sabe si es digno de amor ó de odio, porque siempre está esto incierto y dudoso hasta la muerte. ¡Cuántos ha habido de vida muy perfecta y ejemplar, que han acabado mal! Júdas, de un Apóstol fué un réprobo, y cayó en el profundo de los males. Salomon, siendo tan sabio y tan favorecido de Dios, cometió los mas torpes y abominables pecados.

Si al ménos nos aprovechásemos de aquellos últimos momentos, recurriendo á la sangre y méritos del Redentor, y á la proteccion de su Santísima Madre, serian ménos temibles; pero en aquellos instantes inciertos de vida ó de muerte; en aquellos tristes momentos en que se presentan mil funestos objetos; en aquellos momentos críticos, en que el alma está entregada á los dolores, á las penas de la vida, y á los espantosos horrores de la muerte, ¿estarémos para acertar? ¿Sabrémos hallar los secretos caminos de la penitencia? ¿Podrémos asegurar una salvacion siempre vacilante? ¿Dejarémos á esos peligrosos momentos el delicado negocio de nuestra salvacion? No puede haber mayor temeridad: cuidemos, pues, de vivir como querremos ser juzgados.

Mártes de la semana de Pasion.

Aguarda al Señor, obra con valor, sufre tus penas, y espera con confianza la ayuda del Señor. El Señor me da sus consejos, me enseña y vela en mi conservacion. ¿Qué tengo pues que temer? Quien habla así es David, perseguido injustamente por Saúl y por los mas principales de la corte; pero intrépido en medio de los peligros, por su gran confianza en Dios, es viva figura del Salvador, perseguido por los gefes del pueblo. Habia hecho David á Saúl y á toda la nacion particulares servicios, y la persecucion que padece no tiene otra causa que una envidia diabólica. El Salvador ha llenado de beneficios á todo el pueblo judaico: pocas personas hay que

no hayan tenido parte en sus favores; todavia ménos, que no hayan sido testigos de sus milagros. ¿De dónde pues venia aquel furor de los pontífices, de los escribas, de los fariseos contra este amable Salvador, que por todas partes por donde ha pasado ha hecho tanto bien? La envidia y el ódio hicieron nacer aquella mortal rabia que no pudo satisfacerse sino con su muerte. La Iglesia en estos dias en que está toda ocupada en celebrar la Pasion del Salvador, ha elegido el último y el primer versículo del salmo XXVI para el introito de la misa de este dia.

La Epístola cuenta la historia de la venganza de los babilonios sobre el profeta Daniel, al cual hicieron arrojar á los leones, por haber destruido los objetos de su idolatría: en lo que notan los padres, que fué una de las figuras de Jesucristo perseguido por los judíos.

Habia cerca de cuarenta años que el profeta Daniel estaba en la privanza y valimiento del rey de Babilonia, siendo su primer ministro. Los babilonios tenian un famoso ídolo llamado Bel, á quien sacrificaban todos los dias doce medidas de harina del trigo mas puro, cuarenta ovejas, y seis grandes medidas de un vino exquisito. El rey era muy devoto de este ídolo, al que iba á adorar regularmente todos los dias, y hubiera gustado que Daniel, su ministro, hubiese tenido la misma devocion; pero Daniel tenia demasiadas luces y demasiada religion al verdadero Dios, para no tener horror á un culto tan vano. Un dia le preguntó el rey, ¿por qué no adoraba al dios Bel? Porque yo no adoro, respondió Daniel, á los ídolos, que no son otra cosa que unas obras hechas por manos de hombres; yo no adoro sino á Dios vivo, soberano Señor de todo el universo. Si es Dios vivo á quien tú adoras, replicó el rey, no hubo otro jamas mas vivo que Bel: pues él solo come y bebe mas que todos los otros juntos; no ignoras lo que se le da de comer todos los dias, y sabes que nada queda de cuanto se le pone delante. Daniel le respondió sonriéndose, que se admiraba de que su magestad no viese la falacia de los sacerdotes, los que se regalaban con lo que se le daba al llamado dios Bel para que lo comiese; que en lo demas esta pretendida divinidad no era otra cosa que una estatua de bronce por de fuera, y por dentro de ladrillo. El rey, que no gustaba se anduviese jugando con él, se mostró indignado por ver que se abusaba de su credulidad. Hace venir al punto á los sacerdotes de Bel, y les dice: Si no me declarais quién es el que se come todo lo que se pone delante de Bel, os hago morir ahora mismo; pero si me haceis ver

sas inutilidades y fruslerías que le han absorvido la mayor parte de su vida. ¡Desesperadas y tristes comparaciones, que no sirven sino para hacernos sentir con anticipacion el rigor fatal del juicio de nuestra conducta!

Lo oculto de los juicios de Dios es otra de las cosas que hay para temer; pues como dice el Profeta, *son un abismo sin fondo;* no se pueden comprender ni alcanzar. *Nadie,* dice el Sabio, sabe si es digno de amor ó de odio, porque siempre está esto incierto y dudoso hasta la muerte. ¡Cuántos ha habido de vida muy perfecta y ejemplar, que han acabado mal! Júdas, de un Apóstol fué un réprobo, y cayó en el profundo de los males. Salomon, siendo tan sabio y tan favorecido de Dios, cometió los mas torpes y abominables pecados.

Si al ménos nos aprovechásemos de aquellos últimos momentos, recurriendo á la sangre y méritos del Redentor, y á la proteccion de su Santísima Madre, serian ménos temibles; pero en aquellos instantes inciertos de vida ó de muerte; en aquellos tristes momentos en que se presentan mil funestos objetos; en aquellos momentos críticos, en que el alma está entregada á los dolores, á las penas de la vida, y á los espantosos horrores de la muerte, ¿estarémos para acertar? ¿Sabrémos hallar los secretos caminos de la penitencia? ¿Podrémos asegurar una salvacion siempre vacilante? ¿Dejarémos á esos peligrosos momentos el delicado negocio de nuestra salvacion? No puede haber mayor temeridad: cuidemos, pues, de vivir como querremos ser juzgados.

Mártes de la semana de Pasion.

Aguarda al Señor, obra con valor, sufre tus penas, y espera con confianza la ayuda del Señor. El Señor me da sus consejos, me enseña y vela en mi conservacion. ¿Qué tengo pues que temer? Quien habla así es David, perseguido injustamente por Saúl y por los mas principales de la corte; pero intrépido en medio de los peligros, por su gran confianza en Dios, es viva figura del Salvador, perseguido por los gefes del pueblo. Habia hecho David á Saúl y á toda la nacion particulares servicios, y la persecucion que padece no tiene otra causa que una envidia diabólica. El Salvador ha llenado de beneficios á todo el pueblo judaico: pocas personas hay que

no hayan tenido parte en sus favores; todavia ménos, que no hayan sido testigos de sus milagros. ¿De dónde pues venia aquel furor de los pontífices, de los escribas, de los fariseos contra este amable Salvador, que por todas partes por donde ha pasado ha hecho tanto bien? La envidia y el ódio hicieron nacer aquella mortal rabia que no pudo satisfacerse sino con su muerte. La Iglesia en estos dias en que está toda ocupada en celebrar la Pasion del Salvador, ha elegido el último y el primer versículo del salmo XXVI para el introito de la misa de este dia.

La Epístola cuenta la historia de la venganza de los babilonios sobre el profeta Daniel, al cual hicieron arrojar á los leones, por haber destruido los objetos de su idolatría: en lo que notan los padres, que fué una de las figuras de Jesucristo perseguido por los judíos.

Habia cerca de cuarenta años que el profeta Daniel estaba en la privanza y valimiento del rey de Babilonia, siendo su primer ministro. Los babilonios tenian un famoso ídolo llamado Bel, á quien sacrificaban todos los dias doce medidas de harina del trigo mas puro, cuarenta ovejas, y seis grandes medidas de un vino exquisito. El rey era muy devoto de este ídolo, al que iba á adorar regularmente todos los dias, y hubiera gustado que Daniel, su ministro, hubiese tenido la misma devocion; pero Daniel tenia demasiadas luces y demasiada religion al verdadero Dios, para no tener horror á un culto tan vano. Un dia le preguntó el rey, ¿por qué no adoraba al dios Bel? Porque yo no adoro, respondió Daniel, á los ídolos, que no son otra cosa que unas obras hechas por manos de hombres; yo no adoro sino á Dios vivo, soberano Señor de todo el universo. Si es Dios vivo á quien tú adoras, replicó el rey, no hubo otro jamas mas vivo que Bel: pues él solo come y bebe mas que todos los otros juntos; no ignoras lo que se le da de comer todos los dias, y sabes que nada queda de cuanto se le pone delante. Daniel le respondió sonriéndose, que se admiraba de que su magestad no viese la falacia de los sacerdotes, los que se regalaban con lo que se le daba al llamado dios Bel para que lo comiese; que en lo demas esta pretendida divinidad no era otra cosa que una estatua de bronce por de fuera, y por dentro de ladrillo. El rey, que no gustaba se anduviese jugando con él, se mostró indignado por ver que se abusaba de su credulidad. Hace venir al punto á los sacerdotes de Bel, y les dice: Si no me declarais quién es el que se come todo lo que se pone delante de Bel, os hago morir ahora mismo; pero si me haceis ver

que es Bel el que se lo come, le costará la cabeza á Daniel, que ha blasfemado contra este dios. Daniel, que se hallaba presente, dijo que consentia gustoso en que la palabra del rey se pusiese en ejecucion. Y al instante fué el rey con Daniel y los sacerdotes; los cuales despues de asegurar nuevamente al rey con juramento que era el ídolo quien se comia todo, le dijeron: Señor, queremos que seais convencido de ello por vuestros propios ojos: todos nos vamos á salir; haga vuestra magestad que se pongan las viandas y el vino delante de Bel; ciérrese despues la puerta del templo, y sellada con vuestro real sello, si mañana por la mañana al abrir vuestra magestad el templo, no hallase que el dios Bel se lo ha comido todo, consentimos en que á todos se nos haga morir, segun la palabra de su magestad. El motivo de hablar con tanta seguridad era porque tenian una cueva, por donde venian todas las noches á deshora, y se llevaban todas las viandas que habian puesto junto á Bel. Salidos que fueron todos los sacerdotes, el mismo rey puso las viandas delante del ídolo; pero Daniel, que tenia un conocimiento sobrenatural de todo lo que pasaba, tuvo la precaucion de hacerse llevar secretamente una porcion de ceniza cernida, la que hizo esparcir por todo el templo en presencia del rey: y habiendo salido todos se cerró la puerta y se selló. Los sacerdotes, segun tenian costumbre, entraron durante la noche con sus mugeres y sus hijos; y despues de haber bebido y comido á su satisfaccion, se retiraron llevándose todo lo que habia sobrado.

Apénas amaneció el dia siguiente, cuando el rey vino al templo acompañado de Daniel y de toda su corte, y visto que el sello estaba intacto, lo quitó; y habiendo entrado vió la mesa del altar despojada de cuanto se habia puesto en ella el dia antecedente; volviéndose entónces á Daniel, le dijo con tono severo é indignado: ¿Dónde está el engaño y la falacia que suponias en los sacerdotes de Bel? Sonriéndose Daniel al oir al rey, le dijo: "Os suplico, señor, no paseis mas adelante: vea vuestra magestad este pavimento y considere de ¿quién serán estas huellas?" Son, dijo el rey, señales de que han andado aquí tanto hombres, como mugeres y niños. Descubierta la trampa fué fácil descubrir todos los secretos por donde venian todas las noches: lo que irritó tanto al rey, que hizo que allí mismo quitasen la vida á todos aquellos impostores, con sus mugeres é hijos. Asimismo mandó demoler el templo, y hacer pedazos el ídolo.

Habia en la misma ciudad otra ridícula divinidad, cuyo ídolo estaba animado; este era un dragon monstruoso que adoraban los babilonios. Confieso, dijo el rey á Daniel, que Bel era un dios muerto; pero no puedes negarme que el dragon á quien tenemos y tributamos una particular veneracion, es un dios vivo: ¿por qué no le has de adorar? Amaba el rey á Daniel; pero como este fiel ministro despreciaba á todos los dioses de los babilonios, hubiera deseado el príncipe que hubiese sido de la misma religion que él, para que de este modo no fuese odioso al pueblo. Señor, respondió Daniel, el dragon que adorais como á un dios con la mas lastimosa supersticion, no es sino un vil animal que yo me ofrezco á matar sin arma ninguna, si vuestra magestad me lo permite. Obtenido el consentimiento del rey, tomó Daniel una porcion de pez, otra de sebo y otra de pelos; y habiendo hecho hervir todo esto junto, hizo de ello una masa, la que habiéndosela comido el dragon se le pegó en los dientes y en la boca tan fuertemente, que el dragon reventó repentinamente: entónces le dice Daniel al rey: Ved aquí, Señor, lo que vuestra magestad adoraba; he aquí el objeto de vuestro culto. Los babilonios habian tolerado, aunque de muy mala gana, la demolicion del templo de Bel y la destruccion del ídolo; pero cuando supieron la muerte del dragon, no pudieron contener su ódio contra Daniel; se volvieron contra el rey, y no se detuvieron en hablar de él cuanto se les venia á la boca. El rey, decian, se ha hecho judío, y este judío, hablando de Daniel, se ha hecho rey; él ha destruido el templo y la estátua de Bel, ha muerto al dragon, y ha hecho matar á los sacerdotes. Irritado todo el pueblo fué á la presencia del rey amenazándole que si no les entregaba á Daniel, incendiarian el palacio, haciendo perecer á él y á toda su familia. El rey, intimidado por aquellas amenazas se vió obligado, aunque contra toda su voluntad, á entregarles á su ministro, sintiéndole infinito por lo útil que le habia sido, y por el don de profecía con que Dios lo habia dotado. Apénas aquellos furiosos se hubieron apoderado de Daniel, cuando decretaron arrojarlo al lago ó fosa de los leones. Habia siete, á los cuales les daban todos los dias dos cuerpos de hombres, y dos carneros: este era el suplicio ordinario de los reos condenados á muerte. En aquel dia no se les habia dado nada con el fin de irritar su hambre, y que consumiesen mas pronto á Daniel. El inocente profeta fué arrojado efectivamente á la fosa; pero léjos de quedar lastimado de la caida, ó ser devorado por los leones hambrien-

tos, se halló mas tranquilo en medio de ellos que entre aquel pueblo bárbaro: seis dias estuvo, en los cuales no quisieron los babilonios se diese de comer nada á los leones, con el fin de que en caso que hubiesen perdonado á los principios á un hombre tan célebre por los prodigios que habia obrado, irritados en fin con una hambre tan larga, se tirasen á él y se lo tragasen.

En este tiempo el profeta Habacuc que iba á llevar la comida á sus segadores, vió un ángel que le mandaba de parte del Señor fuese á llevar aquella comida á Babilonia y se la diese á Daniel, que estaba en el lago de los leones. El buen viejo atónito un poco de una órden como esta, le respondió: ¿Cómo he de hacer lo que me dices, si jamas he estado en Babilonia, ni sé donde está ese lago de que me hablas? El ángel sin replicar lo tomó por los cabellos, y lo llevó con la presteza y actividad propia de un espíritu hasta Babilonia, y lo puso á la boca del lago de los leones, desde donde empezó á dar voces, diciendo: Daniel, siervo de Dios, recibe la comida que te envia el Señor. Admirado Daniel de lo que oia, exclamó: ¿Es posible que el Señor se haya dignado acordarse de mí? ¡Buen Dios, qué cuidado no teneis con los que os aman! Séais eternamente bendito! El ángel volvió al instante á coger á Habacuc, y lo volvió al lugar de donde lo habia tomado.

El dia siete, segun el uso de aquellos pueblos, fué el rey á llorar á su amigo y favorecido al sepulcro, que era el lago; en el cual pensaba, como todos los demas, que Daniel habia sido devorado desde el primer dia; pero quedó agradablemente sorprendido, cuando mirando por curiosidad el fondo del lago, vió á Daniel sentado en medio de los leones. Y dando repentinamente un gran grito, exclamó: ¡Oh, y qué grande sois, qué poderoso, Señor Dios de Daniel! ¡Cómo esta maravilla manifiesta visiblemente vuestro poder! Luego habiendo hecho sacar á Daniel del lago, hizo le llevasen los mas sediciosos de los que habian pedido la muerte de Daniel; y los hizo echar en el lago, donde fueron devorados á su vista en un momento. Este milagroso suceso dió tanto golpe al rey, que ordenó se reverenciase en todo su imperio al Dios de Daniel, diciendo que él solo era el Salvador que hacia prodigios en toda la tierra, y que acababa de librar á su siervo Daniel del lago de los leones, en que la mas negra malicia lo habia hecho arrojar.

El Evangelio es del capítulo VII de San Juan, donde se nos refiere que viendo Jesucristo poco ántes de su muerte el furor con

que los judíos, ó mas bien los pontífices, escribas y fariseos de Jerusalen, habian conspirado contra su vida, se retiró á Galilea; no porque rehusase verter su sangre, sino porque no queria prevenir el tiempo determinado por su Padre para la consumacion de su sacrificio, y para el cumplimiento de la grande obra de nuestra redencion. Le hubiera sido muy fácil al Salvador librarse milagrosamente de la persecucion de los judíos; pero como habia de ser Príncipe y cabeza de una religion que debia ser perseguida, no quiere hacer nada que sus miembros no puedan imitar. En la escuela del mundo es bajeza ceder á sus enemigos; en la escuela de Jesucristo es virtud, es grandeza de alma el sufrir con pocieneia sus violencias. Estando cerca la fiesta de los tabernáculos, una de las mas célebres entre los judíos, sus parientes, ya sea que lo fuesen en efecto por la Santísima Vírgen, ó que pasasen por tales por serlo de Señor San José, le dijeron que seria mucho mejor ir á Judea, y especialmente á Jerusalen, que detenerse mas tiempo en una provincia tan pequeña como la Galilea. Que si era enviado de Dios, como decia, si sus milagros eran obras de Dios y pruebas ciertas de la verdad de su doctrina, y de la dignidad de su persona, no debia enterrar en la oscuridad estos dones de Dios, que debian manifestarse al mundo: que teniendo muchos discípulos en Judá y en Jerusalen, debia hacer que fuesen testigos de las maravillas que obraba, para que creyesen mas bien lo que les predicaba. Y en fin, que en la capital era propiamente donde debia dar señales visibles de lo que era, y darse á conocer al inmenso pueblo de que se componia. El desprecio y la bufonada tenian mas parte en esta advertencia, que la estimacion y la buena fé, porque los que creian ménos en Jesus, dice el Evangelio, eran sus parientes mas cercanos: como estaban acostumbrados á mirarlo como uno de ellos, de la misma familia, solo tenian de él unas ideas muy comunes, y no podian imaginarse pudiese ser el Mesías, un hombre que habia pasado siempre por el hijo de un artesano. El Salvador les dió una respuesta toda misteriosa, que muy pocos la comprendieron. No es todavía tiempo, les dijo, para que yo me presente en el gran mundo; soy demasiado enemigo de él, y mi espíritu es demasiado opuesto al suyo, para que halle en él buen recibimiento: vosotros que teneis su espíritu, y que vivís segun sus máximas, nada teneis que temer, porque el mundo siempre recibe bien á los que se conforman con sus ideas. Id vosotros á Jerusalen á celebrar el primer dia de la fiesta; por lo

que á mí toca, yo no voy á asistir á la fiesta de este dia. En efecto, el Salvador no fué á Jerusalen hasta la mitad de la octava. La razon porque no fué desde el primer dia, era porque sabia que los príncipes y fariseos habian resuelto prenderle el dia de la fiesta no dudando asistiria á ella el primer dia; pero como no habia llegado todavía el tiempo determinado para su gran sacrificio, no quiso entregarse al furor de sus enemigos ántes de tiempo: por esta razon les dijo, mi tiempo no ha venido aún: vosotros que nada teneis que temer, ya es tiempo que subais á encontraros en la fiesta. Cuando se hubiere cumplido el tiempo de mi mision, yo mismo iré á entregarme á la muerte para consumar mi sacrificio. Así como el primer dia se habia escusado el Salvador de ir á la fiesta, asimismo se halló obligado á estar como oculto los postreros en que estuvo: su ausencia dió ocasion para que todos hablasen de él: unos decian que era un Santo: otros, que estaban tocados de los mismos sentimientos y pasion que los fariseos, hablaban de él de un modo poco ventajoso, diciendo que engañaba y alucinaba al populacho: nadie se atrevia á declararse abiertamente por él, por temor de los príncipes. El respeto humano en todos tiempos ha ejercitado su tiranía, y cuando uno le sacrifica sus obligaciones y su conciencia, bien pronto le sacrificará su religion.

La Epístola es del capítulo XIV del profeta Daniel.

En aquellos dias: Levantándose los babilonios contra el rey, le dijeron: Entréganos á Daniel, que destruyó á Bel y mató al dragon; de lo contrario te matamos á tí y á tu familia. Viendo pues el rey que le estrechaban fuertemente, obligado de la necesidad les entregó á Daniel. Metiéronle ellos en el lago de los leones, donde estuvo seis dias. Habia en el lago siete leones, y les daban cada dia dos cadáveres y dos ovejas; y nada les dieron entónces á fin de que devorasen á Daniel. Estaba el profeta Habacuc en la Judea, y habia cogido un potage y desmenusado unos panes en una vasija, é íbase al campo á llevarlo á los segadores. Y dijo el Angel del Señor á Habacuc: Esta comida que tienes, llévala á Babilonia á Daniel que está en el lago de los leones. Y respondió Habacuc: Señor, yo no he visto á Babilonia ni tengo noticia del lago. Entónces el Angel del Señor le cogió por la coronilla de la cabeza, y asiéndole por los cabellos le llevó con la celeridad de su espíritu á Babilonia sobre el lago. Y Habacuc levantó la voz y dijo: Daniel, siervo de Dios, toma la comida que Dios te envia. Daniel entónces dijo: Tú, ó Señor, te has acordado de mí, y no has desamparado á los que te aman. Y levantóse Daniel y comió. Y el Angel del Señor volvió luego á Habacuc á su lugar. Vino pues el rey el dia séptimo para hacer el duelo por Daniel; y llegando al lago, miró hácia dentro, y vió á Daniel sentado en medio de los leones. Entónces exclamó el rey en alta voz, diciendo: Grande eres, ó Señor Dios de Daniel. Y le hizo sacar del lago de los leones. Aquellos empero que habian maquinado perderle, los hizo echar dentro del lago, y fueron al punto devorados en su presencia. Entónces dijo el rey: Teman al Dios de Daniel todos los moradores del orbe, porque él es el Salvador, el que obra prodigios y maravillas sobre la tierra, y ha librado á Daniel del lago de los leones.

El Evangelio es del capítulo VII de San Juan.

En aquel tiempo: Andaba Jesus por Galilea, porque no queria ir á Judea, visto que le procuraban su muerte. Mas estando próxima la fiesta de los judíos, llamada de los tabernáculos, sus hermanos le dijeron: Sal de aquí, y vete á Judea, para que tambien aquellos discípulos tuyos vean las obras que haces; puesto que nadie hace las cosas en secreto, si quiere ser conocido: ya que haces tales cosas, date á conocer al mundo. Porque aun sus hermanos no creian en él. Jesus pues les dijo: Mi tiempo no ha llegado todavía: el vuestro siempre está á punto. A vosotros no puede el mundo aborreceros: á mí sí que me aborrece, porque yo demuestro que sus obras son malas. Vosotros id á esa fiesta: yo no voy á ella, porque mi tiempo aun no se ha cumplido. Dicho esto, él se quedó en Galilea. Pero despues que marcharon sus hermanos, él tambien se puso en camino para ir á la fiesta, no con publicidad, sino como en secreto. Los judíos pues en el dia de la fiesta le buscaban, y decian: ¿En dónde está aquel? Y era mucho lo que se susurraba de él entre el pueblo. Porque unos decian: Sin duda es hombre de bien: otros al contrario: No, sino que trae embaucado al pueblo. Pero nadie osaba declararse públicamente en favor suyo, por temor de los judíos.

MEDITACION.

Sobre la oracion del huerto.

Considera que si las circunstancias que rodeaban al Salvador la noche de su prision en el huerto de las Olivas, eran bastantes para sumergirlo en el tristeza, llenarlo de pavor y hacerle sudar sangre, no eran la única ni la mayor causa de sus padecimientos. Cáliz amargo, sí, amargo, sobre manera amargo, y tanto que bien podia decir por él solo á su divino Padre: "Pase de mí este cáliz;" pues en efecto lo que estaba pasando y lo que se le esperaba era un mal sin medida, que el Profeta compara al mar emborrascado y en deshecha tormenta. Sin embargo hay otra causa; causa poderosa á hacer que el Salvador mire como un bien apetecible su Pasion amarguísima. ¡Ah! los pecados, el pecado del mundo, los pecados de todos los hombres gravitan sobre el inocente Cordero que va á ofrecerse víctima de propiciacion por ellos. Jesucristo es el reo de lesa magestad divina que está cubierto, como de una piel, de nuestras iniquidades. ¿Y quién puede comprender todo el tormento y amargura que le trae una situacion tan lastimosa? Su inocencia repugna la malicia, su bondad repugna la iniquidad, su santidad repugna el pecado; y lo repugna infinitamente, lo repugna por esencia, lo repugna por naturaleza, y él sin embargo se ve cargado de la culpa, unido á ella, vestido de ella, responsable por ella. ¡Ah! que ella es como una fiera devoradora que le tiene fuertemente asido entre sus garras; como un monstruo espantoso que le rodea por todas partes y lo llena de pavor; como una sombra ominosa que le sigue donde quiera y le trae asustado. El tiembla, él se extremece, él se para despavorido, el cabello erizado, convulsos los nervios, la respiracion agitada, el corazon oprimido, sin fuerzas, sin vigor, sin resistencia, puesto en agonía, dice el Evangelio. ¡Ah! que este solo tormento seria bastante á quitarle la vida; mas su espíritu lo sostiene, un ángel lo conforta, él se reserva para morir á la vista de un pueblo que lo insulta.

Considera que aun no es esto solo lo que llena la medida en la Pasion interior de Jesucristo; él es el mediador entre Dios y los hombres, y la causa de estos es una causa gravísima, árdua, complicada, difícil de ajustarse. Los hombres han ofendido á Dios con un pecado pésimo: el número de las culpas es incalculable: la ofensa

de Dios, infinita. Dios puede remitirla toda, ó contentarse con una satisfaccion limitada; pero no es esta su voluntad; no quiere defraudar á su justicia, y esta no se contenta con ménos que con una satisfaccion de condigno, esto es, infinita, porque la ofensa es infinita: los hombres no la dan ni pueden darla, porque no hay en todo lo criado de qué hacer un sacrificio que valga infinitamente: es necesaria una víctima de infinito valor, y esta no puede ser otra que el mismo Cristo, único en quien se encuentre una humanidad que sacrificar, unida hipostáticamente á una divinidad, que comunique al sacrificio un mérito infinito: solo así será la satisfaccion infinita. Dios lo ha decretado así; mas sin coactar la libertad de su Hijo, que siendo Dios como él, igual á él, no puede ser coactado en su libertad. Su voluntad está pronta á obedecer, y la misma perfeccion de su amor y de su virtud soberana lo llevan á obedecer; pero su voluntad inferior, su apetito sensitivo siente toda la repugnancia que es natural á un cúmulo de males y afrentosos tormentos como el que le espera; y de aquí viene que pida á su Padre celestial pase de él aquel cáliz amargo. ¡Padre mio, exclama, todas las cosas te son posibles: pasa de mí este cáliz; pero si no es así de tu divino agrado, hágase tu voluntad y no la mia! ¡Oh ejemplo admirable de conformidad y de oracion perfectísima! El espíritu de Cristo está pronto á abrazarse con sus males; mas estos son de tal calidad, que no puede ménos que apetecer verse libre de su amargura y su dolor. Por otra parte, la ciencia beata que le hace patentes todos los sucesos del mundo, todas las obras de los hombres, todos sus pensamientos, le hace palpar lo infructuoso de su Pasion para una inmensa mayoría de los mismos hombres redimidos al precio de su sangre. Este conocimiento acaba de llenar todas sus penas: la congoja le oprime; su sangre toda abandonando las extremidades acude al corazon, se acumula sobre él, y su última hora parece que ha llegado; mas el esfuerzo de su virtud lo sostiene; él suda, y suda sangre, la suda en abundancia por los poros todos de su sagrado cuerpo, y tanto, dice el Evangelio, que llega á humedecer la tierra y correr por ella como un arroyo. ¡Oh asombro! ¡Oh pasmo! ¡Oh estupendo suceso! ¡Oh Dios del cielo humillado en la tierra! ¡Oh sangre inocentísima, sangre del segundo Abel; mas tan piadosa, que no clama como la de aquel, por el castigo y la venganza, sino que reclama el perdon y la misericordia para los mismos hombres que han dado causa á su efusion!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Es un error creer que podremos consolar al afligido Jesus con solo nuestras lágrimas, con los gemidos y suspiros de nuestro corazon: miéntras no quitemos la causa de sus males, no puede hallar consuelo. Esta no es otra que nuestros pecados: ni el cielo ni la tierra obrarian contra Jesus, si no hubiéramos pecado. El es las delicias del Padre celestial, y nada debe por sí á su justicia; del poder de los hombres está exento, y sus enemigos no podian obrar contra él, si él mismo no se hubiera puesto en sus manos y permitido que lo atormentasen. Así pues el pecado es el que lo pone bajo la justicia de su Padre, y entre las manos de sus perseguidores. El, siendo inocente, tomó sobre sí nuestras iniquidades, porque su amor no le sufria vernos cargados de ellas sin poder remediar nuestras desgracias. En vista de esto, ¿quién podrá dudar que solo le proporciona un verdadero consuelo aquel que huye del pecado, y expia con la penitencia los que ha tenido la infelicidad de cometer? Sea este pues nuestro propósito, y pidámosle á nuestro Redentor nos aplique el fruto de su Pasion y muerte.

JACULATORIA.

Redimístenos, Señor, extendiendo vuestro brazo poderoso; sostenedme con él para que no caiga en una culpa que os ha costado tanto.

LECCION.

Sobre lo comun que es el espíritu del mundo entre los cristianos.

Siempre el Evangelio nos habla del mundo como del enemigo de Dios, que jamas conoció la verdad, que jamas recibió al Espíritu Santo, y que solo está poseido de la malicia y perversion. Así es que Jesucristo nos dice que el mundo lo aborrece y aborrece á sus escogidos, porque ni él ni ellos son de este mundo. En vano se hacen esfuerzos para defender al mundo, para excusar ó disculpar sus máximas y aprobar sus usos y costumbres. Siempre será cierto que el mundo es aquella multitud que anda por el camino de la perdicion; aquella infame Babilonia que ha de ser vencida por el Cordero; aquel reino de Satanas, donde no hay mas que el imperio de los delitos y dominio de las tinieblas. Allí es donde el ángel rebelde ha

puesto su trono: allí donde solo reina el terror, turbulencia y confusion: allí donde el hijo se subleva contra el padre, la muger contra el marido, y los domésticos contra su señor, para mantener una guerra sin fin: allí por último es donde los escándalos se multiplican tanto como las penas, y los odios son tan comunes como las deshonestidades.

En este mundo todos trabajan para ser dichosos; pero ¡qué pocos consiguen la verdadera felicidad! Solo los que desprecian todos los modos de vivir que el mundo exagera y mira con pasion, y que van á buscar en el mismo Dios el orígen de todo bien, son los felices y bienaventurados. De aquí se sigue que el espíritu del mundo es quien anima á aquellas personas que solo aman las cosas visibles y presentes, y al contrario el espíritu de Jesucristo, posee á los que solo piensan en las cosas invisibles y venideras. En los primeros tiempos del cristianismo fácilmente se conocia donde reinaba el espíritu del mundo, pues que solo se hallaba en los que no tenian fé; mas ahora que la fé es comun á los malos y á los buenos cristianos, es preciso buscar el mundo mismo en medio de los que han sido bautizados y han renunciado de él. Pues si examinamos cada uno nuestro interior, hallarémos que cuantos nos tenemos por verdaderos cristianos y enemigos del mundo, somos peores que si no lo fuésemos; porque, á la verdad, ¿qué son tantas alternativas de piedad y de irreligion, de sacrilegios y sacramentos, de recaidas y absoluciones? ¿Qué de veces nos arrodillamos delante de un crucifijo y frecuentamos lugares de disolucion? ¿Qué de veces nos damos golpes de pecho, y tenemos entregado el corazon á las máximas del mundo, pedimos perdon de algunas culpas que hemos cometido, y estamos proyectando cometer otras: últimamente, tenemos el nombre de cristianos, y vivimos como mundanos; apreciamos mas nuestra fortuna que nuestra conciencia, y con el temor de perjudicar nuestros negocios, olvidamos la religion y la fé? Atendamos á la gravedad de nuestra maldad y disimulo, en las muchas veces que hemos disfrazado los odios con el nombre de la amistad, y las injusticias con el de probidad; mentimos para nuestro provecho; juramos, y nos desdecimos, aumentamos nuestras riquezas con artificios, retenemos la hacienda agena; y en una palabra, hacemos cuanto el mundo y sus corrompidas costumbres pueden inventar, todas en contra de la verdadera moral, y muy opuestas al verdadero cristianismo.

Si no atendemos mas que á nuestra entrada en este mundo, á la mezcla confusa de las plantas, de los brutos y de nosotros, de donde con la muerte nos separa la divina Justicia, apareceremos sin duda todos iguales; pero por la fé sabemos que entramos en un mundo profano por el pecado, herido del anatema, envenenado con el aliento de la serpiente, y que la gracia no solo nos distingue de los brutos, sino que nos diferencia á los unos de los otros de un modo maravilloso: este mundo en su principio solo fué criado para los santos, solo fué consagrado para ser templo del Eterno y morada de sus verdaderos adoradores; pero despues que se convirtió en habitacion de los malos, es un templo profano, una casa de desórden, y un palacio desfigurado: no ha quedado mas en él que los elementos, los astros y los cielos; pero el legítimo uso de estas cosas, enteramente se ha mudado y pervertido. Los escogidos que habian de ser los amos, son los mas humillados y abatidos: son unos extrangeros que apénas hallan donde hospedarse; el avaro, no satisfecho con lo que tiene, echa los ojos ansioso sobre los montes y los valles, sobre los mares y los rios: el ambicioso sacrifica multitud de hombres, desordena la armonía de la sociedad, corre por las ciudades que ha destruido para apoderarse de la cumbre de los honores: por todas partes no encontramos sino las huellas del pecado. No hay quien haga bien; no hay ni siquiera uno. El Señor desde el cielo miró sobre los hijos de los hombres, para ver si hay quien tenga inteligencia ó quien busque á Dios. Todos se desviaron, se hicieron á una inútiles: no hay quien haga bien; no hay siquiera uno. Así se expresó David en aquellos tiempos. Mas ¡qué diria de nuestro siglo!

El mundo, pues, parece á los ojos del verdadero cristiano una plaza ó fortaleza que se ha rebelado contra su legítimo soberano, poblada de enemigos de Dios, dominada por el poder de las tinieblas, y destinada para pertenecer al Anticristo. Esta es la razon porque los verdaderos hijos de Dios viven en la tierra como si no fueran de ella, toman sus frutos como prestados, y no como bienes propios, apénas se les concede el uso y se les niega del todo la posesion: ellos están en una situacion violenta, viendo al infierno encendido debajo de sus piés: este mundo en su concepto no es sino un grande teatro donde los hombres representan el personage de dueños y amos, en perjuicio del verdadero y único Señor del cielo y de la tierra. ¿Cómo, pues, se ha de amar á un mundo que no es mas que

destierto de los predestinados, hospedage de todos los delincuentes, objeto de la mayor indignacion de Dios vivo, y materia destinada para ser pábulo del último, prodigioso y universal incendio?

Luego cualquiera que reflexione sobre las cosas de este mundo, no puede dejar de llorar inmediatamente. Dios no estará en nosotros por su gracia, ni nos dará despues su gloria, sino cuando hayamos destruido el imperio del siglo; cuando hayamos salido triunfantes del mundo y del demonio; pues como advierte San Agustin, hay dos mundos acá abajo: el uno que comprende todo lo criado, y es obra de Dios, y el otro que contiene la mayor parte de los hombres, y es gobernado por el demonio. El verdadero cristiano no ve al mundo material, sino como unas cosas visibles que incesantemente le roban el conocimiento de las invisibles: huye del mundo delincuente como de una sociedad llena de escándalos y peligros, y así pasa como un caminante que no piensa mas que en llegar á su destino: igualmente insensible á la alabanza del lisonjero y á la sátira del maldiciente, no tiene orejas sino para oir la voz interior de su conciencia que le habla: todo está muerto en su corazon: solo vive en él Jesucristo: huye de los hombres, y los hombres huyen de él: no sabe mas historias y acontecimientos que las que se refieren al cielo: para él no tiene atractivos la fortuna mas risueña, ni le causa susto el mas terrible infortunio: en fin, el mundo es su cruz, y él es la del mundo; ambos se aborrecen mútuamente. Cualquiera que vive en este mundo no como extrangero, no como crucificado, no como muerto, no tiene mas que la apariencia de cristiano: no hay error mas comun y mas grosero que el creer que solo los religiosos están obligados á dejar al mundo. Toda vida mundana es incompatible con la profesion de la fé de Cristo, con las solemnes promesas del bautismo. Preguntémonos á nosotros mismos, qué es lo que amamos, y por ahí conoceremos si somos de Jesucristo ó del demonio. No basta hacer alarde de cristiano, si se vive como mundano: esto es imitar á los judíos, que crucificaron á Jesucristo despues de haberlo recibido triunfante. Toda fé sin obras, ya lo hemos dicho y lo repetimos, es una fé estéril y muerta: solo el que hace la voluntad de Dios entrará en el reino de los cielos.

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Miércoles de la semana de pasion.—Representa la fiesta de la dedicacion del templo de Jerusalen.—*San Juan, cap. X.*

Juéves de la semana de pasion.—Estando Jesus comiendo en la casa de uno de los fariseos, una muger de mala vida se postró á sus piés, los que regó con sus lágrimas, limpió con sus cabellos y ungió con precioso bálsamo.—*San Lúcas, cap. VI.*

Viérnes de Dolores.

Sábado de Ramos.—Nuestra Señora de la Piedad.

Miércoles de la semana de Pasion.

El introito de la misa de este dia se tomó del Salmo XVII, uno de los mas afectuosos y patéticos, cuyo estilo es sublime, y todo de una admirable belleza. David en la prosperidad de su reinado, tranquilo y pacífico en sus estados, describe elocuentemente en este salmo todos los peligros en que se ha visto; cuenta ademas de esto, el modo con que el Señor lo sacó de tantos peligros, y reconoce que si salió triunfante de tantos enemigos, fué únicamente por una proteccion divina. Vos, Señor, me habeis arrancado del furor de mis mas crueles enemigos; me habeis puesto fuera de tiro de los que se levantaban contra mí, y habeis hecho inútiles sus depravados designios, y su enorme malicia: ¿cómo podré yo dejar de amaros? Yo os amaré, Señor, á vos que sois toda mi fortaleza. El Señor es mi apoyo, mi refugio y mi Redentor. No deja de conocerse la relacion que tienen todas estas palabras á Jesucristo en cuanto hombre, especialmente en el tiempo de su pasion, que fué el tiempo y la materia de su mas glorioso triunfo.

La Epístola se ha tomado del capítulo XIX del Levítico. En esta Epístola no hay cosa mas instructiva, que la individualidad con que el Señor intima sus preceptos á su pueblo, comenzando por esta primera leccion, la cual encierra en sí todas las otras: *Sed santos, porque yo soy Santo: yo que soy el Señor vuestro Dios.* Temed á vuestro padre y madre, y respetadlos como es debido. Guardad religiosamente el dia del sábado. Cuando hi-



Miercoles de Pasion.



Jueves de Pasion.



Viernes de Pasion.



Sabado de Pasion.

cieres la siega en tu campo, no cogerás las espigas que se quedaren; tampoco cogerás los racimos que en tu viña se les escaparen á los vendimiadores; todo esto debes abandonarlo á los pobres que vengan á hacer la rebusca, esto es, á juntar las espigas y racimos que se hubieren quedado sin coger despues de la siega y la vendimia. Porque yo que soy el Señor, tu Dios, lo dispongo y lo ordeno así.

No dañarás á tu prójimo hurtándole lo que es suyo, ni levantándole algun falso testimonio, ni de ningun otro modo. No mentirás. No negarás ni rehusarás volver el depósito que te hubieren confiado. No os hareis unos á otros mas pobres de lo que sois, rehusando bajo un falso pretesto de necesidad, hacer limosna. Una de las mayores injurias que se le pueden hacer á Dios, es ponerlo por testigo de una mentira, esto es, un juramento falso ó sin necesidad. No calumniarás á tu prójimo; pues la calumnia es un delito sumamente detestable, por cuanto no se puede reparar jamas el mal que ocasiona. Aunque se desdiga el calumniador, la persona á quien se ha deshonrado jamas recobrará su honor perfectamente. La hacienda que se ha hurtado se puede restituir, aunque para ello sea necesario quedar por puertas el que la ha usurpado; pero ¿quién podrá volver la reputacion á una persona infamada en el concepto de quinientas ó de mil personas? No diferirás, dice el Señor, hasta el dia siguiente el salario del jornalero que te sirve, ó de los obreros que han trabajado para tí, de los domésticos que tienes á tu sueldo. ¿Te han dado el fruto de su trabajo? No les rehuses ni dilates el de sus sudores: su salario no es ya tuyo, sino de ellos, ¿qué mayor injusticia que retener la hacienda agena? El que hace esto, es un rico que por ahorrar de lo suyo se sirve de lo del pobre. No hablarás mal del sordo; no hay cosa mas indigna ni mas injusta, que ofender á los que no pueden ni defenderse ni resistir; tal es el vicio de la murmuracion. Nunca se habla mal sino de los ausentes, porque están fuera de estado de justificarse, y de cubrir de confusion al murmurador, que por la mas maligna bajeza solo habla de los que no están en disposicion de oirlo y confundirlo. No pondrás delante del ciego cosa que pueda hacerlo caer. En efecto, no puede darse mayor inhumanidad que insultar á un infeliz, y añadir adrede un nuevo azote á su miseria. ¡Qué bien pintadas están en estas santas leyes, la sabiduría y bondad de nuestro Dios! ¡Qué bien se da á conocer su santidad en el menor de sus preceptos! Para con Dios no hay aceptacion de personas: el pobre y el rico le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

son igualmente amables, y así quiere que nosotros á su imitacion tengamos una caridad general. Siendo Dios Criador y Padre de todos los hombres, todos somos hermanos, y quiere que todos nos miremos como tales. ¡Qué indignidad, desdeñarnos de mirar á un hombre porque está mal vestido, y no tener miramiento y respeto sino á los ricos! ¿Eres hombre de luces y conocimiento? Pues juzga á tu prójimo segun justicia, y con la mas exacta integridad, sin tener respeto á la calidad de las personas, y sin dejarte torcer por la presencia de los mas poderosos. No tengas la maligna y perniciosa inclinacion de hablar mal del prójimo, ni en público ni en secreto: quien te lo manda soy yo, tu Señor. Siempre ha mirado Dios con horror á estas pestes de la sociedad civil, pues son la excecracion de las gentes de bien, y los enemigos de la union de los corazones, y de la paz. Pero el mundo todo está lleno de disimulo y de ficcion. ¡Qué de malignidad bajo un esterior risueño, bajo unas apariencias engañosas! Se alaba, se adula, se hacen protestaciones de la mas sincera amistad, al mismo tiempo que se alimenta un mortal rencor en el corazon. Esta maligna simulacion, este fingimiento indigno es lo que Dios condena aquí. ¿Tienes algun motivo de queja contra tu hermano? Háscelo saber amigablemente, dice el Señor, sin que tu corazon esté sentido ó exasperado. Finalmente, si alguno te ofende, deja al cuidado del Señor la venganza; se interesa demasiado en tu bien, y no dejará sin castigo la injuria que se te hace. No te contentes con no vengarte; procura tambien olvidarte de las injurias que has recibido. *Ama á tu prójimo como á tí mismo.* De este modo el Señor, por un efecto de su bondad, instruia á aquel pueblo grosero y material, todo carnal é indócil. Lo instruye como un padre educa á su hijo cuando niño. No le da sino lecciones propias y acomodadas á su corta edad, reservándose el dárselas mas espirituales y mas perfectas cuando haya llegado á una edad mas madura. Esta edad madura era el tiempo de la venida del Mesías. Así vemos que los preceptos de Jesucristo son mucho mas espirituales y mas perfectos que los de la ley antigua. Esta solo ordena que se eche en olvido la injuria recibida. La ley nueva ordena ademas de esto, que amemos al que nos ha injuriado. Aquella solo tiene preceptos conformes á la razon natural: los preceptos y las máximas de la ley de gracia son sobre la naturaleza y la razon.

El Evangelio de la misa del dia cuenta lo que pasó en Jerusalen

mientras la fiesta de la dedicacion del templo, cerca de tres meses y medio ántes de la muerte del Salvador. Esta fiesta fué instituida mas de ciento sesenta y cuatro años ántes de Jesucristo: era muy célebre entre los judíos, y duraba ocho dias como las otras fiestas de primera clase; se celebraba en memoria de la purificacion del templo y de su dedicacion, hechas bajo el gobierno de Júdas Macabeo, gloria de la nacion judaica, y el restaurador de la religion y de su patria. Habiéndose apoderado de la Judea, y en particular de Jerusalen, el impío Antioco Epifanes, rey de Siria, profanó con todo género de abominaciones el santo templo. Muchos de los judíos, cediendo á la persecucion, apostataban todos los dias y ofrecian incienso á los ídolos. Júdas Macabeo, el prodigio de su siglo por su celo, por su religiosidad y por su valor, habiendo derrotado con un puñado de gentes los ejércitos numerosos de Antioco, y conseguido siete grandes victorias contra Apolonio, Seron, Gorgías, Nicanor, Timoteo, Baquides y Lisias, recobró á Jerusalen, é hizo publicar la intencion que tenia de restablecer la religion y reparar el culto del Señor en su templo. El pueblo fiel se juntó el dia señalado; pero al ver la profanacion con que habia sido tratado el lugar santo, y que todo lo que habia de mas respetable en la casa del Señor, habia sido ó destruido ó contaminado por los gentiles, fué tan general el desconsuelo, que no hubo quien no se echase á llorar. El religioso héroe dispuso que se restableciera todo incesantemente; se reparó el santuario, que habia sido casi enteramente destruido; se fabricó un altar nuevo; se santificó el templo y el átrio; se fabricaron vasos sagrados, y se restableció el santo templo á su primer esplendor y á su primera magnificencia. Acabado todo felizmente, se hizo la dedicacion, ó la renovacion solemne, el dia 25 del mes Casleu, que era el nono mes judaico, el cual cae regularmente á principios de Diciembre. La fiesta de esta dedicacion se celebró por espacio de ocho dias con gran solemnidad, y se ordenó que todos los años se celebrase en el mismo dia con octava. En esta solemnidad fué cuando el Salvador vino al templo y se colocó en una galería que se llamaba el Pórtico de Salomon. Los judíos se juntaron al instante al rededor de él, y le dijeron: ¿Hasta cuándo nos has de tener suspensos? Si eres el Mesías, dínoslo claramente. El Salvador, que conocia el verdadero motivo y los verdaderos sentimientos de aquellos espíritus malignos y disimulados, les respondió: Os lo he dicho bastantes veces y con bastante clari-

dad, pero vosotros no me quereis creer; y cuando yo no os lo hubiera dicho, los milagros que hago en nombre y por la virtud de mi Padre, manifiestan bastante quién soy. ¿No os he dicho que yo era la luz del mundo, el Hijo de Dios, el buen Pastor, que he venido á salvar, á dar la vida y la libertad; que debo morir y resucitar para redimiros; que soy árbitro de mi vida y de mi muerte? ¿No habeis notado que veo lo mas secreto de vuestro corazon y de vuestro espíritu? Os he dicho que mi Padre es Dios, y que yo soy una misma cosa con mi Padre. ¿Os parece que Dios puede hacer milagros para autorizar la mentira y la impiedad? Pues Dios ha autorizado todo lo que yo he dicho con milagros los mas estupendos. Vosotros no creis porque no quereis creer, y por lo mismo no sois de mi rebaño. Mis ovejas oyen mi voz, y las conozco y ellas me conocen, y así me siguen con una perfecta docilidad. Yo las doy la vida eterna, y no perecerán jamas, á no ser que ellas mismas se quieran perder. Ellas creen en mí, y con las gracias que yo les doy las pongo en estado de obrar su salvacion. Yo velo continuamente sobre ellas, de suerte que todos los esfuerzos del infierno no son capaces de robármelas mientras que ellas permanezcan en mi redil: no hay poder en el mundo que pueda arrebatármelas de las manos. ¿Quién podrá resistir al Todopoderoso? ¿Quién podrá oponerse á mi Padre? Lo que mi Padre me ha dado es sobre todas las cosas; quiere decir: siendo el poder y la naturaleza divina que yo recibo de mi Padre, los mismos que los de mi Padre, tan imposible es quitarme nada de entre las manos, como quitarlo de entre las manos de mi Padre. Vosotros quereis que yo os hable sin figuras y sin metáforas, y que os diga quién soy: yo os lo diré; pero tampoco me creereis. *Yo y mi Padre somos una misma cosa.* ¿Podia Jesucristo esplicarse mas claramente? Estas palabras contienen una declaracion tan expresa de la consustancialidad del Verbo y de la divinidad de Jesucristo, que los mismos judíos creyeron no se les podia dar otro sentido.

Al oir los judíos una verdad tan sublime, cogieron piedras para apedrearlo como á un blasfemo, porque decia que era una misma cosa con Dios Padre. ¡Oh, y cómo prueba esto la mala intencion de los judíos en la pregunta que le habian hecho! Piden al Señor que les diga si es el Mesías; se los dice, y lo quieren apedrear. Pero entónces el Hijo de Dios les dijo sin alterarse: He hecho á vuestros ojos muchas obras buenas por la virtud que tengo de mi Padre; ¿por cuál de los beneficios que os he hecho, ó milagros que he obrado, me quereis apedrear? Por ninguno, respondieron ellos, sino porque acabas de pronunciar una blasfemia; pues siendo hombre te haces Dios. Luego este nombre de Dios que me atribuyo es el que os escandaliza; pero no teneis razon. ¿Por ventura no está escrito en términos expresos en los libros santos que contienen vuestra ley? Yo dije: *Vosotros sois dioses.* Si la Escritura, que es incapaz de contradiccion y falsedad, da á los jueces y á los magistrados, que no son sino unos puros hombres, el título de dios, porque hacen las veces y tienen su poder del verdadero Dios, de quien son ministros, ¿pues qué razon teneis para llamar blasfemo al que ha sido santificado y enviado al mundo por el Padre, é imputarme á delito el haber dicho: "Yo soy el Hijo de Dios; yo, á quien mi Padre ha engendrado desde la eternidad, á quien ha comunicado su santidad, y á quien ha enviado para que sea el Mesías, el Profeta tanto tiempo esperado, y el Salvador de los hombres?" No alega Jesucristo en este lugar las palabras del Salmo LXXXI, sino para confundir á los judíos, no para esplicar en qué sentido ha tomado y se ha atribuido la cualidad de Dios. Si no hago obras de Hijo de Dios, de Mesías, de un Hombre Dios, no me creais, vengo bien en que digais que soy un blasfemo. Pero si las hago, dad á las obras la fé que negais á las palabras; reconoced que una vez que hago las mismas obras que mi Padre, tengo el mismo poder, y por consiguiente la misma naturaleza; y así, reconoced que mi Padre está en mí, y yo en mi Padre. *Y que mi Padre y yo somos una misma cosa.* Admirémos aquí la sabiduría y la suave providencia de nuestro Dios, que no ha querido obligarnos á creer unos misterios que son sobre la razon, sin haber hecho ántes él mismo, en confirmacion de ellos, obras que exceden al poder de la naturaleza. Despues de esto, ¡qué no deben temer esos espíritus indóciles, que no son incrédulos, sino porque la corrupcion del corazon ha cegado su espíritu!

La Epístola es del capítulo XIX del libro del Levítico.

En aquellos dias: Habló el Señor á Moises, diciendo: Habla á toda la congregacion de los hijos de Israel, y les dirás: Yo el Señor vuestro Dios. No hurtareis. No mentireis, y ninguno engañará á su prójimo. No jurarás en falso por mi nombre, ni profanarás el nombre de tu Dios. Yo el Señor. No harás agravio á tu prójimo, ni le oprimirás con violencia. No retendrás el jornal de tu jornalero hasta

la mañana. No hables mal de un sordo, ni pongas tu juicio ante los piés del ciego: mas temerás al Señor Dios tuyo; porque yo soy el Señor. No harás injusticia, ni darás sentencia injusta. No tengas miramiento á la persona del pobre, ni respetes la cara del poderoso. Juzga á tu prójimo segun justicia. No serás calumniador, ni chismoso en el pueblo. No conspires contra la vida de tu prójimo. Yo el Señor. No aborrezcas en tu corazon á tu hermano, sino corrígele abiertamente, para no caer en pecado por su causa. No procures la venganza, ni conserves la memoria de la injuria en tus conciudadanos. Amarás á tu amigo como á tí mismo. Yo el Señor. Observad mis leyes, porque yo soy el Señor Dios vuestro.

El Evangelio es del capítulo X de San Juan.

En aquel tiempo: Celebrábase en Jerusalen la fiesta de la dedicacion, que era en invierno. Y Jesus se paseaba en el templo por el pórtico de Salomon. Rodeáronle, pues, los judíos, y le dijeron: ¿Hasta cuándo has de traer suspensa nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. Respondióles Jesus: Os lo estoy diciendo, y no lo creis: Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas están dando testimonio de mí. Mas vosotros no creis, porque no sois de mis ovejas: mis ovejas oyen la voz mia; y yo las conozco, y ellas me siguen. Y yo les doy la vida eterna, y no se perderán jamas, y ninguno las arrebatará de mis manos. Pues lo que mi Padre me ha dado, todo lo sobrepuja: y nadie puede arrebatarlas de mi Padre. Mi Padre y yo somos una misma cosa. Al oir esto los judíos, cogieron piedras para apedrearle. Díjoles Jesus: Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros por virtud de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreais? Respondiéronle los judíos: No te apedreamos por ninguna obra buena, sino por la blasfemia; y porque siendo tú como eres, hombre, te haces Dios. Replicóles Jesus: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije: Dioses sois? Pues si llamo dioses á aquellos á quienes habló Dios, y no puede faltar la Escritura, ¿cómo de mí, á quien ha santificado el Padre, y ha enviado al mundo, decís vosotros que blasfemo, porque he dicho: Soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me créais. Pero si las hago, cuando no querais darme crédito á mí, dadlo á mis obras; á fin de que conozcais y créais que el Padre está en mí y yo en el Padre.

MEDITACION.

Sobre el prendimiento de Jesus en el huerto.

Considera que si el sudor de sangre, el desfallecimiento, la agonía de Jesus en el huerto nos hace conocer en lo posible la inmensidad de su pasion interior, capaz de reducir hasta el último extremo al que es la fortaleza de Dios, la reaccion de su espíritu con que vuelve de la muerte á la vida, esto es, de la agonía real y verdadera en que habia caido á la reanimacion de su corazon y restablecimiento de sus fuerzas, es la mas expresiva muestra del amor sin medida que nos tiene. Desenvolvamos el misterio. Jesus se vió en agonía y agonía de muerte; sin embargo, la muerte no podia dominarlo; él no podia morir si no es por su voluntad: así es que de aquella misma agonía podia haberse librado y recobrarse enteramente con solo querer; y esto aunque fuera para no padecer y dejarnos de redimir, sin que en ello pudiese cometer falta ninguna, pues la obra de nuestra redencion es toda graciosa; y su decreto obra tambien libre y espontánea de la misericordia de Dios, que como lo dió, pudo no darlo ó revocarlo como le pluguiese. Pudo tambien el Salvador contentarse con lo que habia padecido, que ya era una satisfaccion infinita capaz de obrar la redencion de mil mundos. Siendo, pues, tal su poder y tal su libertad para no redimirnos ó redimirnos á ménos costa, ¿quién puede dudar que el reanimarse Jesucristo en aquel lance y recobrar sus fuerzas para ponerse en manos de sus enemigos, haya sido todo una obra de su amor á los hombres, cuya redencion quiso que fuese superabundante, en términos de no perdonar sacrificio alguno ni dejar de cumplir hasta la mas pequeña circunstancia de cuanto estaba escrito y decretado de él? ¡Ah! ¡Qué leccion para los hombres que ni se sacrifican ni obedecen sino en mínimas cosas, dejando de cumplir aun lo mas esencial y de mayor importancia en el servicio de Dios y provecho de sus almas!

Considera que la obediencia de Jesucristo con aquella admirable compatibilidad y combinacion con su libertad, hizo su sacrificio doblemente meritorio, ó por mejor decir, de todos modos meritorio. Él se ofrece porque quiere, como lo habia anunciado Isaías, y en esta su oblacion voluntaria gana todo el mérito de un amor espontáneo y no obligado: mérito de infinito valor ante su Padre: mérito

con que infinitamente se recomienda para con nosotros. Mas como al mismo tiempo, y en esta misma su oblacion voluntaria presta una verdadera y cumplida obediencia á los decretos de su Padre, tiene para con él un mérito infinito en su obediencia, y á nosotros nos presta el beneficio de un ejemplo autorizadísimo, que nos atraiga á la obediencia que necesariamente debemos prestar á los preceptos del Altísimo. Con tales disposiciones, pues, se levanta Jesus del lugar de su oracion, repetida por tres veces: va á sus discípulos por tercera vez, los despierta, les anuncia la próxima llegada del traidor, y marcha con ellos á recibirlo á la entrada del huerto. En vano conduce el traidor Júdas una tropa armada con espadas, con palos, con cordeles para aprisionar á Jesus: ya él solo conducido por su amor les salia al encuentro para ponerse en sus manos; y para que no lo atribuyesen á debilidad ó ignorancia, temeridad ó errado consejo, les da allí mismo una prueba de su poder soberano, postrándolos por dos veces en tierra á sola la emision de su voz, y haciéndoles ver que se ponia en sus manos, porque era llegada la hora de cumplir el decreto de su Padre, sin cuya circunstancia no pudieran prenderlo, como no habian podido ántes de aquella hora en el templo á que diariamente asistia, y en que enseñaba su doctrina en medio de ellos. ¡Oh sabiduría! ¡Oh magestad! ¡Oh poder de un Dios que se ofrece porque quiere ofrecerse, y obedece un decreto de tanta humillacion para él que lo pone bajo la obediencia de una vil canalla y bajo unas prisiones que, si no le privan de la libertad de que en aquella hora y en todo momento puede usar de su albedrío, sí lo humillan infinitamente, postrando la magestad de todo un Dios bajo la mano sacrílega de un infame soldado!

PETICION Y PROPÓSITOS.

A tanto abatimiento como os rendís por mí, dulce Jesus, á un ejemplo de obediencia tan perfecta como me dais en esta noche, ¿cómo podré corresponder si no me humillo por vos y me sujeto bajo el yugo saludable de vuestra santa ley? ¡Ah! esta es mi voluntad; yo quiero imitar aquella perfectísima obediencia con que os ofrecísteis á vuestro Padre celestial en el momento mismo de vuestra concepcion: "Aquí estoy ya, Padre mio, le dijisteis: está escrito de mí que he de hacer vuestra voluntad. ¡Oh Dios mio! así lo quiero, y vuestra ley esta en medio de mi corazon." Esta es, dulce Jesus, la obediencia perfecta, plena y universal que os prometo te-

ner para gloria vuestra y bien de mi alma, sí, como lo espero de vuestra bondad, así como me disteis el ejemplo, me concedeis la gracia necesaria para imitarle prácticamente y de un modo digno de vos.

JACULATORIA.

Tu ley, Señor, estará en medio de mi corazon, y aparecerá en todas mis obras.

LECCION.

Las obras de los cristianos no corresponden á la santidad del cristianismo.

Seria sin duda grande la felicidad de los cristianos si sus obras fuesen tan santas como las máximas de la religion que profesan; pero por una fatal desgracia se observa un contraste tan odioso entre nuestras costumbres y nuestra fé, que no se puede reconocer á Jesucristo en la vida de los que le adoran, como en los discursos de los que le predican. Creed á las obras, dice Jesucristo el dia de hoy en el Evangelio; luego está muy distante esa deseada felicidad; porque prescindiendo de que las ideas son generalmente mas perfectas que las obras; que las reglas superan siempre al trabajo de los mas excelentes artífices; y que las menores leyes comunmente son mas exactas que las mejores acciones de los hombres, hay otras cosas que notar en nosotros mismos cuando medimos nuestra conducta con los preceptos del Evangelio.

¿Seria mucho pedir á los cristianos de nuestro siglo el que tuvieran á lo menos escrúpulo de quebrantar los mandamientos de la ley? La doctrina de Jesucristo es tan sublime y tan santa, que conviene á toda persona, condicion y circunstancia; pero se nota una enorme desproporcion entre el cristiano que predica y el cristiano que se trata. Ahora mas que nunca, toda carne ha corrompido su camino: ya los pecadores se atreven á hacer vanidad de sus mismos pecados, y se hace como cosa de obligacion y de honor el impugnar el Evangelio con los discursos mas licenciosos é impíos. ¡Como si todos sus preceptos no fuesen sino paradojas imposibles y absurdas! El violar y quebrantar la ley ya no es tan odioso aun para el mayor número; es casi en algunos una especie de honor y de grandeza de alma. El sacerdocio mismo del Altísimo es objeto de risa y de desprecio para multitud de católicos: el catolicismo tiene

quizá mayores enemigos en aquellos mismos que se llaman católicos. Los que vemos como mas exactos, no tienen mas que la superficie, y una vana confianza de salvarse, pues viven como todos. El lujo y las modas son dos torrentes que se llevan tras sí la mayor parte de los cristianos; y como en el siglo presente es moda no creer nada, ó vivir como si nada se creyese, no se ven ni se oyen sino cosas que contradicen abiertamente al Evangelio, y que crucifican de nuevo á Jesucristo.

¡Lamentable ceguedad! ¡Desdichado mundo por sus escándalos! La vida de los discípulos pone en desprecio la doctrina del maestro. A la corrupcion sigue la incredulidad. Se comienza pecando y se acaba no creyendo. ¿Quiénes y cuántos frecuentan hoy los sacramentos? ¿Quiénes son los que los miran como manantiales de la gracia, fuentes de salud y bendicion, que resaltan hasta la vida eterna? Los unos no los aprecian, los otros los burlan, y entre los que los reciben, muy pocos llevan las disposicionés necesarias para recibirlos con fruto. De aquí se forman aquellas fantasmas de impugnacion que asustan á todo el que no está instruido en su religion; de aquí nacen aquellas frecuentes profanaciones. La verdad es extrangera entre los que han recibido mas luces: Babilonia está dentro de Jerusalen.

De nada sirve que la vocacion de los cristianos sea divina, que su Legislador sea adorable, santa y sagrada su ley; lo cierto es que nuestra conducta pervierte á los flacos, y que olvidamos ya casi del todo la estimacion que nuestros padres tuvieron de la fé y santidad del Evangelio. El mal ejemplo se hace privilegio, la costumbre ocupa el lugar de la verdad, como si con la frecuencia de pecados y el trascurso del tiempo se pudiera prescribir contra la ley de Dios. Por todas partes se predican estas verdades, y ó no se les escucha, ó si se les escucha, se les contradice. No hay uno que medite y reflexione sobre las terribles sentencias del Evangelio, de que hemos de dar cuenta aun de las palabras ociosas: de que nada nos sirve ganar el mundo, si perdemos el alma: que el que no hiciere penitencia, perecerá infaliblemente: que todo árbol que no da buenos frutos, es arrojado al fuego eterno; y que hay infierno, que no tendrá fin para el impío é impenitente.

En otro tiempo se pecaba por fragilidad; mas hoy dia se peca por reflexion. Ya no hay mas que un culto exterior, pues el número de adoradores en espíritu y en verdad es muy corto, respecto de la

muchedumbre de impíos é impenitentes. Ya no hay hombres evangélicos que consagren sus dias al servicio del Señor y que no conozcan mas vida que consumirse en su obsequio. Ya no hay madres cristianas que encarguen á sus hijos el amor al retiro y á la penitencia. Ya no hay hijos que respeten en sus padres la persona del mismo Dios. Los amigos no se reunen para exhortarse mutuamente á la práctica de las virtudes. Desapareció por último aquel tiempo feliz en que se estimaban las enfermedades é infortunios, y se despreciaban las riquezas y los honores, en que se observaban con exactitud las máximas del Evangelio.

El mayor número de los cristianos viven y mueren sin haber sabido las obligaciones que contrajeron al alistarse en las banderas de Jesucristo; y cuando se vé como el cúmulo del deshonor el faltar á la palabra dada al mas pequeño de los hombres, se hace juguete de violar la que se dió al Arbitro soberano del universo. De aquí provienen aquellas generaciones de falsos cristianos, que no viven sino para profanar la gracia de su bautismo y deshonrar la Iglesia, de quien se dicen hijos. De aquí nace aquella codicia que destruye la caridad, que ata á los hombres á la tierra, y les impide caminar al cielo. Pasamos la vida en un torbellino de placeres y negocios. Por mas que se ven los sepulcros abiertos, y el universo lleno de enfermos y moribundos, se vive como si no se hubiera de morir, y se insulta á Dios como si en esto no hubiese mal alguno; solo el demonio es capaz de adormecernos á la orilla de tamaños infortunios: casi todos somos sus esclavos, al mismo tiempo que de palabras lo detestamos. Parece que el ángel de las tinieblas ha dejado de perseguirnos y acompañarnos, que ni excita nuestras pasiones, ni irrita nuestros humores; y es que nos ha familiarizado con los vicios mas vergonzosos y se ha hecho dueño de nuestros sentidos y de nuestra voluntad, y por eso ni aun tenemos remordimientos.

Se dice que ya no se oye hablar como en otros tiempos, de endemoniados; pero con razon, pues la mayor parte de los hombres están en las redes del demonio. Si no los agita de modo que causen espanto, no por eso deja de estar dentro de ellos. Oígase lo que habla el mundo, y se oirá hablar al demonio: léanse los libros que por desgracia andan en todas partes, y se leerán las obras del demonio: ¿qué mas? Si no obstante la venida de Jesucristo, todavía parece que el demonio es el príncipe del universo, no hay pues que admirarse que se llenen cada dia mas los infiernos. ¿Qué cosa mas jus-

ta que los que vivieron acá en el mundo bajo la esclavitud del demonio, habiten allá en el otro bajo de su imperio? Dios seria injusto si llevase á su reino á los que prefieren las máximas del diablo á los preceptos del Evangelio, á los que despreciaron sus gracias por vivir en la esclavitud ignominiosa del pecado. Son los cristianos todo lo que no deben ser, y hacen lo contrario de lo que debian hacer. El Evangelio nos manda ser mansos y humildes de corazon, y nosotros somos iracundos y soberbios hasta lo sumo. El Evangelio nos ordena amar á nuestros enemigos, y no respiramos sino venganzas y ódios; nos prohibe aun desear la muger agena, y nuestros corazones no respiran sino estos malos deseos; todos vivimos en una sublevacion continua contra la ley, así es que nuestras almas en lugar de ser templos y santuarios de Dios, son grutas y cavernas de ladrones. Los verdaderos cristianos son tan raros como las espigas que quedan despues de la siega, como los racimos que se escapan al vendimiador: nada hay mas cierto que el oráculo del Evangelio: *Muchos son llamados y pocos escogidos.* El mundo mismo nos enseña con sus obras, que realmente la multitud es la que se condena, y que casi todos los hombres son unos insensatos que corren tras de sus ruinas. Muchos mueren con la mayor indiferencia y miran sin temor el instante en que van á ser juzgados. ¡Impenitencia final! ¡Pecado contra el Espíritu Santo! que no será perdonado ni en este ni en el otro mundo, y que hace de nuestro siglo la abominacion de la desolacion.

Juéves de la semana de Pasion.

La proximidad del gran dia de las misericordias del Salvador, y del sacrificio que debia hacer de su vida á Dios Padre, por la remision de nuestros pecados, hace que la Iglesia acompañe su duelo con los sentimientos mas tiernos y la mas viva contricion. Empieza la misa por una confesion sincéra de nuestra iniquidad, confesando que nuestros pecados merecen los mas horrendos castigos; pero se consuela con la vista de la infinita misericordia del Señor en quien pone toda su confianza. Señor, todo lo que has hecho con nosotros lo has hecho por un juicio muy equitativo. Hemos merecido demasiado todos estos castigos, porque hemos pecado contra ti, y no hemos guardado tus mandamientos. Pero por la gloria de tu nombre, trátanos segun la grandeza de tu misericordia. Estas palabras se tomaron de la oracion que hizo á Dios Azarías, uno de los tres jóvenes hebreos, en el horno encendido de Babilonia, donde habia sido echado con sus compañeros por órden de Nabucodonosor.

La Epístola de la misa es una parte de esta misma oracion, segun se refiere en el tercer capítulo del Profeta Daniel. Entre los cautivos que fueron llevados á Babilonia por el rey Nabucodonosor, hubo muchos niños de la primera nobleza, entre los cuales mandó escoger aquel príncipe cuatro de los mas nobles para hacerlos servir en su palacio. El primero de los cuatro era Daniel, que vino á ser bien pronto por su sabiduría y su talento, el valido del príncipe; los otros tres fueron Ananías, Misael y Azarías, todos cuatro de la sangre de los reyes de Judá. Habiéndole agradado á Nabucodonosor todos cuatro, dió órden para que los educasen é instruyesen segun á los empleos á que estaban destinados por el rey, ordenando que se les enseñase la lengua del pais, y que se les sirviesen las viandas y el vino de su mesa. Pero los niños, exactos observantes de la ley del Señor, no quisieron llegar jamas á las viandas caldaicas, y obtuvieron del oficial encargado del cuidado de su educacion, los dejase usar solo de legumbres y agua. Habiendo sido ensalzado Daniel á las primeras dignidades del reino, por haber interpretado el famoso sueño del rey, no se olvidó de sus amados compañeros; todos tres fueron hechos intendentes de la provincia de Babilonia. Su fortuna no alteró su piedad ni su zelo por su religion; pero les concilió muchos envidiosos que determinaron perderlos, y bien pronto encontraron ocasion de hacerlo.

Nabucodonosor, embriagado con su alto poder, con sus conquistas y todas sus prosperidades, quiso que se le hiciesen los mismos honores que se hacian á los dioses del imperio. Mandó hacer una estatua de oro fino, la cual tenia sesenta codos de alto y seis de largo, y la hizo colocar en el campo de Dura, con órden á los grandes de su corte, á los magistrados de la ciudad, á los gobernadores de las provincias, y á todos los oficiales, de asistir á la dedicacion de la estatua. En efecto, se juntaron en dicho campo el dia señalado, una multitud increible; se les significó de parte del rey, que al momento que oyesen el son de las trompetas y de otros instrumentos músicos, adorasen todos la estatua, so pena los que rehusasen obedecer, de ser arrojados al mismo instante en un horno encendido. Lo mismo fué hacer la señal, que postrarse todos y adorar la estatua;

ta que los que vivieron acá en el mundo bajo la esclavitud del demonio, habiten allá en el otro bajo de su imperio? Dios seria injusto si llevase á su reino á los que prefieren las máximas del diablo á los preceptos del Evangelio, á los que despreciaron sus gracias por vivir en la esclavitud ignominiosa del pecado. Son los cristianos todo lo que no deben ser, y hacen lo contrario de lo que debian hacer. El Evangelio nos manda ser mansos y humildes de corazon, y nosotros somos iracundos y soberbios hasta lo sumo. El Evangelio nos ordena amar á nuestros enemigos, y no respiramos sino venganzas y ódios; nos prohibe aun desear la muger agena, y nuestros corazones no respiran sino estos malos deseos; todos vivimos en una sublevacion continua contra la ley, así es que nuestras almas en lugar de ser templos y santuarios de Dios, son grutas y cavernas de ladrones. Los verdaderos cristianos son tan raros como las espigas que quedan despues de la siega, como los racimos que se escapan al vendimiador: nada hay mas cierto que el oráculo del Evangelio: *Muchos son llamados y pocos escogidos.* El mundo mismo nos enseña con sus obras, que realmente la multitud es la que se condena, y que casi todos los hombres son unos insensatos que corren tras de sus ruinas. Muchos mueren con la mayor indiferencia y miran sin temor el instante en que van á ser juzgados. ¡Impenitencia final! ¡Pecado contra el Espíritu Santo! que no será perdonado ni en este ni en el otro mundo, y que hace de nuestro siglo la abominacion de la desolacion.

Juéves de la semana de Pasion.

La proximidad del gran dia de las misericordias del Salvador, y del sacrificio que debia hacer de su vida á Dios Padre, por la remision de nuestros pecados, hace que la Iglesia acompañe su duelo con los sentimientos mas tiernos y la mas viva contricion. Empieza la misa por una confesion sincéra de nuestra iniquidad, confesando que nuestros pecados merecen los mas horrendos castigos; pero se consuela con la vista de la infinita misericordia del Señor en quien pone toda su confianza. Señor, todo lo que has hecho con nosotros lo has hecho por un juicio muy equitativo. Hemos merecido demasiado todos estos castigos, porque hemos pecado contra ti, y no hemos guardado tus mandamientos. Pero por la gloria de tu nombre, trátanos segun la grandeza de tu misericordia. Estas palabras se tomaron de la oracion que hizo á Dios Azarías, uno de los tres jóvenes hebreos, en el horno encendido de Babilonia, donde habia sido echado con sus compañeros por órden de Nabucodonosor.

La Epístola de la misa es una parte de esta misma oracion, segun se refiere en el tercer capítulo del Profeta Daniel. Entre los cautivos que fueron llevados á Babilonia por el rey Nabucodonosor, hubo muchos niños de la primera nobleza, entre los cuales mandó escoger aquel príncipe cuatro de los mas nobles para hacerlos servir en su palacio. El primero de los cuatro era Daniel, que vino á ser bien pronto por su sabiduría y su talento, el valido del príncipe; los otros tres fueron Ananías, Misael y Azarías, todos cuatro de la sangre de los reyes de Judá. Habiéndole agradado á Nabucodonosor todos cuatro, dió órden para que los educasen é instruyesen segun á los empleos á que estaban destinados por el rey, ordenando que se les enseñase la lengua del pais, y que se les sirviesen las viandas y el vino de su mesa. Pero los niños, exactos observantes de la ley del Señor, no quisieron llegar jamas á las viandas caldaicas, y obtuvieron del oficial encargado del cuidado de su educacion, los dejase usar solo de legumbres y agua. Habiendo sido ensalzado Daniel á las primeras dignidades del reino, por haber interpretado el famoso sueño del rey, no se olvidó de sus amados compañeros; todos tres fueron hechos intendentes de la provincia de Babilonia. Su fortuna no alteró su piedad ni su zelo por su religion; pero les concilió muchos envidiosos que determinaron perderlos, y bien pronto encontraron ocasion de hacerlo.

Nabucodonosor, embriagado con su alto poder, con sus conquistas y todas sus prosperidades, quiso que se le hiciesen los mismos honores que se hacian á los dioses del imperio. Mandó hacer una estatua de oro fino, la cual tenia sesenta codos de alto y seis de largo, y la hizo colocar en el campo de Dura, con órden á los grandes de su corte, á los magistrados de la ciudad, á los gobernadores de las provincias, y á todos los oficiales, de asistir á la dedicacion de la estatua. En efecto, se juntaron en dicho campo el dia señalado, una multitud increible; se les significó de parte del rey, que al momento que oyesen el son de las trompetas y de otros instrumentos músicos, adorasen todos la estatua, so pena los que rehusasen obedecer, de ser arrojados al mismo instante en un horno encendido. Lo mismo fué hacer la señal, que postrarse todos y adorar la estatua;

solo los intendentes de la provincia Sidrac, Misac y Abdenago (estos eran los tres nombres caldeos que habian puesto á los tres jóvenes), solo estos creyeron no debian imitar el ejemplo de los demas. En efecto, fueron notados y denunciados al rey como refractarios de sus órdenes. Mandólos venir á su presencia, confesaron el hecho, y dijeron intrépidos al rey que jamas adorarian á otro que al verdadero Dios, solo soberano Señor del universo: y que aunque les hubiese de costar la vida, no adorarian jamas ni á sus dioses ni á su estatua. Esta respuesta irritó de tal suerte á Nabucodonosor, que en el trasporte de su furor mandó que el fuego del horno fuese siete veces mayor de lo acostumbrado, y habiendo hecho atar en su presencia á los tres mancebos, hizo que los arrojasen al horno. Los encargados de esta ejecucion eran unos soldados de su guardia; mas he aquí que al instante de haber estos echado en el horno á los tres jóvenes, salen las llamas á manera de un torbellino, y consumen á los soldados y á los caldeos que estaban mas vecinos al fuego. Los tres jóvenes se hallaron en el horno encendido como en un fresco y apacible lugar; y habiendo el fuego quemado sus ligaduras, se les veia pasearse tranquilamente en medio de las llamas, alabando á Dios y bendiciéndolo porque hacia en su favor uno de los mas estupendos milagros. Entónces Azarías, estando en pié en medio del fuego, hizo en voz alta á Dios en nombre de todos la oracion que hace el asunto de la Epístola de este dia. Despues de haber bendecido al Señor y deseado que fuese glorificado por todos los siglos; despues de haber confesado cuán equitativos son sus juicios en todos los males que ha descargado sobre su pueblo y sobre Jerusalen; despues de haber reconocido que todos estos azotes son justos castigos de sus pecados, implora por último su divina misericordia, y suplica en medio de aquel gran teatro de su bondad, en medio de aquellas llamas que no han podido hacerles la menor lesion, que no abandone á su pueblo, y lo conjura por su nombre y por su gloria, á que no disipe ni rompa su alianza: que los castigue como merecen; pero de un modo que no padezca su gloria; que no retire de ellos su misericordia. Admiremos aquí el motivo que alega. "En atencion, dice, á los méritos de Abraham vuestro amigo, de Isaac vuestro siervo, y de Israel vuestro santo." Tanta verdad es que en todos tiempos han estado persuadidos los hombres á que el valimento de los santos para con Dios es poderoso, y que en atencion á sus méritos concede muchas gracias. Acordaos, Señor, con-

tinúa, que les habeis prometido multiplicar su posteridad como las estrellas del cielo, y nos vemos reducidos á mas pequeño número que todas las naciones de la tierra. Vivimos en la oscuridad; no se ven ya entre nosotros ni reyes sobre el trono, ni Profetas con autoridad, ni forma alguna de república. Jerusalen está arruinada, vuestro santo templo profanado, no tenemos ni sacrificios, ni oblaciones; y¡ pues el estado á que estamos reducidos no nos permite aplacar vuestro enojo, y recurrir á vuestra clemencia, ofreciendo en vuestro templo sacrificios sangrientos, recibid siquiera con benignidad el solo sacrificio que somos capaces de ofreceros, que es un corazon contrito y humillado que implora vuestra misericordia. Dignaos, Señor, mirar con ojos propicios á vuestro pueblo afligido, y dejaos mover de nuestros gemidos y de nuestras lágrimas, como en otro tiempo de los holocaustos de los carneros y toros que se os ofrecian en el templo. Finalmente, Azarías, animado del Espíritu Santo, no omite en esta admirable deprecacion motivo alguno, de los que juzga ser apropósito para mover el corazon de Dios y desarmar su enojo: confesion sincera de tantos desbarros, dolor de haber pecado, propósito de la enmienda, confianza en la misericordia divina, de todo echa mano en medio de aquel horno para aplacar la indignacion del Señor contra su pueblo.

El Evangelio refiere la conversion de aquella famosa pecadora, que desde el punto en que se convirtió, fué un modelo de devocion, de fervor y de penitencia. Un fariseo que hacia profesion de observar mas religiosamente los mandamientos de la ley, y tener una vida mas santa á los ojos de los hombres, convidó al Salvador á comer en su casa. El Salvador aceptó el convite con el fin de atraer por su mansedumbre y condescendencia, á unas gentes que no lo querian bien; pero mas especialmente para acabar la conversion de una alma que habia vivido hasta entónces en la disolucion, y que se hallaba movida de su gracia. Miéntras estaban á la mesa tendidos, cada uno sobre una de aquellas alfombras ó tapetes que se ponian al derredor segun la costumbre de los judíos y tambien de los romanos, una muger, pública pecadora, sabiendo donde estaba el Señor, vino al tiempo del banquete á casa del fariseo, donde se habia juntado una multitud de personas; atraviesa por entre la muchedumbre y sin hablar palabra, se arroja á los piés del Salvador con la mayor confianza, los riega con sus lágrimas, los enjuga con

sus cabellos, los besa con respeto, y vierte sobre ellos un perfume ó ungüento de gran precio, y un licor muy oloroso.

Viendo esto el fariseo, y no sabiendo el motivo, no hacia el mejor juicio de un hombre que permitia que una muger de tan mala fama se le acercase tanto. Si este hombre, decia allá en su interior el fariseo, fuera Profeta como se dice, sabria quién es la que le besa los piés. Jesus, que leia en el alma del fariseo todo lo que pensaba, no quiso sonrojarlo reprendiéndole públicamente por un juicio tan falso y tan poco caritativo. Para corregirlo se valió de una parábola. Cuando se reprende el vicio, debe haber gran cuidado de no infamar á la persona: no hay cosa mas política, mas cortés, mas circunspecta, que la caridad. Admiremos en este pasage la bondad del Salvador, que instruyendo caritativamente al fariseo sin infamarlo, hace al mismo tiempo la apología de aquella penitente. Dos personas, le dice el Salvador, debian una suma de dinero á un hombre: uno le debia quinientos denarios ó dineros; otro cincuenta; pero siendo pobres y no teniendo con que pagar, les perdonó la deuda: ¿cuál de los dos te parece le ama mas? Como si dijera, ¿cuál de los dos ha debido tener mas amor á su bienhechor, para moverle á perdonarle una deuda mayor? ¿Cuál de los dos será asimismo mas agradecido al beneficio recibido? La pregunta del Salvador encierra estos dos sentidos, segun los mejores intérpretes. Es claro, respondió Simon, que le ama mas aquel á quien le ha perdonado mayor cantidad. Has juzgado bien, dijo el Salvador; y volviéndose hácia la pecadora penitente: ¿Ves á esta muger? le dijo; juzga del amor que tiene á su bienhechor por lo que ha hecho, y por la gracia que yo voy á hacerla: cuando he entrado en tu casa no me has dado agua para lavarme los piés, segun nuestro uso ordinario; y ella no cesa de regármelos con sus lágrimas y de enjugarlos con sus cabellos; tú no me has dado el beso de paz, siendo raro el que falta á esta urbanidad; y ella desde que ha entrado no ha cesado de besar mis piés; tú no has acompañado este banquete con perfumes, segun se acostumbra, y ella ha vertido sobre mis piés un licor muy oloroso y de mucha fragancia. ¿No son estas señales bien visibles de su contricion y de su amor? Por eso te digo, que se le han perdonado muchos pecados, porque ha amado mucho. El dolor y la contricion sobrenatural que acompañaban, ó que habian ya prevenido las señales exteriores de penitencia, habian procurado ya á esta muger el perdon, de que el Salvador la da ahora una entera seguridad. A

aquel á quien se perdona ménos, añadió Jesucristo, ama ménos. Estas palabras miraban á Simon el fariseo, que léjos de haber tenido á Jesucristo aquel amor que obtiene la remision de los pecados, no habia siquiera usado con él aquellas atenciones y obsequios que se podian esperar y exigir de un amigo. Veia tambien el Salvador las verdaderas disposiciones interiores del corazon de Simon, y lo que le dice aquí es propiamente una leccion que le da, y que Simon podia fácilmente comprender. Finalmente, no contento el Salvador con haber justificado á la muger en presencia de todo el congreso, quiso ademas de esto darla á ella misma positiva seguridad de que se le habian perdonado sus pecados pasados, diciéndola expresamente: *Anda, que tus pecados se te han perdonado.* Esta sentencia de justificacion, de tanto consuelo para la pecadora penitente, fué murmurada de los que estaban á la mesa, los cuales se decian en voz baja unos á los otros: *¿Quién es este hombre que tambien perdona los pecados?* pues sabemos que nadie puede perdonar los pecados sino solo Dios, y que este poder no puede darse á ningun hombre. Algunos interpretan esto en buen sentido y pretenden con bastante probabilidad que las expresiones de los convidados eran mas bien efecto de su admiracion que de su censura. Como todos tenian noticia del milagro que habia hecho resucitando al hijo de la viuda de Naim, admiraron ahora el poder de Jesucristo. No puede ménos, decian, que este hombre sea mas que un simple profeta, pues no solo resucita á los muertos, sino que tambien perdona los pecados. De cualquiera manera que fuese, sin responderles nada el Salvador, se volvió á la dichosa penitenta, y la dijo: Tu fé te ha salvado; vete en paz. Has creido en mí, te has persuadido que yo podia concederte el perdon de tus pecados, y en esta esperanza te has venido á mí. Has mirado con horror tus antiguos desórdenes, y has tenido una verdadera contricion. Sabe, pues, que tu fé, tu confianza y tu amor, son la causa de tu justificacion. Jesucristo, dicen los Padres, opone aquí la fé de esta muger á la incredulidad de los fariseos y de todos los que estaban presentes, los cuales no querian creer que Jesucristo fuese el Mesías.

La Epístola es del capítulo III del Profeta Daniel.

En aquellos dias: Oró Azarías al Señor, diciendo: Rogámoste, Señor Dios nuestro, que por amor de tu nombre no nos abandones

para siempre, ni destruyas tu alianza, ni apartes de nosotros tu misericordia, por amor de Abraham tu amado, y de Isaac siervo tuyo, y de Israel tu santo: á los cuales hablaste, prometiéndoles que multiplicarias su linage como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la playa del mar. Porque nosotros, ó Señor, hemos venido á ser la mas pequeña de todas las naciones, y estamos hoy dia abatidos en todo el mundo por causa de nuestros pecados. Y no tenemos en este tiempo ni príncipe, ni caudillo, ni Profeta, ni holocausto, ni sacrificio, ni ofrenda, ni incienso, ni lugar donde presentarte las primicias, á fin de poder alcanzar tu misericordia. Pero recíbenos tú contritos de corazon, y con espíritu humillado, como recibias en holocausto de los carneros y toros, y los sacrificios de millares de gordos corderos: así sea hoy agradable nuestro sacrificio en presencia tuya, puesto que jamas quedan confundidos aquellos que en tí confian. Y ahora te seguimos con todo el corazon, y te tememos y buscamos tu rostro. No quieras, pues, confundirnos: haz, sí, con nosotros segun la mansedumbre tuya, y segun tu grandísima misericordia. Y líbranos con tus prodigios, y glorifica, ó Señor, tu nombre; y confundidos sean todos cuantos hacen sufrir tribulaciones á tus siervos, confundidos sean por medio de tu infinito poder, y aniquilada quede su fuerza: y sepan que solo tú eres el Señor Dios, y el glorioso en la redondez de la tierra, Señor Dios nuestro.

El Evangelio es del capítulo VII de San Lúcas.

En aquel tiempo: Rogaba á Jesus uno de los fariseos que fuera á comer con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se puso á la mesa. Cuando hé aquí que una muger de la ciudad que era de mala conducta, luego que supo como Jesus estaba comiendo en casa del fariseo, trajo un vaso de alabastro lleno de bálsamo, y arrimándose por detras á sus piés, comenzó á bañárselos con sus lágrimas, y los limpiaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y derramaba sobre ellos el perfume. Lo que viendo el fariseo que le habia convidado, decia para sí: Si este hombre fuera Profeta, bien conoceria quién y qué tal es la muger que le está tocando, ó que es una muger de mala vida. Y respondiendo Jesus, le dijo: Simon, una cosa tengo que decirte. Dí, Maestro, respondió él. Cierto acreedor tenia dos deudores: uno le debia quinientos denarios, y el otro

cincuenta. No teniendo éstos con qué pagarle, perdonó á entrambos la deuda; ¿cuál de ellos le amará mas? Respondió Simon: Juzgo que aquel á quien mas le perdonó. Y díjole Jesus: Tú has juzgado rectamente. Y volviéndose hácia la muger, dijo á Simon: ¿Ves esta muger? Yo entré en tu casa, y no me has dado agua con que se lavaran mis piés; mas ésta los ha bañado con sus lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo; pero ésta desde que llegó no ha cesado de besar mis piés. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha derramado sobre mis piés perfumes. Por todo lo cual te digo, que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho. Que ama ménos aquel á quien ménos se le perdona. En seguida dijo á la muger: Perdonados te son tus pecados. Y luego los convidados empezaron á decirse interiormente: ¿Quién es éste, que tambien perdona los pecados? Mas él dijo á la muger: Tu fé te ha salvado; vete en paz.

MEDITACION.

Sobre el modelo de la verdadera penitencia.

Considera en esta muger pecadora el modelo de una verdadera conversion. Hace alto sobre el infeliz estado en que vivia, y se rinde por último á la gracia, que la solicita con las mas vivas y repetidas instancias. No piensa en remitir su conversion á otro dia; al momento que Dios la da á conocer sus desórdenes y los achaques de su alma, toma la resolucion de recurrir al Divino Médico. ¡Cuántas gentes que están ardiendo en los infiernos estarian á la presente en el cielo, si cuando la luz de la gracia les infundió el mismo conocimiento, la misma inspiracion, el mismo pensamiento de convertirse, no hubiesen remitido su conversion á un dia de fiesta, á otro tiempo, á otro dia! Infeliz dilacion, ¡qué de almas llevas al infierno! Nadie al parecer tenia mas motivos que la Magdalena para diferir su conversion; era todavía jóven, gozaba de una salud robusta: una edad mas madura, una estacion menos risueña parecian un tiempo mas á propósito para una dama que podia tener sus altos y bajos: á lo menos la circunstancia en que se efectuó parecia ser un grande obstáculo. Jesucristo habia sido convidado á comer en casa de un fariseo; el concurso era grande; todos gente maligna, y censores rígidos de quienes era demasiado conocida. Si tiene necesidad de convertirse, ¿á qué fin hacerlo con

tanto estruendo? Parece á los mas, que queria hacer ostentacion de su reforma. Era al parecer prudencia, aguardar á que el Salvador estuviese en su casa; la dilacion no parecia debia ser muy larga: una funcion de convite, un festin, no parece muy correspondiente para dar al público semejante escena. Es menester cuidar de su reputacion. Semejante aparato era una confesion demasiado pública, y una publicacion harto ruidosa de sus desórdenes. Así discurre, así habla el espíritu del mundo y de la carne. Pero el espíritu de Dios piensa muy de otra suerte. No bien ha sabido Magdalena dónde podrá encontrar á su Salvador, cuando corre á encontrarlo: entra en la sala del convite, se hace paso por entre la gente, y no hablando sino con sus lloros y sus sollozos, se postra á los piés de Jesucristo, y los riega con sus lágrimas. Ninguna cosa es mas osada, ninguna mas generosa que una alma verdaderamente convertida. El delito es descarado, el vicio desconoce todo respeto humano; pero se puede decir que la verdadera conversion todavía inspira mas aliento. Juzguémos del mérito y de la sinceridad de esas conversiones aparentes, de esas cobardes, tímidas y siempre perniciosas medio conversiones, que temen que se las tenga por una vuelta del alma á Dios, y por una despedida del mundo. A Magdalena no la detiene ninguna consideracion: murmuraciones de los libertinos, censura picante de los mundanos, interpretaciones malignas, nada es capaz de hacerla volver atras; persevera á los piés del Salvador. Como sus lágrimas son el lenguaje de su contricion, su dolor aboga por ella. ¿Despues de tanto ruido, de tanta publicidad, despues de un paso tan difícil puede no ser verdadera su conversion? ¿Puede presumirse que se ha de arrepentir de haberse arrepentido, y que ha de volver á las andadas? Nada responde mejor de la perseverancia, que una declaracion tan pública; y ved aquí lo que teme el demonio: no estorba el que se convierta una alma; pero no quiere que sea con estruendo y publicidad: esos miramientos que quieren guardarse en la conversion, ese respeto humano, esa vergüenza de parecer convertido, es siempre para él un recurso; y ved aquí lo que hace que sean falsas tantas conversiones, ó á lo ménos, que haya tan pocas conversiones que sean permanentes.

Considera, que no se reduce toda la conversion de Magdalena á detestar sus pecados, y á obtener el perdon de ellos, sino que ademas de esto, es seguida de una fervorosa vida, penitente y ejemplar. Qué reforma de costumbres mas patente; qué devocion mas afectuosa; qué fervor mas permanente; qué penitencia mas larga y mas austera; qué amor de Dios mas perfecto y mas generoso! ¡Hubo una sierva de Jesucristo mas fiel que Magdalena? ¡Hubo alguna ocasion de dar á su buen Maestro una prueba de su ardiente amor, de que no se aprovechase? Si le queda algun residuo de su lujo y de su vanidad, no es sino para sacrificárselo públicamente. Escoge siempre el tiempo en que el concurso es mas numeroso, para verter sobre los piés del Salvador sus mas preciosos y olorosos ungüentos. Los discípulos mas allegados al Hijo de Dios se retiran al punto que lo ven preso y maniatado. Solo Juan, que era el discípulo amado, le sigue hasta el pié de la cruz acompañado de Magdalena. ¡Oh! ¡Cuánta verdad es que esta muger amó mucho á Jesucristo! ¡Qué generosa es una alma que ama! ¡No acierta á separarse del Salvador: lo ama sobre la cruz; lo ama hasta en el sepulcro, adonde corre á hacerle los últimos obsequios! Ni los soldados armados, ni una losa de un peso enorme que cierra la entrada del sepulcro, ni el sello público, son capaces de detener su zelo. Nada cree imposible; todo lo cree fácil á su amor. Finalmente, la mas cruel persecucion, el peligro mas visible de un triste naufragio, no intimidan ni su fé, ni su constancia en el servicio de su Dios. En el mar, igualmente que en la tierra; en su patria, ó en un pais estraño; en todas partes hace profesion de ser sierva de Jesucristo; en todas partes sostiene su religion; en todas partes se declara por el Dios que adora, y que ama. Nadie tuvo jamas una seguridad ménos dudosa y mas positiva del perdon de todos sus pecados, que Magdalena. ¿Pero se contenta con la seguridad que tiene del perdon? Vosotros lo sabeis. ¿Hubo jamas una penitencia mas larga y mas austera que la suya? Diez y siete años en el hueco de una escabrosa roca, sin otro alimento que algunas raices insípidas y amargas. Ved aquí cuál fué la vida de esta muger delicada, alimentada, por decirlo así, en los placeres, y criada en la profanidad mas escandalosa; pero verdaderamente convertida. ¡Oh hermoso y excelente modelo de penitencia! ¡Pero se hallarán el dia de hoy muchas copias de un modelo tan perfecto? Son infinitas las personas que imitan á Magdalena pecadora. ¿Pero son muchas las que imitan á Magdalena penitente? Una confesion muy superficial; una contricion muy dudosa; una penitencia muy leve, seguida igualmente de una vida mundana, algunas veces mas deliciosa, siempre muy indevota, ved aquí á lo que se reduce la pretendida conver-

sion de la mayor parte de los pecadores de nuestros dias: y despues de esto mueren tranquilos; mueren sin el menor susto. ¡Fatal tranquilidad! ¡Funesta seguridad!

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Ah Señor! No permitas que este gran modelo de conversion solo sirva para hacerme mas culpable. Hazme la gracia de que no solo deteste verdaderamente todos mis pecados, sino de que mi penitencia sea una prueba de mi sincera contricion, y una señal de que me habeis perdonado todos mis pecados. Yo los detesto con todo mi corazon, y estoy pronto á daros por ellos tal satisfaccion, que reparando el escándalo que he dado á mis prójimos, desarme vuestro enojo y me atraiga vuestra misericordia.

JACULATORIA.

Amoos yo mucho, Señor, para que me perdoneis y borreis todas mis culpas.

LECCION.

Sobre la conversion de la Magdalena.

S. Agustin, con aquella ingenuidad hija del verdadero arrepentimiento, nos manifiesta la lucha interior que lo agitaba interiormente en los principios de su conversion. "El enemigo malo, nos dice, sujetaba mi voluntad y me habia formado una cadena con que me tenia ceñido. Porque de la voluntad perversa nació la sensualidad; ejercitando la sensualidad se formó la costumbre; y dejándose llevar de la costumbre, se convirtió ésta en necesidad. Con estos anillos unidos me tenian como con una cadena atado en la mas dura esclavitud. La voluntad nueva que comenzaba á insinuarse en mí para que te sirviera y deseara gozar, ó Dios mio, única y cierta alegría nuestra, todavía no era bastante fuerte para superar á la voluntad vieja, robustecida con su misma antigüedad. Así es que dos voluntades, una vieja y otra nueva, aquella carnal, ésta espiritual, combatian entre sí, y en esta lucha se disipaba mi alma. Yo, con la experiencia de mí mismo, entendia aquello que leia, es decir, el modo en que la carne pretende sobreponerse al espíritu y el espíritu á la carne: y yo tambien me sobreponia mas bien á lo que aprobaba, que á lo que reprobaba en mí. A esto me dirijia, no tanto yo que no obraba como

agente, sino que pasivamente me dejaba arrastrar de la costumbre, que se habia hecho mas fuerte que yo: de manera que parecia que mi voluntad me llevaba á donde no queria ir." ¿A cuántos de nosotros habrá sucedido lo que á San Agustin? ¿Cuántos serán pecadores, por decirlo así, con repugnancia de su voluntad? Pero lo cierto es que son pecadores, y á todos podrá aplicarse lo que sigue diciendo el Santo. ¿Quién con alguna apariencia de razon podrá oponerse á la pena que debe ser castigo del pecador? Ya en tal situacion no hay disculpa alguna. "En efecto, católicos, ¿qué disculpa tendremos cuando los remordimientos de nuestra conciencia nos agobian, y nuestra alma no manifiesta otra cosa que una debilidad ó pusilaminidad suma para no triunfar de sus pasiones? Por tanto, católicos, propongámonos imitar, y de hecho imitemos á la muger pecadora de que nos habla hoy el Evangelio. Luego que nos sintamos tocados de la gracia, pues á nadie falta la suficiente, corramos á los de piés Jesucristo; reguémoslos con nuestras lágrimas, y no los abandonemos hasta no ser perdonados, como lo hizo la pecadora, de cuya conversion vamos á tratar.

Por esto mismo os declaro, que se le han remitido muchos pecados, porque ha amado mucho. Estas fueron las palabras con que Jesucristo confundió la falsa prudencia de Simon el fariseo, y con que ensalzó la accion de aquella muger pecadora, cuya conversion nos refiere el Evangelio de hoy: palabras dictadas por el amor mas encendido y mas puro; palabras capaces de animar al mas desconocido, sin hacerlo por eso presuntuoso, pues la conversion de la Magdalena no debe servirnos de entretenimiento en nuestros desórdenes, ni de inspirarnos una funesta seguridad. En verdad que en cualquier estado en que nos hallemos, en el mismo báratro de la culpa en que nos háyamos sumergido, si amamos como la Magdalena, serémos perdonados como ella; pero es preciso amar como ella amó, esto es, con un amor vivo y tierno, que grabe en el corazon todos los sentimientos mas propios para atraer la misericordia de Dios: un amor fuerte y activo que nos haga capaces del mas generoso sacrificio: amar con ardor, amar con valor y amar mucho, esto es lo necesario para salvarse.

Magdalena habia amado al mundo hasta desentenderse de su reputacion; pues toda Jerusalen la tenia por pecadora: su corazon esclavo de sus pasiones, no guardaba moderacion alguna cuando se trataba de complacerlas: la libertad de sus costumbres autorizaba los

juicios que se formaban de ella. ¡Ah! que el amor de Dios producirá semejantes efectos, y su conversion no será ménos ruidosa que su pecado. Cualquiera persona de arrepentimiento ménos activo y ménos sincero, habria esperado ocasion mas favorable para ver á solas á Jesucristo y echarse á sus piés; pero el amor de Magdalena no se acomoda con tan tímidas precauciones y tan cobardes miramientos. Impaciente por ejecutar su proyecto, corre á ver á Jesucristo en una casa abierta para todos, en medio de un banquete, al que estaban convidadas muchas personas: nada la detiene: todos los obstáculos que se le presentan son muy débiles, porque su amor es grande. Quiere agradar á Jesucristo, y esto basta: nada le importa por eso desagradar al mundo; aun hizo mas, no contenta con vencer el respeto humano, triunfó tambien de sus hábitos. Sigue á Jesucristo para no dejarlo jamas, y ya el mundo no conseguirá de ella ni un solo pensamiento, ni un solo suspiro: se une inseparablemente á Jesucristo, y desde entónces sus deseos todos y sus conatos no se dirigen á otro fin que al de agradarle: reconoce sus beneficios, lo sigue en sus viages, lo hospeda en su casa, medita su palabra, y renueva continuamente su amor: ved aquí la ocupacion de Magdalena. Si le siguió en vida, no lo desamparó en su muerte. Las columnas de la Iglesia se estremecen, el rebaño de Jesucristo se dispersa, los Apóstoles huyen: no así Magdalena, porque donde reina el amor, no tiene entrada el temor. Sigue á su divino Maestro cuando todos lo desamparan: lo acompaña hasta el sepulcro; todavía mas, es la primera que ántes de amanecer le busca en él para tributarle sus últimos obsequios, y no encontrándole porque ya habia resucitado, llora amargamente, dando voces: "Se han llevado á mi Señor." Le ve, en fin, subir al cielo, y al momento huye de la vista de las gentes: de nadie se deja ver; se sepulta viva en un desierto; se condena á perpetuas austeridades: su amor y su penitencia no finalizan sino con su vida.

Este es el amor que Dios nos pide: un amor que expie nuestras grandes iniquidades: un amor que haga nuestra conversion tan sólida como perfecta. Dios no se contenia con un amor pasagero que solo suspende los pecados por algun tiempo; de este modo no se honra al Ser inmutable, eterno y soberanamente amable. Quiere un amor que algo se le asemeje al que nos tiene: un amor activo para el bien, vigilante contra el mal; atento para evitar las ocasiones y recaidas: en fin, un amor constante, superior á todo, y mas fuerte

que la muerte, segun la expresion de la Escritura. Dios tiene justicia y razon para exigir de nosotros mas por él de lo que hicimos por el mundo, y que nuestra penitencia excediese en mucho á nuestros pecados; tanto por la excelencia de su ser, como por la bajeza del nuestro, que aumentan por una parte la enormidad de la ofensa y disminuyen por otra su reparacion; pero Dios siempre amoroso, siempre compasivo del hombre, se contenta con que nuestra penitencia sea proporcionada á nuestros desórdenes. Así lo practicó la Magdalena, dice San Gregorio Papa; todo lo que sirvió en ella al pecado, cooperó á su penitencia: todo lo que contribuyó al desórden, se hizo materia de su sacrificio; y todo lo que el amor del mundo profanó, lo consagró el amor de Jesucristo.

Se sirvió de su entendimiento siendo pecadora para agradar al mundo, para atraerse frívolos respetos; pero luego que se convirtió, no usó de él sino para atraerse el corazon de Jesucristo, para obtener la remision de sus pecados. Luego que entró á la sala del festin, puso en práctica mil inocentes artificios para obligar al divino Salvador: le busca con ansia, se postra con humildad, suspira y está callada; mas todo habla en ella, hasta su silencio. ¡Imitamos nosotros esta conducta? Nada ménos que eso: parece que la prudencia se ha retirado de nosotros, no hallamos para la virtud los socorros y arbitrios que jamas nos faltan para el vicio, nuestra caridad es ménos ingeniosa que nuestra concupiscencia; luego no amamos como la Magdalena.

Esta muger, cuyos ojos habian sido contaminados con miradas profanas é impuras, no los abre ya sino para derramar torrentes de lágrimas por sus extravios: sus cabellos, que la vanidad habia ordenado artificiosamente, no se emplean sino en enjugar los piés de Jesucristo: su boca, culpable de tantas libertades profanas, la santifica con el mas santo y mas casto de todos los ósculos: últimamente, su cuerpo todo que tanto habia amado, regalado é idolatrado, lo aflige, lo mortifica y lo priva de todos los indecentes adornos con que ántes lo engalanaban. Porque sabe, y muy bien, que no se aborrece al pecado si se conservan los instrumentos y los atractivos de él; el primer paso para convertirse es desprenderse del mundo y no pensar agradarle. Debe, pues, el cristiano convertido adornarse con el pudor, con la modestia y con la santidad: estos son los adornos que le pertenecen; con ellos se atraerá las miradas del Eterno, zeloso de la posesion del corazon de los hombres.

Convengamos en que es preciso sacrificar á Jesucristo cuanto se consagró al mundo; esto es lo que la Magdalena nos enseña el dia de hoy con su ejemplo: si la hemos imitado pecadora, imitémosla penitente. Ella fué sensual, idólatra de su cuerpo; estuvo muy alejada de Jesucristo; pero se convierte y se hace humilde, modesta, separada del mundo y adherida constantemente á su divino Maestro. Su penitencia mereció estar escrita en el Evangelio, y su nombre jamas se borrará de la memoria de los hombres. ¡Qué confusion para nosotros si Jesucristo en el dia del juicio compara el zelo de esta muger con nuestra tibieza, y pone á un lado lo que ella hizo por él, y lo que nosotros hemos dejado de hacer! Entónces nos dirá. Esta muger dió señales del amor mas tierno, mas sincero y mas activo; nada de lo que sirvió en ella para el pecado, se escapó de su penitencia, mas vosotros nada habeis hecho por mí, toda vuestra conversion se ha reducido á resoluciones ineficaces, y cuando mas á satisfacciones ligeras que no han tenido la mas leve proporcion con el número y enormidad de vuestros pecados. Magdalena recibirá hoy el premio de mi amor, y vosotros el castigo de mi justicia. Evitemos sentencia tan terrible, aprovechándonos del ejemplo de Magdalena; hagamos penitencia de nuestras culpas pasadas, de modo que nos merezca la remision de todas ellas.

Viérnes de la semana de Pasion.

En el oficio de la misa de este dia nos anuncia la Iglesia de una manera mas expresa la Pasion y la muerte del Salvador, queriendo que nos preparemos para celebrarlas los ocho dias que le proceden.

El introito de la misa se tomó del salmo XXX, que es una oracion humilde, afectuosa y llena de confianza, que David hace á Dios en medio de sus mayores aflicciones, y en el riesgo mas inminente de su vida. "Señor, lastimaos y compadeceos de la extremada afliccion en que me veis sumergido. Libradme, Señor, y sacadme de las manos de mis enemigos, que me persiguen con furor, con el fin de perderme. No padezca yo la confusion de verme abandonado de vos despues de haber invocado vuestro nombre. Siempre he esperado en vos, Señor; haced que no padezca el sonrojo de haber esperado en vano, armaos de vuestra justicia y venid á librarme." Ya se ha observado en otras partes que habiéndose aplicado Jesucristo

á sí mismo el versículo VI de este salmo, nos ha declarado con esto que las persecuciones de David eran figuras de las suyas.

La Epístola corresponde perfectamente á este salmo; está compuesta de las palabras del profeta Jeremías, que siendo tambien figura de Jesucristo, pide á Dios lo libre de sus enemigos. Predice en ella tambien que los que abandonaren á Dios serán confundidos, y los que se retiren de él serán escritos sobre el polvo de la tierra, para ser borrados y desechos bien presto.

El profeta Jeremías tuvo órden de Dios para anunciar al pueblo judaico las desdichas que habian de suceder de allí á poco tiempo á la ciudad de Jerusalen y á toda la nacion; queriendo el Señor de este modo obligarlos á que hiciesen penitencia para aplacar la justicia divina, justamente irritada por la corrupcion general de las costumbres, y á este fin les envió un profeta que les advirtiese y predijese los castigos que les amenazaban. Pero se burlaron é hicieron mofa de la profecía y del profeta. Despues de haber amenazado diversas veces al pueblo su próxima ruina y cautividad, y siempre inútilmente; atacó á los grandes de la córte, á los sacerdotes mismos, y á los doctores ó intérpretes de la ley. Todos vivian en una corrupcion tan general, y estaban tan endurecidos en la impiedad, en la idolatría y en todo género de vicios, que la palabra de Dios, intimada por su profeta, no fué recibida de nadie; ántes bien irritándose todos contra el que se las anunciaba, y procuraba moverlos á penitencia para desviar las desdichas de que estaban amenazados, se pusieron y dedicaron á perseguirlo de la manera mas cruel, y formaron desde entónces el designio de perderlo. Pero el profeta nada temia, ni cedió por esto de su empeño. Viendo que no lo querian oir dictó á Baruc, su principal discípulo, todo lo que habia profetizado contra Jerusalen. Esta profecía se la mostraron al rey Joaquin, el cual sobrecogido y asustado de las desdichas que se le anunciaban, rasgó el escrito y lo echó al fuego; pero Dios le mandó al profeta que volviera á escribir las mismas amenazas en otro volúmen, y que añadiese todavía otras muchas. Esta santa libertad que le infundió el Espíritu de Dios que lo animaba, lo expuso á las persecuciones mas bárbaras de los judíos. Lo pusieron en la cárcel dos ó tres veces; pero no pudiendo sufrir los cortesanos de Sedecías, que sin embargo de su prision echase en cara continuamente á los judíos sus desórdenes, y les anunciase las desdichas que les amenazaban, lo arrojaron á una profunda cisterna llena de cieno, en

Convengamos en que es preciso sacrificar á Jesucristo cuanto se consagró al mundo; esto es lo que la Magdalena nos enseña el dia de hoy con su ejemplo: si la hemos imitado pecadora, imitémosla penitente. Ella fué sensual, idólatra de su cuerpo; estuvo muy alejada de Jesucristo; pero se convierte y se hace humilde, modesta, separada del mundo y adherida constantemente á su divino Maestro. Su penitencia mereció estar escrita en el Evangelio, y su nombre jamas se borrará de la memoria de los hombres. ¡Qué confusion para nosotros si Jesucristo en el dia del juicio compara el zelo de esta muger con nuestra tibieza, y pone á un lado lo que ella hizo por él, y lo que nosotros hemos dejado de hacer! Entónces nos dirá. Esta muger dió señales del amor mas tierno, mas sincero y mas activo; nada de lo que sirvió en ella para el pecado, se escapó de su penitencia, mas vosotros nada habeis hecho por mí, toda vuestra conversion se ha reducido á resoluciones ineficaces, y cuando mas á satisfacciones ligeras que no han tenido la mas leve proporcion con el número y enormidad de vuestros pecados. Magdalena recibirá hoy el premio de mi amor, y vosotros el castigo de mi justicia. Evitemos sentencia tan terrible, aprovechándonos del ejemplo de Magdalena; hagamos penitencia de nuestras culpas pasadas, de modo que nos merezca la remision de todas ellas.

Viérnes de la semana de Pasion.

En el oficio de la misa de este dia nos anuncia la Iglesia de una manera mas expresa la Pasion y la muerte del Salvador, queriendo que nos preparemos para celebrarlas los ocho dias que le proceden.

El introito de la misa se tomó del salmo XXX, que es una oracion humilde, afectuosa y llena de confianza, que David hace á Dios en medio de sus mayores aflicciones, y en el riesgo mas inminente de su vida. "Señor, lastimaos y compadeceos de la extremada afliccion en que me veis sumergido. Libradme, Señor, y sacadme de las manos de mis enemigos, que me persiguen con furor, con el fin de perderme. No padezca yo la confusion de verme abandonado de vos despues de haber invocado vuestro nombre. Siempre he esperado en vos, Señor; haced que no padezca el sonrojo de haber esperado en vano, armaos de vuestra justicia y venid á librarme." Ya se ha observado en otras partes que habiéndose aplicado Jesucristo

á sí mismo el versículo VI de este salmo, nos ha declarado con esto que las persecuciones de David eran figuras de las suyas.

La Epístola corresponde perfectamente á este salmo; está compuesta de las palabras del profeta Jeremías, que siendo tambien figura de Jesucristo, pide á Dios lo libre de sus enemigos. Predice en ella tambien que los que abandonaren á Dios serán confundidos, y los que se retiren de él serán escritos sobre el polvo de la tierra, para ser borrados y desechos bien presto.

El profeta Jeremías tuvo órden de Dios para anunciar al pueblo judaico las desdichas que habian de suceder de allí á poco tiempo á la ciudad de Jerusalen y á toda la nacion; queriendo el Señor de este modo obligarlos á que hiciesen penitencia para aplacar la justicia divina, justamente irritada por la corrupcion general de las costumbres, y á este fin les envió un profeta que les advirtiese y predijese los castigos que les amenazaban. Pero se burlaron é hicieron mofa de la profecía y del profeta. Despues de haber amenazado diversas veces al pueblo su próxima ruina y cautividad, y siempre inútilmente; atacó á los grandes de la córte, á los sacerdotes mismos, y á los doctores ó intérpretes de la ley. Todos vivian en una corrupcion tan general, y estaban tan endurecidos en la impiedad, en la idolatría y en todo género de vicios, que la palabra de Dios, intimada por su profeta, no fué recibida de nadie; ántes bien irritándose todos contra el que se las anunciaba, y procuraba moverlos á penitencia para desviar las desdichas de que estaban amenazados, se pusieron y dedicaron á perseguirlo de la manera mas cruel, y formaron desde entónces el designio de perderlo. Pero el profeta nada temia, ni cedió por esto de su empeño. Viendo que no lo querian oir dictó á Baruc, su principal discípulo, todo lo que habia profetizado contra Jerusalen. Esta profecía se la mostraron al rey Joaquin, el cual sobrecogido y asustado de las desdichas que se le anunciaban, rasgó el escrito y lo echó al fuego; pero Dios le mandó al profeta que volviera á escribir las mismas amenazas en otro volúmen, y que añadiese todavía otras muchas. Esta santa libertad que le infundió el Espíritu de Dios que lo animaba, lo expuso á las persecuciones mas bárbaras de los judíos. Lo pusieron en la cárcel dos ó tres veces; pero no pudiendo sufrir los cortesanos de Sedecías, que sin embargo de su prision echase en cara continuamente á los judíos sus desórdenes, y les anunciase las desdichas que les amenazaban, lo arrojaron á una profunda cisterna llena de cieno, en

donde hubiera perecido, si un etiópe, llamado Abdemelec, á quien su mérito habia puesto cerca del rey, no hubiese obtenido de éste permiso para sacarlo. Los de la ciudad de Anatot, lugar de su nacimiento, fueron al parecer los mas atrevidos en perseguirle, amenazándolo con la muerte si profetizaba mas en el nombre del Señor. Mas él nada temia, y yendo á Jerusalen continuó sus funestas predicciones con el mismo zelo que ántes, y dijo á gritos que el templo no defenderia á la ciudad del furor del Señor, el cual la trataria como habia tratado á Siló, añadiendo que la haria la execracion de todos los pueblos de la tierra. Los pontífices y el pueblo habiéndolo oido, se echaron sobre él, diciendo á gritos, que debian hacerlo morir sin la menor dilacion. Se le prendió, fué llevado ante el rey, á quien le pidieron su muerte, diciendo que la habia merecido por haber profetizado contra la ciudad. Juntáronse los senadores para deliberar sobre ello; y habiendo reconocido que todo su delito consistia, no en haber atraido desdicha alguna sobre la ciudad, sino en haber predicho aquellas de que estaba amenazada de parte del Señor, y en haber querido excitar al pueblo á que hiciese penitencia para aplacar á Dios, lo dejaron libre y absuelto de toda pena, á pesar del furor del pueblo y del ódio de los sacerdotes.

Léjos de acobardarse á vista de tan injustas persecuciones, y de tan frecuentes é inminentes riesgos, nunca se mostró mas intrépido su celo, sus predicciones fueron en adelante ménos vagas y ménos oscuras. Profetizó que el enojo del Señor iba á estallar sobre Jerusalen, y que el instrumento de que se serviria Dios para castigarla era Nabucodonosor, rey de Babilonia. Estas postreras amenazas, con ser tan precisas, todavía no tuvieron fuerza para ablandar á aquellos corazones endurecidos. Todavía hubiera sido tiempo de aplacar al cielo irritado, si aquel desventurado pueblo hubiera recurrido á la clemencia de Dios y á la penitencia. El suceso verificó á poco tiempo todas estas funestas predicciones. Nabucodonosor se encaminó con su ejército hácia el Jordan, para entrar en la Judea.

Habia al otro lado del rio ciertos solitarios, llamados *Recabitas*, del nombre de Recab, uno de los descendientes de Getro, suegro de Moises. Eran estos unas gentes de una vida muy austera, que nada poseian, y que vivian en todo tiempo en tiendas de campaña; su abstinencia era espantosa, pasaban su vida en cantar alabanzas al Señor, acompañadas siempre de instrumentos músicos. Estando

Nabucodonosor para entrar con su ejército en el pais de estos solitarios, se retiraron todos para ponerse á cubierto de los insultos de los soldados paganos, y habiendo pasado el Jordan vinieron á refugiarse á Jerusalen. Luego que llegaron á la ciudad, queriendo Dios confundir á los judíos con el ejemplo de unas gentes tan exactas y tan rigurosamente sujetas al instituto que su padre les habia prescrito, mandó á Jeremías que los tentara para probar su fidelidad, dándoles á beber vino. El profeta los llevó al templo, y habiéndolos hecho entrar en la sala del tesoro, hizo poner delante de ellos unas tazas llenas de vino, mandándoles que bebieran. Todos se excusaron diciendo, que habiéndoles mandado su padre Jonodab, hijo de Recab, que jamas bebiesen vino, ni ellos, ni sus hijos, ni sus descendientes; no lo beberian jamas. Entónces Jeremías, sirviéndose de este ejemplo de observancia, hizo ver á los habitadores de Jerusalen como eran inexcusables en violar tan insolentemente los mandamientos de su Dios; y cómo los Recabitas tendrian derecho para levantarse contra ellos y acusarlos en el gran dia de las venganzas. Todas estas sábias representaciones y reconvenciones del profeta no hicieron otra cosa que irritar mas á aquel pueblo endurecido. Acercándose Nabucodonosor á Jerusalen, Jeremías fué puesto en la cárcel para impedirle el que fuera á predicar al templo, como tenia de costumbre. En fin, despues de la toma y el saqueo de Jerusalen, despues del cumplimiento de todos los males que les habia predicho Jeremías, aquel pueblo infeliz, léjos de reconocerse y volver de sus desbarros, se apoderó del santo profeta, que no cesaba de echarles en cara sus disoluciones y su idolatría, de suerte que no pudiendo sufrir mas sus justas y saludables reprensiones, lo apedrearon en la ciudad de Tafnes. Durante el fuego de estas persecuciones, hizo á Dios la admirable deprecacion que hace el asunto de la Epístola de este dia. Ninguna cosa es mas visible que la analogía que se encuentra en las persecuciones de Jeremías y las de Jesucristo; el asunto del ódio, y los motivos de los perseguidores son muy semejantes; por eso este profeta ha sido mirado en todo lo que padeció de parte de los judíos por la justicia, como figura de Jesucristo en su Pasion.

El Evangelio del dia contiene la sentencia de muerte, por decirlo así, dada en el concilio de los judíos contra el Salvador. La resurreccion de Lázaro era un milagro demasiado pasmoso, para que no hubiera hecho grande impresion en los espíritus. Un número muy

considerable de los que habian sido testigos de él, habian creido en Jesucristo; otros en lugar de rendirse á un milagro tan visible, se endurecieron mas en su incredulidad. Así se ven aun todos los dias gentes endurecerse en el delito y en el error, oyendo ó leyendo lo que convierte á los que tienen un corazon recto, y cuyo espíritu no está fascinado por alguna pasion dominante. Estos judíos obstinados, venidos de Betania á Jerusalen, contaron á los fariseos lo que Jesus acababa de hacer, y les dijeron que aquel milagro habia hecho una grande impresion sobre los espíritus, y que aumentaba todos los dias el número de sus discípulos. Este maravilloso suceso asustó y alteró en gran manera la envidia y el ódio de los enemigos del Salvador; creyeron que debian juntarse para deliberar, y que no habia que perder tiempo. Túvose la junta; la que se componia de los pontífices, escribas y fariseos. Solo se pensó en buscar medios para oprimir al Salvador, como si el bien que hacia en todas partes hubiese sido un mal público, al que se hubiese debido poner un pronto remedio. ¿Qué hacemos, decian, en qué pensamos? Este hombre hace muchos milagros que lo ponen en gran reputacion, y hacen creer al pueblo que es el Mesías. Si lo dejamos libre, todo el mundo creerá en él. Y bien pronto va á ser reconocido por toda la nacion por rey de los judíos y por el Salvador prometido á nuestros padres; lo que dará motivo á que los romanos que no pueden sufrir otra dominacion que la suya, vengan á atacarnos como á unos rebeldes, y destruyan nuestra ciudad, nuestro templo y nuestra nacion. Miéntras que los fariseos creyeron poder desacreditar los milagros del Salvador, lo atacaron como á un enemigo del verdadero Dios. El dia de hoy, que se ven forzados á reconocer su poder, procuran perseguirle como á enemigo del estado. Así el espíritu de error lo hace servir todo á sus designios para perder á un adversario temible. ¿Pero en qué vinieron á parar todas estas precauciones de la sinagoga? En atraer sobre sí aquel mismo mal que juzgaba evitar deshaciéndose de Jesucristo. Los judíos aprehendian que el pueblo elegiria á Jesucristo por rey, y que los romanos tratarian á su nacion como rebelde y la destruirian; pero el delito que este temor imaginario les hace emprender, atrae bien presto sobre toda la nacion la desdicha que ellos hacen semblante de querer evitar.

Despues que se hubo opinado de una y otra parte, Caifas, que presidia el concilio en calidad de sumo pontífice, de que hacia aquel

año las principales funciones, tomando la palabra, les dijo: Vosotros nada sabeis: no veis que es interes nuestro el que un solo hombre muera por todos los otros, y que á no ser que queramos todos perecer, es indispensablemente necesario sacrificar un hombre para salvar á toda la nacion. El Evangelio añade, que no habló así de su cabeza, sino que como era pontífice aquel año, dijo con espíritu profético, que Jesucristo debia morir por la salud de la nacion. ¡Qué admirable es Dios en los medios que emplea para ejecutar sus designios! La pasion y el mismo error sirven aquí, segun sus fines, de órgano á la verdad. Caifas, animado de ódio contra Jesucristo, decreta que se le debe dar la muerte para salvar al pueblo; y sus palabras tomadas en el sentido que él las da, nada tienen que no sea falso, pues la muerte de Jesucristo debe en efecto ser seguida de la destruccion de la nacion judaica; pero Caifas es soberano pontífice aquel año, y sus palabras entendidas en el sentido del Espíritu Santo, que en esta ocasion habla por su boca, son el decreto de muerte dado contra Jesucristo por su Padre para la salvacion de los judíos y de los gentiles. Resolviése, pues, en aquel concilio que muriera Jesucristo. No se trató mas de deliberar sobre ello. Solo se pensó en los medios que se habian de emplear para ejecutar la resolucion que habian tomado.

Por mas secreta que fuese la deliberacion, no lo era para aquel á quien nada se puede ocultar; pero como aun no habia llegado el dia que su Padre le habia señalado, no quiso el Salvador comparecer mas en los parages públicos; retiróse en el pais vecino del desierto á una ciudad llamada Efren, y se detuvo allí con sus discípulos. ¡Cosa extraña! Lo que determina á los judíos á hacer morir al Salvador, es haber resucitado á un muerto enterrado cuatro dias habia; es decir, porque ha hecho el mayor y mas estupendo milagro. ¡Se le debe hacer morir porque prueba visiblemente con el mas pasmoso de todos los milagros su omnipotencia! La injusticia, la malignidad de la mas furiosa pasion, la impiedad, la irreligion jamas obraron tan de concierto, ni tan al descubierto.

La Epístola es del capítulo XVII del profeta Jeremías.

En aquellos dias: Dijo Jeremías: Señor, todos los que te abandonan quedarán confundidos; los que de tí se alejan en la tierra serán escritos; porque han abandonado al Señor, vena de aguas vivas. Sánome, Señor, y quedaré sano; sálvame, y seré salvo; pues que mi

gloria eres tú. He aquí que ellos me están diciendo: ¿Dónde está la palabra del Señor? Que se cumpla. Mas yo no me he turbado siguiendo tus huellas, ó Pastor mio; pues nunca apetecí dia de hombre: tú lo sabes. Lo que anuncié con mis lábios fué recto en tu presencia. No seas para mí motivo de temor, tú, esperanza mia, en el tiempo de afliccion. Confundidos queden los que me persiguen, no quede confundido yo: teman ellos, y no tema yo: envía sobre ellos el dia de la afliccion, y castígalos con doble azote, ó Señor Dios nuestro.

El Evangelio es del capítulo XI de San Juan.

En aquel tiempo: Los pontífices y fariseos juntaron consejo contra Jesus, y dijeron: ¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y la nacion. En esto uno de ellos, llamado Caifás, que era el sumo pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no entendeis nada, ni reflexionais que os conviene el que muera un solo hombre por el pueblo, y no perezca toda la nacion. Mas esto no lo dijo de propio movimiento, sino que como era el sumo pontífice en aquel año, profetizó que Jesus habia de morir por la nacion; y no solamente por la nacion, sino tambien para congregar en un cuerpo á los hijos de Dios que estaban dispersos. Y así desde aquel dia no pensaban sino en hallar medio de hacerle morir. Por lo que Jesus ya no se dejaba ver en público entre los judíos, ántes bien se retiró á un territorio vecino al desierto, en la ciudad llamada Efren, donde moraba con sus discípulos.

FIESTA DE NTRA. SRA. DE LOS DOLORES

QUE SE CELEBRA EN EL VIERNES DE PASION.

En las mas iglesias se celebra este dia la fiesta de la compasion de la Santísima Virgen, ó de nuestra Señora de la Piedad, que en algunas otras se conoce bajo el título de nuestra Señora de las Angustias, y bajo el que la celebramos casi todos hoy dia, es con el hermoso título de nuestra Señora de los Dolores. El modo afectuoso y tierno con que los Santos Padres hablan de lo que la Santísima Vírgen padeció interiormente, durante el curso de la Pasion de Jesucristo, á lo cual llaman ellos la pasion y el martirio de la Santísima Vírgen, es una prueba bastante clara de la veneracion singular que los fieles han profesado en todo tiempo á las amarguras de esta divina Madre afligida; las cuales han hecho que la Iglesia le haya dado el glorioso título de *Reina de los Mártires*.

Esta festividad de los Dolores de la Vírgen Santísima ha sido celebrada desde el año de 1423, instituida en el concilio de Colonia, para reparar de algun modo con esta grande solemnidad lo que los husitas habian hecho contra el honor y el culto de esta dichosa Madre; contra la cual, á imitacion de todos los hereges, habian vomitado mil blasfemias, especialmente condenando las imágenes de la Santísima Vírgen que la representaban con su divino Hijo muerto y puesto en sus brazos despues de descendido de la cruz.

No puede dudarse que la Santísima Vírgen tuviese un perfecto conocimiento del misterio de nuestra redencion, desde el instante en que el Salvador se dignó hacerla su querida Madre; como tampoco puede dudarse que conoció todas las circunstancias de que habia de estar acompañada esta grande obra. Habiéndola escogido el Padre Eterno para Madre de su Hijo, la dió sobre este Hijo todos los derechos que puede tener sobre un hijo una madre; y así fué necesario que consintiese en su muerte y en su sacrificio por la salvacion de los hombres; y este es el sacrificio que hizo con su Hijo cuando fué á ofrecerlo ella misma al templo, donde el profeta Simeon le predijo que la pasion del Hijo seria á un mismo tiempo la pasion de la Madre: *y tú misma tendrás el alma traspasada de una espada;* es decir, que sentiria el mas vivo dolor; que los ultrages que se harian al Hijo, serian para la Madre otras tantas puñaladas que le traspasarian el corazon, siendo el dolor mas cruel que la misma muerte; pues si no muere con su divino Hijo, es para morir tantas veces cuantas lo vea padecer. ¡Oh cristiano! Por tu amor consiente María en la muerte de su divino Hijo, y acepta por la salud de los hombres todo lo que la debe costar la pasion y muerte de su muy amado Hijo. Así pues, ¿no será justo que en este dia consagrado á la pasion dolorosa de María, la acompañes tú en su dolor, sintiendo el no haber correspondido al amor que te ha manifestado ofreciendo á su Hijo para que te salve? Llora tus pasados yerros, y con esto le aliviarás en mucho sus penas.

No es posible comprender lo que la Santísima Vírgen padeció en todo el tiempo que duró la pasion y muerte del Salvador, y todo esto por la salvacion de los hombres. San Arnaldo de Chartres nos dice: "Que uno mismo era el holocausto de Jesus y de María; los dos se ofrecian á un tiempo, María en la sangre, por decirlo así, que manaba de su corazon, y Jesus en la sangre que corria de todas las venas de su cuerpo. El amor compasivo hacia en el alma de la Ma-

dre, lo que los clavos, los azotes, las espinas y la lanza hacian en el cuerpo adorable de su Hijo. La Madre padeció mas de lo que la flaqueza de su sexo, y las fuerzas de la naturaleza humana podian padecer; porque era mas atormentada de los tormentos de su Hijo, que si ella misma los padeciese, pues amaba mas que á sí misma al que era la causa de sus dolores." San Gerónimo dice, hablando de María Santísima: "Otros fueron mártires muriendo por Jesucristo; pero María lo fué mas que todos, muriendo con Jesucristo." "María," dice Ricardo de San Victor, "padeció martirio en su corazon, y la espada de dolor que traspasó su alma en la Pasion de su amado Hijo, fué para ella el mas riguroso martirio." "En los otros mártires," dice San Bernardo, "el grande amor que tenian á Dios, era un lenitivo contra el dolor de sus tormentos; pero la Santísima Vírgen cuanto mas amó, tanto mas padeció, aumentándose sus penas á medida de su amor." "El dolor que sintió la Santísima Vírgen fué tan grande," dice San Bernardino de Sena, "que si se hubiera repartido entre todas las criaturas capaces de sentimiento, las hubiera causado la muerte á todas." "Vuestro Hijo, Vírgen Santísima," exclama San Buenaventura, "padeció en su cuerpo, y vos en vuestra alma; pero todas las llagas esparcidas por su cuerpo, se encuentran unidas en vuestro corazon. ¡Oh suavísimo corazon de María! ¿por qué te has convertido en un abismo de dolores? ¡Qué sentimientos de amor, de veneracion, de sensibilidad y de reconocimiento debo yo tener, considerando á este corazon convertido en un mar de amargura!" Con estos religiosos sentimientos de ternura, de admiracion y de reconocimiento han honrado los Santos las penas, los dolores y la pasion de la Madre del Salvador, y con los mismos, á imitacion suya, debemos honrarlos nosotros. La Santísima Vírgen parió sin dolor á su Divino Hijo; pero para ser Madre nuestra pasó por los mas vivos dolores de la pasion y de la muerte de este mismo Hijo. *Muger, mira ahí á tu hijo: ved aquí á tu Madre.* Estas palabras las pronunció el Salvador en el Calvario, clavado en la cruz y casi al espirar: y como San Juan representaba allí á todos los hombres, á todos les dijo el Salvador en la persona de su discípulo, que María era su Madre, y á todos nos mandó que la mirásemos como á tal, y que la honrásemos, la amásemos y la sirviésemos con toda la ternura, confianza y respeto que deben tener á una tal Madre, los que tienen la dicha de ser del número de sus hijos.

La Iglesia, siempre atenta á excitar en nosotros los afectos mas

vivos de religiosidad y de ternura, ha dictado en el oficio y misa de esta festividad, cuanto puede coadyuvar á aquel intento: las expresiones mas vivas, los conceptos mas sublimes, los sentimientos mas íntimos, se ven en él obrando de un modo poderoso en nuestros corazones, aquellas afecciones tiernas y sensibles que son propias de los hijos amantes, y que al mismo tiempo recogen nuestros espíritus, y los empeñan en el ejercicio de la virtud y práctica de la penitencia. Ella nos convida á caminar al monte de la mirra, al collado del incienso, haciéndonos ver que el Gólgota sangriento es un altar en que se ofrece la víctima sagrada, en cuyo sacrificio no solo somos interesados por su efecto saludable en nuestra redencion, sino que debemos ser tambien los oferentes; pues Cristo en tanto se ofreció por nosotros, en cuanto era verdadero hombre, hermano nuestro, y no se ofreció sin participio nuestro, sino en nombre de todos sus hermanos; de manera que se hizo nuestro para que lo ofreciéramos al Padre por la salud de todos. Contempla luego la Iglesia el lastimoso estado de destruccion y aniquilamiento á que los tormentos y la efusion de sangre redujeron á Jesucristo en pocas horas, y la humillacion incomprensible á que se vió abatida la magestad de los cielos y la gloria del enviado de Dios entre los hombres; y afectada vivamente de una catástrofe tan dolorosa, pregunta á la Vírgen Madre que se ha hecho aquel Hijo que alegraba sus dias, que embellecia á los cielos, y que apareciendo como un lucero resplandeciente en la noche de este mundo, se llevaba tras sí los ojos y los corazones de los hombres. ¿Dónde se ha ido, le dice, dónde se ha ido tu amado, oh la mas hermosa de todas las mugeres? ¡Díuos dónde se ha ido? ¡Ah, que bastante se conoce que se habla aquí de aquella ida que puede llamarse mudanza en el aspecto, segun lo cual habia dicho Isaías hablando de Cristo en su pasion: "Le vimos, y no tenia figura....; su rostro está como escondido y despreciado; de donde es que ni lo conocimos. La Vírgen Madre, vivamente afectada de la pérdida que ha hecho en su Hijo, se lamenta y hace conocer sus incomparables cualidades. "Mi amado, dice, es cándido y rubicundo." En esto nos hace ver que aquel cuya pérdida llora, es su Dios y su Hijo: en lo cándido ó blanco se denota su divinidad: en lo rubicundo ó encarnado, la humanidad que por la encarnacion tomó en el seno de esta su misma Madre adolorida. Mas ella continúa haciéndonos ver que todas las delicias y la gloria que le vinieron en su Hijo muy amado, se han con-

vertido para ella en dolor y amargura. "Mi amado, dice, se ha hecho para mí un hacecillo de mirra, que mora y morará siempre en mi pecho." Baste este corto rasgo para darnos una idea de las bellezas de este oficio y del modo tierno y patético con que se nos proponen los altos y escondidos misterios de la pasion de Cristo y de los dolores de su Madre; de cuyos anuncios abundan los salmos de que se compone.

En la misa se lee la Epístola del libro de Judit al capítulo XIII, donde Ozías, príncipe del pueblo de Israel, bendice al Señor, ensalzando la virtud y el valor de Judit, por el cual habia librado á su pueblo exponiendo su vida para evitar la ruina de su nacion, y hacer que desapareciesen las tribulaciones que padecia, y con ellas la angustia en que se hallaba. "Bendita tú, le dice, bendita tú, hija del Señor Dios excelso, mas que todas las mugeres de la tierra. Bendito el Señor que crió el cielo y la tierra; porque hoy engrandeció tu nombre, de manera que tu alabanza no se apartará de la boca de los hombres que se acordaren de la virtud de Dios, y por los cuales no perdonaste tu propia alma por las angustias y tribulaciones de tu nacion, sino que subveniste á la ruina, exponiéndote para librarnos de ella." Nada que mas convenga al esfuerzo de María en el Calvario que el contenido de esta Epístola; pues vemos que con su sacrificio consumó aquella empresa que anunció Dios desde el principio de los tiempos. Yo pondré enemistades, dijo á la serpiente, entre tú y la muger: ella quebrantará tu cabeza. Comenzó en efecto esta obra en la Encarnacion del Divino Verbo en las entrañas de María: existia ya aquella muger admirable, encomendada de tan alta empresa: ya habia hollado la cerviz del dragon con su concepcion inmaculada: quebrantóla mas con la concepcion y el parto de su Hijo Jesus, Redentor de los siglos, Reparador de la naturaleza humana; pero hoy acaba de rendirla y postrarla por el sacrificio de su Hijo, en que ella toma tanta parte cuanta pudo tomar la verdadera Madre de Jesucristo. Mediante este sacrificio, es ya libre el hombre y canta su victoria, bendiciendo al Señor que así ensalzó la virtud de su Madre, humillando y postrando al infernal Holofernes, á quien cortó la cabeza de la dominacion que se habia adquirido sobre los hombres, mediante la idolatría y todos los vicios.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Juan, y nos refiere que estaban junto á la cruz de Jesus su Santísima Madre y María

de Cleofas, prima hermana de la Santísima Vírgen, y María Magdalena; y que viendo Jesus á su Madre y al discípulo amado que estaba allí tambien, dijo á su Madre: "Muger, ahí tienes á tu hijo;" y luego dijo al discípulo: "He ahí á tu Madre;" y que desde aquella hora la recibió el discípulo por suya. Insinúase aquí, dice el Padre San Ambrosio, una moral, que resplandeciendo en Jesucristo, se hace una regla para todos nosotros. El Hijo de Dios y de María presta á su Madre los últimos obsequios, y llena toda obligacion de hijo, proveyéndola de otro hijo que la asista y consuele en su orfandad. Ni la agudeza de los dolores, ni los insultos de sus enemigos, ni la congoja de la muerte turban á Jesus para que no cumpla con los deberes de hijo para con su amorosa Madre: en el corazon de ésta queda viva esta fineza para una gratitud perpetua; pues nada pierde Dios de cuanto emplea en su fervorosísima Madre. Así y con mucha mas razon debe grabarse en nuestra gratitud, pues que esta última voluntad y disposicion testamentaria de nuestro Padre, nos ha dejado la herencia mas rica y el legado mas precioso que pudiéramos apetecer.

Mas por otra parte, ¡cuán dolorosa debió ser para la Santísima Vírgen esta disposicion! El Padre San Bernardo, penetrado de dolor, exclama: "¡Verdaderamente atravesó tu alma la espada del dolor, oh Vírgen Madre! ¿Por ventura no fué para tí mas penetrante que una espada aquella palabra que pasando de parte á parte tu alma, llegó á tocar hasta la division del alma y del espíritu: Muger, ahí tienes á tu hijo? ¡Oh sustitucion! ¡Se te da á Juan por Jesus; al siervo por el Señor; al discípulo por el Maestro; al hijo del Zebedeo por el Hijo de Dios; al hombre puro por el Dios verdadero! ¿Cómo no habia de atravesar tu alma esta palabra, cuando solo su consideracion hace pedazos de dolor nuestros pechos de bronce?" Así se explica S. Bernardo, y así debe explicarse toda alma devota de María: la que fuere insensible á los padecimientos de esta su tierna Madre, debe temblar de su futura suerte. ¡Ah! ¿cómo puede prometerse ser participante de sus gozos en la patria la que no participa de sus dolores en la tierra? ¡No suceda á nosotros tal desgracia! Si la tibieza, si la disipacion, si el espíritu del mundo, si algun pecado oculto nos ha traido la insensibilidad, tratemos del remedio, enmendemos el daño, corrijamos el vicio, y procuremos que nuestro corazon tome la parte que debe y puede en los dolores de María.

La Epístola es del capítulo XIII del libro de Judit.

El Señor ha derramado sobre tí sus bendiciones comunicándote su poder; pues por medio de tí ha aniquilado á nuestros enemigos. Bendita eres del Señor Dios Altísimo, tú, ó hija, sobre todas las mugeres de la tierra: Bendito sea el Señor creador del cielo y de la tierra, que dirigió tu mano para cortar la cabeza del caudillo de nuestros enemigos: porque hoy ha hecho tan célebre tu nombre, que no cesarán jamas de publicar tus alabanzas cuantos conservaren en los venideros la memoria de los prodigios del Señor; pues no has temido exponer tu vida por tu pueblo, viendo las angustias y la tribulacion de tu gente, sino que has acudido á Dios para impedir su ruina.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Juan.

En aquel tiempo: Estaban junto á la cruz de Jesus, su Madre, y la hermana de su madre, María Cleofas y María Magdalena. Habiendo mirado pues Jesus á su Madre y al discípulo que él amaba, el cual estaba allí, dice á su Madre: Muger, ahí tienes á tu hijo. Despues dice al discípulo: Ahí tienes á tu Madre. Y desde aquel punto la recibió por suya.

MEDITACION.

Sobre la grandeza de los dolores de nuestra Señora.

Considera que los dolores de la Santísima Vírgen en la pasion de su Divino Hijo Jesucristo, se comparan al mar, porque solo su inmensidad puede servir de término de comparacion para hacernos conocer en algun modo la grandeza de la pasion de María. Los santos padres son de sentir que hubiera muerto por la intensidad de su dolor, si no hubiera sido sostenida por la virtud del Altísimo. El padre San Bernardo llama martirio á los dolores de María; dice que fué mártir en el corazon y en el alma, y la predica mas que mártir y reina de los mártires. Siglos y siglos han corrido sobre la tierra, y aquella pregunta del Profeta relativa á los dolores de Jesus y de María no ha tenido respuesta. *¡Oh vosotros los que pasais por el camino, atended y ved si hay dolor semejante á mi dolor!* Pregunta es esta dirigida á los hombres todos que viniendo á este mundo han hecho el viage de su vida mortal, padeciendo y sufriendo cuantas calamidades, cuantos dolores y amarguras ha atraido sobre los hombres el pecado de Adan, y les ha hecho sufrir la ira de Dios Omnipotente: aquí los huérfanos y las viudas: aquí los enfermos y los moribundos: aquí los perseguidos y encarcelados; aquí los que devora la miseria y consume el hambre; aquí los que postra la espada en la campaña ó devora el incendio en las ciudades; aquí el mísero náufrago sepultado en los abismos del piélago profundo ó devorado por el monstruo marino: aquí el que vuela la explosion de una nave ó derrite y sepulta la lava volcánica. ¿Para qué es cansarnos? Cierto es que todos estos y cuantos padecen tribulaciones en la tierra, con tanto padecer no han padecido una mínima parte de lo que padeció la inocente María en el Calvario. Esta pregunta, pues, no ha tenido respuesta, ni la tendrá en todos los siglos; porque en efecto, no hay ni puede hallarse dolor semejante al dolor de María. Por tanto dice la afligida Madre: ¡Ah, dejadme, dejadme: el llanto es mi único recurso: no querais empeñaros en darme algun consuelo: porque mi dolor es tal, que no puede templarse en modo alguno.

Considera que la viveza é intensidad del dolor de María solo puede medirse por su amor; si bien este es tan grande y tan desconocido para nosotros, que aun por esta vía hallamos su dolor incomprensible. Era menester que supiéramos lo que es tener á Dios por hijo, y juntarse en uno el amor de madre á hijo y de una alma llena de inmensa gracia y caridad á su Dios amantísimo: era menester que supiéramos cómo sienten una alma y un corazon que jamas han estado en la desgracia de su Dios, que han sido dotadas de las virtudes mas sublimes y de los sentimientos mas nobles y mas finos; que están poseidos y penetrados hasta lo mas íntimo de un amor ardentísimo, sobremanera tierno y afectuoso, y sin ninguna de aquellas deformidades é inconvenientes que se encuentran en el amor de las criaturas. Era menester por último saber cómo siente una madre de estas prendas y cualidades, que ve á su hijo inocente hecho el blanco del furor y la rabia de sus encarnizados enemigos, que tumultúan contra él, piden su muerte á voces, y como leones embravecidos se arrojan sobre él, lo bañan en su sangre, despedazan sus carnes, lo insultan, lo escarnecen, lo clavan en un leño entre facinerosos, para que muera lleno de afrentas, lleno de amarguras, penetrado hasta lo íntimo de agudísimos dolores, y en tal desolacion y desamparo, que ni del cielo ni de la tierra prueba con-

suelo ni lenitivo alguno, ¿y tú le ves, oh Madre? ¿Tú le encuentras caminando al suplicio, cargando sobre sus hombros el afrentoso madero en que ha de dar su espíritu? ¿Tú le miras colgado, vertiendo sangre, de sus heridas, estremeciéndose por la agudeza del dolor, y entre las convulsiones, el frio y la palidez de la muerte, proveyéndote de un hijo que te asista y te cuide en tu orfandad? ¿Tú le ves, tú le escuchas, y no mueres? ¡Ah, que en no morir consiste tu muerte; porque de tu Hijo Santísimo y de tí estaba escrito que sus dolores y los tuyos eran dolores de infierno; de donde es que á semejanza de estos se alimenta tu vida de tu mismo dolor, para que mas padezcas y padezcas sin fin!

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿De qué manera, adolorida Madre, podré corresponder al amor que me muestras padeciendo por mí? ¡Ah, yo subiré á ese monte de la mirra, á ese collado del incienso, donde intrépida ofreces al Eterno la víctima sangrienta de tu Hijo; donde la espada de la justicia divina que devoró la víctima sagrada, de parte á parte atraviesa tu alma. Yo subiré ya con el derecho de hijo tuyo, hijo de tus dolores, á costa de los cuales me has dado á luz; pero no subiré á aumentar tus dolores con mi insensibilidad é impenitencia; sino á llorar contigo, á llorar mis pecados, á que me participes de tus penas, que me laves y esmaltes con la sangre de tu Hijo, me apliques á sus llagas, y hagas correr sobre mi rostro y hasta mi corazon las tiernas lágrimas que derraman tus ojos maternales.

JACULATORIA.

Ea, Madre, fuente del amor, hazme sentir la fuerza del dolor para que llore contigo.

LECCION.

Sobre los dolores de Nuestra Señora.

Consta del Evangelio que la Santísima Vírgen María asistió á la pasion de su Hijo divino en el Calvario. Expresamente lo dice el evangelista San Juan por estas palabras: "Estaba junto á la cruz de Jesus su Madre, &c." En estas cortas palabras nos describe el evangelista, en solo un rasgo valiente, todo un misterio, todo el amor de una madre, y toda la virtud de una hija del Altísimo.

Porque, en primer lugar, vemos que al asistir María al sacrificio de su Hijo, no es solo al impulso del amor materno, sino que envuelve un misterio de mucha gloria para Dios, y gran provecho nuestro. Es de fé que solo Cristo pudo redimirnos, y que solo él nos redimió en efecto sin necesitar de ayuda ó cooperacion de criatura alguna, aun de su misma Madre; y que su sacrificio fué no solo suficiente, sino superabundantísimo para redimir á todo el linage de Adan, en sus dos sexos, hombres y mugeres, como en efecto así se hizo. Sin embargo, el Hijo de Dios, que se habia hecho hombre en el vientre de María, quiso que esta su Madre sacratísima tuviese parte en su pasion, de manera que sin recibir lesion alguna en su cuerpo santísimo, sintiese y padeciese en su corazon maternal, y con toda la plenitud que pudo darse en su capacidad extraordinaria, todo lo que él padecia sensiblemente en su cuerpo; y por la comunicacion de sus almas y de sus corazones, lo que él padecia en su interior, con todo lo que le alcanzaba en su deshonra, en su pobreza, en su desamparo. Cierto es que en la misma pasion de su Hijo era redimida María, pues por la prevision de la muerte de su Hijo fué preservada del pecado original, y libre de toda mancha; mas esto no quita que logrando el fruto de su propia salud, cooperase á la nuestra, no por necesidad, sino por la excelencia y grandeza del amor de Cristo y de María para con nosotros, que obligó al Señor á proveernos en ella de una Madre que reparase los daños que nos infirió nuestra primera madre Eva. Hízolo en efecto María por el fruto de su vientre Cristo Jesus; pero quiso ademas, conformándose con la disposicion de su Hijo, tener parte en su sacrificio, pagando en cierto modo con sus dolores, la pena que Eva merecia; de donde es que en esta hora, en este sacrificio, al pié mismo del árbol de la cruz en que iba á expirar su Hijo, recogiese María con sus dolores los hijos que Eva entregó á la perdicion con su pecado; sin que por esto digamos que la satisfaccion de Cristo no fuese sola y única la que pagó la deuda de Adan y Eva, y de todos sus hijos; sino solo por la sobre abundancia de su amor generoso, liberal y magnífico que quiso darnos en el sacrificio de su Madre una muestra patente de que nada reservó, esto es, que nada tuvo que no sacrificase por nosotros. He aquí una razon poderosa para que la esforzada María estuviese en pié junto á la cruz de su Hijo, sin huir de un sitio tan doloroso, ni buscar desahogo ó lenitivo alguno que

en algo templase la acerbidad de sus dolores, ó minorase el mérito de su sacrificio.

No convenia ménos á la fineza de su amor materno, que era tal, que no le permitia huir ó estar léjos de su unigénito; razon porque llega animosa hasta la cruz, y ya que no puede socorrerlo en modo alguno, ni disminuir su pena, se acerca cuanto puede, lo mira, lo contempla, le habla con el corazon, y se conserva atenta á cuanto pasa á su Hijo en aquellas tres horas de dolor y de penas incomprensibles. ¡Oh, y quien podrá contemplar lo que pasa en los corazones de Jesus y de María en esta hora tristísima! Jesus tiene patentes todas las penas de su adolorida Madre; registra sus pensamientos y sus afectos todos; y María, absorta en lo que su Hijo padece, contempla principalmente lo que siente su corazon, y se engolfa del todo en el inmenso mar de su pasion interior. ¡Ah, que ella corre con su Hijo una misma borrasca! Vine, le dice con el profeta, vine á la altura del mar, y la tempestad me sumergió. ¿Ni cómo podia ser de otra manera cuando no podia darse entre María y Jesus, no solo indiferencia, mas ni el menor resfrio en el amor inmenso con que se aman: amor que en este trance se convierte en dolor; pues no teniendo nada de lo que puede consolar ó recrear al corazon amante, toda su actividad, toda su fuerza está en sentir las penas de su amado.

Suben estas de punto en la situacion de María, por lo que debe á la perfeccion de su virtud en la plena y consumada conformidad que esta le exige con las disposiciones del Altísimo. Esta conformidad hace que María apruebe el sacrificio de su Hijo, que preste su consentimiento y suscriba los decretos eternos que él cumple en su pasion y muerte. He aquí otra razon poderosa para la firmeza y constancia con que la adolorida Madre se mantiene en pié junto á la cruz de su Hijo. ¡Nuevo tormento! ¡nuevo sacrificio! que el corazon que mas siente sea el mas esforzado para superar sus dolores, y hallarse tan resignado en la disposicion divina, que si esta hubiese sido que ella misma, como otro Abraham, sacrificase á su Hijo aun del modo mas cruento y doloroso, lo hubiera ejecutado sin vacilar un punto, dicen los padres de la Iglesia. He aquí, como la Vírgen Madre de Dios, se halló tambien en el Calvario como ministro del sacrificio de su Hijo. No por esto faltaba en lo mas mínimo al amor que le debia, pues el amor que nos viene de Dios y produce la gracia y la virtud, es un amor sábio, que prefiere la gloria

de Dios y la obediencia á su voluntad santísima á cualquiera otra consideracion; de donde es que así como Dios Padre amando á su Hijo lo dió á los hombres para que con su Pasion y muerte los redimiese, así María amando á este mismo Hijo suyo, de quien es verdadera Madre, nos le dió plenamente para que padeciese y muriese por nosotros. ¡Oh! no sea en vano, Santísima María, no sea en vano para nosotros tu doloroso sacrificio, ni desaprovechemos el ejemplo que nos da en el Calvario tu incomparable virtud. Haz, Vírgen Santa, que los que así contemplamos y veneramos tus dolores, participemos de la gloria inefable y sumo gozo que por ellos disfrutas en la patria.

Sábado de la Semana de Pasion.

Este Sábado se contó por mucho tiempo en el número de los días vacantes, por no tener oficio particular, sobre todo en la Iglesia de Roma. Era la causa que el papa se hallaba todo el dia ocupado en la distribucion de limosnas, que le impedian aplicarse á la estacion de los fieles y á los oficios. Por ministerio del papa se repartia el pan fermentado en el palacio de Letran que habitaba, y las limosnas de toda especie en el Vaticano á los pobres y á los extrangeros que concurrian en gran número, y asimismo á los enfermos y necesitados vergonzantes de todos los cuarteles de la ciudad.

En el lugar destinado para estas segundas distribuciones, habia una fuentecilla de agua que se llamaba la Forma Sabática, en la cual el papa lavaba en este dia los piés á los pobres que recibian de su mano la limosna, y se hacia esta ceremonia para honrar la memoria de lo que hizo la Magdalena cuando derramó el bálsamo sobre los piés del Salvador, y tambien para aligerar las atenciones del Juéves Santo, entre cuyas ceremonias está la de lavar los piés, como lo hizo Jesus con sus discípulos la víspera de su muerte. Los escritores han juzgado diversamente acerca de la inteligencia del pan fermentado que se distribuia en el palacio de Letran.

No se dió oficio propio á este Sábado hasta el siglo XII. Hubo tambien su variedad tomándose en unas iglesias varias partes del oficio del Miércoles precedente, en otras el del Juéves, y en algunas se contentaban con repetir el del Viérnes precedente, hasta que se fijó el que se notará en las partes de esta historia.

en algo templase la acerbidad de sus dolores, ó minorase el mérito de su sacrificio.

No convenia ménos á la fineza de su amor materno, que era tal, que no le permitia huir ó estar léjos de su unigénito; razon porque llega animosa hasta la cruz, y ya que no puede socorrerlo en modo alguno, ni disminuir su pena, se acerca cuanto puede, lo mira, lo contempla, le habla con el corazon, y se conserva atenta á cuanto pasa á su Hijo en aquellas tres horas de dolor y de penas incomprensibles. ¡Oh, y quien podrá contemplar lo que pasa en los corazones de Jesus y de María en esta hora tristísima! Jesus tiene patentes todas las penas de su adolorida Madre; registra sus pensamientos y sus afectos todos; y María, absorta en lo que su Hijo padece, contempla principalmente lo que siente su corazon, y se engolfa del todo en el inmenso mar de su pasion interior. ¡Ah, que ella corre con su Hijo una misma borrasca! Vine, le dice con el profeta, vine á la altura del mar, y la tempestad me sumergió. ¿Ni cómo podia ser de otra manera cuando no podia darse entre María y Jesus, no solo indiferencia, mas ni el menor resfrio en el amor inmenso con que se aman: amor que en este trance se convierte en dolor; pues no teniendo nada de lo que puede consolar ó recrear al corazon amante, toda su actividad, toda su fuerza está en sentir las penas de su amado.

Suben estas de punto en la situacion de María, por lo que debe á la perfeccion de su virtud en la plena y consumada conformidad que esta le exige con las disposiciones del Altísimo. Esta conformidad hace que María apruebe el sacrificio de su Hijo, que preste su consentimiento y suscriba los decretos eternos que él cumple en su pasion y muerte. He aquí otra razon poderosa para la firmeza y constancia con que la adolorida Madre se mantiene en pié junto á la cruz de su Hijo. ¡Nuevo tormento! ¡nuevo sacrificio! que el corazon que mas siente sea el mas esforzado para superar sus dolores, y hallarse tan resignado en la disposicion divina, que si esta hubiese sido que ella misma, como otro Abraham, sacrificase á su Hijo aun del modo mas cruento y doloroso, lo hubiera ejecutado sin vacilar un punto, dicen los padres de la Iglesia. He aquí, como la Vírgen Madre de Dios, se halló tambien en el Calvario como ministro del sacrificio de su Hijo. No por esto faltaba en lo mas mínimo al amor que le debia, pues el amor que nos viene de Dios y produce la gracia y la virtud, es un amor sábio, que prefiere la gloria

de Dios y la obediencia á su voluntad santísima á cualquiera otra consideracion; de donde es que así como Dios Padre amando á su Hijo lo dió á los hombres para que con su Pasion y muerte los redimiese, así María amando á este mismo Hijo suyo, de quien es verdadera Madre, nos le dió plenamente para que padeciese y muriese por nosotros. ¡Oh! no sea en vano, Santísima María, no sea en vano para nosotros tu doloroso sacrificio, ni desaprovechemos el ejemplo que nos da en el Calvario tu incomparable virtud. Haz, Vírgen Santa, que los que así contemplamos y veneramos tus dolores, participemos de la gloria inefable y sumo gozo que por ellos disfrutas en la patria.

Sábado de la Semana de Pasion.

Este Sábado se contó por mucho tiempo en el número de los días vacantes, por no tener oficio particular, sobre todo en la Iglesia de Roma. Era la causa que el papa se hallaba todo el dia ocupado en la distribucion de limosnas, que le impedian aplicarse á la estacion de los fieles y á los oficios. Por ministerio del papa se repartia el pan fermentado en el palacio de Letran que habitaba, y las limosnas de toda especie en el Vaticano á los pobres y á los extrangeros que concurrian en gran número, y asimismo á los enfermos y necesitados vergonzantes de todos los cuarteles de la ciudad.

En el lugar destinado para estas segundas distribuciones, habia una fuentecilla de agua que se llamaba la Forma Sabática, en la cual el papa lavaba en este dia los piés á los pobres que recibian de su mano la limosna, y se hacia esta ceremonia para honrar la memoria de lo que hizo la Magdalena cuando derramó el bálsamo sobre los piés del Salvador, y tambien para aligerar las atenciones del Juéves Santo, entre cuyas ceremonias está la de lavar los piés, como lo hizo Jesus con sus discípulos la víspera de su muerte. Los escritores han juzgado diversamente acerca de la inteligencia del pan fermentado que se distribuia en el palacio de Letran.

No se dió oficio propio á este Sábado hasta el siglo XII. Hubo tambien su variedad tomándose en unas iglesias varias partes del oficio del Miércoles precedente, en otras el del Juéves, y en algunas se contentaban con repetir el del Viérnes precedente, hasta que se fijó el que se notará en las partes de esta historia.

El introito de la misa es el mismo del dia antecedente: Compadeceos, Señor de mi afliccion que no puede ser mayor. Toda mi confianza está en vos; y aunque parece que han de acabar conmigo mis enemigos, por ser muchos y muy grande su malicia, vos sabreis muy bien librarme de sus manos; de suerte que toda su malicia y su crueldad solo servirán para hacer con vuestra asistencia mas gloriosa y mas completa mi victoria.

La Epístola contiene una especie de conspiracion que los judíos hacian contra Jeremías, la cual miramos nosotros como una figura de la que los descendientes de aquellos judíos formaron mas adelante contra Jesucristo.

Se dijo en el dia antecedente cuál era el orígen envenenado de aquel odio mortal que los judíos habian concebido contra el santo Profeta. Les anunciaba por órden de Dios las desdichas que habian de venir sobre ellos, en castigo de sus horribles desórdenes. ¿Pero qué mal les hacia? ¿Qué motivo toman para querer quitarle la vida? ¿A lo ménos no debian de aguardar el evento de las predicciones del Profeta? Sus predicciones no eran la causa de los males que les amenazaban; al contrario, eran un medio que Dios les daba, para prevenirlos y evitarlos; por otra parte, los judíos no ignoraban sus delitos: ¿qué hubieran arriesgado en hacer penitencia y corregirse? El evento no tardó en verificar la funesta prediccion. Pero ni aun por esto dejaron de perseguir al Profeta, sino que se exasperaron mucho mas y se empeñaron en perseguirle con mas furor. Venid y formemos nuevos designios contra Jeremías, por mas irreprensible que sea en su conducta y en sus costumbres; nos ha anunciado todas las desdichas que nos suceden; es menester perderlo. Así discurre la pasion: nunca se discurre de otro modo, cuando es la pasion quien domina. Algunos intérpretes dan á estas palabras otro sentido, que no hace ménos injusto el modo de discurrir de los judíos: Venid, hagamos perecer á Jeremías; porque miéntras viva, jamas perderá de vista la ley, jamas dejará de observarla, y así no cesará de echarnos en cara el que nosotros la violamos; nos fatigará eternamente con los importunos consejos de su pretendida sabiduría, y con sus molestas predicciones. Venid, hirámosle con los tiros agudos de nuestras lenguas. Tiznemos su reputacion con toda especie de calumnias. En todas estas persecuciones era Jeremías una figura harto expresa de Jesucristo. Apénas se dijo cosa de este santo Profeta que no convenga todavía mejor al Salvador

perseguido por los judíos. Vosotros decís: ¿Cómo quitamos la vida á Jesucristo, habiendo sido Pilatos quien lo condenó, y sus soldados los que ejecutaron la sentencia? Tambien vosotros, ó judíos, le disteis la muerte, dice San Agustin: ¿y cómo le hicísteis morir? Con la espada de la lengua, porque aguzásteis vuestras lenguas; ¿y cuándo os servísteis de esta espada para darle la muerte, sino cuando gritásteis: crucifícalo, crucifícalo?

Señor, poned sobre mí vuestros ojos, dice Jeremías, y atended á las palabras de mis enemigos. ¿Por ventura se paga mal por bien? ¿Quién jamas tuvo mas razon para hacer esta reconvencion á los judíos y para quejarse de ellos que Jesucristo? Yo no os he hecho sino bien, les dice. ¿Qué de enfermos he curado? ¿Qué de muertos he resucitado? ¿Qué de hambrientos he alimentado? ¿Por cuál de estos beneficios y de estos milagros quereis quitarme la vida? ¿Mi muerte de cruz que pedís con tan furiosas instancias, debe ser todo el fruto de vuestro agradecimiento? Acordaos, Señor, continúa el Profeta, que me he presentado delante de vos para pediros que les perdoneis, para desviar vuestra indignacion de este pueblo ingrato.

Pide á Dios el Profeta que castigue á los judíos, abandone á sus hijos á la hambre, &c. No es, dicen los padres, un espíritu de amargura y de venganza el que hace hablar así á Jeremías, sino un espíritu del zelo por la gloria de Dios, y de caridad por aquel infeliz pueblo, que no habiéndose hecho mejor con las exhortaciones ni con las amenazas, pide el Profeta que se conviertan siquiera con el castigo y las aflicciones. Pide que el pecado sea castigado, para que la impunidad no fuese un motivo de escándalo á sus descendientes. Vos, Señor, continúa el Profeta, conoceis todas sus malignas intenciones y la conspiracion que han tramado contra mí; tratadlos con toda severidad al tiempo de vuestro furor. No es esto, dicen los Padres, deseo de un zelo amargo, sino una simple profecía de lo que debia de suceder bien presto.

El Evangelio de este dia es del capítulo XII de San Juan, en el que cuenta lo que sucedió el dia despues de haber comido Jesucristo en casa de Simon, donde se habia hallado presente Lázaro nuevamente resucitado.

Los príncipes de los sacerdotes al ver que muchos judíos se retiraban de ellos despues de esta milagrosa resurreccion, y creian en Jesucristo, como que Lázaro resucitado era un monumento vivo é

incontestable del poder divino de Jesucristo, los príncipes, pues, de los sacerdotes y los mas calificados de la nacion, resolvieron quitar la vida á Lázaro. Pensamiento tan extravagante como cruel, dice San Agustin; porque ¿por ventura el golpe que quitaria la vida á Lázaro, quitaria á su bienhechor el poder de devolvérsela? ¿El que habia podido resucitar á Lázaro de muerte natural, no hubiera podido resucitarlo de muerte violenta? Todo el delito de Lázaro para con los príncipes de la sinagoga, era ser amigo de Jesucristo.

El dia siguiente, esto es, cinco dias ántes de su Pasion, el Salvador, que se habia quedado esa noche en Betania, se puso en camino con sus discípulos para venir á Jerusalen, adonde acudian gentes de todas partes para celebrar la fiesta de la Pascua. Cuando estaba á mitad del camino, viendo delante de sí la aldea de Betfage, que estaba á la falda del monte Olivete, envió á ella dos de sus Apóstoles para que le trajesen un jumentillo: montó en él para cumplir hasta las mas menudas circunstancias de la profecía de Zacarías, y se encaminó á la capital. Habiendo sabido el pueblo y todos los extrangeros, que venia el que habia resucitado á Lázaro, le salieron en tropas al encuentro, llevando en las manos ramos de palmas, y gritando: ¡Hosanna! bendito sea el rey de Israel que viene en el nombre del Señor. Esta especie de triunfo trocó en furor la envidia de los fariseos. ¿No veis, se decian unos á otros, que todas nuestras maniobras solo sirven para hacerlo mas poderoso? Todo el mundo se va tras él, y á poco que nos descuidemos en ejecutar lo que hemos resuelto, todo el pueblo se va á declarar por él y ya no nos respetará á nosotros como sus maestros.

Pero como no era justo que solo los judíos conociesen al que habia venido á salvar á todo el mundo, inspiró Dios á los gentiles un gran deseo de verlo. Estos se dirigieron á Felipe, uno de los doce Apóstoles á quien conocian, y le dijeron que deseaban mucho ver á Jesus. Habiéndolo comunicado Felipe á Andres, entrambos se lo dijeron á su Maestro. Entónces el Salvador, tomando ocasion de este deseo que tenian los gentiles de verlo, manifestó á sus discípulos muchos y muy grandes misterios. Ha llegado el tiempo, les dijo, en que el que hasta ahora solo se ha llamado Hijo del Hombre, será adorado de todos los pueblos como Hijo de Dios: en toda la tierra se le tributarán de hoy en adelante los honores divinos que le son debidos; atraerá á sí naciones enteras con mas facilidad que ha atraido hoy este pueblo y este corto número de gentiles que lo han reconocido por lo que es. Pero como la conversion de tantos pueblos debia ser el fruto de los oprobios de su pasion y de su muerte, añadió, que él seria semejante al grano de trigo, que no hace ni produce nada, si primero no muere en la tierra donde se ha sembrado. Yo soy este grano, les dijo, que no he de morir sino para resucitar, y con mi muerte y mi resurreccion he de atraer y congregar todos los pueblos á mi Iglesia. Ademas de esto añadió, que ellos debian morir tambien para volver á vivir gloriosamente como él; que los que buscan demasiado sus conveniencias y comodidades, los que no viven sino para los placeres ó entre los placeres de la vida, se hacen infelices por toda la eternidad y se procuran la muerte eterna: como al contrario, los que aborrecen su propia carne por amor del Señor tratando su cuerpo duramente, los que se niegan á todas las delicias de la vida, estos la conservarán para toda la eternidad y asegurarán una felicidad eterna. Esta máxima es austera, añadió el Señor; los sentidos la miran con horror, y el amor propio se asusta al oirla: ¿pero debe quejarse el criado de ser tratado como su señor? Y cuando su Señor no le pide al criado sino lo que ve hacer á su Señor, ¿puede decir que se le pide demasiado? En el mundo el señor manda lo que no hace; pero yo siempre hago primero lo que mando. En el mundo el criado jamas habita en el cuarto de su señor: en mi servicio, en cualquiera lugar que yo esté, está igualmente el criado que me sirve. Se debe pelear y combatir, cuando se vive bajo de mis banderas, es verdad; pero la victoria resarce muy bien las fatigas del combate; y mi Padre que corona todas las fatigas que se padecen por él, llena de gloria á todos los que me sirven. Todo esto será efecto de mi muerte. Y no penseis que aunque la muerte dolorosa ó ignominiosa que he de sufrir por la salud de todos los hombres, sea voluntaria y la haya yo elegido, no he de sentir todos los terrores naturales y toda la amargura que trae consigo. La muerte, los dolores y los oprobios me son á mí mas sensibles y mas crueles que pueden serlo á cualquiera otro hombre. La sola imágen que me formo de la muerte, el solo pensamiento que tengo de ella, conturba desde ahora mi espíritu. La perfecta conformidad que habia entre la voluntad humana y la divina de Jesucristo, no disminuia un punto la vivacidad del sentimiento que debia producir en la parte inferior la idea de una muerte cruel: tampoco este sentimiento se oponia en nada á la perfecta sumision que tenia á las órdenes de su Padre, á las cuales él mismo habia asentido y suscrito libremente; el

terror y turbacion que el Salvador muestra aquí á vista de su pasion, le eran enteramente libres, del mismo modo que el que mostró pocos dias despues en el huerto de Getsamaní; pero quiso sentir toda su acrimonia y toda su amargura, como que era nuestra cabeza, dice San Agustin, para servir de ejemplo á sus Apóstoles y á tantos millones de mártires. Les muestra aquí que teme la muerte como cualquier otro hombre, dice San Crisóstomo; pero que por obedecer á su Padre, atropella por la pena y repugnancia que le cuesta el padecerla: dándonos á entender en esto lo mucho que nos amaba, pues por nuestro amor se sujetó á una cosa tan terrible como la muerte.

Entónces el Salvador, dirigiéndose á su Padre, en medio de sus discípulos y del pueblo que le escuchaba, exclamó: "Padre mio, el horror natural que tengo á la muerte de cruz me obligaria á pedirte que me dispensaras de una muerte tan ignominiosa y tan cruel; pero como he venido al mundo para morir en una cruz y para salvar á los hombres por esta muerte, satisfaciendo con ella y por medio de ella á tu justicia, la acepto de todo corazon. Veo que se acerca el tiempo de mi sacrificio, para el cual he venido al mundo; y pues es tu voluntad que mi muerte sirva para tu gloria, no pido sino que se haga y cumpla en todo tu santa voluntad. Haz que te conozcan tus criaturas: manifiesta á todos los pueblos de la tierra la grandeza de tu nombre, y pues deseas hacer servir á tu gloria la ignominia de mi muerte, no ménos que los trabajos de mi vida, dispon de todo segun tu beneplácito."

Esta oracion de un Dios que se ofrecia tan generosamente á la muerte por la salud de los hombres, no podia dejar de ser oida en el cielo. En efecto, el Padre Eterno respondió á ella sensiblemente con una voz venida del cielo, que decia: "Ya glorifiqué mi nombre enviándote al mundo, y haciendo conocer por la santidad de tu vida y por la fama de tus milagros, que eres mi Hijo; y todavía lo glorificaré mas por los prodigios que acompañarán á tu muerte, á tu resurreccion, á tu gloriosa ascension y al maravilloso establecimiento de tu Iglesia." Esta voz celestial se hizo oir de todos los que estaban presentes, de un modo bastante inteligible; pero dió tanto golpe en todos los espíritus, que algunos la tuvieron por una especie de trueno, y otros creyeron que era voz de algun ángel que habia hablado á Jesucristo. El Salvador, que solo intentaba instruirlos y no satisfacer su curiosidad les dijo que aquella voz no habia

venido por él, sino por ellos, á fin de que no pudiesen ignorar que el que hablaba con ellos era el Hijo del Altísimo, y que no habia venido al mundo sino para santificarlo. Ahora, añadió el Señor, se le va á hacer justicia al mundo, y el príncipe de este mundo va á ser arrojado fuera de él. Por estas palabras quiere dar á entender Jesucristo, que el mundo debia ver bien pronto condenadas sus máximas y su espíritu, y destruido por la predicacion del Evangelio el imperio que el demonio habia tenido hasta entónces en el mundo. Antes de la muerte de Jesucristo, el demonio habia ejercido un gran imperio sobre los hombres, habiendo establecido su culto por todo el universo. El verdadero Dios no era conocido sino de los judíos, y aun de estos muy imperfectamente. La idolatría y con ella todas las abominaciones, habian inundado toda la tierra; ¿y cuántas gentes se veian poseidas del demonio en todas partes? La muerte de Jesucristo destruyó el imperio del demonio sobre la tierra. El paganismo, sostenido por todas las partes del mundo, ha caido con grande estruendo; la cruz de Jesucristo ha aniquilado todos los ídolos; él solo verdadero Dios ha sido reconocido, adorado y servido por todo el universo. Esto es lo que hizo decir al mismo tiempo al Salvador, que cuando seria levantado sobre la tierra, atraeria á sí todas las cosas. El tiempo, intérprete de las profecías, ha hecho ver claramente esta verdad. El Evangelio dice que el Salvador decia esto para dar á entender con que género de muerte habia de morir. Así lo comprendieron muchas personas del concurso, las cuales le respondieron: Nosotros sabemos por la ley, que Cristo ha de vivir eternamente. ¿Y cómo dices tú que este Cristo que tú llamas tan repetidamente Hijo del Hombre, debe ser levantado de la tierra y acabar su vida en una cruz? ¿Quién es este Hijo del Hombre? Estas personas solo atendian á lo que dice la Escritura, que el reino del Mesías debe ser eterno; pero les hubiera sido fácil saber lo que la Escritura y los Profetas predijeron tan claramente sobre las circunstancias de la muerte del Mesías. Así el Salvador, que veia mas ignorancia que malicia en los que le hacian esta pregunta, y á quienes sin embargo no juzgaba todavía capaces de concebir el misterio de su pasion y de su muerte, se contentó con darles esta saludable respuesta: *Todavía teneis luz por un poco de tiempo; caminad miéntras que teneis luz.* Quiere decir, me queda poco tiempo que vivir entre vosotros; aprovechaos de esta ventaja y de la facilidad que mi presencia visible os da para salvaros. Se acerca el momen-

to en que los que no habrán creido en mí serán abandonados á sus tinieblas y á su voluntaria ceguedad: miéntras que la luz os alumbra, abrid las ventanas de vuestro espíritu y de vuestro corazon; creed las grandes verdades que os descubre, seguid el camino que os muestra; no sea que sorprendidos de la noche, seais como los ciegos que andan sin saber adonde van. Esta fé sencilla y humilde será para vosotros una luz que os alumbrará y que os hará hijos de la luz. Viendo el Salvador la mala disposicion de la mayor parte de los del concurso, y el designio que tenian de prenderle por dar gusto á los fariseos; y no habiendo llegado todavía la hora de su muerte, se retiró y se les ocultó. ¡Qué desdicha, cuando Jesucristo cansado, por decirlo así, y desechado por nuestro endurecimiento se retira y nos deja!

Nuestra Señora de la Piedad.

El culto á las imágenes de Jesucristo, de la Santísima Vírgen y de los Santos, data desde los tiempos apostólicos, y fué siempre de mucha utilidad al pueblo cristiano que se edifica con los homenages que tributa á las imágenes, y se enciende en el fervor y la devocion. Los hereges no podian ménos que trabajar para destruirlo, y ya en el siglo V hubo algunos conatos, aunque no teniendo por entonces efecto, desplegó el espíritu de error todo su ardimiento en el VII, protegido por algunos emperadores de Oriente. Se llamaron Iconoclastas los hereges enemigos del culto de las imágenes, y cometieron violencias y crueldades de todo género para sostener su heregía. Los papas y prelados de la Iglesia emplearon los medios de su resorte para establecer el culto, donde estaba casi abolido, y para sostenerlo en las iglesias en que no se habia alterado.

Esta heregía, renovada en diferentes tiempos y lugares, fué condenada por los concilios, y últimamente el general de Trento dió un decreto relativo al culto de las santas imágenes. El culto que se las da es referente á los prototipos ó originales de quienes son aquellas una representacion solamente, y todo él debe tener por término al mismo Dios, objeto único que ha de adorarse por sí propio, puesto que los mayores santos, inclusa la Santísima Vírgen, reciben de la suma deidad el ser y grandeza á que han sido elevados.

De que Dios se complace en el culto de las imágenes, y quiere que se le pida por lo que ellas representan, tienen los fieles testimonios irrefragables en todas las edades y lugares del cristianismo. Son incontables las gracias y favores que el cielo ha dispensado y concedido cada dia á los devotos de los Santos. Las prerogativas y singularísimas gracias con que Dios enriqueció á la Madre del Verbo Eterno, hace que se muestre mas propicia hácia aquellos que tienen una particular devocion á esta Señora en sus diversas advocaciones, y la verdadera devocion á la Vírgen se tiene como una señal de predestinacion.

Nuestra América Septentrional venera muchas imágenes prodigiosas de la Reina de los cielos, y la ciudad de México, capital de este vasto y riquísimo país, se halla como circunvalada de templos dedicados á imágenes de María, que son el refugio y consuelo de su numeroso vecindario, y á los que concurren gentes de pueblos muy distantes atraidos por la devocion. Cuatro son las principales que se hallan casi á los cuatro vientos cardinales: la de los Remedios al Poniente, la de Guadalupe al Norte, la de la Bala al Oriente, y la de la Piedad al Sur de la ciudad. Esta última se diseñó en Roma y se perfeccionó y acabó, no por manos de hombres, sino por un prodigio. Así lo refieren gravísimos autores que escribieron en el siglo pasado, y fundaron sus escritos en la historia de los religiosos del órden de los predicadores que son los depositarios de esta prodigiosa imágen, y en la tradicion constante.

Se refiere que habiendo mandado la provincia de México de padres dominicos al muy R. P. M. Fr. Cristóbal Ortega, varon venerable, á Roma con el carácter de procurador, se le hizo el encargo de que uno de los mejores pintores se encargase de formar en lienzo una imágen de María dolorosa. El procurador, bien informado de la habilidad de aquellos artistas, encomendó la obra á uno de los mejores; pero este retardó el trabajo, de manera que siendo preciso que regresase el padre Ortega, la imágen estaba en diseño, y no pudiendo conseguir que se acabara, dijo el profesor que en México la concluiria alguno otro.

Condujo el padre su diseño, y á su llegada llenó de sentimiento á los religiosos la noticia del estado en que venia la divina imágen. Desenvolvieron el lienzo para mirarlo, y encontraron tan acabada y bella la imágen, que justamente sorprendidos con el portento, trataron desde luego de darle el mayor culto. Esto testifican Cabrera en su escudo de armas de México, el padre Florencia en su Zodiaco Mariano, el padre Herboso en la dedicatoria de un sermon que

predicó en honor de la Santísima Vírgen de Guadalupe, y vertió en un opúsculo que se llamó Baluartes de México, y se imprimió despues de haber fallecido el autor. El padre Fr. Manuel Antonio Mojica, en su opúsculo con el título de Tesoro escondido, asegura que el múy R. P. M. Fr. Cristóbal Ortega consiguió del virey D. Lúcas Velasco el segundo, la casa recoleccion de la Piedad, de que se dió posesion á los religiosos dominicos á 12 de Marzo del año de 1595.

Este es el orígen de la imágen devotísima de la Piedad, á la que este Sábado de Pasion se tributan singulares cultos, rezándose el oficio de los dolores de la Vírgen; y á esta festividad concurre un numeroso devoto pueblo. Este santuario es frecuentado principalmente en dias señalados de la cuaresma, y la capilla de una nave se halla hermosamente adornada. Corta es esta demostracion de nuestra gratitud á una Señora de tan singular piedad, que por la que tiene de nosotros padeció tan acerbos dolores al pié de la Cruz, y por la que debió á su Hijo Santísimo llenó la medida de estos dolores recibiéndole en sus brazos maternales, cuando los santos varones le descolgaron de la cruz. Si en algun paso debemos contemplar traspasada la alma de María de la espada del dolor, es en éste: el cuerpo difunto de su Hijo no presenta en todos sus miembros sino objetos dolorosísimos, capaces de mover á sensibilidad á las almas mas resfriadas en la caridad. ¡Qué sería en la de aquella que era su verdadera Madre, en cuyo seno y de cuya substancia se formó por obra del Espíritu Santo este cuerpo adorable? Su rostro ennegrecido y cubierto de grumos de sangre; su cabeza toda hinchada y traspasada con multitud de heridas de la corona de espinas, que le quitan los piadosos varones á vista de la Señora: los hermosos ojos que alegraban los cielos, cerrados ya por el sueño de la muerte; la lengua sacratísima que articuló aquel *sed tengo*, y que los inhumanos sayones atormentaron con la hiel y vinagre, seca ya y pegada al paladar, como anunció el profeta; los divinos labios que profirieron tantas palabras de sabiduría, de salud y de vida, palabras del Verbo de Dios, cárdenos y abiertos; las espaldas que llevaron sobre sí el peso enorme de nuestras culpas, todas abiertas y descarnadas: los piés que evangelizaron el reino de Dios, las manos que obraron tantas maravillas, taladradas y abiertas con anchas heridas; en fin, el cuerpo todo descoyuntado, lleno de llagas y tan descarnado y restirado, que como habia anunciado el Profeta David, se le podian contar todos los huesos. Hé aquí el presente que los piadosos varones hacen á aquella

cándida Paloma, á aquella tórtola gemidora, á aquella Madre la mas tierna y amante que pudieron ver los siglos. ¡Oh y cuáles serian los afectos de su corazon! ¡Cómo recordaria los dias felices que tuvo en sus brazos á su tiernecito Hijo, cuyas dulces miradas, cuyas voces alagüeñas llenaban de delicias su amante corazon; mas ahora no la ve, no la oye, no le habla, no corresponde los dolorosos abrazos que le da, estrechándolo contra su corazon: sus yertos brazos caen por el peso natural, la tiesura del cuerpo despide sus abrazos, y el hielo de la muerte no fomenta ya el calor materno, que por un impulso natural de un corazon de Madre quisiera volverlo á la vida. ¡Oh Dios, Dios justiciero que has castigado el pecado en tu inocente Hijo, perdona ya á la Madre. ¡Ah! no contemple mas tan doloroso objeto; y pues no has de volverle en esta hora al Hijo de sus entrañas, ni puede ser que deje de sentirlo mientras viva, quítala de penar, toma su alma santísima, recibe su espíritu en este trance mas cruel y tormentoso que la muerte misma!

Mas no es este el medio con que el Eterno sostiene el espíritu y el corazon de María: la religion, la religion solamente puede sostener un corazon destituido de todas las fuerzas naturales, mas lleno de virtud y santidad. La naturaleza ciertamente no le presta ya auxilios porque no los tiene; podemos decir que ha desaparecido en ella; pero la gracia que en su concepcion se anticipó á la naturaleza para poseer é informar á esta incomparable criatura, es hoy la que la anima y la mantiene viva. Sí, el corazon, los ojos de María respiran religion: ella contempla la herida del costado de su Hijo, como una fuente de bendicion de donde mana la salud de los hombres: vé salir y formarse de la sangre y agua que salió de esta herida el cuerpo sacratísimo de la Esposa del Cordero, la Iglesia universal: ella misma despues de su Hijo Santísimo es el miembro mas noble, la porcion mas selecta, el órgano mas interesante, la parte mas viva y mas activa, el aliento mas vital de este cuerpo místico, que ha costado á su Hijo el doloroso sacrificio de su vida y el destrozo sangriento que ha sufrido en su cuerpo sacrosanto. ¿Pues qué, nos admiramos que María tenga aliento y accion para ayudar á embalsamar y envolver en la sábana el cádaver de su Hijo, y ligarlo con las fajas, y cubrir su rostro con el sudario de la tumba. Es verdad que ella siente disolverse su corazon como una cera derretida, y que el vigor de su naturaleza se ha secado como la aridez de un tiesto; pero la religion la levanta, erige su cuerpo, afirma sus

rodillas, esfuerza sus pasos y la conduce acompañando el triste funeral de su Hijo. El discípulo amado, los varones, las mugeres piadosas conducen el cadáver, sacrosanto cadáver, para asombro de los cielos, unido hipostáticamente á la divinidad; pero cadáver que quiere seguir las leyes de la naturaleza y necesitar del ageno socorro.

Habia en el monte un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual no se habia sepultado muerto alguno: en él, dice San Juan, porque estaba cerca, y era ya la Parasceve de los judíos, sepultaron á Jesus: cerróse su entrada con una gran lápida, dice San Márcos, y á esta lápida se puso el sello, quedando á la custodia una guardia, como dice San Mateo. La adolorida reina moria tantas veces cuantas se ejercia alguna accion, ó se prestaba algun obsequio al cuerpo difunto de su Hijo; pero aquella á quien el amor maternal no podia permitir separarse de su Hijo, y quien la piedad daba esfuerzo para prestarle los últimos obsequios, concluidos estos y repasados los sitios dolorosos que deja teñidos con la sangre de su Hijo, se esfuerza para conducirse á su retiro, donde en amarga soledad llore su triste orfandad, y donde su alma santísima renueve á cada instante en obsequio de su Dios el sacrificio que ha hecho por su gloria y por la salud de los hombres.

La Epístola es del capítulo XVIII del profeta Jeremías.

En aquellos dias: Se decian los impíos judíos unos á otros: Venid, y tratemos sériamente de obrar contra Jeremías; porque no faltará la ley de boca del sacerdote, ni el consejo del sabio, ni la palabra del Profeta. Venid, atravesémosle con nuestra lengua, y no hagamos caso de ninguna de sus palabras. ¡Oh Señor, mira por mí, y pára tu atencion en la que dicen mis adversarios. ¿Con que así se vuelve mal por bien? ¿Y así ellos han cavado una hoya para hacerme perder la vida? Acuérdate de cuando me presentaba yo en tu acatamiento, para hablarte á su favor, y para desviar de ellos tu enojo. Por tanto, abandona sus hijos á la hambre, y entrégalos al filo de la espada: viudas y sin hijos queden sus mugeres, y mueran de una muerte infeliz sus maridos, y véanse en el combate sus jóvenes atravesados con la espada. Oíganse alaridos en sus casas. Porque tú has de conducir contra ellos súbitamente al salteador contra aquellos que cavaron la hoya para cojerme, y tendieron lazos ocultos para mis piés. Mas tú, ó Señor, conoces bien todos sus designios de muerte contra mí. No les perdones su maldad; ni se borre de tu presencia su pecado: derribados sean delante de tí: acaba con ellos en el tiempo de tu furor, ó Señor Dios nuestro.

El Evangelio es del capítulo XII de San Juan.

En aquel tiempo: Los príncipes de los sacerdotes deliberaron quitar tambien la vida á Lázaro, visto que muchos judíos por su causa se apartaban de ellos, y creian en Jesus. Al dia siguiente una muchedumbre de gentes que habian venido á la fiesta, habiendo oido que Jesus estaba para llegar á Jerusalen, cogieron ramos de palmas, y salieron á recibirle, gritando: ¡Hosanna! Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel. Halló Jesus un jumentillo, y montó en él; segun está escrito: No tienes que temer, hija de Sion: mira á tu Rey que viene sentado sobre un asnillo. Los discípulos por entónces no reflexionaron sobre esto; mas cuando Jesus hubo entrado en su gloria, se acordaron que tales cosas estaban escritas de él, y que ellos mismos las cumplieron. Y la multitud de gentes que estaban con Jesus cuando llamó á Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos, daba testimonio de él. Por esta causa salió tanta gente á recibirle, por haber oido que habia hecho este milagro. En vista de lo cual dijéronse unos á otros los fariseos: ¿Veis como no adelantamos nada? He aquí que todo el mundo se va en pos de él. Al mismo tiempo ciertos gentiles, de los que habian venido para adorar á Dios en la fiesta, se llegaron á Felipe, natural de Betsaida en Galilea, y le hicieron esta súplica: Señor, deseamos ver á Jesus. Felipe fué y lodijo á Andres; y Andres y Felipe juntos se lo dijeron á Jesus. Jesus les respondió, diciendo: Venida es la hora en que debe ser glorificado el Hijo del Hombre. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo, despues de echado en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto. El que ama su alma, la perderá; mas el que aborrece su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna. El que me sirve, sígame: que donde yo estoy, allí estará tambien el que me sirve; y á quien me sirviere, le honrará mi Padre. Pero ahora mi alma se ha conturbado. Y ¿qué diré? ¡Oh Padre! líbrame de esta hora. Mas para esa misma hora he venido. Oh Padre, glorifica tu nombre. Al momento se oyó del cielo esta voz: Le he glorificado ya, y le glorificaré todavía mas. La gente que allí estaba y oyó el *sonido de esta voz*, decia que aquello habia sido un trueno. Otros

decian: Un ángel le ha hablado. Jesus les respondió, y dijo: Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va á ser juzgado el mundo: ahora el príncipe de este mundo va á ser lanzado fuera. Y cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré á mí. Esto lo decia para significar de qué muerte habia de morir. Replicóle la gente: Nosotros sabemos por la ley, que el Cristo debe vivir eternamente. ¿Cómo dices pues tú que debe ser levantado en alto el Hijo del Hombre? ¿Quién es ese Hijo del Hombre? Respondióles Jesus: La luz aun está entre vosotros por un poco de tiempo: caminad pues miéntras teneis luz, para que las tinieblas no os sorprendan: que quien anda en tinieblas, no sabe donde va. Miéntras teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de la luz. Estas cosas les dijo Jesus, y se fué y escondió de ellos.

MEDITACION.

Sobre la injusticia horrenda con que se juzgó y condenó á Jesucristo.

Considera que habiendo de ser juzgado Jesucristo ante los hombres no podia ser otra la causa que se le formara, ni la acusacion que se diera contra él, que la que realmente fué, esto es, una calumnia, un tejido de falsedades, una interpretacion maligna de sus palabras y de sus acciones, una suposicion tan absurda y arbitraria, y tan hija de la obstinacion y de la ceguedad voluntaria; como dar por dichas por un puro hombre las palabras del Hombre Dios, para hacerlas aparecer como blasfemas, siendo así que eran una manifestacion sincera y verdadera de su divinidad. ¿Mas qué otra cosa pudieran imputar á delito á aquel cuya inocencia y cuya santidad asombrosa era notorísima á todo el mundo, y tanto, que el mismo Salvador algunos dias ántes habia dicho al pueblo: quién de vosotros podrá tacharme ó argüirme de alguna culpa? Verdaderamente que era imposible hallar algun defecto ó imperfeccion en aquel que era impecable y santo por naturaleza. No habia mas que echar mano de la calumnia, y hacer que pareciesen criminales las obras mas inocentes y mas santas, hasta llegar el caso de decretar su muerte porque habia obrado un milagro asombroso. "¿Qué hacemos?" se decian unos á otros en el consejo, "¿qué hacemos? Este hombre obra muchos milagros: si lo dejamos así, todo el mundo creerá en él, y vendrán los romanos y se apoderarán de nuestra ciudad, destruyendo ó esclavizando nuestra nacion." ¡O iniquidad! ¡O injusticia atrocísima! Condenar la inocencia por un vano temor de que podia librarlos aquel mismo Señor omnipotente cuya voz obedecia toda la naturaleza, que resucitaba á los muertos, que humillaba á los demonios, que imperaba á las olas y á los vientos, que mudaba los corazones, y que sin armas ni defensa alguna sabia parar el ímpetu de sus enemigos, y andaba entre ellos sin temor. Pero tal es la fuerza de una pasion, y el embrutecimiento á que induce la obstinacion, que nada de esto se atiende, y solo se va á buscar un pretesto para entregar á la muerte al Autor de la vida.

Considera que la verdadera causa que tenian aquellos hombres perversos para tratar de deshacerse de Jesucristo, era que conocian que con su santidad, con su doctrina, con sus milagros, con su beneficencia, con su sabiduría, y con todas sus prendas y virtudes se habia de llevar tras sí, y se llevaba en efecto, la admiracion de todo el pueblo, enseñoreándose de sus corazones con su amabilidad y su dulzura. De aquí debia resultar que ellos perdieran la aura popular y el prestigio con que dominaban á la nacion, ya como maestros de la doctrina, é intérpretes de la ley, y ya como ejemplares de virtud y dechados de perfeccion. Bien conocian ellos su propia ignorancia, y que esta se hacia notoria á vista de la sabiduría de Jesucristo: bien conocian su propia iniquidad y que no tenian mas que un exterior falso de virtud, una refinada hipocresía con que alucinaban al pueblo; y palpaban que esta máscara se les caia á vista de la santidad de Jesucristo. ¿Qué remedio, pues, para evitar su ruina? Deshacerse del justo sin mas motivo que el ser sus obras santas y luminosas. Así estaba anunciado en el sagrado libro de la sabiduría por estas palabras: Rodeemos al justo, esto es, persigamos al justo, oprimámoslo por todas partes y de todas maneras, porque sus obras son contrarias á las nuestras: él está satisfecho de que tiene la ciencia de Dios: él se llama hijo suyo: véamos si son ciertas sus palabras, y si es hijo de Dios, líbrele de nuestras manos. Condenémosle pues á una muerte afrentosísima. He aquí la causa porque los pontífices y fariseos condenan á muerte al Salvador.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Libradnos, Señor, de tan suma desgracia, como dejarnos dominar de una pasion violenta, y de la obstinacion y ceguedad voluntaria.

¡Ah! nosotros cada dia reiteramos en nuestros corazones el atentado horrendo de los judíos, queriendo mas perderos que dejar de seguir el ímpetu de nuestras pasiones. Sostenednos pues con vuestra gracia, para que nos libremos de caer en este abismo.

JACULATORIA.

Iluminadnos, Señor, con la claridad de vuestro rostro, y disipad con ella las tinieblas del error y del pecado.

LECCION.

Sobre las causas de la relajacion de los cristianos.

Si las verdades de la religion cristiana fuesen el continuo objeto de nuestras meditaciones, nuestra alma nutrida con un alimento que le es propio y esencial, no perderia su fuerza y vigor, ni se haria esclava de la ley de los sentidos. El Apóstol Pablo, vaso de eleccion, experimentó en sí mismo dos leyes bien contrarias, y que jamas se pueden conciliar, la del alma y la del cuerpo: la primera dictada por la razon, é ilustrada y perfeccionada por la revelacion, intenta desprendernos de las cosas terrenas para elevarnos á las celestiales y divinas: la segunda al contrario, no es mas que una inclinacion ciega que nos aficiona á los bienes presentes y perecederos, y nos hace perder de vista el único bien, que es Dios. Nadie puede obedecer estas dos leyes, así como no puede servir á un tiempo á dos amos que son enemigos irreconciliables.

Una de las causas de la relajacion de costumbres entre los cristianos es, la falta de meditacion de la ley de Dios. Esta es la luz del alma. ¿De dónde proviene, pregunta el Profeta lamentador, que toda la tierra esté llena de desolacion? De que no hay en ella quien reflexione. *Acuérdate de tu último fin*, dice el sábio, *y nunca pecarás. En tus mandamientos me ejercitaré*, cantó David, *y consideraré tus caminos. En tus justificaciones* meditaré: no olvidaré tus palabras. Jesucristo mismo nos impuso como un deber esencial, el que nos ocupásemos principalmente en el reino de los cielos; que velásemos sobre nosotros mismos, que orásemos incesantemente, que nos hiciésemos violencia, que llevásemos nuestra cruz y le siguiésemos. Los justos en ninguna circunstancia se exceptúan de estos esfuerzos: por lo que se infiere, que toda la vida

del cristiano debe emplearse en la meditacion de sus obligaciones, y contrarestar siempre á la ley de la carne. ¡Pero cuán pocos son los que mantienen esta lid del espíritu y del corazon! En nada casi, sino es en las apariencias; se parecen los cristianos de estos tiempos á los de los siglos pasados. Aquellos despreciaban todo lo que tenia sabor de la tierra; sus ojos siempre estaban clavados en el cielo; el mundo no era para ellos mas que un lugar de destierro; veian á sus cuerpos como cárceles de sus almas; no conocian mas patria que el cielo; nunca perdian de vista el precioso don de la fé, ni la adopcion de hijos de Dios que se les habia dado en el bautismo: los cristianos del dia, que han nacido en medio de un bien y riquezas inestimables, no conocen ni sienten el valor de la Redencion y de su dignidad; la facilidad con que se hallan en posesion de los tesoros inestimables de la gracia desde niños, parece que es la causa de su culpable reposo y flojedad.

El fausto, los honores y las riquezas los hechizan y ocupan, adormeciéndolos en el regazo de la falsa paz. Si pensáramos como nuestros mayores, seriamos como ellos, un mismo corazon y una misma alma. La falta pues de reflexion en las verdades del cristianismo ha debilitado el vigor de su espíritu y le ha hecho declinar de edad en edad en los particulares, y de siglo en siglo en el cuerpo todo de la sociedad. ¡Qué distantes estamos de aquel fervor que abrasaba á los primeros fieles! La paz que se disfruta, ha ocasionado una cierta delicadeza ó afeminacion que nos hace tibios en todos los negocios de la eterna salud. Ya no se ve aquel celo que resplandecia en el tiempo de las persecuciones, y que daba muy bien á conocer á aquellos que no tenian mas que apariencias de piedad.

Los edictos crueles de los príncipes, las amenazas de los suplicios y destierros, las confiscaciones de los bienes, y por último la vista de una muerte inevitable que se presentaba á cada momento, y en todos lugares, tenian alerta las almas, siempre dispuestas como víctimas para el sacrificio: el mundo era nada para los que esperaban por instantes el martirio: los obispos y sacerdotes no tenian rentas que esperar; el pueblo no se divertia ni ocupaba en acumular haciendas que habrian sido presa del acusador, ni en cultivar la hermosura, la salud ni la vida que la cuchilla del verdugo habia de acabar. Pero desde que cesó la presuncion, la paz fué causa de las malas costumbres; comenzaron los hombres á amar su alma, en es-

presion del Evangelio, y la perdieron: el fin de los trabajos fué el principio de los vicios. Ya no hay tiranos, ya no hay verdugos; pero hay pasiones, hay avaricia, hay ambicion, hay impureza, hay disolucion, que son azotes mas terribles; y lo que es mas cruel, la misma disciplina se ha relajado en un tiempo en el que debia animarse con mas fuerza.

Se tiene mucho ménos horror al pecado, y se teme ménos la recaida. El pecado ha colmado la medida y no teme manifestarse, porque ya no hay afrenta ni pena para la disolucion. Cada uno se hace hoy director de sí mismo; y en un negocio tan importante como el de la salvacion, en el que nada habria de consultarse mas á los sabios é ilustrados, cada uno se refiere á su conciencia, pero errónea y oprimida por las pasiones; esto es, á una infeliz preocupacion que se toma por una luz del cielo, y que se sigue sin querer desistir de ella. Esta decadencia en las costumbres y en la fé, nos conduce sin remedio á aquella espantosa apostasía anunciada en los libros sagrados. Nada será mas fácil al Anticristo, que el engañar á unas almas tan mal dispuestas para la virtud.

La curiosidad y el amor de la novedad son otras dos causas de nuestra tibieza infeliz. Queremos conocerlo y sondearlo todo, y á puro leer todo lo que se imprime y todo lo que el siglo admira, perdemos insensiblemente la fé; ya no somos cristianos sino por costumbre; apénas nos interesa ya y mueve la religion. Amamos con furor el lujo que ella proscribe; lujo que nos dobla de tal modo á la tierra, que nos olvidamos enteramente del cielo. Cada dia se aumenta mas y mas la ostentacion para disgustarnos de la pobreza: la soberbia para apartarnos de la humildad, esto es, de las dos virtudes que son la base y fundamento del cristianismo. Es verdad que á pesar de la multitud de desórdenes que hay entre nosotros no faltan en cada ciudad personas santas que con sus oraciones y ruegos desvian los castigos que nosotros merecemos; pero su número es muy corto. Los escogidos son de todo el mundo y de todos los tiempos; y como el mundo no subsiste sino por ellos, siempre se reproducirá mientras subsista el universo; no con la misma abundancia, pero sí siempre con la misma verdad. No hay, pues, que admirarse de que los santos padres clamasen de siglo en siglo contra las impiedades y contra la depravacion, y de que encontremos en los escritos de muchos, llantos los mas amargos, y reprensiones las mas vivas contra la ostentacion y adornos profanos. La

relajacion de algunos cristianos es tan antigua como el cristianismo; en todos tiempos ha habido zizaña en el campo del Señor; los primeros siglos de la Iglesia fueron santos; pero no impecables; los últimos son excesivamente relajados; pero no incurables. En aquellos hubo entre mucho bueno algo malo; en estos entre mucho malo, hay algo bueno; los perfectos y fervorosos estarán siempre mezclados con imperfectos y relajados; estas son dos diferentes porciones, que como los dos gemelos, Jacob y Esaú, viven unidos y juntos en un mismo seno; los unos convierten y reforman á los otros, y éstos ejercitan y purifican á aquellos: las almas humildes y verdaderamente piadosas, se animan á vivir con mas fervor á vista de los que ofenden á Dios.

La casa del Eterno no está reducida á uno solo; aunque la fé se disminuya como la luz del dia al caer la tarde, aunque la caridad se resfrie, siempre Dios pondrá entre nosotros algunos justos, á quienes no dejará de enriquecer con sus dones. Jesucristo es ahora tan poderoso como ántes lo ha sido; el Espíritu Santo influye en la Iglesia, como en otros tiempos. Demos, pues, gracias al Señor, de que el cristianismo, despues de tantas revoluciones por parte de los idólatras, hereges y pecadores, despues de tantos escándalos y cismas, subsista aun hoy como es en sí. Si la relajacion y perversidad lo han desfigurado, al ménos enseña las mismas verdades que siempre ha predicado. *El que aborrece su alma en este mundo, la guarda para la vida eterna; y quien la ama la perderá.* Aun hay entre nosotros un poco de luz, andemos miéntras que tenemos luz porque no nos sorprendan las tinieblas. *El que anda en tinieblas no sabe adonde va.* Miéntras que tenemos luz, no hay mas que creer en la luz para que seamos hijos de la luz. Esto es lo que debemos meditar y practicar, si no queremos que se esconda Jesucristo de nosotros para toda la eternidad, que es la mayor desgracia que nos puede acontecer; desgracia que ahora podemos evitar y que despues será irremediable.

SEMANA SANTA.

En los dos primeros siglos de la Iglesia solo se consagraba á la memoria de la pasion y muerte de Jesucristo el Viérnes y Sábado de la semana que se llamó con el tiempo *santa* ó *mayor*, haciendo entónces consistir el principal culto, en el duelo ó sentimiento, manifestado con la vigilia de las dos noches, acompañadas de oraciones y de ayuno no interrumpido de cuarenta horas. Despues se unió el Miércoles, en el que se tuvo la última conspiracion de los escribas y fariseos contra el Salvador, y se celebró el pacto con el traidor Júdas para que entregara á su Maestro. Finalmente, se destinó toda la semana antecedente á la Pascua, para la contemplacion de tan grandes misterios. Cuando se establecieron los ayunos públicos y tiempo de penitencia, que se llama *Cuaresma*, fué comprendida en él esta semana, distinguiéndose de las otras por ayunos mas rigorosos, por sus oficios y ceremonias.

A fines del tercer siglo, ya se conocia esta diferencia, y aunque esta semana se llamó con los nombres de *penal, penosa, dias de dolores, dias de cruz, de suplicios, de trabajos, semana laboriosa*, que todo alude á un solo objeto; y semana tambien de indulgencia por concederse la absolucion á los penitentes, y recibirse estos á la comunion de los fieles como se hizo notar ya en otro lugar, esta semana es conocida con el nombre de *mayor*, como dice San Juan Crisóstomo, no porque tenga mas número de dias, ni estos mas horas, sino por los grandes misterios que en ella se celebran; bien que es mas comun llamarla *santa;* y este epiteto se da igualmente á sus dias en particular.

En aquella edad dichosa para la cristiandad, la semana santa era de una abstinencia tal, que en muchos lugares solo se usaba de pan, agua y sal; en otros se añadian algunas yerbas sin condimento alguno; y desde el Viérnes se guardaba un riguroso ayuno, sin tomar alimento hasta el Domingo de Pascua. Pasaban los fieles tambien en vela las noches de esos dias ocupados en oracion y ejercicios devotos.

¿En qué se parecen aquellas costumbres á las de los tiempos presentes, en que se vuelve toda la semana santa una fiesta mundana, y se da á la gula y al lujo lo que entónces era propio de la abstinencia y simplicidad? Con nosotros sucede lo contrario de lo que pasa con los rios, que aumentan sus corrientes cuando se alejan de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Domingo de Ramos.



Lunes Santo.



Martes Santo



Miércoles Santo

su orígen; pues aquel envidiable fervor que debiera crecer con el tiempo, está casi apagado en los fieles el dia de hoy. ¿Tenemos los cristianos menos obligaciones ahora que ántes? ¿Los estímulos de la carne no son en nosotros los mismos? ¿Los enemigos del espíritu son acaso ménos poderosos ahora? ¿No es cierto que teniendo nosotros mayores motivos de caidas porque llevamos una vida poco recatada, la mayor parte de los fieles, tenemos mas necesidad de mortificar nuestros sentidos, y de prevenirnos con la oracion y la contemplacion de los divinos misterios? ¿Qué debiendo buscar el reino de los cielos que fué el objeto que siempre tenian á la vista los primeros cristianos, nosotros tomamos un rumbo opuesto y olvidamos lo que debiéramos tener mas presente? ¿No estamos redimidos con la sangre del Cordero? ¿Consentirémos que se pierda en nosotros el valor inestimable de esa sangre por no mortificar los sentidos, enemigos de la vida espiritual? ¡Avergoncémonos al comparar nuestra conducta con la que observaron los primeros cristianos, y procuremos imitarlos en aquel fervor que hacia admirar su conducta, aun de los mismos enemigos del cristianismo!

EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Domingo de Ramos.—Entra Jesus en Jerusalen sobre un jumentillo, y salen á recibirle con ramos de palma.—*San Juan, cap. XII.*

Lúnes Santo.—Isaías ve la gloria del Señor, quien le envia á llevar su palabra á los hijos de Israel y de Judá.

Mártes Santo.—El profeta Jeremías.

Miércoles Santo.—El profeta Isaías.

Domingo de Ramos.

Pocos domingos hay en todo el año mas solemnes en la Iglesia que el Domingo de Ramos, y quizá ninguno en que la religion parezca con mas gloria y magestad, y en que la fé y la devocion de los fieles se haga mas sensible. La Iglesia ha creido deber honrar con un culto particular la entrada triunfante que hizo Jesucristo en Jerusalen, cinco dias ántes de su muerte; porque está persuadida á que no fué sin misterio. Así, desde que la Iglesia se vió en libertad por la conversion de los emperadores á la fé de Jesucristo, instituyó esta fiesta. La ceremonia de las palmas, ó ramos benditos, que

llevan los fieles en las manos, no es otra cosa que un símbolo de las disposiciones interiores con que deben celebrarla, y una justa representacion de la triunfante entrada que hizo el Salvador en Jerusalen, la que los santos padres miran como una figura de su entrada triunfante en la Jerusalen celestial.

La Iglesia, siempre deseosa de que veneremos los misterios de nuestra redencion, quiere que honremos hoy la triunfante entrada de Jesucristo en Jerusalen, por medio de un culto verdaderamente religioso, y de un homenage sincero de todos los corazones cristianos, supliendo, por decirlo así, lo que faltaba á un triunfo puramente exterior, y que fué seguido pocos dias despues de la mas negra y mas infame perfidia. Con este espíritu de religion se deben tomar y llevar los ramos y asistir á todas las ceremonias de estos dias, segun las intenciones de la Iglesia.

Pero ninguna cosa dá una idea mas justa de esta fiesta y de la santidad de esta religiosa ceremonia, que las oraciones de que se sirve la Iglesia para la bendicion de las palmas ó ramos. Empieza esta ceremonia por aquella exclamacion de gozo, con que recibió el pueblo á Jesus en su triunfante entrada en Jerusalen. *Viva el Hijo de David; salud y gloria al Rey de Israel; bendito sea el que viene en el nombre del Señor.* Despues de ésto se lee el pasage del capítulo XV del Exodo, en donde Moises refiere el segundo acampamento que hicieron los israelitas despues del paso del Mar Rojo. "Los hijos de Israel, dice el texto, vinieron á Elim, donde habia doce fuentes de agua y setenta palmas, y acamparon junto á las aguas." Todos los santos padres dicen que estas doce fuentes de agua viva, significaban á los doce Apóstoles, y que los setenta discípulos están significados en las setenta palmas. La bendicion de los ramos se hace por la série de las oraciones siguientes.

"Aumenta, ó Dios, la fé de los que ponen en tí toda su confianza, y oye favorablemente á los que imploran con humildad tu clemencia. Multiplica sobre nosotros los efectos de tu misericordia: bendice estos ramos de palmas ó de olivos; y así como para darnos una excelente figura de las gracias que derramas sobre tu Iglesia, bendijiste y enriqueciste á Noe al salir de la Arca, y á Moises cuando salió de Egipto con los hijos de Israel, así tambien haz que los que llevamos estas palmas y estos ramos de olivo salgamos al encuentro á Jesucristo, ricos en buenas obras, y por él entremos en el gozo eterno."

"Te suplicamos, Señor, Santo Padre Omnipotente, Dios Eterno, que bendigas y santifiques estos ramos de olivo que hicistes salir del tronco del árbol, y de que en otro tiempo la paloma llevó un ramo en su pico cuando volvió á la Arca, para que todos aquellos á quienes se distribuyan estos ramos, reciban de tí al llevarlos, una especial proteccion para el alma y para el cuerpo; y para que lo que es símbolo de tu gracia, sea para nosotros un remedio eficaz y saludable."

"¡Oh Dios, que congregas lo que está disperso, y conservas lo que has congregado! así como bendijiste al pueblo que llevaba ramos delante de Jesus, así tambien echa tu bendicion á estos ramos de palma y de olivo que tus fieles siervos llevan en honor de tu nombre, para que en cualquier lugar que se guarden, reciban tu bendicion los que habiten allí, y para que tu mano proteja y libre de todo mal á los que han sido redimidos por tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que siendo Dios, vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos."

"¡Oh Dios, que por una órden admirable de tu providencia, quisiste servirte hasta de las cosas insensibles para hacernos comprender la maravillosa economía de nuestra salvacion; dígnate alumbrar el espíritu y el corazon de tus fieles siervos, y dales un conocimiento útil y saludable de los misterios que nos quisiste representar en la accion de aquel pueblo, que por inspiracion del cielo fué tal dia como hoy delante del Redentor, y tendió ramas de palma y de olivo en el camino por donde pasaba! Las palmas significaban la victoria que habia de alcanzar sobre el Príncipe de la muerte, y los ramos de olivo publicaban en cierto modo que habias derramado sobre la tierra la uncion espiritual de tu gracia. Pues aquel dichoso pueblo comprendió entónces, que esta ceremonia era una figura del combate que nuestro Salvador, compadecido de las miserias del hombre, habia de dar al Príncipe de la muerte, para dar la vida á todo el mundo, y de la victoria que habia de conseguir muriendo. Animado de este espíritu llevó delante del Salvador los ramos de árboles, que representaban su glorioso triunfo, y la efusion abundante de su misericordia. Así tambien nosotros en vista de esta accion, y de los misterios que la fé nos hace descubrir en ella, nos dirigimos á tí, Señor, Padre Santo, Dios Omnipotente y Eterno; y te suplicamos humildemente por el mismo Jesucristo nuestro Señor, que así como quisistes por tu gracia que fuésemos sus miembros, así nos

hagas triunfar en él y por él del imperio de la muerte, para que merezcamos tener parte en la gloria de su resurreccion."

"¡Oh Dios, que quisiste que una paloma anunciase en otro tiempo la paz á la tierra por un ramo de olivo: haznos, la gracia de santificar con tu celestial bendicion estos ramos de olivo y de otros árboles, para que sirvan de salud á todo tu pueblo!"

"Suplicámoste, Señor, que bendigas estos ramos de palma y de olivo, y que hagas que triunfando tu pueblo del enemigo de su salvacion, y dedicándose de todo corazon á las obras de misericordia, haga espiritualmente dentro de sí, por medio de una devocion sincera y fervorosa lo que hace este dia exteriormente á honra tuya. ¡Oh Dios, que enviaste á este mundo á tu Hijo Jesucristo nuestro Señor para nuestra salvacion, para que bajándose hasta nosotros, nos hiciese volver á tí, y que quisiste que cuando entró en Jerusalen para cumplir las Escrituras, una tropa de pueblo fiel, con una devocion sincera, tendiese sus vestidos, y echase ramos de palma en el camino por donde pasaba! Te suplicamos nos hagas el favor de prepararle el camino de la fé, y quitar toda piedra de tropiezo y de escándalo, para que llevando delante de tí los ramos espirituales de las buenas obras, podamos seguir los pasos del que vive y reina contigo."

Se termina la sagrada ceremonia de los ramos por esta oracion: "Dios Todopoderoso y Eterno, que quisiste que nuestro Señor Jesucristo montase sobre un jumentillo, y que inspiraste á un gran número de pueblo que tendiese sus vestidos y esparciese ramos de árboles por donde pasaba, cantando en alabanza suya: Hosanna, salud y gloria. Te suplicamos nos hagas la gracia de poder imitar su inocencia y candor, y merecer tener parte en su mérito, por el mismo Jesucristo nuestro Señor."

Benditas y repartidas las palmas se ordena la procesion solemne que representa la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen, símbolo de la que habia de hacer en la gloria, acompañado de los ángeles y de los santos que sacó del seno de Abraham. Este es el motivo de hacerse la procesion fuera de la Iglesia, teniéndose cerrada la puerta hasta tanto el Subdiácono llame con el palo de la cruz, lo cual nos recuerda que el cielo estaba cerrado para los hombres, y que Jesucristo fué el que nos abrió la puerta, y nos mereció la entrada por su muerte de cruz. El famoso Himno: *Gloria, alabanza y honor sea dada á tí, Rey Cristo Redentor*, que se canta en

la procesion, fué compuesto por Teodulfo, Obispo de Orleans, en su prision de Angers, donde el emperador Luis el Benigno lo habia hecho poner, por haber tenido parte en la conspiracion de Bernardo, rey de Italia. Asistiendo el emperador á la procesion, lo oyó cantar á unos niños en la puerta de la cárcel, y se enterneció de modo, que dió libertad á su autor, y lo restableció en su silla.

Todo el oficio de la misa de este dia, es de la pasion del Salvador. El introito es del salmo XXI, el que debe entenderse á la letra de Jesucristo; en él se vé la oracion del Salvador en la cruz, la pintura de su pasion y de sus tormentos. Su resurreccion está pintada en él, como igualmente su reino y la vocacion de los gentiles á la fé. "Señor, no difieras mas el venir en mi socorro, no te descuides de defenderme. Arrancadme cuanto antes de los dientes de estas béstias feroces y crueles; y en lugar de esta vida temporal que voy á perder por tu órden, ház que cuanto antes vuelva á tomar una vida nueva. Dios mio, considerad el estado en que estoy: ¿por qué me habeis abandonado á la rabia de mis enemigos? los pecados de los hombres con que he querido cargarme, os piden justicia, y yo voy á satisfacer abundantemente á esta justicia por mi muerte."

La Epístola se tomó del capítulo II de la carta de San Pablo á los Filipenses, en la que el Santo Apóstol exhorta á los fieles á revestirse de verdaderos sentimientos de humildad á ejemplo de Jesucristo, que siendo imágen esencial y consustancial de Dios Padre, y por consiguiente, Dios se anonadó por nuestro amor hasta tomar forma ó figura de esclavo, habiéndose encontrado en la condicion del hombre, revestido de todas sus miserias, excepto el pecado. ¿Qué motivo mas poderoso para inspirarnos el amor de la abyeccion y del desprecio? ¿qué impresion no debe hacer sobre nuestro corazon y sobre nuestro espíritu un tal ejemplo? *Se anonadó á sí mismo, tomando la figura de siervo y de esclavo.* En efecto, ¿qué abatimiento mas profundo que este? ¿No es una especie de anonadamiento ó aniquilacion el estado á que se redujo Dios, haciéndose hombre, queriendo ser tratado como el ínfimo de los hombres, y expirando en una cruz? El nombre *forma* de que se sirve San Pablo en este pasage, no significa una simple apariencia exterior destituida de toda realidad; así como el término de imágen de Dios de que se sirve mas arriba, tampoco significa una representacion vacía ó una simple semejanza. Por estos dos términos entiende el Apóstol la naturaleza humana, hipostáticamente unida ba-

jo una sola persona en Jesucristo. Por la imágen de Dios entiende que Jesucristo es verdadero Dios, igual en todo á su Padre; y por la forma de esclavo, que es verdadero hombre, semejante en todo á nosotros, ménos en el pecado. Esto lo esplica el mismo Apóstol cuando dice, que siendo el Salvador imágen de Dios, no creyó que el ser igual á Dios y llamarse tal, fuese en él una usurparcion, pues era igual á Dios Padre por su naturaleza divina, así como por su naturaleza humana era igual á nosotros.

El Evangelio de la fiesta de este dia que es de la entrada del Señor en Jerusalen, es del capítulo XXI de San Mateo. Habiendo cenado Jesus en Betania, seis dias antes de la Pascua, en casa de Simon el leproso, donde se habia hallado Lázaro nuevamente resucitado, y donde su hermana María habia derramado sobre los piés del Salvador un ungüento ó bálsamo precioso, salió la mañana siguiente para ir á Jerusalen á consumar su sacrificio. Habiendo llegado cerca de Betfagé, que estaba á la falda del monte de los olivos, mandó á dos de sus discípulos que fuesen á esta aldea y le trajesen una jumenta que hallarian atada á una puerta, y su pollino con ella; y que si alguno les decia alguna cosa, le dijesen que el Señor los necesitaba, y al punto los dejarian ir. El suceso verificó la prediccion; y entonces fué cuando se cumplió la profecía de Zacarías que representa al Mesías, haciendo su entrada en la capital de su reino, entre las aclamaciones y víctores de los habitantes de Jerusalen: "Decid á la hija de Sion, es decir, á la ciudad de Jerusalen, (los hebreos dan frecuentemente á las ciudades el nombre de hijas) Decidla: Mira aquí á tu Rey que viene á tí respirando mansedumbre, sentado sobre una asna, como dice el Profeta." Ninguna profecía se vió cumplida mas visible y mas literalmente que esta, en la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen. El Profeta promete la venida del Rey Salvador, del Mesías que era toda la expectacion y todo el consuelo de los judíos. Los caractéres con que lo señala, y que son los mismos que aquellos con que el Profeta Isaías lo pinta, no convienen á otro mas que al Mesías, y se encuentran tan perfectamente en Jesucristo, que los judíos no hubieran podido jamas desconocerlo, si por su endurecimiento y su obstinada malicia, no se hubieran hecho indignos de las luces del cielo y de las gracias necesarias para conocer y amar á este Divino Salvador. Pero ninguna ceguedad mas incurable que la que es voluntaria. Pocos sacerdotes, pocos doctores de la ley hubo, que no

advirtiesen en Jesucristo todas las señales caraterísticas del Mesías; pero su orgullo, su insaciable codicia, la disolucion de sus costumbres, ahogaban estos conocimientos, y apagaban todas estas luces. Ellos no resolvieron deshacerse de él; sino por librarse de los remordimientos que los atormentaban.

No bien habian ejecutado los dos Apóstoles la órden de su divino Maestro, cuando todos á porfía se ofrecieron á contribuir á la pompa y alegría de su entrada en Jerusalen. Los discípulos dieron en esto ejemplo á los otros; trajeron la jumenta con el pollino, y habiendo echado encima sus mantos lo hicieron montar. Una multitud prodigiosa del pueblo, á quien el ruido de su venida habia hecho salir de la ciudad para salirle al encuentro, lo acompañaba, y testificaba tanto afecto á su Rey, y á su Salvador, que la mayor parte tendian sus vestidos á lo largo del camino por donde habia de pasar. Muchos cortaban ramos de árboles y enramaban el camino, y otros lo acompañaban con ellos en las manos, y todos generalmente gritaban: Hosanna, al Hijo de David: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor. Era este un clamor de gozo, y una aclamacion del pueblo, que le deseaba al Mesías toda suerte de prosperidades. Este grito ó expresion de alegría se tomó del Salmo CXVII, el cual se cantaba el dia de las fiestas de los Tabernáculos ó de las tiendas. "Llenad Señor de vuestras bendiciones al que el Dios Omnipotente ha enviado para que reine sobre nosotros."

En este dia empieza la Iglesia á hacernos leer en la misa la historia de la pasion del Salvador, segun la escribió San Mateo; pero remitimos á los dias siguientes y sobre todo, al Viérnes santo, las reflexiones que se pueden hacer de ella.

La Epístola es del capítulo II del Apóstol San Pablo á los filipenses.

Hermanos: Tened en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo: el cual teniendo la naturaleza de Dios, no fué por usurpacion el ser igual á Dios; y no obstante se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho semejante á los hombres; y reducido á la condicion de hombre, se humilló á sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual tambien Dios le ensalzó, y le dió nombre superior á todo hombre, para que al nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra, y en el infierno; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, SEGUN SAN MATEO.

(Capítulos XXVI y XXVII.)

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: † (*) Sabeis que despues de dos dias se celebrará la pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado. *C.* Al mismo tiempo los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo se congregaron en el palacio del príncipe de los sacerdotes, que se llamaba Caifas, y tuvieron consejo para prender con engaño á Jesus y darle muerte. Mas decian: *S.* No en dia de fiesta, no sea que suceda algun alboroto en el pueblo. *C.* Y estando Jesus en Betania en casa de Simon el leproso, se llegó á él una muger con un vaso de alabastro lleno de un ungüento muy precioso, y le derramó sobre su cabeza estando puesto á la mesa. Lo cual viendo sus discípulos, se indignaron contra ella, y dijeron: *S.* ¿A qué fin este desperdicio? Porque podia haberse vendido este ungüento á muy gran precio, y darse á los pobres. *C.* Mas entendiéndolo Jesus, les dijo: † ¿Por qué molestais á esta muger? Lo que acaba de hacer conmigo es una buena obra, porque siempre teneis á los pobres con vosotros; mas á mí no siempre me teneis. Porque el derramar ella este ungüento sobre mi cuerpo, fué ungirme para ser enterrado. De cierto os digo, que donde quiera que fuere predicado este Evangelio por todo el mundo, se contará tambien en alabanza de ésta muger lo que acaba de hacer. *C.* Entónces uno de los doce, llamado Júdas Iscariotes, fué á buscar á los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: *S.* ¿Qué me quereis dar, y yo os lo pondré en las manos? *C.* Y ellos quedaron de acuerdo en darle treinta siclos. Y desde entónces buscaba ocasion oportuna para entregarle. El primer dia de los ázimos se llegaron los discípulos á Jesus, y le dijeron: *S.* ¿En dónde quieres que te preparemos lo necesario para comer la pascua? *C.* Y Jesus les respondió: † Id á la ciudad á casa de cierta persona, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo se acerca; en tu casa celebro la pascua con mis discípulos. *C.* Y los discípulos hicieron lo que Jesus les habia ordenado, y prepararon la pascua. Y llegada la tarde se puso á la mesa con sus doce discípulos. Y cuando estaban comiendo, les dijo: † De cierto os digo que uno de vosotros me ha de vender. *C.* Lo cual les causó una suma tristeza; y cada uno de ellos comenzó á decirle: *S.* ¿Soy yo acaso, Señor? *C.* Y él les respondió: † El que mete conmigo la mano en el plato, ese es el que me ha de vender.

(*) *La † significa Cristo: la C. Cronista ó Evangelista; y la S. Sinagoga ó pueblo judaico.*

A la verdad, el Hijo del Hombre se va como está escrito de él; mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre será entregado! Mejor le fuera á este tal no haber nacido. *C.* Entónces Júdas, el que le vendió, dijo: *S.* ¿Soy yo por ventura, Maestro? *C.* El le respondió: † Tú lo has dicho. *C.* Y miéntras estaban cenando, tomó Jesus el pan, y bendiciéndole, le partió y dió á sus discípulos, diciendo: † Tomad y comed; este es mi cuerpo. *C.* Y tomando el cáliz, dió gracias, y les dió, diciendo: † Bebed de este todos. Porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para la remision de los pecados. Y os digo que no beberé ya mas de este fruto de vid, hasta aquel dia en que le beberé nuevo con vosotros en el reino de mi Padre. *C.* Y dicho el himno, salieron al monte de las olivas. Entónces Jesus les dijo: † Todos vosotros padeceréis escándalo en mí esta noche; porque escrito está heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas del ganado. Mas despues que hubiere resucitado, iré delante de vosotros á Galilea. *C.* Mas Pedro le respondió, diciendo: *S.* Aunque todos se escandalicen de tí, yo nunca me escandalizaré. *C.* Jesus le replicó: † De verdad te digo, que esta noche ántes que el gallo cante, me has de negar tres veces. *C.* Díjole Pedro: *S.* Aun cuando me fuese necesario morir contigo, no te negaré. *C.* Y lo mismo dijeron todos los otros discípulos. Entónces pasó Jesus con ellos á una heredad llamada Gethsemaní, y dijo á sus discípulos: † Estaos aquí en tanto que yo voy allá y hago oracion. *C.* Y tomando á Pedro y á los hijos del Zebedeo, comenzó á entristecerse y angustiarse en gran manera. Entónces les dijo: † Mi alma está triste hasta la muerte: quedaos aquí, y velad conmigo. *C.* Y adelantándose un poco, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: † Padre mio; si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga como yo quiero, sino como tú. *C.* Y vino á sus discípulos y los halló durmiendo, y dijo á Pedro: † ¿Qué, no habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad, porque no entreis en tentacion: el espíritu á la verdad está pronto, mas la carne flaca. *C.* Segunda vez se retiró y oró diciendo: † Padre mio, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. *C.* Y vino de nuevo, y los halló durmiendo, porque sus ojos estaban cargados. Y dejándolos, fué nuevamente y oró tercera vez, diciendo las mismas palabras. Entónces vino á sus discípulos, y les dijo: † Dormid ya y descansad: he aquí llegada la hora, y el Hijo del Hombre será entregado en manos de

los pecadores. Levantaos: vamos: ved aquí que se acerca el que me ha de entregar. *C.* Aun estaba él hablando, cuando llegó Júdas, uno de los doce, y con él una gran tropa de gente armada de espadas y palos, enviados por los príncipes de los sacerdotes y por los ancianos del pueblo. Mas el que le vendió, les habia dado esta señal, diciendo: *S.* Aquel á quien yo besare, él es, prendedle. *C.* Y al mismo tiempo acercándose á Jesus, le dijo: *S.* Dios te salve, Maestro. *C.* Y le besó. Y Jesus le dijo: † Amigo ¿á qué has venido? *C.* Entónces se acercaron, y echaron mano á Jesus, y le prendieron. Y he aquí que uno de los que estaban con Jesus, echando mano á la espada, la desenvainó, é hiriendo á un criado del príncipe de los sacerdotes, le cortó una oreja. Entónces le dijo Jesus: † Vuelve tu espada á su lugar; porque todos los que tomaren espada perecerán con espada. ¿Acaso crees que no puedo rogar á mi Padre y me enviaria al momento mas de doce legiones de ángeles? ¿Cómo pues se cumplirán las Escrituras, que declaran que así debe suceder? *C.* Al mismo tiempo dijo Jesus á aquella tropa de gente: † Habeis venido armados de espadas y de palos para prenderme, como si fuera un ladron: todos los dias estaba sentado en medio de vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis. *C.* Mas todo esto sucedió para que se cumpliese lo que escribieron los profetas. Entónces abandonándole todos los discípulos, huyeron. Mas ellos asegurando á Jesus, le llevaron á casa de Caifas, príncipe de los sacerdotes, donde los escribas y ancianos se habian congregado. Y Pedro le iba siguiendo á lo léjos hasta el atrio del príncipe de los sacerdotes; y habiendo entrado dentro, se estaba sentado con los criados para ver el fin. Y los príncipes de los sacerdotes y todo el consejo buscaban un falso testimonio contra Jesus para darle muerte, y no le hallaban, aunque se habian presentado muchos falsos testigos. Mas por último llegaron dos testigos falsos, y dijeron: *S.* Este ha dicho: Puedo destruir el templo de Dios, y reedificarle á los tres dias. *C.* Y levantándose el sumo pontífice, le dijo: *S.* ¿No respondes nada á lo que estos deponen contra tí? *C.* Mas Jesus callaba: y el sumo pontífice le dijo: *S.* Yo te conjuro de parte del Dios vivo, que nos digas si tú eres Cristo, el Hijo de Dios. *C.* Jesus le respondió: † Tú lo has dicho. Empero yo os digo, que veréis bien pronto al Hijo del Hombre sentado á la derecha del poder de Dios venir sobre las nubes del cielo. *C.* Entónces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras, diciendo: *S.* Blasfemado ha:

¿qué necesidad tenemos de testigos? Ahora mismo habeis oido la blasfemia. ¿Qué os parece? *C.* Y ellos respondieron, diciendo: *S.* Reo es de muerte. *C.* Entónces le escupieron en el rostro, y le hirieron con puñadas; y otros le daban bofetadas, diciendo: *S.* Cristo, adivínanos: ¿quién es el que te ha herido? *C.* Pedro entre tanto estaba sentado fuera en el atrio: y llegándose á él una criada, le dijo: *S.* Tú tambien estabas con Jesus el galileo. *C.* Mas él lo negó delante de todos, diciendo: *S.* No sé lo que dices. *C.* Y saliendo á la puerta, le vió otra criada, y dijo á los que estaban allí: *S.* Este estaba tambien con Jesus Nazareno. *C.* Y él lo negó segunda vez, y jurando, dijo: *S.* No conozco á tal hombre. *C.* De allí á poco rato se acercaron los que estaban allí, y dijeron á Pedro: *S.* Seguramente tú eres tambien de esas gentes, porque tu mismo lenguage te da á conocer. *C.* Entónces comenzó á hacer imprecaciones, y á jurar, diciendo que jamas habia conocido á tal hombre; y luego al punto cantó el gallo. Y Pedro se acordó de la palabra que Jesus le habia dicho: ántes que el gallo cante me negarás tres veces: y saliéndose fuera, lloró amargamente. Llegada la mañana todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, entraron en consejo contra Jesus para darle muerte. Y habiéndole atado, le llevaron y entregaron al presidente Poncio Pilato. Entónces Júdas que le habia vendido, viendo como Jesus era condenado, arrepentido volvió los treinta siclos á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: *S.* Pecado he, entregando la sangre inocente. *C.* Mas ellos le respondieron: *S.* ¿Qué se nos da á nosotros? véraslo tú. *C.* Y arrojando los siclos en el templo, se retiró, fué y se ahorcó. Mas los príncipes de los sacerdotes habiendo tomado los siclos, dijeron: *S.* No podemos ponerlos en el tesoro, porque es precio de sangre. *C.* Y habiendo deliberado sobre esto, compraron un campo de un alfarero para entierro de los extrangeros. Por lo cual es llamado aquel campo *hacéldama*, esto es, el campo de la sangre, hasta el dia de hoy. Entónces se cumplió lo que dijo el Profeta Jeremías: Y tomaron los treinta siclos, precio por el cual fué apreciado el que pusieron en precio los hijos de Israel. Y diéronlos por el campo de un alfarero, como me ordenó el Señor. Y Jesus fué presentado ante el presidente: y el presidente le preguntó, diciéndole: *S.* ¿Eres tú el rey de los judíos? *C.* Jesus le respondió: † Tú lo dices. *C.* Y siendo acusado por los príncipes de los sacerdotes y ancianos, no respondió cosa alguna. Pilato entón-

ces le dijo: *S.* ¿No oyes de cuantas cosas te acusan estos hombres? *C.* Mas él á nada respondió: de manera que el presidente lo extrañó mucho. Acostumbraba el presidente en el dia solemne poner en libertad á un preso, es á saber, al que el pueblo le pedia. Y á la sazon habia uno muy famoso, que se llamaba Barrabas. Y cuando se hubieron todos juntos, díjoles Pilato. *S.* ¿A cuál quereis que os ponga en libertad, á Barrabas ó á Jesus llamado Cristo? *C.* Porque sabia que por envidia le habian puesto en sus manos. Y estando él sentado en su tribunal, le envió á decir su muger: *S.* No te mezcles en la causa de ese justo, porque hoy he padecido mucho en sueños á causa de él. *C.* Mas los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron al pueblo que pidiese á Barrabas y condenase á Jesus. Y habiéndoles dicho el presidente: *S.* ¿A cuál de los dos quereis que os suelte? *C.* Respondiéronle ellos: *S.* A Barrabas. *C.* Díceles Pilato: *S.* ¿Qué haré, pues, de Jesus, llamado Cristo? Respondieron todos: *S.* Sea crucificado. *C.* El presidente les dijo: *S.* ¿Qué mal, pues, es el que ha hecho? *C.* Y ellos levantaban mas el grito, diciendo: *S.* Sea crucificado. *C.* Viendo pues Pilato que nada adelantaba, sino que iba tomando mayores fuerzas el alboroto, se hizo traer agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: *S.* Yo estoy inocente de la sangre de este justo: allá os lo véais vosotros. *C.* Y todo el pueblo le respondió, diciendo: *S.* Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos. *C.* Entónces puso en libertad á Barrabas; y habiendo hecho azotar á Jesus, se le entregó para ser crucificado. Los soldados del presidente metiendo luego á Jesus en el pretorio, hicieron formar al rededor de él toda la guardia. Y despojándole de sus vestiduras, le vistieron un manto de grana. Y tejiendo una corona de espinas, la pusieron sobre su cabeza, y una caña en su mano derecha; y doblando delante de él la rodilla, le burlaban diciendo: *S.* Dios te salve, Rey de los judíos. *C.* Y escupiéndole en el rostro, tomaron la caña, y le daban golpes en la cabeza. Y despues de haberle burlado, le quitaron el manto, y volviéndole á poner sus vestiduras, le llevaron para crucificarle. Al salir encontraron á un hombre de Cirene, llamado Simon. A este obligaron á que cargase con la cruz de Jesus. Y llegaron al lugar que se llama Gólgota, esto es, lugar de la calavera, y le dieron á beber vino mezclado con hiel; y habiéndole gustado, no quiso beberle. Y despues que le hubieron crucificado, repartieron sus vestiduras echando

suertes, para que se cumpliese la palabra del Profeta, que dice: Repartiéronse mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes. Y sentados le hacian la guardia. Y pusieron sobre su cabeza la causa de su muerte escrita: Este es Jesus, el Rey de los judíos. Al mismo tiempo crucificaron con él dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra. Y los que pasaban por allí le blasfemaban, meneando sus cabezas, y diciendo. *S.* ¡Ah! tú, el que destruyes el templo de Dios, y en tres dias le reedificas, sálvate á tí mismo. Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz. *C.* Del mismo modo le insultaban tambien los príncipes de los sacerdotes con los escribas y ancianos, diciendo: *S.* A otros salvó, y á sí mismo no puede salvarse. Si es Rey de Israel, baje ahora de la cruz, y le creeremos. Puso en Dios su confianza: si Dios le ama, líbrele ahora, puesto que ha dicho: yo soy el Hijo de Dios. *C.* Los ladrones que estaban crucificados con él le zaherian del mismo modo. Mas desde la hora sexta del dia hasta la de nona, toda la tierra se cubrió de tinieblas. Y cerca de la hora de nona dió Jesus un grande grito, diciendo: † *¿Eli, Eli, lamma sabacthani?* *C.* Esto es: † Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has abandonado? *C.* Algunos, pues, de los que estaban presentes, oyendo esto, decian: *S.* A Elías llama este. *C.* Y corriendo al punto uno de ellos, tomó una esponja, y la empapó en vinagre, y poniéndola en una caña, se la alargaba para que bebiese. Mas los otros decian: *S.* Deja, veamos si viene Elías á librarle. *C.* Mas Jesus dando de nuevo un grande grito, entregó su espíritu. (*Aquí se hincan todos de rodillas, y hacen una breve pausa*). Y al mismo tiempo el velo del templo se rasgó en dos partes de alto abajo, y la tierra tembló, y las piedras se hendieron, y los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de los santos que habian muerto resucitaron. Y saliendo de sus sepulcros, despues de su resurreccion, vinieron á la santa ciudad y aparecieron á muchos. Mas el Centurion y los que estaban con él guardando á Jesus, visto el terremoto y todo lo que pasaba, temieron en gran manera, y decian: *S.* Verdaderamente este era Hijo de Dios. *C.* Hallábanse allí tambien mirando de léjos muchas mugeres, las cuales habian seguido á Jesus desde Galilea, y le venian sirviendo. Entre las cuales estaban María Magdalena, y María madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos del Zebedeo. E inclinada ya la tarde vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era tambien discípulo de Jesus. Este fué á Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesus. Pilato entónces mandó que se

le entregase. Y tomando José el cuerpo, le envolvió en una sábana limpia, y le puso en un sepulcro suyo nuevo que habia hecho abrir en una peña. Y despues de haber tapado la entrada del sepulcro con una gran piedra, se retiró. María Magdalena y la otra María estaban allí sentadas en frente del sepulcro. Al dia siguiente despues de la parasceve los príncipes de los sacerdotes y los fariseos fueron juntos á Pilato, diciendo: Señor, acordámonos de que aquel impostor dijo aun viviendo: Resucitaré despues de tres dias. Manda pues que guarden el sepulcro hasta el dia tercero: no sea que vengan sus discípulos y le roben, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos; y sea el último engaño peor que el primero. Díjoles Pilato: guardas teneis vosotros; id, guardadle como sabeis. Ellos pues fueron, y para asegurar el sepulcro sellaron la piedra, y pusieron guardas.

MEDITACION.

Sobre la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen.

Considera que la entrada de Jesucristo en Jerusalen, entre los vivas y aclamaciones del pueblo, fué toda misteriosa, y obra toda de aquel Dios que disponia los grandes sucesos, y movia los corazones de aquellos hombres. En ella nos presentó el Hijo de Dios, como en un cuadro magnífico, toda la historia de la religion en los diversos estados de la Iglesia, comenzando por el primer hombre, y terminando con el postrero que haya de existir. Ese largo espacio que ocupa el numeroso pueblo que salió al camino á recibir al Salvador y que vuelve con él hácia Jerusalen, nos representa la serie de los siglos; y el pueblo que lo ocupa nos denota á los hombres todos que han existido, existen y existirán sobre la tierra. Hácia la mitad de este espacio y entre este pueblo inmenso viene el Salvador; pero no viene como uno de tantos, sino como el Señor y Rey de todos, único y solo objeto de las adoraciones y aclamaciones del pueblo. Represéntasenos en esto, que este Divino Salvador vino á la tierra hácia la mitad de los siglos, se hizo verdadero hombre, habitó entre los hombres, conversó con ellos, pasó por las edades é hizo el curso de una vida mortal; mas con todo eso, no se confunde entre los otros hombres, pues aunque era verdadero hombre, mas no puro hombre, sino hombre Dios; y que aunque vino al mundo despues que Adan, los Patriarcas, los Profetas, y todos los

que existieron en la tierra ántes del hombre Dios, él es sin embargo el Príncipe de todos, la cabeza de todos, y especialmente de sus escogidos. Así es, que le pertenecen no solo los que lo rodean y los que vienen en pos de él bendiciendo su nombre, sino tambien los que van por delante abriendo el camino y tributándole sus cultos y homenages; como se denotaba en el tender las capas en el camino para que pasase sobre ellas, y cortar ramos de olivo y de palma para celebrar su uncion real y sacerdotal, y el glorioso triunfo que reportaba sobre sus enemigos. Con esta comitiva se dirige á Jerusalen, en la que se nos denota la patria celestial; para cuya consecucion se hizo nuestro Redentor y nuestro conductor, enderezándose á este fin la institucion toda de la Iglesia, ya en la ley natural que se dió al mundo desde su principio, ya en la escrita que se dió al pueblo de Israel, ya en la de gracia que se ha dado á la Iglesia cristiana y que no terminará hasta la consumacion de los siglos. Jesucristo viene sentado sobre un pollino, al que no se habia echado la primera silla, y sobre el que ninguno habia montado: trajéronselo al Salvador sus discípulos, desatándolo por órden suya. En éste se significa el pueblo gentil, que por la predicacion del Evangelio desataron los Apóstoles del yugo del demonio y de la esclavitud del error y del pecado, y le trajeron bajo el imperio de Jesucristo, que lo dominó formando de todas las naciones su Iglesia universal. Finalmente, en los escribas y fariseos que no acompañaban al Salvador, sino que á lo léjos observaban su triunfo llenos de indignacion y de cólera, se nos denota á los enemigos de Dios y de su Iglesia, que se escluyen ellos mismos de la felicidad eterna, y se enfurecen contra las almas santas.

Considera que siendo tan de todos aquel triunfo y tan universal aquella dicha, no todos la lograron, para denotársenos, que aunque son muchos los llamados y que en efecto entran en la Iglesia y toman el camino de la patria, pocos son los escogidos, que siguen constantemente á Cristo, hasta entrar con él en la gloria. Cierto es, que todo aquel pueblo entró en Jerusalen; mas no era lo material de esta ciudad lo que formaba la gloria, sino la union con Cristo por un amor de caridad que persevera hasta el fin; y visto es que una gran mayoría de aquel pueblo se retiró abandonando al Salvador, que otros quisieron prenderle aquella misma tarde, y que muy pocos le fueron fieles y supieron perseverar hasta alcanzar su felicidad eterna. Terrible leccion, que debe hacernos entrar en cuentas con nó-

sotros mismos, para conocer si somos de aquel número que solo á tiempos y en ciertas circunstancias sigue á Dios, abandonándole en el tiempo de la tentacion ó de la tribulacion. Si tal es el carácter de nuestra virtud, temblemos; porque asoman los síntomas de la reprobacion. Procuremos pues, que nuestro amor á Dios sea sólido y constante, siguiendo y acompañando al Señor, no solo en la época de la prosperidad, sino tambien en las adversidades, en las persecuciones, y en la muerte misma. En el infortunio es donde se prueba el verdadero amigo. Poco harémos en aclamarle cuando nos colma de felicidades y nos da parte en sus triunfos: la gracia es que le seamos fieles y le hagamos compañía aunque le véamos solo, abandonado y perseguido de todo el mundo. Así se probará que no es nuestro interes lo que nos lleva á amarle, sino su bondad y perfeccion suma, la cual siempre es la misma, sea que le adore ó le blasfeme el mundo.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Haced, Señor, que esta constancia sea el distintivo que me caracterice por vuestro siervo fiel, hijo amante y fervoroso discípulo. Sin ello, ¿qué honra puedo daros, ó cómo puedo contarme entre vuestros verdaderos adoradores que os adoran en espíritu y en verdad? Aun aquel pueblo glorificó vuestro nombre, bendijo vuestra mision, os aclamó como su Redentor y su Mesías; pero su corazon no andaba perfecto delante de vos: en aquel mismo dia os abandona, y á pocos mas se subleva y pide vuestra muerte. ¡O Dios! libradme de tan fatal mudanza, sostened mi virtud, hacedme siempre vuestro.

JACULATORIA.

Hosanna en las alturas: bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

LECCION.

Sobre la entrada de Jesucristo en Jerusalen.

El dia de hoy la Iglesia nuestra madre por una parte nos representa el triunfo de Jesucristo; y por otra nos convida al dolor y á las lágrimas: por aquí nos presenta al pueblo tendiendo su ropa y sus ramos en el camino por donde pasaba el Salvador de las naciones; y por otra á la sinagoga ocupada en su condenacion, en su suplicio y en su muerte. ¿Nos regocijarémos con el *Hosanna al Hijo de*

David, bendito el que viene en el nombre del Señor; ó nos entristecerémos al oir ya los clamores de un pueblo desenfrenado que pide se le crucifique? ¿Felicitarémos á la hija de Sion, porque viene á ella su Rey lleno de dulzura, cuando Jesucristo se acerca á Jerusalen para llorar sobre ella como una ciudad ingrata, que despues de haber maltratado á sus Profetas, intenta quitar la vida en una cruz al enviado de Dios, al Redentor, solo digno del mayor reconocimiento y del amor mas tierno?

Sigamos á la Iglesia en todos los misterios que nos representa, adoremos á Jesucristo en su triunfo para sentir mejor el exceso de sus amarguras y dolores: volvamos la vista sobre nosotros mismos, y reconozcamos en la inconstancia del pueblo judaico que hoy alaba y mañana blasfema, la ligereza de nuestro proceder, principio de nuestros desórdenes. Jesucristo jamas perdió de vista el objeto esencial de su mision; él no se limitó á instruir, curar y consolar á su pueblo, sino que en todo miraba á la gloria de Dios y al cumplimiento de su eterna voluntad. A medida que finalizaba su ministerio, las profecías se multiplicaban y se hacian mas sensibles para que no quedase duda en que habia venido el Mesías, y que este era Jesucristo; la que hoy se cumple está detallada con tales caracteres, que no es posible desconocerla. Se acerca Jesus á Jerusalen, y llegando á Betfage al monte de las Olivas, mandó á dos de sus discípulos que fuesen á la aldea de en frente y trajesen una asna que encontrarian atada, y un pollino con ella. Registremos cuáles son las intenciones de Jesucristo en este mandato. No es ciertamente el de evitar el cansancio del camino, pues el monte del Olivar no dista mucho de Jerusalen: tampoco es la de procurarse hongres de triunfo, pues siempre hizo conocer que no buscaba su propia gloria: trata, pues, de dar á un pueblo incrédulo un testimonio sensible de la autoridad de su mision, cumpliendo las profecías mas claras y expresas. El pueblo judío no podia ignorar el vaticinio de Jacob, ni la aplicacion que Zacarías, el último de los Profetas, hizo de aquellas palabras: *Atando á la viña su pollino, y á la vid su asna*, diciendo á la hija de Sion: *Tu Rey viene lleno de dulzura y mansedumbre, sentado sobre una asna y un pollino, hijo de la que estaba bajo del yugo.* Jesucristo, pues, para instruir á este pueblo incrédulo, prepara él mismo los instrumentos de su triunfo. ¿Pero qué impresion hará esta profecía por clara y terminante que sea sobre un pueblo á quien no han podido mover los oráculos, los mi-

lagros y los beneficios! Sin duda que será una impresion muy pasagera y ninguno el fruto que de ella puede esperarse.

Jesucristo, lleno de sabiduría y de poder, que conoce y dispone de los corazones como le place, sin hacerles violencia, al dar á sus discípulos el mandamiento de que vamos hablando, los prepara de las dificultades: *Si alguno os reconviniere, decidle que el Señor los ha menester.* Los Apóstoles le escuchan con sumision y le obedecen con resignacion. Hagamos una ligera aplicacion de esta conducta á la nuestra. ¿Cuántas veces se nos dice por los libros y por los predicadores que el romperse los estrechos y legítimos lazos de los esposos, de los hermanos y de los amigos por la muerte de alguno de ellos, que el quedar huérfanos y solos en el mundo, que el padecer cualquiera infortunio ó desgracia, es porque así Dios lo dispone, porque así nos conviene; ¿y no es verdad que otras tantas no correspondemos con resignacion, sino con lloros, gemidos, quejas y murmuraciones, algunas veces indecentes y criminales? Se le dice á un doliente que adore la voluntad de Dios, que se conforme con ella, que estamos obligados á respetar los altos designios y juicios del Eterno: ¿y no es cierto que muchas veces se oyen estos consejos con impaciencia y se desechan con desprecio? El sacrificio forzado que se hace de un objeto que no se ha podido conservar, se profana á los ojos de Dios con llantos continuos, con quejas amargas que manifiestan la poca ó ninguna conformidad con la voluntad divina.

Jesucristo mismo hace la aplicacion de la profecía que acabamos de citar. *Decid á la hija de Sion: He aquí tu Rey, viene manso para ti.* ¿Y por qué no dice á esta ciudad criminal: *Hé aquí á tu Juez, que viene lleno de indignacion y de cólera?* Porque los títulos de que Jesucristo se muestra siempre mas celoso, son los de Padre y Príncipe de la paz. Estos son los que mejor convienen á la naturaleza de su mision y á las disposiciones de su corazon; estos son los títulos que mas ama. Los Profetas le representaron siempre bajo este carácter, y la Iglesia principalmente en estos dias, nos le anuncia del mismo modo. A los justos y á los pecadores les habla de la misma manera, á todos convida á la sagrada mesa, y les dice: "He aquí vuestro Rey que viene lleno de dulzura, de clemencia y de bondad; mas cuidado con los que aun conservan sus antiguas acciones, sus malos hábitos y afectos pecaminosos; miéntras estén en este estado, Jesucristo es su Rey; pero un Rey que se

vengará de sus sacrilegios, sus pasos entónces no son pacíficos, y no penetran sus corazones sino para grabar en ellos la sentencia de su muerte. Esta profecía de un Rey lleno de dulzura y mansedumbre, se dirige solamente á las almas fieles que conservan su pureza en todo su esplendor, ó que lavaron sus manchas con las lágrimas de una verdadera y perfecta penitencia. Sí, las almas fieles y justas son las únicas que con su vigilancia, penitencia y oraciones, preparan á esta Magestad bienhechora un trono donde pueda reinar con decoro. ¡Felices una y mil veces si lo conservan con el poder de la gracia! Los dos Apóstoles enviados ejecutan las órdenes de su divino Maestro con toda seguridad, porque no temen ningun obstáculo. Si preciamos, pues, de ser tambien discípulos del divino Salvador, despojémonos del carácter indócil, seamos sensibles á nuestra vocacion, y correspondamos á ella. Despojémonos de nuestras antiguas ropas, cortemos las ramas de los árboles de nuestras pasiones, y arrojémoslas por el camino, como lo hacia la multitud que seguia á Jesucristo. Es preciso adquirir virtudes y desarraigar vicios, ántes de presentarnos á la vista del Salvador para recibirle en la mesa del altar. Hay muchos cristianos que llegan á la sagrada mesa suspendiendo solo por algun tiempo sus desórdenes sin arrancar de raiz sus vicios, como lo demuestra el verlos tomar de nuevo los antiguos vestidos de que al parecer se habian despojado. ¡Infeliz conducta, suerte desdichada!

Lo que pasó en la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen, se renueva todos los dias en la entrada que hace el mismo Señor en la alma de los fieles por el sacramento augustísimo de la Eucaristía. Este divino Salvador viene á nosotros en el sacramento del altar como un Rey que no respira sino mansedumbre. ¡Cuántos cristianos le salen al encuentro en estos quince dias de Pascua! ¡Qué de apariencias de religion! ¡Qué demostraciones de respeto! ¡Qué señales de devocion! ¿Cuánto no debia esperarse de un aparato tan religioso? ¡Qué reforma de costumbres! ¡Qué regularidad de conducta! Pero ¡oh desgracia! Nosotros nos hacemos fieles imitadores de los judíos de Jerusalen. Recibieron á Jesucristo como al Mesías, y el mismo dia lo olvidaron como si jamas lo hubieran conocido, tanto, que por la tarde se vió obligado á salir de la ciudad para ir á buscar un alojamiento en Betania. ¿Y no nos sucede otro tanto á nosotros el dia de la comunion? ¡Cuántos hay que con ella terminan toda su devocion, toda su religion y todo su reconocimiento!

¿Con qué desprecio, con qué crueldad y con qué ignominia no fué tratado este divino Salvador seis dias despues de tan religiosa y triunfante entrada? ¿Y se difiere tanto tiempo el maltratarlo despues de la comunion pascual? Ciertamente que no. Esas concurrencias mundanas, donde se tiene vergüenza no solo de practicar el Evangelio, sino aun de mentarlo; esos sitios destinados á diversiones tan poco inocentes, todos estos lugares del mundo y del demonio ¿están por largo tiempo desiertos? ¿Se pasan seis dias, ¡qué digo! seis horas sin crucificar á Jesucristo? Consultemos el número de las personas que perseveran en la inocencia: el número de las conversiones no sospechosas; consultemos en fin á nosotros mismos, y encontraremos que todos somos una prueba de esta impía y monstruosa ingratitud.

Lúnes Santo.

La Iglesia en toda esta semana nos describe la Pasion y la muerte del Salvador; y así el oficio de este dia es un vivo y tierno compendio de las principales circunstancias de este misterio. El introito de la misa es del salmo XXXIV, en que David aborrecido, calumniado, perseguido y maltratado pidé á Dios justicia contra sus enemigos. Ninguna cosa conviene mejor á Jesucristo en vísperas de ser sacrificado. A vos, Señor, dice el profeta, pido justicia contra mis enemigos y perseguidores; pues lo son igualmente vuestros, tomad vuestras armas y vuestro escudo para pelear contra ellos; levantaos para venir en mi socorro, pues sois toda mi fuerza y todo mi apoyo. Tirad de vuestra espada y poneos entre mí y los que me persiguen; haced oir en el fondo de mi corazon que vos sois mi salud. Este salmo nos representa á la vista al Salvador en su Pasion, perseguido, acusado, calumniado y procesado con tanta crueldad como injusticia. Conviene tambien á los justos, cuando se ven tentados por los demonios y perseguidos de los hombres: conviene asimismo á la Iglesia, la que jamas está sin persecucion.

La Epístola de este dia se ha tomado del profeta Isaías. Jamas hubo figura mas parecida á la realidad que la que de Jesucristo padeciendo nos pinta el profeta en este capítulo L, donde despues de haber declarado con un estilo vivo y terminante la reprobacion de la sinagoga de los judíos por causa de sus iniquidades: Os protes-

to, dice el Señor por boca de su profeta, os protesto y os declaro, que habeis sido vendidos por causa de vuestros pecados, y que vuestros delitos me han obligado á repudiar á vuestra madre. El profeta, ó mas bien Dios por su profeta, quiso dar á entender, que lo que determinó por fin al Señor á romper su alianza con el pueblo judaico, á desecharlo y reprobarlo, fué el modo indigno, infame y cruel con que trataron al Mesías, á quien no quisieron oir ni recibir, con quien ejercitaron los últimos ultrages, y á quien hicieron morir en una cruz.

El Señor mi Dios me abrió el oido, esto es, me reveló un gran misterio, y por mas increible é incomprensible que me haya parecido, me he rendido á su voz, y no le he contradecido. Este misterio tan poco verisímil, y que se le hacia tan duro de creer al profeta, eran los sangrientos ultrages que los judíos habian de hacer un dia al Mesías tan ardientemente pedido, y por tanto tiempo esperado. No podia comprender el profeta, cómo lo que Dios le habia revelado de los tormentos y de la Pasion del Salvador, pudiese jamas suceder; tan opuesto le parecia á la razon, á la religion y á los verdaderos intereses de los mismos judíos. ¿Qué? decia el profeta, ¿despues de haber suspirado por espacio de tantos siglos por la venida del Mesías, despues de haberlo tan ardiente y afectuosamente pedido, esperado, deseado; cuando este Mesías, cuando este rey de Israel, cuando este soberano Redentor, cuando este divino Salvador venga, ha de ser aborrecido, perseguido, ultrajado, abofeteado, escupido, muerto por este mismo pueblo? Esto era lo que al profeta se le hacia duro de creer. Sin embargo, lo creyó luego que Dios se lo hubo revelado, é hizo aquí una descripcion la mas individual de la mayor parte de las circunstancias de esta Pasion tan dolorosa como ignominiosa al Salvador del mundo, al Mesías prometido.

He entregado mi cuerpo á los que me herian y mis mejillas á los que por último desprecio me arrancaban los pelos de la barba. No he desviado mi cara de los que me cubrian de injurias y de salivas. Habia dicho el Hijo de Dios, hablando por boca de David: Señor, bien veo que todos los sacrificios que se os ofrecen no pueden seros muy agradables: ni los holocaustos, ni las hostias por los pecados, ni la sangre de las víctimas, nada de todo esto es capaz de satisfacer á vuestra justicia ofendida, ni aplacar vuestra indignacion irritada contra el pecado. No quisistes ni víctimas, ni oblaciones. El haberlas tolerado ha sido una pura condescendencia, viendo la flaque-

¿Con qué desprecio, con qué crueldad y con qué ignominia no fué tratado este divino Salvador seis dias despues de tan religiosa y triunfante entrada? ¿Y se difiere tanto tiempo el maltratarlo despues de la comunion pascual? Ciertamente que no. Esas concurrencias mundanas, donde se tiene vergüenza no solo de practicar el Evangelio, sino aun de mentarlo; esos sitios destinados á diversiones tan poco inocentes, todos estos lugares del mundo y del demonio ¿están por largo tiempo desiertos? ¿Se pasan seis dias, ¡qué digo! seis horas sin crucificar á Jesucristo? Consultemos el número de las personas que perseveran en la inocencia: el número de las conversiones no sospechosas; consultemos en fin á nosotros mismos, y encontraremos que todos somos una prueba de esta impía y monstruosa ingratitud.

Lúnes Santo.

La Iglesia en toda esta semana nos describe la Pasion y la muerte del Salvador; y así el oficio de este dia es un vivo y tierno compendio de las principales circunstancias de este misterio. El introito de la misa es del salmo XXXIV, en que David aborrecido, calumniado, perseguido y maltratado pidé á Dios justicia contra sus enemigos. Ninguna cosa conviene mejor á Jesucristo en vísperas de ser sacrificado. A vos, Señor, dice el profeta, pido justicia contra mis enemigos y perseguidores; pues lo son igualmente vuestros, tomad vuestras armas y vuestro escudo para pelear contra ellos; levantaos para venir en mi socorro, pues sois toda mi fuerza y todo mi apoyo. Tirad de vuestra espada y poneos entre mí y los que me persiguen; haced oir en el fondo de mi corazon que vos sois mi salud. Este salmo nos representa á la vista al Salvador en su Pasion, perseguido, acusado, calumniado y procesado con tanta crueldad como injusticia. Conviene tambien á los justos, cuando se ven tentados por los demonios y perseguidos de los hombres: conviene asimismo á la Iglesia, la que jamas está sin persecucion.

La Epístola de este dia se ha tomado del profeta Isaías. Jamas hubo figura mas parecida á la realidad que la que de Jesucristo padeciendo nos pinta el profeta en este capítulo L, donde despues de haber declarado con un estilo vivo y terminante la reprobacion de la sinagoga de los judíos por causa de sus iniquidades: Os protes-

to, dice el Señor por boca de su profeta, os protesto y os declaro, que habeis sido vendidos por causa de vuestros pecados, y que vuestros delitos me han obligado á repudiar á vuestra madre. El profeta, ó mas bien Dios por su profeta, quiso dar á entender, que lo que determinó por fin al Señor á romper su alianza con el pueblo judaico, á desecharlo y reprobarlo, fué el modo indigno, infame y cruel con que trataron al Mesías, á quien no quisieron oir ni recibir, con quien ejercitaron los últimos ultrages, y á quien hicieron morir en una cruz.

El Señor mi Dios me abrió el oido, esto es, me reveló un gran misterio, y por mas increible é incomprensible que me haya parecido, me he rendido á su voz, y no le he contradecido. Este misterio tan poco verisímil, y que se le hacia tan duro de creer al profeta, eran los sangrientos ultrages que los judíos habian de hacer un dia al Mesías tan ardientemente pedido, y por tanto tiempo esperado. No podia comprender el profeta, cómo lo que Dios le habia revelado de los tormentos y de la Pasion del Salvador, pudiese jamas suceder; tan opuesto le parecia á la razon, á la religion y á los verdaderos intereses de los mismos judíos. ¿Qué? decia el profeta, ¿despues de haber suspirado por espacio de tantos siglos por la venida del Mesías, despues de haberlo tan ardiente y afectuosamente pedido, esperado, deseado; cuando este Mesías, cuando este rey de Israel, cuando este soberano Redentor, cuando este divino Salvador venga, ha de ser aborrecido, perseguido, ultrajado, abofeteado, escupido, muerto por este mismo pueblo? Esto era lo que al profeta se le hacia duro de creer. Sin embargo, lo creyó luego que Dios se lo hubo revelado, é hizo aquí una descripcion la mas individual de la mayor parte de las circunstancias de esta Pasion tan dolorosa como ignominiosa al Salvador del mundo, al Mesías prometido.

He entregado mi cuerpo á los que me herian y mis mejillas á los que por último desprecio me arrancaban los pelos de la barba. No he desviado mi cara de los que me cubrian de injurias y de salivas. Habia dicho el Hijo de Dios, hablando por boca de David: Señor, bien veo que todos los sacrificios que se os ofrecen no pueden seros muy agradables: ni los holocaustos, ni las hostias por los pecados, ni la sangre de las víctimas, nada de todo esto es capaz de satisfacer á vuestra justicia ofendida, ni aplacar vuestra indignacion irritada contra el pecado. No quisistes ni víctimas, ni oblaciones. El haberlas tolerado ha sido una pura condescendencia, viendo la flaque-

za de vuestro pueblo; por medio de ellas habeis querido poner un freno á la propension que este pueblo grosero y material tenia á la idolatría, y fijar sus espíritus por medio de unas ceremonias exteriores, para que no se dejasen arrastrar al culto de los ídolos por el comercio que tenian con los paganos. Viendo, pues, que todas estas oblaciones, que estos sacrificios de toros y machos de cabrío os desagradaban, me he ofrecido yo para ser yo mismo aquella víctima que os será infinitamente grata, y que sola puede ser capaz de satisfacer abundantemente á vuestra justicia y á vuestro enojo. Vos me habeis dispuesto un cuerpo para esto. Y sabiendo que vos deseábais que yo os lo ofreciese en sacrificio, he abandonado este cuerpo á todos los ultrajes, y á la misma muerte. Todo esto se cumplió en la Pasion del Salvador, entregándose este Señor á los verdugos como una víctima inocente, y como un cordero que no se queja cuando es llevado al matadero.

Yendo Jesucristo por la última vez á Jerusalen con sus discípulos, les previno todo lo que le habia de suceder, prediciéndoles hasta las menores circunstancias de su Pasion. Veis aquí, les dijo, que vamos á Jerusalen, y se cumplirán todas las cosas que los profetas escribieron del Hijo del Hombre, el cual será entregado á los gentiles, tratado con desprecio, azotado y escupido. Desde el momento de su encarnacion habia aceptado el Salvador todo esto. He aquí, Dios mio, que vengo para hacer tu voluntad. El Señor, añade el profeta, es mi protector: ¿qué tengo que temer? No es posible que yo sea confundido. Presenté mi cara como una piedra muy dura, y sé que ninguna cosa me hará titubear. El que me justifica está junto á mí; yo soy inseparable de él; acúseme en hora buena, calumnieme, condéneme: mi Jesus conoce mi inocencia y está de mi parte. Seré oprimido á los ojos de mis enemigos; pero asegurado de la proteccion del Altísimo, esta opresion exterior será la materia de mi gloria. Esto lo explica aun mas el mismo profeta, cuando hablando del Mesías, prosigue diciendo: En dando su vida en sacrificio por el pecado, verá durar su descendencia hasta mas allá de los siglos. Como si dijera: pues ha gustado entregarse, y sufrir la muerte por la salvacion de los hombres, todos los hombres se han hecho sus siervos y sus hijos, comunicándoles la calidad de hijos de Dios por la gracia que les infunde. Y por un pequeño pueblo que ha rehusado reconocerlo por su Salvador, por su Rey y por el Mesías,

será reconocido por tal de todos los pueblos de la tierra, y se verá constituido cabeza de la Iglesia cristiana.

Júntense todos mis enemigos, y únanse para perderme. Pontífices, fariseos, escribas, pueblos que el demonio anima contra mí, juntaos si os place con todas las potestades de las tinieblas, con todos los resortes, emplead la autoridad romana. El Señor mi Dios está de mi parte, no temo ni los juicios ni la malicia de los hombres: toda su malignidad no es capaz de empañar mi inocencia; y así triunfaré del mundo y del infierno. Todo este nublado de enemigos empeñados en perderme, se desvanecerá; ellos se consumirán, se convertirán en polvo, y serán comidos de los gusanos, al paso que yo hallaré en la ignominia de mi muerte una vida gloriosa, impasible y eterna. ¿Quién de vosotros teme á Dios, y oye la vos de su siervo? Los que temeis al Señor, y oís mi vos, no temais las amenazas de los malos: éstos hacen mucho ruido y poco mal. Esperad en el Señor, y ninguna cosa será capaz de haceros el menor daño. Pero por lo que mira á aquellos que no quieren seguirme, que son indóciles á mi vos, y que no quieren creerme, les tengo lástima, compadezco mucho su suerte. Por mas pecador que hayas sido, por mas pobre, abandonado y aborrecido, perseguido y oprimido que estés, pon toda tu confianza en Dios, cuenta sobre su bondad, acógete á su infinita misericordia y nada temas: ten por cierto que serás asistido.

El Evangelio de este dia cuenta lo que pasó la víspera de la solemne entrada que hizo el Salvador en Jerusalen. La veneracion en que tenian á Jesucristo despues del milagro de la resurreccion de Lázaro, hacia que cada uno á porfia lo convidase con su casa, teniéndose por muy dichosos en hospedarle. Pero el Salvador se hospedó en casa de Lázaro, donde se le habia dispuesto de cenar, y á donde acudieron muchas gentes por ver al Mesías. Lázaro era uno de los que comian á la mesa con él, y Marta servia la mesa. Luego que se acabó de servir todo lo necesario, María que excedia á todos en amor á Jesucristo, se puso á ungir los piés del Salvador con un bálsamo muy exquisito, cuyo olor se extendió por toda la casa y luego los enjugó con sus cabellos. Esta profusion no fué del gusto de los circunstantes. Judas, aquel indigno discípulo que bien pronto habia de entregar á su buen Maestro, fué el primero que murmuró de ello, y su mal ejemplo, como ordinariamente sucede, fué seguido de algunos otros. ¿A qué viene, dijo, de qué sirve per-

der un bálsamo de tanto valor? ¿No fuera mejor venderlo? Se hubieran sacado de él trescientos dineros, los que se hubieran podido dar á los pobres. Las pasiones, sobre todo, en los que hacen profusion de piedad, hablan siempre con un lenguage devoto, y siempre pretextan motivos religiosos y plausibles. No decia esto aquel traidor por caridad para con los pobres; no era tan sensible á sus miserias. Por otra parte, no estaba encargado de distribuir las limosnas, sino que era el mismo Salvador quien las repartia; mas Jesucristo por un singular favor le habia confiado el cuidado del corto gasto que hacia con sus discípulos, y el de recibir las limosnas que le daban para sus necesidades. Judas secretamente sacaba de la bolsa lo mas que podia, y se lo apropiaba, quizá meditando dejar despues de algun tiempo la compañía de los Apóstoles. Y como la suma de que á la sazon se trataba era bastante considerable, le pesaba haber perdido la ocasion de hacer un crecido hurto. Pero el Salvador que conocia y sabia cuanto pasaba en el corazon de los hombres, al punto tomó la defensa de su devota sierva, y justificó su accion en presencia de todos. ¿Por qué blasfemais, les dijo, una accion que será alabada hasta el fin de los siglos? El Salvador predice aquí su próxima muerte, y para hacer ver que está todo ocupado de este pensamiento, quiere que se mire la accion de María como la operacion de embalsamar su cuerpo, cuya muerte y sepultura previene. Como si dijera: *esto que ejecuta María es un presagio de mi próxima muerte, me trata como á un hombre á quien se le hacen los últimos obsequios; empieza á embalsamarme como á un hombre que llevan ya á enterrar.* Por lo demas bastante os he dado á entender, añadió el Salvador, cuánto estimo la limosna que se da á aquellos á quienes una dura necesidad obliga á pedirla; pero sabed que jamas os faltará esta especie de pobres; pero no debiendo yo estar sino muy poco sobre la tierra con presencia visible, no debeis tener á mal el que esta muger no quiera retardar el hacer conmigo esta especie de obsequio. Miéntras sucedia esto, como la fama de su llegada á Betania se habia extendido por todos sus alrededores, acudieron muchos judíos, no solo por tener la satisfaccion de ver á Jesus, sino tambien por ver con sus propios ojos á Lázaro resucitado.

Jesus merece bien que se vaya á él por él solo; y la perfecta pureza de intencion no se compadece ni aun con una especie de curiosidad devota. ¿Qué será pues de esas miras bajas é interesadas que

se mezclan tan frecuentemente en nuestras buenas obras, y hasta en la misma profesion que hacemos de devocion? Sabemos que el Salvador está realmente sobre nuestros altares para recibir nuestros votos y nuestros homenages, que está en los hospitales, en las cárceles, en las cabañas de los pobres, para recibir algun consuelo ó algun socorro. ¿Estamos impacientes, nos sentimos con vivos deseos de ir á todos estos parages? ¿Es mucha la gente que concurre á los hospitales y á las cárceles sin otro fin que el de visitar, asistir y consolar, por decirlo así, á Jesucristo en la persona de los pobres? ¿Y si algunas veces concurrimos en tropas á nuestros templos, es siempre con el fin de no ver sino á Jesucristo, y para hacer y rendirle á él solo nuestros obsequios y nuestros homenages?

La Epístola es del capítulo L. del profeta Isaías.

En aquellos dias: Dijo Isaías: El Señor Dios abrió mi oreja, y yo no contradigo; atras no volví. Entregué mi cuerpo á los que me herian y mesaban mis barbas: no aparté el rostro de los que me injuriaban y escupian. El Señor Dios es mi auxiliador: por eso no fuí confundido. Esta es la causa por que puse mi rostro como piedra durísima, y sé que no seré confundido. Cercano está el que me justifica: ¿quién se me opondrá? Unámonos: ¿quién es mi adversario? Llégueme á mí. He aquí el Señor Dios es mi auxiliador: ¿quién es el que me condenará? He aquí todos ellos, como vestidos se envejecerán, la polilla los comerá. ¿Hay alguno de vosotros que tema al Señor, y oiga la voz de su siervo? El que anduvo en tinieblas y hay luz en él, espere en el nombre del Señor, y tome por fundamento á su Dios y Señor.

El Evangelio es del capítulo XII de San Juan.

Seis dias ántes de la pascua vino Jesus á Betania, donde habia muerto Lázaro, el que resucitó Jesus. E hiciéronle allí una cena, y Marta servia, y Lázaro era uno de los que estaban sentados á la mesa juntamente con él. María pues tomó una libra de ungüento de nardo puro de mucho precio, y ungió los piés de Jesus, y limpió sus piés con sus cabellos, y la casa se llenó de la fragancia del ungüento. Dijo entónces uno de sus discípulos, Judas Iscariotes, el que le habia de entregar: ¿Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos dineros, y se ha dado á los pobres? Mas dijo es-

to, no porque estuviese á cargo suyo el cuidado de los pobres, sino porque era ladron, y teniendo la bolsa, llevaba lo que se echaba en ella. Dijo entónces Jesus: Dejadla que lo aproveche para el dia de mi sepultura: porque á los pobres siempre los teneis con vosotros; mas á mí no siempre me teneis. Llegó pues á entender una gran muchedumbre de judíos que estaban en aquel lugar, y vinieron no solo por causa de Jesus, mas por ver á Lázaro, al cual habia resucitado de entre los muertos.

MEDITACION.

Sobre la sentencia de muerte dada contra el Salvador.

Considera que no sin misterio fué llevado el Señor de unos tribunales á otros, de unos á otros jueces, pues con esto quiso su Magestad que se conociese mas su inocencia, y apareciese mas en claro la malicia de sus perseguidores, que ya valiéndose de testigos falsos, ya acumulando testimonios que no convenian entre sí, ya usando de la astucia para hacerle proferir alguna palabra que pudiesen tomar por pretesto con que cohonestar su horrendo atentado, daban á conocer bastantemente que no habia en él culpa alguna, ni mas motivo para perseguirlo que ser él la luz y ellos las tinieblas, él la santidad y ellos la iniquidad y el pecado; de donde es que precisamente habia de haber oposicion; pues, como dice el Apóstol, no pueden avenirse la luz y las tinieblas, ni haber sociedad entre Cristo y Belial. Por eso el santo Simeon, inspirado de Dios, anunció que Cristo seria puesto como un signo de contradiccion; pues siendo él la verdad que combatia al error, necesariamente habia de ser opugnada por este. Por eso el mismo Cristo dijo que habia venido, no á introducir la paz, sino la espada. No habla aquí el Salvador de la verdadera la paz, que es la herencia de los hijos de Dios, sino de aquella paz espuria y vil que tienen entre sí los pecadores, y mediante la cual, ó bien se asocian para perpetrar el delito, ó bien se portan de manera que cuando no se aprueben sus excesos, por lo ménos no se los reprueban ni se corrijen caritativamente. No es esta la paz de Cristo, y por eso no podia avenirse con los escribas y fariseos, ni ellos con él. He aquí la division; he aquí la espada que Cristo vino á introducir en el mundo. No es esta ciertamente un espíritu de division ó discordia; es la oposicion necesaria entre la verdad y el error, entre la virtud y el vicio, entre la

gracia y el pecado. Cristo combate el error, persigue al vicio, hace guerra al pecado; y el pecado, y el vicio y el error pugnan contra Cristo; lo persiguen, lo injurian, lo atormentan, lo clavan en la cruz, y siguen haciéndole guerra de continuo en los miembros de su cuerpo místico, los iluminados y fieles hijos de la Iglesia.

Considera que esta misma injusticia con que obran contra el Salvador sus perseguidores, le hace mas sensible y doloroso el decreto de su muerte. Léanse los salmos de David, véase á Jeremías y se encontrará á cada paso el lamento justísimo de Jesucristo en aquellos dos santos profetas que fueron figura suya, y por los cuales se queja de la injusticia con que se le perseguia, se le acusaba y se le condenaba. Es verdad que el Salvador solo por la injusticia pudo ser perseguido; pues no dió, ni pudo dar causa alguna para que se le persiguiese justamente; pero esto no quita que sintiese toda la amargura y el dolor de padecer inocente. ¡Sentenciar á muerte á un hombre santo, inocente, benéfico, lleno de virtudes, solo porque convenia á las miras de sus enemigos, es la iniquidad mas atroz que pudo producir el infierno! ¡Sentenciarlo tumultuariamente, sin forma de juicio! ¡Sentenciarlo sobre calumnias y falsas imputaciones! ¡Sentenciarlo en la agitacion de las pasiones, en el rebato del furor, en el exceso de la mofa y escarnio! ¡Ah! que solo en este juicio pudo verse un agregado de desórdenes, un cúmulo de atentados tan enormes, tan injuriosos, tan escandalosos. Pues si nuestros corazones, á pesar de haber perdido tanto los principios de la justicia y de la moral, se resienten y se afectan vivamente á la consideracion imperfectísima de tan enorme y abominable injusticia, ¿qué sentiria el corazon de Jesucristo que por naturaleza poseia la rectitud y la justicia, que penetraba toda la malignidad de sus enemigos, y tomaba todo el peso á una maldad verdaderamente infinita, y dirigida toda contra su adorable persona? El corazon del Salvador era nobilísimo, y de tan sublimes sentimientos, cual convenia al Hombre Dios. Así es que sus padecimientos son incalculables, tanto mas, cuanto que se le formó por el Espíritu Santo precisamente para padecer, dotándole de tal viveza de sentimiento, que hiciese su Pasion inmensa, sobrepujando á cuanto han padecido y pueden padecer todos juntos los corazones de los hombres. ¡Oh buen Jesus, y cuánto os he costado!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Si al que es justo por naturaleza, y solo reo de los pecados que to-

ma sobre sí por caridad para librarnos de ellos, se hace sentir la muerte en toda su amargura, ¿cuál debería ser para el que arrastra la cadena de sus propios delitos? ¡El inmortal, hecho mortal y condenado á muerte, para hacer inmortal al que por su pecado se hizo doblemente mortal! ¡Ah, que esto solo cabe en la inmensa caridad de todo un Dios hecho hombre! Pero ¿qué exige de mí una prueba de amor tan desmedida? ¿Será bastante un poco de gratitud, un amor de puro y superficial afecto? ¡Ah! que no. Yo debo morir á todas las criaturas: yo debo morir á mí mismo, para solo vivir á mi Jesus. A él debo esta vida que me ha dado: suya es, y debo consagrársela: tal es, Dios mio, mi resolucion.

JACULATORIA.

Mi vida debe ser toda de Cristo; y el morir á mí mismo es mi única ventaja y mi ganancia.

LECCION.

Sobre la delicadeza de las falsas conciencias.

El demonio, muy astuto engañador de las almas, se vale aun de la misma virtud para pervertirlas; no porque la virtud en sí pueda ser perjudicial á los hombres, sino por la imprudencia ó inoportunidad con que las practicamos, prefiriendo el ejercicio de aquellas que no nos obligan tan estrechamente como otras en el estado y profesion que tenemos. Todas las virtudes son buenas; pero no todas nos obligan con igualdad. El padre de familia que por dedicarse á la oracion en el retiro de un templo, descuidare la educacion de sus hijos y ministrarles la subsistencia necesaria, de suerte que miéntras él estuviere rezando en las iglesias, su muger, sus hijas, sus hijos ocupen el tiempo en diversiones pecaminosas, sin instruirse en su religion; ó que por esta ocupacion piadosa del marido falte á la familia el sustento, esponiéndola tal vez á proporcionárselo por medios reprobados, ¿cómo podria ser grata á Dios aquella virtud? Si el juez desatiende la administracion de justicia haciendo erogar indebidos gastos á los litigantes, y ocasionándoles perjuicios muchas veces irreparables con la demora, ¿cumplirá con su obligacion aunque dia y noche emplee en visitar enfermos y auxiliar moribundos? Ved, pues, como no nos basta ejercer materialmente obras de virtud para agradar á Dios, sino que es preciso que practiquemos las que

su Magestad quiere en la situacion en que nos ha puesto, aunque estas no sean tan á nuestro gusto como otras: el preferir, pues, estas á aquellas será un sacrificio que haremos, y un nuevo mérito que contraigamos con nuestro soberano dueño y Señor. Cuando el demonio no puede inducirnos á cometer pecados evidentes, procura que indirectamente los cometamos, haciendo que practiquemos obras buenas; mas que su práctica nos impida la de aquellas á que estamos obligados. Otras ocasiones nos sugiere razones aparentes y sofísticas para que á pretesto de optimismo desatendamos un objeto por atender otro que nos parezca mejor, aunque en ciertas circunstancias no lo sea.

Las falsas conciencias, que por desgracia del siglo en que vivimos, casi son las mas, aparentan mayor delicadeza que las buenas: afectan por lo comun ser exactas y aun escrupulosas; pero no hay que engañarse; tan solo es en aquello que lisonjea su pasion dominante, á la que siempre protegen y sirven de apoyo. No les faltan motivos especiosos y deslumbradores con que colorear sus ilusiones, y si les faltan, los inventan. Afectan que son tan zelosas del bien público, como amantes de la verdad, la que siempre protestan las hace obrar, y tambien el deseo de que se administre justicia. Sin embargo, se trata sin misericordia á un pobre deudor: se quiere ser pagado hasta del último maravedí por imposibilitado que se halle, por razones y escusas que alegue, por ruegos que interponga: se cierran los ojos al lastimoso estado á que se le va á reducir: no se siente, no se repara que toda una familia va de por medio. Y qué ¿podrá haber motivo en un hombre racional, y que ademas precia de cristiano, para tan bárbara dureza, para tan cruel proceder?

Luego que el alma se deja dominar de las pasiones, la delicadeza afectada de conciencia no es mas que un nombre que se emplea para dar valor á la preocupacion y al interes. Todos comerciamos en conciencia, hablamos en conciencia y obramos en conciencia; y á pesar de tan bellas y repetidas expresiones, en todas partes abunda la iniquidad, y la preocupacion es la que juzga y sentencia en todo. Así es que hay tantas conciencias como personas, cuando solo habia de haber un modo de obrar, puesto que no es mas que una la verdad y la ley.

Si meditáramos las verdades santas del Evangelio, compararíamos nuestra conciencia con la ley, y veriamos si era ó no alguna ilusion que nos engañaba. El testimonio de la conciencia fué oido

en todos tiempos como un oráculo sagrado; y si hoy se desconoce su mérito y valor, es porque hoy se vive cercados de las mas densas tinieblas. Nos parecemos al Apóstol desventurado en las ilusiones y en los errores. Magdalena abrasada del mas generoso amor á su Salvador, no omite ocasion alguna de darle públicamente señales y pruebas de lo mucho que le ama. Seis dias ántes de la muerte de Jesucristo, cenando este Señor en Betania, derramó sobre sus piés un bálsamo de mucho precio: todos alaban la accion, solo Judas la desaprueba: el motivo que aparenta es la caridad, y la causa de su murmuracion es su pretendida delicadeza de conciencia. Al oirlo hablar, cualquiera diria que quien lo hace murmurar es la pura caridad para con los pobres, que quien lo hace obrar es una cuerda y religiosa economía, que quien lo anima es el amor de la pobreza evangélica. *¿Para qué desperdiciar esto? ¿Por qué no se ha vendido este bálsamo en trescientos dineros, y se ha dado á los necesitados?* ¿No se dirá que es la pura caridad quien lo hace que se exprese de este modo? ¡Qué este Apóstol solo piensa en aliviar las necesidades de los pobres? Sin embargo, la avaricia es la que lo hace hablar así, y el deseo de hurtar aquel dinero es el que lo anima á hacer esta representacion. No era Judas tan compasivo para con los pobres como parecia.

El vicio y la virtud suelen tener el mismo lenguaje, y nos engañamos con mucha facilidad, reputando virtud lo que no es sino vicio. La falsa conciencia es émula de la buena: motivos de religion, razones de piedad, pretestos de caridad y de zelo, todo se pone en práctica para asegurar el dictámen, todo se emplea para deslumbrar con las apariencias de virtud, y de todo se usa para engañar. ¡Cuántos hay que no obran sino por pasion, y se lisongean de que no obran sino por virtud! ¡Cuántos son el juguete de su depravado corazon y de su falsa conciencia! Cuanto es mayor y mas vasto el entendimiento, tanto la ilusion es mas incurable: nunca el error es mas pernicioso, que cuando es efecto de la malicia del corazon y de la perversidad del entendimiento. ¡Cuánto mejor nos seria obrar con sencillez y con rectitud! ¿Qué, nuestras pasiones por mas disfrazadas y disimuladas que sean podrán engañar á Dios? Engañémonos á nosotros mismos cuanto queramos; porque Dios no puede engañarse. Cuando las verdades son holladas y cuando se ven á sangre fria y con serenidad los abismos eternos, infaliblemente se corre por la posta á la perdicion: la verdadera conciencia es sustituida por la falsa: el mundo no forma ya mas que una sociedad de espíritus indóciles y perversos, que se burlan de los ayunos, de las abstinencias y aun de los mismos mandamientos; de suerte que la conciencia parece un ente de razon.

Solo Dios es quien puede sostenernos en medio de los peligros que nos rodean por todas partes; solo él puede alumbrar nuestra conciencia y darla rectitud y veracidad. Si el Señor llega á retirarse, vamos de abismo en abismo hasta aquella profundidad sin límites que ha de absorver á todos los malos. Todos los dias se ven confirmadas estas verdades: no faltan hombres soberbios abandonados á todo exceso; la tierra está manchada con crímenes y delitos peores que los anteriores al diluvio, pues toda carne ha corrompido sus veredas: solo el brazo del Omnipotente nos puede sostener con su gracia.

El que estuviere en pié, dice San Pablo, *tenga cuidado de no caer*. Palabras que debemos tener siempre presentes, pues en ellas se nos enseña que el mas santo puede á cada instante caer de su santidad; y así no hay hombre, sea el que fuere, que no deba estar siempre alerta y con temor. Basta una circunstancia desgraciada para hacernos reos de los mas abominables delitos. Pidamos de continuo luz al Espíritu Santo para que nuestra conciencia no se pervierta, y obrando con la errónea ó con ignorancia afectada, vayamos á acompañar al desgraciado Judas, de lo cual nos libre la misericordia de nuestro Señor Jesucristo.

Mártes Santo.

Conforme se va acercando el gran dia en que se consumó la admirable obra de la redencion por la muerte del Salvador, nos exhorta la Iglesia á todos los fieles á no gloriarnos sino en la cruz, instrumento de nuestra salud, y á cumplir en nuestra carne lo que falta á la pasion de Cristo, que es, aplicárnosla por la penitencia.

El introito se tomó de la carta de San Pablo á los de Galacia, donde despues de haberles dado un gran número de preceptos morales, y despues de haberles descubierto el verdadero motivo, y el fin de todos aquellos falsos Apóstoles, que querian obligarlos á someterse todavia á las ceremonias legales, les dice: No tienen tanta

ansia de que os circuncideis sino para evitar ellos la persecucion con que los judíos ejercitan á los que creen, como nosotros, estar abrogadas las ceremonias legales. No creais que este sea zelo de vuestra salvacion, ó amor á la verdad; ni penseis que la gloria de Jesucristo es quien los anima, sino la vanidad, el respeto humano y el amor propio; queriendo tener la vanagloria de haberos sujetado á la ley de la circuncision: un temor cobarde, servil é interesado, les impide el predicar como nosotros la cruz de Jesucristo, y la eficacia de la fé, por no ser perseguidos de los judíos. Los falsos doctores de que habla aquí el Apóstol, no eran ni judíos, ni cristianos, ni paganos, pues reconocian á Jesucristo por el Mesías, se sujetaban á la ley de la circuncision y no adoraban los ídolos. Así es que San Pablo instruye á los habitantes de Galacia sobre este punto de fé, desviándolos de las sendas por donde los quieren llevar los falsos doctores; y los anima amonestándoles que por lo que á él toca, pone toda su gloria en predicar á Jesucristo crucificado, el que es un escándalo para los judíos, y una necedad y locura para los gentiles; pero que es la fortaleza y sabiduría para los verdaderos fieles: no quiera Dios que yo me glorie de otra cosa sino de la cruz de Jesucristo. La Iglesia forma de estas excelentes lecciones el introito, de esta manera: *Toda nuestra gloria la debemos poner en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en el cual está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurreccion, por el cual nos hemos salvado y librado.* ¿Pero hay muchos cristianos el dia de hoy que pongan su gloria en la cruz del Salvador? Quiere decir, ¿que no tengan otra ambicion que la de hacerse semejantes á este divino modelo? Se huye de la cruz, se tiene horror á la cruz, estamos muy distantes de poner en ella nuestra gloria; y sin embargo, la cruz es en donde se encuentra la salud y la vida: no así en los honores y placeres de esta vida, pues en estos solo se encuentra la muerte.

"Dios tenga misericordia de nosotros, y derrame sobre nosotros sus bendiciones. Derrame sobre nosotros la luz de su cara." Esta expresion es bastante comun en la Escritura para significar la bondad y benevolencia de Dios, y para decir que se digne mirarnos con ojos propicios, y nos haga sentir los efectos de su misericordia, y de la extremada bondad con que nos mira. Este salmo LXVI es una viva y devota oracion que David hace á Dios en favor de su pueblo; y por la cual pide el profeta que todas las naciones conozcan y alaben al Señor.

La Epístola de este dia nos representa en la persona del profeta Jeremías una figura de Jesucristo, padeciendo en su Pasion por los mismos de su país. Este santo hombre, que era sacerdote, reprende varias veces á los judíos sus infidelidades para con Dios, y los amenaza, anunciándoles las penas con que serán castigados sus desórdenes y su rebelion. Pero en lugar de aprovecharse de estas caritativas amonestaciones, se irritan contra él y tratan de perderlo. "Señor, dice Jeremías, tú me has hecho ver cuáles son los pensamientos de mis contrarios, y los perniciosos designios que han formado contra mí." San Gerónimo dice que estas palabras y las siguientes, miran en todo á Jesucristo en su Pasion, siendo Jeremías una visible figura del Salvador. "Yo soy, prosigue el profeta, como un manso cordero, sin hiel, sin amargura, sin malicia, á quien llevan para que sirva de víctima por los pecados. Ignoraba yo entónces todo lo que se tramaba contra mí, y no sabia lo que querian dar á entender cuando decian: *Pongamos un leño en su pan, y exterminémoslo de la tierra de los vivientes:* bórrese su nombre de la memoria de los hombres. Pero despues que te dignaste darme la inteligencia de una expresion tan figurada, comprendo, Señor, que han resuelto hacerme morir sobre un leño." Mas despues Jesucristo declara en sus predicciones el misterio de esta profecía; les dice que él es pan vivo, pan de vida bajado del cielo. El pan que yo daré, añade, es mi propia carne; y es esta misma carne que será sacrificada en la cruz por la salud y vida del mundo. Cuando los judíos intentan perder á Jeremías, en la persona de este se representa á Jesucristo, profetizando el decreto de muerte que despues pronuncian contra el mismo Salvador en Jerusalen. Es menester deshacernos de él; y para esto clavemos su cuerpo, que él dice ser pan vivo bajado del cielo: clavémosle en el leño de la cruz, y de este modo lo exterminaremos del mundo. Pero tú, ¡ó Dios de los ejércitos! prosigue el profeta, Dios justo, supremo Juez que castigas la iniquidad, que sondeas los riñones y el fondo del corazon; tú que conoces la malicia de mis enemigos, los cuales bajo una frívola y vana apariencia de religion, tratan de embustero, de facineroso al que has enviado, á aquel cuya inocencia tienes conocida: vea yo la venganza que has de tomar algun dia; vea yo confundidos sus designios y vengada vuestra justicia; vea yo triunfar de su crueldad, de su furor, y de la misma muerte, al justo que ellos pretendian exterminar de la tierra de los vivientes. Vea yo á todos los que han

maquinado su perdicion humillados, aniquilados, y á él exaltado y reconocido por Dios, por los mismos que no lo han maltratado, sino porque se han obstinado maliciosamente en desconocerlo. El profeta, dice San Gerónimo, no habla sino contra los que habian de perseverar en su endurecimiento. No desea el mal de sus hermanos, se compadece de ellos: su perdicion le es mas sensible que los malos tratamientos que ha sufrido de ellos. Quisiera que Dios los castigara para hacer que se convirtieran; pero previendo su terca obstinacion, predice los males que les han de suceder en castigo de su endurecimiento y de su impenitencia; así como el Salvador predijo la total destruccion de Jerusalen y del templo en castigo de su voluntaria cegnedad.

Ninguna cosa nos descubre mejor los tesoros que están encerrados en la pasion del Salvador, que la historia tan sencilla y tan natural de esta misma pasion. No es menester sino seguir la descripcion que hace de ella el Evangelio, y mirar con ojos cristianos todo lo que Jesucristo padeció en los tres principales teatros de su pasion, en el huerto de Gethsamaní, en la ciudad de Jerusalen, y en el Calvario.

El Evangelio de hoy nos dice que habiendo salido el Salvador de Jerusalen despues de haber celebrado la última Pascua con sus discípulos, se retiró al monte Olivete donde tenia costumbre de orar por la noche, y solo permitió que lo acompañasen S. Pedro, S. Juan y Santiago. Entró en el huerto casi ya llegada la hora en que habia de ser entregado por el traidor Judas para ser sacrificado; mas entretanto llega esta hora, se detiene en el huerto, para sacrificarse él mismo á su Padre celestial sobre el altar de su corazon, siendo á un mismo tiempo sacerdote, ministro y víctima de su sacrificio. En las demas partes, puede decirse que sus enemigos tuvieron parte en la inmolacion; pero aquí el Salvador es el único que junta voluntariamente en su alma y en su cuerpo, todo lo que los tormentos tienen de mas cruel, todo lo que la muerte tiene de mas doloroso, todo lo que un hombre puede padecer de mas terrible y de mas sensible. Se abandona, pues, á una idea y á un afecto de temor y de terror, capaces de quitarle la vida, reuniendo en su imaginacion á un mismo tiempo todos los objetos mas capaces de afligirle: traicion de un Apóstol pérfido, huida de los Apóstoles fieles, gritería, ultrages, imprecaciones de un pueblo frenético, insultos ignominiosos del mas injusto de los tribunales, del mas indigno de los magis-

trados, burlas insolentes, oprobios, barbarie, impiedades, calumnias infames, injusticias horrendas, azotes, espinas, clavos, cruz, y por último, una afrentosa y dolorosa muerte se representan en su imaginacion; todo se hace sentir, todo oprime, todo ahoga al mejor de los corazones, al alma mas tierna. Parece rendirse Jesus á un tan enorme peso: no puede al parecer disimular el exceso de sus penas. La tristeza mortal á que se abandona, mas es efecto de nuestra negra ingratitud y del poco fruto que tantos malos cristianos sacarán de su muerte, que del cáliz amargo que iba á beber. Si pide á su Padre que lo libre de lo que él mismo habia aceptado tan voluntariamente, es para hacernos comprender que siente toda la amargura de aquel cáliz. A la verdad, lo que exacerba su dolor es el ver el abuso sacrílego que harán tantos pecadores de las gracias que va á merecerles con su sangre. Quiere salvar á todos los hombres, y ve que la mayor parte de ellos por su obstinada malicia y ciego endurecimiento se perderá. Acepta todos los tormentos mas amargos y la muerte mas ignominiosa, para la expiacion de nuestros pecados; y la tierra estará llena de pecadores. Muere por su pueblo, y este desventurado pueblo no se aprovechará de su muerte.

El temor y la extremada tristeza á que el Salvador se habia abandonado, habian por un efecto natural juntado la sangre al derredor de su corazon; pero el amor y el deseo ardiente de nuestra salvacion, habiéndola rechazado y esparcido con violencia por todo el cuerpo, causaron un sudor de sangre tan abundante, que corrió hasta regar la tierra. Y qué, ¿tanta sangre derramada á impulsos del excesivo amor que Jesucristo nos tiene, no sacará jamas de nuestros ojos una lágrima?

La llegada del pérfido Judas á la cabeza de una compañía de soldados y de gente armada, todos con espadas, palos y cordeles, oprimió el corazon de aquel buen Maestro; y el ósculo que este infame apóstata le dió en señal de su traicion, hizo una llaga tan profunda en aquel divino corazon, que abrió paso al último suspiro de su vida. El Salvador, abrazando entónces por última vez á aquel desventurado, y hablándole todavía en tono de padre, le dice: "Amigo, ¿á qué has venido? ¿Con beso entregas al Hijo del Hombre?" ¿Qué corazon tan bárbaro no se hubiera ablandado, no se hubiera enternecido á una queja tan amorosa? Pero Judas es insensible á una reconvencion tan viva y tan penetrante. ¡Oh Dios mio! ¿De qué no es capaz una alma que os abandona despues

de haberos conocido? ¡Oh, y cómo la insensibilidad se sigue inmediatamente á una comunion sacrílega! Le hubiera sido muy fácil á Jesucristo librarse de las manos de aquella tropa de malvados, como se habia librado tantas veces de las manos de los que tenian órden de prenderlo ántes que fuese llegada la hora. Pero el dia de hoy que llegó el tiempo determinado para su sacrificio, él mismo sale al encuentro á los que le buscan; y no bien les ha dicho que él es el que tienén órden de prender, cuando su voz, como si fuera un rayo, los arroja y tiende por tierra: tanta verdad es, que si él mismo no se hubiera entregado á la muerte por la salud de los hombres, jamas hubieran podido las potestades de las tinieblas apoderarse de su persona, dice Isaías.

¡Qué estado mas santo y mas perfecto que el del apostolado! ¡Qué vocacion mas cierta y mas milagrosa que la de Judas! ¿Dónde podia estar mas al abrigo de las olas de las pasiones, de las astucias del enemigo, y del contagio del mal ejemplo, que á los ojos del mismo Jesucristo y en compañía de los Apóstoles? Sin embargo, Judas con una vocacion tan perfecta, en un estado tan santo, instruido por el mismo Jesucristo, colmado de sus beneficios, testigo de sus milagros; Judas se pervierte, Judas comete el mas horrible delito que jamas se hubiera imaginado, Judas por último se condena. Despues de esto, ¿quién no trabajará con temor y desvelo en el negocio de su salvacion? Se digna Jesus llamarlo con el nombre de amigo aun cuando este traidor lo entrega. ¡Oh Dios mio, qué pena no os cuesta el dejarnos perder! y ¡cuánto sentís el vernos perecer! Habiendo permitido el Salvador á los que su sola presencia y su voz habian tendido en tierra, que se levantaran, se les entrega y permite que lo aten como á un malhechor, y lo lleven á los tribunales entre la gritería é insultos del populacho. ¡Qué digna de lástima seria nuestra suerte, amable Salvador mio, si pudiéramos miraros á sangre fria en el triste y lastimoso estado á que os redujo la ternura con que nos amaste! ¡Ah! este amor es quien os ata mucho mas estrechamente que las sogas y cordeles de que os vemos cargado. ¿Y este mismo amor no nos tirará jamas hácia vos?

La Epístola es del capítulo XI del profeta Jeremías.

En aquellos dias: Dijo Jeremías: Señor, tú me hiciste saber, y conocí: entónces me mostraste sus intentos: Y yo como cordero manso que llevan al sacrificio, como si ignorase que habian conspirado

contra mí, diciendo: pongamos leño en su pan, y desterrémosle de la tierra de los vivos, y no haya mas memoria de su nombre. Mas tú, ó Señor de Sabaoth, que juzgas segun justicia, y sondeas los riñones y los corazones, vea yo tu venganza de ellos; porque á tí he descubierto mi causa, Señor Dios mio.

PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, SEGUN SAN MARCOS.

(Capítulos XIV y XV.)

En aquel tiempo se celebraba la pascua y los ázimos despues de dos dias: y los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban modo de prender con engaño á Jesus, y de darle muerte. Mas decian: *S.* No lo hagamos en dia de fiesta, no sea que suceda algun alboroto en el pueblo. *C.* Hallándose, pues, Jesus en Betania, en casa de Simon el leproso, y estando puesto á la mesa, llegó una muger que traia un vaso de alabastro, lleno de ungüento de espigas de nardo de mucho precio, y habiendo quebrado el vaso, se lo derramó sobre la cabeza. Habia allí algunos que lo llevaron á mal en su interior, y dijeron: *S.* ¿A qué fin este desperdicio de ungüento? Puesto que se podia vender por mas de trescientos dineros, y darse á los pobres. *C.* Y se enfurecian contra ella. Mas Jesus les dijo: † Dejadla, ¿por qué la molestais? buena obra me ha hecho. Porque siempre teneis pobres con vosotros, y podeis hacerles bien cuando quisiéreis; mas á mí no siempre me teneis. Esta hizo lo que pudo: se ha anticipado á ungir mi cuerpo para la sepultura. De cierto os digo, que donde quiera que fuere predicado este Evangelio por todo el mundo, se contará tambien en alabanza suya esto que ha hecho. *C.* Y Judas Iscariotes, uno de los doce, se fué á buscar á los príncipes de los sacerdotes para entregárselo á traicion. Los cuales luego que lo oyeron se holgaron, y prometieron darle dinero. Y desde entónces buscaba una ocasion favorable para entregarle. El primer dia, pues, de los ázimos, en el que sacrificaban la pascua, le dijeron sus discípulos: *S.* ¿Dónde quieres que vayamos á prevenir lo necesario para que comas la pascua? *C.* Y envió dos de sus discípulos, y les dijo: † Id á la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua: idle siguiendo, y en donde quiera que entrare, decid al dueño de la casa: el Maestro dice: ¿Dónde está el aposento donde tengo de comer la pascua con mis discípulos? Y él os mostrará una grande sala bien adornada: y prevenid-

noslo allí. *C.* Los discípulos partieron, y llegados á la ciudad, lo hallaron como les habia dicho, y prepararon la pascua. Llegada la tarde pasó allá con los doce. Y cuando estaban puestos á la mesa y comiendo, les dijo Jesus: † En verdad os digo, que uno de vosotros que está comiendo conmigo, me ha de vender. *C.* Entónces ellos comenzaron á entristecerse, y á decirle cada uno: *S.* ¿Soy yo por ventura? *C.* Y él les respondió: Uno de los doce que mete conmigo la mano en el plato. A la verdad, el Hijo del hombre va, como está escrito de él; mas ¡ay de aquel hombre, por quien el Hijo del hombre será entregado! Bueno le fuera á este tal no haber nacido. *C.* Y estando ellos comiendo, tomó Jesus el pan, y bendiciéndole, partióle, y dióselos, diciendo: † Tomad, este es mi cuerpo. *C.* Y habiendo tomado el cáliz, dando gracias, se lo alargó, y bebieron de él todos. Y les dijo: † Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que por muchos será derramada. En verdad os digo, que no beberé ya mas de este fruto de vid, hasta aquel dia en que le beberé nuevo en el reino de Dios. *C.* Y dicho este himno, se salieron al monte de las Olivas. Jesus entónces les dijo: † Todos sereis escandalizados en mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas. Mas despues que hubiere resucitado, iré delante de vosotros á Galilea. *C.* Pedro entónces le dijo: *S.* Aunque todos sean escandalizados en tí; mas no yo. *C.* Y Jesus le replicó: † En verdad te digo, que tú hoy en esta misma noche ántes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces. *C.* Pero él insistia todavía mas, diciendo: *S.* Aun cuando sea necesario morir juntamente contigo, no te negaré. *C.* Y lo mismo decian los demas. Y llegaron á un huerto llamado Gethsemaní, y dijo á sus discípulos: † Quedaos aquí miéntras yo hago oracion. *C.* Y tomando consigo á Pedro, á Santiago y á Juan, comenzó á atemorizarse y á angustiarse. Y les dijo: † Triste está mi alma hasta la muerte. Esperad aquí, y velad. *C.* Y adelantándose un poco, se postró en tierra y se puso á orar, que si posible fuese, pasase de él la hora, y dijo: † Abba, Padre, todo te es posible; traspasa de mí este cáliz: mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú. *C.* Y vino y los halló durmiendo, y dijo á Pedro: † ¿Simon, duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad, porque no entreis en tentacion. El espíritu á la verdad está pronto, mas la carne flaca. *C.* Y retirándose segunda vez, oró repitiendo las mismas palabras. Y habiendo vuelto, hallólos de nuevo dormidos (porque tenian los ojos

cargados), y no sabian qué responderle. Y vinó por tercera vez, y les dijo: † Dormid ya y reposad: basta: la hora es llegada: ved que el Hijo del hombre va á ser entregado en manos de pecadores. Levantaos: vamos: ved ya aquí cerca al que me ha de vender. *C.* Aun estaba él hablando, cuando llegó Judas Iscariotes, uno de los doce, y con él un gran tropel de gente armada de espadas y de palos, enviados por los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos. Y el traidor les habia dado esta señal, diciendo: *S.* Aquel á quien yo besare, él es: prendedle y llevadle con cautela. *C.* Y luego que llegó se acercó á Jesus, y le dijo: *S.* Dios te salve, Maestro. *C.* Y le besó. Entónces ellos le echáron las manos, y le prendieron. Uno de los que estaban presentes, sacando su espada hirió á un criado del sumo sacerdote, y le cortó una oreja. Y tomando Jesus la palabra, les dijo: † Como si fuera yo ladron habeis salido con espadas y palos á prenderme. Cada dia estaba entre vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis; mas es necesario que se cumplan las Escrituras. *C.* Entónces sus discípulos abandonándolo huyeron todos. Y un cierto mancebo iba siguiendo á Jesus, cubierto de una sábana sobre el cuerpo desnudo: y le prendieron. Mas él soltando la sábana se les escapó desnudo. Y llevaron á Jesus á casa del sumo sacerdote: y se congregaron todos los sacerdotes, y los escribas y los ancianos. Mas Pedro le fué siguiendo á lo léjos hasta dentro del átrio del sumo sacerdote, y se estaba sentado á la lumbre con los criados calentándose. Y los príncipes de los sacerdotes y todo el consejo buscaban testigos contra Jesus para condenarle á muerte, y no los hallaban. Porque muchos deponian falsamente contra él; mas sus deposiciones no eran conformes. Y levantándose algunos depusieron falsamente contra él, diciendo: *S.* Nosotros le hemos oido decir: Yo destruiré este templo hecho con las manos, y dentro de tres dias edificaré otro no hecho con las manos. *C.* Mas sus testimonios no concordaban. Y levantándose en medio de todos el sumo sacerdote, preguntó á Jesus, y le dijo: *S.* ¿Nada respondes á lo que estos atestiguan contra tí? *C.* Mas él callaba, y no le respondió. Nuevamente le preguntó el sumo sacerdote, y le dijo: *S.* ¿Eres tú Cristo, el Hijo de Dios bendito? *C.* Y Jesus le respondió: † Yo soy: y vereis al Hijo del hombre sentado á la diestra del poder de Dios, y venir sobre las nubes del cielo. *C.* Entónces el sumo sacerdote rasgando sus vestiduras, dijo: *S.* ¿Para qué mas testigos? ¿No acabais de oir la blasfemia? ¿Qué os pa-

rece? *C.* Y todos juzgaron que merecia la muerte. Y comenzaron algunos á escupirle, y cubrirle el rostro, y darle de puñadas, y decirle: *S.* Adivina. *C.* Y los criados le daban de bofetadas. Entretanto estaba Pedro abajo en el átrio, y habiendo llegado una de las criadas del sumo sacerdote, como le vió estarse calentando, clavando en él los ojos, le dijo: *S.* Tú tambien estabas con Jesus Nazareno. *C.* Mas él lo negó, diciendo: *S.* No le conozco, ni sé lo que dices. *C.* Y salióse fuera delante del átrio, y cantó el gallo. Y viéndole de nuevo la criada, comenzó á decir á los que estaban presentes: *S.* De ellos es este. *C.* Mas él lo negó otra vez: y poco despues los que estaban allí dijeron otra vez á Pedro: *S.* Sin duda de ellos eres, porque eres tambien galileo. *C.* Y él entónces comenzó á hacer imprecaciones contra sí y á afirmar con juramento: *S.* No conozco á ese hombre de quien hablais. *C.* Y en el mismo punto cantó el gallo la segunda vez: y Pedro se acordó de la palabra que Jesus le habia dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me has de negar tres veces. Y comenzó á llorar. Y luego por la mañana los príncipes de los sacerdotes con los ancianos y con los escribas y todo el consistorio, tuvieron consejo: y habiendo hecho atar á Jesus, le llevaron y entregaron á Pilato. Y Pilato le preguntó, diciendo: *S.* ¿Eres tú el rey de los judíos? *C.* Y Jesus le respondió: † Tú lo dices. *C.* Y le acusaban los príncipes de los sacerdotes de muchas cosas. Y Pilato le preguntó de nuevo, diciendo: *S.* ¿No respondes algo? Mira de cuántas cosas te acusan. *C.* Mas Jesus ni aun entónces respondió: de suerte que Pilato estaba maravillado. Solia este dar libertad en el dia de la fiesta á aquel preso que le pedian, fuese el que fuese. Y á la sazon habia uno llamado Barrabas, el cual estaba en la cárcel con otros sediciosos, por haber hecho una muerte en una sedicion. Y habiéndose juntado la muchedumbre, comenzó á pedir la gracia que acostumbraba hacerles. Y Pilato respondió y dijo: *S.* ¿Quereis que os suelte al rey de los judíos? *C.* Porque sabia que por envidia le habian entregado los príncipes de los sacerdotes. Mas los pontífices incitaron á la muchedumbre para que mas bien les soltase á Barrabas. Y Pilato les dijo otra vez: *S.* ¿Qué quereis pues que haga del rey de los judíos? *C.* Y ellos volvieron á gritar: *S.* Crucifícale. *C.* Mas Pilato les decia: *S.* ¿Pues qué mal ha hecho? *C.* Y ellos levantaban mas el grito. *S.* Crucifícale. *C.* Por último Pilato queriendo contentar al pueblo, les puso en libertad á Barrabas, y despues de haber hecho azotar á Jesus, se le entregó para que

le crucificasen. Y los soldados le llevaron al átrio del pretorio, y convocando toda la guardia le vistieron de púrpura, y tejiendo una corona de espinas se la pusieron. Y comenzaron á saludarle: Dios te salve, Rey de los judíos. Y le herian la cabeza con una caña, y lo escupian, y arrodillándose le adoraban. Y despues de haberle escarnecido le quitaron la púrpura, y poniéndole sus propios vestidos le sacaron para crucificarle. Y obligaron á que cargase con la cruz á un pasagero de Cirene, llamado Simon, padre de Alejandro y de Rufo, que venia de una granja. Y le condujeron á un lugar llamado Gólgota, que interpretado quiere decir lugar de la calavera. Y diéronle á beber vino mezclado con mirra, y no le tomó. Y despues de haberle crucificado, repartieron sus vestidos echando suertes sobre ellos, para ver lo que tocaba á cada uno. Era ya la hora tercia cuando le crucificaron; y el título de su condenacion tenia esta inscripcion: El Rey de los judíos. Y crucificaron con él dos ladrones, uno á su diestra y otro á su siniestra. Y se cumplió la Escritura, que dice: Y fué contado con los inicuos. Y los que pasaban le blasfemaban meneando sus cabezas, y diciendo: *S.* ¡Ah! tú el que destruyes el templo de Dios, y en tres dias le reedificas, sálvate á tí mismo bajando de la cruz. *C.* Del mismo modo le burlaban tambien los príncipes de los sacerdotes con los escribas, diciéndose unos á otros: *S.* A otros salvó, á sí mismo no puede salvar. Cristo el Rey de Israel baje ahora de la cruz, para que le veamos y creamos. *C.* Y los que estaban crucificados con él le injuriaban de la misma manera. Y á la hora sexta se cubrió de tinieblas toda la tierra hasta la hora nona. Y á la hora nona exclamó Jesus en alta voz, diciendo: † ¡Eloi, Eloi, lamma sabacthani? *C.* Que quiere decir: † Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? *C.* Y algunos de los que estaban presentes hr biéndolo oido, decian: *S.* Mirad, á Elias llama. *C.* Y corriendo uno de ellos, y empapando una esponja en vinagre, y atravesándola en una caña, le daba á beber, diciendo: *S.* Dejad, veamos si vendrá Elias á quitarle. *C.* Con esto Jesus dando una gran voz, espiró. (*Aquí se arrodillan, y se hace una breve pausa.*) Y el velo del templo se rasgó en dos partes de alto abajo. Viendo pues el centurion que estaba delante, como habia espirado, exclamando de esta suerte, dijo: *S.* Verdaderamente era Hijo de Dios este hombre. *C.* Y habia allí tambien unas mugeres que estaban mirando de léjos: entre las cuales se hallaba María Magdalena, y María, madre de Santiago el menor y de José y Salomé, que le se-

guian y servian cuando estaba en Galilea; y otras muchas que juntamente con él habian subido á Jerusalen. Llegada la tarde (porque era la parasceve, que era la víspera del sábado) vino José de Arimatea, senador noble, que esperaba tambien el reino de Dios, y se presentó con intrepidez á Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesus. Mas Pilato se maravilló de que ya hubiese muerto: y haciendo venir al centurion, le preguntó si habia ya muerto. Y habiendo sabido por el centurion que así era, dió el cuerpo á José. José compró una sábana, y descendiéndole de la cruz, le envolvió en la sábana, y le puso en un sepulcro que estaba abierto en la piedra, y puso una losa á la boca del sepulcro.

MEDITACION.

Sobre la grandeza de los tormentos de Jesus, y la de la virtud con que los sufrió.

Considera que así como las obras de Dios son siempre grandiosas, así lo fueron los padecimientos de Cristo Señor nuestro. Bastaba para nuestra redencion una gota de sangre, un leve dolor, un suspiro del Dios Hombre; porque lo infinito del mérito y de la satisfacción, no se toma de la magnitud de la obra, sino de la dignidad y excelencia infinita de la persona que padece. Sin embargo, quiso el Señor hacernos ver en la grandeza extraordinaria de sus padecimientos, la enormidad de nuestros pecados, y de la pena que por ellos merecíamos. Mas no solo esto. En la acerbidad y rigor de un tormento se prueba la fortaleza y alto temple de la virtud que se sostiene en él sin ceder ni doblegarse; sino ántes bien, resistiendo y superando su vehemencia, de modo que el honor de Dios y la conciencia prevalezcan, contra el mayor esfuerzo que pueda hacer la tiranía de los hombres enemigos de Dios. Por este respeto tambien fueron sin medida los dolores y tormentos que padeció el Señor, porque como su Magestad se dignó dársenos en ejemplar de virtud y fortaleza, quiso que se desarrollasen estas en la acebridad y magnitud de las penas. Disposicion sapientísima fué esta, y digna causa del maravilloso efecto que ha logrado. Díganlo si no mas de veinte millones de mártires, que tomando el ejemplo de su Divino Maestro y denodado Capitan, han sabido sacrificar su vida vertiendo su sangre al rigor de los tormentos mas atroces. Díganlo muchos, muchos millones de anacoretas, monges, penitentes que se han dado á una vida dura y austera, y crucificado su carne por el

ejercicio de la mas asombrosa penitencia. Díganlo finalmente todos los que han sabido sostenerse en la virtud contra las tentaciones mas vehementes y seductoras, y preferir el amor y servicio de Dios á todo otro interes y consideracion, y á costa de los mayores sacrificios y vencimientos. Fortaleza es esta que deben al ejemplo de Cristo y al influjo de la virtud soberana que desarrolló en su pasion.

Considera que es tan poderosa y esforzada esta virtud del Señor, que á pesar de ser el paciente que en silencio sufre las penas mas humillantes y los escarnios de mayor insulto, no puede ménos de anunciárnoslos por boca de Isaías como el esfuerzo de un triunfador magnífico, de un capitan valiente y denodado, que en su furor ha debelado á sus enemigos, y que vuelve de la accion todo cubierto de su sangre. Tal es el aspecto bajo que nos lo presenta el anuncio profético de Isaías. Al ver que aparece este gran personage, este campeon desconocido, el Profeta atónito se pregunta: ¿Quién es este que viene de Edon con las vestiduras teñidas de sangre, hermoso y esplendoroso en su vestido, y que camina en la plenitud de su fortaleza? Yo soy, responde el héroe, el que hablo la justicia y peleo para salvar. ¿Por qué, pues, le pregunta; por qué, pues, está roja tu túnica, y tus vestidos como los de los que pisan la uva en el lagar? Yo solo, responde, pisé en el lagar, y de las naciones no ha habido un solo hombre que viniese conmigo: en mi furor hollé á mis enemigos; su sangre ha rociado mis vestiduras: todo mi vestido he manchado con ella. El dia de mi venganza está en mi corazon; llegó ya el año de mi redencion: mi brazo solo me ha salvado, y no he tenido mas auxilio que mi indignacion. ¡Oh Dios humanado! ¿y cómo puedes decir eso cuando te vemos desnudo, atado á una columna, azotado como un vil esclavo, lleno de heridas, cubierto de tu sangre y sujeto al furor de los verdugos que se mudan y varían de instrumentos, sin dejar de desgarrar tus carnes sacratísimas con número sin número de azotes, hasta que llegan á temer que espires en tan atroz tormento? ¡Ah! que en esta misma sonrojosa humillacion, en este mismo tan sangriento suplicio se encuentra el triunfo y la fortaleza de Cristo, el vencimiento de sus enemigos y nuestra libertad y redencion. Su virtud hace que lo supere todo, y que cuando sus enemigos juzgan que lo han vencido y dominado, ellos sean los vencidos y subyugados.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Dios de sabiduría y de poder infinito, dame que pueda vencer de este modo á mis enemigos, entregando á su furor todo el cuerpo de lo humano y terreno que poseo, y salvando incolume mi cabeza de gracia y union contigo. Tu fortaleza está escondida en tus manos, como dijo tu Profeta; mas no por eso obra ménos. Sea así la mia, buscando en la fuga la seguridad, en la penitencia la salud, en la humillacion el engrandecimiento de mi alma, en la paciencia el triunfo, en la muerte la vida de la gracia.

JACULATORIA.

Con tus llagas hemos sanado, ¡oh buen Jesus! Consérvanos en la salud que nos has dado.

LECCION.

Sobre la pasion de Jesucristo en el huerto.

El judío, ciego, endurecido en su crímen, ha visto siempre á la cruz de Jesucristo como un motivo de escándalo. El idólatra orgulloso, juzgando por las reglas engañosas de una filosofía soberbia, ha tratado siempre á esta misma cruz de locura y simplicidad. Solo el cristiano la ha estimado como un manantial de virtudes nuevas y de una fuerza victoriosa. Las afrentas, las burlas, los baldones, los ultrages, las injurias, las penas, las angustias, los clavos, las espinas, los azotes, la muerte en fin del Hombre Dios, son el asunto sobre que nos vamos á ocupar. La idea aflictiva de un hombre de dolor, la formidable pintura de un reo de delitos agenos, agobiado de injurias y de ultrages, y la sorprendente imágen de un Dios espirando sobre un cadalso, ha de ser en estos dias nuestra única ocupacion. Jesucristo jamas fué mas adorable que padeciendo y muriendo. Prediquemos, pues, su corporal flaqueza manando en fuerza de espíritu, en virtud; sus tormentos convertidos en gloria del hombre; su cruz trasformada en un trono brillante de luz y de gracia; en una palabra, prediquemos al Omnipotente en su pasion. Ojalá que así como Jesucristo fué levantado en la cruz, así tambien nosotros despues de haber leido estos discursos de su pasion, nos entreguemos á su servicio, reformando nuestras costumbres, y demos públicos y sinceros testimonios de nuestra fé y piedad. Mas

¿dónde hallarémos esta fé verdadera en Jesucristo crucificado? ¿No es verdad que con afrenta nuestra podemos preguntar: Quién es el que cree este gran misterio que la Iglesia expone á nuestra veneracion, y propone para nuestra imitacion? ¿Será por ventura el cristiano cobarde que se rinde á los primeros asaltos de la alegría y del placer, aunque instruido del modo como el Hijo de Dios peleó en el jardin de los Olivos? ¿Será el cristiano ingrato que se desentiende de los tormentos que padeció Jesucristo en los varios tribunales de Jerusalen, á pesar de conocer su gravedad? ¿Será, por último el cristiano presuntuoso que imagina no haber nada que temer de la justicia del Eterno en castigo de sus pecados, aunque sabedor de la venganza severa que ejecutó en el Calvario contra su propio Hijo cargado con los pecados del pueblo? Estas tres reflexiones formarán la materia de otras tantas lecciones en que expongamos la historia de la pasion del Salvador, sacando de ella reglas de moralidad.

Comparemos en esta del dia de hoy la generosidad de Jesucristo, combatiendo en el jardin del Olivar con la cobardía de los cristianos, para hacer resistencia al crímen. De este modo comenzarémos á examinar con una fé viva la pasion de Jesucristo, y nos arrepentirémos de haberla meditado tan poco hasta el dia de hoy.

Entremos desde luego con Jesucristo en el huerto de las Olivas, y veamos cuán bien combate su generosidad á nuestra cobardía, y confunde á nuestra pusilanimidad. Los enemigos extrangeros del hombre no son siempre los mas crueles; el que se halla dentro de él es su perseguidor secreto, mucho mas violento y congojoso. Job se lamentaba ménos del dolor de haber perdido lo que mas amaba, y de la pobreza del muladar en que yacia, que del enemigo doméstico que le hacia intolerable la vida. San Pablo deseaba con ansia verse libre del cuerpo de muerte, no por otra razon sino porque le abrumaba el enemigo interior; esto es, aquella misma carne contra la que siempre batallaba, y que le hacia gemir incesantemente.

Pues en semejante combate se encuentra el divino Salvador en el huerto de las Olivas. No es contra la vil traicion de Judas contra quien pelea; no contra los juicios inicuos que Caifas y Pilato proferian contra él; no contra las burlas del impío Herodes y de su insolente corte; no es en fin su afliccion de defenderse contra los golpes furiosos de los mas crueles y bárbaros verdugos.... ¿Pues contra quién combate? Contra sí mismo, contra su propio corazon, contra los dos mas fuertes afectos, el amor y el temor: amor á su

conservacion, á su vida: temor á la muerte y á sus causas. ¡Combate duro y difícil; mas por lo mismo su victoria fué la mas gloriosa! Jesucristo se opone á Jesucristo mismo; quiere y no quiere: quiere, porque quiere complacer á su Padre en recibir de su mano suprema el cáliz amargo de tormentos; y esto es lo que le obliga á decir en S. Lúcas, que quiere pasar por un bautismo nuevo, y que vivirá inquieto miéntras no lo vea cumplido: *Con bautismo es menester que yo sea bautizado. ¡Y cómo me angustio hasta que se cumpla!* Pero por otra parte siente toda la repugnancia natural á la muerte, y todo cuanto hay en él se opone á la muerte. ¡Cuánto sería el espanto de Jesucristo al ver la mano soberana del Eterno, que no solo le representa el decreto de su muerte, sino tambien todas las terribles circunstancias que la habian de acompañar! Le pone delante con los colores mas horrorosos aquellas cadenas con que habia de ser aprisionado, los azotes con que ha de ser deshonrado y que han de formar una sola llaga en toda la extension de su delicado cuerpo; la lanza cruel que le ha de sacar hasta la última gota de su sangre; los agudos clavos que han de taladrar sus piés y manos; la cruz ignominiosa que ha de ser el teatro de sus dolores y el altar sangriento de su sacrificio; el vil populacho que le ha de burlar y escarnecer; los jueces inicuos que le han de despreciar y condenar indignamente; en fin el abandono de sus discípulos, la ingratitud de los hombres y los dolores y aficcion de su santa Madre. Con razon se pone pálido, tiembla y se estremece. ¡Quién no ha de temer una muerte para la que se ven preparativos tan terribles, y á la que han de acompañar tormentos tan excesivos.

Pero hay mas: la mano formidable del Eterno le hace ver la inutilidad de sus tormentos en la mayor parte de los hombres, el poco fruto de su sangre y de su muerte, el menosprecio é indiferencia con que serian miradas su pasion y sus penas, y el poco ó casi ningun reconocimiento á sus beneficios, y el inmenso número de almas redimidas con su sangre que se habian de condenar. *¡Ah Padre!* exclamaria en el amargo estado de su corazon, *¿es preciso redimir á tanta costa y excesivo precio tantas almas que al fin se han de perder? ¿Es indispensable padecer tanto por tantos enemigos vuestros, y ver que mis trabajos han de ser tan inútiles como infructuosos? ¿Ha de ser, pues, en vano ir yo á morir, y morir en el mayor horror que jamas se ha visto? ¿Y de este modo ha de ser recompensada mi muerte por ingratos que no tienen respeto,*

amor, ni reconocimiento por mí? ¡Padre! ¿qué me descubres? ¿Por qué recreces mis males y mi dolor con este formidable espectáculo? ¿No son ya mis penas bastante graves y dolorosas?

Lector cristiano, aun es nada lo que padece Jesucristo; la última representacion va á ser mucho mas terrible que las anteriores. Le retrata á él mismo cargado con todas las iniquidades del género humano, y que va á pagar por ellas á la justicia de su Padre. ¡Qué vergüenza y sonrojo para una alma tan pura y tan inocente verse agobiada bajo el peso afrentoso de tantas blasfemias, sacrilegios, avaricias, impurezas y disoluciones! ¡Qué afrenta para el Santo de los santos, verse cargado de maldiciones, de infamias y de crímenes los mas atroces, hecho en fin un pecador que no se presenta á su Padre sino como su enemigo, como un ingrato! Los pecados de todos los hombres, las iniquidades de todos los siglos se dejaron caer sobre el inocente Jesus, le sumergieron en la amargura de su corazon, cubrieron su faz hermosa de afrenta é ignominia: su rostro, mudado y pálido, se inquieta, se debilita y titubea á la fuerza del dolor, se siente oprimido y agobiado á vista de objetos tan terribles; su cuerpo, abatido por la violencia de la opresion, riega la tierra con un sudor de sangre que corre por todas partes: ¿Pero al ménos habrá alguna consolacion que modere combate tan duro y cruel? ¡Ah! Toda la tierra no tiene para Jesucristo sino hiel y agenjos, y el cielo se ha hecho para él de bronce y de diamante. Su Padre no lo vé sino como á un delincuente: está enteramente abandonado, no tiene parientes ni amigos que le alivien; el pérfido Judas se ha confederado con sus perseguidores; conmuévense los fariseos y príncipes de los sacerdotes, y obran de concierto para arruinarle: sus Apóstoles los mas fieles se han rendido al sueño, y solo velan los judíos que tratan de prenderle como al delincuente mas facineroso. Esta privacion de todo alivio y de toda consolacion que produce tan violentos dolores en el corazon de Jesucristo, es la que representa á su Padre en la oracion y jamas hubo súplica mas fervorosa. Se ofrece á él como un hombre destituido de todo, y desamparado de todos, como un miserable que tiene el pesar de verse vendido y menospreciado por aquellos mismos de los que debia esperar algun alivio. Pero ¡oh tormento jamas oido y del todo nuevo! Su Padre mismo lo rechaza y no lo conoce; esto le ocasiona una tristeza mortal, y esta tristeza un disgusto que le quita todas las fuerzas para tolerarla. En este estado tiembla y se cubre de una

mortal palidez: su cuerpo todo se cubre de un sudor el mas asombroso; á pesar de esto consigue en tan duro y cruel combate la mas señalada victoria. Veamos como.

Cúmplase vuestra voluntad, ó Padre mio, exclama este Dios paciente: ejecútese segun vos quereis. ¿Deseais que yo sea vendido por uno de mis discípulos? Sealo enhorabuena. ¿Quereis que sea atado y tratado como el último y mas vil de los hombres; que comparezca en este estado vergonzoso ante los tribunales de jueces inícuos; que sea mofado, escarnecido, cargado de injurias, de bofetadas, de azotes, y que hagan pedazos mis carnes? ¿Quereis que sea tratado como un loco, que el pueblo pida á gritos mi sangre y mi vida: que las espinas, los clavos, los golpes no dejen gota de sangre en mi cuerpo: que lleve mi cruz y sea suspendido y crucificado en ella entre dos ladrones? ¿Quereis en fin que mi alma se separe de este cuerpo mortal, y ántes de separarse pruebe todo lo que hay de mas horrendo y triste en la esfera dolorosa de la muerte? Pues hágase; yo me someto á cuanto dispongais de mí; yo no rehusaré ninguno de los tormentos que el furor y la rabia de los hombres me prepare: cúmplase tu voluntad y no la mia.

Aun no se limita á esto el ardor del ánimo de Jesucristo: se levanta con intrepidez, y él mismo va á ofrecerse á los tormentos. Vamos, dijo á sus discípulos; vamos á donde vuestra salvacion y la gloria de mi Padre me llama; ha llegado la hora esperada por los patriarcas y anunciada por los profetas: ha llegado el momento en que separándoos de mí, me desampareis; ha llegado la hora en que debo dejarme arrastrar al suplicio para ser inmolado como un cordero; hora en la que todo el infierno va á conspirarse contra mí; hora en la que es preciso que mi valor salga al encuentro al furor de los verdugos que maquinan mi ruina. Dejemos, pues, esta escena de los dolores interiores, y pasemos á la mas sangrienta. Dejemos este huerto de los Olivos, y salgámosle al encuentro al traidor discípulo, y abracemos lo mas fiero y cruel que mis enemigos me tienen preparado: estoy dispuesto para cumplir sus bárbaros designios: no deseo ya sino manifestar mi amor y mi ánimo.

Reflexionemos, lector piadoso, por un breve instante en la tierra del huerto del Olivar, bañada con la sangre preciosa del Salvador; recojamos algunas gotas, y presentémoslas á las almas cobardes, cuya condenacion fulminó San Pablo, cuando dijo: *Vosotros aun no habeis hecho resistencia hasta derramar sangre para evitar el pecado.* Efectivamente, ¿hay cosa mas odiosa que la conducta de la mayor parte de los cristianos, ni cosa mas estravagante é indigna? El Hijo de Dios combate contra sí mismo, se oprime y se fuerza él mismo para dar muerte al pecado, que solo su amor al hombre cargó sobre él; y nosotros que lo hemos hecho nacer en nuestra alma, que lo hemos fortalecido y conservado en ella, no solo no lo sofocamos con la penitencia; ántes bien lo fomentamos con la vida afeminada y sensual! ¡Jesucristo dá su sangre para satisfacer por nosotros, y nosotros no derramamos ni una lágrima para cooperar á esta satisfaccion! Al recibir el bautismo nos alistamos por soldados de Jesucristo; tenemos en nuestro favor sus gracias, sus ejemplos y sus socorros; siendo mas fuertes con estas armas que la naturaleza corrompida con todas sus inclinaciones, que el mundo con todos sus placeres, y que el demonio con todas sus tentaciones; sin embargo, nos rendimos al primer ataque. Los mártires sufrieron rudos combates, y supieron sostenerlos. La pobreza, el oprobio, las burlas y desprecios, las ruedas, las torturas, los cadalsos, la esclavitud, la muerte, todo esto y mas, nada podia con ellos, porque la consideracion de la sangre de Jesucristo y de sus excesivos trabajos, hacia á estos héroes cristianos intrépidos, fuertes y generosos; y nosotros cobardes é insensibles, vemos con frialdad correr esa misma sangre. ¡Ah! temamos que la sangre del victorioso Jesus, mucho mejor que la del inocente Abel, levante la voz algun dia contra nosotros para pedir venganza, no solo de nuestra cobardía, sino tambien de nuestra ingratitud. Los cristianos cobardes ya están sentenciados en el tribunal del jardin de los Olivos. ¡Cuidado, no sea que esta sentencia se confirme en el tribunal de las venganzas del Eterno!

Miércoles Santo.

Este es propiamente el dia en que comienza la Iglesia el gran duelo; porque este es el dia en que los príncipes de los sacerdotes, los escribas ó doctores de la ley, los ancianos ó magistrados, se juntaron para deliberar sobre los medios de que habian de valerse para prender, en fin, al Salvador, y porque este fué el dia en que se decretó su muerte. Despues del Viérnes santo no hay dia que esté mas particularmente consagrado á la Pasion de Jesucristo, que es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mortal palidez: su cuerpo todo se cubre de un sudor el mas asombroso; á pesar de esto consigue en tan duro y cruel combate la mas señalada victoria. Veamos como.

Cúmplase vuestra voluntad, ó Padre mio, exclama este Dios paciente: ejecútese segun vos quereis. ¿Deseais que yo sea vendido por uno de mis discípulos? Sealo enhorabuena. ¿Quereis que sea atado y tratado como el último y mas vil de los hombres; que comparezca en este estado vergonzoso ante los tribunales de jueces inícuos; que sea mofado, escarnecido, cargado de injurias, de bofetadas, de azotes, y que hagan pedazos mis carnes? ¿Quereis que sea tratado como un loco, que el pueblo pida á gritos mi sangre y mi vida: que las espinas, los clavos, los golpes no dejen gota de sangre en mi cuerpo: que lleve mi cruz y sea suspendido y crucificado en ella entre dos ladrones? ¿Quereis en fin que mi alma se separe de este cuerpo mortal, y ántes de separarse pruebe todo lo que hay de mas horrendo y triste en la esfera dolorosa de la muerte? Pues hágase; yo me someto á cuanto dispongais de mí; yo no rehusaré ninguno de los tormentos que el furor y la rabia de los hombres me prepare: cúmplase tu voluntad y no la mia.

Aun no se limita á esto el ardor del ánimo de Jesucristo: se levanta con intrepidez, y él mismo va á ofrecerse á los tormentos. Vamos, dijo á sus discípulos; vamos á donde vuestra salvacion y la gloria de mi Padre me llama; ha llegado la hora esperada por los patriarcas y anunciada por los profetas: ha llegado el momento en que separándoos de mí, me desampareis; ha llegado la hora en que debo dejarme arrastrar al suplicio para ser inmolado como un cordero; hora en la que todo el infierno va á conspirarse contra mí; hora en la que es preciso que mi valor salga al encuentro al furor de los verdugos que maquinan mi ruina. Dejemos, pues, esta escena de los dolores interiores, y pasemos á la mas sangrienta. Dejemos este huerto de los Olivos, y salgámosle al encuentro al traidor discípulo, y abracemos lo mas fiero y cruel que mis enemigos me tienen preparado: estoy dispuesto para cumplir sus bárbaros designios: no deseo ya sino manifestar mi amor y mi ánimo.

Reflexionemos, lector piadoso, por un breve instante en la tierra del huerto del Olivar, bañada con la sangre preciosa del Salvador; recojamos algunas gotas, y presentémoslas á las almas cobardes, cuya condenacion fulminó San Pablo, cuando dijo: *Vosotros aun no habeis hecho resistencia hasta derramar sangre para evitar el pecado.* Efectivamente, ¿hay cosa mas odiosa que la conducta de la mayor parte de los cristianos, ni cosa mas estravagante é indigna? El Hijo de Dios combate contra sí mismo, se oprime y se fuerza él mismo para dar muerte al pecado, que solo su amor al hombre cargó sobre él; y nosotros que lo hemos hecho nacer en nuestra alma, que lo hemos fortalecido y conservado en ella, no solo no lo sofocamos con la penitencia; ántes bien lo fomentamos con la vida afeminada y sensual! ¡Jesucristo dá su sangre para satisfacer por nosotros, y nosotros no derramamos ni una lágrima para cooperar á esta satisfaccion! Al recibir el bautismo nos alistamos por soldados de Jesucristo; tenemos en nuestro favor sus gracias, sus ejemplos y sus socorros; siendo mas fuertes con estas armas que la naturaleza corrompida con todas sus inclinaciones, que el mundo con todos sus placeres, y que el demonio con todas sus tentaciones; sin embargo, nos rendimos al primer ataque. Los mártires sufrieron rudos combates, y supieron sostenerlos. La pobreza, el oprobio, las burlas y desprecios, las ruedas, las torturas, los cadalsos, la esclavitud, la muerte, todo esto y mas, nada podia con ellos, porque la consideracion de la sangre de Jesucristo y de sus excesivos trabajos, hacia á estos héroes cristianos intrépidos, fuertes y generosos; y nosotros cobardes é insensibles, vemos con frialdad correr esa misma sangre. ¡Ah! temamos que la sangre del victorioso Jesus, mucho mejor que la del inocente Abel, levante la voz algun dia contra nosotros para pedir venganza, no solo de nuestra cobardía, sino tambien de nuestra ingratitud. Los cristianos cobardes ya están sentenciados en el tribunal del jardin de los Olivos. ¡Cuidado, no sea que esta sentencia se confirme en el tribunal de las venganzas del Eterno!

Miércoles Santo.

Este es propiamente el dia en que comienza la Iglesia el gran duelo; porque este es el dia en que los príncipes de los sacerdotes, los escribas ó doctores de la ley, los ancianos ó magistrados, se juntaron para deliberar sobre los medios de que habian de valerse para prender, en fin, al Salvador, y porque este fué el dia en que se decretó su muerte. Despues del Viérnes santo no hay dia que esté mas particularmente consagrado á la Pasion de Jesucristo, que es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para deshacerse de él, habia juntado en su casa á los sacerdotes, escribas y ancianos, los que todos tenian infinitos deseos de verlo á sus piés para poder satisfacer la envidia y la rabia que habian concebido contra él. Miéntras pasaba todo esto, Pedro, corrido de haber abandonado tan cobardemente á su buen Maestro, lo seguia de léjos. El temor le habia hecho huir, y el amor lo habia hecho volver; pero este amor era todavía demasiado débil para hacer que se declarase por su discípulo. ¡Oh, Dios mio, qué consecuencias tan funestas produce el andar contemporizando en asuntos de piedad y de religion! ¡Y cuánta verdad es, que el indigno temor de pasar por discípulos de Jesucristo, nos hace infelices tarde ó temprano, y algunas veces tambien apóstatas!

Caifas, para dar colorido á sus depravados intentos, pregunta á Jesucristo sobre su doctrina. El Salvador le responde con su acostumbrada mansedumbre, le dice que si quiere instruirse perfectamente y saber que era lo que enseñaba, no necesitaba sino preguntarlo á cuantos lo habian oido. Una respuesta tan prudente y tan modesta merecia ser aplaudida; sin embargo, le atrajo una insigne afrenta; uno de los ministros de justicia le descargó una gran bofetada. Este ultraje fué uno de los mas señalados que se hicieron á Jesucristo, y así este divino Salvador que no deseaba sino padecer, no obstante, en esta ocasion testificó cuán sensible le era, diciéndole: Si he hablado mal ó fuera de propósito, muéstrame en qué; pero si no he dicho cosa que sea contra el respeto al sumo pontífice, ¿por qué me hieres de esta suerte? Algunos de la hez del pueblo, sobornados por los enemigos del Salvador, deponen contra él; pero por mas que se empleasen para calumniarlo mil artificios, todos los falsos testimonios que se daban, se contradecian tan visiblemente, que no se pudo encontrar cosa que diese un aire de verosimilitud, ó algun color á la calumnia. Solo la pasion, el furor y la calumnia podian condenar á Jesucristo. Mas el pontífice, creyendo que el Salvador no tendria que responderle á la última pregunta con que iba á tentarlo, le dice: Te conjuro por Dios vivo que nos digas si eres el Hijo único de Dios, si eres el Mesías. Entónces el Salvador con la mayor humildad le responde: Tú lo has dicho. No habia necesidad de pruebas; su vida, su doctrina, sus milagros lo probaban abundantemente. Este oráculo, confirmado tan repetidas veces por el Padre Eterno, fué un decreto de muerte contra el Salvador en el espíritu del juez. Ya teneis al santo de los santos, á la inocencia misma, al Criador del universo, al Salvador de todos los hombres, condenado á muerte por el mas enorme de todos los atentados, por el mas impío de todos los tribunales, contra toda suerte de derecho y de justicia. ¡Ah, Señor, y cómo nosotros gritamos justicia, venganza al menor perjuicio, al mas leve mal que se nos hace; y el Hijo de Dios no despliega sus lábios, viéndose condenado á muerte por unos malvados, por unos impíos! Decretada su muerte se retiran todos los del concilio, y el Salvador es abandonado lo restante de la noche á la crueldad de los soldados y á la insolencia de los criados, los que no solo lo hicieron su juguete, sino que mirándolo como á una vil víctima destinada ya á la muerte, lo tratan de la manera mas bárbara: unos le escupen en la cara, otros le dan de puntapiés, estos le vendan los divinos ojos, y con una burla la mas impía y la mas insolente le dicen abofeteándolo: Adivina quien te ha herido. Finalmente, todos á porfía van á quien le dirá mas injurias, y le dará mas golpes. Este es el trato que le dan al Salvador en la noche miéntras se los entregan para ejecutar su depravada sentencia.

Mas habiéndose reunido al amanecer los enemigos del Salvador, que componian el consejo de los judíos, se determina que, para hacer á Jesus todavía mas odioso al pueblo, se debia hacer que lo juzgara tambien y lo condenara Pilato que mandaba por los romanos en la Judea. Conducen, pues, al Salvador á la presencia de Pilato, y lo pasan por medio de Jerusalen, llevándolo por las calles llenas de gente como á un facineroso. Pilato al examinar á Jesus descubre en él así la inocencia como la verdadera causa del ódio de los judíos, y sin duda por no verse obligado á juzgarlo, y para ganarse un amigo á costa del inocente, lo envia á Herodes, tetrarca ó gobernador de Galilea. Deseaba Herodes largo tiempo habia ver á Jesus; pero solo era por un motivo de curiosidad, y así el Salvador no se dignó responder una sola palabra á todas sus vanas preguntas; con esto todo para en injurias y burlas; de modo que es tratado de insensato por Herodes y por toda su corte el que era la sabiduría eterna. ¿Es posible, Señor, que no ha de haber ningun tribunal, ningun estado en el mundo, en que no seais maltratado, aborrecido de los sacerdotes, maldecido del pueblo, menospreciado de los grandes, y perseguido de todos? Por mas que lo declaran por inocente, se quiere que muera. Pilato queria librarlo; pero el respeto humano se lo estorba. Era costumbre entre los judíos dar la vida á un reo, á elec-

cion del pueblo, la vigilia de pascua. Pilato les propone á Jesus y á Barrabas. ¿Habia en qué detenerse sobre á quién debia darse la preferencia? Jesus, el santo de los santos, el que habia dado la vida á tantos muertos y la salud á tantos enfermos, y Barrabas, facineroso de profesion, que habia sido puesto en prisiones por haber muerto poco habia á un hombre; este es el competidor de Jesus. ¿Sobre cuál de los dos caerá la eleccion? Si el mundo es quien la ha de hacer, ciertamente Jesus será olvidado, menospreciado y condenado. En efecto: danos á Barrabas, gritan de todas partes, y crucifica á Jesus. Aquí fué cuando creyó Pilato que el medio de aplacar su rabia, ó á lo ménos suavizarla, era poner al inocente Cordero en un estado capaz de mover á compasion á los mas bárbaros. Manda que Jesus sea molido y despedazado con repetidos golpes de azotes. Ejecutóse la órden con tanta crueldad, que Pilato se horrorizó y creyó bastaria mostrarlo al pueblo para aplacar todo su furor y toda su rabia. Habiéndose, pues, presentado al pueblo en un balcon hizo traer á Jesus, y mostrándole en un estado tan lastimoso, les dice: Mirad al hombre que me habeis entregado para que lo haga morir; juzgad si puede vivir mucho tiempo en un estado tan miserable. Miradlo: ¿podeis ni aun conocer quién es? ¿Temereis que quiera hacerse vuestro rey? ¿Lo creis en estado de dogmatizar? Dejadle acabar entre dolores y congojas ese miserable soplo de vida que le queda. Un espectáculo tan lúgubre y tan capaz de hacer impresion en los corazones mas bárbaros, solo sirvió para irritar mas á aquellos leones furiosos: la sangre del Salvador los hizo todavia mas sedientos de la poca que le quedaba. De todas parte se oye gritar: *Crucifícalo, crucifícalo.* Y Pilato despues de haber protestado que él no tenia parte en una injusticia tan manifiesta, entrega al fin el Cordero sin mancha para que sea sacrificado. ¡Oh, y cómo se conoce que quien pide tan obstinadamente su muerte es el pecado de todos los hombres, que este divino Salvador ha cargado sobre sí! Quien lo sacrifica es la satisfaccion de este mismo pecado; y así no es sino la pasion, la injusticia, la iniquidad pública quien lo condenan á muerte, y quien ahoga todo sentimiento de humanidad en aquel pueblo.

Por último, aquella vil canalla de sayones y de gente armada á quien habia sido entregado el Salvador para que lo crucificaran, lo hacen caminar para el monte Calvario, llevando á cuestas la cruz de su sacrificio, acompañado de dos malhechores condenados tambien á muerte; mas habiendo llegado este divino Salvador al lugar de su sacrificio, lo clavan en la cruz y lo enarbolan en medio de aquellos dos ladrones que le acompañan en su muerte; la turba insolente lo escarnece, diciéndole: *A otros ha salvado, sálvese á sí mismo, si es el Cristo elegido de Dios.* El uno de los malhechores le insulta tambien en decirle: *Si tú eres el Cristo, sálvate y sálvanos*, á tiempo que el otro lo reprendia por su ningun temor á Dios, hallándose en el suplicio que ambos dos merecian por sus delitos, cuando Jesus á nadie habia causado daño: y volviéndose á él le dijo: *Señor, acuérdate de mí cuando llegues á tu reino*, mereciendo que Jesus le ofreciera que en aquel mismo dia seria con él en el paraiso. El primero de estos facinerosos representa á los réprobos, que con la muerte á los ojos, y estando para dar el salto terrible del tiempo á la eternidad, endurecidos en la maldad, no entran en un temor saludable, muriendo sin arrepentirse de su mala vida. El otro representa al justo que conoce sus culpas, ve que lo que sufre lo ha merecido, y se entrega confiadamente en manos de la misericordia del Altísimo. El perdon de Dios debe animar la confianza del pecador por grande que sea; pero no para que se retarde con temeridad la conversion hasta la hora última, teniendo presente lo que acerca de este caso dice San Agustin, á saber: Que Dios perdona á uno á la hora que iba á morir, para que ninguno desespere, y á este solo (porque no se lee de ninguno otro en las Sagradas Escrituras) para que nadie confie vanamente.

Finalmente, Jesus, clamando con voz grande, expiró; y un decurion, llamado José, natural de Arimatea, pidió licencia á Pilato para bajar el sagrado cuerpo, y lo depositó en un sepulcro en que nadie se habia enterrado. ¡Ojalá y nuestro corazon para recibir á Jesus sacramentado fuera una habitacion nueva en la que jamas hubieran entrado sus enemigos! Pero ¡ay! estos son los que han vivido de asiento en él. Si los desalojamos por unos cuantos dias y admitimos á Jesus, es para volverlo á arrojar de nuestra alma, y recibir en ella de nuevo á esos mismos enemigos, que en cada recaida nuestra se robustecen, y al fin quizá llegarán á dominarnos tanto que nos conduzcan á la impenitencia final. Ya, pues, que tenemos la desgracia de que no seamos una morada nueva para Jesucristo, sino usada y maltratada por la culpa, procuremos arrojarla de ella en esta santa cuaresma, de suerte que no sea desde hoy has-

ta el momento de nuestra muerte habitada sino por nuestro divino Salvador.

La Epístola es de los capítulos LXII y LXIII del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor Dios: Decid á la hija de Sion: He aquí tu Salvador viene, he aquí trae consigo su galardon. ¿Quién es este que viene de Edom? ¿de Bosra con vestidos encarnados? Hermoso es él en su estola, que va con la grandeza de su poder. Y soy el que hablo justicia, y defiendo para salvar. ¿Por qué es encarnado tu vestido, y tus ropas como del que ha pisado uvas en el lagar? Solo yo pisé el lagar y de los pueblos nadie me ayudó: pisélos con mi furor, y los hollé con mi ira: y su sangre salpicó mis ropas, y ensucié todos mis vestidos. Porque el dia de la venganza está en mi corazon, el año de mi redencion es venido. Miré al rededor, y no habia quien me socorriese: busqué, y no hubo quien me ayudase: y salvóme mi brazo, y mi indignacion misma me valió. Y hollé los pueblos con mi furor, y con mi indignacion los embriagué, y derribé á tierra su esfuerzo. De las piedades del Señor me acordaré; de las alabanzas del Señor, acerca de todo lo que nos ha dado el Señor Dios nuestro.

La segunda Epístola es del capítulo LIII del Profeta Isaías.

En aquellos dias dijo Isaías: ¿Quién creyó lo que nos han dicho? ¿Y el brazo del Señor á quién se ha manifestado? Es á saber, subirá como pimpollo delante de él, y como raiz de tierra seca. No hay en él hermosura ni magestad. Vímosle, y no estaba para ser visto, y le desconocimos. Despreciado y el ínfimo de los hombres, varon de dolores, experimentado en flaqueza. Su rostro estaba como encubierto y menospreciado, por cuya causa no le reconocimos. Verdaderamente llevó sobre sí nuestras enfermedades, y soportó nuestros dolores: y sin embargo, nosotros le tuvimos por leproso, herido de Dios y abatido. Mas él fué herido por nuestras maldades, quebrantado por nuestros delitos. La disciplina de nuestra paz vino sobre él, y con sus cardenales fuimos curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas; cada cual se apartó por su camino: y el Señor impuso sobre él el pecado de todos nosotros. Fué ofrecido porque él lo quiso, y no abrió su boca. Será llevado al matadero como oveja, y como cordero delante de su trasquilador enmudecerá y no abrirá su boca. De tribulacion y del juicio fué apartado:

y su generacion ¿quién la contará? Porque fué cortado de la tierra de los vivientes: por el pecado de mi pueblo le herí. Y dará los impíos en precio de su sepultura, y los ricos en recompensa de su muerte: porque no cometió maldad, ni hubo engaño en su boca. Mas el Señor quiso atribularle en la enfermedad: si pusiere su vida por expiacion, verá alargarse su generacion, y la voluntad del Señor estará en su mano. Por el trabajo de su alma verá, y se hartará: con su conocimiento justificará mi siervo justo á muchos, y él llevará sobre sí las iniquidades de ellos. Por tanto yo le daré parte con muchos, y repartirá los despojos de los fuertes; porque entregó á su vida la muerte, y fué contado con los malhechores, habiendo llevado sobre sí los pecados de muchos, y rogado por los transgresores.

PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SEGUN SAN LUCAS.

(Capítulos XXII y XXIII).

En aquel tiempo se acercaba el dia solemne de los ázimos, que se llama pascua: y los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban modo de dar la muerte á Jesus; pero temian al pueblo. Y Satanas entró en Judas, que tenia por sobrenombre Iscariotes, uno de los doce. Y fué y trató con los príncipes de los sacerdotes y con los magistrados de cómo se le entregaria. De lo cual se alegraron, y concertaron de darle una suma de dinero, y se ofreció á ello. Y buscaba oportunidad para entregarle estando solo. Llegó, pues, el dia de los ázimos, en que se habia de sacrificar el cordero pascual. Y envió á Pedro y á Juan, diciendo: † Id á prepararnos el cordero pascual para comerlo. *C.* Ellos le dijeron: *S.* ¿Dónde quieres que lo dispongamos? *C.* Y él les respondió: † Luego que entreis en la ciudad, os saldrá al encuentro un hombre, que llevará un cántaro de agua; seguidle hasta la casa donde entrare. Y decidle al padre de familias de la casa: el Maestro te dice: ¿Dónde está el aposento en que he de comer la pascua con mis discípulos? Entónces él os mostrará una grande sala adornada, y allí lo habeis de disponer. *C* Habiendo, pues, ido, lo hallaron como les dijo: y prepararon la pascua. Y llegada la hora se puso á la mesa, y con él los doce Apóstoles. Y les dijo: † Ansiosamente he deseado comer esta pascua con vosotros ántes de mi pasion. Porque os digo, que no la comeré

ya mas, hasta que se cumpla en el reino de Dios. *C.* Y tomando el cáliz, dió gracias, y dijo: † Tomad, y distribuidle entre vosotros. Porque os digo que no beberé mas del fruto de la vid, hasta que venga el reino de Dios. *C.* Y habiendo tomado el pan, dió gracias, y le partió, y se le dió, diciendo: † Este es mi cuerpo, que es dado por vosotros: haced esto en memoria de mí. *C.* Asimismo tambien el cáliz despues de haber cenado, diciendo: † Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros. Con todo eso, he aquí la mano del que me vende, está conmigo en la mesa. A la verdad el Hijo del Hombre va, segun lo que está determinado: mas ¡ay de aquel hombre por quien será vendido! *C.* ellos entónces comenzaron á preguntarse unos á otros, cuál de ellos seria el que habia de hacer tal cosa. Movióse tambien á la sazon entre ellos una contienda sobre cuál de ellos pareceria ser el mayor. Mas él les dijo: † Los reyes de los gentiles los gobiernan con imperio: y los que sobre ellos tienen el señorío, son llamados bienhechores. Mas entre vosotros no sea así: ántes el que es mayor entre vosotros, hágase como el menor, y el que preside, como el que sirve. Porque ¿cuál es mayor, el que está sentado á la mesa, ó el que sirve? ¿No lo es el que está sentado á la mesa? Yo estoy pues entre vosotros como el que sirve. Y vosotros sois los que habeis permanecido conmigo en mis tentaciones: por eso os preparo yo el reino, como mi Padre me le ha preparado á mí para que comais y bebais á mi mesa en mi reino, y os senteis sobre tronos para juzgar á las doce tribus de Israel. *C.* Dijo tambien el Señor: † Simon, Simon, mira que Satanas ha solicitado acribaros como trigo. Mas yo he rogado por tí, para que no falte tu fé; y tú una vez convertido, confirma á tus hermanos. *C.* El le dijo: *S.* Señor, aparejado estoy para ir contigo á la cárcel y á la muerte. *C.* Mas Jesus le dijo: † Dígote, Pedro, que no cantará hoy el gallo, ántes que por tres veces niegues haberme conocido. *C* Y les dijo despues: † Cuando os envié sin bolsa, sin zurron y sin zapatos, ¿os faltó algo por ventura? *C.* Y ellos respondieron: *S.* Nada. *C.* Díjoles entónces: † Pues ahora el que tiene bolsa, tómela y tambien el zurron: y el que no la tiene, venda su túnica, y compre una espada. Porque os digo, que es necesario se cumpla ya en mí esto que está escrito; y fué contado con los inicuos. Porque las cosas que de mí están escritas, van á cumplirse. *C.* Mas ellos respondieron: *S.* Señor, he aquí dos espadas. *C.* Y él les dijo: † Basta. *C.* Y habiendo salido, se encaminó segun su costumbre al monte de las Olivas: y sus discípulos le fueron tambien siguiendo. Y llegado á aquel lugar, les dijo: † Orad, porque no entreis en tentacion. *C.* Y apartóse de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas oraba, diciendo: † Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya. *C.* Y se le apareció un ángel del cielo confortándole. Y puesto en agonía, oraba mas afectuosamente. Y le entró un sudor como de gotas de sangre que corrian hasta el suelo. Habiéndose pues levantado de la oracion, y venido adonde estaban sus discípulos, los halló durmiendo de tristeza. *C.* Y les dijo: † ¿Por qué dormís? Levantaos, orad, porque no entreis en tentacion. *C.* Aun estaba él hablando, y he aquí una tropa de gente: y uno de los doce, llamado Judas, iba delante: y acercóse á Jesus para besarle. Mas Jesus le dijo: † ¿Judas, con un beso vendes al Hijo del Hombre? *C.* Viendo pues los que estaban con él lo que iba á suceder, le dijeron: *S.* ¿Señor, echamos mano á la espada? *C.* Y uno de ellos hirió á un criado del príncipe de los sacerdotes, y le cortó la oreja derecha. Mas Jesus tomando la palabra, dijo: † Basta eso: no paseis adelante. *C.* Y habiendo tomado la oreja de aquel hombre, lo curó. Dijo despues Jesus á los príncipes de los sacerdotes, á los magistrados del templo y á los ancianos que habian venido á él: † Como si fuera yo ladron, habeis salido con espadas y palos? Habiendo estado todos los dias con vosotros en el templo, no extendisteis las manos contra mí: mas esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas. *C.* Y prendiéndole, le llevaron á la casa del príncipe de los sacerdotes, y Pedro le seguia á lo léjos. Y habiendo encendido lumbre en medio del atrio, y sentádose ellos al rededor, Pedro estaba entre ellos. Una criada luego que le vió sentado á la lumbre, le miró con atencion, y dijo: *S.* Tambien estaba este con él. *C.* Mas él lo negó, diciendo: *S.* Muger, no le conozco. *C.* Y un poco despues viéndole otro, dijo: *S.* Tú tambien eres de ellos. *C.* Mas Pedro respondió: *S.* Hombre, no lo soy. *C.* Y pasada como una hora afirmaba otro, diciendo: *S.* De cierto estaba tambien este con él; porque es tambien galileo. *C.* Y Pedro respondió: *S.* Hombre, no sé lo que dices. *C.* Y en el mismo instante estando él todavía hablando, cantó el gallo. Y volviéndose el Señor miró á Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le habia dicho: ántes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y saliendo fuera Pedro, lloró amargamente. Y los que guardaban á Jesus, le escarnecian hiriéndole.

Y le vendaron los ojos, y le abofeteaban, y le preguntaban, diciendo: *S.* Adivina quien te ha herido. *C.* Y le decian otras muchas cosas, blasfemando. Luego pues que amaneció, se juntaron los ancianos del pueblo y los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y le llevaron á su consistorio, y le dijeron: *S.* Si tú eres Cristo, díznoslo. *C.* Mas él les respondió: † Si os lo dijere, no me creereis. Y si ademas os preguntare, no me respondereis ni me pondreis en libertad. Mas sin embargo, estará el Hijo del Hombre sentado á la diestra del poder de Dios. *C.* Entónces le dijeron todos: *S.* ¿Luego tú eres el Hijo de Dios? *C.* Él les respondió: † Vosotros decís que yo lo soy. *C.* Mas ellos dijeron: *S.* ¿Para qué mas testigos? Nosotros mismos lo hemos oido de su boca. *C.* Y levantándose toda aquella muchedumbre, le llevaron á Pilato. Comenzaron pues á acusarle, diciendo: *S.* A este hemos hallado seduciendo á nuestra nacion, y prohibiendo pagar los tributos á César, y diciendo ser el Cristo Rey. *C.* Entónces Pilato le preguntó, diciendo: *S.* ¿Eres tú Rey de los judíos? *C.* Mas él le respondió diciendo: † Tú lo dices. *C.* Y Pilato dijo á los príncipes de los sacerdotes y á la muchedumbre: *S.* No hallo delito alguno en este hombre. *C.* Pero ellos porfiaban diciendo: *S.* Tiene alborotado al pueblo con la doctrina que esparce por toda la Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí. *C.* Pilato, oyendo nombrar la Galilea, preguntó si era galileo. Y luego que supo que era de la jurisdiccion de Heródes, envióle á Heródes, el cual se hallaba tambien á la sazon en Jerusalen. Heródes se alegró mucho de ver á Jesus, porque habia mucho tiempo que lo deseaba, por haber oido contar de él muchas cosas, y esperaba verle hacer algun milagro. Le hizo pues muchas preguntas; mas él nada le respondió. Hallábanse presentes los príncipes de los sacerdotes y los escribas acusándole fuertemente. Mas Heródes con su tropa le menospreció, y haciéndole vestir por burla de una ropa blanca, le volvió á enviar á Pilato. Y este mismo dia Heródes y Pilato, de enemigos que eran ántes, se hicieron amigos. Pilato pues habiendo convocado á los príncipes de los sacerdotes y á los magistrados y al pueblo, les dijo: *S.* Me habeis presentado este hombre como pervertidor del pueblo: y ved aquí que preguntándole yo en vuestra presencia, no le he hallado culpado en ninguno de los delitos de que le acusais. Ni Heródes tampoco, porque os remití á él, y no se le ha probado culpa alguna por la cual merezca la muerte: le castigaré pues, y le daré libertad. *C.* Estaba obligado

á libertar á uno en la festividad. Y toda la muchedumbre gritó á una voz diciendo: *S.* Quita á este, y suéltanos á Barrabas. *C.* Este habia sido puesto en la cárcel por cierta sedicion sucedida en la ciudad, y por homicidio. Y Pilato les habló otra vez deseando libertar á Jesus. Mas ellos volvian á gritar diciendo: *S.* Crucifícale, crucifícale. *C.* Y él les dijo tercera vez: *S.* ¿Qué mal ha hecho este? Yo no hallo en él delito alguno de muerte; le castigaré pues, y le pondré en libertad. *C.* Mas ellos instaban, pidiendo á grandes gritos que fuese crucificado, y tomaban mas fuerza sus clamores. Entónces Pilato decretó que se hiciese lo que ellos pedian. Y soltóles al que por la sedicion y el homicidio habia sido puesto en la cárcel, que era el que pedian; y entregó á Jesus á la voluntad de ellos. Y llevándole, tomaron un hombre de Cirene, llamado Simon, que venia de una granja; y le cargaron la cruz para que la llevase detras de Jesus. Seguíale una grande multitud de pueblo y de mugeres que lloraban y se dolian de él. Mas Jesus, vuelto á ellas, les dijo: † Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí; mas llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí, que vendrán dias en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron leche. Entónces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Sepultadnos. Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco qué se hará? *C.* Y llevaban tambien con él otros dos, que eran malhechores, á darles muerte. Y llegados al lugar que se llama de la Calavera, le crucificaron allí, y tambien á los ladrones, uno á la derecha y otro á la siniestra. Mas Jesus decia: † Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. *C.* Y repartiendo sus vestidos, los sortearon. El pueblo estaba mirando, y los príncipes juntamente con él, le mofaban, diciendo: *S.* A otros salvó este: sálvese á sí mismo, si es Cristo el escogido de Dios. *C.* Escarnecíanle tambien los soldados, acercándose á él, y presentándole vinagre, y diciendo: *S.* Si tú eres rey de los judíos, sálvate á tí mismo. *C.* Habian puesto tambien sobre él una inscripcion con letras griegas, latinas y hebreas: Este es el rey de los judíos. Y uno de los ladrones crucificados le blasfemaba, diciendo: *S.* Si tú eres Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros. *C.* Mas el otro respondia reprendiéndole, y diciendo: *S.* ¿Ni aun temes tú á Dios estando en el mismo suplicio? Nosotros á la verdad padecemos justamente, porque recibimos lo que merecian nuestras obras; mas este ningun mal ha hecho. *C.* Y decia

á Jesus: *S.* Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino. *C.* Y Jesus le respondió: † En verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraiso. *C.* Y era ya cerca de la hora sexta, y toda la tierra se cubrió de tinieblas hasta la hora nona. Y el sol se obscureció, y el velo del templo se rasgó por medio. Y Jesus exclamando en alta voz, dijo: † Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. *C.* Y dicho esto expiró. [*Arrodíllanse, y se hace una breve pausa.*] Viendo el centurion lo que habia sucedido, dió gloria á Dios, diciendo: *S.* Verdaderamente este hombre era justo. *C.* Y toda la muchedumbre de los que asistian á este espectáculo, y veian lo que pasaba, se volvian dándose golpes en el pecho. Mas todos los conocidos de Jesus y las mugeres que lo habian seguido de Galilea, estaban de léjos mirando estas cosas. Entónces un varon llamado José, que era senador, hombre virtuoso y justo, el cual no habia consentido en el designio de los otros, ni en lo que habian hecho, natural de Arimatea, ciudad de Judea, y que esperaba tambien el reino de Dios; este llegó á Pilato, y pidió el cuerpo de Jesus. Y habiéndole bajado de la cruz, le envolvió en una sábana, y le puso en un sepulcro abierto en la peña, en el cual ninguno hasta entónces habia sido sepultado.

MEDITACION.

Sobre la humillacion de Jesucristo en su Pasion, y el lastimoso estado á que lo redujeron los tormentos.

Considera que si el aspecto de triunfo y fortaleza bajo que nos describe al Salvador el profeta Isaías, conviene á la virtud con que el Señor superó el fortísimo trance de su Pasion y muerte, venciendo con ella á satanás y derrocando su imperio; no le convienen ménos los rasgos de humillacion y abatimiento, de dolor y quebranto, de destruccion y aniquilamiento bajo que nos lo retrata el mismo Profeta, y en que realmente se vió en su dolorosísima Pasion. El Profeta desde luego predice que la humildad y pobreza con que habia de aparecer entre los hombres aquel Dios que impera en los cielos y anda sobre las plumas de los vientos, habia de hacer tal impresion en los ánimos carnales del pueblo judío, que desconocerian y negarian á su Mesías; sin querer creer que bajo aquel abatimiento ocultaba el brazo fuerte y poderoso del Dios de los ejércitos; mas dejando á la fé el reducir el entendimiento y corazon de los hombres, comienza resueltamente á descubrirnos el estado de abyeccion y

desprecio, desamparo, soledad, destruccion y anonadamiento á que habia de aparecer reducido el Salvador en su Pasion y en su muerte. El subirá, dice, como una vara de un matorral, y como una raiz de una tierra seca y árida: la hermosura y resplandor de su rostro han desaparecido: lo vimos, y no tenia figura, y echamos ménos aquella su belleza que nos hacia suspirar por el deseo de contemplarla; mas he aquí que ahora se ha hecho el mas depreciado, el último de los hombres, un baron de dolores que verdaderamente sabe lo que es padecer. ¡Ay! que su rostro está como escondido y despreciado; de donde es que no podiamos conocerlo, ni persuadirnos á que él fuese: lo teniamos mas bien por un leproso, ó por un hombre herido y humillado por Dios. Así era en efecto; mas él fué herido por nuestras iniquidades, fué quebrantado por nuestros delitos. Todos nosotros anduvimos errantes como ovejas; cada uno echó por el camino que quiso, y el Señor puso sobre él la iniquidad de todos nosotros. En medio de la angustia y la afliccion, y bajo del juicio á que se sujetó, fué arrebatado, terminó su carrera mortal: ¿quién podrá hablar de su generacion eterna? ¿Quién dirá las glorias del Hijo de Dios? Mas la muerte lo ha arrebatado de la tierra de los vivientes. Tal es, ó almas sensibles, almas penitentes, el estado á que nuestras culpas han reducido á nuestro buen Jesus.

Considera que si en algun paso de la Pasion de Jesucristo se nos presenta en este estado de humillacion y desprecio, y al mismo tiempo de dolor y tormento, es en el de la coronacion de espinas. Una tropa cruel é insolente rodea al Salvador para burlarse de él y mofarlo por la dignidad de rey de los judíos: dignidad que tenia en efecto, pues era descendiente de David en línea recta, y por consiguiente le competia todo derecho al trono de Judá y de Israel. Pero aquellos hombres que hacian delito al Salvador de ser lo que realmente era, así como le calificaron de blasfemia la verdad incontestable de ser Hijo de Dios, así le atribuyeron á una pretendida usurpacion la dignidad real que el Salvador tenia, y cuya posesion no buscaba ni pretendia en manera alguna; ántes bien huyó en el desierto de este mismo pueblo, cuando agradecido á sus beneficios, y admirado de sus milagros trató de proclamarlo rey. ¡Cuán sensible, pues, seria para el Señor verse tratado como rey de burlas, vestido de un andrajo por púrpura, coronado de un casquete armado todo de agudas y penetrantes espinas que atormentaban cruelmente su sagrada cabeza, con una caña por cetro, y que el vil po-

pulacho hincando la rodilla por insultarlo, lo saludase, diciendo: *Dios te salve, rey de los judíos;* dándole bofetadas, escupiendo su rostro, hiriéndole con la caña é insultándole tanto, que el Profeta que predijo este paso usa de esta expresion: "Se hartará de oprobios." ¡Pues qué diremos si contemplamos ultrajado de este modo, no solo al legítimo rey de los judíos, sino al rey soberano del cielo y de la tierra, que tiene escrito en la orla de su vestidura: *Rey de reyes, y Señor de señores!* ¡Ah, que esta humillacion, esta deshonra, esta ofensa á la Magestad divina del Hijo del Altísimo, es verdaderamente infinita; de modo que por ella fué Jesucristo infinitamente deshonrado. Con razon dijo Isaías que no se le conocia ni podia conocérsele, pues un ultrage tal al mismo Dios en persona, es cosa que no cabe en la idea ni el discurso del hombre, si bien cupo en el amor infinito de un Dios, y en la soberbia y malignidad de unos hombres poseidos del demonio y devorados por su rabia infernal. ¡Oh, temamos, temamos los efectos de una pasion violenta y de una obstinacion que cierra la puerta á todo remedio, y precipita al hombre en los excesos mas criminales.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Libradnos de caer en este abismo, ó Dios grande y poderoso, ya que por salvarnos de tamaña desgracia os dignásteis humillaros en tanto extremo, y prestaros dócil y obediente aun á la voz del vil soldado y al insulto de los que eran la hez del pueblo: ¡Oh Dios, y cuánto os debo! ¡Mas cuánta tambien será la cuenta que tengo de daros por una diguacion tan asombrosa como la que empleásteis en beneficio mio, y que yo he malogrado y dejado sin fruto! Reflexion es esta que me sorprende y me llena de pavor; pues contemplo que vuestros beneficios desestimados y desperdiciados por el hombre, gravitan sobre él con un peso inmenso, y si obraron en la vida para proporcionarle su salvacion, obran en el juicio para su mayor condenacion. Tal seria mi desgracia si no tratara ya, como en efecto trato y os prometo, de aprovecharme de ellos para mi salud.

JACULATORIA.

Con tus llagas he sido curado, ¡ó buen Jesus! y con tu humillacion exaltado.

LECCION.

Sobre la Pasion del Salvador en el huerto de los Olivos.

Cuán diferente fué esta última entrada de Jesucristo en Jerusalen de la que hizo el Domingo antecedente: no son siervos, no súbditos ansiosos, no niños tiernos los que van delante de él para llenarle de honores y celebrar su triunfo, es todo un pueblo amotinado que le mofa, que le insulta y le desprecia, pidiendo á gritos su muerte: ya no son ramos de palma y de olivo los que adornan los caminos por donde ha de pasar; es un cadalso infame el que se levanta, una caña frágil la que le ponen en sus manos para que le sirva de cetro, y unas varas espinosas y punzantes las que toman sus verdugos para formarle corona: léjos de tender sus vestidos á sus piés, le despojan del suyo y echan suertes sobre él: bien distantes de repetir el hosanna al Hijo de David, lo califican de seductor, blasfemo y endemoniado.

Jesucristo tenia doce discípulos; mas todos lo han abandonado; solo vemos al traidor Judas hecho cabecilla de los que le han de aprender. ¡Traicion la mas bárbara é inaudita, ósculo el mas pérfido y sacrílego! Mas dejemos al pérfido Judas, y pasemos á otro abandono mas sensible para Jesucristo. Pedro, el príncipe de los Apóstoles, á la débil voz de una criada y de unos cuantos satélites de la iniquidad, repite tres veces: No conozco tal hombre. Cuando poco ántes le habia hecho la protesta de que aun cuando fuese necesario morir con él jamas le dejaria. ¡Fragilidad humana! ¡Cuán grandes son tus inconsecuencias! ¡Qué frecuentes tus excesos! ¿Quién de nosotros no temblará, débiles y vacilantes cañas, al ver trastornada la primera columna de la Iglesia? ¿Quién podrá confiar en el débil movimiento de las pasiones, y descansar sobre la continua vicisitud que agita el corazon humano, habiendo visto caer la piedra fundamental del edificio de Jesucristo al primer ataque de la tentacion? Mas sigámosle despreciado ya que le hemos visto abandonado.

El divino Hijo de María es Profeta, es Rey, es Dios; pues estas mismas dignidades le atrageron el desprecio y la confusion. Le burlan como profeta vendándole los ojos, le agobian á golpes y bofetadas, y una insolente turba de viles criados le dice que adivine quién le dió. Le mofan como á rey, tratándole como á loco é in-

sensato; por manto real una ropa andrajosa, por cetro una caña débil y por corona una diadema de espinas agudas que se le hacen entrar hasta el cráneo: la sangre que cae de sus divinas sienes se mezcla con el polvo que se levanta de la tierra, y ya en nada se deja ver la hermosura siempre antigua y siempre nueva, complacencia de los Angeles: este es el menosprecio que se hace de Jesucristo como rey en las casas de Herodes y Pilato: le blasfeman como á dios falso, aunque sus milagros, sus oráculos y su doctrina manifestaron su divinidad; los judíos no solo le niegan esta legítima cualidad, sino que hacen cuanto pueden para persuadir á Pilato que no lo es, y por eso le prefieren á Barrabas: muera, dicen, el autor de la vida. Con sobrada razon le llamó Isaías varon de dolores, hombre despreciado y mirado como el último de los hombres.

Cuanto hasta aquí hemos dicho es una pintura de lo que todos los dias se ejecuta con el inocente Jesus, y es lo que obligó á San Pablo á decir: Que aun en el cristianismo se hallan innumerables que crucifican al Hijo de Dios y hacen de él el objeto de sus burlas. El reprueba la vida deliciosa y mundana, y condena la sensualidad, y nosotros leemos estas prohibiciones como cosas que no nos pertenecen: ninguno está contento sino poseyendo grandes riquezas aunque sean mal adquiridas: los mas aman la indolencia, la ociosidad y la pereza, y buscan con ansia los refinamientos del placer, de la delicadeza y sensualidad: casi todos quisieran sacudir el yugo del Evangelio.

No bastó á los judíos haber quitado á Jesucristo el honor y la reputacion; así es que trataron de quitarle la vida: para esto lo acusan de blasfemo, soborman testigos, y declaran ser preciso que muera para salvar la nacion. De la casa de Caifas lo llevan á la presencia de Pilato: este, amenazado con la indignacion del César, pronuncia al fin la sentencia de muerte, y muerte de cruz. La sola vista de un reo condenado al último suplicio excita la compasion de todos aunque sea el mas perverso; solo para Jesucristo, el mas santo, el mas inocente de todos los justos, faltan los sentimientos mas naturales. ¡Qué atrocidades no se cometen en su persona! Veamos ese pretorio regado con su sangre pura: veamos esos verdugos desenfrenados y enfurecidos contra este inocente Cordero, cansados de azotarle y cubiertos de la sangre de la víctima que tratan de sacrificar á su rábia: representémonoslo debilitado por los azotes, abiertas sus venas, rotas sus arterias, desgarrada su piel, descoyuntados

sus huesos, hecho en fin pedazos todo su cuerpo, no ofreciendo ya á los que le miraban sino grumos de sangre que del todo lo desfiguraban. En este lastimoso estado lo cubren con un vil andrajo, y le presenta al pueblo Pilato, diciendo: Ved ahí al hombre. Oigamos á San Bernardo: "Ved ahí al hombre," dice este santo, "convertido en el mas pobre de todos los hombres, á causa del mismo hombre: ved al hombre superior infinitamente á todos los hombres por la union hipostática, é infinitamente abatido por los mismos hombres á la humillacion y rigor de los tormentos: ved al hombre justo tratado como el mayor de los pecadores." Cristianos, á quienes nada basta para conmoveros, ¿habreis de ser siempre insensibles á la voz de la sangre de Jesucristo? Vuestros pecados son los que lo han reducido á tan lastimoso estado: mugeres mundanas, esa pompa y vestidos inmodestos, esos costosos y profanos adornos que la altanería forja sobre vuestras cabezas son los que le han coronado de espinas y le han puesto á la irrision y mofa de un vil populacho: esos aires seductores son los que le han atraido las injurias y blasfemias que vomita la chusma de insolentes soldados: esas miradas libres han apagado las luces de sus ojos: los bailes y los juegos son los que han causado su sangrienta tragedia: vuestro sacrilegio es mayor que los que crucificaron á Jesus la primera vez. En efecto, lector cristiano, no hay exageracion: Jesucristo padece mas que con los judíos por esos hombres infames que seducen y corrompen los tiernos corazones: por esas mugeres mundanas que con sus tramas obscenas pervierten á la incauta juventud: por esos libertinos que con sus disoluciones escandalosas pierden á tantas almas redimidas con la sangre del Cordero de Dios. Jesucristo padece mas por un mal cristiano, que por todos los verdugos que sacrílegamente derramaron hasta la última gota de su sangre preciosa. Se han hecho perseguidores de Jesus sus propios hijos. La impureza atormenta y maltrata todavía su cuerpo, derrama su sangre y la pisa. Pero ¡pecadores impuros! llegará tiempo en que este Dios de bondad y misericordia se convierta en Dios de ira y de indignacion; prevenid esa desgracia rompiendo el comercio que conservais con el espíritu impuro, enemigo el mas cruel de la sangre de Jesucristo. Puede ser sean estas las últimas amonestaciones que el Dios de las misericordias os dirija: alerta, y no hay que descuidarse en andar por la senda de la ley miéntras es de dia; no se llegue la noche y no podamos trabajar.

te, por haberse decretado la sentencia de muerte contra el divino Salvador, que el Viérnes fué ejecutada. Esto es lo que motivó á la Iglesia, dice San Agustin, y á los demas santos Padres, á establecer la estacion ó ciertas oraciones, y el ayuno en los Miércoles y Viérnes de todo el año, mirados como dos dias singularmente consagrados á ejercicios de penitencia, en memoria de la Pasion del Salvador.

El introito de la misa se ha tomado del capítulo II de la carta de San Pablo á los Filipenses, donde el santo Apóstol despues de haberles explicado los grandes misterios de las profundas humillaciones de Jesucristo verdadero Dios y Hombre, les hace ver la inmensa gloria de que fueron seguidas estas pasmosas humillaciones; y que si este divino Salvador se humilló sin medida, fué exaltado y glorificado á proporcion. *En el nombre de Jesus doble la rodilla todo cuanto hay en el cielo, sobre la tierra y en los infiernos. Porque el Señor fué obediente hasta morir, y morir en cruz: por esto nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.* Es decir, que Jesucristo Dios y Hombre está verdaderamente en el cielo á la diestra del Padre celestial, gozando de la gloria que le es debida como á Dios, y de la que se adquirió justamente por sus humillaciones y tormentos, como Dios Hombre. *Señor, oid mi oracion, y lleguen hasta vos mis clamores.* Estas palabras se han tomado del profeta David, sumergido en la mas viva afliccion, y en esta calidad, figura de Jesucristo.

Ya se ha dicho en otra parte que el Miércoles de la semana en que se hacen órdenes se leen dos Epístolas; y siéndolo el presente, se sacaron la primera de los capítulos LXII y LXIII, y la segunda del XXV del profeta Isaías. Ambas expresan magníficamente la Pasion de Jesucristo, y son por tanto muy oportunamente traidas para este dia.

La primera anuncia la llegada del Salvador, pedido por tanto tiempo y esperado por tantos siglos, que viene en fin á salvar á su pueblo, sacándolo de una larga y dura cautividad, de la que era figura la de Babilonia. Decid de parte del Señor á la hija de Sion, esto es, decid á Jerusalen, y en ella á todos los hombres, que se acabaron todos sus males, pues ha venido su Redentor, su libertador, su Salvador, el cual va á acabar su grande obra, que es la redencion del linage humano, cuyo complemento y perfeccion es la recompensa de sus trabajos y de sus penas. En el nacimiento de Jesucristo los Angeles enviados del cielo se contentaron con decir á los pastores, que habia nacido un Salvador; pero aquí, mirando el Profeta á este Salvador, no naciendo, sino muriendo, consumando la grande obra de la redencion, nos lo anuncia y nos lo representa cargado del fruto de sus trabajos, y llevando consigo la recompensa de sus penas y de sus tormentos. ¿Quién es este que viene de Edom? exclamó el Profeta. ¿Quién es este conquistador que viene de Bosra con su túnica teñida en sangre, que encanta y deslumbra por lo hermoso y brillante de sus vestiduras, y que camina con tanta magestad, intrepidez y fortaleza? El Profeta nos representa al Salvador bajo la persona de un conquistador, que vuelve de Idumea cubierto todo de sangre, y cuya sangre dá un tan gran lustre á su triunfo. Yo soy, responde el Salvador mismo, soy yo que he satisfecho plenamente á la justicia divina con mi sangre, y he empleado todo mi poder y todas mis fuerzas para salvar á los hombres. ¿Por qué, pues, tu túnica está toda roja, y por qué tus vestidos se parecen á los de los que pisan las uvas en el lagar? Yo he pisado solo los racimos, sin que hombre alguno de todas las naciones del mundo me haya ayudado. El Profeta hace hablar aquí al Salvador de los hombres en un sentido alegórico. Ningun patriarca, ningun profeta, ningun hombre ha habido tan santo y tan estimado de Dios en todas las naciones de la tierra que haya jamas podido quebrantar la cabeza á la serpiente infernal, ni pisar como se pisa la uva, al enemigo de la salvacion, á quien el pecado habia hecho tan poderoso en el mundo. No hubo otro que yo, ni podia haberlo, que pudiese quebrantar la cabeza del dragon infernal. Con la fuerza de mi brazo omnipotente he triunfado yo solo de todo el infierno; no os admireis, pues, si todavía llevo sobre mis vestidos las señales de una tan sangrienta victoria. Meditaba yo, largo tiempo habia, su destruccion; pero en fin, llegó ya el tiempo de redimir á mi pueblo. El combate ha sido violento, la victoria ha sido sangrienta, me he encontrado solo con un enemigo tan temible, y no he aguardado ni esperado socorro de ningun hombre. La sola fuerza de mi brazo me ha salvado. Mi victoria no la debo sino á mi solo valor, y al mérito de mi sangre.

Parece que el Profeta pasa despues de la victoria del Salvador sobre todo el infierno, á las consecuencias gloriosas y á los maravillosos frutos de esta tan señalada victoria. Habia el demonio subyugado casi toda la tierra, ¡qué de templos sacrílegos levantados á

honra suya por los paganos! ¡Y qué infinidad de ídolos infames en estos templos! La idolatría esparcida por toda la tierra, reinaba con imperio en todas partes; los reyes y los emperadores eran los mas zelosos defensores del paganismo. El Salvador despues de haber vencido y desarmado al infierno, triunfó de todos sus partidarios; sus discípulos sin armas, sin fuerzas, sin socorros humanos, con sola la virtud de su nombre, purgaron toda la tierra de estos ministros de la impiedad; su cruz ha triunfado de todos los pueblos idólatras. ¿Despues de esto podemos olvidarnos de las misericordias infinitas de nuestro Dios? Al contrario, ¡qué alabanzas, qué acciones de gracias no debemos dar al Señor por tantas maravillas!

La segunda Epístola es una vivísima pintura del Salvador en su Pasion, expresada con colores tan propios y con una tal exactitud, que se creeria que el Profeta habia visto por sus ojos lo que anunció siglos ántes de que sucediera. Empieza este Profeta quejándose así de la espantosa incredulidad de los judíos, como de su ceguedad de no haber querido creer, ni á sus palabras ni á sus milagros. ¿Quién ha dado fé á lo que nos ha oido decir? ¿Y á quién se le ha hecho conocer el brazo del Señor? El brazo del Señor significa aquí el poder divino que resplandecia en los milagros de Jesucristo, el cual es la palabra y el brazo del Señor, siendo, como es, su sabiduría y su fortaleza; sin embargo, casi no ha encontrado en su propio pueblo sino oidos sordos á su voz, y corazones endurecidos. Esto es lo que obliga al Evangelista San Juan á decir: Que despues de tantos milagros como el Salvador habia hecho á sus ojos, no creian en él, para que se cumpliese lo que dijo el profeta Isaías. Los judíos no eran infieles en consecuencia de la prediccion de Isaías; lo eran por su infidelidad voluntaria y obstinada, la que el Espíritu Santo le hizo presente al Profeta; y esta presencia fué quien dió motivo á la prediccion. Despues de haber tirado este rasgo, que conviene tambien á la pintura tan parecida que va á hacer de Jesucristo en su Pasion, toca de paso la verdadera causa del error de los judíos, el que consistió en que habiéndose figurado siempre un Mesías adornado del resplandor de la grandeza y del poder temporal y terrestre, desconocieron á Jesucristo en su abatimiento. Os engañais, les dice el Profeta, en representaros á este Salvador como á un grande de la tierra, criado entre las honras del mundo, en la abundancia y magnificencia; os engañais si os lo representais como un alto cedro: se levantará delante del Señor, pero se-

rá como un pequeño arbusto, y como una raiz que sale de una tierra seca. Está á los ojos de los hombres sin belleza y sin lustre. Lo hemos visto en el lastimoso estado en que vosotros lo habeis puesto, y apénas hemos acertado á conocerlo: tan desfigurado estaba. Este divino Salvador, el mas hermoso de los hijos de los hombres, nos ha parecido un objeto espantoso; un hombre de dolores, que sabe bien lo que es padecer, y finalmente el último de los hombres. Cuanto mas lo hemos considerado, ménos lo hemos conocido. Su rostro estaba como escondido bajo aquel golpe de sangre, bajo un monton de bofetadas y de salivas: su vista causaba horror, y no hemos podido persuadirnos á que fuese el Señor. En el profundo espanto que nos ha causado un objeto tan nuevo, hemos considerado de dónde podria venir esta deformidad, y este agregado de males sobre su adorada persona; y hemos reconocido que ha sido porque efectivamente ha tomado sobre sí nuestras enfermedades, y se ha cargado voluntariamente por nuestro amor con la pena debida á nuestros pecados, con nuestros dolores y con todo lo que nosotros debiamos sufrir del justo enojo de Dios su Padre. El es, dice el Apóstol San Pedro, el que sobre el leño de la cruz llevó nuestros pecados en su cuerpo. Hubiera sido reputado por un leproso, continúa el Profeta, y por un hombre herido de la mano de Dios, y reducido á la humillacion mas profunda. Hombres ingratos, conoced las infinitas obligaciones que teneis á este divino Salvador, pues únicamente por nuestras iniquidades fué despedazado á heridas, y molido á golpes por nuestros pecados, cuya pena se dignó padecer en sí mismo. Quiso que el castigo que nosotros debiamos sufrir ántes de reconciliarnos con su Padre, para gozar despues de una inalterable paz, cayese sobre él. Asimismo no hemos sanado nosotros de las llagas que nos habia hecho el pecado, sino por los golpes y por la sangre que él derramó. Comprended, hombres sujetos á tantas miserias, comprended lo que debeis á este Redentor de los hombres. Todos nosotros ibamos errados despues del pecado de nuestro primer padre, como otras tantas ovejas descarriadas; expelidos del paraiso terrenal, estábamos expuestos á todo género de accidentes adversos; léjos todos del redil, cada cual se habia descaminado para seguir su sendero, y no habia quien no encontrase en su camino mil peligros, y casi á cada paso un precipicio: efecto necesario de la ceguedad que causa el pecado. Este buen Pastor resolvió dar la vida por todo el rebaño. El Señor le cargó, precediendo su be-

neplácito, las iniquidades de todos nosotros. Si se ofreció en sacrificio á la justicia de su Padre, fué porque quiso: y así no salió de su boca, ni justificacion contra los falsos testimonios que le levantaron, ni queja alguna. Será llevado á la muerte como una oveja que van á degollar, y que no habia palabra; y como un cordero que está mudo delante del que lo esquila; así este divino Cordero, que quita los pecados del mundo, será sacrificado sin abrir su boca. Finalmente, murió entre los mas agudos dolores, y despues de haber sido conocido y confesado inocente, no dejó de ser condenado á muerte contra toda justicia. No obstante, este hombre de dolores, tratado como el último de los hombres, es nuestro Dios: porque ¿quién podrá contar su generacion eterna? ¿ni quién puede comprender el misterio inefable de su Encarnacion? No os escandalicen los oprobios de que lo hartaron, ni tampoco la ignominia de su muerte. Yo lo heri, dice el Señor, por causa de los pecados de mi pueblo. Para satisfacer plenamente á la justicia divina ofendida por el pecado, era menester una víctima inocente y de un valor infinito; era menester que un hombre que no hubiese podido jamas pecar, padeciese en su persona la pena debida al pecado, para de este modo poner á los hombres en gracia de Dios, y esto es lo que hizo este divino Salvador. Así mereció con su muerte la conversion de los impíos y de los ricos; quiere decir, de los judíos que tuvieron la impiedad de hacerlo morir, y de los gentiles que parecian ser los señores de la tierra. Aunque era la misma inocencia, quiso el Señor abrumarlo con toda suerte de males. Comprended, pecadores, el mal que es el pecado, viendo el rigor con que Dios trata á su propio Hijo, cargado solamente de la apariencia del pecado, sin tener respeto á su inocencia. Por lo demas su gloria será correspondiente á sus humillaciones, y su triunfo al exceso de sus tormentos. Y pues se dignó dar su vida por el pecado de los hombres, ¿qué dichosa, qué larga posteridad no verá? ¿Cuántos millones de mártires darán su vida por la gloria de su nombre! Su Iglesia no solo subsistirá hasta el fin de los siglos, á pesar de todos los esfuerzos del infierno, sino que verá tambien en el cielo por toda la eternidad un número infinito de escogidos, que serán el fruto de lo que padeció. ¿Cuántas gentes se justificarán por medio de su doctrina? La multitud innumerable de santos que triunfarán bajo sus órdenes y por su gracia, de todas las potestades del infierno, compondrá su corte en el cielo. A su solo nombre doblará la rodilla todo lo que hay

en el cielo, sobre la tierra, y en los infiernos. No habrá uno de sus siervos que no entre en su reino, cargado de los despojos de la misma muerte que venció él mismo con la suya: y todo esto porque él mismo se entregó á la muerte, y fué puesto en la clase de los facinerosos. Ved aquí el fruto de su muerte. Finalmente, concluye el Profeta; no contento con haber cargado sobre sí nuestros pecados, pasó á pedir por los quebrantadores de su ley, los cuales hallan siempre en él un fondo inagotable de misericordia; y llevando su bondad hasta mas allá de todos los límites, suplicó tambien por los que le quitaron la vida. Cuando Isaías hacia la pintura de Jesucristo con tan vivos colores, era setecientos años ántes que sucediese todo esto. Un Evangelista no hubiera hablado mas claramente.

La historia de la Pasion que se lee en la misa de este dia, fué escrita por San Lúcas. No haremos aquí sino un compendio de ella, con las reflexiones que sugiere el asunto. Empieza por estas palabras: Estaba cerca la fiesta de los ázimos, esto es, de los panes sin levadura, llamada pascua. El Miércoles, vigilia del dia en que el Salvador celebró la última pascua, se convino Judas con los judíos en que les entregaria á Jesucristo. Se ha visto el modo con que este impío apóstata ejecutó su infame designio. Habiéndose apoderado los soldados de Jesus en el huerto de los Olivos, lo ataron, y tratándolo con la mayor ignominia lo llevaron durante la noche á Jerusalen con linternas y hachas encendidas, y con un estruendo tumultuoso, que daba á entender á todo el mundo que llevaban preso algun reo famoso. ¿Cuál seria la sorpresa y cuáles los sentimientos de menosprecio de todo el pueblo cuando vió que el preso era Jesus, aquel gran profeta que cinco dias ántes habia sido recibido como el Mesías en aquella misma ciudad, y que acababa de ser preso por órden de los pontífices y del magistrado como un insigne impostor? Esta aventura hizo desde luego tal impresion en los espíritus, que toda su veneracion se convirtió en indignacion contra él; y al instante vino á ser el divino Salvador la execracion pública. Llévanlo primero á la casa de Anas, que era sumo pontífice y tenia el primer lugar entre los judíos; mas como su yerno Caifas hacia aquel año las funciones de gran sacrificador, se lo envió para que este le formara el proceso y lo condenara. Advertido Caifas de que le llevaban al Salvador, á quien aborrecia en estremo, y cuya sentencia de muerte habia pronunciado ya en el consejo que se habia tenido algunos dias ántes; deseoso de encontrar pretextos y medios

Juéves Santo.

El Juéves santo ha sido en todos tiempos uno de los dias mas solemnes de la Iglesia, á causa de los grandes misterios que se obraron en él. Los griegos y los demas pueblos del Oriente lo llamaban por honor el dia de los misterios. En él se celebra el misterio de la humildad y abatimiento de Jesucristo, en el labatorio de los piés á los Apóstoles; el de su amor, incomprensible á todo criado entendimiento, en la institucion de la sagrada Eucaristía y del sacerdocio sagrado de la nueva ley. Su oracion misteriosa, que fué como su primera oblacion; su sangrienta agonía en el huerto, que fué como el preludio de su Pasion; y su voluntaria prision, que fué la primera escena de ella. Pero el objeto principal de la fiesta de este dia es la institucion de la Eucaristía: el duelo y la tristeza en que está la Iglesia en estos dias consagrados á la Pasion, cede, por decirlo así, al regocijo espiritual, en que parece consistir la verdadera nocion de esta fiesta. Suspende tambien hoy su duelo en la celebracion de la misa, por el color y la magnificencia de los ornamentos; y canta igualmente el cántico: *Gloria in excelsis*. Hasta el rigor del ayuno de la semana santa se mitigó desde los primeros siglos, á causa de la solemnidad de este dia, permitiendo hacer la comida despues de nona, como en los ayunos ménos rígidos. La fiesta de este dia trajo mucho tiempo la obligacion de no trabajar; y esta obligacion se hubiera continuado, si la Iglesia no hubiera trasladado la fiesta del Santísimo Sacramento del Juéves santo, al Juéves despues del Domingo de la Santísima Trinidad, con el fin de hacer esta fiesta todavía mas solemne. Y así le es permitido al pueblo el que trabaje en este dia: solo deseando la Iglesia que asista á sus Oficios divinos por la mañana, y en la tarde y noche el que visite sus santos templos con el fin de ofrecer á Jesucristo un desagravio honroso, no solo por las ignominias y dolores que padeció en el discurso de su Pasion, sino tambien por todas las irreverencias y sacrilegios cometidos desde la institucion del adorable sacramento de la Eucaristía.

El lavatorio nos recuerda el ejemplo de humildad y de caridad que nos dió el Salvador en este dia. Habiendo dicho á sus Apóstoles, que si él les lava los piés siendo su Señor y su Maestro, tambien ellos debian lavarse los piés unos á otros: esta órden se ha to-



El que come mi CARNE y bebe mi SANGRE tendrá la vida eterna. (S. Juan, cap. VI, v. 55)

mado siempre como un mandamiento de humildad, y como una leccion digna de observarse; por esto los primeros cristianos se hicieron de ella una ley de caridad respecto de los huéspedes que recibian, á quienes jamas dejaban de lavar los piés inmediatamente despues de su llegada. La misma práctica se conservó aun mas religiosamente en los monasterios. La Iglesia no queriendo dejar abolir una costumbre de tanta edificacion, creyó debia hacer de ella una práctica reglada, la que redujo á sus principales ministros, como quienes tienen mas particularmente el lugar de Jesucristo por su órden y grado de superioridad. Estableciése, pues, la costumbre, de que así como el abad ó el prior lavaba los piés el Juéves santo á todos sus religiosos, á ejemplo de Jesucristo, así el obispo, ó el que hace cabeza del cabildo, los lavase á todo el clero; pero aumentándose cada dia el número de estos, se redujeron á doce, que era el número de las personas á quienes el Salvador habia lavado los piés. El Sumo Pontífice, como vicario de la Iglesia de Jesucristo, ha mirado siempre esta santa ceremonia como una obligacion de religion en cierto modo indispensable. Como la accion de Jesucristo no era un acto de sacerdocio, igualmente los legos se han creido con tanto derecho de imitar el ejemplo de humildad que les dió este divino Salvador, como los papas, obispos y religiosos. Pues aun muchos reyes y grandes príncipes han verificado lo mismo en alguna estancia de sus palacios, sin que por eso quedaran mancilladas sus altas respetos; ántes sí realzados mas con el esplendor de la humildad y de la imitacion del Rey de los reyes, y Señor de los señores. A la ceremonia del lavatorio se llama *Mandato* por comenzar la primera antífona con estas palabras: *Un nuevo mandato os doy &c.*; y al sermon en que se trata de ella, se da el nombre de sermon de Mandato.

Es tambien costumbre universalmente establecida en toda la Iglesia, destinar el Juéves santo para la consagracion de los santos óleos que deben servir para las unciones santas. Esta consagracion, que es una de las mas augustas ceremonias de la Iglesia, consiste en las solemnidades de tres bendiciones que hace el obispo, de las cuales la primera es la del *óleo de los enfermos*, para el sacramento de la Extremauncion; la segunda es la del *Santo Crisma*, para el sacramento del Bautismo, sirviendo igualmente para la consagracion de los altares, iglesias, reyes y otras personas que se consagran. La tercera bendicion es la del *óleo de los Catecúmenos*, el que sirve tam-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

bien para los sacramentos del Bautismo y del Orden, para la consagracion de los reyes, y para otros sagrados usos.

Segun la tradicion apostólica, desde los primeros tiempos de la Iglesia se usa bendecir los santos óleos y el Santo Crisma. Así es que Santiago dice: *Si alguno de vosotros está enfermo, haga venir á los presbíteros de la Iglesia; oren estos por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.* Se ha mirado siempre en la Iglesia la uncion con aceite que los Apóstoles empleaban, viviendo nuestro Señor, para curar los enfermos, y de que se habla en San Márcos, como una figura representativa del sacramento de la Extremauncion. Estas tres bendiciones se hacian en la misa que se llamaba crismal. El óleo de los enfermos está sin mezcla: el Santo Crisma está compuesto de aceite y de bálsamo. Los griegos modernos, despues de su cisma, mezclan en él muchas quintas esencias y aromas. Por lo que mira á las ceremonias sagradas que acompañan á la bendicion ó consagracion particular del Santo Crisma, puede decirse que no hay otras en la Iglesia que se hagan con mayor aparato, así entre los latinos como entre los griegos. El concilio de Meaux expidió un decreto el año 845 para prohibir á todo obispo el consagrar el Santo Crisma en ningun otro dia, que en la feria quinta de la semana mayor, que lleva el especial título de la semana del Señor y el Juéves santo.

Llámase tambien el Juéves santo dia de *indulgencia*, ó el *Juéves absoluto ó de la absolucion*, porque en él se reconciliaban los pecadores públicos en los primeros siglos, dándoles la absolucion de sus pecados; de donde vino la palabra vulgar *de la absolucion;* despues de lo cual se les admitia en la Iglesia, cuya entrada se les habia prohibido desde el dia de ceniza, habiéndoles impuesto alguna penitencia por sus pecados. Como en la Iglesia se reconciliaban este dia los penitentes, tambien los príncipes y los reyes, dice San Eloy, daban libertad á los presos y los perdonaban. Las demas ceremonias de la Iglesia en este dia se reducen al silencio de las campanas, á la visita de las iglesias, y á reservar el Santísimo Sacramento para la mañana siguiente, que aunque no celebra la Iglesia el sacrificio de la misa, en sus divinos Oficios nos representa de una manera mas sensible la muerte de Jesucristo: el sacerdote consume entónces, por medio de la comunion, el Santísimo Sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo, que ha estado expuesto por espacio

de veinticuatro horas á la adoracion de los fieles, habiéndonos dejado este divino Salvador la Encaristía para memoria de su Pasion.

El oficio de la misa de este dia encierra la memoria de todos estos grandes misterios. El introito es del capítulo VI de la carta de San Pablo á los Gálatas: "Debemos poner toda nuestra gloria en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en el cual está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurreccion, por el cual hemos sido salvos y redimidos." "Dios tenga compasion de nuestras miserias y derrame sus bendiciones sobre nosotros, nos mire con ojos propicios y nos haga sentir los efectos de su misericordia." Como hemos sido redimidos por la cruz, solo en la cruz de Jesucristo encontramos la verdadera gloria, por la conformidad que en ella tenemos con este divino Salvador.

La Epístola es del capítulo XI de la primera carta que escribió San Pablo á los fieles de Corinto, en la cual cuenta la institucion del sacramento de la Eucaristía por Jesucristo en la última cena; y el delito y castigo de los que se llegan á ella indignamente.

En aquellos primeros tiempos de la Iglesia, los fieles, ya fuese por representar la última cena que Jesucristo celebró con sus Apóstoles, al fin de la cual instituyó la Eucaristía, ó ya fuese para mantener la union entre ellos, y tener ocasion de ejercitar la caridad con los pobres, hacian pequeños convites, á los cuales daban el nombre de *Agapes*, que es una palabra griega que significa, *caridad mútua;* y los hacian en los lugares donde se juntaban para la celebracion de los santos misterios y para comulgar. Los corintios abusaban de esta costumbre de mas de una manera. Lo primero, no guardaban siempre en estos religiosos convites la templanza y la compostura que debian: lo segundo, en lugar de aguardarse los unos á los otros, y poner en comun lo que cada uno habia llevado, los que venian primero empezaban desde luego á comer; y los ricos se ponian separados de los pobres; lo cual era contrario al espíritu y al fin de estos convites, que era la caridad fraternal, la cual, segun Jesucristo, debia animar y caracterizar á todos sus discípulos, y poner como á nivel todas las condiciones. Esta conducta irregular de los corintios no podia dejar de causar alborotos y murmuraciones; pero el mayor mal estaba en que llegándose á la sagrada mesa con semejantes disposiciones, muchos se hacian culpables de un horrible sacrilegio.

Por tanto, el Apóstol corrigiéndolos, les dice: Ese modo de celebrar los Agapes en vuestras juntas, sin union y sin caridad, no es

correspondiente á los que pretenden imitar aquella cena del Señor, al fin de la cual instituyó el sacramento de la Eucaristía. *Comer la cena del Señor*, no significa aquí recibir el cuerpo y la sangre de Jesucristo, sino hacer un banquete en memoria y á imitacion de la cena que hizo Jesucristo ántes de la institucion del Sacramento. San Crisóstomo cree que la comunion precedia á los Agapes; pero segun San Agustin los Agapes precedian á la comunion, y este último sentir, á lo ménos por lo que mira á los corintios, parece mas conforme al texto del Apóstol. El abuso que la Iglesia particular de Corintio hacia de esta práctica desde el tiempo mismo de los Apóstoles, muestra bastantemente que la Iglesia universal ha tenido razon para mudarla. San Agustin testifica, que la costumbre de comulgar el Juéves santo despues de haber comido, era comun en Africa y en Egipto, á ejemplo de Jesucristo, que instituyó este sacramento despues de la cena pascual. El mismo padre advierte, no obstante, que en su tiempo la costumbre universal de toda la Iglesia era comulgar en ayunas. Es evidente, dice, que la primera de todas las comuniones del cuerpo y sangre de Jesucristo no la recibieron los Apóstoles en ayunas; pero no por eso se debe murmurar la santa práctica de la Iglesia, que quiere y manda que no se comulgue sino en ayunas: el Espíritu Santo la dirige cuando dispone que por respeto á un tan grande y augusto sacramento, los que comulgan no hayan tomado todavía nada cuando comulgan. Esta es la costumbre de la Iglesia en todas partes.

Reprende, pues, San Pablo á los corintios el modo tan poco religioso y tan escandaloso con que ejercitaban una tan santa práctica de devocion. No es ya un convite de caridad el comer cada uno lo que ha traido, sin repartirlo con los otros; de aquí viene, que los mas ricos se regalan, miéntras que los pobres, por los cuales se instituyeron estos Agapes, se mueren de hambre. ¿Por ventura no teneis casa para comer y para beber? ¿Acaso se os permite venir á tomar esta refeccion á la Iglesia, y á esta junta de fieles de que los pobres son tan miembros como vosotros, si no vais á ella sino para insultar á su indigencia por vuestros excesos? Siempre se ha dado el nombre de Iglesia en donde los fieles se juntaban, ora fuese una simple sala, ó una casa particular, ó un templo consagrado al verdadero Dios. La Iglesia en este lugar puede significar tambien la junta de los fieles. ¿Qué os diré? continúa el Apóstol, ¿os alabaré? No por cierto; en esto no sois dignos de alabanza. La costumbre de

estos convites de caridad es loable; pero el abuso que de ellos haceis es reprensible. San Pablo no pretende condenar ó prohibir absolutamente los Agapes, solo quiere enseñar á los fieles á distinguirlos de las comidas ordinarias, y á no usarlos sino como un medio establecido para mantener la caridad mútua, que fué lo que Jesucristo se propuso especialmente inspirarnos, al instituir el sacramento de la Eucaristía, que es por excelencia un sacramento de amor. Del mismo Señor, continúa el Apóstol, he aprendido lo que os he enseñado; y os lo vuelvo á repetir para que jamas se os olvide. Estas palabras, *que os he enseñado*, indican bastantemente que los Apóstoles enseñaban muchas cosas en particular á los fieles sobre la religion, que jamas se escribieron, y que solo las sabemos de ellos por tradicion. Lo que os he enseñado, tocante á este artículo importante de nuestra fé, no lo he recibido de los hombres, ni tampoco de los otros Apóstoles; el mismo Jesucristo me lo ha revelado; me reveló, pues, que la misma noche en que debia ser entregado á la muerte, despues de haber lavado los piés á sus Apóstoles, para hacernos comprender con qué pureza, con qué inocencia nos debemos llegar á la santa mesa, tomó el pan, y dando gracias á Dios Padre por el milagro permanente que iba á obrar, partió aquel pan, y dijo: Tomad y comed; *esto es mi cuerpo*, que será entregado por vosotros: es decir, esto es realmente el mismo cuerpo que va á ser entregado por vosotros á la muerte, y que ha de espirar en una cruz dentro de algunas horas. Tomando despues una porcion de vino en una copa, ó cáliz, dijo: *Este cáliz es el Testamento nuevo en mi sangre*: es decir, con esta sangre hago la nueva alianza con los hombres: así como la antigua alianza se confirmó con sangre de becerros y de toros, así la nueva está sellada con la sangre del Salvador. No se hacia alianza solemne en el antiguo Testamento sin efusion de sangre y sin sacrificio; Jesucristo, que es la realidad de aquella figura, quiere que la alianza que hace con el nuevo pueblo, sea cimentada con su propia sangre. Cuantas veces hiciéreis esto, añade el Salvador, lo hareis en memoria de mí: como si dijera: haced esto, y acordaos que siempre que lo hiciéreis, hareis realmente lo mismo que yo acabo de hacer, las mismas maravillas, los mismos milagros, la misma víctima; pues la substancia de pan y de vino se destruirá, y no quedará sino la apariencia de lo uno y de lo otro; y bajo esta apariencia estará este mismo cuerpo y

esta misma sangre que va á ser inmolada y derramada por la remision de los pecados.

Despues de haber contado San Pablo la institucion de este adorable misterio, procura mover á los corintios á hacer saludables reflexiones, y les da al mismo tiempo lecciones muy importantes. Acordaos, les dice, que siempre que comiereis de este pan, y bebiéreis de este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga. No diferenciándose el sacrificio incruento de Jesucristo sobre nuestros altares, sino en cuanto al modo del sacrificio sangriento del mismo Salvador sobre el Calvario, debe excitar y renovar en el espíritu de los que participan de él, la memoria de la muerte de Jesucristo. Por estas palabras, *hasta que venga*, nos dá á entender San Pablo, que el sacramento del altar durará hasta el fin del mundo. Notad que el Apóstol dice: *Siempre que comiereis de este pan;* pero no dice, y que bebiéreis de este cáliz: porque en efecto, despues de la consagracion no hay ya vino en el cáliz, sino sangre; y si prosigue en llamar siempre pan al cuerpo de Jesucristo, es porque el Salvador se llamó á sí mismo *Pan vivo, Pan de vida. El que come este pan,* dice el Señor, *vivirá eternamente.* De todo lo que acabo de decir, continúa el Apóstol, es fácil comprender qué delito es, y qué horrible sacrilegio recibir en pecado la Eucaristía. ¿Quién no vé, que cualquiera que come de este pan ó bebe de este cáliz indignamente, no es ménos culpable que si hubiese hecho morir á Jesucristo, y hubiese derramado su sangre? No dice San Pablo, el que comiere de este pan y bebiere de este cáliz, sino el que comiere de este pan ó bebiere de este cáliz, para mostrar que es permitido comulgar bajo una sola especie, como la Iglesia lo ha declarado. Examínese, pues, á sí mismo el hombre ántes de llegar á la santa mesa, y si se encuentra reo de algun pecado mortal, aunque crea tener contricion, recurra al sacramento de la Penitencia ántes de comulgar. Así lo ha definido el Santo Concilio de Trento, fundado en la práctica antigua de la Iglesia desde su establecimiento, y en el constante testimonio de los santos Padres de todos los siglos. Añade San Pablo, que no se admira de que haya entre ellos tantas enfermedades y tantas muertes repentinas; ordinariamente son castigo de las comuniones sacrílegas. Si nosotros nos juzgaramos á nosotros mismos sin misericordia, no seriamos juzgados, esto es, no seriamos castigados de esta suerte como profanadores de la sangre de Jesucristo.

El Evangelio de este dia solo contiene la ceremonia del lavatorio de los piés, que segun los intérpretes, fué una preparacion para la comunion.

El primer dia de los ázimos ó de los panes sin levadura, en el cual debia inmolarse el Cordero Pascual (este dia empezaba al ponerse el sol), habiendo ido Jesucristo por la tarde á Jerusalen, dice San Juan, comió la cena con sus Apóstoles, segun lo prescribia la ley. Se distinguian como dos cenas ó refecciones en esta ceremonia legal. La primera, en que no se servia sino el Cordero Pascual, el cual debia comerse con las ceremonias prescritas por la ley: la segunda, que era una ceremonia ordinaria en que era permitido servir y comer lo que se queria, por no ser por lo comun suficiente el Cordero Pascual para saciar á una familia. Fué despues de la cena legal cuando viendo Jesucristo que habia venido su tiempo para pasar de este mundo á su Padre, quiso darnos al fin de su vida temporal una prueba de su amor, que sobrepujó á cuantas nos habia dado. Acabada la cena legal, se levantó el Salvador solo de la mesa, y habiéndose quitado su manto, toma un lienzo, que pone delante de sí, echa agua en una vacía, y empieza á lavar los piés á sus discípulos, y se los enjuga con aquel lienzo que le servia de delantal: despues de lo cual se vuelve á la mesa para comer la cena ordinaria. Al fin de esta última fué cuando instituyó el sacramento de la Eucaristía, y el sacerdocio de la nueva ley. El Evangelista dice, que cuando el Salvador llegó á San Pedro para lavarle los piés, este Apóstol, atónito de ver á su divino Maestro á sus piés le dijo con su ingenuidad ordinaria: ¿Qué es esto, Señor? No me lavarás los piés jamas, pues soy un hombre vil y despreciable, é indigno de ser del número de tus discípulos. No, divino Maestro mio, no permitiré que hagais conmigo jamas una cosa como esta. El Salvador se alegró de verlo con estos sentimientos de humildad; pero le dijo que esta ceremonia era un misterio que él no comprendia entónces; y que si no se dejaba lavar los piés, no tendria parte en su reino. Esta amenaza lo aterró tanto, que lo hizo exclamar: Si no es bastante lavarme los piés, estoy pronto á dejarme lavar las manos y la cabeza. Queria Jesucristo, dicen los Padres, hacer comprender tanto á San Pedro, como á los demas discípulos, con qué pureza debemos llegarnos al misterio de la Eucaristía; esto es lo que comprendió el Apóstol San Pedro cuando Jesucristo instituyó el sacramento. Muchos son de parecer que el lavatorio era figura

del sacramento de la Penitencia, lo que San Pedro no comprendia por entónces. Respondiendo el Hijo de Dios á lo que el Apóstol le habia dicho, que estaba pronto á dejarse lavar tambien las manos y la cabeza, le dijo: El que sale del baño no tiene necesidad de lavarse sino los piés para purificarse del polvo que ha podido coger pisando do en el suelo: así vosotros estais limpios; pero no todos; significando con esto que los Apóstoles, á excepcion de Judas, no eran culpables de algun pecado grave, y que no tenian necesidad de purificarse sino de sus imperfecciones y de tal cual pecado leve. Ciertamente que Jesucristo á los piés de Judas es un espectáculo bien tierno, y un acto de humildad que pasma. Pero Judas insensible, viendo á Jesucristo á sus piés, es un ejemplo que debe hacernos temblar. Despues que el Salvador les hubo lavado los piés, volvió á coger sus vestidos, se puso otra vez á la mesa, y les dijo: ¿Comprendeis bien lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decis bien, porque lo soy: si yo, pues, siendo Señor y Maestro os he lavado los piés, ¿os parecerá cosa dura á vosotros el humillaros los unos respecto de los otros? ¿Y desearéis los primeros puestos, como lo haciais ántes de ahora? No haya, pues, ya entre vosotros disputas sobre los primeros puestos: el ejemplo que os acabo de dar sea para vosotros una leccion eficaz; y no echeis en olvido la que tantas veces os he dicho: que el que se humillare será ensalzado.

La Iglesia para honrar hoy la institucion de la Eucaristía y la del sacerdocio, quiere que á ejemplo del sumo Pastor, comulguen en la misa todos los sacerdotes de mano de su prelado, ó de su cura, y los religiosos de la de su superior. No se da la paz en la misa de este dia, por el motivo de que en él fué cuando Judas entregó á Jesucristo por medio de un ósculo sacrílego.

La Epístola es del capítulo XI del Apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: Cuando os juntais, no es ya para comer la cena del Señor. Porque cada cual se anticipa á comer su propia cena, y el uno tiene hambre, y el otro está harto. ¿Por ventura no teneis casas donde comer y beber? ¿O menospreciais la Iglesia de Dios, y avergonzais á los que no tienen? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? En esto no os alabo. Porque yo aprendí del Señor, y tambien os lo he enseñado, que el Señor Jesus la noche que habia de ser entregado, tomó el pan, y habiendo dado gracias, le partió, y dijo: Tomad y

comed: esto es mi cuerpo que por vosotros será entregado: haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó tambien el cáliz despues que cenó, diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre: haced esto todas las veces que de él bebiéreis, en memoria de mí. Porque todas las veces que comiéreis este pan, y bebiéreis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor hasta su venida. Por tanto, cualquiera que comiere este pan, ó bebiere este cáliz indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Prucbese, pues, el hombre á sí mismo, y coma así de aquel pan, y beba de aquel cáliz. Porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su condenacion, no discerniendo el cuerpo del Señor. Esta es la causa de que haya muchos enfermos y débiles entre vosotros, y de que muchos duerman. Que si nos examinásemos á nosotros mismos, de cierto no seriamos juzgados. Mas cuando somos juzgados, castíganos el Señor, para que no seamos condenados en este mundo.

El Evangelio es del capítulo XIII de San Juan.

Antes de la fiesta de pascua, sabiendo Jesus que era llegada su hora para pasar de este mundo al Padre, como habia amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y acabada la cena (como el diablo ya habia puesto en el corazon de Judas Iscariotes, hijo de Simon, que le entregase), sabiendo Jesus que el Padre le habia puesto todas las cosas en las manos, y que habia salido de Dios, y á Dios volvia; se levantó de la cena, y dejó sus vestiduras, y tomando una tohalla, se la ciñó. Luego echó agua en una vacía, y comenzó á lavar los piés á los discípulos, y á limpiarlos con la tohalla con que estaba ceñido. Llegó pues á Simon Pedro, y dícele Pedro: ¿Tú, Señor, me lavas á mí los piés? Respondió Jesus, y díjole: Lo que yo hago, no lo entiendes tú ahora; mas despues lo entenderás. Dícele Pedro: No me lavarás los piés jamas. Respondióle Jesus: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Dícele Simon Pedro: Señor, no solo mis piés, mas tambien las manos y la cabeza. Dícele Jesus: El que está lavado, no ha menester sino lavar los piés, y está todo limpio. Y vosotros limpios estais, aunque no todos. Porque sabia quien era el que le entregaba; por esto dijo: No todos estais limpios. Y despues que les hubo lavado los piés, y tomado sus vestiduras, volviéndose á poner á la mesa, les dijo: ¿Entendeis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor: y decis bien, porque lo soy. Pues

si yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los piés, vosotros tambien debeis lavar los piés unos á otros. Porque ejemplo os he dado, para que conforme yo lo he hecho, así lo hagais vosotros.

MEDITACION.

Sobre la sagrada Eucaristía.

Los mas altos misterios, los milagros mas estupendos, los efectos mas maravillosos, la mas asombrosa y magnífica prueba de amor de todo un Dios, la prenda mas estimable de la bienaventuranza, la liberalidad mas ámplia y generosa, la memoria mas tierna del sacrificio mas costoso y sensible, un cúmulo inmenso de bendiciones y beneficios, la cena mas opípara, el manjar mas delicioso y divino, la bebida mas generosa; la institucion mas solemne, grandiosa y permanente, es lo que celebra hoy la santa Iglesia, y lo que debe arrebatar los corazones de los cristianos, é inflamarlos en los afectos mas vivos y religiosos de adoracion profunda, de pasmo y estupor, de accion de gracias y alabanza, de júbilo y regocijo, de humildad y anonadamiento, y del deseo mas ferviente de la participacion de tan sublimes misterios que elevan al hombre á una dignidad inconcebible, y le prestan un sustento verdaderamente divino con que mantener una vida toda espiritual y sobrenatural, en que se encuentra el principio y el mérito para la eterna bienaventuranza. ¡O bondad de Dios incomprensible! ¡O liberalidad infinita! ¡O mesa de los cielos puesta en la tierra por todos los siglos para los hombres viadores y capaces aún de pecar! ¡O pan sobresubstancial, ó vino de vida que fomenta toda virtud! ¡O cena, por decirlo de una vez, en que el mismo Dios humanado es la comida y bebida de los hombres; cena que es sacrificio de una víctima de infinito valor, y sacrificio de un Cordero que en el altar reitera incruentamente el cruento sacrificio de la cruz! ¡Ah! contemplemos en este piélago insondable de maravillas y portentos, que el exhalarse nuestras almas en ansias devotas, en aspiraciones, en afectos, sin poder formar discurso, es una prueba evidente de que la Eucaristía es la obra mas grandiosa de Dios, un compendio de sus maravillas, un esfuerzo de su omnipotencia, y el mayor extremo del amor divino, y concluyamos confesando que el Dios omnipotente que impera en las alturas, y cuya sabiduría es increada é infinita, ni tuvo, ni pudo, ni supo darnos cosa mejor.

Considera que si en sí misma se recomienda tanto una obra tan grandiosa como la de la sagrada Eucaristía, se recomienda mas y mas por el fin con que la instituyó el Señor, y en que nos dió una prueba incomparable de su amor. La union, la union íntima por gracia y caridad con las almas de sus redimidos es lo que pretende el amante Jesus. La penitencia borra el pecado, que es el que impide la union de Dios con el alma: la penitencia da el ser de gracia y caridad al alma; mas la Eucaristía aumenta esta gracia, perfecciona esta caridad, estrecha esta union, y todo de un modo tan particular y tan íntimo, cual es el de alimento y nutricion de este mismo ser sobrenatural de la alma, de este hombre interior, de este hombre nuevo, de este hombre de santificacion que se alimenta y nutre con el mismo Dios humanado y sacramentado, el cual es para él un alimento celestial, un pan de vida, un pan vivo, que no se convierte en la substancia del hombre como el alimento corporal, sino que al hombre lo convierte en sí mediante la gracia de este sacramento con tanta plenitud y perfeccion, que pueda decir con el Apóstol: "Vivo yo; mas no yo: vive en mí Jesucristo. ¿Podrá darse union mas íntima? ¿Abrazo de amor mas estrecho? ¡Ah! que el Señor halló el modo de verificar lo que apetecen y no logran los amantes; esto es, una union tan íntima, que pueda decirse que no son dos sino uno." "Sean uno," dijo Jesus á su divino Padre, "sean mis discípulos uno contigo y conmigo, así como yo soy uno contigo." ¡Oh Dios de amor, Dios de sabiduría, y qué fin tan sublime llevaste en la institucion de la Eucaristía! Aun solo por ella se puede conocer que eres Dios verdadero; pues el poder, la sabiduría y el amor con que dispusiste y llevaste á efecto este misterio de misterios, solo puede tenerlos un Dios que es todo poder, todo sabiduría y todo amor.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Qué puedo yo deciros, ó Jesus amantísimo, que sea digna de alabanza y correspondiente accion de gracias á un beneficio tan inefable como el que me habeis hecho, instituyendo para mí la divina Eucaristía? Verdaderamente no hay en todo lo criado cosa que sea digna protestacion del amor y agradecimiento que os debemos por un don tan inestimable. Solo vos mismo podeis ser digna retribucion de este bien sumo. Sea así, Dios de bondad, que os retribuyais á vos mismo el bien que en vos nos dais, puesto que con este

fin os ofreceis y os sacrificais cada dia sobre nuestros altares. Mas yo debo poner lo que está de mi parte: yo debo unir mi accion de gracias, mi oblacion, mi sacrificio al vuestro, consagrándome, como desde ahora me consagro á vuestro amor y servicio, y á la mas tierna devocion á la adorable Eucaristía, y pidiéndoos que me santifiqueis con ella, para que sea uno con vos y con vuestro divino Padre, así como vos sois uno con el Padre.

JACULATORIA.

Dadme, Señor, este pan de vida, para que viva eternamente.

LECCION.

Sobre la institucion del Santísimo Sacramento.

Los místicos enseñan, que Jesus lavando los piés á sus discípulos, quiso entre otras cosas manifestarnos la limpieza de alma con que debemos llegarnos á la sagrada mesa en que se nos ofrece por vianda su cuerpo santísimo y su sangre preciosa. Esto debe infundir en nosotros un respeto profundo y un temor saludable, no para abstenernos del convite celestial, sino para llegar á él con las debidas disposiciones, principalmente limpios de toda culpa. Pero como no pueda haber limpieza de alma sin verdadera penitencia, ni esta pueda hallarse en donde falta la verdadera humildad, es preciso que seamos humildes para que seamos penitentes. De aquí es que debemos arrimar en nuestra alma las ideas y los propósitos que hemos formado en la meditacion anterior. No puede haber mejor disposicion para entrar á discurrir sobre la grandiosa obra de la institucion del Santísimo Sacramento, que la humildad. Jesus nos dará á conocer, cuanto nos sea permitido en esta vida mortal, la grandeza de tan alto misterio; pues su Eterno Padre, como se explica su divino Hijo, se digna revelar las verdades sublimes de la religion á los párvulos, y las esconde á los sábios; es decir, las revela á los humildes y las oculta á los soberbios. Mas esta disposicion humilde de nuestra alma no solo hará que percibamos mejor las verdades que encierra el sacramento de la Eucaristía, sino que inflamará nuestro corazon en su amor. Cuando un católico medita en la grandeza de un Dios que se hizo hombre y se quedó con los hombres real y verdaderamente en la sagrada Eucaristía; cuando considera la bajeza de la criatura que resalta mas comparada con la alteza de Dios; cuando se forma idea del inmenso amor que nos tuvo, pues lo obligó á unas demostraciones tan extraordinarias, que no caben en ninguna inteligencia criada, es preciso que los afectos mas tiernos, la gratitud mas constante y el amor mas vehemente se apodere de nosotros, y al mismo tiempo que ardamos en amor del soberano Autor de la sagrada Eucaristía, nos encendamos en los deseos mas ardientes de recibirlo con frecuencia y con las debidas disposiciones. Sea, pues, la humildad con que nos preparemos á tratar de la institucion de la sagrada Eucaristía, para que saquemos de la leccion presente todo el fruto á que debe aspirar un discípulo de Jesucristo.

El amor inefable del Criador que debe servir á los cristianos de objeto de un eterno agradecimiento, obsequio y adoracion, se vió desde el principio de la creacion por algunas de sus primeras obras, esto es, los ángeles rebeldes, con tal desprecio, que aun pretendieron disminuirle su soberanía partiendo con él los homenages de su grandeza. Apénas concibe su soberbia tanta traicion, cuando al momento se ven precipitadas de la dignidad de su orígen y confundidas para siempre. Pero como si los hábitos de su negra ingratitud hubiesen sido una exhalacion pestilencial, así contagiaron aquellos espíritus rebeldes la distancia que midieron de los cielos al abismo. Dios, pues, al formar al hombre de barro quebradizo, trató de precaverlo de este contagio; y para que no le fuese ingrato alguna vez con la pretension de querer ser como Dios, le hizo á su imágen y semejanza, manifestándole aun mas su amor con darle por tributo todo un mundo, por vasallos á las criaturas que le rodeaban, y por término de su esperanza nada ménos que el goce y posesion del supremo Ser, perfecto é infinito. Mas no bastaron tan distinguidos beneficios para que dejase por eso de ofenderle: instigado del propio espíritu que habia alucinado á los ángeles, aspira á mayor y mas distinguida semejanza. Echale al punto su Criador de aquel lugar deliciosísimo en que lo habia puesto; sujétalo al trabajo, condénalo á la muerte, y levanta contra él tantos enemigos cuantos ántes eran los vasallos: los insectos mas pequeños conspiran contra él; su carne misma se le conjura, sus sentidos y potencias se le rebelan; de suerte que del cúmulo de la felicidad, quedó convertido en blanco de la miseria.

¿Quién creeria que á vista de tan espantosos ejemplares no se habia de desterrar para siempre la ingratitud? ¿Quién imaginaria que tan violentos y activos remedios no cortasen de raiz el mal en una naturaleza que ilustra la razon? Pues nada ménos que esto: noso-

tros y nuestros padres, léjos de escarmentar, hemos seguido las huellas de nuestros mayores. Los hombres mas cultos en la sabiduría del siglo, son los mas necios en el reconocimiento á Dios. Mas al paso que el hombre corresponde tan mal á Dios, Dios no se cansa de colmarle de beneficios. En prueba de tan consoladora verdad no recordaremos los innumerables que hizo al pueblo que se formó en medio de la desercion del linage humano, dándole leyes, enviándoles profetas, y obrando por último, para que le conociese y amase las mas singulares y extraordinarias maravillas: tampoco haremos mencion de otros infinitamente mas altos y universales, que al paso que traslucieron los profetas de aquel pueblo, entendieron tambien que estaban reservados para nosotros: hablaremos, sí, del mas soberano de todos, y mas significativo del amor divino. Vence en fin la sabiduría del Eterno los estorbos que el hombre ponia para que le manifestase su amor. Abate los cielos y baja sobre las alas de los vientos, hollando las tinieblas que obscurecian á los mortales. No contento con eso, humilla su misma naturaleza hasta unirla inseparablemente con nuestro barro, y atropellando desprecios é ingratitudes, dispone la noche ántes de morir quedarse con nosotros hasta la consumacion de los siglos; porque dijo, y lo habia de cumplir: *Mis delicias son el estar con los hijos de los hombres.*

El pone en nuestras manos su misma divinidad; él nos dá el arbitrio hasta entónces no encontrado, de endiosarnos; él convierte las substancias de pan y vino en su carne y en su sangre para dejarnos su divinidad como cosa propia nuestra; él se queda realmente en los accidentes de pan y vino para alimentarnos é incorporarnos verdaderamente con su ser. Este favor altísimo, este amor tan grande con el cual nada dejó al hombre que desear de sublime y de divino, es el objeto de la presente leccion, para que en lo porvenir lo sea siempre de nuestro reconocimiento y gratitud.

No hay ciertamente, lector piadoso, quien pueda explicar y concebir la extension, intensidad y eficacia del amor de Dios para con nosotros; solamente podrá conocerlo aquel corazon altísimo que lo supo sentir. Oigamos lo que nos dice él mismo, y veremos que jamas la naturaleza ha podido ofrecer á la sensibilidad humana afectos tan vivos, tan tiernos y de tanto interes. Parece que en la noche tristísima del dia de hoy, y en aquellos momentos desconsolados y llenos de afliccion, quiso Jesucristo reunir cuantos rasgos de bondad, generosidad y ternura habia dispensado en todos los dias de

su inocente vida, para formar con ellos un espectáculo capaz de enternecer las mas duras rocas y ablandar los corazones mas inflexibles. Basta solo referir el hecho para interesar al mas indiferente, y arrancar de los ojos mas tibios raudales de lágrimas.

Sabiendo Jesus, dice San Juan, que se acercaba la hora de volver á su Padre, se retiró por última vez con sus discípulos. Como los habia amado con el amor mas tierno, y como iba á separarse de ellos y dejarlos en el mundo, quiso mostrarles hasta el fin cuanto los amaba. Jesus consagra los pocos instantes de vida que le quedan para dar á sus discípulos y amigos los mas tiernos testimonios de su amor. Jesus da el último desahogo á su ternura: Jesus por consolar á los suyos, se olvida de los tormentos y oprobios que le aguardan; el bien de sus amigos le interesa mas que el horror de la cruz y de la muerte. Toma el pan en sus sagradas manos, y levantando al cielo aquellos ojos en que resplandecia todo el ardor de un corazon ansioso en perfeccionar sus beneficios, le presenta á sus discípulos, y les dice: *Tomad y comed:* lo que os doy, es yo mismo, mi cuerpo, mi alma, mi eterna y divina sustancia. ¡Qué don, qué dignacion, qué beneficio! Solo un entendimiento tan divino es capaz de idea tan sublime; solo un amor infinito pudo inventar comunicacion tan íntima; y solo un poder sin límites le pudo ejecutar.

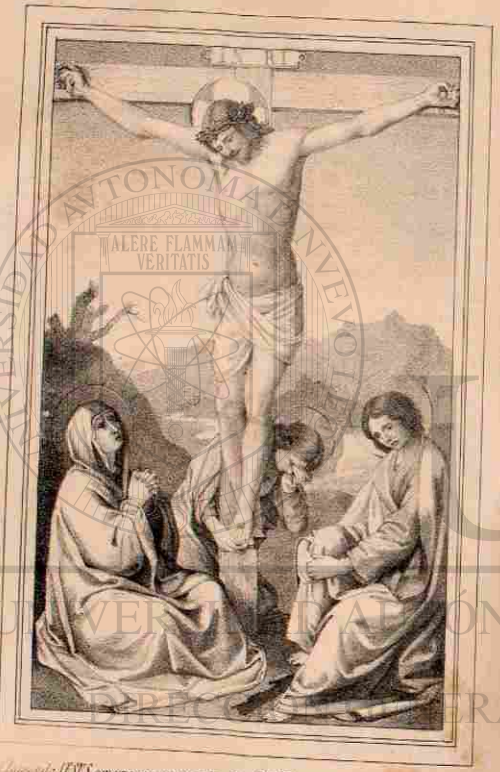
Satisfecho Jesus y tranquilo por haber asegurado á sus amartelados hijos los hombres el bien mas precioso que les podia dejar, se manifiesta lleno de aquella dulce complacencia que causa á una alma generosa el placer de haber dado á los que ama un bien inestimable. Mi amor, parece que les dice, no tiene mas que daros, ya todo es vuestro, y en los inagotables tesoros de la magnificencia divina, nada hay ya mas precioso que lo que dejo en vuestras manos: *Yo he deseado con ansia comer con vosotros esta pascua.* Expresion tan significativa, manifiesta bien lo oprimido que estaba Jesus de ternura, y que el amor casi absorvia todas sus ideas. No os dejo huérfanos, porque volveré á vivir con vosotros; dentro de poco el mundo no me verá; pero vosotros me vereis siempre, porque yo vivo eternamente, y vosotros viviréis con la misma vida. Si es verdad, pues, que me amais, dejad toda tristeza y desconfianza. Alegraos con la alegría que yo tengo de volar al seno de mi Padre. Vosotros sois mis amigos y mis hermanos, porque os amo con el mismo amor con que me amó mi Padre ántes que existiera el mun-

do. Y levantando despues sus ojos al cielo, dijo: ¡Oh Padre! yo os imploro por los que habeis confiado á mi ternura; vuestros son, pues que me pertenecen, porque lo que es mio es vuestro, y lo vuestro mio. Yo me voy, y ellos se quedan. ¡Padre mio, Dios santo! conservad lo que me habeis dado y que amo tanto, para que sean un cuerpo conmigo, así como yo soy con vos el mismo espíritu y la misma inteligencia. Padre, confirmadlos en la verdad: yo os dirijo delante de ellos mismos estos últimos ruegos de mi amor, para que la alegría que les causaba mi presencia no se disminuya, sino que se aumente cada dia hasta que llegue el momento en que sus ojos vean en la gloria al que tanto los ha amado.

No es posible considerar este discurso sin sentir el corazon derretido de gratitud. Jamas ha habido un hombre capaz de afectos tan sensibles; solo un Dios podia dar á su terneza un carácter tan grande. Jesucristo es mas que nuestro hermano, Jesucristo es mas que nuestro amigo. ¿Qué pecho dejará de enternecerse viendo en él tanto amor? ¿Cómo es posible ser ingrato á un Dios tan amante y tan amable? No hay que echar ménos al paraiso terrenal, morada de la dicha, pues el dia de hoy nos da Jesucristo mayores riquezas, mayores hermosuras; nos da el tesoro todo de los cielos, su esencia misma, su mas tierno amor.

¿Mas para qué cansarse en ponderar este amor cuando la misma sabiduría infinita que desde la eternidad ha sido la complacencia de su Padre, á quien ama y por quien es amada tan tiernamente, y con tanta eficacia que de su mútuo amor resultó desde la misma eternidad una persona, que es término infinito de él: este Dios, palabra del Padre, por quien fueron hechas todas las cosas, servido, adorado y amado por innumerables ángeles, espíritus inmaculados y puros: este Dios, verdad infalible, que no puede engañarnos ni ser engañado, nos tiene asegurado allá desde los Proverbios que sus delicias son el estar con los hijos de los hombres? ¡Qué vergüenza el que hasta ahora nuestro corazon no haya amado mas que á la ambicion, al deleite, al mundo y á sus criaturas; y haya desconocido á la bondad siempre antigua y siempre nueva que llena de embeleso el corazon de los ángeles y de los santos! Amemos, pues, á Jesucristo en lo sucesivo con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma y con todo nuestro entendimiento: amémosle con constancia y con ternura, para que no solo le amemos en esta vida, sino que le amemos y gocemos eternamente en la otra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Entonces JESUS con una voz muy grande, dijo: PADRE mio, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto, espiró. (S. Lucas. cap. XXIV.)

Viérnes Santo.

Hemos llegado al gran dia de expicion: acabaron las figuras y las sombras; cesaron los sacrificios antiguos: Jesus, el Hijo unigénito del Padre, es el que hoy se ofrece en el ara de la cruz para aplacar su justicia: hoy se le ofrece una víctima correspondiente á la dignidad de un Dios ofendido, y capaz de satisfacer cumplidamente por el pecado del hombre. Ese Calvario lleno de sayones, ese lugar de dolor y de tormento, donde la inmaculada María llora los padecimientos crueles y la muerte afrentosa de su Hijo inocente, es el nuevo paraiso en que el hombre recibe por el segundo Adan una reparacion mucho mas maravillosa que su creacion, como lo canta nuestra madre la santa Iglesia diariamente en el santo sacrificio de la misa. ¡Qué grandes, qué estupendos, que sorprendentes son los misterios que hoy celebra esa nuestra madre piadosa! ¡Cómo querria que todos sus hijos animados de los mismos sentimientos que quiere darnos á entender en sus santas ceremonias, no pensasen en este dia en otra cosa que en la pasion y muerte del Salvador! ¡Católicos! qué, ¿será posible que cuando Jesucristo se ofrece por nosotros en la cruz como víctima de expiacion, no tratemos de contribuir nosotros á ella con el sincero arrepentimiento de nuestras culpas? ¿Es posible que veamos con una fria indiferencia morir á Jesus por aquellos pecados de que nosotros solos somos los reos, y que él por su bondad infinita cargó sobre sus hombros inocentes para satisfacer por ellos á su Eterno Padre justamente irritado? ¿Seremos tan ingratos que ni aun siquiera agradezcamos á nuestro Divino Redentor tan generoso sacrificio? ¿Llegará á tanto nuestra maldad que lo ofendamos en este dia dedicado á la memoria de la redencion del género humano? ¿Con delicados banquetes, con el lujo, con la vanidad, convirtiendo en objetos de diversion los templos, las procesiones y las ceremonias sagradas de la Iglesia, y acaso en lugares para ofender á Dios, solemnizamos la festividad del Viérnes Santo? ¿Este es el respeto que tenemos á un dia cuya memoria no solo cada año, sino cada semana nos recuerda la santa Iglesia, consagrando todos los viérnes al recuerdo de la pasion de Jesus, para que formasen una octava perpetua de su pasion y muerte, así como el domingo lo es de su resurreccion?

Ningun dia del año es mas respetable, ninguno, por decirlo así,

mas cristiano, ninguno mas distinguido. Su celebridad nació con la Iglesia. Todo el mundo es de parecer que los Apóstoles instituyeron aquellas fiestas, cuyos misterios pasaron á sus ojos. ¿Quién no ve, dice San Agustin, que la festividad de este dia precedió á todas las demas? Se puede decir que la Iglesia ha consagrado todos los viérnes del año para que sean como la octava perpetua de la fiesta y del misterio de este dia, así como todos los domingos son la octava del misterio de la resurreccion y del santo dia de Pascua. El Viérnes Santo lo debemos mirar como el gran dia de las misericordias del Señor, pues es en el que el Divino Salvador quiso por un exceso de amor incomprensible á todo criado entendimiento, sufrir los mas crueles tormentos, y expirar ignominiosamente en una cruz, para que, dice el sagrado texto, fuésemos curados con sus llagas, lavados en su sangre, justificados por la sentencia de su condenacion á muerte, y para que en su muerte hallásemos el principio de nuestra vida. Este es el gran dia de las expiaciones, pues es el dia en que Jesucristo expió con su sangre todos los pecados de los hombres. *El hombre* que no se afligiere en este dia de expiacion, decia el Señor, perecerá en medio de su pueblo. Queria Dios que en el dia destinado para las expiaciones de su pueblo, cada uno se excitase á afectos de dolor; y si por desgracia habia alguna alma tan endurecida, que no participase de la afliccion comun, mandaba fuese exterminada, y que no se le contase mas entre los de su pueblo. Este es el gran dia de las expiaciones: ¿por ventura no tiene Dios derecho para decir en este dia: El alma que no se afligiere en este dia perecerá? ¿Y que seria si al paso que el amor de un Dios se muestra tan sensible á nuestros intereses, nosotros fuéramos insensibles á sus penas? Esta insensibilidad ¿no seria un carácter visible de reprobacion?

Hoy se nos representa el fin de la antigua alianza y el principio de la nueva. La muerte de Jesucristo fué el nacimiento de la Iglesia, y la sepultura, por decirlo así, de la sinagoga: su sangre, como un diluvio de celestiales bendiciones, renovó toda la tierra, levantando un nuevo pueblo de Dios, y reprobando el antiguo. Por último, este es propiamente el único dia en que se observa, especialmente en las casas religiosas y aun entre seglares, la *Xerophagia*, es decir, el ayuno reducido á viandas secas, ó á raices y yerbas, y muchos á pan y agua.

Desde los Apóstoles viene el no haber misa en este dia. El gran duelo de la Iglesia y la muerte del Salvador, hacen que no se ofrezca el divino sacrificio. Antes que el oficio de la noche de pascua se adelantase al sábado, tampoco habia misa este dia por la misma razon: *En estos dos dias no se celebran los sacramentos*, dice el papa Inocencio I. El cuarto concilio de Toledo, tenido el año de 633, dice que el Viérnes Santo se cerraban en España las puertas de las iglesias, para significar la profunda tristeza y la afliccion en que estaba sumergida; ordena no obstante que se celebre el oficio, y se predique la pasion. Antiguamente el clero y el pueblo comulgaban el Viérnes Santo; esta costumbre ya no se observa sino en algunas antiguas abadías.

El oficio de este dia, que se ha sustituido en lugar de la misa, es uno de los mas augustos y mas tiernos; todo inspira compuncion, devocion y una religiosa tristeza: el espíritu del misterio y de la religion, se descubre y se hace sentir en todas sus ceremonias y en todas las oraciones. Para celebrar este divino oficio, se tiende sobre el altar un mantel sin doblez, que es la imágen de la sábana en que fué envuelto el cuerpo del Salvador despues de haberlo bajado de la cruz. El preste y los ministros, postrados boca abajo, testifican la amargura en que está sumergido su corazon, la cual debe ser comun en este dia á todos los fieles. Empieza leyendo dos Epístolas, la una del Profeta Oseas, y la otra del pasage del Exodo en que Moises describe la ceremonia del Cordero pascual, como figura de Jesucristo inmolado en este dia por todos los hombres.

No hubo profecía mas clara, mas precisa, mas expresa de la muerte, de la resurreccion del Salvador y del establecimiento de la Iglesia, que la del Profeta Oseas: Esto dice el Señor, nos dice; en el exceso de su afliccion se darán prisa de recurrir á mí. Venid, dirán, volvamos al Señor. Nos ha castigado por nuestros pecados; esperemos que se ha de compadecer de nosotros; su justicia nos ha herido y su misericordia nos sanará. En el sentido alegórico, estos de quienes habla, son todo el género humano, que por el pecado atrajo sobre sí aquel diluvio de males, que por mas de cuatro mil años inundó toda la tierra, y no podia ser libertado de la esclavitud del pecado por otro, que por el mismo que lo habia condenado á ella. A la verdad era menester la sangre de un hombre Dios para curar todas las llagas del hombre; esto es lo que el Profeta nos predice, y se ha verificado en el misterio que celebramos. Este divino Salvador nos vivificará dentro de dos dias, dice el Profeta, y el tercero

nos resucitará; y despues vivirémos delante de él; y no nos mirará ya sino con ojos propicios; será nuestro Dios, y seremos nosotros su pueblo; sabremos entónces por una fé viva quién es el Señor, y le seguirémos con ansia y con fidelidad, conociéndolo mas y mas cada dia. El se nos comunicará á nosotros, no ya entre rayos y truenos como en el monte Sinaí, sino como un blando rocío de la primavera ó como una lluvia fecunda del otoño, que no caen sobre la tierra sino para hacerla fértil en flores y en frutos; su salida será semejante á la de la aurora, que inspira alegría á todas las cosas. Esta profecía, tomada en su sentido propio y literal, no se efectuó jamas rigurosamente entre los hebreos, dicen los intérpretes. Inútilmente se buscaria en la historia el número de los dos dias, despues de los cuales, el pueblo ó algun particular habia de recibir una nueva vida, y el tercer dia en que habiá de resucitar. En esto insinuaba Oseas la resurreccion de los fieles redimidos con la sangre de Jesucristo, y señalaba de la manera mas expresa la resurreccion del mismo Salvador, que como dice San Pablo, nos dió la vida cuando estábamos muertos por nuestros pecados; y nos resucitó consigo, y nos hizo sentar en el cielo á su derecha. A este lugar del Profeta hace sin duda alusion el Apóstol cuando dice que el Salvador resucitó al tercero dia conforme á las Escrituras. Se dejará ver el Salvador, continúa el Profeta, como la aurora; en su resurreccion fué aquel sol saliente que disipó todas las tinieblas del error y de la idolatría. Vendrá á nosotros como una lluvia que cae á tiempo sobre una tierra seca que sin ella jamas hubiera llevado fruto. La Judea estaba dividida en dos reinos desde la muerte de Salomon: el de Judea que solo comprendia dos tribus, y el de Israel que comprendia las otras diez; y porque Jeroboan, el primer rey de las diez tribus, era de la tribu de Efraim, se entiende hablar Dios á todos los judíos, cuando á las dos tribus principales les dice por su Profeta: ¿Qué me podeis pedir á vista de lo que acabo de hacer? Como si dijera: La muerte del Mesías dará fin á vuestra cautividad, y su resurreccion os dará una nueva vida. ¿Qué mayor maravilla podeis esperar de mi bondad? Si yo no hubiese mirado sino á vuestras oraciones, á vuestras obras de caridad tan poco constantes, á vuestra penitencia tan superficial, jamas hubiera resplandecido tanto mi misericordia y mi compasion para con vosotras; á mi sola bondad debeis una tan grande maravilla. Por mas que os he amenazado por mis Profetas y os he predicho todos los males con que

he resuelto castigar vuestras impiedades, no por eso sois ménos indóciles. Aprende, ingrato; sábete que yo prefiero el sacrificio del corazon y la caridad, á todos vuestros sacrificios; y que la ciencia y el conocimiento que se tiene de Dios por la fé me es mas agradable que todos los holocaustos que me podeis ofrecer.

La segunda Epístola está sacada del Exodo. Gemian largo tiempo hacia los israelitas bajo la opresion de los egipcios, cuando movido Dios de los clamores de su oprimido pueblo, envió á Moises á Egipto para intimar de su parte al rey Faraon, que pusiese en libertad á su pueblo. Moises, acompañado de su hermano Aaron, se presentó delante del rey, le declaró la órden de Dios; y habiéndose negado éste á lo que se le mandaba, lo hirió á él y á su reino con muchas plagas, conforme el poder y órden que habia recibido del Señor. Habiéndose endurecido Faraon, se obstinó en no dejar ir á los israelitas; pero Dios, ántes de descargar el último golpe que debia romper sus cadenas, ántes de hacerlos salir de aquella larga cautividad, mandó á Moises les dijese que se dispusieran para celebrar la pascua, es decir, el tránsito ó paso del Señor. Esta Epístola contiene lo que Dios ordenó á Moises tocante á esta famosa ceremonia.

El mes en que estais será en adelante para vosotros el primer mes del año, les dijo; esto era hácia el equinoccio de la primavera, al cual se fijó desde entónces el principio del año santo de los israelitas. El décimo dia de este mes, dice el Señor, se tomará un cordero por familia; y si la familia no es bastante para comerse un cordero, junte de la parentela ó de la vecindad el número de personas que sean bastantes para cumplir con esta ceremonia. Este número se determinó que llegase por lo ménos á diez. El cordero pascual no debe tener mas de un año, no ha de tener mancha ni deformidad alguna. Los Apóstoles y los Padres de la Iglesia nos hacen advertir la perfecta semejanza entre el cordero pascual y Jesucristo, que es el solo Cordero sin mancha, inmolado por nosotros en la cruz, el cual por su sangre nos libró de la esclavitud del pecado, nos puso á cubierto del ángel exterminador, y sirve aún todos los dias de alimento á los fieles en el sacramento de la Eucaristía. Lo guardaréis, dice el Señor, hasta el dia catorce de este mes. Llamábase aquel mes Nisan y correspondia á nuestro mes de Marzo: y toda la multitud de los hijos de Israel lo inmolará por la tarde. Esta inmolacion del cordero pascual era una figu-

ra bien expresa del sangriento sacrificio del Salvador. Se tomará de su sangre, añade el Señor, y se pondrá sobre los dos postes, es decir, á los dos lados y encima de las puertas de las casas donde lo comieren, para que el ángel que ha de matar á los primogénitos de los egipcios, no entre en las casas que tuviesen esta señal. No era esto, dicen los padres, porque los ángeles tuviesen necesidad de esta señal para distinguir las casas de los hebreos de la de los egipcios; pero era necesario hacer comprender por alguna cosa sensible á aquel pueblo grosero, la proteccion especial con que miraba Dios á sus familias. San Gerónimo parece decir, que con aquella sangre se hacia una señal de la cruz; lo cierto es que la sangre del cordero pascual era figura y símbolo de la sangre de Jesucristo, que nos libra mucho mas eficazmente del poder del ángel exterminador; y poniéndonos á cubierto de la indignacion de Dios, nos hace dignos de su misericordia. Hareis asar este cordero, continúa el Señor; no comereis nada de él crudo ni cocido en agua, sino solamente asado al fuego; os comereis la cabeza juntamente con los piés y los intestinos; debe consumirse todo aquella noche, sin que reserveis nada para el dia siguiente; y si quedare alguna cosa, se quemará y se reducirá á cenizas, para que no se profane. Lo comereis con panes sin levadura y con lechugas silvestres. Cuando lo comais tendreis ceñidos los riñones, calzados los piés, y con báculos en las manos, como unos caminantes prontos á partir, y lo comereis de priesa, porque es la pascua, esto es, el paso del Señor. Todo es misterioso, todo figura en esta famosa ceremonia descrita tan por menor: jamas hubo una figura de Jesucristo inmolado por nosotros en la cruz, mas expresa, mas significativa y mas simbólica, que esta inmolacion del cordero pascual con todas sus circunstancias, á la salida de los israelitas de Egipto. Es el tránsito ó paso que el Señor ordena haga su pueblo de la cautividad en que vivia á un estado libre, de Egipto á la tierra de promision; y por Jesucristo inmolado, del estado servil del pecado, al dichoso estado de la gracia. Es evidente que la milagrosa libertad que consiguieron los judíos en esta primera pascua, no era sino figura de la libertad del linage humano de la servidumbre del pecado, por la muerte de Jesucristo, cuya memoria celebramos hoy. La sangre del cordero pascual preservó á los hebreos de la mortandad que se hizo aquella misma noche en las casas de los egipcios; y la sangre de Jesucristo, dijo San Pablo, nos libró de la indignacion de su Padre. El es, segun San Pedro,

como el cordero sin mancha y sin deformidad, cuya sangre nos ha salvado. El mismo para cumplir en su persona lo que estaba predicho de él bajo la figura del cordero pascual, él mismo fué á Jerusalen á ponerse en las manos de los que habian de inmolarlo el dia diez de la luna, esto es, el mismo dia que debian, segun la ley, proveerse de un cordero. Fué inmolado el dia catorce, y expiró en la cruz á la misma hora que se empezaba aquel mismo dia la inmolacion del cordero pascual. No se le rompieron las piernas, como se acostumbraba hacer con todos los que se crucificaban; y esto se hizo, dice San Juan, para que se cumpliese la Escritura que prohibia romperle hueso alguno al cordero pascual. Comíase para que se acordaran, dice la Escritura, del paso ó tránsito del Señor. Nosotros comemos á Jesucristo despues de haberlo ofrecido á su Padre en el sacrificio de la misa, que es la continuacion real del sacrificio de Jesucristo en la cruz. El pan sin levadura, es decir, insípido, y las lechugas silvestres y amargas con que se comia el cordero pascual, dan bastantemente á entender que la mortificacion debe acompañar siempre así á la sagrada comunion, como á la celebracion del divino sacrificio; este es uno de los frutos que debe producir la memoria de la celebracion del doloroso misterio de la pasion del Señor.

Acabadas estas dos Epístolas se lee la historia de la pasion segun San Juan. Todo pasma en la pasion de Jesucristo; pero sobre todo es incomprensible, así la rabia y la inhumanidad de los judíos, como el amor y la paciencia del Salvador. En medio de aquella infinidad de crueldades y de oprobios, ¿quién no hubiera creido que sola la vista de aquel Hombre Dios en el espantoso estado á que lo habia reducido la barbarie de los que lo azotaron, los cuales habian hecho de todo su cuerpo una sola llaga, no hubiera creido que este espectáculo habia de haber dejado satisfecha la rabia y el furor que aquel pueblo cruel habia concebido contra un hombre divino, que no les habia hecho sino bien, y que habia obrado en favor de ellos tantas maravillas? Sin embargo, un objeto tan lastimoso solo sirve para irritar mas y mas su crueldad; aquella sangre que corre de todas partes, inflama su rabia en lugar de apagarla. No bien ha sido condenado á muerte contra toda justicia, cuando cada uno quiere tener parte en la ejecucion de aquella injusta sentencia. ¡Con qué barbarie se arrojan aquellos furiosos sobre este divino Cordero! La sangre habia pegado á su cuerpo la vestidura de púrpura de que lo habian vestido por escarnio: se tira con violencia de

esta vestidura, y con ella le arrancan muchos pedazos de carne: le vuelven á poner sus vestidos, para que fuese ménos desconocido, y aunque está sumamente débil y apurado de fuerzas, le cargan no obstante la cruz, cuyo peso le hace caer repetidas veces. Bien se echa de ver que todo es extraordinario en la pasion de Jesucristo. ¿A quién por bárbaro que fuese, le ocurrió jamas hacer que un reo llevase á cuestas su cadalso? ¡Pero quién jamas se hubiera atrevido á poner una carga tan pesada á un hombre, sobre todo, estando tan aniquilado con tantos tormentos, de los cuales muchos eran mas que bastantes para quitarle la vida? Pero por mas débil y falto de fuerzas que esté el Salvador, quiere llevar él mismo su cruz, para hacernos ver la indispensable necesidad que tenemos todos de llevar la nuestra. Sale Jesus de Jerusalen con aquella pesada carga sobre sus hombros, titubea bajo de su peso, cede á él, y cae sobre sus rodillas á cada paso; necesita de un nuevo milagro para no expirar bajo de aquel enorme peso; parece que ya para él no tiene lugar la compasion: no le alcanza ningun sentimiento de humanidad: cuanto mas se le ve padecer, tanto mas se desea verle sufrir, tanto mas se discurre como hacerle sufrir nuevos tormentos. Llega en fin al lugar destinado á servir de altar al mas santo de todos los sacrificios. Lo desnudan allí segunda vez, y tirando con violencia de sus vestidos, se vuelven á abrir todas sus heridas; tiéndenlo sobre la cruz, y por un exceso de crueldad casi desconocido hasta entónces á los mas crueles tiranos, le atraviesan los piés y las manos con gruesos clavos, que á grandes golpes de martillo hacen entrar hasta en la cruz en que descansa y que lo sostiene. ¡Concibamos, si es posible, lo que Jesucristo padece! Pero qué tormento, Dios mio, qué exceso de dolores, cuando levantan la cruz y la dejan caer en el agujero que habian hecho en una peña! ¡Qué doloroso estremecimiento este para aquel cuerpo, á quien su peso arrastra hácia abajo, y que no obstante queda colgado de tres clavos! ¡Cuánta verdad es que morir en la cruz es morir tantas veces cuantos momentos se vive en ella! ¡Triste y cruel estado! Sin embargo Jesucristo pasa tres horas en él. Entónces fué, como dice San Pablo, cuando el Salvador de los hombres, estando clavado en la cruz, clavó en ella el decreto ó cédula de nuestra condenacion, borrándola con su sangre; entónces fué cuando desarmó las potestades y los principados, quitándoles sus despojos, y triunfando de ellos en su persona á vista de todo el mundo.

¿Pero á lo ménos fué entónces plañido, fué compadecido de la multitud que habia acudido á aquel espectáculo? De ningun modo: lo mismo fué ser levantado en alto el Salvador á vista de todo aquel pueblo, que verse insultado, cargado de oprobios, de ultrages y de maldiciones; las imprecaciones y las blasfemias parece se hicieron para él solo. ¿Qué paciente se vió jamas cargado de execraciones y de injurias en el cadalso en que se le veia espirar? Todo es singular, todo inaudito, todo increible en la muerte del Salvador. Pero lo que da todavía mas golpe, es su mansedumbre, es su paciencia, es su caridad; pide á su Padre por los que le hacen morir, *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen;* muere por ellos, y les solicita el perdon. Es un Dios quien padece, quien muere; pero que padece y muere como Dios; una paciencia tan prodigiosa, una mansedumbre tan extraordinaria mueve y enternece á uno de los dos criminales que morian á sus dos lados. ¡Dichosa conversion! pero única. ¡Ah, Señor! el dia de vuestras grandes misericordias, el mismo dia que morias por la expiacion de todos los pecados y por la salvacion de todos los hombres, de dos pecadores que habian diferido hasta aquel punto su conversion, ambos á dos á vuestro lado, uno y otro salpicado de la sangre que corria de vuestras llagas, solo uno se convierte, solo uno se salva y el otro se condena! ¡Quién puede diferir hasta la muerte su penitencia y lisonjearse que morirá penitente?

La Santísima Vírgen tenia demasiada parte en este sacrificio, y amaba con bien singular ternura á su querido Hijo, para abandonarlo en esta extremidad. ¿Quién puede concebir cuál fué el dolor del Hijo y de la Madre en tan afligidas circunstancias? Aquí fué donde la prediccion de Simeon se verificó á la letra; aquí fué donde el alma de María fué traspasada de una espada, que la hizo padecer un dolor mas amargo que la muerte. En fin, viendo el Salvador en medio de los dolores, de las humillaciones, de los oprobios de que estaba harto, que los decretos del cielo se habian ejecutado, que la justicia divina estaba plenamente satisfecha, que todos los oráculos de los Profetas estaban verificados, que la grande obra de la redencion estaba cumplida, pagadas todas las deudas de que los hombres eran responsables á la justicia divina, y satisfecho su extremado amor á estos mismos hombres, dijo con una fuerte voz: *Todo está consumado;* y al mismo tiempo bajando la cabeza para consumar su sacrificio, puso su alma como en depósito en las

manos de su Padre, diciéndole: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu:* y acabado de decir esto expiró. Apénas muere el Salvador cuando la tierra universalmente toda tiembla; las piedras unas con otras se chocan; el velo que separaba las dos partes del templo, se rasgó por en medio. Este rasgarse el velo, denota bastante el entero cumplimiento de lo que significaban las figuras de la Ley antigua, que el cielo se nos habia abierto por la muerte de Jesucristo; que se habian disipado las sombras de la Ley; que la antigua alianza con el pueblo judaico se habia roto por el deicidio: que al pueblo cristiano se le iba á dar la inteligencia de los mas grandes misterios de la religion, por las luces de la fé. San Efren dice que al rasgarse el velo se vió salir una paloma de lo interior del santuario, como para significar que el Espíritu Santo abandonaba un templo en que Dios no habia de ser ya adorado en espíritu y en verdad. Abriéronse muchos sepulcros con el terremoto que sucedió al tiempo que murió el Salvador; pero se cree que los cadáveres no resucitaron sino despues de la resurreccion de Jesucristo, que debia ser el primero de entre los muertos. A vista de tantas maravillas los corazones mas endurecidos se movieron y se ablandaron. Los judíos se retiraron, dándose golpes de pecho, y detestando su endurecimiento y su error; y el centurion, que era el oficial que habia quedado con algunos soldados para impedir que se llevasen el cuerpo de Jesus, asombrado de un espectáculo tan maravilloso, no pudo ménos que exclamar: *Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios.*

La Iglesia en este dia, á ejemplo de Jesucristo, ora solemnemente por toda suerte de estados y condiciones, así por sus hijos, como por sus mayores enemigos; y estas oraciones se llaman solemnes ó sacerdotales; á todas precede una genuflexion (ménos cuando se ora por los judíos) para hacerlas mas eficaces por este acto de humildad. La primera de estas oraciones es por la Iglesia en general; la segunda por el papa; la tercera por los obispos, presbíteros, diáconos, subdiáconos, y por todos los demas órdenes de clérigos inferiores, por los confesores de la fé, por las vírgenes, por las viudas y por todo el pueblo de Dios; la cuarta es por el rey ó por el soberano del pais en que se está; la quinta por los catecúmenos ó por los que se disponen para el bautismo; la sexta es para pedir á Dios que purgue el mundo de todos los errores, que preserve á su pueblo de enfermedades, de hambre y de todos los demas azotes; que

ponga en libertad á todos los esclavos y presos; que asista á los caminantes y haga llegar felizmente al puerto de seguridad á todos los que están en la mar; la séptima por los hereges y cismáticos, para que Dios se digne disipar las tinieblas de su entendimiento y de su corazon, y abrirles los ojos para que vuelvan al seno de la Iglesia; la octava es por los pérfidos judíos, pidiendo á Dios les quite el espeso velo que los hace ciegos y obstinados, y que haga que reconozcan en fin por su divino Salvador á Jesucristo, al cual siempre han rehusado reconocer. Esta oracion es la única en que no se dobla la rodilla, á causa de la impiedad con que este pueblo la dobló por irrision delante del Salvador, ultrajándole y tratándole con sus irrisorias genuflexiones como á rey de teatro ó de burlas; la nona y última es por los paganos; en ella se pide al Señor que destruya en todo el universo las reliquias del paganismo, que condenan todavía á tantos desventurados pueblos como el demonio tiene todavía en sus lazos.

Acabada la lectura de las profecías y la historia de la pasion del Salvador, en lo cual consiste la primera parte del oficio, y leidas estas oraciones solemnes, que constituyen la segunda, se sigue la adoracion de la cruz, que hace la tercera parte del oficio de este dia. El preste, teniendo en sus manos la cruz cubierta con un velo, descubre una parte de ella á la extremidad del altar, al lado de la Epístola; otra parte un poco mas adelante, y finalmente, llegando al medio del altar, la descubre enteramente, diciendo cada vez: *Ved aquí al leño de la cruz, en el cual estuvo pendiente aquel que es la salud del mundo:* á lo cual se responde: *Venid, adorémosle.* Esta santa ceremonia de descubrir la cruz en tres diferentes parages, significa, dice el abad Ruperto, que el misterio de la cruz, el cual fué un escándalo para los judíos y una necedad para los gentiles; pero que respecto de los cristianos es la fortaleza y la sabiduría de Dios, nos fué revelado despues de haber estado oculto por tantos siglos; y que este adorable misterio, que no se predicó al principio sino en un rincon de la Judea, se anunció despues públicamente en toda la provincia, y por último en toda la redondez de la tierra. En la solemne adoracion de la cruz se hacen tres genuflexiones, como para reparar con estos tres actos de religion los tres insignes desprecios, y por decirlo así, las tres solemnes irrisiones, las tres afrentas que se hicieron á Jesucristo, la primera en casa de Caifás, donde fué tratado como si fuera un falso profeta y un insigne seductor la se-

gunda en el pretorio y en la corte de Herodes, donde fué mirado como un rey imaginario y tratado de insensato: la tercera en el Calvario, donde fué mirado como el mas malvado de todos los impostores, y como quien habia tenido la temeridad de atribuirse la augusta calidad de Mesías, de Hijo de Dios y de Salvador.

La palabra *adoracion de la cruz* es comun entre griegos y latinos desde los primeros siglos de la Iglesia; y solo despues del nacimiento de las nuevas heregías, han afectado escandalizarse de ella los enemigos de la Iglesia. Ninguna cosa es mas comun entre los fieles, que saber y estar bien persuadidos á que el culto supremo no es debido sino á solo Dios, y que no adoramos sino á Jesucristo cuando nos postramos delante de la cruz en que este Señor fué clavado. Lo que hace el principal objeto de nuestro culto, es aquel cuerpo adorable unido hipostáticamente á la divinidad, es aquella sangre preciosa en que fué teñida la cruz. Seria una idolatría referir la adoracion al leño en sí mismo y separado de Jesucristo, pues este leño no es Dios, y solo Dios debe ser el objeto de nuestro culto supremo.

Cuando la Iglesia dice el dia de hoy al mostrar la cruz á todo el pueblo: *Venid, adoremos;* cuando canta *Adoremos tu cruz, Señor;* por estas palabras no pretende adorar con culto de latría á la cruz por sí misma, sino á Jesucristo clavado en la cruz. Bastante se ha explicado la Iglesia sobre esto siempre que se ha ofrecido ocasion; y atribuirla otra doctrina sobre este punto, es ignorancia ó malicia, y siempre una de las mas atroces calumnias: y así no debemos juzgar de la fé de la Iglesia por la palabra *adorar*, la que puede tener muchos sentidos, sino por el sentido que la Iglesia misma la da, y por la declaracion solemne que hace de su creencia. Ella misma, por último, ha protestado siempre, que no adoraba sino á solo Dios en la cruz, y que toda otra adoracion, así á la cruz como á otras cosas inanimadas, era una adoracion respectiva.

No se duda que la adoracion de la cruz en el Viérnes Santo es de tradicion apostólica. Los padres de la primera antigüedad y concilios asimismo muy antiguos, hablan de ella como de una ceremonia de piedad establecida en toda la Iglesia. Adorar la cruz del Salvador, era una de las reconvenciones que Juliano Apóstata les hacia á los cristianos. Tertuliano, Minucio Félix, San Cirilo Alejandrino dicen, que los paganos acusaban á los cristianos de que adoraban la cruz, y se encuentran pruebas ciertas de la tradicion de la

Iglesia sobre este punto en San Crisóstomo, San Gerónimo, San Leon, San Gregorio, Teodoreto y en otros muchos. ¡Pero con qué sentimiento de religion, con qué respeto y con qué efectos de amor, de contricion y de devocion la mas tierna debemos nosotros hacer el dia de hoy esta adoracion de la cruz, y besar las sacratísimas llagas de nuestro Señor, pues somos nosotros los que se las hemos hecho, y el Señor no las conserva sino como unas señales eternas del exceso de su amor para con nosotros?

En muchas iglesias se estaba con los piés descalzos todo el tiempo que duraba el oficio del Viérnes Santo, y esto no solo comprendia á los sacerdotes, á los monges y á la demas clerecía; sino tambien al pueblo. El oficio de este dia concluye con la procesion triste y patética, en que se trae la hostia consagrada que se reservó el dia anterior; la que consume hoy el preste, habiéndola ántes elevado para la adoracion del pueblo. Despues de la sumpcion el preste y los ministros se retiran en silencio, habiendo usado en todo el oficio de ornamento negro.

La primera Epístola es del capítulo VI del profeta Oseas.

Esto dice el Señor: En su afliccion se levantarán á la mañana para venir á mí. Venid, volvamos al Señor; porque él nos cautivó, y nos salvará: nos hirió, y nos curará. Nos dará vida despues de dos dias: al tercero dia nos resucitará, y viviremos en su presencia. Sabremos y seguiremos, de modo que conozcamos al Señor. Como el alba, está aparejada su salida, y vendrá á nosotros como la lluvia á la tierra en la primavera y en el otoño. ¿Qué haré á tí, Efraim? ¿Qué haré á tí, ó Judá? Vuestra misericordia es como la nube de la mañana, y como el rocío que pasa á la madrugada. Por esta causa los acepillé por medio de los profetas, y los maté con las palabras de mi boca: y tus juicios saldrán como la luz. Porque quise la misericordia y no el sacrificio, y la ciencia de Dios mas que los holocaustos.

La segunda Epístola es del capítulo XII del libro del Exodo.

En aquellos dias dijo el Señor á Moises y Aaron en tierra de Egipto: Este mes será para vosotros el principio de los meses, y el primero entre los meses del año. Hablad á todo el ayuntamiento de los hijos de Israel, y decidles: A los diez dias de este mes tomen todos un cordero por familia y casa. Mas si fueren ménos las per-

sonas, de suerte que no basten á comer el cordero, convidará al vecino mas cercano de su casa, segun el número de las personas que bastaren para comer el cordero. El cordero no tendrá mácula, será macho de un año: lo mismo observareis si el que tomáreis fuese cabrito. Y lo guardareis hasta el dia catorce de este mes, en cuya tarde le sacrificará toda la muchedumbre de los hijos de Israel. Y tomarán su sangre, y la pondrán sobre los dos postes y en los dinteles de las puertas de las casas en que le comieren. Y aquella noche comerán la carne asada al fuego y panes sin levadura, y lechugas silvestres. Ninguna cosa en él comereis cruda, ni cocida con agua, sino sólo asada al fuego: comereis la cabeza y los piés, y los intestinos, sin dejar cosa ninguna de él para la mañana: si algo quedare, lo quemareis en el fuego, y así lo comereis: ceñireis vuestros lomos, tendreis el calzado en los piés, y báculos en las manos: y le comereis apresuradamente: porque es el Phase (esto es, el tránsito) del Señor.

PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SEGUN SAN JUAN.

(Capítulo XVIII.)

En aquel tiempo salió Jesus con sus discípulos á la otra parte del arroyo de Cedron, donde habia un huerto, en el cual entró él y sus discípulos. Y Judas que le entregaba, sabia tambien aquel lugar; porque Jesus habia ido allí muchas veces con sus discípulos. Judas, pues, habiendo tomado tropa y los ministros que le enviaron los pontífices y los fariseos, fué allá con linternas, con hachas y con armas. Mas Jesus, sabiendo lo que le habia de suceder, se adelantó, y les dijo: † ¿A quién buscais? *C.* Respondiéronle. *S.* A Jesus Nazareno. *C.* Diceles Jesus: † Yo soy. *C.* Estaba tambien con ellos Judas, el que lo entregaba. Luego pues que Jesus les dijo: Yo soy, volvieron atras y cayeron en tierra. Volvióles pues á preguntar: † ¿A quién buscais? *C.* Y ellos dijeron. *S.* A Jesus Nazareno. *C.* Respondió Jesus. † Os he dicho que yo soy. Si me buscais pues á mí, dejad ir á estos. *C.* Para que se cumpliese la palabra que habia dicho: de los que me entregaste, ninguno de ellos perdí. Mas Simon Pedro que tenia una espada, la sacó, é hirió á un criado del pontífice, y le cortó la oreja derecha. Y el criado se llamaba Malco. Dijo entónces Jesus á Pedro: † Mete tu espada en la vaina: ¿no

he de beber el cáliz que me dió el Padre? *C.* Entónces los soldados y el tribuno y los ministros de los judíos prendieron á Jesus, y le ataron, y le llevaron primero á la casa de Anas, porque era suegro de Caifas, el cual era pontífice aquel año. Y Caifas era el que habia dado el consejo á los judíos, que era necesario que un hombre muriese por el pueblo. Iba Simon Pedro y otro discípulo siguiendo á Jesus. Aquel discípulo era conocido del pontífice, y entró con Jesus en el átrio del pontífice. Mas Pedro quedó fuera á la puerta. Y salió aquel discípulo que era conocido del pontífice, y habló á la portera, é hizo entrar á Pedro. Mas la criada portera dijo á Pedro: *S.* ¿Eres tú por ventura tambien de los discípulos de ese hombre? *C.* El respondió: *S.* No lo soy. *C.* Los criados y los ministros estaban al fuego, y se calentaban, porque hacia frio: y Pedro estaba tambien en pié con ellos calentándose. El pontífice, pues preguntó á Jesus por sus discípulos y doctrina. Jesus le respondió: † Yo he hablado al mundo públicamente: yo siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se juntan todos los judíos: y nada he hablado ocultamente. ¿Qué me preguntas á mí? pregunta á los que han oido lo que les he hablado, que ellos saben lo que he dicho. *C.* Apénas dijo esto, cuando uno de los ministros que estaban allí, dió una bofetada á Jesus, diciendo: *S.* ¿Así respondes al pontífice? *C.* Respondióle Jesus: † Si he hablado mal, muéstrame en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me hieres? *C.* Y Anas le envió atado al pontífice Caifas. Estaba, pues, Simon Pedro en pié calentándose, y le dijeron: *S.* ¿Acaso eres tú tambien de sus discípulos? *C.* El lo negó, y dijo: *S.* No lo soy. *C.* Uno de los criados del pontífice, pariente de aquel á quien Pedro cortó la oreja, le dijo: *S.* ¿Por ventura no te ví yo en el huerto con él? *C.* Mas Pedro lo negó otra vez, y en el mismo punto cantó el gallo. Condujeron, pues, á Jesus desde la casa de Caifas al pretorio. Y esto era por la mañana; y ellos no entraron en el pretorio por no contaminarse, y por poder comer el cordero pascual. Salió entónces Pilato fuera á ellos, y dijo: *S.* ¿Qué acusacion traeis contra este hombre? *C.* Ellos le respondieron, y dijeron: *S.* Si este no fuera malhechor, no te le hubiéramos traido. *C.* Díjoles entónces Pilato: *S.* Tomadle vosotros, y juzgadle segun vuestra ley. *C.* Mas los judíos le respondieron: *S.* A nosotros no nos es lícito quitar la vida á nadie. *C.* Para que se cumpliese la palabra que habia dicho Jesus, cuando dió á entender de qué muerte habia de morir. Entró, pues, otra vez Pi-

lato en el pretorio, y habiendo llamado á Jesus, le dijo: *S.* ¿Eres tú Rey de los judíos? *C.* Jesus le respondió: † ¿Dices tú esto de tí mismo ó te lo han dicho otros de mí? *C.* Pilato le replicó: *S.* ¿Acaso soy yo judío? Tu nacion y los pontífices te han puesto en mis manos: ¿qué has hecho? *C.* Respondió Jesus: † Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis ministros sin duda pelearian para que no fuese yo entregado á los judíos; mas mi reino no es de aquí. *C.* Díjole entónces Pilato: *S.* ¿Segun esto, tú eres Rey? *C.* Respondió Jesus: † Tú dices que soy yo Rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz. *C.* Dícele Pilato: *S.* ¿Qué cosa es verdad? *C.* Y dicho esto volvió de nuevo á los judíos, y díceles: *S.* Yo no hallo en él ningun delito. Mas vosotros teneis por costumbre que yo os suelte uno en la pascua, ¿quereis, pues, que os suelte al Rey de los judíos? *C.* Entónces gritaron todos de nuevo, diciendo: *S.* No á este, sino á Barrabas. *C.* Barrabas era un ladron. Pilato, pues, tomó entónces á Jesus, y lo hizo azotar. Y los soldados entretejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y le pusieron un vestido de púrpura. Y se acercaban á él, y le decian: *S.* Dios te salve, Rey de los judíos. *C.* Y le daban de bofetadas. Pilato, pues, salió otra vez fuera, y les dijo: *S.* He aquí os le traigo fuera, para que sepais que no hallo en él ningun delito. *C.* Y salió Jesus fuera, llevando la corona de espinas y el vestido de púrpura: y díceles Pilato: *S.* Ved aquí el hombre. *C.* Y como le vieron los pontífices y los ministros, daban voces, diciendo: *S.* Crucifícale, Crucifícale. *C.* Díceles Pilato: *S.* Tomadle vosotros, y crucificadle; porque no hallo en él delito. *C.* Los judíos le respondieron: *S.* Nosotros tenemos ley, y segun la ley debe morir; porque se ha hecho Hijo de Dios. *C.* Pues como Pilato oyó estas palabras, se intimidó mas: y entró otra vez en el pretorio, y preguntó á Jesus: *S.* ¿De dónde eres tú? *C.* Mas Jesus no le respondió. Entónces Pilato le dijo: *S.* ¿Qué, no me respondes? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para librarte? *C.* Respondió Jesus: † No tendrias sobre mí ningun poder, si no te hubiera sido dado de arriba. Por tanto, el que me ha entregado á tí tiene mayor pecado. *C.* Desde entónces buscaba Pilato algun medio para librarle. Mas los judíos gritaban, diciendo: *S.* Si dejas libre á este, no eres amigo de Cesar; porque todo aquel que se hace rey, se declara contra Cesar. *C.* Pilato, pues, habiendo oido estas

razones, sacó fuera á Jesus: y se sentó en su tribunal en el lugar que se llama *Lithóstrotos*, y en hebreo *Gábbatha*. Y era la parasceve de la pascua, y como la hora sexta, y dijo á los judíos: *S.* Ved aquí vuestro rey. *C.* Mas ellos gritaban: *S.* Quita, quita, crucifícale. *C.* Díceles Pilato: *S.* ¿A vuestro rey he de crucificar? *C.* Respondieron los pontífices de los sacerdotes: *S.* No tenemos mas rey que á Cesar. *C.* Entónces se le entregó para que le crucificasen. Y tomando á Jesus le llevaron. Y él llevando sucruz, se encaminó hácia el lugar llamado de la Calavera, y en hebreo *Gólgota*, donde le crucificaron, y con él á otros dos de una parte y de otra, y á Jesus enmedio. Pilato escribió tambien un título, el cual hizo poner sobre la cruz; y el escrito era: Jesus Nazareno, Rey de los judíos. Y muchos de los judíos leyeron este título: porque el lugar donde crucificaron á Jesus, estaba cerca de la ciudad, y estaba escrito en hebreo, en griego y en latin. Y decian á Pilato los pontífices y los judíos: *S.* No escribas: Rey de los judíos: sino que él dijo: Rey soy de los judíos. *C.* Respondió Pilato: *S.* Lo que he escrito, he escrito. *C.* Los soldados despues de haberle crucificado, tomaron sus vestidos (y los dividieron en cuatro partes, una para cada soldado), y la túnica. Esta no tenia costura, sino que toda era tejida de alto abajo. Por lo cual dijeron entre sí: *S.* No la partamos, mas echémosla á suerte á quien toque. *C.* Para que se cumpliese la Escritura, que dice: Repartieron mis vestidos entre sí, y sobre mi túnica echaron suertes. Y esto fué lo que hicieron los soldados. Y estaban junto á la cruz de Jesus su Madre, y la hermana de su madre María de Cleofas, y María Magdalena. Y como vió Jesus á su Madre, y junto á ella al discípulo que amaba, dice á su Madre: † Muger, he ahí á tu Hijo. *C.* Despues dice al discípulo: † He ahí tu madre. *C.* Y desde aquella hora el discípulo la recibió consigo. Despues de esto sabiendo Jesus que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: † Sed tengo. *C.* Estaba allí puesto un vaso lleno de vinagre, y ellos empaparon en él una esponja y la envolvieron en una vara de hisopo, y se la aplicaron á la boca. Y luego que Jesus tomó el vinagre, dijo: † Cumplido está. *C.* E inclinando la cabeza, entregó el espíritu. (*Hincanse de rodillas y hacen una breve pausa.*) Mas los judíos, por cuanto era la parasceve, para que los cuerpos no quedasen en la cruz el Sábado (porque era muy solemne aquel dia de Sábado), rogaron á Pilato que les rompiesen las piernas, y que los quitasen. Vinieron pues los soldados,

y quebraron las piernas al primero y al otro que habia sido crucificado con él. Mas como vieron á Jesus, viéndole ya muerto, no le rompieron las piernas. Mas uno de los soldados le abrió el costado con una lanza: y al punto salió sangre y agua. Y el que lo vió dió testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad: para que vosotros tambien creais. Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No quebrantareis ninguno de sus huesos. Y tambien otra Escritura dice: Verán al que traspasaron. Despues de esto José de Arimatea, que era discípulo de Jesus, aunque oculto por temor de los judíos, rogó á Pilato que le permitiese quitar el cuerpo de Jesus: y Pilato se lo permitió. Vino, pues, y quitó el cuerpo de Jesus. Vino tambien Nicodemo, el que la primera vez habia ido á buscar á Jesus de noche, trayendo una composicion como de cien libras de mirra y de aloe. Y tomaron el cuerpo de Jesus, y le envolvieron en lienzos con aromas, como los judíos acostumbraban enterrar. Habia un huerto en el lugar donde habia sido crucificado, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aun no habia sido puesto ninguno. Allí, pues, por causa de la parasceve de los judíos, porque aquel sepulcro estaba cerca, depositaron á Jesus.

MEDITACION.

Las virtudes de Cristo en su Pasion nos dan á conocer su divinidad y sus calidades de mediador y pontífice.

Considera que Jesucristo en el calvario manifiesta su divinidad de un modo tan grandioso y convincente, como en el resplandor de su gloria, porque las admirables virtudes que desarrolló en la tolerancia de tan acerbos dolores, de tan atroces injurias y sensible desamparo, y de una muerte tan injustamente decretada como cruelmente inferida, no podian ser de un hombre comun, cuya fortaleza y virtud no alcanza á sufrir sin alteracion una mínima parte de lo que padeció el Salvador. Su cuerpo estaba formado precisamente para padecer, esto es, dotado de una sensibilidad suma y tan particular, que excedia incomparablemente á la del cuerpo mas delicado, y sentia cada dolor en toda su agudeza, sin que la repeticion de los tormentos enervase la sensacion, ó embotase la nueva herida el dolor que habia causado la anterior. Así tambien padeció una clase de penas sin dejar de sentir la especie de tormento ó de amargura que otra le ocasionaba: él padeció en su fama, en su honor, en

su cuerpo, en su corazon, en su espíritu. Sintió el rigor de la pobreza; padeció desconsuelo de la insensibilidad de los hombres mismos por quienes padecia. "Busqué quien me consolase, y no le hallé," dijo el mismo Señor por su Profeta. "Veía," añade, "á una parte y á otra, y no habia quien me conociese." De su mismo Padre se vé desamparado, siéndole tan sensible, que no puede ménos de quejarse, diciendo: ¡Dios mio, Dios mio! ¿Por qué me has desamparado? ¿Mas quién es capaz de conocer á fondo todo lo que padeció el Salvador en aquellas pocas horas? No hubo sentido en su cuerpo que no tuviese su especial tormento: no hubo clase ó condicion de personas que no lo ultrajase ó le ocasionase alguna pena: no hubo mal de pena que no le aquejase; y todo en tanta inmensidad y con tan suma amargura, que para denotárnoslo de algun modo dijo por su Profeta: "Circundáronme dolores de infierno: los lazos de la muerte se tendieron para mí por todas partes." Y bien, ¿qué hace el Señor omnipotente en un abismo de males de que puede librarse en cuanto quiera? ¿Se libra de las manos de sus verdugos? ¿Vibra rayos del cielo que los destruyan? ¿Se sana derrepente y hace de su cruz un trono en que resplandezca con fulgores celestiales y toda la grandeza de la magestad de un Dios? Nada de eso. El no opone á tanta avenida de penas y tormentos otro escudo ni otra arma que la virtud; pero una virtud cual correspondia al Hombre Dios: una virtud capaz de superar males superiores á las fuerzas humanas: una virtud llevada á tal grado de perfeccion, que solo á Dios puede ser conocida, y de que no es capaz de formar idea la inteligencia del hombre ni del ángel: su obediencia, su conformidad, su humildad, su paciencia, su mansedumbre, su fortaleza, su caridad, y todas sus virtudes brillan en él de un modo el mas grandioso, y puestas á la mayor prueba que pudo darse jamas, se acreditan de tan propias y solas del hombre Dios, que otro alguno jamas pudo tenerlas semejantes, pues él las posee por naturaleza y los hombres por gracia: en él residen con toda plenitud, y en los hombres por partes: él las ejerce todas á un tiempo y en suma perfeccion, y los hombres solo pueden imitarlas segun su capacidad, que dista infinitamente de la de Cristo. ¿Quién puede, pues, dudar que aun solas las virtudes de Cristo en su Pasion hacen que en él reconozcamos al Hijo de Dios?

Considera que esta plenitud de santidad y virtud era muy correspondiente á aquel que en su oblacion y sacrificio ofrecia en sí

mismo una víctima sagrada capaz de desarmar toda la ira del Dios del cielo, irritado por los pecados de los hombres: era tambien muy correspondiente al sacerdote Eterno y Pontífice sumo de los bienes eternos que por el amplísimo y perfectísimo tabernáculo de su cuerpo, y por la sangre verdaderamente divina de sus venas entraba una vez al Santa Sanctorum de la divinidad misma, para inmolarse á sí propio y obrar con este sacrificio la redencion de los hombres. Entróse dentro de sí mismo: llegóse este Hombre á un corazon alto, á un corazon secreto, que encierra en sí mismo la divinidad; y Dios fué exaltado; pues en este centro, en este sagrario en que Dios oye y habla, ajusta el soberano mediador las paces entre el cielo y la tierra, forma una nueva alianza entre Dios y los hombres; escribe, sella y consagra con su sangre el Testamento nuevo que da á los hombres por herencia el reino de los cielos, mediante el pacto de la nueva alianza que hace de los hombres la posesion de Dios, su viña, su heredad, su pueblo, la nacion de sus hijos, hijos de adopcion de Dios, hermanos de Cristo que es su Hijo natural, sus coherederos en el reino de los cielos, herederos de Dios, coherederos de Cristo; cuya piedad es tan grande, que para que este testamento valga y tenga su verificativo, muere en la misma cruz con muerte verdadera, á fin de que, sucedida la muerte del Mediador divino del Testamento, logren los llamados á la eterna herencia la promesa que de ella se les hace, ya que por el mismo sacrificio han sido redimidos de sus antiguas prevaricaciones. ¡Oh Dios, y qué misterios! ¡Oh muerte de Cristo, y qué fructuosa eres! ¡Oh obra de Dios, y qué bien haces conocer la divinidad de tu Autor! ¡Oh mortales, hijos de Adan, y qué bien habeis sido reparados por el fruto del árbol de la cruz, triaca del veneno que manó para vosotros el mortífero fruto del árbol vedado! ¡Ah! que el fruto de la cruz os enseña la ciencia del bien, ya que aquel desgraciadamente os hizo saber la ciencia del mal.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿A quién me dirigiré en esta hora terrible en que el cielo se ha hecho de bronce? ¿A quién clamaré en este fatal desamparo en que el mismo Hijo de Dios ha probado la desolacion mas amarga de parte de su Padre celestial? ¿Quién me oirá en el Calvario, que solo deposita un cuerpo sangriento, divino sí, unido hipostáticamente á la divinidad; pero difunto, sordo á mis voces, y que no reclama ya en esta hora mas que el obsequio de la sepultura? ¿Me oirá la Madre llena de dolores que ha perdido en su Hijo la lumbre de sus ojos y llora su orfandad desventurada? ¡Ah! yo tengo quien me oiga: la imágen de Jesus me ha quedado como única esperanza: ¡la cruz! ¡la cruz! signo sagrado que perpetuamente abre para mí sus brazos de bendicion y de salud. ¡Oh, salve, cruz preciosa consagrada con el cuerpo, esmaltada y bendita con la sangre de mi dulce Jesus! ¡Ah! ¿dónde está el que honraba tus tendidos brazos, estendiendo sobre ellos los suyos divinos á un pueblo que no le creia y que le contradecia? ¡Oh! tú fuiste su lecho de dolores, su cama de tormentos: en tí penó, en tí vertió su sangre, en tí murió, y murió afrentosamente; mas no por eso huye de tí; porque él te hizo su trono de gloria, su carro de triunfo, su cátedra de sabiduría, su signo de defensa y proteccion para el hombre, escudo y arma contra el enemigo, é imágen expresiva del Dios de amor que muere por salvar á los hombres. A tí, pues, me dirijo, ó cruz salutífera, para que por tí me reciba quien por tí me redimió.

JACULATORIA.

Salve, ó cruz, única esperanza.

LECCION.

Sobre la pasion de Jesucristo en el Calvario.

"¿Qué cosa, dice San Bernardo, hay tan eficaz para curar las llagas de la conciencia y purgar el alma del pecado, como la continua meditacion en las llagas de Cristo? Tres cosas, nos dice el mismo Santo, debemos meditar en la pasion del Señor: la obra, el modo y la causa. La obra es la paciencia; el modo, la humildad; y la caridad la causa." Estas tres virtudes son las fundamentales sobre que se levanta el edificio de la virtud. Al amor y conocimiento de Dios nos eleva la caridad: el conocimiento de nosotros mismos, de nuestra miseria y bajeza nos enseña la humildad, y á la absoluta resignacion en la voluntad divina nos somete la paciencia. La grande obra de la vida espiritual y cristiana está apoyada en estos tres puntos. Así es que en la leccion y meditacion de los padecimientos de Jesucristo tenemos un continuo auxilio, no solo para conservar las tres virtudes indicadas, sino para aumentarlas diariamente. Por lo mismo los místicos y maestros de espíritu na-

da recomiendan tanto en sus obras como la continua presencia de la pasion del Salvador. Esta vida mortal está rodeada de peligros y tentaciones; ¿cuál de ellas podrá presentarse contra la que no encontremos un antídoto en los tormentos del Salvador? ¿Podrá divertirse en malos pensamientos el que tenga continuamente en el suyo los agudísimos dolores que la corona de espinas causó en la cabeza de Jesus? ¿Alimentará en su corazon el menor rencor á sus enemigos el que tenga siempre presente el corazon purísimo de nuestro Redentor traspasado con una lanza por amor á los hombres ingratos? En aquellos instantes de desfallecimiento, acaso mas temibles que las mas fuertes tentaciones, cuando nos parece que estamos desamparados de Dios y de los hombres, oiremos á Jesus quejarse del mismo desamparo, y al momento cobrarémos fuerzas y valor. Si el enemigo de nuestras almas, cansado de combatirnos inútilmente con varios géneros de tentaciones, trata de agobiarnos con el peso mismo de nuestras culpas, é inducirnos á la desesperacion, ¿quién le dará entrada al ver la generosidad infinita con que Jesus á la primera insinuacion del ladron feliz que estaba padeciendo á su lado, le abre de par en par las puertas del cielo? Es en efecto, católicos, la cruz el libro grande, el libro divino, el libro sapientísimo en donde encontramos cuanto puede pedir nuestro deseo, para dirigirnos, conservarnos y aprovecharnos en la vida espiritual. Y si todos los dias, todos los instantes debemos dedicar á la lectura de este precioso libro, con mucha mas razon hoy en que con la sangre de Jesucristo se escribieron en la cumbre del Calvario los últimos renglones. Continuemos por tanto la leccion presente, tratando de la pasion de nuestro divino Maestro.

Contemplemos, pues, su cuerpo sumergido de nuevo en un oceano de tormentos y dolores; ya los verdugos lo desnudan segunda vez, y á fuerza de golpes abren de nuevo en su sagrado cuerpo con un tormento excesivo todas las llagas que abrieron por la primera: le dislocan brazos y miembros, tirándolos con violencia para hacer que lleguen sus sagrados piés y manos á los taladros que abrieron en la cruz: el monte Calvario se estremece todo á los golpes del martillo para clavar con agudos clavos los piés y manos de Jesus; el Hombre de dolores queda extendido y clavado en el madero donde vierte un diluvio de sangre, diluvio saludable que renueva la faz de la tierra.

¿Y será posible que un cuerpo tan santo, tan justo y tan puro

haya padecido tan grande multitud de tormentos, tan extraña variedad de suplicios, tantos y tan imponderables dolores? ¿Es posible que haya sido necesaria una paga tan rigorosa por parte de aquel que solo por amor se encargó de todas nuestras formidables deudas? ¿Es posible que un Padre tan tierno y tan amoroso haya permitido que un Hijo tan amado, pasara por este bautismo de sangre y bebiera el cáliz amargo de tan dolorosa pasion? Sí, lector cristiano, todo lo ha hecho posible el amor. Esa alma afligida hasta el último extremo, se ve tambien desamparada de su Dios; de suerte que la luz increada, fecunda de alegría y regocijo, se cambia para Jesucristo en un manantial doloroso de tristeza y afliccion. Su alma santísima ve á su Padre y á su Dios; pero este amable Padre se muestra ahora como insensible á sus males, y solo se deja ver como un Dios justiciero y vengador. Jesus en este dia ya no es aquel Hijo muy amado, aquel tierno objeto de sus mas apetecidas delicias y amadas complacencias; su Padre ya no pone sus miradas de ternura y compasion sobre ese Hijo paciente: él le mira como á un pecador responsable de todos los delitos del mundo. Clavado en la cruz, abrumado de males y dolores, sumergido en torrentes de sangre y de lágrimas, siente todo el peso de la justicia eterna y del mas tormentoso desamparo. Desde el profundo abismo de sus males alza su voz moribunda y se queja á su Padre, diciendo: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?* ¡Deplorable estado! ¡Situacion lastimosa! ¡Extremo de humillacion y de amargura! La justicia divina condena al Hijo mas amado: él paga con su sangre y con su vida la pena del pecado. La inocencia y la santidad sufren la pena que corresponde á la iniquidad y á la culpa. El Hijo muere en lugar del esclavo: arroja el último suspiro confundido entre los facinerosos; muere un Dios, y muere con la muerte mas cruel é ignominiosa.

Cuando contemplamos en este artículo de nuestra fé, el corazon se estremece, el discurso se agota, y nuestra inteligencia se halla como sumergida en un caos espantoso. ¡Morir el inmortal! ¡Espirar el Autor de la vida! ¡Separarse realmente la alma del Hombre Dios de su cuerpo sacratísimo y descender á los infiernos! ¡Quedar su cuerpo hecho verdadero cadáver, yerto, sin sentido, sin accion, sin movimiento, sin vida dirémos de una vez, aunque sí unido á la divinidad! ¡Quedar colgado del madero, lleno de heridas, cubierto de sangre! ¡Y en tan triste situacion ser aún insultado de

nuevo por un impío y desnaturalizado sayon, que enristra la lanza y atraviesa su costado, abriendo una ancha herida en el corazon mismo de Jesus! ¡Ah, que cuando el padre San Bernardo contempla esta lastimosa catástrofe, no puede ménos de dirigirse al Padre Eterno, y recordando el pasage en que los hermanos de José envian á su padre la túnica de éste teñida en sangre, diciéndole: Mira si es esta la túnica de tu hijo: no puede ménos, repetimos, de exclamar, diciendo: "Mirad, ó Santo Padre, desde el alto cielo en que habitas: mirad esta hostia sacrosanta que os ofrece nuestro gran Pontífice el Señor Jesus, tierno y delicado Hjo tuyo, por los pecados de sus hermanos; y aplaca ya tu indignacion divina. Conoce, ó Padre, la túnica de tu Hijo José. ¡Ay! una fiera sangrienta lo ha devorado, y en su furor holló su vestidura: mira esas cinco heridas lamentables que en ella ha abierto la crueldad de este monstruo." A la verdad que un objeto tan lastimoso no debia separarse un momento de nuestra memoria y de nuestro corazon; sino ántes entrarnos mas y mas en él, y lanzarnos con una santa osadía al profundo de este adorable misterio. He aquí el saco de que habló el Señor por su Profeta, cuando por boca de este dijo á su Padre celestial: *Rompiste mi saco, y me circundaste de alegría.* Una humanidad mortal y pasible, ó por mejor explicarnos, la pasibilidad y la mortalidad eran verdaderamente para el Dios del cielo un saco de que estaba cubierto: rompióse por las heridas y tormentos que abrieron puerta á la efusion de su sangre, precio de nuestra redencion, y á la resolucion de su vida mortal, de que realmente se ve privado por una muerte verdadera; y la resurreccion circundará bien pronto de gloria y de alegría al que se levanta ya del sepulcro inmortal é impasible, y ceñido con la corona de las almas santas y justas que se le dan por premio de su sacrificio. ¡Oh Dios, y quién podrá contemplar todo lo que encierra este augusto misterio! Apresurémonos, dice San Pablo, á entrar en aquel descanso á que nos ha abierto la entrada la muerte de Cristo. Viva y eficaz es la palabra de Dios, y mas aguda y penetrante que espada de dos filos: ella toca hasta la division del alma y del espíritu.... y discierne los pensamientos y las intenciones del corazon. No hay una criatura invisible á sus ojos: todas están desnudas y manifiestas á la vista de su Dios. Y bien, santo Apóstol, ¿para qué nos previenes con una salva que llama tanto la atencion? ¡Ah! para hacernos conocer que tenemos en Cristo un gran pontífice que penetró los cie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El Alma y Divinidad de Cristo en el seno de Abrahan.

DESCENDIT *á los infiernos y sacó las Animas de los Santos Padres que estaban esperando su santo advenimiento.*

los, á quien debemos confesar Hijo de Dios; pero Hijo entregado á los tormentos y á la muerte, y tentado en todo por semejanza sin pecado. No tenemos, pues, dice el Apóstol, un Pontífice que no pueda condolerse de nuestras miserias y de nuestras enfermedades. Con sus padecimientos y su muerte nos abrió el camino á la reconciliacion, y su corazon está dispuesto á librarnos de los males de culpa que nos aquejan; males de culpa que tomó sobre sí para expiarlos por nosotros en el madero de la cruz. ¿Qué, pues, puede impedirnos para que nos acerquemos ya con confianza al trono de la gracia: para que alcancemos misericordia, y hallemos una gracia que nos socorra oportunamente con sus auxilios soberanos? He aquí el fruto de la pasion de Cristo: he aquí el descanso á que se nos convida. Salgamos ya del afan y agitacion de las pasiones: dejemos de correr tras de una sombra vana que huye delante de nosotros: suspendámonos para no precipitarnos en el abismo del pecado; busquemos, en fin, el verdadero descanso del alma y del corazon, y para ello muramos con Jesus: muramos al mundo; muramos á nuestras pasiones; muramos á nosotros mismos, para que solo vivamos para Dios, y muertos á lo temporal y á lo visible, nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios.

Sábado Santo.

El Sábado santo se ha mirado siempre en la Iglesia como uno de los dias mas solemnes, aun ántes que se hubiesen anticipado los oficios de la noche del Domingo de pascua al dia precedente. El oficio del Sábado Santo es propiamente la continuacion de las exequias del Salvador, y particularmente de su sepultura. La Iglesia está metida todavía en su gran duelo. Su profundo silencio, y el no ofrecerse en este dia el divino sacrificio, á imitacion del Viérnes santo, todo esto denota su grande afliccion. Está únicamente ocupada en llorar la muerte del divino Esposo, y en venerar en este dia el misterioso descanso que guarda Jesucristo hoy en su sepulcro, y al mismo tiempo su bajada á los infiernos, es decir, á los lugares mas bajos de la tierra, segun San Pablo. El alma santísima de Jesucristo, de la cual jamas se separó la divinidad, como tampoco de su adorable cuerpo, el cual fué puesto en el sepulcro luego despues de su muerte; esta alma santísima bajo efectivamente á los lugares mas subterráneos, donde triunfó de los demonios que acababa de



El Alma y Divinidad de Cristo en el seno de Abrahan.

DESCENDIT *á los infiernos y sacó las Animas de los Santos Padres que estaban esperando su santo advenimiento.*

los, á quien debemos confesar Hijo de Dios; pero Hijo entregado á los tormentos y á la muerte, y tentado en todo por semejanza sin pecado. No tenemos, pues, dice el Apóstol, un Pontífice que no pueda condolerse de nuestras miserias y de nuestras enfermedades. Con sus padecimientos y su muerte nos abrió el camino á la reconciliacion, y su corazon está dispuesto á librarnos de los males de culpa que nos aquejan; males de culpa que tomó sobre sí para expiarlos por nosotros en el madero de la cruz. ¿Qué, pues, puede impedirnos para que nos acerquemos ya con confianza al trono de la gracia: para que alcancemos misericordia, y hallemos una gracia que nos socorra oportunamente con sus auxilios soberanos? He aquí el fruto de la pasion de Cristo: he aquí el descanso á que se nos convida. Salgamos ya del afan y agitacion de las pasiones: dejemos de correr tras de una sombra vana que huye delante de nosotros: suspendámonos para no precipitarnos en el abismo del pecado; busquemos, en fin, el verdadero descanso del alma y del corazon, y para ello muramos con Jesus: muramos al mundo; muramos á nuestras pasiones; muramos á nosotros mismos, para que solo vivamos para Dios, y muertos á lo temporal y á lo visible, nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios.

Sábado Santo.

El Sábado santo se ha mirado siempre en la Iglesia como uno de los dias mas solemnes, aun ántes que se hubiesen anticipado los oficios de la noche del Domingo de pascua al dia precedente. El oficio del Sábado Santo es propiamente la continuacion de las exequias del Salvador, y particularmente de su sepultura. La Iglesia está metida todavía en su gran duelo. Su profundo silencio, y el no ofrecerse en este dia el divino sacrificio, á imitacion del Viérnes santo, todo esto denota su grande afliccion. Está únicamente ocupada en llorar la muerte del divino Esposo, y en venerar en este dia el misterioso descanso que guarda Jesucristo hoy en su sepulcro, y al mismo tiempo su bajada á los infiernos, es decir, á los lugares mas bajos de la tierra, segun San Pablo. El alma santísima de Jesucristo, de la cual jamas se separó la divinidad, como tampoco de su adorable cuerpo, el cual fué puesto en el sepulcro luego despues de su muerte; esta alma santísima bajo efectivamente á los lugares mas subterráneos, donde triunfó de los demonios que acababa de

vencer enteramente con su muerte, y á quienes hizo sentir las tristes consecuencias de su derrota. Consoló á las almas del purgatorio, haciendo que tuviesen esperanza de verse bien pronto libres de sus tristes calabozos: finalmente, sacó de aquellas tinieblas las almas de los santos patriarcas y de los otros justos, es decir, de todos aquellos con quienes Dios habia usado con anticipacion de misericordia, y concedídoles la remision de sus pecados en atencion á los méritos de Jesucristo; pero que no podian gozar plenamente del efecto de esta misericordia, hasta que Jesucristo hubiese satisfecho á su Padre por los pecados de todos los hombres con la efusion de su sangre. De estos dichosos predestinados formó desde luego como una corte el alma del Salvador, llevándolos despues consigo en triunfo á los cielos, cuya entrada estaba cerrada á los hombres hasta que Jesucristo la abrió con su muerte. Durando advierte que el motivo porque la Iglesia ha consagrado todos los Sábados del año al culto singular y á la devocion especial de la Santísima Vírgen, es porque habiendo muerto Jesucristo y dudando de su resurreccion todos sus discípulos, la fé se halló toda en sola la Santísima Vírgen; ella fué la única que durante el Sábado conservó con cuidado el precioso depósito de la; fé ella sola fué fiel con perfeccion, y de un modo positivo.

Todo el oficio del Sábado santo, segun el espíritu de la Iglesia, solo se ordena á honrar y venerar estos dos misterios, la bajada del alma de Jesucristo á los infiernos y el descanso de su adorable cuerpo en el sepulcro. Este oficio no se acababa hasta despues de la hora de nona, que se extendia hasta ponerse el sol, y entónces comenzaba con el nuevo dia el oficio solemne de la gran vigilia de pascua. Era esta vigilia la primera de todas las del año en dignidad; es tambien la primera en antigüedad, por lo que mira á los establecimientos de la Iglesia; ha pasado siempre por la mas célebre y la mas indispensable de todas; era tambien la mas larga, pues á su oficio se juntaba inmediatamente el de la gran fiesta de pascua. Como el dia civil entre los judíos empezaba siempre al ponerse el sol, así tambien al ponerse el sol la tarde del Sábado santo empezaba esta famosa vigilia. Los fieles acudian entónces á la Iglesia, y habia pocos que no pasasen toda la noche en ejercicios de devocion. El oficio que era muy largo, la lectura de las lecciones tomadas del antiguo Testamento, las instrucciones, las ceremonias, las oraciones, ocupaban hasta el amanecer; á cuyo tiempo comenzaba el oficio de

pascua, que era seguido de la misa, en la cual comulgaban los fieles que estaban todos en ayunas, unos desde la austera y moderada refeccion del Viérnes Santo, y muchos desde el Juéves. Despues de lo cual cada uno se retiraba á su casa para descansar un poco y volver despues á la Iglesia. Esta religiosa costumbre subsiste aún entre los griegos. Pero despues que la Iglesia latina, gobernada siempre por el Espíritu Santo, tuvo por conveniente por muchas razones prohibir las juntas nocturnas, el oficio del Sábado santo se anticipó, como el de las otras dos grandes ferias, á la tarde del dia antecedente, y todo el oficio del Sábado santo, que hasta la misa está consagrada á la memoria de la sepultura del Salvador, se termina por la mañana en el oficio de nona. Entónces empieza el oficio de la gran vigilia de pascua; pero aunque la Iglesia ha mudado el tiempo de celebrarlo, no ha mudado ni las ceremonias ni las oraciones.

Este oficio empieza por la bendicion solemne del nuevo fuego, habiéndose extinguido y apagado ántes enteramente el antiguo. Todo es misterioso en estas santas ceremonias. La extincion del fuego viejo parece representar la ley antigua, extinguida y abolida en la muerte del Salvador; y el fuego nuevo significa aquella ardiente caridad, que debe ser como el alma de la nueva ley. Habiendo muerto Jesucristo, luz del mundo, esta divina luz estuvo, por decirlo así, como apagada estos tres dias. Tomando el Salvador una nueva vida, volvió á aparecer aquel nuevo fuego, del cual el que se saca el dia de hoy del pedernal, es como un símbolo y una figura. Las oraciones de que la Iglesia se sirve para bendecir solemnemente este nuevo fuego, descubren y manifiestan todo el misterio que encierra, como tambien el sentido místico y moral.

¡Oh Dios! dice la Iglesia, que por tu Hijo, que es la piedra angular de tu Iglesia, infundiste en los corazones de tus fieles el luminoso fuego de tu caridad, santifica este nuevo fuego, que para nuestro uso hemos sacado del pedernal; y concédenos que en estas fiestas de pascua seamos de tal suerte abrasados de celestiales deseos, que podamos llegar con unos corazones puros á la solemnidad de las fiestas de la gloria eterna. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

Señor Dios, Padre omnipotente, luz eterna, criador de toda luz: echa tu bendicion á esta luz, así como la bendijiste y santificaste, alumbrando con ella á todo el mundo, para que hagas salir de ella un fuego divino que nos abrase y alumbre; y así como alumbraste

á Moises al salir de Egipto con una milagrosa luz, dígnate tambien alumbrar nuestros corazones y nuestros sentidos, para que podamos llegar un dia á la vida y á la luz eterna. Por Jesucristo nuestro Señor.

Señor santo, Padre omnipotente, Dios eterno, dígnate cooperar con los que bendecimos este fuego en tu nombre, en el de tu Hijo único Jesucristo nuestro Dios y Señor, y en el nombre del Espíritu Santo, y ayúdanos contra los dardos encendidos del enemigo, y derrama sobre nosotros la luz de tu celestial gracia. Tú, que siendo Dios vives y reinas con el mismo Jesucristo tu Hijo único, y con el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.

La bendicion que se hace de los cinco granos de incienso, destinados para ponerse en el cirio pascual, no es ménos significativa y expresiva del sentido y del espíritu de todo el misterio. Te suplicamos, Dios omnipotente, continúa el preste, hagas que este incienso reciba una efusion abundante de tu bendicion. Enciende tú mismo este fuego que debe alumbrarnos durante la noche, pues renuevas el mundo con las obras invisibles de tu poder, para que no solo el sacrificio que se te ha ofrecido esta noche reciba las secretas impresiones de tu luz, sino para que tambien sean desterrados todos los artificios y toda la malicia del demonio, de los sitios á donde se lleve alguna cosa de lo que santificamos aquí, y se experimente en ellos la virtud de tu divina Magestad. Por Jesucristo nuestro Señor.

Todas estas oraciones hacen ver bastantemente cuál es el espíritu de la Iglesia en todas estas ceremonias, y con qué sentimientos de religion se debe asistir á ellas. Se asegura que por mucho tiempo se vió todos los años en Jurusalen en la iglesia del Santo Sepulcro un milagro el Sabado santo, con ocasion de este nuevo fuego; y era que estando apagadas todas las luces á la hora en que se cree fué la resurreccion de Jesucristo, una lámpara se encendia milagrosamente á vista de una infinidad de testigos, que concurrian de todas partes atraidos de la devocion y del prodigio. Odolrico, obispo de Orleans, á la vuelta de una peregrinacion que habia hecho á Jerusalen el año de 1033, testifica haber traido la lámpara que el fuego del cielo habia encendido el año que habia estado allí, la que compró al patriarca Jordan para darla á su Iglesia.

Hecha la bendicion del nuevo fuego se enciende una candela, dividida en tres brazos ó espigas en honor de la Santísima Trinidad,

cuya luz es Jesucristo, y se convida en voz alta al pueblo á dar gracias á Dios por el conocimiento que nos dió Jesucristo de este adorable misterio: dice el Diácono: *Nuestra fé es propiamente la luz de Jesucristo;* y responden todos: *Gracias á Dios.* Mas ¿qué gracias no le debemos dar por un tan señalado beneficio? El cántico de alegría que se llama comunmente la *Angélica*, porque empieza por esta expresion: *Exultet iam Angélica turba &c. De saltos de gozo la celestial tropa de los ángeles, y celebre con una santa alegría nuestros divinos misterios*, es como un clamor de alegría de toda la Iglesia, por la agradable nueva de la resurreccion del Salvador. Por eso se cantaba al momento que comenzaba á rayar el alba; y así como los ángeles anunciaron á los hombres el feliz nacimiento del Salvador por medio del cántico *Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos;* así el dia de hoy anuncia la Iglesia su triunfante resurreccion, convidando á toda la corte celestial á celebrar con ella este glorioso triunfo. Resuene por todo el mundo la trompeta sagrada que nos anunció nuestra salud y publique la insigne victoria de tan gran monarca. Alégrese tambien la tierra viéndose bañada de una luz tan brillante, y los rayos hermosos de gloria que este Rey eterno esparce por todas partes, la hagan conocer la dicha que goza en verse finalmente libre de las espesas tinieblas que ocupaban todo el mundo. Regocíjese nuestra madre la Iglesia viéndose adornada con el resplandor brillante de tan gran luz. Y este templo resuene con los gritos de alegría de todo el pueblo que se ha juntado para la celebracion de una tan gran fiesta; por lo cual, continúa el diácono que canta la Angélica; por lo cual, hermanos los que estais aquí presentes y acabais de ser alumbrados con la admirable claridad de esta santa luz, juntad vuestras súplicas con las mias, para que de concierto obtengamos que derrame el Señor sobre mí los rayos de su divina luz; y no obstante mi indignidad, me permita publicar todas las alabanzas de este misterioso cirio, consagrado á su honor y á su nombre, . . . Levantemos nuestros corazones á Dios, y démosle eternas acciones de gracias; es muy justo que juntemos el sonido de la voz con los afectos del corazon, para alabar al Dios invisible, Padre Todopoderoso, y á su unigénito Hijo nuestro Señor Jesucristo, que pagó por nosotros al Padre Eterno la deuda de Adan; y con su misma sangre borró y canceló las actas que habia contra nosotros, y el decreto que nos condenaba como reos en consecuencia del pecado del primer hombre. Estas son las

fiestas de pascua, en las cuales se inmola el verdadero Cordero, cuya sangre consagra y santifica las puertas de las casas de los fieles. Esta es la noche, Dios mio, en que sacaste en otro tiempo de Egipto á los hijos de Israel nuestros padres, y los hiciste pasar el mar Rojo á piés enjutos. Esta es la noche que disipó las tinieblas de los pecados con el resplandor de una columna luminosa; esta es la noche que separando á los que en todo el mundo creen en Jesucristo, de los vicios del siglo y de las tinieblas del pecado, los vuelve á la gracia y los agrega á la compañía de los santos. Esta es la noche en que Jesucristo, habiendo roto las cadenas de la muerte, sube victorioso de los infiernos; pues de nada nos hubiera servido haber nacido, si no hubiéramos tenido la dicha de ser redimidos. ¡Oh efusion admirable de tu bondad para con nosotros! ¡Oh exceso incomprensible de tu inefable caridad! Para redimir al esclavo entregaste tu propio Hijo. ¡Oh pecado de Adan, detestable á la verdad por su malicia, pero que fué ocasion de la mas grande de todas las dichas, pues se borró con la muerte del Salvador! ¡Oh culpa, á la verdad infeliz, pero en cierto modo dichosa, pues nos procuró un tal y tan grande Redentor! ¡Oh noche verdaderamente feliz, la cual sola pudo saber el tiempo y el momento en que resucitó Jesucristo! Esta es la noche de la cual está escrito: La noche será para mí tan clara como el dia; esta noche tan clara por los resplandores que salen de mí, no contribuirá poco al lustre y magnificencia de mi triunfo. La santidad de esta feliz noche destierra los delitos, lava las culpas, vuelve la inocencia á los que la habian perdido, alegra á los que estaban en la afliccion, disipa los ódios y las enemistades, infunde la paz y la union en los corazones, y somete á Dios todos los imperios del universo. Recibe, pues, ó Padre Eterno, en atencion á esta sagrada noche, el sacrificio de este incienso, que tu santa Iglesia te ofrece esta tarde por las manos de tus ministros en oblacion solemne de este cirio, cuya materia han suministrado las abejas. (Aquí el diácono pone los cinco granos de incienso en el cirio pascual en forma de cruz,) y añade: Ahora conocemos las excelentes ventajas de esta columna de cera, que un fuego brillante y sagrado va á encender á honra de la Magestad divina; y aunque este fuego divino se divida despues en muchas partes, en todos los sugetos, á los cuales va á comunicar su ardor y su luz, nada pierde por esta comunicacion, alimentándose de la cera derretida que la abeja produjo para componer la sustancia de este misterioso fanal. (Aquí se

encienden las lámparas.) ¡Oh noche verdaderamente feliz, que despojando á los egipcios, enriqueció á los hebreos! El sentido literal cae sobre lo que pasó al salir los israelitas de todo el Egipto; y el sentido alegórico nos representa á los cristianos enriquecidos, por decirlo así, con los despojos de los judíos, los cuales rehusando reconocer al Mesías, y dándole la muerte, perdieron para siempre la cualidad de pueblo escogido, y todas las bendiciones; las que, abandonada la sinagoga, han pasado á la Iglesia. Noche en la cual el cielo se une con la tierra, y Dios con los hombres. Suplicámoste, pues, Señor, que este cirio consagrado á honra de tu nombre arda toda esta noche para disipar sus tinieblas, y que su luz, levantándose como un perfume agradable, se mezcle con la de las celestiales antorchas. El lucero de la mañana lo halle todavía encendido; este astro, digo, que nunca pierda su luz; que habiendo resucitado y volviendo victorioso de los infiernos ha hecho lucir sobre todo el linage humano una tan brillante luz en una perfecta serenidad. Suplicámoste, pues, Señor, que concediendo á nuestros dias la tranquilidad de una dichosa paz, te dignes en estas fiestas y gozos pascuales conservar, protejer y gobernar á todos sus fieles siervos, al clero y á este devoto pueblo, con nuestro santísimo padre el papa, y nuestro prelado. Pon tambien tus ojos sobre el gefe de nuestra nacion; y conociendo los votos y deseos de su corazon, haz, ¡ó Dios! por una especial gracia de tu bondad y misericordia, que goce de la tranquilidad de una paz inalterable, y que consiga con todo su pueblo una celestial victoria de todos los enemigos. Esta es la gracia que te pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor, tu Hijo, que siendo Dios, vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos.

El Espíritu Santo se da á conocer y se hace sentir demasiado en la santidad de esta solemne bendicion del cirio pascual, y en la celebridad de esta augusta y misteriosa ceremonia, para no creer que todo esto es obra suya: no se puede dudar que sea de tradicion apostólica, aunque no se hiciese con esta magestuosa publicidad en aquellos tiempos de persecucion, en que los emperadores paganos tenian como cautiva toda la Iglesia; pero lo mismo fué pasar aquellos tiempos sombríos, y gozar la Iglesia de paz, que verse desenvolver sus sagradas ceremonias, y celebrarse sus oficios con este órden, esta religion y esta magestad, que indican y muestran la alta sabiduría y la sublime santidad del espíritu divino que los arregla.

Se cree que el papa Zosimo fué quien ordenó la solemnidad de la ceremonia del cirio pascual; y su bendicion, tal cual la tenemos se atribuye á San Ambrosio. Este misterioso cirio no solo representa la columna de nube y de fuego, de que ya se ha hablado en la bendicion, sino tambien la luz de la fé que nos alumbra, el fuego divino de la caridad que Jesucristo vino á encender sobre la tierra, y del cual quiere que estén inflamados y abrasados todos los hombres. En su resurreccion fué propiamente cuando este divino fuego se encendió, y esta luz sobrenatural empezó á esparcirse por el mundo; y esto es lo que parece significan estas palabras de la bendicion.

El erudito Durando, obispo de Menda, en su Racional de los oficios divinos, dice: que los cinco granos de incienso que se ponen en el cirio pascual en forma de cruz, significan las cinco llagas, cuyas cicatrices se ha dignado el Salvador conservar en su cuerpo glorioso; las que dan bastantemente á entender, que la mortificacion es una especie de sacrificio ofrecido á Dios en olor de suavidad, cuya víctima consume el fuego del amor divino.

A la bendicion del cirio pascual se siguen doce lecciones de la Sagrada Escritura, que se llaman comunmente profecías, cuya lectura está mezclada con cánticos y oraciones. La relacion y semejanza que hay en lo espiritual, en lo místico y moral entre estas profecías y la solemnidad del dia, y sobre todo, la alusion que hacen á la ceremonia del Bautismo, del cual puede decirse que el Sábado santo es la gran fiesta, dan una idea bastante cabal del gran misterio de nuestra regeneracion, llamado pascua, que quiere decir, el paso de Egipto á la tierra de promision; del estado de esclavos á la cualidad de hijos de Dios; del estado del pecado al estado de la gracia. Leense sin título, porque como á quienes se leian principalmente, era á los catecúmenos, no se les leian sino bajo el título de palabra de Dios, sin nombrarles los escritores de quienes eran, porque los suponian ignorantes de sus nombres, de su calidad y de su mérito.

La primera de estas lecciones, tomada del Génesis, es de la creacion del mundo, y principalmente de la formacion del hombre á la imágen de Dios, la que habiendo sido borrada por el pecado, ha sido reparada en el Bautismo de la regeneracion en Jesucristo, por los méritos de su muerte y de su resurreccion gloriosa, la que disipó las tinieblas que se habian esparcido por toda la tierra. Esta leccion es una viva representacion alegórica de la redencion, bajo el nombre histórico de la creacion.

La segunda leccion contiene la historia del diluvio. Habiendo llegado la malicia de los hombres al último exceso, y habiendo toda carne corrompido sus caminos sobre la tierra, determinó Dios anegar, por decirlo así, la iniquidad en las aguas del diluvio; no conservándose en el arca sino solamente ocho personas, que debian, pasado el diluvio, volver á poblar todo el universo. Sola la sangre de Jesucristo, hablando en propiedad, anegó verdaderamente la iniquidad y destruyó el pecado, segun la profecía de Daniel. El arca es figura de la Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion.

La tercera leccion cuenta la historia del sacrificio de Isaac, es decir, la historia de un padre en ademan de sacrificador, y de un hijo que se presenta por víctima; jamas hubo figura mas significativa de la figura de Jesucristo.

La cuarta es la historia del paso milagroso de los israelitas por el mar Rojo, al salir de la esclavitud de Egipto para la dichosa tierra de promision, la que como un rio destilaba por todas partes leche y miel en abundancia. Lo que fué la salud del pueblo de Dios, fué la perdicion de los enemigos de este pueblo. ¿Quién no vé en esta figura la imágen del triunfo de la Iglesia sobre todos los enemigos de Jesucristo?

La quinta leccion es del profeta Isaías, por cuya boca, despues de haber declarado el Señor en qué consiste la herencia que promete á los que ha de adoptar en Jesucristo resucitado, convida á todo el mundo á abrazar la fé, á fin de poder coger el fruto de sus promesas, y tener parte en esta herencia entre los coherederos de Jesucristo, como habla San Pablo.

La sexta contiene la profecía de Baruc. Este discípulo del profeta Jeremías declara á los hijos de Israel, que gemian entónces en la cautividad de Babilonia, que la causa de todas sus desdichas viene de que dejaron al Señor, su Dios, apartándose de sus caminos. Despues les predice la venida de Jesucristo: Este, les dice, es nuestro Dios. Solo éste por quien todo fué hecho, supo hallar el camino de la verdadera sabiduría. Este es el que la encontró, y la dió á su siervo Jacob, y á Israel su amado pueblo. Despues de esto, este Dios hecho hombre se dejó ver sobre la tierra, y conversó con los hombres.

La séptima leccion tomada del profeta Ezequiel, nos representa

el misterio de la redencion de los hombres, bajo la imágen alegórica del lastimoso estado en que estaba el linage humano, cuando vino el Salvador. Un campo dilatado, lleno de huesos secos, se presenta á los ojos del Profeta, y se oye una voz que le dice: Hijo del hombre, ¿te parece si estos huesos han de revivir? El milagro parecia poco posible; no obstante el milagro se hizo. El mismo Dios le descubrió al Profeta todo el misterio. Todos estos huesos, dice el Señor, representan la casa de Israel: los israelitas dicen: Nuestros huesos están secos; pereció toda nuestra esperanza, somos perdidos sin remedio. He aquí, sin embargo, lo que te ordeno les anuncies: Pueblo mio, ten confianza: yo abriré vuestros túmulos, y os haré salir de vuestros sepulcros; y os volveré á aquella tierra de bendicion que os prometí: y sabreis por vuestra propia experiencia, que yo soy el Señor. Esta profecía no se cumplió, rigurosamente hablando, sino en la muerte y resurreccion del Señor.

La octava leccion es del lugar de Isaías, en que dice: Que siete mugeres tomaron á un hombre, á quien no pedirán otra cosa sino que las deje llevar su nombre, y las libre del oprobio que padecen. Habiendo predicho el Profeta la total ruina de la Sinagoga y de Jerusalen, nos da aquí la imágen de la verdadera Iglesia, de que Jesucristo es la cabeza y el esposo; la palabra *siete* en la Escritura, significa un número indefinido; y estas mugeres significan en este lugar las almas redimidas por Jesucristo y purificadas con su sangre, que ponen toda su gloria y su felicidad en ser por toda la eternidad las esposas del Cordero sin mancha.

La nona leccion es del Exodo, donde se nos representa el sacrificio de Jesucristo inmolado sobre la cruz, bajo la figura del Cordero pascual, cuya sangre impresa sobre las puertas de las casas, preservó á los israelitas de la mano del ángel exterminador, y cuya carne sirvió de alimento á todos los que salieron de Egipto, pasando por entre las aguas del mar Rojo. Esta es la figura mas expresiva de la pascua de los cristianos, y de los efectos maravillosos del Cordero de Dios, inmolado por nosotros en la cruz, y hecho alimento del verdadero pueblo de Dios en la adorable Eucaristía. Este mundo es un mar tempestuoso y lleno de escollos, y no necesitamos de ménos ayuda, ni de un mantenimiento ménos milagroso que la Eucaristía, para combatir con los enemigos de la salvacion, que no nos han de faltar miéntras dure el viage de esta vida.

La décima leccion es del profeta Jonas, en que se representa este profeta como una figura de Jesucristo, tanto ménos equívoca, cuanto el mismo Salvador nos la declara por su figura. En efecto la muerte, la sepultura y la resurreccion del Salvador al cabo de tres dias, están bastante visiblemente señaladas en el modo con que este Profeta, que se habia como cargado él solo de las iniquidades de toda la gente de la embarcacion, fué arrojado al mar, tragado por la ballena, y vuelto á arrojar vivo tres dias despues en la playa; á lo que se siguió muy luego la conversion de los ninivitas á la sola predicacion de Jonas.

La undécima leccion es del pasage del Deuteronomio, donde se advierte que Moises escribió su segundo cántico y lo enseñó á los israelitas poco ántes de su muerte, y como en él escribia muy por extenso todos los favores que habian recibido de Dios despues de su salida de Egipto, y les echaba en cara su extremada ingratitud, y los azotes con que Dios los habia castigado, quiso que este resúmen histórico se guardase al lado del Arca del Testamento, para que sirviese de testimonio contra ellos. La Iglesia nos refiere el dia de hoy este hecho, para enseñarnos y advertirnos cuán severamente merecemos ser castigados, si hacemos que el inestimable beneficio de la redencion nos sea inútil, por la mas negra y mas villana de todas las ingratitudes.

La duodécima y última leccion es del libro de Daniel, donde se cuenta la historia de la injusta persecucion excitada contra los tres jóvenes hebreos; como fueron condenados á ser quemados en un horno por no haber querido adorar la estátua del rey de Babilonia; y el milagro que obró Dios con ellos, habiéndoles servido el fuego de refrigerio en lugar de abrasarlos, y habiéndose convertido el horno en oratorio, donde bendecian á Dios y cantaban sus alabanzas. Como se puede decir que este milagro era figura de las muchas maravillas que habian de suceder en la Iglesia, en la cual habian de verse tantos millones de generosos mártires de Jesucristo predicar su divinidad y cantar sus alabanzas en medio del fuego de tan crueles persecuciones; la Iglesia termina las lecciones del oficio de este dia con esta profética historia; y quizá por la misma razon la lee entre año todos los sábados de las cuatro témporas.

Todas estas lecciones se terminan con la siguiente oracion:

"Dios Omnipotente y Eterno, única esperanza del mundo, que por las predicciones de tus Profetas manifestaste los misterios de estos tiempos; aumenta por tu bondad el ardor de los votos y de las

súplicas de tu pueblo; porque ninguno de tus siervos puede adelantar en la virtud, sino con la inspiracion y ayuda de tu gracia. Por nuestro Señor, &c.»

La misa de este dia se celebraba por la noche hácia la hora en que resucitó el Salvador, es á saber, al rayar el alba; y se llamaba la misa pascual de la vigilia. En esta fiesta anticipada, deja la Iglesia sus vestiduras de luto, y muestra bastante por sus cánticos de alegría, por lo brillante y magnífico de sus ornamentos, por el descubrimiento de los altares, y por el toque de las campanas, el gozo que la causa el ver á su Esposo salir del sepulcro, triunfar de la muerte, y tomar una nueva vida, eterna, gloriosa, resplandeciente, impasible. En la misa se omite el introito, porque todo el pueblo está ya junto; y porque las letanías mayores que acaban de cantarse, para convidar á todos los Santos á juntar sus cánticos de alegría con los nuestros, sirven de introito. Esta misa no es la misa del sábado sino de la noche del sábado al domingo, que es la noche en que resucitó el Salvador. Por este motivo en la oracion y en el prefacio, solo se hace mencion de esta sagrada noche. No se da en ella la *paz*, porque el Salvador no la habia anunciado aun á sus discípulos, y por la misma razon se omite el *Agnus Dei*, porque en aquella hora no habia resucitado todavía.

La Epístola es del pasage de San Pablo, donde dice á los colosenses que si por el bautismo han muerto y resucitado en Jesucristo, deben vivir una vida del todo nueva, y en cierto modo enteramente celestial; que no deben tener ya aficion sino al cielo, ni deseos ni anhelo sino por las cosas del cielo, mirándose en adelante como ciudadanos de aquella celestial patria; que son peregrinos en la tierra, la cual debe ser para ellos un lugar de destierro: estais muertos al mundo y al pecado por el bautismo, y así no debeis vivir ya sino en Jesucristo, y vuestra vida debe estar como escondida con Jesucristo en Dios, es decir, que la vida de los cristianos debe ser una vida pura, una vida mortificada, animada por la fé, y fortalecida por la caridad; de suerte que todos los cristianos resucitados con la cabeza de que son miembros, pueden decir como San Pablo: *Yo vivo; pero no soy yo quien vive, sino que es Jesucristo quien vive en mí.*

El Evangelio de la misa refiere la santa priesa con que al fin de la noche del sábado, esto es, desde el amanecer el domingo, que era el primer dia de la semana y el tercero despues de la muerte del

Salvador, las santas mugeres que habian tenido una devocion mas tierna á Jesucristo durante su vida, corrieron al lugar de su sepultura, para hacerle las últimas exequias despues de su muerte. La fiesta del sábado se acababa siempre cerca de las seis de la tarde. Al fin, pues, de la noche, María Magdalena, y María, la madre de Santiago el menor y de Joseph, con Salomé, madre de los hijos del Zebedeo, Juan y Santiago, tomaron los aromas, el bálsamo y los ungüentos olorosos que habian comprado á las seis de la tarde, esto es, despues de haber terminado la fiesta del sábado, á cuyo tiempo se abrian las tiendas, que estaban cerradas todo el sábado. Apénas tuvieron con que embalsamar el cuerpo de Jesus, se pusieron en camino ántes del dia con la claridad de la luna, para ir á tributar los últimos deberes á su buen Maestro, no reflexionando sobre la promesa que les habia hecho de resucitar al tercero dia. No habiéndolas permitido ser mas diligentes la fiesta del sábado, que comenzó á las seis de la tarde del viérnes, no llegaron al sepulcro hasta cerca de salir el sol del domingo. Antes que llegasen al sepulcro hubo un gran temblor de tierra, y á este tiempo resucitó Jesucristo. El temblor de tierra y el volverse la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, sucedieron miéntras las santas mugeres estaban todavía en el camino. Oyeron no obstante el ruido, el que asustó á los guardias, y sintieron igualmente el temblor que habia hecho huir á los soldados.

Llegadas al sepulcro, se sorprendieron en gran manera, no viendo á los guardias ni la gran piedra que cerraba la entrada de la primera gruta ó cueva que servia como de zaguan á la segunda donde estaba el sepulcro. La primera gruta tenia nueve piés y medio de largo, y un poco ménos de ancho. En esta primera gruta, que era donde estaba la guardia, fué donde el ángel se apareció á los soldados, al tiempo del temblor que los obligó á echar á correr. Esta primera gruta se comunicaba con otra ménos capaz, hecha en la roca á golpe de cincel, la que tenia seis piés de largo, y cinco de ancho, y su altura cerca de ocho. La boca era bastante estrecha, pues no tenia sino tres piés y algunas pulgadas de alto, y como unos dos piés de largo; estaba cerrada con una piedra de un peso enorme, y sellada por los sacerdotes. En esta segunda gruta se habia puesto el cuerpo sagrado de Jesucristo. Llegadas, pues, las piadosas mugeres, y no encontrando soldados, entraron sin detenerse en la primera gruta, donde vieron un ángel en figura de un jóven vestido

de una túnica blanca, su rostro mas brillante que un relámpago, y sus vestiduras mas blancas que la nieve. Estaba sentado sobre la piedra que se habia puesto para cerrar la entrada del sepulcro, y que él habia apartado y echado al lado derecho. Asustáronse al principio las mugeres; pero encarándose con ellas el ángel, les dijo: No temais, ni teneis motivo para temer, puesto que abrasadas en el amor de vuestro Salvador, no venís sino á hacerle los últimos honores. Los que despues de haberle perseguido hasta la muerte no lo guardaban en el sepulcro sino para hacer inútil cuanto era de su parte, la prediccion que habia hecho de que despues de muerto se resucitaria él mismo á una nueva vida, estos sí que deben temer. Pero en cuanto á vosotras, yo sé el religioso motivo que os trae á buscar á aquel Jesus de Nazareth, que ha sido crucificado; no está aquí. Vosotras pensabais encontrarlo todavía en el sepulcro; pero ha salido de él glorioso y triunfante, y despues de haber resucitado á tantos muertos, se ha resucitado á sí mismo. Si dudais de ello, acercaos y vereis el lugar donde lo habian puesto, para que convencidas por vuestros propios ojos de la verdad de su resurreccion, váyais á llevar esta gustosa noticia á sus discípulos, y en particular á Pedro. Decidles asimismo que vayan á Galilea en donde se les manifestará, como se los tiene prometido.

El impaciente amor de estas santas mugeres las condujo desde ántes del dia al sepulcro de su amado Maestro, y el Señor las envió un ángel para anunciarlas su resurreccion. El fervor y la ansia de servir á Dios no están mucho tiempo sin recompensa. Solo esas devociones frias, solo esas almas flojas y perezosas están escluidas de la sala de las bodas, porque siempre llegan tarde. La resurreccion de Jesucristo inspira un gozo espiritual y muy suave á todas las almas fieles, al paso que llena de terror á sus enemigos. El que es verdaderamente de Dios por una verdadera piedad, por una conciencia pura, experimenta en las fiestas de pascua y en los otros misterios de entre año este dulce gozo, el cual es un gusto anticipado de los gozos del cielo. Pero la falsa devocion, la devocion aparente, nunca está mas triste, nunca siente ménos uncion ni ménos fervor, que en las grandes solemnidades.

Como esta noche se conferia solemnemente el bautismo, así á los niños como á los adultos, estos comulgaban al fin de la misa, y despues de la comunion se les daba un poco de leche y miel benditas, para significar que se les miraba como á niños, que no debian alimentarse sino de leche y miel; y tambien para hacerles comprender que por el bautismo y la comunion habian adquirido el derecho de entrar en la tierra de los vivientes, es decir, en la Jerusalen celestial, que Dios habia prometido á sus escogidos bajo el nombre de una tierra que manaba leche y miel. Tambien en este dia bendice el papa los *Agnus*, los que son unas medallas de cera vírgen bendita, ó de la cera del cirio pascual del año antecedente, amasada con óleo santo; á las cuales la bendicion de su santidad da mucha virtud contra las borrascas, las tempestades y los artificios nocivos de los espíritus malignos.

La Epístola es del capítulo III de la del Apóstol San Pablo á los Colosenses.

Hermanos: Si habeis resucitado con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado á la diestra de Dios. Saboreaos en las cosas del cielo, no en las de la tierra. Porque muertos estais ya, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando empero aparezca Cristo, que es vuestra vida, entónces apareceréis tambien vosotros con él gloriosos.

El Evangelio es del capítulo XXVIII de San Mateo.

Avanzada ya la noche del Sábado, al amanecer el primer dia de la semana, vino María Magdalena con la otra María á visitar el sepulcro. A este tiempo se sintió un gran terremoto; porque bajó del cielo un ángel del Señor, y llegándose removió la piedra, y sentóse encima. Su semblante como el relámpago, y era su vestidura como la nieve. De lo cual quedaron los guardas tan aterrados, que estaban como muertos. Mas el ángel, dirigiéndose á las mugeres, las dijo: Vosotras no tengais que temer; que bien sé que venis en busca de Jesus que fué crucificado; pero no está aquí, porque ha resucitado segun predijo. Venid y mirad el lugar donde estaba sepultado el Señor. Y ahora id sin deteneros á decir á sus discípulos que ha resucitado; y he aquí que irá delante de vosotros en Galilea: allí le vereis. Ya os lo prevengo de antemano.

MEDITACION.

Sobre la muerte y sepultura de Jesucristo.

Considera que no hay ni puede haber cosa de mayor asombro y estupor que la muerte del hombre Dios. Ya la contemplemos en sí

misma, ya en las circunstancias que la rodearon, siempre será un objeto de pasmo y de terror. Porque ¿qué es que muera aquel que no es puro hombre, sino hombre Dios? La humanidad de Cristo fué traida al ser de Dios: ella está unida hipostáticamente á la divinidad en la persona del Verbo, de modo que el Verbo la termina: ella no subsiste con propia subsistencia, sino con la subsistencia del Verbo. Así es que este hombre es Dios; y si muere este hombre, muere Dios; no porque muera el Verbo ó la divinidad, sino porque muere este hombre que subsiste con la subsistencia del Verbo: muere este hombre que es Dios. Es verdad que su alma santísima permanece unida á la divinidad, y que su cuerpo sacrosanto queda tambien unido á la misma divinidad; pero esto hace mas asombrosa la muerte de Cristo, porque sin romperse la union hipostática, se separa realmente y por verdadera muerte, el alma del cuerpo: la alma desciende á los senos de la tierra: el cuerpo destrozado y sangriento queda pendiente del madero, y luego es sepultado: murió Cristo, murió realmente el hombre Dios. ¡Oh muerte verdaderamente asombrosa! ¡Oh! que este muerto es libre entre los muertos: que este cadáver no se corrompe en el sepulcro; pero no por eso deja de ser verdadero muerto, ni su cuerpo deja de ser verdadero cadáver. ¡Oh alma de mi Dios, y cómo bajas al seno de Abraham! ¡Oh cuerpo de mi Dios, y cómo yaces yerto cadáver en el sepulcro helado! El amor, el amor á tus criaturas te arroja á una humillacion tan profunda, que pasma á los cielos, y no alcanza á comprender la inteligencia criada: pero cupo en tu bondad, cupo en tu sabiduría, y la abrazas para darnos en ella la mayor prueba de tu amor.

Considera que las circunstancias que revisten la muerte de Cristo la hacen mas lamentable. Ella nunca será fatal ni funesta con respecto á nosotros, porque es el principio de nuestra salud; ni segun la alteza del entender divino, del fin con que la abrazó el Salvador, y de la gloria que le trajo; pero esto no quita el que haya sido sumamente costosa y aflictiva, sumamente triste y deshonrosa para el inocente Cordero que se dignó sufrirla por nuestro amor. No contemplemos ya los dolores atrocísimos de su delicadísimo cuerpo, ni la afliccion y angustia de su espíritu: contemplemos no mas la deshonra y difamacion que le trajo á la vista de los hombres, y hallaremos por ello que no pudo ser mas triste ó mas funesta. Un pueblo que lo habia admirado insigne obrador de grandes maravillas, ve que no obra una sola para librarse de sus manos: un pueblo

que lo habia acatado como á su Salvador y á su Mesías, ve que sin defensa alguna se deja atar y conducir al patíbulo: un pueblo que no habia podido ménos de conocer por las señales su divinidad, ve que muere realmente, despues de haber sufrido todo el estrago de los tormentos: un pueblo, en fin, que lo habia oido recomendar por una voz divina venida de los cielos, observa que hoy calla, y que no hay quien vuelva por el honor y el crédito del Crucificado; y todo, todo lo atribuye, no á un efecto de la divina disposicion, y de una humillacion voluntaria abrazada por el paciente, sino á imbecilidad ó impotencia, y á suerte merecida por un impostor que los habia engañado, y que hoy se ve abandonado de Dios y de los hombres. ¿Pudo llegar á mas la deshonra de Cristo? ¿Pudo ser mayor su descrédito? ¿Pudo llegar á mayor abatimiento y á una especie de destruccion ó aniquilamiento mas extremado? Ciertamente que no. El Hijo de Dios ha hecho como desaparecer su divinidad, y en todos los bienes naturales y adquiridos ha hecho como una gran quiebra, ó como la perdicion de un negociante que se hunde en la mar con todas sus riquezas; y ha querido morir con toda la deshonra, confusion y vergüenza de un facineroso, á quien la justicia hace expiar sus delitos con un castigo ruidoso para su propia pena y escarmiento del pueblo. ¡Oh Dios, y quién es capaz de comprender el rigor y la funestidad de una tal muerte! ¿Mas por qué lo dispone así el Señor? ¿Por qué hace beber á su Hijo hasta la última gota de un cáliz tan amargo? ¡Ah! que el Hijo inocente no merecia esta suerte; pero el hombre pecador, el hombre rebelde sí era muy acreedor á tan suma desgracia, á tan funesta muerte, á un abandono tan fatal y absoluto. Estaba tambien en los altos fines del divino consejo el que la divinidad de Cristo se acreditase por sí misma, levantándose, por decirlo así, del polvo del sepulcro; y que su religion no contase con fundamento ó auxilio que no fuera el de su divino Autor, pues habia de fundarse no con ayuda del poder humano, ó de circunstancias favorables del tiempo y las personas, sino ántes bien, contra todo el torrente de las pasiones humanas y toda la resistencia de la incredulidad, que habia de ser vencida por el poder de la gracia y la fuerza de la verdad.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Es ciertamente, y debe ser un asunto de profunda meditacion para nosotros la muerte del Hijo de Dios en un patíbulo; pero no una

meditacion estéril que no produzca en nosotros el efecto pretendido, sino una consideracion útil que abra el camino á la entera reforma de nuestras costumbres. Nuestras culpas han ocasionado una catástrofe tan lastimosa: por destruirlas ha abrazado con anhelo el Hijo de Dios los tormentos y la muerte misma: nada ha excusado de cuanto puede producir este efecto saludable, y solo pretende que se verifique. Si queremos, pues, como debemos, el logro de esta empresa divina y el fruto de los trabajos de Jesus, es menester que cooperemos con él á la destruccion del pecado, por medio de la verdadera penitencia. Esta cooperacion es lo que falta, como dice San Pablo, á la Pasion de Cristo: "Cumplo en mi carne," dice, "lo que falta á la Pasion de Cristo." Ella es una obra acabada y capaz de producir todo su efecto; pero es necesario que nos la apliquemos por la penitencia, y por el arreglo de toda nuestra vida. He aquí el propósito que debemos sacar de esta meditacion, pidiendo al Señor la comunicacion de su espíritu para cooperar dignamente á una obra que es toda de Dios.

JACULATORIA.

Léjos de mí, Señor, que yo me glorie en otra cosa que en tu cruz: por tí está el mundo crucificado para mí, y yo para él.

LECCION.

Sobre la soledad de María Santísima.

Si no es bastante, lector católico, lo que has leido hasta aquí para formar alguna idea de las angustias de María en su soledad, acompáñame con la imaginacion al huerto de Gethsemaní, y allí la postura humilde del hombre Dios que con los ojos fijos en tierra oraba á su Padre con lágrimas de sangre, te manifestará cuán grande es la afliccion que causa el desamparo en medio de las angustias y trabajos. Efectivamente, á Jesucristo no fueron tan sensibles los azotes, bofetadas y atrocísimos tormentos que padeció en toda su pasion, como el desamparo y soledad: así es que ir á orar al huerto que tenia de costumbre, la noche que precedió al dia de las tinieblas, no fué solo, sino que quiso le acompañasen sus discípulos, á quienes con la mayor ternura dijo: *Sentaos aquí, miéntras que yo voy allí y hago oracion.* Hay mas: toma consigo á tres de los mas queridos, se queja con ellos de su amarga tristeza, y les encarga velen con él: *Esperad aquí y velad conmigo.* ¿Por ventura necesitaba Jesucristo de la oracion, vigilancia y cuidado de unas puras criaturas? No, sin duda; mas tal era de grande su afliccion, que le hace buscar por dos veces la compañía de sus Apóstoles, y encontrándolos dormidos les hace una tan tierna como amorosa reconvencion: *¿Ni una hora sola habeis podido velar conmigo?* ¿Qué deberemos, pues, juzgar de las angustias de la Vírgen Madre, cuando no una hora sola, sino dia y noche pasa en sus angustias y dolores, sin Apóstoles que la acompañen, sin padres ni parientes con quienes quejarse? *Extendió Sion sus manos, no hay quien la consuele. Oid, os ruego, pueblos todos, y ved mi dolor: llamé á mis amigos, y ellos me engañaron.* María el dia de hoy se halla en la casa del silencio, está en la morada del luto. ¡Oh soledad! ¡cuán terribles son á un corazon sensible tus angustias! ¡Oh amargo desamparo de María! ¿Qué fué de tu Hijo, del objeto de tus caricias, de la prenda de tu amor? ¡Ay! ¡que ya no vive aquel en quien ántes te complacias; una pesada losa lo separa de tí! Murió el Hombre Dios que por tantos títulos te era tan amado.

María en su soledad no tiene hijos que se le reunan en contorno para mitigar su dolor, como á Jacob cuando la pérdida de su hijo José: y si este patriarca á pesar de ese consuelo, exclamó en medio de su dolor: *Descenderé, á mi hijo llorando, hasta el sepulcro,* ¿qué hará María, tierna y cariñosa Madre? Ella no tiene en la tierra á quien amar para dar lenitivo á su dolor, como Isaac que templó el de su difunta madre con el amor de su esposa Rebeca; pues María se halla hija sin Padre, madre sin Hijo y muger sin esposo. Las criaturas insensibles que el dia de ayer dieron señales de sensibilidad en la muerte de su Hacedor, el dia de hoy ninguna parte toman en el dolor de la Madre mas abandonada. El sol no se oscurece, la tierra no se mueve, los sepulcros no se abren ni las piedras se dividen. Un profundo silencio reina por todas partes.

La imaginacion de María, aunque racional y justa, no por eso deja de presentarle los tristes objetos que le atormentaron el dia de ayer: todo le representa al único Hijo de sus entrañas purísimas agonizando en una cruz. Contemplemos, pues, lector cristiano, si es posible, toda nuestra vida, el mayor de los desamparos, la mas cruel y absoluta soledad de María. La afliccion y tristeza de esta Madre dolorosísima en que estuvo sumergida todo el dia, recibió su complemento, subió al mas alto grado al encontrarse abandona-

da en cierto modo de Dios, de los hombres y de las criaturas todas: *Pásome desolada, consumida de tristeza todo el dia.*

Ni se crea que siendo tan viva la fé de María, la certeza que tenia de la resurreccion de su Santísimo Hijo minoraba su dolor; porque así como la certeza que tenia Jesus de que habia de resucitar, en nada disminuyó sus padecimientos, tampoco la que tenia su Madre purísima le servia de lenitivo; ántes por el contrario se le haria insoportable el tiempo que dilataba el consuelo. Jesus padeció en el cuerpo y María en el alma, siendo tan grande su pena, que el profeta Simeon, inspirado por el Espíritu Santo para dar alguna idea de ella, la llamó espada aguda que traspasaria su corazon. Este era como un espejo en que se representaba vivamente cuanto padecia el Salvador, y su fantasía no cesaba de atormentarla continuamente, representándole las horrorosas escenas de la pasion de su Hijo desde la noche anterior. Esta amargura subia de punto, comparándola con otras alegres que habian pasado desde la Encarnacion del Verbo Divino. ¡Cómo iria repasando en su memoria la dolorosa Vírgen la embajada de Gabriel, la alegría y cánticos de los ángeles en el nacimiento de Jesus, las gracias de su niñez, las palabras de vida que salian de su boca, sus acciones llenas de nobleza, de modestia y de edificacion! Conociendo la divina Señora todo aquello de que era digno su Hijo, ¡qué contraste no haria con estas ideas la conducta de los judíos! ¡Ah! ¡En qué mar de amargura no se encontraria sumergida! ¡Con qué ansia no desearia la resurreccion de Jesus para recibir el consuelo deseado!

Figurémonos que nos hallamos enfermos de un mal agudo y penoso, y que sabemos que con tal medicamento hemos de calmar inmediatamente nuestros dolores. ¡Qué deseos tan vehementes no tenemos de que llegue á nuestras manos el remedio! Aun cuando sabemos que ha de llegar dentro de un breve tiempo, no por eso cesa nuestra angustia; ántes parece que se aumenta con la esperanza, miéntras que no llega á realizarse estamos en un estado violento, insufrible: á cada instante preguntamos si ya llegó la medicina, y si vemos que no, culpamos de omision á nuestros amigos, á nuestros domésticos, á todos aquellos que han de contribuir á la confeccion de aquella, ó á traérnosla, y casi nos abandonamos á la desesperacion; de suerte que puede asegurarse que vivimos en un tormento atroz, que se renueva en cada momento miéntras que no llegamos á obtener el remedio. La virtud de María era muy sólida,

su resignacion en la voluntad divina era sin semejante, su paciencia á toda prueba; de aquí es que no podia producir en su alma los efectos que en nosotros la esperanza y el retardo de la resurreccion de Jesus; pero siendo su bendita alma no menos virtuosa que sensible y amante de su divino Hijo, sí sentiria todo aquel tormento que nosotros sentimos en situacion semejante, y aun tanto mayor, cuanto aventaja á la nuestra la sensibilidad de María y su amor á Jesucristo. Convengamos, pues, en que á pesar de estar cierta de su resurreccion, la tarde y noche del sábado fueron para ella unos momentos tan amargos, que en cada uno se renovaba en su corazon un nuevo é imponderable martirio.

Acompañemos á María en su soledad, y esta nos sirva de medio para hacernos formar idea de la que sentirá nuestra alma si por desgracia suya queda separada para siempre de Jesus en la hora de nuestra muerte. Si la ausencia material de su persona por unas cuantas horas causó tantas angustias en el corazon de María, ¿cuáles serán las nuestras teniendo que separarnos de su compañía por toda la eternidad? María estaba segura de que su Hijo resucitaria y se le presentaria como un Dios de bondad, de consuelo, de paz, cuya sola presencia la colmaria de placer indecible; mas nosotros sumergidos en el infierno por nuestras culpas, ¿qué esperamos? Estamos ciertos de que veremos otra vez á Jesus: sí, compareceremos ante su tribunal en el dia del juicio; pero ¡ay! mas valdria que nos escondiéramos en lo mas profundo del infierno ántes que presentarnos á sus ojos. No será para nosotros ya un Dios de bondad, sino de justicia; no un Dios de consuelo, sino de afliccion; no un Dios de paz, sino de venganza. ¡Ay miserables de nosotros! Vamos, vamos á oir por la última vez la terrible sentencia de quedar para siempre escluidos de su compañía: ya no hay gloria para nosotros; los demonios nos esperan, y vamos á permanecer por todos los siglos en una perpetua soledad de las cosas del cielo, ya demas, en una continua y no interrumpida compañía de demonios y de tormentos.

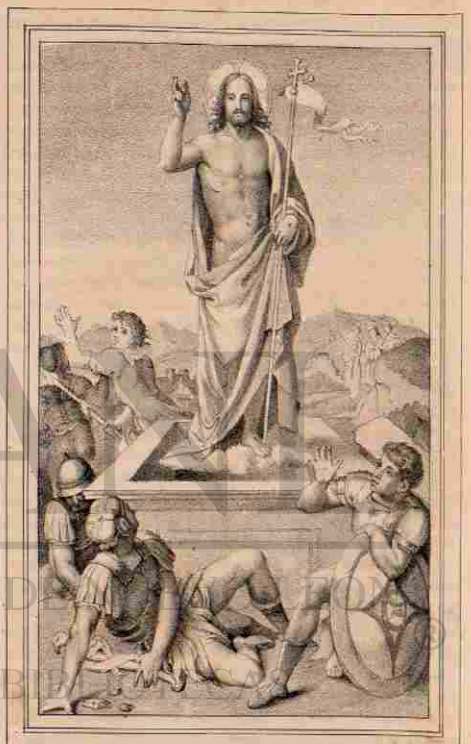
¡Oh idea terrible! apártate de mi memoria: tú me haces estremecer: mi conciencia me anuncia que si muriera en este instante, esa seria mi suerte; pero no, no te apartes de mi pensamiento. Tú, tú eres mi remedio; tú me das á conocerme á mí mismo, tú me obligas á prevenir el golpe fatal. Ya, ya me arrepiento, ya recurro á la Madre de pecadores. Sí, Madre mia, Señora desolada, triste y dolorosa, yo vengo á acompañaros en vuestra soledad, y á implorar vuestro

auxilio. Si las lágrimas de un arrepentido pueden serviros de consuelo, aquí teneis las mias; pero emplead las vuestras en mi favor. Mañana es el triunfo de vuestro Hijo; mañana es dia de hacer mercedes; ¿qué os negará en dia tan venturoso? Nada. Pues suplicadle que me conceda su gracia para salir de la culpa, permanecer y progresar en la virtud, y evitar el que en mi muerte me vea para siempre separado de su compañía y de la vuestra, sino que eternamente os alabe en la bienaventuranza.

Domingo de Resurreccion.

Este es, dice el Profeta, el dia feliz que hizo el Señor: celebrémosle con todo el gozo y alegría de que somos capaces. ¿Hubo jamas motivo mas justo para alegrarnos que la resurreccion del Salvador? Este misterio es la prueba invencible de todos los otros; es el fundamento de nuestra religion; la prenda segura de nuestra felicidad; la base de nuestra fé y el áncora de nuestra esperanza. Jesucristo resucitado, dice San Atanasio, ha hecho que la vida de los hombres sea una fiesta continua: ningun dolor, ningun temor debe turbar ya nuestro reposo: nuestra esperanza nada tiene ya de vacilante, ni de incierto, pues nuestro Maestro resucita para nunca mas morir: nosotros no podemos ya morir sino para volver á vivir. Hemos llorado á Jesucristo, y así es justo que habiendo sentido los dolores é ignominias de su muerte, tengamos parte en la gloria y en el gozo de su triunfo. Manifieste su alegría todo el universo, dicen los Profetas; resuenen por todo el mundo en este dia afortunado los gritos y cánticos de gozo, para celebrar un triunfo que debe hacernos á todos dichosos. La muerte es vencida; el infierno deja escapar sus mas ilustres cautivos; la tierra ántes del tiempo de la restitucion general, se ve forzada á volverles á muchos santos los despojos de sus cuerpos para honrar la pompa de su victoria. El cielo envia á sus ángeles á anunciar á todos los fieles la gloriosa y triunfante resurreccion de su Redentor. Los Apóstoles salen en fin de las tinieblas de su ignorancia y de su incredulidad, para reconocer y adorar la divinidad de su Salvador, á quien ven en este dia victorioso de la misma muerte.

Todo el cristianismo está fundado sobre la creencia de este misterio; todo estriba sobre esta verdad fundamental. Aunque la divi-



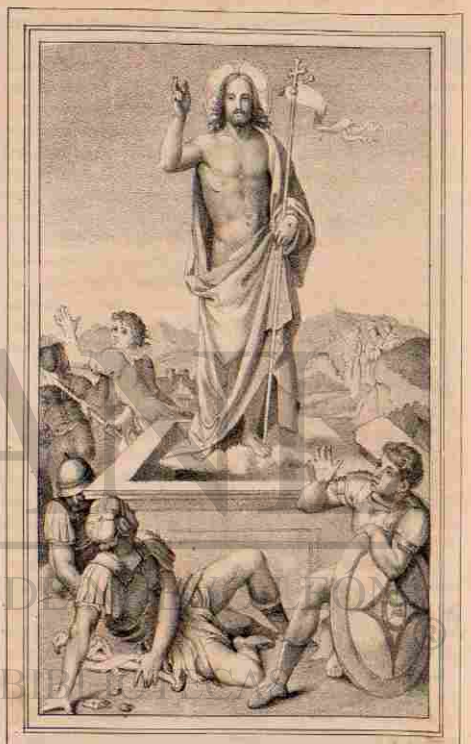
¿Que buscais entre los muertos al que vive? RESUCITÓ ya, no está aquí. (S. Lucas cap. XXIV. v. 5 y 6)

auxilio. Si las lágrimas de un arrepentido pueden serviros de consuelo, aquí teneis las mias; pero emplead las vuestras en mi favor. Mañana es el triunfo de vuestro Hijo; mañana es dia de hacer mercedes; ¿qué os negará en dia tan venturoso? Nada. Pues suplicadle que me conceda su gracia para salir de la culpa, permanecer y progresar en la virtud, y evitar el que en mi muerte me vea para siempre separado de su compañía y de la vuestra, sino que eternamente os alabe en la bienaventuranza.

Domingo de Resurreccion.

Este es, dice el Profeta, el dia feliz que hizo el Señor: celebrémosle con todo el gozo y alegría de que somos capaces. ¿Hubo jamas motivo mas justo para alegrarnos que la resurreccion del Salvador? Este misterio es la prueba invencible de todos los otros; es el fundamento de nuestra religion; la prenda segura de nuestra felicidad; la base de nuestra fé y el áncora de nuestra esperanza. Jesucristo resucitado, dice San Atanasio, ha hecho que la vida de los hombres sea una fiesta continua: ningun dolor, ningun temor debe turbar ya nuestro reposo: nuestra esperanza nada tiene ya de vacilante, ni de incierto, pues nuestro Maestro resucita para nunca mas morir: nosotros no podemos ya morir sino para volver á vivir. Hemos llorado á Jesucristo, y así es justo que habiendo sentido los dolores é ignominias de su muerte, tengamos parte en la gloria y en el gozo de su triunfo. Manifieste su alegría todo el universo, dicen los Profetas; resuenen por todo el mundo en este dia afortunado los gritos y cánticos de gozo, para celebrar un triunfo que debe hacernos á todos dichosos. La muerte es vencida; el infierno deja escapar sus mas ilustres cautivos; la tierra ántes del tiempo de la restitucion general, se ve forzada á volverles á muchos santos los despojos de sus cuerpos para honrar la pompa de su victoria. El cielo envia á sus ángeles á anunciar á todos los fieles la gloriosa y triunfante resurreccion de su Redentor. Los Apóstoles salen en fin de las tinieblas de su ignorancia y de su incredulidad, para reconocer y adorar la divinidad de su Salvador, á quien ven en este dia victorioso de la misma muerte.

Todo el cristianismo está fundado sobre la creencia de este misterio; todo estriba sobre esta verdad fundamental. Aunque la divi-



¿Que buscais entre los muertos al que vive? RESUCITÓ ya, no está aquí. (S. Lucas cap. XXIV. v. 5 y 6)

nidad de Jesucristo hubiese sido suficientemente establecida, ya por las obras sobrenaturales que habia hecho en el discurso de su vida mortal, ya por los oráculos de los Profetas, que se referian todos tan exactamente á las diversas circunstancias de su vida, de su pasion y de su muerte, los demonios arrojados, los ciegos curados, los muertos de cuatro dias resucitados: tantos prodigios lo autorizaban al parecer bastantemente en la calidad que tomaba de Hijo de Dios; sin embargo, era necesario que resucitase para poner una verdad tan importante fuera de todo tiro de la calumnia: puede decirse que la revelacion de la divinidad de Jesucristo, estaba sobre todo aligada y como pendiente de su resurreccion. Esta era la prueba que daba él mismo de que era Dios. El Evangelio está lleno de las declaraciones expresas que hacia tan repetidas veces á sus discípulos, no solo de los oprobios de su muerte, sino tambien de sus gloriosas consecuencias, y singularmente de la resurreccion de su cuerpo al tercero dia. De nada servia haberlo confiado á sus discípulos, si lo hubiera ocultado enteramente á sus enemigos; por eso á cada paso les hablaba á unos y á otros de su resurreccion, sirviéndose de expresiones misteriosas y figuradas, para despertar su atencion y curiosidad. Vosotros me preguntais, les decia, ¿con qué autoridad arrojo á latigazos á los que con un tráfico el mas indigno profanan el templo? Destruid este templo, y yo lo reedificaré en tres dias. El templo de que hablaba era, dice S. Juan, su propio cuerpo. Despues que hubiéreis destruido con una muerte cruel é ignominiosa, este templo visible, que es mi cuerpo, yo lo volveré á poner al tercero dia en el mismo estado, y en un estado todavía mas perfecto. Me pedís, les decia en otra ocasion, un milagro nuevo para convencer vuestra incredulidad: los que he obrado, y de que la mayor parte de vosotros habeis sido testigos, podrian bastaros; pero yo haré uno que les pondrá el sello á todos los otros, y que ningun hombre que no sea Dios, es capaz de hacer. Este milagro será aquel de que fué figura el profeta Jonas, saliendo con vida despues de haber estado tres dias en el vientre de la ballena. Por mas figuradas que fuesen estas expresiones, no obstante, las comprendieron muy bien los judíos, y penetraron tan bien su verdadero sentido, que inmediatamente que espiró, corrieron á decirle á Pilato: *Nos acordamos que aquel embaucador dijo muchas veces durante su vida, que resucitaria al tercero dia;* y por consiguiente que era menester prevenir el error y cerrar todos los caminos á la impostura, tomando to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

das las precauciones posibles para embarazar el que se lo llevasen del sepulcro. En efecto se tomaron las precauciones: la autoridad del gobernador, la desconfianza de los pontífices, los artificios de los fariseos, la vigilancia de los guardias, el sello de los magistrados, todo se empleó para impedir cualquiera sorpresa; y todo sirvió á hacer mas incontestable, mas palpable la verdad de la resurreccion. Quiere el Señor que nada tengan que reprenderse de parte de la vigilancia, para que nada tengan que reconvenirle de parte de la verdad. Los guardias, puestos para quitar á la resurreccion el medio de esparcirse por el mundo, les quitan á sus enemigos el medio de contestarla y oponerse á ella: eran en la intencion de los judíos otros tantos obstáculos á la impostura; y son en los designios de Dios otros tantos apoyos de la verdad. Sin estos soldados, hubiera sido preciso que los primeros denunciadores de este prodigio hubiesen sido los Apóstoles, gentes sospechosas para los judíos é interesadas en publicar este hecho; pero lo son los mismos soldados, los cuales, testigos oculares de la resurreccion del Salvador, la denuncian á los pontífices y confunden con esto su malignidad.

Así como la verdad de este gran misterio es una prueba sin réplica de la divinidad de Jesucristo, y por consiguiente de la verdad, de la santidad, de la infalibilidad de nuestra religion, fundada y establecida especialmente por él; así tambien en virtud de la seguridad y de la fé con que se cree esta tan milagrosa resurreccion del Salvador se ha multiplicado el cristianismo; el Evangelio ha hecho en el mundo infinitos progresos, y la divinidad del Salvador, á pesar del infierno y de todas sus potestades, ha sido creida hasta en las extremidades del mundo. Nunca predicaban los Apóstoles á Jesucristo, que no hablasen de su resurreccion como una prueba sin réplica. En el primer sermon que predicó San Pedro en medio de Jerusalen, cincuenta dias despues de haber resucitado Jesucristo, y en el que convirtió tres mil judíos, se habla de este misterio, sin que ningun escriba, fariseo ó pontífice se atreviese á desmentirle. El que os predicamos, decian en voz alta los Apóstoles, es aquel mismo que vosotros crucificasteis, que espiró en una cruz, y que tres dias despues se resucitó á sí mismo. La evidencia de esta resurreccion es la prueba mas concluyente de todas las verdades de fé, y la demostracion de todos los otros misterios. Aun puede decirse, que en el nacimiento de la Iglesia toda la fuerza del zelo de los Apóstoles se reducia á dar testimonio de la resurreccion del Salvador. No se preciaban al parecer ni se calificaban sino de testigos de la resurreccion del Señor. Si es menester sustituir un nuevo discípulo en lugar del pérfido Judas, no se busca sino uno, que como ellos, haya sido testigo de la resurreccion de Jesucristo. En efecto, añade San Lucas, no habia quien no se rindiese á la fuerza de este testimonio. Toda la religion, todo el Evangelio se encierra, por decirlo así, en este solo artículo de nuestra fé: Jesucristo ha resucitado; luego es Hijo de Dios; luego es Dios, como él mismo nos lo ha asegurado: sus palabras son oráculos de verdad; luego su Evangelio es la sola regla de las costumbres; su Iglesia el solo camino de la salvacion: su religion la sola verdadera que puede haber en el mundo.

Por la excelencia de este misterio juzguemos de la solemnidad de la fiesta de este dia. La fiesta de pascua es la mas solemne y la mas augusta de todas las fiestas de la religion cristiana. La Iglesia la ha mirado siempre como el *dia del Señor* por excelencia, y la ha hecho llevar el nombre augusto de Domingo, despues de haber trasladado á este dia todos los honores y obligaciones del dia del Sábado, que hasta entónces habia sido el dia singularmente consagrado al Señor. Y no se contentó con limitar su solemnidad al dia de su resurreccion, ni á los términos de una octava ordinaria: quiso que los regocijos espirituales de la fiesta continuasen todos los cincuenta dias que se llaman el tiempo pascual; y que durante el año el primer dia de la semana que por esto ha entrado á ocupar el lugar del Sábado, nos renovase la memoria del misterio de la resurreccion, solemnizase en partes su celebridad, y que cada Domingo fuese como la octava perpetua de la fiesta de pascua. San Basilio dice, que la fiesta de pascua es como el principio de la fiesta de la eternidad, ó á lo ménos como la representacion de la fiesta de la eternidad bienaventurada. La fiesta de pascua, dice San Gregorio Nacianzeno, es sobre las demas fiestas del Señor. Los otros Santos Padres la llaman la fiesta de las fiestas; y el papa San Leon, queriendo darnos una justa idea de esta gran solemnidad, dice, que entre todos los dias que se honran con un culto particular en la religion cristiana, no hay otro mas augusto ni mas excelente que el de la fiesta de pascua, de la cual todas las otras solemnidades de la Iglesia reciben su dignidad, y por decirlo así, su consagracion. Por este motivo en los ocho ó nueve primeros siglos toda la semana de pascua se componia de tantas fiestas como dias, y venia á ser, digámoslo así, una

sola fiesta solemne que duraba ocho dias. El concilio segundo de Mascon, tenido en 585, renueva expresamente y encarga con encarecimiento el que se deje de trabajar y cese toda obra servil en los seis dias siguientes al Domingo de pascua; no debiendo, dice, emplear los fieles todo este tiempo sino en celebrar con devocion y con una santa alegría el triunfo de nuestro Redentor, y en darle gracias por el beneficio de la redencion. Ninguno, dice el concilio, en estos seis dias tan santos se atreva á hacer ninguna obra servil, sino que todos juntos en la Iglesia celebren con alegres himnos y cánticos la fiesta de pascua, y asistiendo todos los dias al divino sacrificio, no cesemos de alabar y dar gracias á nuestro Salvador, especialmente por la mañana, á medio dia y á la tarde. Teodulfo, obispo de Orleans, en el nono siglo, despues de haber ordenado en su capítular que se comulgue el Juéves santo, quiere que se comulgue tambien todos los dias de la semana de pascua. El concilio de Maguncia en 813 ordena casi lo mismo. El de Meaux en 835 amenaza hasta con excomunion á los que violaren la santidad y solemnidad de estos ocho dias. Hácia los principios del siglo once se redujeron á tres estos ocho dias de fiesta.

Siendo la fiesta de pascua no solo la mas solemne de las fiestas de la Iglesia, sino tambien la famosa época que fija el tiempo de todas las otras, era necesario que se celebrase en un mismo dia en todo el mundo cristiano. Los judíos han celebrado siempre su pascua el 14 de la luna de Marzo, en memoria de haber sido libertados este dia de la cautividad de Egipto. La Iglesia en memoria de la resurreccion del Salvador, celebra la pascua el Domingo despues de la luna llena de Marzo, que cae inmediatamente despues del equinoccio de la primavera. Esto se observa por disposicion del concilio Niceno á fin de no encontrarse con los judíos ni parecer que los imita.

Antes del concilio Niceno tenido el año 325, los cristianos de Asia celebraban la pascua el 14 de la luna de Marzo, dia en que Jesucristo habia sido crucificado; pero los cristianos de Occidente la celebraban todos en Domingo. Esta diversidad de disciplina excitó como á la mitad del segundo siglo grandes disputas entre los occidentes y los asiáticos, pretendiendo estos que se debia celebrar la pascua el 14 de la luna de Marzo, como lo hacian los judíos, lo que hizo se les diera el nombre de cuartodecimanos: y sosteniendo aquellos que no debia celebrarse sino el Domingo. El papa Victor

amenazó separar de su comunion á las iglesias de Asia que se obstinasen en conformarse con los judíos. Esta diferencia se terminó en fin, por el famoso concilio ecuménico de Nicea, que declaró debia celebrarse la pascua en toda la Iglesia el Domingo despues del 14 de la luna de Marzo, que cae precisamente en el equinoccio de la primavera, ó inmediatamente despues de este equinoccio; y de aquí viene la variacion del dia de la pascua; pues la luna cuyo dia 14 cae en el equinoccio, pertenece al mes antecedente; y la luna de Marzo es siempre aquella cuyo dia 14 concurre en el equinoccio; pues para que el primer dia de esta luna se encuentre constantemente entre el 8 de Marzo y el 5 de Abril, la pascua nunca puede bajar mas que al 22 de Marzo, ni pasar mas allá del 25 de Abril; en este intervalo es preciso que caiga siempre.

Se sabe que el nombre de pascua viene de la palabra *Pasach*, que significa tránsito ó paso; y que entre los judíos significaba el paso del mar Rojo á la salida de los israelitas de Egipto, y el paso del ángel exterminador, el cual viendo la sangre del Cordero pascual pasaba sin hacerles ningun mal, al paso que entraba en las casas de los egipcios para matar todos los primogénitos de los hombres y de las bestias. Entre los cristianos la palabra pascua tiene la misma significacion; pero en un sentido mucho mas espiritual, con relacion al misterio de que aquel paso del ángel y de los hebreos no era sino figura. Significa propiamente el paso de la muerte á la vida en la resurreccion de Jesucristo, de la esclavitud del pecado á la dichosa libertad de hijos de Dios en los cristianos, de la ley antigua á la nueva, y del desierto de esta vida, dicen los Padres, á la verdadera tierra de promision, que es el cielo, á la cual nos dan derecho la muerte y la resurreccion del Salvador.

En muchas iglesias, y sobre todo, en muchas comunidades religiosas, se procura celebrar el dia de hoy el glorioso momento en que resucitó Jesucristo, con procesiones que se hacen al amanecer al derredor de las iglesias, ó en los bautisterios, y con la misa de resurreccion que se dice en un altar, que se levanta fuera de la iglesia, para venerar la santa impaciencia y prontitud con que las tres Marías fueron al sepulcro del Salvador ántes del dia. Los griegos y los orientales hacen una especie de fiesta particular, que llaman la fiesta del triunfo de Jesucristo, que sale glorioso del sepulcro. Al amanecer, luego que empieza á rayar la aurora, van á la iglesia, y despues de algunas oraciones y lecciones, se canta un himno ó cán-

tico de la resurreccion, á cuyo tiempo el preste que oficia, besa la imágen de Jesucristo resucitado: luego besa al mas respetable del concurso, el cual besa al que está inmediato á él, y así pasan de unos á otros. Las mugeres hacen lo mismo unas con otras, y hasta los niños practicaban esta santa ceremonia. El que da el ósculo dice: *Jesucristo ha resucitado;* y el que lo recibe responde: *Ha resucitado verdaderamente.* Esta señal de alegría cristiana no se estilaba solo en la iglesia: no habia otro modo de saludarse los cristianos estos tres dias en las calles y casas. En el occidente se observaba la misma ceremonia; decian al saludarse: *El Señor ha resucitado verdaderamente:* y se respondian: *Demos á Dios eternas gracias,* valiéndose ordinariamente de esta ocasion para reconciliarse por este ósculo de paz que estaba tan en uso. Con el tiempo vino á no darse sino solamente en la misa, hasta que en fin se ha reducido únicamente á los ministros del altar y á los clérigos. Todo en el oficio pascual inspira aquel santo gozo de que la Iglesia está penetrada; salmos, himnos, cánticos, antífonas, versículos, todo concurre á celebrar con solemnidad el triunfo del Salvador en este dia; mas no solo el suyo, sino el nuestro, ó la parte que tenemos en el suyo: la cuaresma ha sido para nosotros la figura de la vida penitente y laboriosa que debemos tener en este lugar de destierro; mas la fiesta de pascua representa aquella vida gloriosa que debe ser la recompensa de la presente. Por eso la Iglesia entra ya en espíritu en la patria celestial por el oficio todo de esta semana. No quiere ya alabar á Dios con los himnos ordinarios, sino que repite sin cesar el cántico de la Aleluya, que los bienaventurados, dice S. Juan, cantan eternamente en la gloria: "Oí como la voz de muchas tropas de gente en el cielo que decian: *Aleluya:* la gloria y el poder sean dados á nuestro Dios, al cual pertenece la cualidad de Salvador; dad sin cesar alabanzas á nuestro Dios todos los que sois sus siervos. Porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso ha tomado posesion de su reino. Alegrémonos, saltemos de gozo, y glorifiquémosle." Ved aquí lo que pasa en el cielo segun San Juan, y lo que la Iglesia procura imitar sobre la tierra, por la frecuente repeticion de la palabra *Aleluya* durante el tiempo pascual.

El introito de la misa de este dia es del salmo CXXXVIII. *Yo he resucitado sin haber dejado jamas de estar contigo: sea alabado nuestro Dios.* Quien dice esto es el mismo Jesucristo, que en el dia de su triunfo se lo dijo á su Padre. Extendiste tu mano sobre mí, nunca tu infinito poder se manifestó conmigo mas glorioso que en el triunfo de mi resurreccion; seas glorificado eternamente. Tu ciencia se ha hecho admirar, alabad á Dios y no ceseis de cantar á honor suyo cánticos de alabanza. Como tú solo Señor me conoces perfectamente, dice el Salvador; y como solo yo conozco perfectamente lo que tú eres, tu infinito poder, tus divinas perfecciones y tu esencia, has hecho conocer en este dia lo que soy yo. Tú conociste mi muerte y mi resurreccion. Conociste el fin, la causa y el mérito de mi muerte, por la cual he satisfecho plenamente á tu justicia, y no ignoras tampoco que por el poder divino, que me es comun contigo, he resucitado glorioso y triunfante de la muerte y del sepulcro.

La Epístola de este dia se tomó de la primera carta que escribió San Pablo á los corintios. Hermanos mios, les dice, deshaceos de la antigua levadura, para que vengais á ser una nueva masa. Acababa el santo Apóstol de reprender á los fieles de Corintio, el que tolerasen entre ellos un incestuoso público, al cual lo entrega el santo á Satanas, para que estando cortado del cuerpo de la Iglesia como un miembro podrido, no tengan en adelante ningun comercio con él. ¿Ignorais, les dice, que un poco de levadura corrompe toda la masa? Y tomando de aquí ocasion de hacerles comprender la pureza é inocencia que pide Dios á todos los cristianos, les dice al cortar del cuerpo de la Iglesia este miembro podrido: "Sabed que debeis apartar de vuestro corazon toda inmundicia, para que seais puros é inmaculados y reengendrados por el bautismo, y tened la dicha de celebrar una pascua continua en que el mismo Jesucristo es la víctima. Pongámonos en estado de participar de este celestial banquete, por medio de una vida pura é inocente, y enteramente distinta de la que teniamos ántes de nuestra regeneracion." El Apóstol, dice un sabio intérprete, hace aquí una alusion continua á lo que practicaban los judíos ántes de comer el cordero pascual. Tenian un escrupuloso cuidado de echar de su casa toda levadura y todo lo que estaba fermentado. Por la levadura debe entenderse aquí el pecado y todo lo que mancha el alma. Los judíos tenian por manchada toda una masa, por poca que fuese la levadura que entrase en ella, miéntras duraban los siete dias de pascua: de modo que esto habia pasado á proverbio, para significar que las compañías mas santas perdian su reputacion, y se exponian á ver bien presto introducido en ellas el desórden desde el mo-

mento que sufrian impunemente consigo personas de malas costumbres y de una vida escandalosa. Esta expresion *Epulemur*, comamos ó hagamos un banquete, no significa un banquete ó una accion particular, por la cual les pide San Pablo á los cristianos esta virtud y esta exacta pureza; significa y denota todo el tiempo de la vida, el cual se debe pasar en la inocencia y santidad. Tambien puede entenderse de la comunion pascual. *Epulemur:* celebremos la pascua cristiana, recibiendo y comiendo la divina Eucaristía, que es el verdadero Cordero pascual, no con la antigua levadura, esto es, no con aquellas disposiciones viciosas, en que estabais ántes que hubieseis abrazado la fé y os hubieseis despojado del hombre viejo para vestiros del nuevo: llegaos á la santa mesa, comed el divino Cordero que se inmoló por nosotros, comedlo con las disposiciones que pide un alimento tan santo: con un corazon puro, con una fé viva, con una conciencia limpia, y con aquel vestido de boda que denota una tan gran pureza.

El Evangelio es tomado del capítulo XVI de San Márcos. En él se nos refiere que María Magdalena, y María, madre de Santiago y Salomé, no habiendo podido acabar de preparar la tarde del viérnes todos los bálsamos que necesitaban para embalsamar el cuerpo del Salvador, segun era costumbre entre los judíos, no bien hubo pasado el sábado, cuando fueron en la tarde á acabar de proveerse de lo que habian menester para ir la mañana siguiente al sepulcro. Ansiosas é impacientes por tributar este último obsequio al Salvador, parten de Jerusalen al rayar el alba, y llegan al sepulcro como al salir el sol. Conforme se iban acercando, se decian unas á otras: ¿quién nos quitará la piedra que está ántes de la entrada del sepulcro? Si estas santas mugeres hubieran tenido ménos amor á Jesucristo, la dificultad que se proponian las hubiera hecho estarse en su casa. Pero cuando se ama verdaderamente al Señor, no se encuentra imposible cosa alguna en su servicio. Se sabe que su providencia tiene infinitos medios y recursos, y que nuestra confianza se los hace emplear. Las menores dificultades detienen á una alma floja en el camino de la virtud; pero una alma fervorosa no encuentra cosa que no supere y venza fácilmente con la ayuda de la gracia. ¿De qué consuelo, de qué favores no se hubieran privado, si dando oidos á la razon natural, se hubieran espantado y amilanado á vista de una dificultad tan puesta en razon? En el servicio de Dios no es menester sino una generosa resolucion para ver allanarse y aun desaparecerse todos los obstáculos. Se advirtió de repente un gran temblor de tierra, y dejándose ver en la primera bóveda donde estaban los soldados de guardia, un ángel bajado del cielo, les inspiró tanto terror, que echaron á correr. A este tiempo, volviendo el ángel la piedra, se sentó encima. Poco despues llegaron estas santas mugeres, las que quedaron agradablemente sorprendidas al no encontrar soldados; pero se sorprendieron mucho mas cuando presentándose á la puerta de la primera cueva, advirtieron que estaba abierta la entrada de la segunda en que habia sido puesto el cuerpo del Salvador, y vieron á un ángel sentado sobre la piedra que se habia puesto desde el principio para cerrarla. El excesivo resplandor de aquel espíritu celestial en figura de un jóven bizarro, las paró y aun las inspiró algun terror. Su rostro era tan resplandeciente que despedia unos rayos como relámpagos, y sus vestidos parecian tan blancos como la nieve. Conociendo el ángel que estaban asustadas y temerosas, les dijo: Sosegaos, no teneis que temer: vosotras venís á buscar el cuerpo del Salvador para embalsamarlo; pero ¿para qué venís á buscar entre los muertos al que está vivo y es tambien Autor de la vida? No está aquí; ha resucitado. Acordaos que os dijo un dia, estando con vosotras en Galilea, que el Hijo del Hombre habia de ser entregado en manos de los pecadores; que habia de ser crucificado, y que tres dias despues de su muerte habia de resucitar. Todo esto ha sucedido como lo predijo: podeis convenceros de ser esto así por vuestros propios ojos. Veis aquí el lugar donde lo pusieron, no temais entrar, no encontrareis sino el sudario en que fué envuelto. Despues que esteis convencidas por vosotras mismas de su gloriosa resurreccion, id á buscar á sus discípulos y dadles esta dichosa nueva, especialmente á Pedro, á quien ha escogido por cabeza de su Iglesia, y que tiene grandes deseos de verlo resucitado. El ángel, dicen los intérpretes, nombra á Pedro en particular, así porque todos lo reconocian como el primero de los doce, como porque habiendo tenido la desgracia de negar á su buen Maestro, hubieran podido imaginarse los demas discípulos que habia caido de su primacía, ó él mismo hubiera podido creer que Jesucristo no lo miraba ya sino como á un apóstata. Para asegurarlo, para consolarlo y para hacer comprender, dicen San Crisóstomo y San Gregorio, que su dolor y sus lágrimas no habian sido vanas, hace el Hijo de Dios que le avisen á él en particular de su resurreccion.

Quedaron las santas mugeres tan atónitas de lo que veian y oian, que apénas podian hablar una palabra. Vueltas de su espanto entran en el sepulcro y lo hallan vacío. En esta sorpresa se las presentan dos ángeles: este objeto renueva su terror: salen del sepulcro y van á decir á los discípulos lo que han visto. Pedro y Juan corren al sepulcro para ver con sus propios ojos lo que les decian las mugeres: estas los siguen, entran en él los dos discípulos, y no encuentran sino los lienzos en que habia sido amortajado el Salvador. Atónitos del prodigio, agitado su corazon de varios pensamientos, y como suspenso entre el dolor y el gozo, entre la admiracion y el temor, toman la vuelta. Magdalena fué la única que se quedó junto al sepulcro, no pudiendo resolverse á volver sin saber qué se habia hecho del cuerpo de su divino Maestro; su zelo, su inquietud, su ardiente amor á Jesucristo la ocupaban tan fuertemente, que no pensaba en lo que la habia dicho el ángel. Ocupada toda del objeto de su amor, se imagina que se lo han hurtado y quiere buscarlo á cualquier costa: su impaciencia y su inquietud la hacen desconfiar de sus propios ojos; cree no haberse hecho bien cargo la primera vez; vuelve á entrar hecha un mar de lágrimas, y habiéndose bajado para registrar y ver mejor el sepulcro, vé dos ángeles vestidos de blanco sentados en el sitio donde habian puesto el cuerpo de Jesus; el uno á la cabeza y el otro á los piés. La vista de los ángeles no la resarce de la pérdida que cree haber tenido del que busca. Muger, la dicen, ¿por qué lloras? Y ella les responde: Porque me han llevado á mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. San Crisóstomo cree que Magdalena notó á la sazon en los ángeles una improvisa y pronta veneracion como si adorasen á alguno. Volvióse para ver qué era aquello, y vió á Jesus que estaba allí; pero no pensó que fuese el Señor. Muger, la dijo el Salvador, ¿por qué lloras? ¿á quién buscas? No lo ignoraba el Señor; pero gusta mucho que se le franquee el corazon, y que se le diga que se le ama: quiere que se multipliquen y se renueven las pruebas y testimonios de nuestro amor. Magdalena creyó desde luego que era el hombre que cuidaba el huerto, y así, le dijo: Señor, si tú te lo has llevado, dime donde lo has puesto, y yo lo cogeré y me lo llevaré. Cuando uno está vivamente sentido y penetrado de dolor de alguna cosa, se imagina que todos saben el motivo que le hace llorar. La impaciencia, el amor y la perseverancia de Magdalena le robaron el corazon al Salvador de modo que no quiso ya diferir mas tiempo el manifestarse á una amante tan fina. Díjola: "María!" á esta sola palabra reconoce Magdalena al Salvador, y trasportada del mas vivo gozo de que es capaz el corazon, exclama: ¡Ah divino Maestro mio! y póstrase á sus piés para asirlos con sus brazos. Díjola entónces Jesus: No me toques: como si la dijera en sentir de los Padres: no te pares á tocarme, como si jamas hubieras de verme mas sobre la tierra; sosiégate y ten por cierto que tendrás tiempo de verme y conversar conmigo de espacio, pues todavía no estoy en disposicion de dejarte tan pronto para subir al cielo: todavía estaré visiblemente contigo algun tiempo para consolarte, confirmarte é instruirte. Y aunque me ves con el mismo cuerpo que me viste ántes de mi resurreccion, no debes ya mirarme con los mismos sentimientos naturales: elévate por la fé á unos sentimientos mas espirituales y á un conocimiento sobrenatural: de hoy en mas debes pensar y obrar de un modo mucho mas perfecto, y no te imagines que he de vivir entre vosotros, como viven aquellos que he resucitado. Me dejaré ver corporalmente muchas veces entre vosotros, me manifestaré á vosotros; pero de un modo siempre milagroso, hasta que habiendoos instruido suficientemente, y habiendoos enseñado á no mirarme ya con ojos corporales, sino con los ojos de la fé, suba á los cielos para estar sentado á la diestra de mi Padre, y prepararos el lugar que os he merecido con mi muerte: vé aquí lo que te mando que vayas á decir á mis discípulos. Esta fina amante corrió al punto á contar á los discípulos lo que la habia sucedido. Jesucristo se apareció despues á las otras santas mugeres en el camino. El mismo dia se manifestó tambien á los dos discípulos que iban á Emaus, y á S. Pedro ántes de dejarse ver de los otros Apóstoles, queriendo darle esta señal de distincion, como á cabeza de los Apóstoles y de toda la Iglesia. Finalmente, la tarde del mismo dia de su resurreccion, se manifestó á todos los discípulos juntos. Es digno de advertirse que en ninguna de las apariciones del Salvador se habla una palabra de la Santísima Vírgen, porque inmediatamente que resucitó Jesucristo se la habia aparecido; siendo muy justo que tuviese parte la primera en el gozo y en la gloria de su triunfo; y por otra parte estando perfectamente instruida de estos misterios, no tenia necesidad de semejantes lecciones.

La Epístola es del capítulo V de la primera del Apóstol San Pablo á los Corintios.

Hermanos: Echad fuera la levadura añeja para que seais una masa nueva, como que sois panes sin levadura. Porque Jesucristo que es vuestro Cordero pascual, ha sido inmolado. Por tanto, celebremos la fiesta, no con levaduras añejas ni con levadura de malicia y de corrupcion, sino con los panes ázimos de la sinceridad y de la verdad.

El Evangelio es del capítulo XVI de San Márcos.

En aquel tiempo: María Magdalena, y María, madre de Santiago y Salomé, compraron aromas para ir á embalsamar á Jesus. Y partiendo muy de madrugada el primer dia de la semana, llegaron al sepulcro salido ya el sol. Y se decian una á otra: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro? La cual realmente era muy grande. Mas echando la vista, repararon en que la piedra estaba apartada. Y entrando en el sepulcro se hallaron con un jóven sentado al lado derecho, vestido de un blanco ropage, y se quedaron pasmadas. Pero él las dijo: No temeis que asustaros: vosotras venís á buscar á Jesus Nazareno que fué crucificado: ya resucitó: no está aquí: mirad el lugar donde le pusieron. Pero id y decid á sus discípulos, y á Pedro, que irá delante de vosotros en Galilea, donde le vereis, segun que os tiene dicho.

MEDITACION.

Sobre la resurreccion del Señor.

Considera que la resurreccion de Jesucristo es verdaderamente pasmosa con respecto á nosotros, y extraña, atendida nuestra condicion; pero que respecto al Señor nada tenia de extraño, y estaba muy en su poder: ella es sobre todo poder humano, y por tanto es un verdadero y asombroso milagro: ella es propia del poder divino, y por tanto fué el gran signo que el Señor prometió en prueba de su divinidad, y con el que comprueba y ratifica la legitimidad de su mision, la verdad de su doctrina, la santidad de su vida, y la divinidad de sus obras y signos portentosos. No necesitaba, á la verdad, el Salvador dar mas pruebas que las que ya habia dado de su divinidad: pues todas las obras de su vida mortal la predicaban altamente, y ellas eran tales, que por sí mismas brillaban y se recomendadan. Por otra parte, al Señor le era debida la inmortalidad, y por consiguiente la resurreccion de una muerte que abrazó sin serle debida, y sí solo por redimir á los hombres. ¿Qué cosa, pues, mas propia de Cristo que la resurreccion? Ella ademas estaba en su arbitrio y en su poder, como lo dijo él mismo Señor por estas palabras: "Potestad tengo de deponer mi alma, y de volverla á tomar." Era el Dios hombre, de cuya divinidad no se separaron ni el cuerpo ni el alma, aunque entre sí se separasen por la muerte el alma del cuerpo. Así es que no fué menester mas que el que esta divinidad, esto es, esta persona divina volviese á unir su alma con su cuerpo para levantarse resucitado del sepulcro; y no ya para una vida mortal y temporal, sino para vida inmortal y eterna; pues la redencion estaba hecha, que era el único fin con que el Señor habia tomado la mortalidad. No por esto disminuimos lo portentoso de esta maravilla; pero sí la protestamos muy debida al Dios hombre y muy propia de su omnipotencia.

Considera que la resurreccion de Cristo fue en su intencion un ejemplar de órden supremo de la resurreccion espiritual de nuestras almas del pecado á la vida de la gracia. Ella es el principio de nuestra resurreccion á una vida inmortal y eterna; pues resucitando Cristo, que es nuestra cabeza, debe resucitar todo su cuerpo místico; mas para que esto pueda tener efecto, es necesario que ántes resucitemos del pecado á la gracia, y para esta resurreccion se nos da en ejemplar el Salvador. ¿Qué caracteres, pues, reconocemos en la admirable resurreccion de Cristo? ¡Oh! vemos que él deja la compañía de los muertos y se despoja tambien del sudario y la sábana que habian servido de mortaja á su cuerpo: él sale glorioso del sepulcro sin que le sirva de obstáculo la piedra que cerraba su boca, pues se penetra por ella para hacer uso de su libertad y sacudir la ignominia del sepulcro: él resucita á una vida inmortal: él finalmente resucita con su propio cuerpo, con su propia naturaleza; pero con un cuerpo dotado de una gloria propia de su inmortalidad; y sí aparece entre los hombres, no es para vivir ya con ellos, como en su vida mortal, sino solo para darles pruebas de la verdad de su resurreccion, y por ello de su divinidad. He aquí, pues, el ejemplar de nuestra resurreccion. Si tratamos de resucitar con Cristo, es menester que dejemos la compañía de los malos, y que nos despojemos del ignominioso saco de la culpa: es necesario que atropellemos por todos los obstáculos que se opongan á nuestra conversion,

y que de un modo divino nos levantemos hombres espirituales, sin que nos sirva de embarazo la lápida de la carne que impedia nuestra resurreccion. La vida de gracia y de virtud que emprendamos debe asimismo ser inmortal, esto es, que aunque en el estado de viadores somos capaces de incurrir en la muerte del pecado, debemos conservarnos sin caer en él, y perseverar en la gracia hasta morir. Por último, así como el Salvador resucitó con su propio cuerpo, pero dotado ya de las dotes de la inmortalidad, así nosotros, aunque portemos, como que no podemos dejar de portar, nuestra miserable carne, hemos de vivir de manera que no hagamos sus obras, sino las obras del Espíritu, las cuales excluyen toda oscuridad de error y de pecado, todo peso y embarazo para el bien obrar, toda demora y lentitud en el servicio de Dios, toda carnalidad, todo afecto terreno, toda obra de pasion, ó de aficion humana. No quiere Dios que dejemos el trato de las gentes que no nos impiden el ejercicio de la virtud; pero sí quiere que este trato sea tal que por él demos muestras visibles de nuestra resurreccion, y se haga en cierto modo sensible, que si vivimos en la tierra, nuestra conversacion es en los cielos; que aunque seamos los mismos que éramos en nuestro ser físico, hay ya en nosotros otro ser moral, ser de gracia, todo divino y sobrenatural.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Oh Dios y Señor mio Jesucristo! ¡Oh triunfador magnífico de la muerte y del pecado, que siendo libre entre los muertos resucitaste cuando te plugó, y con la vida de la inmortalidad nos excitas á morir al mundo y á nosotros mismos, para no vivir sino por tí, de tí, y para tí! Concédeme esta vida que eres tú mismo, y que veniste á darnos, y á dárnosla con abundancia: sea ella todo el objeto de mis ansias, y enderece yo siempre á su consecucion todos los pasos de mi vida mortal, no perdonando medio ni diligencia que no emplée en la adquisicion de un don tan inestimable. Con tu muerte me ganaste esta vida, y con tu resurreccion me das posesion de ella; yo la conservaré abrazándome con una muerte permanente á todo lo visible, y escondiendo mi vida contigo en Dios tu Padre.

JACULATORIA.

Dadme, Señor, que os haga compañía en vuestros padecimientos para que me asocieis á vuestro triunfo, y participe de vuestra gloria.

LECCION.

Sobre la resurreccion de nuestro Señor Jesucristo.

Un espectáculo verdaderamente admirable, un triunfo jamas oido, es lo que se presenta el dia de hoy á nuestra contemplacion. Jesucristo, cuya muerte hemos llorado los dos dias anteriores, á quien vimos expirar sobre el afrentoso patíbulo de la cruz en medio de dos malvados, á la violencia del mas cruel de todos los suplicios, y á quien nuestro amor llevó al sepulcro, ha resucitado en fin; y habiendo sido el motivo mas justo de duelo y de tristeza, lo es hoy de la mayor alegría. Salió del sepulcro rodeado de explendor y de gloria: no hay obstáculos á su poder: la muerte misma que creia haberle vencido, es hoy el objeto de su triunfo: la sinagoga enmudece, los enemigos todos de Jesucristo se confunden; pero los fieles discípulos del Crucificado se llenan de regocijo y alegría, enjugan sus lágrimas, su fé vacilante se confirma, y su esperanza adquiere el mayor motivo de firmeza.

En efecto, si Jesucristo no hubiera resucitado, como lo prometió, "nuestra fé," dice San Pablo, "seria vana, nuestra religion sin fundamento:" lo presente se hallaria sin consuelo, y lo venidero sin esperanza de recompensa: la naturaleza toda corrompida desde su orígen, gemiria siempre bajo el peso de sus enfermedades; mas con la resurreccion de Jesucristo, dudas, escrúpulos, fé vacilante é incredulidad, todo se disipó. Jesucristo resucitando acreditó su palabra, autorizó sus máximas, justificó su doctrina, cumplió las profecías, y afianzó la verdad de las Escrituras. Jesucristo resucitando dió fin á la sinagoga, derribó sus altares, abolió sus sacrificios, dispersó sus sacerdotes, y estableció el cristianismo, dándole un nuevo sacrificio, una nueva víctima; un nuevo sacerdocio, y una nueva forma: con la resurreccion de Jesucristo la religion del pueblo de Israel es ya inútil; sola la del Crucificado es verdadera; sola ella es capaz de sostener con fundamento la dulce esperanza de la resurreccion de nuestros cuerpos y de la posesion de una gloria inmortal. Los miembros deben tener la suerte de su cabeza: nosotros somos los miembros y Jesucristo es la cabeza: él ha resucitado; luego nosotros resucitaremos tambien: él resucitó glorioso; á nosotros, pues, se nos espera una resurreccion gloriosa; es verdad que Jesucristo resucitó; luego nuestra esperanza es fundada: la gloriosa resurreccion de Je-

sucristo es modelo de la espiritual de nuestras almas. Entremos en materia.

Antes que Jesucristo resucitase, sabiamos, dice San Agustin, que los hombres nacian y que morian; pero no sabiamos que podian resucitar. Una continua experiencia, harto lamentable, nos hace ver que los hombres todos descienden al sepulcro, y son pasto de la pobre y los gusanos: el monarca mas soberbio como el esclavo mas humilde, están sujetos á la corrupcion; ni el mármol le es obstáculo, ni la fosa impedimento; pero el prodigio que veneramos el dia de hoy jamas habia llegado á nuestro conocimiento, esto es, que pudiera haber en la naturaleza un hombre tan poderoso por sí mismo para salir de la morada y seno de la muerte, para resucitarse él mismo y volver por su propia virtud á la vida, sin tener ya que morir jamas.

No hay duda que se habian visto resurrecciones, como la del niño resucitado por Elías, la del mancebo por Eliseo, la hija del príncipe de la sinagoga, el hijo de la viuda de Naim, y Lázaro sepultado cuatro dias; pero estas resurrecciones no se obraron por virtud de los mismos difuntos, sino por un poder extraño, y eran durables solo por poco tiempo, pues los mismos que los vieron resucitar, los vieron poco despues morir. Solo el divino Salvador, el árbitro de la vida y de la muerte, tuvo el glorioso privilegio de resucitarse á sí mismo, de librarse de la corrupcion del sepulcro, y salir con su propia fuerza á una nueva vida que jamas habia de espirar: nuestra fé convencida de su triunfo, y nuestra esperanza reanimada con él, hacen que nuestro amor siga sus pasos victoriosos.

Hermanos mios, dijo el primero de los Apóstoles á los judíos, David, aquel gran rey, aquel santo profeta, que venció tantas naciones, que pronunció tantos oráculos, murió sin embargo en medio de la prosperidad. Es verdad que abatió leones, que degolló gigantes, que hizo tantas maravillas; pero al fin fué sepultado. Es cierto que su alma está gloriosa, que posee á Dios y vive en compañía de los bienaventurados; pero no ha resucitado; aun existe separada de su cuerpo: su sepulcro está en la ciudad: vemos en Israel sus huesos con sus trofeos. Pero no sucede esto mismo con Jesucristo: sabemos que murió; pero tambien sabemos que resucitó: anunciamos con toda seguridad el triunfo de su resurreccion; no pudieron arruinarlo los suplicios, ni detenerlo los guardias: cumplió sus promesas y verificó sus oráculos: nadie puede mostrar su cuerpo ni enseñar su cadáver: cávese su sepulcro, y no se hallará en él sino el testimonio eterno de su gloria. Resucitó.

¡Cuán dignos de lástima seriamos, si Jesucristo no hubiera resucitado! No solo estariamos todavía en poder del pecado y bajo el imperio del demonio; sino que tambien no tendriamos ya esperanza de resucitar algun dia; nuestra fé seria vana y nuestras predicaciones inútiles. Mas no es así: Jesucristo resucitó; luego nosotros tambien resucitaremos, pues escrito está, que seremos algun dia semejantes á él en la gloria; que nuestros cuerpos aunque convertidos en polvo y en cenizas, serán reanimados; nuestros huesos áridos y secos se unirán á nuestra carne, y formarán el antiguo cuerpo, aunque ya no mortal ni sujeto á enfermedades, sino glorioso é impasible. Tal será la feliz suerte de los justos despues de su resurreccion: ya no estarán sujetos ni á los trabajos, ni á los tormentos, ni á las violencias de las pasiones, ni á los excesos de las enfermedades, ni dolencias cuyo término es siempre la muerte; pero esta suerte de los justos no lo será sino despues de haber castigado su cuerpo como San Pablo, y haberle reducido á servidumbre; no lo será sino despues de haber macerado su carne con ayunos, mortificaciones, trabajos y continuas austeridades.

Almas sensuales que idolatrais vuestro cuerpo, que le tratais con tanta blandura y que lo sumergis en todo género de deleites, sin violentar pasion alguna, ¿creis que vuestro cuerpo delincuente resucitará algun dia glorioso, que vuestra carne infestada con tantos crímenes y con tantas impurezas, será asociada á la de los bienaventurados, que tendrá por compañeros á los ángeles, á Jesucristo por cabeza, y á Dios por objeto de sus delicias? Nada ménos que eso; esa carne será víctima del demonio, y su suerte será el infierno. Es preciso, pues, resucitar en esta vida espiritualmente, esto es, pasar del pecado á la gracia: la resurreccion de Jesucristo nos sirve de modelo: lo que él hizo para salir del sepulcro, debemos nosotros hacer para salir del pecado. Esta será la materia de la leccion de mañana.

BREVE DIGRESION

SOBRE LAS SOLEMNIDADES DEL AÑO ECLESIÁSTICO.

Nada mas santo ni de mayor sabiduría que las instituciones de la Iglesia: en ellas encuentra el hombre cristiano y religioso la instruccion conveniente y un continuo fomento á la piedad y devocion. En las que se dirigen á la celebridad de los misterios de nuestra religion, hallamos medios poderosísimos para una total reforma de nuestra vida y para el progreso y perfeccion en la virtud, por el ejemplar divino que la Iglesia presenta á nuestra contemplacion en sus solemnidades, y cuyas obras divinas, al mismo tiempo que nos enseñan lo que debemos creer, nos intiman lo que debemos obrar, siendo, como es, la regla indefectible del bien obrar y de toda perfeccion. En las festividades de los santos que corren por todos los dias del año, hallamos tambien un estímulo poderoso para la imitacion de Jesucristo, por la que vemos en estos héroes del cristianismo, que habiendo sido tan miserables como nosotros, supieron con el auxilio de la gracia y la práctica de la virtud, elevarse sobre sí mismos, y hollando los falsos bienes de la tierra, abrirse una carrera tan útil como gloriosa. Pero vengamos mas al asunto de esta breve digresion.

La Iglesia, regida siempre por el Espíritu Santo, y siempre atenta á la santificacion de sus hijos y á darles la instruccion correspondiente en aquella única importante ciencia del hombre sobre la tierra, presenta en cada un año á sus amados hijos el cuadro grandioso de la religion, haciendo que celebren y contemplen los misterios, ya en dias fijos correspondientes á los en que se obraron, como la Encarnacion del Hijo de Dios, su nacimiento, circuncision, presentacion, &c., ya en periodos mas ó ménos largos, como el tiempo de Adviento, de Natividad y Epifanía, de Cuaresma, de Pascua, &c. De unos y de otros, pues, esta madre sapientísima formó un todo de solemnidades en séries tan bien combinadas que en el espacio de un año hace correr al alma piadosa por todos los pasos y misterios que forman nuestra religion, y repasar su historia, de manera que al mismo tiempo que tributa los debidos cultos al Señor, se instruye en sus obras, conoce sus verdades, aprende las obligaciones que le intima la misma religion, y se inflama en afectos de piedad con que mas seriamente y de un modo mas espiritual llena sus deberes. ¿Qué

cosa, pues, mas sabia y de mas piedad que estas instituciones de la Iglesia? Ella como madre zelosa de la educacion de sus hijos, los toma como por la mano, y en varias épocas les muestra su religion en diversas situaciones. Allá en el Adviento les presenta al mundo en el largo espacio que ocuparon la ley natural y la escrita, esto es, desde el principio de los tiempos hasta la venida de Cristo: en él se vé la religion bajo sus primeros elementos, como dice San Pablo: se oyen los oráculos de los profetas que anunciaron al Mesías y Redentor del linage humano: se escuchan las plegarias de los patriarcas que gimen y suspiran por el deseado de las naciones, por el santificador de las generaciones, por el Redentor de los siglos, por el Justo, solo capaz de sacar al mundo de la corrupcion en que yacía y del error que lo anublaba, y ponerlo sobre los principios de la sabiduría y de la justicia. La Iglesia hace que sus hijos entren en los mismos sentimientos, pues no debieron ser privativos de aquellos hombres, sino de todos cuantos existen y han de existir en la tierra, tanto porque el Dios Salvador de los hombres debe ser deseado y suspirado de todos, como porque aunque haya venido ya, y venido para todos, cada uno tiene necesidad de hacer que venga á él por estos mismos suspiros y deseos que son los que disponen al hombre para aprovecharse de la venida de su Señor. Como esta es para la justificacion de los hombres, requiere su espectacion un espíritu de penitencia y obras digna de ella, que abran el camino á esta purificacion de las almas, y por tanto es el tiempo de Adviento un tiempo de abstinencia, de ayuno y mortificacion; tanto mas, cuanto que la Iglesia lleva tambien la mira de inspirar á sus hijos un espíritu de penitencia y de reforma con que se dispongan á esperar y recibir la segunda venida de Jesucristo como juez de los hombres.

Abre luego la Iglesia un periodo de sumo regocijo y cordial alegría con la solemnidad del nacimiento del Señor, cuya Encarnacion ya ha celebrado nueve meses ántes en el 25 de Marzo. La Natividad, pues, con toda su octava, la Circuncision del Señor, su Epifanía ó manifestacion al mundo representado por los magos que vinieron á adorarlo y á ofrecerle sus dones, y que celebra con octava cerrada y muy solemne, forman este periodo en que nuestra santa madre nos hace contemplar los mas tiernos misterios de la infancia de Cristo, y las pruebas mas dulces de su benignidad y de su amor; el verificativo de la grandiosa promesa hecha á los hombres, y en

ella el anuncio de una paz saludable que debe ser el fruto de la obra toda de la redencion, por la victoria que este Dios niño ha de reportar sobre el soberbio enemigo de Dios y de los hombres, y sobre la fatal culpa que ha hecho á los mismos hombres enemigos de Dios. El júbilo, el hacimiento de gracias, la alabanza y bendicion al Autor soberano de tanta felicidad, deben ser en esta época los afectos del cristiano, y á ello los excita su amorosa Madre, quien le sigue mostrando otros pasos y misterios del Dios niño, insinuando ademas su vida oculta y retirada, en que bajo la obediencia de sus padres crecia y avanzaba, y en cierto modo se disponia para el desempeño de su mision en la grandiosa obra de la redencion de los hombres.

Llega en efecto la oportunidad de celebrar esta empresa divina, esta riquísima tela tegida de obras admirables y sublimes misterios, y la Iglesia abre un amplio periodo que comienza en la Septuagésima y termina en la pascua con la inmolacion sangrienta de la sagrada víctima. ¡Ah! ¡Que este periodo es sin duda el mas crítico é interesante! En él se vé el desenvolvimiento de las miras benéficas de Dios para con los hombres, y de las obras misericordiosísimas con que las lleva á efecto: la revelacion de los arcanos mas ocultos de la Escritura santa y el cumplimiento de las profecías: el lleno de las figuras sagradas con la realidad de un Rey eterno, de un Salvador verdadero, de un Padre del futuro siglo que por la regeneracion del Bautismo engendra una nueva progénie en el seno de su amada Esposa y madre nuestra la Iglesia, mediante el sueño de la muerte de este Esposo divino: en fin, la realidad de un nuevo sacerdocio, de una víctima de infinito valor, de un templo eterno, de una nueva alianza, de un testamento que nos da por herencia el reino de los cielos. Mas como todo esto no se alcanza ni verifica sino por la pasion y muerte del Salvador, á que preceden sus trabajos y la contradiccion y persecuciones que sufre, la Iglesia, al mismo tiempo que nos lo presenta en estas duras y amargas circunstancias á que lo reducen nuestros pecados, nos excita á los sentimientos mas vivos de penitencia, á la abstinencia, al ayuno, y á todo género de austeridades, mediante las cuales se perfeccione nuestra conversion, que es el fin porque el Hijo de Dios padeció tantas y tan acerbas penas; que es el medio indispensable para alcanzar los bienes inmensos que nos produjeron estos padecimientos de Jesus; y que es tambien lo único con que podemos agradecer dignamente lo que padeció por nosotros y el gran bien que nos hizo. He aquí el motivo por que la Iglesia no se contenta con ménos que con una verdadera y perfecta conversion de sus hijos en este santo tiempo, y porque les abre todas las fuentes de justificacion con mas amplitud que la ordinaria. Con este fin los prepara por la meditacion de los pasages del Evangelio mas capaces de mover á penitencia al pecador; fija á este tiempo la obligacion de recibir el sacramento saludable de la penitencia, y finalmente los congrega á la sagrada mesa, haciendo que coman el Cordero Pascual que quita los pecados del mundo, cuya sangre los defiende de la ira de Dios, y cuya carne sacrosanta los alimenta y robustece para emprender la peregrinacion por el desierto de esta vida para la verdadera tierra de promision, que es la patria celestial.

Así como el Señor en su vida mortal desempeñó la obra cuyos frutos cogió en su resurreccion, así la Iglesia despues de haberlo seguido con el espíritu en el tiempo de Cuaresma en los pasos todos de su pasion y muerte, se sienta despues con él en la pascua á disfrutar los bienes que le ha proporcionado su bondad. Muchos son, y muy grandes, los frutos que ha dado la pasion del Señor, y todos dignos de celebrarse con sumo regocijo y exquisita alegría, que es el espíritu que la Iglesia excita en sus hijos en todo el tiempo pascual. Jesucristo Resucitado; Jesucristo subiendo á los cielos; Jesucristo enviando al Espíritu Santo para la iluminacion del mundo y santificacion de los hombres, ha dado la última mano y llevado á suma perfeccion su grandiosa obra, cuyos frutos vierte ya en el seno de sus redimidos. La tierra toda se habia llenado de iniquidad y de tinieblas, de ignominia y de afrenta: Dios se escoge un pueblo con quien forma una alianza particular en sostenimiento de la verdad y la justicia, y contra el error y la iniquidad de los pueblos, con quienes no puede avenirse el Dios de la sabiduría y de la santidad; mas esta alianza era solo figura de otra alianza mas espiritual y mas perfecta, depurada de todo bien terreno en que consistia la bendicion de aquel pueblo, y dotada de la participacion de los bienes eternos, que son la recompensa del cristiano: enriquecida ademas con una plenitud de conocimiento y revelacion de la verdad eterna, de los altos misterios del Señor, de su virtud y santidad, comunicable á los hombres por la gracia, que hacen al cristiano mas apto para unirse á su Dios y aliarse con él contra la soberbia y malicia del enemigo comun, y contra el error y la iniquidad del mundo.

El padre de familias rico en bienes de gracia y de naturaleza que desea derramar sobre sus hijos, no encuentra en todas las naciones quien sea digno de optar tan opulenta herencia, por la torpeza con que se hundieron todas en la idolatría y en los vicios; instituye por tanto su Testamento en favor de aquel pueblo escogido á quien hace desde luego su magnífica promesa; mas como aun no es llegado el tiempo de derramar sobre él en toda plenitud los bienes de gracia, figura esta herencia eterna con la temporal de la tierra de promision, y sanciona y sella este pacto con la sangre de un Cordero que tambien es figura de la que habia de santificar y sellar el Testamento nuevo. Llega la plenitud de los tiempos: el Mediador del Testamento aparece en la tierra y va á ofrecer su sangre: la figura va á desaparecer con la realidad, y el mismo pueblo en quien se ha figurado el Testamento eterno y la entrada á la herencia, la hubiera logrado, pues en su favor se hizo la promesa; pero se rebeló contra el Padre de familias, tumultuó contra el Mediador del Testamento, Hijo natural, primogénito y heredero principal de Dios; le quitó la vida ignominiosamente, desoyó su palabra, despreció su promesa, renunció su herencia, y todo lo perdió, porque terminada la figura del viejo Testamento, otro pueblo de adquisicion entró en la herencia del Testamento nuevo, y este se instituyó en favor de la Iglesia universal, católica, apostólica, romana, fuera de la cual no hay salvacion: la alianza exige de los fieles el cumplimiento de la nueva ley; y el Testamento una conducta propia de un hijo fiel y obediente á su padre.

Tambien la ley de gracia estaba figurada por la ley escrita: esta se habia dado al pueblo de Israel; pero llegado el tiempo de la promulgacion de la de gracia, terminó aquella, no en los preceptos de las dos tablas que son invariables y lo fueron de la ley natural, así como son la base de la de gracia; sino en todo lo demas peculiar de aquel pueblo, como sus ritos, ceremonias, y otras reglas y preceptos que lo constituian en lo eclesiástico. La ley de gracia, pues, con toda la amplitud y perfeccion que le da la moral del Evangelio viene á llenar la felicidad del cristiano, y á hacerse con la fé el medio indispensable para optar la rica herencia de los cielos, así como lo es para la justificacion y santificacion de los hombres.

La Iglesia de Cristo estaba figurada en la antigua sinagoga, y el pueblo cristiano en el pueblo judío, y una y otra Iglesia, y uno y otro pueblo en la muger legítima y en la esclava concubina de

Abraham, y en el hijo que cada una de ellas tuvo de este padre venerable de los creyentes. En Sara, muger legítima de Abraham, se figuraba la Iglesia cristiana, y en Isaac, su hijo de promision, el pueblo cristiano hijo fiel de la Iglesia. En Agar, esclava y concubina de Abraham, se figuraba la sinagoga, y en Ismael su hijo el pueblo israelita. Levantóse *la esclava contra su señora;* el hijo de la esclava contra el hijo de promision; y Dios mandó á Abraham que echase fuera á la esclava y á su hijo, para que su verdadera esposa y su hijo legítimo gozasen de la libertad y del honor que les eran debidos. Esta figura se llenó perfectamente en el tiempo de la muerte del Salvador: la esclava sinagoga y su hijo el pueblo judío que persiguieron á Cristo y á su Iglesia, fueron echados fuera, y la Iglesia con su hijo esclarecido, puestos en posesion de la libertad y los bienes que les correspondian. He aquí la época mas feliz del mundo. La jóven Esposa del Cordero sin mancha aparece en la tierra y toma posesion de aquella casa que á poco ha de llenar en todos sus ámbitos. Pero su nacimiento y la alta dignidad á que es elevada exige la explanacion de otra figura.

Fué esta la de la formacion de Eva de la costilla de Adan. Queriendo Dios dar á Adan una compañera, una esposa, de quien se procrease toda la especie humana, envió á Adan un sueño profundo, y miéntras que dormia, tomó una de sus costillas y fabricó de ella á la muger, inspirándole la alma racional, con que la hizo un sér solo diferente de Adan en el sexo, mas de la misma especie, y la presentó á Adan para que la tomase para sí, y de ella engendrase toda la especie humana. He aquí, dijo Adan, la que es hueso de mis huesos y carne de mi carne: se llamará Virago, porque ha sido formada del hombre: por la muger dejará el hombre á su padre y á su madre y se unirá á su muger, y serán dos en una carne. Esta fué la figura de la obra de infinita dignacion que hizo el Hijo de Dios en beneficio de los hombres. Jesucristo es el segundo Adan; segundo por ser Hijo del Hombre y por haber venido al mundo despues que el primero; mas primero por la dignidad de su persona, por la excelencia de su desporio, por la espiritualidad de su regeneracion, por la santidad de sus hijos. Este segundo Adan, este Padre del futuro siglo habia de tener una esposa digna de él, de quien procrease los hijos de adopcion, cuya generacion es toda espiritual y de gracia. Llegóse el tiempo en que debia tener efecto esta altísima disposicion de Dios, y envió al Dios hombre un sueño profun-

do, esto es, el sueño de la muerte que durmió en la cruz. Apénas muere el Salvador, cuando la lanza de un soldado se enarbola y hiere su costado, abriendo una ancha puerta, por donde salen sangre y agua: he aquí la esposa del segundo Adan: en la sangre y el agua que salen del costado de Cristo se contienen los santos sacramentos de que se forma la Esposa, pues por el Bautismo adquieren los hombres el sér de hijos de Dios, que perfeccionan y alimentan con los demas sacramentos hasta llegar á nutrir su ser espiritual con el mismo cuerpo y sangre de su Padre Jesus: la congregacion de estos hijos es la Iglesia Esposa de Cristo, en cuyo seno se conciben y nacen los fieles y dichosísimos hijos que forman la larga descendencia que dió Dios á su Hijo en premio y recompensa del sacrificio que hizo de su vida por estos mismos hijos. Si pusiere su alma por la destruccion del pecado, tendrá una larga descendencia que correrá por todos los siglos, dijo el Señor por Isaías. ¡Oh Dios, y qué obra tan sublime! ¡Qué felicidad tan llena y tan perfecta la de estos hijos que se encuentran con un sér todo divino, debido al sacrificio de su Padre, cuya resurreccion viene á completar el gozo y la gloria de la esposa y los hijos, los cuales en cada año renuevan en la pascua la feliz memoria de tan gran beneficio!

Pero aun hay mas. Como el Hombre Dios vino á establecer en la tierra un culto digno del Dios del cielo, por el que los verdaderos adoradores adorasen á Dios en espíritu y en verdad, erigió en su Iglesia un templo todo espiritual y místico, de que fué figura el templo de Salomon, erigido en la sinagoga para tributar al Señor el culto que por entónces le ordenaba. La figura fué verdaderamente suntuosa: la fábrica se hizo de las piedras mas exquisitas y de las mas ricas maderas: no se oyó en ella el golpe del martillo ni del cincel: su interior estaba cubierto de láminas de oro, y en el centro se hallaba el Sancta Sanctorum, en que se depositaba la arca del Testamento, que contenia las tablas de la ley y la vara de Aaron: el altar de los sacrificios estaba formado de doce piedras cuadradas, y sobre él se sacrificaban las hostias pacíficas y de expiacion, con todos los demas sacrificios que por sus ritos observaba aquel pueblo: hácia un lado estaba el mar de bronce en que se lavaban las víctimas, y hácia otra parte el gran candelero de las siete luces: sobre una mesa estaban de continuo los panes de proposicion que se renovaban de ocho en ocho dias. De la carne de las víctimas se alimentaban los sacerdotes, y participaban tambien los

que las ofrecian: y el pueblo todo adoraba al Señor en este templo, no siéndole lícito adorarle con culto solemne ó público, ni sacrificarle en otro sitio. Al sacerdocio estaba consagrada la familia de Aaron, y la tribu de Leví servia en los ministerios inferiores: habia sobre todos un pontífice sumo, á quien solo era lícito entrar una vez al año al Sancta Sanctorum, para ofrecer el incienso. Basta ver esta figura para conocer por ella la realidad establecida por Jesucristo. Por su institucion el culto se hace mas espiritual y sagrado: los verdaderos adoradores adoran ya al Señor en espíritu y en verdad: en cada uno de ellos tiene un templo, como dice San Pablo: "El templo de Dios es santo, y vosotros sois ese templo." Por donde quiera se alzan templos á honor del verdadero Dios y de su Hijo Jesucristo; mas estos templos materiales, aunque en efecto son verdaderos templos en una religion en que se ofrece visiblemente la sagrada víctima y se desempeñan todas las funciones del ministerio santo, y todo lo que demanda el culto externo con que una Iglesia visible y corporal tributa al Señor los debidos homenages, con todo en sí mismos son templos materiales capaces de destruirse, de ser profanados, y siempre fundados para el tiempo, esto es, que son temporales; y el templo de Dios debe ser un templo eterno, incorruptible é incapaz de destruccion ni profanacion alguna. Así es que á nuestros templos los llama San Agustin, "casa de nuestra oracion." No por esto decimos que no sean verdaderos templos dignos de Dios, y en que se le tribute un verdadero culto; pero sí hallamos que aunque para el culto externo de la Iglesia militante llenan todo su objeto, no paran en esto las miras y la operacion de Dios; sino que él hace que estos templos no solo tengan el fin de prestarle y rendirle sagrados homenages, sino que sean como unos talleres en que se labren las almas de los fieles con doble fin: el uno, que en cada una de ellas se labre con la gracia, la caridad y las virtudes un templo para Dios; y el otro, que labrados de este modo entren en la construccion del templo eterno de la gloria, el cual es ya indestructible, eterno, incorruptible, é incapaz de profanacion alguna; de modo que de los fieles hijos de la Iglesia se forma un templo santo y espiritual; pero temporal y transitorio hasta que pasan del tiempo á la eternidad, de la tierra al cielo, de Iglesia militante á Iglesia triunfante. Las piedras, pues, del templo eterno de la gloria son las almas fieles y virtuosas: durante el tiempo de esta vida se labran con la cruz y los trabajos, con la penitencia y el ejercicio todo de la vir-

tud, y con tales disposiciones están formando el templo espiritual en que habita Dios por su gracia, y conforme estas almas se van labrando y van pasando del tiempo á la eternidad se va formando de ellas el templo del cielo, en que habita Dios por gloria. Mas este templo nada seria sin su cabeza espiritual que es Cristo: él es la piedra angular de este sacratísimo edificio en la cual se unen sus partes y sin la que se vendria abajo todo el edificio; esto es, no se pudiera edificar. Es tambien la piedra fundamental, sobre que se erige esta Iglesia magnificentísima, contra la que no pueden prevalecer las puertas del infierno. A este fundamento divino ha agregado el Señor la piedra fundamental de la confesion de Pedro: confesion en que estaba contenida toda la de la Iglesia universal, pues la proferia su cabeza visible, á quien dijo el Señor: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia." Mas no solo es Cristo piedra fundamental y angular de este templo sacratísimo, sino que él mismo es el templo, pues como dice San Juan en el Apocalipsis, "No vió templo en la ciudad santa por que el templo es el Señor Dios omnipotente y el Cordero." Esto no destruye lo que llevamos dicho, sino que así como los santos son el cuerpo místico de Cristo, que forman un todo con su cabeza Cristo, así son con él un templo, y sin él no lo serian; fuera de que Cristo es como la habitacion de todos los que se alegran; esto es, de todos los bienaventurados; y con respecto á Dios sabemos que en la humanidad de Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente, porque en Cristo no hay mas que una persona y esta es divina, la cual es la del Verbo que está siempre con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de esencia y por circuminsesion, por la cual todo el Padre está en el Hijo y en el Espíritu Santo, todo el Hijo está en el Padre y en el Espíritu Santo, y todo el Espíritu Santo está en el Padre y en el Hijo; y en la humanidad de Cristo se tributa á Dios un culto plenísimo y perfectísimo, porque ella es santa por naturaleza, y santa por toda plenitud de gracia y de santificacion; pues á ella vino toda la fuente de santificacion con todos sus dones, gracias y virtudes; y el espíritu del Señor descansó sobre él. ¡Oh magnífico templo! ¡Oh templo verdaderamente digno de Dios, en quien no puede darse demérito alguno, y en quien se encuentra suma perfeccion y excelencia!

No debia ciertamente ofrecerse en este templo excelso otra víctima que la que se ofreció una vez cruentamente en el Calvario. En efecto, el mismo Hijo de Dios hecho hombre es el altar, la víctima y el sacerdote eterno que la ofrece. A la variedad de sacrificios y hóstias de la antigua ley se ha substituido una sola víctima, una sola hostia; pero ofrecida por diversos fines. Con ella protestamos el supremo dominio de Dios sobre todas las cosas de un modo digno de Dios, pues le ofrecemos un sacrificio de infinita excelencia: con ella retribuimos á Dios tanto cuanto nos ha dado, pues su mismo Hijo es nuestra oblacion: por ella satisfacemos con un precio infinito una deuda infinita: por ella, en fin, impetramos los auxilios poderosos de la gracia y todo don y disposicion benéfica de la providencia de Dios. Ofrécese esta víctima en la Iglesia por ministerio de los sacerdotes, á quienes el Señor ha conferido su sacerdocio mismo y la potestad que les da sobre el cuerpo y sangre de Cristo. Sin embargo, el mismo Cristo es el oferente principal, gran sacrificador y pontífice sumo, que invisible para nosotros, pero visible y patente para Dios, entra al Sancta Sanctorum de sí mismo, que es aquel mas amplio y perfecto tabernáculo de que habla San Pablo, y que no es hecho por manos de hombres, sino por la virtud del Altísimo; esto es, que no fué concebido por el órden comun de la naturaleza, sino por obra del Espíritu Santo. Entra tambien por su propia sangre y no por la de corderos ú otros animales, como los que se sacrificaban en el templo de Jerusalen y que figuraban y presignaban esta víctima sagrada. En este templo se encuentra el mar de las misericordias del Señor; que recibiendo la sangre del Cordero sin mancha, obra por ella la purificacion de las almas. Hállanse tambien los siete brazos y las siete luces del gran candelero en los siete dones del Espíritu Santo, que alumbrando á los hombres perfeccionan y facilitan en ellos las virtudes morales; y los siete sacramentos que justifican al hombre por una gracia, que es una misma en especie; pero que se diversifica en sus efectos. Se encuentran, por último, las tablas de la ley eminentemente en Cristo, que es el arca soberana del nuevo Testamento, y se hallan tambien en los corazones de los fieles por su perfecto cumplimiento; y hállase en la misma arca la virtud divina que obra portentos y maravillas, ya por sí misma, ya por la fé de los santos. Aun en el templo eterno de la gloria ejerce Jesucristo el sumo pontificado, presenta á su Padre celestial las llagas que recibió por nuestro amor y que conserva en su cuerpo sacratísimo, y ora por nosotros; siendo él tambien por quien pedimos en la tierra todo cuanto necesitamos ó nos es útil de los bienes de gracia y de naturaleza. La soberana reina

de los Angeles y de los hombres, y verdadera Madre de Dios humanado, es ciertamente la piedra mas rica y mas valiosa de este suntuosísimo templo: ella se labró á expensas de toda plenitud de gracia y santificacion que puede caber en una pura criatura, y al hierro y fuego de la mayor tribulacion y mas acerbo dolor que pudo sentir jamas el espíritu y el corazon de la que solo cede el lugar al hombre Dios, y es sobre todos los hombres. Ella entra en la construccion de este templo, y coopera con Cristo para nuestro bien como nuestra medianera, abogada y madre.

Tiene un lugar especialísimo en este augusto templo la cruz adorable del Salvador del mundo: ella se halló presignada en el árbol de la vida, plantado en el medio del paraiso: por ella venció Cristo á nuestros enemigos, y ella es la arma poderosa de que debemos usar si queremos vencerlos. Ella es ademas la que nos labra para hacernos imágenes de Cristo á fin de que por su semejanza y consorcio seamos reconocidos por suyos, y entremos en la construccion del templo eterno. Necesaria nos es esta semejanza con Cristo, pues de otro modo no podremos ser tenidos por sus hermanos, ni entrar á la parte con él en la herencia del reino de los cielos. Es tambien la cruz la que obra el milagro de la conversion de los hombres presignada en aquellos dos golpes con que hirió Moises en el desierto la piedra que manó largas y abundantes aguas, en que se significa la penitencia. Es, por abreviar, la cruz el principio de nuestra salud y de nuestra vida, figurada en la serpiente que levantó Moises en el desierto, y á cuya vista sanaban los que habian sido heridos de la venenosa mordedura de las serpientes, librándose por este medio de la muerte. ¿Cómo podremos describir todas las excelencias de la cruz? Ella es la cátedra en que enseña Jesucristo á los hombres las doctrinas mas sábias de la moral y de la perfeccion evangélica: es el trono en que se sienta á gobernar su Iglesia, y el cetro con que rige á los hombres, y que como un signo el mas respetable ha colocado sobre las cabezas de los reyes: es, finalmente, el gran signo que aparecerá en el cielo en el gran dia del juicio universal, para que á él se comparen los hombres todos, para discernir y separar á los que son conformes á ella de los que no lo son, haciendo que los primeros vengan bajo el cetro de oro de la misericordia y del amor de Dios, y los segundos caigan bajo el cetro de hierro de la justicia y del castigo eterno.

Así como el sacrificio del altar estaba figurado en el antiguo Testamento por el pan y vino que ofreció el sacerdote de Dios, Melchisedec, á lo vuelta de Abraham de la batalla que ganó y en que recobró á Lot con toda su familia y hacienda, así tambien la reservacion del Santísimo Sacramento se figuraba en la reservacion de los panes de proposicion que de continuo estaban sobre el altar en el templo de Jerusalen, renovándose de semana en semana. Figurábase tambien la comunion del augusto Sacramento al pueblo cristiano en la participacion que se daba de la víctima á los que la ofrecian, tomando el sacerdote para sí la parte que le concedia la ley, y dando á los oferentes lo demas. Esta divina víctima, este pan celestial es el tesoro mas inestimable y la presea mas rica que tiene y puede tener la Iglesia de Cristo: en él posee la prenda mas segura de la gloria, pues el mismo Dios hombre que es allá las delicias de la Iglesia triunfante, es aquí el consuelo, defensa y sostenimiento de la militante. Con su Esposa y sus hijos hace aquella vida sacramental, que le presta el medio de hacernos compañía y estar con presencia real con nosotros hasta la consumacion de los siglos. En esta Iglesia solamente podemos servir á Dios y prestarle un culto que le sea aceptable; y no nos es lícito pertenecer á secta alguna ó buscar fuera de la Iglesia el servicio ó culto de Dios; porque tal servicio y tal culto fuera de la Iglesia cristiana no lo son, sino una abominacion horrenda á los ojos de Dios.

He aquí el magnífico templo del Dios de la verdad y de la santidad: "He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres; él ama la sabiduría: ellos serán el verdadero pueblo de Dios, y el mismo Dios con ellos será el Dios de ellos." ¡Ah! él es nuestro Dios y nuestro rey: su reino no es de este mundo; esto es, no es civil y político ó de la esencia y constitutivos que los reinos del mundo; pero obra sobre todo, y todo lo somete bajo su disposicion soberana: se ejerce sobre las almas; pero por ellas rige tambien los cuerpos: no es temporal; pero obra en el tiempo y sobre los viadores: aquí trabaja, allá descansa; aquí pena, allá goza; aquí pelea para triunfar, allá celebra la victoria y goza de sus frutos. Por eso estuvo figurado por dos reinados célebres; el de David y el de Salomon. En el primero se nos representa el reino de Cristo en la tierra, los trabajos, las persecuciones, la continua batalla en que es menester estar contra los enemigos que quieren despojarnos de nuestra porcion, la rebelion de los súbditos y aun de los mismos hijos del reino; y todo esto superado por la paciencia, la constancia, la fortaleza, la magnani-

midad de un rey cuyo corazon era á la medida del corazon de Dios. En el segundo, la suma abundancia, riqueza y magnificencia, el resplandor de la magestad y la grandeza, el brillo y crédito de la sabiduría, el resplandor de la corte, la paz y tranquilidad de todo el reino, las sublimes cualidades del rey, la opulencia de su hacienda, la riqueza y magestad del templo, el decoro y solemnidad del culto, todo, todo nos representa el reino eterno de Cristo.

Tantos son y tan grandiosos los objetos que celebra la Iglesia en este tiempo. La muerte del Salvador lo ha obrado todo; y su resurreccion hace que tenga su verificativo, pues todo se renueva y vive, ó por mejor decir, todo adquiere nuevo ser y nueva vida con la resurreccion del Salvador. Su ascension á los cielos á los cuarenta dias de resucitado da á la Iglesia triunfante la posesion del reino celestial, y la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, complementa y perfecciona la fundacion del reino de Cristo en la tierra; es decir: existen ya la Iglesia triunfante en los cielos gozando del descanso eterno y disfrutando todos los bienes y felicidades de la patria; y la Iglesia militante en la tierra trabajando para merecer la gloria y sufriendo todas las penalidades temporales que son propias al estado de viador. Esta misma Iglesia, sin embargo, se goza de los bienes de gracia que posee y se congratula con la Iglesia triunfante, acompañándola en el cántico eterno de alabanza con que bendice las misericordias del Señor y ensalza las grandezas de su Cristo. He aquí el espíritu que la Iglesia quiere de sus hijos en las solemnidades pascuales. Ella quiere que suban en espíritu con el Triunfador magnífico del pecado y de la muerte: que celebren su triunfo: que con su cabeza soberana tomen posesion del reino; y que miéntras llega la real fruicion de este sumo bien, sea su conversacion en los cielos, y todo su anhelo se dirija á buscar y solicitar los bienes eternos: ella quiere que en los dias de Pentecostés se recojan sus hijos á recibir la gracia del divino Espíritu mediante la oracion, y la participacion de los sagrados misterios, para que se desarrollen y obren mas en sus almas los dones del Espíritu Santo que se les infundieron en el bautismo.

En la Nona del Sábado de la octava de Pentecostés termina el tiempo pascual, y la Iglesia celebra inmediatamente la fiesta del misterio altísimo de la Santísima Trinidad, como para representarnos que el fin de toda la grande obra de la redencion y justificacion, y su resultado feliz, es que entremos en el gozo eterno de Dios en que

le alabemos sin fin. Por eso esta fiesta tiene en todos los Domingos una octava perpetua que jamas se cierra, pues este dia consagrado con la resurreccion del Salvador, y substituido ademas en la solemnidad del Sábado que celebraban los judíos, es por excelencia el dia del Señor, y por tanto se llama *Dominica Dies*, esto es, dia del Señor. Despues del tiempo pascual sigue un periodo que dura hasta el principio del Adviento del siguiente año eclesiástico: en él no se celebra ya algun misterio del Señor, y parece que lo que nos denota es el estado presente de la Iglesia, que dedicada al servicio y culto de Dios, permanecerá sin otra alguna mutacion hasta la consumacion de los siglos. El Juéves siguiente al Domingo en que se celebra la fiesta de la Santísima Trinidad, se celebra la del Corpus; pero esta es ya una festividad establecida para mas solemnizar la institucion del Santísimo Sacramento, que se celebró el Juéves Santo.

La Iglesia no puede olvidarse de las solemnidades de María nuestra coredentora: ella la celebra en diferentes dias que oportunamente se le han asignado en el año eclesiástico. Su Concepcion en gracia á 8 de Diciembre; su Natividad, nueve meses despues, á 8 de Septiembre; su Dulce Nombre, en el Domingo infraoctavo de esta fiesta; su Presentacion al templo, á 21 de Noviembre; sus Desposorios, á 26 del mismo; su Anunciacion, á 25 de Marzo; su Visitacion á Santa Isabel, á 2 de Julio; su Maternidad divina, esto es, el nacimiento de Jesucristo su Hijo, á 25 de Diciembre; su Purificacion, á 2 de Febrero; sus Dolores, en el Viérnes de la semana de Pasion; y su gloriosa Asuncion á los cielos, á 15 de Agosto.

Justamente celebra la Iglesia á la Santísima Vírgen en todos los pasos de su vida, en todos los misterios en que intervino, en todas las gracias y prerogativas con que el Señor la exaltó y engrandeció su nombre; porque ella es á quien despues de Jesucristo podemos decir que debemos nuestro bien: el mismo Hijo de Dios en cierto modo le es deudor; pues la humanidad sacrosanta que de ella y en ella tomó, es en cierta manera un bien que á ella debe; y con tanta mas excelencia, cuanto que no como quiera prestó la Santísima Vírgen la substancia de que se formó el cuerpo de Cristo, sino que la prestó con iluminado conocimiento y expontánea y grata voluntad, y de un modo tan perfecto, que no solo concibió al Hijo de Dios en su seno, sino que por la gracia y por la caridad le concibió primero en su mente. Cierto es que, en realidad hablando, no hay cria-

tura alguna á quien Dios pueda ser deudor, y que no haya recibido de su mano todos los bienes que despues lo ofrece: cierto es que es propio de la divinidad el no necesitar de bien alguno de sus criaturas, y que cuantos existen son suyos y de ella proceden: cierto es que la criatura está obligada á servir á su Dios, y que si Dios le pide, le pide como Señor y dueño soberano de ella misma, de los actos de su voluntad y de los bienes que quiere que le dé; de modo que una peticion de Dios á su criatura es un mandato soberano, á cuyo obedecimiento no debe negarse la criatura; pero la bondad de Dios es tal, que acepta como un don gratuito lo que le ofrecemos; mucho mas si se hace con una voluntad gustosa y conforme en todo con el querer divino. Cuan perfecta haya sido en esta parte la voluntad de María, sábelo el Dios omnipotente que la formó para sí, y depositó en ella los tesoros inmensos de su gracia y bendicion.

Buena prueba es de lo que acabamos de asentar el anuncio que desde el principio de los tiempos se hizo al mundo de esta muger incomparable; pues, si nos es lícito hablar de esta manera, en ella vinculó el Señor todo el remedio de los hombres y toda la restauracion del honor divino, insultado por la soberbia del demonio, y atrozmente ofendido por la desobediencia de Adan y Eva. Aquel Dios omnipotente que podia haber confundido al ángel y al hombre con una obra asombrosa de su poder soberano, en que les hiciera sentir los efectos terribilísimos de su ira divina, parece que se olvida de su omnipotencia, y se acoge todo, por decirlo así, á lo que ha de obrar con su asistencia una sola muger. Ella es en efecto la que el Señor nombra por su adalid para que vengue sus ultrages, haciendo saber al príncipe infernal que la soberbia toda de su erguida cerviz será humillada bajo la tierna planta de esta muger, tan fuerte y poderosa que quebrantaria su cabeza, triunfando de su poder y de su astucia. ¿Mas de qué modo se verifica esto? ¿Acaso pondrá el Señor bajo su mando toda la milicia y bélico aparato del Dios de los ejércitos? ¿Vibrará esta heroina el rayo destructor que Jehová enciende en el fuego de su furor y de su indignacion? ¿Conmoverá los cielos y envolverá á la tierra y los abismos en diluvios de llamas? ¡Ah! que no es eso lo que ha de engrandecer al Dios del cielo, y exaltar la diestra soberana con que da á su criatura que desempeñe una obra digna de la alabanza de los ángeles y de todo el agrado de su Dios. La obediencia, la obediencia de María; la obediencia perfecta que se funda sobre la humildad y se identifica

con ella es el medio poderosísimo y la arma irresistible conque una sola muger, una vírgen tierna y modestísima da cabo á una empresa capaz de confundir á todo el poder de la tinieblas y de restaurar de un modo mas sublime toda la obra de un Dios, echada á perder por la astucia y malicia del demonio.

En efecto, Dios, que no necesita del poder de los hombres para hacer cuanto quiera, necesita, si se puede decir, de su obediencia para llevar á efecto las empresas que, por los fines de su altísimo consejo, se han de verificar por ministerio humano. Allanado este obstáculo, prestada esta obediencia, docilitada la voluntad del hombre, nada hay que impida el desarrolle del poder divino, que pone en la accion de su criatura toda la fortaleza y el poder soberano de su diestra; y esto es lo que puntualmente se verificó en esta obra sublime desempeñada por María. El Señor la poseyó desde el principio de sus caminos: la voluntad de María en la mente de Dios era una voluntad resignada en el querer divino, y de todo punto conforme con las disposiciones de su Dios: contaba el Señor con esta voluntad, y nada hay ya que pueda embarazar su empresa. ¿Es necesario para el efecto de una obra en que se compiten el poder, la sabiduría y el amor de todo un Dios, que su criatura sea preservada de la culpa original, llena de gracia en toda plenitud, y enriquecida de todas las virtudes, dones y carismas del Dios de la santidad? No hay embarazo: todo lo puede Dios, y esta criatura es privilegiada con una santificacion inmensa. ¿Es necesario preservarla de toda culpa personal, aun del menor defecto, y que crezca en la gracia de su Dios á un grado como infinito y solo conocido de la inteligencia divina? Hágase, dice Dios. ¿Es necesario sublimarla tanto que, sin dejar de ser pura criatura, venga á ser hecha verdadera Madre de Dios verdadero, sin detrimento de su virginidad, sin concurso de varon, y por una obra de Dios? Sea así en efecto, dice el Dios de la grandeza y de la magestad: no solo mis tesoros; no solo mi providencia paternal; yo mismo me haré hombre en las entrañas de esa vírgen; me haré su verdadero Hijo y la haré á ella mi verdadera Madre. Ella consiente: su voluntad es mia, y esto me basta. ¿Es necesario dotar de tal virtud y fortaleza á esta Madre amorosa de su único y delicado Hijo que pueda asistir á su sangriento sacrificio en el Gólgota, prestando para él su consentimiento, padeciendo con él, y estando tan conforme su santa voluntad con los decretos del Eterno, que quisiera positivamente lo

que Dios quiere y como Dios lo quiere, y cuanto Dios lo quiere? Mi virtud soberana, dice el Señor omnipotente, la asistirá en este trance: su voluntad es mia, y su existencia corre de mi cuenta. Y bien, ¿qué se ha hecho con todo esto? La obra de Dios que para la salud del humano linage y confusion y rabia del infierno, decretó Dios desde la eternidad y anunció al mundo en su principio: aquí se ha visto la valerosa Judith degollando al infernal Holofernes: aquí se ha visto la prudente Abigael desarmando la ira del Rey soberano del cielo y de la tierra: aquí se ostenta la agraciada Ester salvando del exterminio á su amado pueblo: aquí se vé á María, á una pura criatura cooperando á la reparacion de la obra de su Criador soberano; á la redencion misericordiosísima de todo un mundo, esclavo del demonio y del pecado; á la santificacion de unas almas oscurecidas del error, plagadas de la lepra del pecado; á la resurreccion, á la nueva vida, al engrandecimientos de los hombres, á su exaltacion en la gloria. Por ella el hombre caido en el paraiso terrenal, es repuesto al paraiso celestial; y el cántico de alabanza y bendicion con que los redimidos engrandezcan las misericordias de su Dios Salvador, no olvidará las glorias de María.

¿Mas quién es capaz de contemplar la inmensidad de gloria con que el Dios liberal y magnífico que impera en las alturasha recompensado la humildad y obediencia de María? El mismo la hizo el medio de que para la reparacion de su honor ofendido usó el soberano Mediador que en sus entrañas se hizo hombre, y este honor restaurado recompensa á María con una grandeza y liberalidad propia de un Dios. Aquel que no se tentó el corazon para expensar á tanta costa la obra de su misericordia y de su amor, tampoco se lo tienta para premiar segun su grandeza á aquella alma sublime que nada supo negar á su Dios.

El pone en sus manos los tesoros inmensos de gracia y bendicion con que quiere enriquecer á los hombres, para que por su conducto recibamos los bienes todos de naturaleza y de gracia,pudiendo decir de ella lo que Salomon de la sabiduría: "Viniéronme con ella todos los bienes, y un ennoblecimiento inestimable." Ella es la protectora universal de toda la Iglesia, y no hay clase ó condicion de personas que no sientan los efectos benéficos de su intercesion piadosísima. Al fin es nuestra Madre, y desempeña para con nosotros todos los núneros, todos los oficios de una Madre celosísima de nuestro bien. ¿Qué mucho, pues, que la Iglesia consagre á sus fes-

tividades varios dias en el año, y que la celebre en sus advocaciones devotísimas? ¿Qué mucho que la honre con un oficio propio, y especialmente con el del dia sábado, dia que está con particularidad dedicado á su veneracion? ¿Qué mucho, finalmente, que bajo su título gloriosísimo se consagren en toda la cristiandad tantos templos, se funden tantas religiones, y canten sus alabanzas sus devotos coros? Es, pues, preciso confesar, que siendo tantos los dias que le están dedicados en el año eclesiastico, es y será siempre laudabilísimo que se consagren muchos mas á sus solemnidades.

Los demas dias del año que no ocupa la Iglesia con estas solemnidades y sus octavas, los consagra á celebrar el triunfo de los mártires de Cristo, y la preciosa muerte de los santos, que es en ellos el nacimiento á una vida eterna y bienaventurada. En sus oficios nos da noticia de sus heróicas virtudes y de los pasos de su vida mas propios para edificarnos é inflamarnos en el amor de la virtud. Solemniza mas las fiestas de aquellos santos que mas resplandecieron en virtud, y fueron escogidos por Dios para ministerios mas altos y mas en favor de la Iglesia. De tal clase son las fiestas de Señor San José, de San Juan Bautista, de los Santos Apóstoles, de los Santos Doctores de la Iglesia y fundadores de religiones, siguiendo en mas ó ménos grado las de Santos Papas, Obispos, Confesores y Vírgenes y de otros estados; siendo unos de celebridad universal en la Iglesia, y otros propios de ciertas naciones y aun provincias. Justo era que aquellos héroes de la religion, que con el sacrificio de sus vidas ó con el resplandor de sus virtudes edificaron á la Iglesia, fuesen celebrados por esta, y se les tributase el culto que merecieron con su extraordinaria santidad. Sea la gloria á aquel Dios que sabe hacerse admirable en sus santos.

FIN DEL TOMO QUINTO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

	Pág.
Historia del Domingo	3
Primer Domingo de Adviento	7
Meditacion.—Sobre el juicio final	10
Leccion.—Sobre el propio conocimiento	11
Segundo Domingo de Adviento	15
Meditacion.—Sobre el acuerdo que deben tener nuestras obras con nuestra fé	20
Leccion.—El conocimiento de nosotros mismos nos conduce al conocimiento de Dios	22
Tercer Domingo de Adviento, y fiesta de los Desagravios.—*Tercer Domingo de Adviento*	25
Fiesta de los Desagravios	30
Meditacion.—Sobre lo poco conocido y amado que es Jesucristo	31
Leccion.—Sobre la excelencia del conocimiento de Dios	33
Cuarto Domingo de Adviento	37
Meditacion.—Sobre el deseo ardiente que debemos tener de la venida del Salvador	43
Leccion.—Del último fin del hombre	45
Dominica entre Navidad y Epifanía	49
Meditacion.—Sobre la voluntad que tiene Dios de salvar á todos los hombres	52
Leccion.—Sobre la obligacion de huir las ocasiones de pecar	53
Dominica primera despues de Epifanía, ó sea la infraoctava de esta	56
Meditacion.—Sobre la pérdida de Dios	59
Leccion.—Sobre la obcecacion del pecador	61
Segundo Domingo despues de la Epifanía	63
Fiesta del Sacrosanto Nombre de Jesus	66
Meditacion.—Sobre las místicas bodas de la comunion y disposiciones para ellas	72
Leccion.—Sobre los pecados de la vida pasada	74
Tercer Domingo despues de la Epifanía	77

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fiesta de Nuestra de Belen..... 82
Meditacion.—Sobre la subordinacion á los superiores. 86
Leccion.—Sobre los pecados que aun se cometan despues de haberse convertido á Dios..... 87
CUARTO DOMINGO DESPUES DE LA EPIFANÍA..... 90
Meditacion.—Sobre el Evangelio del dia..... 95
Leccion.—Continúa la materia de la precedente, sobre los pecados que se cometen contra el prójimo despues de haberse convertido á Dios..... 97
QUINTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANÍA..... 100
Meditacion.—Sobre el Evangelio del dia..... 104
Leccion.—Sobre las faltas que se cometen en las obligaciones para con nosotros mismos..... 106
SEXTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANÍA..... 109
Meditacion.—Sobre el Evangelio del dia..... 113
Leccion.—Concluye la materia de la anterior, sobre evitar las faltas en las obligaciones respecto de nosotros mismos..... 115
DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA..... 119
Meditacion.—Sobre el Evangelio del dia..... 124
Leccion.—Sobre el propio desprecio..... 126
DOMINGO DE SEXAGÉSIMA..... 129
Meditacion.—Sobre el Evangelio del dia..... 137
Leccion.—Sobre las miserias de la vida..... 138
DOMINGO DE QUINCUAGÉSIMA..... 141
Meditacion.—Sobre el Evangelio del dia..... 146
Leccion.—Concluye la materia de la anterior..... 148
MIÉRCOLES DE CENIZA..... 150
Meditacion.—Sobre la muerte..... 156
Leccion.—Sobre la última miseria de la vida, que es la muerte..... 158
JUÉVES DESPUES DE CENIZA..... 161
Meditacion.—Sobre el Evangelio del dia..... 167
Leccion.—Sobre la virtud de la fé..... 169
VIÉRNES DESPUES DE CENIZA..... 172
Fiesta de las cinco llagas del Divino Redentor.... 177
Meditacion.—Sobre el complemento y perfeccion del ayuno..... 179
Leccion.—Del amor á nuestros enemigos..... 181
SÁBADO DESPUES DE CENIZA..... 184
Meditacion.—Sobre la recompensa de la misericordia. 188
Leccion.—Sobre la eleccion de estado..... 191
PRIMER DOMINGO DE CUARESMA..... 194
Meditacion.—Sobre el aprovechamiento de la gracia. 201
Leccion.—Sobre el modo de vencer las tentaciones... 203
LÚNES DE LA 1.ª SEMANA DE CUARESMA..... 206
Meditacion.—Sobre el juicio universal..... 212
Leccion.—Sobre el juicio final..... 214
MÁRTES DE LA 1.ª SEMANA DE CUARESMA..... 217
Meditacion.—Sobre el verdadero y el falso zelo..... 222
Leccion.—Sobre la profanacion de los templos..... 225
MIÉRCOLES DE LA 1.ª SEMANA DE CUARESMA..... 228
Meditacion.—Sobre la fé que debemos dar á la palabra de Cristo..... 234
Leccion.—Sobre lo necesario que es para salvarse, hacer en todo la voluntad de Dios..... 236
JUÉVES DE LA 1.ª SEMANA DE CUARESMA..... 240
Meditacion.—Sobre la humildad y la fé de la cananea..... 244
Leccion.—Sobre la oracion..... 246
VIÉRNES DE LA 1.ª SEMANA DE CUARESMA..... 249
Meditacion.—Sobre la misericordia de Dios para con los hombres..... 253
Leccion.—Sobre la esperanza, la cual debe ser en Dios y no en los hombres..... 256
SÁBADO DE LA 1.ª SEMANA DE CUARESMA..... 258
Meditacion.—Sobre la imitacion de Cristo..... 264
Leccion.—Sobre el modo de ser dichosos..... 265
SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA..... 269
Meditacion.—Sobre el misterio de la Transfiguracion del Señor..... 274
Leccion.—Continúa la materia de la precedente.... 276
LÚNES DE LA 2.ª SEMANA DE CUARESMA..... 278
Meditacion.—Sobre la justicia con que Dios abandona al pecador impenitente..... 282
Leccion.—Sobre la impenitencia final..... 284
MÁRTES DE LA 2.ª SEMANA DE CUARESMA..... 287
Meditacion.—Sobre la regla que nos dió Jesucristo

para evitar el mal ejemplo de los superiores, sin dejar de recibir su doctrina 292
Leccion.—Sobre la verdadera y falsa piedad 293
MIÉRCOLES DE LA 2.ª SEMANA DE CUARESMA 297
Meditacion.—Sobre la verdadera grandeza que es servir á Dios, y á los hombres por Dios 303
Leccion.—Sobre la utilidad de las adversidades de la vida 305
JUÉVES DE LA 2.ª SEMANA DE CUARESMA 309
Meditacion.—Sobre la deferencia y docilidad á la palabra de Dios 313
Leccion.—Sobre el infierno 316
VIÉRNES DE LA 2.ª SEMANA DE CUARESMA 319
Meditacion 326
Leccion.—Sobre la necesidad y obligacion en que estamos de sostener la viña del Señor 328
SÁBADO DE LA 2.ª SEMANA DE CUARESMA 332
Meditacion.—Sobre el Evangelio del dia 341
Leccion.—Sobre la parábola del hijo pródigo 343
TERCER DOMINGO DE CUARESMA 346
Meditacion.—Sobre la indiferencia en materia de religion 353
Leccion.—Sobre el endemoniado mudo 355
LÚNES DE LA 3.ª SEMANA DE CUARESMA 358
Meditacion.—Sobre la independencia y soberanía de Dios 366
Leccion.—La santidad es requisito necesario para la correccion fraterna 368
MÁRTES DE LA 3.ª SEMANA DE CUARESMA 371
Meditacion.—Sobre las circunstancias acerca de la correccion fraterna 377
Leccion.—Sobre la correccion fraterna 379
MIÉRCOLES DE LA 3.ª SEMANA DE CUARESMA 381
Meditacion.—Sobre el escándalo farisaico 388
Leccion.—Sobre la necesidad de la penitencia para borrar los pecados. El yugo del Señor es suave: el del mundo es pesado 390
JUÉVES DE LA 3.ª SEMANA DE CUARESMA 393
Meditacion.—Sobre el desprendimiento de las criaturas, necesario para servir á Dios 399
Leccion.—Sobre el modo de santificar las enfermedades 401
VIÉRNES DE LA 3.ª SEMANA DE CUARESMA 404
Meditacion.—Sobre la conversion de la Samaritana. 413
Leccion.—Sobre la suavidad de la gracia 415
SÁBADO DE LA 3.ª SEMANA DE CUARESMA 418
Meditacion.—Sobre la misericordia de Dios 428
Leccion.—Sobre la misericordia divina 430
DOMINGO DE LA 4.ª SEMANA DE CUARESMA 433
Meditacion.—Sobre lo conveniente que es meditar en las obras maravillosas de Dios 439
Leccion.—Sobre la limosna 441
LÚNES DE LA 4.ª SEMANA DE CUARESMA 444
Meditacion.—Sobre las calidades de la fé 450
Leccion.—Sobre las irreverencias en la iglesia 452
MÁRTES DE LA 4.ª SEMANA DE CUARESMA 454
Meditacion.—Sobre la enormidad del pecado mortal. 459
Leccion.—Sobre el estudio profundo que debemos hacer de nuestra religion 461
MIÉRCOLES DE LA 4.ª SEMANA DE CUARESMA 464
Meditacion.—Sobre la ceguedad espiritual 472
Leccion.—Sobre la murmuracion 474
JUÉVES DE LA 4.ª SEMANA DE CUARESMA 478
Meditacion.—Sobre la resurreccion espiritual de las almas 483
Leccion.—Sobre los resultados de la muerte 485
VIÉRNES DE LA 4.ª SEMANA DE CUARESMA 488
Meditacion.—Sobre las dificultades de la conversion en un pecador inveterado 496
Leccion.—Sobre el terror que debe causarnos la muerte 498
SÁBADO DE LA 4.ª SEMANA DE CUARESMA 502
Meditacion.—Sobre que Jesucristo es la luz del mundo 508
Leccion.—Sobre el poco conocimiento que tenemos de Jesucristo 510
DOMINGO DE PASION 513
Meditacion.—Sobre la Pasion del Señor 522

Leccion.—Cuán falsa es la fé de muchos cristianos. 524
LÚNES DE PASION 527
Meditacion.—Sobre la oracion del huerto 533
Leccion.—Sobre juicio particular 535
MÁRTES DE LA SEMANA DE PASION 538
Meditacion.—Sobre la oracion del huerto 546
Leccion.—Sobre lo comun que es el espíritu del mundo entre los cristianos 548
MIÉRCOLES DE LA SEMANA DE PASION 552
Meditacion.—Sobre el prendimiento de Jesus en el huerto 559
Leccion.—Las obras de los cristianos no corresponden á la santidad del cristianismo 561
JUÉVES DE LA SEMANA DE PASION 564
Meditacion.—Sobre el modelo de la verdadera penitencia 571
Leccion.—Sobre la conversion de la Magdalena 574
VIÉRNES DE LA SEMANA DE PASION 578
Fiesta de Nuestra Señora de los Dolores que se celebra en el Viérnes de Pasion 584
Meditacion.—Sobre la grandeza de los dolores de Nuestra Señora 590
Leccion.—Sobre los dolores de Nuestra Señora 592
SÁBADO DE LA SEMANA DE PASION 595
Nuestra Señora de la Piedad 602
Meditacion.—Sobre la injusticia horrenda con que se juzgó y condenó á Jesucristo 608
Leccion.—Sobre las causas de la relajacion de los cristianos 610
SEMANA SANTA 618
DOMINGO DE RAMOS 619
Meditacion.—Sobre la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen 632
Leccion.—Sobre la entrada de Jesucristo en Jerusalen 634
LÚNES SANTO 638
Meditacion.—Sobre la sentencia de muerte dada contra el Salvador 644
Leccion.—Sobre la delicadeza de las falsas conciencias 646
MÁRTES SANTO 649
Meditacion.—Sobre la grandeza de los tormentos de Jesus, y la de la virtud con que los sufrió 660
Leccion.—Sobre la pasion de Jesucristo en el huerto. 662
MIÉRCOLES SANTO 667
Meditacion.—Sobre la humillacion de Jesucristo en su pasion, y el lastimoso estado á que lo redujeron los tormentos 684
Leccion.—Sobre la pasion del Salvador en el huerto de los Olivos 687
JUÉVES SANTO 690
Meditacion.—Sobre la sagrada Eucaristía 700
Leccion.—Sobre la institucion del Santísimo Sacramento 702
VIÉRNES SANTO 707
Meditacion.—Las virtudes de Cristo en su pasion nos dan á conocer su divinidad y sus calidades de mediador y pontífice 721
Leccion.—Sobre la pasion de Jesucristo en el Calvario 627
SÁBADO SANTO 731
Meditacion.—Sobre la muerte y sepultura de Jesucristo 745
Leccion.—Sobre la soledad de María Santísima ... 748
DOMINGO DE RESURRECCION 752
Meditacion.—Sobre la resurreccion del Señor 764
Leccion.—Sobre la resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo 767
BREVE DIGRESION SOBRE LAS SOLEMNIDADES DEL AÑO ECLESIÁSTICO 770

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

BV30
C7
v.5 45611

AUTOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS